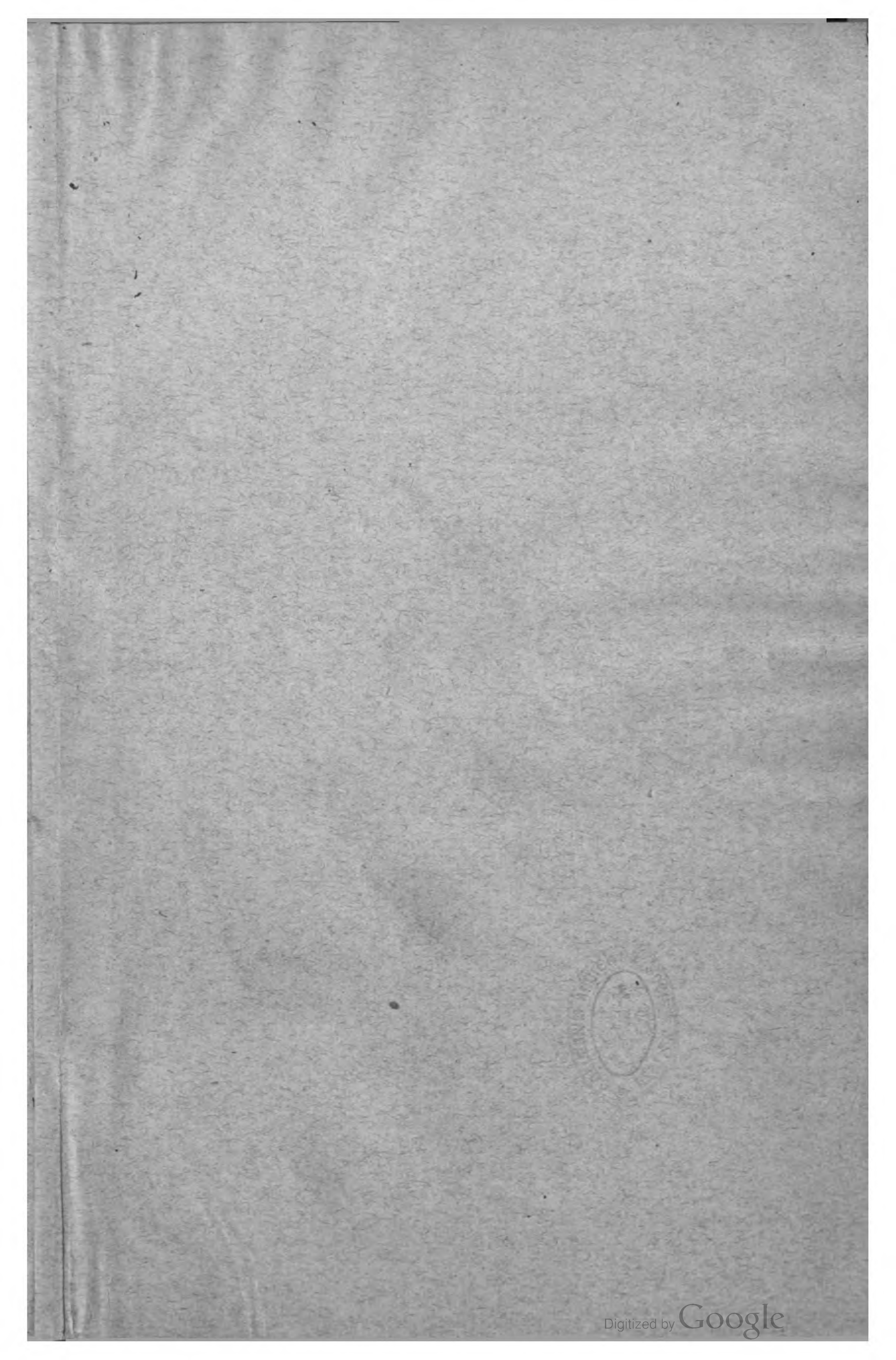
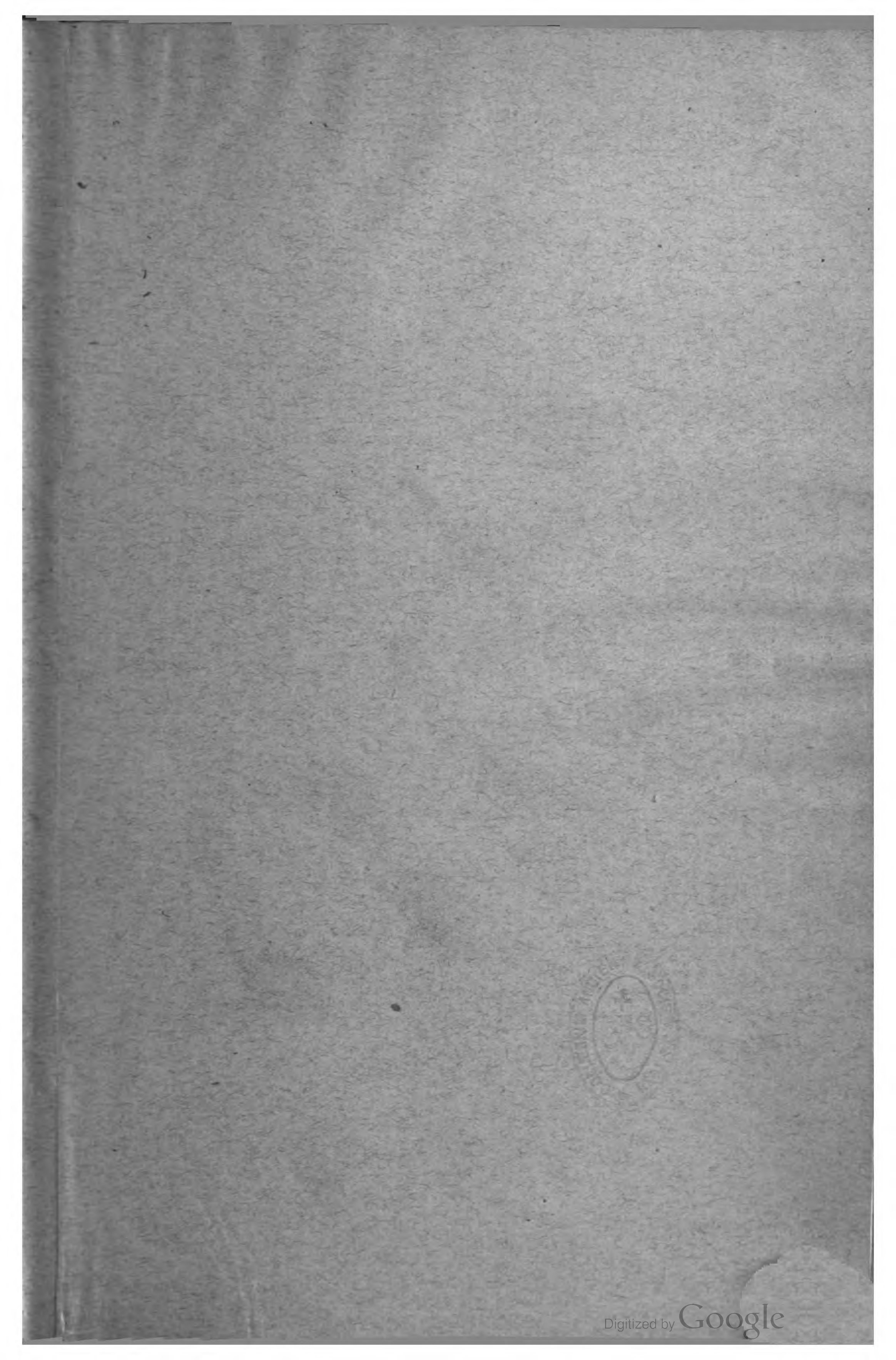








BIOGRAFÍA HISPANO-CAPUCHINA

DEDICADA Á

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

MEMORIAS HISTÓRICAS

RECOPILADAS É ILUSTRADAS POR

F. C. de Ll. Cap.

Con las debidas licencias



BARCELONA.

En la Librería Católica de D. Miguel Casals

Calle del Pino, núm. 5.

1891.

IMPRIMATUR

Fr. RAPHAEL PIEROTTI, O. P. S. P. A. Magister

JULIUS LENTI, Patr. Constant. Vicesg.

ROMA. — Tipografía de Miguel Lovesio. Impresor del *Osservatore Romano*. Piazza S. Ignazio, 127.

PRÓLOGO

Como nuestras Crónicas generales, ya por ser su edicion muy antigua, ya por la brevedad con que tratan de muchos de los Capuchinos españoles que mencionan, dan una muy incompleta noticia de la Orden Capuchina en España (lo cual necesariamente debía suceder, dado el admirable número de ilustres capuchinos de toda la tierra, cuyas virtudes refieren sumariamente), hemos juzgado oportuno buscar en nuestros archivos provinciales y general y en antiguos libros y documentos, cuanto podía contribuir no sólo á ilustrar con nuevos datos las biografías que se leen en las mencionadas Crónicas generales, sino tambien para dar á conocer un número considerable de capuchinos españoles no ménos ilustres de quienes no tuvieron noticia nuestros cronistas generales, y cuyos méritos constan por testimonios fidedignos confirmados generalmente con la santidad del juramento, con el cual nuestros mayores procuraban asegurar la veracidad de las noticias que consignaban en graves documentos para nuestros archivos.

Gracias al Señor, grande ha sido nuestra cosecha, como lo prueban las biografías pertenecientes al solo siglo XVI, en que fué establecida la Congregacion Capuchina, la cual se extendió á España en 1578. Numerosas notas y oportunos apéndices ilustraran la obra; y si bien el carácter de la misma no permite un riguroso órden cronológico, porque con frecuencia descubrimos nombres ignorados, supliran esta falta los índices alfabético y otros; y los apéndices permitiran multiplicar los datos históricos necesarios ó útiles para perfeccionar las biografías y hechos relacionados con las mismas.

No pretendemos presentar un estudio acabado de nuestros capuchinos ilustres, sino reunir los documentos que al hacerlos conocer lo mejor posible, preparan el camino para los que querran dedicarse á la historia capuchina en nuestra patria Por esto no deben extrañar nuestros lectores algunas diferencias de estilo, y ciertas frases y palabras poco conformes á las actuales exigencias de la literatura española. En gracia de nuestra buena voluntad, y de la dificultad de investigaciones más perfectas y numerosas, nuestros lectores excusaran, no lo dudamos, los muchos defectos de nuestra compilacion histórica, dedicada ante todo á la edificacion espiritual de nuestros capuchinos españoles, y á facilitar el conocimiento de la Orden, hoy que la pérdida de muchos documentos, la destruccion de tantos archivos y la dificultad de hallar libros antiguos, hace casi imposible el conocimiento de lo mucho que nuestros mayores hicieron por la gloria de Dios, y por el bien de las almas.

Muchos son los documentos y libros que hemos consultado para la compilacion é ilustracion de esta humilde obra, ocupando un lugar principal los manuscritos del P. Campdevanol, Provincial que fué de Cataluña, la acreditada obra de Boverio corregida por la Sagrada Congregacion del Indice, cuyas correcciones hemos seguido escrupulosamente, las Crónicas manuscritas de la antigua provincia de Valencia, etc. En su lugar daremos el ca-

tálogo de los manuscritos y libros de que nos hemos servido.

Si alguien extrañase que en este libro se refieran tantos hechos milagrosos, como al escogerlos hemos seguido las reglas de una sana crítica, y casi todos estan apoyados en testimonios jurados, responderemos con el V. Diego José de Cádiz (1): « Sale á la luz pública este papel, ¡ oh Emperatriz gloriosa de los cielos! en una época tan delicada y temible, que llevados muchos de los hombres de aquella aficion á varias y peregrinas doctrinas que reprueba el Apóstol, no reparan en criticar aun con las más acres invectivas, el tenor ó método de las historias de los varones justos, en que suelen ingerirse los comunes tratados de milagros, profecías, y demas sobrenaturales dones, graciosamente concedidos de la mano del Altísimo: y como si estos privilegios y favores no los hubiera en la Santa Iglesia, y no fueran frecuentes, bien que no precisos, en los Santos, así parece quieren suponerlos, cual si fuesen algunas ideas platónicas, jamas al individuo contraidas. »

Y con el mismo Venerable P. Cádiz, dedicamos esta pobre y humilde obra á la Vírgen Santísima, Madre del Divino Pastor, Reina de Montserrat, y dulcísima, amabilísima y verdarera fundadora de las Provincias Capuchinas de España, diciendo: « Por último, Emperatriz grandiosa de los cielos, en vuestras divinas manos, pongo con el mayor rendimiento este pequeño trabajo, para que admitiéndolo bajo vuestra proteccion y amparo, lo defendais de semejantes peligros. Y para que en todos cause el efecto apetecido, y se logre el fruto que pretende Dios de los ejemplos que nos dejan en sus obras sus amigos, dad á estos renglones aquella eficacia, aquel ardor sagrado, que yo con mi tibieza no puedo comunicarle... A este fin, Madre y Pastora mia, os presento este papel; no porque entienda que en ello os hago algun obsequio, sí porque ansioso de vuestra mayor gloria, y de publicar por el mundo cuanto os debo, no sé qué hacerme para conseguirlo. Corto es, ya lo veo, este pequeño don que os ofrezco; pero como es cierto qua da muy mucho quien da todo lo que tiene, y que en la cortedad de dos minutos ó pequeñas monedas que ofrece un pobre, da mucho más que un rico en gruesas cantidades: por eso, yo, Reina mia, me atrevo á poner á vuestros pies este papel, en que ciertamente os consagro cuanto tengo y aun cuanto puedo. No va solo y desnudo: con él, Madre mia, os entrego mi alma, mi vida, mi corazon, mis séntidos, mis potencias, y todas mis cosas; y si mil almas, mil corazones, y mil vidas tuviera, todas, Pastora mia dulcísima, te las entregara; pues no quiero más alma que servirte, más vida que verte, ni más ser que amarte; y si para esto no ha de ser la que tengo, no la quiero, no la necesito; porque sin tu amor no hay gozo, no hay consuelo, no hay vida que así pueda llamarse. — Admítela pues, Reina y Señora mia: admítela, Pastora dulcísima de mi alma: admítela, hechizo adorado de mi corazon: admítela, hermosísimo encanto y embeloso de mis sentidos: admítela, noble descanso de la Santísima Trinidad, alegría de los cielos, gozo de los ángeles, y gloria de los bienaventurados: admítela, Madre mia, consuelo mio, amparo mio, y todo mi bien; y no mires mi indignidad y démerito: atiende sí á tus maternales amorosas entrañas, llenas de piedad, suavidad y dulzura para los miserables hijos de Eva, que vivimos desterrados en este valle de lágrimas. Sea así, Reina mia y Pastora mia santísima, sea así: y en testimonio que admites y recibes esta corta ofrenda que con todo mi corazon y con el alma toda te hago, dame á mí y á todo tu dichosísimo rebaño, tu santísima bendicion, para que logrando por su medio ser llenos de la divina gracia, acertemos á serviros y amaros en esta vida, y despues gozar de vuestra dichosa presencia, alabando sin fin á nuestro Dios en la bienaventuranza.

« Dulcísima Pastora Madre y Señora mia, pone reverente sus labios donde pisan y huellan vuestras divinas plantas, el menor y más inútil siervo de todos vuestros esclavos. »

F. C. de LL.

(1) *El Labrador evang lico*, pag. 5 y 10.

BIOGRAFIA HISPANO-CAPUCHINA

DEDICADA A

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT.

PROTESTACION.

Conforme á los Decretos de la S. Sede, declaramos no dar otra autoridad á los títulos que damos á los siervos de Dios y á los hechos milagrosos que referimos que la puramente humana, fuera de lo que haya sido confirmado por la Iglesia Romana, sometiendo todos nuestros escritos al juicio de la Sede Apostólica.

P. Francisco de Jaca.

Dios nuestro Señor, que se dignó bendecir y prosperar la fundacion de la Orden Capuchina en España, quiso tambien ilustrarla ya desde sus principios con los resplandores de virtud y perfeccion de algunos Religiosos que murieron este año de 1581; de los cuales fué el primero el P. Francisco de Jaca, cuya vida escribimos. Pero ántes debemos advertir que la perfeccion de vida y santidad de costumbres de este y otros Religiosos, que murieron en los principios de la fundacion, más se puede suponer que explicar, porque no se hizo inquisicion alguna sobre la vida de nuestros Religiosos hasta el año 1612, que es decir más de treinta años despues de fundada la Provincia de Cataluña. Nuestros primeros Padres deseosos solamente que los Religiosos fuesen en verdad virtuosos y santos, descuidaron enteramente el notar y escribir cosa alguna de sus vidas, por más perfectas ó ilustradas que fuesen; y aun parece que procuraban ocultar los favores extraordinarios, con que Dios favorecía á algunos de ellos. Con esto no es de admirar que hallemos tan pocas cosas escritas de las vidas de los Religiosos que murieron en los primeros años, ántes bien este poco nos hace conocer cuan grandes serían sus virtudes, supuesto que se conservaba su buena memoria despues de tantos años, en que se hizo la inquisicion. Y si entónces no se escribió más, fué por haber muerto aquellos de quienes se pudiera tomar informaciones, como testigos de vista.

Bajo este aspecto debemos mirar la vida y virtudes del P. Francisco de Jaca, de quien ahora tratamos, pues á la verdad es muy poco lo que hallamos de él en los Originales de la Provincia. Fué este Padre natural de Jaca, ciudad del Reino de Aragon, y tomó nuestro santo hábito en Italia, y segun se cree en la Provincia de la Marca. Quienes fueron sus Padres, y como, y en que edad pasó á Italia, y entró en la Re-

ligion, no lo sabemos. Pero como la virtud sea hija no de la tierra sino del cielo, basta que sepamos, que tanto en el tiempo que habitó en aquel pais, como despues que fué trasladado á esta Provincia, practicó con tal espíritu y fervor la austeridad y perfeccion de la vida capuchina, que fué tenido por Religioso de mucha virtud, aun entre tantos que en aquel tiempo florecían. Cuando vinó á Cataluña, que fué á los principios de la fundacion, era ya hombre de edad, circunstancia que parece le permitía alguna remision en la austeridad, y penitencia; pero él con un espíritu superior á todos los años, siguió con fervor la estrechez de vida, con que se fundaba la Provincia. Anduvo descalzo, sin admitir el uso de las sandalias; dormía sobre un cañizo de cañas, lecho más penoso que las desnudas tablas; y en la comida, en el vestido, y en las demas penalidades de aquellos tiempos, seguía con rigor la Comunidad. Fué muy humilde, muy pacífico, muy recogido, y muy devoto de los Santos, singularmente de la Vírgen Santísima nuestra Señora, á cuyo obsequio dedicaba muchas devociones, las cuales continuó siempre, sin dejarlas por ninguna ocupacion ó trabajo, ni por camino ni cansancio alguno. Y deseoso de que otros fuesen tambien devotos de esta Divina Señora, comunicó estas devociones al P. Francisco de Baeza su íntimo amigo, á fin de persuadirle la misma devocion que ardía en su pecho.

Con este espíritu de devocion, de penitencia y de virtud, llegó al fin de su vida; y como si la Reina del Cielo quisiese premiarle el cordial afecto con que la había servido, dispuso que su muerte fuese efecto de su devocion. Había este Padre pasado á visitar el famoso santuario de la Vírgen Santísima de Montserrat (1) con aquella piedad, religion, y afecto que le inspiraba su devoto corazon; y apénas hubo concluido esta devota romería, y tributado á la Vírgen este religioso obsequio, enfermó de esta jornada, de cuya enfermedad murió con la muerte de los justos, segun piadosamente creemos. Fué su muerte en Monte-Calvario (1) el año

---

(1) **Nota del Archivo del Real Monasterio de Montserrat:** — Año mil quinientos setenta y ocho, á peticion de los Conselleres de Barcelona, la muy santa y austera Religion de Capuchinos vino á España; y un Caballero Barcelones llamado Juan de Terrer, les ofreció una Capilla y terreno en el Lugar de Sarriá, á una legua y á vista de la referida Ciudad, que es universal tradicion fué una Quinta, ó Casa de Campo de los Padres de la Barcelonesa Vírgen y Mártir Santa Eulalia. Edificaron allí un apacible y curioso convento, que fué el primero que tuvieron en España, donde aun se manifiesta y venera la primera Cruz que esta Religion plantó en la Española Peninsula. Vino por principal Fundador el Padre Fr. Arcángel de Alarcon, con cinco compañeros de la Provincia de Nápoles, y todos seis ántes de erigir el Convento subieron á Monserrate, para implorar el patrocinio de María Santisima y su asistencia en tan grande como santa empresa. El Cronista de esta sagrada Religion (Moncada, en su Crónica, tomo 2, año 1578) lo refiere con las siguientes palabras: « Fray Arcángel que deseaba echar los fundamentos de aquella Provincia y propagacion en España sobre piedra firme, juzgando que esta había de ser la Vírgen Santísima, se fué con sus compañeros á Monserrate, templo ínclito de la Vírgen y celebrado por todo el mundo, á solicitar su ayuda y su proteccion, y hacerla dueño de la empresa que se levantó. Y habiéndose detenido tres dias en él, que emplearon en ayunos, oraciones y lágrimas, encomendando á la Vírgen gloriosa los principios de la Provincia y propagacion, volviendo despues á Barcelona con grande aliento, etc. » — El sello de esta Provincia, desde su principio, se formó de esta manera: Esculpiose á la parte superior María Santísima de Monserrate; á la inferior, la Vírgen y Mártir Santa Eulalia; y al otro lado, el Serafin San Francisco. Lo primero, porque había tomado por nombre: Provincia de Nuestra Señora de Monserrate; lo segundo, por haber sido el primer Convento de España con título de Santa Eulalia; y el tercero, por ser los Capuchinos verdaderos hijos del Seráfico Patriarca San Francisco. El Provincial de Capuchinos, en todos los papeles que de oficio despacha, siempre empieza: Fr. N. N. Maestro (léase *Ministro*) Provincial de los Frailes Menores Capuchinos de la Provincia de la Madre de Dios de Cataluña. Entendiéndose por Madre de Dios de Cataluña, la Vírgen de Monserrate. Y esta Provincia de Cataluña tiene á Nuestra Señora de Monserrate con despacho Pontificio por su Protectora y Patrona: de tal manera, que reza de ella con rito de primera clase, dia ocho de Setiembre. (Del Epítome Histórico del Portentoso Santuario y Real Monasterio de Monserrate: Autor, D. Pedro Serra). — De esta nota del Archivo monserratense puede deducirse con cuanta razon los Capuchinos de España consideran el Santuario de Montserrat como origen de todas las bendiciones y bienes espirituales tan abundantemente concedidos á las Provincias de España y sus Misiones por la celestial Morenita Reina de Montserrat y Madre nuestra amadísima. Y al restablecerse jerárquicamente en Provincia canónica y con canónica unidad la Orden en España, en 1885, el Provincial de España P. Joaquin M. de Llevaneras con sus Definidores subieron á Montserrat « para consagrarnos y consagrar todo á la Morenita », como me escribia dicho Provincial y hermano mio en Marzo del citado año 1885. Por la misma razon, habiendo (bajo la proteccion de María SS. de Montserrat) crecido mucho en poco tiempo aquella Provincia, de modo que pudo dividirse en tres, en Diciembre de 1889; el Rmo. P. General Fr. Bernardo de Andermatt dispuso con autoridad pontificia, concedida por Leon XIII, que una de ellas, la de Aragon, que comprende Cataluña, Navarra y Aragon, se llamase *Provincia de la Madre de Dios*, y tuviese en el sello la imágen de la Vírgen de Montserrat, confirmando una vez más nuestras tradiciones hispano-capuchinas de Montserrat.

(1) El Convento de Barcelona llamado de Monte-Calvario, en el cual murieron muchos Religiosos con fama de santidad, fué fundado en 1578: « De-

1581, tres años despues de fundada la Provincia, y fué el primer Religioso que murió en aquel Convento. Mas no se acabó con esto su devocion á la Vírgen Santísima, sino que despues de muerto dispuso la Divina Providencia, que fuese oido rezar vísperas del Oficio parvo en nuestro Convento de Gerona, dedicado á nuestra Señora de las Ermitas: ya fuese para su socorro, ya fuese para nuestra enseñanza. Referiremos este caso con las mismas palabras que lo escribió el sobredicho P. Francisco de Baeza, y es en el modo siguiente: « Este Padre (esto es el P. « Francisco de Jaca) viniendo á España, sucedió que yendo á visitar á « nuestra Señora de Montserrat, enfermó de esta jornada, de la cual enfermedad murió en Monte-Calvario. « En este mismo tiempo, que fué despues de Pascua de Resurreccion, tomamos el P. Fray Arcángel de Alarcon, Comisario de España, y yo posesion de la casa de nuestra Señora « de las Ermitas de Gerona, y viniendo otros cuatro Religiosos, de suerte « que todos eramos seis. Una noche, « una hora ántes de Maitines, oí una « voz que andaba por un jardinillo, « que hay delante de las celdas, diciendo « en voz clara y alta con mucho espíritu el himno de *Ave maris stella*, « y luego el verso *Diffusa est gratia* « etc., y luego la antífona *Regina Cœli*, « comenzándola solamente, y dijo toda « la *Magnificat*. Y yo admirado que en « aquella hora anduviese algun fraile « diciendo Vísperas de nuestra Señora, « quise reconocer quien fuese, y conocí no ser ninguno de los de casa, « por ver que en dos aposentos estaban todos durmiendo. Volviéndome « pues yo á reposar, me despertó la « misma voz dos ó tres veces, diciendo « con muy mayor espíritu y sentimiento « que ántes el verso que dice: *Benedicite gentes Deum nostrum*, y este « lo repitió muchas veces. Acabado « esto, el Sacristan tocó á Maitines, « y asegurándome yo de nuevo, que « de ninguno de los Frailes de casa « era la voz, á mi cuenta ella no era « de otro sino del alma de este Fray « Francisco dicho, que era muerto, « por parecerme que tenía el mismo « órgano de voz, que cuando me habló « siendo vivo. Yo conté todo esto al « P. Comisario dicho, el cual me dijo « que lo tenía por cierto ser su alma, « á la cual había hecho Dios merced « de que viniese á aquella casa de « nuestra Señora; y por estar allí él « como Prelado de la Provincia, hízola « encomendar á Dios, y nunca más « pareció. » Hasta aquí el mencionado P. Francisco de Baeza, de cuya relacion debemos aprender, cuan interesante y cuan útil nos es á todos el ser cordialmente devotos de la Vírgen Santísima, para merecer sus gracias en vida y en muerte. Advertimos que este Padre, cuya vida acabamos de escribir, fué llamado comunmente en esta Provincia, P. Francisco de los anteojos, por cuanto él solo los usaba en aquellos primeros años que los Religiosos eran pocos.

cembris quarto decimo. anno 1578. jactum Conventus huius narratur fundamentum (cuius Ecclesia a Christo Domino titulatur Crucifixo): Barcinonis Episcopo Illmo. Domino Dima de Loris. a quo lapis prima benedicta traditur. suo componente loco. cum Urbis Consilium gratiosa assistentia edificium et hortum stabilivere in campo determinatorum minime dominorum, ac variis eleemosynis confecerunt Patres: itaque non relucet Dominus. Sigillum, tribus cum Crucibus est Calvarium. » (Del opúsculo MS. *Gotholonensis fundatio Provinciae*). El sitio de este Convento era « fuera los muros de la Ciudad, cerca un camino que se llama la Trabesera. en la parte de una puerta que entónces se llamaba de Junqueras » (*Campdecanol*): y como se le lee en la obra de Pi y Arimon *Barcelona antigua y moderna*, impresa en Barcelona en 1854. « extra muros, junto al barrio de Gracia en el lugar conocido aun por el nombre *Caputxins vells.* »

P. Mateo de Guadix.

De la vida y virtudes de este piadoso Padre y Fundador (1) debemos tambien confesar, que son pocas las cosas que hallamos escritas: por el descuido de nuestros primeros Padres, cuyo celo sólo se dirigía á poseer y no á escribir las virtudes. En efecto, hasta que este P. Mateo vino á Cataluña, nada hallamos ni de su nacimiento, ni de sus estudios, ni de como y cuando y en que Provincia vistió nuestro santo hábito: sólo se nos dice que fué de Guadix, que es una ciudad de Andalucia, y que siendo ya Sacerdote y Pre-

(1) Llámanse *fundadores*, los primeros Capuchinos que vinieron de Italia con el P. Alarcon, pues *fundaron* la Orden Capuchina en España.

dicador, el P. Arcángel de Alarcon lo tomó por Compañero para la grande obra de la fundacion, y que juntos vinieron de Italia, y desembarcaron en Barcelona. Pero ¿ quien no ve en esta sola eleccion, un fondo grande de virtud y una perfeccion no ordinaria? Se hallaban en aquellos tiempos en las Provincias de Italia muchos Religiosos aun españoles, que resplandecían en toda virtud y santidad; y pudiendo cualquier de ellos ser elegido para venir á España y trabajar en el negocio de la fundacion, fué preferido nuestro P. Mateo, siendo el único Sacerdote que el P. Arcángel llevó consigo: señal evidente que cuando estaba en Italia, ya resplandecían en él la humildad, la pobreza, la oracion, la penitencia, y todo el coro de virtudes que debía establecer en la Provincia de Cataluña, como fiel Compañero de su Fundador. No creemos engañarnos en esta ilacion, pues á la verdad tales fueron las virtudes de que dió copiosos ejemplos y frutos en el poco tiempo que vivió en la Provincia. Decimos que vivió poco tiempo en la Provincia, por cuanto al cabo de poco tiempo que había llegado á ella, fué dado por Compañero al P. Juan de Alarcon, hermano de nuestro P. Arcángel: el cual viniendo de Italia, pasaba al Viso, lugar de Castilla, para fundar allí un Convento de Capuchinos, que el Excmo. Señor Marques de Santa Cruz había pedido al Papa Gregorio XIII. Pero como esta fundacion no tuviese efecto, el P. Mateo con los demas se volvió á Cataluña despues de cerca dos años de ausencia. Aquí pues como obrero evangélico, trabajó con espíritu y fervor en la espiritual fábrica de la fundacion. Y como las primeras piedras de este místico edificio fuesen la austeridad, la mortificacion y la penitencia, se ejercitó en estas virtudes con tanta solicitud y cuidado, que fortaleció no poco el edificio. No quiso admitir el uso de las sandalias, queriendo sufrir la penalidad de andar descalzo, ni para lecho ó cama quiso otra comodidad que las desnudas tablas ó cuando más una estera; siendo por otra parte muy pobre y austero en el vestido y en lo demas del tratamiento de su persona.

Pero ¿ qué hay que admirar que fuese tan rígido y tan austero con su cuerpo, el que deseaba derramar toda su sangre por Cristo? En verdad se había encendido en su corazon un fuego tan ardiente de amor á este Divino Señor, que poco satisfecho de todo el rigor y austeridad que voluntariamente se usaba en la Provincia, deseó eficazmente ir á predicar á los infieles, y dar allí su sangre por la fe de quien tan liberalmente la había vertido en la Cruz por nuestro amor. Y si hubiera vivido más tiempo, se cree que habría pedido y alcanzado licencia para ir á aquellas tierras de paganos, y ofrecerse allí gustoso á todo el rigor del martirio.

De aquí podemos inferir cual sería la oracion de este Varon santo, cuales los incendios y ardores de su corazon en este espiritual ejercicio, y cuales y cuantos los favores celestiales que recibiría de la mano liberal del Señor. Las pocas noticias que hallamos escritas nos aseguran que fué Religioso de fervorosa oracion, y que en ella exhalaba su espíritu con grandes suspiros, y aun se halló alguna vez arrebatado y fuera de los sentidos; de lo cual dió testimonio un seglar, llamado Lázaro Riera, diciendo: que trabajando él en la fábrica de nuestro Convento de Gerona, cuando se edificaba, y conviniéndole hablar con el P. Mateo que era Guardian, lo pidió con instancia al portero, y este le respondió que por entónces no se le podía hablar, por cuanto estaba arrebatado, que era un bienaventurado. Con esto ya no nos admiramos que en este Convento de Gerona resplandeciesen tanto la pobreza, la mortificacion, el silencio y las demas virtudes. Había sido nuestro P. Mateo encargado de la construccion de dicho Convento, llamado de nuestra Señora de las Ermitas, y como estaba animado de un celo fervoroso y de un espíritu verdaderamente pobre, lo edificó con todo aquel rigor de estrechez y de pobreza, que todos pudieron notar en la fundacion de este Convento. Y juntándose con el cargo de Fundador el oficio de Guardian, trabajó con no menor celo en la construccion espiritual del mismo Convento, rigiéndolo con gran rigor en las cosas pertenecientes á la pobreza y recogimiento, y perfeccionándolo con su prudencia, austeridad, oracion, humildad, y demas virtudes que acabamos de referir. Mas no quiso el Cielo que continuase mu-

cho tiempo en este trabajo, aunque tan útil y provechoso, porque en breve llegó el fin de sus dias. Poco ántes de su muerte sucedió el caso que vamos á referir.

Estando de Guardian en el Convento de Gerona, y hallándose enfermo, ordenó á dos Frailes súbditos suyos que fuesen á llamar al médico. El uno de estos llamado fray Bernardo de Barcelona, Corista muy fervoroso, dijo al otro, que poniéndose el uno una cuerda al cuello, el otro fuese delante como tirándole, y que tocando una campanilla para convocar la gente, dijere en alta voz: haced penitencia. Así como lo dijeron, así lo ejecutaron, andando de este modo algunas de las principales calles de la Ciudad; de que se siguió lo que en tales casos se acostumbra, esto es, que unos se compungían, y otros reprobaban el hecho, aunque todos lo atribuyan á fervor de espíritu. Cuando el P. Mateo supo una exterioridad tan indiscreta de aquellos dos súbditos suyos, se afligió sobremanera. Deseaba él, es verdad, y procuraba que sus súbditos fuesen fervorosos, penitentes, ejemplares, y solícitos del bien de los prójimos; pero no con celo indiscreto ni con medios imprudentes. Y así deseoso que en la Provincia se reprimiesen semejantes exterioridades, remitió aquellos dos frailes á Monte-Calvario al P. Arcángel de Alarcon, para que les impusiese la penitencia que merecían Despues de esto, ó fuese de sentimiento de este caso, ó porque Dios quería ya llevarlo al descanso eterno, llegó al fin de sus dias, y murió santamente el año 1581 en el mismo Convento de Gerona, habiendo sido su Fundador, su primer Guardian, y el Religioso primero que murió en dicho Convento. « Muchas otras cosas, dicen los Originales de la Provincia, se podrían decir de este Padre, si vivieran los Padres viejos: mas como son muertos los que en aquel tiempo le trataron, y no se tuvo cuenta en escribir nada, no se ha hallado quien pudiese decir las virtudes de este Padre, ni los dones que recibió de Dios. » Pero bastante es este poco que hemos referido, para mover nuestros corazones á seguir é imitar un Padre que tanto trabajó para nuestro bien.

Fray Juan de Gerona, Corista Novicio.

Habiendo la primera Provincia de España sido fundada bajo los auspicios de María Santísima nuestra Madre y Señora, y merecido por su intercesion tan prósperos progresos, como hasta aquí hemos visto: fué muy justo y muy debido, que esta misma Provincia ya en sus principios ofreciese á tan Soberana Reina una flor tan cándida y tan hermosa, que mereciese enteramente sus agrados. Tal fué el hermano Fray Juan de Gerona, que la Provincia envió al cielo en los primeros años de su fundacion: flor á la verdad tan del agrado de la Vírgen Santísima, que ella misma bajó del cielo para cogerla y trasplantarla en el jardin de la gloria, conforme veremos en el discurso de su vida, que ahora escribimos.

Nació este Religioso en la Ciudad de Gerona, de Padres honrados y nobles, y llamose en el siglo Juan Vergés, de donde inferimos que el apelido de sus Padres, cuyos nombres ignoramos, fué el mismo de Vergés; y si de la bondad del fruto se infiere la bondad del árbol, podemos creer que serían sugetos muy cristianos y virtuosos, supuesto que el hijo lo fué en tanto grado. Nada hallamos de su educacion y crianza en los primeros años, sólo se nos dice que muy jóven fué aplicado á los estudios, tal vez para que por este camino diese mayor esplendor al lustre de su noble familia; pero en los mismos estudios dió tales ejemplos de virtud, que no podemos dudar que ya desde sus primeros años llevó en su corazon unos deseos encendidos de servir á Dios con perfeccion. Se hallan en los estudios escuelas donde se aprenden las ciencias y las artes, pero se hallan tambien no pocos peligros de perder la inocencia y el alma. Como los que frecuentan las aulas son jóvenes, cuya sangre hierve con el fuego de las pasiones, con facilidad se despeñan en el vicio, en la disolucion y libertinaje. Mas esta desgracia harto comun en la estudiosa juventud, no tuvo el menor lugar en nuestro Fray Juan. Prevenido él con las bendiciones del Señor, supo hacerse algunos compañeros de su devocion y de su virtud, con los cuales en el tiempo que los otros acostumbraban ir al juego y á la diversion, él se iba al santo hospital de

Gerona, donde con ardiente caridad se aplicaba al servicio de los pobres enfermos. Cosa verdaderamente admirable ver á un Estudiante seglar, jóven que apénas contaba 17 años de edad, aplicado en limpiar los enfermos de aquel hospital, en peinarles los cabellos, y en servirles en la comida con una toalla al hombro, cual si fuese el más ínfimo criado. Pero más admirable fué ver á este jóven ejercer los oficios de un fervoroso Predicador en beneficio de las almas. No se contentaba su ardiente caridad con servir á los enfermos, y procurarles el alivio y salud de sus cuerpos, sino que más deseoso de la salud de sus almas, los exhortaba con santas palabras á resignarse y tener paciencia en los trabajos que padecían; y cuando se hallaban en el trance de la muerte, los auxiliaba y ayudaba á bien morir con gran espíritu y fervor. Ejercicio tan del agrado del Señor, que se dignó premiárselo con la conversion de ciertas almas perdidas, como se verá en el caso siguiente.

Se hallaba en aquel hospital una mujer enferma, reducida ya á los últimos extremos de la vida, y batallando con las agonías de la muerte. Fray Juan, todavía seglar, que se hallaba presente, movido de su fervorosa caridad, tomando un Crucifijo en la mano, empezó á exhortar á aquella pobre moribunda con aquellas palabras y con aquel espíritu, que le dictaban su celo y su fervor. Quisó la Providencia Divina que á este fúnebre espectáculo se hallasen presentes tres mujeres de pública mala vida, las cuales al ver el estado triste de aquella moribunda, y al oir las palabras fervorosas de nuestro jóven Juan, se compungieron de tal modo que dieron algunos suspiros. El fervoroso jóven, que á todo estaba atento, observó esta novedad y pia mocion; y deseoso de hacer algun fruto en estas miserables y perdidas mujeres, dejó prontamente el Crucifijo á otro, y volviéndose á ellas, las predicó, las exhortó, las afeó su mala vida con tales palabras y con tanto espíritu, que de las tres convirtió á dos con los auxilios de la Divina gracia. La conversion de una de ellas fué tan pronta y eficaz, que aquella misma noche se quedó en el hospital para servir á los enfermos; y la otra propuso hacer lo mismo luego de cumplida cierta obligacion. Y como pasado algun tiempo supiese que aun no lo había ejecutado, (con uno de aquellos rasgos que nadie debe temerariamente imitar, y que sólo Dios en rarísimas ocasiones ha inspirado á algun varon apostólico extraordinario y muy santo como nuestro héroe) no dudó el santo jóven ir á su casa, aunque infame, y allí la predicó y exhortó de nuevo hasta que al fin la condujo tambien al mismo hospital, donde así la una como la otra sirvieron á Dios con mucha edificacion y buen ejemplo. A vista de un suceso tan admirable y tan extraordinario por todas sus circunstancias, ¿ quien hay que no descubra en el corazon de este dichoso jóven un ardiente fuego de amor de Dios, una caridad abrasada para con los prójimos, una inocencia pura, un espíritu fervoroso, y tal cúmulo de virtudes, que lo colacaban en una esfera superior á lo que se acostumbra ver en el siglo ?

Mas al fin tales fueron las primicias santas que Fray Juan ofreció al Señor siendo aun seglar, y tales los ejercicios virtuosos con que santificó los años de su mocedad. De donde ya no nos admiramos que Dios lo eligiese por una de las primeras piedras que sirvieron al edificio espiritual de la Provincia, y por uno de los brillantes astros que ilustraron nuestra Religion. En efecto á poco tiempo de verificado el dicho suceso, y habiéndose ya fundado el Convento de Gerona, movido de Dios y deseoso de mayor perfeccion, pidió ser alistado en el número de los Capuchinos y profesar su pobre instituto. No podemos dudar que aquellos primitivos Padres lo recibirían con gusto y placer, supuesto no ignorarían la virtud del pretendiente tan pública y notoria en la Ciudad: con que fué admitido y vestido en dicho Convento de Gerona, á los 17 ó 18 años de su edad; y por estar este Convento situado entónces en lugar solitario y á propósito para noviciado, fué destinado á pasar el año de la probacion en el mismo Convento, conmutando el nombre de Juan Vergés en el de Fray Juan de Gerona. Mas apénas fué alistado á la milicia seráfica el nuevo soldado de Cristo, cuando Dios quiso probar su valor y su constancia, enviándole una enfermedad ya á los principios de su noviciado; y aunque no dudamos que la acceptaría con resignacion y paciencia,

pero ó porque la dolencia fuese grave, ó porque el demonio añadiese sus perversos influjos, no hay duda que él tuvo algun deseo de volverse á su casa con el fin de curarse. Pero no fué más que algun deseo, porque mejor advertido, y ayudado de la gracia del Señor, desechó aquel pensamiento y venció la tentacion. Libre ya de la enfermedad y recobrada la salud, empezó de nuevo la carrera de la virtud, de que había ya dado tantos ejemplos en el siglo, y la prosiguió con tanto espíritu y fervor, que presto se distinguió entre los demas novicios. Domaba la carne con ayunos y la sujetaba á la razon con azotes, postraba la soberbia con la humildad, la concupiscencia con la castidad, y los sentidos con la mortificacion. En los ejercicios corporales trabajaba mucho, eligiendo los más penosos, y ayudando á todos con gran caridad. Finalmente se aplicó tan de veras á conseguir la perfeccion, que en breve se señaló en toda virtud. Pero en lo que más particularmente se señaló, fué en la oracion. Causa á la verdad admiracion lo que dicen los Originales de la Provincia de este santo Novicio, es á saber, que á los seis meses de noviciado ya había alcanzado un don de oracion tan alto y tan sublime, que salía fuera de sí, y padecía frecuentes raptos y elevaciones. Y como Dios nuestro Señor acostumbra comunicar semejantes dones sólo á los muy adelantados en la virtud y que estan íntimamente unidos con él, podemos entender de aquí cuan rápidos progresos hizo en la perfeccion, y cuan presto llegó á aquel estado de contemplacion y de union con Dios, á que aun los más provectos con dificultad pueden llegar.

Pero ¿ qué hay que admirar en una alma que fué tan estimada de la Vírgen Santísima, no ménos que si fuese su hija carísima? Profesaba este novicio una cordial devocion á tan Soberana Reina; y como por otra parte juntase con su gran fervor de espíritu una gran llaneza y pureza, virtudes muy agradables á esta Divina Señora, mereció de su liberal mano tales favores, que manifiestan claramente el lugar distinguido que ocupaba en su corazon. Es á la verdad digno de observacion, que habiendo quedado en la Provincia opinion comun de los raptos de este dichoso Novicio, los pocos casos que se nos refieren en particular de estos raptos, todos son ante la Vírgen ó con relacion á ella, conforme se verá en la narracion que vamos á hacer de ellos. Pasando una vez el P. Miguel de Ribera, Predicador de esta Provincia, por cierto lugar donde había una devota Imágen de nuestra Señora, halló á este novicio Fray Juan arrebatado y fuera de sí delante de aquella sacratísima Imágen, gozando los dulces efectos que le comunicaría la Santísima Vírgen en tan dichoso arrobamiento. Otra vez en el mismo Convento de Gerona estaban los Religiosos arrodillados en el Coro en la hora que se habían de empezar las Completas, y junto con ellos estaba Fray Juan que tenía el encargo de dar principio con aquellas palabras *Jube domne benedicere*. Habiendo el Superior hecho la señal acostumbrada, todos se levantaron ménos Fray Juan, el cual quedando arrodillado y manifestando un júbilo extraordinario, en lugar de decir *Jube domne benedicere*, exclamó en alta voz y dijo: *Bendígante los Angeles, oh María Santísima: Bendígante los Espíritus celestiales, oh Vírgen de las Vírgenes, Madre de Dios;* y repitiendo muchas veces estas palabras, dejó llenos de admiracion á los Religiosos, que no dudaron que el Novicio había tenido algun rapto, ó que la Vírgen Santísima se le había aparecido. Se hallaba entónces en aquel Convento el Provincial, el cual ó fuese para probar al novicio, ó para ejercitar su paciencia, en el dia siguiente estando en el refectorio, le reprendió asperamente aquella demostracion, como si fuese un delito, imponiéndole la penitencia de arrastrar la lengua por el suelo del mismo refectorio; cuya penitencia cumplió con mucho gusto el novicio. Mas considerando el Provincial con madura reflexion un caso tan notable, lo llamó despues á su celda, y le preguntó cual había sido el motivo de tan extraordinaria demostracion. Y hé aquí otro portento y otra maravilla; porque Fray Juan en lugar de responder á la pregunta que se le hacía, levantó los ojos al cielo, y quedó otra vez arrebatado y fuera de sí en presencia del mismo Provincial, quien quedó con la admiracion y pasmo que se deja entender, no dudando que el Novicio era guiado por un espíritu más que humano.

Hallándose pues Fray Juan tan favo-

recido de la Vírgen Santísima, y adelantándose tanto en la virtud, es regular que los Religiosos esperarían con gozo el dia de su profesion, prometiéndose que despues de ella haría mayores y más admirables progresos en la virtud y santidad, con mucha edificacion de toda la Provincia. Mas Dios nuestro Señor, cuyos pensamientos son muy diferentes de los de los hombres, quiso poner término á la vida de este su fiel siervo, llevándoselo para sí en la flor de su juventud, y sacándolo del mundo ántes de tiempo, para que la malicia no mudase su mente, ni la ficcion engañase su alma. A este fin se dignó enviarle una enfermedad de mal de costado, que lo llevó á la enfermería y á los peligros de la muerte. Y como él fuese tan devoto y tan favorecido de la Vírgen Santísima, mereció que esta Divina Señora le diese por sí misma el feliz anuncio de su partida, y fuese su conductora en este su viaje para el cielo. Tenía el encargo de cuidarle y asistirle en esta enfermedad Fray Antonio de Nápoles, Religioso lego de esta Provincia, el cual viendo al novicio muy fatigado, se quedó con él en la celda de la enfermería en la hora que la Comunidad acostumbra hacer la oracion de Completas: y queriendo él hacer tambien su oracion, se retiró á la ventana de la misma celda, desde cuyo lugar oyó que Fr. Juan hablaba con otra persona; y deseoso de saber quien era, quiso volver el rostro, mas no pudo, impedido de cierta fuerza superior que se lo privaba: y aunque lo procuró dos ó tres veces, nunca lo pudo conseguir, hasta que se acabó la oracion de Completas. Entónces con el deseo y admiracion que se supone, le preguntó con quien había hablado en aquella hora. Fray Juan se excusó al principio, mas como le importunase mucho, pidiéndole el secreto, le dijo que María Santísima acompañada de muchos coros de Vírgenes se le había aparecido, y le había consolado con dulces palabras, y al fin le había dicho que se aparejase, porque el dia siguiente á las seis horas de la mañana moriría, y que ella misma vendría á buscarle y llevárselo al Cielo. Fr. Antonio notó la hora, y el Novicio se dispuso para la muerte, recibiendo con mucha devocion los santos Sacramentos, y haciendo la profesion religiosa que se acostumbra en tales ocasiones; y como llegase el dia siguiente, murió santamente en la misma hora que había dicho, entregando su dichosa alma en las manos de María Santísima, que sin duda bajó para llevársela al cielo, segun la promesa referida. Así acabó este dichosísimo novicio Fray Juan la carrera de su vida, corta en los años, pero muy larga en las virtudes; y tal fué su felicísima suerte por el fervor, espíritu, y perfeccion con que había servido á Dios y á la Vírgen Santísima tanto en el siglo como en la Religion. Seamos nosotros imitadores de sus virtudes, si queremos ser participantes de iguales dichas y de semejante felicidad.

Adviértase que aunque todos los escritos suponen que este Fray Juan de Gerona Novicio murió en los principios de la fundacion de la Provincia, mas no concuerdan en el año. Nuestras Crónicas generales y los Originales de la Provincia dicen que murió en el año 1581, pero el R. P. Miguel de Gerona, que fué Provincial y es uno de los que declaran en la informacion que se tomó de este novicio, dice que vistió el hábito el dia 8 de Setiembre del año 1584 (1), y que murió el dia primero de la Cuaresma mayor del año siguiente (2).

P. José de Barcelona.

Entre las bendiciones que Dios derramó sobre la fundacion de la Provincia de Cataluña, reconocemos por una muy singular el haber traido á su gremio ya en sus principios al incomparable Varon Padre Fray José de Barcelona, cuyas heróicas virtudes y eminente santidad ilustraron tanto la Provincia, que con razon le contamos por una de las principales piedras de su edificio, y le veneramos por uno de los primeros Padres que la fundaron. Se llamó su padre Don Pedro

(1) En el *Indice Alfabético* de Capuchinos de Cataluña se confirma esta opinion: « Fr. Juan de Gerona Corista 8 de 7bre. 1584 ».

(2) **Joannes Gerundensis**, Cathaloniae Provinciae Novit. Clericus, a saeculo pietatis operibus vacat; geminas meretrices ad poenitentiam revocat; Gerundae ad Capucinos advolat; magnis in Novitiatu virtutibus emicat; saepe in mentis excessus rap tur; B. Virginis praesentia fruitur; coram Provinciali sensibus excedit; Gerundae Novitius diem sui obitus denotat et extremum claudit. (Bover. tom. II. Index Virorum illustrium. Y en la pág. 21 refiere la vida del devoto novicio.). De Aremberg edit. Ital., contiene la imágen del Siervo de Dios, n. 185.

de Rocaberti, Señor de las Baronías de Cabreñs, y su madre Doña Ana Gualbes y Sapila. Descienden los Señores de Cabreñs, por línea paterna, de la nobilísima y antiquísima casa de los Vizcondes de Peralada, que despues fueron Condes, y salieron de ella por Don Guillermo Galceran de Rocaberti, hijo segundo del sobredicho Vizconde y primer Señor de las dichas Baronías de Cabreñs. Por línea materna, descienden de los Marqueses de Oristan, del Conde de Almenara, de los Condes de Arill, de los Marqueses de Aytona, de la casa de Cervelló, y de otros ilustres linajes, porque casi siempre casaron con hijas de Titulares. Tuvo el sobredicho Don Pedro tres hijos que se llamaron Don Felipe, Don José, y Don Francisco, y una hija llamada Doña Estefanía. El primero y tercero de los hijos quedaron en el siglo, en que vivieron como cristianos y honrados caballeros. La hija llegó á ser desposada, pero habiendo muerto el esposo sin conócerla, desengañada con este suceso de la instabilidad de las cosas del mundo, determinó desposarse solamente con Jesucristo, entregándose tan de veras en su servicio, que fué un dechado de virtud á los ojos de todo Barcelona; y despues de algunos años que vivió así en el siglo, deseosa de mayor perfeccion, por consejo de un varon santo llamado Diego Perez, hombre muy sabio y muy apostólico, se hizo monja descalza del Cármen en el Convento que entónces se fundaba en esta ciudad, del cual fué la primera ó segunda Priora, y en el cual vivió y murió santamente.

Tales fueron los hermanos y los padres de nuestro P. José de Rocaberti, que fué el hijo segundo de los tres que nombramos arriba. No se sabe si nació en Barcelona ó en las dichas Baronías de su padre, mas esto importa poco para quien nace para Dios y para el cielo. Lo que sabemos es, que siendo aplicado desde muy jóven á la grámatica y letras humanas, determinó abrazar el estado eclesiástico, gozando ya entónces nueve cientos escudos de renta de la Iglesia. Y para conseguir mejor sus pias y santas intenciones, pasó á la insigne Universidad de Alcalá de Henares, con el fin de estudiar la Teología y otras ciencias. Mas Dios que tenía destinado á este jóven para fines más altos y más perfectos, dispuso que en aquella Universidad hallase la mejor escuela en que aprendiese el desengaño del mundo y de todo lo transitorio. Porque habiéndose hecho Religioso un condiscípulo y amigo suyo, pariente del Comendador mayor de Castilla, fué este hecho para él una leccion tan instructiva y tan penetrante, que determinó seguir su ejemplo, haciéndose poco despues Religioso de nuestro P. S. Francisco en la regular Observancia de Castilla: en cuyo sagrado Instituto vivió con gran crédito de letras y virtudes, y copioso fruto de predicacion. Despues de algunos años le fué preciso volver á Barcelona, por haber muerto sin hijos su hermano mayor, circunstancia que hizo necesaria su presencia para que los bienes pasasen al hermano menor y los poseyese pacíficamente, y tambien para componer algunos asuntos de su hermana que aun vivía en el siglo; logrando con este motivo el permanecer en Cataluña, y proseguir aquí los ejercicios de predicacion, letras y virtud. Por este tiempo se hallaba en Roma Embajador de Felipe segundo Rey de España, el Señor Don Luis de Requesens Comendador mayor de Castilla; el cual como fuese pariente de nuestro P. José, cuyos excelentes méritos no ignoraba, y teniendo mucho valimiento con el Papa Gregorio XIII, alcanzó de este Pontífice una Obediencia muy autorizada, y se la envió para que fuese á Roma. Pasó en efecto á aquella Capital del orbe, pero entendiendo que el Embajador le procuraba un Capelo para elevarlo á la dignidad Cardenalicia, el Varon humilde apreciando más el pobre sayal Franciscano que los honores del Capelo, salió de Roma y se volvió á España.

Cuando el P. Arcángel de Alarcon vino con sus compañeros de Italia á Barcelona, para extender y propagar nuestra Orden de Capuchinos por estos Reinos católicos, se hallaba el P. José de Rocaberti en el Convento de la Observancia de la villa de Reus, leyendo Teología á los Frailes, y siendo juntamente Definidor; y como llegase á su noticia el arribo de nuestros Religiosos, la austeridad de su vida, la santidad de sus costumbres, y los fines para que eran enviados: movido de aquellos deseos que ardían en su pecho, de mayor perfeccion, se fué al convento de Jesus

de Barcelona, con el fin de averiguar por sí mismo lo que la fama publicaba; y si ántes había tenido algunos deseos de pasarse á la Cartuja, pudo suspenderlos con esta venida. El P. Antonio Mochiales, Guardian entónces del mismo Convento de Reus, á quien animaban los mismos deseos, quiso tambien acompañarle en este viaje; y ambos despues de hablar con el P. Arcángel, y sabido de él cual era el Instituto capuchino, considerando que este era el estado que podía satisfacer enteramente sus fervorosos deseos, se pasaron sin dilacion alguna á los Capuchinos, y fueron admitidos por el mismo P. Arcángel en San Gervasio, que era la habitacion interina que les había concedido Don Dimas de Loris Obispo de Barcelona. Fué este tránsito en el año 1578, poco tiempo despues de la llegada de los PP. Fundadores. Y aunque el P. Antonio Mochiales por su complexion delicada y pocas fuerzas permaneció poco entre nosotros, pero el P. José perseveró firme y constante hasta la muerte, siguiendo y practicando con tanto fervor y espíritu la austeridad de nuestro Instituto, que sirvió de grande provecho para la fundacion.

Tenía cincuenta años de edad cuando entró en nuestra Orden. Varon noble por la sangre, grave en la prudencia, insigne en letras y doctrina, fervoroso en la predicacion, maduro, integro, eminente, y adornado de todas aquellas prendas que forman á los grandes hombres; y sin embargo de tan recomendables circunstancias, se conservó siempre entre nosotros como si fuese el más humilde y mortificado novicio. Causa á la verdad pasmo y admiracion lo que hallamos escrito de este Varon incomparable, singularmente en órden á la humildad y desprecio propio. Jamas hablaba con algun Religioso, fuese Sacerdote, fuese lego, sino es de rodillas, ni los escuchaba de otro modo, cuando le hablaban á él. Preguntándole una vez cierto seglar cuantos años había vivido en la Religion: « Hermano, le respondió con mucha humildad, no me pregunteis cuantos años he estado en la Orden, sino cuantas virtudes he conseguido en ella, porque los años de Religion sin virtudes no son alabanza sino confusion. » Otra vez el P. Miguel de Valladolid siendo jóven, le preguntó algunas cosas pertenecientes á la contemplacion; mas el varon humilde, mostrándose confuso, le respondió como si nada supiere ni por práctica ni por doctrina en semejante materia, exhortándole solamente que siguiese algunos ejercicios que le había dado su Maestro. Pero lo que admira sobre todo, es ver á este insigne Varon, sabio, noble, y de muchos años, cargado con una caldera de colada sobre el hombro, y caminar así por las calles y plazas de Barcelona hasta el Convento de Monte-Calvario, que estaba extramuros de la ciudad. Fué este un hecho tan extraño y al parecer de tanta ignominia, que encontrándolo así su hermano y otros Caballeros sus conocidos, uno de los cuales era Don Guillermo de Cinisterra Gobernador que fué de Rosellon y Cerdeña, admirados y tal vez confusos al verle con tan despreciable carga, le dijeron que no era razon que fuese de aquella suerte, y así que permitiese que algunos de sus criados llevasen la caldera á su convento. Mas él que miraba las cosas despreciables con otros ojos, les respondió: « ¿ Por qué, amigos, me quereis despojar de aquello que es mi gloria? Vosotros pensais que sólo es digno de honra lo que es alto y sublime en la tierra, pero errais en semejante juicio, porque lo que es alto entre los hombres es bajo delante de Dios, y lo que es despreciable á los ojos del mundo es muy digno de estimacion en la presencia del Señor. Esta caldera de que me pretendeis aliviar, es para mí de mayor gala que vuestras cadenas de oro: esta es mi cadena, esta mi autoridad, esta la insignia de mi nobleza, y esta el adorno de mi gusto. » Con cuya respuesta dejando á aquellos Caballeros no ménos admirados que edificados, prosiguió su camino y llevó aquel vaso al Convento. Y como si este hecho fuese poco para hallar el desprecio y la confusion que él tanto deseaba, compareció otra vez por las mismas calles de Barcelona con un mortero de piedra pendiente del cuello; y en otras ocasiones fué visto llevar al convento la leña necesaria por medio de la misma Ciudad. Finalmente no había ministerio humilde, no había ejercicio despreciado, á que él no acudiese con prontitud y alegría.

Consiguiente á esta humildad y desprecio propio, fué el rigor y austeridad

con que trataba su cuerpo. Llevaba un hábito pobre y remendado, siendo en todo lo demas pobrísimo: el uso de las sandalias nunca lo conoció miéntras estuvo sano, yendo siempre descalzo: el sueño lo tomaba sobre las desnudas tablas, la comida era muy templada, los ayunos rigorosos, y á las disciplinas ordinarias añadía otras extraordinarias. Del silencio y recogimiento era observador tan fiel, que no sólo evitaba las conversaciones superfluas, si que tambien huía el trato y familiaridad de los seglares y aun de los Religiosos. Yendo una vez de camino con el P. Miguel de Valladolid, despues de rezar el Oficio mayor y menor, lo demas todo fué silencio y recogimiento. Cuando estaba en el Convento apénas salía de la celda, no de otra manera que si hubiese hecho pacto con la soledad. Finalmente su obediencia, su honestidad, su modestia, su mortificacion, su paciencia, su caridad, y en conclusion todas las virtudes resplandecían en él con tal perfeccion, que los testigos que deponen en las informaciones de su vida, las explican con unos términos los más sublimes. Uno dice que tuvo todas las virtudes en grado heróico; otro que sus virtudes no pueden explicarse con pocas palabras; otro que si fué ilustre por el linaje, lo fué más por sus virtudes; otro que fué tenido en opinion de santo; y así los demas. Expresiones altas y sublimes en verdad, pero muy justas y muy debidas á quien Dios había elegido por su pregonero y por su apóstol, tratándole no ya como á siervo sino como amigo. Si él se humillaba, se mortificaba, se afligía, Dios lo ensalzaba, lo consolaba, lo recreaba en la oracion con tanta abundancia de favores, que á más de concederle frecuentes excesos mentales, fué visto algunas veces elevado en el aire. Si él se escondía, se ocultaba, y huía el trato y conversacion de las gentes, Dios le ordenaba salir en público á pregonar su palabra para bien de las almas, infundiéndole á este fin tal celo, tal fervor, y tales deseos de la salvacion de los prójimos, que es imponderable el fruto que hizo con sus sermones.

Los Superiores que conocían muy bien estos dones con que el Señor lo había favorecido, lo enviaban á diferentes pueblos, para que en ellos derramase los ardores de su celo y las luces de su doctrina á beneficio de todos. Cuando se fundaron los Conventos de Valls, de Perpiñan y de Villafranca, se halló él presente y predicó en una y otras poblaciones con tanto espíritu y fervor, que recogió copiosas mieses para las trojes del Señor. Esto se verificó principalmente en la populosa Villa de Valls, donde el Siervo de Dios predicó una Cuaresma, siendo sus sermones tan fervorosos y tan penetrantes, que aquella Villa no parecía pueblo de tratos y negocios sino lugar de retiro y de soledad. Se pasmaron singularmente aquellos devotos vecinos, y se compungieron sobremanera en el Viérnes santo, en cuyo dia el fervoroso Orador predicó la Pasion del Señor por espacio de cuatro horas, mostrándose tan abrasado de amor de Dios, tan penetrado de las penas del Redentor, que al fin del sermon tomó una corona de espinas y se la puso en la cabeza, y apretándola fuertemente, empezó luego á correr la sangre por la frente y por las mejillas: y bajando del púlpito con un fervor extraordinario, se abrazó con una cruz que estaba en frente, la cual arrancó de su lugar y se la cargó á cuestas. Esta cruz era tan grande, que el P. Roman de Valls Religioso nuestro, que la vió, y refiere este caso, dice que á su parecer cuatro hombres no la podrían llevar. Con esto se vió entónces en aquella Iglesia una procesion la más triste y dolorosa de cuantas se pueden hacer. Iba el Predicador delante cargado con aquella cruz y con la corona de espinas en la cabeza, predicando contínuamente; le seguían infinitas gentes llorando, gimiendo, y formando de aquel templo un nuevo Calvario de dolor y de arrepentimiento; y de este modo anduvieron toda la Iglesia hasta llegar al Monumento, en que segun costumbre se guarda el Señor sacramentado. El resultado de este Sermon y de los demas de la Cuaresma, y buen ejemplo de su vida, fué la conversion de muchísimos pecadores y el provecho y reforma de inumerables almas, conservándose por muchos años en aquella Villa la memoria de un suceso tan extraordinario.

Tal era el fervor, tal el celo, tal el espíritu de este Predicador apostólico; y sin embargo no le faltaron algunas contradicciones que ejercitaron su paciencia y su constancia, como se verá en el

caso siguiente. Predicó en cierto dia un sermon en Villafranca contra los bailes, reprobándolos con aquel celo y espíritu que acostumbraba. El dia siguiente subió al púlpito otro Predicador, el cual ó porque le pareciese que el P. José se había excedido, ó por otro motivo, predicó á favor de los bailes, siguiéndose de aquí la conturbacion que es regular en semejantes casos. Mas Dios nuestro Señor confundió de tal modo á este Predicador, que habiéndose deducido el caso al Obispo de Barcelona Don Dimas de Loris, este Prelado privó del oficio de predicar al que se había mostrado favorable á los bailes, y á nuestro P. José le concedió volver á Villafranca á confirmar y continuar su predicacion apostólica. Pero lo que sobre todo nos manifiesta el espíritu y celo de este Varon santo, fué la institucion de la oracion de las Cuarenta Horas, cuyo santo y devoto ejercicio dejó introducido en Perpiñan, segun se cree, y en Villafranca, y en casi todos los pueblos donde predicó. Es á la verdad digno de reparo, que habiendo sido un P. José el que empezó á instituir la oracion de las Cuarenta Horas en Italia, otro P. José las empezase tambien á instituir en Cataluña. Aquel fué un Capuchino de Milan, y este un Capuchino de Barcelona: y ambos dignos de eterna memoria por haber sido como los fundadores y primeros instituidores de tan santo y sagrado ejercicio, recibido despues por la Iglesia universal, y abrazado de casi todos los pueblos cristianos con tanta gloria del Señor y provecho de las almas. (1)

Habiendo pues el Siervo de Dios trabajado como obrero fiel en la viña del Señor, quiso el celestial Padre de familias darle el galardon y el premio de sus trabajos. Pero primero se dignó purificarle como oro acrisolado con una enfermedad de etiquez, que le afligió por largo tiempo en nuestro convento de Monte-Calvario, cuya enfermedad aceptó y sufrió con la mayor paciencia y resignacion. Y como los que adolecen de semejante mal suelen morir casi sin pensarlo, él que era muy considerado y advertido, á fin que la muerte no le hallase desprevenido, tenía muy á la mano un soneto que se atribuye á San Luis Bertran, el cual comienza así:

Aquella estrecha cuenta, ánima mia,
Que á Dios tienes de dar sin saber cuando,
Revuelve en tu memoria cada dia
Que poco á poco se te va acabando.

Con la memoria de este devoto soneto, y con otras pias consideraciones estaba disponiéndose para el dia que Dios quisiese llamarlo. Llegó finalmente este dichosísimo dia, del cual se cree tuvo algun previo conocimiento ó revelacion, porque en el mismo dia que murió pidió por la mañana al P. Guardian, que era el P. Juan de Alarcon, que le oyese en confesion general: y como este le respondiese que no había necesidad de ello, supuesto que se confesaba cada dia, él repuso que convenía hacerla porque sabía que estaba cercana su muerte. Y habiéndola hecho en breve espacio de tiempo, pidió despues con mucha instancia el Santísimo Viático; y teniendo ya el Señor Sacramentado en su celda, levantó los ojos y las manos al cielo,

(1) El origen de las *Cuarenta Horas* es debido al celo del gran Siervo de Dios, P. José Plantanida de Ferno, Definidor General de la Orden Capuchina. Al P. José sucedieron otros fervorosos Capuchinos, quienes favorecidos con pontificios privilegios para la propagacion de las Cuarenta Horas, pasaron por muchas ciudades y pueblos, instituyendo tan provechosa devocion; mereciendo especial mencion los PP. Matias de Saló, Fidel de San Germano, Jacinto de Casalmonferrato, Francisco de Soriano, Querubin de Moriana, Juan Bautista de Este (quien al vestir el sayal Capuchino se llamaba Alfonso III Duque de Módena), Benito de Procera, Alejandro de Busto, Pedro de Martinengo. — Esta gloria de la Religion Capuchina, la confirman muchos y graves autores, entre los cuales Esnodano, Boverio, Thiers, Chardon, Benedicto XIV, etc. etc. Bastará citar las palabras del P. Hautin, Jesuita: « El primer autor de las Cuarenta Horas, dice, fué el V. P. José de Ferno, Capuchino, quien durante la guerra entre Carlos V y Francisco I introdujo esta oracion con gran fruto de las almas y la propagó por toda la Italia. » Los PP. Capuchinos consideraron siempre como un deber sagrado y un testamento de sus Mayores, el propagar las Cuarenta Horas; publicaron varios libros para popularizar dicha devocion, y lo que es más aun, fundaron en Bélgica una asociacion llamada: « Cofradía ó sea Orden equestre religioso de la Pasion de Jesucristo, por medio de la devocion y propagacion del solemne ejercicio de las Cuarenta Horas. » Con razon, pues, nuestro P. José hizo en España lo que tantos ilustres Capuchinos en otras naciones. — Entre los que reconocen que se debe al P. José de Barcelona la fundacion de las Cuarenta Horas en España (donde la devocion al SS. Sacramento fué siempre tan grande y las solemnidades eucarísticas tan solemnes en todas sus manifestaciones) merece especial mencion el P. Miguel Tugiense, suizo, quien en su Bullarium, tomo V, pág. 308, dice: « Josephus Barcinonensis, ex nobilissima et Baronali Rocabertorum Familia, Caprariae, etc. Domina, qui *primus orationem XL Horarum in Hispaniam induxit.* » Lo mismo admite el P. Segismundo de Venecia, Menor Reformado, en su *Biografía Seráfica*, pág. 437, cuyas palabras citamos en su original italiano: « Giuseppe da Barcellona, cap-

y con esta accion espiró, entregando su alma en las manos del mismo Señor que tenía presente, el cual la recibió para coronarla eternamente en la gloria, segun piamente creemos. Murió este varon ilustre con universal fama de santidad en el año 1584, á los 56 de su edad, despues de seis años que abrazó nuestro Instituto capuchino. Su cuerpo quedó tratable, flexible, y de un color más hermoso que cuando era vivo. Pero lo más maravilloso fué que su muerte se divulgó por la ciudad de Barcelona sin saberse como. Ya dijimos en otra parte que el Convento de Monte-Calvario distaba de la ciudad como una pequeña milla, ó como un cuarto de hora. Los Religiosos luego que murió el Varon santo, llevaron su cuerpo á la Iglesia, donde lo dejaron sin que hubiese seglar alguno; pero volviendo á breve rato, lo hallaron adornado de rosas y circuido de innumerables gentes, que á porfía procuraban no sólo venerar aquel sagrado cuerpo, sino tambien llevarse alguna reliquia. Unos le cortaban el hábito y la cuerda, otros los cabellos de la cabeza y de la barba, otros las uñas de los dedos. Finalmente se aumentó tanto el concurso de las gentes, y fué tal su devocion indiscreta, que los Religiosos se vieron precisados á meter el cuerpo dentro la reja para celebrar los Divinos Oficios.

Mas aquí se vió otra maravilla que aumentó sobremanera la admiracion y devocion de las gentes. Entre los muchos que se hallaron presentes miéntras se celebraban los oficios, fué un mudo llamado Bas, el cual como si viese alguna cosa superior, ya que no podía explicarse con palabras, se expresó con señas de ojos, de acciones, y de voces no articuladas, con que dió á entender, que veía subir al cielo el alma del Siervo de Dios, rodeada de luz y con una corona de oro; significándolo con tanta alegría y afecto, que asido á los pies del difunto, no hacía más que besarlos, sin que pudiesen apartarlo de allí. Con esto creció no poco la devocion de las gentes, y siendo tanto el concurso que no se podía pasar por la Iglesia, tuvieron necesidad los Religiosos de rom-

---

puccino. della provincia di Catalogna. Vestì l'abito clericale, attese agli studii nell'Università di Alcalà. indi abbracció l'istituto francescano tra' Padri Osservanti e visse con somma lode. Finalmente fece passaggio tra' Padri Cappuccini. Si dimostrò sempre uomo grave, prudente e maturo. e si diede all'esercizio di tutte le religiose virtù. Fu celebre predicatore, e *il primo nella Spagna ad introdurre la divozione delle XL Ore.* Scrisse alcuni *Opuscoli* spirituali per vantaggio de' fedeli, i quali furono stampati senza il di lui nome. Illustre per fama di santità, consunto da etica febre, passò al Signore l'anno 1584. » Lo mismo afirma Boverio, tom. II, pág. 159, con estas palabras: « Primus is ex nostris fuit, qui in Hispania Quadraginta Horarum orationem sermonilem celebraret: ex qua cum uberes semper fructus referret, ea passim per alias quoque ulterioris Hispaniae oras propagari coepit. » Lo mismo se lee en varios antiguos manuscritos del Archivo de Capuchinos de Cataluña, entre otros en los opúsculos *Notanda* y *Narratio Virorum Illustrium.* — Una de las ciudades que más secundó el celo de nuestro P. José de Barcelona, fué la inmortal Gerona, y aun cuando no podemos asegurar fuese él personalmente el que instituyó las Cuarenta Horas en dicha capital, como lo hizo en Valls y en Perpiñan, es cierto que las instituyeron los Capuchinos de Cataluña, como lo prueba el siguiente documento del tomo segundo de los Originales de la Provincia: « Predicando en la iglesia mayor de la ciudad de Gerona algunas Cuaresmas los Capuchinos en el principio de esta Provincia, y en el tiempo de la fundacion del convento de nuestra Señora de las Ermitas de aquella ciudad, persuadieron con grande espíritu, y alcanzaron la institucion de la oracion de las Cuarenta Horas en la Semana santa, como hasta ahora se conserva con grande edificacion y devocion de aquella ciudad, y se instituyó y dispuso de la manera siguiente. El domingo de Ramos, despues de Vísperas y sermon, el Señor Obispo con el cabildo y Clero y toda la ciudad llevan en procesion el Santísimo Sacramento desde el altar mayor de la Catedral á una capilla grande y muy devota, y para aquella ocasion ricamente aderezada, al lado de la iglesia llamada nuestra Señora del Claustro; y asisten allí por horas, empezando el Señor Obispo la suya de las cuatro á las cinco, y el Cabildo de las cinco á las seis, luego el Veguer tras el Cabildo, y despues los cuatro Jurados, su hora cada uno de por sí con su acompañamiento, despues los Estudiantes de la Universidad, y tras ellos los oficiales de todos los oficios mecánicos por cofradías, empezando los Tenderos. Y de dia estan repartidas las horas por calles para las mujeres, reservando siempre las noches para los hombres y los dias para las mujeres, hasta las siete de la mañana del Mártes santo, que es la última hora, en la cual asistimos los Capuchinos hasta las ocho, en memoria y reconocimiento de la institucion de esta singular devocion de las Cuarenta Horas, que como queda dicho tuvo principio de los Capuchinos y fué tan bien recibida, como manifiesta el general aplauso y edificacion grande, con que felizmente se ha conservado hasta ahora con igual fervor y devocion. Y asi aunque ninguna otra Religion es llamada para asistir en las dichas Cuarenta Horas, los Capuchinos por la razon dicha asistimos sin ser llamados; y nuestra hora de oracion da remate á la solemnidad, para que juntamente podamos asistir á la procesion que luego se hace, porque en dando las ocho del Mártes santo por la mañana, acude á la dicha capilla toda la Catedral, y tomando el Señor Obispo la custodia, se llevan el Santísimo Sacramento al Altar mayor procesionalmente, yendo los Capuchinos con sus velas entremezclados con los señores Canónigos. Y despues de haber llegado á la iglesia y hecha la procesion, quedándose los Capuchinos dentro del presbiterio y toda la ciudad en el cuerpo de la iglesia, el Predicador de la Cuaresma de la misma iglesia mayor predica de la oracion, ó de otra materia conveniente á aquel santo tiempo; y acabado el sermon, se encierra el Santísimo Sacramento, y se da fin á la solemnidad de las dichas Cuarenta Horas. »

per un tabique para llevar el cuerpo al lugar de la sepultura Y como ni aun despues de enterrado cesase la devocion del pueblo, fué preciso dejar la sepultura abierta por espacio de más de quince dias, para satisfacer los deseos de muchas personas que entraban en ella á ver y venerar el cuerpo de aquel de quien el cielo publicaba tantas maravillas. Uno de estos fué el Señor Don Pedro de Mendoza, hijo del Capitan del Castillonuevo de Nápoles, quien hallándose con su padre en Barcelona, y oyendo las cosas acontecidas en la muerte y entierro de este Siervo de Dios, vino á Monte-Calvario, y entrando á la sepultura trató su cuerpo, y tomó por devocion algunos cabellos que le habían quedado; y lo que es más se halló interiormente tan trocado, que sin embargo de tratarse entónces su casamiento, renunció el matrimonio y el mundo, haciéndose Religioso de nuestra Orden. Otro de los que entraron fué el Señor Miguel Querol, aquel insigne Bienhechor nuestro, que tanto cooperó á nuestra fundacion: el cual vió aquel cuerpo venerable tan hermoso que parecía tener una rosa en cada mejilla, y besándole en la boca, sintió que salía de ella un olor muy suave, de que quedó tan lleno de devocion, que al salir de la sepultura se quitó los zapatos, diciendo que no quería llevarlos más, porque zapatos que habían pisado cosas tan santas, no era razon que sirviesen más de calzado. No faltó tambien á venir la hermana de nuestro venerable difunto Doña Estefanía, que aun vivía en el siglo con la santidad que dijimos. Esta Señora despues de oir Misa y comulgar, entró á la sepultura y miró con mucha serenidad y sosiego aquel cuerpo santo de su hermano; y no obstante de haber pasado ocho ó más dias de su muerte, halló que se le doblaban los dedos de las manos, y se conservaba tan tratable como si estuviera vivo, quedando con el consuelo que se deja pensar. Por último entraron tambien en la sepultura algunos pintores, que formaron algunas efigies de este venerable Padre, á solicitud y peticion de ciertas personas principales que deseaban tener en sus casas el retrato de tan ilustre y santo Varon.

A la reflexion de todos estos sucesos, séanos permitido llamar aquí la admiracion de cuantos leeran estas cosas. ¿ Quien hay que no sepa que la etiquez es una enfermedad reputada por contagiosa? Desgraciados aquellos que la incurren, que presto se ven privados de muchos consuelos de la sociedad humana. Miéntras viven se les trata con mucho miramiento y reparo, separando las cosas que sirven á su uso; y despues de muertos no sólo huyen de acercarse á ellos, sino que hechan al fuego cuantas cosas tocaron aquellos cuerpos. Mas ¡ oh potencia admirable del Señor! ¡oh virtud grande de la santidad! Murió de semejante enfermedad el P. José de Rocaberti, y no obstante concurren todos, hombres y mujeres, nobles y plebeyos á tocar y besar su cuerpo, y se tienen por dichosos de alcanzar y poseer alguna cosa de las que le sirvieron ó en su enfermedad ó en su muerte. La cama, la almohada, el hábito, la cuerda, unos peales que le pusieron en los pies, las sandalias, y aun las uñas y los cabellos fueron como unas joyas preciosas que todos solicitaron, y se repartieron como mejor se pudo. Aun el mismo médico que le sirvió en la enfermedad, no dudó quitarle un dedo cuando lo llevaban á enterrar, y guardarlo como preciosa reliquia. Pero ¿ de qué nos maravillamos? Se había humillado y despreciado este Varon ilustre hasta lo más ínfimo, como hemos visto, y Dios que se goza de ensalzar á los humildes, quiso honrarlo de tal modo que su muerte fuese preciosa no solamente á sus Divinos ojos, sino tambien á los ojos de los hombres; á cuyo fin dispensando las leyes de la naturaleza, concedió á su cuerpo difunto aquella hermosura, fragrancia, y flexibilidad que hemos dicho; y á las cosas que sirvieron á su uso, á más de comunicarles un olor suavísimo, quiso que tuviesen virtud y eficacia de remediar las dolencias y enfermedades para consuelo de muchos, de lo cual traeremos aquí los pocos casos que hallamos escritos.

El sobredicho Miguel Querol consiguió entre otras cosas un poco de cuerda y los peales de lana, de que el Siervo de Dios había usado cuando estaba enfermo por razon del frio, cuyas reliquias despues de 27 años entregó al P. Miguel de Valladolid, quien dice que no obstante de haber pasado tanto tiempo, despedían de sí un olor tan bueno y tan ex-

traordinario, que no sabía á que otro olor poderlo comparar. A más de esto aquellos peales tuvieron tal virtud que con ellos sanaron no pocos enfermos, segun lo asegura el mismo Señor Querol por estas palabras: « Con los dichos « peales muchos que me los han pedido « (ahora no se me acuerdan los nom- « bres) han curado de diversas enfer- « medades. Sólo me acuerdo de un hijo « de mosen Espuny Caballero de esta « Ciudad, el cual mucho había estaba « tullido de pies sin poder caminar, y « en calzándose los dichos peales cobró « salud y caminó bien. » La Señora Petronilla Salvany tenía una hija de un año enferma de sarampion, y como no pudiese tomar los pechos estaba ya para morir. En esta ocasion sucedió la muerte de nuestro P. José, á quien los de aquella casa tenían particular devocion; y habiendo ido el padre de la niña enferma al convento de Monte-Calvario, pidió alguna cosa del difunto, y le dieron la almohada en que había muerto. ¡ Cosa rara! apénas pusieron la dicha almohada bajo la cabeza de la niña moribunda, al momento empezó á tomar los pechos, y luego estuvo sana, atribuyéndolo todos á milagro. Otra Señora llamada Mariángela, hija de la antecedente, despues de referir el caso precedente, añade, que tiene entendido que con una sandalia de cáñamo del santo Varon, que tenía en su casa, muchos que se la pidieron alcanzaron con ella la salud, singularmente uno que estaba enfermo de gota. Fray Benito de Manresa Religioso lego de esta Provincia vino á Monte-Calvario un dia despues de haber enterrado al Siervo de Dios; y padeciendo despues un mal de cabeza tan grave que le tenía enfermo, confiesa el mismo, que con ir á la sepultura donde estaba su cuerpo, y meter la cabeza en ella, sanó al instante.

Creemos que muchos otros milagros podrían referirse, si nuestros primitivos Padres hubiesen tenido algun cuidado en escribirlos; en cuya conformidad dice el P. Miguel de Valladolid lo siguiente: « Yo me hallé en la enfermedad y muerte de este Padre, y sé que todo lo que dicen los testigos es verdad, y que si hubiera habido curiosidad en notar cosas, se pudiera hacer un buen tratado de su vida y muerte. » Mas ¿ qué importa que los hombres callen, ó no escriban? ¿ Por ventura no hablaran perpétuamente las virtudes de este hombre celestial, su pobreza evangélica, su humildad profunda, su caridad abrasada, su predicacion apostólica, y todo aquel cúmulo de perfecciones que lo elevaron á tan alta santidad? Éstas son las lenguas y las plumas más eficaces, que publicaran siempre los grandes méritos y excelsa gloria que este Varon incomparable posee en el acatamiento de Dios: instruyéndonos al mismo tiempo de lo que nosotros debemos hacer para ser felices en esta y en la otra vida.

El cuerpo de este piadoso Padre se conservó entero por mucho tiempo en la misma sepultura de Monte-Calvario despidiendo un olor suavísimo. Y hace de él honorífica memoria el P. Sebastian Berdejo, Religioso de la Observancia, en el libro intitulado: Instruccion para rezar el Oficio de la Cruz.

Fray Pablo de Barcelona, Corista.

Ilustró tambien la misma santa Provincia en este año de 1584 otra luz brillante, que aunque se dejó ver por poco tiempo, fueron tales sus resplandores, que difundiran la claridad hasta los siglos más remotos. Fué esta el hermano Fray Pablo de Barcelona Corista, cuya vida escribimos, el cual habiendo vivido solos tres años en la Religion, aprovechó tanto en la virtud y santidad que su memoria no la borraran los tiempos ni los años. De este siervo de Dios, ántes de entrar en la Orden, sólo sabemos que nació en Barcelona, y que se llamaba Brocal, sin duda porque este sería el apellido de sus padres. Pero el haber renunciado el mundo en la flor de su juventud, y haber abrazado nuestro pobre Instituto en aquellos tiempos que se vivía con tanto rigor y austeridad, nos hace suponer en él un espíritu muy fervoroso y unos deseos grandes de ser virtuoso y perfecto. Así lo acreditó ya desde los principios que vistió nuestro santo hábito, aplicándose tan de veras á ser humilde, obediente, pobre, mortificado, paciente, y al ejercicio de las demas virtudes, que en poco tiempo aprovechó más que otros en muchos años. Afligía su cuerpo con ayunos y disciplinas de cada dia, con dormir sobre las desnudas tablas, con andar descalzo

ó sin sandalias, con llevar un hábito estrecho y grosero, con el silencio, y con otras austeridades y penitencias; crucificando de este modo su carne, para que no se rebelase contra el espíritu. El ejercicio santo de la oracion, fuente de todas las virtudes, era el blanco á que principalmente se dirigían sus deseos, ocupándose en él con tal espíritu y fervor, que en poco tiempo llegó á aquel alto grado de contemplacion que Dios suele conceder á los más aprovechados. Y el Señor que se digna tratar familiarmente con sus fieles siervos, lo llenaba de sus Divinos dones con tanta liberalidad, que mereció gozar profundos éxtasis no pocas veces, y algunas fué visto de la gente fuera de sí y levantado en el aire; conforme le sucedió un Juéves santo orando delante el Santísimo Sacramento, con admiracion de cuantos lo vieron. Una oracion tan fervorosa, acompañada de tanta penitencia y de unos favores tan celestiales, no pudo ménos que irritar al demonio, enemigo comun de los hombres: el cual como resentido de ver á un jóven, que apénas empezada la carrera de la virtud ya se hallaba casi al último de su término, determinó ponerle todos los impedimentos posibles para detenerle ó privarle de tan admirables progresos. Al principio lo perseguía con tentaciones interiores y ocultas, y viendo que nada aprovechaba con ellas, resultando nuevos méritos para el Siervo de Dios, se le manifestó al fin en forma visible y con figuras horrendas, para impedirle el acudir al coro y á la oracion, que serían sin duda los ejercicios que le causaban mayor pena y desesperacion. Mas el valiente soldado de Cristo, como si fuese ya muy veterano en la milicia espiritual, sacando las disciplinas de la manga, amenazaba con ellas á su enemigo en cualquier forma que se le presentase hasta obligarlo á una vergonzosa huida, quedando él con entera libertad para continuar sus devotos y santos ejercicios.

Tan gloriosos triunfos del enemigo y tan admirables progresos en la perfeccion religiosa prometían seguramente otros incrementos mayores en el discurso de los años. Mas Dios nuestro Señor, que cuenta la perfeccion no por los años sino por las virtudes, hallando á este su fiel Siervo fruto sazonado para el convite de la gloria, dispuso que saliese de este mundo ántes que los tiempos pudiesen marchitarlo. Moraba este virtuoso Corista en nuestro Convento de San Boy, contando solos tres años de Religion, cuando se halló acometido de una grave enfermedad, por cuyo motivo lo trasladaron á Monte-Calvario á fin de remediarse con mayor facilidad. Pero apénas entró en este Convento, dijo á Fray Querubin de Nápoles que moriría presto, cuyo parecer y juicio confirmó despues el médico. No es creible el gozo que manifestó con esta noticia de parte del médico, ni es fácil explicar los actos fervorosos con que se preparó para la última hora. Unas veces daba gracias á Dios por las misericordias que le había hecho, singularmente por haberle llamado á la Religion y dádole perseverancia en ella, confesando que si no le hubiese tenido de su mano se hubiera condenado. Otras veces se acusaba de los defectos muy leves, de que otros no hacen caso, como de las negligencias y faltas que por fragilidad se cometen en la oracion, en el Oficio Divino, y frecuencia de Sacramentos. Y considerando las obligaciones del estado que había profesado, se gozaba de haberse obligado á ellas, y de las penurias que había padecido por guardar la Regla, y mostraba tener pesar de no haber tomado ántes el hábito. Era á la verdad digno de admiracion y edificacion escuchar á este devoto Corista, y ver como discurría en unas materias tan espirituales, no de otra manera que si fuese muy aventajado en ellas. Pero mayor admiracion causó á los Religiosos el caso que vamos á referir. Cinco dias ántes de su muerte, estando Fray Querubin de Nápoles hablando con él de la eficacia de la sangre de Cristo, de cuyo misterio Fray Pablo era muy devoto, fué arrebatado en espíritu, y estuvo con el rostro muy alegre y sereno; pero volviendo en sí, saltó de la cama con gran miedo y temblor, y tomando una cruz que tenía en la cabecera, decía á grandes voces: « Besa esa cruz, perro maldito, bésala malvado». Los Religiosos que estaban pavorosos procuraron volverlo á la cama, y habiéndose sosegado le preguntaron que era lo que había visto en aquel éxtasis. Y Fray Pablo respondió, que se le había aparecido la Vírgen Santísima del Rosario, de la cual era muy devoto, tan hermosa y resplandeciente que le robó los sentidos. Iba la Divina Señora toda vestida de

blanco, con una diadema de oro en la cabeza, rodeada de rosas y azucenas, que con admirable trabazon formaban un rosario entero, puesta una azucena entre cada diez rosas, rodeada de inestimable resplandor. Despues de esta vision, añadió, que había salido un perro negro que le quería ahogar, por cuyo motivo tomó la cruz para defenderse de él. Y preguntándole donde estaba el perro, respondió que había huido saliendo por la ventana. Una vision semejante tuvo el dia ántes de morir, con sola la diferencia que la Vírgen se le apareció en la forma que pintan la Vírgen de Monserrat, adornada y circuida de velas blancas y encendidas; y aunque se libró tambien del perro, fué sin moverse de la cama por faltarle las fuerzas. Desearon saber los Religiosos cual fuese el motivo que despues de merecer un favor tan soberano de la Vírgen Santísima, compareciese luego el demonio en forma de perro para darle tanta pena; á cuya pregunta respondió el Varon santo, que esto era porque no se vanagloriase, y conociese que todo el bien nos viene de Dios. Llegó finalmente al último de sus dias, y pocas horas ántes de morir le preguntó el dicho Fray Querubin si se acordaba de la sangre de Cristo; y él como ya no pudiese hablar, formó con los dedos sobre la cama una S, significando que sí, y que tal era su pensamiento y su memoria. Armado pues con esta pia y santa memoria, y fortalecido con tantos favores del cielo, murió en el mismo Convento de Monte-Calvario con universal fama de santidad, pasando, segun piamente creemos, de las miserias de esta vida al reino de la gloria, donde recibió el premio y la corona que Dios concede á los que perfectamente lo aman y sirven; y dejando para nosotros señalado el camino que debemos seguir para llegar á la misma corona y reino.

La memoria de este dichoso y afortunado Corista la celebró el P. Sebastian Berdejo, de quien hicimos mencion antecedentemente. Este Padre fué por algun tiempo Religioso nuestro en esta Provincia á los principios de su fundacion, y habiéndose vuelto á la Observancia, estampó un libro con el título: Instruccion para rezar el Oficio de la Cruz; en cuyo libro resume con particular elogio la vida de nuestro Fray Pablo, explicándose con las palabras siguientes: « En el monasterio de Monte-Calvario « de Barcelona está enterrado otro particular Siervo de nuestro Señor, que se « llama Fray Pablo Brocal, Corista, natural de la misma ciudad: el cual traía « siempre delante los ojos de su alma el « pozo sin suelo de la sangre de Cristo « nuestro Señor, de quien se había hecho « brocal para que sacasen por él (aunque « le gastasen las sogas) la sangre más liberal y barata que la agua de la Samaritana. Estaba enfermo, y se disciplinaba con tanto ánimo, que hacía más « disciplinas en una semana que otros « en muchos años. En su muerte peleó « contra el demonio con tal manera que « lo debió de ver y vencer, y luego se « alegró mirando una imágen de nuestra « Señora, que tambien se cree que le socorrió con su virginal vista. Y lo que « es mucho de notar, y tengo yo por milagro, es que habiendo dicho los médicos que no viviría tres dias, y diciendo « él que deseaba morir en el dia de la « Visitacion de nuestra Señora, que había « otros cuatro dias más sobre los tres, « vino á morir el mismo dia de nuestra « Señora, contra la experiencia y natural « conocimiento de los médicos, que tenían por imposible poder vivir tanto, « segun naturaleza. De lo cual podemos « colegir lo que alcanzan los Devotos. « Tenía deseo de morir en manos de « Fray Serafin de Nápoles que le dió el « hábito, y cumpliose. » Todo esto dice el mencionado P. Sebastian Berdejo en el predicho libro, segun refieren los Originales de la Provincia.

P. Miguel de Vich.

Murió en Roma el año 1585 un Religioso nuestro, célebre en virtudes y letras, llamado P. Miguel Español, cuya vida refieren nuestras Crónicas generales sin expresarnos de que Provincia ni de que Pueblo fuese natural. Mas una carta manuscrita, fechada en Roma dia 6 de Enero de 1578, que se conserva en el archivo de esta Provincia, y que actualmente tenemos á la mano, nos asegura que este venerable Capuchino fué natural de Cataluña. Esta carta va dirigida á Barcelona á nuestro gran bienhechor el Señor Miguel Querol, escrita

en idioma catalan excepto la firma, que siendo de la misma letra, está en estos términos italianos: *Frate Michele Spagnuolo*. Con ella recomienda á nuestros Fundadores para el feliz efecto de la fundacion, haciendo particular mencion de los Señores Pedro y Francisco Cazador, y de Doña Estefanía de Rocaberti; y al mismo tiempo dice que remite un pliego para una su hermana, que se llamaba Madre Sor Migians. Circunstancias todas que no dejan la menor duda que este piadosísimo Padre fué de Cataluña. En cuanto al lugar, seguimos una nota que está al dorso de la misma carta, en que se escribe Padre Miguel de Vich (1). Nuestros Originales de la Provincia nada dicen de este venerable Religioso, porque es cierto que no vistió el santo hábito, ni vivió en la Provincia; no obstante creemos muy justo y muy debido darle lugar en este libro, no tanto por patricio, cuanto por lo mucho que él se interesó á nuestra fundacion con dicha carta; esperando que las Provincias de Nápoles y de Roma partiran con nosotros las glorias y los frutos de tan santo y venerable Religioso.

Supuesto pues que nada hallamos escrito ni de sus padres, ni de su educacion, ni como ó de qué manera pasó á Italia y abrazó nuestro Instituto capuchino, lo miraremos desde luego, siguiendo las Crónicas generales, constituido ya Predicador insigne en nuestra Provincia de Nápoles, floreciendo allí no ménos en erudicion y doctrina, que en virtud, pureza de vida y suavidad de costumbres; por cuyas altas perfecciones y eminentes dotes fué uno de los Predicadores célebres de su tiempo. Asimismo fué por muchos años Lector de Teología en la misma Provincia, desempeñando tan cumplidamente este grave oficio, que dió á la Religion muchísimos Predicadores y Varones insignes en letras y observancia regular á su ejemplo. Mas Dios que quería llevar á este su Siervo por caminos más seguros, y elevarlo á un grado más alto de santidad, permitió que se desvaneciese con su voz dulce y sonora, gracia natural que entre otras gozaba, y de que se deleitaba demasiado en la predicacion; cuya falta castigó el Señor con tanto rigor que á más de quedar baldado de un brazo, su voz se le volvió ronca por toda la vida, con que no pudo predicar ni decir Misa. Fué este castigo un aviso tan saludable y una instruccion tan eficaz para el Siervo de Dios, que desengañado y reconocido se entregó del todo al estudio de las virtudes, singularmente al de la humildad y desprecio propio, en cuyo ejercicio aprovechó

---

(1) La imágen del Siervo de Dios, de tamaño mayor, puede verse en la obra ilustrada de Aremberg, número 146, con una relacion de su vida en italiano, conforme á la edicion latina del mismo Aremberg. — Bernardo de Bolonia hace el siguiente elogio del P. Miguel: « Michael Hispanus, Provinciae Neapolitanae Concionator. Ingenii magnitudine, praeclara doctrina, morumque suavitate ac sanctimonia eminuit, et multo tempore Nostros docens philosophicas et theologicas facultates, plures nostrae Religionis Verbi Dei Praecones doctrina et pietate insignes sui imitatores progenuit. Odore perfusus est Sanctitatis tum in vita, cum in morte, quam oppetiit anno 1585. Adhuc extat illius MS. *Tractatus de Praedestinatione ad gloriam, et de Auxiliis Divinae Gratiae*. De ejus gestis aliqua narrantur a Boverio tom 2 Annal. Capuccinor., § 53. » — Apolinario de Valencia de Francia, pág 127, dice que la obra de Praedestinatione etc. fué impresa. Citamos sus palabras: « In hac Neapolitana provincia seraphicas lanas induit Michael Hispanus: ibique solemnibus votis Domino se mancipavit, philosophicarum theologicarumque tanto zelo facultatum studio exinde incubuit, quod omnium judicio doctissimus teneretur, et Lectoris munio a Superioribus insigniretur, in quo multos progenuit distinctissimos Ecclesiastes. Gratia autem Spiritus sancti praeventus ipse, tenacissima memoria, clara suavique voce praeditus, magnum sibi sacri oratoris nomen acquisivit. Humilitatem tamen honoribus praeponens, cuilibet superioritati tum in Ordine cum in Provincia nuntium dedit, totaque in scribendo pro communi Fratrum utilitate occupatio sua versabatur. Propter quod, Romam petivit multa secum portans opera, ut ibi doctorum examini deindeque praelo submitterentur, quae adhuc manuscripta hic asservantur Sanctam anno 1585 oppetivit mortem. Haec de eo Emmanuel Neapolitanus, qui subjungit juris publici factum fuisse sequens opus, dum Bernardus a Bononia illud asserit manuscriptum remansisse: *Tractatus de Praedestinatione et de Auxiliis Divinae Gratiae.* » — Del *Necrologium* de la Provincia Romana, donde murió el Siervo de Dios, consta que en Roma no logró evitar las dignidades, pues fué Vicario Provincial (esto es Provincial, pues en aquella época los Provinciales Capuchinos tenían el título de *Vicarios Provinciales*): « 1585. Romae. Adm. R. P. Michael Hispanus, Concionator celeberrimus, Vicarius Provincialis, et vir omnimoda perfectione praeditus » (Necrol. Capucc. Prov. Romanae, die 14 Decembris) Y lo confirma el autor de la tabla impresa en forma de cuadro con el titulo de *Cronaca de Padri Capuccini della Provincia Romana*, núm XVI de la *Serie dei Padri Provinciali*: « P. Michele Spagnuolo, eletto in Roma il dì 16 Mag. 1578. Fu un uomo di grande ingegno. Predicatore illustre, e fervente, e di vita santa. Scrisse un bel trattato: *De praedestinatione ad gloriam, et de auxiliis Divinae Gratiae.* Morì qual visse nel Convento di Roma nel 1585. Mentre questi governava la Provincia di Roma, la peste faceva strage in Parigi. I Capuccini ed i Gesuiti assistevano generosamente gli appestati; ed in questa assistenza parecchi dell'uno e dell'altr' Ordine lasciavano la vita martiri di carità. In questo tempo si aprirono i Conventi di Rieti, Montefiascone, Bracciano e Bassano. »

tanto, que si ántes había adquirido nombre insigne en la predicacion, despues consiguió fama ilustre en la santidad dentro y fuera de la Religion. Dejándonos al mismo tiempo un ejemplo poderoso, para desengañar á aquellos Predicadores que hacen servir más para sí que para Dios las gracias y dones con que se hallan favorecidos.

Estaba el Varon santo muy resignado y conforme á la voluntad Divina en aquel trabajo, solamente sentía el no poder decir Misa y verse privado de la celebracion de tan alto misterio. Por lo cual lleno de confianza en el Señor, le suplicó humildemente se dignase restituirle el brazo á su primera integridad, para poderle ofrecer aquel soberano Sacrificio que le es tan agradable. Se lo concedió el Señor benignamente, sanándole el brazo con toda perfeccion. Y él para mostrarse agradecido á tan particular beneficio, se revistió de los ornamentos sacerdotales, con el fin de celebrar el santo sacrificio de la Misa, y dar á Dios las debidas gracias. Mas acordándose luego que la súplica antecedente había sido absoluta y sin condicion alguna, empezó á dudar si era del agrado del Señor el estado de salud, que por su bondad había nuevamente recobrado. Por lo que quitándose prontamente las sagradas vestiduras, se arrodilló delante del Santísimo Sacramento, y con las mayores veras de su corazon pidió á Dios, que sin atender á su primera peticion, ni á la salud que ya poseía por su gracia, hiciese solamente lo que fuese agradable á su Divina voluntad; y que si esta fuese el quedarle baldado el brazo, se sirviese volvérselo al estado de enfermedad y dolencia que ántes tenía, porque más quería perderle y traerle ocioso que apartarse un punto de su voluntad y de su gusto. Suceso á la verdad maravilloso, y que nos manifiesta cuan incomprensibles son los consejos y disposiciones de Dios en el gobierno de sus criaturas: apénas el P. Miguel dió fin á su oracion en el modo que acabamos de decir, luego se le baldó otra vez el brazo, y se halló de nuevo poseido del mismo impedimento, quedando instruido de la paciencia con que debía llevar aquel trabajo, dado y confirmado con tantos milagros.

Bendijo el Varon santo y alabó una providencia que tan claramente le manifestaba los designios del Altísimo en la conducta de su vida. Y entendiendo que ya no había de pensar en las cosas de la tierra sino en las del cielo, prosiguió con tanto fervor el camino de la virtud, que llegó á un estado muy eminente de perfeccion y de santidad, mereciendo que el Señor le favoreciese en la oracion con varias revelaciones celestiales, entre las cuales fué la que ahora vamos á referir. Murió con universal fama de santidad en el año 1584 nuestro piadoso y Reverendísimo P. Jerónimo de Monteflores, célebre General de nuestra Orden de Capuchinos, y el primero que extendió la Religion en España, enviando á este fin al P. Arcángel de Alarcon con sus compañeros á Barcelona, segun explicamos en otro lugar. Nuestro P. Miguel deseoso de saber el estado del alma de este santo General, suplicó á Dios con oraciones contínuas que se dignase revelárselo. Cuando estando una vez en oracion, se le apareció el Varon bienaventurado con un libro en la mano izquierda, y un espada de oro en la mano derecha, que eran las insignias gloriosas con que Dios le había condecorado en el cielo, ya por su admirable doctrina, ya por su celo y rectitud en el gobierno; con cuya aparicion y revelacion quedó satisfecho su deseo, y con el consuelo que se deja pensar. Finalmente habiendo vivido así en Roma, y resplandecido en aquella Capital del Orbe aun con más santidad que en otras partes, salió de las miserias de esta vida mortal, y pasó felizmente á la eterna. Y para que quedase calificada la eficacia de sus méritos delante de Dios, y cuan grata le fué la oracion que hizo, pidiéndole que si era su voluntad que el brazo se le volviese á baldar, lo dispusiese así; ordenó el Señor que habiendo estado su cuerpo enterrado en un cementerio largo espacio de dias, y corrumpidas las demas partes de él, sólo aquel brazo se hallase salvo y sin corrupcion, no baldado, sino extendidos todos sus nervios, como ántes que le sobreviniera la enfermedad; causando admiracion comun, y conocimiento de cuanto agrada á Dios la resignacion en su Divina voluntad. Siendo al mismo tiempo un ejemplo de mucho consuelo para aquellos que padecen algun trabajo de cualquier naturaleza que sea, si saben aprovecharse

de él para mayor gloria de Dios y bien de sus almas.

P. Salvio de Hostalrich.

Fué este Religioso natural de una Villa de Cataluña llamada Hostalrich, juntando al nombre de Salvio el de Forest ántes de ser Capuchino, por ser sin duda este el apellido de su casa y familia. Tuvo un hermano que tambien abrazó nuestro Instituto, llamado P. Jerónimo, cuya vida referiremos en otro lugar. Antes de venir á nuestra Orden profesó el franciscano Instituto en la Regular Observancia, en cuyo gremio se halló animado de tales deseos de perfeccion, que se recogió en uno de los Conventos de recoleccion ó reforma que se establecieron dentro la misma Orden, segun la concesion del Papa Clemente VII. Mas como esta Recoleccion se deshisiese ó abrogase por ciertos motivos, él junto con su hermano y otros muchos de los reformados abrazaron nuestro Instituto capuchino, y fueron recibidos por el P. Arcángel de Alarcon en el año 1583, como más largamente diremos en la vida del P. Francisco Joer ó de Figueras, que siendo Custodio en la misma reforma, se pasó tambien á nosotros. Solos tres años vivió el P. Salvio en nuestra Orden, pero si fueron pocos los años, no fueron pocas las virtudes en que resplandeció, porque observó tan perfectamente nuestra Regla y Constituciones, que se mereció la alabanza de cuantos lo conocieron. Singularmente se distinguió su fervoroso espíritu en la perfecta guarda de la santa pobreza, virtud tan amada de nuestro P. S. Francisco. Vestía un solo hábito y este muy austero y remendado; iba descalzo sin querer admitir el pequeño alivio de las sandalias; y en todas las demas cosas de su uso era singularísimamente pobre, que es la expresion con que lo explica uno de los testigos que deponen en su vida. Tambien fué muy amigo de asperezas y penitencia en el tratamiento de su cuerpo, como igualmente muy celoso de la salvacion de las almas, cuyo celo manifestaba en sus sermones, predicando con mucho espíritu y fervor sin excepcion de lugares con no pequeño fruto y provecho de sus oyentes. Tal era la vida, tal la virtud, tal la perfeccion de este Varon santo; y cuando podían esperarse mayores progresos en la carrera seráfica, quiso el Señor poner fin á la jornada de sus dias. Se hallaba él una vez en su patria, y andando de noche por una escalera cayó descuidadamente de ella; de cuya caida resultó su muerte, la cual aunque al parecer fué imprevista, no dejó de ser muy prevenida con la precedente vida empleada tan virtuosamente como hemos visto. Su cuerpo fué llevado á nuestro convento de San Celonio, y su alma, segun piamente creemos, voló á la celestial Patria, morada dichosa de todos aquellos que sirven perfectamente á Dios. (1)

P. Gaspar de Mallorca.

Este Padre, de quien sólo sabemos la Isla de donde era natural, fué por muchos años Religioso de nuestro P. S. Francisco entre los Conventuales; y cuando esta Religion se deshizo en España, solícito y cuidadoso de su salvacion procuró estrecharse más de lo que había prometido, abrazando nuestro pobre y penitente Instituto; demostracion evidente de lo mucho que había aprovechado en la virtud en el tiempo que vivió en aquella sagrada Orden. Fué admitido en nuestra Provincia de Génova donde estuvo algunos años, y habiéndose empezado la fundacion de la de Cataluña, fué enviado á ella, poco tiempo despues de haberse tomado el convento de Santa Eulalia: circunstancia que nos obliga á venerarlo por uno de los primeros Padres y fundadores, cuyos títulos desempeñó él con

(1) Bernardo de Bolonia, pág. 235. dice: «Sylvius ab Hostabich (sic), Hispanus, Provinciae Cataloniae Concionator. Virtute magnus, ac perfectus Evangelii observator, vitae austeritatem, humilitatem, et assiduitatem Orationis omnibus in exemplum et admirationem praesetulit. Floruit religiosa pietate usque ad venerabile senium, obiitque Barcinone anno 1586, aetatis suae 82. Scripsit opusculum *De Oratione mentali*. De eo meminit Boverius, tom. 2 Annal. Capuccinorum.» — Tambien alaba al Siervo de Dios Sigismundo de Venecia, pág. 458, diciendo: «Silvio di Ostabich (sic), Spagnuolo, cappuccino, della provincia di Catalogna. Fu grande in virtù, e perfetto osservatore del vangelo. Risplendette per l'austerità della vita, umiltà ed assiduità nell'orazione. Morì l'anno 1586, e scrisse un opuscolo dell'*Orazione mentale*.» La palabra *Hostalrich*, como se vé, ha sido mal escrita por los autores italianos; y no son raras, tratándose de autores extranjeros, semejantes erratas.

toda perfeccion, edificando la Provincia con ejemplos de toda virtud. Prueba nada equívoca de esto es, no sólo el haberlo los Superiores elegido Guardian algunas veces, sino principalmente el haber confiado á su celo la fundacion de los Conventos de San-Boy y de Solsona, en cuyas fábricas manifestó tal espíritu de pobreza y de estrechez, como demuestran las reliquias de dichos Conventos que aun se conservan lo suficiente. Era sugeto flaco, enfermizo, y de pocas fuerzas; y no obstante se esforzaba lo posible aun en los ejercicios de supererogacion, á fin de animar á los jóvenes. Su vestido era un simple hábito, dormía sobre las nudas tablas, y trataba su cuerpo con mucha austeridad; siendo por otra parte muy pobre en las cosas de su uso, muy obediente, muy observante de la Regla, muy celoso de su profesion; en una palabra, fué observantísimo Religioso, y uno de los primeros de esta Provincia muy señalado en toda virtud: expresiones que usan los que deponen en su vida. Adornado pues este Varon santo con tales y tantas virtudes, no es de admirar que se mereciese la entera confianza del Provincial P. Juan de Alarcon, quien lo eligió por su Compañero con el fin sin duda de valerse de sus consejos en el desempeño de su oficio: mas poco tiempo pudo gozar de su compañía, porque estando en Monte-Calvario se dignó el Señor sacarlo de entre los vivientes de la tierra, para hacerlo compañero de los Santos en el cielo, convidándonos á nosotros á seguir sus virtudes si queremos gozar de tan dichosa compañía en los años eternos.

Fray Junípero de San-Boy.

Los padres de este santo Religioso fueron ricos y honrados labradores de San-Boy, que es un pueblo no muy distante de Barcelona. Antes de abrazar el estado religioso, vivió algun tiempo en la Isla de Cerdeña, donde tenía un tio con el oficio ilustre de Regente, de quien era tratado no ménos que si fuese hijo suyo. Pero volviendo despues á visitar á sus padres en el tiempo que se empezaba la fundacion de esta Provincia, animado de un espíritu fervoroso, holló y despreció todas las esperanzas lisonjeras que le ofrecían ya la riqueza de sus padres, ya la ilustre graduacion de su tio, conmutándolo todo con el pobre y humilde estado de lego en nuestra Religion capuchina. Fué vestido segun se cree en el año 1580, y junto con el hábito vistió tambien el deseo de todas las virtudes; para cuyo logro se aplicó con mucho fervor en el santo ejercicio de la oracion, fuente de toda virtud, en la cual se adelantó tanto que mereció ser favorecido con algunas visitaciones Divinas. Con esto pudo adornar su alma con aquellas virtudes propias de un Religioso bueno y fervoroso, de las cuales dió no pocos ejemplos, singularmente de humildad y obediencia, como demuestra el caso siguiente. Arreglose una vez la barba, y el Superior ó fuese por hacer experiencia de su virtud, ó por creer que aquello era efecto de alguna vanidad, le mandó por penitencia que poniéndose en la barba un peine, fuese por la ciudad de Barcelona acompañando al P. José de Rocaberti á algunas casas nobles devotas de la Orden. Obedeció con todo rendimiento el Religioso humilde, presentándose de este modo entre aquellas nobles personas, las cuales se edificaron no poco de su mortificacion y obediencia, singularmente las Señoras se compungían y se confesaban culpables por su vanidad en el adorno de sus cabellos. Con esta obediencia tan humilde y rendida juntaba el Varon santo una pobreza altísima, no teniendo á su uso sino el simple hábito y lo forzosamente necesario, privándose aun del uso de las sandalias. Y para que el cuerpo no se rebelase contra el espíritu lo trataba con mucha aspereza, mortificándose en gran manera, y siguiendo con fervor y puntualidad la vida austera y penitente de la Orden. Habiendo pues vivido como seis años en la profesion de nuestro Instituto, y adornado su alma con tanta perfeccion y tales virtudes, llegó al fin de sus dias, muriendo felizmente para vivir siglos eternos en la patria celestial, segun nos persuade la piedad cristiana. Nuestras Crónicas generales hacen honorífica memoria de estos tres santos Religiosos cuyas vidas acabamos de referir, y resumen sus virtudes con particular elogio, diciendo en conclusion, que por sus excelencias re-

quieren la alabanza de todos los siglos (1).

P. Benito de Valencia.

El Reino de Nápoles abrió la puerta de nuestra Orden Capuchina á este Varon devoto, á quien el Reino de Valencia había poseido en su nacimiento. Cuales fueron las Provincias y los Pueblos de uno y otro Reino que merecieron tal fortuna, y por cuanto tiempo la gozaron, son noticias totalmente ignoradas. Sólo sabemos que en el año 1580, se hallaba en nuestro convento de San-Boy de tránsito para su tierra, creyéndose de aquí que en dicho año vino de Italia, y que habiendo visitado su patria volvió á Cataluña y permaneció en esta Provincia hasta su muerte; y como esta se verificase despues de siete años, siendo él ya cano y de bastante edad, no podemos dudar que habría vivido muchos años en aquella Provincia de Nápoles que le mereció tener en su seno, ejercitándose allí en aquellas virtudes de que dió tantos ejemplos entre nosotros. Virtudes que le subieron al oficio de Guardian en aquella y en esta Provincia, y no falta quien dice que fué tambien Maestro de novicios, aunque no declara en cual de las dos fué honrado con este importante oficio. Vió pues una y otra Provincia resplandecer á este astro luminoso, aunque la de Cataluña fué en los últimos años de su carrera que mereció ver tales resplandores de perfeccion y santidad, que fueron la admiracion de los que vivían en aquellos tiempos.

Y ciertamente no podía ménos que admirar y juntamente edificar á todos, ver á este Padre grave por los años, venerable en el aspecto, ilustre por los cargos, animado de un fervor como de novicio en el cumplimiento más exacto de todas las leyes rigurosas de nuestro Instituto. La contínua asistencia en el Coro de dia y de noche, el fervor en las disciplinas, la abstinencia en el comer, el poco abrigo de un solo hábito pobre, remendado y grosero, la mala cama de unas tablas desnudas ó cubiertas con una estera, la desnudez de los pies sin sandalias, fueron unas austeridades practicadas fielmente por él, pero sin llenar enteramente los ardientes deseos de su corazon. Aspiraba el Siervo de Dios llevar la mortificacion de Jesus en su cuerpo para ser víctima agradable á sus Divinos ojos; y así poco contento con las penalidades que acabamos de insinuar, las acrecentaba con otras ó de mayor afliccion ó de mayor austeridad. A las disciplinas ordinarias de la Comunidad añadía otras muchas extraordinarias; á las abstinencias regulares añadía grandes ayunos á pan y agua; y concedía tan poco sueño á su cuerpo, que casi siempre se quedaba en el Coro despues de los Maitines de media noche. Y aun se cree que pasó todo un Adviento casi sin dormir, ocupado en la contemplacion del sagrado misterio de que es preparacion aquel tiempo. Al fin parece que la austeridad, la mortificacion, la penitencia eran la plena satisfaccion de sus deseos y sus ánsias.

Mas ¡ oh mortificacion santa! ¡ oh penitencia saludable! al paso que este bienaventurado Varon mortificaba su cuerpo con tanto rigor, Dios llenaba su espíritu con tales consolaciones y favores celestiales, que no pudiéndolas contener dentro su interior, era preciso manifestarlas en lo exterior, y hacerlas patentes á todos. Sus ojos, sus palabras, su rostro, y todo su cuerpo daban no pocas veces testimonio de los ardores Divinos que abrasaban su corazon. Cuando salía de la oracion, era visto su rostro encendido á manera de fuego. Su llanto era tal que no se duda haber conseguido el don de lágrimas. Cantando el Oficio Divino, no podía contenerse sin dar grandes gritos, diciendo algunas palabras sentenciosas. Al empezar la santa Misa se acongojaba de tal modo como si tuviera algun desmayo, pronunciando las palabras con mucha dificultad; y así gimiendo, suspirando, y con grandes trabajos que ponía compasion, proseguía el santo Sacrificio hasta la suncion del cuerpo y sangre del Señor, en cuya ocasion quedaba muy tranquilo y sosegado.

---

(1) Boverio, tomo II, p. 278 hace memoria de este y de los dos precedentes Siervos de Dios con estas palabras: « Cathaloniae Provincia tres item alios illustres Viros refert: Sylvium ab Hostabrich (sic), Hispanum Concionatorem: Gasparem á Baleari Maiore, Sacerdotem,: et Iuniperum á Samboy, Laïcum: homines magnos virtute, ac perfectos Regulae observatores: quos vitae austeritas, humilitas, obedientia, paupertatis zelus, ac omnium virtutum studia, prae caeteris commendabiles reddidère. »

Pero ¿ que diremos de los raptos y éxtasis con que mereció ser favorecido este varon celestial? Explicaremos estos favores con las mismas expresiones con que los refieren los que deponen en su vida, para mayor evidencia de los ascensos admirables de su corazon. El P. Miguel de Valladolid dice, que conoció en él una contínua elevacion de mente en Dios que admiraba; y que tanto en la Misa como en la oracion, tuvo gran copia de raptos, los cuales algunas veces le hacían perder el uso de los sentidos y otras no, y cuando no los perdía decía algunas cosas de edificacion. El P. José de Tárrega se explica de este modo: « Acuérdome que siendo yo novicio en Santa Eulalia año de 1584, se arrebataba muchas veces, y he oido decir que en los raptos quedaba tan insensible que le punzaban con una aguja y no lo sentía » El P. Cristobal de Barcelona, despues de decir que tuvo don de lágrimas y de raptos muy frecuentamente, añade: « Aconteciole alguna vez caminando encenderse tanto en fervor de espíritu, que como hombre fuera de sí por el mucho fervor, caminaba tres ó cuatro leguas con pasos que no había quien le siguiese, y andaba tan transportado en Dios que no hechaba de ver que el Compañero no le podía seguir. » Dejamos otros testigos, por no cansar la atencion de los lectores. Pero no podemos dejar de referir en particular uno de estos raptos, el cual por las consecuencias que tuvo nos demuestra, más que todo, el cúmulo de virtudes que adornaban el alma de este santo Religioso.

Hallándose en nuestro convento de Monte-Calvario, y celebrando un dia el santo sacrificio de la Misa, al llegar á la elevacion del Santísimo Cuerpo del Señor, se quedó arrobado y fuera de sí, permaneciendo con el Sacramento elevado por gran espacio de tiempo. Pero ¡ cosa rara! apénas el Guardian, que era el P. Juan de Alarcon, le mandó desde la ventanilla del Coro que pasase adelante, luego volvió en sí, repuso el Sacramento y prosiguió su Misa. Mas ¡ oh buen Dios! ¿ por qué favoreceis tanto á vuestros Siervos? ¿ por qué los llenais de vuestras celestiales dulzuras, si despues los amargais con la hiel de la tribulacion? ¡ Quien lo creera! Despues de un beneficio tan soberano hallándose el Siervo de Dios con la Comunidad en el refectorio lugar entre nosotros de Capítulo, el P. Guardian le reprendió tan asperamente aquella detencion en la Misa, que como si fuese un delito de los más graves, le impusó una penitencia que pocas veces se acostumbra imponer aun á los novicios. Aceptó rendido el Varon humilde esta penitencia; se fué del refectorio á la hora señalada, puso ceniza en su cabeza y barba, se puso en la puerta del Coro, y sufrió con mucha resignacion y paciencia su humillacion. Accion á la verdad mas heróica y de mayor edificacion que todos los raptos. No fué esta vez sola la que se vió mortificado por semejantes favores del cielo. Se arrebató otra vez en el mismo convento de Monte-Calvario un dia de la octava del Corpus, en ocasion que ciertos devotos hacían música delante el Santísimo Sacramento; y los Superiores le hicieron muchas humillaciones, hasta llamarle hipócrita y vanaglorioso. Pero era cosa de admiracion, dice uno de los testigos, que cuanto más hacían los Prelados, más se arrebataba.

Mas aunque los Superiores le trataban de este modo, ó por probar su espíritu, ó porque no se desvaneciese, motivos que caben en la esfera de la prudencia religiosa, no obstante no dejaron de servirse de él en asuntos de importancia, como se vió en la fundacion de nuestro convento de Figueras, cuya fábrica confiaron á su celo y direccion; correspondiendo él con tal espíritu de pobreza y de austeridad que edificó un convento harto pobre y estrecho. Estando en este convento, crió un corderito para tener presente en él la mansedumbre de nuestro amable Redentor, y con ocasion de la vista del cordero mereció ser favorecido con gran copia de raptos; formando las gentes de aquella comarca tal opinion de sus virtudes, que consiguió entre ellos el concepto de santo. Al fin la Provincia toda dió testimonio de la alta consideracion en que tenía á este venerable Padre por todas sus circunstancias; pues en el Capítulo Provincial que se celebró fué elegido Custodio para ir al Capítulo General, que es uno de los cargos más graves y más distinguidos de la Orden. Mas Dios que dispone las cosas por otros fines de los que nosotros pensamos, quiso que el viaje que debía hacer á Roma en cumplimiento

de su oficio, fuese su viaje para el cielo; á cuyo fin se dignó sacarlo de las miserias de este mundo estando en Génova, donde murió devotísimamente en el año 1587, pasando su alma á gozar los dulces frutos que el Paraiso tiene reservados para los que siguen á Cristo con la cruz de la penitencia. (1)

P. Gregorio de Prats-de Rey.

En el mismo viaje para el cielo, y en el propio año, segun parece, de 1587, acompañó al precedente otro Religioso no ménos esclarecido en virtudes y santidad, llamado P. Gregorio de Prats de Rey, que es una de las Villas antiguas de Cataluña. Siendo mancebo vino á Barcelona, donde estudió artes y teología, en cuyas ciencias aprovechó no poco. Pero su principal estudio fueron las virtudes y perfeccion cristiana, haciendo en ellas tales progresos que ya entónces fué tenido por santo. Disputaba cierto dia con otro estudiante, y no pudiendo este llevar la fuerza del argumento, enfurecido le dió un bofeton; mas nuestro Gregorio no hizo sino arrodillarse y ofrecer la otra mejilla, para recibir segundo bofeton, si quisiere dárselo. Accion á la verdad heróica en un estudiante seglar y jóven, y que demuestra con cuanta razon las gentes suponían en él la santidad. Con unos principios tan perfectos y con unas disposiciones tan santas, fué vestido en nuestro convento de Santa Eulalia en el año, segun se cree, de 1580: y siendo su corazon tierra tan bien dispuesta para la gracia, pudieron las virtudes que llevaba del siglo crecer en la Religion hasta el grado más alto. Primeramente su humildad era profundísima, tanto que parecía sólo hallar contento en los ejercicios más bajos y más despreciables. Cuidar de la oficina humilde, fregar las escudillas, ayudar al cocinero: eran para él ocupaciones de particular gusto. A los Religiosos hablaba de rodillas, á los enfermos servía con mucha caridad; y si alguna vez era corregido ó reprendido, lo recibía con mucha alegría. Aun cuando en horas extraordinarias hacía oracion, ejercicio á que era muy aplicado, se ocultaba en los rincones ya de la huerta ya del convento, donde no pocas veces lo hallaban arrodillado. Pero lo más particular era, que habiendo estudiado artes y teología, como dijimos, se manifestaba tan ignorante en las letras, que como si nada supiera, muchas veces no acertaba á leer con la debida correccion. Fué una vez enviado á los exámenes que se acostumbran para recibir los santos Ordenes, y aunque el examinador le preguntó cosas muy fáciles de la grámatica, respondió con tal demostracion de ignorancia, que seguramente hubiera sido reprobado, á no advertir el examinandor que el que así respondía era ya teólogo. Tanta era la humildad de este santo Religioso, y tales los deseos de ser despreciado y desconocido de todos. No fueron inferiores á estos los deseos que tenía de mortificarse, y llevar la cruz de la penitencia en seguimiento de Cristo. Como si su cuerpo fuese un capital enemigo, lo trataba con el mayor rigor, negándole á veces aun las cosas que parecían necesarias. A sus pies negaba el uso de las sandalias, queriendo que andasen enteramente descalzos; á su gusto negaba la comida, añadiendo no pocos ayunos á pan y agua á la abstinencia austera de la Orden; y aun cuando era seglar partía ya entónces su comida con los pobres, con quienes era muy caritativo; á sus labios y á su lengua prohibía las palabras con ley tan severa, que apénas hablaba, guardando siempre un silencio el más rígido. Si concedía á su cuerpo algun sueño, era sobre las desnudas tablas ó sobre una estera; si le permitía algun abrigo, era un hábito corto, austero, remendado, y aun malamente remendado por mayor mortificacion y desprecio. En las demas cosas no tenía que pensar, porque era muy pobre en todo, y siempre muy mortificado.

De aquí podemos colegircual sería su castidad y su pureza en el cuerpo y en el alma, supuesto que esta es una virtud que se guarda y conserva entre las penitencias y austeridades, y que fuera de ellas con facilidad se pierde ó se marchita. Bien conoció esta verdad el Siervo de Dios, y así para conservar una joya

(1) «Benedictus Valentinus. Sacerdos. ex Neapolitana in Cathaloniae Provinciam translatus, qui, cùm totius regularis observantiae custos esset integerrimus, orationem maximè coluit, in qua raptus et ecstases passus, haud sine sanctimoniae fama ad Deum migrat.» (Bover, tom. II, pág 348).

tan preciosa, no sólo afligía su carne con rigor, sino tambien prohibía á su vista toda licencia aun la ménos peligrosa. Cuando era seglar jamas levantaba los ojos para mirar mujer alguna á la cara, y cuando Religioso añadía huir el trato de hombres y mujeres. Vino cierto dia al Convento donde moraba una su hermana con el fin de verle, movida de aquel deseo que produce un parentesco tan cercano. Dieron el recado al santo Varon, y él firme y constante en su propósito, se negó absolutamente á dejarse ver; pero interponiendo el Superior su mandato, le fué preciso condescender. Bajó en efecto á la portería, y apénas hizo más que presentarse, y luego se entró otra vez al convento, como quien dice: ya me habeis visto, nada más hay que hacer: obedeciendo y edificando á la vez.

Cuando se fundó nuestro Convento de Granollers, que fué el año 1584, los Superiores lo enviaron allí con otros Religiosos, y como llevaba tanto caudal de virtudes y perfeccion, pudo aquel Convento ser edificado más con sus virtuosos y santos ejemplos que con los materiales. Como en efecto resplandecieron tanto sus virtudes dentro y fuera del Convento, que aquellas gentes no dudaban darle el nombre de santo. Vivió en la Religion como siete años, al fin de los cuales se dignó el Señor probar su paciencia con unos dolores muy vehementes, los cuales él sufrió con mucha resignacion y conformidad á la disposicion Divina. Con que purificado su espíritu con esta última prueba, y adornada su alma con tantas virtudes, dejó de vivir en este mundo para reinar con Cristo eternamente en el cielo; dejando en Monte-Calvario su cuerpo, y á la Provincia el olor y la fama de su santidad para imitacion y ejemplo de todos. (1)

P. Miguel de Denia.

El P. Miguel de Denia fué uno de los primeros que entraron en Barcelona para servir á los apestados, en 1589. Su vida fué tan perfecta y santa, que muy justamente mereció que su muerte fuese coronada con aquella brillante corona del casi-martirio, que le proporcionó su ardiente caridad. Nació este insigne Religioso en Denia, ciudad hermosa del Reino de Valencia, y aunque ignoramos los nombres de sus padres, no dudamos, que lograría una cristiana y virtuosa educacion, porque es cierto que ya muy jóven renunció el mundo, y abrazó el estado religioso en la ejemplarísima Familia de la Regular Observancia de nuestro P. S. Francisco en el mismo Reino de Valencia. Aquí fué discípulo y compañero en la oracion del Beato Nicolas Factor de la misma Orden, circunstancia que nos hace suponer en él progresos no ordinarios en la virtud y perfeccion religiosa. Mas como su ardiente corazon aspirase á mayor estrechez de vida, y sabiendo que nuestro Instituto capuchino se propagaba por el Principado de Cataluña, se vino á Barcelona, donde pidió y consiguió ser admitido por uno de sus profesores, vistiendo nuestro santo hábito á los ocho de Octubre del año 1580. En el mismo tiempo vino tambien y abrazó nuestro Instituto un hermano suyo, Religioso asimismo de la Observancia en la profesion de lego, del cual ignoramos el nombre, y sólo sabemos que vivió y murió santamente en esta misma Provincia. Habiendo pues nuestro P. Miguel conseguido el cumplimiento de sus deseos, y viéndose ya Capuchino, no es fácil explicar con cuanto espíritu y fervor prosiguió el camino de la virtud y perfeccion que llevaba empezado en la Regular Observancia. La obediencia, la pobreza, la humildad, la mansedumbre, y otras virtudes fueron los adornos preciosos con que resplandecía á los ojos de todos; pero singularmente se hacía admirar por su gran austeridad de vida. Vestía un hábito vilísimo, andaba enteramente descalzo, dormía sobre las tablas desnudas, ayunaba no sólo los ayunos comunes de la Orden sino tambien la Cuaresma llamada de San Miguel, y en fin fueron tales sus penitencias, sus austeridades, sus vigilias, que junto con las demas virtudes le hacían mirar como una imágen perfecta de Fraile menor.

Todo este conjunto de virtudes tan admirables nacía en el Varon santo de su fervorosa oracion, y de la particular devocion que tenía á la sagrada Pasion de nuestro Señor Jesucristo, y á la Vírgen Santísima nuestra Señora, fuen-

(1) « Gregorius à Prato Regum, ex eadem Cathaloniae Provincia Sacerdos, plurimum austeritatis, obedientiae, ac omnium ferè virtutum exercitio commendatur. » (Bover., tom. II, pág. 348).

tes copiosísimas de toda virtud y de toda perfeccion. Ya insinuamos arriba los principios de oracion que tuvo en compañía del Beato Nicolas Factor, cuyo santo ejercicio prosiguió en nuestra Orden con tanta aplicacion y conato, que podemos decir que este era el objeto de sus ánsias y el blanco de sus deseos. Aquí se encendia aquel fuego de amor Divino, que se manifestaba aun en las palabras con que hablaba de Dios con mucha perfeccion. Aquí recibía luces tan soberanas, que le consiguieron en la Provincia la opinion de ser hombre de inteligencia en cosas de espíritu. De aquí se originaban los raptos, los éxtasis, y otras consolaciones celestiales. Siendo aun Corista, y morando en nuestro Convento de Perpiñan, estuvo enfermo, y fué preciso sangrarle. Asistieron para el efecto el médico y el cirujano, que se llamaban, el primero Miguel Regnes, y el segundo Luis Salellas. Miéntras le estaban sangrando, dijo el médico al enfermo: « Ah hermano; ¡ con cuanto hervor saldría aquella sangre del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo! » Al oir el Corista estas palabras se conmovió de tal modo, que empezó á temblar de todo el cuerpo, y estando con los ojos abiertos, quedó arrobado y fuera de sí por espacio de más de una hora, permaneciendo tan insensible, que aunque le punzaron con un alfiler, no hizo movimiento alguno. De cuyo suceso maravilloso quedaron muy edificados el médico y cirujano, á quienes dijo el enfermero que se fuesen, para evitar la pena que tendría el Religioso, si al volver del rapto los veía presentes. Ni fué este solo el éxtasis ó rapto que el Siervo de Dios mereció gozar en aquel convento, sino que le fueron muy ordinarios, singularmente cuando oía hablar de la Pasion de nuestro Redentor, conforme los Religiosos lo comunicaron al mismo médico; pero el descuido en escribir los sucesos de aquellos tiempos nos priva de más individual relacion.

Unos dones tan celestiales y unas virtudes tan eminentes le merecieron tan alto concepto en el juicio de los Prelados, que apénas fué ordenado Sacerdote, lo eligieron Guardian de nuestro Convento de Blanes cuando se edificaba, creyendo sin duda que con su direccion y ejemplos resultaría un edificio más de virtudes que de materiales. Y en efecto no se engañaron, porque resplandecieron tanto sus virtudes, y fué tal la perfeccion de su vida, que admiradas y edificadas aquellas gentes no dudaban darle el nombre de Santo, cuya buena opinion confirmaba Dios con maravillosos sucesos, para mayor crédito y veneracion de su Siervo. Había y aun se halla en dicho convento de Blanes una torre con el nombre de San Miguel, que antiguamente servía para señalar ó avisar algun peligro de Moros. Fuese una vez el Siervo de Dios á hacer oracion en esta torre, que tal vez lo tendría de costumbre por ser lugar retirado. Vinieron en esta ocasion algunos seglares deseosos de hablarle, y como no le hallasen en el convento, fueron á buscarlo en la dicha torre, y tampoco lo hallaron, con que les fué preciso volverse; pero ó porque tuviesen algun aviso, ó porque Dios los moviese, volvieron á breve rato á buscarlo en la misma torre, y entónces lo hallaron puesto en oracion. Admirados aquellos sugetos le preguntaron, donde había estado en aquel tiempo, pues que habiéndolo buscado en aquel mismo lugar, no le habían hallado. « Aquí estaba, respondió el Varon santo, y hace tiempo que no me he movido de este lugar. » Con cuya respuesta no dudaron creer aquellos sugetos, que Dios, ó lo había hecho invisible á sus ojos, ó lo que es más probable, que le había concedido algun rapto y elevado á tal altura, que no lo pudieron ver: opinion que confirmaron los Religiosos de aquel convento, los cuales afirmaban haberle hallado elevado en el aire estando en oracion. Otra vez necesitando de una porcion de cal viva para la fábrica del mismo convento, pidió á ciertos marineros devotos quisiesen hacer la caridad de llevarla por mar con su barco. Se llamaban estos Sebastian Andreu, Jaime Andreu, y Bernardo Gelpi, los cuales accedieron gustosos á la peticion del Siervo de Dios, el cual se embarcó tambien con ellos con su compañero, y juntos fueron al lugar de Santa Susana, distante de Blanes como dos leguas, donde la cal se había de cargar. Estando aquí, el cielo se puso tan nublado, que á juicio de los mismos marineros amenazaba una copiosa lluvia, por lo cual dijeron al santo Varon, que esperase para otra ocasion el llevar la cal, porque si entónces la cargaban y venía la lluvia, se encendería, y echaría

á perder á ellos y al barco: « Hombres de poca fe, respondió el Siervo de Dios, cargad sin temor, y confiad en el buen Jesus que él nos ayudará. » Como todos le veneraban por su santidad, creyeron en sus palabras, y cargando la cal, navegaron á la vuelta de Blanes. Pero verificándose la lluvia copiosa que ellos temían, puso á todos en eminente peligro de perderse, porque aunque procuraron cubrir la cal, no fué tanto que pudiesen defenderla del todo, ni impedir el peligro de encenderse. Mas la Divina bondad dirigió de tal modo la lluvia, que cayendo con abundancia en todas partes, ni una gota llegó á la cal; con que llegaron felizmente á su destino, admirando y celebrando aquel suceso como un milagro obrado por la virtud y méritos del Varon santo.

Mas no deben maravillarnos semejantes beneficios del cielo, porque al fin son dones y favores que el Señor dispenza á sus Siervos como y cuando bien le parece. Lo más admirable de este santo Religioso fué su tierna y abrasada caridad con que amaba á los prójimos. Ardía su corazon en amor de Dios, y como este sea el fuego con que se enciende el amor de los prójimos, le comunicó tales llamas y tales ardores, que llegó hasta darles hasta sus bienes, no temporales, que no los tenía, sino los espirituales, adquiridos con tantas virtudes, penitencias y buenas obras; y aun lo que es más, llegó á darles su propia vida, que es el grado más alto de la caridad cristiana. Hallándose en el mismo convento de Blanes, fué á auxiliar á una mujer moribunda, llamada Isabel Roure, la cual como temiese en gran manera las penas del purgatorio, y por otra parte tuviese particular devocion al Siervo de Dios, le manifestó este su temor, diciéndole, que aunque confiaba en la misericordia de Dios en órden á su salvacion, pero que las penas del purgatorio que merecían sus faltas, le infundían el temor y afliccion en que se hallaba. Cuyas palabras movieron á tanta compasion al varon santo, que la dijo: « Yo no tengo otra cosa que daros sino la tercera parte del bien, que con la gracia del Señor he obrado en mi vida, porque las otras dos partes las he ya dadas en otras ocasiones. Esta parte pues que me ha quedado ofrezco á Dios para la salud de vuestra alma; y á más de esto, despues que hayais muerto ofreceré para vos mis oraciones y sacrificios. » Murió en efecto la mujer, y estando el varon santo cumpliendo su promesa de encomendarla á Dios, se le apareció su alma en el dia de su entierro, y dándole las gracias le dijo, que por el valor de aquella parte de sus obras que le había ofrecido, el Señor la había hecho la gracia de no estar en el purgatorio sino como de paso.

Vino despues el terrible azote de la peste, que produjo tantas calamidades y tantas muertes, cuyas tristes noticias sabidas por el Siervo de Dios encendieron tanto su corazon en deseos de sacrificarse por el bien de sus prójimos, que pidió licencia al P. Guardian de Monte-Calvario, donde entónces moraba, para entrar en Barcelona, y aplicarse al socorro de tantos infelices, que gemían bajo la tiranía de tan cruel contagio. Era entónces Guardian de dicho convento el P. Bernardino de Alhama, el cual aunque no dudaba del espíritu y fervor del suplicante, creyó no obstante necesario comunicarlo primero al Provincial, que se hallaba ausente; y como tardase venir la respuesta, se afligía el caritativo Varon por no poder cumplir sus deseos con la prontitud que él quería. Vino al fin la respuesta y la licencia, con la cual se entró en Barcelona, y con una caridad encendida y un fervor abrasado se aplicó al socorro de los tristes apestados en la dilatada parroquia de Santa María del mar. No es fácil explicar su solicitud, su cuidado, su diligencia en procurarles los remedios para los cuerpos, en administrarles los santos Sacramentos para la salud de sus almas, y en darles cuantos alivios y consuelos estaban en sus manos. Unas veces los tomaba en sus brazos ó en sus hombros, y los llevaba de una parte á otra, donde más convenía. Otras veces se cargaba los cuerpos difuntos, y los llevaba á la calle para que desde ella fuesen conducidos á la sepultura. Si sucedía que algun padre dejase hijos huérfanos, él con mucha caridad los llevaba al santo hospital, donde fuesen recogidos. Al fin no hubo diligencia, no hubo trabajo, no hubo servicio, á que su amante corazon no se aplicase, hasta que oprimido con tanta fatiga, le fué preciso rendirse al funesto golpe del contagio, que tambien contrajo; y despues de padecer con paciencia sus dolorosos efectos, finalmente

llegó á ser víctima de su rigor. Pero ¡oh víctima preciosa! ¡ oh víctima feliz! la caridad te encendió, y la caridad te consumió. Y así más bien te llamaremos víctima de la caridad y del amor, que víctima de la peste ó del contagio. Con tan feliz y dichosa muerte dió fin el Siervo de Dios á una vida ejercitada en la mayor virtud y santidad; con que debemos piamente creer, que su alma pasó luego al reino de la gloria, donde recibió la hermosa corona que Dios tiene reservada para los que dan su vida á beneficio de sus hermanos.

Murió el Varon santo en el año 1589, despues de haber vivido en nuestra Orden solamente nueve años, siendo aun bastante jóven. Fué sepultado en la misma parroquia de Santa María del mar, y Dios nuestro Señor dispuso que su cuerpo no sólo se conservase por muchos años entero y sin corrupcion, sino tambien que despidiese de sí un olor suavísimo. Así lo vió y halló despues de algun tiempo un vecino de Blanes, llamado Sebastian Vilallonga, el cual fué á Barcelona con deseo de saber donde estaba el cuerpo del Siervo de Dios, y tuvo el consuelo de hallarlo y verlo en una sepultura de la dicha parroquia totalmente entero, excepto la punta de la nariz que empezaba á corromperse, y juntamente sintió el suave olor que exhalaba, pareciéndole que estaban allí todos los olores. Tambien otro vecino de Blanes, cuyo nombre era Rafael Roure, hallándose en Barcelona en ocasion que en la parroquia de Santa María trasladaban los cuerpos de los Sacerdotes que habían muerto en la peste, vió, que entre ellos hallaron dos Capuchinos enterrados, el uno de los cuales sólo era conocido por el hábito, y el otro fué conocido ser nuestro P. Miguel de Denia; y como él lo hubiese visto y tratado familiarmente en vida, y por otra parte su cuerpo y hábito se conservasen enteros, le fué fácil conocerlo y confirmarse que era él mismo. Sucedió esto despues de veinte y nueve ó treinta años que había muerto el Varon santo. El otro Capuchino que nombra este sugeto, y dice que no fué conocido sino por el hábito, podemos creer que sería ó el P. José de Santa Cruz, ó el P. Bernardo de Castilla, los cuales habiendo muerto en la peste, fueron tambien enterrados en la misma parroquia de Santa María, como diremos en su lugar.

Otra maravilla debemos añadir como conclusion de esta vida, y es que siendo niño Rafael Roure hijo del antecedente, sus padres por la devocion que tenían á nuestro santo hábito, le hicieron cortar un manto en el modo que lo llevamos los Capuchinos. Nuestro P. Miguel que vivía entónces en el convento de Blanes, se le cortó de su propia mano, y parece que junto con el corte le comunicó tambien la virtud de no poderse gastar; porque habiéndolo usado el dicho niño por espacio de dos años, y despues algunos primos suyos por espacio de cerca diez años, nunca el dicho manto se gastó, de que todos quedaron maravillados. Así honra Dios á los que le honran, y con tales maravillas y portentos acredita el Señor la santidad de sus Siervos, para que nosotros seamos imitadores, sino de sus milagros, á lo ménos de sus virtudes. (1)

P. José de Santa Cruz.

El P. José de Santa Cruz fué llamado por otro nombre P. José Castellano, tal vez porque la poblacion llamada Santa Cruz pertenecería á Castilla, ó porque en Italia, donde vistió nuestro santo hábito, le llamarían con este nombre, conservándolo despues que vino á esta Provincia. Estas dudas con que nos explicamos, confirman el descuido de nuestros antiguos, pues habiendo sido tan esclarecido este Religioso en vida y en muerte, ni sabemos fijamente la tierra de donde fué natural, ni en que Provincia de Italia tomó nuestro santo hábito, ni como ni cuando vino á Cataluña; y aun lo que es más, habiendo sido Guardian en esta Provincia algunas veces, no hallamos ni en que años ni en que conventos ejerció este oficio. Lo primero que halla-

(1) En el índice *Virorum illustrium* de Boverio, se lee: « Michael a Denia... orationem singulari studio prosequitur. In ea mentis excessus ac raptus patitur: toto corpore in aëra sublevatur Ipsius oratione navicula a tempestate ac naufragio praeservatur. Charitate in morientes praecellit. Peste laborantibus dum Barcinonae ministrat, voluntario charitatis martyrio occumbit. Post multos sepulturae annos, ipsius corpus incorruptum ac suaveolens inter putrefacta cadavera cernitur. »

mos de este santo Religioso es, que por su buen natural y por su mucha virtud y fervor, los Superiores lo aplicaron á los estudios; y aunque semejante aplicacion alguna vez resfria á algunos en el fervor de la virtud, al P. José jamas le fueron impedimento las letras para hacer progresos grandes en la perfeccion religiosa. Estaba animado de tales deseos de mortificar su cuerpo, que la austeridad rigurosa de aquellos primitivos tiempos, léjos de llenar los fervores de su espíritu, le servía de estímulo para ser más austero y más penitente. A los ayunos comunes de la Orden añadía otros de devocion, singularmente los sábados dedicados á nuestra Señora, y muchos de ellos los ayunaba con tal rigor que solamente el pan y la agua eran todo su sustento. Observaba asimismo con rígida abstinencia las Cuaresmas que acostumbra la Religion, á las cuales añadía otra llamada de San Miguel que ayunaba tambien á pan y agua. En las disciplinas fué tambien muy singular, y en el vestido lo fué tanto, que un hábito muy pobre y estrecho era el abrigo de su cuerpo, sin permitir á sus pies el uso de las sandalias. El sueño lo tomaba á veces sobre el duro suelo, y no siendo este lecho aprobado del Provincial, lo conmutó en unas desnudas tablas, que no dejan de ser tan duras como la misma tierra. Finalmente fué tan rígido en el tratamiento de su cuerpo, que uno de los testigos que deponen en su vida, no duda afirmar que fué austero en supremo grado.

Consiguiente á esta austeridad fué su obediencia á los Superiores, su humildad entre los hermanos, su silencio y recogimiento, su mortificacion de los sentidos, y su celo en toda la observancia regular. Pero en lo que más particularmente manifestaba su fervor, era en la oracion y alabanzas Divinas. Asistía con tal devocion al Divino Oficio que algunas veces fué visto decir los Maitines en el coro con los demas Religiosos estando de rodillas por concesion excepcional del Prelado. A las oraciones ordinarias de la comunidad añadía otras que le dictaba su corazon fervoroso, quedándose para ello despues de Maitines en el coro ó en la iglesia, donde continuaba su oracion. De aquí sacaba el varon santo aquel espíritu y fervor que manifestaba en la práctica de las virtudes. De aquí aquella prudencia, celo, y perfeccion con que gobernó los conventos que le confiaron, en las ocasiones que lo eligieron Guardian. De aquí finalmente sacó aquel fuego y grande caridad en que se abrasó para el bien de los prójimos. Miéntras el Siervo de Dios se ocupaba con tanto fervor en la santificacion propia, sucedió la triste calamidad de la peste, que produjo tantas miserias y desgracias; y como él fuese manso de condicion y amable, y por otra parte estuviese su corazon abrasado de amor de Dios, no pudo mirar con indiferencia semejante calamidad que afligía sobremanera la ciudad de Barcelona. Por lo cual lleno de fervor y compasion pidió y consiguió licencia para aplicarse al servicio y consuelo de tantos miserables apestados que lloraban su infeliz desventura. Entró pues á Barcelona junto con el P. Miguel de Denia, y segun se cree con otros Religiosos, con el oficio de Superior de todos, cargo que le obligaba á cuidar no sólo de los enfermos, sino tambien de los mismos Religiosos, que estarían distribuidos en varios puntos de la misma ciudad. Oficios todos que pedían un corazon no ménos fervoroso que el suyo, y unas luces y prudencia no inferiores á las que él poseía.

Los Originales de la Provincia no nos expresan en particular los oficios que este caritativo Varon ejerció con los pobres enfermos, cuantos socorros les procuró para su remedio, cuales servicios les hizo en vida y en muerte para su consuelo, ni cuanto tiempo se aplicó á tan heróica caridad. Solamente nos dicen, que despues de haber administrado los santos Sacramentos á los apestados, y servídoles con mucha caridad y misericordia, fué herido del contagio, y murió con grande edificacion de Barcelona y aun Cataluña entera, en el año 1589. Elogio á la verdad muy corto en las palabras, pero muy grande y extenso en la significacion. Porque ¿ qué acto más heróico puede hacer un hombre, que dar su vida para la salud de sus prójimos? ¿ Acaso la caridad no es la reina de las virtudes? Y si esta caridad se ejercita con los infelices apestados, asistiéndolos en el cuerpo y en el alma, y sacrificando en su servicio la salud y la vida: ¿por ventura no se

eleva á un grado superior y digno de todo elogio? Pues tal fué la caridad de nuestro P. José de Santa Cruz Despues de haber adornado su alma con tantas y tan excelentes virtudes en el discurso de su vida, se dignó el Señor concederle la gracia de sellar su muerte con aquel género de caridad que es comparada al martirio. Por lo cual no dudamos creer piamente, que su alma voló triunfante al reino de la inmortalidad, y recibió allí la brillante corona con que resplandecerá par los siglos eternos. Su cuerpo fué sepultado en la misma parroquia de Santa María del mar. (1)

P. Bernardo de Castilla.

Si la obscuridad de los primeros tiempos de la fundacion nos priva de muchas luces en órden á las vidas que escribimos, con singularidad se verifica en la que ahora vamos á referir del P. Bernardo de Castilla; pues es tan poco lo que hallamos de su vida, que la pasariamos en silencio, á no ser la heróica caridad que manifestó con los afligidos apestados, al servicio de los cuales sacrificó su vida. Cual fuese la patria de este esclarecido Religioso, no lo sabemos. No falta quien lo llama P. Bernardo de Tordesillas, y aunque los Originales de la Provincia le den el nombre de Castellano, creemos que fué natural de aquella poblacion, cuya opinion confirma el haber sido algo pariente de los Padres Arcángel y Juan de Alarcon. Tomó nuestro santo hábito en Italia, desde donde vino á esta Provincia de Cataluña. Cuantos años estuviese en Italia, ó en que Provincia fué vestido lo ignoramos, pero creemos que allí sería perfecto Religioso, y que habría alcanzado un gran fondo de virtud, obligándonos á formar este juicio el saber que luego de llegar á esta Provincia solicitó entrar al servicio de los apestados de Barcelona. No fué de los primeros que se dedicaron á tan caritativa ocupacion, sino despues que otros habían fallecido al rigor del contagio y entre las llamas de la caridad. Habían ya estas arrebatado al P. Miguel de Denia y al P. José de Santa Cruz, cuyas virtudes acabamos de referir; y cuando semejante funesta noticia llenaba de pavor á tantas personas, él con un corazon magnánimo y lleno de caridad pidió con instancia exponer tambien su vida en socorro y alivio de tantos afligidos enfermos.

Conseguida la licencia, manifestó luego los sentimientos fervorosos de su corazon, mostrando muy grande alegría aun en el exterior, y entrando muy contento en Barcelona para ejercer su caridad entre tantas víctimas del contagio y de la muerte. La ilustre parroquia de Santa María del mar mereció ver la solicitud, el cuidado, y la aplicacion de este caritativo Capuchino en la administracion de los santos Sacramentos, en auxiliar moribundos, en consolar afligidos, en socorrer necesitados, que serían sin duda los principales ejercicios de su ministerio. Y aunque semejantes oficios le daban bastante ocupacion, no dejaba por esto de acudir á otros ejercicios de caridad, ni eran solos los enfermos los objetos amados de su corazon, sino que lo eran tambien las gentes pobres y necesitadas, á quienes procuraba socorrer con su industria, y remediar en cuánto podía, cuyos caritativos socorros le granjearon una particular memoria entre los seglares. Mas como semejante aplicacion en tantos y tan varios objetos no dejase de producirle mucha fatiga y trabajo, y por otra parte el peligro fuese siempre inminente, no pudo librarse al fin de contraer tambien el contagio y ser víctima de su rigor. Murió pues el Siervo de Dios entre sus amados apestados, á quienes servía como á sus hermanos.

(1) En el MS. *Narratio virorum illustrium* se hace este elogio del P. José de Sa. Cruz con el nombre de *P. Fr. Josephus Hispanus:* «Hic vir, cujus patriam ignoramus, ex Italia, ubi inter Capuccinos seraphicam Regulam professus est, in Cathaloniam venit. Singularia edidit virtutum exempla: nudis pedibus incedebat, humi cubabat, et dies Sabbati in honorem B. Mariae jejunio consecrabat; in honorem S. Michaelis Archangeli jejunium per quadraginta dies observabat, et saepe solo pane et aqua contentus. Regularis observantiae fuit studiosissimus: quapropter in Guardianum assumptus, subditos ad virtutum praxim suo exemplo stimulabat, eosque charitatis officiis prosequebatur. Ut ei innotuit, pestilentiam urbem Barcinonensem invasisse charitate in proximos aestuans, primus fuit, qui hac illa laborantibus inservire sese offerret Praeses fuit assignatus aliorum Capuccinorum, qui eidem ministerio fuere ultro deputati. Mirum est, quanto fervore aegrotis necessaria subministraret; cujus eximiam charitatem Deus Opt. Max. praemio aeterno, ut pie credimus, coronare voluit, eodem morbo pestilenti e vivis sublati. Ejus corpus, in templo S. Mariae a Mari, ejusdem urbis, fuit sepultum.»

La caridad le condujo á este servicio, la caridad le llevó á los peligros, la caridad le ocasionó la muerte, y así podemos esperar que la misma caridad lo trasladó al cielo empireo, donde víctima gloriosa de caridad, resplandecerá como estrella brillante en los dias de la eternidad. Fué tambien sepultado en la misma parroquia de Santa María del mar, como los dos precedentes, gozando los tres esta hermandad despues de muertos, ya que una misma profesion y una misma caridad los había hermanado tan estrechamente en la tierra y en el cielo. (1)

P. Buenaventura de Cuenca.

Este insigne Religioso fué natural de la ciudad de Cuenca, en el reino de Castilla, por cuyo motivo le llamaban comunmente P. Buenaventura Castellano. No sabemos el nombre de su casa ó familia, sino sólo que fué de linaje noble, y de tanta confianza de la ciudad de Cuenca, que eligieron á un su hermano para pasar á la Corte con el honorífico encargo de Síndico. Empleada loablemente su mocedad, segun creemos, y deseoso de librarse de las cadenas del mundo, abrazó el Instituto seráfico en la Regular Observancia de nuestro P. S Francisco en Castilla, en cuya sagrada familia aprovechó tanto en las letras, que fué uno de los buenos Predicadores de aquella Provincia; y juntando con las letras, particular virtud y celo, se mereció tal estimacion de aquellos Padres, que lo eligieron Guardian. Pero aspirando su corazon á mayor austeridad y á vida más penitente, vino á Barcelona para abrazar nuestro Instituto capuchino en los primeros años que se extendía por el Principado; y vino con tal espíritu y constancia, que cierta contrariedad harto grave que padeció, no fué bastante para retraerle. Se fué á nuestro convento de Monte-Calvario donde despues de haber admirado en gran manera la pobreza de este convento, pidió ser admitido en nuestra Orden; á cuya peticion accedieron gustosos nuestros Prelados, vistiéndole nuestro hábito capuchino el dia 14 de Julio del año 1582, en nuestro convento de Santa Eulalia, donde hizo su noviciado.

Despues que hubo profesado, se le concedió facultad para ejercer el alto ministerio de la predicacion, en el cual manifestó los grandes talentos que llevaba ya adquiridos, non sólo en la ciencia y doctrina, sino tambien en el fervor y celo con que hacía sus sermones. Barcelona, Perpiñan, y otros pueblos merecieron oirle predicar con no pequeño fruto de sus oyentes; siendo lo más particular, que muchos Predicadores no dudaban constituirse sus oyentes, movidos de los puntos difíciles que tocaba, y del grande espíritu con que los trataba. Acompañaba el Varon santo esta su predicacion con una humildad muy profunda, con una mansedumbre singular, y con una vida ejemplar, austera, y penitente: virtudes que son como el alma de los sermones para fructificar en los corazones de los oyentes. Predicando una Cuaresma en la iglesia principal de Perpiñan, no quiso admitir en la comida sino manjares muy ordinarios, y si tal vez le enviaban algunas cosas curiosas, mandaba á su compañero que no las recibiese; cuyo rígido tenor observó en los demas tiempos de su predicacion. De aquí podemos inferir cual rigor de vida observaría dentro el claustro el que era tan rígido entre las tareas y sudores del púlpito. Sabida es la grande austeridad con que se fundó la Provincia de Cataluña, y no obstante que el santo Varon tenía más de cincuenta años de edad cuando abrazó nuestro Instituto, siguió y observó con espíritu y fervor todo aquel rigor de vida. Andaba sin sandalias, dormía sobre las desnudas tablas, vestía un hábito pobre y remendado, y todas las austeridades de la vida comun las practicaba con grande puntualidad y fervor. En las demas virtudes resplandeció tambien con tales luces de buenos ejemplos, que era la edificacion de todos, no sólo de los seglares, sino aun de los mismos Religiosos. El caso siguiente nos manifestara su celo en la

---

(1) «P Fr Bernardus Hispanus. Sacerdos. Bernardus ex Italia, ubi Capuccinis annumeratus fuit, venit in Cathaloniam. Fuit vir omni virtute ornatus Cum audisset. Patres Josephum Hispanum et Michaelem a Dania peste correptos esse Barcinone, instanter petiit peste laborantibus in dicta urbe ministrare. Obtinuit quod desiderabat, et tandem Barcinone peste occubuit» (MS. *Narratio* etc.).

observancia de nuestras sagradas Constituciones. En Perpiñan le pidieron algunos sugetos principales quisiese acompañarles en cierta allega ó limosna que pretendian hacer para los pobres del hospital, supuesto que él mismo la había anunciado y recomendado desde el púlpito. Condescendió el Varon santo, pareciéndole muy pia la dicha peticion; pero acordándose despues que nuestras Constituciones prohiben á los Predicadores recoger limosnas pecuniarias, prontamente dejó á aquellos Señores, y se volvió al Convento. Al fin fueron tales sus virtudes, su perfeccion, y su celo de la observancia regular, que los Prelados no dudaron hacerle Guardian de nuestro convento de Perpiñan ántes de contar siete años de hábito en nuestra Orden; cuya eleccion en unos tiempos que había tanta perfeccion en la Provincia, nos hace suponer en el Siervo de Dios mayor virtud y santidad, de la que nos expresan las pocas noticias que hallamos de su vida.

Pero lo que más que todo nos descubre los preciosos quilates de sus virtudes, singularmente del amor de Dios y del prójimo, es el haber sacrificado su vida en el servicio de los apestados. Moraba el Varon santo en nuestro convento de Valls en ocasion que el contagio afligía sobremanera á los vecinos de aquella villa; y movido á compasion de tantos miserables, que gemían en los brazos de la muerte, pidió licencia á su Prelado para pasar á socorrerlos en el cuerpo y en el alma, aunque fuese con el peligro de su propia vida. Habida la licencia, entró con los Hermanos Fray Arcángel de Figueras y Fray Pablo de Tortosa; y como su corazon ardiese en llamas de caridad, se aplicó al servicio de los apestados con tanto espíritu y fervor, que no sólo les administraba los santos Sacramentos, y les procuraba todos los socorros posibles, sino tambien cargaba sobre sus hombros los cuerpos difuntos, y los llevaba para que fuesen sepultados. Y llegó á tanto este extremo de caridad, que hallándose en aquella Villa el Arzobispo de Tarragona, mandó que dijesen á él y á sus compañeros, que se fuesen á la mano, y no se expusiesen tanto á los peligros. Pero como las llamas de su caridad fuesen más ardientes que los consejos humanos, no desistió de su caritativo empeño hasta que el contagio y la muerte pusieron fin y término á su piadosa vida, lo que se verificó en el año 1589. Fué pues inmolado el Varon santo en aras de la caridad, y siendo este sacrificio acompañado con el incienso de tantas virtudes, podemos piamente creer, que su alma subió gloriosa al templo santo del Señor, y que recibió aquí la corona y el premio, que tiene Dios reservados para glorificar á sus fieles Siervos víctimas de la caridad. La misma parroquia de Valls fué el lugar de su sepulcro. (1)

Fray Arcángel de Figueras.

El Padre de este insigne Religioso se llamó Francisco Mijavilla, sugeto de tanta calidad y letras, que profesando el Derecho civil, fué elegido Regente de Mallorca. La madre fué natural de la villa de Igualada, la cual tuvo un hermano, que se llamó Don Pedro Franquesa, y fué por algun tiempo gran privado del Rey Felipe tercero (2). De tan

---

(1) « P. Fr. Bonaventura Hispanus. Concionator. In urbe Conchensi ortus Bonaventura. Seraphici Patris S. Francisci apud Patres Observantiae Institutum amplexus est. Huius viri virtutes, ut in Guardianum ipse assumeretur, promeruere. Seraphicae Regulae observantissimus, in Cathaloniam perrexit, quo majori inter Capuccinos puritate ei studeret... Ipse vero ad Capuccinos advolans, inter eos cooptatus est anno 1582. die 14 Julii. Jam nostris annumeratus, licet aetate provecta, rigidus erat et austeritati addictus. Regulae et Constitutionum observator zelantissimus. In suis concionibus, nonnisi Dei gloriam, animarumque salutem prae oculis habebat; idcirco totus in concionando ardebat. Divinum, qui eum impellebat, protendens spiritum; et etsi defatigatus, nunquam nisi corpori ad victum necessaria voluit admittere. Huius eximii viri virtutes Patres, ut in Guardianum eligerent, induxerunt. — Eo tempore, anno nempe 1589. in oppido de Valles, Dioecesis Tarragonensis, horrida pestis adeo saeviit, ut nonn si aegri et mortui invenirentur: imo et ad statum tam deplorandum oppidum illud redactum est. ut nemo esset, qui vel aegris opem daret. vel defunctorum corpora sepeliret. Huiusce rei intuitu, mox Capuccini charitate fervidi, sese ad tantorum malorum remedium exhibendum veloces accinxerunt. Et Bonaventura statim petiit, ut unus esset eorum, qui huic ministerio deputarentur. Ergo ad tantum opus hic vir electus, coepit peste afflictis omnia tam spiritualia quam corporalia necessaria adeo ferventi spiritu subministrare, ut pestiferum morbum contrahens, peste interierit. Cuius corpus in eodem oppido sepultum est.» (MS. *Narratio* etc.).

(2) En el MS *Notanda*, en la parte que trata de los *Nobiles exemplarissimi*, se lee: « Archangelus a Figueriis, filius Francisci a Mitja Vila Regentis Senatus Regni Majoricani, et D. N. de Franquesa Sororis Petri de Franquesa Privati Regis Catholici Hispaniarum Philipi III. » El apellido lo hallamos escrito de diferente modo: *Mijavilla*, *Mitjavila* (este último parece más correcto).

esclarecidos padres nació nuestro Fray Arcángel en la villa de Figueras, del obispado de Gerona, recibiendo en el Bautismo el nombre de Juan-Pedro. Despues de educado con mucho cuidado, fué enviado á Barcelona, donde estudió Retórica; y aunque las letras y lo esclarecido de su linaje le prometían gloriosos ascensos en la carrera del siglo, él, mejor aconsejado con las inspiraciones santas del Señor, determinó renunciarlo todo, abrazando nuestro pobre Instituto capuchino. Vistió pues nuestro santo hábito en nuestro convento de Santa Eulalia el dia diez de Abril de 1582, y prontamente vió sobre sí la más terrible batería que supo disponer el infierno para sacarlo de la Religion. Sus parientes resentidos de que hubiese tomado tal resolucion y estado, y creyéndole tal vez seducido ó mal aconsejado, sacaron del Señor Nuncio del Papa en estos Reinos una provision, con la cual se mandaba que el Novicio fuese puesto en parte libre, donde sus parientes pudiesen francamente hablarle. Esta provision fué cometida al Ilustrísimo Señor Don Dimas de Loris Obispo de Barcelona, el cual en su cumplimiento dispuso, que el Novicio fuese trasladado y colocado en el colegio de los RR. PP. de la Compañía de Jesus en Barcelona. No se intimidó ni perturbó el santo jóven, cuando le comunicaron la órden y disposicion que se había dado; ántes bien con un espíritu superior á su edad, dijo, que así como Jesucristo no había bajado de la cruz para consolar á su madre afligida, así él pensaba no condescender á los ruegos de sus parientes, aunque quedasen desconsolados. Con este ánimo pasó al Colegio de la Compañía, y estuvo allí por espacio de tres dias, en cuyo tiempo sus parientes, hombres y mujeres, le hablaron, le trataron, y podemos creer, que usaron con él de cuantas artes y trazas sabe discurrir ya el amor, ya el rigor, para obligarle á dejar el estado religioso que había abrazado. Pero todo fué en vano. Al cabo de los tres dias, estando presentes de una parte los parientes, y de otra el P. Juan de Alarcon, Guardian de nuestro convento de Monte-Calvario, el Obispo dijo al Novicio, que ya que era libre, podía elegir lo que quisiese, ó irse con sus parientes, ó volverse con los Padres. A cuya propuesta el Novicio sin vacilar, se fué con el dicho P. Juan de Alarcon, y lleno de contento, le dijo que él no había vestido el hábito capuchino para dejarlo, sino para conservarlo toda su vida; con lo cual, vista su resolucion, fué enviado al noviciado.

De una accion tan heróica y de una victoria tan insigne, podemos inferir cual sería su espíritu, su fervor, su celo, y su conato en el camino de la virtud y santidad: camino, que si lo empezó fervoroso en el noviciado, lo prosiguió ardiente despues de profeso. No era él del número de aquellos espíritus flojos y tibios, que satisfechos con una perezosa medianía, nada emprenden que sea grande ó extraordinario; ántes bien con un corazon generoso abrazó un género de vida tan penitente y fervorosa que pudiese conducirlo prontamente á la cumbre de la perfeccion religiosa. Poco le satisfacía la austeridad rígida de aquellos tiempos, ni el caminar descalzo ó sin sandalias, ni el dormir sobre las desnudas tablas ó cuando más sobre una estera, ni los ayunos, ni las vigilias, ni las oraciones, ni todos los ejercicios de comunidad, por más mortificados ó penales que fuesen. A mayor austeridad y á mayor perfeccion aspiraban sus deseos. Hacer frecuentes ayunos á pan y agua ó comiendo poco, afligir su cuerpo con extraordinarias disciplinas, vacar á la oracion de dia y de noche, velar mucho, dormir poco, eran los ejercicios con que edificaba á todos. Y aunque fué aplicado al estudio de las artes y Teología, ni las letras enfriaron su fervor, ni este impidió la adquisicion de las ciencias; ántes bien aprovechó tanto, así en las letras como en la virtud, que dió esperanzas fundadas de ser uno de los Predicadores hábiles y fervorosos de aquel tiempo, conforme dió algunas pruebas dentro el claustro.

Mas el fuego de caridad, que estaba encendido en su corazon, lo consumió ántes de tiempo, y los incendios de amor de Dios y de los prójimos lo llevaron rápidamente al sepulcro. Moraba el Siervo de Dios en nuestro convento de Valls, cuando la peste afligía tan miserablemente á esta Villa, y sabido por él el desconsuelo y desamparo que padecían no pocos de aquellos que habían contraido el contagio, se ofreció con espíritu generoso á su Prelado,

para que lo enviase al socorro de tanta necesidad. Fuele concedida la licencia, y hecho compañero del P. Buenaventura de Cuenca, y de Fray Pablo de Tortosa, se entró por medio de las llamas del contagio, discurriendo por todas partes con el fin de encender otras llamas espirituales en los corazones de los tristes apestados. Era ordenado solamente de Diácono, y como este Orden le permitiese pocos ejercicios en la administracion de los Sacramentos, se aplicó á los demas servicios y socorros así del alma como del cuerpo, los cuales ejercitaba con tanto espíritu y trabajo, que no dudaba á veces cargarse con los cadáveres apestados y llevarlos á que fuesen sepultados; de cuya caridad edificado el Arzobispo de Tarragona, y deseoso de su bien, previno á él y á sus compañeros, que anduviesen más remirados y con mayor precaucion. No obstante este saludable consejo, prosiguió el caritativo Varon con el mismo fervor en el servicio de los pobres enfermos, hasta que al fin vino á contraer tambien el contagio, cuyo rigor puso fin y término á su dichosa vida; la cual aunque breve por los años, fué de mucho tiempo por las virtudes, singularmente por la caridad, que selló gloriosamente los breves dias de su mortal carrera en el año 1589. Y así aunque este ilustre Siervo de Dios dejó de vivir en la tierra, vivirá eternamente en el cielo como víctima gloriosa de la caridad. Su cuerpo recibió los sagrados honores del sepulcro en la misma parroquia de Valls. (1)

Fray Pablo de Tortosa.

Este fué otro Religioso que sacrificó su vida al servicio de los apestados de Valls, siendo compañero de tantos otros que ilustraron la Provincia con su ardiente caridad y perfeccion religiosa. Cuando vino á nuestra Orden, que fué en el año 1582, había aprovechado tanto en la latinidad, que abrevió las reglas y preceptos de la gramática, para que pudiesen enseñarla con mayor brevedad. Por este motivo habiendo profesado, pensaron destinarle á este provechoso ejercicio; mas reconociendo en él los Prelados ingenio y luces proporcionadas para las ciencias, le aplicaron al estudio de la Filosofía y Teología bajo la disciplina del P. Francisco de Figueras, que enseñó el primer curso que hubo en la Provincia, y sacó discípulos aventajados en virtud y letras, entre los cuales fué nuestro Fray Pablo de Tortosa. El cual aunque se distinguió no poco en las ciencias humanas, pero su principal conato fué en adquirir la ciencia de los Santos, adornando su alma con aquellas excelentes virtudes que constituyen un hijo verdadero de nuestro P. S. Francisco. La humildad, principal fundamento de todo el edificio espiritual, fué una virtud tan procurada y ejercitada por él, que uno de los testigos que deponen en su vida, no duda afirmar, que fué humildísimo sobre manera. Y si la pobreza santa es una expresion de la humildad, como su fiel compañera, el Varon humilde fué tan pobre que en todas las cosas de su uso resplandecía esta virtud. A todo esto acompañaba la austeridad y mortificacion con que trataba su cuerpo. Vestía un hábito pobre y remendado,

(1) **Fr. Archangelus a Figueriis.** Clericus Juvenis hic nobilibus parentibus ortus est. Pater ejus fuit jurisconsultus Franciscus Mija Vila, qui fuit Regens in insula Majoricae (vulgo *Mallorca*): mater soror fuit D. Petri Franquesa. Philippo III Hispaniarum Regi valde familiaris. Magno studio fuit puer moribus et litteris instructus; et Deo vocanti auditum praebuit. Capuccinorum Institutum amplexus, die 10 Aprilis anni 1582. in nostro conventu S. Eulaliae Barcinonensi. Statim atque hoc parentibus ejus innotuit, acerbe adeo factum tulerunt, ut ab Illmo. Hispaniarum Nuntio Apostolico illi obtinuerint, quod Novitius extra Capuccinos statueretur, quo ejus mens libere valeret explorari. Sic factum est a D. Episcopo Barcinonensi Loris, cui ab Illmo. negotium fuerat commissum. Novitius ergo jam a Capuccinorum coenobio avulsus, mirum est, quantum a parentibus impetitus fuerit, ut a concepto proposito deflecteret. At nihil profuit, quo minus ejus constantia immobilis perstiterit. Itaque post aliquot tempus, adstantibus parentibus, et P. Fr. Joanne de Alarcon, Guardiano nostri conventus Montiscalvariae Barcinonensis, Episcopus Novitio dat optionem, ut quod maluerit, eligat. Vix ea verba ab Episcopi ore prolabuntur, cum animosus juvenis in Guardiani amplexum velox proruit, dicens: non alio fine se Seraphicum induisse habitum, quam ut constans usque ad mortem eo glorioso amictu amictus perseveraret. Professione suo tempore emissa, talem vivendi hic juvenis rationem instituit, ut veri Fratris Minoris sese omnibus imaginem praeberet; semper nudis pedibus incedebat, frequens asperrimis corpus flagellis cruentabat, saepe saepius jejunabat solo pane et aqua contentus; in oratione assiduus, somnum corpori subtrahebat, quo orationi liberius indulgeret. Post studia Philosophiae ac Theologiae, in quibus valde profecit, et Concionator constitutus, supplex petit, inter eos, qui peste infectis in oppido de Vallis inserviebant, annumerari. Voti compos effectus, tanto conatu ministerium hujusmodi fuit prosecutus, ut tandem eodem morbo correptus, ibidem fatis cesserit, nondum Sacerdos, ut inter Diaconos in coelesti patria Deum in aeternum collaudaret. In eodem oppido sepultus est. (MS. *Narratio* etc.).

negaba á sus pies el pequeño alivio de las sandalias, una estera ó las desnudas tablas le servían de cama ó de lecho, siendo por otra parte riguroso en las disciplinas.

Pero en lo que más principalmente se distinguió y resplandeció este Siervo de Dios fué en el ejercicio santo de la oracion, en el cual hizo tan admirables progresos, que en los pocos años que vivió en la Religion, llegó á conseguir aquel alto don de contemplacion y presencia de Dios que pocas veces se concede aun á los más provectos. Era ciertamente cosa admirable ver á este jóven capuchino andar como absorto en la presencia de Dios, y tan fuera de sí, que algunas veces se olvidaba aun del comer y del dormir. Admirado de esto el P. Juan de Alarcon, que fué su Guardian, le llamó á parte, y le preguntó por qué no tomaba lo que pedían sus necesidades; á lo cual respondió el Varon santo, que se hacía harta violencia para ello, pero que no podía hacer más: porque más dificultad tenía en reprimir el pensamiento de pensar en Dios, que otros en procurar buenos pensamientos. De esta contemplacion y presencia de Dios se originaba una modestia, mansedumbre y gracia exterior con que se hacía amar de todos. De aquí el andar siempre con los ojos cerrados ó bajos. De aquí el ayudar y servir cuantas Misas podía. De aquí aquella alta perfeccion con que resplandecía como un espejo de santidad. De aquí finalmente aquel acto heróico de caridad, con que sacrificó su vida en el servicio de los apestados. Sacrificio á la verdad grande, pero muy propio de quien estaba tan abrasado de amor de Dios, del cual es consiguiente el amor de los prójimos.

Ardía el corazon de este Varon santo en llamas de la caridad, y así habiendo sabido las lastimosas desgracias que producía el contagio en la villa de Valls, en cuyo convento entónces moraba, no pudo contenerse sin ofrecer su vida para el socorro de tantos infelices. A este fin estando la comunidad en el refectorio, se arrodilló en presencia de todos, y con mucha humildad suplicó al Prelado le concediese su licencia y bendicion para entrar en la villa, y aplicarse al servicio de los enfermos. Bien conocía el Prelado los excelentes dones de Fray Pablo, singularmente en órden á la predicacion, de cuyo oficio había ya dado no ordinaria prueba dentro el claustro; pero viendo sus vehementes é inflamados deseos de caridad, le concedió la licencia que pedía, y con ella fué enviado á la asistencia de los apestados junto con el P. Buenaventura de Cuenca, y Fray Arcángel de Figueras. Con cuanto fervor, con cuanta solicitud y diligencia se aplicó á tan caritativo ejercicio, se deja bien entender de los incendios de amor de Dios que abrasaban su corazon, cuyos ardores le inflamaron tanto á beneficio de los miserables dolientes, que no hubo peligro á que él no se expusiese para su alivio y socorro. En la administracion de los Sacramentos fueron pocos los ministerios que pudo ejercer, por ser solamente Diácono; pero en los demas servicios llegó á tanto su caridad, que no temía cargarse con los cuerpos difuntos de los apestados, y llevarlos hasta que pudiesen recibir sepultura. La caridad de que estaba animado, le hizo despreciar todos los peligros, hasta que al fin le ocasionó la muerte, recompensa gloriosa de la misma caridad. Murió pues el Varon santo en el año 1589, con mucha edificacion de todos, habiendo contraido el mismo contagio que pretendía remediar ó suavizar á los pobres enfermos, á quienes servía como á sus hermanos. Y como semejante muerte sea tan preciosa á los ojos del Señor, no dudamos creer que su bendita alma recibió en el cielo, no sólo el copioso premio correspondiente á sus eminentes virtudes, sino tambien la brillante corona que está prevenida para los que mueren entre las llamas de la caridad. Los Originales de la Provincia no nos dicen donde fué sepultado este Siervo de Dios, pero es de creer que lo fué en la misma parroquia de Valls, así como lo fueron sus compañeros el P. Buenaventura de Cuenca y Fray Arcángel de Figueras. Y así con mucho gozo podran ellos decir: ¡ oh qué bueno, y qué delicioso es, habitar en uno los hermanos, á quienes la profesion y la caridad juntó en la tierra y en el cielo!

---

(1) **Fr. Paulus a Derthusa**, Clericus. Paulus a Derthusa, vulgo *Tortosa*, sic Deo totaliter intentus erat, ut asseveraret, fore ei difficile malas admittere cogitationes. Oculis aut clausis, aut in terram defixis incedebat. Orationi totus incumbebat. Et



P. Jerónimo de Calatayud.

Este Padre fué natural de Calatayud, ciudad en el reino de Aragon: su apellido era Capdevilla. Vistió el hábito de nuestro P. S. Francisco en la Regular Observancia, en cuya Orden fué ordenado Sacerdote, y abrazó la reforma ó Recoleccion, que se había establecido en aquellos tiempos: señal evidente de los deseos fervorosos que animaban su espíritu. Mas como esta Recoleccion fuese abolida por órden del Papa, se pasó á nuestra Congregacion capuchina en el año 1583, junto con otros muchos hasta el número de cuarenta, todos de la dicha Recoleccion. Tanto en aquella Orden como en la nuestra manifestó siempre un fondo de virtud no ordinaria, singularmente en el don de hablar de Dios, en que se explicaba con tanta suavidad y gracia, usando á veces de textos de la sagrada Escritura, que se mereció opinion grande aun entre las gentes principales; resultando de aquí el consuelo de muchos afligidos y la paz entre los discordes, á quienes dirigía singularmente sus pios y devotos razonamientos. En el trato de su persona fué muy austero, y pobre en todas las cosas de su uso. Celebraba el santo sacrificio de la Misa con mucha devocion. Era contínuo en el coro y en la oracion, sin dejar de concurrir á los demas ejercicios monásticos. Y por decirlo en pocas palabras, fué un Religioso muy ejemplar y celoso de su profesion. Pero en lo que más particularmente manifestó su celo y su caridad, fué con los Religiosos enfermos, á cuyó servicio se dedicaba con tal solicitud y amor, que no rehusaba ejercer cualquier oficio para su utilidad y provecho. Siendo Sacerdote él era el enfermero, él era el cocinero, él era el servidor de los pobres enfermos que había en el convento, y practicaba estos oficios con mucha gracia, y con tanta alegría como si viera al mismo Jesucristo en los enfermos.

Adornado con tales virtudes, los Prelados le aplicaron de un modo especial á los estudios, para que pudiese tambien ejercer su celo y su caridad con las almas. Mas Dios nuestro Señor, en cuyas manos estan las suertes de los hombres, se dignó sacarlo de las miserias de este mundo ántes de concluir sus estudios. Había el Siervo de Dios llegado al primer año del curso de Teología, y no pudiendo llevar el trabajo del estudio, empezó á enfermar de pecho, echando sangre por la boca, cuya enfermedad padeció por espacio de cerca un año; siendo grande su paciencia, y completa su resignacion. Todos los dias rezaba el Oficio que llaman de la Cruz, cuya memoria es la que hace dulces todos los trabajos. Y fué tanta su devocion á este sagrado Oficio ó recuerdo de la Pasion del Señor, que hallándose al último de la vida y casi sin fuerzas, rogó á Fray José de Tárrega, que entónces le asistía, le hiciese la caridad de ayudarle á rezarlo, por cuanto aquel dia no lo había rezado: y empezando el enfermo, y prosiguiendo el otro, rezaron las siete horas de la Cruz; y sin hablar más palabra, al cabo de una hora entregó su alma en manos de su Redentor, cuya Pasion tenía tan escrita en su corazon. El dicho Fray José de Tárrega, que era entónces estudiante, y despues fué Guardian en la Provincia, dice que quedó edificado y consolado, y que desde entónces se hizo en esto imitador suyo. Murió el Varon santo en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1589, sellando su muerte con grandes señales de santidad; y siendo estas precedidas de tanta virtud y perfeccion, podemos piamente creer que su alma pasó prontamente al eterno descanso de la gloria.

Fray Antonio de la Cruz.

Las virtudes y santidad de este insigne Religioso debemos conocerlas más por ilacion ó consecuencia, que por relacion, por lo poco que hallamos escrito de su vida. Abrazó el Instituto seráfico en la Regular Obser-

---

dum in coenobio de Valles degeret, et intelligens magnam, quam in oppido pestis faciebat stragem atque deplorandam, in publico Refectorio Guardianum enixe rogavit, ut facultatem ei peste infectis ministrandi faceret. Obtenta jam facultate, totus in aegris subveniendo peste laborantibus incubuit. Quo factum est, ut ipse demum eodem morbi genere vitam cum morte commutaverit in eodem oppido: unde in coelum, ut pie credimus, avolavit, cum suo condiscipulo Fr. Archangelo a Figueriis divinas laudes perpetuo decantaturus. Mortuus fuit hic juvenis Diaconus, sicut Archangelus; ejusque corpus in eodem oppido humatum est. (MS. *Narratio* etc.).

vancia, y siguió allí la estrecha reforma ó Recoleccion que se había establecido; y como esta se aboliese, se pasó á nuestra reforma Capuchina, siendo uno de los cuarenta, que como dijimos vinieron á nuestra Orden de la dicha Recoleccion en el año 1583. En una y otra Congregacion manifestó siempre su celo por la pura observancia de nuestra seráfica Regla. Siendo Capuchino andaba sin sandalias, dormía sobre las tablas desnudas, y llevaba una vida austera. En su interior ardía tanta devocion que hacía algunos versos espirituales, y componía algunas canciones de los misterios de nuestra santa Fe, con las cuales animaba su espíritu. Pero nos manifestará claramente el alto grado de santidad á que había llegado este Siervo de Dios, cierto milagro que obró con un personaje insigne. Era este el Vicario General del Obispo de Tarazona, el cual adolecía de mal de gota con tanto dolor, que le era preciso estar en la cama. Vino á visitarle Fray Antonio, y movido á compasion, le dijo le dejase ver el pie doliente. El Vicario General, que conocería sin duda su virtud, le descubrió confiadamente el pie, sobre el cual el Siervo de Dios hizo la señal de la Cruz, y se lo besó devotamente; y este solo fué remedio tan eficaz, que luego se le quitó el dolor, sin que jamas le volviese á molestar. Un beneficio tan señalado al paso que dejaría agradecido á aquel Señor, nos obliga á nosotros á reconocer y admirar en el Varon santo una virtud y santidad en grado muy eminente, supuesto que Dios no suele conceder semejantes gracias extraordinarias sino á sus más fieles siervos y amigos. Y así aunque no sepamos más de su vida, esto solo nos basta para creer que vivió y murió santamente, dejándonos en su Provincia esta gloriosa memoria, que no borraran los tiempos. Se verificó su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1589.

Fray Mariano de la Conca de Orcau.

La feliz muerte que consiguió este insigne Religioso, sirviendo á los apestados, nos servirá de norte para conocer su eminente virtud, ya que hallamos tanta oscuridad en aquellos primitivos tiempos. La Conca de Orcau, pueblo en el Obispado de Urgel, fué la patria de este Siervo de Dios, el cual deseoso de mejor fortuna, abrazó nuestro Instituto capuchino, vistiendo el santo hábito. No sabemos en que año fué admitido, ni cuanto tiempo vivió en la Religion. Sólo sabemos que estuvo algun tiempo en nuestro convento de Monte-Calvario, sirviendo allí en el estado humilde de lego con muy buen ejemplo. Y como se vivía en la Provincia, y singularmente en Monte-Calvario con tanta austeridad y perfeccion, no dudamos creer que aquí conseguiría aquellas excelentes virtudes, que le dispusieron para ser víctima de caridad. Una de las poblaciones que sintieron el terrible azote de la peste en el año 1589, fué la Villa de Granollers, y esta misma vió á los Capuchinos aplicados con gran caridad al servicio de sus afligidos vecinos. Uno de ellos fué nuestro Fray Mariano, que lleno de un espíritu caritativo y fervoroso entró en la dicha Villa, y sin temer los peligros del contagio, se dedicó al consuelo y alivio de aquellos miserables enfermos; y fué tal su caridad y su aplicacion, que al fin fué tambien herido de la misma peste, cuyos rigores le obligaron á pagar el comun tributo á la muerte. Pero ¡oh dichosa muerte, cuando eres efecto de un ardiente amor para con los prójimos! Tú sacas de este mundo á los Siervos de Dios, que voluntariamente se hacen víctimas de la caridad: pero tú misma les sirves de puerta para entrar á recibir la brillante corona, que la caridad heróica tiene reservada en el cielo. Tal fué, segun piamente creemos, la dichosa suerte que consiguió este caritativo Varon Fray Mariano. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de la misma Villa de Granollers en el año 1589. (1)

---

(1) Marianus, variis virtutibus exornatus, coronatus est charitatis martyrio in oppido Granullariorum (vulgo *Granollers*), morbo pestis correptus; sepultusque est in coemeterio huius oppidi. (MS. *Narratio*. etc.). — De este Religioso y de los siete precedentes hace Boverio, tom. II, pág. 436, el siguiente elogio: « Cathaloniae Provincia hoc anno complures Seraphicae Religionis foetus charitate, ac laborum tolerantia probatos in Coelum transmisit: qui, cum ad perfectam regularis observantiae disciplinam virtutum cumulos addidissent; ad eum tandem charitatis apicem conscenderunt, ut pro Fratribus sponte animas ponere non dubitaverint Lue namque per totam ferè Celtiberiam desaeviente, cum peste laborantibus sua opera, ac ministerio adfuissent. Deo gratissimum opus tam fervido cha-

Fray Andres de Valencia.

ESTE devoto Religioso fué llamado de Valencia no por la Ciudad (1) de este nombre, sino por el Reino, ignorándose cual fuese la poblacion que mereció tenerle por hijo. Parece que vistió nuestro santo hábito el año 1582, á 28 de Noviembre. Pero si es incierto el lugar de su nacimiento, no es incierta ni dudosa su gran virtud y santidad, con que edificó la santa Provincia de Cataluña. Los Superiores que conocían muy bien las gracias con que Dios había adornado á este su Siervo, le destinaron al gravoso cargo de Limosnero; cuyo oficio ejerció en los conventos de Santa Eulalia y de Monte-Calvario, con tanta humildad, mortificacion y buen ejemplo, que fué de mucha edificacion á los seglares, y de no poca satisfaccion para los Religiosos. Y aunque este oficio lleva bastantes ocasiones de distraerse, á el de ningun impedimento le fué, ni para el recogimiento, ni para la oracion, virtudes que le fueron muy familiares. Cuando estaba en el Convento seguía con solicitud los actos de Comunidad, mostrándose muy fervoroso, como igualmente muy celoso de la observancia de la Regla y Constituciones. Fué muy austero y riguroso en el tratamiento de su cuerpo. Vestía un hábito pobre y remendado, caminaba descalzo sin sandalias, dormía sobre unas tablas desnudas, y en el rigor del frio admitía una simple estera. La santa pobreza, tan propia de un Fraile Menor, resplandecía en todas las cosas de su uso, como tambien en el oficio de limosnero que ejercitaba, pues si alguna vez los devotos le ofrecían alguna limosna que le pareciese demasiada, no quería recibirla.

Sobre todas estas virtudes resplandecía singularmente el Varon santo en el don de hablar de Dios, con el cual conversaba y del cual hablaba con tanta devocion y fervor, que movía en el amor Divino no solamente á los seglares sino tambien á los Religiosos. Finalmente la humildad, la mansedumbre, el silencio, la caridad, y otras virtudes fueron como otras tantas piedras preciosas, que formaban y adornaban la corona de su perfeccion y santidad. Habiendo pues el Siervo de Dios obrado la justicia con la perfeccion que acabamos de insinuar, llegó al fin comun de los mortales, del cual se cree tuvo algun previo conocimiento, por cuanto se despidió de algunos devotos, como quien presto había de morir. Y en efecto se verificó así, muriendo felizmente en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1590 con opinion y fama de santo; cuya buena opinion se dignó el Señor confirmar preservando su cuerpo de la corrupcion, conforme así incorrupto lo vió el P. Pablo de Gerona despues de algunos años que estaba en la sepultura. Todo lo cual nos permite creer piamente, que su dichosa alma goza en el cielo los premios eternos que estan reservados para los Religiosos humildes, pobres, obedientes, fervorosos, y que son verdaderos hijos de nuestro P. S. Francisco. Seamos nosotros tales, si deseamos ser igualmente dichosos.

P. Lorenzo de Huesca.

NACIÓ este piadoso Padre en Huesca, Ciudad antiquísima, noble, y respetable del Reino de Aragon. Sus padres, cuyos nombres ignoramos, fueron gente muy honrada pero de mediana fortuna, y tuvieron otros dos hijos, uno de los cuales pasó á Indias, donde alcanzó hacienda y títulos muy honoríficos. El otro, habiendo pasado á Italia, mereció ser Secretario del Virrey de Nápoles. Nuestras Crónicas generales dicen, que con este último pasó tambien á Italia nuestro P. Lorenzo hermano suyo, donde renunciando los cuidados del siglo, los trocó por la quietud de la Religion, y tomó el hábito en

---

ritatis aestu patravère; ut ex his plerique variis in urbibus ministrantes, voluntario charitatis martyrio occubuerint: Josephus, et Bernardus, Celtiberi Sacerdotes, Barcinonae: Bonaventura, Celtiber Concionator, Archangelus á Mediavilla, et Paulus Dertusanus, Clerici Diaconi in oppido Vallis: Marianus a Concha, Laïcus, in oppido Granolles. Hoc modo sex Deo gratissimae hostiae sese Deo in odorem suavitatis immolarunt. Post hos et duo alii eiusdem Provinciae Viri, virtute illustres, hoc ipso anno vitae cursum absolvunt. Prior Antonius à Cruce, Laïcus, Regulae observantissimus, haud aspernandam vitae austeritatem coluit: de quo illud fertur, quod Generalem Caesaraugustanae Ecclesiae Vicarium, podagra laborantem, signo Crucis curaverit. Posterior verò Hieronymus à Bilbili nova, Sacerdos, vitam incredibili cum pietate transactam, aequa pietate conclusit ».

(1) En el MS. *Indice alfabético de los Religiosos de la Provincia de Cataluña*, no hallamos hasta el año 1590 otro religioso Lego Valenciano con el nombre de Fr. Andres, que un *Fr. Andres de Denia Lego, 1582.*

nuestra Orden. Mas no nos dicen en que Provincia, ni á que edad se alistó á la milicia seráfica (1), ni nuestros Originales expresan cosa alguna sobre esto, como ni tampoco en órden á la conducta de vida, que había llevado hasta este tiempo. Pero el espíritu y fervor tan extraordinario que manifestó luego que vistió el hábito capuchino, nos induce á suponer en él un fondo de virtud más que comun (2). En efecto hizo un noviciado tan fervoroso, que no había vicio que no procurase domar, ni virtud que no desease conseguir; á cuyo fin trataba su cuerpo con tanta aspereza y rigor, que no parecía fuese de carne, sino de mármol durísimo. Sus ayunos eran perpétuos, el sueño escaso, las vigilias prolijas, las disciplinas hasta verter sangre, y las demas penitencias consiguientes á este rigor. Con tal tenor de vida, creemos pasaría los años que vivió en Italia (3); pues aunque es muy poco lo que hallamos de aquel tiempo, no podemos dudar, que allí ejercitó todas aquellas heróicas virtudes, de que dió tantos ejemplos trasladado á Cataluña.

Verificose finalmente esta traslacion ó venida, pasando desde la Provincia de Roma á la de Cataluña, cuando esta había empezado á fundarse, y poco despues de haberse tomado el convento de Santa Eulalia, cuya fundacion se verificó el año 1578. Así trasladado, se manifestó luego astro luminoso, que se llevó la atencion de todos. Con un natural amable, un genio dulce, un aspecto santo, juntaba la perfeccion más encumbrada: por lo cual los Prelados no dudaron confiarle el cargo de Guardian, cuyo oficio ejerció casi siempre miéntras vivió en la Provincia. Y para que sus virtudes y ejemplos produjesen mayores frutos, le confiaron la educacion y enseñanza de los novicios, constituyéndole Maestro de ellos en nuestro convento de Santa Eulalia, empleo que desempeñó por algunos años con no menor acierto que utilidad de nuestros jóvenes. Veían á la verdad todos en este Padre un conjunto de virtudes tan perfectas y eminentes, que le colocaba en una esfera verdaderamente admirable. Aquella vida austera y penitente que había observado en Italia ya desde su ingreso en la Religion, la continuó en España con tanto rigor, que uno de los testigos, que deponen en su vida, no duda decir, que las mortificaciones que hacía eran tan extraordinarias, que ponían espanto. Andar descalzo sin sandalias, dormir sobre las desnudas tablas, velar gran parte de la noche, eran para él mortificaciones comunes y ordinarias. En las disciplinas se mostraba tan severo, que á más de muchas extraordinarias, que añadía á las comunes de la Orden, se azotaba ya con instrumentos entretejidos con alfileres, ya con una cadena de hierro hasta derramar sangre. Era asimismo rigidísimo en la abstinencia, ayunando no sólo los ayunos acostumbrados, sino tambien otros de devocion, distinguiéndose singularmente en las vigilias de María Santísima, las cuales ayunaba con tanto rigor, que no comía cosa alguna. Siendo Superior, se hallaba una vez indispuesto en nuestro convento de Santa Eulalia, y nunca pudieron persuadirle que comiese carne ni huevos: lo cual visto por Fray Juan María de Perpiñan, movido á compasion, le aderezó algunas acelgas, poniendo en ellas un poco de especies, para que tuviesen ó mejor gusto ó mayor sustancia. Pero el Varon abstinente cuando entendió aquel regalo, corrigió á aquel Religioso que se lo había procurado sin su consentimiento.

De aquí podemos inferir cuales y cuantas serían las mortificaciones y austeridades con que este Varon peni-

(1) Parece fuera de duda que vistió el hábito en la Provincia Romana. Modigliana, tomo II, pág. 203, dice: « Ebbe un fratello Secretario del Vicerè di Napoli, col quale si condusse in Italia: e mentre il fratello si accasò nobilmente, egli chiamato dal Signore a sponsali più nobili, vestì l'Abito Serafico de' Cappuccini nella Provincia Romana. » (*Legend. Cap.*). — El *Necrologium Capucc. Prov. Romanae* (die 30 Januarii) recuerda las virtudes del P. Lorenzo en estos términos: « 1591. Barcinonae. R. P. Laurentius Oscensis, Concionator, Novitiorum Institutor, Ordinis nostri per Hispaniam propagator, qui virtutibus dives, et miraculis clarus, tandem obdormivit in Domino. » Pero conviene notar que no murió el 30 de Enero, sino el 11 de Febrero como dice Modigliana quien pudo ver los manuscritos de la Provincia Romana á más de los que enviaron de Cataluña.

(2) Boverio, tom. II, pág. 467, confirma esta opinion diciendo: « Nedum is carnis vulnera senserat, cum Seraphicae militiae palestram est ingressus »; lo cual significa que aun siendo seglar llevó una vida muy ejemplar y que fué de costumbres puras y cristianas.

(3) Esto es cierto, pues dice Modigliana (ibid.): « Dopo d'aver quest'uomo del Signore con una vita pienamente virtuosa e stupenda edificata la sua Provincia Romana, fu destinato da' Superiori a quella di Catalogna, perchè giovasse alla di lei fondazione. » Lo cual confirma ademas lo dicho en la nota anterior.



tente afligía su cuerpo. Pero lo conoceremos mejor, si atendemos á los deseos grandes que tuvo de padecer martirio. Apénas hablaba con los Religiosos, ya profesos, ya novicios, que no fuese del martirio, exhortando á todos, que deseasen padecer por amor de Dios. Preguntó una vez á un novicio, si deseaba padecer, y ser mártir por Cristo; y como el novicio, le respondiese, que hasta deseaba que el martirio durase mucho tiempo, alegrose tanto el Varon fervoroso, y tuvo despues tanto aprecio de aquel novicio, que causaba admiracion. Para llevar á efecto estos sus buenos deseos del martirio, pidió muchas veces licencia á los Provinciales, y aun escribió al Rmo. P. General, para ir á tierra de infieles, y como estos Prelados nunca quisiesen condescender á sus peticiones, procuró compensar la ejecucion del martirio con afligir y atormentar su cuerpo con aquel rigor y austeridad que hemos insinuado. Y para que los novicios viesen confirmada con el ejemplo, esta doctrina del padecer, se hacía su compañero en las penitencias y mortificaciones que les imponía.

A este espíritu tan heróico de mortificacion y penitencia acompañaban las demas virtudes en un grado no inferior. Entre ellas resplandecía singularmente la virtud de la pobreza, tan propia de un Fraile Menor, como inseparable de la penitencia y austeridad. Ya sabemos que no conocía el Varon santo el uso de las sandalias, ni admitía para su lecho otra comodidad sino las simples y duras tablas. El abrigo de su cuerpo se reducía á un simple hábito austero y pobrísimo, y en todas las demas cosas de su uso no se hallaba sino aquello que constituye un estado muy pobre. Los casos que vamos á referir nos daran á conocer con mayor claridad el alto grado no sólo de pobreza, sino tambien de humildad y otras virtudes, á que había llegado el Siervo de Dios. Murió en nuestro convento de Monte-Calvario el devotísimo P. José de Barcelona, de la nobilísima Familia de Rocaberti, cuya santa vida hemos escrito en su lugar. Nuestro P. Lorenzo, ó por afecto de devocion, ó por espíritu de pobreza, tomó para sí un hábito viejo y remendado que había llevado el dicho P. José; y aunque este había muerto de tís, no dudó vestirse con él y manifestarse igualmente pobre y despreciado. Y Dios nuestro Señor, se dignó mostrar con un señalado milagro cuan agradables le eran estos dos Siervos suyos. Fué el caso que yendo un dia el P. Lorenzo desde el convento de Santa Eulalia á Barcelona, le dijeron que cierta mujer devota del monasterio estaba enferma; cuya triste noticia movió á tanta compasion al Siervo de Dios, que cortando algunos hilos de aquel pobre hábito que llevaba, los remitió envueltos en un papel á la enferma, para que los llevase consigo. Y fueron tan eficaces estas reliquias de la pobreza, que apénas la mujer se las puso, luego sanó de la grave enfermedad que padecía. Es regular que todos atribuirían esta cura milagrosa á la santidad del P. Lorenzo; mas el Varon humilde la refundió á la santidad y méritos del P. José de Rocaberti, el cual había llevado primero aquel hábito milagroso. En otra ocasion los Padres de la Provincia confiaron á su celo la fábrica del nuevo convento de Valls, llamado de nuestra Señora del Lladó; y queriendo él que la fábrica se estableciese más con actos humildes y pobres que con materiales, no dudaba aplicarse á los oficios más bajos y despreciados. Unas veces se iba á la poblacion en amaneciendo, y allí se cargaba ya con maderos, ya con instrumentos para llevar cal ó arena, ya con otras cosas útiles para el edificio; yendo siempre con los pies descalzos, aunque el frio fuese riguroso. Otras veces tomaba un carro cargado, y lo tiraba, sin consentir que los seglares le ayudasen, por más que se le ofreciesen; como si un acto tan despreciado fuese privativo de él y no de los otros. Y añadiendo á estos otros actos humildes y pobres, pudo edificar aquel convento con mucha estrechez y pobreza.

Entre tales y tan eminentes virtudes no podía faltar la caridad, siendo reina de todas ellas, pues como dice San Pablo, sin la caridad nada aprovecha. En efecto ardía el corazon de nuestro P. Lorenzo en tales llamas de caridad y en tales incendios de amor de Dios, que se veía ciertamente que este era el único objeto de todos su pensamientos, y el único móvil de todas sus operaciones. Consideraba sin duda cuanto había hecho Dios por amor de los hombres, singularmente en los sacratísimos mis-

terios de nuestra redencion, y absorto en la contemplacion de tantas finezas, le era preciso dar las más raras demostraciones de aquel celestial fuego, en que estaba abrasado. Regularmente despues de Maitines non dormía, sino que se quedaba en la iglesia ó en el coro haciendo oracion, y entónces dando velas á su espíritu, se trasportaba á las dichosas moradas de su Divino y amado Esposo. Unas veces oraba con tal fervor, que su cuerpo se cubría de un sudor tan copioso que le era preciso enjugarlo. Otras, como si estuviera fuera de sí, daba saltos delante el Santísimo Sacramento. Otras, cantaba cosas devotas ó hacía actos jaculatorios. Otras en fin, gemía y lloraba con abundancia.

Cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa, gozaba tambien de este don de lágrimas que el Señor le había concedido, derramándolas á veces con tanto exceso, que apénas lo podía resistir, singularmente cuando celebraba Misa de la Pasion del Señor. Y como el Varon fervoroso era al mismo tiempo tan humilde, á fin que nadie observase su llanto, decía Misa ántes de tocar á Prima, llamando muchas veces para que le sirviese á Fray Juan María de Perpiñan, quien mereció ser testigo de aquellas dulces y copiosas lágrimas, y darnos seguro testimonio de ello. Aun en las conversaciones familiares se hallaba á veces tan trasportado en Dios, que había de hacerse fuerza para atender á lo que decían; y en alguna ocasion le era preciso preguntar lo que habían dicho. A todo esto añadía un don particular de hablar de Dios, y de andar siempre en su Divina presencia, con lo cual y con un exterior santo captivaba las voluntades de todos, de modo que á nadie trataba que no se le aficionase, y que no reconociese que el espíritu del Señor moraba en él. Otro efecto del Divino amor era el desear que todos amasen á Dios, y se ocupasen en la consideracion de las cosas celestiales; cuyos deseos dirigía singularmente á los novicios, á los cuales ejercitaba á levantar la mente á Dios en todas las criaturas. Hermanos, les decia á veces, hermanos, ¿en qué pensais ahora, y como andais tan rateros? Y si veía alguno que andase distraido, ó que llevase la mente ociosa, le reprendía, queriendo que viviesen más en el cielo que en la tierra. A los seglares persuadía que fuesen á las iglesias á oir la palabra de Dios, de la cual él era muy devoto. Si alguna vez hallaba gente fuera de la iglesia, cuando se predicaba, á todos reprendia y persuadía que entrasen; y si tal vez alguno se resistía, le tomaba por el brazo, y le obligaba á entrar, sin que nadie se mostrase ofendido.

Pero el efecto más principal de esta caridad y amor de Dios fué el amor y caridad de los prójimos, porque siendo tan conjuntos estos dos amores, que el uno no puede estar sin el otro, era preciso que quien estaba tan abrasado en órden á Dios, lo estuviese tambien en órden á los prójimos. Fué á la verdad cosa admirable ver á este venerable Padre, rigido, austero y al parecer sin compasion alguna en lo perteneciente á su persona, y al mismo tiempo tierno, compasivo, y amoroso en las necesidades y dolencias de sus prójimos y hermanos. Si alguna vez, yendo de camino, hallaba algunas personas pobres, se movía á tanta compasion, que se le rompían las entrañas. Padecía un novicio cierta llaga asquerosa y que le daba mucha pena, lo que sabido por el caritativo Varon, se aplicó á su remedio, curándola y limpiándola con toda caridad, haciendo al mismo tiempo que el novicio dijese el Ave Maria, ú otras oraciones, ó que pensase en la Pasion del Señor, con cuyas caritativas diligencias le dejó enteramente curado. En la Villa de Valls había algunos sugetos que desde mucho tiempo vivían reñidos y en antiguas enemistades, y deseoso el Varon compasivo de componerlos, y ponerlos en paz, dispuso juntarlos en la librería del convento sin saberlo el uno del otro; y cuando podía temerse algun infortunio por razon de la enemistad, él les infundió tal respeto, y les persuadió con tanta eficacia, que se concordaron y fueron en adelante muy amigos. En otra ocasion procuró que cierto caballero, que desde mucho tiempo estaba excomulgado, quedase libre de aquella censura, y satisfaciese las deudas. A otras dos personas de la parroquia de Sarriá, que vivían mal, las separó, y una hija que tenían, la condujo á casa de cierta Señora, donde se crió y educó virtuosamente. En otra casa de la misma parroquia, llamada Angli, había tanto ruido que no podía habitarse en

ella. Llamaron al Siervo de Dios para que la bendijese, y él, habiendo dicho ciertas oraciones, auyentó el ruido de la casa, y dejó el consuelo á sus moradores. Otros casos que nos demuestran aun más claramente la gran caridad y compasion de este Varon santo, reservamos para cuando tratemos de los milagros que obró. Por ahora sólo añadimos, que esta compasion se extendía tambien á las criaturas irracionales, á las cuales llamaba hermanas, y les tenía mucha compasion; y parece que ellas le correspondían con obsequiarle y obedecerle, como se demuestra en el caso siguiente. Le rogaron una vez los Religiosos de nuestro convento de Santa Eulalia, que comiese carne, por hallarse tan indispuesto que apénas podía comer; y como el mortificado Varon se negase á ello, entró por la ventana un pajarillo, y se le puso en la falda del hábito, y se dejó tomar por los Religiosos, quienes lo mataron y aderezaron para que lo comiese, con no pequeño sentimiento del Varon compasivo. Tambien se sabe que los lagartos se dejaban tocar y tomar por él, sin moverse hasta que los dejaba ir.

Coronaba todo este cúmulo de perfecciones y virtudes un singular amor y una cordial devocion á la Santísima Vírgen María nuestra Señora, en cuyo obsequio, culto y veneracion se aplicó el Siervo de Dios tan de veras y con tanto afecto de su corazon, que podemos decir, que este es el carácter distintivo, y el que más resplandece entre todas sus virtudes. Se hallaba ya el Varon santo adornado con aquella virtud angelical de la pureza, tan agradable á la misma Santísima Vírgen, la cual poseía con tanta perfeccion, que el mismo dijo en confianza á Fray Sebastian de Esparraguera, que se había conservado siempre vírgen. Este fué el primer tributo, y sin duda el más precioso que pudo ofrecer á esta gran Reina. Cuando en las conversaciones familiares hablaba de tan divina Señora, era con tanta alegría y gusto que ponía admiracion. Para celebrar sus festividades, no sólo se preparaba algunos dias ántes, sino que ayunaba las vigilias con aquel rigor que dijimos de no comer cosa alguna. Llevaba siempre en el pecho una devota imágen de nuestra Señora, á la cual profesaba tanta devocion y reverencia, que cuando alguno la quería ver ó adorar, era preciso que se arrodillase y dijese el Ave María, y esto aunque fuese sugeto de alta graduacion, como sucedió con el Señor Arzobispo de Tarragona, llamado Tares. Deseó este Ilustrísimo ver aquella santa imágen, pero el P. Lorenzo no lo consintió sin que primero se arrodillase y dijese el Ave María, lo que cumplió el devoto Prelado, el cual dijo despues á los suyos, que había sentido dentro de sí tal fuerza, que le inclinó á arrodillarse, conociendo la santidad y simplicidad de este Capuchino.

No fué menor la devocion y reverencia que tuvo á otra santa imágen de la Vírgen, que halló en la ocasion que vamos á referir. Fué una vez el Siervo de Dios con los novicios á visitar una pequeña ermita ó santuario, llamado nuestra Señora de Belen, el cual está en lugar desierto, distante como media legua de nuestro Convento de Santa Eulalia. Aquí despues de celebrar el santo sacrificio de la Misa, hizo limpiar y barrer la iglesia, en cuyo ejercicio halló abandonada una pequeña imágen de nuestra Señora, y aunque estaba mal parada y medio gastada, la recogió el Varon santo con tanta devocion y afecto, como si hubiese hallado un riquísimo tesoro. La tomó y llevó consigo al convento de Santa Eulalia, y despues de repararla y recomponerla con alguna habilidad que tenía de iluminar, la colocó en una capilla, que él mismo con sus propias manos hizo en una cueva que estaba en la montaña del mismo convento, llamándola Nuestra Señora de la Pobreza. Para solemnizar esta devota funcion, dispuso que todos los Religiosos, formados en procesion, fuesen acompañando la santa Imágen hasta la dicha cueva, donde se quedó él toda aquella noche, perfeccionando la capilla y dando alabanzas á la Vírgen; y despues por espacio de ocho dias iba á rezar el Oficio de Nuestra Señora, y cantar la Salve y otras devociones, de cuyos devotos ejercicios quedó la costumbre de ir los novicios á rezar el Oficio de nuestra Señora delante de aquella sagrada Imágen. No sabemos cuanto tiempo perseveró esta devota costumbre que el P. Lorenzo dejó establecida en dicho noviciado de Santa Eulalia, pero creemos que habiéndose

extendido la fábrica de dicho Convento, y adornado el monte ó desierto con otras Capillas y varios monumentos de piedad, y siendo por esto muy frecuentado de las gentes, los Superiores privarían á los novicios de tributar aquel devoto culto á la Vírgen en dicho lugar, á fin de conservarlos en mayor retiro. En el año 1804 se hizo alguna averiguacion sobre dicha santa Imágen, y segun tradicion, pudo saberse que estuvo por algun tiempo en el presbiterio de la iglesia, de donde se cree fué sacada por estar muy deteriorada. Y como el dicho convento de Santa Eulalia fué santificado ya en sus principios por medio de esta sagrada Imágen, á fin de renovar su memoria y veneracion se puso otra en el mismo cuadro de la antigua con el mismo título de Nuestra Señora de la Pobreza, y se colocó delante de la sala donde los novicios rezaban el Oficio parvo de la Vírgen, renovando con esto, y conservando en lo posible los santos fines de devocion y afecto, que el P. Lorenzo quería que todos tuviesemos á nuestra Señora.

A todos estos cultos y obsequios que acabamos de referir, añadía el Varon devoto el dar cualquier cosa, que se le pidiese por amor de la Vírgen. « Padre, le decían á veces los Religiosos, deme esa cuerda por amor de nuestra Señora »; y luego se la quitaba, y se la daba. Y aunque fuese el hábito ó cosa de alguna entidad, no tenía reparo en darlo y concederlo. Era tambien muy devoto de rezar el himno: *O Gloriosa Domina*. En fin era tal su devocion y afecto á la Vírgen Santísima, y la llevaba siempre tan presente en su memoria, que podemos decir que cuanto hacía, pensaba, ó decía, era por su amor, culto y veneracion. Y esta buena Madre correspondía tan admirablemente al amor y fidelidad de este su Siervo, que le concedía las más señaladas gracias, y le dispensaba los más singulares favores, conforme se verá con los sucesos que vamos á referir.

Cuando el Siervo de Dios venía de Italia, mereció que la misma Santísima Vírgen se le apareciese, acompañada de otras dos Santas, segun él mismo lo confesó al P. Vicente de Barcelona, mandándole que no lo dijese á nadie, miéntras él viviese. Este P. Vicente que es uno de los religiosos testigos de su vida, y refiere este caso, dice que no se acuerda de los nombres de aquellas dos Santas, aunque le parece que la una se llamaba Santa Catalina mártir (1). En otra ocasion mereció tambien este Varon afortunado gozar de semejante beneficio, apareciéndosele la Reina de los Angeles llena de tantas luces y resplandores, que él mismo aseguró á otro Religioso su confidente, que así como la vió solamente de un lado, la hubiese visto del todo, creía que hubiera muerto de contento. Tuvo en esta ocasion la dicha de hablar con la Santísima Vírgen, mas cuales y cuan dulces fuesen estos coloquios, no lo dicen los testigos, porque sin duda el Varon santo se lo reservaría en su interior. Otras muchas veces creemos que esta Divina Señora le dispensó semejantes favores, pues aunque los Originales de la Provincia sólo refieren en particular las dos veces que acabamos de referir, pero añaden que en la Provincia había fama que nuestra Señora le habló algunas veces, particularmente por medio de aquella santa Imágen de la Vírgen de la Pobreza, de que hablamos arriba. Con esta opinion algunos Religiosos que le oían hablar en la iglesia, sospechaban que hablaba con la Madre de Dios, y lo asechaban para saberlo. Al mismo intento Fray Dionisio de Monzon dice lo siguiente: « Fué el P. Lorenzo muy « devoto de nuestra Señora, y en la « Provincia hay fama que nuestra Se« ñora le apareció, y le trataba fami« liarmente. Y como yo tenía deseo de « saber algo de estos favores, que « nuestra Señora le hacía, y dormía « al lado de su celda, una noche des« perté, y me parece que oí unos cán« ticos sobrenaturales en su celda. » Así se explica este Religioso. A estos tan señalados favores debemos añadir el don de hacer milagros, que no dudamos creer sería una gracia con que honró Dios á este devoto Siervo de Nues-

(1) Esta aparicion parece un premio de su humildad y obediencia: « Laonde partì da Roma unicamente per fare la divina volontà, nulladimeno una tale partenza non fu senza aflizione del suo cuore, mentre si conosceva per sua umiltà del tutto incapace a poter essere di giovamento ad alcuno. Gli apparve nel viaggio la Beatissima Vergine accompagnata da due altre Vergini, una delle quali era Santa Cattarina Martire, di cui fu sempre divoto, e venne consolato con parole celesti. » (Modigliana, p. 203).



tra Señora, queriendo que los obrase no pocas veces, singularmente con intervencion de aquellas dos sagradas Imágenes, de que arriba hicimos mencion, de los cuales referiremos los siguientes, que hallamos en los Originales de la Provincia.

Siendo el Varon santo Guardian en nuestro convento de Santa Eulalia, vinieron á llamarle de una casa, llamada Ferrer de la Creueta, para que fuese á auxiliar á un hijo que tenían moribundo. Fué el Siervo de Dios con Fray Juan María de Perpiñan, novicio, rezando juntos por el camino las letanías de Nuestra Señora, y llegando á la casa halló á los padres llorando, por considerar á su hijo sin esperanzas de vida, y habiéndolos consolado, entró en el aposento, en que estaba el enfermo, á quien despues de rezar algunas oraciones dió á besar la Imágen de nuestra Señora. Despues volviéndose á los padres, les dijo que prometiesen llevar al hijo á visitar la capilla de Nuestra Señora de la Pobreza, que él había hecho en el convento, que con esto tendría salud, y estaría bueno. Hicieron los padres la promesa ó voto, y fué remedio tan eficaz, que dentro dos ó tres dias aquel hijo que lloraban moribundo, vino ya sano al convento á visitar la santa capilla; en cuya ocasion el P. Lorenzo dándole una imágen de papel de la Vírgen, le exhortó que fuese muy devoto de María SS.

Otra vez, en el mismo convento de Santa Eulalia, acercándose la hora de comer, faltaba el pan para la comida de los Religiosos, cuya necesidad representó al Siervo de Dios Fray Martin de Cerdeña, que cuidaba del refectorio; pero él con mucho sosiego le respondió: « Andad, pobrecito, que no teneis fe, andad á nuestra Señora de la Pobreza, y decidle la Salve Regina, que ella nos proveerá de pan. » Fuese el Religioso á cumplir esta órden, y apénas acabó la Salve, llevaron á la puerta pan y lo demas para la comida. Más raro fué el modo con que el Siervo de Dios proveyó semejante necesidad en el mismo convento. Avisole el novicio que cuidaba del refectorio, que no había pan para cenar, y habiéndole respondido, que tenía poca fe, y que fuese á Nuestra Señora, que ella proveería, tomó un compañero, llamado Fray Pedro de Gibraltar, y juntos salieron del convento con el fin de buscar pan. Entraron en cierta casa, y hallaron una doncella que estaba endemoniada, á la cual el Varon santo dió á besar la Imágen de Nuestra Señora, que llevaba consigo, y exhortándola que fuese devota de la Vírgen, le dijo que no tuviese pena, que no padecería más aquel trabajo; y con esto sin hacer otra diligencia, se volvieron al convento. El compañero, admirado de que se volviesen sin pan, se lo advirtió por el camino, mas él no le dió otra respuesta, sino que tenía tan poca fe como los otros, y llegando al convento hallaron que Dios había proveido el pan de un modo extraordinario. Y de aquella doncella endemoniada se supo despues que en adelante estuvo libre de su trabajo.

Cuando se edificaba nuestro convento de Valls, trabajaba en la fábrica un maestro que se hallaba con la afliccion de tener á su mujer tan gravemente enferma que estaba sin esperanzas de vida. A que se añadía, por aumento de la pena, el no hallar por su pobreza quien diese leche á una criatura que tenía muy pequeña. Movido el Siervo de Dios á compasion de tanta infelicidad, fué á la casa de la enferma, la consoló con palabras de devocion, la exhortó á que fuese devota de la Vírgen Santísima, y dándole á besar la santa Imágen que llevaba consigo, la dijo, que no tuviese pena, que luego estaría buena. Y así se cumplió como el Varon santo lo dijo, recobrando aquella enferma la salud, de que tenía tan pocas esperanzas. En la misma Villa de Valls había una mujer llamada Palau, que padecía el doloroso trabajo de un cáncer en los pechos. Mandola el Siervo de Dios que rezase de rodillas un Padre nuestro y Ave María, y haciéndole la señal de la cruz, se le cayó el cáncer, y luego estuvo buena. Tambien curó con la señal de la cruz á una hija de una viuda llamada Carbonella. Bernardo Martí, vecino de un pueblo llamado Constantí, en el campo de Tarragona, se hallaba muy afligido por la desgracia que había tenido una hija suya llamada Eulalia, con cierta herida que recibió en la cabeza, tan profunda, que podían entrar dos dedos. Vino en esta ocasion nuestro P. Lorenzo, el cual movido á compasion les dijo, que no tuviesen pena,

que aquello no sería nada. Luego ordenó á algunas mujeres, que estaban en el aposento, que se arrodillasen, y dijesen el Ave María, y sacando despues la Imágen de nuestra Señora, la dió á besar á la hija doliente, haciéndole tambien la señal de la cruz, cuyas diligencias fueron remedio tan poderoso, que dentro dos ó tres dias la hija quedó buena y sana, y los padres llenos de contento. En otra ocasion se hallaba esta misma hija tan doliente de los ojos, que pensaban perdería enteramente la vista; y haciéndole el Varon santo la señal de la cruz, quedó del todo curada. Experimentó tambien la virtud milagrosa de este siervo de Dios la madre de la dicha jóven, cuyo nombre era Madalena. Estando esta en cinta, dió una caida de tanto peligro, que viniéndole luego los dolores del parto, creían todos que había de ser desastroso. En este conflicto acertó á llegar el P. Lorenzo, el cual mandó á los circunstantes que se arrodillasen, y dijesen el Ave Maria, y dando á la paciente la Imágen de Nuestra Señora, cesaron al instante todos sus dolores, y quedó restablecida en su entera salud; dando á luz despues á su tiempo un hijo con toda felicidad.

Más admirable fué el milagro que obró el Siervo de Dios con el hijo mayor de los consortes Jaime y Antigua Cors, vecinos de la parroquia de Sarriá; cuyo hijo, que se llamaba Francisco, mereció que Dios le resucitase de muerte á vida por las oraciones y méritos de nuestro P. Lorenzo. Por ser este milagro tan insigne, nos ha parecido justo referirlo con las mismas palabras, con que lo refirió el Ilustre Señor Don Juan Sabater, Arcediano de Badalona, Dignidad de la santa Iglesia catedral de Barcelona, siendo de edad de 60 años cuando hizo la relacion, que es del tenor siguiente: « Acuérdome que habrá treinta años poco más ó ménos, que siendo yo Clérigo en el monasterio de Pedralbes, oí decir, que á Micer Jaime Cors y á Antiga su mujer, vecinos de aquel monasterio y de la parroquia de Sarriá, se les había muerto un hijo, que se llamaba Francisco, y por la amistad que yo tenía con ellos, y en particular porque confesaba á la dicha Antiga Cors, fuí á su casa para aconsolarlos, y hallelos llorando; y con ellos estaba Micer Juan Pineda y su mujer, padres de la dicha Antiga Cors, y todos muy desconsolados, por haber muerto poco había el dicho su hijo. Y estándolos yo consolando, ví entrar al Padre Fray Lorenzo Huesca capuchino, que entónces era Guardian de Santa Eulalia, y me alegré mucho, porque le tenía particular devocion por su santidad; y dije: aquí está el P. Guardian, que les aconsolará. Y acercándose el dicho Padre, dijo: ¿qué llorais? que vuestro hijo duerme. Y diciendo esto, nos subimos el dicho P. Guardian, y el compañero, y yo al aposento donde estaba el hijo muerto, cubierto ya el rostro en su cama, y dejado por muerto; y acercándose á la cama, arrodillose, y hizo un ratico de oracion; y luego se alzó, y descubrió el difunto, quitándole la sabana de encima, y dijo: Francisco, en nombre de Jesucristo y de su Madre benditísima despierta. Y como el niño no hiciese ningun movimiento, volviose el sobredicho Padre á mí, y dijo: ¡como tiene el sueño profundo! y luego sacó de la manga una Imágen de la Vírgen Santísima, que consigo traía, y púsola encima del cuerpo del niño, y con voz más alta volvió á decir: Francisco, en nombre de Jesucristo y de su Madre benditísima despierta. Y como no hiciese ningun movimiento el niño á estas palabras, volviose el dicho P. Fray Lorenzo á mí, y díjome: ¡como duerme fuertemente! Y volvió tercera vez á decir con voz más alta que las primeras: Francisco, en nombre de Jesucristo y de su Madre benditísima despierta. Y en esto empezó el difunto á pestañear y mover las pestañas de los ojos, y al fin resucitó de muerte á vida, y quedamos todos admirados de tal maravilla. Y los padres y abuelos del niño no podían contener de llorar de puro contento, y creimos ser este milagro, porque realmente tuvimos todos por muerto el niño; y atribuyose este milagro á la santidad y oracion del dicho P. Fray Lorenzo. » Hasta aquí el dicho Señor Arcediano.

En otra ocasion experimentaron tambien estos mismos Jaime y Antiga Cors la virtud milagrosa del santo Varon. Tenían otro hijo de cinco meses enfermo de tanto peligro, que ya no tomaba

el pecho. Recibiole el Siervo de Dios en sus brazos, y haciéndole la señal de la cruz, al instante lo dejó la calentura, tomó el pecho, y estuvo bueno, y creciendo despues en edad entró en nuestra Orden. A la misma Antigua Cors, estando en cinta, le dijo el Varon santo, que pariría un hijo sin grande trabajo, y la encargó que le avisase cuando iria de parto. Cumplió la Señora esta su voluntad luego que se halló en aquel estado, enviando un criado al convento. Y como el Siervo del Dios estaba ilustrado con luz superior, apénas vió al criado le dijo : Andad, que vuestra Señora está ya libre del parto, y ha parido un hijo. Todo lo cual halló el criado verificado á su vuelta á la casa. Otros efectos maravillosos fueron obrados sin duda por la virtud del Varon santo, de los cuales no tenemos otra noticia, sino la generalidad con que los indican algunos de los que conocieron su santa vida. Uno dice que había fama, que en la Villa de Valls curó una muchacha de calenturas. Otro añade que había oido decir, que á una muchacha de la parroquia de Sarriá, que estaba hidrópica, le hizo la señal de la cruz, y sanó. Otro en fin dice, que había fama en la Provincia, que con la Imágen que llevaba consigo, hizo muchos milagros. De todo lo cual inferimos, que si á su tiempo se hubiesen tomado las informaciones, tendriamos mayor copia de sucesos, tanto en órden á los milagros como á las virtudes, con los cuales conoceríamos con mayor claridad el grado tan eminente de santidad á que llegó este Varon insigne, y con cuanta razon le daban todos el nombre de santo.

Lleno pues el Siervo de Dios de méritos y virtudes, y consumado en la perfeccion seráfica, llegó al término en que el Señor quiso premiarle sus grandes servicios, y llevarlo al reino de los Santos, de cuya voluntad soberana se dignó el mismo Señor darle un indicio claro con revelarle el dia de su muerte. Es admirable el modo con que el Varon santo comunicó esta noticia de su próximo fallecimiento á un su grande amigo, llamado Matias Reyner, vecino de Valls, cuya relacion copiaremos á la letra del mismo modo que él lo refiere, y es como sigue: « Hallándome « por cierto negocio en Barcelona, fuí « al convento de Monte-Calvario á ver « al P. Fray Lorenzo de Huesca, con « quien tenía mucha amistad, y hallele « en la huerta cavando. Quitele la azada « de las manos, y ayudele á cavar un « rato, y luego me dijo : Matias, vos os « vais á Barcelona, mañana volvereis « por acá, por despediros de mí, y yo « estaré ya en la cama, y no me podreis « ver, ni nos veremos más sino en el « cielo. Yreisos á Valles, y direis al P. « Guardian de aquel convento, que me « haga el bien, que yo ya seré muerto, « y miéntras vos le direis eso al P. « Guardian, vendrá la carta del aviso « de mi muerte. Esto me dijo, y juro « por los santos Evangelios, que todo « sucedió como el dicho P. Fray Lo« renzo me lo había dicho. Porque el « dia siguiente fuí á Monte-Calvario, y « dijéronme que el P. Fray Lorenzo « estaba enfermo, y no podía bajar, y « me volví sin verle. Despues partién« dome para Valles, y llegado á mi casa, « no me olvidé de ir á ver al P. Guar« dian y estándole diciendo lo arriba « dicho, tocaron á la puerta, y luego « llegó el portero con la carta en la « mano del aviso de la muerte del P. « Fray Lorenzo. » Prevenido pues el Siervo de Dios con noticia tan cierta de haber llegado el fin de sus dias, se halló acometido de unas recias calenturas, que sufrió con mucha paciencia y resignacion. Y agravándose la enfermedad, recibió los santos Sacramentos con tal espíritu, que al administrársele la sagrada Uncion, se sentó en la cama con mucha devocion, y estuvo atento á las unciones y ceremonias, que se acostumbran en este último Sacramento. Finalmente con las señales más claras de santidad entregó su alma en manos de su Criador, de cuya infinita liberalidad recibió los grandes premios, que tiene reservados para aquellos que le sirven en justicia y santidad. Murió el Varon santo en la cuaresma del año 1591 (1), en nuestro convento de Monte-Calvario, no en el de de Santa Eulalia, como dicen por equivocacion las Crónicas generales.

No faltó el cielo en manifestar con algunos prodigios, cuan preciosa fué á los ojos del Señor la muerte de este venerable Padre. Fray Dionisio

(1) Véase la nota 1, pág. 39.

de Monzon, lego, refirió que había oido decir, que cuando murió el Varon santo, entró una paloma blanca en su celda: prodigio que no dudamos creer, por la gran familiaridad que el Siervo de Dios tuvo con las criaturas irracionales, segun advertimos arriba. Matias Reyner, de quien otra vez hicimos mencion, aseguró haber curado milagrosamente de un mal gravísimo, segun el mismo P. Lorenzo se lo prometió en sueños; y que habiéndole hecho pintar, compareció la imágen con rayos en la cabeza á manera de corona. Como este caso es tan glorioso para nuestro P. Lorenzo, lo referiremos con la misma relacion que hace el dicho Matias Reyner, y es en la forma que sigue: « Despues de algun tiempo de « la muerte del Siervo de Dios, hallán« dome en la feria de Verdú, un hom« bre inconsideradamente me dió una « coz, y fué tan recia, que me desmayé, « y eché cuanto tenía en el cuerpo. Y « hallándose allí de ventura el Doctor « Castelló de Valles, dijo que estaba « reventado de la coz, y que no tenía « remedio de curar, sino que sin él me « había de morir. Lleváronme de Verdú « á Guimeran, y viéndome desauciado, « reclamé el favor celestial de Dios por « los méritos del P. Fray Lorenzo de « Huesca. Pareciome que me dormí, y « que entre sueños me dijo el P. Fray « Lorenzo, que tuviese confianza en « Dios, que no moriría de aquella en« fermedad. Y desde aquel punto no « quise que los médicos y cirujanos « me curasen, diciéndoles, que otro Mé« dico me había prometido de curar « mejor que ellos. Y sin aplicar nada « fuí convaleciendo, y al cabo de un « mes me hallé sano. Y por mostrarme « agradecido al dicho P. Fray Lorenzo, « le hize pintar por un pintor llamado « Vidal, y diciéndole que le pintase con « la corona ó diadema, como se suelen « pintar los Santos, el pintor no lo « quiso hacer, diciendo que le estaba « vedado, y que no podía pintar con « corona ó círculo en la cabeza sino « los Santos beatificados ó canoniza« dos; y en efecto le pintó sin la dicha « corona ó diadema, y sin ella me llevé « el cuadro á mi casa. Donde sucedió « una cosa maravillosa y del cielo, y « fué, que mirando un dia al dicho « cuadro, vimos que sobre la cabeza « tenía, como hoy dia tiene, una corona « ó círculo de un perfil de color blanco. « Y admirado de verlo, para asegurar« me más, dije al pintor, si le había « él pintado de aquella suerte. Y res« pondiome el pintor, que ni le había « pintado con aquella corona ó círculo, « ni lo podía hacer, porque era insignia « de Santo. » Así explica estas maravillas el dicho Matias Reyner.

Recibió esta narracion el M. R. P. Pablo de Sarriá siendo Provincial, el cual añade, que fué á la casa del dicho Reyner, para ver el cuadro del Varon santo con la señal milagrosa; y en efecto vió que estaba pintado de cuerpo entero con hábito de capuchino, teniendo en una mano un lagarto, y sobre la otra una cogujada, y en la cabeza tenía la diadema y círculo de Santo. Tambien añade, que el mismo Reyner le mostró aquella santa Imágen de nuestra Señora, que el Siervo de Dios llevaba consigo, y con la cual obró tantos milagros: cuya Imágen era muy sencilla, no de pincel, sino de papel, y guarnecida de madera de boj, pequeña como la palma de la mano poco ménos.

Tales prodigios obrados despues de la muerte del Varon santo, juntos con los que obró en vida, y con las heróicas virtudes con que adornó su alma, nos persuaden y aseguran, en cuanto lo permite la piedad cristiana, que este Varon ilustre goza un lugar distinguido y eminente en la patria de los Bienaventurados. Asimismo nos obligan á considerarlo como á uno de los primeros Padres de la Provincia, y como á una de las primeras piedras que Dios nos concedió para su fundacion y establecimiento. Tributémosle nuestro reconocimiento con imitar sus virtudes y ejemplos. Seamos á su imitacion pobres, humildes, puros, y fervorosos, singularmente en el amor de Dios, en el culto y devocion á la Santísima Vírgen María. (1)

---

(1) El MS. *de Areñs*, el opúsculo MS. *Cosas maravillosas de N. S. de la Pobreza*, y otros Autores hacen mencion de la vida de este Siervo de Dios, y Aremberg n. 163 publicó su imágen in-fol. con una nota biográfica. La Provincia Romana guarda perpétua memoria del P. Lorenzo: « Ne fanno perciò una molto distesa menzione i Manuscritti autentici della Provincia di Roma, e di Catalogna, ed il Menologio Serafico lo nota il dì 21 d'Aprile con un degno encomio. » (Modigliana, p. 206).

P. Buenaventura de Valencia.

Llamose de Valencia, no porque sepamos fijamente que fuese natural de aquella Ciudad ó Reino, sino porque habiendo sido allí Religioso de nuestro P. S. Francisco en la Regular Observancia, abrazando despues nuestro Instituto capuchino en Cataluña, tomaría el apellido de la tierra de donde vino. Aquel espíritu y fervor que había concebido en aquella seráfica familia de la Observancia, creció aun cuando se trasladó desde Valencia á nuestro convento de Santa Eulalia, donde vistió nuestro hábito el dia nueve de Octubre del año 1580; y en el mismo convento hizo su noviciado, y despues á su tiempo la profesion. Alistado el Siervo de Dios en esta congregacion Franciscana, se aplicó tan de veras al ejercicio de toda virtud, y se mostró animado de tanto celo y espíritu, que nuestro ilustre P. Arcángel de Alarcon no dudó elegirlo por Presidente del convento en que estuvo luego de profeso. Eleccion á la verdad extraordinaria, y que nos demuestra los grandes progresos que había hecho en la rígida observancia, con que es sabido se fundaba la Provincia. Es verdad que á algunos no pareció bien, que tan presto fuese empleado en cosas de gobierno, pero él se mostró tan celoso, rígido, y compuesto, que en llegando á la edad señalada por nuestras Constituciones, fué elegido Guardian y Maestro de novicios; oficios que ejerció con satisfaccion casi todo el tiempo que vivió en la Provincia.

Descubrían ciertamente los Prelados en este religiosísimo Padre aquel fondo de virtud y perfeccion, que era menester para el más perfecto régimen de los Religiosos, singularmente de los jóvenes. El espíritu de pobreza, de que estaba animado, era tal, que á más de no admitir las sandalias aun en tierras muy frias, á mas de no tener otro lecho que las desnudas tablas, nunca vistió hábito nuevo, contentándose con los viejos y remendados que dejaban los otros. Nació este espíritu de unos vehementes deseos de padecer por amor de Jesucristo, cuya sagrada Pasion llevaba siempre presente, cuales deseos encendían tanto su corazon, que poco contento del rigor y austeridad comun, poco satisfecho de las rígidas disciplinas con que maceraba su cuerpo, mandaba á otros Religiosos que le azotasen en las espaldas sin compasion alguna Así lo mandó al P. Fabian de Centellas, diciéndole, que le azotase con todo el rigor posible. Así lo mandó tambien á Fray Alonso de Flandes lego, el cual expresa este mandato con las siguientes palabras: « A mí me mandó « algunas veces, que le azotase con un « manojo de espinas; y por no faltar « á la obediencia, le daba con harto « rigor, y todo lo sufría por amor de « Dios. » Expresion á la verdad más que bastante, para hacernos conocer cuan abrasado estaba este Siervo de Dios de los deseos de padecer por amor de aquel Señor que tanto había padecido por nosotros. Consiguiente á estos deseos era el rigor con que hacía los ayunos, y la mortificacion que observaba en la abstinencia. Y aunque el Varon santo se halló despues de algunos años achacoso y necesitado, no quiso admitir otra comida, sino la pobrísima que se administraba á la Comunidad, á fin de animar á sus súbditos á padecer alegres la austeridad de nuestra vida. Fué tambien efecto de su espíritu penitente, y mucho más de su profunda humildad, el decir la culpa delante de la Comunidad como cualquier otro Religioso. Accion ciertamente de grande edificacion ver á este venerable Padre, constituido Prelado y Superior, arrodillado á la presencia de sus súbditos en público refectorio, y allí decir su culpa, y hacer la penitencia que le era impuesta, con aquella humildad y espíritu que le dictaba su fervoroso corazon.

Un tal espíritu, un tal fervor precisamente debía formarse en la oracion, que es la fuente de toda virtud, y el manantial de toda perfeccion. En efecto se aplicaba el Varon santo á este espiritual ejercicio con tanta solicitud y cuidado, que no sólo era contínuo en las oraciones de la Comunidad, sino que añadía otros muchos ratos particulares, de modo que nunca lo hallaban sino en el coro ó en la celda ocupado en oracion ó en otros ejercicios loables. De aquí sacaba el Siervo de Dios aquel espíritu pobre, humilde, austero, penitente, que hemos insinuado. De aquí una gran caridad con las personas

necesitadas, singularmente con los enfermos. De aquí un celo fervoroso en la observancia de la Regla, Constituciones, y costumbres de la Orden. De aquí un silencio tan riguroso, que apénas hablaba. De aquí una abstraccion total de seglares, singularmente de mujeres. De aquí finalmente aquel cúmulo de virtudes en que tanto resplandeció. Pero el efecto más singular, y tal vez el más provechoso para la Provincia, fué su celo y direccion en el gobierno y enseñanza de los novicios. No les permitía penitencias extraordinarias que pudiesen dañarles la salud. Su principal cuidado lo ponía en mortificar y reformar sus inclinaciones y pasiones, siendo fácil en despedirlos de la Orden, cuando conocía que no convenían, ó no andaban por el buen camino. Y como al parecer estaba adornado del don de conocer los espíritus, pudo formar unos jóvenes tan perfectos, que el P. José de San Felio de Guixols dice que vió por experiencia, que casi todos los novicios suyos estuvieron sanos, y aprovecharon bien en el espíritu.

Vivía el Siervo de Dios, segun ya dijimos, algo achacoso, por cuyo motivo le fué preciso aflojar algun tanto en el rigor de sus penitencias exteriores, sin dejar por esto el oficio de Maestro de novicios, ni el celo y solicitud en hacerlos virtuosos y santos á ellos y á sí mismo. No obstante, ó con motivo de estos achaques, ó lo que es más probable, por revelacion Divina, tuvo algun conocimiento previo de su muerte, segun él mismo lo significó al P. Roque de Osor, asegurándole muy de veras, que nunca más se verían en este mundo; y aunque tardó más de un año en morir, se verificó puntualmente el no verse más con aquel Religioso. Con la memoria de la muerte suplicaba á Dios nuestro Señor, que se dignase concederle una enfermedad que no fuese larga, á fin de no ser pesado á los Religiosos ni gravoso en los gastos, cuya peticion humilde se dignó el Señor atender, enviándole en el Juéves Santo del año mil quinientos noventa y uno una grave indisposicion de garrotillo, que en breves dias acabó con su vida. Se hallaba él entónces Maestro de novicios en nuestro convento de Santa Eulalia, desde el cual fué llevado á Monte-Calvario para curarse; pero siendo inútiles todos los remedios, y habiéndole de dar el sagrado Viático, se hallaron los Religiosos algo embarazados en administrárselo, por el impedimento ocasionado del mal que padecía. Mas el Varon devoto suplicó, que no le negasen aquel consuelo, que él se esforzaría á recibirlo sin irreverencia alguna, como en efecto así se verificó, recibiendo el augusto Sacramento en la tarde del Viérnes santo. Despues en el Sábado Santo, cuando tañeron las campanas, se halló ocupado de gozo y alegría por la gloriosa resurreccion de nuestro Santísimo Redentor, de cuyo sagrado misterio era devotísimo; y llegando al medio dia, abrazado con un Crucifijo, entregó su espíritu en manos del mismo Señor, que habiendo muerto por la redencion de todos, resucitó tambien por la glorificacion de todos.

Esta dichosa glorificacion creemos piamente que consiguió el Siervo de Dios despues de su tránsito de las miserias de esta vida. Pues á más de persuadirlo así su grande austeridad, penitencia, humildad, pobreza, y demas virtudes con que sirvió al Señor, nos lo confirma la noticia que se tuvo de haberse aparecido á la Sierva de Dios Madre Serafina, Fundadora de las Capuchinas de España, lleno de resplandores, y adornado con un manto estrellado. Como no hallamos el orígen de esta noticia, nos ha parecido referirla del mismo modo que está escrita en los Originales de la Provincia. El mencionado P. José de San Felio la refiere con estas palabras: « Tengo « entendido que despues de muerto (el « P. Buenaventura de Valencia) apare- « ció á una persona santa, que se pre- « sume fué la Madre Serafina, muy res- « plandeciente con un manto estrella- « do. » El P. Miguel de Valladolid se explica en este modo: « Dícese que des- « pues de muerto (el P. Buenaventura « de Valencia) apareció á Sor Serafina, « Fundadora de las Capuchinas de esta « Provincia, con un manto estrellado « y muy hermoso. Mas por ser muerta « esta santa Religiosa, no he podido « saber qué vision fué esta, ni cuanto « despues de su muerte apareció. Sólo « ha quedado memoria de haber apa- « recido en aquel hábito, para manifes- « tar que la hermosura de él correspon- « dia á la estrechura de la pobreza « que guardó en su vida. Y puédese

« piadosamente creer, porque fué extremado el celo que este Religioso mostró de la pobreza, austeridad, recogimiento, silencio, y oracion. » Hasta aquí el dicho P. Miguel ¡ Oh dichosa pobreza! ¡Oh feliz austeridad capuchina! Y ¡ oh afortunados mil veces aquellos, que habiendo profesado el mismo Instituto que este Siervo de Dios, lo observan y guardan con el mismo espíritu y fervor! Ellos gozaran algun dia los mismos resplandores, la misma felicidad, y la misma gloria. Haga el Señor que nosotros seamos del número de ellos. (1)

Fray Bartolomé de Daroca.

Muy poco es lo que hallamos de este Siervo de Dios Fray Bartolomé de Daroca, lego. Nuestros Originales se limitan á insinuarnos algunas de sus virtudes, como indicio claro de la alta perfeccion á que había llegado. Fué Religioso de tanta austeridad y pobreza, que la mayor parte del tiempo anduvo descalzo y sin sandalias, y dormía sobre las desnudas tablas, no admitiendo para abrigo de su cuerpo sino un hábito pobre y austero. Estuvo por algun tiempo en nuestro convento de Monte-Calvario, ejerciendo el oficio de limosnero; en el cual al paso que se mostraba caritativo con los Religiosos, consolándolos en cuanto podía, era de edificacion á los seglares, hablando con ellos de cosas espirituales. Era pronto en hacer la obediencia, y aplicado á la oracion, de cuyo santo ejercicio sacaba aquel fervor y espíritu que manifestaba en la práctica de las virtudes propias de su estado y ministerio. Pero en lo que más particularmente se señaló, fué en la custodia de la pureza y castidad; virtud tan amada por él, y poseida con tanta perfeccion, que vivió y murió vírgen. Amante el Siervo de Dios y celoso de esta angelical virtud, quiso evitar en cierta ocasion un trato á su parecer sospechoso, cuyo resultado le fué no poco sensible. Fué el caso, que viendo á una hija de cierto devoto de la Orden, hablando con cierta persona en tales circunstancias que podía sospecharse mal, deseoso del bien de aquella jóven, avisó á su padre, para que pusiese el remedio correspondiente. Mas este inconsiderado padre recibió tan malamente el caritativo aviso, que resentido de la sospecha que el santo Religioso había tenido de su hija, procuró que fuese removido del convento de Monte-Calvario; cuya sensible mutacion acceptó el Varon santo con gran paciencia. Finalmente despues de haber vivido con mucho celo de su profesion, y con tales ejemplos y virtudes, murió santamente en nuestro convento de Lérida. Y Dios nuestro Señor que remunera con liberalidad las virtudes con que le sirven sus fieles siervos, se dignó manifestar cuan agradable le fué este santo Religioso, con las dos maravillas siguientes. La primera fué que habiendo los Religiosos llevado su cuerpo difunto á la iglesia para enterrarlo, algunos seglares le adornaron con una guirnalda de rosas, símbolo glorioso de la castidad, cuya guirnalda se llevó á su casa cierta Señora de Lérida, por la devocion que tenía al Siervo de Dios, y guardándola en una arca, dijo despues la dicha Señora, que por algunos meses las rosas se conservaron con la frescura y olor que tenían. La segunda maravilla fué, que abriendo la sepultura cerca dos años despues de muerto, fué visto su cuerpo entero; aumentando la maravilla el estar el cuerpo con mucha agua, sobre la cual estaba nadando. De cuyas maravillas, precedidas de tantas virtudes, podemos inferir la gloria que este Varon santo posee delante de Dios, y juntamente la que nosotros conseguiremos, si somos igualmente castos y virtuosos.

Adviértase que aunque nuestras Crónicas generales hacen mencion de este Fray Bartolomé de Daroca en el año 1591, cuya opinion seguimos al escribir esta vida; pero como el convento de

(1) « Bonaventura Valentinus. Sacerdos, cum in Cossetana Provincia vitam summa cum austeritate, paupertate, atque omni virtute duxisset: post mortem. Seraphinae, piae mulieri, stellato pallio ornatus apparet. » (Boverio. tom. II. pág 170). — En el MS. *de Areñs*, se lee: « Fue Religioso Observante, y ... tomó nuestro santo habito en el Convento de Santa Eulalia, a 9 de Ottubre de 1580 Fue exemplarisimo. Fue muchas vezes Guardian, y murió siendolo en Santa Eulalia, y Maestro de Novicios. Pasó al Señor en Montecalvario, año 1591, y despues de muerto se apareció á la V. Madre Seraphina con un manto estrellado y muy resplandeciente. »

Lérida se fundó en el año 1598, y Fray Bartolomé fué enterrado en dicho convento, parece fuera de duda que su muerte no fué en el año 1591, como dicen las Crónicas, sino despues del año 1598. La dificultad está en qué año murió, supuesto que nuestros Originales manuscritos no lo dicen. (1)

P. Gabriel de Mallorca.

La gran virtud del Siervo de Dios P. Gabriel de Mallorca la hallamos acreditada más por el cielo que por la tierra, más con prodigios que con palabras (2); porque siendo muy poco lo que se escribió de su vida, son muchas las maravillas que Dios obró por su intercesion despues de su muerte. Argumento claro de los progresos admirables que había hecho en la virtud, y de cuan agradable fué su vida á los ojos del Señor. La patria de este esclarecido Capuchino fué Mallorca, Isla grande, insigne, famosa, y la más principal entre las Baleares. Cual fuese la poblacion de esta Isla que mereció tenerlo por hijo, no se sabe; como igualmente se ignoran los nombres de sus padres. Habían sus padres pasado algun tiempo sin sucesion, y deseosos de tenerla, ofrecieron á Dios, que si se dignaba concederles algun hijo, lo dedicarían á su servicio en la Religion del Padre San Francisco. Oyoles el Señor benignamente, concediéndoles como fruto de bendicion nuestro Padre Gabriel; y ellos agradecidos, y prontos á cumplir su voto, apénas el niño llegó á la edad de siete años, le vistieron el hábito de nuestro Seráfico Padre, y lo llevaron al monasterio de los Conventuales, entre cuyos Religiosos se crió y vivió, sirviendo á Dios en toda simplicidad y pureza de ánimo. Conservose en este Religioso estado hasta que aquella Religion quedó extinguida en España, y entónces abrazó nuestro Instituto capuchino en la Provincia de Génova. Trasladado el Siervo de Dios á esta nueva Familia de S. Francisco, empezó á echar tan altos cimientos de virtudes, y á aventajarse de tal suerte á los demas en obediencia, en humildad, en paciencia, en el estudio de la oracion, y especialmente en inocencia y sinceridad, que conociendo los Prelados sus perfecciones y su inteligencia de la lengua española, lo enviaron á la Provincia de Cataluña en el tiempo que se empezaba á fundar. No sabemos el año fijo de su venida; solamente hallamos, que él junto con otros vino poco despues de haberse tomado el convento de Santa Eulalia, que fué el primero de la Provincia, fundado en el año mil quinientos setenta y ocho.

No se ofuscaron sus virtudes con esta mutacion de país y de provincia, ántes bien despidieron tales luces y resplandores, que llegó á ser una viva imágen de perfeccion seráfica. Aquel espíritu y fervor de que estaba animado, se manifestó singularmente en la fiel práctica de la rigidez y estrecha observancia con que se fundaba la Provincia. Anduvo descalzo y sin sandalias por algunos años: durmió siempre sobre las desnudas tablas ó sobre una estera, fué pobrísimo en el uso de las cosas: muy humilde y obediente; y en la castidad fué tan puro, que el P. Cristobal de Barcelona dice, que segun él pudo colegir de algunos razonamientos que tuvo con el Siervo de Dios, permaneció vírgen hasta la muerte. En el comer fué muy parco, en los ayunos y disciplinas fervoroso, y en todas las cosas de su profesion muy celoso. Tenía mucha devocion á la Vírgen Santísima, en cuyo honor decía el Oficio parvo y otras devociones. Fué muy aplicado al santo ejercicio de la oracion, y celebraba el soberano sacrificio de la Misa con mucha preparacion y pausa. Todas cuantas cosas veía y trataba, las reducía á los misterios de Cristo, y tenía gracia de hablar de cosas de espíritu. Sobre todo resplandecía en el Varon santo una pureza y sencillez tan singular, que parecía no haberse criado en el mundo, ni entender nada de sus prácticas. A cuantas personas hablaba les daba el tratamiento de *Vos*, sin que nadie se ofendiese, ántes bien conociendo su can-

(1) « Bartholomaei Darrocensis, Laïci in eadem Provincia. Viri omni virtutum genere ornatissimi, superstes adhuc viget memoria: qui cúm incorruptam ad cineres usque virginitatem servasset, corporis à Deo post mortem, ad secundum usque annum, inter desidentes sepulcri aquas, incorruptionem promeruit. » (Boverio, tom. II, p. 470).

(2) Hace grandes elogios de este Siervo de Dios Boverio, tom. II, pág. 457, etc.

dor y santa sencillez, se gozaban de oirle. Cierta Señora de Solsona, muy devota de la Orden, le envió á rogar le remitiese una cestica de guindas de la huerta lel convento; y el Varon sencillo, para que cupiesen más, les quitó el pezoncillo, y llenando de este modo la cesta, la remitió á dicha Señora, la cual contaba despues este caso con particular encarecimiento del candor del Siervo de Dios. Finalmente fueron tantas sus virtudes, y resplandeció con tal perfeccion, que el P. Miguel de Valladolid, que lo trató, y se halló en su muerte, dice que fué Varon adornado de toda virtud y uno de los más puros y fervorosos Religiosos que había tenido la Provincia. De todo lo cual podemos inferir con cuanta razon los seglares lo tenían en opinion de Santo.

Uno de los conventos en que más resplandeció la virtud y santidad de esto Siervo de Dios, fué nuestro convento de Solsona, á cuya fábrica cooperó junto con el P. Gaspar de Mallorca, y el P. Angel del Mas, edificándolo no sólo en lo material, sino mucho más en lo espiritual, ya con su gran virtud, ya con su direccion y gobierno en el oficio de Guardian, que ejerció por algun tiempo en el mismo convento. No podemos particularizar los ejemplos virtuosos con que resplandeció, durante su mansion en Solsona; no obstante, el caso que vamos á referir nos indica el alto concepto de santidad que había adquirido entre aquellas gentes. Un hombre llamado Francisco Trilla se hallaba con la pena y sentimiento de ver los partos de su mujer tan desgraciados, que ninguna criatura llegaba á recibir el agua del santo Bautismo. Deseoso de hallar algun remedio, fuéselo á comunicar al P. Gabriel, de quien era devotísimo; el cual le aconsejó qre haciese celebrar una Misa en honor de San Honorato en su capilla, que está en el término de Solsona, añadiendo una colecta de S. Antonio. Fué tan eficaz este consejo, que habiéndolo practicado, la mujer parió en adelante con tanta prosperidad, que las criaturas pudieron recibir el sagrado Bautismo. Despues el dicho Francisco aconsejó esta misma devocion á otras mujeres que tenían tambien malos partos, y con ella lograron iguales saludables efectos. Y aunque creemos que los dos Santos nombrados fueron el medio principal de tales gracias y favores, nos persuadimos tambien que los méritos y oraciones de nuestro P. Gabriel cooperarían no poco á su consecucion. De otra manera acreditó tambien el Siervo de Dios la santidad de su vida entre aquellos vecinos de Solsona, y fué con los avisos proféticos que les dió de su muerte. Hablando una vez, cuando se edificaba el convento, con el ilustre Señor Don Francisco Juan Coll, Canónigo que fué de la Colegiata de Santa Ana de Barcelona, le dijo, que aquella casa había de ser su morada, y que había de ser el primero que debía enterrarse en ella. Todo lo cual se verificó puntualmente despues de algunos años. Semejante vaticinio hizo, hablando con el P. Guardian de Solsona, cuando los Superiores le destinaron otra vez á aquel convento. Caminaban los dos de compañía para aquel destino, y el P. Gabriel conociendo la brevedad de sus dias, dijo al P. Guardian, que mandase sacar el agua que había en la sepultura, porque él iba á morir allí. Lo mismo dijo á un amigo suyo llamado Cristobal Puigrodo, á quien halló cerca los muros de la Ciudad, pidiéndole con grande instancia, que le sacase el agua de la sepultura, pues venía para ocuparla el primero de todos. Y así se cumplió ántes de dos meses.

De estos vaticinios podemos colegir, que la muerte no halló desprevenido á este Varon santo, pues quien desde tan léjos le había previsto, no dejaría de prepararse con todo aquel espíritu y fervor, que le hiciesen digno de las mercedes eternas. Pocos dias ántes de morir, hablando con cierta mujer, llamada Bárbara, del Jubileo de Porciúncula, exclamó: ¡ Oh quien fuese tan dichoso que muriese en este dia! significando que siendo este dia de gracia é indulgencia, era el más á propósito para pasar al reino de la inmortalidad. Así lo deseó, y así lo consiguió; pues llegando la vigilia de nuestra Señora de los Angeles, se halló acometido de un fuerte garrotillo, que puso su vida en grande peligro; siendo lo más sensible el quedar privado de recibir el sagrado Viático, por el impedimento que ocasiona esta enfermedad. No obstante el Varon santo, animado de espíritu y fervor, se levantó de

la cama, y arrodillándose en el suelo, adoró al Señor Sacramentado con mucha devocion. Tambien pidió que lo llevasen á la iglesia para ganar la santa indulgencia; y habiendo recibido la sagrada Uncion, murió santamente en la noche de la festividad de nuestra Señora de los Angeles ó de la Porciúncula del año 1592. Su venerable cuerpo fué el primero colocado en la misma sepultura, como él tanto tiempo ántes lo había vaticinado. Y Dios nuestro Señor para manifestar cuan agradable fué á sus Divinos ojos la vida de este su Siervo, y cuan preciosa su muerte, se dignó honrarlo con muchas maravillas, haciendo glorioso su sepulcro.

La primera fué la incorruptibilidad que por largos años el Señor concedió á su cuerpo contra todas las leyes de la naturaleza. Ya dijimos arriba las peticiones que el Varon santo hizo, para que sacasen el agua que había en la sepultura, en que debía enterrarse. No podemos asegurar de cierto que fuese cumplida esta su voluntad y deseo, aunque no falta quien dice, que cuando le enterraron estaba la sepultura sin agua. Pero ó fuese que realmente no la sacasen, ó que despues de sacada, manase de nuevo, lo cierto es que despues se vió el cuerpo del Siervo de Dios, que estaba como nadando sobre la agua, en cuyo estado permaneció por muchos años incorrupto, sin exhalar algun mal olor ni el cuerpo ni el agua. Así lo vió entero el P. Lucas de Torá despues de once años que el Siervo de Dios había muerto. Del mismo modo lo vió el P. Lorenzo de la Selva, despues de veinte años de su fallecimiento. Y por no acumular testigos, referiremos solamente lo que sobre este punto dicen dos Padres Guardianes del mismo convento de Solsona. Uno de ellos llamado P. José de Tárrega se explica de esta manera: « Siendo yo allí Guardian, « ví la sepultura, y que su cuerpo (esto « es del P. Gabriel de Mallorca) nadaba « encima del agua, la cual estaba clara « y limpia y sin mal olor alguno. Y mu- « chas personas devotas con el Señor « Obispo Sans le venían á ver, y con « una caña le hacían andar por el agua. « Y la cabeza estaba ya caida en el hon- « do del agua (1); y no es mucho, porque « había diez años que había muerto. » El otro Guardian, que se llamaba P. Leon de Areñ, que fué Definidor de la Provincia, hace la relacion siguiente: « Murió en Solsona (el P. Gabriel de « Mallorca) donde está sepultado su « cuerpo, y donde yo he estado algunos « años Guardian, y una vez abrí la se- « pultura, porque me decían que su « cuerpo estaba entero, y ví que con « haber dos ó tres palmos de agua en « la sepultura, habiendo pasado ocho ó « diez años despues de su muerte, es- « taba su cuerpo entero, y el agua tan « clara y sin mal olor, como si fuese « de la más clara fuente. » Así explican estos Guardianes como testigos de vista semejante maravilla. Y para acreditar más la santidad del Siervo de Dios, y hacer su sepulcro glorioso, se dignó el Señor añadir otra maravilla, tal vez más prodigiosa, concediendo á aquella agua de la sepultura virtud y eficacia para sanar dolencias y enfermedades. Cosa á la verdad admirable, que teniendo todos un natural horror á los sepulcros y á las cosas que tocan á los difuntos, esto no obstante el agua de la sepultura, en que estaba el cuerpo de nuestro P. Gabriel, era solicitada y bebida como si manase de una fuente, en que estuviese vinculado el remedio de todos los males, conforme se verá en los casos particulares que vamos á referir.

Juan Barber y Agnes su mujer tenían un hijo de cuatro años, cuyo nombre era Baltasar, el cual estaba tan lastimosamente tullido, que nunca había podido caminar, ni valerse de las piernas, ni sentir en ellas movimiento alguno. Y aun añadían los Cirujanos, que por tener los nervios encogidos, naturalmente no podía curar de aquella desgracia. Pero la madre llena de devocion y fe en los méritos del P. Gabriel, á quien tenía por Santo, le hizo sus devociones, pidiendo al mismo tiempo al P. Andres de Ceba, que le diese agua de la sepultura en que estaba su cuerpo. Este Religioso, que debía ser muy considerado, se la negó, por no hacer ostentacion de santidad: mas ella porfió tanto, que al fin consiguió una

(1) Del conjunto de noticias sobre este hecho, parece ó que la cabeza no estaba desprendida del tronco, sino *caida* ó tocando el fondo, lo que era fácil con solos dos ó tres palmos de agua; ó que sola la cabeza no se conservaba íntegra, aunque sin corrupcion ó podredumbre.



redomita de aquella agua, la cual dió á su hijo tullido. A más de esto fué tambien á visitar la sepultura del Siervo de Dios el dia de nuestra Señora de los Angeles rogándole con mucha devocion que se dignase interceder con Dios, para que aquel su hijo alcanzase fuerzas para andar. ¡ Prodigio raro! En aquel mismo dia habían sentado sobre una mesa aquel niño tullido, el cual por sí mismo y sin ayuda de nadie bajó de la mesa, y empezó á caminar, y despues prosiguió caminando tan perfectamente como si nunca hubiera tenido mal alguno. Otro beneficio mereció de la Divina bondad, por intercesion del varon santo, á favor de otro hijo suyo llamado Gaspar. Se hallaba este á la edad de seis años enteramente mudo, de modo que nunca había hablado. Recurrió la madre al mismo poderoso intercesor, suplicándole se dignase á remediar á aquel otro hijo, alcanzándole del Señor el habla que le faltaba. No quedaron frustradas sus esperanzas ni sus deseos, porque caminando un dia el muchacho, tropezó, y cuando iba á caer, soltó la lengua, y pronunció el sagrado nombre de Jesus, hablando despues con la misma facilidad que los otros. En otra ocasion, esta misma madre no podía criar, por falta de leche, á otro hijo pequeño nombrado Melchor. Acudió al P. Gabriel, su grande abogado, bebiendo por nueve dias del agua de su sepultura, y luego recobró la leche, y pudo criar al hijo. Otra vez la misma buena mujer, estuvo enferma de calenturas y con cierta humor en la garganta, cuyos males se agravaron tanto, y la redujeron á un estado tan peligroso, que á juicio de los médicos estaba sin remedio. Invocó ella á Dios con mucha devocion por los méritos de su gran bienhechor el P. Gabriel, añadiendo el beber agua de su sepultura ; y mereció lograr tan buen efecto, que luego que bebió quedó sana.

Para no cansar á los lectores, resumiremos las curas maravillosas que fueron efecto de esta agua de la sepultura del Siervo de Dios. Catalina Castellara bebiendo de dicha agua, sanó de cierta fluxion en las muelas, que por muchos años le afligía, sin que jamas le volviese. Un hijo de Pedro é Isabel Guiot de Solsona, dándole su madre á beber de la misma agua, é implorando la intercesion del Varon santo, al momento curó de unas recias calenturas, sin que le volviesen á afligir. El P. Clemente de Arbeca dió de dicha agua á un letrado llamado Sanou, que se hallaba atormentado con unos dolores cólicos; y con ella, segun dijeron, consiguió el remedio de aquellos dolores. En otra ocasion pidieron de la misma agua para la mujer del Doctor Pallares, médico y vecino de Solsona, la cual se hallaba enferma, y aunque el Religioso no les dió agua de la sepultura, sino de la pila del agua bendita, fué tanta su fe que la enferma sanó de la dolencia que padecía en los pechos. Un marido y mujer que se quemaron haciendo pólvora, lavándose con aquella agua de la sepultura, curaron en pocos dias. María Rojas viuda, tambien de Solsona, padecía cierta indisposicion harto grande, de la cual hallándose una noche oprimida le pareció que bebiendo del agua de la sepultura del P. Gabriel hallaría remedio; á cuyo fin rogó con instancia que fuesen y le llevasen de dicha agua. Pero como era de noche, el convento distante, y las puertas de la Ciudad cerradas, no fué posible darle este consuelo. No obstante fué tanta su fe y confianza, que con aquel solo deseo se sintió y encontró remediada.

No fué ménos prodigiosa otra agua que había tocado un diente del Siervo de Dios, pues tuvo tambien virtud para sanar enfermedades, segun lo demuestran los dos casos siguientes. La Señora Marquesa Molas y Sarradell de Oliana se halló afligida de cierta hinchazon y dolores, y estos males llegaron á tanto exceso, que los médicos la abandonaron, diciendo que estaba sin esperanzas de vida. Se había trasladado esta Señora á Torredanago, donde por fortuna llegaron dos Religiosos nuestros, llamado el uno P. Jerónimo de Solsona, el cual animó á la enferma, diciéndole que se encomendase muy de veras al P. Gabriel, que él tambien la encomendaría al mismo; y dándole un poco de agua que había tocado un diente del Varon santo, le dió juntamente el remedio y la salud: porque bebiendo la enferma aquella agua, en adelante se halló mejor, curando y convaleciendo hasta tener entera salud. En la Villa de Torá una viuda, llamada Isabel Tristañ, estuvo tan gravemente enferma, que el médico declaró que no había

remedio para ella; por cuyo motivo pidieron Religiosos de nuestro convento de Solsona, para auxiliar á la moribunda. Uno de los que fueron á esta obra de caridad fué el P. Ciprian de Elna, Guardian del dicho convento, el cual estando en la casa, dió á beber á la enferma del agua que había tocado una muela del Siervo de Dios, y fué tan eficaz remedio, que la que se hallaba á las puertas de la muerte, vino á mejorar y recobrar entera salud.

A todas estas personas, que merecieron lograr tan señalados beneficios por medio de aquella prodigiosa agua, debemos añadir otras, que igualmente felices, consiguieron de Dios semejantes favores con sola la invocacion del Varon santo, acreditando con nuevos favores la eficacia de sus merecimientos en el acatamiento del Señor. Una de estas personas fué un hombre llamado Gabriel Miquel, el cual hallándose en casa Bosca en el camino de nuestra Señora del Milagro, santuario no muy distante de Solsona, le dispararon un arcabuz, y le hirieron tan gravemente, que le traspasaron los pechos de parte á parte, y cayó en el suelo. En este conflicto reclamó al P. Gabriel con todo aquel afecto que le dictaría su devocion y necesidad; y al punto mereció experimentar el favor Divino. Porque sin embargo de estar tan malamente herido, se halló de repente tan alentado, que se levantó por sí mismo, y prosiguió á pié el camino hasta el dicho santuario, que distaba como una milla. Aquí se confesó y dispuso su testamento, por el peligro en que se hallaba: mas Dios nuestro Señor, que siempre es generoso en sus beneficios, se dignó sacarlo de aquel peligro, concediéndole la salud y la cura de aquella mortal herida; siendo el intercesor nuestro P. Gabriel, segun lo confesaba despues el mismo paciente.

A Ana Torrentellera, siendo doncella, y estando almorzando delante de nuestro convento, adonde había ido junto con otros, se le cayó un diente, cuya pérdida sintió tanto, que dejando de comer, se fué á la sepultura del Siervo de Dios, y le rogó que por sus merecimientos consiguiese recobrar otro diente en lugar del que había perdido. Se hallaba entónces presente un médico, hermano de esta misma mujer, el cual se reía de su peticion ó súplica, creyendo imposible el recobrar un diente en la edad de diez y ocho años en que se hallaba. Mas ella instando al Varon santo, y ofreciéndole un diente de plata, mereció conseguir el cumplimiento de sus deseos, saliéndole despues otro diente tan entero y fuerte como el que había perdido. La misma Ana habiendo pasado siete años en el matrimonio sin fruto de bendicion, suplicó al P. Gabriel, que se lo alcanzase del Señor, aunque despues de recibido el bautismo se lo llevase para la otra vida. Fué oida su oracion, pariendo un hijo á su tiempo; mas á los siete meses de edad tuvo la pena de verlo morir casi de repente en sus mismos brazos. Afligida ella y arrepentida de la condicion que había puesto en la súplica, solicitó y rogó de nuevo al mismo venerable intercesor, que se dignase hacerle la gracia cumplida, alcanzándole algun hijo que viviese. Parece que había de hallar dificultad esta nueva peticion, por importuna; mas el valimiento del Varon santo fué tanto, que le alcanzó de Dios una hija, la cual vivió.

Un hijo de Cecilia Pallares, andando un dia por la calle, se encontró con un mulo que le derribó por tierra, y le puso uno de los pies sobre el vientre. La madre que vió este peligro, reclamó al instante la ayuda del P. Gabriel, cuyo socorro fué tan pronto como la súplica, apartándose luego el mulo, y dejando al niño sin daño alguno. Jerónima Miquela de Solsona tenía una hija llamada Paula, de edad de doce años, la cual estaba tan impedida é inhábil de los brazos, que no podía vestirse ni acercarse cosa alguna á la boca. La madre, confiada en la intercesion del P. Gabriel, imploró sus méritos para la salud de su hija, cuya súplica logró tan buen despacho, que la muchacha sin otro remedio alguno curó perfectísimamente en breve tiempo. Y en agradecimiento de tan singular beneficio la madre ofreció un brazo de cera al sepulcro del Varon santo. Otro beneficio particular y milagroso se refiere, cuya memoria quedó expresada en una tablilla ó Voto, que se colgó en la capilla de nuestra Señora de los Angeles, en que estaba la sepultura del Siervo de Dios, y contenía las palabras siguientes: « Un buen

« hombre de aquellas partes viéndose « en una necesidad muy grande con « gran peligro de enemigos, invocó á « nuestra Señora de los Angeles, y al « P. Gabriel, y se le aparecieron los « dos, y se vió libre de aquel peligro; « y en reconocimiento de aquel bene- « ficio ha traido aquí la tablilla. » (1)

Finalmente fueron tantos los beneficios milagrosos que Dios se dignó conceder por intercesion de este su siervo, singularmente mediante el agua de su sepultura, que el Muy R. P. Pablo de Sarriá, Provincial que fué de Cataluña, y autor del segundo tomo de los Originales de la Provincia, hablando del P. Gabriel de Mallorca, dice lo siguiente: « Con aquella agua se divulgó más « la fama de su santidad y milagros; y « no solamente de la Ciudad, sino de to- « da la comarca venían por agua, y cura- « ban los enfermos de sus enfermeda- « des: que si se hiciera á su tiempo la « diligencia debida, se hallaran muchos « milagros que sepultó el olvido, por « haber muerto las personas á quienes « acontecieron. » Por último no podemos omitir otro suceso muy singular, que refiere el P. Miguel de Valladolid en el primer tomo de los mismos Originales, diciendo que miéntras el P. Gabriel estuvo solo en la sepultura, hubo agua, y tuvo virtud para sanar enfermedades; pero que en enterrando otro Religioso, aunque este fué bueno, cesó el agua. Suceso á la verdad muy extraordinario, y que nos manifiesta la particular providencia de Dios en no confundir los méritos y las glorias de este su siervo con otro alguno. Mas tales son al fin los modos con que el Señor honra á los que le honran, y tales las maravillas que se digna obrar, para hacerlos venerados entre los hombres, despues de haberlos glorificado entre los Angeles.

En órden á la incorruptibilidad de su cuerpo debemos advertir, que aunque se conservó íntegro por los años que arriba dijimos, mas no sabemos si perseveró de este modo por todo el tiempo que estuvo en aquella sepultura, que fué hasta que se trasladó al nuevo convento que se hizo el año 1624. Esta duda se hace más fundada al considerar la indiscreta devocion, ó por mejor decir, la imprudente curiosidad de hacerlo andar de una parte á otra sobre el agua, y aun la de rasgar alguna vez sus carnes, para probar la solidez ó consistencia de que gozaba. Pruebas todas muy á propósito para destruir la máquina de aquel cuerpo venerable. Consiguiente á esto, hallamos, que cuando fué trasladado al nuevo convento, colocaron sus venerables reliquias en una caja, lo que indica que en aquella ocasion ya no conservaba toda aquella integridad que por tantos años había tenido. Esta caja fué depositada en la sepultura del nuevo convento, y habiéndose reconocido despues de algunos años la dicha sepultura, y halládose la caja dentro del agua, fué colocada en paraje más alto, donde se conservase separada del agua y de los otros difuntos. Y porque la noticia de esta nueva colocacion puede interesar en algun tiempo, copiaremos aquí el testimonio auténtico que da de ella el P. Guardian que la hizo; y es como sigue.

« Por órden de nuestro Padre Fray « Pablo de Sarriá, Ministro Provincial « de esta Provincia de Cataluña, que me « ordenó y mandó á mí Fray Cipriano de « Elna, Guardian de este nuestro Mo- « nasterio de Solsona, que reconociese « el cuerpo del Padre Fray Gabriel de « Mallorca Sacerdote, que está sepul- « tado en este mismo Monasterio: Digo « y doy fe, como á diez y seis de Noviem- « bre de este año mil seiscientos treinta « y cinco, en compañía de Fray Fran- « cisco de Blanes, Corista Sacristan, y « del Padre Fray Francisco de Casse- « res Sacerdote, y de Fray Pacífico de « Moyá lego, reconocí y bajé á la se- « pultura de este convento, y hallamos « en ella una arca de cuatro palmos y « un cuarto y medio de largo, y un « palmo y un cuarto y medio de ancho, « la cual arca estaba dentro del agua « que hay en la sepultura; y sacándola « del agua, hallamos en ella los hue- « sos del padre Fray Gabriel de Ma- « llorca Sacerdote, que murió año del « Señor de mil quinientos noventa y dos, « por el mes de Agosto en el dia de la « Porciúncula, que resplandece con « fama de santidad y milagros. Y los

(1) Los decretos de Urbano VIII, que prohiben las tablillas, etc. en honor de los Siervos de Dios no beatificados, no fueron publicados hasta el año 1631: y esto explica la tolerancia de nuestros PP. ántes de dicho tiempo, en esta y semejantes ocasiones.



« dos Religiosos sobredichos, esto es el « Padre Fray Francisco de Casseres, y « Fray Pacífico de Moyá hacen fe jurada « en mi poder, de como se hallaron pre« sentes, y asistieron personalmente « cuando del convento viejo traslada« ron á este nuevo los cuerpos de los di« funtos, y entre ellos el del Padre Fray « Gabriel de Mallorca, cuyos huesos en « la sepultura del convento viejo esta« ban reservados á parte, distantes de « los que enterraron en ella, y los pu« sieron dentro de esta misma arca, en « que ahora estan. La cual pusimos aho« ra fuera del agua, levantada sobre dos « pilones, retirada á un lado bajo del « Altar de la Capilla, á la parte del « Evangelio... De todo lo cual hago tes« timonio, y doy fe yo el sobredicho « Fray Cipriano de Elna Guardian, tac« to pectore, y firmándolo de mi nom« bre. » Hasta aquí la dicha copia, segun está escrita en el segundo tomo de los Originales de la Provincia, folio cuarto.

P. Hilarion de Juyols.

El Padre Hilarion de Juyols, pueblo de Cataluña, fué de noble linaje, y pariente del Señor de Anyer, Caballero de los principales de Cataluña, á cuya nobleza añadió nuevo lustre y esplendor, vistiendo el humilde y pobre sayal franciscano, primero en la Regular Observancia, y despues en nuestra Congregacion capuchina. En ambas Congregaciones se dejó ver astro tan luminoso en virtud y perfeccion seráfica, que se mereció un lugar distinguido entre sus profesores. Animado de especial fervor, abrazó la reforma ó Recoleccion, que se había establecido en aquellos tiempos, cuya estrecha observancia procuró con tanto celo, que mereció ser elegido Superior en dos conventos. Pero aboliéndose aquella Recoleccion, no desmayó por esto su fervoroso espíritu, ántes bien deseoso de más rígida austeridad abrazó nuestro Instituto capuchino, siendo uno de los cuarenta que de la misma Recoleccion se pasaron á nosotros en 1583. Alistado ya bajo estas nuevas banderas de S. Francisco, dió bien á conocer el cúmulo grande de virtudes que llevaba prevenido, y los muchos progresos que había hecho en la perfeccion. Porque viviéndose en aquellos tiempos con la más rígida austeridad, siguió el Varon fervoroso aquella vida con tanta puntualidad, que aun siendo viejo, ningun otro le hacía ventaja. Siempre fervoroso, siempre devoto, siempre penitente, siempre inflamado de amor de Dios y de los prójimos. Manifestó singularmente este su fervor y devocion en el santo sacrificio de la Misa, para cuya celebracion iba al altar con un rostro muy alegre é inflamado, y con demostraciones de mucho júbilo. De lo cual admirado el P. José de Tárrega, cuando siendo Corista le servía la Misa, le preguntó una vez, qué era lo que pensaba, cuando salía revestido para celebrar la santa Misa. A lo que respondió el Varon devoto, que iba pensando, que le acompañaban todos los Santos y Angeles del cielo, los cuales cantaban dulces y suaves músicas, y que con toda esta música y acompañamiento salía á decir Misa. De una consideracion tan tierna y devota nacería sin duda aquella copia de lágrimas que derramaba por largo tiempo en la celebracion de este santo Sacrificio. Y como por otra parte fuese muy dado á la oracion, añadiendo á las horas ordinarias otras extraordinarias, creemos que en estos santos ejercicios se encendió aquel fuego celestial que abrasaba su corazon, deseando y procurando la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas.

Tenemos de esto un buen testimonio en el celo, espíritu, y fervor con que ejercitaba el oficio de la predicacion, para cuyo desempeño estaba siempre dispuesto, aunque se hubiese de privar de cualquiera comodidad. Pidió una vez el Ilustrísimo Señor Obispo de Vich dos Religiosos nuestros, para que fuesen á predicar la palabra de Dios en una parte de su Obispado, que por ser áspera y montuosa tenía poco riego espiritual. Nombraron los Prelados á nuestro P. Hilarion, para que en compañía del P. Juan García fuese á desempeñar este encargo y ministerio apostólico. Aceptaron los dos esta mision, anduvieron por aquellos pueblos, aunque fragosos y montuosos, y predicaron á aquellas pobres gentes con espíritu y fervor, enseñándoles la doctrina Cristiana, y el

camino del cielo. Y aunque por ser nuestro hábito desconocido entónces en aquel pais, y ellos harto descuidados en sus conveniencias, experimentaron no pequeñas incomodidades, no por esto dejaron de cultivar aquella mies por el espacio de todo un verano, logrando por fin el recoger abundante fruto para las trojes del Señor. Otra vez predicando una cuaresma en Perpiñan, y llegando el Viérnes Santo, predicó el sermon de la Pasion del Señor por espacio de tres horas en la iglesia de San Mateo; el cual concluido, se fué á pié descalzo á otro pueblo, llamado Piá, distante una legua larga, donde predicó otro sermon tambien de Pasion. Despues se volvió al convento, comió pan y agua en tierra con los demas Religiosos, y al fin asistió á los Maitines, en que leyó unas lecciones, hallándose entónces en la edad de sesenta años.

Otro testimonio del fuego de amor de Dios que ardia en su corazon, fué su gran paciencia y sufrimiento en llevar la cruz de Jesucristo. Ningun trabajo, ninguna penalidad le impedia asistir al coro y á los demas ejercicios de la Comunidad; y aunque su edad avanzada y tal vez algunos achaques le permitian alguna exencion ó comodidad, la rehusaba el Varon fervoroso, como poco conforme á sus deseos de padecer. Se le había formado en una rodilla, con la continuacion de estar arrodillado, cierto callo ó hinchazon tan grande, que parecía una cabeza de niño, la cual llevaba cubierta con una especie de bonetillo; y no obstante estaba siempre de rodillas en las oraciones así ordinarias como extraordinarias. Cuando estuvo en la Observancia anduvo descalzo por algun tiempo, y entre nosotros caminó siempre de este modo, sin admitir el uso de las sandalias, aunque fuese entre los ardores del estío, ó entre los hielos del invierno. Yendo una vez á nuestro convento de Ceret, pasó por unas montañas nevadas, y como anduviese descalzo, y cuidase poco de repararse, llegó al convento con las piernas y pies tan quemados y negros, como si hubiese pasado por el fuego; mostrándose muy alegre y contento en testimonio de lo mucho que deseaba padecer; lo que manifestó aun más claramente cuando dijo, que querria andar descalzo por espacio de treinta y tres años á imitacion de nuestro Señor Jesucristo. Efecto de estos mismos deseos fué el dormir sobre las desnudas tablas ó sobre una estera, el tratar su cuerpo con mucha austeridad, el trabajar incansablemente en el servicio de la Comunidad y de los prójimos, y por fin el conversar con los Religiosos con tanta humildad y composicion como si fuera novicio, aunque ya era anciano.

Daba nuevo lustre y esplendor á todas estas virtudes y perfecciones la singular pureza y sencillez de que estaba adornado este Varon santo: virtudes que poseía en grado tan eminente, que admiran ciertamente las palabras, con que lo expresan los Religiosos que hablan de su vida. El P. Pablo de Gerona dice: que conoció en él una pureza y llaneza angelical. El P. José de Tárrega: que fué puro y simplicísimo por su santidad, y que iba siempre en la presencia de Dios. El P. Miguel de Valladolid: que fué el hombre más sencillo que había tratado, y uno de los más fervorosos que había conocido. El P. Leon de Areñ: que fué de singular pureza de ánimo, y simplicidad santa, que parecía había vuelto á la edad pueril. Tal fué la pureza, sencillez, y candor de este santo Religioso, con cuyas virtudes y con las demas que hemos insinuado, ilustró su amadísima Provincia hasta su muerte que se verificó en nuestro convento de Ceret en el Rosellon, ocasionada por habérsele abierto aquella hinchazon de la rodilla, y acompañada de la paciencia que siempre tuvo. Y como había llevado siempre una vida tan perfecta y santa, murió tambien santamente en el año 1592: de cuya santidad se dignó el Señor darnos un claro testimonio en los dos sucesos milagrosos, que vamos á referir.

El primero es de una doncella casi ciega, la cual haciendo una novena al Varon santo, iba cobrando la vista en tanto grado, que el P. Ignacio de Vinzá, que es el que da testimonio de este caso, dice, que la madre de la doncella se la mostró cogiendo olivas, y que le dijo que la vista que entónces tenia, la había cobrado por intercesion del P. Hilarion. La otra maravilla fué un olor suavísimo que salió de los huesos del Siervo de Dios, despues de veinte y tres años de haber fallecido, cuyo olor se hizo manifiesto con el motivo siguiente. En el año 1615 reedificaron el mencio-

nado convento de Ceret; y como hiciesen tambien sepultura nueva, y quisiesen servirse para ella de las piedras que había en la antigua, sacaron los difuntos. Solos dos estaban en dicha sepultura, nuestro P. Hilarion de Juyols, y el hermano Fray Felipe de Gerona, Corista, que había muerto en el año 1595: cuyos huesos colocaron interinamente en una caja compuesta de tablas, y á su tiempo los trasladaron á la nueva sepultura. Esta fué la ocasion de percibirse el suavísimo olor y gran fragrancia que exhalaban aquellos venerables huesos, que fué tanta que salia tambien de la sepultura de donde los sacaron; y lo que es más, hasta la comunicaron á aquellas tablas de la caja en que fueron depositados. De lo cual movido el hermano Fray Raimundo de Vinzá, lego, que participó de esta suavidad y fragrancia, se llevó una de aquellas tablas á la celda, para gozar del suave olor que se les había comunicado; bien que despues le mandaron que la quemase. Con tales maravillas manifestó el Señor la santidad de este su siervo y los grandes premios que le concedió en el cielo, segun la piedad cristiana nos persuade. Manifestándonos al mismo tiempo cuan agradables son á sus Divinos ojos aquellos Religiosos que le sirven con espíritu y fervor. (1)

P. Miguel de Gerona.

El P. Miguel fué Catalan, ignorándose el pueblo de su nacimiento, por cuyo motivo le hallamos nombrado con el apellido Gerona, que sería tal vez el de su casa, ó el que tenía en la Observancia, cuando se pasó á nosotros. Fué despues uno de los Reformados ó Recoletos, que había en aquellos tiempos, y uno de los cuarenta que de la misma Recoleccion abrazaron nuestro Instituto capuchino. Habiendo pues vestido nuestro hábito, perseveró constante en sus buenos propósitos y santos deseos, hasta conseguir aquellas virtudes que le merecieron un lugar distinguido entre los fervorosos de aquellos tiempos. Fué muy austero en el tratamiento de su cuerpo, pues siendo de cincuenta años cuando vino á nosotros, anduvo siempre sin sandalias, durmió sobre las desnudas tablas ó sobre una estera, y siguió con grandísima puntualidad todos los ejercicios de la Comunidad: mostrándose por otra parte muy pobre en el uso de las cosas, y muy resignado á la voluntad de los Superiores, obedeciéndoles con mucha puntualidad en cualquier cosa por ardua que fuese. Fué asimismo muy paciente en llevar con sufrimiento no sólo las incomodidades en el comer, en el dormir, y demas cosas, sino tambien las enfermedades y achaques, singularmente unos dolores de cabeza que le afligieron bastante, y la pérdida de la vista de un ojo, que fué resultado de una enfermedad. Y como por esta falta de vista no pudiese rezar el Oficio Divino en el coro con los demas Religiosos, pasaba la mayor parte de la noche en la iglesia, haciendo oracion, y desahogando los fervorosos sentimientos de su corazon Unas veces hacía actos de contricion, otras actos de amor, otras prorumpía en lágrimas, otras en fin hacía la disciplina, y se azotaba con tanto rigor, como si diera los golpes sobre una tabla. Y juntando á todo esto una gran pureza y singular simplicidad de corazon, formaba de todo un ramillete muy agradable á los ojos del Señor.

Pero lo que más que todo nos demuestra la alta perfeccion de este Varon santo, es su fervorosa y encendida caridad para con sus prójimos y hermanos. Era el Siervo de Dios Predicador y Confesor, y aunque del ejercicio de la predicacion sólo sabemos que predicaba con gran fervor á toda suerte de gentes; del oficio de Confesor hallamos que lo ejercitaba con tanta caridad y paciencia, que en todas horas escuchaba á cualquiera que quisiese confesarse, y si tal vez alguno lo despertaba, para que le oyese la confesion, lo recibía sin mostrar enfado ni inquietud al-

(1) « Hilarion à Iaiols. Hispanus Concionator. in Cossetana Provincia. Vir omnibus virtutibus ornatus fuit: cuius sanctimoniam, post ipsius obitum, contestata est puella quaedam caeca, quae cum aqua, ex ipsius sepulcro scaturiente, oculos lavavisset, visum recepit. » (Boverio, t. II, p. 498) Y en el MS. *Notanda* etc., seccion *Nobiles exemplarissimi*, se lee: « Pr. Hilarion a Juyols, ex familia nobili, et descendens a Dominis de Añer; accepit habitum Capuccinorum anno 1583, veniens ex Familia PP. de Observantia, et obiit in nostro Conventu de Ceret, anno 1592. »

guna. Pero otro campo más dilatado le tenía Dios prevenido, para ejercitar esta su ardiente caridad. Entre los otros pueblos de Cataluña, que afligió la peste en aquellos tiempos, fué la Villa de Granollers, como dijimos en otra parte. Gemía este afligido pueblo bajo el rigor de tan cruel contagio, que hacía no pequeños estragos entre sus vecinos; y miéntras lamentaba tan funesta desgracia, vió entrar por sus puertas á los Capuchinos, que llenos de caridad venían á darles el alivio, el consuelo, y el remedio para sus cuerpos y para sus almas, aunque fuese con el sacrificio de sus propias vidas. Uno de estos fué nuestro P. Miguel, el cual encendido con el fuego de amor para con sus hermanos, habiendo conseguido licencia de sus Superiores, se dedicó con espíritu y fervor al servicio de aquellos miserables apestados. Se hallaba entónces aquella Villa privada de su Párroco, que se había retirado á nuestro convento, tal vez por enfermo, y nuestro P. Miguel se encargó de aquel oficio y ministerio, ejerciéndolo todo el tiempo que duró el contagio. Cual fuese su celo, cuidado, y diligencia en la administracion de los Sacramentos y demas oficios de caridad, lo da bien á conocer el que habiéndosele pegado la peste, no huyó, ni se ausentó, sino que perseveró constante en acudir á todas partes, administrando los Sacramentos, y sirviendo caritativamente á tantos infelices, que eran lastimosa presa ó de la enfermedad ó de la muerte. No sabemos cuanto tiempo duró este contagio en aquella Villa; pero fuese poco, ó fuese mucho, lo cierto es, que el Varon caritativo no desistió de su empeño ni de su oficio hasta que la peste dejó de afligir aquellos vecinos; no siendo bastantes las aguas de tanta tribulacion, para apagar las llamas de caridad que ardían en su corazon.

Tal vez el Varon santo hubiera tenido por mejor suerte el acabar su vida en aquel santo ministerio, junto con otros Capuchinos sus hermanos, que fueron víctimas del mismo contagio que tanto afligió á Cataluña. Pero quiso el Señor preservarle en medio de tan voraz incendio, sin duda para que con nuevos méritos ilustrase más la corona que el mismo Señor tiene prevenida en el cielo para los héroes de la caridad. Consumado pues ya su sacrificio en el modo que acabamos de explicar, y perseverando el Siervo de Dios en su vida fervorosa y penitente, llegó al fin de sus dias en nuestro convento de Perpiñan, donde sobreviniéndole un flujo de sangre por la boca, murió santamente en el Mártes de la Semana Santa del año 1592. En cuyo dia y año conmutó, segun piamente creemos, lo visible por lo invisible, y lo temporal por lo eterno, y recibió la corona de gloria, que le merecieron, no solamente su fervorosa caridad, sino tambien las demas virtudes con que sirvió al Señor: convidándonos al mismo tiempo á seguir sus ejemplos, para ser algun dia compañeros de su gloria.

P. Juan García de Caretes.

ESTE Padre fué natural de una parroquia ó aldea llamada Caretes, en Cataluña; pero no tomó de ella el apellido, sino que se llamó P. Juan García, sin duda porque este sería su nombre, cuando se pasó á nosotros con los demas Religiosos que vinieron de la Recoleccion de la Observancia, segun ya hemos insinuado en otras partes. Siendo ya Predicador, y de una edad avanzada como de cincuenta años, no dudó profesar la vida austera y penitente de nuestra Congregacion capuchina cuyo hábito vistió en el dia 22 de Diciembre del año 1583. Ya hemos dicho en otros lugares el gran rigor y austeridad, con que se vivía en la Provincia en aquellos primeros años de su fundacion, y no obstante de ser este P. Juan grave y respetable por la edad y por la predicacion, seguía y practicaba aquella rígida austeridad con tanta puntualidad que no había jóven alguno que le excediese. Uno de los Superiores que tuvo, viendo esta su buena disposicion, quiso ejercitarle, ó para mayor mérito, ó para mayor prueba; á cuyo fin le imponía las mismas penitencias y mortificaciones que á los otros jóvenes, las cuales el Varon paciente cumplía con tal paciencia y humildad, que aquel Superior formó el concepto que no eran superficiales las virtudes con que resplandecía. Estuvo tambien de familia en cierto con-

vento, donde la comida era tan parca, que ordinariamente se reducía á una sola escudilla de legumbres, acompañada de una lechuga cruda con vinagre; y léjos de quejarse ó entristecerse, se mostraba contento, sin dejar por esto los ayunos acostumbrados. Ni fué menor su austeridad en el abrigo de su cuerpo, pues aun en tierras muy frias se contentaba con un simple hábito muy pobre y remendado, añadiendo á esto el andar sin sandalias y el dormir sobre las tablas desnudas ó sobre una estera. Y aunque todo esto nos declara bastante el alto espíritu de pobreza que residía en su corazon, se nos manifiesta más claramente con la relacion general que hace el P. Miguel de Valladolid, diciendo que fué pobrísimo en el uso de las cosas: y con la particular que añade Fray Francisco de Sarriá, lego, afirmando que, con ser Predicador, no tenía á su uso particular sino un libro escrito de mano.

La obediencia, fiel compañera de la pobreza, resplandeció tambien en el Varon santo en grado no inferior. Mostrose igualmente humilde, y habiéndose ordenado que los Superiores hiciesen pláticas espirituales á los jóvenes todos los dias, él sin embargo de ser Predicador y de la edad que hemos dicho, iba cada noche á escuchar aquella plática espiritual, como cualquiera de los mozos. Fué asimismo Religioso de mucha oracion, y de un recogimiento y abstraccion de seglares tan grande, que un religioso refirió que no sabía que jamas hubiese pedido licencia para salir del convento. Y como con estas virtudes juntase un gran celo de la observancia de la Regla y Constituciones, mereció que los Prelados le confiriesen el cargo de Guardian, cuyo oficio desempeñó con celo y prudencia. Finalmente habiendo el Ilustrísimo Señor Obispo de Vich pedido dos Predicadores, para que fuesen á una parte montañosa de su Obispado, y predicasen y adoctrinasen á aquellas pobres gentes, fué destinado nuestro Padre Juan, con el P. Hilarion de Juyols. Y aunque, como se dijo en la vida del P. Hilarion, no les faltaron trabajos que padecer, lo sufrieron todo con tanta conformidad y paciencia, que edificaron no poco á aquellos pueblos. Lleno pues de virtudes y merecimientos, se dignó el Señor darle el premio y galardon, sacándole de las miserias de este mundo el año 1592. Y subiendo su alma, segun piamente creemos, á la mansion de los Bienaventurados, quedó su cuerpo sepultado en nuestro convento de Bañolas.

P. Bernardino de Alhama.

Una de las primeras estrellas que más resplandecieron en la Provincia de Cataluña, llegó al fin de su carrera en este año de 1593, de que ahora tratamos. Estrella tan brillante, que sus luces no dejan de iluminar sobre nuestro horizonte capuchino, aun despues de la larga duracion de más de dos siglos. Aragon la vió nacer, Italia le señaló su curso, Cataluña recibió sus influjos, Roma fué el término de su ocaso, y nosotros la manifestamos de nuevo en la vida que vamos á escribir de Nuestro Muy Reverendo Padre Bernardino de Alhama, primer Guardian, primer Maestro de novicios, y primer Provincial que tuvo la Provincia de Cataluña. Hemos insinuado en otros lugares la muy estrecha observancia de la Regla y Constituciones, el gran rigor y austeridad con que se fundó y estableció dicha Provincia, y aunque no dudamos que otros muchos Religiosos cooperaron á ello, debemos confesar que habiendo ocupado el P. Bernardino los primeros y principales cargos ya en los principios de la fundacion, á él se debe en gran parte aquella gran virtud, perfeccion, y gloria con que dicha Provincia resplandeció desde su orígen.

Nació este ilustre Padre en Alhama, lugar de la Comunidad de Calatayud en Aragon, de padres que fueron labradores de mediana suerte: y habiendo estudiado Artes, pasó á Italia, donde vistió nuestro hábito, y profesó nuestro Instituto capuchino. Nuestros Originales no expresan en que Provincia, pero las Crónicas generales dicen que tomó el hábito en nuestra Provincia de Roma, como en efecto desde aquella Provincia vino á Cataluña. Tampoco dicen los progresos que hizo en la perfeccion religiosa miéntras vivió en aquella tierra, insinuándonos solamente que allí fué estimado por su virtud. Pero no pode-

mos dudar que en aquella Provincia adornó su alma con todas aquellas virtudes de que despues dió tan ilustres ejemplos, y por las cuales mereció ser uno de los Padres elegidos para fundar en el Viso, poblacion de Castilla, fundacion deseada y solicitada por el Excelentísimo Marques de Santa Cruz, Señor de dicho lugar del Viso, el cual habiendo hablado sobre esto con el Papa Gregorio XIII, y despues con nuestro P. General Jerónimo de Montefiores, consiguió que este destinase para dicha fundacion al P. Juan de Alarcon, y á nuestro P. Bernardino de Alhama, junto con otro Religioso lego, los cuales vinieron á Barcelona con el mismo Señor Marques de Santa Cruz, quien los llevó en las Galeras de Nápoles de que era General. Se hallaba entónces el Fundador y Comisario P. Arcángel de Alarcon con sus compañeros en la habitacion interina de la parroquia de San Gervasio, y con él acordaron que el P. Juan de Alarcon fuese con el P. Mateo de Guadix (que había venido con el P. Fundador) á establecer dicha fundacion del Viso (1), y que el P. Bernardino con el otro compañero se quedasen en Cataluña, como en efecto se quedaron. Verificose esta venida en el año 1578, poco tiempo despues de la llegada á Cataluña de los Fundadores de la Orden en España.

Juntado ya nuestro P. Bernardino con los demas Padres, manifestose luego Religioso adornado de virtud, prudencia, austeridad, y demas circunstancias necesarias para confirmar y extender la nueva fundacion. Por lo cual el P. Arcángel de Alarcon, Comisario General, lo eligió por Guardian y Maestro de novicios del convento de Santa Eulalia, que se fundó en el mismo año de 1578, y celebrándose despues á su tiempo capítulo, fué elegido Provincial de la Provincia. No hallamos el año fijo de este primer Capítulo, pero creemos sería en el año 1582, ó poco ántes, pues en este año ya era Provincial dicho P. Bernardino, segun dicen los Originales de la Provincia en las fundaciones de los conventos de Manresa y Solsona. A más de esto, en el tiempo que no fué Provincial, ejerció casi siempre los oficios ó de Definidor, ó de Custodio, ó de Guardian, prueba nada equívoca de su fervoroso espíritu y celo, pues se le confiaban los primeros y más importantes cargos y oficios en unos tiempos de tanta austeridad, espíritu, y fervor. Y ciertamente no se engañaban los electores, porque el espíritu de este devoto Padre estaba tan penetrado de la alta perfeccion de nuestra seráfica Regla, ó por mejor decir, de las máximas del santo Evangelio y de la imitacion de nuestro Redentor Jesucristo, que todos sus conatos y deseos fueron siempre imprimirla en sí y en sus súbditos. Sabía muy bien el Varon santo, que un Prelado debe ser luz de aquellos que rige, sal de sus ovejas, y forma de su rebaño, y que debe persuadirles la virtud más con obras que con palabras.

Con este conocimiento se dejaba ver á la faz de la Provincia y de todos sus súbditos tan pobre, tan humilde, tan austero y penitente, que parecía un retrato verdadero de nuestro Padre San Francisco. Su vestido era un simple hábito viejo, corto, estrecho, y remendado, sin admitir nunca hábito nuevo. Su cama las desnudas tablas ó una estera, miéntras tuvo salud. El uso de las sandalias no lo conoció hasta que le dieron un cauterio de fuego; caminando á pié descalzo aun cuando como Provincial visitaba la Provincia, sin hacer caso de lodos, nieves, frios, piedras ni otras incomodidades. En las disciplinas se azotaba con tanto rigor que parecía dar los golpes sobre una piedra, y aun poco satisfecho su fervor con las disciplinas que acostumbra la Comunidad, añadía otras extraordinarias, singularmente en las vigilias de Cristo N. Señor, de María Santísima, de los Apóstoles, y de otros Santos. Y á veces en la noche ántes de comulgar los novicios, hacía tambien con ellos la disciplina. Ni fué ménos riguroso en la abstinencia, pues á más de ayunar con mucho rigor algunas de las cuaresmas acostumbradas por nuestro Seráfico Padre, ayunaba á pan y agua muchos de los ayunos que prescribe nuestra Regla, y otros que añadía por su devocion, siendo tan rígido en las colaciones, que se abstenía de comer pan, aunque viniese de camino. Hallose una vez enfermo, y no quiso comer ni carne ni hue-

(1) Es sabido que esta fundacion no pudo efectuarse por causa de varias contradicciones.

vos en los ayunos de obligacion. Cuando iba de camino, no permitía que su Compañero llevase provision alguna ni de comida ni de bebida, y se halló alguna vez caminar seis leguas sin comer bocado. Ni por esto deseaba hallar buen tratamiento en las casas donde se hospedaba, ántes se holgaba con la penuria que hallaba en las posadas. Ni aun en los conventos donde llegaba quería admitir aquel pequeño alivio que se acostumbra conceder á los forasteros ó caminantes, bien que los permitía á su compañero. Y como en cierta ocasion el Religioso que cuidaba del refectorio, porfiase en ofrecerle alguna fruta, le corrigió con alguna severidad. Tambien sucedió algunas veces detenerse de industria, por no llegar al convento á hora de cenar, con deseo de no hallar cosa prevenida; y aun ordenaba á los Guardianes que no diesen aviso á los seglares de su venida, para que no tuviesen ocasion de enviarle algun regalo. Tanto era el deseo que este santo Prelado tenía de padecer, de lo cual tenemos tambien otra prueba en las dos veces que hubo de sufrir el cruel rigor del cauterio de fuego, la una en un dedo del pié, por ser necesario cortarle parte de la uña y de la carne, y la otra en la pierna, en cuyas ocasiones se mostró tan sufrido y tan paciente, que no hizo movimiento alguno de pena ó de dolor, quedando admirados el Cirujano y demas que se hallaron presentes. A lo que debemos añadir, por decir mucho en pocas palabras, que llevaba muy mortificados todos los sentidos, y huía cuanto le era posible de las cosas de su gusto, aunque lícitas y algo necesarias, sin quejarse jamas por muchos trabajos que tuviese.

Tenía muy presente el Varon santo que el padecer por Cristo es ganancia, y el llevar su cruz es gloria, y así deseoso que tan saludable máxima quedase altamente establecida en la Provincia, despues de manifestarse á los ojos de todos hostia viva agradable á Dios y sacrificada por Dios, procuraba con toda eficacia que la mortificacion de Jesus resplandeciese en los demas Religiosos hijos y súbditos suyos. A este fin fundaba sus pláticas y razonamientos en la imitacion y cruz de Cristo, y en padecer en esta vida por alcanzar gloria en la otra. Y para dar mayor fuerza á sus palabras, él era el primero en las penitencias, mortificaciones, y demas cosas que acostumbra la Comunidad; aun á los Maitines de media noche no dejaba de asistir por cansado que llegase á los conventos. Para el mismo fin, cuando visitaba la Provincia, quería que los Superiores ejercitasen á los Religiosos en penitencias y mortificaciones, no como castigo, sino por ejercicio de virtud, y para que se acostumbrasen á sufrir con alegría y silencio las cosas adversas. Singularmente quería que los jóvenes se criasen con rigor, mortificacion, y humildad. Y solía decir, que el Siervo de Dios debe tener las cosas amargas por dulces, y las dulces por amargas. Si alguna vez al concluir la Visita y escuchar la culpa, imponía á los Religiosos la disciplina, acostumbraba hacerse su compañero, disciplinándose junto con ellos. Siendo Guardian de Santa Eulalia, observaba la Comunidad tal rigor en la comida, que pocas veces gustaban carne ó pescado, sirviéndose regularmente por pitanza hierbas de la huerta y pan cocido. Tambien en su tiempo se hacían las colaciones ordinarias de los ayunos sin comer otra cosa sino algunas algarrobas ó bellotas. Al fin todo su cuidado era padecer por amor de Cristo, y procurar que los otros hiciesen lo mismo.

Compañera de esta virtud de la penitencia fué en el Varon Santo la humildad, la cual resplandecía en él con tanta perfeccion, que aunque Superior y Prelado se llevaba como el menor entre los otros. Estuvo una vez enfermo, y siendo necesario purgarse, le llevaron el purgante en un vaso di vidrio (materia entónces rara); lo que visto por el celoso Provincial, pensando que aquello podría ser ocasion de introducir instrumentos de vidrio, tomó aquel vaso y junto con el purgante lo arrojó en el suelo. Pero discurriendo despues que aquella accion podría tomarse no por celo de la santa pobreza, sino como un efecto de impaciencia, bajó al refectorio en ocasion que estaba allí la Comunidad, y en presencia de todos dijo la culpa de aquel hecho, como si hubiese cometido un grave delito. En otra ocasion le dijo cierto Religioso súbdito suyo, que no quería cuidarle, porque era importuno y pesado. Entónces el Prelado humil-

de se arrodilló y le pidió perdon, quedando aquel súbdito con la confusion que se deja pensar. Vistiose una vez con hábito nuevo, y luego se lo quitó, diciendo que tenía vergüenza de llevarlo, porque le parecía que iba muy venerando. Efecto de esta humildad era tambien el asistir con los demas Religiosos á los ejercicios manuales que acostumbra la Comunidad, aun en el tiempo que era Provincial. Asimismo lo era el tomar consejo muchas veces, no sólo de los Padres graves, sino tambien de Religiosos simples, y aun de los novicios: y el seguir y abrazar no pocas veces su parecer, aunque él fuese de tan grandes prendas en prudencia y experiencia. No ménos lo era aquella afabilidad y humanidad con que se hacía tratable á todos, la cual era tanta, que cualquier súbdito podía tener ánimo y confianza de acudir á él y pedirle cualquier cosa; á cuyo fin solía decir, que el Superior en lo privado debe manifestarse tan humano y tratable que todos puedan acudir á él en sus trabajos y necesidades, como si no fuese su Prelado ó Superior.

Ni por esto debemos pensar que en su gobierno fuese remiso, ó que obrase con poco celo y espíritu. Sabía muy bien el Siervo de Dios hermanar la humildad con la autoridad, y hacer que la justicia y la paz se diesen ósculo de amistad. Cuando se trataba de cosas pertenecientes á su persona, se humillaba, se rendía, y no rehusaba aplicarse á los ejercicios bajos como los demas Religiosos. Pero en lo tocante á su oficio, singularmente en la guarda de la Regla y Constituciones, y en la observancia rígida y estrecha, se dejaba ver animado de tanto celo y espíritu, que promovió en gran manera aquella austeridad de vida con que se fundó la Provincia. Si tal vez algun Religioso faltaba á sus deberes, ó se hallaba reo de alguna transgresion, y acudía á él humillado y arrepentido, lo recibía con todo amor y caridad. Pero á los que no tenían estas buenas disposiciones, los reprendía con celo y severidad, y aun, cuando lo requería el negocio, los privaba de sus oficios sin ningun respeto. En los asuntos que le proponían, si alguna vez no le parecían conformes, se oponía á ellos con constancia, y deshacía las trazas y designios que podían llevar. Y así valiéndose ya de la simplicidad de la paloma, ya de la prudencia de la serpiente, pudo conducir á los Religiosos por los caminos de alta perfeccion.

Mas no fueron estas las solas virtudes que resplandecieron en este Varon insigne. Resplandeció tambien en él una caridad tan tierna y ardiente, que las necesidades ajenas conmovían en gran manera su corazon. Aunque él era tan austero y penitente para consigo mismo, y tan celoso de la observancia rígida y estrecha; cuando se trataba de enfermos, deponía todo rigor, y quería que se tratasen con todo amor y caridad. Representole una vez un Religioso la necesidad de cierta persona seglar, y se movió á tanta compasion, que tomando dos colchones de los pocos que había en la enfermería, los dió al Religioso, para que los remitiese á aquella persona necesitada, diciendo que eran más suyos que del convento. Cuando el cruel azote de la peste afligió con tanto rigor la ciudad de Barcelona en el año 1589, se hallaba el Siervo de Dios Guardian de nuestro convento de Monte-Calvario, y tanto él como sus súbditos se movieron á tanta caridad y compasion, que todos se ofrecieron á ser destinados al servicio de los apestados, sin temer el peligro á que se exponían de perder sus vidas en aquel servicio. Y cuando el caritativo Prelado se disponía para entrar á la ciudad con algunos de sus súbditos, llegó órden del Superior mayor, en que le mandaba que él se quedase en el convento, y dejase ir á los que estaban señalados: cuya órden y mandato le fué tan sensible, que despues dijo á los Religiosos, que en ninguna otra obediencia había tenido tanta repugnancia. Mas aunque esta prohibicion no le permitió sacrificarse para la salud de sus prójimos, no dejó por esto de ejercitar su caridad con aquellos Religiosos, que sirviendo á los apestados contrajeron el contagio, á los cuales iba el Varon santo para confesarles y darles el socorro necesario, entrando para ello á la ciudad sin temer el peligro. A más de esto, como algunas personas se hubiesen retirado á las casas de campo, ó tor-

res vecinas á la ciudad, dispuso el piadoso Prelado que algunos de sus Religiosos fuesen á dichas casas para consolar á aquellas afligidas personas, y darles los socorros espirituales que necesitaban: cuyo encargo cumplieron aquellos buenos Religiosos con tanta piedad y fervor, que aquellas casas parecían unos pequeños conventos. En las capillas ó iglesias decían Misa y rezaban el Oficio Divino; en la mesa leían algun libro espiritual; y hacían las mortificaciones acostumbradas en la semana. Resultando de la caridad de estos y de los otros que se aplicaron al servicio de los apestados, no poca edificacion en toda la ciudad. Y aun á esta misma caridad podemos atribuir un particular beneficio que entónces recibieron de la liberal mano del Señor; esto es, que habiendo quedado en el convento 14 ó 16 Religiosos, nunca miéntras perseveró la peste, hubieron de salir para la limosna, teniendo lo bastante con lo que los devotos llevaban á la puerta: beneficio que nos indica cuan agradables eran á los ojos de Dios los servicios de aquellos caritativos Religiosos, entre los cuales tuvo tanta parte nuestro P. Bernardino.

La fuente de donde este Siervo de Dios sacaba tan abrasada caridad y las demas virtudes fué la santa oracion, ejercicio muy amado y muy frecuentado por él, como quien bien sabía que sin oracion no hay virtud ni perfeccion en la palestra religiosa. Aun siendo Provincial asistía á todas las oraciones de la Comunidad, á las cuales añadía otros ratos en que oraba por largo tiempo, haciendo la oracion con tanta quietud y sosiego, que parecía una piedra insensible, y al mismo tiempo con tanto fervor, que á veces salía de ella con los ojos llorosos, y con el rostro encendido como un ascua. Y para que los demas Religiosos fuesen tambien hombres de oracion, ya desde sus principios, solía decir que á los novicios no se les había de enseñar otra cosa sino oracion, porque si saben hacer esto, haran bien todas las cosas. Que en este santo ejercicio mereciese el Varon contemplativo algunas visitaciones Divinas, lo podemos inferir de los dos favores celestiales que vamos á explicar. El uno lo refieren nuestras Crónicas generales diciendo que siendo Provincial, y estando celebrando el santo sacrificio de la Misa, vió subir al cielo rodeada de resplandores la dichosa alma del Reverendísimo Padre Jerónimo de Monteflores General de nuestra Orden, cuya muerte fué en el año 1584. El otro fué haber conocido con luz sobrenatural, que un jóven, que le pidió el hábito, le sucedería en el oficio de Provincial; porque hallándose el devoto Prelado en nuestro convento de Gerona, pidiole el hábito un estudiante, pero por verle demasiado jóven, se lo negó, diciéndole que esperase un año. Con esta negativa se fué el pretendiente y se entró en la iglesia del convento, cuando al poco rato, habiendo el Varon santo consultado con Dios en la oracion, mandó llamarlo, y estando en su presencia le dijo: « Dios me inspira que os reciba, y así volvereis dentro tres semanas. » Y dirigiéndose á otro Religioso añadió, que dicho jóven con el tiempo había de sucederle en el oficio de Provincial: lo cual se verificó como lo había predicho; pues habiendo vestido nuestro hábito con el nombre de Fray Miguel de Gerona, andando el tiempo fué elegido Ministro Provincial, y entónces refirió esta prediccion del Siervo de Dios.

Pero otro efecto más provechoso sacaba el Varon devoto de la oracion, y era un don singular de hablar de Dios, con que movía y encendía á cuantos le escuchaban. Cuando estuvo en Italia, fué por algun tiempo compañero del famosísimo Predicador Padre Alonso Lobo, de cuyos sermones y del contínuo estudio de la sagrada Escritura adquirió un hábito tan fácil de citar los Profetas, que casi todas sus pláticas eran tejidas de sus sentencias. Y como las rumiase primero en la oracion, las producía despues con tanto espíritu, que infundía admirables efectos en sus oyentes: ya los deleitaba, ya los atemorizaba, ya los compungía, y no pocas veces les obligaba á derramar lágrimas. Aun en los razonamientos que hacía á los seglares, les movía tanto, que los dejaba inflamados en amor de Jesucristo, y en deseos de padecer; por lo cual fué muy estimado de ellos, aunque les trataba poco, singularmente á las mujeres. Y para que se conozca que tan saludables efectos se originaban más de su fervorosa oracion, que de su buen modo de decir, referiremos un suceso, que po-

drá servir de instruccion á todos los Predicadores. Despues del primer trienio de Provincial, morando en nuestro convento de Monte-Calvario, quiso oir Teología del Padre Francisco ds Figueras, que fué el primer Lector que tuvo la Provincia; de cuyo estudio resultó, que despues hacía las pláticas fundadas más en términos escolásticos, que en sentimientos de oracion, siguiéndose de aquí que ni movía tanto á los oyentes, ni les era tan acepto, como cuando usaba de la S. Escritura rumiada en la oracion. Ejemplo poderoso para hacernos conocer que la predicacion sin oracion es poco eficaz para producir buenos efectos en los oyentes.

Tales fueron las virtudes de este santo Prelado, y tal fué su celo, espíritu, y prudencia en el desempeño de sus varios cargos, con cuyos medios condujo la Provincia por los caminos de la más estrecha observancia de la Regla, Constituciones y santas costumbres. Y para que esto se conozca mejor, copiaremos aquí la relacion que sobre lo mismo hace el P. Miguel de Valladolid que vió y trató á este Varon insigne. « Fué, « dice, (el P. Bernardino) instituido « Guardian por el Padre Comisario « General en el primer convento que « tomaron en esta Provincia, que fué « Santa Eulalia, en el cual convento « fué el primer Guardian y Maestro « de novicios que tuvo esta Provincia, « y ejercitó estos oficios muy loablemente y con notable aprovechamien- « to de los novicios que criaba y de « los profesos que estaban con él, y « con grandísima edificacion de los « demas Religiosos de la Provincia y « de los seglares que le trataban. Por- « que su vida y sus pláticas eran de « cruz y de imitacion de Cristo cruci- « ficado, y de padecer en esta vida, « para esperar y alcanzar descanso « con Cristo en la gloria. Y tenía tan- « ta gracia en persuadir esto, que nin- « guno le trataba que no concibiese « deseo de mejorarse. Y con esta pri- « mera leche ví yo esta Provincia tan « aprovechada, que tenían los Religio- « sos por gran suerte ser desprecia- « dos, y ofrecérseles ocasion para pa- « decer; y fundaban tanto el aprove- « chamiento en esto y en humillarse, « que pedían con instancia las morti- « ficaciones, y tenían harto que hacer « los Prelados en componer las porfías « que había entre los súbditos, sobre « quien tendria el más humilde lugar, « y sobre ser los primeros en hacer « las cosas de trabajo. Y no es enca- « recimiento esto que digo, sino ver- « dad llana, y que no se declara tanto « como era en el hecho. Por este buen « modo de proceder de este Padre fué « elegido en Provincial en el primer « Capítulo que se celebró en esta Pro- « vincia, y ejercitó este oficio tres años « con mucha satisfaccion de todos, y « conservó la Provincia en todo su ri- « gor, y encaminó con su ejemplo y « doctrina á los Religiosos de ella « en toda perfeccion. » Hasta aquí el dicho P. Miguel. (1)

Entre los varios oficios que ejercitó este Padre, fué llamado á Roma al Capítulo general dos veces, á lo que parece. La primera fué, segun se cree, en el año 1587 (2), y regularmente sería entónces Custodio; y como se hubiese adelantado con motivo de tratar algunos asuntos útiles á la Provincia con el Reverendísimo P. General, mereció que este le honrase con el importante cargo de Vice-Procurador General, por estar ocupado en la predicacion de la Cuaresma el Procurador General de la Orden, cuyo encargo desempeñó á satisfaccion de todos. La segunda vez que concurrió á Roma para la celebracion del Capítulo general, fué en el año 1593, siendo entónces por segunda vez Provincial de Cataluña, y logró otra fortuna más feliz, que fué el dar fin á las miserias de

---

(1) Boverio. hace grandes elogios de este Siervo de Dios, y afirma que tomó el hábito en la Provincia Romana, y dice: « Qui cùm in Romana Provincia Capucinorum militiae adscriptus esset, comprimùm S. Eulaliae Conventu Barcinonae ab Archangelo Alarconio fundato, Capucinorum Religio in Hispaniis propagata fuit; is paulò post Alarconium Barcinonem profectus, cùm multis virtutibus, ac mira vitae sanctimonia inter caeteros floreret; primus S. Eulaliae Guardianus ab Alarconio creatur. » (tom, II. p. 516). Lo confirma el *Necrologium Prov. Romanae* (14 Januarii), en el cual se leen los nombres de los que fueron hijos de aquella Provincia: « 1593. Romae. A. R. P. Bernardinus ab Aragonia, Concionator, et Custos Generalis, qui in Hispania multum propagavit Institutum nostrum, et qui clarus meritis et virtutibus, in Urbe sancto fine quievit. »

(2) De los Archivos General y Provincial se deduce que este Padre era Ministro Provincial en los años 1582-83-84 y en 1590: por tanto el primer trienio debe ser hácia el año 1583, y el segundo hácia el año 1590. No parece cierto que á su muerte fuese aun Provincial. El autor del Necrologio de Roma lo llama *Custos Generalis*.

esta vida, y el quedar libre de las tempestuosas olas de este mundo. En efecto en este Capítulo General y en este mismo año murió santamente en Roma este Varon insigne, y dió fin dichoso á su brillante carrera este astro luminoso, despues de haber tan gloriosamente ilustrado la Provincia, la cual conservará siempre la memoria de un tan esclarecido Padre, que el cielo le concedió ya en los principios de su fundacion para tanta gloria y aprovechamiento suyo.

Bien quisieramos poder decir aquí, que en la ocasion que el cuerpo de este Siervo de Dios fué sepultado en la iglesia de nuestro convento de Roma, pasó luego su bendita alma al eterno descanso de la gloria. Y ciertamente que así lo persuaden su austera penitencia, su fervorosa caridad, su ardiente celo, su devota oracion, y las demas virtudes con que resplandeció en los dias de su vida. Mas ¡ oh inescrutables juicios de Dios! ¡ oh rigor de la Divina justicia! Cerca de siete meses estuvo esta alma detenida en el purgatorio ántes de recibir en el cielo el premio de sus méritos y virtudes. Así fué revelado á la Venerable Madre Serafina, fundadora de las Capuchinas en España, á la cual se apareció el mismo Padre Bernardino en el dia de San Andres Apóstol, y le dijo, que hasta entónces había estado en el purgatorio, no por yerros personales, que ya los tenía purgados, sino por los yerros cometidos en su gobierno, pero que ya por la misericordia de Dios subía á la patria de los Bienaventurados.

El P. Miguel de Valladolid, que escribió el primer tomo de los Originales de la Provincia y conoció á este santo Prelado, discurre sobre la causa de tan largo purgatorio despues de tantas virtudes, y la atribuye á alguna remision ó tolerancia en el tiempo que fué segunda vez Provincial; cuyo orígen refunde en algunos regalillos, que recibió de los devotos que visitaba en el tiempo de la peste, de donde se siguió el recibirlos despues tambien de algun Superior local: por cuyo motivo aflojó algun tanto en el rigor del castigo y disimuló algunas faltas. Pero esta causa ó motivo no es cosa cierta, por cuanto el mismo P. Miguel en el mismo lugar añade, que otros atribuían el haber estado en el purgatorio á la facilidad que tuvo en dar licencia para ordenarse los Religiosos. Mas sea lo uno, ó sea lo otro, nosotros lo apuntamos aquí segun lo hallamos en los Originales de la Provincia, para que sirva de ejemplar y escarmiento á todos, singularmente á los Superiores.

P. Alonso Lobo.

La excelsa predicacion y eminente santidad del Padre Alonso Lobo (1) fueron más conocidas en Italia que en España (2), más en Roma que en Barcelona; porque habiendo abrazado allí nuestro Instituto capuchino, y morado la mayor parte de su vida, pudieron aquellas Provincias ver y admirar despacio las brillantes y ardientes luces que difundió este Predicador apostólico, tanto con sus sermones, cuanto con sus virtudes. Pero habiendo dispuesto la Divina Providencia que este Varon celestial sacrificase los últimos años de su vida en la Provincia de Cataluña, y que la edificase con la santidad de su vida, y la honrase con la gloria de su nombre, creeriamos incurrir la nota de ingratos, si no le diesemos aquí un distinguido lugar, juntándolo con los demas Padres, sobre cuyas heróicas virtudes se establecieron los fundamentos gloriosos de la Provincia. Es verdad que el hallarse su vida escrita en las Crónicas generales nos excusará el extendernos en su relacion, pareciéndonos será bastante el resumir cuanto allí se dice, añadiendo lo que refieren los Originales de la Provincia, relativo al tiempo que habitó en ella.

Nació este famoso Predicador y santo Capuchino en Madrid, como dicen

(1) En el *Martirologium Franciscanum* (7 Junii) se lee: « Barcinone Beati Alphonsi Lupi, Confessoris, et concionatoris egregij: qui cùm eruditione, humilitate, ac paupertate polleret, saluti animarum, peccatorumque conversioni, ardentissima charitate accensus, institit assiduè ».

(2) Es cierto que predicó muchísimo en España, como se verá en su lugar, y lo confirman varios Autores: « Totam ferè Hispaniam, Italiamque praedicando lustravit: quem omnes ubique Beatum, et quadam divina singularique gratia efficaciter praeditum acclamabant; unde de eo id vulgò ferebatur: Lupus movet. » (*Martirol. Franc.* loc. cit.)

unos, ó en Medina-Sidonia, como dicen otros, cuyos Padres fueron de honesto linaje. Cual fuese su educacion y crianza, cual su devocion y recogimiento, cual su aborrecimiento á los vicios y desórdenes del siglo, y cuales sus deseos de agradar y servir á Dios, lo podemos colegir de cierta vision celestial, admirable y misteriosa, que mereció hallándose aun en el estado de seglar. Estaba una vez orando, y parecíale que miraba en un campo un Monasterio tan grande y tan espacioso, que jamas había visto semejante, y que con deseo de mirarle más de cerca, se fué llegando hasta la portería, donde habiendo llamado, salió á abrir un Portero muy afable y cortés, que le metió dentro del Monasterio, y le puso junto á una fuente de agua purísima que había en el Claustro, labrada de mármol con tan maravillosa arte y magnificencia, que fué para él no pequeño motivo de admiracion. Junto á ella vió un mancebo de gran majestad, acompañado de infinita multitud de Varones nobles, los cuales le iban dando memoriales, de que él no quería tomar algunos, y otros en tomándolos los echaba en la fuente para que el agua que vertía en la pila los anegase. Entre los demas se descubría una ilustrísima Mujer, que trayendo un azafate en la mano derecha, lleno de memoriales, se lo presentó con singular reverencia y profunda humildad; y él al punto lo tomó, y lo echó en la fuente. Estaba atónito Fray Alonso al ver la majestuosa autoridad del mancebo, el esplendor de los circunstantes que le asistían, y en especial la hermosura de aquella Señora. Ignorando el misterio de la fuente y los memoriales, se lo preguntó al Portero, el cual respondiendo con particular agrado, le dijo así: « La fuente que ves en este Claustro de agua perenne, es la fuente de la Divina Misericordia, cuyas aguas corren perpétuamente para la salud del género humano, anegándose en ellas los mayores pecados del mundo. El mancebo que tienes delante, vestido de tanta majestad y soberanía, es Jesucristo Hijo de Dios, en cuyas manos ha puesto el Eterno Padre la suma de su poder, para que dispense celestiales dones y gracias, segun su arbitrio. Los Varones nobles que le asisten y dan memoriales, son las almas de los Santos y amigos de Dios, que reinando con él en el cielo, interceden continuamente por el bien de los hombres, cuyos ruegos no siempre salen bien despachados, porque los mismos hombres con su malicia les impiden la eficacia de su intercesion. Pero en llegando aquella soberana Mujer, que es la Vírgen María Madre de Cristo, á rogar por los pecadores, luego negocia todo cuanto le ruega sin que de sus memoriales se malogre ninguno. Esto se te ha mostrado en un Claustro de personas consagradas á Dios en la Religion, para que sepas donde se ha de buscar la abundancia de los bienes del cielo. »

Con una vision tan instructiva y celestial quedó su entendimiento ilustrado, y su voluntad encendida en deseos de mayores virtudes; y revolviéndola varias veces en su ánimo, se persuadió que era una demostracion de la Divina voluntad en órden á la vocacion que debía seguir. Con estas luces, acompañadas de la gracia, determinó dejar el siglo, y abrazar el pobre y penitente Instituto de S. Francisco, vistiendo su hábito en la ejemplar Familia de los Padres Menores Descalzos, á los veinte años de su edad (1). Alistado ya en esta seráfica milicia, empezó la batalla que se había propuesto, y la continuó por espacio de catorce años con espíritu y fervor, mortificando su cuerpo con ayunos perpétuos de pan y agua, y con otras austeridades y asperezas de diferentes géneros; y ejercitando al mismo tiempo su espíritu en humildad, paciencia, obediencia, caridad, y en las demas virtudes propias de un Fraile Menor. Entre

(1) Un hermano suyo fué religioso lego Descalzo y de gran virtud: « Pietro Lupo, di Medina Sidonia, nella Spagna, riformato scalzo, laico. Era fratello del padre Alfonse Lupo, gran predicadore apostolico. Si diede da giovane alle vanitá e alle nobili comparse mondane. Quando da Dio ispirato ad abbracciare la riforma, perdè tosto anche nell apparenza il fasto secolare, e mostrava un aspetto tutto penitente. Fu somma la di lui povertà, continuo il digiuno, grande il dispregio di se stesso, pronta la ubbidienza, e sopra ogni altro fervente la orazione. Per le quali cose tanto era il concetto di lui delle secolari persone che lo chiamavano il santo, e di sua santità ne sperimentavano gli effetti e per lo spirito di profezia di cui era adorno, e per l'assistenza che loro prestava se infermi o tribolati, e per le molte guarigioni da lui ottenute. Morì in età avanzata nel 1618. » (Segismondo de Venecia: *Biografia Serafica*, pag. 561). — La instruccion y esmerada educacion que recibió el P. Alfonso, y el haberse dado su hermano Pedro *alle nobili comparse mondane* ántes de ser religioso, hacen creer que eran de familia ó noble ó rica.

tanto le aplicaron sus Superiores á los estudios de artes y Teología, en los cuales aprovechó tanto, que salió insigne Predicador, á cuyo ministerio Dios le destinaba para bien de tantas almas, y cuyo oficio desempeñó con tanta perfeccion, que se dejó ver sobre los púlpitos antorcha brillante y ardiente, que disipaba las espesas nubes de los vicios, é iluminaba á los que vivían en las sombras de la muerte. Mas Dios nuestro Señor, ó fuese para que él no se desvaneciese, ó para que otros Reinos y Provincias lograsen tambien el fruto de su predicacion, permitió que padeciese uno de aquellos infortunios que se hacen harto sensibles. Moviose en aquellos tiempos una contienda no pequeña entre el Rey y el Arzobispo de Toledo sobre cierta materia eclesiástica; y el celoso Predicador, conociendo que la razon estaba de parte del Arzobispo, no dejó de afirmarlo en el púlpito algunas veces. Pero como semejante libertad no siempre es bien recibida, cuando llegó á noticia de los Ministros del Rey, que eran de contrario parecer, procuraron con su Majestad que lo desterrase á título de sedicioso y como quien desacreditaba la potestad real: como en efecto así se verificó.

Compelido pues nuestro P. Alonso á marchar del Reino, se embarcó para Italia, en cuya navegacion experimentó una tempestad tan furiosa, que si un marinero no le hubiera sacado en hombros á tierra, seguramente hubiera naufragado. Pero en medio de tantos trabajos se dignó el Señor consolarle, enviándole cuando llegó á la orilla un mancebo, que sin duda era un Angel, el cual habiéndole referido cuanto le había de suceder, desapareció al punto. Confortado el Varon santo con tan celestial visita, se fué á Roma, donde habló con el Pontífice San Pio V y le dió relacion de la causa de su destierro, dejándole tan bien informado de su razon, que el Padre Santo le trató con mucha benevolencia, y le defendió contra las persecuciones de los Ministros del Rey de España, que todavía le acusaban de perturbador del Reino y de la autoridad real. Mas habiendo muerto este Santo Pontífice al cabo de un año, y sucedídole Gregorio XIII, no estando este Papa al principio bien informado de la razon del Siervo de Dios, mandó á los Inquisidores de Roma que lo pusiesen preso, para satisfacer al Rey Católico, y sosegar las quejas que cada dia aumentaban. Pero no desfalleció el ánimo invencible de nuestro P. Alonso con este nuevo doloroso infortunio, ántes bien padeció la cárcel por espacio de un año con tanta resignacion y conformidad, que jamas se le oyó una palabra de sentimiento, añadiendo á este sufrido silencio el ayunar todos los dias á pan y agua, y ocuparse en contínua oracion y contemplacion. De lo cual admirado el Alcaide de la cárcel, pasó á dar cuenta de ello al Pontífice, diciéndole que allí estaba preso un Varon apostólico y santo; con cuya noticia, ó por estar mejor informado, el Papa le mandó soltar luego sin pena alguna, prohibiéndole solamente el predicar hasta que el Rey quedase satisfecho. Quedó pues libre el Siervo de Dios, mas no consiguió libertad para volver á España; y como los Padres Menores Descalzos no se extendiesen entónces fuera de este Reino, quedó tambien privado de juntarse con ellos, por cuyo motivo se resolvió abrazar nuestro Instituto Capuchino. Nuestros Padres se mostraron difíciles en recibirlo, á causa de su destierro, y por temor de ofender al Rey Católico. Mas habiendo impetrado un Decreto apostólico, con que se mandaba al General qué lo recibiese, fué admitido en nuestra Orden, y enviado al convento de Fossombruno en la Marca, para que hiciese allí su noviciado.

Aquí se dejó ver prontamente no principiante, sino muy aventajado en la virtud y perfeccion religiosa, y manifestó claramente que las persecuciones y trabajos antecedentes nada habían enflaquecido su fervoroso espíritu. Fué su habitacion por espacio de un año entero en una celda solitaria á la falda de un monte, cavada en la misma peña, donde empezó y despues prosiguió una vida verdaderamente celestial. Ayunaba contínuamente á pan y agua; caminaba á pié descalzo sin sandalias, aunque hallase hielos y nieves; velaba las noches en oracion, y en fin mortificaba su cuerpo con tanta austeridad y penitencia, que al cabo de algunos años contrajo un vehementísimo dolor de estómago, y una debilidad tan grande, que no podía retener

la comida, ni la apetecía, de modo que los médicos le ordenaron que moderase algo sus asperezas, porque se oponían á su salud. Fué por otra parte tan amante de la santa pobreza, que con dificultad tomaba aun lo preciso y necesario; vistiendo ordinariamente un hábito viejo y lleno de remiendos. No tenía libros ni papeles privados para el ministerio de su predicacion, sino unos sermones suyos en algunos cuadernos, que llevaba consigo á cualquier parte. Y solía decir, que no es rico el que posee muchos bienes, sino el que se contenta con pocos, y esto para el uso y la necesidad, no para el deleite. Decía tambien, que á los Frailes Menores se les ha dado un modo de vivir tan especial, que á más de no haber de admitir lo que no es forzoso, aun en lo necesario deben observar muy estrechos límites. Acompañaban este espíritu de pobreza tales sentimientos de humildad, que ni admitía dignidades, ni las apetecía; y aunque en la Marca y en otras Provincias le ofrecieron varias veces las prelacias, se excusó siempre con tan buenas razones, que los Padres no insistieron en obligarle, singularmente por respeto á su eminente predicacion, que no le permitía estar limitado en una sola Provincia. De esta misma humildad, ó más bien de su corazon tierno y compasivo nacía en él una afabilidad y mansedumbre tan singular, que cuantos tenían alguna afliccion se la descubrían con toda confianza, y eran recibidos y consolados por él con toda benignidad. A ninguno negó jamas su consejo ó consuelo, ántes cuanto eran más desechados y pobres, con tanto mayor gusto los consolaba. Con los enfermos no esperaba que le pidiesen el consuelo, sino que él mismo iba á deshora de la noche de celda en celda de la enfermería, inquiriendo si alguno necesitaba de su asistencia ó de su trabajo. Predicando una vez en Milan, asistió á un Religioso paralítico con tal diligencia y caridad, que quiso ser su enfermero, para predicar no sólo con la doctrina, sino tambien con el ejemplo. Y tenía tan radicado en su corazon este amor del prójimo, que dijo una vez, que aunque por odio que alguno tuviese contra él, le fuese arrancando los pelos de la barba uno por uno, no por eso le arrancaría el amor y la caridad fraterna. Y si se pregunta de donde nacía en este Siervo de Dios tanta caridad, humildad, pobreza, penitencia, y tanta virtud y perfeccion, diremos ingenuamente, que de la oracion, que es la madre y la conservadora de todas las virtudes. Fué este santo ejercicio tan amado y tan frecuentado del Varon santo, que parece increible el tiempo que empleaba en él. Los manuscritos auténticos de la Orden dicen, que muchas veces oraba cada dia diez horas, pero que lo ordinario eran siete horas cabales, sin que lo impidiese ni el trabajo de caminar, ni el ejercicio de la predicacion. Y siendo esto así, ya no es de admirar que fuese tan humilde, tan pobre, tan paciente, tan celoso, y tan santo, pues que en la oracion se halla toda virtud, y se consigue toda santidad.

Divulgose finalmente la fama de tantas virtudes del Siervo de Dios, y llegó á noticia del romano Pontífice, el cual, estando ya sosegada la persecucion de los Ministros de España, le concedió licencia de predicar. Entónces empezó Roma á oir la voz de este pregonero del cielo con tanto fruto y admiracion, que el Papa no dudó honrarle con el distinguido oficio de Predicador suyo. Con esto empezó á extenderse y hacerse famoso el nombre de nuestro P. Alonso en tanto grado, que las Ciudades más ilustres de Italia desearon a porfía oir su predicacion, como en efecto lo consiguieron, predicando el Siervo de Dios no sólo en Roma, sino tambien en Nápoles, en Venecia, en Génova, en Milan, y en otros lugares. El mismo Pontífice deseoso de componer ciertas inquietudes y discordias que había en la Isla de Córcega, y reformar la corrupcion de costumbres, se valió de nuestro P. Lobo, enviándole allí con los compañeros que quisiese. Eligió él los compañeros, fué con ellos á aquella Isla, presentose con su acostumbrada virtud, y predicó con tanto celo y espíritu, que á pesar del natural áspero de aquellos Isleños, redujo á muchos á paz y concordia, á otros obligó á la guarda de los preceptos de la disciplina eclesiástica, y á todos á la reforma de los excesos de la vida pasada. Con que victorioso y lleno de espirituales despojos volvió a Roma, mereciendo no pequeños elogios del Romano Pontífice. Otra vez,

siendo Arzobispo de Milan San Cárlos Borromeo, y deseando este santo Prelado reformar las costumbres relajadas de aquella Ciudad, se valió tambien de la predicacion apostólica de nuestro celoso Predicador, á cuyo encargo correspondió él con tan feliz desempeño, que llenó enteramente los fervorosos deseos del santo Arzobispo. Despues otro Obispo, que le había oido algunos sermones en Milan, pidió encarecidamente á San Cárlos, que se lo concediese por un poco de tiempo, para que predicase tambien en su Iglesia, que tenía necesidad de ello. A cuya peticion respondió San Cárlos: « En vano, amigo, me persuadis que os conceda una cosa, que no puede ser sin gran daño mio. Porque mis ovejas tienen tambien necesidad de este Lobo, que las espante y las encierre en el redil del Señor. » Hallándose en otra ocasion en Nápoles, supo que la Nobleza había ofrecido al Rey cierto donativo voluntario de mucha cantidad, para el cual era preciso que contribuyese la plebe y la gente pobre; cuya noticia encendió tanto el celo del Siervo de Dios, que con santa libertad predicó contra el tal donativo, afirmando claramente, que el Rey no podía recibirlo con segura conciencia. Era entónces Rey de España Felipe segundo, á quien se escribió lo que había predicado el Padre Alonso; y como este Monarca fuese tan pio y tan católico, y por otra parte no ignoraría las altas cualidades del Predicador, respondió con estas palabras, dignas á la verdad de tal Príncipe: « Lo que conforme al parecer de Lobo no se puede dar justamente, más justamente se debe rehusar. » Con que no quiso que se le hiciese tan costoso servicio.

Pero más admirable fué el sermon que el Varon santo predicó por las calles de Roma en tiempo de Carnestolendas, en compañía de nuestro gloriosísimo San Félix de Cantalicio, y con aprobacion de San Felipe Neri. Fué el caso, que sabiendo nuestro P. Alonso los escandalosos divertimientos que se hacían en los dias de Carnaval, lleno de un santo celo, y deseoso de impedir tantas ofensas de Dios, fué á encontrar á San Félix, que tambien lamentaba tanta disolucion y libertinaje, y le dijo: « ¿ Parécete, Fray Félix, que cuando Roma está derramándose en sus fiestas y regocijos, será bien que nosotros pasemos sin nuestras fiestas? » Y como San Félix no entendiese el sentido de estas palabras, explicole el medio y la traza que había discurrido para impedir aquellas profanas diversiones tan indignas de la profesion cristiana. Aprobole luego San Félix el pensamiento, y lo aprobó tambien despues San Felipe Neri, á quien los dos consultaron; y de comun acuerdo ordenaron una procesion la más trágica y eficaz que puede inspirar la piedad cristiana. Iba delante un Padre Sacerdote del Oratorio, vestido de saco, y llevando una imágen de Cristo crucificado, á quien acompañaban dos otros Padres del mismo Oratorio con hachas encendidas. Luego seguía San Félix, quien con una soga iba tirando á nuestro P. Alonso; y por remate de la procesion iban dos Religiosos nuestros, Fray Márcos de Tiferno, y Fray Dionisio de Francia, los cuales manifestaban los trofeos de la muerte con huesos y calaveras de difuntos que llevaban en sus manos. Con este fúnebre y espantoso aparato se introdujeron por medio de los juegos, alegrías y diversiones de la Ciudad, y levantando entónces el Padre Alonso su voz, iba reprendiendo con altos clamores aquellas libertades y disoluciones, más propias de gentiles que de cristianos, y amenazando á todos con la severidad del Divino juicio, y con la condenacion eterna. A estas voces seguían los demas compañeros, dando clamores no ménos altos, con que pedían á Dios misericordia para aquella ciega y perdida gente. Fueron tan eficaces estas voces de unos y otros, y tan poderosa esta cristiana tragedia, que empezando á espantarse aquellas gentes divertidas, se fueron retirando poco á poco, y dejaron aquellos locos divertimientos, no sólo los que los practicaban, sino tambien los innumerables espectadores que habían concurrido. Con que habiendo conseguido un tan glorioso triunfo del mundo y del demonio, se volvió la santa procesion, y todos dieron las debidas gracias á Dios por tan feliz suceso.

De un hecho tan memorable podemos comprender cuan ardiente era el celo de este Predicador apostólico para la salvacion de las almas. No predicaba él con palabras floridas, ó con elocuen-

cia de retórica, sino con espíritu y virtud del cielo; y como por otra parte tuviese una fuerza muy vehemente y muy imperiosa en el decir, era extraordinaria la conmocion que producía en los ánimos de sus oyentes. Había en aquel tiempo otros dos Predicadores insignes y famosos, el uno de la Orden de Santo Domingo llamado Hebreo, y el otro de los Menores de la Observancia por nombre Panigarola; pero todos daban la preferencia á nuestro Padre Alonso (1) en la mocion de los sermones, diciendo: Hebreo enseña, Panigarola deleita, pero Lobo mueve. Esta mocion fervorosa, que era el carácter distintivo de sus sermones, deseaba tambien el Siervo de Dios que fuese el blanco á que se dirigiesen los demas Predicadores, á cuyo fin hablando con los Predicadores jóvenes, les decía: « ¿ Deseas, hermano, saber cuando « has acabado de predicar, si has he- « cho bien tu oficio? Atiéndeme. Si el « pueblo en habiéndote oido, te ala- « bare grandemente el sermon y se « fuere á su casa desde la iglesia muy « gustoso y muy deleitado, no quedes « tú contento ni satisfecho: porque tu « predicacion fué vana y sin fruto, lle- « gando solamente al oido y no al co- « razon. Mas si vieres que los hom- « bres miéntras predicas arrancan sus- « piros de lo hondo del pecho, y se « limpian los ojos de las lágrimas que « les vienen en abundancia, y acabado « el sermon salen de la iglesia tristes, « y calados los sombreros hasta las « cejas: entónces da gracias á Dios, « de que has cumplido tu ministerio « conforme á su voluntad, pues no has « lisonjeado el oido, sino penetrado « los corazones de los oyentes, que es « el blanco á que deben tirarse las « flechas del Predicador evangélico. » Esta era la doctrina que daba este Predicador fervoroso, y reduciéndola á ménos palabras, acostumbraba decir como por adagio, que « el Predicador evangélico ha menester moderado estudio y mucha oracion » ; dando á entender con esto, que la oracion es el principal medio, para que el Predicador mueva y penetre los corazones de sus oyentes. Así lo decía el Varon santo, y así lo practicaba; pues á más de las muchas horas que oraba, segun hemos dicho, acostumbraba hacer larga oracion ántes de predicar. Y aun añadía el asistir á los Maitines y á la oracion de la Comunidad, sin faltar jamas por muchos que fuesen sus trabajos, que á la verdad eran algunas veces no pocos ni pequeños, pues quedando en algunas ocasiones casi desmayado y sin fuerzas al bajar del púlpito, predicaba no obstante dos y tres sermones en un mismo dia, singularmente en el tiempo que estuvo en Milan, añadiendo á veces el hacer pláticas espirituales á los Religiosos miéntras cenaban. De todo lo cual podemos colegir cuan abundante y copioso sería el fruto que cogería en tantas ciudades y pueblos, donde con tanto celo y espíritu sembró la palabra de Dios: ¡ cuantos pecadores convertidos, cuantos vicios desterrados, cuantos desórdenes corregidos, cuantas almas mejoradas y conducidas al cielo! Aunque no tenemos noticia individual de todos estos frutos y provechos, bastará saber, que en una Cuaresma que predicó en Salamanca (1), ganó para Dios quinientos Estudiantes, los cuales habiéndole oido, renunciaron el siglo, y vistieron el hábito Religioso en diferentes Órdenes. Conversion á la verdad admirable y prodigiosa, y que nos obliga á creer que fué inmenso el fruto espiritual, que este Sembrador evangélico recogió para las trojes del Señor.

De lo que no debemos maravillarnos, porque, á más de su encendido celo y fervoroso espíritu, acompañaba el cielo su predicacion con señales visibles, que al paso que dirigían su lengua, penetraban los corazones de sus oyentes. Predicando una vez en Roma, oyole el

(1) « Predicava con tanta energia e forza di argomenti da non avere chi lo uguagliasse al suo tempo », dice Segismundo de Venecia (*Biogr. Seraf.*, p. 490).

(1) « Ingenti animarum fructu concionabatur ad populum, ita ut in Quadragesima octingentos et amplius ex scholasticis Academiae Salmanticensis converterit: et ad Ordinem Minorum suscipiendum induxerit. Quis sufficienter enarrare posset, quot millia hominum ac mulierum, Christo suis ferventissimis concionibus lucratus sit? quot dissensiones, iurgia, inveterataque odia reconciliaverit? quot peccata atque flagitia è republica fugaverit? quot denique virtutes omnium animis inseruerit? meritò sanè alter D. Paulus Apostolus nuncupatus est. » (*Martirol. Franc*. p. 247) — Sea lo que fuere del número de vocaciones religiosas que suscitó en Salamanca, es cierto que fué grande y extraordinario.

ilustre Señor Juan-Bautista Boniport, Canónigo de la iglesia de Novara, el cual admirado del fervoroso espíritu del Predicador, y de los saludables efectos que producía en los ánimos, dijo á San Felipe Neri, que tambien estaba presente: « ¿ Qué te parece, Felipe, de este sermon de Lobo? ¡ Qué ardiente es, qué eficaz, qué apóstolico! » A lo que respondió San Felipe: « No te admires, porque yo ví en el discurso del sermon á la Vírgen Santísima, que le asistía, y le iba dictando las palabras. ¡ Ojalá tuviera Roma muchos Lobos del mismo género! » Tambien la ilustre Señora Marquesa de Mariano, cuñada del Pontífice Pio IV, afirmó varias veces, que cuando el Siervo de Dios predicaba, había visto salir de su boca unas llamas de fuego encendido, con que inflamaba los corazones de su auditorio (1). A estos favores celestiales debemos añadir el don de profecía, con que el Señor se dignó honrar á este su Ministro, lo que hallamos comprobado en muchos ejemplos. Predicando un dia en Milan, y ponderando la justificacion de las penas que San Cárlos había puesto á los que quebrantasen el dia del Domingo, poseido y arrebatado de un espíritu celestial, empezó súbitamente á decir: « Traed agua, Varones Milaneses, traed agua, que amenaza á vuestra Ciudad un grave incendio de la ira de Dios. » Y prosiguiendo en la misma ponderacion, exclamó despues: « ¡ Oh quebrantadores del santo dia de Dios! ¿ por qué provocais contra vosotros la indignacion de su Majestad? Creed que la habeis de experimentar tan presto, que no os será posible huir de sus manos. » No tardó en verificarse su profética amenaza, porque apénas pasaron tres meses, cuando el Gobernador de Milan, que era el que tenía más aversion á las órdenes de San Cárlos, y otros muchos Caballeros ilustres de la ciudad, que tambien le seguían, vinieron á morir de repente. Otra vez hallándose en Nápoles, llegó á su noticia una mala voz que corría contra el Virrey, de que el Pueblo estaba escandalizado. Encendido el Varon santo de celo, se presentó á palacio, para corregir con caridad paterna á aquel Señor, y como nunca pudiese conseguir audiencia, aprovechó la ocasion en que se abrieron las puertas de palacio, para entrar un jabalí muerto, de que hacían ofrecimiento al Virrey. Entónces, levantando la voz exclamó: « ¡Oh tiempos! ¡ oh costumbres! Para un « jabalí se abren las puertas del Vir« rey, y los Religiosos y Predicadores « de la palabra Divina las hallan cer« radas. Mas decidle, que no tardará « el castigo de la justicia de Dios, en « venganza de la injuria que recibe en « los Siervos suyos. » La amenaza del pronóstico fué tan cierta, que un hijo del Virrey, que estaba con salud, murió al otro dia súbitamente. De que el Virrey quedó tan atemorizado, que mandó que al punto le llamasen al Siervo de Dios, y tratándole con toda veneracion, recibió sus buenos consejos, y cesó el escándalo público.

Volviendo el Siervo de Dios á España, halló en Marsella un Religioso llamado P. Salvador Ribalta, á quien había sacado del siglo en el tiempo que predicaba en Milan, y como fuesen muy amigos, le preguntó si desde que estaba en la Orden había sentido alguna tentacion. A que respondió el Religioso, que ninguna, á lo ménos que fuese grave. « Pues prevente, replicó el ilustrado Varon, para una gravísima, con que el Señor en breve te ha de examinar. » Así lo dijo, y así se verificó. Porque al cabo de un mes empezó aquel buen Religioso á ser tentado con espíritu de blasfemia, y con un miedo tan vehemente del infierno, que ni le permitía decir Misa con devocion, ni sosegar de dia ni de noche, pareciéndole siempre que andaba entre las llamas del abismo y entre los condenados. Lloraba con gran desconsuelo, y se arrojaba á los pies de todos, para que rogasen á Dios por él; y no hallando con estos medios el consuelo que deseaba, escribió una carta al P. Alonso, en que le daba cuenta de su trabajo, con el fin que le encomendase á Dios. Hízolo el Varon santo, y fué tan eficaz su oracion, que consiguió de la Divina bondad, que aquel Religioso quedase libre de la tribulacion que padecía, sin que jamas le volviese á molestar. Cuando el Siervo de Dios quiso

---

(1) « Sacra Virgo Deipara, et Seraphicus Pater Divus Franciscus, quandoque illi assistebant, dùm populo concionaretur, veluti suggerentes, quae eructare debebat. » (*Martirol. Franc.*, p. 217).

partirse del dicho convento de Marsella, le instaron que se embarcase en una Galera, que estaba dispuesta á marchar; y aunque él se resistía, diciendo que no era voluntad de Dios, fueron tantas las instancias de los compañeros, que al fin entró en un esquife para ir á la dicha embarcacion. Procuraron los remeros acercar el esquife á la Galera, pero nunca lo pudieron conseguir; con que renovando el Varon santo sus instancias de que no era voluntad de Dios, fué preciso volverlo á tierra. Entónces se descubrió la luz profética, con que Dios le había ilustrado; porque saliendo la Galera del puerto con viento tenido por próspero, vino á naufragar á vista de tierra: acreditando al mismo tiempo la particular providencia que el Señor tenía de este su Siervo.

A este espíritu de profecía debemos juntar otros dones y gracias sobrenaturales, con que Dios se dignó honrar á este Varon, para hacer ilustre no sólo su predicacion sino tambien su nombre. Despues de haber predicado en Milan casi un año entero, que fué el de 1588, salió de la ciudad acompañado de algunos Caballeros Españoles, y al llegar á la puerta, vieron gran número de palomas, una de las cuales se puso primero sobre la cabeza del Siervo de Dios, despues se le puso en un hombro, y por último en la mano, festejándole con sus movimientos y acciones. El Varon santo despues de haagarla por algun rato, la soltó por dos y tres veces, mas la simple avecilla no quiso partirse hasta que le dió la bendicion, la cual recibida, se fué al instante. De lo cual quedaron muy maravillados aquellos nobles Caballeros. — Miéntras se detuvo en Marsella, cayó un madero sobre la cabeza de un Religioso lego, llamado Fray Lázaro de Marsella, causándole una herida considerable. Habiendo este Religioso encontrado al Varon santo, le explicó la desgracia y le mostró la herida, la cual quedó de todo punto sana con la señal de la cruz que el Siervo de Dios hizo sobre ella. — Al despedirse del dicho convento de Marsella, echó su bendicion á los Novicios que allí había Faltaba entónces uno llamado Fray Honorato, el cual sabiendo despues lo que había pasado, ofreció á sus compañeros cualquier cosa en cambio de aquella bendicion del P. Alonso. Uno de ellos poco apreciador de aquella gracia, la renunció fácilmente al que la pedía, mas no tardó en conocer su engaño, porque perseverando los demas Novicios en su vocacion, él solo fué despedido de la Orden, y volvió á las miserias del siglo. Tambien fué gracia singular el haber merecido ser testigo de vista de aquel señalado favor, que la Vírgen Santísima hizo á nuestro San Félix, cuando le dejó en sus brazos á su benditísimo Hijo: en cuya ocasion el P. Alonso estaba en una parte oculta de la iglesia, y pudo ver tan celestial maravilla. — Otras gracias y dones creemos mereció este Varon santo de la liberalidad del Señor, pues aunque no tenemos noticia individual de ellos, nos lo significa bastante aquel éxtasis ó rapto que tuvo y se manifestó con la ocasion que vamos á referir. Predicando el Siervo de Dios el sermon de la Samaritana en una ciudad de Italia, que se cree fué Nápoles, le oyó un Caballero Español, á quien el Rey había honrado con cierto cargo en aquella region. Esto Caballero quedó tan conmovido de aquel sermon y del espíritu fervoroso del Predicador, que allí mismo hizo resolucion de renunciar aquel cargo y el mundo, y hacerse Capuchino. Con este intento, cuando el Predicador bajó del púlpito, se llegó á él y le dijo que tenía necesidad de hablarle; y como le respondiese que por la tarde viniese al convento, fué allí y le comunicó su resolucion; y miéntras se paseaban y trataban el asunto, quedó el P. Alonso en éxtasis como cosa de media hora, y al volver en sí le dijo, que no tomase el hábito allí, sino que fuese á España á tomarlo, y vería lo que Dios obraría con él. Así lo cumplió el Caballero viniéndose á Cataluña, donde fué vestido en nuestro convento de Gerona en el año 1581, con el nombre de Fray Bernardino de Manzanilla, como más largamente diremos en su vida.

Al fin despues que este santo y famoso Predicador hubo ilustrado toda la Italia con sus virtudes y predicacion, quiso el Señor que viniese á ilustrar tambien á España con los rayos de aquella alta perfeccion, con que tanto resplandeció en los últimos años de su vida. Verificose esta su venida en el a-

ño 1591, siendo él ya de avanzada edad y bastante achacoso. Y aunque estas circunstancias, y el llevar un nombre de tanta fama y de tanta gloria, podían permitirle alguna exencion ó privilegio, se mostró tan ajeno de toda comodidad, que como si fuese novicio, asistía á todo en cuanto se lo permitían sus fuerzas. Su humildad, retiro, y recogimiento era tal, que viniéndole á visitar algunas personas, entre ellas los Virreyes de Cataluña, despues de decirles algunas pocas palabras, se despedía prontamente. Vino una vez á visitarle un Caballero de Cerdeña de parte del Obispo de Caller, y estando en conversacion empezó á traerle á la memoria el fruto que había hecho con sus sermones, y la aceptacion grande que había conseguido en muchos pueblos, donde había predicado. Apénas el Varon humilde oyó semejante materia, se despidió de aquel sugeto, diciendo: Alabado sea Jesucristo ; se fué á un lugar remoto de la huerta, y allí empezó á llorar tan amargamente, como si hubiese cometido algun grave delito. Acertó á pasar por aquel lugar el P. Juan de Alarcon, y preguntándole la causa de llanto tan amargo, le respondió: « ¡Ah, Padre, que el diablo se me ha llevado todos mis trabajos! » Y aunque el dicho P. Juan procuró consolarle, con dificultad lo pudo conseguir. En otra ocasion vino un Religioso del convento de Santa Eulalia al de Monte-Calvario para consultar con el Siervo de Dios algunas cosas de oracion y predicacion. Pero apénas el P. Alonso empezó á oir las dificultades que le proponía, le dejó al instante, y se fué á su celda, y abriendo un poco la puerta dijo: « No hay hombre en el mundo, que sepa ménos esas cosas que yo »; y se quedó cerrado. Los Excelentísimos Señores Virreyes de Cataluña habían formado tan alto concepto de la santidad de este Varon insigne, que desearon tener un retrato de su persona; pero nunca lo pudieron conseguir hasta que el Prelado le mandó que se dejase retratar. Consintió entónces, y habiendo el pintor concluido, le dijo: « Andad con Dios, que llevais un retrato de Judas. » Con el mismo espíritu de humildad decía la culpa como se acostumbra en la Orden, con tanta sumision que parecía un novicio. Y aun en cierta ocasion se arrodilló á los pies de un Religioso mozo, y le pidió perdon de ciertas palabras que le había dicho, no injuriosas, sino con algun enfado. Procuraba en fin ocultar todas sus prendas y perfecciones en tanta manera, que uno de los que conocían su vida, dice estas palabras: « Su humil-
« dad fué tan grande, que siendo un
« hombre tan señalado y famoso en
« la cristiandad, quien le viera en el
« convento, juzgara que no había no-
« vicio más despreciado que él. »

Ni fueron inferiores á estos ejemplos de humildad y desprecio propio, los que nos dejó de su paciencia y sufrimiento. Ya hemos visto su resignacion inalterable y constante en los destierros, cárceles, y prisiones, que hubo de padecer con motivo de su ardiente celo y fervorosa predicacion, y no fué menor la constancia y sufrimiento que mostró en los grandes trabajos, con que el Señor se dignó probar su paciencia en los últimos años de su vida. Una de estas pruebas, y tal vez la más sensible, fué una molesta tentacion en cuanto á las verdades de los misterios de nuestra santa fe, y una desconfianza tan grande, que le parecía que cuanto había obrado hasta entónces era sin mérito y sin fruto, agravándose tanto esta tentacion que le hacía dudosa su salvacion. Y aunque él oraba, gemía, lloraba, y recibía saludables exhortaciones de sus amigos, apénas podía hallar medios oportunos que le infundiesen alguna confianza. La tentacion de la fe se le desvaneció mucho tiempo ántes que muriese, pero esta de desconfianza le afligió hasta su última enfermedad, en cuya ocasion el Señor no sólo le sosegó todos sus temores, sino tambien le llenó de abundantes consolaciones espirituales, para que conozcamos los caminos que la Divina Providencia tiene señalados para sus amigos. A estos trabajos del alma se añadieron otros, que le afligieron en el cuerpo, singularmente una perlesía tan grave y molesta, que llegó á impedirle aun el partir el pan en la mesa. Sufría el Varon paciente este trabajo con mucha resignacion, sintiendo solamente el estar impedido para celebrar el santo sacrificio de la Misa: y aunque al principio satisfacía este su devoto afecto con la sagrada Comunion, pero despues pudo volver á ce-

lebrar, no sin admiracion: porque temblándole las manos, como hemos significado, cuando se llegaba al altar para decir Misa, las sentía tan firmes y estables, como si no padeciese achaque alguno, volviéndose en acabando de celebrar á su primitivo temblor. Otros dolores muy vehementes, á más de la perlesía, afligieron tambien á este santo Varon, de los cuales aunque no tenemos noticia particular, los significó bastante él mismo en la ocasion siguiente. Salieron un dia de verano, despues de la cena, él y el P. Arcángel de Alarcon, y algun otro Religioso, con el fin de pasear un poco por la campiña cerca del convento de Monte-Calvario. Sentáronse juntos para hablar de cosas espirituales, y como el P. Alonso sintiese sus dolores, se recostó sobre la tierra; de cuya accion se arrepintió tanto, creyendo que había dado mal ejemplo, que pidió perdon á los otros; y para hacerles capaces les dijo, que Dios por su bondad era servido que padeciese todos los dolores que padeció Santa Brígida. Expresion á la verdad grande, y que nos hace admirar la singular paciencia de este Siervo de Dios, mayormente al saber que todos estos dolores y penas no eran bastantes á satisfacer su gran deseo de padecer. Compadecido un Religioso de sus enfermedades y dolores, le dijo en cierta ocasion que rogase á Dios para que mitigase un poco aquellos trabajos; pero él le respondió con una áspera reprension: y despues volviéndose á Dios, alzando los ojos al cielo, y juntas las manos, dijo estas palabras: « Señor, más, más, más. »

¡Oh espíritu grande! ¡ho pecho generoso! ¡Qué ardores, qué incendios de amor de Dios abrasarian el corazon de este Varon paciente! Bien lo manifestaba él mismo, pues por más penetrantes que fuesen sus dolores y penas, no dejaba de asistir á las oraciones, á los Maitines, y á los demas ejercicios de comunidad, sino cuando la obediencia le mandaba lo contrario. Algunas veces fué visto cantando en el coro que derramaba lágrimas, indicios seguros de los sentimientos Divinos que ocupaban su interior. Cuando hablaba con algunos, que era pocas veces, sus palabras eran de Cristo crucificado y de su dolorosa Pasion. En el tiempo que por no poder celebrar, recibía la sagrada Comunion, que era todos los dias, se quedaba en la iglesia dando gracias por espacio de dos ó tres horas, bien que por sus dolores estaba sentado. Del mismo modo hacía las demas oraciones, en cuyo santo ejercicio empleaba tambien dos y tres horas con aquel fervor que estaba encendido en su corazon. Ordenole una vez el médico que no se levantase á los Maitines de media noche, por motivo de sus achaques, y como el fervoroso Varon se resistiese, añadió el Prelado su mandato, al cual obedeció puntualmente. — Cuales y cuantos dones, gracias, y favores celestiales mereció recibir de la mano del Señor en sus fervorosas oraciones y santos ejercicios, no lo sabemos individualmente, porque tal vez su humildad los encubriría. Pero podemos creer que fueron no pocos, segun lo persuaden los dos casos siguientes.

Hallábase una vez con los demas Religiosos en los Maitines de media noche, y al llegar á aquellas palabras: *Te ergo quaesumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti*, del Himno *Te Deum laudamus*: se arrodilló y postró con los demas, segun costumbre. Concluidas aquellas palabras, todos se levantaron, ménos el P. Alonso, que se quedó postrado, y permaneció así no sólo hasta concluir el *Te Deum*, sino tambien todo el tiempo de Laudes, y de las Letanías mayores que se dijeron, y aun toda la hora de oracion, que inmediatamente hizo la Comunidad. Parece á la verdad digno de reparo, que los demas Religiosos continuasen su Oficio y oracion, dejándole á él de aquel modo postrado. Y ciertamente que á no estar acostumbrados á ver en el Siervo de Dios semejantes éxtasis ó arrobamientos habrían procurado levantarle ó darle algun socorro. Mas como serían frecuentes, hicieron tan poco caso de ello, que concluida la oracion, se fueron á sus celdas, excepto el P. Bernardino de Alhama, que era Guardian, y dos otros Religiosos, los cuales se quedaron en el coro para saber el fin de aquel rapto. Levantose pues el Siervo de Dios poco despues que los otros se habían ausentado, y creyendo que aun estaba en el verso en que se había postrado, quiso proseguir el Himno *Te Deum*; pero reparando luego que esta-

ba sin luz, creyéndose solo, se fué delante del Altar mayor, en que está el Santísimo Sacramento, y allí con una exclamacion grande dijo: «¿Es posible, Señor, que tantas almas se han de perder?» Y dándose golpes en los pechos, se retiró á la celda, profiriendo estas palabras: «¿No habrá remedio, Señor? ¿no habrá remedio?» De donde infirieron que Dios le había manifestado en aquella ocasion las muchas almas que se habían de condenar.

El otro caso pasó con un médico de Barcelona llamado Gaspar Molera. Este Señor deseó una vez consultar con el Varon santo algunas cosas de oracion, á cuyo fin se fué á nuestro convento de Monte-Calvario, y hallándole ocupado, se detuvo en visitar á los Religiosos enfermos. Acabada la visita vió que el Siervo de Dios venía á él, cosa que no acostumbraba, y sin que le hablase palabra, le respondió y dió consejo sobre cuanto le deseaba proponer. De lo cual quedó muy admirado el médico, teniendo por cierto que Dios le había revelado todas sus intenciones y deseos.

Al fin entre estas ilustraciones y revelaciones del cielo, se le agravaron tanto sus dolores y males que le redujeron á guardar cama y le acercaron al sepulcro. Fué larga y muy penosa su última enfermedad, y fué tambien larga y heróica su paciencia. Había el Siervo de Dios acostumbrado, cuando no podía asistir al coro por sus ocupaciones, rezar el Oficio Divino ó arrodillado ó en pié, cuya costumbre conservó estando enfermo, rezándolo entónces ó en pié ó arrimado á la cama, y decía el Oficio mayor y menor, y aun hacía que le leyese la Calenda el compañero que le ayudaba á rezar. En esta su última enfermedad mereció recibir un particular beneficio de la liberal mano del Señor, el cual se dignó derramar en el corazon de este su Siervo ántes de su muerte tanta paz y consolacion, que servía de no pequeño consuelo á los Religiosos. No había entónces en su boca palabras tristes ó de desconfianza, sino alabanzas á la Divina bondad, y agradecimiento á sus beneficios. Algun tiempo ántes de morir hizo que le leyesen la Pasion del Señor, segun San Mateo, ó el libro de Job, ó algun otro de la Sagrada Escritura; y habiendo leido un rato, pedía que cesasen, y se ponía como en contemplacion de lo leido. Finalmente dos dias ántes de morir recibió los Santos Sacramentos con tanta devocion y lágrimas, que los Religiosos que estaban presentes le acompañaban con las suyas. Conservó su juicio y sentidos enteros hasta el último instante, en el cual entregó plácidamente su espíritu en las manos del Señor, que lo había criado para tanta gloria suya. Murió este Varon incomparable en nuestro convento de Monte-Calvario de Barcelona, en el dia quince del mes de Octubre del año 1593. En la misma ora que acabó de espirar, se puso en la ventana de la celda una Cogujada, pajarillo muy estimado de nuestro P. S. Francisco, y empezó á cantar con tal suavidad, que sirvió de igual deleite y admiracion á los Religiosos.

Apénas se divulgó por la Ciudad el tránsito del Siervo de Dios, cuando el pueblo concurrió á la iglesia de nuestro convento, distante como un cuarto de legua, para venerar difunto al que en vida habían venerado por santo. El Excelentísimo Señor Virrey Duque de Maqueda, envió á decir al P. Guardian, que no le enterrase hasta que viniese: como en efecto vino él con su Esposa y sus hijos, y le besaron las manos y pies. Vinieron tambien otras personas principales con antorchas, y muchísima gente del pueblo, los cuales no contentos con besarle los pies, le cortaban pedazos del hábito, la barba, los cabellos, y aun las uñas, en testimonio del alto concepto que todos tenían de su santidad. De la cual daba indicio claro y evidente el mismo cadáver, pues quedó tan flexible y tratable, que tomándole las manos y pies, le hacían mover los dedos, y aun levantar el brazo como si estuviese vivo; y su carne quedó tan blanda y suave, que parecía no de un anciano achacoso, sino de un niño de pocos años. Así lo dice el P. José de Tárrega con estas palabras: «Soy testigo de vista y tacto, que despues de muerto (el P. Alonso Lobo), quedó su cuerpo tan tratable como si fuera de un niño de seis años.» Las pobres alhajas del difunto eran pedidas y solicitadas con mucha devocion. Al Virrey se le concedió el hábito que había llevado el Siervo de Dios, y el breviario con que rezaba. Al médico Molera, de quien arriba hicimos mencion, se le

concedió entre otras cosas la cuerda con que había muerto el Varon santo; y lo demas se repartió como mejor se pudo. Se llevó finalmemente el santo cuerpo á la sepultura comun de los Religiosos, y lo pusieron sentado cerca los huesos y reliquias del venerable Clérigo y Predicador Apostólico Diego Perez de Valdivia (1), significando con esto, que así como estos esclarecidos Varones fueron tan semejantes en la predicacion y santidad miéntras vivieron, gozasen tambien de una amable sociedad en el sepulcro, supuesto que tambien la gozaban en el cielo.

Ni se acabaron con esto las maravillas, ni el concurso de las gentes en obsequio de nuestro venerable Difunto, ántes bien fueron tantos los que deseaban ver y venerar aquel sagrado cuerpo, que fué preciso dejar la sepultura abierta por espacio de ocho dias. En este tiempo entraron á la sepultura muchas personas, y al paso que tributaban su veneracion al cuerpo del Varon santo, no dejaban de admirar verlo y hallarlo flexible y sin algun mal olor. Y porque esto es maravilloso, lo diremos con las palabras del mencionado Padre José de Tárrega, que se halló presente. « Púsose dentro la sepultura, dice, una « lámpara encendida, para que la mu« cha gente que venía á visitar su cuer« po, le pudiesen ver. ¡Cosa admirable « y maravillosa! ocho dias estuvo a« bierta la sepultura por el concurso y « devocion de la gente, y siempre el « cuerpo colorado, y fresco, y sin géne« ro alguno de mal olor; ni en toda la « sepultura lo había; y con haber allí « tantos muertos, ni aun el verlos, y to« carlos, y estar allí causaba horror, « ántes una consolacion Divina, lo que « yo experimenté muchas veces en aque« llos ocho dias, al cabo de los cuales « se cerró la sepultura. » Hasta aquí el dicho Padre José. Uno de los que entraron en el último dia que estuvo la sepultura abierta, fué un médico llamado Conde, el cual tocó las manos del venerable Difunto, y le alzó el brazo, y despues de haberle besado la mano dijo con grande admiracion, que era gran cosa, que al cabo de tantos dias fuese tan palpable, y que ántes daba buen olor que malo. Despues de dos ó tres años habiendo muerto algunos Religiosos, abrieron la sepultura para darles lugar en ella, y hallaron el cuerpo de nuestro P. Alonso entero, y lo pusieron sentado en un rincon de la misma sepultura. Es cosa admirable que despues de tanto tiempo de muerto, conservasen su miembros tan extraordinaria flexibilidad.

A estos prodigios debemos añadir otros, con que el Señor se dignó honrar á este su Siervo despues de su muerte, para acreditar la pia opinion de su santidad y de su gloria. Ya dijimos, que el médico Molera se llevó, como prenda muy estimada, la cuerda que ceñía el Siervo de Dios en su muerte, la cual cuerda fué como un instrumento de las maravillas de Dios en beneficio de muchos, que lograron alcanzar la salud por su medio. Una de estas personas, así favorecidas, fué la mujer del mismo médico Molera, que se llamaba Angela, la cual padecía un flujo de sangre tan peligroso que le obligaba á guardar cama. Mandole su marido, que se pusiese la cuerda del Varon santo, y fué tan eficaz remedio, que en el mismo dia estuvo buena y sana, de modo que subiendo en un coche se fué á pasear con admiracion de todos. Rafaela Ferran, de Barcelona, sobrina de la antecedente, se hallaba con mucho peligro de su vida, por llevar una criatura muerta; pero apénas le pusieron la milagrosa cuerda, parió luego la criatura muerta, quedando ella libre y sana. Ana Palau, tambien de Barcelona, mereció con la misma cuerda quedar libre de unos vehementes dolores de parto, que hacían peligrar su vida. Igual fué la dicha de la mujer de un ciudadano lla-

(1) De este ilustre Varon, á quien la Orden Capuchina considera como hijo y hermano, se hacen grandes elogios en los Originales de la Provincia de Cataluña. Boverio (tom. II) escribió su vida en nuestros Anales, y entre otras cosas dice en la pág. 393: « Capucinorum Ordinem is tam incredibili benevolentia et veneratione prosequebatur: ut, si quando de virtutibus, aut evangelicae vitae perfectione pro concione aut lectione dissereret, eos in exemplum adferret. Hinc, cùm primum Barcinonam appulit, iis se habitu et vita coniungere secum in animo decreverat; sed propter publicam urbis utilitatem à Barcinonensi Episcopo, atque ab ipsis Fratribus à proposito avocatus, facultate ab Ordinis Superioribus lata, commune saltem cum iis sepulcrum sibi statuit: ut, quibus necessitudine ac spiritus consanguinitate vivens coniunctus fuerat, ab iis nec morte divelleretur. » — En el testamento de este admirable Sacerdote, se lee esta cláusula: « Deseo que los PP. Capuchinos lleven « mi cuerpo, ó lo hagan llevar á Monte-Calvario, « y allí me entierren cerca de ellos, que ya que « en la vida deseé estar con ellos y ser su com« pañero, y no pude, séalo siquiera muerto »

mado Rialp, la cual hallándose muy afligida y atormentada de dolores de parto, poniéndose la cuerda del Siervo de Dios, parió felizmente. Otras muchas personas, afligidas con diversas enfermedades, merecieron tambien conseguir el remedio mediante la dicha cuerda, segun afirmó el mismo médico, depositario de tan celestial tesoro. De todo lo cual podemos colegir, cuan agradable fué á los ojos de Dios este Varon ilustre, y cuanta fué la gloria que le concedió en el cielo ya que en la tierra se dignó honrarle con tantas maravillas y prodigios. Dígnese el mismo Señor inflamar nuestros corazones, para imitar las virtudes de este Padre.

Celebraron las virtudes y santidad de Varon tan insigne muchos escritores de aquellos tiempos, entre ellos la Crónica de los Padres Menores Descalzos de Castilla; Jussano y Grattalora en la vida de San Cárlos; y el Padre Francisco Arias de la Compañía de Jesus en el libro de la Imitacion de Cristo, en cuyo libro despues de haber celebrado algunos Varones ilustres en santidad de la Orden de nuestro P. S. Francisco, dice lo siguiente de nuestro Padre Alonso, segun se halla en el segundo tomo de los Originales de la Provincia: « Entre los demas de esta sagrada Religion y de « este siglo, se puede contar Fray Alonso Lobo, que en España y en Italia tuvo oficio de Predicador apostólico, y con el ejemplo de su vida « santa y muy penitente, y con la « fuerza incomparable de sus sermones, llenos de espíritu y sabiduría « Divina, hizo admirable mudanza en « las almas; y acabó en Barcelona el « curso de su vida con una muerte « felicísima, y digna de hombre verdaderamente santo y muy humilde. » Esto dice este sabio Jesuita de nuestro P. Alonso Lobo, gloria de nuestra Orden, y ornamento de la Iglesia santa (1).

P. Serafin de Nápoles.

De la patria de este Padre sólo podemos decir que fué de Nápoles, dejando en duda, si debemos entender el Reino ó la Ciudad de este nombre. Asimismo dejamos en duda la Provincia en que tomó nuestro hábito capuchino, pues nada hallamos de su entrada á la Religion. No obstante como el P. Arcángel de Alarcon era Maestro de novicios en la ciudad de Nápoles, cuando le tomó por compañero, podemos presumir que moraría en el convento de dicha Ciudad, ó en algun otro de aquella Provincia (1). Siendo pues elegido por uno de los seis, que debían fundar y extender nuestra Orden en España, se embarcó junto con el P. Arcángel y los demas compañeros en las Galeras del Excelentísimo Señor Duque de Sesa. De este modo vinieron todos á Barcelona, donde llegaron el dia de Pascua de Resurreccion del año 1578. Luego fueron juntos á visitar la Vírgen Santísima de Monserrate, para implorar sus auxilios poderosos en el feliz desempeño de la fundacion. Despues ocuparon habitaciones interinas, hasta que se establecieron en el convento de Santa Eulalia de Sarriá, que fué el primero que les proporcionó la Divina Providencia, segun queda explicado. Aunque nuestro P. Serafin era solamente Corista cuando vino á Cataluña, no obstante había ya estudiado Artes, y se presume tenía tambien al-

(1) Arturo de Munster cita muchos Autores que hablan de nuestro P. Lobo. No podemos omitir las siguientes palabras del sabio autor del *Martyrologium Franciscanum* (p. 247): « Romae cùm apud Sanctum Jacobum Hispanorum per Quadragesimam praedicasset, processionem solemnem in die Paschatis instituit, quae nunc usque ab Hispanis observatur. Plura Hospitalia, ad eius instantiam, per Italiae urbes sunt extructa: amicitiam iniit cum Beato Paschali a Baylon, Discalceato, in Hispania: et cum B. Foelice Cantalicio, Capucino, Romae. Beatus Angelus de Paz, dicebat hunc in Italiam coelitùs à Deo missum, tanquam alterum Jonam in Ninivem: ut homines à peccatis et vitiis abstinentes, poenas à Deo decretas declinarent. » — En cuanto á la ciencia del P. Lobo, añade el mismo Autor: « Ab ineunte aetate litteris operam dedit, factusque Frater Minor, scientiis egregiè incubuit: maximè verò sacrae Theologiae ita animum applicuit, ut brevi eximius evaserit Theologus, atque publicè Scholasticam docuerit. » Véase en la *Bibliotheca Script. Cap.* y la *Biografía Seráfica* la nota bibliográfica del P. Lobo como escritor. — Las Provincias de Roma, Marca y Milan consideran al P. Lobo como gloria propia. En el Necrologio de Roma se lee: « 1593. Barcinone in Hispania. R. P. Alphonsus Lupus a Medina Sydoniae, Concionator, vir sanctus, doctissimus scriptor Ordinis, qui hac in Provincia sacrum habitum induit, et professus est. » (Necrol. Prov. Romanae, die 15 Octobris). Pero es cierto que nadie, en este asunto, puede gloriarse con más razon que los Capuchinos de España.

(1) En los *Flores Seraphici* del P. Aremberg, n. 170, hay la imágen de este Siervo de Dios. — Bovetio, tom. II, pág. 517, resume las virtudes del P. Serafin (de quien afirma en su índice que perteneció á la Provincia de Nápoles) con singulares elogios.

gunos principios de Teología, singularmente estaba versado en la mística de San Dionisio; y aun se cree que estaba ordenado de Diácono. Con esto recibió en breve el sagrado Sacerdocio, y á su tiempo el P. Arcángel, como Comisario General, lo eligió por Guardian y Maestro de novicios de nuestro convento de San Jerónimo de Valls. Habíase tomado este convento en el año 1579, en un lugar montuoso, de poca tierra y ménos agua, y estaba en los principios de su construccion, cuando el P. Serafin fué á él como Guardian. De aquí se deja fácilmente entender cuanto hubo de trabajar este buen Padre tanto en lo formal como en lo material de aquel edificio, aunque pobre y estrecho. Él había de cuidar de los que trabajaban en la fábrica, ordenando y disponiendo aquella pequeña ermita en forma de convento, procurando al mismo tiempo el necesario sustento; y como los súbditos que entónces tenía, fuesen novicios ó recien profesos, era preciso que casi todo pasase por sus manos. Al mismo tiempo había de cuidar de la observancia regular, de la educacion de los novicios, de la asistencia al coro, y de lo demas que se requería para dejar establecidos en la Provincia unos fundamentos sólidos de perfeccion. Y sin embargo de ser estos objetos tantos, tan varios, y de tanta importancia, acudía él á todo, y los desempeñaba todos con tanta solicitud, celo, y perfeccion, que el P. Miguel de Valladolid, que era uno de sus súbditos, lo encarece en gran manera en la descripcion que hace de ello. Despues pasó al convento de nuestra Señora de las Ermitas de Gerona, donde ejerció con igual espíritu y celo los mismos oficios de Guardian y Maestro de novicios. Ascendió tambien al grado de Definidor y de Custodio, y podemos decir que miéntras vivió en la Provincia ocupó casi siempre los principales cargos de ella. Argumento claro de las relevantes prendas que resplandecían en él, pues se le confiaban tales oficios.

En efecto, se dejaba ver á los ojos de todos este venerable Padre tan penitente, compuesto, y fervoroso, que se llevaba la atencion y veneracion aun de los seglares. Tenía entre otras gracias la de hablar de Dios con mucha perfeccion, y valiéndose de ella en las ocasiones oportunas, ya en los razonamientos, ya en las pláticas, producía admirables efectos en los corazones de los que merecían oirle. Y aunque los seglares participaron no pocas veces de este don celestial en las pláticas espirituales, que él les hacía aun en sus mismas casas, resplandecieron singularmente sus efectos entre muchas personas enemistadas, á las cuales el Siervo de Dios con la eficacia de sus exhortaciones redujo á paz y concordia. Entre estos se hace mencion de un padre y un hijo, á quienes las personas más graves nunca pudieron concordar, pero hablándoles el P. Serafin hicieron las paces, y volvieron en amistad. Por lo cual fué muy amado de todos, singularmente del Ilustrísimo Señor Don Jaime Cassador Obispo de Gerona, quien le tenía en tan alto concepto, que no se le ofrecía cosa de importancia, que no la consultase con él. Pero el principal blanco á que el Varon santo dirigía este don ó gracia en hablar de Dios, era á los Religiosos, y sobre todo á los novicios. Sabía él muy bien que los novicios son como unas tiernas plantas, que reciben fácilmente las impresiones que se les suministra; y que si estan bien educados en los principios, despues creciendo en edad, producen frutos sazonados en beneficio propio y ajeno. Con este conocimiento educaba á los que tenía bajo su disciplina en toda virtud y perfeccion, singularmente en grande mortificacion, en estrecho silencio, en suma pobreza, y sobre todo en contínua oracion. A este fin no sólo les dirigía aquellas pláticas fervorosas, que hemos insinuado, sino tambien les disponía y ordenaba un tenor de vida de mucha austeridad. Y tenía tal habilidad en juntar este rigor con la suavidad, que léjos de mostrarse severo, les manifestaba un amor de madre: por lo cual aunque eran tratados con rigor, le amaban en gran manera.

Era á la verdad rígido para con los novicios, pero no lo era ménos para consigo mismo. Afligía su cuerpo con tal rigor, que á los ayunos comunes añadía otros particulares á pan y agua, y á las disciplinas ordinarias añadía otras extraordinarias. Vestía un pobre hábito, corto y remendado; y dormía sobre las desnudas tablas, añadiendo en tiempo de frio una estera. De la descal-

sez de los pies fué tan celoso, que á más de andar siempre descalzo, aun cuando las cuartanas le afligían, e influía en muchos Religiosos para que no usasen de sandalias. Tambien se ejercitó en otras mortificaciones y penitencias, de las cuales pero no tenemos individual noticia.

Consiguiente á todo esto fué un gran silencio, que guardaba en sí, y celaba en los otros, un particular recogimiento, un gran despego de amistades y afectos humanos, un celo fervoroso de la guarda de la Regla, Constituciones, y buenas costumbres de la Orden, y aun de todas las cosas de perfeccion.

Ya hemos insinuado la particular gracia que tenía para hablar de Dios, cuyo orígen eran sin duda los incendios y ardores que abrasaban su interior. Entre los objetos á que se dirigían sus afectos fervorosos, eran la Pasion de nuestro Redentor, la infancia del Niño Jesus, y la Vírgen Santísima nuestra Señora, de la cual era devotísimo. Y estos soberanos objetos estaban tan impresos en su mente, que la presencia de Dios era en él casi contínua, como igualmente su oracion, á la cual dedicaba no sólo las horas que acostumbra la comunidad, sino tambien otras horas de noche, y aun la hacía á veces postrado en tierra, y puesto en forma de cruz delante del Santísimo Sacramento, conforme fué visto algunas veces, cuando moraba en nuestro convento de Gerona. A más de esto había compuesto ciertos ejercicios muy espirituales que sólo servían para su espíritu particular. — Que Dios se dignase favorecer á este su amante Siervo con particulares favores del cielo, nos lo indican bastante los siguientes hechos. Morando el Siervo de Dios en nuestro convento de Valls, fué visto arrobado estando en oracion. Otras veces rezando el Oficio Divino en el coro, sentía tales fervores internos, que no pudiéndolos contener, los hacía públicos con algunos saltos que daba. Cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa, al levantar la sagrada Hostia, temblaba á veces de tal modo, que parecía que se le había de caer de las manos. Y aunque esto podría creerse como un efecto de temor reverencial, sabemos que la causa era un señalado favor, que entónces le hacía Jesucristo, el cual se dignaba manifestársele en aquella ocasion en forma de niño; conforme él mismo lo comunicó á cierto Religioso su confidente, encargándole que no lo descubriese miéntras él viviese. Favor á la verdad muy singular, el cual al paso que nos descubre la gran pureza de su alma, nos da al mismo tiempo bastante fundamento para creer que en otras ocasiones merecería gozar de semejantes favores, aunque él, por su humildad, los conservaría ocultos.

Esto mismo nos confirma el haber visto el Varon santo una paloma blanca que andaba volando sobre la cabeza de un novicio, llamado Fray Bartolomé de Vitoria, estando en oracion. Era este novicio al parecer tan rudo y se mostraba tan inhábil para cumplir las obligaciones de lego, que los Religiosos habían ya resuelto que fuese despedido de la Orden. Era entónces Maestro de novicios el P. Sérafin, el cual mereció ver que estando Fray Bartolomé en oracion, una paloma de mucha blancura volaba al rededor de su cabeza, y que apartándola el novicio con la mano, daba algun rodeo y luego volvía sobre su cabeza. De esta vision maravillosa entendió el Varon santo, que lo que se creía inhabilidad en el novicio, era pureza de ánimo y simplicidad de paloma; por lo cual procuró que los Religiosos mudasen de parecer y le admitiesen á la profesion, creyendo que no sería inútil á la Religion quien merecía un testimonio tan celestial. Y en efecto se verificó así, porque habiendo profesado, resplandeció con una santidad admirable, conforme lo diremos en su lugar.

Fué tambien particular favor del cielo el que mereció conseguir por intercesion de la Vírgen Santísima en nuestro convento de Gerona. En tiempo de verano habían puesto dentro la cisterna un vaso lleno de vino, el cual por alguna casualidad se rompió, derramándose el vino en el agua. Este accidente fué muy sensible á los Religiosos, porque habiéndose de corromper el agua segun el parecer de los médicos, les era preciso andar muy léjos á buscarla, por no haber en el convento otra que la de la cisterna.

En este desconsuelo mandó el P. Serafin á los novicios, que rezasen el santo Rosario á la Vírgen Santísima con la confianza que esta piadosa Madre no dejaría de socorrerlos en aquella necesidad, como en efecto así lo experimentaron; porque pasados algunos dias gustando el agua, la hallaron de un gusto tan natural, como si nada hubiera sucedido, con que quedaron socorridos y sin el trabajo que recelaban (1). A estos beneficios debemos añadir otro no ménos singular, con que el Señor favoreció á este su Siervo. Yendo el Varon santo de camino con la molestia de unas cuartanas que le afligían, llegó á casa de una ilustre Señora, llamada Doña Ana de Tamarit, muy devota de los Capuchinos, la cual moraba entónces en un pueblo llamado Rodina. Cuando la Señora vió al P. Serafin con su compañero, sabiendo que ayunaban la cuaresma del Adviento, les preguntó si comerían huevos, pues que no tenía pescado que darles. El Siervo de Dios, respondió que de ningun modo, y que por esto no se desconsolase, pues les bastaban para comida algunas hierbas de la huerta, y que Dios proveería. No satisfizo esta respuesta la devocion de la Señora, ántes la puso en cuidado, mas sucedió que un criado anunció sin tardar que en la puerta estaba un mancebo con una cestilla de pescado fresco para vender. « Pues compradlo á cualquier precio », dijo ella. Tomolo el criado, y despues volviendo para dar el dinero al mancebo, ya no le halló, ni pudo saber quien era. La Señora muy contenta fué á comunicarlo al P. Serafin; pero él ántes que ella hablase palabra, sonriéndose dijo: « ¡ Oh, qué buen Padre es Dios! ¡como ha socorrido la solicitud y cuidado de su Merced. » Con que entendieron todos que aquel mancebo era un Angel del Señor, enviado sin duda para premiar la gran caridad de aquella devota Señora, y para aliviar la rígida abstinencia del P. Serafin.

Siendo pues el Siervo de Dios ilustrado con tales beneficios y favores del cielo, y habiendo edificado la Provincia y la Orden con tantas virtudes y perfecciones, llegó al término de su mortal carrera en la ciudad de Génova. Había sido elegido Custodio primero para el Capítulo General, que se celebró en Roma en el año 1593, y viajando para aquella Capital del Orbe, al llegar á Génova, fué acometido del mal de la muerte, el cual despues de ejercitar su paciencia, le condujo á otra Capital más dichosa, que fué la Jerusalen celestial, segun piamente creemos. Murió tambien en Roma en este mismo Capítulo General el P. Bernardino de Alhama Provincial, como dijimos en su vida, cuyas muertes no dejarían de ser muy sensibles á la Provincia, por haber perdido dos de sus primeros Padres y Fundadores.

Fray Juan de Pamplona, Lego.

En este mismo año de 1593, pasó al Reino de la inmortalidad otro Religioso insigne, llamado Fray Juan de Pamplona, Lego, el cual derramó tan brillantes luces de virtudes y santitad, que al paso que le adquirieron un nombre inmortal, llenaron toda la Provincia de honor y gloria. Fué su patria la ciudad de Pamplona, Capital del Reino de Navarra, de cuyo Reino tomó el apellido, llamándose comunmente Fray Juan Navarro. En su mocedad ejerció por algun tiempo el oficio de sastre, y siguió las vanidades del mundo; pero como Dios lo tuviese preelegido para cosas grandes de su servicio, se dignó darle un aviso singular, librándole milagrosamente de un muy grave peligro de alma y cuerpo. Fué el caso, que habiendo huido de su casa, fué buscado y hallado por un su hermano; y volviéndose los dos pasaron por una Villa, donde fueron acometidos á cuchilladas por cinco salteadores, los cuales hirieron tan gravemente en la cabeza á Fray Juan, que cayó en tierra casi sin sentido. En este trabajo imploró la ayuda y socorro de la Vírgen Santísima Nuestra Señora, la cual se dignó favorecerle con tanta liberalidad, que repentinamente se halló en pié, y quedó sano de la herida. Con tan portentoso beneficio entró dentro de sí mismo, y queriendo ser agradecido, em-

(1) Esto sucedió, dice Boverio ibid., *fervente canicula*, y añade : « mox aqua, quae vino corrupta erat, ad pristinam integritatem et saporem rediit. »

pezó á ejercitarse en obras de devocion y de virtud, y en especial en el estudio de la oracion. Uno de estos ejercicios fué el ir todas las noches á la puerta de la iglesia de cierto convento de Religiosos, que había cerca de su casa, donde permanecía arrodillado todo el tiempo que los Religiosos decían los Maitines. Y como hubiese en el intermedio de su casa y de dicho convento una Capilla de Nuestra Señora, se detenía allí, haciendo oracion, miéntras se tocaba la campana y hasta que se empezaban los Maitines. Acaeció una noche que llovió, por cuyo motivo dejó de ir á los Maitines, quedándose en su cama dormido; cuando oyó una voz celestial, que despertándole y reprendiéndole, le dijo: «¡Oh el más ingrato de los hombres! Si yo no te hubiese ayudado y sanádote la herida, ya estarías muerto, y en el infierno: y ahora por un poco de agua que llueve, ¿dejas la buena costumbre de ir á los Maitines?» Atemorizado Fray Juan con tales voces, levantóse prontamente, y fuese á dicha iglesia; y al pasar por delante la Capilla de Nuestra Señora, vió que la sagrada Imágen de la Reina del cielo despedía de sí un clarísimo resplandor, y que la lámpara que ardía en su presencia, daba una luz extraordinaria y no acostumbrada.

Admiracion grande y no ménos impresion produjeron en el corazon de Fray Juan tan señaladas maravillas, por lo cual deseoso de servir á Dios con mayor perfeccion, determinó abandonar el mundo y abrazar el estado Religioso, lo que cumplió brevemente, vistiendo el hábito de nuestro P. S. Francisco en la Regular Observancia. Aquí se aplicó luego al ejercicio de las virtudes, singularmente en la abstinencia, en la cual se mostró tan rígido que en el año del noviciado sólo comía al dia una escudilla de pan mojado con el agua que servía para lavar los platos. En el dicho año de noviciado sirvió el oficio de cocinero, y sin embargo de componerse la Comunidad de veinte y ocho Religiosos, fué tal su desempeño, y tal su humildad, obediencia, y fervor, que cuando se juntaron los Religiosos para tomar los votos, todos á una voz dijeron, que sin detenerse á examinar los pareceres, podían recibirle á la profesion. No sabemos el tiempo que vivió en aquella familia de la Observancia; sólo hallamos que despues de profeso, aspirando á mayor estrechez de vida, se pasó á otra familia franciscana de Padres Recoletos, ó Descalzos. En esta nueva familia observó el mismo rigor en el ayuno y abstinencia, y como en uno de los conventos donde habitó, se preparase el agua para lavar los platos con hojas de laurel, con esta agua amarga mojaba el pan, y todo junto le servía de comida; perseverando en tan rígida abstinencia hasta que llegando á noticia de su Prelado, se la prohibió.

Al fin habiendo sabido nuestra fundacion en Cataluña, se vino á nosotros, y vistió nuestro hábito capuchino el dia 25 del mes de Junio del año 1581, haciendo su noviciado en nuestro convento de Valls. Despues de haber profesado se dignó el Señor ejercitar su paciencia con una enfermedad de calentura contínua, que le duró por espacio de un año, cuyos dolores, aunque graves, en nada enflaquecieron su fervoroso espíritu; porque llevó despues una vida tan austera y penitente, que podía servir de ejemplar ó admiracion á todos. Hacía grandes y rigurosos ayunos, y algun año ayunó á pan y agua todas las cuaresmas que acostumbraba nuestro Seráfico Padre; siendo en lo demas tan mortificado, que nunca bebió vino. Igual fué su rigor en las disciplinas, pues no contento con las ordinarias de la Comunidad, añadía otras muchas extraordinarias. Su vestido fué un hábito pobre y remendado, su cama las desnudas tablas, el calzado no lo conoció, porque iba descalzo y sin sandalias aunque fuese entre la nieve; privándose en lo demas aun de las cosas lícitas y algo necesarias. Pero en lo que más particularmente se señaló, fué en la mortificacion de la vista, llevando los ojos tan contenidos, que en los doce años que vivió entre nosotros, nunca miró á mujer alguna en el rostro; y aunque ejerció los oficios de portero, limosnero, y otros que le obligaban á tratar con seglares, siempre guardó esta santa mortificacion.

A una mortificacion tan rígida no podía faltar una oracion fervorosa, pues que estas virtudes son tan buenas hermanas, que la una no puede estar sin la otra. En efecto, se dedicó

Fray Juan tan de veras á la oracion, que podemos decir fué este su ejercicio casi contínuo. Cuando era novicio en Valls, despues de haber dormido un poco, no echado, sino arrodillado, y arrimado á la pared, luego volvía á la oracion. Despues fué visto algunas veces permanecer siete horas arrodillado, y sin moverse de un mismo lugar, haciendo oracion. Deseaba el Varon santo satisfacer á los bienhechores las limosnas, con que nos favorecen, á cuyo fin, habiendo cumplido con los ejercicios de obediencia, luego se iba á la oracion; y dijo una vez, que no sabía como podían satisfacerse las obligaciones con las oraciones ordinarias. A los principios se ocupaba en hacer oracion vocal, rezando particularmente el santo Rosario á la Vírgen Santísima, pero sucedió una vez, que diciendo el Ave María, le infundió Dios tanta gracia, y le dió tanto conocimiento de sus misterios, y le reveló tales secretos, que quedó como fuera de sí. Y desde este tiempo tuvo singular gracia de contemplacion, en la cual pasaba á veces tres, cuatro, y aun siete horas estando arrodillado, y sin moverse de un lugar. De aquí nacía en el Varon santo una presencia de Dios tan contínua, que siempre lo llevaba presente en cualquier ejercicio que hiciese. De aquí el ocuparse con mucha frecuencia en aspiraciones y alabanzas Divinas. De aquí aquel afecto y devocion en oir y servir las Misas. De aquí un deseo encendido de recibir el sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, á cuyo fin comulgaba todos los dias. De aquí finalmente nacía un don tan singular de hablar de Dios, que de cualquier criatura ó cosa que se le ofreciese, tomaba ocasion para decir cosas altísimas por largo espacio de tiempo.

A esta misma oracion debemos atribuir todas las demas virtudes, con que resplandeció este Siervo de Dios, las cuales fueron tales y tantas, que el P. Ambrosio de Vich, que lo conoció, las explica con grande elogio diciendo: que fué Religioso de profunda humildad, pronta obediencia, estrechísima pobreza y austeridad en el comer, vestido, lecho, y descalcez; de mucha prudencia en huir las conversaciones; de gran mansedumbre acompañada de una composicion honestísima. Que era al mismo tiempo celosísimo de la salvacion de las almas, como igualmente de la observancia de la Regla y Constituciones. Que tenía mucha paciencia en las adversidades, fortaleza en las tentaciones, mortificacion de los sentidos, y aborrecimiento de sí mismo. Que era muy compasivo de las necesidades de los prójimos, singularmente de los enfermos, á quienes servía con mucho amor. Que tenía en fin otras muchas virtudes y gracias, que eran notorias á todos los Religiosos.

Pero nos descubren su alta perfeccion, y el grado tan eminente de santidad á qué había llegado, las abundantes gracias y dones sobrenaturales que el Señor le comunicó, singularmente una altísima ciencia que le infundió, con que se hizo admirar aun de los hombres más sabios. Fué á la verdad cosa admirable ver á un Religioso lego é ignorante, (que ni sabía leer ni escribir), hablar altísimamente de cosas espirituales y Divinas, no de otra suerte que si fuese un teólogo consumado, ó un Predicador fervoroso, alegando los Santos Padres y textos de la sagrada Escritura, muchas veces en latin con tanta perfeccion, que el P. Frutuoso de Verdú dice, que no sabía que nunca errase. Tuvo una vez este Varon ilustrado una plática con el Ilustrísimo Señor Don Juan Tares, obispo entónces de Elna, y despues arzobispo de Tarragona, y habló tan perfectamente de Dios, que aquel Prelado lo tuvo por Predicador, en cuyo concepto le preguntó, donde predicaba la cuaresma aquel año. Mas el Varon humilde, echándose luego en tierra, le respondió, que no le tuviese en tal opinion, porque era Fraile lego y tan ignorante, que ni aun sabía leer. De que quedó muy edificado aquel Prelado, tal vez más de su humildad, que de su doctrina. Fué otra vez á acompañar á algunos estudiantes, que iban á recibir Órdenes, y habló de Dios delante el Obispo con tanta perfeccion, que le preguntó, si venía a pedir licencia para predicar: á lo que respondió, que no era Predicador, sino cocinero. En otra ocasion pasando por una calle, se detuvo á hacer una plática espiritual á mucha gente que se había juntado, y dijo cosas tan altas, que un sujeto graduado le pidió en acabando, le diese por escrito aquella plática: pero él respondió, que no

podía hacerlo, porque no sabía escribir ni leer. Se hallaba otra vez en el Monasterio de San Jerónimo del Hebron, delante aquellos Monjes habló tan altamente de Dios, tomando la materia del elemento del agua, que aquellos buenos Padres formaron muy gran concepto de su santidad, en tanto que querían cortarle alguna parte del hábito. El P. Ambrosio de Vich, de quien hicimos mencion arriba, dice, que yendo algunas veces, en su compañía, observó que hablaba altísimamente de Dios por espacio de tres y cuatro horas sin parar.

Pero ninguno nos declara tanto este don de ciencia infusa, y el don de contemplacion de este Siervo de Dios, como el P. Miguel de Valladolid, que vivió en aquellos tiempos, y fué su compañero muchas veces; cuya relacion nos ha parecido conveniente poner aquí á la letra, y es como sigue: « De la vida que hizo « entre nosotros (Fray Juan) muchos « dicen bien, y todo lo que dicen es poco para declarar sus virtudes, y para « significar la excelencia del don de contemplacion, y de presencia de Dios, y « de ciencia infusa, y de práctica en la « mística Teología, y de facilidad en hablar altísimamente de cualquier materia espiritual que se le ofreciese. « Subió á tan alto grado de contemplacion que parecía insensible é inmoble; y por cansado que viniese de « fuera, aunque hiciese larga jornada, « en llegando á casa estaba en la contemplacion. No sabía leer, y decía « tan altas cosas, declarando lugares « de Escritura, y tratando materias de « Teología oscurísimas, que me han « referido personas dignas de fe, que « dijo el Arzobispo de Tarragona Don « Juan Tares, que le apretó tanto alguna vez, tratando con él á solas « semejantes materias, que no sabía « qué responderle. Y acostumbraba « decir (cuando este Hermano hacía « de portero) á los Teólogos, que en « su facultad no daban suficientes « respuestas cuando venian á examinarse: Id al portero de los Capuchinos, que él os enseñará Teología. « Las cuales cosas son muy públicas « en Tarragona. Y el Padre Luquian, « Religioso muy grave y docto del « Orden de los Domínicos, que ha leido veinte y dos años contínuos Teología positiva en la Catedral de la « sobredicha Metrópoli, encarece tanto « la profundidad de ciencia infusa de « este Religioso, y el fervor con que « hablaba cosas de espíritu, que nunca « se cansa de loar á Dios en estos « dones. » Tal es la explicacion que hace el sobredicho P. Miguel de estos dones de nuestro Fray Juan. Pero no es esto lo más admirable de su santidad. Lo que causa mayor admiracion es, que prohibiéndole el Superior el enseñar cosas de Dios á las gentes, obedecía tan ciegamente, que ninguna palabra profería sobre semejantes materias, como se verá en el caso siguiente. Moraba el Siervo de Dios en nuestro convento de San Celoní, haciendo el oficio de portero, y como viniesen muchas personas para oirle, él con aquella su celestial doctrina les hacía eficaces y oportunas exhortaciones, enseñándoles los caminos de salvacion. El Guardian, para probar su espíritu, le reprendió en público refectorio aquel ejercicio, diciéndole, que se acordase que era un hermano lego y sin letras, y por tanto que cuidase de su oficio de portero, y dejase de predicar y enseñar al pueblo. Escuchó Fray Juan la reprension con humildad, y obedeció al mandato con tanta exactitud, que en el discurso de un año no habló palabra que se dirigiese á enseñanza alguna. De lo cual quedó el Superior tan edificado, que le servía de materia en conversaciones particulares, y despues le alzó la prohibicion, dándole licencia para proseguir en su devoto ejercicio.

Tal era la humildad con que este Varon santo recibia y ejercitaba el don de ciencia infusa que el Señor tan liberal y abundantemente le había dispensado; y como la humildad es el medio más eficaz para atraer los beneficios del cielo, se dignó el mismo Señor concederle tambien el don de conocer los secretos ocultos, y de obrar milagros para beneficio de muchos: de cuyas gracias referiremos los ejemplos siguientes. – Un médico y un cirujano de Perpiñan estaban sentados junto al puente de una puerta llamada de Nuestra Señora, hablando de cosas mundanas, y era con voz tan baja, que nadie podía entenderlos. Acercose á ellos Fray Juan, que era limosnero en el convento de Perpiñan, y les dijo: « De-

jen, Señores, esas conversaciones mundanas, y hablen cosas de Dios, que son las que más convienen, pues no es tiempo de impertinencias sino de lágrimas. » Quedaron aquellos Señores muy admirados, conociendo que solamente con luz sobrenatural podía tener semejante noticia, por lo cual le tuvieron en adelante en mayor veneracion. — Se hallaba enfermo gravemente en Barcelona el Arzobispo de Tarragona Don Juan Tares, de quien arriba hicimos mencion. Comunicaron esta noticia á Fr. Juan, diciéndole que rogase á Dios por la salud de aquel Prelado. Fuese luego á la iglesia á hacer oracion, y al salir de ella dijo: « No temais de la enfermedad del Arzobispo, porque no morirá, sino que convalecerá brevemente. » Vereficose todo conforme al pronóstico, convaleciendo aquel Señor dentro pocos dias, y recobrando la salud. — Una noble Señora de Tarragona llamada Doña Eneas de Burgues, tenía un hijo afligido de una hernia. Acertó á pasar por la calle Fray Juan, y compadeciéndose del llanto y de los dolores de aquel muchacho, le hizo la señal de la cruz, y fué remedio tan eficaz, que le quitó el dolor y la enfermedad. — Benito Dalmau, vecino de Manresa, padecía unas fuertes calenturas. Visitole Fray Juan, que moraba entónces en aquella ciudad, y habiéndose informado de su mal, le dijo, por qué no acudía á sus amigos en aquel trabajo; á lo cual respondió el enfermo, que estaba resignado en padecerlo, pues veía que había de pasar por él. « Pues buen ánimo, Benito, replicó Fray Juan, confiad en Dios, que esas calenturas se desvaneceran presto, y nunca más os molestaran. » Cumpliose tan puntual esa promesa, que desde aquel punto no tuvo el enfermo más calenturas. — Más singular y de mayor extension fué el pronóstico, que el Siervo de Dios hizo á Bernardo Martí, vecino de un pueblo llamado Constantí, en el Campo de Tarragona. Tenía este una hija por nombre Eulalia, enferma de tanto peligro, que el médico dijo que moriría de aquella enfermedad. Llegó á aquella casa Fray Juan, y viendo al padre y á la madre de la enferma muy afligidos, dijo en presencia de los tres: « Consolaos, y no querais temer, porque esa Angelita, que así llamó á la enferma, no morirá de esa enfermedad, ántes bien convalecerá y quedará restablecida en su antigua salud, y á su tiempo vendrá á ser hostalera de los Frailes. Y para mayor consuelo vuestro os digo, que no os faltará heredero en vuestra casa. » Todas estas predicciones se cumplieron con tanta puntualidad, que la hija recobró la salud, y despues casó en una casa tan antigua devota de los Religiosos de nuestro P. S. Francisco, que había más de cien años que los hospedaban. Y la madre, que ya no pensaba tener parto alguno, por hallarse en la edad de más de cuarenta años, concibió y parió á su tiempo un hijo, heredero de su nombre y casa.

Se hallaba el Varon santo en nuestro convento de Granollers afligido de unas cuartanas, que junto con la hernia que padecía, le habían reducido á mucha debilidad; por cuyo motivo el Provincial dispuso que pasase al convento de Monte-Calvario. Le acompañaron en este viaje un Corista, llamado Fray Agustin de Ripoll, y otro Religioso Sacerdote. Caminaban los tres á pié, y en tiempo muy frio, por ser invierno, cuando llegaron á un arrogo, que el Corista Fray Agustin pretendió pasar de un salto; mas no se atrevió, por verlo demasiado ancho, y así determinó pasarlo á vado; y llegando al medio del agua, vió que nuestro Fray Juan pretendía tambien dar el salto, y no se atrevía, y á breve rato observó que ya estaba de la otra parte del agua, sin saber como ni de qué modo. Prosigueron despues el camino, y viendo Fray Juan que el dia les iba faltando, dijo á los compañeros: « Vamos, hermanos, que es tarde »: y poniéndose él delante, caminó tanto, que en poco espacio le perdieron de vista; y aunque ellos se daban mucha prisa sin detenerse, nunca lo pudieron alcanzar hasta cerca de Monte-Calvario, donde él los estaba esperando; y al llegar les dijo: « ¿Como han tardado tanto, hermanos? ya hace más de dos horas que les espero aquí. Vamos, que en el cielo nos estan aparejadas coronas de gloria. » De cuyas palabras infirieron, que en el corto espacio de media hora anduvo el Siervo de Dios el camino de legua y media, lo que naturalmente parece imposible, mayormente hallándose él muy débil y quebrantado de salud, como hemos dicho

De donde podemos creer, que algun Angel del Señor le llevó, ó el Señor le dió fuerzas extraordinarias tanto en el pasar el agua, cuanto en hacer el camino.

Queriendo finalmente el Señor trasladar á este su fiel Siervo de la tierra al cielo, y darle el premio de sus servicios, se dignó probar su paciencia con la última enfermedad, para que acrisolado con ella, como el oro con el fuego, saliese más puro de este mundo. Cuando el Varon santo llegó á los últimos de esta enfermedad ilustrado, segun creemos, con luz superior, dijo al Religioso que le asistía: « Ya no faltan sino tantas horas », dando á entender la previa noticia que tenía de su próxima muerte: como en efecto al llegar á aquella hora que había significado, murió santamente, y su alma entró en el gozo y en la gloria de su Señor, segun piamente creemos. Verificose su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1593, y fué sepultado en la sepultura comun de los Religiosos. Despues de dos ó tres años fué hallado su cuerpo tan entero y estable, que pudieron arrimarle á la pared derecho y en pié, y dejarlo de este modo (1).

P. Gregorio de Castilla.

El P. Gregorio de Castilla, ó Castellano, floreció primeramente en la sagrada Orden de la Santísima Trinidad, cuyo Instituto profesó, y fué muy estimado de aquellos Padres, singularmente por su ciencia y doctrina, y por la gracia de predicacion de que era dotado. Vivió algunos años en dicha santa Religion con el crédito que acabamos de insinuar. Despues deseoso de vida más estrecha, abrazó nuestro Instituto capuchino. No sabemos en qué año se verificó este tránsito; sólo hallamos que vivió poco tiempo en la Provincia, y que dió tales ejemplos de virtud y perfeccion, que alcanzó opinion grande de devoto, de recogido, de obediente, y de toda virtud. Particularmente se mostró muy celoso de la salvacion de las almas, á cuyo fin como viese que predicando en su lengua nativa, hacía poco fruto en la gente comun, se aplicó con particular estudio en aprender el idioma catalan, en el cual hacía despues sus sermones con mucho celo y deseo de aprovechar á los prójimos, exhortando al mismo tiempo á los demas á que le imitasen en esto, por conocer el fruto que se recoge. Ni se olvidaba de sí mismo miéntras se aplicaba al aprovechamiento de los demas. Las reglas que había aprendido siendo novicio, las observó con toda puntualidad despues de profeso, aunque fuese Predicador, y de tanta ciencia como hemos insinuado; indicio claro de aquella profunda humildad, que residía en su corazon, y de que hablan los Originales con expresion particular. Morando el Siervo de Dios en nuestro convento de Granollers, le mandó el Prelado en uno de los dias de Carnestolendas, que fuese á predicar en la plaza de aquella Villa; y sin excusarse, ciegamente se fué á cumplir el mandato del Superior, resultando de aquí el fruto correspondiente á tan pronta obediencia. Con estas virtudes juntaba el celo de la observancia regular, la aplicacion en servir á los demas Religiosos, y otros ejemplos virtuosos, con que se hacía amable á todos, de modo que no había quien no se gozase en su compañía.

Una vida tan perfecta hizo concebir mayores incrementos en el discurso del tiempo. Mas Dios nuestro Señor, que coge el fruto cuando bien le parece, se dignó poner fin á la carrera de este su fiel Siervo, y trasladarle á otra mansion más dichosa, purificándole primero con una larga enfermedad. Había sido el Varon santo muy aplicado en el estudio, como tambien contínuo en los ejercicios de Comunidad, que como hemos dicho otras veces, eran no ménos austeros que rígidos. De aquí le resultó una enfermedad que le afligió por largo tiempo, cuyos rigores y molestias sufrió con mucha paciencia, y cercano ya á la muerte descubrió más claramente cuanto había aprovechado en la virtud y perfeccion; porque léjos de conturbarse, miró aquel terrible paso con tal serenidad, que causó no poca devocion y edificacion á los que estaban presentes. Tranquilo pues y sereno, y estando en sus sentidos, entregó su alma en manos de su Criador, de quien, segun pia-

(1) Este religioso, como dijimos, se llamó tambien Fr. Juan *Navarro*, y Boverio en el tom. II, p. 518, resumió su vida y virtudes.

mente creemos, recibió el premio que tiene reservado para los buenos y santos Religiosos. Fué su muerte en nuestro convento de Gerona en el año 1593.

Fr. Lorenzo de Camprodon, Lego.

Grandes diligencias puso el demonio para impedir la vocacion de Fr. Lorenzo. Había él determinado dejar el mundo, y servir á Dios en nuestra Orden, y viniendo con estos santos intentos de Camprodon, su patria, á Barcelona, encontró por el camin á un sugeto con el traje y porte de clérigo el cual le dijo venía de Italia; y trabando conversacion con él, le comunicó sus deseos de ser Religioso. El Clérigo, mostrándosele deseoso de su bien, procuró apartarle de aquel intento; para lo cual, despues de decir mucho mal de nuestro Instituto, le ofreció varias comodidades, si determinaba seguirle y venirse con él, porque dijo era Cura de cierto pueblo. Y supo decir y hacer estas promesas con tal arte, que el pobre pretendiente estuvo vacilante en su buen propósito, dudando si seguiría el consejo que le daba, ó si proseguiría su camino en cumplimiento de su vocacion. Pero Dios, que no permite seamos tentados sobre nuestras fuerzas, le dió luz y gracia para despreciar las lisonjeras promesas de aquel falso Clérigo, y continuar en sus buenos propósitos y deseos. Animado con tales auxilios se fué á nuestro convento de Santa Eulalia, donde vistió nuestro hábito, y fué agregado al número de los novicios legos. No desistió por esto el perverso engañador, ántes bien persuadiéndose tal vez que despues las penitencias y mortificaciones, el novicio estaría más dispuesto á recibir sus consejos, se le presentó cierta noche en su celda en un traje muy parecido al de ántes, y despues de reprenderle el haber despreciado su primer consejo, le persuadió que dejase el hábito, y se fuese con él á su casa, donde podría tambien agradar á Dios, sirviendo la Misa y haciendo oracion como quisiese. Y para obligarle más, añadió otros ofrecimientos de comodidad y conveniencia. Fuerte fué sin duda esta batería, pero hallándose ya el novicio más fortificado en la gracia del Señor, tuvo espíritu y valor para resistirle, y no hacer caso de sus ofrecimientos y persuasiones. Lo que visto por el fingido Clérigo, se huyo y desapareció de su presencia; dejándole persuadido que era el demonio aquel que en traje de Clérigo pretendía seducirle, y apartarle de su vocacion santa con tan engañosos y lisonjeros pretextos.

Con esto se confirmó más en su buen propósito de perseverar en la Religion, y de servir a Dios con espíritu y fervor; lo que dió bien á conocer no solamente en el año del noviciado, sino tambien despues de profeso; ejercitándose con fervor grande en la oracion, en la humildad, en la obediencia, y en las demas virtudes. Y se señaló tanto en el ejercicio de la perfeccion religiosa, que el P. Bernardino de Alhama, cuya vida dejamos escrita, no sólo le quería mucho, sino que habiéndole tenido por súbdito, cuando era Guardian de Monte-Calvario, decía de él muchas alabanzas. Argumento nada dudoso de la gran perfeccion, con que resplandeció este santo Religioso. Y así aunque no hallamos más particularidades de sus altas virtudes, nos basta el testimonio de este santo Provincial para suponer en él una santidad más que ordinaria. Vivió en nuestra Orden solos siete años con muy grande ejemplo, al cabo de los cuales, siendo ya fruto sazonado para el convite de la gloria, se dignó el Señor llevarle para sí. Verificose su muerte en nuestro convento de Granollers en el año 1593.

P. Francisco de San-Celoni.

Ilustró tambien la Orden con sus eminentes virtudes otro Religioso insigne, llamado P. Francisco de San Celoni, el cual habiéndonos dejado grandes ejemplos de santidad, pasó de este siglo de tinieblas al reino de la luz en el año 1594. Llamose de San Celoni, no porque fuese natural de esta Villa, sino porque se cree que habitó allí por algun tiempo con un tio suyo llamado Doctor Villaró, que fué Cura Parroco de dicha villa. Su patria verdadera, unos dicen que fué la Conca de Orcau, otros la

villa de Tremp: y es cierto que fué de noble linaje, y que empezó á estudiar Artes en la ciudad de Barcelona. Aquí tuvo comunicacion con los Padres de la Compañía de Jesus, de la cual sacó no poco aprovechamiento, pues aunque estudiante y noble, fué por otra parte recogido y devoto, cosa poco usada entre estudiantes. Despues, viendo la austeridad de vida con que se fundaba la Provincia de Cataluña, y el fervor con que vivían nuestros Religiosos, determinó dejar el mundo, y abrazar nuestro Instituto, vistiendo el hábito capuchino en nuestro convento de Santa Eulalia, en el dia de la Natividad del Señor del año 1580. Semejante determinacion parece no fué muy agradable á su tio, el cual noticioso que su sobrino era novicio en Santa Eulalia, pasó á aquel convento, no para impedirle su vocacion, sino para saber cual espíritu, ó que impulso le había llevado á la Religion. Hablole, preguntole, y se informó de cuanto le pareció conveniente, resultando de esta conferencia no sólo el perseverar el novicio en su vocacion, sino tambien el quedar el tio tan afecto y tan devoto á nuestra Orden, que procuró con los Jurados de la villa que se fundase convento nuestro en su parroquia de San Celoni, como en efecto así se verificó.

Confortado pues Fray Francisco con esta visita de su tio, que no dudamos sería muy devota y espiritual por ambas partes, prosiguió su noviciado, y profesó á su tiempo, sellando con los votos solemnes los santos propósitos de su vocacion. Luego se dejó ver animado de aquel espíritu y fervor, que le distinguieron entre los demas, abrazando cualquier ejercicio de virtud por arduo que fuese. Entre las perfecciones que más resplandecieron en él, fué una pureza y candor muy singular, junto con una particular mansedumbre, y honestidad virginal; por lo cual le llamaban comunmente el Cordero. Era muy benigno, callado, caritativo, recogido, obediente, de mucha oracion, y de una humildad muy profunda; y todas sus obras y palabras no manifestaban sino inocencia, candor, y pureza, en tanto que uno de los contemporáneos dice que nunca le oyó hablar ni hacer cosa, que pudiese juzgarse pecado venial. Y el P. Miguel de Valladolid, que por espacio de dos años le tuvo por súbdito, siendo ya Sacerdote, añade estas palabras: « Confieso que me confundía viéndole, y me consolaba tratando con él, y todo el tiempo que vivió le conocí siempre de vida inculpable. » Mas no fué esto lo más singular en el Siervo de Dios. A tanta pureza é inocencia juntaba una grande austeridad y penitencia. Miéntras tuvo salud siguió con toda puntualidad la rígida observancia. Cubría su cuerpo con un hábito pobre, grosero, y remendado; andaba descalzo y sin sandalias; dormía sobre las desnudas tablas, ó cuanto más sobre una estera; mostrándose siempre no sólo paciente y sufrido, sino tambien alegre y gozoso: y como por otra parte tuviese tanta modestia y composicion exterior, parecía un Angel, y causaba devocion á cuantos le miraban.

Pero á más rigurosos sacrificios se extendieron su voluntad y sus deseos. Habíase por aquel tiempo encendido en la ciudad de Barcelona aquella cruel peste, de que hablamos en otro lugar, y el Siervo de Dios, animado de caridad, pidió con mucha instancia ser destinado al doloroso y caritativo trabajo de servir á los apestados, sin temer los peligros á que se exponía de perder la salud y la vida. No fueron atendidos sus ruegos en este sacrificio, por su poca salud y débil complexion: solamente consiguió el ser destinado á una torre ó casa de campo, para confesar, decir Misa, y consolar á algunos vecinos que se habían retirado por temor del contagio. Dijimos en la vida del P. Bernardino de Alhama, Guardian entónces de Monte-Calvario, que los Religiosos, que fueron enviados á las torres ó casas de campo, llevaron un tenor de vida muy semejante á la del convento: rezando el Oficio Divino en las iglesias ó capillas, leyendo algun libro espiritual en la mesa, y haciendo las disciplinas en los tres dias acostumbrados. Y siendo nuestro P. Francisco uno de ellos, podemos pensar cual sería su espíritu y fervor en estos santos ejercicios, y con cuanta caridad se aplicaría al consuelo de aquellas afligidas gentes. Los Originales de la Provincia nos aseguran que con su buen ejemplo y santos razonamientos edificó á todos.

Mas aunque no logró la dicha de sacrificar su salud y su vida en un ejercicio de tanta caridad, no le faltaron ocasiones de ejercitar su paciencia y sufrimiento en una enfermedad que el Señor dispuso le afligiese por algunos años. Fué esta una destilacion que le caía en la garganta, tan acre, que le abrió un agujero en ella, lo cual á más de la gran molestia que se deja pensar, le impedía el hablar y aun el resollar, á no ser que fuese con mucho trabajo. Era á la verdad cosa admirable, que hallándose este Varon inocente afligido y atacado con un achaque tan doloroso y de tanto tiempo, nunca se le vió el rostro triste, ni se le oyó una palabra de queja: ántes bien, siempre sufrido, siempre paciente, vivía con una santa alegría que daba indicio de la paz y tranquilidad de su interior. Y seguía y practicaba todos los ejercicios como si no tuviese mal alguno. Sólo admitía la dispensa en el comer de la enfermería, por ordenarlo así los médicos. En lo demas ayunaba, hacía las disciplinas, y concurría á los otros ejercicios tanto corporales como espirituales de la comunidad con una constante perseverancia. Asimismo aunque el hablar le ocasionaba tanta pena que con dificultad podía pronunciar las palabras, no por esto dejaba de decir el Oficio Divino, y celebrar todos los dias el santo sacrificio de la Misa, llevando con paciencia el trabajo y esfuerzo que ponía en el pronunciar. Ejemplos todos de mucha edificacion, y que nos descubren claramente su perfeccion y virtud. Habiendo pues llevado una vida tan inocente y juntamente tan austera y penitente, y acrisolado ya como el oro en tan larga y penosa enfermedad, acabó los dias de su mortal carrera en nuestro convento de Tarragona, donde murió santamente, pasando su alma, segun piamente podemos creer, á las bodas del Cordero inmaculado, para seguirle y acompañarle en los gozos eternos. Sigámosle nosotros por los mismos caminos, sino de inocencia, á lo ménos de penitencia, y seremos igualmente felices.

P. Pedro de Guadix.

El P. Pedro de Guadix no vistió nuestro hábito capuchino en Cataluña, sino en Sierra Morena en una ermita de San Andres, que habían tomado allí nuestros Religiosos. Para cuya inteligencia conviene recordar que el P. Juan de Alarcon pasó á Castilla para fundar convento en el lugar del Viso, cuya fundacion el Excelentísimo Marques de Santa Cruz, Señor del dicho lugar, había solicitado con el Papa y con nuestro Reverendísimo P. General. Esta fundacion no tuvo el efecto que se deseaba, por la contradiccion que entónces halló en la Corte; por lo cual el P. Juan, habiendo admitido algunos en la Orden, despues de algun tiempo se volvió con ellos á Cataluña. Uno de los que abrazaron allí nuestro Instituto fué el P. Pedro de Guadix, el cual vino novicio en compañía de los demas, y habiendo cumplido el tiempo de la probacion, fué admitido á la solemne profesion en nuestro convento de Monte-Calvario el día 25 de Marzo del año 1579. Siguió despues la educacion de Corista; y habiendo sido á su tiempo ordenado Sacerdote, mereció ser elegido Guardian por espacio de algunos años, cuyo oficio desempeñó con particular celo y prudencia. Muchas fueron las virtudes con que resplandeció este Varon santo, pero singularmente se señaló en la oracion; en cuyo santo ejercicio se aplicó con tanto conato y fervor, que le sobrevino un vehemente dolor de cabeza, que le ocasionaba grandísima molestia; tanto que no podía tener oracion mental, siéndole preciso divertir la imaginacion á otra parte. No obstante no dejó por esto de orar, conmutando la oracion mental por la vocal, y dedicándose á ella con aplicacion tan contínua, que casi siempre era hallado, ó rezando el Rosario á María Santísima, de quien era muy devoto, ó diciendo otras oraciones; alimentando con esto y del modo que podía el fervor de su espíritu. Se distinguió tambien en la mortificacion y penitencia, miéntras la salud se lo permitió; pues á más de caminar sin sandalias y dormir sobre las desnudas tablas, añadía á los ayunos ordinarios otros extraordinarios, y á las disciplinas comunes

otras particulares. Fué asimismo muy pobre en el vestir y en el uso de las cosas; muy humilde y obediente aun con los inferiores; muy recogido y silencioso; y muy celoso de la observancia regular y de la salvacion de las almas. Por otra parte se manifestaba en el exterior tan honesto y tímido, tan manso y compuesto, y con una alegría tan santa, que parecía un Angel, é infundía devocion á los que le miraban.

Corriendo pues el Siervo de Dios el camino de la perfeccion con tal espíritu y fervor, se dignó el Señor conducirle por otra senda, sin duda más agradable á sus Divinos ojos, que fué el vivir con poca salud, y debilitado de fuerzas por el vehemente dolor de cabeza que padecía, por lo cual le fué preciso temperar algun tanto el rigor de vida que llevaba. Sin embargo sufrió este trabajo con tanta resignacion y paciencia, que nunca fué visto turbado ó impaciente. Y ya que no podía practicar todo el rigor que le dictaban sus deseos, se esforzaba á seguir la Comunidad en todo lo posible. Observaba los ayunos de obligacion, hacía las disciplinas comunes, asistía al coro, y se animaba tanto á seguir el rigor de la Provincia, que bien se conocía que tenía más espíritu que fuerzas, para hacer penitencia. Hablando el P. Miguel de Valladolid de la perfeccion de este santo Religioso despues de confirmar muchas de las virtudes que acabamos de referir, añade lo siguiente: « Yo puedo afirmar todo lo que dicen los testigos, y asegurar que obró más y mejor de lo que se dice, y muchas cosas no se han sabido. » De donde inferimos que si á su tiempo se hubiese hecho la debida averiguacion, tendríamos más copiosa materia que explicar, y pruebas más claras de sus eminentes virtudes. No obstante, lo hasta aquí dicho nos descubre suficientemente cuan perfecta y santa fué su vida como igualmente cuan dulce y preciosa fué su muerte á los ojos del Señor. No sabemos las circunstancias de su fallecimiento. Sólo hallamos que murió santamente en nuestro convento de Perpiñan en el año 1594: persuadiéndonos la piedad cristiana que desde aquel convento pasó al eterno descanso de la gloria, donde halló la dicha y la felicidad, que le merecieron sus virtudes, y que todos nosotros deseamos.

P. Pablo de Francia.

Fué tanta la omision ó descuido en escribir las cosas que pasaron en los principios de la fundacion, que aun se dejaron de notar los pueblos de algunos Religiosos, que por sus virtudes merecieron despues lugar en los Originales de la Provincia. Uno de estos fué el Religioso de quien ahora tratamos, al cual hallamos con sólo el nombre de P. Pablo Frances, sin decirnos de que pueblo, ciudad, ó Provincia de aquel Reino fuese natural. Consiguiente á esto es lo poco que se nos dice de sus virtudes, hallándolas solamente insinuadas con términos generales, por lo cual, parece podríamos pasarlo en silencio. Pero los motivos que se tuvieron para darle lugar en los Originales, nos persuaden que debemos decir lo poco que se halla de su virtud y perfeccion. — Resplandeció primeramente esta perfeccion del Varon santo en la Regular Observancia de nuestro P. S. Francisco, y fué uno de los Religiosos de la Recoleccion ó Reforma que entre ellos se había establecido en aquellos tiempos. Mas como esta Reforma se aboliese, determinó abrazar nuestro Instituto, vistiendo nuestro hábito capuchino, junto con otros muchos de la misma Recoleccion en 1583. No intimidó á este valoroso soldado de Cristo la rigidez de nuestra Orden, ni la grande austeridad voluntaria de aquellos tiempos, ántes como soldado animoso siguió con puntualidad los ejercicios de la Comunidad; mostrándose muy celoso de la observancia de nuestras Constituciones. El andar descalzo y sin sandalias, y el dormir sobre las desnudas tablas ó sobre una estera fueron algunos de los ejercicios que demostraban sus deseos de padecer; como igualmente el ser muy callado, quieto, y muy sufrido. En la humildad y obediencia se distinguió singularmente, obedeciendo á cualquiera que le mandase ó aconsejase alguna cosa. Su pobreza fué tanta, que el que da testimonio de ella, dice que fué pobrísimo en el uso de las cosas. Cuyas vir-

tudes ilustraban, dando á ellas nuevo esplendor, una simplicidad y pureza muy grandes, junto con una particular devocion que profesaba á los Santos. Así resplandeció este Siervo de Dios en la Provincia, y tal fué la virtud y perfeccion con que santificó los dias de su vida. Lo cual aunque parece poco, por no especificarse con ejemplos particulares, la misma generalidad y modo de expresarse nos descubren una perfeccion más que ordinaria. Su muerte se verificó en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1594.

Fray Junípero de Valencia, Lego.

No será más extensa la relacion que daremos de las virtudes de este Siervo de Dios, que la del antecedente, por los mismos motivos insinuados. Llamose Fray Junípero de Valencia, dejándonos en duda, si debemos entender la Ciudad ó el Reino de este nombre. Abrazó el Instituto de nuestro Padre San Francisco primeramente en la Regular Observancia, y despues en nuestra Orden capuchina, vistiendo el hábito en nuestro convento de Santa Eulalia á 30 de Abril del año 1581. Se dejó ver animado de un verdadero espíritu seráfico, mostrándose muy celoso de la observancia de nuestra Regla y Constituciones, y practicando las virtudes propias de nuestro Instituto. Singularmente se señaló en la austeridad con que trataba su cuerpo, cubriéndole con un hábito muy pobre y austero, no permitiéndole el descanso sino sobre las desnudas tablas ó sobre una estera, y negándole el uso de las sandalias por espacio de diez años, cuyas mortificaciones acompañaba con las de la Comunidad, siguiendo exactamente sus ejercicios. La oracion fué otra de las virtudes que ejercitó con particular esmero, lo que significó un religioso, diciendo que fué de grande oracion, muy quieto, y muy silencioso. Compañeras de estas virtudes fueron la obediencia y la pobreza, manifestando la primera con obedecer con prontitud y diligencia, y la segunda en todas las cosas, pues era tan pobre que nada tenía. Resplandeció mucho este Varon santo en la castidad, virtud que conservó tan pura y limpia, que segun algunas expresiones de él mismo, se formó el concepto que se había conservado vírgen. Por esta y las demas virtudes mereció ser elegido por compañero del fervoroso Provincial P. Bernardino de Alhama, el cual hallando en la portería de cierto convento algunos abusos, le mandó que se quedase en aquel convento, y cuidase de la puerta. Obediencia harto trabajosa fué esta para el Varon santo, porque hubo de sufrir una muy grave persecucion, originada de su celo en cumplir fielmente el mandato del Superior. Se hallaba ya el Siervo de Dios, á lo que parece, noticioso sobrenaturalmente de semejante trabajo, pues en el tiempo de la sagrada comunion se le había aparecido el Padre Alonso Lobo, y le había dicho que se aparejase para la persecucion. Y aunque no le expresó en particular el género de persecucion, pero podemos pensar que le significó esta que acabamos de insinuar, que á la verdad fué muy grave, y la llevó con una paciencia inalterable en cumplimiento de lo mandado por su Prelado, con edificacion de sus hermanos. Así vivió este santo Religioso entre nosotros, y con tales virtudes santificó los dias de su vida, hasta que selló el fin de su temporal carrera con una muerte santa, pasando de las miserias de este mundo á las felicidades del Reino eterno, segun piamente podemos creer. Nuestro convento de Tarragona fué el lugar de su fallecimiento en el año 1595.

P. Francisco de Figueras.

El padre de este ilustre Religioso fué un escribano hacendado de Figueras, Obispado de Gerona, llamado Francisco Joer, el cual habiendo pasado por cierto motivo á Zaragoza, se casó en esta ciudad, y tuvo este hijo. Volviose despues á Figueras, donde habiendo llegado su hijo á la edad competente, pensó ponerlo en el estado de matrimonio: mas el buen mancebo deseoso de estado más perfecto, renunció las bodas y el mundo, y abrazó el pobre y penitente Instituto de nuestro P. S. Francisco en la

Regular Observancia. Aquí fué aplicado á los estudios, en los cuales aprovechó tanto, que mereció ejercer los ministerios de enseñar y predicar, aunque tenía mayor gracia en el primero que en el segundo de estos oficios. Pero su principal aprovechamiento fué en la virtud, y en la guarda perfecta de la Regla de nuestro Seráfico Padre; cuya estrecha observancia celó con espíritu y fervor. Habiendo abrazado la Recoleccion, que en aquellos tiempos se había establecido en la misma Orden, trabajó é hizo cuanto pudo para conservarla. Pero sobreviniendo varias dificultades, y extinguida la dicha Recoleccion, en la cual era Custodio, y frustradas del todo sus esperanzas, habiendo tratado el asunto con sus Religiosos, determinaron muchos de ellos, hasta el número de cuarenta, abrazar nuestro Instituto capuchino. Fué á la verdad objeto digno de admiracion ver á este P. Francisco, Religioso grave y venerable por todos respectos, puesto al frente de tantos súbditos suyos, y presentarse al P. Arcángel de Alarcon, para recibir de él el hábito capuchino; como en efecto lo recibieron en el año 1583.

Pero el que más se distiguió, é ilustró más nuestra Provincia fué el jefe ó Custodio de ellos, el P. Francisco de Figueras. Como era Religioso igualmente sabio que virtuoso y experimentado, le confiaron nuestros Superiores la educacion y enseñanza de la Juventud, constituyéndole Lector de Artes y Teología, y fué el primero que ejerció estos oficios en la Provincia. Leyó sucesivamente ambas facultades por espacio de algunos años, juntando la virtud con la doctrina, singularmente con la de Escoto, en que era muy versado: y como tuviese particular gracia en explicar y declarar las materias que trataba, produjo grandísimo fruto en sus oyentes. Concluido este primer curso, fué elegido para las Prelacías y cargos, mereciendo ocuparlos todos, pues fué Guardian, Definidor, Custodio, y por fin Provincial. Cuales y cuantas fuesen las virtudes con que resplandeció entre nosotros, cual su celo y prudencia en las Prelacías, y cual su espíritu y fervor en toda su conducta, se deja bien entender, no sólo de lo mucho que llevaba adelantado, sino tambien del alto concepto que se mereció de nuestros primeros Padres, en la ocasion que le confiaron los más importantes cargos y oficios, cuando la Provincia respiraba tanta austeridad, rigor, virtud, y santidad. Vestía un hábito vil y grosero, andaba descalzo, dormía sobre las tablas, ayunaba no sólo los dias de obligacion, sino tambien otros que añadía por su devocion; y aun pasó mucho tiempo sin comer sino una sola vez al dia. Su humildad era tanta, que á más de no permitir á sus discípulos que le hiciesen servicio alguno, él mismo se aplicaba á ejercer cualquier oficio por bajo y humilde que fuese. Y lo que es más, cuando en los razonamientos ó controversias alguno le daba mediana razon del caso, cedía y aprobaba su parecer, aunque él fuese tan sabio y consumado teólogo, como hemos dicho. Con esta austeridad y humildad iba acompañado un especial recogimiento y abstraccion de seglares de modo que pocas veces admitía sus tratos ó conversaciones, á no ser que la necesidad ó caridad le obligase á ello. Cuando era Lector se hallaba tan debilitado, que con dificultad podía caminar un cuarto de legua; mas cuando fué Provincial caminaba á veces cinco leguas en ayunos con el fin de llegar al convento, y excusar de este modo el trato y hospedaje de los seglares. No obstante cuando se ofrecía alguna ocasion precisa, no dejaba de tratarlos y conversar con ellos con toda humanidad y modestia, hablándoles de Dios, y ejerciendo con ellos obras de caridad; y como tuviese un aspecto venerable, y su conversacion fuese apacible, les infundía tales sentimientos de piedad, que quedaban muy edificados.

Orígen fecundo de todas estas virtudes era la oracion y la presencia de Dios, en que el Varon santo se ejercitaba casi contínuamente, y con tanta reverencia, que aun cuando estudiaba en la celda, estaba arrodillado. Ni el leer ó explicar en el aula le servía de impedimento para tan santo ejercicio, ni entibiaba la devocion y fervor de su espíritu, conservándose tan devoto en medio de las tareas literarias, que al salir del aula se iba á celebrar el santo sacrificio de la Misa con suma reverencia y devocion. Admirado de esto uno de sus dis-

cípulos, le preguntó una vez, como tan presto y sin más preparacion decía la santa Misa. A que respondió el Varon devoto, que siendo el leer y estudiar por obediencia, le servía de oracion y preparacion; y que así en acabando la leccion, lo ofrecía á Dios, diciéndole: « Bien sabeis, vos Señor, que si tuviese tiempo me prepararía con mucha oracion para este Divino sacrificio, pero pues lo hago por obediencia, yo os lo ofrezco por alta oracion y singular preparacion. » Y dicho esto, se iba á decir Misa con tanta quietud y devocion, como si por cuatro horas se hubiese preparado. Semejante á esta piedad y devocion fué su obediencia á los Superiores y á las leyes de la Religion, observándolas con toda exactitud. Fué una vez, siendo Definidor, á visitar á su madre, que es regular habitaría en Figueras, donde teníamos ya convento nuestro, y aunque la casa se le ofrecía primero en el camino, no quiso entrar en ella, ni hacer la visita, por más que el compañero se lo persuadiese, diciéndole que nuestras Constituciones generales prohiben semejantes entradas y visitas, aunque sean de los parientes, ántes de presentarse al Superior del convento. De donde podemos inferir cual sería su celo, siendo Prelado, en procurar la perfecta observancia de la Regla y Constituciones, y de las austeras y loables costumbres, con que se fundaba la Provincia. Sabía muy bien este santo Prelado que los ejemplos son el medio más poderoso para animar á los súbditos en el cumplimiento de sus deberes; y así poco contento con las exhortaciones que les daba, se ponía al frente de ellos con la práctica y buenos ejemplos de una perfecta observancia; por lo que mereció que su gobierno fuese celebrado por recto, prudente, y celoso. Pudieramos extendernos más en estas y otras virtudes, con que resplandeció este Varon ilustre, si á su tiempo se hubiesen recogido y notado las debidas informaciones. Así lo dice el P. Miguel de Valladolid: « De las virtudes de este Padre se pudiera decir mucho, si se hubiera hecho ántes diligencia. »

Finalmente habiendo ilustrado tan gloriosamente la Provincia, y hallándose Ministro Provincial de ella, le fué preciso ir á Roma al Capítulo General que se celebró en el año 1596, en cuya Ciudad santa halló el fin y término de su santa vida. Porque habiendo llegado á ella enfermó de unas calenturas agudas, las cuales se agravaron tanto, que hicieron desconfiar de su salud y de su vida. Se hallaba entónces en el mismo convento de Roma el P. Juan de Alarcon, que siendo Custodio de la Provincia, había ido tambien al mismo Capítulo General. Este Padre, como tan compañero del enfermo, le dió la noticia del inminente peligro en que se hallaba; y aunque semejantes noticias acostumbran atemorizar aun á los Varones perfectos, nuestro P. Francisco la recibió con tanta serenidad, que abrazó al P. Juan por aquella nueva, en testimonio de los grandes deseos que tenía de salir de este mundo. Así pues resignado y tranquilo entregó su alma en las manos de aquel Señor, que la había criado para tanta gloria suya; de quien recibió, segun piamente creemos, la copiosa y abundante retribucion, que tiene reservada para sus amados y fieles Siervos. Murió el Varon santo en el año 1596, y quedó su cuerpo sepultado en nuestro convento de Roma.

Fray Pacífico de Génova, Lego.

Este santo Religioso fué uno de los Compañeros que el P. Arcángel de Alarcon llevó consigo desde Italia para la fundacion; en cuyo alto edificio trabajó tan perfectamente, y puso tales fundamentos de virtud, perfeccion y santidad, que con razon merece ser contado en el número de nuestros primeros Padres y venerables Fundadores. Su patria fué Génova, segun algunos; ó como dicen otros, la Calabria; y aun no falta quien la pone en la Basilicata. Siendo seglar fué tan devoto de la Vírgen Santísima, que ayunaba todos los Sábados, sin comer cosa alguna hasta el Domingo: devocion que nos hace suponer en él otras virtudes, con que adornaría su alma, y que le dispondrían para el grande sacrificio que hizo á Dios cuando abrazó nuestro Instituto capuchino en una de las Provincias de Italia con el nombre de Fray Pacífico. En el noviciado dió

muestras de una humildad muy profunda, pues habiendo sido vestido en la clase de Corista, como inteligente en la Gramática, y siguiendo á los demas en el coro, despues de algunos meses pidió y consiguió pasar al estado humilde de lego. Con tales principios y disposiciones nadie admirará que se adelantase tanto en la virtud, y creciese tanto en la perfeccion, que mereciese ser elegido por uno de los que debían llevar á España la estrecha y rigurosa observancia capuchina. Podían á la verdad ser elegidos otros Religiosos perfectos para un encargo de tanta importancia, pero mereció él ser preferido, y entrar en el número de los compañeros del P. Arcángel de Alarcon; con quien se embarcó en las Galeras del Excelentísimo Señor Duque de Sesa, y llegó a Barcelona; y despues de visitar la Vírgen Santísima de Montserrat, él y los demas dieron glorioso principio á la fundacion de la Provincia de Cataluña.

Los primeros cimientos que Fray Pacífico echó en esta espiritual fábrica, fueron la austeridad, penitencia, y mortificacion. Los ayunos le fueron tan familiares, que podemos decir eran su ordinario sustento en casi todo el año; porque á más de observar las cuaresmas santificadas por nuestro Seráfico Padre, y los ayunos de la Orden, añadía otros muchos de devocion, siendo por lo comun su alimento en tales ayunos el pan y el agua solamente. Y como si el pan fuese comida demasiado regalada, buscaba no pocas veces los mendrugos y migajas que quedaban en las alforjas, haciendo de ello aquel banquete delicioso que apetecía su mortificado espíritu. Hizo el propósito de no comer jamas fruta; en cuyo cumplimiento cuando, siendo refitolero, distribuía alguna fruta para los Religiosos, se decía á sí mismo: « No comeras de esto, Fray Pacífico, no comeras. » Y así como lo decía, así lo cumplía Siendo lo más particular, que en medio de tantos ayunos conservaba un rostro tan fresco y colorado, que parecía tener una rosa en cada mejilla. Semejante á esta rígida abstinencia fué el rigor de las disciplinas con que azotaba su cuerpo. Poco satisfecho con las que acostumbra la Comunidad, añadía otras extraordinarias hasta llegar á ser cotidianas; y á veces las hacía tan sin compasion y por tanto tiempo, que el Prelado le mandaba cesar. Otras veces se retiraba en un sepulcro oscuro que había en la iglesia, y allí se azotaba con más extraordinario fervor. Tambien se supo que algunas veces haciendo la disciplina en la celda por estar enfermo, despues de cansado de azotarse, se daba muchos bofetones, como si los azotes fuesen poco activos en la afliccion de su cuerpo.

Ni fué esto lo más admirable de la penitencia de este mortificado Varon. Lo que pasma y admira es, que pudiese observar un tenor de vida tan riguroso junto con otras aflicciones y dolores. Habíale Dios visitado, ya á los cinco años de Religion, con la molesta enfermedad de gota, la cual á más de afligirle toda su vida, le obligaba á veces á andar con muletas, y á veces arrastrando; y sin enbargo por vehementes que fuesen sus dolores, nunca se le oyó queja alguna, ni aflojó en la rígida austeridad de su vida. Ayunaba con la misma abstinencia, se disciplinaba con el mismo rigor, oraba, se humillaba, y padecía con la misma constancia. Y si tal vez hacía alguna tregua, era cuando las fuerzas, ménos constantes que su espíritu, habían de rendirse al rigor de la enfermedad. Su vestido fué muy austero y despreciado, su sueño muy limitado, y sobre las desnudas tablas ó sobre una estera, y su descalcez era tanta, que no se permitía el uso de las sandalias, miéntras la gota no le impedía esta mortificacion. Con esta rígida austeridad y extremada penitencia juntaba un corazon tan tierno y compasivo para con los necesitados y afligidos, que no podía verlos sin procurarles todo el socorro y alivio que estaba en sus manos. Así pues, cuando en el año 1589 apareció la peste en Barcelona, habiendo muchos pobres que no pudiendo entrar á la Ciudad, iban descarriados por el campo, este Varon caritativo, siendo portero en Monte-Calvario, los socorría, los remediaba, y les daba todo el consuelo posible; siendo un refugio particular para ellos. Asimismo cuando cuidaba del refectorio, si veía algunos Religiosos flacos, ó viejos, ó forasteros, procuraba que tuviesen todo aquel alivio que permite nuestro pobre estado, y dependía de

su diligencia, creyendo, y con razon, que la caridad es la primera de todas las virtudes.

Grande era el místico fuego que abrasaba el corazon de este Varon fervoroso. Enamorado plenamente de Dios, nada deseaba tanto como tratar, conversar, y unirse íntimamente con él, de modo que parece vivía solamente del trato con este amante Dueño de sus afectos. En las noches, despues de dormir un breve rato, se iba á la iglesia, donde permanecía en oracion y en contemplacion de los Divinos misterios. En el dia, cuando no se ocupaba en la oracion mental, se dedicaba en rezar oraciones y devociones, empleando tanto tiempo en estos santos ejercicios, que fué observado que de las veinte y cuatro horas del dia se ocupaba las diez y ocho en oracion mental ó vocal. Esta fué la fragua en que se encendía aquel celestial fuego, que hacía dulces y ligeras las penitencias, mortificaciones, dolores y trabajos que afligian á este Varon santo. Esta la fuente de aquellas ánsias y deseos que tenía de unirse con su Divino Esposo, á cuyo fin comulgaba casi todos los dias. Este el manantial de aquella devocion tierna al santo sacrificio de la Misa, que era tanta, que apénas se celebraba alguna que no procurase servirla, ó por lo ménos oirla, sin que los dolores de la gota le impidiesen la asistencia. Era á la verdad digno de admiracion ver á este venerable Religioso andar con muletas, y á veces arrastrando, y de este modo presentarse al coro ó á la iglesia para oir las Misas que se celebraban. Y como algunas veces no pudiese estar arrodillado, ni sentado, ni en pié, ponía una rodilla y una mano en el suelo, y permanecía en esta tan penosa postura por el tiempo en que se celebraban dos ó tres Misas; pareciéndole que ningun trabajo, ninguna pena, ningun dolor debía dispensarle de la asistencia á tan augustos misterios.

Una devocion tan tierna, y una oracion tan contínua, junto con tan austera penitencia, non podían ménos que introducir á este siervo de Dios en los tesoros celestiales, y merecerle aquellos favores soberanos, que se conceden á los amigos y privados del Señor. Uno de estos favores fué el dejar la tierra y elevarse en el aire miéntras estaba orando, segun fué visto algunas veces. De otro aun más singular da testimonio aquel gran bienhechor nuestro Miguel Querol, el cual entrando en la iglesia de Monte-Calvario, vió allí á Fray Pacífico que estaba como arrobado y fuera de sí, y que con grande fuerza decía estas palabras: « ¡ Ah, que se me va! » Y deseando saber lo que quería significar con aquella exclamacion, se acercó á él, y le dijo: « ¿ Qué tiene, Fray Pacífico? » A que él, aun no bien recobrado, respondió con gran fervor: « ¡ Ah, que había tomado á Nuestra Señora por la falda del vestido, y se me fué! » De cuyo suceso podemos inferir la familiaridad grande que este Siervo de Dios tuvo con la Vírgen Santísima, y los muchos favores que recibiría de su gran liberalidad. Otra vez el mismo Querol envió un criado con una cesta llena de diferentes medicinas, para los enfermos de dicho convento de Monte-Calvario. Yendo este criado por el camino, encontró un buey tan feroz, que arremetiendo con él, y tomándole con un cuerno, le levantó por el aire, y le dejó caer en el suelo: y cuando se creía quedase muy maltratado, y con las medicinas inutilizadas, se halló en pié sin lesion alguna, y la cesta de los remedios en el mismo buen estado de ántes. De todo lo cual comunicó Dios tan clara noticia á Fray Pacífico, que al llegar el criado, y ántes que le hablase del suceso, le dijo: « ¿ Como te ha ido con el buey: te ha asustado? pues no había que temerle, porque los Religiosos hacíamos oracion por tí. » En otra ocasion deseó el Varon santo saber el estado de cierto Religioso difunto, muy amigo suyo, y mereció que su alma se le apareciese, diciéndole, que había estado en el purgatorio por los defectos cometidos en el gobierno, pero que ya subía al cielo.

Otros serían sin duda los favores celestiales que el Señor dispensaría á este su Siervo, de cuya noticia carecemos, tal vez porque los encubriría su mucha humildad, virtud que estuvo altamente radicada en su corazon ya desde el noviciado. Ya dijimos que prefirió entónces el estado de lego al de corista, á cuyo estado tributó siempre grande reverencia, aun en medio de sus dolores. Asimismo aunque la gota le impedia á veces algunos ejercicios y

trabajos, no obstante cuando no podía más, iba arrastrando con la escoba en una mano, ayudar lo que pudiese. Tambien fué visto alguna vez bajar al refectorio con las muletas, y decir allí la culpa, no queriéndose privar de este acto de humildad. Otro ejemplo de su profunda humildad tenemos en que, deseando los Excelentísimos Señores Virreyes hablarle, movidos de la fama de su santidad, nunca lo pudieron conseguir hasta que el Prelado se lo mandó por obediencia.

Elevado pues Fray Pacífico á la cumbre de tan alta perfeccion, y habiendo edificado la Provincia con la solidez y hermosura de tan heróicas virtudes, llegó al fin de su vida, por la debilidad. Y como en su vida fuese tan acostumbrado á orar, cuando llegó su última hora, se puso á rezar las Letanías de Nuestra Señora y otras devociones, y fué esto con tanta quietud y sosiego, que en medio de estas oraciones pasó de este mundo casi sin advertirlo los Religiosos que le asistian. Fué su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1596, con universal opinion de santidad, de la cual movidas aun las personas principales, concurrieron á su entierro, y se llevaron las cosas de su uso; cuya buena opinion confirmaría no poco el que estando su cuerpo en la iglesia para enterrarle, resplandeció su rostro y se puso más hermoso que cuando vivía.

Pero con otros testimonios más claros se dignó el Señor manifestar no sólo la santidad de este su fiel Siervo, sino tambien la excelsa gloria que le concedió en el cielo. Uno de ellos fué haberse aparecido glorioso en la misma hora de sù tránsito á una mujer de Barcelona, devota suya, llamada Clara Grau, cuyo suceso pasó en el modo siguiente. Habían los dos pactado, que el que primero muriese daría al otro aviso de su estado, si Dios le concedía el permiso. Estaba una noche la dicha Clara durmiendo, cuando oyó repentinamente un ruido que la despertó, y mirando con atencion, vió á Fray Pacífico vestido de resplandores, que le dijo: « Clara, queda con Dios, que yo voy á gozarle en su Reino ». Admirada de esto la mujer, despertó á su marido diciéndole: « Mi Padre Fray Pacífico ha muerto »; y luego por la mañana fuese á nuestro convento, para cerciorarse más de la verdad, y halló que verdaderamente había fallecido en la misma hora que se le había aparecido, que fué como una hora despues de media noche. Esta misma mujer tenía un hijo, que fué despues Religioso nuestro con el nombre de P. Arcángel de Barcelona, el cual estando en Tarragona, cayó enfermo de unas graves calenturas; lo que sabido por su madre, pasó luego á aquella ciudad, y aplicando al hijo enfermo un pedazo del hábito de Fray Pacífico, fué remedio tan eficaz, que al instante le dejaron las calenturas y se halló sano. Finalmente abriendo la sepultura despues de tres ó cuatro años que estuvo enterrado, se halló su cuerpo entero. Indicios de los inmensos bienes que Dios le concedió en el cielo, en premio de las heróicas virtudes con que le había servido en la tierra. Queden estas virtudes altamente impresas en los corazones de todos nosotros, singularmente de nuestros Hermanos Legos, como sucesores que son de este venerable Hermano, quien fué el primero de los Legos que vió la Orden en España, y el que con sus ejemplos fervorosos puso los fundamentos de aquella alta perfeccion, que deben practicar y seguir los que profesan este humilde estado, cuya perfecta imitacion les merecerá ser algun dia sus compañeros en el cielo.

P. Arcángel de Pesillá.

EL P. Arcángel fué natural de un pueblo del Rosellon llamado Pesillá. Fué de una familia noble, y había de suceder como Jefe por ser el heredero de su casa. Pero ocupó tan temprano la Divina gracia su corazon, que ántes de abrir los ojos para el mundo, los tuvo abiertos para el cielo, y ántes de saber cual era la vida del siglo, quiso vivir en el claustro. Fué á la verdad cosa admirable, ver á un niño que aun no llegaba á los años que pide el ingreso en la Religion, presentarse á nuestros Superiores, y pedirles con instancia que le vistiesen el hábito capuchino,

y le admitiesen á nuestra Orden, sin hacer caso ni de su nobleza, ni de su herencia, ni de cuanto aprecian los hombres. Es verdad que aquellos Padres se mostraron difíciles en acceder á su peticion, no sólo por su poca edad, sino tambien por ser de complexion endeble. Mas el niño perseveró en su peticion, y importunó tanto á los Prelados, que al fin le admitieron en el convento con un género de probacion nunca ó pocas veces visto. Primeramente le vistieron una sotanilla, á manera de Clérigo, con la cual anduvo algunos meses. Despues conmutaron este vestido en una tuniquilla sin capucho; y de este modo vivió entre nosotros hasta que pudieron vestirle el hábito, llevándose en este tiempo con tanta religiosidad, que era la admiracion y edificacion de todos. Concurría al coro con los demas Religiosos; decía la culpa en el refectorio con toda humildad; asistía á los actos y ejercicios de la comunidad; en fin parecía un Religioso, no niño, sino provecto y fervoroso. Con estas pruebas de perfeccion, y con estos principios de virtud, llegando al tiempo determinado, le vistieron el santo hábito en el dia 21 de Octubre del año 1588, produciendo esta su entrada en la Religion no pequeña edificacion á los seglares, que conocían la nobleza de su linaje.

Pocos años pudo gozar la Provincia de la perfeccion de este Religioso, porque fueron pocos los que el Señor le concedió de vida, frustrándose con esto las bellas esperanzas que se habían formado de tan fervorosos principios. No obstante en el poco tiempo que vivió en la Religion, mostró siempre tanto fervor y espíritu, que adelantó no poco en la virtud y perfeccion. Las austeridades de nuestro Instituto, léjos de enflaquecer su espíritu, encendían su corazon en nuevos deseos de padecer por amor de aquel Señor, que tanto padeció por nosotros. Era, como dijimos, de complexion delicada, y moraba en un convento frio, y sin embargo no admitía otro vestido, sino el que fuese muy pobre; ni concedía á sus pies el uso de las sandalias, caminando enteramente descalzo por algunos años; ni quería otro lecho sino las desnudas tablas, ó cuanto más una estera; siguiendo en lo demas las penalidades y ejercicios de la Comunidad como si fuera uno de los Religiosos más robustos. Fué una vez destinado por compañero del P. Pablo de Gerona, que iba á predicar á cierto pueblo, y miéntras hacían el viaje, les sobrevino una lluvia tan copiosa, que á más de dejarles bien mojados, formó no pequeños lodos para aumento de la penalidad. Nuestro P. Arcángel como si aquello fuese un beneficio particular, volviéndose á su compañero, le dijo, que era bien que una vez salía del convento al cabo de mucho tiempo, le aguase Dios el contento que podía recibir, ofreciéndole ocasiones de padecer, porque de esta manera no apeteciese cosas de gusto. Caminaba otra vez con algunos Religiosos, y viendo á uno de ellos atormentado del frio, se quitó prontamente unos remiendos interiores que llevaba, y los dió á aquel Religioso para socorro de su necesidad, mostrándose no ménos caritativo que paciente, cuando elegía la penalidad para sí, y la conveniencia para el hermano.

Con sus virtudes andaba el Varon santo el camino de la perfeccion religiosa, ilustrando con ellas el Sacerdocio, á que había sido promovido, y honrando los estudios de artes y Teología, á que había sido destinado. Y cuando un espíritu tan fervoroso prometía mayores incrementos en la virtud, y más altos progresos en la santidad, se dignó el Señor poner término á su carrera, y trasladarle á una mansion más dichosa. Fué breve el curso de su vida; pero como Dios mide la perfeccion no por los años, sino por el fervor y espíritu con que se le sirve, podemos creer que era ya fruto sazonado para el cielo, cuando llegó al fin de sus dias en nuestro convento de Gerona, desde el cual, segun nos persuade la piedad cristiana, voló á aquel Reino glorioso, donde la juventud nunca se marchita. (1)

---

(1) En el MS. *Notanda* etc. (*Nobiles exemplarissimis*, se lee: « Fr. Archangelus Ros de Pessilla in Rosillone Nobilis, et accepit habitum Capuccinorum anno 1588, et professionem fecit Gerundae anno 1589. »



P. Santos de Génova.

Este Padre vino de Italia á la Provincia de Cataluña, siendo ya Capuchino, y ordenado de Sacerdote. Cual fuese la Provincia en que tomó el hábito no lo sabemos. Sólo le hallamos con el nombre de P. Santos de Génova. Entre nosotros se dejó ver tan fervoroso, austero, penitente, y adornado de tanta virtud y celo, que mereció ser elegido Guardian algunas veces; en cuyo oficio trabajó no poco para mantener la rigida observancia con que se había fundado la Provincia, ejercitando á los súbditos, singularmente á los jóvenes en las austeridades acostumbradas, y haciéndolo con tal prudencia y discrecion, que sólo pretendía de los Religiosos aquello á que alcanzaban sus fuerzas. Y para que no se pudiese decir, que él enseñaba una cosa, y practicaba otra, se constituyó ejemplo y norma de todos en la más rígida austeridad, y en la más estrecha observancia. Nunca vistió hábito nuevo, sino el más viejo que podía hallar; ni admitió el uso de las sandalias, caminando regularmente á pié descalzo, y aun como si esto no fuese bastante, fué visto algunas veces andar sobre los cardos y espinas, á fin de tener más que padecer. Su abstinencia era tal, que á más de ser muy parco en el comer, añadía á los ayunos comunes de la Orden otros extraordinarios. El sueño lo tomaba sobre las desnudas tablas, y muchas veces no echado sino sentado; añadiendo á todo esto muchas disciplinas y otras mortificaciones.

Un tenor de vida tan austero y penitente parece más que bastante para satisfacer cualquier espíritu fervoroso; pero debemos confesar, que era poco correspondiente á los grandes deseos que el Varon santo tenia de padecer. Animado del espíritu de Jesucristo, le parecían pocas y ligeras todas las mortificaciones que hemos insinuado; y así, queriendo añadir otras más sensibles, se concertó con otro Religioso de igual espíritu, para que mutuamente se mortificasen y afligiesen en aquel modo que les dictase su fervor. Llamábase este Religioso Fray Narciso de Denia, Varon muy fervoroso y penitente, como diremos en su vida. Deseaban ambos ser verdaderamente humildes, y en gran manera mortificados, y para conseguirlo, á más de los ejercicios particulares de cada uno, formaron el concierto de reprenderse el uno al otro las faltas que se notasen, y que en castigo de ellas se dijesen palabras de menosprecio, y se impusiesen las penitencias que quisiesen. Así lo concertaron, y así lo cumplieron, ejercitándose mutuamente en rigurosas penitencias y en profundos actos de humildad, logrando con esto tales incrementos en la virtud, cuales significan los arrobamientos espirituales que Fray Narciso merecía gozar algunas veces en semejantes ejercicios. De nuestro P. Santos no se dicen estos favores del cielo con tanta expresion, ni en tales ocasiones: no obstante un testigo asegura, que tenía tan grande fervor, que á veces parecía estar fuera de sí. Ni esto debe parecernos extraño en este Varon santo, pues á más de ser tan riguroso y penitente, era al mismo tiempo Religioso de mucha oracion, que es el ejercicio donde se enciende el fervor, y se disponen los favores celestiales. Por más cansado que llegase al convento, despues de algun viaje, luego concurría con los demas Religiosos á los ejercicios de la Comunidad, entre los cuales contamos como uno de los más principales el de la oracion.

Otras virtudes adornaron tambien á este Varon santo, singularmente un recogimiento y abstraccion grande de seglares, para lo cual cuando iba de viaje, caminaba largas jornadas sin comer, por no hospedarse en sus casas. Tenía una caridad particular para con los prójimos y hermanos, á cuya utilidad se privaba de sus comodidades necesarias, durmiendo á veces en los rincones del convento, y dejando su celda para los forasteros; conforme lo practicaba en nuestro convento de Gerona, en ocasion que había pocas celdas. Finalmente resplandeció en él una particular y cordial devocion á la Vírgen Santísima Nuestra Señora, con cuyo poderoso patrocinio, y bajo cuyos sagrados auspicios, hizo tales y tantos progresos en la virtud. Viviendo pues el Siervo de Dios con tanta perfeccion, y siendo Guardian de nuestro convento de Blanes, otro Religioso de mucha santidad, llamado P. Jerónimo de Hostalric, le dijo: « Vuestra Caridad, que se llama Santos, irá á Roma, donde hay muchos Santos, y morirá allá. » Pasado

un mes despues de dicho anuncio, el Provincial, P. Juan de Alarcon, le señaló por compañero de cierto Religioso que pasaba á Nápoles; y habiendo llegado á Roma, mereció que el Señor le sacase de las miserias de este mundo, mediante aquella dichosa muerte, que le juntó, segun piamente creemos, con los Santos de aquella Ciudad santa.

P. Buenaventura de Alhama.

Habiendo este Religioso nacido en Alhama, en Aragon, abrazó el Instituto de San Bernardo en el Monasterio de Veruela en el mismo Reino, en cuya profesion vivió algunos años. Pero deseoso de mayor austeridad se fué á Italia, donde vistió nuestro hábito capuchino, viviendo allí con aquella alta perfeccion que nos indican los ilustres ejemplos de virtud con que ilustró la Provincia de Cataluña, á la cual vino en los principios de su fundacion. Era ya muy anciano cuando se trasladó de Italia á Cataluña, y sin embargo ejercitó la austeridad y rigor de vida de aquellos primitivos tiempos, como pudiera hacerlo cualquier jóven. Fué muy puntual y muy exacto en todos los actos y ejercicios de Comunidad; dormía sobre una estera: mortificaba el gusto con ajenjos, ya comiéndolos, ya mezclándolos con la bebida. A los ayunos de obligacion juntaba otros de devocion, sobre ser muy abstinente en la comida; vestía un hábito viejo y áspero; y servía á los enfermos con tanta humildad y caridad, que les hacía las camas, barría las celdas, y limpiaba los vasos. A todo esto acompañaba una humildad muy profunda, una abstraccion de seglares muy particular, una obediencia muy rendida, una pobreza muy estrecha en todas las cosas, y una custodia vigilante de la castidad; coronando todas estas virtudes una gran devocion á la Vírgen Santísima, á honra de la cual rezaba siempre el Oficio parvo.

Fueron sus virtudes tan ilustres, y merecieron al Varon santo tan alto concepto en la Provincia, que casi siempre fué Guardian de los principales conventos, Maestro de novicios, Definidor, y Custodio: cuyos oficios ejerció con mucha prudencia, consejo, y celo de la regular observancia; procurando siempre la perfeccion de sus súbditos, singularmente de los novicios, á cuyo fin permaneció constante en no aflojar en el rigor establecido en la Provincia. Tal fué el gobierno de este Siervo de Dios, y tales las virtudes con que ilustró la Provincia. Por lo cual fundándose en aquellos tiempos la Provincia de Valencia, fué enviado á ella, siendo Definidor actual, para que sus eminentes virtudes sirviesen de fundamentos sólidos en este nuevo espiritual edificio que se establecía en aquel Reino. Mas Dios nuestro Señor, cuyos consejos son muy diferentes de los de los hombres, se dignó trasladarlo á otro Reino más dichoso, cual fué el de los Bienaventurados, como piamente creemos. Así pues á poco tiempo de llegar á Valencia, murió en el Señor en el año 1597.

Las Crónicas manuscritas de la Provincia de Valencia añaden lo siguiente: « Despues de fundada nuestra Provincia, el primer fruto que ofreció al cielo por preciosas primicias dignas de Dios, fué al P. Fr. Buenaventura de Alhama, que por haber sido el primero que Dios entresacó de aquellos nuestros primeros padres tan insignes en santidad, podemos creer era muy singular la suya; y ningun testimonio la califica más que el de haber sido uno de los señalados y escogidos por la suya para que con los ejemplos de su santa vida plantase con los primeros fundadores la religion seráfica, en los principios de esta nueva Provincia. Fué singular en todas las virtudes que componen un verdadero fraile menor, y se da bien á entender pues fué electo para piedra fundamental del edificio espiritual de ella, y por las suyas en la de Cataluña, lo fué Definidor suyo. Murió luego el mismo año de su fundacion, siendo las primicias que ofreció al cielo nuestra provincia: y para que se viera de cuan suave olor había sido su vida á Dios y á los hombres en la tierra, y de que estaba gozando de Dios en su reino, unos lienzos que le habían servido en la enfermedad, en ministerio que habían de quedar muy asquerosos quedaron muy olorosos con una fragrancia que deleitaba el sentido, y la conservaron mucho tiempo. Murió en este convento de Valencia el año mil quiniento noventa y seis. » (Léase 1597).

P. Arcángel de Alarcon.

La patria de este esclarecido Varon fué Tordesillas en Castilla, y su linaje de los más ilustres de España. Para cuya inteligencia conviene saber que entre las familias nobles del Reino fué una la de Alarcon, de la cual fué gloriosa rama el Señor Don Diego de Alarcon (1) del hábito de Santiago, y Comendador de Segura, el cual casó con una Dama de su Majestad, llamada Doña Ana de Ynestrosa y Guzman (2), hermana del Señor de Villardell. Estos Caballeros merecieron tanta confianza del Rey, que puso á su cuidado y cargo la persona de la Reina Doña Juana, madre de Cárlos quinto, en el tiempo que estuvo faltada de juicio. Con este motivo vivieron en Tordesillas, donde moraba la dicha Reina Doña Juana. Aquí les nacieron tres hijos, que todos fueron Capuchinos. El primero nuestro P. Arcángel de Alarcon, de quien ahora tratamos. El segundo el P. Juan de Alarcon, que tambien murió en Cataluña, del cual haremos honorífica memoria cuando escribiremos su vida. El tercero se llamó P. Francisco de Alarcon, el cual vivió y murió santamente en Italia. « Sus padres á mas de ser principales, eran muy grandes Christianos. El Padre vivio poco tiempo, y murio desgraciadamente: porque un cavallo en que yva se le empinó, y le cayo encima, de la qual cayda murio sin poder hablar palabra. Su madre perseveró en servicio de la Reyna mientras vivió: y muerta la Reyna de tal suerte troco el servicio que hasta entonces havia hecho a los Reyes temporales en el servicio del Rey del cielo, que todo el restante de su vida empleo en obras pias y santas. Hazia se llevar en una silla, por ser ya muy vieja, por los hospitales para visitar y servir a los enfermos: y en esto gastó no solo la hazienda que tenia, sino tambien la que el Rey Philippe segundo hijo del Emperador Carlos quinto le dio en diversas ocasiones en reconoscimiento de los servicios, que havia hecho a la Reyna Doña Juana. Y si la hiziera Dios merced, que huviesse gozado una grande hazienda que heredó en Portugal (porque murio antes de posseer la) exercitara con mucha mas largueza las obras de charidad, aunque con las que hizo, y con el buen exemplo de muchas otras virtudes murio en opinion de Santa. » (MS. *Fundacion*). Tales fueron los padres de nuestro P. Arcángel, el cual habiendo pasado á Venecia con cierta embajada, y habiendo sido en Italia Ayo del hijo heredero del Príncipe de Asculi, despues renunció todas las glorias y riquezas del mundo, entrando á nuestra Orden, y vistiendo nuestro hábito capuchino en la Provincia de Milan. Para que todo esto se entienda mejor, copiaremos aquí una carta que se conserva en los Originales de la Provincia, escrita desde Madrid al Provincial de Cataluña P. Pablo de Sarriá por el P. Francisco de Alarcon, sobrino de los tres Padres Alarcones ya nombrados, la cual es del tenor siguiente.

« Lo que puedo decir á V. C. acerca « de lo que me manda es poco, y en « substancia es lo necesario para el in-« tento de Boverio. El P. Fr. Arcán-« gel se llamaba en el siglo Don An-« drez de Alarcon, y el P. Fr. Juan, « y el P. Fr. Francisco de la misma « manera conservaron sus nombres de « pila. Su padre se llamaba Don Diego « de Alarcon, del hábito de Santiago Co-« mendador de Segura, y trece (1) de « la Religion. A cuyo cargo estuvo la « Reyna Doña Juana en Tordesillas, y « casó con Dama de su Majestad, que « se llamaba Doña Ana de Ynestrosa « y Guzman, hermana del Señor de « Villardel, y otros lugares en la Man-« cha. El abuelo de los dichos Padres « se llamaba Don Martin de Alarcon « del hábito de Alcántara, y Señor de

(1) « El P. Fray Archangel de Tordezillas, que por otro nombre le llamavan de Jesus, y por el de su linaje, de Alarcon, fue de muy noble familia, porque era descendiente del Señor Alarcon, que despues fue Marques de la Valle Siciliana, por la parte de una hermana, y el era en tercero, o quarto grado. Su padre se llamò Don N. de Alarcon, y segun lo referia el P. Fray Juan de Alarcon, su hermano, fue Comendador del habito de Santiago, y Mayordomo de la Reyna Doña Juana, madre del Emperador Carlos quinto, o tuvo cargos muy honrrosos en su casa » (MS. *Fundacion*).

(2) « Su madre se llamò Doña N. de Inestrosa, y decendia de los Señores de Bonache, y tuvo a su cargo a la Reyna Doña Juana, todo el tiempo que estuvo retirada en Tordezillas, atribulada de una profunda melancolia por la muerte de su marido Don Philippe Conde de Flandes, y primero Rey de Castilla. » (MS. *Fundacion*).

(1) Esto es, diputado de la Orden de Santiago.



« Almodobar del Pinar, que casó con « Doña Leonor de Alarcon, hermana « del Señor Alarcon, Marques de la « Val Siciliana, y fué tambien del há- « bito de Santiago El cual salió de la « casa de Balberde, que hoy son Con- « des, y se llamaba Don Diego de Alar- « con su hermano mayor del Señor « Alarcon, cuyas hazañas del dicho Se- « nor Alarcon se hallaran en las cró- « nicas de Argote; y le entregaron la « persona del Rey Francisco de Fran- « cia, que trujo á Guadalajara, y en- « tónces le llamó Señor Alarcon el Em- « perador. Y el dicho Don Diego pa- « dre de los Padres Alarcones fué tam- « bien Mayordomo de la Reina. El P. « Fr. Arcángel fué con embajada par- « ticular á Venecia, y vuelto á Milan « tomó nuestro hábito en Suncin, lugar « del Estado de Milan. Y el P. Fr. Juan, « que era Jerónimo en Tabera, fué en « busca de su hermano, movido de su « ejemplo, pasados algunos años, y le « halló Guardian y Maestro de novicios « en el propio Suncin, y se quedó con « él. El P. Fr. Francisco fué Paje de « Felipe segundo, y del hábito de San- « tiago, el cual halló á sus hermanos « en Nápoles, y se quedó con ellos. Y « es lo más cierto que murió en Nola. « Del cual aseguró el P. Fr. Arcángel « que gozaba de Dios, y se tuvo por « cierto que le apareció estándose pre- « parando para la Misa; lo cual me « refirió mi abuela mi Señora Doña « Ana, que esté en gloria, consolándola « de su muerte en Valladolid, á donde « fueron á verla el P. Fr. Arcángel, y « P. Fr. Juan mis tios. Esto es lo que « puedo afirmar y escribir. Si otra duda « se le ofrece á V. C, aquí me tiene « muy á su servicio, á quien guarde « Dios como deseo. Madrid 25 de E- « nero 1635. — Fray Francisco de Alar- « con. »

Del contexto de esta carta inferimos los grandes progresos que nuestro P. Arcángel hizo en la virtud, siendo capuchino (1), supuesto que cuando su hermano P. Juan fué á Italia para buscarle, le halló constituido Guardian y Maestro de novicios en el convento de Suncin, donde habia tomado el hábito, cuyos oficios sólo se encargaban á Religiosos muy provectos y adelantados en la virtud, singularmente en aquellos fervorosos principios de la Orden. De la Provincia de Milan pasó á Nápoles, donde le confiaron tambien el cargo de Maestro de novicios, sin duda por la alta perfeccion con que resplandecía. Pero el argumento más principal de su eminente virtud y santidad es el haber sido elegido Padre y fundador de nuestra Congregacion capuchina en los Reinos de España. Se hallaba ya nuestra Orden establecida y extendida en Italia, Francia, y otros Estados de Europa. Faltaba todavía que extendiese sus ramas por estos Reinos católicos de España, suscitando y presentando más numerosos hombres apostólicos, despreciadores de las cosas de la tierra, amantes de las del cielo, celosos del bien de las almas, penitentes, humildes, y fervorosos. Una obra tan grande y de una esfera tan sublime pedía un sugeto de una virtud consumada, de un celo encendido, y de un espíritu verdaderamente celestial: y todo se halló cumplidamente en este héroe insigne, en este noble Español, en nuestro P. Arcángel de Alarcon. Así parece lo entendió aquel nuestro santo General el P. Jerónimo de Montefiores, el cual viendo la puerta abierta para extender la Orden en las Provincias de España, mediante la honorífica carta que le escribieron los Ilustres Conselleres de Barcelona, para que enviase Capuchinos á fundar en esta Ciudad; eligió y señaló para tan importante negocio á nuestro P. Arcángel, creyendo sin duda que en él se hallaba todo aquel espíritu, prudencia, celo, y fervor, que eran menester para llevar á efecto los altos designios de la Divina Providencia en esta fundacion. Y seguramente no se engañó, porque trabajó este Varon apostólico con tanto celo y espíritu en plantar esta nueva viña seráfica, y desempeñó tan fielmente su encargo, como lo demuestran los copiosos frutos de virtud y santidad, que en todo tiempo han dado siempre á la Iglesia y al cielo nuestras Provincias de España, que se fueron estableciendo una tras otra.

Adornado pues el P. Arcángel con

(1) « Philosophicis disciplinis jam in saeculo studuerat et utriusque juris lauream adeptus erat, quibus scientiis magnum sacrae Theologiae studio splendorem addidit. Itaque, dicendi robore et indicibili animi fervore concionatoris munus aggressus est, multumque animabus fructum salutis attulit. » (Apolinario de Valencia, Bibliot FF. MM. CC. Prov. ..ap. dit., pág. 45).

aquella alta perfeccion que había adquirido en Italia, y elegido por el Capítulo y Ministro General para extender la Orden en España (1) con el oficio de Comisario General, se embarcó con cinco compañeros en las Galeras del Excelentísimo Señor Duque de Sesa, y llegó á Barcelona el dia de la Resurreccion del Señor dèl año 1580. Recibidos los devotos obsequios del Ilustrísimo Señor Obispo, de los Ilustres Conselleres, y de otros personajes de Barcelona, y habiendo visitado la Santísima Vírgen de Montserrat, estableció su morada interina con sus Religiosos, primero en la Rectoría ó parroquia de San Gervasio, despues en la casa y Santuario de Santa Madrona de Monjuic, y por último, dejando estas habitaciones, se trasladó á la iglesia y casa de Santa Eulalia de la parroquia de Sarriá, donde fundó y estableció el primer convento de la Provincia y de España. Luego en el mismo año de 1578 empezó la fundacion del convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario; y en el año siguiente el de la Villa de Valls, y seguidamente otros muchos, corriendo tan rápidamente la fundacion, que á pesar de las muchas y graves contradicciones que halló, en el solo espacio de doce años tuvo el gozo y el consuelo de ver la Provincia formada y extendida en veinte conventos, con una muchedumbre de Religiosos que movidos de Dios abrazaron nuestro Instituto. Todo esto pedía una diligencia particular, un celo activo, una prudencia consumada, y unos dones muy singulares del cielo: y nada de esto faltó á este Varon insigne en la direccion y gobierno de tantos y tan complicados asuntos. Envió Religiosos aventajados en virtud y prudencia para la construccion de los conventos que él no podía presenciar; queriendo que su fábrica fuese tosca, pobre, y estrecha, segun las reglas de nuestra altísima pobreza, de lo cual tenemos bastantes ejemplares en los conventos que aun se conservan de aquellos primitivos tiempos. Distribuyó y estableció las familias de los conventos con los Religiosos que iba recibiendo, dándoles Superiores celosos, y ordenándoles las reglas más estrechas para la guarda perfecta de la Regla y Constituciones de la Orden. Formó los primeros noviciados, singularmente el de Santa Eulalia de Sarriá, en el cual puso por primer Guardian y Maestro de novicios á aquel Varon santo, el P. Bernardino de Alhama, que despues fué Provincial, y cuya vida dejamos escrita. En fin, discurría por todas partes segun la necesidad lo pedía, tratando los asuntos con los principales de los pueblos, disponiendo las cosas á beneficio de ellos y de los Religiosos, y obrando con mucho celo y espíritu.

Aquí debemos añadir que el P. Arcángel puede ser considerado como cofundador de las Capuchinas de España, pues él fué quien examinó y aprobó el espíritu de la veneranda Fundadora la Madre Serafina, y dándole acertadísimos consejos le concedió poder vestir el por ella tan suspirado hábito capuchino, imponiéndoselo el mismo Padre Arcángel en Manresa. Los demas Prelados discípulos y sucesores del Padre Arcángel le imitaron haciendo lo posible para la perfeccion espiritual y material de la fundacion, hasta que lograda la estabilidad y votos solemnes de las primeras capuchinas, despues de la muerte del P. Arcángel, y siguiendo las Constituciones de la Orden, pidieron y alcanzaron que la habitual direccion espiritual de los conventos de capuchinas fuese confiada á otros Sacerdotes. Pero en todo tiempo hasta hoy la hermandad y mutua caridad entre capuchinos y capuchinas ha sido perfecta, á imitacion y ejemplo de la que los Patriarcas San Francisco y Santa Clara establecieron entre sus hijos é hijas espirituales.

Es verdad que cuando la Provincia llegó á tener Ministros Provinciales, que fué á los pocos años, estos cooperaron no poco á la fundacion de nuevos conventos, y á la conservacion de la austeridad y estrechez de vida empezada; pero fué siempre segun los principios y leyes establecidas por nuestro P. Arcángel, y segun su espíritu y celo. Porque aunque él no siempre tuvo

(1) « Conosciuta da' Padri la santità di lui, e nel Capitolo generale, celebrato in Roma l'anno 1578, fatto decreto di promuovere la religione ne' regni di Spagna, fu eletto commissario generale di quella. Risplendeva in lui altresì la prudenza nel consiglio, e la gravità de' costumi. Fu mandato a Barcellona. Travagliò molto nella fondazione di Catalogna, ed illustrò quella nuova Provincia con chiarissimi esempi delle sue virtù. » (Segismundo de Venecia: *Biografia Serafica*, pag. 467).

el gobierno de la Provincia, no obstante vigiló siempre sobre la más perfecta observancia de cuanto había establecido; de lo cual tenemos los ejemplos siguientes (1). Había el P. Juan de Alarcon, su hermano, mandado hacer en un convento ciertos ingenios al parecer necesarios para sacar agua; lo que sabido por nuestro P. Arcángel, pareciéndole cosa superflua, dijo, que le hiciesen acordar de ello en el Capitulo siguiente, para que su hermano llevase el castigo de aquello que le parecía exceso. Otra vez, siendo Provincial el mismo P. Juan, dispuso que en el convento donde moraba el P. Arcángel, se levantasen algun poco más las puertas de las celdas; cuya disposicion fué tan sensible á nuestro celoso fundador, que pidió al mismo Provincial que le sacase de aquel convento. Y aquí no podemos omitir un caso singular que entresacamos *ad litteram* de un antiguo manuscrito de 124 pág. que citamos tambien en varias notas:

« Este escrúpulo en las cosas de la pobreza, con el grande zelo que tenía de la guarda y conservacion della, no solamente en su persona, sino en todos los Religiosos, hizo que, aunque no era riguroso en castigar, (porque naturalmente fue inclinado a piedad), lo fuese en reprehender particularmente las faltas que se cometian contra la pobreza: y fuelo con tanto estremo, que una vez fué juzgado faltar por eso á la charidad, que aunque es difficultoso de hallar el medio los que son Prelados en todos los casos, donde se encuentra la charidad del proximo con el zelo de la observancia de su professión, con todo esto parece que se deve siempre cumplir principalmente y en primero lugar con la charidad. No dudo yo que sabía esto el P. Fray Archangel, segun que en otras ocasiones lo praticava: pero tengo por muy cierto que el contrapeso de ser fundador, viendo cuanto va en que el fundamento sea firme, y que esse en nuestra Religion es la perfecta pobreza, este pensamiento le haria exceder, y faltar en la charidad: sino queremos dezir que lo permitio Dios, como suele algunas vezes permitir algunas faltas en los Prelados para conservacion de la humildad puestos en lugares superiores, y no solo para bien suyo, sino tambien de sus subditos. Caso fue que puede ser de provecho, y exemplo a los Prelados para no exceder por zelo los limites de la prudencia, y posponer los officios de charidad: y por esto se pone aqui. El P. Fray Bernardino de Aragon en su primer Provincialato, viviendo entonces en summo rigor, tuvo una enfermedad harto peligrosa, y la convalescencia della fue muy difficultosa, porque tenia estragado el gusto, y la gana de comer del todo perdida: compadesciendo se del el P. Fray Juan de Alarcon que entonces era Guardian de Monte Calvario, hermano del P. Fray Archangel, sin dezir nada á nadie, ni al mismo P. Fray Bernardino se fue a visitar al Obispo de Barcelona, que entonces era Don Juan Dimas Loris, y dando le parte de la indisposicion de su Provincial, le rogo que le embiasse un poco de manjar blanco, para provar si con aquello cobraria el apetito; embioselo el Obispo, y dioselo el Guardian, rogandole que provasse a comerlo, que el confiava en Dios, que con el regalo del Obispo cobraria apetito, y fuerças: el lo comio, y con aquello se le abrio de manera la gana de comer, que en pocos dias estuvo bueno. Bien se echa de ver que en este hecho no cometio culpa el P. Fray Bernardino, sino que antes concurriendo, como se cree, la obra con la intencion de cumplir la voluntad de Dios, cuyo yugo es suave, y cuya carga es ligera, por el ejercicio de la charidad merecio aumento de gracia, y premio en el cielo. Siendo pues el P. Fray Archangel entonces primer Definidor, en el Capitulo siguiente, reprehendio muy asperamente al P. Fray Bernardino, y ponderando el hecho, y agravando la culpa con mucho peso de palabras, que lo sabia el bien hazer, le dixo estas formales palabras: « En

(1) « Ocho años fueron, despues que vino de Italia, los que pudo exercitar el officio de Prelado con mediana salud, (dando le las enfermedades lugar) con el zelo y rigor, que se ha dicho, y usando de mucha prudencia, ya perdonando con benignidad, ya reprehendiendo con rigor, y ya castigando con severidad, segun el lugar, tiempo, personas, y casos juzgava que lo requerian, hasta que tuvo en buen estado la fabrica de su edificio. Pero luego le dio la gota, y continuando le los doze años, que le quedaron de vida, le fue apretando de manera, que no tuvo lugar de ser mas Prelado. Mas desde la cama, en que estuvo la mayor parte de esse tiempo, dio tal exemplo de virtud, y tales consejos, documentos, y exhortaciones de palabra dava a todos, que no menos provecho hazia para el buen progresso de su obra, que antes con sus Prelacias y govierno. » (MS. *Fundacion*).

verdad Padre que offreciera yo á Dios la vida, antes que comer el manjar blanco. » No reparó el P. Fray Archangel tanto como deviera en el aviso del Apostol, que dize que se corrijan las faltas con espiritu de mansedumbre, paraque no permita Dios, quel el que corrije con rigor sea tentado en aquello mismo que corrije, como lo permitio en el P. Fray Archangel por este descuydo. Porque paresciendo le a el, segun las palabras que de su reprehension quedan referidas, tener fortaleza para morir en qualquiera ocasion que se le offreciesse, llegó a estado de tanta cargazon de dolores, en que perdió el gusto de manera, que quando estava apretado dellos, no podia comer sino manjar blanco, y aun esse no lo podia comer, sino era muy bueno: y haviendo el reprehendido al P. Bernardino, por haver usado una vez de los remedios necessarios para la salud, permitio Dios que el los usasse muchas vezes, para enseñar con esto a los Prelados a templar el fervoroso zelo con prudencia. Huvo se la Magestad Divina en esto con el P. Archangel para corregirle, como con S. Pedro, que jatando se de tener virtud para morir con Christo N. S. no la tuvo para confessar le delante de una moça de cantaro. » (Hasta aquí el autor del antiguo manuscrito *Fundacion*).

Era ya este Varon santo cuando vino de Italia Religioso de edad algo avanzada, y ejercitado en ayunos y abstinencias con las demas mortificaciones de la Orden. Despues de algunos años que estuvo en la Provincia se halló acometido de la gota y de otras dolencias, que le afligieron no poco. No obstante dió siempre, cuanto le fué posible, los mayores ejemplos de humildad, austeridad, penitencia, pobreza, oracion, y demas virtudes que tanto deseaba hacer resplandecer en los otros. Vieronse estos ejemplos singularmente en el tiempo que fué Guardian y Maestro de novicios, oficios que ejercitó en los conventos de Santa Eulalia de Sarriá, y de nuestra Señora de las Ermitas de Gerona, en cuyo desempeño, como en otras ocasiones, se humilló y mortificó en tanto grado, que nadie hubiera pensado que fuese aquel Padre tan ilustre y tan respetable por todos títulos. Unas veces se arrodillaba en el refectorio delante la comunidad, y decía la culpa de algunos defectillos que inadvertidamente había cometido en la Misa, imponiéndose él mismo la penitencia. Otras veces se juntaba con los novicios, y hacía con ellos la disciplina en el refectorio, para animarlos á padecer por Cristo. En una ocasion hizo la disciplina en el refectorio estando presente la comunidad, y como nadie le hiciese la señal acostumbrada para cesar, alargó la disciplina con mucha humildad, hasta que uno de los Sacerdote movido á compasion le hizo la señal, y entónces cesó, y con todo rendimiento dijo: « Sea por amor de Dios », como lo hiciera el más humilde novicio. Pareciole otra vez que estando instruyendo á los novicios en el modo de rezar el Oficio Divino, había dicho algunas palabras de donaire; y se arrepintió tanto de esta falta, si así se puede llamar, que el dia siguiente entrando en el refectorio se puso en la boca una mordaza, y llevó esta penitencia hasta la hora de Vísperas. Un Viérnes Santo hizo el pan y agua que se acostumbra con la Comunidad, y como fuese ya muy anciano, le dieron despues á beber un poco de vino; mas pareciéndole luego que esto podría servir de mal ejemplo, se arrodilló en el refectorio, y dijo la culpa de aquello que él juzgaba falta ó defecto. En otra ocasion estando en la enfermería afligido del mal de gota, le persuadieron los Religiosos, movidos de caridad, que recibiese algo de confitura; y luego tuvo tanta pena de ello, que sin esperar la mañana, bajó la misma noche al refectorio, y dijo la culpa delante la Comunidad. Al fin apénas había cosa que á él le pareciese falta ó defecto, que no le infundiese sentimientos de humildad y confusion, y de que no hiciese una confesion pública delante los Religiosos, diciendo la culpa á la manera que acostumbran los novicios. De donde ya no debemos extrañar que en aquellos felicísimos tiempos hubiese tantos Religiosos, que animados y criados con tales ejemplos, buscasen las ocasiones de la más profunda humillacion y desprecio, no sólo dentro del claustro, sino tambien á presencia de los seglares, segun puede verse en muchas vidas de las que dejamos escritas, y escribiremos adelante.

La otra virtud de que dió tambien heróicos ejemplos, y que hizo cuanto

pudo para que quedase altamente impresa y grabada en la Provincia, fué la santa Pobreza, virtud tan amada de nuestro P. S. Francisco, y glorioso distintivo de su Orden. Ya insinuamos en otros lugares cuan estrecha, tosca, y pobre era la fábrica de los conventos. En lo perteneciente á su persona era tan pobre, que na la tenia que no fuese sumamente necesario, y esto vil y despreciable. Un hábito grosero y remendado, con un pequeño manto, era todo su vestido, sin admitir ni querer usar de la túnica. Su cama se reducia á unas simples tablas, sobre las cuales ponía á veces un hábito viejo, cuando se hallaba afligido del mal de la gota. En órden á la comida observó con tanto extremo la pobreza, que á la verdad parece no poderse llamar comida, sino ayuno el más riguroso, á cuyo rigor ninguna ley de la Orden le obligaba, pero él y los suyos voluntariamente añadian tales austeridades á las de la Orden. Esto se comprenderá mejor con las palabras con que lo refiere el P. Miguel de Gerona, que fué su novicio, y despues tuvo ocasion de tratarle, y con el tiempo fué Ministro Provincial, en cuyo tiempo hizo la declaracion siguiente: « En el « tiempo que fué Prelado (el P. Arcán« gel de Alarcon) y en todo tiempo, pe« ro especialmente cuando era Guar« dian del dicho convento de Gerona y « Maestro de novicios, se puede decir « de él que guardó perfectísimamente « la rigurosa y estrecha pobreza, por« que era casi extrema; lo cual parece « claramente, porque en seis meses no « se comía carne, sino una ó dos veces, « y de la Cuaresma de todos Santos á « la Bendita casi no se desayunaron de « carne, y pasaron aquellos dias con « tanto rigor de pobreza, que le obligó « al santo viejo á hacer una plática á « los novicios con algunos ejemplos de « aquellos Santos penitentes del hiermo, « animándolos con esto para que no « desmayasen en la empresa comenza« da con tanto y tan contínuo rigor, y « con tan gran y tan continua aspereza « de vida, que realmente lo era. Porque « en la Comunidad no se comía sino « una escudilla sola de legumbres, y lo « más ordinario era calabazas un dia, « y otro dia pan cocido; y muchas ve« ces picaban las bellotas de encina, y « ponían la leche que sacaban de ellas « en la olla, por no poner aceite. No se « buscaba ningun género de fruta. Una « vez trujeron dos cestos de uvas, y el « sobredicho Padre envió el uno á los « pobres del hospital. » Esta es la relacion que hace el mencionado Provincial P. Miguel de Gerona sobre la pobreza y austeridad que este venerable Fundador observó. A cuya relacion debemos añadir otra del P. Ambrosio de Vich, que fué Guardian en la Provincia, y vivió en aquellos primitivos tiempos, el cual hablando del mismo asunto, se explica de esta manera. « Era « (el P. Arcángel) Religioso muy po« bre, holgándose del hábito muy re« mendado, y de la comida, y casas, « y lo demas del uso de los Frailes « que fuese pobre; y así fundó esta « Provincia con mucha pobreza y aus« teridad, así en las casas y celdas « pequeñas, y hábitos muy groseros, « angustos y remendados, como tam« bien en el comer, que era poco y « vil, haciendo muchos ayunos, y pe« nitencias muy arduas y de grande « mortificacion, que hacían los Reli« giosos con mucho gusto, y aun las « procuraban y pedian. »

Consiguiente á todas estas virtudes fué la obediencia con que resplandeció este Varon santo, de cuya virtud se constituyó ejemplar admirable á los ojos de todos en el tiempo que fué súbdito, obedeciendo con todo rendimiento aun á los Superiores más inferiores; y esto no sólo en las cosas grandes, sino tambien en las muy pequeñas, como por ejemplo, para recibir alguna medalla ú otra cosilla de devocion, para poner algun remiendo en el hábito ó darle cuatro puntos, y cosas semejantes, las cuales no hacia sin pedir primero licencia. Siendo una vez Definidor y Custodio, manifestó á cierto Guardian el deseo que tenia de ir á visitar un Santo mártir, que estaba á dos ó tres leguas distante, con el fin de beber cierta agua, con la cual sanaban muchos enfermos, pareciéndole que sería remedio para la enfermedad que entónces padecía. Y como el dicho Guardian le dijese, que supuesto no podia ir á pié, sería mejor enviar por agua, y beberla en el convento; luego desistió de su intento, y se conformó con el parecer de aquel Superior, aunque era tan jóven que había sido su

novicio. Otro testimonio tenemos de su obediencia en el exacto cumplimiento de las disposiciones pontificias y de nuestras Constituciones. Ordenó por aquel tiempo el Papa Gregorio XIII que todos los dias se dijesen las Letanías mayores ó de todos los Santos, y como nosotros tenemos esta misma ordenacion en nuestras Constituciones generales, mandó el Siervo de Dios que se dijesen dos veces al dia, una para obedecer la órden pontificia, y otra para cumplir con nuestra Constitucion. Nacía esta obediencia y rendimiento de un candor muy ingenuo, y de una mansedumbre muy singular, de que estaba dotado el Varon santo. Por más que él fuese celoso, austero y penitente, se hallaba por otra parte revestido de un corazon tan tierno y compasivo, que si veía algun afligido ó desconsolado, procuraba consolarle con tanto amor y cariño como si fuera su propio hijo, valiéndose para ello ya de palabras, ya de obras, segun lo pedian las circunstancias, singularmente con los enfermos á quienes visitaba todos los dias. Se manifestaba es verdad riguroso, cuando reprendía algun abuso ó falta contra la estrecha observancia que había establecido; pero en órden al castigo se llevaba con mucha moderacion, dejándose gobernar de aquel corazon compasivo que le inclinaba naturalmente á la piedad. De donde resultaba que aunque se hacía respetar de todos, era al mismo tiempo tan accesible y tratable, que cualquier podia acudir á él con toda confianza, no de otra suerte que si fuese inferior á todos. Un caso particular tenemos de esta su mansedumbre, que nos demuestra cuan pacíficos y amorósos eran los sentimientos de su corazon. Se hallaba el Siervo de Dios en Blanes tratando la fundacion de convento en aquella Villa. El Párroco era tan contrario á esta fundacion, que llegó á decir al P. Arcángel, que le haría la más mala obra que podría para que no se verificase. Y cuando semejante proposicion hubiera exasperado á cualquier otro, ningun resentimiento ni enfado produjo en el corazon del P. Arcángel, ántes bien con mucha paz y alegría le respondió, que él le prometía de hacerle todas las buenas obras que pudiese. Cuya respuesta edificó tanto á aquel Párroco, que despues vino á ser de los más devotos de la fundacion.

Estaba el Varon santo animado del espíritu de Jesucristo, que es dulce, suave, y misericordioso, de cuyo espíritu procuraba revestirse en la santa oracion, que fué otra de las importantes máximas que dejó establecidas en la Provincia. Sabía muy bien que la oracion es la madre de toda virtud, el incendio del fervor, la dulzura del alma, y el todo de un Religioso. Y así poco contento con las dos horas de oracion que ordenan nuestras Constituciones generales, procuraba que se añadiese otra despues de Prima, para que los Religiosos tuviesen mayor ocasion y comodidad de prepararse y disponerse para la celebracion de la santa Misa. Y como él se había constituido ejemplar de todos, se esforzaba asistir á las oraciones y demas oficios del coro, aun en el tiempo que se hallaba afligido de la gota. Ejemplo á la verdad admirable, ver á este venerable Padre, anciano por los años, y casi paralizado por la gota, presentarse no obstante en el coro con unas muletas ó con un báculo, y sentarse allí por no poder estar en pié, asistiendo de este modo á las Horas canónicas y á las oraciones con aquel fervor que le dictaba su espíritu. Igual admiracion causaría cuando hallándose más impedido, se hacía llevar á la iglesia para oir Misa y comulgar, ya que sus males le impedían el celebrar. Mas tales son al fin los actos fervorosos de aquellos que estan abrasados de las llamas del amor de Dios: nada les complace, ni de nada quedan satisfechos sino del trato con Dios, y de los ejercicios que conducen á él. Así nuestro P. Arcángel, aunque su vida era tan austera y penitente, y padecía tantos dolores y penas, nada omitia, en cuanto lo permitían sus fuerzas, de los ejercicios espirituales, ya comunes ya particulares, de modo que su ocupacion ordinaria era orar mental ó vocalmente, y esto no sólo de dia sino tambien de noche, cuya mayor parte empleaba en este santo ejercicio, perseverando tan firme é inmoble, que estaba totalmente enagenado de sus sentidos. Aquí sin duda recibia aquel espíritu de nuestro P. S. Francisco: aquí aquel espíritu de mortificacion, pobreza,

y austeridad, que tanto admiraron aquellos tiempos. Aquí aquel espíritu de humildad, rendimiento, y desprecio propio, que condujo á tantos Religiosos por los caminos de la más alta perfeccion. Aquí finalmente aquellos incendios de amor Divino que tanto abrasaban su corazon. En efecto fueron tales estos incendios de amor de Dios, que no pudiéndolos contener dentro su interior, se manifestaban con frecuencia en su exterior, siendo esto tan notorio, que parecía andaba siempre en la presencia de Dios, y absorto en contínua contemplacion. Lo mismo se dejaba ver en las conversaciones que tenía ya con los Religiosos, ya con los seglares, en las cuales hablaba de las cosas Divinas y celestiales con tanta perfeccion, que se creyó había conseguido el don de hablar de Dios, segun el mismo lo confesó algunas veces, diciendo que Dios le había concedido esta gracia de orar, contemplar, y hablar de cosas de espíritu: de donde se originaba aquella particular devocion con que las gentes le trataban y deseaban escuchar. Cuando hablaba con los Religiosos de materias espirituales, lo hacia con tanta dulzura que parecía un San Bernardo; singularmente cuando nombraba los dulcísimos nombres de Jesus y María, que era con mucha frecuencia, manifestaba sentir en sí tanta suavidad, que parecía lamerse los labios.

Este Divino Señor, nuestro amabilísimo Jesus, estaba tan impreso en su corazon, y lo tenía siempre tan presente, que apénas hablaba ó hacía alguna cosa que no diese muestras del fervoroso afecto y encendida voluntad que le profesaba. De cuya devocion creemos que le provino el apellido con que comunmente le nombraban, llamándole *Padre Arcángel de Jesus*. De este amor nacía un gran deseo de morir para ir á Dios. El P. Félix de Maqueda, Religioso de vida muy aprobada, escribió al P. Miguel de Valladolid lo que sigue: « Cinco años despues de la muerte del P. Fray Arcangel de Alarcon, y en la mesma celda, en que el murio, estandose muriendo el P. Fray Juan de Alarcon su hermano, dixo á muchos Religiosos, que estavan presentes, que visitando el un dia de la Ascension de Christo N. S. al sobredicho P. Fray Archangel su hermano, que estava en la cama fatigado de la gota, le halló llorando amargamente. No atinava el P. Fray Juan la causa de su llanto: porque como tenia muy conocido su alto espiritu, y fuerte, no se podia persuadir, que procediessen las lagrimas de alguna flaqueza que tuviesse en el sufrimiento de los dolores: y con la buena ocasion, que vio por estar solos en la celda, recelando se ya, que aquello seria effecto de alguna visitacion del Señor, y comunicacion espiritual, con affecto de hermano, le importunó que le dixesse la causa de sus lagrimas: y el le respondio estas palabras, como testigos de lo que alla dentro en su coraçon passava: « No quiere, Padre, y hermano mio, que llore, pues se sube hoy nuestro amado Jesus al cielo, y me quedo yo aca en este destierro? »: puede haver indicios mas ciertos, o averiguacion mas autentica, o testigo mas verdadero de los deseos que tenia de morir, y de ver a Dios, que la deposicion de su propria boca, firmada con lagrimas de su corazon? » (MS. *Fundacion*).

De aquí ya no debe maravillarnos que alcanzase de su amante Jesus cualquier gracia ó beneficio que le pidiese, segun nos lo demuestran los casos siguientes, que refieren nuestras Crónicas generales. Tenía el Marques de Santa Cruz un hijo apretado de una peligrosa enfermedad, en el tiempo que el Varon santo moraba en el convento de Nápoles, el cual invocando el santo nombre de Jesus, y formando sobre el enfermo la señal de la cruz, sanó instantaneamente (1). Ejerciendo en el mismo convento el oficio de Maestro de novicios, uno de ellos se

(1) Esta maravilla fué obrada por el Siervo de Dios en Nápoles segun varios autores, ó en España segun el P. Manuel de Nápoles, mencionado por el P. Apolinario, en este modo: « Barcinonen igitur pervenerunt, Cataloniae principem urbem, perrexeruntque ad locum dictum « Sanctae Crucis », Alarconiae familiae feudum, ubi P. Archangeli sanctitatem Dominus commendare dignatus est mirabili graviter aegrotantis filii marchionis S. Crucis sanatione. » Pero puede ser equivocacion, como lo es ciertamente, que los Padres del P. Arcángel habitasen en Nápoles: « Neapolim autem moram faciebant genitores ejus, et in hujus nominis regno Vallis Viridis plurimorumque aliorum feudorum erant domini. Ad quorum instantiam Neapolim a Superioribus missus est neoprofessus, et huic Provinciae deinceps adscriptus. » A ménos que se trate de un viaje y breve permanencia, ó de otros próximos parientes del Siervo de Dios, lo cual parece más probable.

halló acometido de una tentacion sensual tan vehemente, que desconfiado de poderla resistir, se resolvió dejar la Orden. Pero ántes de ejecutarlo tuvo la prudencia de comunicarlo á su Maestro el P. Arcángel, el cual le exhortó á que se detuviese miéntras hacía oracion por él. Obedeciole el novicio; y habiendo el Siervo de Dios ayunado tres dias á pan y agua, y orado fervorosamente al Señor, suplicándole se dignase librar al novicio de aquella tentacion, mereció que su amado Dueño le concediese lo que pedía. Despues el mismo novicio padeció cierta enfermedad que le dejó ciego: y continuando el buen Maestro y Padre las oraciones y ayunos, le alcanzó igualmente la salud y el remedio. Las mismas Crónicas generales refieren que habiendo muerto el P. Francisco de Alarcon, hermano de nuestro P. Arcángel, en la misma hora de su muerte se apareció á un Sacerdote de nuestra Orden, que se estaba preparando para decir Misa, y le pidió que la dijese por él, con que le sacaría del purgatorio. Hízolo el Religioso así devotamente; y el P. Francisco subió luego al Reino de Dios. En esta relacion no se dice quien fuese el Religioso al cual se apareció el difunto; mas si nos acordamos de la carta que referimos al principio, podremos conocer que no fué otro sino nuestro P. Arcángel; pues á más de que se tenía por cierto que el dicho P. Francisco se le apareció estándose preparando para la Misa, el mismo P. Arcángel aseguró que ya gozaba de Dios, segun se refiere en la misma carta. Todo lo cual nos demuestra cuan agradables y eficaces eran las oraciones de este Varon santo á los ojos de su dulce y amado Jesus.

El otro objeto de su amor y de sus cariños fué la Santísima Vírgen María Nuestra Señora, á la cual amaba con un corazon tan tierno y devoto, y lleno de tanta confianza, que parece no sabía hacer cosa sin consultarlo y tratarlo con esta Divina Señora. Antes de salir de Italia para España, escribió una carta á nuestra Señora de Loreto y la entregó á cierto portador, encargándole que al llegar la echase dentro aquel famoso y sagrado templo lauretano. No sabemos el contenido de esta carta, pero no hay duda que estaría llena de expresiones muy afectuosas y devotas, con que imploraría el poderoso patrocinio de tan Soberana Reina en el desempeño de su comision. Semejantes y aun más fervorosas serían las expresiones, con que su amante corazon se explicaría á la presencia de la Santísima Vírgen de Montserrat, cuando habiendo desembarcado en Barcelona, pasó á visitar este glorioso Santuario de María. Aquí á los pies de esta Divina Madre derramaría su espíritu con tiernos y devotos afectos, suplicándole sus abundantes gracias y auxilios para un próspero y feliz acierto en la fundacion que iba á empezar. Y siendo esta Gran Reina la Madre y Protectora de nuestra Orden capuchina, no podemos dudar que aceptaría gustosa las pias y rendidas súplicas de este su amante y fiel Siervo, y le llenaría de sus dones y gracias, dirigiéndole en el ministerio de que estaba encargado. Así lo acreditan los felices y rápidos progresos que tuvo la fundacion, junto con los altos cimientos de virtud y santidad que este Varon santo dejó establecidos en la Provincia; todo lo cual no podemos dudar que fué efecto de aquel maternal cariño, con que esta Divina Señora recibió las devotas súplicas de este su Siervo. Bien parece que lo entendió así el mismo P. Arcángel, cuando en testimonio de su gratitud y amor eligió á la misma Santísima Vírgen bajo el título de Montserrat por principal Patrona, Madre, y Señora de toda la Provincia, queriendo que su sacratísima Imágen se grabase en el sello que debían usar los Ministros Provinciales, como un distintivo característico de las demas Provincias, y como un recuerdo perpetuo de las muchísimas gracias y beneficios, que la Provincia ha merecido lograr ya desde los principios de su fundacion de la liberalísima mano de esta gran Reina. Confesemos aquí todos los capuchinos españoles que si la Orden ha prosperado tan felizmente en España, si ha producido en todo tiempo hijos ilustres en virtud y santidad; si ha sido siempre de tanta edificacion y utilidad á los pueblos, todo lo debemos á la gran piedad y munificencia de esta Soberana Señora, que el P. Arcángel nos dió por Madre y Patrona. ¡No seamos pues ingratos á tantos beneficios! ¡Seamos en todo verdaderos hijos de María y

Apóstoles de sus misericordias y grandezas!

No fueron estos solos los testimonios que el P. Arcángel dió de su amor y devocion á nuestra Señora, ni fueron solos estos los obsequios con que la honraba y veneraba, sino que serían sin duda otros muchos, de los cuales no tenemos noticia individual. Siendo el P. Arcángel Guardian de nuestro convento de Santa Eulalia, fueron á este convento cinco ó seis personas, una de las cuales se llamaba Felipe Ros, vecino de Barcelona; y siendo hora de comer, el Siervo de Dios les dijo que se quedasen y comiesen allí. Oyendo este ofrecimiento ó convite el Religioso que cuidaba del refectorio, le advirtió que en el convento no habia pan ni otra comida, sino algunas berzas. A lo cual respondió el Varon santo, que tuviesen confianza en la Madre de Dios, que ella les proveería. Luego mandó á los novicios que fuesen al coro á hacer oracion, durante la cual tocaron á la portería, y acudiendo el portero, halló un hermoso mancebo que llevaba dos ó tres panes. Fué el Religioso á comunicarlo al P. Arcángel, y conseguida su licencia para recibirlos, volvió á la puerta, y ya no halló al mancebo sino los panes que le habia ofrecido. Lo que visto por el Siervo de Dios, volviéndose á aquellas personas les dijo: « Mirad, mirad como ha proveido la Madre de Dios » Comieron todos de aquel pan venido del cielo, y asegura el dicho Felipe Ros, que tenía muy buen gusto, y que aunque eran cinco ó seis personas, sobró pan despues de haber comido. Más singular fué el siguiente favor que la Reina del cielo le dispensó en otra ocasion, el cual contaba el Varon devoto á los novicios en el mismo convento de Santa Eulalia, miéntras les exhortaba á ser muy devotos de la Santísima Vírgen, (hablando en tercera persona). Se hallaba cierto Religioso tan enfermo y tan impedido, que no podia levantarse de la cama sin el auxilio de los que le cuidaban. En cierta ocasion queriendo levantarse y sentarse un poco, llamó dando golpes con un palo para que le viniesen á ayudar. Mas como nadie acudiese, imploró el auxilio de su Madre la Vírgen Santísima, diciéndole: Vírgen sin mancilla, socorredme. A cuyos ruegos acudió prontamente la humilde y benigna Señora, la cual se le apereció y ejerciendo el oficio de compasiva enfermera, le tomó en sus piadosos brazos, y por sí misma lo llevó y colocó en la silla, y despues con sus mismos brazos le volvió á la cama. Así en sustancia refería este caso el Siervo de Dios á los novicios, y lo refería con tanta devocion y con tantas lágrimas, que no dudaron que él mismo habia sido el afortunadísimo enfermo, que mereció tan señalado favor de la Santísima Vírgen. Uno de los novicios que se hallaron entónces presentes á este tierno y devoto razonamiento fué el R. P. Félix de Granada, que despues con el tiempo fué Provincial de Castilla, el cual comunicó este caso al P. Hermenegildo de Montblanch, que es el que da testimonio de ello. Unos favores y beneficios tan particulares nos hacen creer que no serían estos solos, sino otros muchos los que mereció recibir no sólo de la Vírgen Santísima, sino tambien de su amado Jesus. Así parece indicarlo el P. Ambrosio de Vich, de quien arriba hicimos mencion, en la declaracion que hace sobre el cordial amor que este Siervo de Dios profesaba á Jesus y María, con las palabras siguientes: « Pareciame « (el P. Arcángel) un retrato de San « Bernardo en ser melifluo en hablar de « Dios, que captivaba los corazones, y « nunca se enfadaban ni cansaban los « Religiosos. Y de esto de hablar de « Dios tenía particular don con que edi« ficaba no sólo á los Religiosos, pero « aun tambien á los seculares, que por « esto le tenían particular devocion; « porque realmente sus obras y fer« vor correspondian al nombre de Ar« cángel, y aun de Jesus, que este re« nombre tenía. Y tengo para mí, que « segun la devocion que tenía al Niño « Jesus y á la Vírgen sin mancilla (que « así la nombraba muy amenudo) que « le visitaron y regalaron con particu« res visitaciones; que no se cosa par« ticular, más de que hablaba de los dos « algunas veces que parecía estar bor« racho de amor. »

Fueron tambien objetos distinguidos de su amor y veneracion la gloriosa Santa Ana, Santa Eulalia, y otros Santos, en cuya devocion escribió en verso y dió á la estampa un libro, que intituló Jardin ó Verjel de plantas Divinas, en

el cual derramaba aquellos incendios de amor de que estaba abrasado su corazon (1). Entre tantos objetos de su devocion, distinguía singularmente y acudía con entera confianza á nuestro P. S. Francisco y á Santa Eulalia, á los cuales recurrió, implorando su poderoso patrocinio, en aquellos tiempos en que padeció tantas contradicciones y adversidades en los principios de la fundacion de la Provincia. Y como por intercesion de ellos lograse que la Vírgen Nuestra Señora disipase y desvaneciese aquella furiosa tempestad, dispuso que las sagradas Imágenes de nuestro P. San Francisco y de Santa Eulalia se grabasen en el Sello de la Provincia á los lados de nuestra Señora de Montserrat.

Con una devocion tan reconocida, tierna y afectuosa, y con tales favores del cielo, se acercó el Varon santo al término de su mortal carrera. Había ya sufrido con singular paciencia, á más de los cuidados y trabajos de la fundacion, algunas enfermedades que le affigieron en gran manera, singularmente la enfermedad de la gota, con las cuales el Señor le iba acrisolando, como el oro en el fuego, para que fuese piedra preciosa, digna de colocarse en su santo templo de la gloria. Había tambien juntado con una llaneza y sencillez muy humilde una singular pureza y castidad; virtudes muy propias para merecer los agrados del Señor. Asimismo algun tiempo ántes de morir fué al convento de Santa Eulalia, y se despidió de esta gloriosa Vírgen y Mártir, á quien profesaba particular devocion. Así pues cuando llegó la hora de su tránsito, libre de las angustias que entónces tanto afligen, cantando himnos y salmos, entregó su bendita alma en las manos de aquel Señor, que para tanta gloria suya la había criado (1). Así murió este Varon santo, este Varon incomparable, este gran Padre que el cielo se dignó concedernos. Fué su vida santa, ilustrada con aquel fervor, celo, espíritu y virtud que dejamos referido, y así fué tambien su muerte santa y preciosa á los ojos del Señor. De lo cual á más de la piedad cristiana que nos lo persuade, tenemos los testimonios siguientes. Verificose su muerte cerca la hora de media noche en nuestro convento de Monte-Calvario, que estaba algo distante de la ciudad; circunstancias que impedian el publicarse su fallecimiento. No obstante que aun no había bien amanecido se sabía ya su muerte, y llenose el convento é iglesia de fieles; y vinieron muchas gentes á verle en su celda, y allí se le arrodillaban y besaban los piés como á Santo, y tomaban las cosas de su uso; no sólo el hábito, pero aun la cama le llevaron. Cuando el santo cadáver estuvo en la iglesia creció tanto la devocion de las gentes, que le quitaron parte de la barba, y le cortaron el hábito en tanta manera, que fué preciso cubrirle con un manto; y aun se vieron obligados los Religiosos á entrarle dentro la Capilla para hacerle los oficios funerales. Uno de los que concurrieron fué un ilustre Señor Inquisidor, el cual se llevó una santa Imágen de Nuestra Señora, que el Varon santo tenía; y tanto él como otros muchos no dudaron decir, que la Religion había perdido un gran sugeto. A más de esto, en diversas partes se hicieron varios retratos del Siervo de Dios, teniéndose todos por muy dichosos con tener ó alguna reliquia, ó algun retrato de este ilustre Capuchino.

« Dos años despues de su muerte se abrió la sepultura, y tres Religiosos

---

(1) El P. Apolinario (ibid. pág. 47) da la siguiente nota bibliográfica de nuestro P. Arcángel: — « 1. *Vergel de plantas divinas en varios metros espirituales, por el P. F. Arcangel de Alarcon.* En Barcellona, en la emprenta de Jayme Cendrat, 1594, in 4.º « Livre très rare duquel il est presque impossible de trouver un exemplaire complet et en bon état, au dire du bibliographe Salva. La plus grande partie de ces compositions appartiennent au genre des Conceptos de Ledesma: plusieurs sont de véritables poëmes, divisés en chapitres et en chants. Le langage de cet auteur est châtié, et sa versification toujours facile. » Haec, scilicet titulum et elogium, ex quodam excerpimus Parisiensi catalogo librorum hispanorum sub hasta vendendorum: ipsum autem P. Archangeli pretiosissimum librum propter paupertatem nostram comparare non valentes, illi non sine animi angore valediximus. — 2 *Carmina devotissima diversi generis in laudem Immaculatae Dei Genitricis V. Mariae* Sic Bernardus a Bononia et Emmanuel Neapolitanus. Hunc vero titulum suppositicium arbitramur. »

(1) « Consolava el santo Padre con muy tiernas palabras, y paternal affecto a los hijos que tenia presentes, que con lagrimas acompañavan su partida: y con mucha edificacion de exhortaciones, y consejos encomendava a ellos, y en ellos á los ausentes la fiel guarda de su professìon, la pureza de la Regla de su Padre San Francisco, y la conservacion de la santa Pobreza y despidiendo se de todos, pidiendo les perdon de sus faltas, y dando les su bendicion, buelto en si mesmo, y recogido en Dios, cantando Psalmos, y Hymnos bienaventuradamente dio el alma a su Criador » (MS *Fundacion*).

juntos que eran el P. Fray Narciso de Olot sacerdote. el hermano Fray Antonio de Sagarra, y Fray Francisco de Vique legos, vieron el cuerpo del P. Fray Archangel entero, y sin corrupcion ninguna: y con una caña tocaron la carne de un braço, que estava tan firme como si estuviera vivo. Siete años despues de la muerte del dicho Padre se abrio otra vez la sepultura, y el dicho Fray Francisco de Vique atestigua haver visto el cuerpo del P. Fray Archangel de Alarcon, y el cuerpo del P. Fray Angel del Mas, que estavan en pie arrimados á la pared de la sepultura enteros, y sin corrupcion, y con los cabellos en la barba, con haver siete años que el P. fray Archangel era muerto, y el P. fray Angel seis. » (1) Murió nuestro admirable Padre Arcángel de Alarcon, como dijimos, en nuestro convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, en el año 1598: y aunque su muerte le sacó de la tierra, permanecerá siempre su memoria muy viva y muy presente en los corazones de todos los hijos de las Provincias de España (2).

P. Jerónimo de Hostalrich.

De los padres y linaje de este santo Religioso nada sabemos. Sólo hallamos que fué natural de Hostalrich, Villa en el Obispado de Gerona, y que se llamaba Forest. Asimismo ignoramos cual fué su educacion y costumbres en el siglo, pero podemos creer serían cristianas y virtuosas, por cuanto tuvo espíritu y valor para abandonar todas las cosas del mundo, y abrazar el pobre y penitente Instituto de nuestro P. S. Francisco en la Regular Observancia. Despues fué uno de los que abrazaron y siguieron la Recoleccion ó Reforma; y abolida esta, y vencidas ciertas dificultades vistió nuestro hábito capuchino en el año 1583, siendo ya entónces Sacerdote y Predicador.

Con tan buenas disposiciones y con este espíritu fervoroso prosiguió la carrera de la virtud y perfeccion en nuestra Orden, manifestándose tan puntual observador de las estrechas leyes y rígida observancia de nuestro Instituto, que parece eran pequeñas para satisfacer sus fervorosos deseos. Un hábito simple con un pobre manto era todo el abrigo de su cuerpo; y si tal vez predicaba en tierras muy frias, añadía una pieza de sayal en el pecho. El uso de las sandalias no lo quiso admitir, queriendo andar enteramente descalzo: ni para dormir quiso otro lecho sino las desnudas tablas. Su comida era tan limitada, que en las colaciones de ayuno se abstenía del pan, admitiendo solamente alguna fruta y esta muy poca: y aun entre las fatigas de los sermones contínuos de Cuaresma, se contentaba con la pobre comida que tenían los demas Religiosos, prohibiendo el que buscasen para él otra. Este mismo espíritu de mortificacion y pobreza resplandecía en todo lo demas, pues á la verdad no tenía cosa alguna á uso particular, sino la sagrada Biblia, los escritos y los sermones que predicaba, los cuales no pocas veces escribía entre los renglones de las cartas que recibía. Y á la sagrada Biblia tenía tal veneracion, que una vez reprendió á su compañero porque la llevaba echada á las espaldas como un simple paquete. Hablando de la pobreza y mortificacion de este Siervo de Dios, el P. Pablo de Gerona dice, que predicando fué tan pobre, tan austero en el tratamiento de su persona, y tan celoso que no se recibiesen cosas superfluas, que espantaba á los que lo veían. A este rigor y austeridad juntaba una pureza angelical y candor virginal: lo que no debe maravillarnos, porque ya se sabe que la castidad se conserva entre las penitencias y austeridades, así como la rosa entre las espinas.

Al mismo tiempo juntaba con tan alta perfeccion una humildad muy profunda, la que manifestaba singularmente cuando había de celebrar el santo sacrificio de la Misa, de cuyo sagrado acto se consideraba tan in-

(1) MS. *Fundacion.*

(2) « Ejus vitam recenset Boverius, tom. 2. Annal. Capuccinor. ad annum praedictum, et de eo etiam meminerunt Waddingus de Scriptor. FF. Minor. et Maraccius de Scriptor. Marianis. » (Bernardo de Bononia, pag. 27). — Muchos otros autores hablan de este insigne varon, á más de los citados en las notas precedentes, y hoy como ántes su memoria es celebrada en España y fuera de España.

digno, que algunas veces dejaba de celebrar por reverencia, y siempre que celebraba era con una preparacion verdaderamente extraordinaria. Acostumbraba el Siervo de Dios estudiar hasta las diez de la noche, luego bajaba á la iglesia y hacía la disciplina, ocupándose despues un buen rato en oracion, á cuyo santo ejercicio fué siempre muy dedicado. Y sin embargo de estas santas disposiciones, y de la vida penitente y pura que llevaba, nunca se acercaba al Altar sin confesarse primero, y esto con extraordinario dolor de su faltas y grandes actos de contricion; celebraba despues con tanta pausa y devocion, que á mas de emplear en la Misa el tiempo de una hora, cuando llegaba á la consagracion le tomaban ordinariamente unos temblores, que daban muestra de tener algun sentimiento de Dios. Fueron tambien efectos de esta su humildad, la resignacion y paciencia con que llevó algunas cosas adversas que le sucedieron. Asimismo lo fueron la oposicion y repugnancia que manifestó á las prelacías, las cuales se le hubieran confiado por sus muchas letras y virtudes. Preguntole en cierta ocasion un Religioso por qué no aceptaba el ser Guardian; á que respondió con gracia el Varon humilde: « Non me misit Deus guardianare, sed praedicare. »

No eran ciertamente los cargos ni las prelacías á lo que este Varon santo estaba destinado por la Divina Providencia, sino la predicacion de la palabra de Dios, segun él mismo lo dijo en la respuesta que acabamos de referir. Para su perfecto desempeño estudiaba no poco, oraba mucho, y llevaba la vida austera y penitente que hemos referido. Más de treinta años empleó en este apostólico ministerio, y en los quince que vivió entre nosotros casi siempre predicó cuaresma contínua, observando aquella conducta rígida y estrecha que se había propuesto. Fundaba sus sermones en doctrinas tan altas, que admiraba á los muy doctos, y aunque mostraba mucho celo en reprender los vicios, era por otra parte muy prudente en no exceder los límites de la razon. Con esto no podemos dudar que fué copioso el fruto que recogió de unos sermones predicados con tales doctrinas y ejemplos, como lo significan los testigos de su vida. Uno dice que fué Predicador muy acepto y de mucho provecho. Otro, que con sus sermones aprovechó á muchas almas. Otro, que sus sermones fueron de mucho fruto para los pueblos donde predicaba, los cuales le reverenciaban como á santo y le amaban como á padre carísimo, y en sus negocios venían á pedirle consejo, y no hacían nada sin consultarle. Expresiones todas, que aunque generales, nos declaran bastante cuales y cuantos fueron los bienes espirituales que este penitente y fervoroso Predicador produjo en las almas con aquella gracia de predicacion que Dios le había concedido.

Al fin siendo esta su especial vocacion, quiso el Señor que en ella misma y en su actual ejercicio sellase los preciosos dias de su mortal carrera. Había llegado el Siervo de Dios al año 1598, en el cual predicó la última cuaresma contínua en la ciudad de Manresa, en cuyo ejercicio á más de la aceptacion universal que se mereció, dió no oscuros testimonios de la luz profética con que Dios le había ilustrado. Ya insinuamos este espíritu profético en la vida del P. Santos de Génova, cuando morando los dos en nuestro convento de Blanes, le anunció su muerte diciéndole: « Vuestra Caridad, que se llama Santos, irá á Roma, donde hay muchos Santos, y morirá allá »: cuyo vaticinio se verificó puntualmente, segun dijimos en la misma vida. Semejantes á este fueron los anuncios que hizo en esta cuaresma de Manresa, en la cual en uno de los sermones, despues de reprender el poco aprecio que se hacía de la santa Cueva, en que segun tradicion había hecho penitencia San Ignacio de Loyola, dijo al auditorio que con el tiempo sería la dicha Cueva muy venerada y reverenciada, lo cual se vió despues cumplido y verificado. Tambien les predijo en el mismo sermon, que alguno de los que estaban presentes no vería el dia de Pascua; y aunque por entónces no se entendió la alusion, pero cuando vieron su muerte ántes de Pascua, conocieron todos que había hablado de su fallecimiento. Hizo estas predicciones en el sermon que predicó el Viérnes ó Sábado de la semana de Pasion, y en el mis-

mo dia cayó enfermo, cuya enfermedad continuó hasta el Viérnes santo, que fué el último de su vida.

Dios nuestro Señor, que prueba y purifica á sus escogidos, permitió que este su Siervo fuese acometido por el infernal espíritu con algunas tentaciones harto graves. Presentósele el demonio el dia ántes de morir, y se puso á disputar con él, queriéndole probar y hacer entender que la doctrina que había predicado era falsa. Mas el Siervo de Dios se defendió valerosamente con la sagrada Escritura y con la gracia del Señor. A esta tentacion añadió otra el maligno espíritu, prometiéndole larga vida, si se dejaba curar con ciertos modos ilícitos y pecaminosos. Pero así como se defendió de la primera tentacion, así resistió tambien á esta segunda, queriendo ántes morir que sanar de aquella manera. De lo cual irritado el demonio, le trató tan malamente, que llegó á azotarle, por cuyo motivo rogó despues el Siervo de Dios que algun Religioso le hiciese compañía, por no estar solo. Más recia fué otra tentacion con que al parecer le acometió el infernal espíritu poco ántes de morir, de la cual aunque no tenemos noticia detallada, pero lo dió á entender bastante él mismo con las palabras que pronunció en aquella ocasion. Había ya llegado el Siervo de Dios al último dia de su vida que era el Viérnes santo, y se acercaba á su hora postrera, cuando pronunció estas palabras: « Princeps hujus mundi », sin pasar adelante. Estaba entónces presente el ya mencionado P. Pablo de Gerona, el cual queriéndole ayudar, ó suplir lo que faltaba á aquellas palabras, dijo: « ejicietur foras ». Mas el enfermo sin corresponder á esta expresion, repitió con exageracion y con duplicadas palabras: « venit, et in me non invenit quidquam: non invenit quidquam. » Cuyas palabras juntas significan: « El Príncipe de este mundo ha venido, y no halló en mí cosa alguna, no halló cosa alguna ». De todo lo cual inferimos que este Varon santo fué en aquella hora examinado ó acusado por el demonio, el cual por más astuto y perspicaz que sea, no halló en él cosa alguna de que poderse asir, para poderle perder, que es la mayor felicidad que puede tener el alma en aquella hora.

Habiendo pues el Siervo de Dios triunfado tan gloriosamente del demonio y de sus tentaciones, y habiendo recibido los santos Sacramentos, quiso no obstante reconciliarse ántes de morir, para lo cual se arrodilló en la cama, y habiendo recibido la absolucion, tomó en la mano una imágen de nuestro Redentor Jesucristo, y se puso á contemplarla, en cuya contemplacion dió su espíritu, y entregó su alma en manos de aquel mismo Señor Crucificado, cuya sagrada Imágen fué el último consuelo de su vida. Quedó el Varon santo despues de muerto arrodillado como estaba y con el Crucifijo en la mano, con lo cual se dejaba ver tan devoto, tan humilde, tan penitente, que parecía un San Jerónimo, que es la comparacion que hace el mismo P. Pablo de Gerona, hablando de esta dichosa muerte. Murió este santo Religioso y Predicador insigne en nuestro convento de Manresa, á mediodía del Viérnes santo, dia consagrado á la Pasion y muerte de nuestro Divino Redentor. No bien se supo por la Ciudad el fallecimiento del Varon santo, cuando todo el pueblo vino á nuestro convento para venerar difunto al que habían escuchado vivo en el púlpito de su insigne Iglesia; y en testimonio de su veneracion y del alto concepto que habían formado de su santidad, no sólo le besaban los pies como á santo, sino tambien le encendieron candelas en tanta abundancia, que todo el feretro estaba rodeado de ellas. Autorizaron é hicieron más notable este numeroso y devoto concurso los Ilustres Señores Consejeros de la misma ciudad, los cuales vinieron tambien al convento, y tributaron sus devotos obsequios á su venerado Predicador difunto; y no contentos con esto, pidieron al P. Guardian que les concediese el hábito del Siervo de Dios, cuya peticion no se les pudo conceder, por haberlo ya prometido á otro devoto; no obstante se les dieron algunas otras cosas que habian servido á su uso. No se acabó con esto la devocion y concurso de las gentes, sino que continuaron á venir á nuestra iglesia, y venerar aquel su amado difunto hasta muy entrada la noche, manifestando todos los sentimientos de piedad y devocion de que estaban penetrados sus corazones. Pero otro suceso más tierno y más de-

voto dispuso el Señor que se verificase, sin duda para más clara manifestacion de la pureza y santidad de este su fiel Siervo. Por ser este suceso tan singular, nos ha parecido conveniente referirlo con las mismas palabras, con que lo refiere el P. Arcángel de Gerona, que tambien se halló presente: « Todo el dia « en que murió, dice, hubo gran con« curso de gente, por lo cual no lo pu« dieron enterrar aquel dia, ni se pudie« ron cerrar las puertas hasta muy « cerca de las diez de la noche, espe« rando alli todos los Frailes. Y cerra« das las puertas, no habiendo ya en la « iglesia algun seglar, sentimos tocar « á la puerta de la iglesia, y abrimos, « y vimos que eran dos niños de hasta « dos ó tres años de edad, que venían « asidos de las manos. Dejámoslos en« trar por ver lo que harían. Venidos « al altar mayor, arrodilláronse delante « el Santísimo Sacramento un pequeño « espacio de tiempo, y despues vinién« dose donde estaba el cuerpo, dieron « muestra de quererle besar los pies, y « porque no alcanzaban, besaban en las « andas del cuerpo; y los Frailes vi« endo aquello, los alzaron, para que « pudiesen cumplir su deseo, lo cual « causó grande admiracion á los Frai« les, porque parecía cumplirse aquello « del Salmo: Ex ore infantium perfe« cisti laudem. » Todo esto dice el sobredicho P. Arcángel. Que estos dos niños fuesen Angeles del Señor, parece lo persuaden las circunstancias del hecho; pues no es creible que en tan tierna edad viniesen de noche por sí solos, que llamasen á la puerta, que adorasen el SS. Sacramento, y que ofreciesen tan devotos obsequios al Religioso difunto. Pero ó fuesen Angeles, ó guiados por los Angeles, no podemos dejar de admirar la altísima Providencia del Señor, al disponer tan inocentes demostraciones en honor de este su Siervo.

Advertimos que este santo Religioso tuvo otro hermano, que tambien fué Capuchino, llamado P. Salvio de Hostalrich, cuya vida dejamos ya escrita en la pág. 20.

P. Ciprian de Montbuy.

Sus padres, cuyos nombres ignoramos, fueron labradores de mediana suerte, y un su tio fué Párroco del mismo pueblo. Nada sabemos de su vida en el siglo, pero es regular conocería presto los peligros y escollos que se hallan en el mundo, con cuyo conocimiento, deseoso de asegurar mejor suerte, abrazó nuestro Instituto capuchino, vistiendo nuestro hábito el dia 18 de Abril del año 1586. En el noviciado tuvo lo fortuna de tener por Maestro aquel Varon penitente y fervoroso el P. Buenaventura de Valencia, del cual hemos ya escrita la vida, bajo cuya disciplina aprovechó tanto en la virtud, que siguió con mucho fervor los pasos de su Maestro. Una de las virtudes del dicho P. Buenaventura fué el gran deseo que tenía de padecer por Cristo, segun referimos en su vida. Y esta misma virtud fué la que más resplandeció en nuestro P. Ciprian aun despues del noviciado. Animado con los ejemplos de tal Maestro, no dudó hacerse su compañero en la mortificacion y penitencia, ejercitándose mutuamente en mortificaciones de gran rigor.

Estaba el devoto Varon enteramente desprendido de las cosas de la tierra, y suspiraba por las del cielo; y como estas no se pueden alcanzar sin hacerse violencia, á más de las penitencias insinuadas, se puso una ley tan estrecha en la mortificacion de los sentidos, que ninguna libertad les concedía, aun de las que por otra parte podrían ser permitidas. A su lengua puso tal freno que no sólo evitaba las palabras ociosas, sino tambien se privaba de aquellas que se reputan por palabras de gracia ó de donaire. El sentido de la vista lo contuvo en términos tan estrechos singularmente en órden á las mujeres, que no osaba levantar los ojos para mirar alguna de ellas. Un simple y pobre hábito le servía de abrigo; unas tablas eran su lecho para el poco sueño que tomaba.

Sabía muy bien las obligaciones que contrae el Religioso, tanto en órden á sí mismo, como en órden al comun de la Religion. Y así se esforzaba á desempeñarlas con toda la perfeccion posible en cualquier estado que se hallase.

Cuando era jóven y estudiante, procuraba primero buscar á Dios en la oracion y ejercicios espirituales, uno de los cuales fué el comulgar casi todos los dias. Despues se aplicaba al estudio con tanta solicitud y cuidado, que salió consumado filósofo y muy buen teólogo, llevándose con tanta modestia en los ejercicios literarios, que aunque él era el más docto de sus condiscípulos, nunca porfiaba en los argumentos. Cuando fué Sacerdote se preparaba con mucha devocion para el santo sacrificio de la Misa, confesándose casi siempre ántes de celebrar, para acercarse al altar con mayor pureza. En el oficio de Lector se constituyó ejemplar de sus discípulos en la asistencia al coro, y en las oraciones, como igualmente en seguir la Comunidad sin admitir particularidad alguna. Y lo mismo hizo en el tiempo que fué Guardian, conforme lo significa un testigo, diciendo que gobernó santamente con ejemplo de todos. Entre estos oficios, que tanto brillan á los ojos de algunos, conservó el Siervo de Dios tan grande recogimiento y abstraccion de seglares, que huía el ser conocido de nadie, ni aun de sus parientes, á quienes nunca visitó.

No podemos dar más individual noticia de las virtudes que adornaron á este santo Religioso, por no hallarlas más expresadas en los Originales de la Provincia. No obstante si consideramos sus pocos años en la Orden, y los tiempos en que ejercitó tales oficios, no podremos dudar que fueron muchas y admirables las virtudes con que resplandeció. Solos doce años vivió en la Religion, y estos en unos tiempos que la Provincia respiraba tan estrecha y rígida observancia; y sin embargo de tales circunstancias, no dudaron los fervorosos Padres de aquellos tiempos confiarle el gobierno, direccion, y enseñanza de otros Religiosos en los cargos y oficios que hemos dicho. Señal evidente de la alta perfeccion con que resplandecía. aun entre otros muchos que no faltaban en la Provincia. Así vivió este esclarecido Varon, y con tales ejemplos ilustró los cortos años de su vida. Y queriendo el Señor premiarle aquellos deseos que siempre tuvo de padecer, dispuso que estos mismos le trasladasen de la tierra al cielo, sino por medio del martirio, segun había deseado, á lo ménos por ocasion de sus austeridades y penitencias. Se hallaba el Siervo de Dios en la Cuaresma del año 1598, ejerciendo el oficio de Lector en nuestro convento de Gerona, y desempeñando al mismo tiempo el cargo de Presidente por ausencia del P. Guardian. Predicaba la misma Cuaresma en la Catedral de la dicha ciudad de Gerona un insigne Capuchino, condiscípulo suyo, llamado P. Vicente de Toledo, el cual desempeñaba tan perfectamente su apostólico ministerio, que se llevaba tras sí toda la Ciudad con mucho aplauso. Nuestro P. Ciprian fué á oirle no pocas veces, y se enfervorizó tanto con aquellos sermones, y concibió tales deseos de padecer, que como si la vida penitente que hasta entónces había llevado, fuese poca cosa, determinó estrecharse más y vivir con mayor austeridad. En la comida se limitó tanto que buscaba el pan más negro que había en el convento; y en el vestido, sobre la pobreza que dijimos, añadió el abandonar las sandalias, caminando enteramente descalzo. Ni fué pequeña la mortificacion y pena que con esto padeció, porque siendo nuestro convento bastante distante de la Ciudad, y haciendo entónces unos frios muy rigurosos, iba el Varon penitente muy de mañana á pié descalzo á la Catedral para oir la Divina palabra, sufriendo con mucha paciencia aquel rigor y penalidad. Y como con esto juntase la puntual asistencia al coro, y la exacta observancia de la vida austera de aquellos tiempos, cumpliendo al mismo tiempo los cargos de Lector y Superior, resultó de aquí la enfermedad de que vino á morir. Porque pasada la Pascua, no pudiendo resistir á tanto trabajo y austeridad, cayó enfermo, y habiendo recibido todos los santos Sacramentos con grandes muestras de santidad, pagó el comun tributo á la muerte, entregando su alma en las manos de su Criador.

Falleció el Varon santo en nuestro convento de Gerona, y su muerte fué muy sentida de todos, por perder un tan buen Padre que tantas gracias había recibido de Dios; y dejó de sí tan buena opinion, que cuantos le conocieron le tenían por santo. De donde podemos piamente inferir, que su muerte no fué más que un tránsito de las miserias de

este mundo á las felicidades eternas de la gloria De lo cual á más de su vida penitente y santa tenemos el testimonio siguiente. Tenía este Siervo de Dios un hermano, y había procurado que fuese tambien capuchino, como en efecto lo fué, profesando nuestro Instituto con el nombre de P. Baltasar de Montbuy, el cual resplandeció tambien con virtud singular. Habíanse los dos hermanos concertado que el primero que muriese se apareciese al otro y le manifestase su estado, si Dios le daba el permiso. Murió primero nuestro P. Ciprian, y al cabo de tres años murió tambien el P. Baltasar, y aunque pasó tanto tiempo, no dejó de cumplir su promesa: porque poco ántes de morir el P. Baltasar se le apareció su hermano el P. Ciprian, y le dijo que presto se verían en la gloria, como más largamente diremos en la vida del dicho P. Baltasar. Tal fué la dichosa suerte de estos dos santos hermanos capuchinos, y tal será tambien la nuestra si los imitamos y seguimos en la perfecta observancia de las leyes y obligaciones que como ellos hemos profesado.

Fr. Gabriel de Gerona, Corista.

FRAY Gabriel fué natural de la ciudad de Gerona, é hijo de padres nobles, cuyos nombres nuestros antiguos dejaron de escribir, notando solamente que tuvo un tio Arcediano de la catedral de la dicha ciudad, y que se llamaba Fray Gabriel Sanmartí, cuyo apellido sería tal vez el de su casa. En el siglo mereció por sus buenas cualidades ser muy acepto al Excelentísimo Señor Virrey Conde de Valencia, á quien sirvió de paje de cámara por algun tiempo. En este oficio no se desvaneció, ni se dejó llevar de las vanidades del siglo, ni de las lisonjeras esperanzas que le podían prometer su nobleza y sus servicios; ántes bien llevó una vida tan devota y recogida, que casi siempre era hallado en la Capilla rezando sus devociones. Aquí sin duda recibiría aquella luz del cielo que le abrió los ojos para conocer la nada de las glorias mundanas, y para hollarlas y despreciarlas, buscando en nuestra Orden otra gloria y otra nobleza que los tiempos no pueden oscurecer. Fué tanta esta luz celestial y el fervor y espíritu con que abrazó nuestro Instituto, que no podemos pensar sino que llevaba ya mucha virtud y perfeccion adelantada. Dirigiose á nuestro convento de Gerona, donde manifestó los deseos que tenía de vestir nuestro hábito y profesar nuestra vida. Hallose presente en esta ocasion el P. Pablo de Gerona, el cual deseoso que el pretendiente obrase con toda madurez y reflexion, le informó de las obligaciones de nuestro Instituto, y le dió un librito en que estaba nuestra Regla seráfica, diciéndole que pensase bien sobre aquellas obligaciones, si las deseaba profesar. Con estos avisos saliose del convento animado de tal fervor, que creyendo se había de descalzar, lo puso luego en ejecucion, y de este modo se volvía á la Ciudad, de la cual nuestro convento distaba entónces bastante. Sucedió que caminando con tal desprecio, vió venir por el camino ciertas Señoras, y como él fuese Caballero noble y ceñía espada, temió encontrarse con aquellas Señoras, por lo cual se escondió dentro unos matorrales, donde estuvo por largo rato; y discurriendo sobre la pobre comida que tendría en la Religion, y queriéndose ejercitar en ella, empezó á comer bellotas y yerbas silvestres, hallando algunas tan amargas que parecía le habían puesto fuego en la boca.

Ni paró en esto su fervor, sino que animado de nuevo espíritu se volvió al convento, y despues de pedir como pobre un poco de pan y agua, lo que le concedió el Religioso portero, renovó su peticion de ser admitido á la Orden; á cuya solicitud accedieron los Padres de aquel convento, movidos sin duda de tan extraordinario fervor en un noble pretendiente. Mas no quedó con esto pacífica su entrada ó recepcion, porque llegando á noticia del Arcediano su tio, vino luego este Señor al convento con otros Caballeros parientes suyos, y con algunos Religiosos de la Compañía de Jesus: los cuales con muchas y prudentes razones le persuadieron que se volviese á su casa, á lo ménos para comunicar á su madre aquella su determinacion. Nuestros Religiosos considerando el motivo poderoso que alegaban de

la madre, convinieron á que fuese y le diese razon de sus intenciones, como en efecto así se verificó. Vuelto á su casa, se deja pensar la batería que le dieron sus parientes para que dejase aquel su propósito de ser capuchino. Toda la noche estuvieron persuadiéndole y representándole los motivos, que en tales ocasiones sabe discurrir la prudencia humana. Pero él, firme y constante en su determinacion, se mostró superior á tantas y tan fuertes persuasiones, viniéndose el dia siguiente á nuestro convento, donde vistió el hábito capuchino en la clase de Corista el dia 24 de setiembre del año 1592.

Grandes esperanzas de mayores progresos prometían unos principios tan fervorosos y una vocacion tan probada y constante; pero los pocos años que vivió en la Religion y su naturaleza poco robusta no dieron lugar á todo aquello que se podía prometer. No obstante, tanto en el noviciado, como despues de profeso, mostró siempre mucho fervor. La obediencia, la mortificacion, la mansedumbre, la compostura, el recogimiento fueron las virtudes en que singularmente se ejercitó. Del silencio fué tan rígido observante, que con dificultad se le podía sacar una palabra de la boca; y si alguna vez yendo á la ciudad se hallaba con algunos parientes suyos, se dejaba ver tan encogido y silencioso, que algunos lo reputaban por necedad ó tontería, cuando no era sino un efecto de su mortificado espíritu. Juntaba con esto una austeridad bastante penosa, pues siendo, como dijimos, de complexion poco robusta, andaba no obstante enteramente descalzo, y dormía sobre las tablas desnudas miéntras tuvo salud, siguiendo en los demas la Comunidad en la vida austera. Al fin fueron tales las virtudes de este Siervo de Dios, que el P. Pablo de Gerona, de quien arriba hicimos mencion, las encarece en gran manera, diciendo que resplandecieron en él todas las virtudes en grado heróico. Así vivió este santo Religioso los pocos años que estuvo en la Religion; y cuando parece que esto bastaba para una dichosa muerte, se dignó el Señor purificarle y darle ocasion de nuevos merecimientos en una penosa y larga enfermedad, que le afligió ántes de morir. No decayó su espíritu con esta afliccion, ántes bien la recibió con mucha conformidad y paciencia, conservando en medio de sus penas y dolores una grande mortificacion de los sentidos; con cuya mortificacion, paciencia, y conformidad, habiendo recibido devotamente los santos Sacramentos, acabó el curso de su mortal peregrinacion, dejando de sí opinion de santo. Fué su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario. Habíase el Siervo de Dios en su larga enfermedad desfigurado tanto, que perdida su natural hermosura, no mostraba sino fealdad. Pero despues de muerto se volvió tan hermoso y colorado, que parecía lo hubiesen pintado, de cuyo prodigio se admiraron no poco los Religiosos que estuvieron presentes. Argumentos con que Dios se dignó confirmar la santidad de su Siervo.

Fr. Pedro de Poitiers, Lego.

Este Religioso, natural de Poitiers en Francia, fué de los primeros que se recibieron á la Orden en los principios de la fundacion de la Provincia. No sabemos como ó de qué manera vino de Francia á Cataluña, sólo hallamos que vistió nuestro hábito capuchino en la clase de lego en el convento de Santa Eulalia, á los 18 de Setiembre del año 1578, que es decir, poco despues que los Fundadores edificaron y se establecieron en este primer convento de la Provincia y de toda España. Con esto pudo beber las aguas del fervor en su mismo orígen, y concebir el espíritu de perfeccion cuando estaba en su mayor incremento. En efecto, se dejó ver siempre este Fray Pedro tan fervoroso, y animado de tales deseos de ser perfecto, que poco satisfecho con la vida austera comun de aquellos tiempos, añadía otras mortificaciones de grande austeridad. Anduvo siempre descalzo sin sandalias, y tomaba el sueño sobre las desnudas tablas ó sobre una estera. En el comer observó tal rigor, que á más de ayunar algunas veces con solo pan y agua, componía su comida con solo pan acompañado de algunas yerbas ó alguna fruta, y esto aunque viniese cansado de la limosna. Y si alguna vez comía otra cosa, era

obligado del mandato de los Superiores, á quienes obedecía cumplidamente en todo. Fué limosnero en el convento de Santa Eulalia, y cuidó de la ropería en el de Monte-Calvario, desempeñando ambos oficios con mucha satisfaccion de Religiosos y seglares. De la santa pobreza fué tan amante y celoso profesor, que nada tenía á su uso sino aquello que no podía excusar, y esto con tanta estrechez, que no admitiendo hábito nuevo, se contentaba con el que fuese viejo, remendado y austero. Y no quedando aun satisfechos sus deseos de padecer, añadía el castigar su cuerpo con rigurosas disciplinas, no sólo con las que acostumbra la Comunidad, sino tambien con otras extraordinarias, que su fervoroso espíritu le dictaba. Y sin embargo de todo este rigor, penitencia y austeridad, era en su trato y conversacion muy pacífico y humilde, mostrándose en lo demas muy devoto, recogido, y silencioso, y revestido de un celo extraordinario de la observancia de la Regla y Constituciones de la Orden.

Desearíamos poder referir con mayor individuacion y claridad estas y demas virtudes que adornaron á este Siervo de Dios, pero como en el tiempo que se tomaron las noticias por escrito habían ya muerto muchos de los Religiosos que le conocieron y trataron, no se pudo averiguar toda la perfeccion y virtudes con que resplandeció: segun lo significa el P. Miguel de Valladolid diciendo, que si no hubieran muerto los Religiosos que le trataron en el principio de esta Provincia, hubieran dicho muchas cosas de él, porque fué muy buen Religioso, y muy celoso de su profesion, y que obraba segun el fervor que pedía su celo. En esta inteligencia deberemos contentarnos con esta pequeña relacion que acabamos de hacer, la cual pudo recogerse de algunos pocos testigos que le habían conocido; cuya relacion, aunque limitada, nos descubre bastantamente el espíritu fervoroso y penitente, y los grandes progresos que hizo en la virtud y perfeccion religiosa este Varon santo; el cual habiendo servido á Dios con tal espíritu y fervor, murió santamente en el año 1598. Su cuerpo fué sepultado en nuestro convento de Monte-Calvario, y su alma pasó á gozar los eternos premios de la gloria, segun piamente creemos.

Fr. Mateo de Barbastro, Lego.

TAMBIEN son muy limitadas las noticias que hallamos de este santo Religioso. Fué natural de Barbastro, ciudad en el Reino de Aragon, y vistió nuestro hábito en la Provincia de Cataluña el dia 3 de Marzo del año 1580, y aunque primero fué admitido en la clase de Corista, pero despues por no ser muy hábil en la literatura, le agregaron á la clase de los legos, cuyo humilde estado aceptó de buena voluntad. Su fervor se manifestó en seguir con buen ejemplo la austeridad de vida que en aquellos tiempos se observaba, añadiendo el caminar sin sandalias, y dormir sobre las desnudas tablas por más de diez años, cuyas austeridades, y tal vez otras que ignoramos, le dispusieron sin duda para una oracion y contemplacion muy elevada. Ya en los primeros años de Religion se observó que tenía algunos raptos, los cuales procedían de la consideracion de la Pasion de nuestro Divino Redentor, lo que se podía entender; porque estando en ellos daba voces, como ponderando la crueldad de los sayones, y repetía muchas veces estas palabras: « ¡ Con clavos, con clavos ! » Es verdad que estos raptos cesaron en él despues de algun tiempo, pero tal vez Dios le llevaría por otros caminos de oracion más ocultos, y más de su agrado. Si á su tiempo se hubiesen hecho las debidas informaciones, tal vez tendríamos noticias más claras de esta su oracion y de otras virtudes, como igualmente de la felicidad de su muerte, que se verificó en nuestro convento de Blanes, de cuyas noticias totalmente carecemos. No obstante como despues de seis años de enterrado fuese hallado su cuerpo entero, parece que con esto quiso Dios confirmarnos que le fué grata la vida de este Religioso, y que su muerte fué preciosa en su Divino acatamiento.

P. Angel de Perpiñan.

Podemos contar á este Padre por uno de los celosos Fundadores de la Provincia de Cataluña; pues aunque no vino de Italia con el P. Arcángel de Alarcon, ni con los otros primeros Padres, no obstante tuvo alguna inteligencia y manejo en la fundacion aun ántes de empezarse, y estando en Italia; y despues que vino á la Provincia, la ayudó en gran manera con su predicacion, gobierno, celo, espíritu y virtud. Fué su patria la ciudad de Perpiñan en el Rosellon, y sus padres fueron gente de mediana suerte, cuyos nombres ignoramos, sabiendo solamente que su apellido era Mas (1), el cual apellido conservó nuestro P. Angel, no sólo miéntras estuvo en Italia, sino tambien cuando vino á Cataluña, llamándole comunmente los seglares, P. Angel del Mas. Manifestó los deseos que tenía de servir á Dios, cuando renunciando al mundo con todos sus bienes, abrazó el humilde y pobre Instituto de nuestro P. S. Francisco en la Regular Observancia, donde se cree que pasó los estudios hasta quedar instituido Predicador. Despues se vino á nosotros, y vistió nuestro hábito capuchino en una de las Provincias que entónces había, que segun se discurre fué la de Génova. No sabemos cuantos años vivió en una y otra Congregacion franciscana, ántes de su llegada a Cataluña; sólo hallamos que siendo capuchino, ejerció el oficio de Lector en nuestro convento de Génova. Morando en esta Ciudad, tuvo noticia de la determinacion, que los muy Ilustres Conselleres de Barcelona habían tomado en órden á la fundacion de Capuchinos en su Ciudad, y del aviso que sobre esto mismo se daba á nuestro Revmo. P. General. Al mismo tiempo el Provincial y otros Padres de la Provincia de Génova le encargaron, por ser Catalan, que respondiese á cierta carta que nuestro gran Bienhechor el Señor Miguel Querol había escrito al dicho Provincial de Génova. Con este motivo nuestro P. Angel escribió al Señor Querol una carta en idioma catalan, que se conserva original en el archivo de la Provincia, en la cual despues de insinuarle las noticias que tenía de la determinacion del Consejo de Barcelona, le expone algunas dificultades que podría tener nuestro P. General en admitir la tal fundacion; añadiendo despues que teniendo el Reino de Aragon tantos privilegios, confiaba que el P. General no tendría reparo en enviar Religiosos para el efecto. Esta carta tiene la fecha de 24 de Agosto del año 1576, y la firma dice: « Fra Angel del Mas Capuci. »

Podemos presumir que no dejaría de practicar otras diligencias, ó con el mismo Señor Querol, ó con otros, para que se verificase la solicitada fundacion de nuestra Orden en Barcelona, la cual finalmente vió efectuada en el año 1578: y pasado algun tiempo, nuestro P. Angel se vino desde Génova con otros dos Religiosos. No podemos decir fijamente el año de su venida, pero es cierto que fué muy poco despues de haberse fundado los primeros conventos, pues hallamos, que él dirigió la fábrica de nuestro convento de Perpiñan, el cual se tomó el año 1580, dos años despues de haberse empezado la fundacion de la Provincia. Trasladado ya en esta nueva colonia, difundió luego los rayos de aquella virtud y perfeccion que había adquirido en Italia, resplandeciendo singularmente en el celo de la más estrecha pobreza, en la prudencia y acierto de gobierno, y en doctrina de una excelente predicacion. Los Superiores conocieron pronto estas virtudes, por lo cual no dudaron confiarle la direccion y construccion del convento de Perpiñan, constituyéndole Presidente ó Superior de los Religiosos que estaban allí. Y desempeñó tan fielmente este encargo, que observando las leyes de la más rígida pobreza, edificó aquel convento muy tosco, pobre, y estrecho, y tan limitado en el número de las celdas, que dentro algunos años fué preciso aumentarlo para poder contener una familia competente. El mismo celo de pobreza y humildad manifestó en la edificacion del convento de Solsona, pues aunque él no fué el principal director de esta fábrica, fué no obstante enviado por compañero del P. Gaspar de Mallorca, que era el principal encargado, y llevó parte del trabajo de este

(1) En el MS. *Memor*. año 1599, se hace mencion del fallecimiento de este religioso, llamándole « Fr. Angel de Mas del Perpiñá Pred. »

edificio, que fué pobrísimo y estrechísimo, segun lo demuestran las reliquias que aun en el dia se conservan. A más de estos encargos, le confiaron otros de mayor importancia en el gobierno de la Provincia, pues fué Guardian, Definidor y Custodio, y en ellos dió pruebas de tanta prudencia, espíritu y celo, que mereció ocupar dichos oficios casi todo el tiempo que vivió en la Provincia (1). No pudo á la verdad ejercitarse en aquellas rígidas austeridades tan ordinarias en aquellos tiempos, porque cuando vino era ya viejo, quebrantado, y flaco de complexion; no obstante se esforzó cuanto le fué posible y mostró mucha paciencia en los trabajos y adversidades, siendo por otra parte muy humilde, y deseoso que esta virtud resplandeciese en los otros. Había entónces muchos Religiosos tan adelantados en la oracion y contemplacion, y tan favorecidos de Dios, que no pocas veces padecían excesos mentales. Nuestro P. Angel, como Maestro muy instruido, reprendía á los Religiosos así favorecidos, para que no se desvaneciesen con semejantes favores: queriendo que se fundasen más en la humildad y en las virtudes sólidas, que en los efectos extraordinarios, aunque por otra parte muy apreciables cuando vienen de Dios.

Ni se encerraba solamente dentro del claustro este su celo y espíritu, sino que se difundía tambien en favor de los pueblos con el ejercicio de su doctrina y predicacion. Estaba el P. Angel muy instruido en la Teología escolástica y era práctico en la materia de casos de conciencia, y juntando con esta instruccion el poseer la lengua nativa del pais, desempeñó tan perfectamente el sagrado ministerio del púlpito, que sirvió de no pequeña utilidad para la fundacion de la Provincia. Las particularidades de su predicacion, su fervor, su espíritu, y el provecho que hizo en las almas, no lo hallamos individuado; pero lo podemos inferir de lo dicho y de la luz superior con que parece que Dios le ilustró, cuando en un sermon anunció algunos sucesos muy dolorosos y sensibles. Predicaba el Siervo de Dios en el año 1598, en una Villa del Condado del Rosellon, llamada Ylla; y estando en medio del sermon llegó la noticia, que los franceses habían entrado en otra Villa por nombre Vinzá, que sólo dista como una legua. Esta noticia conmovió tanto al pueblo y al auditorio, que fué preciso interrumpir el sermon, temiendo sin duda que presto vendrían sobre ellos; pero despues de alguna pausa, levantó la voz el Predicador, y con sentimiento dijo dos ó tres veces: « Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam: que en vano se guarda una ciudad, cuando Dios no es su defensa y su guarda. » Despues volviéndose al auditorio, dijo en lengua vulgar: « Señores, no teneis que alborotaros, porque os hago saber que los franceses entraran en la Villa con daños y efusion de sangre de una y otra parte; mas consolaos, porque tambien os digo que los echareis. » Y dirigiendo sus palabras á la Villa, exclamó: « ¡ Ah, pobre Villa, que han de pasar por tí estos trabajos y naufragios! » Esta prediccion del Varon santo se cumplió tan puntualmente, que dentro poco tiempo los franceses entraron en la Villa, haciendo y recibiendo muchos daños, y cometiendo hurtos y muertes: pero al fin fueron echados por los vecinos de la misma Villa. Con tales luces no podemos dudar que su predicacion sería muy provechosa para las almas; como igualmente podemos comprender que su vida fué muy agradable á los ojos del Señor, cuando le honraba con semejantes favores.

De este modo santificó los dias de su vida este Siervo de Dios, y con tales virtudes ilustró los años de su mortal carrera, mereciendo por fin y corona una feliz y dichosa muerte, que se verificó en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1599. La incorruptibilidad de su cuerpo fué tal, que despues de seis años de enterrado fué hallado no sólo entero y sin corrupcion, sino tambien en pié arrimado á las paredes de la sepultura. En Perpiñan, una oblata ó beata de la Orden de Santo Domingo, gran Sierva de Dios, é ilustrada con dones celestiales, hablando con el P. Miguel de Valladolid, le dijo y afirmó que el alma del P. Angel estuvo algun tiempo en el purgatorio, pero

(1) En el MS. *de Areñs* se lee: « Fué casi siempre Guardian, Diffinidor ó Custodio: y á no impedirlo lo flaco de su salud, hubiera sido Provincial, por el mucho zelo que tenía de la regular observancia. »

que entónces ya estaba en el cielo, de lo cual había tenido conocimiento. Escribió este P. Angel un *Abecedario espiritual* de breves y espirituales consideraciones, cuya obra se dió á la imprenta. Asimismo tradujó del italiano al español un tratadillo de los dolores mentales de Jesucristo nuestro Señor.

P. Pacífico de Castilla.

El nombre de este religioso fué P. Pacífico Castellano ó de Castilla, sin expresion alguna de la ciudad ó pueblo donde había nacido; y lo que es más sensible, con muy poca noticia de las virtudes con que ilustró nuestra Orden, de cuya omision parece se queja el P. Miguel de Valladolid, cuando en la relacion que hace de este Padre, dice, que si cuando se tomaron las informaciones vivieran algunos Padres viejos que le habían tratado, hubieran dicho mucho de él. No obstante en este poco que se pudo recoger, descubriremos tanta virtud y perfeccion, que nos hace creer que ya ántes de venir á Cataluña llevaba mucho andado en los caminos de la justicia y santidad. Había vestido nuestro hábito capuchino en una de las Provincias de Italia, donde creemos pasó la mayor parte de su vida religiosa, por ser ya viejo cuando vino á esta Provincia. Allí sin duda se ejercitaría en todas aquellas virtudes, de que dió tantos ejemplos, y concibiría aquel espíritu fervoroso, de que se dejó ver animado en España. En efecto aunque la vejez y sus achaques no le permitieron usar de todo aquel rigor que era tan comun en aquellos tiempos, siguió no obstante constantemente los actos y ejercicios de Comunidad, que eran no poco rígidos, practicando las austeridades cuanto las fuerzas y ocasiones le daban lugar. El retiro y recogimiento que guardaba fué tan singular, que un testigo dice, que no se acordaba haberle visto salir del convento, ni pedir licencia para ello. Semejante fué su conducta en la guarda del silencio, pues fuera de lo que pedía la caridad, apénas se le oía hablar palabra.

Pero las virtudes en que más resplandeció fueron la humildad y la caridad. Era este Siervo de Dios, como dijimos, viejo y achacoso; y sin embargo su ordinaria ocupacion era barrer el convento, servir á los enfermos, y limpiar la enfermería: y esto con tanta solicitud, que casi llevaba el peso del convento de Monte-Calvario, y con tanta aplicacion, como si no tuviera otra cosa que hacer. Ni esta su gran caridad se extendía solamente á los cuerpos, sino tambien á las almas; porque á más del cargo que tenía de confesar á los enfermos, celebraba Misas por ellos, y empleaba gran parte de las noches en consolarlos y encomendarlos á Dios. A todo esto juntaba un gran celo de la guarda de nuestra Regla y Constituciones, una pureza de Angel, conversando con todos como si fuera su súbdito, una gracia de tratar las cosas de espíritu, y en fin tanta virtud y perfeccion, que el P. Miguel de Valladolid no duda expresarlo con las palabras siguientes: «Vino de Italia, « dice, á esta Provincia tarde y viejo, « y vivió poco tiempo en ella; mas « este poco que le tratamos nos edi« ficó tanto su llaneza, su humildad, « su continuacion en los ejercicios de « Comunidad, su silencio, recogimien« to y caridad, y su pronta obedien« cia, que ninguno le trató, que no le « haya causada sentimiento su ausen« cia.» Habiendo pues santificado los años de su larga vida, podemos con razon y piedad creer que logró la dichosa muerte de los justos, pasando de los trabajos de este mundo al reposo eterno del cielo. Fué su fallecimiento en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1599, siendo Guardian el P. Vicente de Monterey, el cual no dudó afirmar que con la muerte de este venerable Anciano había perdido la Religion un gran Religioso. Expresion que salida de la boca de su mismo Prelado, nos confirma la buena opinion que este Siervo de Dios había adquirido, cuando todos le tenían por espejo de santidad.

Fr. Antonio de Baeza, Lego.

Este Religioso, natural de Baeza en Andalucia, tomó nuestro hábito capuchino en una de las Provincias de Italia, de donde vino á la de Cataluña ya en los prime-

ros años de su fundacion, segun lo podemos inferir de la circunstancia de haber cuidado de la fábrica de nuestro convento de Bañolas, que se tomó en el año 1583. Su virtud y perfeccion religiosa fué tanta, que mereció ser tenido por santo en opinion de los Religiosos y de los seglares. Ejercitó los oficios de cocinero, de fabriquero, y de compañero del Ministro Provincial: cuyos oficios y otros encargos cumplió con mucha obediencia y diligencia, distinguiéndose singularmente en la caridad con los sanos y enfermos, á quienes servía alegramente en sus necesidades. El espíritu de pobreza de que estaba animado, resplandeció en gran manera en las fábricas de los conventos de Bañolas y de Elna, en las cuales como fabriquero tuvo mucha parte. Tambien resplandeció este mismo espíritu de pobreza en lo perteneciente á su persona, vistiendo muy pobre y austeramente, y siendo muy pobres las demas cosas de su uso. La austeridad, fiel compañera de la pobreza, fué otra de las virtudes en que se ejercitó; pues á más de seguir con puntualidad la estrecha observancia, anduvo descalzo y sin sandalias aun en tiempos muy fríos y en largas jornadas, miéntras la salud se lo permitió. El sueño lo tomaba sobre las desnudas tablas, que formaban todo el aparato de su lecho; añadiendo á todo esto la abstinencia y el ayuno, para que nada faltase de rigor ó de mortificacion. Distinguiose tambien en la abstraccion de seglares, aun de parientes, en tanto grado cuanto lo significa el caso siguiente. Fué una vez por compañero de otro Religioso á su misma tierra, donde tenía una hermana: á la cual aunque visitó alguna vez por persuasion del compañero, nunca le declaró que fuese su hermano, y como hubiese mucho tiempo que no se habían visto, se quedó ella sin conocerle. Si alguna vez se veia obligado á tratar con seglares, procuraba servirles de edificacion con su buena conversacion y santos ejemplos, conforme así quedó edificado el Señor Duque del Infantado, en cuya casa estuvo algun tiempo por compañero de otro Religioso.

Todas estas virtudes no podían ménos que estar acompañadas de una oracion fervorosa, pues que sin ella jamas se halla virtud verdadera. Es verdad que no podemos decir cual y cuanta fuese la de este Siervo de Dios, sino sólo con la generalidad que lo expresa un testigo, diciendo que fué de mucho fervor y oracion. No obstante, de algunos sucesos prodigiosos que vamos á referir, en los cuales tomó parte, podemos colegir que su oracion fué muy fervorosa y muy grata á los ojos del Señor. Miéntras cuidaba de la fábrica del convento de Bañolas, tenía por compañero al P. Lorenzo de Huesca (no aquel cuya vida dejamos escrita, sino otro que por humildad se llamaba el pecador, de quien más adelante haremos mencion). En el discurso de esta fábrica se hallaron los dos Religiosos necesitados de conducir al convento un madero muy grande, y pidieron este favor á un vecino del lugar de Puigpalter, llamado Martirian Tassis y Ferrer, el cual con mucha caridad les concedió un par de bueyes para la conduccion del madero, aunque por su mucho peso se necesitaban dos pares. Cuando llegaron á cierta subida, donde había un mal paso, resbaló el carro con el madero, cayendo sobre los bueyes con tal desgracia, que uno de ellos parecía estar ya muerto. En este trabajo que afligió á todos, dijeron los Religiosos que se arrodillasen y dijesen el Ave María: cuya breve oracion fué tan poderosa, que siendo necesarios cuarenta hombres para levantar el madero, el carro, y los bueyes, con sólo la ayuda de cuatro se levantaron los brutos, sanos y sin lesion alguna, y tan ligeros que como corriendo prosiguieron el camino con la dicha carga, quedando todos no ménos consolados que admirados de tan señalado prodigio. En otra ocasion este mismo Martirian tenía un hijo muy enfermo de una ardiente calentura, y para consolarse de su mucha afliccion fuese al convento, y lo refirió á los dos Religiosos Fray Antonio y P. Lorenzo, los cuales le dijeron que lo encomendase á Dios, y se volviese á su casa, que el hijo estaría bueno; cuya promesa fué tan puntual, que acompañándole los Religiosos hasta su casa, al llegar les vino á abrazar el hijo sano y bueno. Otro milagro refería este mismo bienhechor, diciendo que en su casa

había una pila de aceite, de la cual Fray Antonio venía á tomar muy frecuentemente con un cántaro grande, y gastando tambien los de casa de la misma pila, nunca en el espacio de dos años les pareció que faltase aceite. Todo lo cual nos manifiesta el grado tan alto de virtud y perfeccion, á que había llegado este Siervo de Dios Fray Antonio: el cual habiendo padecido con mucha paciencia una grave enfermedad, purificado y acrisolado, cerró el período de sus dias, muriendo en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1599, y empezando otra vida más feliz en el Reino de los Bienaventurados; de cuya pia opinion puede ser indicio el haberse hallado su cuerpo entero y arrimado á la pared de la sepultura despues de cuatro años de enterrado. (1)

Fr. Alejo de Camprodon, Corista.

FRAY Alejo fué natural de una Villa del Obispado de Gerona llamada Camprodon, y como sus padres fuesen gente rica, y él heredero de su casa, no excusaba el gastar con otros jóvenes de su calidad; mas abriéndole el Señor los ojos para que conociese la falsedad engañosa de las riquezas del mundo, determinó conmutar aquel estado de opulencia por la humildad y pobreza de nuestro P. S. Francisco: á cuya determinacion dió cumplimiento, vistiendo nuestro hábito capuchino el dia 29 de Abril del año 1593, en la clase de Corista. Fueron pocos los años que vivió en la Religion, pero manifestó siempre un espíritu fervoroso y deseoso de la más alta perfeccion. La vida austera de aquellos tiempos satisfacía poco los deséos que tenía de padecer y mortificarse por amor de aquel Señor que tanto padeció por nosotros. Un hábito muy remendado servía para cubrir su cuerpo, las desnudas tablas componían su cama, y las sandalias eran ociosas para sus pies, queriendo caminar enteramente descalzo; añadiendo á todo este rigor otras penitencias extraordinarias. La oracion, que es alimento y sustento del alma, fué un objeto de los que más atraían su corazon.

Ya en el noviciado se observó que siempre andaba en contínua oracion, tanto que aun en las ocasiones de alguna recreacion, parecía que no se olvidaba de Dios. Despues á su tiempo fué aplicado á los estudios, dándose al mismo tiempo tanto á las cosas de espíritu, como si no estudiara, de modo que era el ejemplo de todos sus condiscípulos. Asistía á la oracion siempre de rodillas aun cuando tenía poca salud, y de ordinario se ocupaba en servir las Misas aunque estuviese convaleciente; añadiendo á estos ejercicios devotos el ayunar todos los sábados por amor de la Vírgen María nuestra Señora, de quien era particular devoto. De un espíritu tan fervoroso nacía en el Siervo de Dios una humildad muy profunda, una obediencia muy pronta, y una particular mortificacion de los sentidos singularmente de la vista. De aquí una observancia tan exacta de nuestra seráfica Regla, que no sólo la guardaba á la letra, sino que hacía más de lo que ella manda. De aquí finalmente un recogimiento y abstraccion de seglares tan grande, que con dificultad hablaba con ellos, singularmente si eran ricos ó parientes; y si tal vez las circunstancias le obligaban á tratar con algunos, siempre les hablaba de Dios con mucho fervor, para lo cual tenía gracia particular. Y cuando unos principios tan fervorosos daban fundadas esperanzas de mayores progresos virtuosos en el discurso de los años, se dignó el Señor cortar el curso de su carrera, y llevarle para sí: sacándole de este mundo, y trasladándole, segun piamente creemos, á aquella feliz tierra de los vivientes donde el gozo es cumplido y eterno. Murió el Siervo de Dios en nuestro convento de Gerona en el año 1599, estando aun en los estudios; y su muerte fué tan sentida, por la buena opinion que todos tenían de él, que en la ocasion de darle sepultura se enternecieron los asistentes, singularmente el P. Guardian, quien por las muchas lágrimas que derramaba, no pudo acabar las oraciones. El mismo Guardian,

(1) « Antonius a Baëza, Laïcus., Vir oratione potens, qui bovem ingenti trabe attritum, et agricolae filium febricitantem sua oratione incolumes reddit: cujus corpus post quartum sepulturae annum incorruptum cernitur. » (Bover., tom. II, p. 641).

conociendo bien las muchas virtudes que habían adornado el alma de Fr. Alejo, y queriéndolas dar á conocer á toda la Provincia, escribió en el aviso de su fallecimiento estas palabras del libro de la Sabiduría: « Consummatus in brevi, explevit tempora multa ». Con cuya limitada expresion, hizo el elogio más excelente de la virtud y perfeccion de este Siervo de Dios.

Fr Martirian de Gerona, Corista.

La venida de este Religioso á nuestra Orden y su salida de este mundo son los hechos más notables y más instructivos que hallamos en su vida. Nació en la ciudad de Gerona, de padres de mediana suerte, cuyo apellido fué Alsina; y deseoso de servir á Dios y asegurar más su salvacion, tomó el hábito de los Monjes Claustrales de la santa y esclarecida Orden de San Benito, en la misma ciudad de Gerona. En esta Orden fué aplicado al estudio de las Artes, en que mostró ser de agudo ingenio y feliz memoria en tanto grado, que preguntándole alguna vez diferentes personas varias cosas á un mismo tiempo, respondía á todos con tal prontitud y agudeza, que admiraba á los oyentes. Miéntras proseguía su carrera con tan buenos principios, sucedió la muerte de un tio suyo, Beneficiado de la Catedral de Gerona, en cuya muerte se halló presente. Había el dicho Beneficiado granjeado mucho dinero, del cual anduvieron solícitos el Fisco y la Cámara. Visto esto por nuestro Fray Martirian, se desengañó tanto de las riquezas de este mundo, que volviéndose á los que estaban presentes, les dijo aquello del Profeta David: « Thesaurizat, et ignorat cui congregabit ea. Et tunc quae est expectatio mea? nonne Dominus? El hombre procura hacerse rico, sin saber para quien recoge aquellas riquezas. Y así ¿cual puede ser mi esperanza, sino solamente el Señor? » Determinó ser aun más pobre, y para lograrlo abrazó la estrecha pobreza de nuestra Congregacion capuchina. Y como se le ofreciese una dificultad no pequeña en órden á servir á su madre, cuyo servicio le era más fácil en la Orden de San Benito que en la nuestra: lo consultó con cierto Canónigo de la Catedral, gran Siervo de Dios, el cual le aconsejó que siguiese su determinacion, diciéndole que si él se condenaba, su madre no le sacaría del infierno. Con esto rompiendo los vínculos de la carne, y no haciendo caso de las persuasiones de la madre, dejó el santo Instituto benedictino, que aun no había profesado, y abrazó el capuchino: vistiendo nuestro hábito en la clase de corista el dia 14 de Abril del año 1595, en nuestro convento de Figueras, siendo de solos 17 años de edad.

Fué muy corta la vida que gozó entre nosotros, extendiéndose á solos cuatro años, en los cuales trató de mortificarse, y de servir á Dios con fervor, mostrándose muy ejemplar, muy celoso de su profesion, obediente, y observante de nuestra santa Regla, y tratando de cosas de espíritu. Vínole en cierto convento la tentacion ó curiosidad de asomarse á la ventana de la celda, cuando oía tocar á la puerta del convento, para ver quien llamaba; y conociendo lo inútil y tal vez pernicioso de esta curiosidad, cerró con clavos la ventanilla que tenía en la celda, y perseveró así por muchos dias. Era de un entendimiento muy perspicàz, y de una conciencia muy ajustada. Mas Dios nuestro Señor, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, se dignó cargar sobre este su Siervo una cruz al parecer muy pesada, permitiendo que fuese afligido con temores de su predestinacion. Fueron tan grandes estos temores, que le llevaban muy humillado, y de ordinario muy triste y afligido, y tal vez con tentaciones de desesperacion. Padeciendo esta tribulacion y trabajo, cayó enfermo en nuestro convento de Tarragona, de cuya enfermedad vino á morir. Y cuando se podía creer que aquellos temores le afligirían mucho más en aquel estado de debilidad, se sirvió el Señor darle tal paz y tranquilidad, que el mismo enfermo decía al P. Miguel de Gerona, que era su Prelado, que se admiraba como en salud tanta guerra, y en la enfermedad tanta paz. Confesábase muchas veces al dia para purificarse más y más, y lo hacia con gran quietud. Y agravándose la enfermedad, preguntó que se decia de él, y

si estaba cerrado su proceso; y como se le respondiese que sí, y que estaba ya determinado que iría al cielo, quedóse quieto y sin hablar palabra. Mas al llegar como media hora ántes de espirar, fué acometido de otra tentacion al parecer más vehemente y más peligrosa, porque segun se pudo conjeturar de sus palabras, vió al demonio, ó se halló acusado por él. Sus palabras eran estas · « Mientes, que no he hecho eso: no consiento: yo estoy en lo que ántes tengo dicho y protestado: en aquello estoy. » Y cuando decía « no consiento », volvía la cabeza á una y otra parte con grandísima vehemencia. En este conflicto, el sobredicho P. Miguel, para animarle y darle algun consuelo, púsose á rezar el Credo, y como por la perturbacion errase alguna palabra, el buen enfermo aunque tan atribulado le volvía á camino. Y habiendo concluido con aquellas palabras: « Vitam aeternam », le dijo el P. Miguel: « presto se la dará Dios en su gloria »; á lo que respondió el moribundo: « no pretendo gloria, sino la gloria de Dios »: con lo cual quería decir, que si bien deseaba y suspiraba por el cielo, dejaba á Dios el dia y hora, queriendo en todo la gloria de Dios. Y quedándose quieto, al cabo de un cuarto de hora dió tranquilamente su espíritu al Señor con mucho consuelo de los Religiosos. Murió el Siervo de Dios siendo ordenado de Subdiácono, en el año 1599, en nuestro convento de Tarragona; y como en este convento aun no estuviese hecha entónces la sepultura para los Religiosos, le enterraron bajo tierra: y abriendo este lugar despues de dos años, se halló su mano derecha entera; lo que nos sirve de indicio para creer piamente, que la suerte de este Siervo de Dios fué entre los escogidos, que en el juicio universal merecerán estar colocados á la derecha del Juez supremo de vivos y muertos.

Fr. Joaquin de Peramola, Lego.

Este Siervo del Señor ya en el siglo tuvo tales deseos de servir á Dios con perfeccion, que se recogió á una ermita que era de la jurisdiccion de cierto monasterio de Monjas, donde pudiese hacer vida retirada. Mas como quisiesen ocuparle en llevar recados, no pareciéndole esto conforme á sus deseos, renunció aquel estado de ermitaño, y abrazó nuestro Instituto capuchino, vistiendo el hábito en el dia 30 de Octubre del año 1587. Su vida entre nosotros fué consiguiente á la que había empezado en la ermita, austera, penitente y fervorosa. Anduvo descalzo y sin sandalias; dormía poco, y esto sobre las desnudas tablas ó sobre una estera cuando hacía frio; ayunaba con rigor las cuaresmas que acostumbra la Orden, añadiendo otros ayunos extraordinarios, y siendo en lo demas tan parco y mortificado en el comer, que buscaba para sí los mendrugos de pan más negros y secos junto con las migajas que quedaban en el saco ó en las alforjas. Fué asimismo muy riguroso en las disciplinas, añadiendo á las de Comunidad otras de devocion. Tambien se mostró muy pobre y despreciado, vistiendo un hábito simple y austero, y contentándose en lo demas con lo que era inevitablemente necesario, y esto muy despreciado y pobre. Acompañaba esta gran austeridad y penitencia un recogimiento y abstraccion tan extremado, que á más de excusar las salidas del convento, se privaba del trato y conversacion no sólo de los seglares, sino tambien de los Religiosos, con quienes solamente hablaba en los casos necesarios, y entónces eran sus palabras breves y por poco tiempo. Ni debemos pensar que con ser tan riguroso consigo mismo, lo fuese igualmente con los otros, ántes juntaba con esta austeridad un corazon muy caritativo y muy benigno para con sus hermanos. Miéntras vivió cuidó casi siempre de la dispensa y refectorio, y fué admirable el cuidado y solicitud que ponía para que los Religiosos estuviesen bien asistidos, y no tuviesen el menor motivo de queja: distinguiéndose singularmente con los convalecientes, caminantes y necesitados, á quienes daba con mucha alegría lo que habían menester, segun la voluntad del Superior. Y para que esta oficina estuviese bien servida á beneficio de los Religiosos y con utilidad de la santa pobreza, empleaba en ella todo el tiempo que le sobraba, sin perturbarse ó mostrarse inquieto, por gran-

de que fuese el trabajo ó la molestia.

Ni debe todo esto maravillarnos, porque fué Religioso muy aplicado á la oracion, que es la fragua donde se enciende el espíritu para andar los caminos de la virtud y santidad. Aunque las obligaciones de su oficio eran no pocas, rara vez dejaba de asistir á las horas de oracion que acostumbra la Comunidad; y por más que algunas veces las mismas ocupaciones le obligaban á recogerse muy tarde, no dejaba por esto de asistir á los Maitines, despues de los cuales casi siempre se quedaba en oracion hasta la mañana. Y por comprenderlo todo en pocas palabras, diremos que su oracion fué casi contínua, porque fuera de las obligaciones que debía desempeñar, le hallaban los Religiosos regularmente haciendo oracion mental ó vocal. Esta fué la fuente de aquel rigor, penitencia y austeridad que hemos dicho. Esta el orígen de aquella estrechísima pobreza que hemos insinuado. Esta el móbil de aquella obediencia tan singular, que un testigo significa diciendo que fué obedientísimo. Esta la custodia de una castidad muy perfecta. Esta el fundamento de una humildad tan profunda, que en el refectorio decía la culpa de los defectos ligeros como si fueran delitos graves. La oracion finalmente fué la madre de otras virtudes que adornaron á este Siervo de Dios, las cuales aunque no las hallamos expresadas con individuacion, se significan bastantemente cuando se dice de él, que perseveró en toda virtud, y que fué uno de los mejores Hermanos legos que había tenido la Provincia. Adornado pues con tales virtudes, y habiendo servido á Dios con tanta perfeccion, llegó al fin de sus dias, muriendo santamente en nuestro convento de Gerona en 1599, desde donde, segun nos persuade la piedad cristiana, subió á recibir en el cielo los premios eternos que le merecieron sus penitencias y virtudes.

Fr. Benito de Zamora, Lego.

Este Religioso tomó nuestro hábito capuchino en una de las Provincias de Italia, de donde vino á la de Cataluña en los primeros años de su fundacion. Aquí se dejó ver animado de aquel espíritu humilde, penitente y fervoroso, que es tan propio de un hijo del Padre San Francisco. El rigor de nuestro Instituto era poco para satisfacer los deseos que tenía de padecer, pues á más de seguir la Comunidad muy puntualmente, añadía otros ejercicios no ménos penosos que ejemplares. Hacía los ayunos con tal rigor que ponía espanto á los que lo veían, y no contentándose con los ayunos comunes de la Orden, añadía otros muchos que le dictaban su espíritu y su devocion. Por el tiempo de más de diez años sufrió la penalidad de caminar descalzo y sin sandalias, y si despues las admitió, fué constreñido á ello, tal vez por el mal de gota que padecía. El abrigo de su cuerpo fué un hábito austero y despreciado, y la comodidad de su lecho fué una estera ó unas tablas desnudas. Decíanle á veces que aflojase en la austeridad á fin de conservar la salud; pero él con espíritu fervoroso respondía, que no había prometido la Regla de Galeno sino la de San Francisco. Respuesta á la verdad fervorosa, pero no admirable, supuesto que fué Religioso de oracion: en la cual se ocupaba con tanto fervor, que puesto de rodillas, permanecía así como un mármol por largos espacios, singularmente en las horas destinadas para la Comunidad. Aquí sin duda recibía aquel espíritu de mortificacion y penitencia, que haciendo poco caso de la salud del cuerpo, le obligaba á seguir los caminos de la Cruz, dispuestos y ordenados en nuestra seráfica Regla. Y para que este espíritu no se evaporase ó desvaneciese, procuraba llevar una vida muy retirada y recogida, en tanta manera que no sólo huía el trato de seglares, singularmente de mujeres, pero aun con los Religiosos observaba un estrechísimo silencio; sin que por esto faltase á la caridad debida á todos, cuya virtud supo muy bien hermanar con la austeridad que usaba consigo. Los Superiores le ocuparon en diferentes oficios, entre otros en el de cocinero, y todos los desempeñó con cuidado, siendo muy pronto en cuanto le mandaba la obediencia; y si tal vez estas ocupaciones le dejaban algun tiempo libre, lo empleaba en servir las Misas, á cuyo

santo ministerio tenía particular devocion. Al fin tuvo por compañeras de estas virtudes la humildad, la mortificacion, la mansedumbre, la paciencia, y otras virtudes; y con razon dijeron algunos, ya que sus virtudes no eran superficiales, sino muy fundadas en espíritu: ya que perseveró siempre en vida irreprensible y en toda virtud: ya finalmente que fué muy ejemplar y dotado de mucha virtud; con cuyas expresiones se nos declara bastantemente el grado tan alto de perfeccion á que llegó este Siervo de Dios. Y como á una vida virtuosa y santa se sigue una muerte tambien santa y dichosa, mereció lograrla en nuestro convento de Villafranca, donde acabó felizmente los dias de su mortal vida, yendo su alma, segun piamente creemos, al reino de la inmortalidad, para empezar otra vida más feliz, en 1599.

Fr. Gil de Perpiñan, Novicio Lego.

SEÑALADO beneficio mereció de la Vírgen Santísima en la hora de su muerte un afortunado Novicio, llamado Fray Gil de Perpiñan, cuyo beneficio explica el Hermano Fray Buenaventura de Raxach lego, con las palabras siguientes: « Yo me hallé en « nuestro convento de San Roque de « Figueras, cuando estaba allí novicio « el Hermano Fray Gil de Perpiñan le- « go, de algunos diez y ocho ó veinte « años de edad, el cual enfermó de « grave enfermedad en el mismo año « del noviciado, y murió santamente, « viendo á la Vírgen María nuestra « Señora que entraba por la celda con « mucho acompañamiento, para reci- « bir y llevarse su alma al cielo. Y « estando con todos los sentidos ya « para morir, dijo con voz alta: « Ha- « gan lugar Padres: ¿No ven que en- « tra la Vírgen María nuestra Señora « con tanto acompañamiento que no « caben en la celda? Hagan lugar, ó « derriben este tabique para que que- « pan. » Y con esta alegría y visita « de nuestra Señora, muy gozoso dió « su alma á Dios en las manos de « aquella Soberana Reina que tanto « le quiso favorecer. » Tal es la relacion de este insigne beneficio, y de la feliz muerte de este dichosísimo Novicio, cuya vida sería sin duda muy perfecta, santa é inocente. (1)

Fr. Basilio de Gerona, Corista.

SINGULAR fué la gracia que por su mucha humildad mereció lograr del Señor un Corista, llamado Fray Basilio de Gerona, que vistió nuestro hábito en el año 1590. Fué este Religioso austero, fervoroso, y puntual en seguir los ejercicios de Comunidad: y no obstante se consideraba tan indigno de la alta dignidad sacerdotal, que aunque fué ordenado de Diácono, nunca se pudo acabar con él que recibiese el Sacerdocio. Llegó el caso que los Superiores se lo mandaron, enviándole á este fin la obediencia que aceptó con toda sumision; pero pudo tanto su humildad para con Dios, que ántes de poder cumplir este mandato murió, y segun piamente podemos creer, se fué á recibir en el cielo la corona prometida á los humildes. Su muerte fué en el año 1596.

Fr. Urbano de Castilla, Novicio Corista.

FRAY Urbano de Castilla fué muy fervoroso, y al cabo de un mes de haber vestido el santo hábito, hubo de salir de este mundo; y el dia ántes de morir manifestó tanto fervor y devocion, que exclamaba en altas voces diciendo: « Para siempre sea alabado Dios », cuyas palabras repetía contínuamente, añadiendo algunas veces: « ¡Oh Vírgen siempre Vírgen! »; y así continuó hasta perder la palabra, y á breve rato espiró. Despues de dos ó tres años de sepultado, fué hallado su cuerpo tan incorrupto y entero, que pudieron ponerlo derecho y arrimado á la pared de la sepultura. (2)

---

(1) El MS. *Indice* hace mencion de este Novicio entre otros del año 1595 y añade « *Murió Novicio* ». Y aunque no nota el año fijo como por los otros, todo indica que murió en 1595 ó 1596.

(2) Segun el MS. *Memor*, murió en 1595.

P. Lorenzo de Barcelona.

Del P. Lorenzo de Barcelona, sólo se dice que fué muy religioso, y que estando cercano á la muerte, le preguntó otro Religioso si le pesaba el morir, y si sentía la muerte; á cuya pregunta respondió: « De morir no me pesa, pero naturalmente bien lo siento ». Al cabo de dos ó tres años de enterrado, se halló su cuerpo en la sepultura entero, y lo arrimaron derecho, como el antecedente, á la pared de la misma sepultura de Monte-Calvario. (1)

Fr. Maseo de Cuellar, Lego.

Fray Maseo de Cuellar, que es un pueblo de Castilla, habiendo servido de criado al Virrey de Milan, vistió nuestro hábito, según se cree, en la misma Provincia de Milan, en la profesion de lego. Después vino á la Provincia de Cataluña, donde llevó una vida tan ejemplar y virtuosa, que á más de seguir con rigor la vida comun, andaba sin sandalias, y dormía sobre las tablas desnudas, aunque era ya viejo, juntando con esta austeridad una gran simplicidad y llaneza, y sobre todo una particular devocion á la Vírgen María nuestra Señora, á cuya honra rezaba muchas Coronas. Habiendo muerto en nuestro convento de Blanes, fué hallado su cuerpo entero despues de casi dos años de sepultado. Murió en el año 1599.

P. Alfonso de Casarubios.

A los Religiosos Capuchinos españoles que hasta el año 1600 murieron en España, dejando ilustre nombre, añadiremos otros no ménos ilustres, que no pudiendo entrar en la Orden en España, por no haberse efectuado la fundacion hasta el año 1578, dieron gloria á nuestra Orden y á nuestra patria fuera de ella. Entre los cuales, floreció el sabio y docto canonista P. Alfonso de Casarubios.

Ignoramos el año de su vesticion y la Provincia á que perteneció: sólo sabemos que era reputado por varon muy erudito, y por algunos indicios no creemos improbable que vistió el hábito despues de 1530. Escribió el *Compendium privilegiorum FF. Minorum et aliorum Mendicantium*, del cual se conocen varias ediciones: la de Salamanca, en 1582; la de Paris, en 1590; la de Venecia, en 1609; la de Colonia, en 1619. El Rmo. P. General Jerónimo de Sorbo, muerto con fama de santidad, ilustró con sabias y notables adiciones la obra del P. Alfonso, haciéndose varias ediciones en dos tomos. Nada más hemos podido saber de este docto Capuchino español (1).

Fr. Antonio de España.

En Larino, donde se edificó el primer convento de Provincia de la Pulla, orando una vez en el bosque Fr. Antonio de España, Varon insigne en varias virtudes, y en particular en el don de profecía, al tiempo que ya Ochino había premeditado la fuga, se le reveló su vicina apostasía de la Orden y de la Iglesia, y el trabajo y peligro que amenazaba á la Religion. Con que tristísimo y derramando infinitas lágrimas, se volvió del bosque al convento; y encontrando en la huerta otros religiosos, los exhortó á que llorasen con él la desdicha comun. Aplicando al caso presente las palabras del Profeta Joel, decía: « Disponed los corazones al llanto, y llorad Sacerdotes; suspirad Ministros del Altar, y vuestro vestido sea un cilicio, Ministros de mi Dios; porque el fuego abrasó la hermosura mayor del desierto: la llama encendió los árboles de la Provincia. Cesó el gozo de nuestro corazon, convirtiose en lágrimas nuestro Coro. Cayó la corona de nuestra cabeza; ¡Ay de nosotros, porque pecamos! » Los Religiosos que ignoraban la causa de tal dolor, le rogaron que se la dijese: á que él

(1) En el MS. Indice sólo hallamos esta indicacion: « Fr. Lorenzo de Barcelona, Sacerdote. Murió 1593. »

(1) Segismundo de Venecia, pág. 354, dice de él: « Spagnuolo, capuccino: dotto uomo. » Y Bononia añade: « Quem Nicolaus Antonius Hispalensis in sua Bibliotheca Hispana, tomo 1, Capuccinum vocat. »

respondió. « ¿ No os parece que se debe llorar el ver ya en el suelo la columna de la Orden, amenazando ruina á toda la casa! Caido ha el General Ochino de la suprema cumbre de la Religion, apartádose ha de la Iglesia, huídose ha á los herejes. ¿ Qué llanto no le es debido al triste rebaño que vino á tener tal Pastor? » El suceso se siguió luego brevemente, y los Religiosos comprobaron la profecía del Varon santo (1). Ignoramos el año de la muerte de este devotísimo Religioso, y sólo sabemos que lo que aquí referimos de él sucedió en 1542.

Fr. Juan Español.

Fray Juan español, insigne en virtudes, vivió en el convento de Fosambruno, y es diferente del P. Zuazo de quien se habla en la pag. 131, que despues murió mártir, pero en las virtudes muy semejante á él. Era tan dado á la oracion y traía tan inflamada la voluntad en el amor divino, que no pudiendo reprimirlo dentro del pecho y siéndole fuerza prorumpir muchas veces en suspiros y voces, por no ser molesto á los demas, solía retirarse á unas celdas apartadas y solitarias que el Cardenal de Urbino había labrado en el bosque del Monasterio, para que los Religiosos que quisiesen vacar á Dios, desviándose del ruido del siglo y de la conversacion de los hombres, se recogiesen cómodamente á ellas, pasando su vida en aquel sitio y ocupando lo más del dia y de la noche en orar. Sucedió una vez que los ciudadanos de Fosambruno, vieron á su parecer una hacha encendida, como andando sobre las eminencias y cerros más altos que estan en el circúito de la ciudad: de que coligieron que los frailes padecían algun trabajo y les pedían socorro; y con esto fueron allá muchísimos. Llegaron al convento, y preguntando á los frailes lo que había sucedido, no hallaron suceso alguno infeliz, sino al felicísimo Fr. Juan Español, orando y arrebatado en profundo éxtasis, cuyo ánimo encendido en llamas de amor de Dios se levantaba hácia arriba á manera de hacha, elevado en los celestiales ardores.

Visitaba entónces la Provincia de la Marca de Ancona el General Astense (1), y habiendo venido á Fosambruno y oido la fama que corría de la santidad de este Religioso, juzgando despues de haberle hablado y tratado familiarmente que la fama correspondía con la verdad, le pidió en secreto que encomendase á Dios en sus oraciones el estado de la Religion y procurase entender de su Majestad, qué había en ella que corregir, qué adelantar ó qué disponer. Fr. Juan obedeció al General, y habiendo pedido al Señor con lágrimas y oraciones contínuas, que le manifestase su voluntad en razon de lo que le habia mandado su Superior, apareciósele una vez cuando oraba y le dijo las palabras siguientes: « Aunque me agrada

---

(1) La caida de Ochino y su apostasia indican cuan necesaria es la humildad en todo tiempo, lugar y condicion. El orgullo le perdió: pero este triste suceso nada dice contra la santidad y humildad de la Orden: y prueba más bien que en ella no puede perseverar quien no vive segun su espíritu. Ni Fr. Elias en los primeros tiempos de nuestra Religion Franciscana, ni Ochino en la infancia de la Congregacion Capuchina pudieron ofuscar la gloria y perfeccion de la religiosa sociedad de que el Señor les echó como indignos. Gran desgracia fué y no poca tribulacion la caida de Ochino pero Dios al permitirla, nos enseñó á ser humildes, y compensó con grandes misericordias las aflicciones de sus siervos. Por esto dice con razon el célebre Recoleto P. Arturo Monasteriense en su *Mart. Franc.* p. 9 « Tamen stupendus huiusce casus in bonum cessit istius sanctissimae congregationis: quam Deus, his novissimis temporibus instruxit, ut vita exemplari et optima conversatione horum religiosorum haeretica audacia frangeretur: prout observarunt Raemundus et Costerus sup. qui concion. in 4. Dominica Adventus s. 3 sic ait: Clerus et Coenobia in multis locis, gratia Dei, sunt reformata: et videtur quidem, quod Deus Capucinos hoc tempore inducere voluerit, ut haeretici, qui vitam ducunt plenam libertate et licentia, persuadendo hominibus impossibile esse, ut mandata Dei perficiantur: per huiusmodi viros, vel iterum cognoscant et discant, atque aperta sua mendacia, in istorum austera vita, cernant et tangant. »

(1) El P. General Fr. Bernardino Astense mereció por su santa vida grandes elogios. Arturo Morasteriense en el *Mart. Franc.* (12 de Mayo) dice: « Romae, Beati Bernardini Asteneis, Confessoris: scientia et eloquentia ac pietate insignis: qui ob egregias eius virtutes, Vicarius Generalis Congregationis Capucinorum electus, familiam sibi creditam, summa humilitate, prudentia et charitate rexit, miraculisque clarus excessit è vita. » Y en las notas añade «Vir admodum eruditus erat, eloquentia eximia praeditus, devotissimus, et rerum coelestium assiduae contemplationi addictus. Qui cum aliquando ex Observantina Familia ad Patres Capucinos transmigrasset: electus fuit secundus Generalis Congregationis Capucinorum moderator, anno 1535 in Capitulo Generali Romae habito: iterumque ibid in ann. 1546; quo in munere, hanc familiam pluribus annis prudentissime rexit: quippe qui eximia humilitate, charitate, et urbanitate in omnes sibi subditos exundaverit. Inter alia autem miracula ab eo edita, aquam in vinum convertit: saepeque in extasim raptus, visus est a terra sublevatus in aëre. »

mucho el estado de la Religion, es necesario que se guarden los frailes de tres vicios que me son sumamente odiosos. El primero es la ingratitud de que les conviene huir con grande cuidado, y no olvidarse como hacen algunos hombres de los beneficios que cada dia reciben de mí, sin reconocerlos, alabarme, ni darme gracias, que es un vicio torpísimo, aborrecible en extremo á mis ojos, y que cierra el paso á la corriente de las gracias y favores divinos que deseo derramar en la tierra perpétuamente. El segundo es una flojedad, remision y tibieza de ánimo en los ejercicios espirituales, principalmente en lo que toca á refrenar los apetitos y desórdenes de la naturaleza, que me provoca á vómito y me obliga á decir á los que padecen tan torpe achaque, lo que en un tiempo dije al Obispo de la Iglesia de Laodicea: Ojalá, fueras frio ó cálido, mas porque no eres ni lo uno ni lo otro, sino tibio, te comenzaré á arrojar de mí. El tercero y último es la dureza de los que oyendo cualquiera palabra áspera, ó que no les dé gusto, conciben ira y odio en su corazon contra quien la dice y le conservan tenazmente, ocasionando innumerables y gravísimos daños que de ello resultan. Guárdense pues los frailes, si alguna vez por la fragilidad de la naturaleza, entrase repentinamente en su ánima el ímpetu de la ira, que conforme á lo que mi Apóstol dejó por precepto, no se ponga el sol sobre su indignacion, ni la ira degenere á ser odio, sino ahogando en el mismo principio el espíritu de la enemistad, vuelvan á componerse con su hermano en paz y en amor. Y si quieren ser mis discípulos y perfectos imitadores, sufran las injurias y afrentas con toda alegría, igualdad y quietud de ánimo. » A que añadió el Señor: que los Religiosos que llegaban á serle muy agradables, y á quien amaba singularmente, eran los que celosos del buen nombre de la Religion, edificaban á los demas con ejemplo de su vida y virtudes.

Este religioso vivia en 1546, pues por aquel año sucedió lo que de él referimos. Ignoramos el año de su muerte.

P. Juan de Zuazo de Medina del Campo.

Fué el P. Juan natural de Medina del Campo, que es lugar conocido de España, plaza famosa y célebre de Castilla, cuyo asiento es en medio del camino que va de Valladolid á Toledo. Nació de linaje noble é ilustre (1); y desde su niñez le previno Dios sumamente con bendiciones de tanta dulzura, que era aficionado á las cosas santas, y en particular á los Misterios Sacratísimos de la Misa, más de lo que cabía en su edad, no habiendo para él otro tan gustoso entretenimiento, como visitar las Iglesias, asistir á las Horas Canónicas, y ayudar cuantas Misas podía con suma reverencia y veneracion. Cuando llegó á los años de la adolescencia, huyendo de las vanas conversaciones que entónces son tan ordinarias, y de los divertimientos peligrosos de la mocedad, se estaba en las Iglesias contínuamente orando y contemplando en los bienes divinos. Esta soledad era poco agradable á su padre que no le queria tan uraño ni tan compuesto, sino cortesano, de buen gusto, esparcido, que tratase con los demas Caballeros mozos, y en su compañía pasease á caballo por el lugar. Como lo que su padre quería era honesto, obedecía el devoto mancebo, y hacía lo que su padre mandaba: pero como tenía en el Cielo su amor y afecto, despues del paseo se volvia á su soledad y contemplacion. Presagios verdaderamente que declaraban haberle llamado Dios Señor nuestro, no para las delicias del mundo, sino para las de la gloria, y principios heróicos y celestiales, que provocaban su ánimo á pretender mayor perfeccion y subir á más alta cumbre. Ni desmintió el suceso las esperanzas. Porque renunciando al fin de una vez lo terreno, y tratando de darse solamente á Dios, se fué á los Monjes de la Cartuja, juzgando que en aquella Religion más que en otra alcanzaría el retiro que deseaba con tantas veras. Era tan mozo, tan pequeño de cuerpo, y de semblante tan pueril, representándole aun

(1) Sigismundo de Venecia le llama « Spagnuolo, cappuccino, nobile di Medina del Campo. » Lo confirman numerosos autores que hablan de él.

de ménos edad, que los Cartujos no se atrevieron á recibirle. Lo mismo le sucedió con los Frailes Menores descalzos. Finalmente entró en la Religion de los PP. Observantes en el Convento de Valladolid.

En ella el nuevo soldado de Cristo para echar fundamento sólido sobre que cargase un edificio espiritual que algun tiempo subiese á la última perfeccion, ejercitó en el año de su Noviciado con perpétua solicitud la obediencia, la disciplina regular y las demas virtudes de su estado, armándose de todas las armas, con que en la Religion se pelea contra el enemigo del espíritu, y se alcanza victoria de él. En profesando pidió licencia para pasarse á la Reformacion de los Padres descalzos, y allí comenzó á instituir un modo de vida maravilloso. Porque absteniéndose de comer carne y beber vino, su alimento era pan, y algun poco de caldo y eso una vez al dia no más. La oracion que aun siendo muchacho, le era tan apacible, ya Religioso llegó á serle tan familiar y tan ordinaria, que sola la obediencia ó la necesidad le apartaba de ella. De la pobreza fué siempre tan estudioso, que habiendo señalado su padre por su contemplacion al convento en que residia cierta limosna fija y considerable, rogó encarecidamente á su Superior, que no la admitiese, ó á lo ménos, que no se aceptase en su nombre, recelando el Siervo de Dios y amigo íntimo de la pobreza, que aquella limosna cierta y segura, que su padre daba contemplándole á él, tuviese alguna especie de renta. Por lo cual dejando el Convento de Valladolid, se fué á la Provincia de San Gabriel, donde eligiendo la casa más pobre, vivió cerca de cinco ó seis años en suma pobreza y austeridad.

Conocida en la nueva Provincia su virtud y su perfeccion, le encomendaron los Superiores el gobierno de un Monasterio de Monjas, en que habia una de gran santidad, y muy favorecida de Dios. Pidiola Fray Juan, que en sus oraciones encomendase un negocio suyo, preguntando al Señor, con quien tenía tanta familiaridad, donde le convenía vivir. Hízolo la Monja, y habiendo orado muchos dias sobre éllo, vino á saber por ilustracion celestial, que convenía se fuese á Italia, y entrase en la Religion de los Capuchinos. No lo dilató el santo Varon, ántes en conociendo la voluntad divina, al momento se partió á Italia con las debidas facultades, y en el año de 1539 tomó el hábito en la Orden Capuchina, logrando así estar más léjos aun de parientes y conocidos y gozar de más soledad. El General le dió el hábito, y le remitió á la Provincia de Toscana, donde si hasta allí había vivido admirablemente, empezó á vivir más digno de admiracion y una vida toda del Cielo. Señalósele para su habitacion el Convento de Monte Policiano, y en él por hallar camino más fácil á la perfecta oracion y contemplacion, á que se sentía llamado de Dios, desde los principios el primer cuidado que tuvo fué de conservar una gran pureza de corazon, con que la vista del entendimiento se ilustra para conocer al Señor y comunicar con él. Con esta atencion no hablaba jamas palabra que fuese ociosa, huía la familiaridad de los Frailes, y aun las conversaciones comunes con ellos, retirándose siempre á la soledad, compañera fiel y perpétua de la oracion, sino es que la obediencia ó las obligaciones de la caridad le sacasen de allí. Porque sabiendo, que en hablar mucho difícilmente falta pecado, amaba grandemente la virtud del silencio, guarda vigilante y segura de la pureza interior del espíritu; y solía muchas veces decir, que la oracion es hija de esta virtud, fundándolo en que el silencio, que hace el ánimo puro, engendra tambien pura la oracion. Mas como el silencio Evangélico no es semejante al pagano de Pitágoras, totalmente mudo, si la circunstancia del tiempo ó la necesidad de la ocasion requería que hablase algo de las cosas divinas y celestiales, era lo que hablaba tan melifluo y tan apacible, que recreaba á los oyentes en gran manera. Porque de la suerte que la comida suele parecer más gustosa despues del ayuno, así tambien despues del silencio las palabras que se pronuncian, ó para alabanza de Dios, ó para utilidad de los prójimos, tienen cierta fuerza y sabor divino que aficionan los ánimos de los que las oyen á la virtud, atrayéndolos con su suavidad celestial. Y así no habiendo para el P.

Juan cosa más agradable, que estar en su retiro y en silencio, hablando con Dios, resultaba de la conversacion con su Majestad salir sus palabras adornadas de tanta luz, eficacia y dulzura, que parecían más de Angel que de hombre.

No ignoraba el soldado ya diestro y ejercitado en la milicia espiritual, cuantas son las asechanzas que pone la carne, enemigo doméstico, al espíritu que va caminando á Dios, y cuantas las prevenciones de guerra, que contra él dispone, como otro Amalech. Por lo cual despues de haberla dado en España la primera batalla, ordenó la segunda fuera de España entre los Capuchinos, y esto con mayor esfuerzo aun, para acabar de una vez con el enemigo y postrarle á sus pies, de modo que no volviese á tener aliento de pelear. Era un espectáculo admirable, ver un hombre no robusto, valiente, ni fuerte, sino delicado, flaco, y de poca salud, batallar tan alentada y briosamente contra los apetitos sensuales, sin perdonar uno, por pequeño que fuese, con quien se descuidase, dejándole vivo. Traia siempre un cilicio áspero, y lleno de puntas que le atormentaban el cuerpo no ménos que si se anduviera revolviendo entre espinas de dia y de noche. Y porque no buscase consuelo ni regalo ninguno, en el mayor rigor del invierno, cuando el frio y el yelo es intolerable, su abrigo era un hábito solo viejo y cargado de remiendos. Andaba perpétuamente descalzo, sin permitirse jamas las sandalias que en la Orden se suelen traer. Y finalmente para domar el orgullo y la soberbia de su enemigo, se valia de diferentes armas, sin soltarlas nunca de la mano, como son disciplinas, vigilias, hambre y sed tan contínua, que su comer era una vez al dia no más, y esa pan y agua con grande limitacion.

Vencido así y desecho el principal contrario, se hallaba más libre su espíritu para ir á Dios en la oracion, á la cual con tanto extremo era aficionado, que concediendo á la necesidad del sueño tres horas, ó cuatro cuando más, ántes de Maitines, lo restante de la noche hasta la mañana ocupaba en orar. En amaneciendo decía Misa todos los dias tan devotamente, y con tal compostura exterior, que obligaba á los que estaban oyéndola, á que contemplasen atentos y recogidos tan celestial misterio. En los Mementos era algo espacioso, pero no de manera que pasase de una hora su Misa. Asistía al Oficio divino tan fervoroso, y tan sin interrumpir su contemplacion, que casi siempre le sobrevenían éxtasis y excesos mentales. Lo demas del dia, que le sobraba, habiendo ya cumplido con los ministerios de la obediencia y con las obras de caridad, apartándose á lugares desiertos, lo gastaba en hacer oracion, estándose en ella diez y once horas el rostro levantado hácia el Cielo, y sin movimiento ninguno. De donde nació, que reconociendo los Superiores el don singular de contemplacion que el Señor le había comunicado, para que pudiese ejercitarle más libremente, dispensaron con él que no fuese al coro. En conclusion era tan frecuente la familiaridad y el trato que tenía con Dios, tan clara la luz de sus virtudes, y tan conocida entre todos su santidad, así Religiosos, como Seglares, que comunmente le llamaban *el Santo Español*.

Por este tiempo le mandó el P. General Francisco Esino, que preguntase á Dios en sus oraciones algunas cosas pertenecientes al estado de la Religion, de que trataremos despues de referir sus heróicas virtudes y gloriosa muerte. El obedeció, y nuestro Señor fué servido de favorecerle con varias revelaciones, ya en el convento de Monte Policiano, ya en el de Fosombruno, sobre el cual se dejaban ver á aquella sazon hachas encendidas y luces del Cielo. Y como estas revelaciones anduviesen celebradas por toda la Orden, especialmente la primera, en que Cristo le dijo, que amaba con singular afecto á la Religion, preguntáronle un dia los Frailes cuanto tiempo perseverarían los Capuchinos en el amor y benevolencia grande de Dios que su Majestad le había revelado. A que él dió la siguiente respuesta: « Nuestra Religion será amada de Dios, miéntras la faltare: lo primero, quien destruya y fabrique: lo segundo, quien enseñe y no aprenda: lo tercero, quien corra y no sea llamado: lo cuarto, quien coma y no se harte: lo quinto, quien esté cerca del fuego y no se caliente. » En que quiso mostrar, hablando como se ve tan oscuramente, cinco géneros principales de vicios, que son dañosísimos á la Religion. El primero es, cuando se quebranta la pobreza, tan-

to en destruir los Conventos pobres y antiguos, como en edificar sin necesidad ó con suntuosidad. El segundo, cuando los que deben enseñar á los otros con doctrina y vida ejemplar, viven diferentemente de lo que enseñan. El tercero, cuando se hallan Frailes en la Religion ambiciosos de oficios y honras, que corren voluntariamente y sin freno á las dignidades, no siendo llamados de Dios. El cuarto es el apetito insaciable de la gula, ó sea la inmortificacion que no sabe sufrir las incomodidades de la vida comun. El último vicio es, cuando la caridad y el espíritu de la oracion, que los Frailes deben desear sobre todas las cosas, se enfria en gran manera á pesar del fuego de los Sacramentos y místicos ardores de la Seráfica Regla. No permita el Señor clementísimo que tal llegue á verse, ni que el ímpetu de estos vicios acierte en ningun tiempo á la Religion.

Era tanta la luz celestial con que el Siervo de Dios tenía ilustrado su entendimiento, que explicaba con facilidad increible los secretos más escondidos de la vida espiritual, como se puede echar de ver en lo que respondió á un Religioso, que le preguntó si podia rehusar justamente una Prelacía que trataban de darle, porque le divertía del bien principal de la contemplacion. La respuesta fué: « Guárdate, Padre, de que fingiendo luces y resplandores, te envuelva en sus tinieblas el demonio de medio dia. Cuando la observancia de la Regla está en pié, y sin quebrantarla se puede ejercer el oficio y la dignidad honorífica, excusarse de ella, verdaderamente es efecto loable de la virtud de la humildad, (entiéndase: *á ménos que no intervenga la obediencia*) porque á cada uno le es lícito y aun fructuoso abstenerse de honra y prelacías, y es una modestia confirmada con el ejemplo de muchísimos Santos. Pero rehusar pertinazmente con pretexto de cualquier bien la carga del oficio, ó la dignidad que la obediencia quiere imponer al que es inferior, siempre fué indicio, no de ánimo humilde, sino protervo, porfiado é indócil, y testimonio de inobediencia reprensible y culpable, de que se debe huir con suma solicitud, por no incurrir en el delito de manifiesta transgresion de la Regla. »

A esto le replicó el Religioso, que el oficio que á él le daban tenía algunos peligros graves para el espíritu, que en parte le venían á despojar de los principales bienes del ánimo, que consisten en la quietud y recogimiento interior y en la union del alma con Dios Señor nuestro, y en parte le ocasionaban nuevos riesgos y daños, que el mismo oficio traía consigo, de que conforme á la ley divina se hallaba obligado á guardarse, pues dice el Señor: *¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* Mas el P. Juan le volvió á responder: « Engañado estás totalmente, Padre, si piensas que el bien del espíritu se impide con la obediencia. Porque aquellas cosas que son necesarias, ya por ley, ó ya por precepto, como son del género de los bienes que no pueden menospreciarse, ó omitirse sin culpa, no apartan el ánimo del bien mayor, ántes le encaminan y acercan más al aprovechamiento espiritual: que el espíritu por estar sujeto á la ley, recibe de ella vida y aumento. Y los daños que alguna vez sucede seguirse del uso del oficio ó la dignidad, no proceden de la dignidad ni el oficio, que son del linaje de los bienes, sino de mala administracion; conviene á saber, ó cuando se administra con descuido y con imprudencia, ó cuando se busca, no la honra y gloria de Dios, sino la propia y el aplauso ó agrado ajeno, segun las palabras del Apóstol: *Si tratare de agradar á los hombres, no fuera yo siervo de Dios.* Por lo cual (añadia) deben estar con cuidado los Superiores, de no tener complacencia en la dignidad y en la honra de presidir, ni afectarla en ninguna manera, sino cuando les han dado el oficio sin pretenderle, ejercitenle en temor perpétuo de Dios, no buscando en él más que sola su gloria, y la utilidad del rebaño que está á su cargo. Porque los que van por otro camino ó deseando el ministerio, ó procurando en él su comodidad, caen en el lazo y en la tentacion del demonio, y dejándoles el Señor de su mano, adquieren mayor desdicha y condenacion, conforme á lo que enseña la Sabiduria, diciendo así: *Harase juicio rigurosísimo con los que presiden, y los poderosos padeceran poderosos tormentos.* Pero los que llegan á las Prelacías arrastrados divinamente de la obediencia, sabiendo que es Dios

el que envía el oficio, deben pedirle el favor necesario para ejercerle, y esperarle solamente de su Majestad. Con esto no tendran que temer peligro ninguno, procediendo en la administracion de su cargo de tal manera, que entiendan que el oficio no es suyo, sino de Dios, y que trabajen en él como siervos fieles. No consideren el cargo, sino la carga, ni piensen en el grado de la presidencia, sino en el desvelo á que obliga el peso que se les ha puesto sobre los hombros. Finalmente atendiendo al consejo del Salvador, que dice hablando con los Prelados en persona de sus Apóstoles: *El que es mayor entre vosotros, hágase semejante al menor, y el que va delante sea igual al que sierve*; contemplen advertidos en el oficio el trabajo y solicitud que requiere, no el lustre y la dignidad que le adorna, con que no habrá riesgo que les pueda causar temor. Y así, Padre, si me pides mi parecer, lo que me parece es, que examines primero tu ánimo. Si le llevas recto, humilde, sincero, y encendido en el amor de Dios á la Prelacía, para proceder dignamente en ella; conociendo que concurren en ti estas calidades, no rehuses con espíritu pertinaz el oficio que la obediencia quiere que sirvas, ántes recibiéndole con toda humildad úsale fielmente, y procura con gran cuidado que el ejercicio y administracion sea conforme á las leyes señaladas en nuestra Regla y Constituciones, sin tropiezo alguno, ó contemplacion de persona, ó negocio particular. Guárdate de temer que te quiten el cargo ó la dignidad que una vez se te dió, y ya quitada, no lo sientas ni te avergüences. Porque los que admiten en su ánimo tales afectos, y viven solícitos y cuidados ya de excusar la ignominia de la privacion, ó ya de asegurarse en la Prelacía, permiten á los súbditos muchas cosas, y les disimulan otras tantas que habrían de castigárseles con rigor. Hay tambien no pocos Prelados que ó queriendo permanecer estables en el oficio, ó temiendo ser despojados de él, tratan de ganar las voluntades de muchos con lisonjas, con dádivas, con humildad fingida, con afabilidad y chismes, buscándolos por arrimo del ministerio: y de allí nacen los bandos y disensiones que se levantan en las Provincias é introducen la semilla de todos los males en la Orden. De todo esto te aconsejo, oh Padre, que te desnudes, para llegar puro como conviene al oficio que dices, y que en él solamente atiendas á Dios y á la honra y gloria suya. »

Demas de las revelaciones mencionadas en su lugar, es cierto que tuvo otras muchas el santo Varon, principalmente en el Monasterio de *Carcerelle* de la Ciudad de Asís, en cuya familia vivió algun tiempo, haciendo una vida verdaderamente de Angel: pero por habérselo mandado el Señor, las guardó siempre en perpétuo silencio. Ardía en el interior fervorosamente en su ánimo una áusia y deseo inefable de padecer martirio por Cristo y su Fe Católica, que cuando estaba entre los Descalzos empezó á encenderle la voluntad, y despues se fué prosiguiéndose y aumentándose hasta inflamarse de todo punto. El mismo deseo tenía Fray Juan de la Pulla, Religioso lego de su tiempo, insigne en virtudes y santidad. Y sucedió (disponiéndolo Dios) que el año de mil y quinientos y cincuenta, cerca del Jubileo de la Porciúncula, se juntaron ambos en Asís, donde concurrían en aquella ocasion el General Fray Bernardino Astense, y muchísimos Religiosos. Conocíanse ya de ántes los dos; y así se hablaron con familiaridad, y se descubrieron recíprocamente el deseo de martirio con que vivian. « ¿ Qué nos detenemos ? dijo Fray Juan de la Pulla: el General está presente, el tiempo es el más oportuno, y nosotros nos hallamos en un lugar, no acaso, segun yo lo entiendo, sino por divina disposicion, para que como es uno en los dos el ánimo, lo sea tambien el martirio. ¿ Por qué no referiremos al General nuestro comun deseo ? » Resolvieron en fin ir al General, y declararle humildemente el buen propósito que tenían. El General, aunque no ignoraba la virtud de cada uno de ellos, para proceder en negocio tan arduo con el tiento y madurez que era justo, lo comunicó con los Padres más graves de los que habían venido allí entónces. Todos sabían la santidad de los dos Religiosos siervos de Dios Señor nuestro, y juzgándolos por sugetos dignísimos de que se les fiase una empresa tan grande de defender y propagar la verdad de la Fe Católica, vinieron unánimes fácilmente en que se les conce-

diese lo que pedían. El General se conformó con su parecer; y habiendo dado cuenta al Pontífice por medio del Procurador General de la Orden, últimamente los envió con su bendicion á las tierras de Infieles.

El P. Juan y su compañero, alcanzada y recibida la permision del Sumo Pontífice y la patente de su General, no es creible el gozo que tuvieron y las gracias que dieron á Dios. Y partiéndose luego al punto á Venecia, despues de haber llegado y detenídose allí pocos dias, con la ocasion de una nave que iba al Oriente, enderezaron su viaje á Constantinopla. Pusiéndose en ella brevemente, y mirando una Ciudad tan noble é ilustre, fiel y católica en un tiempo, y entónces sepultada en el ciego abismo de la infidelidad, privada de la luz verdadera de Dios, y sin tener quien la alumbrase entre tantas tinieblas, lastimados de tan miserable desdicha, salieron en medio de la Ciudad, y donde quiera que hallaban concurso de Turcos, les predicaban intrépidamente la Fe de Cristo. La plebe al principio atendiendo á unos hombres descalzos, vestidos de un hábito tan grosero, y con el capucho puntiagudo, que les parecía un traje ridículo, los tenía por locos y se reía de sus palabras. Pero en oyéndolos predicar tan constantemente la verdad Evangélica, diciendo ser necesaria para salvarse, afirmar que Mahoma era un engañador, y hablar de su ley con desprecio, como de ley falsa y bestial, irritados los infieles y enfurecidos, los cargaron de palos y bofetadas, y haciéndoles otras varias injurias los llevaron ante su Juez. El cual viendo que perseveraban en predicar á Cristo, habiéndolos mandado azotar cruelmente, los metió despues en la cárcel, ordenando que se les diese una rigurosa y cruda prision. Habitaban entónces en Constantinopla ciertos mercaderes cristianos, que informados de lo que pasaba á los Religiosos, y temiendo que si la noticia del caso llegaba al gran Turco, había de resultar en su ánimo algun movimiento que á todos les estuviese mal, dieron una cantidad de dinero al juez, con que negociaron que sacase de la cárcel á los santos varones y los dejase ir libres. Ellos muy alegres de que habían ya comenzado á reputarse dignos de padecer afrenta por el nombre dulcísimo de Jesus, se embarcaron para Palestina en un navío que se les ofreció. Llegaron allá y en venerando los lugares sacros de Jerúsalen, en que aun se conservan algunas señales de la Pasion de Cristo nuestro Señor, y en particular su sepulcro santísimo, sintieron añadida en sus almas una ánsia tan ardiente de morir mártires, que ya deseaban verse en las ocasiones de tormentos horribles y de muerte la más afrentosa.

De allí siguiendo el ejemplo y los pasos de nuestro Padre San Francisco, que predicó al Soldan de Babilonia la Fe Católica, determinaron partirse al Cairo para predicar al Jefe de él. Hiciéronlo así, y saliendo de Jerúsalen, pasaron á Alejandría de Egipto, donde fueron recibidos por huéspedes de un Cristiano, en cuya casa solian posar los Frailes Menores que acertaban á ir á aquella region. Comunicáronle el intento que llevaban de predicar en el Cairo la Fe de Cristo; y aunque él los procuró disuadir, representándoles diferentes peligros que encerraba la empresa, echando de ver el fervor de sus corazones, y el amor de Dios que ardia en sus almas, despreciador de cualquier peligro, confortándolos y animándolos con santas palabras, los envió á su peregrinacion, y ellos la prosiguieron, y no pararon hasta llegar finalmente al Cairo.

Habiendo, pues, llegado á esta insigne Ciudad, viéndola tan populosa, y llena de ciudadanos todos ciegos sin lumbre de Fe y sin conocimiento de Cristo, y las regiones en un tiempo tan florecientes por la santidad de los Anacoretas que las habitaron, y tan fecundas en hombres celestiales y prodigiosos, agostadas con la desdicha de la infidelidad: no podian detener las lágrimas, y rogaban á Dios con devoto afecto, que templando su ira, y mirando con misericordia aquella gente engañada, les diese á ellos virtud y eficacia con que la sacasen de su ceguedad y de la muerte de tan tristes errores, y la resucitasen con su ayuda divina á la antigua Fe. Gastaron algunos dias en hacer oracion sobre esto, y en pedir al Señor constancia y espíritu para padecer por su amor. Despues andando por la Ciudad, encontraron á un Judío

de Italia, que hablándolos, y conociendo en el lenguaje ser Italianos, se los llevó á su casa por huéspedes. El deseo que tenían de predicar á Cristo era grande y ardiente, pero como ignoraban la lengua del Cairo, y la suya se ignoraba tambien allí, hallábanse dudosos de lo que habían de hacer. Cuando Dios Señor nuestro les puso en el ánimo un consejo oportuno, que fué irse al Bajá, Gobernador de la Ciudad, que entendia bien Italiano, y procurar reducirlo á la Fe Católica, persuadiéndose á que sería muy fácil, convertido él que era la cabeza, á la ley de Cristo, convertirse luego lo restante del pueblo, que se compone con poca dificultad al ejemplo del Superior.

Estando de acuerdo en hacerlo así, hablaron al Judío su huéspede y le dijeron en confianza, como que era un negocio secreto, que tenian que tratar unas cosas gravísimas y de grande importancia con el Bajá. El Judío esperando ganar su gracia y su valimiento por el aviso, fué á él al instante, y le dió cuenta de lo que le habian dicho los Religiosos. Señalóles audiencia el Bajá para un dia cierto, y habiendo llegado los dos santos varones delante de él, les preguntó la calidad del negocio que tenian que comunicarle. Entónces el P. Juan de Zuazo alegre y gozoso de verse en la presencia ya del Bajá, deseada con tales veras, le habló en la forma que sigue: « El negocio que traigo, oh Bajá, á quien Dios ha hecho Gobernador de tan numeroso pueblo y á cuyo arbitrio obedece esta gran Ciudad, es un negocio sumamente considerable y utilísimo para tus gentes, que si le quieres abrazar y favorecer, te ha de adquirir nombre y gloria inmortal. Porque es tan importante y de tanto momento, que pende de él tu salud y tu salvacion, y la del Reino todo. Atiende, atiende, varon prudentísimo, que no es para despreciar, ni oirse sin atencion lo que mira al remedio del alma, y á hallar el camino de la eterna felicidad. ¿Qué joya hay más preciosa que ella? ¿Qué puede imaginarse más digno de nuestros deseos y solicidud? A cuya excelencia si se compara la plata ó el oro, las riquezas y los Reinos más extendidos; pareceran cosas tan inferiores, como si el polvo ínfimo de la tierra se quisiese traer á comparacion con la alteza del Cielo purísimo. Habiendo, pues, de tratar contigo de tu salud, y de la de tu pueblo, que es materia que no debes desestimar, si lo miras con prudencia y razon, lo primero has de persuadir á tu ánimo por verdad infalible y cierta que no has de buscar esta salud en la ley de Mahoma, que es solamente un torpe seminario de vicios y un destierro universal de virtudes, sino en la Fe única de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y en su Bautismo... Aprovéchate, oh Bajá, de tu entendimiento, y respóndeme á una pregunta. Supuesto que el primer pecado de Adan sujetó al imperio de la muerte el linaje humano.., ¿ quien fué el que murió porque tú vivieses? ¿ quien el que se dejó herir á sí propio, porque tú sanases de tu herida mortal? ¿ quien padeció por tí en una Cruz, desterrando la causa de tu mal inefable? ¿ quien te resucitó de la muerte á la vida? ¿ quien del Infierno te redujo al camino del cielo? quien fué el que consintió sobre su cabeza una corona cruel de espinas, por arrancar las espinas de tus pecados? ¿ quien el que sufrió las manos sacrílegas de los sayones en sus mejillas? ¿ quien el que fué escupido en su celestial y divino rostro? ¿ quien para librarte de azotes perpétuos, pasó por la indignidad de ser azotado? ¿ quien toleró por ti infinitas afrentas? ¿ Por ventura fué Mahoma vuestro Profeta falso, cuya conversacion ántes fué de Epicureos y bestias, que de hombres? Conoce que te restauró de la muerte el que ofreció su vida en precio de la Redencion humana, porque solo Cristo Jesus es mediador entre Dios y los hombres, que se entregó á sí mismo por su Redentor. Engáñante, oh Bajá, miserablemente, los que te venden por Profeta á Mahoma, los que te alaban su inmunda ley, los que te persuaden que es ministro de la eterna salud. No hay debajo del Cielo otro nombre, en que nos podemos salvar, sino el nombre de Jesucristo, y su Fe. Esta es la senda para la salud y para la vida bienaventurada Abrázala, y camina por ella, si deseas vivir en el Cielo y alcanzarla suprema felicidad. »

Habló el P. Juan lo que acaba de referirse con espíritu tan fervoroso, que admirado el Bajá de su libertad y osa

día, se indignó al principio contra él y su compañero notablemente. Pero considerando los rostros de uno y del otro tan macilentos y atenuados, y juzgando que el hambre y el mal tratamiento que habrían padecido les hacía delirar, enfrenó su ira, y mandó prenderlos y que les diesen de comer, esperando el varon impío y bárbaro, que volviendo (como á él se lo parecía) en su acuerdo se reducirían fácilmente á la ley de Mahoma. Ejecutóse lo que mandó el Bajá, y habiendo estado algunos dias en una leve y suave prision, los presentaron despues ante el juez, que entre ellos se llama Cadí. Recibiólos con agrado y afabilidad, preguntándoles quiénes eran, de donde, y á qué venían al Cairo; y últimamente si querían ser siervos de su gran Profeta Mahoma, y profesores de su ley. Ellos respondieron intrépidamente, que eran Cristianos y profesaban la ley de Cristo, que Mahoma no debía llamarse Profeta, sino falso Profeta, engañador y burlador de la gente que le adoraba, y que el motivo que habían tenido para venir de las tierras de los Cristianos, trayendo hasta allí una larga peregrinacion, se enderezaba á sacar de sus errores á los engañados, á manifestar la divina luz de la Fe verdadera á los que vivían en las oscuras sombras de la infidelidad, y á que conociendo á Cristo Hijo de Dios, y único Salvador del género humano, abrazasen su Fe, y con ella el Bautismo que era por donde se habia de caminar á la vida eterna.

Quedó el Cadí espantado de tan libre modo de hablar, y respondióles así: «¿Qué es lo que estais diciendo? ¿Quien puede negar que Mahoma es el gran Profeta, á cuya ley rinde la cerviz tanto número de pueblos y de naciones, y se le sujetan con obediencia tan voluntaria? ¿Quien es tan grande como nuestro Profeta, y promete tan altos bienes y felicidades á los que sirven? ¿Qué cosa es posible imaginarse, ó mejor, ó más santa que la vida que nos asegura nuestro grande Mahoma?» A que el P. Juan le replicó: «Permite, oh Cadí, que te declare con la mayor brevedad que pudiere cual es esa vida feliz, que os alaba vuestro Mahoma, y que censura es la que merece.»

«No ignoro (prosiguió el P. Juan) que son muchos los bienes en que Mahoma pone la suma de vuestra dicha, y especialmente tres, que son: la abundancia de las riquezas, ajena de necesidad de cosa ninguna, la fortaleza bélica y militar, con que se extienden los términos del imperio, y el deleite del cuerpo y del ánimo que libran al hombre de tristeza y dolor. Pero qué léjos esté todo esto de la verdadera felicidad y de la vida bienaventurada, fácilmente lo conocerá quien advirtiere la naturaleza de los bienes que he referido. Y empezando por el primero de las riquezas, los que en su abundancia y afluencia copiosa constituyen el sumo bien, no se proponen otra comodidad, sino el huir con ellas de la pobreza, ó adquirir lo que es concerniente al descanso y utilidad de la vida humana. Porque de aquí proceden las casas magníficas, ya en las ciudades, ya en el campo, los jardines amenos y artificiosos, las heredades fecundas y dilatadas, las alhajas preciosas y ricas, los vestidos costosos, las bajillas de oro y de plata estimables por la materia y por las hechuras, las margaritas y piedras de crecido valor. De aquí los caballos castizos, las familias numerosas de siervos y de criados. De aquí finalmente cuanto se ordena al lucimiento y esplendor de la vida.

Mas atiende ahora, oh Cadí, las incomodidades de las riquezas, que las privan de la felicidad que se les atribuye. Sentencia comun es de todos los sabios, que las riquezas no traen al hombre satisfaccion ni quietud de ánimo, que pueda juzgarse perfecta dicha, sino que ántes le aumentan la sed y el deseo. De donde le fué lícito á un Poeta decir:
Miéntras el oro llena el cofre entero,
crece su amor al posto del dinero.
(Juvenal)
La hacienda no harta, sino irrita y despierta la hambre. ¿Quien me darais, que aunque se vea muy rico y abundante, no apetezca otros bienes que sean mayores que los que posee en número y en calidad?
A Alejandro le vino el Orbe estrecho
y era cárcel un mundo de su pecho.
(Juvenal)
Ni es sólo tormento del rico, la ánsia de aumentar su caudal, sino tambien el miedo de perder el que ha conseguido. De que resulta, que en lugar del descanso, gusto y tranquilidad de la

vida, que va procurando con las riquezas, los cuidados contínuos que le muerden el ánimo, y la solicidud y fatiga perpétua que viven en él, vienen á despojarle de la felicidad, y á ponerle en el número de los infelices. ¿ Ignoras que las riquezas sirven más á los vicios que á las virtudes, haciendo á los hombres perezosos y regalados, facilitándoles en la sobra de bienes, otra más verdadera sobra de males? Sentimiento fué de Thales Milesio, que la naturaleza produce los hombres inclinados á la virtud, pero que las riquezas los corrumpen y derivan al vicio, apartándolos con una falsa opinion de bien de los bienes que son seguros y ciertos. Ultimamente siendo así que por las riquezas se cometen los homicidios, se despojan los Templos, se quebrantan las leyes de la amistad, se menosprecia la fe pública, y por el interes que anima á tan vil perfidia, se intenta la traicion á la misma patria: ¿ como es posible que se engendren tantos males de las riquezas, si consistiera en ellas el bien verdadero del hombre? ¿ Quien ha de creer que encierran en sí alguna felicidad, aunque se reputen entre los bienes de la fortuna, cuando se sabe que engañan muchas veces á sus poseedores, y frustándoles su mejor esperanza, los despeñan al abismo de la miseria? A Creso tan celebrado en la antigüedad de rico y de poderoso, ¿ no le derribó la fortuna súbitamente, y cuando iba caminando al suplicio, no empezó á dar voces en crédido de Solon, que en medio de su mentirosa felicidad le había negado el título de feliz? ¿ Qué diré de los Crasos, de los Pompeyos, de los Césares, de los Antonios, de los demas á quienes la fortuna dió riquezas é ilustres honores, no más que prestadas, y los volvió á cobrar con usura tan grande, como la de sus vidas y honras? Verdaderamente son caducas y frágiles, y con toda propiedad juguetes de niños, estas que se llaman riquezas humanas. Aparécense de repente, y deshácense tambien de repente: no consisten en ningun lugar ni persona aseguradas en firmes raices sino llevadas á una parte y á otra, con viento tan vario de la fortuna, que á los que habían levantado á la cumbre más alta, destituidos ya de remedio, los dejan caer á lo más profundo de la desdicha. Con que ni deben juzgarse por bienes, los que tan fácilmente se acaban, ni por felices los que los gozan, experimentando los males que causa su inconstancia y su fin. Y en consecuencia ten, oh Cadí, por indubitable en primer lugar, que Mahoma, cuando os pone la suma del bien en las riquezas y abundancia de comodidades, os enseña una falsa doctrina, y una opinion errada en cuanto á la verdadera felicidad, bienaventuranza, y quietud de la vida.

« Paseu os á la fortaleza bélica y militar, que es el segundo de los bienes que señala su ley, fundándolo en que adquiere gloria inmortal, que es (á lo que os parece) el último deseo del hombre: porque esta es la que dilata los límites de la Monarquía, esta la que da las victorias y triunfos, esta la que extiende el nombre y la fama entre las gentes y pueblos remotos, y esta en conclusion la que hace gloriosos ó inmortales aun despues de la muerte. Mas cuan distante sea lo referido del bien sumo del hombre, que le constituye en esfera de bienaventurado, quiero declarártelo con facilidad. No niego, que la milicia ha sido ocasion de que algunos consigan gloria y fama perpétua. Pero muchos más hallaras á quien ha ocasionado afrentas, prisiones y servidumbre. Algunos han subido por ella á riquezas grandes, y á la cumbre última del Imperio. Pero son casi infinitos los que han bajado á sumo infortunio, perdiendo miserablemente en la guerra lo que habían adquirido en la paz. ¿ Quien pudo preservar de su triste caida á Dario, á Ciro, á Anibal, á Mitridates, á Jugurta, y á otros innumerables, que las armas habian hecho famosos? Porque las armas, que ofrecen imperio á pocos, dan muerte á muchos. ¿ Quien ignora que la guerra es causa de triunfos y de victorias? pero ¿ quien ignora tambien, que sus sucesos son varios y temporales, y que la victoria, no siempre se inclina á uno mismo, sino á veces aun en medio del triunfo desampara á los vencedores? ¡ Cuantas veces vencieron los Cartagineses, cuantas los Partos, cuantas los Franceses, cuantas diferentes Naciones, que últimamente ven-

cidas y sujetadas, rindieron las cervices al yugo! ¿Qué felicidad me puede ser la de una victoria, que cuanto es mayor, tanto cuesta más sangre de hombres, estragos y muertes? Ni sé por qué alabas así la inmortalidad de la gloria, que se adquiere con tales desdichas, siendo contraria á la misma naturaleza humana, que pide la conservacion de las gentes y la compañía recíproca de unas con otras. Luego si la gloria de la milicia, que acompaña á la fortaleza bélica y militar, no es constante, perpétua, ni firme, y los que la alcanzan aun se quedan sujetos á ordinarios peligros, á cuidados comunes, á trabajos y enfermedades del cuerpo y del alma; cosa cierta es, que os engaña vuestro Mahoma, cuando os pone en ella la felicidad de la vida.

«El tercero de los bienes, que os constituye para haceros sumamente dichosos, es el deleite del cuerpo y del ánimo; tan opuesto (si se mira con juicio y razon) á la suma y verdadera felicidad de la vida, que debe llamarse felicidad de bestias más que de hombres. Verdad tan clara, que ninguno de mediano senso la puede negar, y vuelvo á pedirte, oh Cadí, que me atiendas prudente y sabio. El deleite de vuestra Mahomética ley, es el gozar de todas las delicias de los sentidos, y no sentir nada que sea molesto. Pregunto pues ¿qué cosa hay más ajena del sumo bien, que un deleite tal? Porque si se ha de diferenciar el hombre del bruto, los que colocan en el deleite la felicidad de los hombres ¿qué es lo que hacen sino confundir la naturaleza humana con las de los brutos y bestias, en quienes será así comun con los hombres procurar el deleite por último fin? Y si la naturaleza se lo ha permitido á los brutos, porque como ajenos de razon no son capaces de aspirar á mayores bienes, ¿quien no vé que se hace una afrenta grande á la excelencia de los hombres, en querer, que habiéndoles dado Dios Señor nuestro potencias tan principales, en que caben deseos altísimos, se contenten con el mismo fin que las bestias? Mal siente Mahoma por cierto de la naturaleza del hombre, que estando formado por el Supremo Artífice con tal perfeccion y en estatura dispuesta á mirar al Cielo, á donde camina, no le distingue de los brutos, que andan siempre mirando á la tierra, en que han de parar. Pero aun considerando en sí mismo el deleite, sin otra ajena consideracion, no se hallará cosa de más perjuicio ni peste más perniciosa que él: porque es la raiz de todos los males, sin que haya delito tan impío, tan nefando y atroz, á que no incline con facilidad. De aquí han nacido muertes de Reyes, estragos sin número de Ciudades, y ruinas no ménos innumerables de Monarquías. ¿Quien jamas fué dado al deleite, que luego no trajese guerra con las virtudes? De que es la causa, que en entrando el deleite en el ánimo, engendra vicios, y estos destierran á la virtud, quitan sus veces á la razon, privan de su oficio al entendimiento, excluyen el consejo y sabiduría; finalmente la virtud no puede tener lugar, donde el deleite ha tomado la posesion. Es un cebo de males, en que caen engañados los hombres, como peces incautos en el anzuelo. Es una fiera que rinde á sus plantas la excelencia del hombre, no con fiereza, sino con suavidad, vistiendo traje aparente de amigo, para disimular el odio que viene debajo: porque miéntras halaga y recrea el ánimo, resuelve el cuerpo, enflaquece las fuerzas, debilita el vigor, y anticipa en la juventud los achaques de la vejez. Con que es justo, que huyamos del deleite por dos razones, porque nos daña, y porque nos miente. En fin los que constituyen el último bien en el deleite corporal, no han llegado á entender, á lo que parece, que cosa es bien, y ponen temerariamente este nombre á quien por su naturaleza causa mil males, así en el alma como en el cuerpo. Pues ¿quien no sabe cuan lleno está de ánsias y de molestias el apetito de los deleites, miéntras no se consiguen, y en consiguiéndolos, cuan inquieta se mira su posesion, y cuan perturbada de sustos y de temores, recelando que han de acabarse con brevedad? Y aun cuando duran, son un mantenimiento cuya hartura viene á engendrar hastío, sin dejar en el ánimo más reliquias, que llanto y tinieblas. Y para decirlo en una palabra, si el deleite hace bienaventurados á los que le gozan, no hay causa alguna que excluya tam-

bien á los brutos de ser bienaventurados.

« No consiste, pues, oh Cadí, en los deleites el sumo bien, no en las armas, no en las riquezas, ni en los otros bienes, que lo son de una vida caduca. Dentro del ánimo reside lo que nos da la felicidad. Y ninguno puede alcanzarla, sino es gozando de un bien permanente y fijo, tan estable y perpétuo, que ni se envejezca, ni desmaye, ni caiga, ni permita temor de estos accidentes. Porque quien teme la privacion ó la pérdida de la dicha que goza, no es posible que suba á la cumbre de la que es con verdad bienaventuranza. La vida feliz nada busca, nada desea, nada teme, de nada tiene necesidad, contenta solamente consigo. Y aquella se ha de llamar feliz, que no se halla expuesta á los casos y variedades de la fortuna, y en quien no llega á hacer fuerte el miedo, el dolor, ni la envidia, el odio, la murmuracion, ni la injuria, la enfermedad, ni ninguna perturbacion de las que suelen despojar al alma de su quietud.

« Finalmente la vida bienaventurada y la suma felicidad del hombre ha de ponerse en un sumo y perfecto bien, que nunca pase, nunca se disminuya, nunca decline, nunca muera, y en cuya comparacion nada puede pensarse, que sea mayor, más perfecto ni apatecible, más honesto, ni de más hermosura. Pero tanto bien ¿donde se ha de buscar? ¿quiéreslo saber, oh Cadí? Sólo en Dios, que es el único bien, el orígen y fuente de todos los bienes, y la felicidad verdadera del hombre, de que ha de gozar en el Cielo, cuando salga el alma de esta vida mortal, libre y sacudida de apetitos de tierra, y de deleites vanos y sensuales.

« Muy engañado estas, si eres de opinion, que la bienaventuranza consiste en las cosas corporeas, ó ya en la vida que ahora gozamos, ó ya en la que despues nos espera. Porque el sumo bien de los hombres, que los ha de hacer bienaventurados, debe ser de tal condicion, que no sea comun á los animales que les son inferiores, ni tenga parentesco ni afinidad con los bienes del cuerpo, ni de otra cosa alguna exterior. Y así entiende por verdad constante y segura, que la vida feliz no se ha de buscar en las comidas de más regalo, en los vinos más generosos y opulentos, no en los juegos, bailes, ni zambras frecuentadas en los campos amenos y deliciosos, donde la tierra, sacando á luz sus mejores galas, si viste de la yerba que cria en su seno, y se adorna de sus flores más odoríferas, no en las frutas del Paraiso, que representan al gusto un sabor celestial, ni en los carnales entretenimientos y lascivias de linajes distintos, que Mahoma torpemente ofrece á los suyos, sino en una operacion divina del alma, con que se contempla á Dios puramente despues de esta vida, y se goza de él sin alguna inquietud ni perturbacion. Que es la suma y perfecta felicidad de los que, limpios de toda mancha de deleites terrenos, han pasado ya á la Patria celestial á ser bienaventurados.

« El camino por donde se sube á tan alta felicidad, si lo deseas saber, es por la Religion, por la Sabiduría, por la Fe, la Esperanza y la Caridad, y por las demas virtudes que son necesarias al hombre, entendiendo, que si la Religion se quita en medio y falta, no nos queda comunion con el Cielo, ni vecindad alguna. Porque no podemos levantar á él los ojos, sino es con la Religion ó con la contemplacion de las cosas divinas. Mas como estas son sobrenaturales, y no alcanza á comprenderlas con perfeccion el ingenio del hombre; es preciso, que á la Religion se le junte la Fe, sin cuya compañía no se anda un camino tan arduo; y los que se contentan con tener la una, sin procurar que la acompañe la otra, van totalmente descaminados, y se despeñan en graves errores. Por lo cual aprende, oh Cadí, en pocas palabras la senda que guía á la suprema felicidad, que es la Fe en Jesucristo Hijo de Dios, porque la vida eterna, en sustancia es, que conozcamos á Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien él se dignó de enviarnos.

« De vuestro Mahoma, á quien llamas grande, yo te confieso, oh Cadí, que lo es, pero no gran Profeta, como tú dices, errando en ello totalmente, sino gran engañador, gran apóstata, gran falso Profeta, gran burlador, en dolo, en engaño y malicia, no sólo grande, sino muy grande. Y así no te admires de que con su carnal y bárbara ley haya engañado tantos pueblos, y sumergi-

dolos en profundas tinieblas. Porque es condicion natural de los que son grandes en las maldades, de no contentarse con despeñar á pocos, sino envolver á los más que pueden en el precipicio. Venganza rigurosa, aunque justa, es de Dios, que castiga los pecados severamente, permitir tan copioso número de Naciones privadas de la luz de la Fe verdadera, sepultadas en las sombras de la infidelidad, y oprimidas con el yugo gravísimo de la ley de Mahoma. No te admires, pues, vuelvo á decirte, sino levanta ya la cabeza de entre las tinieblas de tu error obstinado, y pon en libertad la razon y el entendimiento cautivo vilmente en la servidumbre de los apetitos y deleites carnales que abraza tu ley. Con que reconoceras una ley obscena, que no propone á sus profesores más que bienes del cuerpo y delicias torpísimas de la carne, unas promesas mentirosas de tu falso Profeta que hasta ahora á ninguno se le han cumplido, y cuando vinieran à conseguirse, causará luego hastío su posesion, y últimamente un legislador inmundo y perverso, que engaña con su ley injusta y abominable tanta parte del Orbe, y la lleva á las tenebrosas y eternas cárceles del Infierno. »

Habiendo dicho el P. Juan lo que se ha referido contra Mahoma y su falsa ley, el Cadí se irritó de tal suerte, que luego lo mandó azotar á él y á su compañero con gran rigor. Ejecutóse, y los fervorosos y fuertes atletas alabando á Dios Señor nuestro con suma alegría, predicaban en el mismo suplicio la Fe Católica al pueblo engañado. Pusiéronlos despues en una estrecha y oscura mazmorra, donde por mandato del impío juez se les daba de comer tasadísimamente. Mas ellos confortándose en el Señor uno á otro, tan contentos como si se vieran convidados á las mayores y más suaves delicias, sufrían el hambre, los azotes, y lo horrible de la prision con tan religiosa y valiente constancia, que se hallaban dispuestos á padecer mucho más por Cristo y su amor, gastando los dias y noches en sus alabanzas, y en suplicarle con perpétuas y fervorosísimas oraciones, que pues habían entrado por su mano en la estacada del martirio, y comenzado la batalla de su Fe santa, no les faltase con su virtud divina, esforzándolos hasta el fin, para que en acabando de pelear subiesen al premio y á la corona.

De allí á algunos dias los volvieron á llevar maniatados ante el Cadí. El cual en viéndoles, les preguntó si estaban ya de mejor acuerdo, y retractando lo que habían dicho contra su Profeta y su ley, querían profesarla entre los demas, persuadiéndoles á esto con muchas razones é instancias. A que respondieron los siervos de Dios: « Tú, oh Cadí, y los tuyos, que correis ciegos y despeñados tras vuestro maldido Mahoma, sois los que habeis de tomar acuerdo mejor; pues los que seguimos á Cristo y su Fe sagrada, acertados vamos y seguros. En vano pretendes que retractemos la verdad una vez predicada, ántes en los tormentos y en las prisiones la veras siempre más repetida. Porque no hemos aprendido, como Mahoma, á engañar á los pueblos, á proponer mentiras en lugar de verdades, á esconder la doctrina cierta que puede ser de provecho á muchos, ni á retractarla pusilánimes y temerosos. Deja tú la falsa y pestífera ley que profesas, y huyendo del castigo infernal y perpétuo que prepara á los que la siguen, abraza la Fe santa de Cristo, que es sola la que lleva al descanso de la Gloria inmortal. »

Indignado el Cadí nuevamente los condenó á segundos azotes, más crueles que los pasados, y á otros graves tormentos. Entre cuyos rigores más alentados los valorosos Mártires, le decían con notable fervor: « Mira, oh infeliz, lo poco que estiman tus tormentos los siervos de Jesucristo, que imitan sus pasos y guardan su ley, y por otra parte lo mucho que los estiman, por ver que ellos estan previniéndoles la corona. ¡Ojalá á tí y á tu gente mísera, que seguis las torpezas y lascivias Mahométicas, no os aguardaran en el Infierno diferentes tormentos, que nunca han de acabarse, sino affigiros por todo el espacio de la eternidad! » Metiéronlos de nuevo en la cárcel, habiéndolos ya azotado y atormentado de varias maneras, conforme al mandato del juez, y disponiéndoles otros suplicios de más impiedad para la tercera experiencia, si no se querían reducir. Finalmente despues de haberlos traido el Cadí muchas veces á su Tribunal, procu-

rando ya con promesas, y ya con diversos y atrocísimos géneros de castigos, inclinarlos á que tomasen la ley de Mahoma, y habiéndolos hallado siempre constantes en su Católica profesion; desesperando de conseguir lo que pretendía, mandó que los encerrasen perpétuamente en un mazmorra, y que no se les diese á comer ni beber cosa alguna, para que así muriesen de hambre y de sed. En oyendo los esforzados Siervos de Dios su sentencia se arrodillaron con grande gozo, dieron gracias á Dios por el beneficio de ir acercándolos á la palma del martirio que deseaban, y perseverando en oracion y alabanzas divinas hasta la muerte, perfeccionaron la empresa empezada con feliz y glorioso fin.

Por aquel tiempo sucedió que un Embajador del Rey de Francia pasó por el Cairo, y habiendo tenido noticia de los santos varones, entendiendo que aun estarían vivos en la prision, alcanzó dal Bajá que los sacasen de ella y se los entregasen para llevarlos á Francia consigo. Fueron á la mazmorra á sacarlos, y hallaron que ya habían muerto, y salido más dichosamente de la prision, caminando al premio de sus trabajos y de la valentía con que habían peleado por Cristo y su Fe. Esto sucedió en 1551

Algunos Autores manuscritos afirman que murieron los dos dichosos Mártires degollados públicamente en Constantinopla, y aun otros añaden que la cabeza de Fray Juan de Zuazo, despues de dividida del cuerpo, estuvo una hora predicando la Fe de Jesucristo á los Turcos. Pero nosotros dejando á cada uno que crea lo que le pareciere, hemos puesto aquí lo que hallamos probado con más auténticos testimonios. De estos Mártires y de su martirios, hacen mencion las Crónicas de la Orden, si bien equivocan en decir que el compañero del P. Juan fué un Religioso Italiano llamado Fray Alejandro, siendo así, que nuestros antiguos originales convienen todos en que lo fué Fray Juan de la Pulla. Y el error puede ser que naciese de que el hermano Fr. Juan, cuando estaba en la Orden de los Descalzos, de donde se pasó á los Capuchinos, se llamaba Fray Alejandro, y luego entre los nuestros se mudó el nombre como es costumbre, y se llamó Fray Juan. Con que fué fácil que el autor, de las Crónicas se equivocase, y conservando en él el antiguo nombre dijese que el compañero del P. Juan Español había sido Fray Alejandro Italiano (1). Esto es lo que toca á la vida y martirio del P. Juan Español, sacado de Autores gravísimos, de cuyo crédito no es posible dudarse por el número y la autoridad.

Nota de algunas de las revelaciones del P. Juan de Zuazo (2). — 1. El P. Juan Zuazo, quien como dijimos arriba, por mandado del P. General Francisco Esino, había ido al convento de Monte Policiano, haciendo en él una

---

(1) Modigliana. tom. I. pág. 61, dice: « Il Cronista dell'Ordine Marco de Lisbona facendo menzione di questi Martiri, varia il nome di uno, attribuendogli la Patria per nome: così pure l'Arturo, che nel suo Martirologio ne parla con tutta lode. serve l martirio del primo a dì 4 Gennajo, e del secondo a dì 2 Luglio, col nome d'Alessandro Giovanni. Ma lasciando a ciascheduno degli Autori illibata la verità della Storia nelle sue circostanze, si sono seguitati gli Annali all'anno 1551. e li manoscritti più sicuri, e più chiari, come si potrà osservare ancora nelle Annotazioni del Menologio Latino nel giorno quarto di Gennajo »

(2) Arturo Monast. en su *Mart. Franc.* (4 de Enero) trata de este Siervo de Dios, y entre otras cosas dice: « In Aegypto. Beati Joannis Zuazae, martyris: qui post ludibria, verbera, aliaque tormenta pro Christo perpessa, famis inedia et squalore carceris consumptus, obdormivit in Domino » Y en las notas: « De eo scribunt Marius à Mercato, in narratione de origine reformat. patrum Capucinor. Florimundus Raemundus lib. 3. de ortu et occasu haeres cap. 5. §. 4. Hilarion à Costa lib. I. histor cathol. pag 209: quod paulò post Bernardini Ochini apostasiam, dum in Calabria moraretur, semel intra Sylvam Bellomontensem orationi vacans, atque prolixius super peccati et apostasiae ipsius Ochini consideratione, meditationem agens, extra se raptus est, cui tunc apparuit Jesus Christus, voce ad eum emissa, dicens: Dic tuo Generali, ut bono sit animo et quòd eam congregationem (quamdiu steterit intra Regulam, meo servitio deputatam) nullo unquam tempore deseram: quodque lapsum, exitumve Senensis Ochini permiserim, ne gregis reliquias suo foetore infectaret. — Eadem apparitio sibi denuò facta est in saltu Forosemproniensi, sicut ipse vir Dei deinceps retulit. Fuse agit de hujusmodi revelationibus idem Boverius sup. ad ann. 1543. §. 30. an. 1544, §. 2 et seq., ann 1551. §. 7. » Cita ademas muchos otros autores que hablan del P. Zuazo. — En la *Bibliografia eclesiást. universal*, que da una breve noticia de nuestro P. Juan (si bien con algunas inexactitudes) se lee: « Dejó tan buena opinion por su santidad, que ha sido citado como modelo de saber y virtudes por todos los historiadores de su Orden que le han sucedido hasta nuestros dias. Dejó diferentes obras históricas y en particular una denominada Revelaciones pertenecientes al estado de la Orden. » — En los actos oficiales de los Capítulos Generales de nuestra Orden (*Tabulae Cap. Gen*) tom. I. fol. 5. se lee: « Anno 1544. P. Joannes Hispanus (así llamábase en Italia el P. Zuazo) plures a Deo revelaciones accepit circa praesentem Religionis statum. » — De la *Bibliot. Script. Cap.* del P. Bolonia, es lo siguiente: « Porro Joannes cum eximia sanctitate esset celebris, jam sub expresso

vida ejemplar en perpétua oracion y ayuno, tuvo en 1544 muchísimas revelaciones pertenecientes al estado de la Religion, en tres tiempos distintos; y aunque algunas tocan al año de 1543, hemos querido juntarlas todas, para que los lectores se cansen ménos, y juntarlas en el año de 1544, por ser cuando se cumplieron perfectamente, y cuando apareciéndose el Señor al P. Juan le comunicó con mayor abundancia los tesoros de sus ocultos juicios.

2. El P. Juan, pues, era un Religioso tan acreditado de santidad, y el crédito que tenía tan justo, que ordinariamente le admitía Cristo nuestro Señor á conversacion familiar, como hemos dicho en su vida. Con que el P. General Fray Francisco Esino, que conocía bien lo que había en él, viendo la Religion afligida entónces con muchas y muy grandes calamidades debidas ya á contradicciones ya á la caida de Ochino, que no sin fundamento dudaba de su estabilidad y firmeza, quiso explorar el intento y consejo de Dios por medio de las oraciones del siervo suyo.

3. El santo varon para obedecer á su General se retiró á una celda solitaria y humilde, que hizo de lodo y ramas de árboles, apartada de las demas, donde con perpétuos ayunos de pan y agua, y con lágrimas no ménos perpétuas, estuvo rogando al Señor, que por su infinita misericordia le declarase el lugar que ocupaba en su gracia la Religion de los Capuchinos. En esta pretension insistió sin cesar, hasta que aquella bondad clementísima, que había determinado consolar la familia pequeña combatida de los vientos de las contradicciones, y sacarla á mejor esperanza de entre los desmayos que la oprimian, se le apareció una vez en medio de la oracion, y alumbrándole los ojos, no sólo del cuerpo, sino tambien del alma con el resplandor soberano que traía consigo, le dijo las palabras siguientes: « Pidiéndome estás, oh Juan, una cosa que tengo mucho gusto de declarártela. Deseas saber cuanta gracia posee en mis ojos la Religion de los Capuchinos, y cuanto es lo que yo la amo. Ten por muy cierto, que esta Congregacion me es sumamente agradable y bien vista, y que la miro con tal afecto y con tan tierno amor, que no de otra suerte que una madre amantísima, cuidaré siempre de asistirla y favorecerla. Y quiero que te persuadas á que no hay en la tierra familia ó linaje de gente, aunque sea muy santa, que, como en un tiempo se lo revelé á mi Francisco, llegue á ser para mi más grata y amable que los verdaderos observadores de la Regla de su Religion. Por lo cual los Frailes no estudien más que en guardarla perfectamente y sin ningun tropiezo, y no duden de mi gracia y mi patrocinio. »

4. Repitiéndole los mismos favores, y con palabras aun más humanas, le dijo otra vez su Majestad: « ¿ Por qué ponen en duda los Frailes el amor que tengo á esta Congregacion? Sea entre todos cosa sabida, que yo la elegí para que fuese mis delicias y mis regalos, y entiendan que me deleito en ella de modo que la tengo como si ella sola fuese muchas Congregaciones. Y tú no dudes que á haber otra más agradable á mis ojos, te hubiera llevado á su gremio, porque es perpétuo y eterno el amor con que te he llamado, y grandes las misericordias con que te he prevenido; cuida, pues, de perseverar hasta el fin en justicia y verdad, y en cumplir los mandatos que impone tu Regla, que haciéndolo, me serás en extremo grato. » Y esto es lo que el piadosísimo Señor reveló á Fray Juan en el primero y segundo intervalo de tiempo, apareciéndosele, no una vez, sino muchas, é ilustrando su ánimo con los resplandores de su divinidad: en que no podía haber engaño ni error, por tener las señales que los Doctores exigen para las verdaderas revelaciones.

5. Mas lo que en el mismo año fué servido de revelarle por espacio de cuatro meses, descubriéndole secretos escondidísimos de su sabiduría, y franqueándole con inmensa liberalidad los

---

S. Obedientiae praecepto compulsus fuerat a P. Francisco Aesino Generali, ut scriberet, sicut reipsa scripsit Revelationes plures, quas a Christo accepit in nostro Conventu Monti.-Politiani, quae ad Religionis statum declarandum pertinent. » — Moduglianа tom. I. pág. 61. « Ricevè da Dio moltissime rivelazioni nel Convento di Montepulciano, ed in quello di Fossombrone, nel qual tempo si vedevano i lumi, e le fiaccole arde e sopra il tetto del Monastero: e queste rivelazioni furono di gran consolazione, forza, ed ajuto alli Cappuccini, che si trovavano in quei tempi sommamente travagliati ed afflitti. » — En la obra ilustrada del Padre d'Aremberg *Flores Seraphici*, hay una imágen grande de este Siervo de Dios (n. 63 de la edicion italiana).

tesoros de su amor y su gracia en beneficio y provecho de la Orden, no es posible declararse tan brevemente. Porque fueron sin número las revelaciones que tuvo, en que se le manifestó el estado perfectísimo de la Religion, y lo que convenía para su bien comun, tratándole el infinito y eterno Dios con increible familiaridad, como ahora se irá explicando.

6. Entre los capítulos de las revelaciones que miraron al estado de la Orden de los Capuchinos, el primero fué, que despues de haber dicho á Fray Juan Cristo nuestro Señor, confirmando lo que otras veces le había asegurado, que la Religion le era muy acepta por su simplicidad, su pobreza y su observancia regular, prosiguió con lo que se sigue: « Cree por verdad certísima, oh Juan, que jamas he de consentir mucho tiempo en esta Congregacion á ninguno, cuyo ánimo ocupen vicios mayores de los que suelen ofender más á la Religion, á ninguno que tenga error repugnante á la Fe Católica, y últimamente, que sea con su modo de vida, ó afrenta de ella, ó rebelde á mi Iglesia santa. Porque si hubiere alguno tocado de tales delitos y desventuras, en no enmendándose con brevedad dentro del término que le daré para hacer penitencia, dispensándole segun el arbitrio de mi voluntad divina, le arrojaré luego de la Orden, para que semejante animal inmundo y manchado, que en mi ley antigua mandé por precepto inviolable, que le expeliesen de mi Altar, no se mezcle en el número de mis siervos, que se me ofrecen cada dia en víctimas inocentes y puras. Tan aborrecibles me son estas dos suertes de hombres, que ni quiero tolerarlos por largo espacio, ni que acaben en paz su vida en la Religion. Y así avisaras al General, y á los demas Superiores de ella que no se acongojen ni desmayen más de lo justo, si se vieron en estos casos, porque se ordenan á ejecutar los decretos de mi eterna Sabiduría. Pero que procuren con todo estudio confirmar á sus Religiosos en el ejercicio de las virtudes, y en la observancia de la Regla perfecta y total, guiándoles con la luz de su ejemplo por el camino de la perfeccion. Y lo que será muy de mi servicio, es qu el General prosiga como ha empezado en excitar con sus pláticas á los Frailes, animándolos, corroborándolos, y exhortándolos eficazmente, á la perseverancia en guardar la Regla y amar la virtud, que yo no le faltaré jamas con mi auxilio. Y dile que estime por beneficio grande el favor que le he hecho de elegirle por Pastor de un rebaño á quien amo tanto, y en particular en el tiempo presente, en que el ardor de la perfeccion Evangélica por el descuido y remision de los hombres, se mira tan tibio en el mundo. Que se guarde con mucho cuidado de atribuir á su caudal, suficiencia ó consejo ninguna accion; sino que desconfiando de sus fuerzas propias, y reconociendo que el acierto es don celestial, procedido de mí, sólo entienda en administrar las ovejas que se le han encargado, con humildad, con doctrina y con buen ejemplo. Y que si le pareciere que no es bastante para cumplir con estas obligaciones, espere mi favor, y no pierda el ánimo, que á mí que le he dado el oficio, me tocará darle tambien la ayuda que ha menester para su ejecucion, cuando más descuidado esté. »

7. Al capítulo que acaba de referirse, añadió el segundo, diciendo las palabras siguientes: « Advierte de más de lo dicho, oh Juan, que la verdadera y perfecta observancia de la Regla Evangélica, no se puede conseguir sin mi espíritu, y por esto se puso en la Regla aquella advertencia: *Atiendan los Frailes que sobre todo deben desear tener el espíritu del Señ r, y la su santa obra.* De donde nace, que yerran fácilmente y se salen del camino derecho algunos que siguiendo, no mi espíritu, que es de humildad y de caridad, sino el suyo propio, miéntras quieren ser tenidos por celadores fervorosos de la pobreza, y se la proponen como ídolo, con espíritu humano, á un mismo tiempo degüellan la humildad verdadera, y echan por el suelo la caridad, y tras eso no alcanzan la perfecta pobreza de espíritu. Porque muchos con celo indiscreto de la pobreza, se hacen soberbios y contenciosos, turbándose á sí y á los demas, viviendo con perpétua inquietud en cualquiera parte y llenándolo todo de altercaciones, y cuando debían ser no presumidos de saber altamente, sino humildes y resignados en el parecer de los otros,

hinchados con la vanidad de su propio espíritu, caen del nio miserablemente. De que es la causa, que crian en su ánimo aquel celo seco y cruel de pobreza sin ciencia ni discrecion, que es la que da vida á la caridad y á la misericordia, á quien la pobreza debe servir: y así declinan de la observancia cierta y espiritual de la Regla, derribando de su asiento y lugar á la pobreza altísima que no es áspera ni cruel, sino blanda y benigna, como hija legítima de mi espíritu, y sacándola de sus límites naturales. Finalmente adelgazándola más de lo que es razon, cuando piensan que obran alguna hazaña de santidad y mérito ilustre, ahogan sin duda mi espíritu, siendo así que le habían de desear sobre todo, y conservarle entero para guardar la Regla con puntualidad, y en consecuencia faltan en la observancia de la misma Regla, de quien son celadores, ó muestran serlo. Amen, pues, la Pobreza, ejercítenla, y abrácenla de tal modo que no maten el espíritu de la humildad y de la caridad. Y si pretenden darme gusto, procuren con cuanto esfuerzo les sea posible poseer mi divino espíritu, que es bueno, amoroso, afable, y dispone suavemente todas las cosas, cuya asistencia les administrará sin dificultad lo que es necesario para observar la Regla perfectamente. »

8. « Tú, oh Juan, porque desde al principio de tu vocacion me has estado siempre pidiendo que te asista con este mi celestial espíritu, para que puedas guardar tu Regla con perfeccion, has merecido un tan singular beneficio de mi misericordia, como el no haber pecado jamas contra ningun precepto ó consejo de la Regla Evangélica. Camina, pues, por donde empezaste; prosigue tu obra, para que últimamente consigas el premio en la corona, que se debe á la perseverancia. »

9. Pasó Cristo nuestro Señor al tercer capítulo, y dijo así: « Quiero que entiendas, que en los profesores de esta Religion nada pretendo más que el verlos totalmente confiados en mi clemencia, y que aquellos me obligan á más amor, que poniendo en mí toda su esperanza y todo su pensamiento, penden de mi piedad sin otro refugio. Éstos son los que favorezco, y á los que abrazo por hijos carísimos. Y al contrario llevaré mal que los Religiosos que profesan guardar aun los consejos Evangélicos, y que deben estar pendientes de mi providencia por su instituto, desconfiando de ella, y olvidándose de la amonestacion de su santo Padre Francisco, que á cada paso los exhortaba á confiar solamente en mí, como si yo no tuviera atencion á sus necesidades, se prevengan de comida para el camino, ó en los Conventos admitan provision para mucho tiempo con pretextos vanos y frívolos, ó incurran en cosas semejantes, que muestren desconfianza de mi solicitud celestial, debiendo ántes entender por cosa certísima, que nunca mi benignidad se ha visto que desampare al que de todo punto se ha resignado en mí.

10. « Conozcan, pues, los que me sirven en esta Regla y Congregacion, que el haberlos despojado de los bienes del siglo, y traídolos á la suma pobreza y necesidad de cuanto es menester, ha sido para enseñarles las riquezas de mi providencia y liberalidad, y persuadirles á que tengan en ella su única confianza. Por lo cual atiendan no más, que á ser observadores de su Regla perfectos, y no pongan duda en que siempre les he de socorrer y asistir. Pues si visto á las azucenas del campo, y doy de comer á las aves del cielo, ¿cómo he de desamparar á mis hijos, que se fian de mí sin buscar otra cosa? »

11. Con este capítulo juntó el cuarto el divino Señor, y prosiguió diciendo: « Por el singular amor que tengo á la Religion, la he dado leyes de Constituciones graves y santas... que hacen su observancia de la Regla más fácil, siendo la muralla fuerte de la Religion que la defiende y conserva invencible contra los asaltos de los movimientos sensuales y relajaciones, enemigos ordinarios que la acometen. La transgresion de estas, y las dispensas que se conceden con facilidad y sin causa legítima por los Superiores, son una cosa que con grande extremo me desagrada. Y el apretarlas y estrecharlas con sobrado rigor, sin atender á la caridad fraterna, y gobernándose no con prudencia y espíritu mio, sino con ímpetu y aspereza de espíritu propio, tampoco lo apruebo. Con que el medio conforme á mi volun-

tad es, que los Superiores guarden y hagan guardar las Constituciones, como presidios en que está la defensa de la Observancia Regular, con el mismo espíritu en que se concibieron y promulgaron, para que ellas conserven tambien entera y salva la Religion. »

12. El quinto capítulo fué decir: « Los Religiosos de esta Congregacion deben vivir pendientes en todo de mi voluntad y no pretender cosa alguna, sino sólo mi gusto, de tal manera, que abstrayendo el ánimo de cualquier apetito y solicitud de saber lo que ha reservado para sí mi divina eleccion, le sujeten al imperio de mi beneplácito. Los que viven así, resignándose enteramente en lo que yo quiero, y esperando de mí sin cuidado ni desvelo interior lo que yo me sirvo de enviarlos ya sea honorífico ó afrentoso, ya triste ó alegre, esos son mis amigos íntimos, de quien yo me doy más obligado, en quien cumplo mi voluntad y me glorifico, y son los que duermen en mi seno y descansan en mis brazos tranquila y pacíficamente. Pero los que buscan y solicitan con ánsia sobrada lo que se ha de dejar á mi providencia, y para conseguirlo sin mí, ó se valen de humanos favores, ó de sus diligencias, industria y trabajo propio; sepan, que como transgresores de la ley de mi voluntad, me ofenden y desagradan. Y así los Frailes que desean servirme y obedecerme perfectamente, cuiden sobre todo de tener un ánimo libre y desnudo de afectos é inclinaciones...: déjenlo á mi voluntad, para que obrando yo segun la ley de mi sabiduría, y decretos eternos, reciban de mi mano lo que quisiera darles. »

13. Siguiose al capítulo quinto el sexto con tales palabras: « Atiende bien, Juan: dos géneros hay de Frailes en esta Congregacion. El primero es de los que me aman con un amor fuerte y robusto. Conviene á saber, los que lidian en batalla sangrienta contra sus propios vicios y apetitos siniestros, huyendo de todo pecado, con todas sus fuerzas principalmente del que es mortal, peleando siempre contra el demonio, y procurando guardar mi ley sin tropiezo ni escándalo. De estos tengo yo muchos siervos, no sólo en todas las Religiones, sino aun en el siglo, y unos y otros me son agradables, aunque los Religiosos por haber subido á grado más perfecto de tal amor con la desnudez voluntaria y universal de los bienes terrenos, tienen más lugar en mi gracia. »

14. « El segundo género es de los que me aman con un amor sobre fuerte, dulce. Y estos son los que habiendo purgado su ánimo de deseos, afectos, y desórdenes de la naturaleza, llegan á unirse dulcemente conmigo en vínculo estrecho y suave de caridad, á los cuales correspondo yo, como buen pagador, dejándome abrazar y gozar en espíritu. De estos no me faltan en las Religiones, y tengo muchos tambien en el siglo, que con pureza de entendimiento y simplicidad distante de toda malicia, llegan fácilmente á la cumbre de este divino amor. Pero los que en la Religion han llegado á ella, son para mí los más amables, y en quien me gozo más, miéntras perseverando en guardar la Regla, y en ser humildes, se muestran dignos de mis favores. »

15. Continuó Cristo Señor nuestro el capítulo séptimo, y dijo: «¿ Cómo, oh Juan, no he de amar esta Congregacion, si la elegí yo mismo para mí, si la planté, la instituí, la llamé para dilatar la gloria y honor de mi santo nombre? Con que los Frailes dejen ya de admirarse, de que contra una Religion tan amada haya permitido mi providencia tantas contradicciones, tantos temores y peligros, tantas tentaciones de los demonios, y finalmente tantas y tan grandes tempestades, como se han conjurado contra ella. Mi intento ha sido probarla y ejercitarla, para que su misma paciencia acredite, que es obra divina y sumamente agradable á mis ojos. Pero en cumpliéndose el término señalado á las experiencias, no la sucederá ocasion de nuevo temor. Porque con mi ayuda, y en virtud mia, crecerá extendiéndose, propagándose, y aumentándose en toda la tierra, y subirá á la excelencia de perfeccion, que mi altísimo consejo y sabiduría la tiene guardada. »

16. Todo esto le reveló el Señor á Fr. Juan en diferentes dias, apareciéndosele y hablándole con la familiaridad que se echa de ver en los coloquios que se han referido. Y para con-

firmacion y seguridad de cuanto le había revelado, concluyó diciendo: « No receles, Juan, ni sospeches que hay en estas palabras engaño diabólico. Palabras mias son, que á su tiempo se cumpliran. »

17. No se contentó el P. Juan con oir lo que queda dicho, ántes por cumplir plenamente el mandato del P. General, y para saber de Cristo lo que había en cuanto al escrúpulo, con que estaban varios Religiosos, sobre si estando sujeta entónces la Congregacion de los Capuchinos al Maestro general de la Orden de los respectabilísimos PP. Conventuales (1), cumplía con su obligacion, teniendo el Ministro General de los dignísimos PP. Observantes el título de Ministro General de toda la Orden de Menores: suplicó á su Majestad que le declarase lo que convenía en razon de este escrúpulo. A lo cual el Señor respondió así: « Sepan los Frailes, que la obediencia á que les obliga la Regla de su Religion, es deuda precisa á tres personas. Lo primero á mí, á quien se promete su observancia, y tambien la del Santo Evangelio. Lo segundo al Romano Pontífice, como á cabeza de la Iglesia y Vicario mio, subrogado en mis veces y en mi lugar, á quien en todo deben obedecer. Lo tercero á S. Francisco y á sus sucesores, conforme se dice en la Regla, para que se guarde el órden proporcionado de jerarquía Religiosa, que incluye subordinacion y obediencia á uno no más, que sea cabeza de la Religion. En cuanto á los dos primeros géneros de personas, pues, entre los Frailes no hay duda alguna, no es necesario hablar. Queda el tercero, en que se hallan dudosos: pero atiende lo que se ha de observar y seguir en él. La Regla manda con palabras expresas, que *los Frailes esten obligados á obedecer á Fray Francisco y á sus sucesores*, con que la dificultad se reduce á inquirir quien es sucesor de S. Francisco. Sabe, pues, que esto no lo regulo yo sólo por la antigüedad y espacioso discurso de tiempo, ni por la primacía de la Orden, sino por la legítima institucion. — Por lo cual superfluo es el temor que en esta parte atormenta á los Religiosos, pues teniendo Superior y cabeza constituido por mi providencia divina, y elegido por autoridad Apostólica del Pontífice mi Vicario, ya tienen en él á quien obedecer, como á sucesor propio de S. Francisco, sin que anden buscando otros sucesores, ni inquietándose con vanos escrúpulos. Lo que deben procurar con toda solicitud, es guardar la Regla perfectamente y ser hijos verdaderos de S. Francisco, para poder gozar de la verdadera y legítima sucesion de la Cabeza. Con que á tu General le diras, que sin miedo ni recelo ninguno cuide solamente, de que se guarde lo que disponiéndolo y ordenandolo yo, ha determinado y ha de determinar la Sede Apostólica: que con esto los Frailes, guardando la Regla, debajo de la obediencia del Pontífice y de su General, haran mi voluntad manifiestamente, y la de S. Francisco, y se reputaran por hijos legítimos suyos. » Esto dijo el Señor con palabras tan claras y de tanta extension.

18. Sobre lo referido añadió el Señor varias advertencias para enseñanza más plena de los Religiosos. Y la que á las demas dió principio, fué, que á la observancia purísima de la Regla, se sube por cuatro escalones ó grados.

19. El primero, que los Religiosos sean muy agradecidos al Señor, por el don altísimo de su benignidad con que han sido llamado. Porque como la ingratitud se compare á un viento encendido, que seca la fuente de la divina misericordia; los que viven en la Religion olvidados de tan soberanas mercedes, y no reconocen el favor singular, verdaderamente se declaran indignos de él, y no sólo no deben esperar beneficios mayores, sino ántes merecer ser privados de los que han recibido.

20. El segundo es, que procuren los Religiosos cuanto á un hombre le es posible, conservar su ánimo puro y limpio de las manchas de los pecados, porque la guarda de la Regla perfecta no los admite. Y aunque el pecado venial no es estorbo que impide el cumplimiento de los preceptos, ni se encuentra con él, enflaquece empero y retarda la ejecucion de los consejos que hay en la Regla, y en que consiste su observancia entera y total. Esta pureza de cora-

(1) Más tarde la Sede Apostólica dió al Superior General de la Orden Capuchina la dignidad y título de *Ministro General.*

zon se requiere en todos los Religiosos, pero á quien más la intima el Señor en este lugar, es á los Capuchinos. De donde si algunos la profanaren ó desautorizaren con delitos mayores y que desdigan de su perfeccion, y no se emmendaren con brevedad, vuelve otra vez á amenazarlos, que los arrojará de su gremio.

21. El tercero es, que los que desean guardar la Regla perfectamente, despidan de su ánimo la soberbia, vanidad, y ambicion, no deseen ser superiores á los demas, no busquen dignidades ni honores, no levanten disensiones ni bandos, no muevan ni fomenten persecuciones, no menoscaben murmurando la fama ajena, ni siembren discordia entre los Religiosos. « Guárdense, pues, dijo Cristo nuestro Bien, los que viven en esta Orden, de aspirar con deseo de estimacion y loco apetito de mandar á las primeras sillas y dignidades, y de ocuparlas por su arbitrio ó antojo, cuando yo no se las envío, porque es en mis ojos una abominable fealdad. Y si no la sufrí en los Angeles, despeñando de la cumbre del Cielo hasta los infernales abismos, á los que ví que había contaminado la peste de la ambicion, mucho ménos la sufriré en los que profesan un instituto, que siendo de Menores aun el nombre, los obliga á abrazar la humildad y el menosprecio de las honras terrenas singularmente. Yo vendré presto, y si hallare algunos que incurran en tal delito, no los perdonaré, ántes derribaré la luz que estuviere ardiendo sobre el candelero, para que no luzca más en mi casa (1). Porque los Religiosos que en esta Congregacion ocupan las Prelacías, no son llamados para honor ni para autoridad, sino para trabajo y servicio, y así quiero que sean más humildes que los demas, y que se cumpla en ellos la doctrina que dí á mis Apóstoles, diciéndoles: *El que es mayor entre vosotros, sea como el menor, y el que precede como el que sirve.* Con que los que fueren Prelados por mi vocacion, no muestren soberbia ó desvanecimiento, ni ejerciten su ministerio en los Religiosos con aspereza ó con señorío, sino presidan á sus súbditos con humildad y amor más que con imperio y severidad. Corrijan los vicios benignamente, instruyan á los que anduvieron errados con espíritu de suavidad y blandura, amonéstenlos, ruéguenlos, repréndanlos, y haciéndose dechado de virtud para su rebaño, guíenle con el ejemplo de buenas obras á su imitacion. Porque así conviene que se empleen en toda justicia, y que sean á todos todas las cosas, para que los ganen á todos. »

22. El cuarto y último grado es, que los Religiosos atiendan principalmente, y con el esfuerzo posible, á tener el espíritu del Señor y su santa obra, como lo aconseja la Regla. Porque de la manera que asistiendo este espíritu, ilustra al entendimiento, le instruye y le dirige á lo que es necesario para la guarda de la Regla con perfeccion, y el ánimo con su presencia se mueve á alcanzarla, se inflama y se impele; así cuando falta, se halla el entendimiento ciego y sin guía para el conocimiento de los medios que conducen á fin tan alto, y el ánimo se fatiga en vano para adquirirle, pues ninguna fuerza humana puede llegar, á que la forma de la perfeccion Evangélica, que procedió del espíritu del Señor, se consiga sin él. Por lo cual los Frailes deben solicitar con oraciones, ayunos y lágrimas, y con ejercicios de todas virtudes, que Dios se sirva de enviarles su santo espíritu, que les encamine á la guarda de la Regla perfecta; y recibido de su benignidad, deben tambien estimarle con mucho aprecio, y conservarle con no ménos solicitud.

23. Apareciéndose otra vez el Señor al P. Juan, le enseñó que había en la Religion de los Capuchinos dos géneros de buenos Religiosos, diferentes todavía entre sí, aunque ambos buenos, y que el uno hacía al otro grande ventaja. El primero, de aquellos que habían alcanzado sinceridad y limpieza de corazon. Y estos decía Cristo ser semejantes al leño seco, que como carece de humedad, recibe el fuego fácilmente y se abraza. Así los tales Religiosos, habiendo arrojado de sí todo humor de mundano y carnal apetito, se encienden en el fuego del divino amor con facilidad. Y aunque no hayan llegado á desnudez tan pura de corazon,

(1) Esto parece debe entenderse del castigo de echarlos del lugar ó dignidad que ocupan: porque si se arrepienten, ciertamente seran perdonados.

y á tanto ser nada, que no retengan cosa alguna de propia voluntad y juicio, pero haciendo de su parte lo que les toca, conseguiran con ayuda de Dios, y cuando él quisiere, que los inflame en mayores llamas de caridad, y que los tome por instrumento para aumentar la gloria de su nombre santísimo. El segundo es de los que han alcanzado ya tan perfecta simplicidad de vida y pobreza de espíritu, que á nada dan lugar en su voluntad, ó para amarlo, ó para aborrecerlo, que no sea conforme á la voluntad de Dios, pendiendo de ella de tal suerte, que la siguen como al cuerpo la sombra, y la entregan el imperio universal de su alma, para que la disponga y gobierne á su gusto. En estos tiene el Señor su asiento y su Reino, á estos rige y á estos posee. A estos infunde su espíritu y los guía con él. Y siendo así que los verdaderos hijos de Dios son los que se dejan guiar de su espíritu, de aquí es, que los reconoce por tales, por sus amigos y sus escogidos, los abraza, los regala, y se glorifica en ellos superiormente.

24. Dijo más el Señor, que el primero y principal intento de su voluntad era que los frailes permaneciesen siempre estables y firmes en las proposiciones de la Iglesia Católica, y en los decretos de los Concilios, sin apartarse de sus verdades, ni con pretexto de otra verdad más nueva, ni de inteligencia moderna de la Escritura, ni á título de revelacion, aunque un Angel bajando del cielo les predicase diferente doctrina; sino que guardasen con puntualidad lo que la Iglesia les había enseñado, y enseñasen lo que de los Santos habían aprendido, sin declinar un punto de sus tradiciones. Porque Satanas muchas veces y en particular en estos tiempos se transfigura en Angel de luz para engañar con especie de bien á los no advertidos, y con la misma luz de las Escrituras los confunde en el centro de las tinieblas.

25. «Miren los Frailes (prosiguió Cristo) que no lleguen á la Escritura con presuncion ó fiados en su propio caudal é ingenio, porque nunca la profecía nació de voluntad humana, sino de espíritu divino que la infundió en los Santos de Dios, para que la hablasen. Y así los que desean llegar á su inteligencia é interpretacion, tienen necesidad de dos cosas principalmente. Lo primero, de caminar fundados en profunda humildad de ánimo, que es la que guía y acerca el entendimiento al verdadero sentido de la Escritura y lo que yo enseñé claramente cuando orando á mi padre dije: Gracias te doy, Padre mio, Rey de cielos y tierra, porque escondistes estas cosas á los sabios y prudentes del mundo y las revelaste á los pequeñuelos: que de otro modo saliéndose del camino derecho de la inteligencia se despeñan en no pocas desdichas. Lo segundo, se han de mover no con su espíritu, sino con el mio. Porque la Escritura que se compuso y dictó con él, no puede sin él entenderse: y como sola la Iglesia Católica es á quien yo le he comunicado, de ella sola se ha de tomar la interpretacion verdadera de la Escritura. De que es consecuencia precisa, que los que la quieren interpretar, no segun la Iglesia, sino segun su espíritu propio, vayan muy léjos de la verdad, y que miéntras las Escrituras, que en sí son buenas, no se entienden bien ni conforme á mi espíritu, se dé ocasion á las heregías en que por mis ocultos juicios dejo caer á algunos, ya para que su soberbia y temeridad tenga el castigo que se le debe, y los demas escarmienten en él, ya para que mi Iglesia saque aprovechamiento grande de sus errores, y ya finalmente para que los que son examinados en la tentacion, como el oro en el fuego, salgan del exámen con mayor lustre. Vosotros no os aparteis jamas del sentido comun de la Iglesia. Estad firmes en la Fe, en sus tradiciones, que con tales raices y fundamentos permanecerais siempre seguros.»

26. Entre las otras proposiciones de Fe que el Señor recordó á Fr. Juan, para que las encomendara mucho á los frailes; una fué la verdad de las penas del Purgatorio y la piadosa devocion con las almas de él, que le afirmó serle muy agradable, calificándola con varios argumentos y comprobaciones de que el P. Juan no nos dejó noticia.

27. Fuera de lo que se ha referido, le reveló su Majestad diferentes cosas que no quiso que se escribiesen. Y estas que fué su voluntad se manifesta-

sen al General Esino, por tocar á la enseñanza y utilidad de toda la Orden, ordenó que llegasen á su conocimiento tan acreditadas, que no pudiese entender que había en ellas astucia diabólica y creyese luego al P. Juan. Por lo cual en la última revelacion de que vamos hablando, apareciéndosele con más resplandor de divina lumbre le dijo: «Muchos son, oh Juan, los misterios y sacramentos de mi sabiduría que te he revelado, cuya verdad ni á ti ni á nadie debe ser sospechosa por los inequívocos testimonios que los confirman, que excluyen la menor sospecha de engaño. Porque lo primero demas de la confirmacion interna de mi presencia con que te ha sido declarada, las revelaciones que te he hecho han sido contínuas, multiplicadas en tiempos diversos, y concernientes á una materia misma, que son calidades y circunstancias en que se descubre que su orígen es celestial. Lo segundo, que no me has oido cosa que no sea conforme á las letras sagradas y á la doctrina de mi santa Iglesia Católica, cuya irrefragable verdad no se puede poner en duda. Lo tercero, para que no hubiese ocasion de escrúpulo en mis revelaciones y quedasen totalmente por indubitables te descubrí las conciencias y pecados ocultos de algunos Religiosos, de los cuales unos cuando tú se los declaraste conocieron su yerro, y confesándotele y recibiendo la penitencia digna, fueron restituidos á mi amistad: y uno solo que oyendo que le descubrías una culpa oculta, y confesando que sólo Dios la podía haber revelado, todavía no quiso enmendarse, y por su impenitencia fué echado de la Religion.» (caso que sucedió en aquel tiempo, habiendo el P. Juan declarado á algunos frailes pecados suyos, notorios hasta entónces no más que á ellos y á Dios, de quien él los había entendido.)

28. «Guárdate pues de estar dudoso en ninguna manera. Y lo que he querido manifestarte, y que lo reduzcas á escrito, entrégaselo á tu General, para que lo extienda por la Religion en su utilidad y provecho comun. Porque no te lo he revelado yo á ti por ti, que eres un hombrecillo vil é ignorante (aunque para premiar el mérito de tu obediencia y enseñar cuanta es la eficacia de esta virtud, he dispuesto que seas tú á quien se hayan hecho las revelaciones); sino lo uno, porque mi Congregacion se aumente con ellas, se conforte, y vaya creciendo hasta llegar á su espiritual senectud en maduro y asentado ejercicio de buenas obras. Lo otro, porque venga á noticia de todo el mundo el cuidado que tengo de la Religion de los Capuchinos, conconsolándola y alentándola así despues de tantos trabajos y angustias. Y finalmente, porque viendo que les descubro mis consejos y voluntad, se hallen con obligacion de amarme más en ley de correspondencia y me glorifiquen más con su amor. De aquí adelante lo que has de hacer, es no pedirme nuevas revelaciones, sino contentándote con estas vivir quieto contigo, en silencio y en humildad.»

29. El General habiendo entendido lo que Fr. Juan le dijo por precepto de Dios, quedó tan confortado con las revelaciones, que ya sin miedo ni duda alguna llevaba con ánimo alegre las penalidades, desvelos y cargas que tenía el oficio en sí: y solía decir ordinariamente que, cuantos infortunios podían suceder, no bastarían á espantarle ni darle miedo, sabiendo que estaba la Religion debajo de la tutela y amparo de Cristo.

P. Francisco de Alarcon.

NACIÓ en Tordesillas de la noble familia de Alarcon. Fué hermano de los ilustres Padres Arcángel y Juan de Alarcon, fundador de la Orden en España el primero, y Provincial de Cataluña el segundo. Los tres hermanos fueron muy piadosos y fervorosos, y sus nombres y santas obras dejaron eterna memoria en nuestra Religion Capuchina.

Su educacion fué esmeradísima, y por su nobleza y calidades intelectuales y morales mereció ser paje del católico monarca Felipe II, á quien sirvió con la fidelidad de que tantos ejemplos tenía en su cristiana é ilustre familia. Pero Dios que le destinaba para su servicio, dispuso que pasase á Nápoles, donde los otros dos hermanos, correspondiendo á la gracia celestial, eran

espejo vivo de virtudes cristianas y religiosas. Viendo Francisco el fervor, la humildad y la admirable abnegacion con que sus amados hermanos los PP. Arcángel y Juan servían al Señor, y cuan noble empresa y útil mudanza era la de trocar el servicio de los Príncipes de la tierra con el del Rey de Reyes y Señor de cielos y tierra, sintió que su corazon se despegaba cada dia con mayor ardor de todos los bienes y honores del mundo, y que sólo aspiraba á las riquezas del cielo y á la incomparable dicha y alta dignidad del estado religioso, donde el hombre más eficaz y fácilmente se consagra al Señor.

Es fácil comprender con que amor le ayudaron sus dos hermanos en tan importante negocio, cual fué su alegría al ver que era verdadera su vocacion, y cuan grande el consuelo de los tres al verse Capuchinos: no siendo menor la edificacion de los fieles y religiosos al ver á estos tres nobilísimos varones revestidos del humilde sayal de N. P. S. Francisco, y llevando una vida del todo conforme al santo hábito capuchino.

No parece fueron muchos los años que el P. Francisco vivió en la Religion, pues no acompañó á sus dos hermanos en las fundaciones de España, muriendo en Nola (1) hácia el año 1577, ó sea ántes que estos salieran de Italia. Y que su muerte fué santa, lo prueban las noticias que hallamos ya en las Crónicas ya en los Originales de Cataluña, los cuales refieren que el mismo dia de su muerte fué librado del Purgatorio y subió á la felicidad eterna. Véase lo que dejamos escrito en la vida del P. Arcángel, en la página 109, donde se refiere la aparicion del alma del P. Francisco al dicho P. Arcángel, y como fué librada del purgatorio despues de la Misa que aquel pidió y este celebró (2).

De estos tres ilustres hermanos puede con razon decirse: *Haec est vera fraternitas, quae nunquam potuit violari certamine;* pues los tres vencieron al mundo, y en la Religion fueron hermanos no sólo por la sangre sino por los votos y el sacerdocio. *Contemnentes aulam regiam, pervenerunt ad regna coelestia*, pues los tres renunciaron á las cortes de la tierra, para ser cortesanos del cielo con más seguridad y mérito mayor.

(1) Boverio dice equivocadamente que el P. Francisco murió en Nápoles, siendo cierto, segun los Originales de Cataluña, que murió en Nola, en el mismo Reino de Nápoles.

(2) « Eadem sui obitus hora cuidam ex nostris Sacerdoti, qui in conventu Apici sese ad incruenti Sacrificii oblationem parabat apparens, ab eo, ut illius Sacrificii virtutem pro sua e purgatoriis poenis liberatione Deo offerat, impensius efflagitat. Quod cum ille mox summa charitate praestitisset, Franciscus a purgatoria poena liber in Coelum evolat. » (*Bover.* tom II. pag. 606). Este Sacerdote fué el P. Arcángel su hermano, segun consta de lo dicho en la vida del mismo P. Arcángel.

P. Ciprian Español.

Pocas son las noticias que tenemos del P. Ciprian. Sólo sabemos que fué religioso de mucha edificacion y muy celoso del progreso verdadero y perfeccion de la Orden. Por su prudencia, madurez y grandes virtudes mereció la confianza especial de los Superiores Generales, los cuales le enviaron á Francia para auxilio y guía de sus hermanos en algunas fundaciones. Parece que ejerció su celo en las fundaciones de Bretaña, pues en la Provincia Romana lo consideraban en cierto modo como fundador de la misma; si bien creemos que fué más bien propagador de la Orden en aquella region que verdadero fundador de Provincia, pues hay alguna inexactitud en la nota del Necrologio de la Provincia Romana sobre este punto. Nuestro P. Ciprian despues de haber trabajado en Francia, volvió á Roma donde murió santamente. Dicho *Necrologium* dice que murió en 1567; pero si admitimos que fué enviado para cooperar á la fundacion de Bretaña, es del todo erronea dicha fecha, pues los primeros conventos de aquella Provincia sólo fueron erigidos en 1597, y fué mucho más tarde aun la concesion del título de Provincia de Bretaña. Vuelto á Italia, este ilustre Capuchino español murió en Roma lleno de méritos y virtudes (1).

(1) « 1567. Romae. R. P. Cyprianus Hispanus, vir zelantissimus, qui fundata in Gallia Britanniae Provincia, ad hanc suam reversus plenus meritis ac virtutibus obiit. » (*Necrologium Capucc. Prov. Romanae, die 23 Decembris*).

P. Pedro Español.

De este Religioso sólo sabemos que fué varon de un celo extraordinario, que trabajó mucho en la salvacion de las almas, mereciéndose elogio particular entre los ilustres Capuchinos de la Provincia Romana que brillaron por su celo en las Misiones Apostólicas, y que sus predicaciones y obras de propaganda católica eran expresion fiel de su grande fervor. Despues de haber procurado conquistar muchas almas para Dios en las Misiones, volvió á Roma donde murió en el ósculo del Señor. El *Necrologium Capuccinorum Provinciae Romanae*, 16 de Diciembre, hace este elogio del P. Pedro: « *1580. Romae. R. P. Petrus Hispanus. Concionator, ac olim fervidus ac zelantissimus Missionarius Apostolicus.* »

Fr. Nicolas Español, Corista.

En la Provincia de Palermo aun vive hoy y vivirá siempre entre los Sicilianos, la memoria de Fray Nicolas Español, corista di ilustrísima sangre, que siendo General de las Galeras de Sicilia con tantos méritos para el cargo, como se colige de haberle elegido el Rey Don Felipe segundo, renunció voluntariamente la dignidad y quiso más ser despreciado y vil en la casa de Dios que vivir en los tabernáculos suntuosos del siglo. Tomó el hábito en la Orden Capuchina, y el mismo dia que se lo vistieron, para mostrar que no quería tener nada comun con el mundo y que se conformaba con el parecer del Apóstol en aquellas palabras: « Todo lo he perdido y dejado y lo miro ya como estiercol para ganar á Cristo »: mandó que se diese á los pobres, el vestido, el oro y las joyas de que vino adornado á la Religion, que era de muchísimo precio y valor entre los seglares. Comenzó luego la carrera de la vida espiritual y seráfica con tal perfeccion, que han quedado en los Originales de la Orden insignes memorias de su obediencia, humildad, pobreza y austeridad de vida; de su desprecio propio y de todas las cosas, y principalmente de su caridad y amor de Dios, cuya fuerza era tanta que no pudiendo en la oracion moderar sus ímpetus, por no inquietar á los demas Religiosos con los suspiros, gemidos y voces que le obligaba á dar, ordinariamente se retiraba al bosque donde nadie le oyese. Allí entre otros ejercicios de la oracion, con que se provocaba á mayor incendio de amor Divino, como su meditacion ordinaria fuese Cristo Nuestro Señor con la Cruz á cuestas, lo que le amaba y el deseo ardiente de su imitacion le dictó que tomase dos bigas, que estaban en el bosque arrojadas, y atándolas con la cuerda que traía ceñida en forma de Cruz, las pusiese sobre sus hombros y las llevase un largo trecho por espacio de dos ó tres horas cuando ninguno le podía registrar, prorumpiendo en lágrimas y sollozos innumerables todo el tiempo que duraba la accion. Tenía destinado para ella perpétuamente el espacio que hay desde la hora cuarta de la noche hasta el amanecer, en que ejercitaba aquella memoria de la Pasion de Cristo no con poca fatiga del cuerpo, correspondiente á la afliccion interior del alma, por el peso grande de las dos bigas, intolerable aun á otro de más fuerzas y más robusto. Sucedió pues que á la misma hora un Religioso Sacerdote, llamado Fray Bartolomé, se salió al bosque á hacer oracion. Y viendo de léjos á Fray Nicolas llevando la Cruz, al principio quedó espantado juzgando que era alguna vision que se le aparecía, mas despues conoció lo que era, y callando fué á decírselo al Guardian. Él en oyéndolo, para averiguar la verdad, acudió luego al bosque á tiempo que venía Fr. Nicolas, cansado ya del peso y casi rendido, llenando la soledad de gemidos y lágrimas, que entendiendo que no había testigos, derramaba copiosamente en la meditacion de los pasos que dió el Señor con otra cruz de más grave peso. Llegósele cerca el Guardian y díjole: « ¿Qué haces, Fray Nicolas, cargado con esa cruz? » A que él en sintiendo la voz de su Guardian, primero se mostró embarazado y luego respondió con seráfico aliento: « ¿No es justo, Padre, que si el Señor llevó una cruz tan pesada por mí, yo tambien la lleve por él, y le pague el amor cuanto me sea posible? » En fin como su alma era agradable á Dios

(para usar de las palabras del sabio) la sacó brevemente de las miserias de esta vida caduca. Y apénas llegó al tercer año de la Religion, cuando viniéndole en Pulizi la última enfermedad, despues de haber vivido el término que se le concedió, en ejercicios de virtudes heróicas, remató la vida con la muerte feliz de los justos, y el amor que tuvo á la Cruz de Cristo, le llevó á gozar el premio debido á la cruz por todo el espacio de la eternidad, como piamente creemos, el año 1581.

P. Pedro Trigoso de Calatayud.

ESTE ilustre capuchino, célebre en la república de las letras, y uno de los más famosos comentadores de nuestro Seráfico Doctor San Buenaventura, nació en Calatayud en Aragon (1). Aplicado oportunamente al estudio, hizo en ellos notabilísimos progresos, y aunque sus talentos le prometían honores y aplausos en el mundo, deseoso de servir al Señor con mayor perfeccion y más seguridad, se refugió en el seguro puerto de la Religion entrando en la santa y ejemplarísima Compañía de Jesus, de la cual salió para ser capuchino, porque su corazon inclinado á la vida minorítica, le llevaba casi irresistiblemente á abrazar el rígido instituto capuchino, en el cual esperaba satisfacer más fácilmente sus grandes deseos de privaciones, soledad y penitencia.

Alistado ya á la familia franciscana en nuestra Capuchina familia, donde profesó en 1581, fueron grandes sus progresos en la perfeccion, continuando con nuevo ardor el ejercicio de virtudes religiosas emprendido desde que salió del siglo. Mucho estudió y extraordinariamente meditó los escritos de los más grandes teólogos, llegando á ser uno de ellos. Sin menoscabo de la observancia regular y austeros ejercicios de nuestra Orden, era singular su aplicacion y empeño para penetrarse de las suavísimas, profundas y devotas doctrinas del Seráfico Doctor, las cuales eran para él luz agradabilísima del entendimiento y dulcísimo pasto del corazon, y un medio muy eficaz para inflamarse en el amor de Dios y en la devocion á María SS., siendo este estudio como fervorosa y contínua oracion, como debe deducirse del grado eminente de perfeccion con que edificó á la Orden con obras y palabras. Por esto dice con razon Segismundo de Venecia, Reformado, que con tal método de vida « llegó á ser célebre por piedad y por doctrina. » — Ya entre los Jesuitas fué profesor insigne y digno discípulo del célebre Pedro Soto, ocupando « ibique summo honore, dice Apolinario de Valencia, facultatum philosophicarum, theologicarum, mathematicarum, linguarumque graecae et hebraicae cathedras. » Enseñó tambien Teología en nuestra Orden en el convento de Bolonia en 1584, con sumo provecho de sus discípulos. Como capuchino su principal residencia fué Nápoles, donde no sólo fué como un oráculo por su ciencia, sino un verdadero apóstol y gran bienhechor del pueblo, fundando sin otros recursos que su celo y caridad, el grande establecimiento de beneficencia llamado *Real reclusorio* (1), y dando nuevo realce al Monte de Misericordia. Aunque ocupado en tantos y tan diversos oficios, escribió muchos tratados, y su amor á las tradiciones franciscanas le hizo componer aquellos famosos Comentarios que forman como una Suma teológica y monumento literario levantado al

---

(1) Por esto algunos lo llaman *de Calatayud* ó *Bilbili nova*.

(1) « Neapoli deinde (despues de profeso) aliquantulum moratus, in Hispaniam discessit, ubi diffinitoriatu generalique custodiatu insignitus est; sed, ex capitulo generali regrediens, Neapoli stetit iterum, ibique vitae sanctimonia, apostolicis laboribus, scientiae doctrinaeque splendore omnibus sese commendabilem exhibuit. Charitatis operibus etiam apprime addictus, Montis cujusdam Misericordiae, in quo a Neapolitana nobilitate septem exercebantur opera, leges et regulas constituit: a fundamentis quoque ergendum procuravit Regale Hispanarum puellarum orphanotrophium, vulgo *Real Reclusorio della Solitaria di Palazzo*; ipsum sapientissimis legibus communivit, redditibusque luculentissimis ditare fecit, ad institutionem dotemque puellarum. Haec Emmanuel Neapolitanus. » (*Apolinario de Valencia*). Creemos inexacto que el P. Trigoso fuese en España Definidor y Custodio, y del conjunto de noticias nos parece más probable que si tuvo tales oficios, esto fué en Italia, pues entónces en España sólo habia una Provincia, y no hallamos el nombre del P. Trigoso en el catálogo que tenemos á la vista, y en el cual se leen los nombres de todos los religiosos desde su fundacion en 1578 hasta 1835.

Seráfico Doctor San Buenaventura, impresos en la tipografía Vaticana y dedicados á Clemente VIII, quien con breve apostólico permitió la impresion en el Vaticano. — Hacen honorífica mencion de esta obra magistral muchos y graves autores, entre ellos los sabios PP. Editores de la actual y espléndida edicion de las Obras de N. S. D. San Buenaventura, tom. I, pag. LXXI (*Prolegomena*), los cuales dicen que dicha obra es *insigne opus* (1). Murió en Nápoles en 1593, á los 68 años de su edad, *Deo charus, et Angelis atque hominibus spectabilis ob vitae suae innocentiam* (2).

Fr. Buenaventura de España, Lego.

Este devotísimo Religioso lego español se santificó en la Provincia de Palermo. Ignoramos su apellido particular ó pueblo donde nació, por no hallarse en los Originales de la Orden, los cuales le dan sólo el nombre comun de la Religion. Era hombre de hermoso aspecto, pero de alma y espíritu más hermoso, dotado de tanta honestidad y pureza, de tanta inocencia de vida, de tanta simplicidad, y en conclusion de tantas virtudes juntas que le constituían varon Seráfico y apostólico, trayéndolas tan impresas en el semblante, que su vista sin más diligencias provocaba al deseo de su imitacion. De donde procedía que cuando usaba del oficio de limosnero (que era en él muy contínuo) pedía la limosna con tal suavidad y blandura, y en las conversaciones breves que se ofrecían en las casas que entraba, infundía en los ánimos devocion con elocuencia tan espiritual, que cuantos se sentían con algun desconsuelo ó tristeza oculta, prometiéndose en sus palabras el remedio de sus aflicciones, se las comunicaban y no salía vano su pensamiento. No había mayor humildad que la suya, juzgándose y teniéndose por el más vil de todos, y estimando por gran merced que le dejasen que les sirviese en cualquier ministerio, aunque fuese el más ínfimo. En la observancia de la Regla fué tan puntual, que en la prontitud de la obediencia, en la pobreza y desnudez de cuanto hay, y en la castidad y pureza en las costumbres, no reconocía superior en la Orden. Dieron testimonio de su sinceridad y pureza muchísimas veces las aves del Cielo, viniéndosele á las manos, asistiéndole y festejándole con dulce y prodigiosa familiaridad. Favoreciole Dios con espíritu de Profecía, como se verificó en el caso siguiente. Visitando una vez á una

---

(1) Esto dicen los mencionados PP. Editores: « Petrus Trigosus, natione Hispanus, discipulus Petri Soto, primo Societatis Jesu professus, deinde ad PP. Capuccinos transiit (✝ an. 1593, aetatis suae 68. Edidit insigne opus: S. Bonaventurae etc. Summa theologica, quam ex ejus in Magistrum Sententiarum scriptis accurate collegit et in hunc ordinem redegit copiosisque commentariis illustravit R. P. F. Petrus Trigosus O. S. F. C.: tomus I. Partis I. Ad Clementem VIII. Pont. Max., Romae 1593. — Alia editio « a mendis, quibus prior scatebat, repurgata nec non elucidata », ut in titulo dicitur, prodiit Lugduni 1616. Typis mandatus est tantum primus tomus primae partis de Deo uno, in quo magno volumine in-fol. praeter prologum nonnisi circa 21 distinctiones primi libri Sententiarum tractantur. Mutato rerum ordine multisque additis aliis quaestionibus sive, ut dicit, *dubiis*, diffusissime et docte interpretatur Seraphicum, ita ut fere semper eum ad mentem S. Thomae et scholae ejusdem intelligat ». — Y Apolinario de Valencia añade: « Dicit Emmanuel Neapolitanus sextem alios MS. hujus operis tomos « in foglio lungo » in conventus Imm. Conc. Neap. Musaeo adhuc prostare anno 1767, sicut et sequentia quae similiter ad praelum praeparaverat Auctor: 2. *Prediche quaresimali*: 3. *Sermoni e panegirici*: 4 *Alcune dottissime forensi Allegazioni*; 5 *Ed altri Manoscritti.* »

(2) « El cronista Fr. Juan de S. Antonio, en la *Biblioteca general franciscana*, dice che fué docto, erudito y ejemplar. El regente Villar, en el *Patronato de Calatayud*, p. 520, advierte que primero tomó la ropa de Jesuita, y que salió muy aprovechado de esta Orden para ser capuchino y así vacar con más retiro á la contemplacion. Era tanta la fama de su devocion y doctrina, que el Papa Sixto V le encargó hiciese las partes de S. Buenaventura sobre su promocion al honor de Doctor de la Iglesia, y desempeñó tan á satisfaccion de aquel sabio Pontífice esta comision, que le dió muchas gracias. Del mismo modo unió sus luces y piedad con otros destinos de su Orden. Murió en Nápoles con fama de santidad. » (*Bibl Ect. univ.*) No podemos omitir el breve y merecido elogio que del P. Trigoso se lee en la *Biblioth. Script. Cap.*, pág. 214. « Primum inter Patres Societatis Jesu professus, aliud religiosae vitae genus, divino spiritu afflante, inter Capuccinorum institutum amplecti voluit. Quem antea incoeperat, perfectionis cursum hic omnibus viribus prosecutus est, et omnibus absolvit numeris. Nomen illi merito est factum viri pietate et doctrina percelebris. Theologiam nostris exposuit, et hanc nostram Bononiae Cathedram tenuisse anno 1584 gratanter ob tantum Antecessorem percipio ex memoriis, quae sunt ad manus nostras. Deo charus, et Angelis atque hominibus spectabilis ob vitae suae innocentiam, ad suorum laborum praemia pervenit in nostro Conventu Neapolitano anno 1593, aetatis suae 68. — De eo meminerunt Zacharias Boverius tom. 2. Annal. Capuccinor., et Carolus de Arembergh in Flor. Seraph., ad annum quo obiit: Waddingus, de Scriptor. Ord. Minor.: D. Michael Martinez, lib. de Patronatu Calatajudensi impresso Neapoli: Nicolaus Antonius Hispalensis, in sua Biblioth. Hispanica: Gonsalvus Ponce de Leon Archidiac. Talaverensis in Ecclesia Toletana, qui in laudem hujus piissimi et doctissimi Auctoris hoc composuit epigramma: *Nosse et amare Deum vitae haec est summa Beatae: — Hoc majus quando continet illa nihil. — Unus Trigosus vitam dedit ergo Beatam: — Namque illud scriptis, moribus hoc docuit.* »

hija de la Marquesa de Cerratano llamada Luisa, que estaba enferma de un achaque levísimo, despues de haberla aconsejado con palabras generales y oscuras el desprecio de los bienes del siglo y la atencion y afecto á los celestiales, se declaró luego con ella y la dijo que había de agravársele la enfermedad y ser la última y el fin de su vida. Súpolo la Marquesa, y llamándole á parte se le mostró ofendida y aun indignada, diciéndole: « ¿ Por qué nos vienes, Fr. Buenaventura, á traer malas nuevas sin ocasion? ¿ Tú solo has de ser el que condenes á mi amada Luisa á muerte, siendo tan ligera y de tan poca importancia su enfermedad? ¿ Donde está el peligro? ¿ donde los accidentes mortales? donde estan los pronósticos de que ha de morir? » Respondiole Fr. Buenaventura: « ¿ Por qué te enojan á ti, oh Marquesa, las cosas que de cierto han de suceder, no por mi voluntad sino por la de Dios? Si te parece que es fuera de tiempo y sin ocasion como dices, el haber anunciado á tu hija la muerte, habiendo de ser infalible: por lo ménos no parezca sin ocasion ni fuera de tiempo anunciarte lo que te toca á ti. Prevéngase, oh Marquesa, tu ánimo á muchos trabajos que te han de venir, y recíbelos con paciencia y conformidad, para que saques miel de la piedra y aceite del peñasco durísimo. » Dijole la Marquesa: « ya estoy esperando, Fr. Buenaventura, á que me declares esos trabajos que me amenazan. » A que el santo varon respondió: « Mayor mal quieres que sea el tuyo con la noticia que buscas de él: atiende á lo que el Señor ha determinado. Su decreto es, que no sólo te falte tu hija Luisa, sino la demas sucesion que tienes y á quien más amas. Ni ha de parar aquí la calamidad. Porque el Marquesado se te ha de quitar tambien, para que instruida y escarmentada con esta celestial correccion, conviertas el ánimo y la voluntad á pretender las riquezas del Cielo y las verdaderas honras que en él se guardan á los que desprecian la vanidad del mundo. » Oyolo la Marquesa con sumo pesar: y el suceso puntualísimo se le aumentó, muriendo de allí á poco su hija, y luego un varon que la quedaba único sucesor, con que se le quitó el Marquesado, transfiriéndose á otros á quienes pertenecía.

Haber dado salud milagrosa á enfermos, es cosa constante y se prueba en el caso que ahora veremos. Ursula Rolita, mujer principal, y en extremo devota y bienhechora de los Capuchinos, estaba en la Ciudad de Palermo tan oprimida de un grave mal de calenturas complicadas, desmayos y otros accidentes peligrosísimos, que la tenían ya los médicos desauciada. Fué a visitarla Fr. Buenaventura, y viéndola tan agravada de la enfermedad la dijo: « ¿ Qué hay, Ursula? ¿ estás con mucho miedo del mal? Bien puedes echarle de ti, porque en nuestro convento hacen por tu salud oracion tantos Religiosos y pelean contra tu enfermedad con tal valentía, que no es posible que la dejen salir con victoria. Anímate y pon la esperanza en Dios, que es el que da la muerte y la vida, el que derriba hasta el abismo y el que levanta de él. » Dicho esto hincó las rodillas en tierra, oró un breve rato, y bendiciendo luego á la enferma con la señal de la Cruz, la sanó al momento de sus enfermedades.

Llegó el Siervo de Dios, despues de haber pasado la carrera de este tiempo caduco en toda santidad y justicia, al término de la humana peregrinacion: y muriendo se trasladó desde Palermo á la patria feliz, con gran sentimiento de la Ciudad, pero mucho más general alegría de los ciudadanos del Cielo, por ver agregado á su número un tan santo varon. De que no faltó testimonio en habiendo muerto. Porque una Religiosa de la Orden Tercera de nuestro Seráfico Padre San Francisco, mujer ilustre en virtud y espíritu, le vió subir al Reino de Dios en un carro resplandeciente, cuya significacion no acertó á percibir y se la preguntó; á que el varon glorioso respondió así: « Este carro que miras de cuatro ruedas, significa el triunfo de mi gloria. La primera es símbolo de mi pronta obediencia, con que me resigné en la voluntad y arbitrio de mis prelados y ejecuté sus órdenes sin replicar. La segunda representa la pobreza que profesé, deseando que fuese altísima y apostólica como manda la Regla. La tercera insinúa la castidad que guardé pura y sin corrupcion hasta el fin de mi vida. La cuarta y última da á entender la profunda humildad de ánimo, con que

me juzgué siempre indigno, no sólo de ser favorecido de Dios, sino aun de vivir, y al más ínfimo y bajo de todos los hombres, le tuve en concepto de mi Superior. Así voy triunfando al Reino del Cielo, para recibir en él la corona: y tú, pues te he enseñado el camino, cuida de andarle con diligencia si pretendes gozar de mi dicha. »

Poco despues que murió el Siervo de Dios, vinieron al Convento unos Padres de la Compañía de Jesus y le dijeron al Guardian: « Padre, ¿qué sientes de la vida de Fr. Buenaventura? » El Guardian respondió: « siento bien de ella, porque fué perfecto observador de la Regla Seráfica. » A que replicaron: « ¡Oh Padre! ¡ oh Padre! no se os ha muerto un Fr. Buenaventura, sino un San Buenaventura, si nos es lícita la comparacion. Porque á permitírsenos, cuantas maravillas suyas os pudieramos referir, que ahora es preciso queden sepultadas en el silencio! » Tales fueron las palabras y abono de aquellos padres religiosísimos, de que hemos querido hacer memoria particular, por ser testigos mayores de toda excepcion. Fué su muerte en 1600.

P. Vicente de Monterey.

La gran virtud del P. Vicente de Monterey la hallamos más significada que expresada, pues siendo muy poco lo que refieren de su vida los Originales de la Provincia de Cataluña, descubrimos en este poco un espíritu muy fervoroso y una perfeccion más que ordinaria. Habiendo él nacido en Monterey, lugar de Galicia pasó á Italia, donde abrazó nuestro Instituto capuchino, movido del deseo de servir á Dios en justicia y santidad. No se dice en que Provincia de Italia vistió nuestro hábito, ni en que tiempo vino á la de Cataluña, aunque se cree que fué no mucho despues de estar fundada. Pero lo que no tiene duda es que llevó consigo tanto caudal de virtud y perfeccion, y se dejó ver animado de tal espíritu y fervor, que los Prelados no dudaron confiarle los gobiernos de Monte-Calvario y demas principales conventos de la Provincia, constituyéndole Guardian de ellos casi todo el tiempo que vivió entre nosotros; y aun ascendió algunas veces al oficio de Definidor, y una vez fué elegido Custodio para ir al Capítulo General. Hemos dicho en otros lugares la rígida observancia que resplandecía en la Provincia, y con cuanto rigor y austeridad se vivía en ella, lo cual nos hace suponer en nuestro P. Vicente un celo ardiente, un fervor abrasado, y un espíritu animoso en tanto grado que pudiese promover y conservar la alta perfeccion de la Provincia en los oficios que la Superioridad le confiaba. Y en efecto hallamos que fué muy celante de la observancia de la Regla y Constituciones, como tambien de las buenas costumbres de la Orden, singularmente en conservar el rigor de la Religion. Y para dar mayor eficacia á este su celo, se propuso vivir como ejemplar de los otros, mostrándose muy austero y penitente en el tratamiento de su persona, y juntamente muy pobre en todas las cosas de su uso. Asimismo fué Religioso de mucha oracion, muy recogido y retirado, siguiendo en lo demas con puntualidad los actos y ejercicios de la Comunidad. Tambien fué muy caritativo singularmente con los enfermos y con las almas del Purgatorio en cuyo sufragio rezaba muchos Oficios de difuntos.

Entre los objetos de su celo y de su vigilancia fué el que los Religiosos excusasen las salidas del convento. Sabia sin duda que el espíritu y el fervor se disipan y desvanecen con los tratos y conversaciones de seglares, y que el Religioso fuera del convento es como el pez fuera del agua, donde más fácilmente se halla la muerte que la vida. Con este conocimiento celaba el siervo de Dios este punto como muy interesante, prohibiendo en lo posible las salidas de los Religiosos para que conservándose dentro del claustro retirados y recogidos, adelantasen más en la virtud y perfeccion. Con este celo fervoroso ilustró este buen Prelado los gobiernos de la Provincia, y con tales virtudes adornó su alma, hasta que el Señor se dignó trasladarle á la patria de los Bienaventurados con aquella dichosa muerte, que le sacó de este mundo en 1600 en nuestro convento de Monte-Calvario, dejando para nosotros sus ejemplos y sus virtudes, miéntras que él

goza de la felicidad eterna, segun piamente creemos.

Fr. Lucas de Calabria, Lego.

Este Religioso fué natural de Gentoli (1), en Calabria. La ocasion de abrazar nuestro Instituto fué la gran piedad y devocion que tuvo a nuestro glorioso Apóstol Santiago, cuyo santo sepulcro vino á visitar desde Italia; y habiendo cumplido con los piadosos ejercicios de su larga peregrinacion, al volverse determinó dejar el mundo y seguir á Cristo, vistiendo el hábito religioso en nuestro convento de Santa Eulalia á los 9 de Mayo, ó como dice otro libro, á los 18 de Octubre del año 1579. Estaba entónces la Provincia en los principios de su fundacion, y en los tiempos en que se echaban los fundamentos de aquel voluntario rigor de vida y alta perfeccion de observancia, que hemos dicho varias veces. Y aunque Fray Lucas no fué del número de los Fundadores, siguió con tanto fervor el camino de la virtud, y dió tales ejemplos de santidad, que con razon podemos contarle por una de las primeras piedras del espiritual edificio de las Provincias de España.

Uno de los ejercicios en que este Siervo de Dios más se distinguió, fué en mortificar su cuerpo y sujetarle al espíritu con tal austeridad y rígida penitencia, que ciertamente causa admiracion el que pudiese hacer trabajo alguno, y aun el que pudiese vivir. Su comida era por lo comun sólo pan y agua una vez al dia, buscando para mayor mortificacion los mendrugos de pan más negro que hallaba; y si tal vez añadía otra comida, era alguna fruta. Y aun poco satisfecho con este rigor, pasó una vez algun tiempo sin beber agua ni cosa alguna, de donde se le siguió el abrírsele los labios y la lengua á manera de grietas, y el secársele las fauces en tanto extremo, que cuando iba á comulgar con dificultad podia pasar la sagrada Forma, por cuyo motivo el Prelado le mandó que moderase tanto rigor. En las disciplinas era igualmente rígido y severo, añadiendo á las ordinarias de la Comunidad otras muchas extraordinarias, azotándose en unas y otras con mucho rigor. Ni era menor su mortificacion en el sueño, pues á más de ser poco el tiempo que dormía, era estando en pié, ó cuando más echado sobre las desnudas tablas, ó sobre una estera de esparto. Todo el abrigo de su cuerpo se reducía á un solo hábito pobre, corto, y lleno de remiendos, sin admitir el pequeño alivio de las sandalias miéntras tuvo salud, para que la total descalcez le proporcionase nuevas ocasiones de padecer. Al fin ardía su corazon en tales deseos de mortificarse y seguir á Cristo por los caminos de la cruz, que parece que los trabajos le eran alivio, las mortificaciones recreo, y las penitencias descanso. Por esto aunque castigaba su cuerpo con tanta austeridad y rigor, no le faltaban fuerzas para desempeñar los oficios de cocinero, de enfermero, y de limosnero, á que le destinaron algunas veces los Superiores. Era á la verdad objeto de admiracion, ver á este Religioso tan penitente, austero y rígido en lo perteneciente á su persona, y al mismo tiempo tan benigno, cuidadoso y caritativo en el servicio de sus hermanos los Religiosos. Lo que se vió singularmente en el largo tiempo que fué cocinero en nuestro convento de Monte-Calvario, sirviendo la comida á todos con mucha caridad y paciencia, aunque las circunstancias obligaban muchas veces á los Religiosos á llegar á deshora. Mas tal es al fin la penitencia cristiana: rígida y austera para consigo mismo, y paciente y benigna para con los otros.

Con esto se deja entender cuan profunda sería la humildad de este Siervo de Dios, cuan rendida su obediencia, cuan pura su castidad, cuan alta su pobreza, y cuan perfectas las demas virtudes. Le mandaron una vez los Superiores que supliese por algun tiempo el oficio de limosnero, cuyo mandato obedeció prontamente, y como por este motivo le fuese preciso tratar con seglares, se excusaba en lo posible de decirles su nombre, singularmente á las mujeres, para que no viniesen á visitarle en el convento. Aun dentro el claustro manifestaba estos mismos sentimientos de humildad, huyendo de

(1) Bover. Tom. II. p. 650, dice: *ex Gerilula, oppido Calabriae, ex quo originem duxit.*

las honras, y amando los ejercicios y lugares viles y bajos; cuyos sentimientos procuraba conservar con un estrecho silencio, y con un recogimiento tan particular que casi nunca salía del convento. Así se esforzaba este Varon santo á subir á la cumbre de las virtudes; así andaba los caminos estrechos de la perfeccion religiosa; y así procuraba santificar los dias de su vida. Y como Dios nuestro Señor se agrade tanto de semejantes Religiosos humildes, pobres, penitentes, y fervorosos, se dignó conceder á este su Siervo un don particular de oracion, y hacerle participante de aquellos señalados favores, que sólo suele comunicar á sus grandes amigos.

Por más que este Varon fervoroso ejercitaba oficios cansados, singularmente el de cocinero, no dejaba por esto de asistir á los Maitines, á las Misas, y á los Oficios Divinos con mucho fervor. Asimismo asistía á las horas de oracion que tiene la Comunidad, añadiendo otras horas que le dictaba su devocion, singularmente por la noche, velando gran parte de ella en este santo ejercicio. Y aun podemos decir que su oracion era contínua, subiendo á una union tan íntima con su amado y Divino Dueño, que muchas veces fué hallado arrobado y trasportado en éxtasis. Uno de los testigos de su vida, dice que le vió en estos raptos unas veces estando arrodillado, y otras estando en pié inclinado á manera de arco. Aun estando en su oficina le hallaban á veces tan trasportado en Dios, que si le preguntaban, no se acordaba de las cosas del mundo: y sucedió algunas veces hallarle en la cocina con la cuchara en la mano, y al mismo tiempo arrobado. Cierto Caballero llamado Luis Tristany, mereció en algunas ocasiones ver á este Varon santo que estaba en las capillas de la huerta levantado de tierra, y con las manos elevadas hácia al cielo, y haciendo exclamaciones á Nuestra Señora. Tambien había fama en la Provincia, que una vez en la octava del SS. Corpus, estuvo arrobado por muchas horas delante del altar mayor.

Pero más singular fué el arrobamiento que mereció en la iglesia de San Miguel de Barcelona en presencia de mucha gente. Fué destinado el Siervo de Dios por compañero del P. Antonio de Aragon, que pasó á dicha iglesia para predicar el sermon de la Pasion del Señor en el Viérnes Santo; y estando este ponderando las penas y dolores de nuestro Redentor, Fr. Lucas lleno de un fervor grande y penetrado de un vehemente espíritu de compuncion, salió delante el auditorio descubierto el pecho, azotándose con las disciplinas, y diciendo: « Yo soy el que he azotado, yo soy el que he muerto á este Divino Señor »; y haciendo esto, fué arrobado en el mismo púlpito á presencia de todos por mucho tiempo.

Unos favores tan señalados, recibidos en todo lugar y en todo tiempo, nos inclinan á creer que en otras ocasiones se hallaria igualmente favorecido de la gran liberalidad del Señor, cuyos favores guardaría muy secretos, supuesto que los que hemos referido se supieron porque fueron manifiestos á los Religiosos y á otros. Tambien nos declaran la gran pureza y santidad de su alma, cuando el cuerpo terreno y material debía seguir los vuelos de su espíritu. Mas no debe esto maravillarnos, habiéndose hecho este Varon santo hostia viviente, agradable á los ojos del Señor con su austeridad y penitencia, y con su heróica virtud y alta perfeccion. Y así no podemos dudar de la santidad y felicidad de su muerte, la cual puso fin á su preciosa vida, despues de recibidos los santos Sacramentos, en nuestro convento de Monte-Calvario, en 1600, subiendo su dichosa alma, segun piamente creemos, á las mansiones eternas de la gloria, donde recibió el galardon y el premio que el Señor dispensa con liberalidad á los que le sirven con fidelidad, espíritu y fervor. ¡ Seamos nosotros del número de estos fieles y fervorosos Siervos!

P. Diego de Mora.

HAY en Cataluña una Villa llamada Mora, mas no fué esta la patria del P. Diego, de quien tratamos, sino otra Villa del mismo nombre en el Reino de Portugal. Aquí nació este Religioso, de padres nobles y que poseían buena hacienda, los cuales es regular educarían á su hijo muy cristianamente, y él siguiendo esta buena

educacion serviría á Dios con loables costumbre en el tiempo de su mocedad. Suponemos estos buenos principios en la juventud de este Religioso, fundados en un maravilloso beneficio que mereció de la Divina bondad, en la ocasion que pudo librarse de la esclavitud de los Moros, en que había desgraciadamente incurrido. Desearíamos tener noticias más extensas de este suceso maravilloso, para explicarlo con la individuacion que merece; pero como no las tenemos, nos ceñiremos en su relacion á las palabras con que lo refiere el hermano Fray Benito de Manresa, quien bajo juramento lo declara en la forma siguiente. « Yo conocí, dice, al P. « Fray Diego de Mora, Sacerdote portugues, que fué Guardian en esta Pro« vincia, y alguna vez Difinidor, por « haberle tratado diversas veces y ha« ber sido su súbdito: el cual me con« tó que con la guerra que hizo el Rey « Don Sebastian á los Moros en Africa, « quedó cautivo, y anduvo en la galera « algun tiempo; y que en un puerto de « morería quitaron á su galera todos los « remos los moros, dejando en guar« da otros que guardasen los cautivos « cristianos. Y llegando de noche una « fragata en el mismo puerto, determi« naron los dichos Cautivos de huirse « con la dicha fragata. Ya todos des« herrados y sueltos, se apagó el fa« nal, quedando el dicho Fray Diego « solo herrado, y invocando á Dios nues« tro Señor, buscando el remedio posi« ble, vino una luz tan clara, que cla« ramente halló el remedio para po« derse soltar, y luego desapareció. Y « él luego se fué á la fragata con los « demas, que con un pedazo de lanza y « á gritos la rindieron y huyeron con « ella, que nunca los pudieron alcan« zar. Y viendo él tan gran milagro, « deseando ser agradecido á Dios, se « fué á Italia, donde recibió nuestro « santo hábito. » Así explica este testigo el modo tan maravilloso, con que nuestro P. Diego se libró del cautiverio de los Moros; y así nos declara el motivo que tuvo para abrazar nuestro Instituto capuchino.

Nada hallamos de su vida en el tiempo que estuvo en Italia, ignorándose aun la Provincia en que vistió nuestro hábito. Del tiempo que vivió en la Provincia de Cataluña, tambien es poco lo que hallamos escrito, tal vez por la omision que hubo en averiguar las virtudes de los Religiosos. No obstante, los pocos que hablan de su vida, concuerdan en que fué Religioso de mucha virtud y aventajada perfeccion. Y esto mismo nos confirma el haber obtenido y ocupado los principales cargos y oficios de la Provincia, mereciendo ser Guardian de los primeros conventos, como tambien Definidor; pues ocupando estos gobiernos en unos tiempos en que voluntariamente (1) se vivía con tanta estrechez, no podemos dudar que sería grande su virtud y perfeccion. En efectò á más de ser él contínuo en seguir la vida rígida y penitente que era comun en aquellos tiempos, añadía el tratar y afligir su cuerpo con mucha austeridad. Y aun que no se dice cuales fuesen estas austeridades, no obstante hallamos que dormía sobre las tablas desnudas, y que hacía las disciplinas con instrumentos que llaman rosetas, y esto con tanto rigor, que despues de muerto hallaron que tenía dos llagas en las espaldas. Junto con esto se dejaba ver muy pobre, muy recogido y despegado de seglares, muy obediente, de mucha oracion, y de mucha caridad con los prójimos, y finalmente muy ejemplar y muy celoso de su profesion. Con cuyas virtudes ilustró el curso de sus dias, y llegó al fin de su mortal carrera en nuestro convento de Tarragona, donde murió santamente en el año 1601, entregando su espíritu en las manos de aquel Señor, que remunera con gran liberalidad los servicios, trabajos y penitencias de sus fieles Siervos.

(1) Se dice *voluntariamente*, porque aunque los Religiosos sólo estaban obligados á la austeridad que prescriben nuestra Regla y Constituciones, nuestros primeros y fervorosos Padres españoles, queriendo dejarnos grandes ejemplos de austeridad, y para animarnos con ellos á abrazar con más fidelidad y empeño la rígida observancia que prescriben nuestras leyes, fueron en sus personas y observancia comun mucho más severos y rígidos de lo que estaban obligados. Si la vida comun, la salud ó la obediencia no nos permiten hacer tanto, seremos dignos hijos de tan fervorosos varones, si observamos fielmente todas las leyes de la Orden, pues ellas son nuestro código y guía segura para hacernos santos. Guárdense pues los Religiosos, ya de pretender con falso celo en sus hermanos mayor austeridad de la que prescriben nuestras leyes, aplicadas é interpretadas por la legítima autoridad, ya de olvidar estos heróicos ejemplos (procuren imitarlos en lo posible bajo la total dependencia de los Prelados); pues lo primero sería temeridad y falta de caridad, y lo segundo contrario á la piedad, gratitud y religiosidad.

P. Baltasar de Montbuy.

MONTBUY, lugar no muy distante de la ciudad de Igualada en Cataluña, dió á nuestra Orden dos hermanos, ambos virtuosos, ambos perfectos, y ambos tan felices y dichosos, que el que murió primero se apareció al otro en su último dia, y le convidó con la gloria del cielo. Se llamó el uno P. Ciprian de Montbuy, cuya vida dejamos escrita en la pág. 115. El otro se llamó P. Baltasar de Montbuy, del cual vamos á tratar. Los padres de este Religioso fueron labradores de mediana suerte, y un su tio fué Cura Párroco en el mismo pueblo, bajo cuya direccion se entiende que fué educado desde la puericia; y habiendo aprendido las primeras letras, fué enviado á Barcelona para estudiar Artes. Empezó el curso, pero no lo concluyó, porque tocado de Dios y movido del ejemplo de su hermano el P. Ciprian, que ya había profesado nuestro Instituto, determinó seguir sus pisadas, abandonando todo cuanto puede dar el mundo, y vistiendo nuestro pobre hábito capuchino el dia 28 de Marzo del año 1589. No fué larga su vida en la Religion, pues solamente se extendió á doce años; mas en este poco tiempo se aplicó tan de veras en servir á Dios con perfeccion, en adornar su alma con las virtudes, y sobre todo en evitar las ofensas de Dios, que el P. Miguel de Valladolid dice, que á su parecer no cometió pecado venial voluntario despues que fué Religioso. Lo que confirma el P. Antonio de Trápani diciendo, que fué tan puro en su conversacion, que á juicio de los que le comunicaban no cometía culpas veniales voluntarias. De cuyas expresiones podemos inferir cual sería la solicitud, el cuidado, el miramiento de este Siervo de Dios en el cumplimiento y desempeño de tantas obligaciones que lleva consigo nuestro estado capuchino.

En efecto hallamos que fué muy exacto y puntual en cumplir el voto de obediencia. En la guarda del voto de pobreza se llevó con tanta estrechez, que á más de tener pocas cosas á su uso, y estas pobres y despreciadas, vestía un hábito sencillo muy remendado, sin admitir el simple uso de las sandalias. En órden al voto de castidad, fué muy grande el cuidado que puso en su guarda y custodia. Nuestra seráfica Regla, las sagradas Constituciones, y las buenas costumbres de la Orden eran tambien objetos de su solicitud y cuidado, mostrándose muy celoso y observante en su cumplimiento. Y para asegurar más esta puntual observancia, y estar más distante de las faltas, añadió á todo lo dicho una austeridad y mortificacion más que ordinaria; pues á más de vestir pobremente, andar descalzo, y dormir sobre las desnudas tablas, era muy sobrio y abstinente en el comer, y muy amigo de penitencias, mortificando por otra parte los sentidos singularmente el de la vista, y sufriendo con mucha paciencia las adversidades. Asimismo fué muy recogido y devoto, huyendo el trato y conversaciones de seglares, y procurando tratar y conversar con sólo Dios; á cuyo fin se daba al santo ejercicio de la oracion, al cual fué tan aplicado, que fué tenido por hombre de mucha oracion; siendo señal y efecto de esto, el hablar siempre de Dios, para lo cual tenía particular gracia. Otro efecto más particular de esta su oracion y piedad, fué un señalado beneficio que mereció de la Vírgen Santísima en el modo siguiente. Era él muy tímido de conciencia, y vivió por algunos años muy trabajado de escrúpulos; y deseando hallar algun remedio, acudió al gran patrocinio de la Vírgen María nuestra Señora, prometiéndole que cada vez que entraría á la celda ó saldría de ella, diría la oracion del *Ave María*. Y fué Dios servido por intercesion de la Vírgen, de darle gran serenidad de conciencia. Con estas y otras virtudes subió el Siervo de Dios á tan alto grado de perfeccion, que consiguió la opinion de santo entre cuantos le conocieron. Y así aunque no podemos dar más individual relacion de esta su alta perfeccion, tenemos bastante fundamento para creer que su vida, sus ejemplos, y sus virtudes fueron más perfectas y santas de lo que hallamos escrito.

De aquí ya no admiramos que su hermano el difunto P. Ciprian le viniese á convidar con la gloria del cielo en su última enfermedad y en el mismo dia que murió, en cumpli-

miento de la palabra que se habían dado de avisar el que primero muriese al otro su estado, si Dios se lo permitiese. Por ser este suceso muy glorioso para ambos hermanos, nos ha parecido referirlo con las mismas palabras con que lo declara con juramento el P. Luis de Grañena, que se halló presente, y es en el modo siguiente: « Cuando estaba para morir « (el P. Baltasar) me hallé con él en « su celda, que le velaba, y de puro can- « sado me adormí algun poco, y él me « despertó, y dijo: Oh P. Fray Luis, si « estuviera despierto, hubiera visto « grandes cosas, porque mi hermano « Fray Cipriano de Montbuy me ha apa- « recido, y me ha dicho que nos hemos « de ver presto en la gloria. » Hasta aquí el sobredicho Padre. Habiendo pues el Siervo de Dios recibido un consuelo tan singular en la mañana de su último dia, y habiéndose ocupado hasta la tarde en hacer actos de piedad y contricion, dió los últimos alientos de su vida, y pasó su alma, segun piamente creemos, en compañía de su hermano á las moradas eternas de la gloria. Fué su muerte en el año 1601, en nuestro convento de Perpiñan, donde hubo gran concurso de gentes que vinieron para honrar aquel venerable cuerpo, y se llevaron por reliquias no sólo parte del hábito, sino tambien otras cosas de su uso; con cuyas pias demostraciones acreditaron la opinion que habían formado de su santidad, y de la felicidad que creían gozaba en el cielo.

P. Clemente de Vivona.

Nació el P. Clemente en Vivona, en Sicilia, y deseoso de librarse de los vicios y engaños del mundo, y de servir á Dios más virtuosamente, se acogió á la sagrada Orden de Menores, vistiendo nuestro hábito capuchino en el mismo Reino de Sicilia cerca los años de 1570. No fueron superficiales ó pasajeros estos sus buenos deseos que le llevaron á la Religion, ántes crecieron tanto con el cultivo de las virtudes, que presto se dejó ver digno de las prelacías. En el mismo año que fué ordenado Sacerdote le eligieron Presidente de un convento, y despues en el siguiente Capítulo fué elegido Guardian, cuyo oficio ejercitó por espacio de casi quince años contínuos, y en algunos de ellos le confiaron tambien el importante cargo de Maestro de Novicios. Todo lo cual nos indica bastantamente los progresos que había hecho en la virtud, supuesto que le confiaban tales oficios en unos tiempos de los más fervorosos de la Orden. Uno de los caminos que le condujeron á este estado tan recomendable, fué la oracion, á cuyo santo ejercicio fué muy aplicado. Unas veces velaba ántes de Maitines, otras despues de ellos se quedaba en la iglesia hasta haber celebrado el santo Sacrificio; en otras ocasiones se dedicaba á oir muchas Misas; y en fin tanto de dia como de noche, era muy contínuo en la iglesia haciendo oracion. Con esto se dejaba ver tan pacífico, amoroso y manso, que era muy amado de todos. Y como con estas y otras virtudes juntase el ser prudente y celoso de la honra de Dios y del bien de la Religion, no debemos admirar que los Prelados le encargasen la direccion y gobierno de novicios y profesos en los oficios que le confiaron.

Así vivió este Padre en Italia, y así ilustró la Orden ántes de venir á Cataluña. Mas queriendo el Señor que nosotros los españoles participasemos tambien del esplendor de tan virtuosos ejemplos, dispuso que se trasladase á España. El motivo de esta su traslacion, se dice que fué el desear estar léjos de parientes, y juntamente el quedar libre de gobiernos y prelacías: motivos ambos muy propios de un corazon humilde y despegado de seglares. Pero aunque consiguió lo primero, no pudo librarse del todo del segundo, porque entre nosotros ejercitó tambien el oficio de Guardian; aunque creemos no fué por mucho tiempo, ya porque él con el fin de quedar libre no cuidaba de aprender la lengua del pais, ya tambien porque parte del poco tiempo que vivió en la Provincia, estuvo enfermo. No se apagó ciertamente su fervoroso espíritu con mudar de patria, ni le intimidó la rígida observancia de la Provincia, aunque fuese hombre en dias cuando vino. Su mucha virtud, y la gran perfeccion que había adquirido, le hicieron superior á todos estos

respetos. Así abrazó la vida austera de aquellos tiempos con tanto fervor, que poco satisfecho de los actos y ejercicios de Comunidad, que seguía con muy buen ejemplo, ayunaba con mucho rigor las cuaresmas de nuestro P. S. Francisco, añadiendo la penalidad de andar enteramente descalzo, miéntras la salud se lo permitió. Al mismo tiempo se dejaba ver muy amigo de la santa pobreza, muy recogido, muy callado, muy despegado de seglares y de respetos del mundo, y sobre todo muy humilde y muy caritativo, en tanto que se hacía servidor de los otros. En habiendo cumplido y satisfecho con los ejercicios de Comunidad y con sus devociones y obligaciones, se iba á la huerta, y se ocupaba unas veces en fabricar alguna pared de las que llamamos secas, y otras veces en ayudar al hortelano y tambien al cocinero; practicando estos ejercicios con espíritu tan humilde, que llegaba á decir, que no osaría comer ningun dia en el refectorio, sin haber hecho estos servicios á los Oficiales. Al fin, para que este Siervo de Dios acrecentase más sus méritos, y su alma quedase más purificada, dispuso el Señor que estuviese enfermo, y padeciese el grave mal de hidropesía, el cual le afligió en gran manera. Probado pues de esta manera, y habiendo mostrado mucha paciencia, mereció acabar sus dias y salir de este mundo con aquella felicidad que nos aseguran sus muchas virtudes y santos ejemplos. Fué su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1601.

Fr. Francisco de Gen, Lego.

HABIENDO este Religioso nacido en Gen (*Agen?*), en Francia, abrazó el Instituto de nuestro P. S. Francisco en la Regular Observancia, y fué uno de los que vinieron á nosotros de la Recoleccion, que en aquellos tiempos se había establecido. Vistió nuestro hábito capuchino el dia 25 de Noviembre del año 1583, y siguió perfectamente el rigor y austeridad de nuestra Orden. A más de seguir la Comunidad en todos los ejercicios austeros y penitentes, anduvo descalzo y sin sandalias hasta que los achaques le obligaron á usarlas; componía su lecho de unas tablas desnudas; cubría su cuerpo con un hábito corto, sencillo y remendado; y tenía su habitacion en una celda muy estrecha y tan oscura, que no tenía ventana alguna; siendo por otra parte pobrísimo en las cosas de su uso en tanto grado, que en la celda no tenía sino la simple manta. De los seglares era muy despegado, singularmente de tratar con mujeres. Su aspecto era muy venerable, acompañado de una humildad y afabilidad tan particular, que se hacía respetar de todos; y aunque gustaba de hablar poco, mas si alguna vez conversaba, era con tal modestia y compostura, que infundía devocion. Entre estas virtudes resplandecía singularmente una caridad muy particular para con los enfermos. Ya en el noviciado sirvió á otro novicio en una enfermedad muy larga con grande caridad, y despues continuó por muchos años ejercitando esta virtud en el oficio de enfermero que le encargaron los Superiores, singularmente en el convento de Monte-Calvario. Es verdad que él era austero y penitente consigo mismo, mas en órden á los enfermos los servía con tanta diligencia, solicitud y cuidado, como si viera en ellos al mismo Jesucristo, no perdonando trabajo ni desvelo, á fin que los pobres pacientes hallasen algun remedio en sus necesidades tanto corporales como espirituales; cuidando muy en particular que frecuentasen los Sacramentos. Asimismo se llevaba con ellos con mucha prudencia y paciencia, porque si conocía que alguna cosa no convenía al enfermo, se la negaba constantemente, aunque fuese el Prelado más graduado; y si tal vez alguno necesitaba de correccion, ó le daba motivo de pesadumbre, él sufría y callaba, si conocía que entónces el enfermo no estaba dispuesto, pero despues en hallando disposicion se lo advertía con discrecion y humildad.

Y aunque parece que tan solícita y caritativa aplicacion y trabajo habían de serle impedimento para los otros ejercicios ó comunes ó particulares, no fué así; porque él disponía las cosas de tal modo, que no faltaba en los actos y ejercicios de Comunidad, conservándose al mismo tiempo tan recogido interior-



mente, que logrando ocasion, se retiraba á una celdica oscura á hacer oracion, donde siempre era hallado, ó en el coro oyendo Misas, ó leyendo algun libro espiritual. Con estos y otros ejercicios de virtud llegó el Siervo de Dios á tan alto grado de perfeccion, que uno de los testigos dice, que fué el mejor enfermero que había tenido la Provincia, y uno de los Hermanos Legos que más habían resplandecido en virtudes. Por lo cual no podemos dudar que así como fué virtuosa y santa su vida, fué igualmente dichosa y santa su muerte, conforme lo expresa el mismo testigo, diciendo que murió santamente, porque vivo y muerto fué tenido por santo. Verificose su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1601, despues de la cual se dignó el Señor darnos un indicio muy apreciable de la felicidad de su alma, concediendo á su cuerpo el privilegio de la incorrupcion. Por contener algunas circunstancias particulares el modo con que fué hallado incorrupto, pondremos aquí á la letra la relacion jurada, que sobre esto hace el Hermano Fray Benito de Manresa, que es del modo siguiente: « Murió (Fray Francisco) en Monte-Calvario santamente, donde está sepultado; y dos años despues de su muerte entré en la sepultura por mi devocion, y le hallé que estaba entero.... y le alcé en pié, y le dejé arrimado á la pared en pié. Y Fray Jacinto Lego, que fué su compañero, entró conmigo, y le sacó una muela, con mucha fuerza que hizo para sacarla, y la guardó por su devocion. Y entónces hallé otros tres cuerpos enteros, que tambien los conocí, que ahora no me acuerdan los nombres, y les arrimé tambien á la pared, y se quedaron en pié enteros, y muchas Damas de Barcelona los vieron con mucha devocion y admiracion, los cuales había mucho más tiempo eran muertos que el Fray Francisco. » Todo esto dice el sobredicho Fray Benito de Manresa; con lo cual tenemos un nuevo argumento de la santidad de los Religiosos de aquellos tiempos, cuyos cuerpos merecían no sólo conservarse incorruptos, sino tambien tan enteros que podian estar en pié arrimados á la pared. Bendigamos al Soberano Obrador de tales maravillas, y seamos imitadores de tan santos Religiosos, ya que nos gloriamos de ser sus sucesores.

Fr. Serafin de Alcira, Corista.

Este Serafin por nombre é imitacion llamose en el siglo Agustin Rodrigo, hijo de Nicolas Rodrigo y de Isabel; entró de diez y siete años de edad, vistió el hábito en nueve de Junio de mil seiscientos uno. Fueron sus padres muy cristianos y muy siervos de Dios, y cuidaron en sus primeros años criarle en su santo temor, y siendo ya mayor para que aprendiera buenas letras le enviaron á estudiar á la Universidad de Valencia. Como le tenía Dios escogido para sí, estampó en su corazon un amor grande á la virtud y á todo lo que era de su servicio, y un desvío grande á las cosas del siglo. Huía todo lo que podía manchar su alma; frecuentaba los Sacramentos de la Confesion y Comunion; estaba muchos ratos en oracion en la Iglesia, y era muy amigo de la soledad y de estar apartado siempre de los demas. Descubrió en el estudio un entendimiento de Angel, con que se aventajaba á todos sus condiscípulos en lo que estudiaba. Por esto y mucho más por su rara virtud, buenas inclinaciones, modestia y silencio, le amaba más que todos su maestro el doctor Radal catedrático de la Universidad, igualmente docto y virtuoso, porque en sólo él se lucían más que en todos los demas los trabajos de sus estudios, y mucho más porque era ejemplo de toda virtud á todos los demas estudiantes.

Despertaba Dios cada dia su corazon con más encendidos deseos de agradarle más, y de hacer por su amor lo que fuese más de su gusto. Con estas ánsias le pedía cada dia le significase en qué era su voluntad le sirviese. Vió un dia los Capuchinos, y quedó de la vista de su grande modestia y hábito penitente, tan pagado, y formó de la perfeccion tan alto concepto, que sintió en su corazon unos grandes deseos de abrazarla. Ardía en el suyo, sin darle treguas, el efecto de esta llama; no tenía en otro puesto el pensamiento, dulcemente inquieto, con este desa-

sosiego santo, que no le permitió reposar hasta que manifestó á nuestros padres su llamamiento, pidiendo le admitieran á su gremio: y hechas diligentes informaciones de sus buenas prendas y santas costumbres, fué recibido á la Orden y se le vistió el hábito nuestro de 17 años de edad. Fué su Maestro de novicios el P. Serafin de Policio, que con haber vestido ya á muchos, la singular virtud de este, su modestia y buen natural le robaron el afecto, y pareciéndole eran de Serafin sus prendas, le puso su nombre para que manifestase las suyas, y fuese pronóstico de su seráfica vida. Mostró serlo en todas sus acciones; descubriendo en las suyas un fervor y grande incendio de amor de Dios, tan absorto siempre en Él su pensamiento y afecto, que sin perder de vista su presencia gozaba siempre de sus amorosas vistas. Su maestro el catedrático de la Universidad, si bien se había holgado del santo instituto que su discípulo había tomado, no dejó de sentir la falta que hacía su ejemplo á sus discípulos. Habíale cobrado afecto grande, y con sola su vista, como era bueno, se consolaba mucho; y no pudiendo estar mucho sin verle, se iba todas las vísperas de las fiestas por la tarde á nuestro convento de Santa Magdalena, donde se quedaba toda la noche y se levantaba á los Maitines con los demas Religiosos sólo por verle entre ellos, y decía á nuestros padres mil alabanzas de su virtud, y que habíamos recibido, no un hombre sino Angel y un Serafin, y que porque su vista le despertaba á las divinas alabanzas, venía tan á menudo á verle.

Hizo testamento al cabo del año, y quiso dejar toda su hacienda, que era mucha, á la Orden; pero nuestros padres monstrándosele libres de sus intereses no lo consintieron: sólo admitieron setecientos ducados para dar principio á la fábrica del convento de Alcira su patria, y mostrándose más cuidadosos de sus virtudes que de su hacienda, viendo las muchas que aquel año de su probacion había manifestado, de que se prometían en adelante mayores aumentos, le dieron con mucho gusto de él y de ellos la santa profesion.

Vieron luego al ojo el fruto copioso de sus esperanzas, porque con las nuevas obligaciones de aspirar á mayor perfeccion de su estado, caminaba á ella tan á pasos largos, que les parecía cada dia mejor. Ejercitábase en todo linaje de virtud, sin dejar pasar ocasion que no la lograse. Era por extremo humilde, con tan bajo concepto de sí y de sus cosas, que ni de sí, ni de las suyas tenía ninguna satisfaccion, ántes reputándose por el más malo del mundo lloraba lo mal que correspondía á su vocacion, y de lo mal que se aprovechaba de tantos medios que tenía en la Religion para ser bueno. A todos miraba como á santos; y le servía para confundirse la virtud que miraba en los demas. Ejercitábase con notable gusto en los más humildes empleos del convento, en fregar y barrer, y limpiar los vasos de la enfermería. Amaba de todo su corazon la santa pobreza, contentísimo de no tener nada, y más de tener vacío su corazon de afectos de criaturas; no llevaba más que un hábito remendado; los pies siempre descalzos; su cama era unas desnudas tablas; tan parco el comer que apénas tomaba lo que bastaba para sostenerse; su silencio era mucho y mucho el retiro de su celda; su mortificacion y modestia del hombre exterior era de un Angel, robaba los corazones de los que miraban la suya.

Y no era mucho se mirasen tan admirables virtudes en él, pues poseía el medio de todas que era el don de la oracion. Nó fué toda la vida de Fr. Serafin sino una contínua oracion, en que ardía como Serafin en llamas de afectos de amor Divino, sin interrumpir los suyos fuera del breve rato de su sueño, y aun en ese los continuaba, tomándolo por amor de Dios, uniendo su afecto é intencion á la con que le tomó Cristo en esta vida nuestra mortal. Traíale tan enajenado y como fuera de sí la dulce memoria de su Amado, que apénas usaba de sus sentidos. En todas las cosas le miraba, y en todas hallaba motivo para encenderse en amor; siempre ardía en el altar de su pecho su Divina llama.

Prueba fué de la fuerza del suyo lo que le pasó en las Vísperas de la Ascension del Señor en el coro de nuestro convento de Valencia. Cuando llegó á cantar el himno de ellas, tenía más su

espíritu en el cielo que en sí mismo, absorto en la contemplacion de aquel admirable Misterio, y llegando á decir aquellas palabras: *Qua victus es clementia, ut nostra ferres crimina*, sin poderlas acabar de pronunciar, fué tanto el ardor que sintió su corazon en la consideracion de tan grande amor, que no estando en su mano, sintió le sacaba su fuerza fuera de sí, y que le arrebataba no sólo el espíritu sino tambien el cuerpo en el aire, y haciéndose fuerza por no ser visto de la comunidad, conociendo no bastaban las suyas, se abrazó fuertemente del Corista que tenía delante, y á no acudir tan pronto á detenerle otros Religiosos, abrazado con él se hubiera elevado en el aire. Hallaron á nuestro Serafin fuera de sí en éxtasis que le duró muy largo rato, gozando las delicias de aquel amoroso incendio que con amorosa violencia había prendido de su corazon; y vuelto en sí, fué de mayor tormento para su humildad el haber sido visto, que de regalo el haberlas gozado. Como semejantes espíritus por extraordinarios necesitan de mucho exámen, la Religion los apura y hace muchas pruebas en los que los tienen, para ver si son engaños de Satanas: por esto los Prelados hicieron muchas de la humildad y paciencia de Fr. Serafin, y despues de haberle procurado humillar con muchos desprecios y penitencias en los capítulos públicos de las culpas, él como si lo estuviera muerto, sin desplegar sus labios, pasó con mucha alegría por estas mortificaciones, manifestando con su paciencia y humildad la verdad de su espíritu no fingido.

Fué devotísimo de la Vírgen nuestra Señora; regalábase muchos ratos con ella, mostrábale grande afecto, acudía á ella en todas sus necesidades como á su verdadera madre y único refugio suyo despues de Dios: y esta Señora mostró una vez cuan de su gusto era el sencillo afecto de su corazon, pues estándose regalando con ella ante una imágen suya, le habló en ella á su siervo, dejando con las palabras que le dijo llena su alma de indecible consuelo. Esta imágen por serlo de la Vírgen y por este favor que en ella hizo á su siervo, fué tenida desde entónces en mucha veneracion de todos los Religiosos, quienes la veneraban uno de los patios ó huertos de tro convento de Valencia. de la escalera por donde se del tránsito del refectorio.

Queriendo Dios llevarse este . que tenía acá en la tierra, para . asiento en el coro de los del cielo, envióle una larga y molesta enfermedad, para dar la última mano á su virtud, en que ejercitó las suyas, manifestando con mucha paciencia y resignacion la perfeccion de su alma. Tuvo siempre grande pesar de una falta que había cometido siendo muchacho, y varias veces temía no le condenase Dios por ella; la falta fué haber tomado unas brevas para comer del campo de un labrador: esta era la mayor que había cometido en su vida y la que afligía su conciencia; argumento de que no había cometido otras mayores y de la mucha pureza de su alma: pero el Señor le consolaba con dulce esperanza de eterna felicidad. Recibió con grande afecto los Sacramentos, y con grandes deseos de gozar de Dios, le entregó su espíritu con mucha paz, en el convento de Valencia, en 1602. Imitemos su humildad y penitencia, ya que tan léjos estamos de su inocencia.

P. Alberto de Massanet.

La patria del P. Alberto fué Massanet, villa de Cataluña en el Obispado de Gerona, el cual habiendo abrazado nuestro Instituto capuchino, siguió tan perfectamente el camino de la virtud y perfeccion religiosa, que ilustró no poco su Provincia. Su principal cuidado y aplicacion fué el santo ejercicio de la oracion, conociendo sin duda que ella es la madre de todas las virtudes, y que sin ella ningun Religioso puede dar paso en el camino de la perfeccion. Las dos horas de oracion que la Orden tiene destinadas para todos los Frailes, satisfacian poco su fervoroso corazon, por lo cual empleaba otras horas extraordinarias, en que su espíritu pudiese hallar el cumplimiento de sus deseos. Aquí seguramente se formaron aquellas virtudes, de que dió tantos ejemplos, y que le prepararon mejor para ejercer el oficio de Guardian

en la Provincia. Con la exacta observancia de la Regla y Constituciones, juntaba una pobreza tan estrecha, que el abrigo de su cuerpo se reducía á un hábito pobre, austero, y remendado, negando á sus pies por algunos años el uso de las sandalias, y no queriendo usar otras cosas sino las que fuesen muy pobres. En el comer fué muy abstinente; en el dormir muy mortificado, sirviéndole de lecho las duras y desnudas tablas; en el silencio muy exacto; en el trato de seglares muy reservado; en la obediencia muy puntual; en su exterior muy austero, y en su interior devoto y muy recogido. Del ocio fué siempre tan enemigo, que habiendo cumplido con su oracion y deberes, se ocupaba en ayudar al hortelano, ó en hacer otros ejercicios manuales. Asimismo fué adornado de gran caridad con los prójimos, singularmente con los enfermos, á quienes servía con tanta aplicacion, que no perdonaba trabajo alguno. Una rígida mortificacion, que se le descubrió en su última enfermedad, nos da bastante á conocer no sólo el rigor con que había tratado su cuerpo, sino tambien los progresos que había hecho en la virtud. Fué esta mortificacion un riguroso cilicio con que los Religiosos le hallaron ceñido, el cual era tan rígido y austero, que era formado de cerdas, y trabajado á manera de red con muchos y gruesos ñudos, y tan largo que le llegaba hasta las rodillas. Quisieron los compasivos Religiosos quitárselo á fin de curarle, mas el Varon penitente lo resistió constantamente hasta que el Prelado se lo mandó. De todo lo cual podemos colegir con cuantas mortificaciones afligió su cuerpo, y con cuantas virtudes adornó su alma este Siervo de Dios; el cual habiendo edificado á los Religiosos con la devocion y paciencia que mostró en la dicha enfermedad, y siendo confortado con los santos Sacramentos, murió santamente en nuestro convento de Perpiñan en el año 1602; año muy feliz para él, supuesto que, segun piamente creemos, pasó de los trabajos de esta vida al descanso eterno de la gloria.

Fr. Hilario de Campllonc, Lego.

Este Religioso vistió nuestro hábito capuchino en el año 1588, y mostró en la Religion tales deseos de servir á Dios y adelantar en la perfeccion religiosa, que á la verdad admira el fervor y el espíritu, con que ejercitó las virtudes. Vivió casi siempre achacoso y molestado del mal de gota, que á veces le afligía sobremanera; y sin embargo trataba su cuerpo con tanto rigor y austeridad, que aun los sanos tenían mucho que imitar. No era él de aquellos enfermos ó achacosos demasiado delicados, que huyen toda penalidad y se procuran toda conveniencia, ántes bien como si sus males y achaques fuesen poca cosa, añadía rigurosas penitencias para hacer más sensible la cruz de sus dolores. En la comida fué tan mortificado que á más de ser muy abstinente, ayunaba los viérnes á pan y agua, y esto aunque estuviese con sus dolores; y era menester que el Prelado le mandase comer alguna cosa. En las disciplinas castigaba su cuerpo con tanto rigor, que llegaba hasta derramar sangre. El sueño lo tomaba sobre unas duras tablas ó sobre una estera, siendo su vestido un hábito viejo y muy remendado. A sus pies negó el uso de las sandalias, queriendo caminar enteramente descalzo por espacio de más de diez años; y aunque los médicos le decían que usase de aquel pobre alivio por motivo de sus achaques, él lleno de fervor respondía que había profesado la Regla del P. S. Francisco, y no la de Galeno. El mismo fervor manifestaba en los actos y ejercicios comunes, pues aunque los Superiores por motivo de sus males le daban licencia para no asistir á ellos, él se esforzaba tanto que apénas faltaba á cosa alguna de la Comunidad. Y lo que es más, si alguna vez el Prelado le preguntaba si estaría para ir á buscar huevos ú otra cosa para los enfermos, él sin atender á sus achaques con mucha alegría se ofrecía á ello, y se animaba en lo posible para obedecer al Superior y ejercitar la caridad con los pobres enfermos, á quienes servía con muy gran cuidado y trabajo, y solía decirles, que si con su sangre pudiese remediarlos, lo hiciera.

Pero lo más admirable fué la invencible paciencia con que llevaba los dolores ocasionados por el mal de gota, los cuales á veces eran tan activos y penetrantes, que le hacían saltar las lágrimas de los ojos, y no obstante se mostraba tan sufrido y paciente, que se reía exteriormente, como si aquellos vehementes dolores fuesen cosa de nada, ó le diesen motivo de alegría. Tanto era el deseo que este Siervo de Dios tenía de padecer y seguir á Cristo por los caminos de la Cruz; cuyos deseos se formarían sin duda, y se encenderían en la fragua de la oracion, á cuyo santo ejercicio se daba y aplicaba tanto, que un testigo dice, que siendo sacristan, muchísimas veces le hallaba á las diez y á las once de la noche haciendo oracion. Esta fué seguramente el pábulo de su alma, y la que hacía dulces y ligeras sus penitencias, sus dolores, sus penas, y todos sus males. Por lo cual ya no nos debe admirar, que con una austeridad y paciencia tan insigne juntase una humildad muy profunda, una pobreza muy estrecha, una simplicidad singular, una mansedumbre de cordero: virtudes que nos demuestran bastantemente los altos progresos que este Siervo de Dios había hecho en los caminos de la perfeccion religiosa. No podemos dejar de referir dos favores muy singulares que mereció recibir, el uno de la Vírgen Santísima, y el otro de algunas Santas. Tenía el Siervo de Dios en la cabecera de la cama una imágen de Nuestra Señora, de la cual fué devotísimo, y entre las súplicas y oraciones que le hacía, le rogaba que se dignase despertarle ántes de los Maitines, y ántes de la hora de Prima, á fin de darse más á la oracion. Y la Divina Señora correspondía tan fielmente á esta súplica de su devoto Siervo, que siempre despertaba á la hora que él deseaba y era más conveniente. El otro favor lo mereció recibir en cierta ocasion que se halló muy malo y muy cercano á la muerte; en cuyo peligro se le aparecieron seis Santas, cuyos nombres no se expresan, las cuales le dijeron que no moriría de aquella enfermedad: como en efecto así se verificó, quedándole despues tan impresa la memoria de las dichas Santas, que siempre le parecía que las estaba viendo. Refiere este último suceso el P. Fructuoso de Verdú, el cual dice que aunque el Siervo de Dios se lo refirió como hablando de otro, pero que á su parecer fué él mismo el que mereció tanta dicha. Habiendo pues el Varon santo servido á Dios con tanta fidelidad y perfeccion, y habiendo ejercitado las virtudes con tanto espíritu y fervor, podemos piamente creer que al llegar al fin de sus dias logró su alma entrar en el gozo de su Señor, y ser dichoso compañero de los Bienaventurados. Fué su muerte en el año 1602, en nuestro convento de Monte-Calvario. (1)

P. Andres de Perpiñan.

El P. Andres de Perpiñan murió el año 1602 en nuestro convento de Perpiñan, habiendo vestido el hábito capuchino en el mismo convento el año 1588, á 25 de Mayo. Su espíritu de austeridad y sus deseos de mortificarse fueron tales, que parece era poco el rigor de nuestro Instituto para satisfacer su espíritu penitente. Negaba á sus pies el uso de las sandalias, sufriendo las penalidades que trae el caminar descalzo. Dormía sobre las tablas desnudas, y vestía no ménos pobre que austeramente. Si alguna vez estaba enfermo ó padecía algun achaque, rehusaba la comodidad de la enfermería, y aun las visitas del médico, de modo que era preciso que el Prelado mandase que se tuviese cuidado de él. Y no obstante de tener tan poca compasion de sí mismo, la tenía grande con los otros enfermos, á quienes servía con grande humildad y caridad. Fué algunas veces elegido Presidente, y celó con mucho espíritu la observancia de nuestra Regla y Constituciones, distinguiéndose singularmente en las cosas de austeridad, como tan conformes á su espíritu. Habiendo pues edificado á sus hermanos con tales virtudes y ejemplos, se dignó el Señor purificarle con una larga enfermedad, la cual sufrió

(1) In Cathaloniae Provincia Hilarii à Campo Longo, Laïci, adhuc floret memoria, qui vitae innocentia, simplicitate, ac multis praetereà virtutibus clarus, cùm Beatorum quorundam, quos praecipua veneratione prosequebatur, aspectu, et colloquio aliquando potitus esset; Barcinonae diem extremum cum pietate claudit. (*Bover*. tom. II, pag. 689).

con tanta paciencia que admiraba á todos, sin que jamas pidiese cosa alguna de consuelo; y acercándose su última hora, recibió los santos Sacramentos, y pasó de esta vida para empezar otra más feliz en el Reino de la inmortalidad, como piamente creemos.

Fr. Sebastian de Ripoll, Corista.

No fué ménos perfecta ni ménos fervorosa la vida del hermano Fray Sebastian de Ripoll, Corista, el cual en los pocos años que vivió en la Orden hizo progresos no pequeños en la perfeccion religiosa. Vistió nuestro santo hábito el dia 25 de Mayo del año 1597; y si ya en el noviciado se manifestó fervoroso, no lo manifestó ménos despues de profeso. Su principal estudio fué la santa oracion, madre de toda virtud, no contentándose con las horas que acostumbra la Comunidad, sino añadiendo otras extraordinarias. Tenía por otra parte una devocion particular á recibir con frecuencia la sagrada Comunion, quedando tan absorto despues de haber comulgado, que si servía la Misa, no podía continuar en aquel servicio, por lo cual era preciso que otro ayudase la Misa cuando él comulgaba. Pero miéntras el espíritu se gozaba con los santos ejercicios de la oracion y devocion, el cuerpo llevaba la cruz de la mortificacion y penitencia. No le satisfacían las disciplinas que acostumbra hacer la Comunidad, sino que añadía otras extraordinarias; y aunque hacía con rigor los ayunos, era por otra parte tan abstinente, que algunas veces fué necesario que los Prelados le mandasen comer. Ni fué menor su espíritu penitente en la observancia de la santa pobreza, pues que á la verdad no tenía á su uso sino las disciplinas, el breviario, y el vestido que concede la Regla, y este muy despreciado, siendo su cama las desnudas tablas ó una estera. Compañeras de estas virtudes fueron una obediencia muy rendida, una humildad muy profunda, un recogimiento y silencio muy particular, una gracia de hablar de cosas de espíritu, y una devocion cordial á la Vírgen Santísima, á honra de la cual ayunaba los sábados y las vigilias de otras festividades. Tales y tantas virtudes hacían desear largos años de vida en este virtuoso Corista, ya que los empleaba con tanta perfeccion. Pero Dios nuestro Señor, que coge el fruto como y cuando bien le parece, se dignó poner fin á la carrera de sus dias, y llevarle á otra patria más dichosa, purificándole primero con una larga enfermedad de etiquez, la cual padeció el Varon santo con mucha paciencia y edificacion de todos. Y para que no dudásemos de la felicidad de su muerte, parece que el mismo Señor le reveló el dia de su tránsito; pues viendo á otro Religioso que le velaba, le dijo que no había necesidad para ello, porque no moriría hasta el dia de San Sebastian, que aun estaba distante como ocho dias. Y cumpliose con tanta puntualidad, que el mismo dia de San Sebastian, cuyo nombre tenía, dejó de vivir en el mundo, para vivir eternamente en el cielo, segun piamente creemos. Fué su muerte en nuestro convento de Perpiñan, el año 1603.

Fr. Bernardo de Pamplona, Lego.

De los primeros Religiosos que tuvo la provincia de Valencia, insignes en santidad, fué uno Fr. Bernardo de Pamplona, en el siglo Juan del Araiz, hijo de Andres y de Francisca: entró de veinte y cinco años de edad, á once de Abril de mil quinientos noventa y siete. Fué tan singular en todo linaje de virtudes, que todas se miraban en él con igual perfeccion, pero la que más campeó entre todas las suyas, y la que dió á todas ellas perfeccion grande, fué la de su admirable paciencia, pues fué tan insigne en ella, que quitándole el nombre de su patria, le dió el suyo, llamándole todos comunmente, no Fr. Bernardo de Pamplona, sino Fr. Bernardo *de la Paciencia*. Era de un natural muy fuerte sentido, y se y dió tanta prisa con repetidos actos de paciencia á vencer el suyo, que manifestaba con la suya, haberle mudado en otro contrario, sin que le viesen jamas turbado por ningun adverso enojamiento, mostrando á todos igual semblante. Tenía poca habilidad para el buen

acierto de las cosas de su estado; medio que había escogido Dios para labrar esta piedra preciosa, para darle lugar en el edificio de la celestial Jerusalen; y como no acertase en nada de lo que se le encomendaba, ofrecía á cada paso ocasiones á los Prelados para que le ejercitaran en la paciencia con reprensiones y penitencias; y viendo las llevaba con tanto gusto, por no privarle del mérito de su paciencia hacían con caridad y prudencia mil pruebas de la suya, y siempre le hallaban á todas como un ser insensible, sin que jamas desplegase sus labios á la menor queja ni á la menor demostracion de sentimiento, por más que las reprensiones y mortificaciones le cogiesen de repente. Todos se admiraban hallarle siempre tan prevenido y alegre, que no se le oían otras palabras sino: «¡ Buen Jesus! ¡ alabado sea el buen Jesus! ». Tan hondas raices había hechado en su alma el hábito de la paciencia, que muchos de nuestros Padres que tenían experimentada la suya, habían hecho concepto, que aunque lo echaran vivo en el fuego, no se resistiría, queriendo con esta comparacion encarecer la heroicidad de esta virtud en Fr. Bernardo.

Tenía mucha oracion, y con su ayuda llevaba el peso de todas las mortificaciones y humillaciones; y para estar más recogido interiormente, y que no se le apagase el espíritu y devocion que Dios le comunicaba en ella, y poder guardar siempre estrecho silencio, llevó por espacio de tres años una piedra en la boca. Sacaba de la oracion unos grandes deseos de padecer por Dios, y no satisfechos los suyos con atormentarse de contínuo con rigurosos ayunos, ásperas disciplinas y fuertes cilicios, particularmente de una gruesa cadena de hierro que llevaba siempre ceñida á las carnes, sin quitársela ni para dormir, con sólo un hábito pobre y remendado, con los pies siempre descalzos, durmiendo sobre unas tablas desnudas; fatigaba de contínuo á los Prelados, pidiéndoles le diesen otras penitencias, y estos por no privarle del mérito de padecer, viendo su fervoroso espíritu, ayudaban prudentemente á sus deseos dándole muchas que todas llevava con gusto. Ya cuando estaba á lo mejor de la comida, lle decían que no comiese más y que doblase la servilleta; ya que hiciese en las espaldas la disciplina; ya que comiese en tierra de rodillas, sólo pan y agua; y otras mortificaciones semejantes á estas: y todas las llevaba con suma paz y paciencia. Viéndole Dios tan consumado y perfecto en virtudes tan heróicas, quiso coronarlas con el premio de su gloria. Envióle la última enfermedad, que llevó gustosamente con su ordinaria paciencia, y recibidos los Sacramentos se fué á gozar de Dios, como piamente creemos. Así murió el que miéntras vivió, sin poner treguas al padecer por Dios, ni admitir alivio en su enfermedad, como buen soldado, quiso concluir su carrera sin soltar de las manos las armas de su paciencia, pues despues de muerto hallaron pegada á sus carnes la cadena de hierro que había llevado ceñida en vida, tan metida en ellas que se la arracaron con mucha dificultad. Murió en nuestro convento de Onteniente, el año 1603.

P. Francisco de Parma.

De este Religioso no nos ha quedado otra memoria, sino un testimonio del P. Bartolomé de Jijona que refiere lo que pasó á la hora de su muerte. Era el P. Bartolomé Religioso de mucha verdad, de los más antiguos de la provincia de Valencia, y de mucha virtud, como diremos á su tiempo. Dice pues del P. Francisco de Parma, Religioso muy ejemplar, que á la hora de la muerte, estando enfermo en nuestro convento de Albaida, padeció tres terribles tentaciones del demonio, las que venció con el favor de la Vírgen nuestra Señora, y á la última se le apareció la misma Vírgen, hallándose presente á todo el dicho P. Bartolomé.

En la primera tentacion, dice que se le apareció Satanas visiblemente en figura espantosa, y le representó todos los pecados de su vida con grande distincion de sus especies, número y circunstancias, ponderándole la gravedad y malicia de ellos, y el rigor de la Divina Justicia, persuadiéndole que no tenía que esperar el perdon de ellos y que no había ya misericordia para él. Apretole tan fuertemente con esta tan

espantosa representacion y persuasion suya, que le trajo á términos de desesperar. Viéndose en tan grande peligro, comenzó de todo su corazon á implorar el favor de la Vírgen, de quien era muy devoto, diciéndola la Antífona *Sub tuum praesidium confugimus*, y llamando á grandes voces al dicho P. Bartolomé, le dijo: « Padre, ayúdeme. » Sospechó este lo que pasaba, tomó agua bendita y la echó sobre el enfermo y en toda la celda, diciendo con afecto grande: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici eius*, y á estas diligencias desapareció Satanas; y el enfermo se sosegó, dándole á Dios las gracias y á la Vírgen, repitiendo muchas veces actos de confianza en él y en ella.

Aun no había pasado un cuarto de hora, cuando otra vez se le apareció Satanas, y con otra más terrible tentacion comenzó á darle un terrible asalto á su católica fe, persuadiéndole que la que él y todos los cristianos habían hasta entónces profesado era falsa, y que cuantos con ella habían muerto estaban en el infierno; y si quería él salvarse, la negase, que no le quedaba otro remedio sino este; y esto se lo persuadió con unas razones al parecer tan fuertes, que se halló confuso el enfermo sin ofrecérsele puerta abierta para escapar de golpe tan terrible. En medio de esta afliccion, dió un grande grito al P. Bartolomé diciendo: « Padre, ayúdeme. » Acudió este al punto, y le halló como un difunto; su rostro pálido y todo cubierto de un sudor frio, y con unas congojas mortales, y que estaba diciendo entre dientes, sin poderla pronunciar, la Antífona de la Vírgen *Sub tuum praesidium*. Echole agua bendita diciendo: *Exurgat Deus*, etc. como lo hizo en la primera tentacion; con que desapareció como en ella Satanas vencido segunda vez.

Tercera vez le acometió el enemigo con otra tentacion mucho mayor, habiendo pasado poco más de un cuarto de hora de la segunda. Apareciósele una multitud de demonios, con figuras muy horribles y espantosas, cuyas vistas le atormentaron tanto, que se puso el enfermo á temblar y quedó desmayado y sin aliento, y sacando fuerzas de flaqueza, dió una voz mayor que las suyas diciendo: « Padre Bartolomé, ayúdeme », valiéndose de las mismas armas con que había vencido al enemigo en las tentaciones pasadas: con que tambien desapareció toda aquella caterva de demonios; y respirando un poco el enfermo declaró al P. Bartolomé esta tentacion como las otras, diciendo que eran tan espantosas las vistas de los demonios que se le habían aparecido, que todos los del mundo si las vieran caerían muertos de temor y espanto. Y prosiguiendo ambos el *Exurgat Deus* etc., invocando el favor de la Vírgen con su Antífona *Sub tuum*, advirtió el P. Bartolomé, que se le había mudado el rostro al enfermo, y puesto muy resplandeciente y hermoso como el de un Angel, y que la celda se había llenado de una nueva claridad, y que el enfermo estaba muy suspenso y en silencio con los ojos fijos á una parte, sin pestañear: sospechó pasaba alguna cosa sobrenatural con el P. Francisco, viendo en él tanta mudanza; y de pronto, viéndolo tan atento, no le quiso decir nada por no distraerle, aguardando el fin de aquella novedad: y vió que se le tornó el rostro á su ser natural y cesó la claridad maravillosa de la celda; preguntole entónces el P. Bartolomé qué había de nuevo, y con un rostro muy alegre le respondió : « ¡ Ay Padre, Dios le pague tanta caridad como me ha hecho ! Al tiempo que acabamos de decir la última vez el *Sub tuum praesidium*, vino aquella Señora que jamas faltó á los suyos llamada en sus necesidades, la Vírgen nuestra Señora, y me ha consolado mucho con su amorosa presencia y con su gloriosa vista »; y dicho esto, dijo al Padre: « quede con Dios, que me está aguardando la Vírgen »: y diciendo esto, dió su alma á Dios para irle á gozar en compañía de su SS. Madre, como piamente esperamos. Murió en el convento de Albaida, en 1603.

P. Juan de Alarcon.

En el tiempo que la Reina Doña Juana, madre del Emperador Cárlos quinto, estuvo en Tordesillas, fué confiado su cuidado y gobierno á dos nobilísimos consortes, llamados Don Diego de Alarcon y Doña Ana de Ynestrosa y Guzman,

apellidos todos muy ilustres en la nobleza española. En este tiempo les nacieron tres hijos, que todos fueron insignes Capuchinos, é ilustraron nuestra Orden no sólo con la nobleza de su sangre, sino mucho más con el esplendor de sus virtudes; cuyos nombres, como igualmente la piedad y virtud de sus padres, y el lustre de sus mayores y ascendientes dejamos algun tanto indicados en la vida del P. Arcángel de Alarcon, que fué el primero de estos hermanos. Nuestro P. Juan fué el segundo, el cual habiendo heredado más la virtud que la nobleza de sus padres, dió prontamente á conocer haber sido elegido de Dios para cosas grandes de su servicio. No se dejó cegar ó deslumbrar con el esplendor de tanta nobleza en que había nacido, sino que lo consideró todo como polvo y basura, ó como una figura que presto se desvanece; por lo cual despreciando todas las lisonjeras esperanzas que le ofrecía su linaje, abrazó primero el estado eclesiástico, sirviendo el oficio de Capellan del Rey Felipe II, y despues entró en la Religion de San Jerónimo, queriendo vivir separado de la Corte y del mundo bajo las leyes de tan esclarecido Instituto. No sabemos el tiempo que vivió en esta sagrada Orden, ni las virtudes que ejercitó; pero no podemos dejar de creer que aquí puso los fundamentos de aquella alta perfeccion con que resplandeció en el discurso de su vida, y que aquí empezó á formarse aquel espíritu grande, que despues manifestó en el desempeño de las obras de Dios.

Habiendo sabido que su hermano el P. Arcángel, despreciando toda la grandeza de su noble sangre y del mundo, había abrazado el humilde y pobre Instituto capuchino en la Provincia de Milan, determinó imitarle y seguir tan fervoroso ejemplo. Dejó pues España, y autorizado debidamente se fué á Italia en busca de su hermano, al cual halló constituido Guardian y Maestro de novicios en la misma Provincia de Milan. Aquí, animado de un espíritu fervoroso, se alistó en la milicia seráfica, vistiendo nuestro hábito capuchino, y mereciendo ser súbdito del mismo P. Arcángel, quien aunque hermano no dejó de ejercitarle en varias mortificaciones, con el fin de acostumbrarle en la austeridad de nuestro Instituto, y arraigarle más en la humildad y desprecio de sí propio. Quisiéramos poder explicar aquí los progresos que este Varon ilustre hizo en la virtud, y el fervor y espíritu con que siguió la estrecha observancia de nuestra Orden en los años que vivió en Italia; pero las noticias que tenemos de su vida son de los que sólo le trataron en Cataluña. Con todo algunas memorias que hallamos de aquellos tiempos nos indican bastantemente una virtud y perfeccion muy aventajada. Una de estas noticias es que en el Reino de Nápoles mereció ser Prelado y Maestro de novicios. Otra es el habérsele confiado allí mismo la direccion de la fábrica de nuestro convento de la SS. Concepcion, el cual hizo pobre y estrecho. y despues fué ensanchado por haberse multiplicado la familia. Y la tercera el haber sido uno de los treinta Capuchinos que por órden de San Pio quinto fueron á la memorable batalla de Lepanto, que se dió contra los Turcos, tan gloriosa para todo el cristianismo. Por todo lo cual debemos creer que nuestro P. Juan en el tiempo que estuvo en Italia resplandeció con ejemplos de una virtud muy encumbrada.

Pero la prueba más clara y evidente de su alta perfeccion, es la ocasion y motivos que le trasladaron á nuestra España, segun ahora vamos á referir. Se hallaba en Roma por aquel tiempo el Excelentísimo Señor Don Alvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz y General de las galeras de Nápoles, el cual á persuasion de su esposa Doña María Manuel, devotísimos ambos de nuestra Orden, pidió al Sumo Pontífice Gregorio XIII algunos Capuchinos que pasasen con él á España, y fundasen convento en el Viso, poblacion de sus estados en Castilla. El Papa asintió benignamente á esta peticion, ordenando á nuestro P. General que concediese al Señor Marques algunos Religiosos para la dicha fundacion. Era entónces General de nuestra Orden el Reverendísimo P. Jerónimo de Monteflores, el cual aunque poco ántes había enviado á Cataluña al P. Arcángel de Alarcon con cinco compañeros, no pudo negarse á la órden

pontificia ni á los deseos de tan ilustre bienhechor. Había entónces en Italia no pocos Capuchinos españoles, que por su prudencia y virtud podían ser elegidos para el desempeño de este importante negocio: pero el P. General, que conocería sin duda la perfeccion, virtud, y demas circunstancias de nuestro P. Juan, le prefirió á todos encargándole y confiándole aquella fundacion conforme á los deseos del Señor Marques, dándole para el efecto dos otros Religiosos por compañeros. Con este objeto y encargo dejó Italia, y embarcándose en las galeras de Nápoles, vino á Barcelona con el mismo Señor Marques de Santa Cruz, donde llegó el año 1578, poco tiempo despues de la llegada de su hermano el P. Arcángel y sus compañeros, á quienes halló en la habitacion interina que habian tomado en la iglesia y Rectoría de San Gervasio, poco distante de Barcelona. Aquí comunicó á su hermano el motivo de su venida y la causa de pasar á Castilla, que era la fundacion de convento en el Viso; y considerado el asunto, se determinó, con la debida licencia, que sería más á propósito para el intento el que tomase por compañero al P. Mateo de Guadix, que había venido con el P. Arcángel, y dejase los dos que llevaba en Barcelona, como así se hizo. Partiose pues el P. Juan con el P. Mateo, y llegando á Sierra-Morena, estableció su morada en una hermita de San Andres, que es regular estaría cerca del Viso, lugar destinado para la fundacion. Pero como nunca pudo conseguir la correspondiente licencia del Consejo de Castilla, despues de emplear casi dos años en el desempeño de esta su comision y encargo, viendo la resistencia que se ponía por parte de Madrid, determinó volverse á Cataluña con el mismo P. Mateo y con algunos pocos que había admitido á la Órden, cuyos nombres son los siguientes: Fray Francisco de Alarcon, sobrino del mismo P. Juan y del P. Arcángel, el cual habiéndose fundado la Provincia de Castilla, pasó á ella, y escribió desde Madrid aquella carta que se lee en la vida del P. Arcángel, en la que explica la alta nobleza de los Alarcones; Fray Pedro de Guadix, quien por su bondad religiosa mereció con el tiempo ser Guardian; y el Hermano Fray Tadeo de Castilla lego, el cual se ejercitó en mortificaciones extraordinarias, singularmente en ásperas disciplinas y en grandes ayunos, y mereció llegar á un estado de muy prolija contemplacion, y tener grandes fervores en materia de oracion: pero vivió poco tiempo.

Con esta pequeña familia volvió nuestro P. Juan á Cataluña en el año 1580, y halló la Provincia tan en los principios de su fundacion, que sólo tenía cuatro ó cinco conventos, y algunos de ellos aun no del todo concluidos. Este fué el dilatado campo destinado por la Divina Providencia, en cuyo cultivo debía él aplicar su ingenio, su celo, y sus trabajos. Este el espiritual edificio que debía levantar y aumentar con las piedras más sólidas de virtud y perfeccion. Así parece lo entendió él mismo, pues fijando aquí su morada, trabajó con espíritu tan incansable en el aumento y perfeccion de la Provincia de Cataluña, que con razon debemos venerarle por segundo Padre y Fundador de la misma. Casi en todo el tiempo que vivió en la Provincia ocupó cargos superiores, siendo sucesivamente Guardian, Comisario Provincial, Definidor, Custodio General, y Ministro Provincial varias veces; en cuyos oficios difundió grandes resplandores de celo, prudencia, austeridad, pobreza y de toda virtud, como lo demuestran la encumbrada virtud y eminente santidad de aquellos felicísimos tiempos. Si los conventos se edificaron tan pobres, despues de su hermano se debe en gran parte á su celo de humildad y pobreza, supuesto que casi todos pasaron por su direccion. Si el vestido de los Religiosos era tan rígido y austero, podemos atribuirlo á su espíritu de austeridad, pues que él hacía venir de Génova y de Sicilia el sayal, que era muy grosero. Si en la comida y sustento se observaba tanta mortificacion y abstinencia, mucho se debe á su espíritu mortificado y abstinente; y si hallaba en los conventos, cuando hacía la visita, alguna cosa que le pareciese superflua, ordenaba que se distribuyese á los pobres. Finalmente si había tanto fervor en la oracion, si tales ejemplos de humildad y menosprecio propio, si

tantos deseos de mortificacion y penitencia, si tanta virtud y santidad, podemos creer que dimanó en gran parte del celo encendido, y espíritu fervoroso de este Varon insigne y santo Prelado, y de su admirable hermano.

Mas como su mision y destino no se limitasen sólo á Cataluña, sino que debían extenderse á otras Provincias de España, segun los altos fines de la Divina Providencia, habiendo trabajado tan fiel y fervorosamente en corroborar nuestro Instituto en este Principado, pensó establecerlo y extenderlo en otro Reinos de la Península, siendo el primero que se llevó sus atenciones el florentísimo de Valencia. Pero presto reconoció las gravísimas dificultades que debía vencer para poner en ejecucion este su plan ó designio. Porque Felipe segundo mal informado ó prevenido había escrito al Excelentísimo Señor Conde de Aytona, Virrey de Valencia, que no admitiese la fundacion de los Capuchinos, y aunque este Señor, muy afecto á nuestra Orden, escribió al Rey á favor nuestro, se le respondió que cumpliese lo que se le mandaba. Otra dificultad tal vez mayor se ofrecía en la misma Provincia, por haber pocos Religiosos respecto de los muchos conventos que ya tenía fundados Unas dificultades tan graves nada intimidaron el ánimo grande de nuestro P. Juan, quien, superior á todas las contrariedades de la tierra, y confiado en la proteccion Divina, dirigió este negocio con tal prudencia y acierto, que al fin se allanaron las dificultades, y se consiguió el intento deseado. Para ello se valió del poderoso influjo de aquel Ilustrísimo y Santísimo Prelado el Beato Juan de Ribera, Patriarca y Arzobispo entónces de Valencia, verdadero fundador y protector de la Orden en aquel reino (1). Y como este santo Prelado por su virtud, prudencia, autoridad, y otras recomendables circunstancias fuese respetado y venerado de todos, fueron de tanto peso y eficacia las diligencias que practicó á favor nuestro, que disipadas las dificultades, y vencidos los inconvenientes, se efectuó la tan deseada fundacion. Por lo cual los Capuchinos debemos siempre considerarnos muy obligados y reconocidos á tan ilustre y santo Arzobispo y bienhechor.

Se hallaba en este tiempo nuestro P. Juan con el oficio de Comisario de la Provincia, y convocando Capítulo, fué elegido Ministro Provincial en el año 1596. Con esto viendo allanados tan felizmente los caminos para fundar en Valencia, envió allí siete Religiosos, cuyos nombres son los siguientes: El P. Hilarion de Medinaceli, á quien por su mucha virtud y prudencia constituyó Presidente ó Superior de los demas, el cual despues fué Provincial de Cataluña; el P. Eugenio de Oliva, que trabajó tan fiel y santamente en esta fundacion de Valencia, que mereció ser el primer Provincial y como el primer Padre y Fundador; el P. Serafín de Policio, que tambien fué Provincial en la de Valencia, y despues Comisario General y como Fundador de la Provincia de Castilla; el P. Gregorio de Valls, Sacerdote; el Hermano Fray Severo de Lucena Corista, que despues fué uno de los Padres que formaron la primera Comunidad del convento de Madrid; los Hermanos Fray Narciso de Denía y Fray Pedro de Perales, legos. Aunque á estos Religiosos se les dieron reglas y apuntamientos para que se conformasen con la Provincia de Cataluña, el mismo P. Juan los siguió poco despues, y pasó tambien á

---

(1) En el MS. *Fundacion de la Prov. de Valencia.* tratando del convento de Valencia se dice: « Fue nuestro Fundador el Ilmo. Sr. D Juan de Ribera. Patriarcha de Antiochia y Arzobispo de Valencia y su Diocesis, descendiente de la Casa de los Duques de Alcala. La erecc on de este Convento y Provincia fue con titulo de la Sangre de Christo como se ve en los dos sellos infra impressos. Se puso la primer piedra dia de Sancto Thomas de Aquino, a 7 de Marzo del año 1597 asistiendo como Fundador, y asentando la primer piedra el mismo Sr. Arzobispo y Patriarcha: asistiendo como a Virey de esta Ciudad y Reino, el Excelmo. Sr. D. Francisco Sandoval y Roxas, Marques de Lerma; dió el sitio é hizo el Convento el mesmo Sr. D. Juan de Ribera, y se acabo la Fabrica. dia de nuestra Señora de los Angeles a 2 de Agosto del año 1598. » (Sigillum Loci de Valencia: Calix cum Hostia. cum inscript.: *O sacrum convivium*: Sigillum Provinciae Valentiae: Christus in Cruce pendens. ad tumbam versus. ex cuius sacris vulneribus sanguinis rivuli profluunt. cum inscript.: *Lavit. Nos. In. Sanguine. Suo. Valentia*). — El Bulario de la Orden, tomo V, pág. 331. añade: « Venerabilis Joannes Ribera, Antiochiae Patriarcha. et Regni Valentiae Pro-Rex ac Archipraesul..... Provinciam nostram Valentiae. in qua primae Domûs Conventualis constructionem tum valido contra obloquentium consilia patrocinio, tum largo in fabricae expensas converso aere oppido adjuverat. titulo Sanguinis Christi insigniri voluit, ut tenerior sua erga haec divinae charitatis mysteria devotio in... Provinciae perennaret nomine. »

Valencia para dar la traza al nuevo convento que debía edificarse, y disponer lo demas que fuese necesario. Vuelto á Cataluña, juzgó conveniente acrecentar aquella familia con otros Religiosos que envió, los cuales se llamaban: P. Buenaventura de Alhama que era actualmente Definidor, P. Lorenzo de Mallorca Predicador, P. Serafin de Játiva Predicador, P. Ignacio de Monzon Sacerdote, Fray Juan Bautista de Sahagun Corista, Fray Mauro de Maella lego, y Fray Juan de Pontmayor lego; y despues añadió otros muchos. Todos los sobredichos Religiosos, enviados desde Cataluña, trabajaron muy fiel y perfectamente en esta fundacion, y desempeñaron acertadamente las santas intenciones de nuestro P. Juan, como lo demuestran la mucha virtud y alta perfeccion con que siempre ha resplandecido la esclarecida Provincia de Valencia. Y algunos de ellos se distinguieron tan gloriosamente con ejemplos de santidad, que ocupan un lugar honorífico en nuestras Crónicas generales. De estos y de otros muchos trataremos en la presente obra. (1)

Introducida tan felizmente nuestra Orden capuchina en el Reino de Valencia, pensó tambien el mismo P. Juan introducirla y extenderla en el Reino de Aragon, siempre muy afecto y devoto á las Ordenes regulares: pero si en la fundacion antecedente se le ofrecieron tan graves dificultades, mayores fueron las que tuvo que vencer en la presente fundacion. Se hallaban ya prevenidos con cartas del Rey para no admitir nuestra fundacion el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Zaragoza y el Excelentísimo Señor Virrey de Aragon; y como si esto fuese poco, procuraron algunos adversarios que varios Estados de aquel Reino escribiesen á la Corte contra nuestra fundacion. Dificultades todas tan serias y de tanta importancia que hubieran detenido el corazon más animoso. Pero nuestro P. Juan, piloto ya experimentado en superar tempestades, y confiado más en el poder Divino que en el humano, supo manejarse de tal modo, y tratar este negocio con tanta felicidad, que llegó á conseguir que los que habían escrito en contra, escribiesen á favor nuestro; con lo cual dispuestos los ánimos, y abiertos los caminos, pudo dar principio á la nueva Provincia que debía erigirse para tanta gloria de Dios. Era entónces el año 1597, en que habiendo convocado Capítulo, mereció ser reelegido y confirmado en el oficio de Ministro Provincial; y teniendo las cosas tan bien dispuestas, envió á Zaragoza diferentes Religiosos, y despues fué él mismo en persona para trazar el convento que debía edificarse en dicha Ciudad, y disponer los asuntos para negocio tan importante. Estos Religiosos que por primera vez fueron enviados de Cataluña se llamaban P. Luis de Valencia (1), que fué constituido Presidente de los otros, P. Pedro de Barbastro Predicador y gran teólogo, P. Francisco de Baeza (estos dos

(1) Nuestro Bulario confirma los méritos del P. Juan en esta fundacion, diciendo (ibid.): « Nacta est haec ortum suum anno Virginei partûs millesimo quingentesimo nonagesimo sexto, obstetricante suprafati Fr. Joannis Alarconii operâ, mansitque sub communi Provinciae Cataloniae gubernio usque ad annum, etc. — In quocumque mutationis statu firma mansit in congenio virtutis zelo, et hausta à Matre Provincia Regularis Observantiae. et operariae charitatis principia fido semper servavit studio. et adhuc in hodiernum servat, ita ut venerabilis sit memoria Ilius, et nota apud Deum et homines in Viris, quos habuit dignos Sanguinis Filios. et ... nobilitate, virtute, et Ordinis officiis insignes. » — Y ántes nuestros Anales: « Hoc anno (1596) Joannes Alarconius, Archangeli illius, qui prima Cosettinae Provinciae fundamenta jecerat, germanus frater; dum eiusdem Provinciae habenas moderatur, animum ad Valentinae Provinciae fundationem confert: sed cùm tam multae illi rerum difficultates sese offerrent, ut eas solus superare posse desperaret; Joannis Riberae Patriarchae et Archiepiscopi Valentini. Viri virtute ac pietate celebris, qui plurimùm apud Philippum II Hispaniae Regem auctoritate valebat, opem sibi, ac praesidium vocat: cuius tandem opera, primo hoc anno Valentiae Conventu designato, optatam illius Provinciae fundationem assequitur. » (*Bover*. t. II, p. 572.)

(1) « Agitur annus millesimus quingentesimus nonagesimus octavus, in quo Aragonensis Provinciae fundamenta, quae superiori anno, multis rerum difficultatibus praepedita fuerant: primo Caesaraugustae Conventu, sub titulo gloriosissimi Praecursoris Domini S. Joannis Baptistae, Gubernatore ac urbis Proceribus in idem consilium coëuntibus, constituto foelicissimis Dei auspiciis, sub invocatione B. Virginis del Pilar nuncupatae, iaciuntur: Praeside, ac Joannis Alarconij Provincialis Ministri vices agente, Ludovico à Valentia, Viro omni memoria digno. » (*Bover*. t. I, p. 601). — « Provincia Aragoniae est felix et secunda Provinciae à Matre Dei nuncupatae, seu Cataloniae Filia, quae ab ea segregata, in floridam et ipsa anno millesimo sexcentesimo septimo adolevit Provinciam, tantùm semper pro colendo Domûs suae decore sollicita, quantùm pro multiplicando animarum lucro laboriosa. » (Bulario, t. V, p. 342). — Y en el MS. *Fundationes* se lee: « Conventus Caesaraugustanus primus Conventus et Caput Provinciae Caesaraugustanae sistit: fundatus fuit die 21 Maii anno 1598, sub Pontifice Clemente Octavo, sub catholico Rege Philippo II, sub Archiepiscopo Cesaraugustano DD. Alfonso Gregorio, sub Generali nostro Rmo. P. Fr. Hieronymo Sorbo. »

pasaron despues á la fundacion de Madrid), P. Andres de Gandesa, P. Buenaventura de Barcelona, P. Narciso de Olot, Sacerdotes: Fray Querubin de Nápoles, que fué uno de los cinco compañeros que vinieron con el P. Arcángel de Alarcon desde Italia, Fray Antonio de Nápoles, y Fray Damian de Comavella, legos. A más de estos se enviaron en diferentes ocasiones otros Religiosos, entre los cuales se menciona en particular el Hermano Fray Francisco de Daroca. Este Religioso vistió el hábito capuchino en nuestro convento de Santa Eulalia el dia cuatro de Octubre del año 1581, y despues de quince años que vivió en Cataluña fué enviado primero á la fundacion de Valencia, y despues á esta de Aragon, como lo dice el P. Miguel de Gerona, que fué Guardian del convento de Zaragoza y Provincial de Cataluña. Estos Religiosos, singularmente el dicho Fray Francisco de Daroca, echaron los primeros cimientos de aquella eminente virtud y santidad, de que en todo tiempo dió tantos ejemplos la insigne Provincia de Aragon. (En su lugar trataremos de estos ilustres Capuchinos.)

No se acabaron con esto los cuidados del P. Juan en órden á esta obra que tan gloriosamente había empezado, ni se disiparon aquellos sus ardientes deseos de amplificar nuestra Orden. Habiendo concluido el oficio de Provincial, fué enviado á Aragon por Custodio con el título de Comisario, para que prosiguiese y perfeccionase aquella fundacion, que podía llamarse hija suya; y podemos creer que aplicaría todo su celo y trabajo, tanto en las fábricas materiales de los conventos, como y principalmente en la perfecta observancia de nuestro Instituto (1). Por otra parte parece que no tenía olvidadas las diligencias que había practicado en la fundacion intentada en Castilla, en el lugar del Viso. segun queda dicho; y como entónces no hubiese tenido efecto, pensó tal vez que ahora sería tiempo más oportuno para volver á tratar de la fundacion de aquella Provincia, empezando por la misma Corte de Madrid. En efecto trató el negocio con los personajes que le parecieron más á propósito para el intento, y corrieron tan prósperamente las negociaciones, que algunos Señores del Consejo Real le escribieron, convidándole á pasar presto á Madrid, y prometiéndole la fundacion de parte del Excelentísimo Señor Conde de Miranda, Presidente entónces del mismo consejo, quien se ofrecía á impetrar del Rey la correspondiente licencia. A más de estó había el mismo P. Juan contraido un mérito particular para con su Majestad Felipe segundo, cuando en el año 1593, pasó á Francia en la expedicion de graves negocios, á instancia del Excelentísimo Señor Duque de Maqueda, Virrey de Cataluña. Todo lo cual ponía la fundacion de Castilla en tanta seguridad de verificarse, cual nadie podía esperarla mayor. Pero Dios nuestro Señor, que lleva los negocios humanos por los caminos que bien le place, no quiso que tan buenas disposiciones produjesen por entónces efecto alguno, permitiendo que la prudencia del P. Juan se engañase en los mismos medios que tomaba para el fin. Pensó él fundar primero convento en Calatayud, creyendo que esto sería un medio más á propósito y tal vez más seguro para que sus deseos y las promesas de los Señores de la Corte lograsen su cumplimiento con mayor facilidad, y así dejó por entónces el pasar á Madrid, esperando ocasion más oportuna. Pero cuando quiso no pudo verificarlo, en virtud de una órden de nuestro P. General, el cual temiendo algunos inconvenientes de tan rápidas fundaciones impuso ciertas condiciones para el porvenir. Con esto le fué preciso detenerse en medio del curso que tan prósperamente había empezado, y suspender las negociaciones de la fundacion de nuestra Orden en Castilla,

(1) « Dió el P. Juan á los dichos Padres orden para fundar aquella Provincia con el rigor que esta. y el mesmo año fué a Zaragoza para dar la traza para el Convento que se abia de fundar en ella, y para disponer las cosas de aquella nueva Provincia. Y al siguiente año abiendo acabado el Oficio de Provincial, fué enviado á Aragon por Custodio, con título de Comisario, y con él fueron otros Religiosos, hijos de esta Provincia. Y en otras ocasiones han ido otros, entre los quales fue el Hermano F. Francisco de Daroca lego, que ha resplandecido en virtudes, y en gracia de curaciones, y hazer milagros. Y no solo acabó el P. F. Juan estas dos fundaciones di Valencia y Aragon, mas aun abia facilitado de tal manera la de Castilla, que si no le fueran á la mano... se huviera fundado en Madrid, quando fundó el Convento de Calatayud, porque vi yo cartas de algunos Señores del Real Consejo y le promotian aquella fundacion. » (*MS. de Areñs*).

para la cual tanto había trabajado, y de que tenía tanta probabilidad de verificarla.

Se frustraron pues las activas diligencias que nuestro P. Juan hizo para la fundacion de Castilla; se frustraron asimismo las que despues de algunos años añadió el P. Miguel de Valladolid, el cual con el P. Francisco de Baeza pasó tambien desde Cataluña á Madrid para el mismo negocio, que adelantó bastante. Ni el P. Serafin de Policio, que de Cataluña pasó á Valencia, segun dijimos, y de aquí á Madrid con la misma pretension, tuvo mejor fortuna, hasta que la voluntad del Monarca se dejó obligar de las santas representaciones de nuestro glorioso San Lorenzo de Brindis, para quien Dios había reservado la gloria de esta fundacion. No obstante no podemos dejar de atribuir alguna parte de gloria á los mencionados Padres, que tanto trabajaron en esta obra, singularmente á nuestro P. Juan que fué el primero que abrió los caminos, y dispuso los ánimos para los felices efectos que despues se lograron.

Así trabajó este Varon incomparable en la viña del Señor, y tal fué su celo, su espíritu, y su constancia en la propagacion de nuestra Orden; y el mismo podemos decir que manifestó en todo el discurso de su vida, pues como dijimos, ocupó casi siempre los oficios y Prelacías de la Provincia. Estos oficios le obligaron á desvelarse en beneficio de las Provincias de Valencia y Aragon, miéntras fueron Custodias unidas á la de Cataluña. Estos oficios le trasladaron algunas veces á Roma para concurrir á los Capítulos generales; y estos mismos le hicieron discurrir por todo el Principado para bien de los Religiosos y de los conventos, mostrándose siempre aquel hombre grande, celoso, prudente que Dios había elegido para los altos fines de su Providencia. Pero lo que más admira, es que en medio de tantos cargos y oficios, entre la muchedumbre de tantos negocios, tratos y agencias, se conservase tan recogido, devoto, humilde, austero, penitente y fervoroso, cual lo podría ser el Religioso más retirado y más abstraido. Los que le acompañaban en los viajes dicen, que empleaba mucho tiempo ya en el recogimiento, ya en rezar algunas devociones, entre las cuales se expresa una compuesta á manera de corona, y entretejida con oraciones y textos de la Sagrada Escritura, añadiendo las correspondientes Ave Marías, que rezaba privadamente alternando con el compañero. Otra devocion, cual era el Oficio de la Cruz, fué tambien pábulo de su piadoso afecto, en prueba de lo muy presente que tenía la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, el cual Oficio no dejó de rezar aun en el mismo dia que murió. En los conventos asistía con los demas á los actos y ejercicios de la Comunidad, y poco satisfecho con las horas de oracion comunes á todos, añadía otras extraordinarias, de cuyo santo ejercicio sacaba sin duda aquel particular don de hablar de Dios y de cosas de espíritu, con que se hacía estimar de todos, aun de las personas de la más alta jerarquía; por lo cual la Excelentísima Señora Duquesa de Maqueda, Virreina de Cataluña, solía llamarle *Cortesano del cielo*. Y como con este don juntase un aspecto venerable, y una singular gracia en dirigir negocios y componer divisiones, era frecuentemente llamado por el Señor Obispo, Inquisidores, Virreyes, y otras personas principales, entre las cuales compuso bastantes diferencias de no pequeña consideracion. Aun con la gente ordinaria, cuando le consultaban sus negocios, les hablaba con tanta discrecion y acierto, como si siempre hubiese tratado aquellos asuntos, no olvidándose de juntar materias espirituales con las temporales, para que la resolucion ó el consejo fuese más provechoso. Pero el que más se dejó obligar, fué el Ilustrísimo Señor Don Juan Tares Arzobispo de Tarragona, el cual movido de su gran piedad y de las santas palabras de nuestro P. Juan, fundó en Tarragona á sus costas aquel convento: quedando en adelante tan afecto y devoto, que se constituyó nuestro protector y defensor, aun en el tiempo que fué Virrey.

Con una aceptacion tan acreditada y universal, y en medio de los aplausos y honores, conservó este Varon insigne tales sentimientos de humildad y desprecio propio, que nadie se le aventajaba en los actos bajos y humildes.

Vestía un hábito pobre, estrecho y remendado, trabajaba en la huerta, lavaba los platos, y se ocupaba en otros ejercicios, de modo que ninguno pensára que él fuese aquel Religioso insigne, tan distinguido por su nobleza, y tan venerado de los Grandes de la tierra. Al mismo tiempo afligía su cuerpo con una penitencia harto rigurosa. Por espacio de más de seis años negó á sus pies el uso de las sandalias, ni admitía ordinariamente otra cama que unas desnudas tablas, aunque fuese ya de edad. A las disciplinas de Comunidad añadía otras extraordinarias, y á los ayunos comunes de la Orden juntaba algunas cuaresmas de las que acostumbraba nuestro P. San Francisco, y algunos otros de devocion, singularmente los Sábados en honra de la Santísima Vírgen, observando en ellos tal rigor, que á veces sólo comía pan y agua, y otras veces sólo se permitía un poco de pan en las colaciones de los ayunos de devocion. Ni todo este rigor y penitencia le hacían olvidar de la caridad y compasion para con los otros, porque sabía muy bien hermanar unas virtudes con las otras. Era él, es verdad, constante é inflexible contra los defectuosos que no querían reconocer sus faltas, pero con los reconocidos y humillados abria las entrañas de la misericordia, tratándolos con la benignidad posible. Y generalmente á todos los Religiosos necesitados socorría espiritual y corporalmente con tanto cuidado, que aunque estuviesen ausentes se acordaba de ellos para su consuelo, sin hacer distincion de condiciones ni estados, sino de la mayor ó menor necesidad ó enfermedad. Si alguna vez siendo Provincial veía algun Religioso delicado, que con dificultad podía convalecer, le tomaba por su compañero, con el fin de restablecerlo más presto; de lo cual dió varios ejemplos, singularmente una vez que pasando de visita en cierto convento, y hallando en él un Religioso muy agravado de hidropesía, movido á compasion, no sólo le tomó por su compañero, sino que previno y llevó consigo algunos regalillos, con que suavizarle los males que padecía. Y aun parece que con los tales se olvidaba de la dignidad de Provincial, pues trataba y conversaba con ellos, como si fuesen sus iguales, hablándoles ya de materias espirituales, ya de cosas indiferentes que pudiesen servirles de algun alivio. Así se llevaba este caritativo Prelado con los enfermos y necesitados; pero si se le pedía alguna gracia ó favor que á su parecer no convenía al Religioso, se la negaba constantemente, aunque fuese de la mayor graduacion el que se la pedía, conforme así lo verificó con el Ilustrísimo Señor Don Alonso Coloma, Obispo de Barcelona. Envìole á llamar en cierta ocasion este Prelado, y rogole que hiciese cierto favor á cierto Religioso; pero él se resistió con mucho celo, diciendo que no convenía ni al servicio de Dios ni al bien de la Religion; sin que por esto el Obispo se le mostrase resentido sino muy edificado. Refirió este suceso aquel tan celebrado P. Diego de Quiroga, que se halló presente, el cual despues pasó á la Provincia de Castilla, de la cual, y de toda nuestra Orden, y aun de toda nuestra España fué ornamento muy glorioso.

Todas estas virtudes que acabamos de referir de nuestro P. Juan fueron ilustradas con algunos de aquellos dones celestiales, con que el Señor se sirve á veces honrar á sus fieles siervos. Uno de estos dones fué el espíritu profético, con que anunció á algunos enfermos que no morirían por entónces: lo que se observó algunas veces siendo Guardian de Monte-Calvario, pues diciéndole el limosnero que algunos enfermos pedían les hiciese encomendar á Dios, él en algunas ocasiones respondía, que les dijese que no morirían de aquella enfermedad; verificándose puntualmente así como él lo prometía. Con el mismo espíritu profético conoció tambien y predijo el dia de su muerte, como diremos despues. Otro de estos dones celestiales fué el multiplicarse milagrosamente el pan en tiempo de necesidad, hallándose tambien Guardian del mismo convento. Había llovido en un invierno con tanta abundancia, que de tres ó cuatro dias no pudieron los limosneros ir á la ciudad, con que se hallaron tan faltos de pan, que sólo había para seis Religiosos, componiéndose la Comunidad de más de treinta. El refitolero viendo esta necesidad, se la representó al santo Prelado, el cual

le ordenó que repartiese aquel poco de pan entre todos, un pedacito á cada uno. Sentáronse despues los Religiosos á la mesa, y se dignó Dios acrecentar aquella pequeña porcion con tal aumento, que todos comieron lo que hubieron menester, y aun quedó para repartir entre los pobres. Así honraba Dios á este su Siervo, el cual habiendo desempeñado tan fielmente los importantes encargos que le confió la Divina Providencia, y habiendo trabajado con tanto cuidado y diligencia en la viña del Señor, llegó al término comun á todos los mortales, para recibir el galardon y el premio que Dios tiene reservados á los que saben negociar con los talentos que les confía, y á los que llevan el peso del dia y del calor en los ministerios que les encarga. No halló desprevenido al Varon santo este último término de su vida, porque todas sus virtudes fueron una preparacion anticipada para la muerte, y singularmente lo fué una penosa y larga dolencia de higado, que le afligió por muchos años, la cual como igualmente otras penas, sufrió él con admirable paciencia, hasta que esta misma enfermedad le sacó de este mundo.

Fué por última vez nuestro P. Juan elegido Custodio de la Provincia para concurrir al Capítulo general que se celebró en Roma el año 1602, en el cual fué elegido Ministro General nuestro San Lorenzo de Brindis. Antes de emprender este viaje, como si tuviera alguna noticia de su fallecimiento, visitó la sepultura de nuestro convento de Monte-Calvario, y rogó á los santos Religiosos que estaban allí enterrados, que le alcanzasen de Dios la gracia de morir en el mismo convento, y hacerles compañía en la misma sepultura. Tenía tanta devocion y confianza con estos santos Religiosos difuntos, que había compuesto como una letanía de sus nombres, con la cual los invocaba privadamente en sus necesidades; y podemos creer que en premio de esta su devocion le alcanzaron la gracia que les había pedido, de la cual á su vuelta les dió las gracias, visitando otra vez la sepultura. Consiguió pues el beneficio de volver á Cataluña, pero llevó consigo el mal ó la causa de su muerte; porque habiendo probado en Italia ciertas aguas, que le aconsejaron como remedio para la dolencia que padecía del higado, y habiéndosele con estos cerrado los poros, contrajo finalmente la enfermedad, de que vino á morir. Fué admirable la resignacion y serenidad con que miró este último golpe de la muerte, que se hace formidable á tantos otros. Poco ántes de caer enfermo, auxiliando á cierto Caballero de Barcelona, llamado Don Juan Yeart, le dijo que presto le seguiría en aquella última jornada. Despues estando ya enfermo, encargó á un Hermano lego llamado Fray Silvestre de Zamora, que fuese á la sepultura, y dijese en voz alta á los Religiosos difuntos, que le hiciesen lugar, que presto les haría compañía. Y como este Religioso le volviese la respuesta que ya había cumplido su mandato, y juntamente había suplicado á nuestra Señora que le concediese la vida; díjole el Varon santo que excusase semejante oracion, porque ya los Religiosos difuntos le habían alcanzado de Dios la peticion que les había hecho. Pero lo que más que todo manifiesta la admirable serenidad de su espíritu, fueron dos cartas, que poco ántes de morir mandó escribir, una á su sobrino el P. Francisco de Alarcon, y otra al P. Bernardino de Maqueda, moradores entrambos en nuestro convento de Manresa, á los cuales daba con dichas cartas saludables exhortaciones para el camino de la virtud; y para que se imprimiesen fuertemente en sus corazones, puso por fecha de las cartas estas palabras: *Tres dias ántes de mi muerte*, cuya fecha se verificó con toda puntualidad.

Con estas luces tan claras, y con este conocimiento tan cierto de su próximo fallecimiento, pidió que le llevasen á la misma celda, en que había muerto su estimadísimo hermano el P. Arcángel de Alarcon, deseando que ya que una misma sangre y una misma vocacion les había hermanado en la tierra, tambien una misma celda les hermanase para el cielo. Despues rogó al P. Guardian que no permitiese que nadie entrase á visitarle, á fin de que no le estorbasen en sus ejercicios espirituales. Tambien pidió que le leyesen alguna cosa

de la sagrada Escritura, á lo cual añadía el cantar en voz baja aquella letanía que como dijimos había compuesto de los nombres de los Religiosos difuntos. Finalmente acercándose ya su última hora, pidió unos paños menores limpios, y habiéndoselos puesto, compuso su cuerpo como si estuviera en la sepultura, y permaneciendo ya orando, ya cantando, dió su espíritu y acabó su vida con una muerte cual la pudiera hacer un San Jerónimo, que son las palabras con que lo refiere el P. Miguel de Valladolid en los Originales de la Provincia. Así murió este Varon incomparable, y tal fué el fin dichoso y felicísimo de este nuestro venerable Padre. Y como él hubiese desempeñado tan cabal y perfectamente los gravísimos encargos de la Divina Providencia, tanto en la propia Provincia de Cataluña, como en las de Valencia y Aragon, y en las demas partes donde las circunstancias le llevaron, resplandeciendo siempre con tantas luces de virtud, perfeccion y santidad, podemos creer confiadamente, segun la piedad cristiana nos persuade, que su alma mereció recibir en el cielo de la mano liberalísima del Señor aquellos grandes bienes y eternos premios, que tiene reservados para sus fieles siervos y obreros fervorosos.

Murió el Varon santo en el año 1603, en nuestro convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, y en su entierro hubo gran concurso de gentes, así principales como plebeyos, los cuales mostraron tanta piedad y devocion al venerable Difunto, que se llevaron las cosas de su uso como reliquias muy estimadas, y aun le quitaron la mayor parte de su hábito, creyéndose ricos con estos despojos de la pobreza. Ni paró en esto su devocion, sino que lo hicieron retratar siendo ya difunto, y conservaron en sus casas su retrato los Excelentísimos Señores Virreyes, y otras personas principales y devotas, acreditando con esto la alta opinion que habían formado de la santidad de este Varon ilustre. Al fin despues de los oficios funerales colocaron su venerable cuerpo en la misma sepultura y en compañía de los mismos Religiosos difuntos, lo que tanto había deseado, para poder decir que es cosa muy buena y muy gozosa morar los hermanos en uno. Despues de algun tiempo fué hallado su cuerpo no sólo entero, sino tambien derecho y arrimado á la pared; que fué otro de los varios privilegios con que el Señor se dignó honrar á este su Siervo, para que nosotros no dudásemos ni de la santidad de su vida, ni de la grandeza de su gloria. Gócense en hora buena las Provincias de España por haber merecido un tan ilustre Padre, que tanto trabajó en sus fundaciones y perfeccion; ya que él con su espíritu y fervor las elevó á una esfera tan sublime de virtud y santidad.

P. Rafael de Barcelona.

Su padre tenía por apellido Fonollet, y por oficio comerciante. En el siglo dejose cautivar de las diversiones vanas y peligrosas, que suelen ser el lazo de muchos jóvenes. Con un natural genio alegre y divertido, gustaba de seguir los bailes y máscaras de su tiempo, tratándose por otra parte con comodidad y regalo. Pero cuando unos caminos tan lisonjeros podían conducirle al abismo del vicio y á la perdicion, se dignó el Señor comunicarle una luz resplandeciente, con que conoció la vida errada que seguía, y los engaños peligrosos de que se dejaba gobernar. Con esta luz y gracia del Señor resolvió renunciar al mundo con sus locas vanidades, y abrazarse con la cruz de Cristo, que es el camino seguro para el cielo; y conociendo que la Vírgen Santísima es el medio más poderoso para hacer eficaces nuestros buenos propósitos, determinó implorar primero las gracias de esta Soberana Reina. Pero para que nadie entendiese esta su pia determinacion, asistió por última vez á ciertos bailes que se hicieron, los cuales concluidos, se fué en romería al devotísimo Santuario de nuestra Señora de Montserrat, donde habiendo hecho confesion general, suplicó los auxilios de aquella nuestra buena Madre, mereciendo ser tan bien oido y despachado, como lo demuestra la conducta virtuosa y santa que llevó en lo restante de su vida.

Vistió despues nuestro humilde hábito capuchino, y profesó nuestro pobre y penitente Instituto franciscano, en cuyo estado se dejó ver tan ajeno de conveniencias y regalos, que todos sus deseos fueron la penitencia, la mortificacion, y el llevar la cruz de Cristo en sus miembros. No tuvo él es verdad fuerzas ni complexion para penitencias rigurosas y extraordinarias, pero las comunes de la Orden y de la Provincia las cumplía con toda puntualidad. Pocas veces concedió á sus pies el uso de las sandalias, ni á su cuerpo otro lecho que las desnudas tablas, siendo por otra parte parco en el comer y austero en el tratamiento de su persona. Sucedió una vez que cierto Religioso tuvo que hacer un largo viaje en tiempo de grandes frios, y como en el convento no se hallase manto alguno para concederle, y defenderle del frio, el Siervo de Dios con mucha caridad se quitó el que llevaba y lo dió á aquel Religioso; y diciéndole el Prelado para probarle que mirase lo que hacía, porque todo el invierno habría de pasar sin manto, respondió, que más necesidad tendría aquel hermano por el camino que él en el convento, y que gustoso recibiría aquella penalidad por amor de Dios y del prójimo. Con semejante caridad sirvió á los Religiosos en nuestro convento de Manresa en el oficio de refitolero, procurándoles con mucha diligencia aquellos alivios que permite nuestro pobre estado. De la pobreza fué muy amante y celoso observador.

Y para que estas virtudes no se disipasen ó desvaneciesen, llevaba los sentidos exteriores muy mortificados, singularmente la lengua, guardando un estrecho silencio, y huyendo las conversaciones en particular de seglares. Su ocupacion más frecuente era el coro y la celda, ó bien aquellos ejercicios que disponían los Superiores, cuyas órdenes obedecía con toda prontitud. Y juntando con esto un recogimiento muy particular, podemos creer que su oracion sería muy contínua y fervorosa, conforme lo demostraba singularmente en la celebracion de la santa Misa, la cual no sólo celebraba con mucha devocion, pausa, y quietud, sino que se preparaba para ella muy de veras, empleando en esto, como igualmente en dar gracias, largo espacio de tiempo. Así santificó este Siervo de Dios los años que vivió en la Religion, y con tales virtudes se preparó para la muerte; por lo cual llegando su última enfermedad, se dejó ver acompañado de aquellas señales saludables, que suelen ser indicio de la predestinacion. Habiendo recibido los santos Sacramentos, pidió al Religioso que le asistía, que le leyese algun paso de la sagrada Escritura, parando de tanto en tanto para dar lugar á la consideracion. Y como la Santísima Vírgen había sido su gran Protectora para dejar el mundo y entrar á la Religion, y habiéndole en el discurso de su vida profesado particular devocion, quiso sellar los últimos instantes con dar alabanzas á esta Divina Señora. Así cantándole salmos, himnos y versos, acabó su vida, y entregó su alma en sus manos para ser colocada entre los Bienaventurados, segun piámente creemos. Verificose su muerte en nuestro convento de Lérida, en 1603.

P. Egidio de Santa María.

UNA de las piedras más sólidas y más preciosas que echó la Divina Providencia en los cimientos de la Provincia de Valencia, para que con su doctrina y con el ejemplo de sus admirables virtudes, hiciese más firme y seguro su espiritual edificio, fué el P. Egidio de Santa María, ciudad insigne en Andalucia, conocida en el orbe por su famoso puerto. Fué varon en todo grande, en letras y en santidad, sobre que campearon más las suyas. Fué grande teólogo, escolástico, político, moral y místico, docto en todas las lenguas, latina, griega, caldea y arábiga, y grande predicador, con un entendimiento ilustrado con Divinas luces, y una voluntad inflamada de celestiales ardores, de afectos grandes de la mayor perfeccion, del celo de la gloria de Dios y salud de las almas, y de padecer martirio por su amor. Siendo mozo tomó el hábito de nuestro P. S. Francisco en la familia de nuestros Padres descalzos de España, donde vivió muchos años con opinion grande de santidad, que adquirió

con ejemplos de vida evangélica, propia de un fraile menor. Pasó á Italia, con el insigne y apostólico predicador el P. Alonso Lobo, religioso tambien descalzo, y ambos tomaron nuestro hábito capuchino en nuestro convento de Roma. Al P. Lobo enviaron nuestros Padres á la provincia de la Marca, y al P. Egidio á la de Toscana. Aquí fué echando sobre las virtudes que ya tenía otras de mayor perfeccion, descubriéndose cada dia más la suya con ardentísimos deseos de amor de Dios, de su mayor gloria y celo de la salud de las almas y de la exaltacion de la santa fe católica, y de predicarla á los infieles, y de padecer martirio por su verdad. Llevaba su corazon abrasado con las llamas de estos encendidos afectos; significolos al P. General de nuestra Orden que era entónces el P. Jerónimo de Policio, suplicándole con repetidas instancias, le diese su bendicion y beneplácito, para ponerlos en ejecucion. Informose el P. General de su buen espíritu, y viendo concurrían en él las condiciones necesarias para empleo tan glorioso y heróico, le despachó patente para él y otros religiosos, para que fuesen á predicar á los infieles el Santo Evangelio: esta patente se despachó en Roma á 20 de Julio del año 1587.

Embarcose el P. Egidio en Venecia, con sólo un compañero, por no haber lugar en el navío para los otros que todos los años enviaba aquella república para Jerusalen con muchos peregrinos que iban á visitar los lugares santos. Habiendo llegado el P. Egidio á la Ciudad santa, rogó al P. Guardian del santo Sepulcro le permitiese estar algun tiempo en la capilla de aquel santo lugar, que se llama de los latinos. Concedióselo el P. Guardian, y con ser favor grande al que lo conceden lo más dos meses, al P. Egidio se le permitió estar de una vez diez y ocho, sin salir ni para comer, que se lo daban por un torno. Aquí hizo todo este tiempo vida solitaria sin tratar ni comunicar con nadie, sino con sólo Dios, en estrecho ayuno, rigurosas disciplinas, contínuas vigilias, y perpétua oracion á que le daba motivo la presencia del Sepulcro santo, en que muerto nuestro Redentor, estuvo tres dias enterrado. El le traía á la memoria los tormentos que Jesus había padecido por amor de los hombres que llegaron á quitarle la vida, hasta dar con El, muerto, en aquel Santo Sepulcro que miraba con sus ojos: con que se encendían más sus deseos de padecer martirio por este Señor y dar tambien por El su vida. A esto encaminaba toda su meditacion y sus peticiones todo el tiempo que estuvo encerrado en este santo lugar.

Salido de aquí, fué á Belen, á visitar el lugar santo donde nació al mundo el Hijo de Dios, y estar en él la noche de su nacimiento: y estando en oracion en la capilla donde este Señor nació, vió entrar una doncella cristiana, que bajo el brazo traía un pequeño envoltorio de ropa, y sentada en el suelo, vió que sobre sus rodillas le desenvolvió y tendió sobre ellas unos pañales muy ricos y curiosamente labrados, como para empañar alguna criatura. Llegó á ella el P. Egidio y la preguntó qué quería hacer con aquellos pañales tan lindos. A que ella le satisfizo diciendo: « Sabes, Padre, que todos los años vengo tal noche como esta, á este santo lugar, y á esta hora hago lo que ahora ves; y el Señor me ha hecho siempre una señalada merced, y es que en punto de media noche llena de rosas estos pañales. » Estuvo atento el P. Egidio y vió con sus ojos que en punto de las doce de media noche, se le cubrieron de hermosísimas rosas los pañales de aquella mujer, y envolviéndolas con ellos, se fué muy alegre á la vuelta de su casa; y el P. Egidio quedó consoladísimo de haber visto aquella maravilla, alabando y dando gracias á Dios que le quiso verificar con ella de la hora en que había nacido en aquel dichoso y santo lugar.

De aquí tomó el camino para Constantinopla á predicar á los infieles la fe de Cristo que había sido el fin principal de su viaje: llegó aquí y halló copiosas mieses de infieles, de renegados latinos, y griegos cismáticos; á todos predicó la palabra Divina, con fruto tan copioso que convirtió muchísimos al gremio de la Iglesia Católica, y á muchísimos confirmó en la fe. En los cristianos cautivos, hizo el mismo fruto, exhortándolos á que perseverasen constantes en la fe y obediencia de la Santa Iglesia. Administrábales los Sacramentos, consolábalos en sus trabajos;

y les parecía les había enviado Dios un Angel para que los consolara en su penosa esclavitud. Tuvo noticia un turco principal, á cuyo cuidado estaba el gobierno y custodia de todos los cautivos cristianos, de los buenos oficios que hacía con ellos el P. Egidio, y le dió libre y franca libertad para que los continuase; y aun compadecido de su pobreza, le ofreció una cantidad de doblones de oro, y como el P. Egidio le agradeciese la limosna y no los quisiese recibir, diciendo que su profesion era ser pobre por Cristo, lo extrañó mucho el turco, y le miraba despues con mayor respeto; el mismo le tenían los de uas turcos. Era de aspecto muy venerable, y su modestia exterior le granjeaba veneraciones y honras aun de los mismos enemigos de nuestra fe: y aunque la predicaba, y decía Misa cada dia en aquella Corte del Gran Turco, ninguno se lo prohibió, ni le ofendió con la menor palabra, ántes le mostraban amor y le honraban.

Viendo el P. Egidio que el deseo que tenía de padecer martirio por Dios no se confirmaba con su Divina voluntad; y que entre los que buscaba afrentas hallaba honras, y agasajos y veneraciones de los que esperaba tormentos, despues de haber predicado la fe en Constantinopla Corte de aquel Emperador, enemigo del nombre de Cristo, y hecho copioso fruto en tantas almas de latinos y griegos cismáticos, reduciéndolos á la fe Católica y obediencia de la Iglesia Romana, se resolvió pasar á Grecia; y fué este impulso de Dios, segun la necesidad que todos aquellos pueblos tenían de obreros del Santo Evangelio, por cuya falta vivían sepultados en las tinieblas de muchas ignorancias y errores. Aquí tomó muy de asiento la enseñanza de esta gente, y como entendia tambien y hablaba con propiedad el griego, vivió mucho tiempo, con general aplauso de todos, con ellos, los cuales le amaban como á padre y oían como á un apóstol de Cristo, enviado por El para la salud de sus almas. Discurría de unas partes en otras, sin parar, predicando y enseñando en todas, administrando los Sacramentos, instruyendo en las verdades de la fe católica, y sacándolos de muchos errores e ignorancias en que estaban de ella. Y como confirmaba con el ejemplo de su vida apostólica la doctrina Evangélica que les predicaba, fué notable el fruto que hizo en muchos pueblos, reduciendo á muchos á la Iglesia Romana.

Fué tanta la estimacion que los griegos hicieron de su persona y de sus letras, edificados con su doctrina y ejemplos de virtud, que habiendo en este tiempo en una de sus ciudades muerto el Obispo, hizo instancia todo el pueblo en Roma con el Sumo Pontífice, pidiendo les diese por Obispo al P. Egidio. Lo mismo le pasó en otra ciudad, donde habiendo muerto el Arzobispo los ciudadanos lo pidieron tambien al Papa. Pero el P. Egidio hizo cuanto pudo por estorbarlo, pero fueron sus diligencias inútiles, pues para una y otra dignidad, despachó el Pontífice dos Bulas, la una despues de la otra, y ambas llegaron á manos del P. Egidio; pero este en habiéndolas recibidas escribió al Eminentísimo Cardenal Julio Santorio Protector entónces de nuestra Orden, suplicándole le hiciese el favor de excusarle con el Pontífice pidiéndole le eximiese de aquella obediencia, que ni él tenía fuerza ni méritos ni suficiencia para aquellas dignidades tan superiores á los suyos. Estas Bulas las tuvo siempre en su poder despues que volvió de Grecia, y jamas de ellas se le oyó hablar palabra, ni se supo de ellas sino despues que hubo muerto; y quiso Dios se supiera lo que con tanto cuidado había encubierto su humildad, para que creciera por la suya más su estimacion. Hallose presente á su muerte el P. Fundoni, Guardian de los PP. Observantes de la ciudad de Segorbe, y como viese allí en su celda unos papeles suyos escritos de su mano, sabiendo cuan docto era, quiso ver que materias contenían, y revolviéndolos halló en el paquete de ellos las dos Bulas, de que quedaron los que allí se hallaron sobremanera admirados de su grande humildad, creciendo en todos más el concepto que tenían de su santidad, y alabando á Dios, que si su siervo por humildad encubrió sus honras, Dios las manifestaba (1).

---

(1) El Ilmo. Cocchia, hoy Arzobispo de Chieti, en su obra *Storia delle Missioni dei Cappuccini*, habla varias veces del P. Egidio, y en la pág. 61 confirma que fué propuesto por obispo: « Passati



Y lo que hace más admirable esta virtud, fué que cuando el Pontífice y los pueblos de Grecia le juzgaron digno de los mayores honores de la Iglesia por sus grandes méritos, el se tenía por indigno hasta del sustento que voluntariamente le ofrecían por el trabajo grande que llevaba en predicarles y administrarles los Sacramentos, no recibiéndolo como que se le debiese de justicia, sino que lo quería ganar pidiéndolo por Dios, como verdadero pobre Evángelico, y así le iba mendigando de puerta en puerta, y con los pedazos de pan que le daban se iba á la orilla de un rio, ó á una fuente, segun le ofrecía la ocasion, y allí los comía, y bebía de su agua. Esto lo dijo él mismo, pues con callar tanto sus cosas, una vez que preguntado por la causa de estar tan debilitado y flaco, que no siendo muchos sus años mostraba tener muchos más: él satifizo con llaneza á la pregunta, refiriendo lo mucho que padeció en Grecia; y lo que él dijo con sencillez, el que lo oyó no lo dejó caer para que se perdiera su memoria, sino que lo tuvó muy presente para que quedase recuerdo de tan señalada virtud. Era tan humilde que todo lo que podía granjear estimacion lo celaba, hablando de sí con mucho desprecio: y aun por huir de las honras que Grecia le ofrecía y le procuraba, la dejó y se volvió á Italia; y llegado á Roma fué á besar el pié á Su Santidad, que le recibió con mucho amor y le dió su bendicion, por lo mucho que había trabajado y padecido en la reduccion de los griegos cismáticos, en Grecia y Constantinopla.

Fué muy devoto de la Vírgen nuestra Señora; rezábale cada dia su oficio menor en lengua griega, celebraba sus fiestas con singular devocion, á todos exhortaba á la suya, decía su Misa con mucha ternura y consuelo espiritual de su alma. Compuso algunos tratados de oracion y contemplacion y de otras virtudes. Hoy (dice el antiguo Cronista) tiene parte de ellos el P. Fr. Jerónimo de Valencia predicador de esta Provincia, y los estimó por grandes reliquias; descúbrese en ellos altísima doctrina con mucha erudicion, y se vé en ellos lo mucho que alcanzó de la Teología mística y el grande conocimiento que Dios le comunicó de sí en la contemplacion de sus Divinos atributos.

Había de enviar nuestro P. General un Visitador á la Provincia de Cerdeña, y echó mano para negocio de tanta importancia del P. Egidio, que se hallaba en Roma, fiando de su cuidado y prudencia los mayores aumentos de nuestra Religion en aquella Isla, y satisfizo á su oficio como de él se esperaba (1). Gobernaba como Virrey en este tiempo aquel estado, el Sr. D. Antonio Coloma Conde de Elda, quien no pudo escapar á la suerte del que gobierna, de no poder dar gusto á todos. Los malcontentos procuraron descomponerle con el Rey nuestro Señor Felipe segundo, con algunos cargos que le hicieron, á que fué fuerza diera satisfaccion. Quiso el Virrey valerse para su defensa del P. Egidio, cuya prudencia había experimentado en la expedicion y buen acierto de los negocios graves que se le habían ofrecido en la Isla, y acabada la visita y hecho el capítulo de aquella Provincia, comunicó su cuidado con el P. Egidio, poniendo en sus manos la defensa de su inocencia con el Rey nuestro Señor, suplicándole se viera con su Majestad para representarle la suya, y del cuidado que había tenido de su real servicio. Embarcose para España con patente de nuestro P. General y con los despachos del Conde: llegó con ellos á Madrid y representó á su Majestad y á su Real Consejo con tanta prudencia las materias que llevaba, que se vió la

---

diciotto mesi in Gerusalemme andò, giusta il primo proposito, in Costantinopoli. Qui tutto che sappiamo di lui, è che predicò a cattolici e scismatici con molto profitto e conversioni; che ardendo della brama del martirio, fece tutto che in coscienza fu in lui per ottenerlo, e non riuscendogli, passò in Grecia con nuova speranza. Pratico dell'idioma, predicó ivi in questo e quel punto, e tanto fu il favore incontrato nel popolo, che morto non so qual vescovo, fu con suppliche al cardinal Santoro chiesto in luogo del medesimo. Ma fu in questo che urtò la umiltà di Egidio e fe' ritorno in Italia, da cui in Ispagna a metter le prime pietre della Valentina provincia. » Pero como consta de la vida del P Juan de Alarcon, pág. 174, no fué de los primeros capuchinos que fundaron la Provincia de Valencia, si bien con sus virtudes fué una de las primeras y más preciosas piedras fundamentales de la misma.

(1) El P. Atanasio de Quarto, cronista de Cerdeña, nos ha dado las siguientes noticias: « Dai libri di noviziato ed amministrazione della Provincia di Sardegna, risulta che P. Egidio da Santa Maria era in Sardegna dal 1591, venutovi coi primi fondatori dell'Ordine, e vi rimase fino al 1594, sempre nelle cariche di Maestro e Guardiano, e dal 94 il suo nome sparisce totalmente da quei libri. (Ved. P. Waldimiro: — I Conventi e Capp. Bresciani, pag. 493). »

inocencia del Conde, y su Majestad se dió por bien servido de su cuidado. Quedó el Conde muy agradecido al P. Egidio, y en su casa dura aun la memoria y agradecimiento de este servicio que recibió de nuestra Orden. Despidiose de la Corte para volver á Cerdeña, y sabiendo que poco tiempo había que habían fundado nuestros Padres el convento de Valencia, y hallándose ya viejo y cansado de tantos y largos caminos, de tantos y tan contínuos trabajos como había padecido en tantos años, en mar y tierra, quiso hacer asiento en dicha ciudad, con las debidas licencias, para acabar con más quietud los pocos dias que se prometía de vida. Viose no había sido suya esta eleccion, sino disposicion de Dios que quiso echar entre las santas primeras piedras de los fundamentos de la nueva Provincia esta más, para que sobre la firmeza de la sólida santidad de tantas, subiese más alto y estuviese más seguro el edificio de su perfeccion: y lo publica la voz comun de los Padres de ella que conocieron al P. Egidio, para que los venideros supiesen que la ilustraron mucho los ejemplos de sus heróicas virtudes, y los milagros que Dios obró por él en ella en sus principios.

A este fin le enviaron los Superiores á la nueva fundacion de nuestro convento de Segorbe, para que con el ejemplo de su santa vida plantase allí la Religion y le ganase glorioso nombre. Despues de haber estado en él algunos dias, le dió la última enfermedad de unas fiebres contínuas y malignas, con una inflamacion que le cogía todo el cuerpo, con unos dolores agudos que no le permitían descanso, ni de dia ni de noche: y aunque padecía sin treguas, jamas se le oyó la menor queja, ántes con mucha serenidad de ánimo, y rostro apacible, no se oían en su boca sino loores divinos y de gracias á Dios porque le daba que padecer por su amor, y de resignacion y conformidad con su Divina voluntad. Juzgaron los médicos y cirujanos que para remedio de este mal se abriese por la parte más dañosa de la inflamacion: reconoció el cirujano igual peligro de muerte si le abría ó dejaba de abrir; advirtió el P. Egidio los temores del cirujano, y vuelto á él con ánimo mayor que sus fuerzas le dijo: « Corta, hijo, no temas el dolor que me has de dar, que tiempo es de dolores y de padecer: que por más fuerte y rigurosa que sea la cura, no es posible sea fuera de tiempo. » Sufrió con tanto valor el doloroso golpe, que movió á compasion y á admiracion su sufrimiento y constancia, ofreciéndose á aquel penoso martirio, de dejarse abrir y cortar con la navaja las carnes, que dejó á los presentes atónitos mirándole con gozo grande que manifestó en la alegría de su rostro, y en las gracias que dió á Dios de que le había dejado llegar á padecerlo sino entre infieles como lo había deseado y procurado, entre católicos, si bien por diferente causa, pero que su afecto se extendía á padecerlo por su fe y por su amor, muriendo dos dias despues de la primera cura. Recibió los santos Sacramentos, y cantando alegre salmos é himnos al Señor, le entregó con mucha tranquilidad su espíritu adornado de gracias y rico de grandes merecimientos dignos de premio grande de gloria. Murió en una casa de la ciudad donde estaban de prestrado nuestros Religiosos, por no estar aun acabado el nuevo convento, el año 1604.

A la misma hora que espiró, se apareció bañado de resplandores de gloria á una devota mujer de la misma ciudad de Segorbe de mucha virtud, y conocida y tenida por la suya de todos en buena opinion; á la que dijo el P. Egidio que se preparase, porque dentro de pocos dias había de morir y que iría á gozar de Dios en su gloria. Estaba á este tiempo buena la mujer, y enfermó y murió con muchas demostraciones de su predestinacion: y así la muerte de esta mujer fué nueva comprobacion de la felicidad del P. Egidio, con que quiso Dios manifestar la que gozaba en su gloria. Resolvieron nuestros Padres llevar el cuerpo difunto, para darle sepultura, á la iglesia de nuestro nuevo convento, que si bien no estaba concluido del todo, lo estaba ya ella. Pasó esta voz en la ciudad y la fama de su santidad había igualmente corrido por toda ella, y fué notable el ánsia con que todos le deseaban ver para venerar su cuerpo como de santo. Adornaron las calles por donde había de pasar con ramos verdes de árboles, y todo el suelo de flores y de rosas matas como si aguardaran no el entierro de un difunto

sino una solemne procesion de algun santo; y no se puede significar con palabras, el afecto grande y devocion con que á porfía llegaban todos los de la ciudad á cortarle por reliquias pedazos del hábito al pasar el cuerpo, sin darse lugar los unos á los otros: y eran tantas las voces y confusion de las gentes, que interrumpían la música de los salmos que iban cantando, que era fuerza parar á cada paso. Llegó bien tarde el entierro á nuestra iglesia, y el cuerpo del siervo de Dios casi desnudo. Concluido los oficios funerales, le dieron sepultura bajo la pila del agua bendita, por no estar hecha la bóveda comun para nuestros Religiosos. Con este aplauso y comun veneracion quiso Dios fuese honrado de toda esta ciudad este su siervo que en tantas había procurado su honra.

Manifestó Dios la gloria de su siervo luego despues de muerto, con muchos milagros, confirmando la opinion comun de su santidad. Pidieron muchos por su devocion las cosas de que el siervo de Dios se había servido en vida, con que experimentaron muchos su admirable suavidad y virtud en beneficio de sus enfermedades. Singularmente su cuerda obró muchas maravillas en las mujeres que estaban de parto, que llegando á ceñirse con ella se veían libres de sus dolores y del peligro en que se veían de la muerte, teniendo muy felices partos. Las primeras que experimentaron este beneficio fueron dos, la una se llamaba Colonia, que habiendo padecido grandes dolores y vístose en peligro de muerte, ceñidas con la dicha cuerda, al mismo instante se vieron fuera de él. Extendiose por la ciudad la fama de esta milagrosa cuerda, y cuantas se vieron despues en semejante peligro, valiéndose de ella, é implorando los méritos del siervo de Dios, experimentaron el mismo favor, contando agradecidas el que por su medio habían recibido. De estas fueron sin número, que fueron otros tantos testigos, que publicaron la santidad del P. Egidio.

Despues de algunos años trasladaron sus huesos de su primera sepultura á la bóveda comun de los Religiosos; hallaron que su cuerpo todo se había resuelto en polvo, sólo la carne de las rodillas hallaron fresca y entera y sin ninguna corrupcion, como cuando vivo.

Estaba á este tiempo enfermo el P. Hilario de Valencia predicador de nuestra Orden, en el mismo convento de Segorbe, de una hinchazon en una rodilla, con una grave postema, y el otro dia se la había de abrir el cirujano. Fr. Pedro de Valencia religioso lego, compadecido del enfermo, temiendo la rigurosa cura que le estaba prevenida, con mucha fe exhortándole á la misma y á la intercesion del P. Egidio, aplicó la carne de su rodilla sobre la hinchazon de la del enfermo sobre los emplastos que tenía en ella; y viniendo el cirujano á abrirla por la mañana, no sin grande admiracion suya y de los que se hallaron presentes, la halló tan sana, como si jamas hubiera tenido mal alguno en ella.

En el mismo convento estaba enfermo Fr. Márcos de Alvarez, religioso lego, de un brazo baldado de que no podía valerse para acción alguna, y lo que más le afligía, sin esperanza de salud. Acordose del P. Egidio, é implorando su intercesion, aplicó con mucha fe sobre su brazo enfermo la misma carne de su rodilla, y al mismo instante quedó con el brazo sano, libre y suelto como el otro que había tenido siempre bueno.

El P. Gregorio de Baeza, sacerdote de nuestra Orden, padecía un muy vehemente dolor de cabeza que le tenía fuera de sí. Haciéndole la señal de la cruz sobre ella con un hueso del P. Egidio, é implorando sus méritos, al mismo punto se sintió libre del dolor. Finalmente, fueron sin número los milagros que obró Dios en enfermos, que aplicándoles alguno de los huesos, partículas del hábito, ó la cuerda del P. Egidio, sanarón instantáneamente de diferentes achaques: con que manifestó Dios la santidad y gloria de este admirable varon apostólico. (1)

(1) Boverio, t. II, p. 697. da una biografía del P. Egidio, que en el *Index virorum illustrium* resume así: « Aegidius è Portu S. Mariae, Valentinae Provinciae Concionator, in Hetrusca Provincia (ut creditur) Apostolicae vitae fundamenta posuit . . . . Ad infidelium terras Evangelium praedicaturus migrat. Eximia illius patientia declaratur. Segobrigae in Conventu animam Deo reddit. Post mortem mulieri gloriosus apparet: eique propinquum vitae occasum praenunciat. Nonnulla post mortem miracula praestat. »

P. Miguel de Perpinan.

Nació este Varon insigne en la ciudad de Perpiñan, cabeza del Condado de Rosellon, cuando pertenecia á nuestro Reino de España. Sus padres fueron Miguel Audet é Isabel su consorte, vecinos honrados y devotos de la misma ciudad. Llamóse en el siglo Miguel como su padre, cuyo nombre conservó en la Religion, y aun el apellido Audet le fué muy familiar entre las gentes, llamándole comunmente P. Miguel Audet. Despues de estudiar latinidad, le pusieron sus padres en casa de un insigne Maestro de Retórica, para que bajo su cuidado y enseñanza aprendiese esta facultad. Dejóse ver aquí no sólo adornado de buen ingenio y facilidad en aprender, sino tambien compuesto, recogido, y de unas costumbres muy cristianas. Confesaba y comulgaba por lo ménos una vez la semana, por lo cual su Maestro le amaba con tanta preferencia á los otros discípulos, que no quería recibir el salario que estaba convenido. El buen nombre y fama de este Maestro llegó á noticia del Ilustrísimo Señor Don Luis Agustin, Arzobispo de Tarragona, el cual procuró que pasase á esta ciudad, para enseñar retórica á la juventud; como así lo ejecutó, llevando consigo á su amado discípulo Miguel. Algunos años moraron ambos en esta ciudad metropolitana, el uno enseñando, y el otro aprendiendo; y fué tal el cuidado y solicitud del Maestro, que no sólo le perfeccionó en la retórica, sino tambien quiso que estudiase Artes y Teología, y que se graduase de Doctor en estas facultades, gastando con liberalidad en su provecho y lucimiento. Con tan buen Maestro y con el trato y comunicacion de otros sugetos sabios y virtuosos, y sobre todo con la gracia del Señor hizo nuestro P. Miguel tales progresos en las ciencias, que llegó á ser Catedrático, primero de retórica, y despues de Teología positiva; y en la virtud adelantó tanto, que consiguió la opinion de santo aun estando en el siglo.

Habiéndose ordenado de Sacerdote, le confirieron un canonicato en la Iglesia catedral de San Juan de Perpiñan, cuyo estado procuró santificar con aquellos buenos ejemplos y santas ocupaciones que son propias de un eclesiástico fervoroso. Su modestia, su composicion, su asistencia á la iglesia era tal, que servía de edificacion á los mismos canónigos y clérigos de aquella iglesia, los cuales con sólo verle se componían y recogían. Se dice que una vez celebrándose la devota funcion de las Cuarenta Horas, estuvo arrodillado en oracion por el largo espacio de siete horas. En el púlpito era muy fervoroso, y en el confesonario se revestía de tanta caridad, que mucha gente principal y gran parte del pueblo se confesaban con él, con no pequeño aprovechamiento de sus almas; y conociendo él este provecho, si alguna vez le sacaban del confesonario, decía: « Bien parece que no saben el fruto que se hace en este lugar ». A más de estas santas ocupaciones y ejercicios, fué tambien empleado en negocios de letras por el Ilustrísimo Señor Obispo Rebosler, quien tenía formado tan alto concepto de este sabio y santo Canónigo, que queriendo formar un Ordinario para su Obispado, puso á su cargo el trabajo de esta obra, la cual compuso con mucha piedad y erudicion, aunque por haber entrado en nuestra Orden, no sabemos que se diese á la imprenta (1). Tales eran los resplandores de virtud y letras que dió este santo Canónigo en su estado, los cuales aunque pudiesen satisfacer su buen espíritu, pero como su ánimo fervoroso se extendiese á mayor perfeccion, empezó á discurrir sobre dejar el mundo y abrazar nuestro Instituto capuchino, creyendo sin duda que aquí hallaría la perfeccion que deseaba. Mas como hombre cuerdo hizo reflexion sobre sus pocas fuerzas, no proporcionadas tal vez para llevar el rigor y la austeridad de nuestra Orden, cuyas reflexiones le llevaron por algun tiempo perplejo y dudoso en la resolucion.

Pero Dios nuestro Señor que le daba aquellas inspiraciones santas, y quería servirse de él en el estado capuchino, permitió un suceso tan instructivo y eficaz, que bastó para determinarse y resolverse. Entre las personas que él dirigía, había una llamada Francisca Bodeta, que quedó viuda en su juventud, y siendo de buen parecer y

(1) « Antes de tomar nuestro hábito, era ya célebre Theologo. Canónigo de S. Juan de dicha villa, y Vicario General del Señor Obispo de Elna. » (MS. *de Areñs*).



pobre, le armó el demonio los mayores lazos y peligros para mancillar su castidad. Primero se valió de algunos jóvenes atrevidos, y despues se le apareció él mismo en figura de mancebo, ofreciéndole gran cantidad de moneda, y valiéndose de otros artificios para rendirla. Pero todo fué inútil y sin efecto, porque ella amante de la castidad, y ayudada con la gracia del Señor, resistió valerosamente, tanto las seducciones de los jóvenes, como las astucias del demonio, el cual aunque añadió despues golpes y malos tratamientos, nada consiguió, quedando ella victoriosa y triunfante. Todas estas peleas y triunfos eran en el fuero externo conocidos por nuestro virtuoso Canónigo Miguel; y considerando de aquí cuan poderosa y eficaz había sido la gracia del Señor en la resistencia de esta buena mujer, abrió los ojos para conocer y esperar que el mismo Señor le daría tambien á él unas gracias igualmente poderosas, para llevar toda la austeridad y penitencia capuchina, por más que fuesen débiles y flacas sus fuerzas. En efecto, animado con este ejemplo, y guiado con la luz del cielo, renunció el canonicato con todos sus honores y rentas, y despidiéndose del mundo, vistió nuestro pobre hábito capuchino el dia nueve de Noviembre del año 1597, en nuestro convento de Figueras, y fué connovicio del celebérrimo P. Diego de Quiroga.

Entró pues en nuestra Orden, no para empezar el camino de la perfeccion, sino para proseguirle y mejorarle; entró no vacío de virtudes, sino muy adelantado en la santidad; y lo que es más, entró tan puro y tan inocente, que se sabe no había perdido la inocencia bautismal. Fueron tales sus progresos en la virtud, y subió á tan alto grado de santidad, que el P. Juan de Alarcon, Provincial que fué algunas veces, decía que le parecía ver en nuestro P. Miguel un retrato de nuestro P. S. Francisco. En el noviciado empezó á manifestar una humildad tan profunda, que á la verdad causa no pequeña admiracion. Fué él, como dijimos, Doctor en Artes y Teología, y tambien Catedrático de retórica y de Teología positiva; y sin embargo cuando leía en el refectorio parecía tan rudo ó ignorante, que apénas acertaba á decir palabra: demostracion nacida sin duda de sus grandes deseos de ser humillado y despreciado. Otro ejemplo tenemos muy singular tambien del tiempo que fué novicio, el cual nos declara no sólo su satisfaccion en este nuevo estado, sino tambien cierta luz profética con que el Señor le había adornado. Vino por este tiempo una su hermana casada á verle y rogarle dejase la Religion para remedio de ella y de tres hijas que tenía. El Siervo de Dios, constante en su buen propósito, despues de consolarla, le dijo que se fuese, que presto le quitaría Dios aquellos cuidados que tanto la afligían. Fuese la hermana, y dentro poco tiempo se le murieron dos hijas, y pudo casar la tercera. En lo restante del tiempo que vivió en la Religion, fueron sus virtudes consiguientes á estos principios santos del noviciado: muy obediente á los Superiores, muy resignado para cualquier cosa, muy humilde y muy silencioso, de mucha oracion y recogimiento, de mucha paciencia en las enfermedades que padeció, y de mucha abstraccion de seglares, singularmente de mujeres.

Con estas y otras virtudes se aplicó en el sagrado ministerio del púlpito, que ya había ejercitado siendo Canónigo, y trabajó con tanto fervor, espíritu y celo en estas apostólicas tareas, que todo el pueblo le seguía en sus sermones, con grande aprovechamiento de sus almas, mereciendo alguna vez que el Señor le ilustrase con particular gracia para el acierto, segun lo demuestra el caso siguiente. Deseando el Ilustrísimo Señor Obispo de Elna Don Onofre Reart, conservar recogidos á los Señores Canónigos y Clérigos de Perpiñan en los dias de Carnestolendas, ordenó que todos se congregasen despues de Vísperas en la iglesia de San Juan por el tiempo de ocho dias, y encargó á nuestro P. Miguel, ya entónces Capuchino, el predicar á este sabio y venerable Congreso en los dichos ejercicios.

Sucedió en uno de estos dias que descuidándose por equivocacion el compañero de despertarle á la hora prevenida, se halló en la precision de haber de subir al púlpito sin poder reflexionar lo que había de decir; por lo cual disimulando la turbacion en que se ha-

llaba, predicó otro sermon del que había pensado; pero fué con tal acierto y con tanta luz de doctrina, que habiendo concluido, uno de los Canónigos le pidió con instancia aquel sermon, diciéndole que se lo pedía por parecerle admirable aquella materia, la cual no había leido en los libros. El humilde predicador confesó ingenuamente lo acaecido, y que á la verdad no sabía lo que había predicado: de cuya respuesta se persuadieron que por su santidad Dios le había asistido de un modo tan admirable.

Más singular fué una luz superior con que Dios le favoreció para librar á una su hermana llamada Rafaela, casada con un hombre de Perpiñan. Este marido, engañado por el demonio, llegó á sospechar ó creer que su mujer tenía tratos prohibidos con otro hombre, cuyos pensamientos encendieron tanto sus celos, que ciego y fuera de sí determinó quitar la vida á la que suponía infiel y delincuente. Para efectuar con secreto esta su dañada intencion, fingió deseo de pasar á cierto lugar no muy distante en que tenía algunas tierras; y persuadiendo á su mujer que le acompañase, al llegar á cierta fuente dejó el camino, y se entró en un bosque junto con su mujer, y apartándose de ella, buscó algun lugar escondido donde pudiese ejecutar su mal intento. Estaba en esta sazon nuestro P. Miguel, no en nuestro convento de Perpiñan, sino en otro más distante, y siendo ilustrado por Dios de tan fatal y lástimoso peligro, compareció inopinadamente y solo en aquel bosque, sin saberse el modo ó la manera con que vino. Aquí halló á su hermana sola y muy afligida por algun recelo que había concebido de la mala intencion de su marido. Consólose ella con su venida en ocasion tan crítica; pero el marido, que acudió pronto, quedó pasmado y perturbado al ver á su cuñado capuchino. Llamole este á parte, y preguntole el motivo de haber venido á aquel bosque; y como el miserable quisiese excusar ó fingir la causa verdadera, el P. Miguel se la declaró con tanta individuacion que aun le nombró el hombre con quien sospechaba los malos tratos de su hermana; y añadiendo á esto una fuerte reprension sobre tan execrable intento, le sacó de aquella espantosa ilusion, y le obligó al arrepentimiento y á derramar muchas lágrimas. Despues de esto se volvieron á Perpiñan, donde el P. Miguel continuó sus buenos oficios en los tres dias que estuvo en aquel convento, convirtiendo tan perfectamente á su cuñado, que pidió perdon á su mujer inocente, y vivieron en adelante con mucha paz y concordia.

Otra vez, morando el Siervo de Dios en nuestro convento de Monte-Calvario, anunció tambien con luz superior lo que había de suceder á cierto Religioso lego llamado Fray Fulgencio de San Celoni, el cual enfermó de tanto peligro que los médicos desconfiaron de su vida, y aun el enfermero llegó á decir que no viviría más de tres dias. Nuestro P. Miguel era Confesor de este Religioso enfermo, y como tuviese una luz más clara que los otros, le dijo varias veces con mucha aseveracion que no temiese aquel peligro, porque no moriría de aquella enfermedad, mas que se previniese para otros trabajos mayores que le aguardaban. El efecto confirmó el vaticinio, porque habiendo el dicho Religioso salido de aquella enfermedad, padeció despues el trabajo de haber de estar tullido en la cama sin poderse valer por el tiempo de dos años, y aun despues que pudo levantarse permaneció tullido de los pies otros seis años.

De este modo ilustraba Dios la santidad de su fidelísimo Siervo; y queriendo darle el premio de sus grandes servicios, se dignó sacarle de las miserias de este mundo, purificándole primero con la enfermedad de dolor de costado, con la cual acabó su vida. Había este santo Religioso servido á Dios con la virtud y perfeccion que hemos dicho, tanto en el siglo como en la Religion, y así cuando llegó al término de su mortal carrera, no pudo ménos que dar nuevas luces de espíritu y de fervor. Puestos los ojos en la sagrada imágen de un Crucifijo que tenía delante, se ocupaba en la meditacion ó contemplacion de este su amado Dueño. A veces hablando con los circunstantes, les exhortaba á prepararse para aquella última hora, ó les hablaba de Dios; y como ellos llorasen por la pérdida de tal Padre, él procuraba consolarles en lo que podía. Al fin habiendo recibido los santos Sacramentos, y diciendo algunas devo-

ciones y devotos himnos, murió en el Señor, permaneciendo con los ojos tan fijos en la imágen del Crucifijo, que parecía estaba mirándole. Así acabó su dichosa vida este Varon santo, en nuestro convento de Perpiñan, el año 1604, con universal fama de santidad. Apénas el Señor Obispo Reart tuvo noticia del fallecimiento del Siervo de Dios, envió al convento dos Canónigos que pidiesen al Superior que no se apresurase en su entierro, tal vez porque los Canónigos habían determinado, segun se dijo, llevarse el venerable cuerpo á su iglesia, lo que impidió el mismo Obispo por miramiento á nuestros Religiosos. Compuesto así el negocio, el Cabildo de Canónigos formado en cuerpo, juntos con los Clérigos, y la cruz delante, vinieron á nuestra iglesia, y celebraron el oficio y exequias funerales con cuatro antorchas y otras velas de color blanco, en significacion de la virginidad del venerable Difunto, cuya pia memoria celebraban con tanta religion y piedad. Y no contentos con esta solemne demostracion, concluidos los oficios, se acercaron al cadáver y le besaron los pies, y le cortaron alguna parte del hábito, testificando con esto el alto concepto que habían formado de su virtud y santidad. A más del Cabildo concurrió tambien muchísima gente á venerarlo y cortarle pedazos del hábito y los pelos de la barba con tan indiscreta devocion, que los Religiosos se dieron prisa á enterrarle para evitar excesos. Mas la devocion se conservó de modo que fué preciso dejar abierta la sepultura por algunos dias, y aun despues de cerrada fué necesario volverla á abrir para satisfacer la devocion de algunos.

Con tales demostraciones celebraron y honraron los hombres la santidad y la gloria de nuestro P. Miguel. Mas Dios nuestro Señor, que se digna honrar á sus fieles Siervos no sólo en el cielo sino tambien en la tierra, quiso darnos otras pruebas y testimonios más claros de cuan agradable fué á sus Divinos ojos aquella dichosa alma. La venerable Madre Serafina, fundadora de las Capuchinas de España, hablando de nuestro P. Miguel con Doña Angela Valgornera, mujer de Don Miguel Blanes de Perpiñan, le dijo que este santo Religioso había subido desde la cama al cielo. Sor Ana Domenja ó Dominga, Beata de la tercera Orden de nuestro P. S. Francisco, mujer de aventajada virtud, dijo en cierta ocasion al Señor Conde de Vallfogona y Vizconde de Canet, que había tenido revelacion que el alma del P. Miguel tenía gloria grande en el cielo. Francisca Bodeta, de quien arriba hicimos mencion, mereció ver glorioso y resplandeciente á este venerable Padre; y porque las circunstancias son muy instructivas y dignas de saberse, nos ha parecido escribirlo con las mismas palabras con que ella bajo juramento lo refiere, y es del modo siguiente: « Yo conocí, dice, al » Padre Fray Miguel Audet por haberle tratado muchas veces, y por » haber sido mi Confesor tres años » cuando era Canónigo de la iglesia » de San Juan de la presente Villa, y » tambien le he conocido siendo Capuchino. Y estando yo enferma de » una grande afliccion, porque me habían levantado un gran falso testimonio, y á pique de perder el entendimiento, y con propósito de nunca perdonar á quien me había agraviado. A las doce horas de la noche estando despierta, viéndome con grandes tentaciones de demonios, que » me persuadían á que no perdonase, » invoqué á nuestro Señor y á nuestra » Señora, y luego me acordé del P. » Fray Audet, y encontinente me apareció delante una nube muy resplandeciente, en la cual estaba el » dicho P. Fray Miguel Audet, y me » dijo: ¿ No me conoceis ? y yo le » respondí: Sí, Padre Fray Miguel. » — Vos fuisteis, me dijo, causa » con vuestra constancia en resistir á » las tentaciones y en despreciar las » vanidades, que me hiciese Religioso; » y ahora ¿ os quereis perder por no » resistir á la presente tentacion ? mirad bien lo que haceis, y mirad la » gloria que tengo, que no hay ojos » humanos ni entendimiento que lo » comprenda (y entónces le ví que tenía gran resplandor, y muy blanco » y hermoso). No querais perder por » vuestra culpa á un Dios que os ha » hecho tantas mercedes. Perdonad á » ese que os ha quitado la fama, y » proponed de servirle si tuviere necesidad de vos. — Encontinente perdoné y propuse servirle si tuviere

» necesidad, y quedé muy consolada y » quieta. Y entónces le pregunté qué » sería de mi enfermedad, y él me res- » pondió que lo dejase para Dios, y » que me aparejase para bien vivir ó » morir, como Dios fuere servido; y » que avisase á ciertas Señoras que » habían sido hijas suyas de confesion » estando en el siglo, que no pasasen » el tiempo en palabrillas sino en bue- » nas obras, y sirviesen de veras á » nuestro Señor. » Todo esto dice la sobredicha Francisca Bodeta.

A todos estos testimonios de la gloria de este Padre debemos añadir los milagros que Dios nuestro Señor obró por su intercesion, los cuales no sólo confirmaran su eterna felicidad, sino que nos haran conocer los grandes méritos que tiene en el Divino acatamiento. Ana Constanti, mujer de Luis Constanti de Perpiñan, se halló tan gravemente enferma, que desauciada de los médicos vino á punto de morir; y como tuviese gran devocion al Varon santo, que había poco tiempo había muerto, habiendo perdido los sentidos y despues vuelta en sí, le pareció que á un lado de la cama veía al Siervo de Dios vestido de Capuchino: cuya vista fué remedio tan eficaz, que en adelante se halló mejor, y dentro pocos dias cobró entera salud. Rafael Regnes, vecino y médico de Perpiñan, fué uno de los que se hallaron presentes en la muerte y entierro de nuestro P. Miguel, y por su devocion pidió al P. Guardian alguna cosa del venerable Difunto, y le dieron el báculo, la cuerda, y un pedazo de pañuelo. Tenía á la sazon este médico en su casa un hermano que estaba malísimo, herido de una pedrada, de modo que peligraba su vida. Este desgraciado había pedido que le llevasen alguna cosa del Siervo de Dios que acababa de morir, y dándole el médico su hermano la cuerda, dijo: « Ahora ya estaré sano por la intercesion de este santo ». Y en efecto, desde aquel punto siempre fué mejorando, de modo que en pocos dias se halló enteramente sano. Una hija de Salvador Comas de Perpiñan se hallaba enferma y desauciada de los médicos, y encomendándose una noche al P. Miguel, dijo despues á su padre que ya se hallaba mejor, y dentro poco tiempo se halló perfectamente sana. Estando la hija de María Gavador en lo más alto de una escalera, cayó por las gradas de arriba abajo, lo cual visto por el abuelo, invocó prontamente al P. Miguel diciéndole: « Padre Audet, socorred á mi nieta ». Era la niña como de cinco años de edad, y la escalera harto alta; y cuando podía creerse que estaría muerta ó por lo ménos muy maltratada, la hallaron en pié, sana, y sin daño alguno, quedando todos con la admiracion y consuelo que se deja pensar.

El P. Onofre de Barcelona, Religioso de nuestra Orden, morando en Perpiñan fué enviado para auxiliar á una hermana del P. Miguel, en cuya casa le sobrevino cierto accidente de graves dolores y desconcierto de estómago con vómitos y desmayos; y habiendo padecido este trabajo tres ó cuatro horas sin hallar remedio ni sosiego, le ofrecieron un manto del Siervo de Dios que tenían en dicha casa, y cubriéndose con él, experimentó tal virtud y eficacia, que luego cesaron los dolores y desconcierto del estómago junto con los desmayos, y quedó remediado de todo su mal. El mismo P. Onofre, que recibió tan señalado beneficio, es el que da testimonio jurado de él, atribuyéndolo á la virtud que Dios concedió al dicho manto del Varon santo.

Gualderique Pages padeció un grande trabajo, cuyo accidente se agravó más con el remedio que le ordenó el médico. En este conflicto se encomendó al P. Miguel, y le cubrieron con su manto, con el cual se durmió, y despues en despertando se halló sosegado y libre de todo mal. Un hijo del mismo Gualdarique Pages de unos seis años de edad padeció la grave enfermedad de viruelas, las cuales aunque no le salían fuera, le produjeron vehemente calentura junto con tal congoja, que estaba todo bañado de sudor, y aun parecía haber perdido la vista. Estando pues en tanto peligro, y los padres con mucho desconsuelo, le pusieron el manto del P. Miguel con tan feliz efecto, que desde entónces fué siempre mejorando, y se libró de aquel peligro. Con la misma virtud de este manto curó tambien de unas molestas calenturas la hija de María Guerau, siendo de siete años. Mayor y más singular fué el beneficio que recibió cierto Caballero

de Perpiñan, llamado Alejandro Caors. Hallábase este agravado de tantos males, que le condujeron muy cercano al sepulcro. A más de una muy ardiente calentura que le afligía, tenía el rostro tan hinchado que parecía una monstruosidad, juntándose para colmo de los males dos ó tres carbunclos y cierto mal humor que casi le habían consumido un ojo, resultando de aquí un estado tan pésimo, que los facultativos le dieron por muerto, y en consecuencia ordenaron que se le administrase la sagrada Uncion. En esta ocasion tan crítica y desesperada acudieron á los méritos de nuestro P. Miguel, poniéndole aquel su tan prodigioso manto, el cual fué remedio tan poderoso, que por la mañana siguiente el enfermo ya se halló mejor, y en adelante fué siempre mejorando de modo que el rostro hinchado volvió á su antiguo ser, el ojo enfermo se mejoró, y al fin curó perfectamente de todos sus males.

Todos estos sucesos prodigiosos, obrados por la virtud que Dios concedió á este manto del P. Miguel, los refiere en el segundo tomo de los Originales de la Provincia el R. P. Pablo de Sarriá, Provincial que fué de Cataluña, quien tomó las correspondientes informaciones treinta años despues de la muerte del Varon santo; y añade que si ántes se hubiera hecho la inquisicion, se halláran otros muchos milagros, pues que en Perpiñan apénas había persona que no tuviese noticia del dicho manto y de su virtud en curar enfermedades. Dice más, que este manto era austerísimo, y que se conservaba en casa de Bernardo Gavador. Tambien dice que la cuerda del Siervo de Dios estaba en casa de Antonio Guerau, y que despedía de sí un olor tan fragrante, que obligó á preguntar, si en el cajon en que le tenían, había cosas olorosas, siendo cierto que nunca las hubo. Por conclusion debemos añadir otra maravilla, y fué el conservarse el cuerpo del Varon santo incorrupto despues de mucho tiempo de enterrado, cuya incorrupcion fué tan singular, que cierto Seglar que lo vió dice que estaba no sólo entero, sino tambien con el mismo color como si entónces muriera, que fué el motivo de conocerle. Y un Religioso nuestro añade que los paños se le conservaban tan enteros, que tirándolos con las manos nunca se pudieron romper, siendo por otra parte la sepultura de mucha humedad. Bendigamos y glorifiquemos al Señor, que se digna honrar á sus Siervos acá en la tierra, al mismo tiempo que les concede sus gozos eternos en el cielo. Supliquémosle nos dispense sus gracias poderosas, para que imitando las virtudes de este nuestro venerando Padre, merezcamos ser sus compañeros en la gloria. (1)

P. Luis de las Pallaresas.

Su nacimiento fué en las Pallaresas, lugar poco distante de Tarragona. El nombre de sus padres no lo hallamos; pero cómo los Originales de la Provincia llaman á este Religioso P. Luis Bofarull, no hay duda que este era el apellido de ellos. Lo que hallamos es que fueron labradores con buena hacienda, y que murieron siendo de pocos años nuestro P. Luis, el cual por este motivo quedó en poder de su hermano mayor, y pasó algunos años en la humilde ocupacion de guardar el ganado de la casa. En este estado tuvo compasion de él un su pariente, el cual deseoso que el niño mejorase de fortuna, lo condujo á Tarragona, y dejole en cierta casa de gente honrada y rica, para que aquí aprendiese algunas letras. Manifestose á los principios tan rudo, que parecía imposible que llegase á poder leer; pero fué tal su aplicacion y cuidado y Dios le asistió de tal modo, que hizo progresos admirables en el curso literario. En la retórica, en la filosofía, en la Teología fué hombre consumado, y enseñó estas facultades con particular habilidad. Por estò y por su mucha vir-

(1) «Michaëlis Perpinianensis, Cathaloniae Prov. Conc. variae virtutes exarantur an. 1604. Prophetico spiritu illustratur. In Perpinianensi Conventu magna cum sanctimoniae fama, ac totius luctu urbis ad immortales migrat. Notae sanctimoniae Virgo Michaëlis animam à lecto in Caelum conscendere videt. Mulieri post mortem apparens gloriam suam revelat. Nonnulla post mortem miracula patrat. Tertio post ipsius obitum anno corpus eius incorruptum, ac solidum in loco humido, et inter aliorum corporum putredinem reperitur.» (*Boverio*, t. II. *Index Virorum illustrium*). Y en la pág. 715 refiere por extenso lo que aquí resume.

tud mereció ser elegido Rector de un Colegio de la misma ciudad de Tarragona, en cuyo oficio no sólo cuidaba de la educacion y enseñanza de los colegiales, sino tambien de otros hijos de gente honrada que ponían bajo su direccion, con tanto aprovechamiento de los discípulos y satisfaccion de todos, que la ciudad sintió en gran manera el que dejase aquel oficio y enseñanza por hacerse capuchino. No era él ciertamente de aquellos Maestros, que hinchados con su ciencia, cuidan sólo de brillar y lucir; ni ignoraba que las letras sin la virtud hacen al hombre más pagano que cristiano. Por esto su aplicacion y cuidado no era sólo en las ciencias, sino tambien en las virtudes, tanto para sí como para sus discípulos. Su recogimiento y retiro era tan reformado, que nunca le hallaban sino en casa y sobre los libros. Su abstinencia era mucha, y el sueño que tomaba muy limitado. Entre sus discípulos y colegiales vivía con tanta humildad, que en la mesa no quería que se le hiciese distincion alguna, ni quería parecer Maestro sino cuando estaba en la cátedra. Al mismo tiempo fué tan caritativo y tan amante de los pobres, que no dudó alguna vez darles sus propios vestidos. Ofreciéronle cuando se ordenó de Sacerdote un cáliz, y él lleno de piedad lo dió á nuestro convento de Tarragona, en cuya iglesia dijo la primera Misa. Estas virtudes junto con su mucha doctrina hicieron célebre su nombre en tanto grado, que á más de merecer la estimacion del Señor Arzobispo, el Excelentísimo Señor Duque de Maqueda, Virrey de Cataluña y algunos Grandes de Castilla desearon tenerlo por Maestro de sus hijos con buenos salarios, y tal vez con ascensos superiores. Mas él, constante en sus humildes pensamientos, y no haciendo caso de aquellos honores y rentas, permaneció en sus ocupaciones literarias, enseñando con doctrina y ejemplo la virtud y letras á los muchos que concurrían á oirle.

Así vivió este buen Sacerdote en el siglo. Así consagró nuestro P. Luis la mayor parte de sus años en medio del mundo. Pero inspirado de Dios para que buscase otro estado de más austeridad, pensó en abrazar nuestro Instituto capuchino, cuya pobreza le era tan agradable, que viniendo algunas tardes á nuestro convento de Tarragona, decía á veces al que le acompañaba, que los hábitos capuchinos le parecían mejores que brocados. Determinóse finalmente poner en ejecucion lo que había pensado, y aunque algunos parientes y condiscípulos le hicieron bastante contradiccion, él superior á todos los sentimientos humanos, habiendo enseñado tres cursos de Artes en la Universidad de Tarragona, dejó la cátedra, el colegio, y el mundo, y vistió nuestro hábito capuchino en el año 1602, siendo ya de bastante edad. Trasplantado en el terreno fértil de la Religion, no es de admirar que produjese muy presto copiosos frutos de virtud y santidad quien los había ya producido en la tierra árida y estéril del siglo. En efecto, no fueron menester muchos años para dejarse ver Religioso perfecto, porque ya desde el noviciado dió tales ejemplos de perfeccion, que aun los más aprovechados tenían que imitar. El silencio, el recogimiento, la mansedumbre, la caridad, la paciencia, la pobreza, y la puntual observancia de los ejercicios comunes y austeros de la Orden fueron las virtudes con que resplandeció. Pero singularmente se señaló en la humildad, que es la base y fundamento de todo el edificio espiritual. Hemos ya dicho la gran ciencia que poseía este Varon insigne, y las pruebas que dió de su alta doctrina así en público como privadamente; y sin embargo supo ocultarse tanto, y parecer tan ignorante, que en público apénas acertaba en el leer; y aunque esto podía tal vez parecer involuntario, pero siempre producía algun descrédito, singularmente entre aquellos que no le conocían, de lo cual, léjos de resentirse, mostraba tener gusto en ello, en prueba de los sentimientos humildes de su corazon. Con los mismos sentimientos desempeñaba las ocupaciones de Corista cuando era menester, y servía á los otros Religiosos en cuanto necesitaban de su ayuda, no dudando ocuparse en ejercicios bajos y humildes. Asimismo, siendo Sacerdote y tan graduado, hablaba á todos de rodillas, ni permitía que le besasen la mano; y si tal vez alguno porfiaba en ello, decía: « Non mihi, sed Petro; este honor

se debe no á mí, sino á San Pedro.»

En órden al tratamiento de su persona nada había que no fuese humilde, pobre y despreciado. Un hábito simple y grosero, los pies descalzos, la comida muy parca, y una particular abstraccion de seglares manifestaban bastante no sólo su espíritu de mortificacion, sino tambien el poco aprecio que hacía de cuanto resplandece en el mundo. Mas no debe esto maravillarnos en un corazon que estaba encendido en llamas de amor de Dios. Llevaba ya del siglo este Varon santo no pocos ardores de devocion, que había procurado encender en sí y en sus discípulos, siendo uno de los objetos la Vírgen Santísima, de quien era muy devoto. Pero como en la Religion se hallen materiales muy proporcionados para encender el corazon, mediante tantas horas de oracion, se aplicó el Siervo de Dios á este santo ejercicio con tanto espíritu y fervor, que los que ántes eran ardores ó centellas, fueron despues incendios y llamas muy ardientes de amor Divino, de lo cual dió diferentes pruebas en varias ocasiones. Una de ellas fué en la celebracion de la santa Misa, la cual celebraba con mucha devocion y casi contínua preparacion, mereciendo tan saludables efectos, que él mismo decía que su consuelo era desear de un dia para otro la hora de celebrarla. Cuando hablaba de cosas espirituales, era con tanto fervor que parecía encenderse en amor Divino; y tenía tanta gracia en hablar de Dios, que de cualquier materia tomaba motivo para formar conceptos que inflamasen á las personas con quienes hablaba. Tambien predicó á los Religiosos, dejándolos admirados por el espíritu y doctrina con que les predicó.

Otro efecto admirable sacaba tambien el Siervo de Dios del santo ejercicio de la oracion, que era un conocimiento muy alto de las cosas Divinas y celestiales. En prueba de esto decía á veces él mismo, que en el siglo entendía con trabajo la Teología, pero que en la Religion, habiendo trocado el estudio escolástico con el de la oracion, entendía sin trabajo y con mayor claridad así la Teología como la sagrada Escritura. «¡Oh si yo tuviera aquí, dijo una vez á cierto Colegial que le vino á visitar en nuestro convento de Valls, oh si yo tuviera aquí á todos los Colegiales, cuan de otra manera los enseñaría ahora la virtud, que entónces les enseñaba superficialmente!» Tales eran las llamas que salían del corazon abrasado de este Varon santo, y tales los provechos saludables que sacaba de la oracion y demas ejercicios espirituales, con los cuales pudo adornar su alma con tantas virtudes, y llegar en poco tiempo á un grado muy alto de perfeccion. Solos dos años vivió en la Religion, y cuando otros apénas dan los primeros pasos en el camino de la perfeccion, él se apresuró tanto, que pareció haber llegado á la cumbre de la virtud Por lo cual siendo ya fruto sazonado, se dignó el Señor trasladarle á la feliz patria de los dichosos, mediante una penosa enfermedad, que sufrió con tanta paciencia, que decía á los que le preguntaban de su mal, que aquello era negligencia. Purificado pues de este modo, y recibidos los santos Sacramentos, dejó la tierra, y voló su alma, segun piamente creemos, á las eternas moradas del cielo, donde recibió los copiosos y grandes premios que le merecieron sus virtudes. Falleció este Siervo de Dios en nuestro convento de Villafranca, en 1604. (1)

P. Fabian de Centellas.

Sus padres, cuyos nombres ignoramos, fueron gente honrada y de mediana suerte, los cuales deseosos que su hijo aprovechase en las letras, le enviaron primero á Vich, donde estudió gramática, y despues á Barcelona para otros estudios. Moraba entónces en la capital del Principado el Varon apostólico y Predicador famoso Doctor Diego Perez, el cual con su vida santa y sermones fervorosos producía frutos maravillosos de virtud y reforma entre las gentes de esta populosa ciudad. Entre los muchos que cogieron estos frutos saludables, fué uno nuestro P. Fabian, quien tuvo la fortuna de oir sus sermones y gozar de su trato con

(1) El MS. *de Areñs* hace muy honorifica mencion de este siervo de Dios.

tal aprovechamiento de su alma, que ya no parecía cursante de las aulas, sino Religioso morador de los claustros. Todo su cuidado era oir sermones, frecuentar los santos Sacramentos, y dedicarse á los ejercicios de piedad, uno de los cuales fué el asistir á las pláticas, oraciones, y disciplinas que tenían los Padres de la Compañía de Jesus. Tambien se dedicó al servicio de los pobres enfermos del hospital con tanta caridad y fervor, que les hacía las camas, les cortaba las uñas y los cabellos, les limpiaba, les servía la comida, y les hacía fervorosas exhortaciones para provecho de sus almas. Moraba entónces en casa del Señor Conde de Centellas, y como en tiempo de Carnestolendas viese á los criados entretenidos en máscaras y otras diversiones, encendido de celo, se presentó á ellos con una cruz en las manos, y cual Predicador fervoroso, les reprendió aquellas locas diversiones, y les exhortó á que empleasen el tiempo en otras ocupaciones más provechosas para sus almas. Este mismo espíritu manifestó tambien con otros estudiantes y condiscípulos, á los cuales reprendía en sus libertades, y procuraba inclinarlos á los ejercicios de devocion y piedad. Y aunque un proceder tan cristiano era burlado y mofado por algunos, él, firme en sus buenos propósitos, perseveró en aquellos pios y santos ejercicios hasta que Dios le llamó á nuestra Orden.

Sintiose pues movido á buscar otro estado donde pudiese seguir los caminos de cielo sin impedimento alguno y servir á Dios con mayor perfeccion, y pareciéndole que nuestro Instituto capuchino era el más conforme á sus deseos, pidió y consiguió el ser admitido por uno de sus profesores. Pero deseando no sólo su provecho sino tambien el de otros, persuadió á algunos estudiantes que le imitasen y siguiesen en esta santa resolucion, como en efecto así lo ejecutaron algunos que abrazaron tambien nuestro Instituto. Vistió nuestro santo hábito el dia 25 de Mayo del año 1588, y despues de profeso fué á su tiempo destinado á los estudios de filosofía y Teología, los cuales concluidos fué constituido Predicador, y por último mereció ser elegido Guardian algunas veces. Pero cual fuese su virtud en este tiempo y en estos oficios, cual su perfeccion, su espíritu, y su fervor, se deja bien entender de las prácticas de piedad, devocion, celo y caridad que con tanto fervor había ejercitado en el siglo. En efecto, llevando tanto caudal de virtud adelantado, pudo hacer progresos admirables en los caminos de la perfeccion religiosa. Su austeridad y penitencia era tal, que á más de vestir un hábito vil y remendado, quería que los paños interiores fuesen de la tela más gruesa que podía hallar. El sueño lo tomaba sobre las tablas; nunca bebió vino; y á los ayunos comunes añadía otros extraordinarios, observándolos con tal rigor que sólo comía pan y agua. De la obediencia fué observador tan fiel, que todo lo dejaba por cumplir el mandato del Superior; y si alguna vez había de dejar los estudios ó sermones para ir á la limosna ó servir á los enfermos, segun la disposicion del Prelado, lo cumplía exactamente; siendo lo más admirable que entónces predicaba mejor y con más provecho, cuando había ejercitado alguno de estos actos de obediencia, segun él mismo confesaba. Este oficio de la predicacion lo ejercitó el Siervo de Dios con mucho celo y fervor, aterrando á los pecadores, y animando á los buenos, deseoso siempre del bien de las almas, cuyos deseos eran tales, que á veces se entraba á las casas de juego, y persuadía á los jugadores que dejasen una ocupacion tan reprensible. Sucedió una vez que predicando en la iglesia de Centellas fué oido desde Vich, distante como dos leguas, por una mujer llamada Ana Ribot. Esta mujer había tenido en su casa al Siervo de Dios cuando niño, y sabiendo que predicaba en Centellas, deseó con muchas veras oir su sermon, y como no pudiese hacer el viaje por estar enferma, Dios le premió este su buen deseo, acreditando más la predicacion del Varon santo, haciendo que le oyese desde su misma casa, aunque tan distante, conforme despues ella lo dijo al mismo Siervo de Dios, refiriéndole algunas especies de las mismas que había predicado.

Lo demas de sus virtudes lo declaran los testigos en términos generales, diciendo que fué muy fervoroso y ejemplar; muy celoso de la Regla y Constituciones; muy estimulado de conciencia;

muy fervoroso en la oracion; muy caritativo con los necesitados y enfermos; y al fin adornado de otras virtudes: de cuyas expresiones aunque generales, podemos inferir cuan virtuosa, perfecta y santa fué la vida de este insigne Religioso. Nos confirman esta su perfeccion y santidad algunos favores celestiales, con que el Señor se dignó honrarle aun viviendo en este mundo. Hallábase una vez en la ciudad de Vich, cuando nuestro convento aun no estaba fundado, y habiendo de comer en casa de Segismundo Ribot, le manifestó este la pena y sentimiento que tenía, por no poder dar á su compañero vino bueno, á causa de haberse vuelto agrio el de la tinaja. « Traed, dijo el Siervo de Dios, de ese mismo vino, que bueno es »; y aunque ellos replicaron que era muy agrio, al fin llevaron de aquel vino, y le hallaron bueno y de buen gusto, siendo lo más particular que el vino que quedó en la tinaja, fué en adelante mejor que lo era ántes de volverse agrio. En la misma ciudad de Vich había una mujer jóven enferma de unas calenturas tan molestas, que de un año la afligían. Púsole el Siervo de Dios una cedulilla del SS. Nombre de Jesus, diciéndole que no temiese, que presto la dejarían aquellas calenturas: y se verificó puntualmente. Tambien curaron otros enfermos con otras cedulillas del mismo SS. Nombre de Jesus que dejó en la misma ciudad. En Bañolas se lamentaba una mujer llamada Prats, por no haber tenido hijos en muchos años de matrimonio. Consolola el Siervo de Dios, diciéndole que muy presto tendría un hijo, como realmente así se verificó.

Otra gracia pidió tambien á la Divina bondad para sí mismo, y fué vivir en la Religion tantos años, cuantos había vivido en el siglo; y el Señor se dignó concedérsela tan liberalmente, que habiendo cumplido diez y seis años de hábito, se cumplieron tambien los treinta y dos y con ellos el último de su vida. Llegó pues el Varon santo al término comun á todos los mortales, pero llegó con una inocencia y pureza que es poco comun á los hombres. Este afortunadísimo Religioso llegó á la hora de su muerte vírgen, puro, y sin mácula de pecado mortal, que es el mayor elogio que se puede hacer de su virtud y santidad.

No obstante conociendo el Siervo de Dios, que nadie debe reputarse por justo delante los ojos del Juez Supremo, ántes de morir tomó en las manos una Imágen de Cristo crucificado, y como si fuese gran pecador, se ocupó en pedir perdon á este Divino Señor con unos actos de contricion y devocion tan fervorosos, que hacía llorar á todos los Religiosos que estaban presentes. Así acabó su vida inocente este Varon santo, y con tan fervorosas disposiciones entregó su espíritu en manos de aquel Señor, á quien tan fielmente había servido, mereciendo de su infinita liberalidad, segun piamente creemos, aquellos bienes inmensos de la gloria que nunca tendran fin, de los cuales el mismo Señor nos haga participantes, sino como inocentes, á lo ménos como verdaderos penitentes. Murió este santo Religioso en el año 1604, en el convento que la Provincia tenía entónces en Bañolas, en el cual, por haberlo nosotros dejado, moraron despues los RR. PP. Servitas. (1)

P. Onofre de Barcelona.

Su nacimiento fué en la capital de Cataluña, siendo su padre un noble caballero de la misma ciudad, llamado Don Francisco Bosch, cuyo nombre de Francisco tuvo tambien en el Bautismo, aunque despues lo conmutó con el de Onofre. Habiendo estudiado alguna latinidad en su misma casa, pasó á servir de paje al Excelentísimo Señor Almirante de Castilla, tal vez con la esperanza de conseguir por este camino los distinguidos ascensos correspondientes al lustre de su sangre. Mas Dios nuestro Señor se dignó hacerle conocer que la verdadera nobleza no está en las cosas que resplandecen á los ojos del mundo, sino en los caminos humildes de la Cruz; con cuyas luces, dejando el mundo con todo su esplendor, se alistó bajo las banderas del humilde Padre nuestro San Francisco en la religiosa familia de la Observancia, siendo de veinte y cuatro

(1) Boverio t. II. p. 750, hace un breve pero brillante elogio de este siervo de Dios.



años de edad. Aquí estudió Artes y Teología, fué ordenado Sacerdote, y constituido Predicador; pasando despues á la Recoleccion; y abolida esta, como se dijo en la vida del P. Francisco de Figueras, Custodio de la misma Recoleccion, junto con el mismo P. Francisco y otros vistió nuestro hábito capuchino el dia 13 de Deciembre del año 1583.

En nuestra Orden vivió con tanta virtud, prudencia, espíritu y celo de la rígida observancia de nuestro Instituto, que mereció ocupar los oficios de Guardian, Definidor y Comisario de la Provincia, cuando los Provinciales iban á Capítulo general; y aun se cree que hubiera sido Provincial, si su humildad no lo hubiese impedido. Vino él á nosotros instruido ya en las obligaciones de un verdadero Fraile Menor; vino ejercitado ya en las observancias estrechas de nuestra Regla Seráfica. Y así poco le intimidó el gran rigor con que se había fundado la Provincia de Cataluña, ántes fué uno de los que procuraron promoverlo y conservarlo tanto en sí como en los otros. Animado de un espíritu verdaderamente seráfico, nada deseaba tanto como la pura observancia de la Regla, Constituciones, y buenas costumbres establecidas, y llegó á tanto su influjo, que á veces con sólo presentarse producía la correccion ó el recogimiento de sus súbditos. Pero su principal solicitud y cuidado fué santificarse á si mismo, y adelantar en los caminos de la perfeccion. Para ello no se contentaba con seguir exactamente los actos y ejercicios de la Comunidad, sino que añadía otras penalidades y mortificaciones, que al paso que affigiesen la carne, dejasen el espíritu más libre para las cosas celestiales. Miéntras tuvo salud caminó descalzo, sin admitir el uso de las sandalias, y durmió sobre las desnudas tablas ó sobre una estera, vistiendo por otra parte muy pobremente. En la abstinencia se señaló tanto, que á más de los ayunos comunes en la Provincia, ayunaba otros dias de devocion; y aun podemos decir que su ayuno era de casi todos los dias, porque regularmente no cenaba cuando era permitido, contentándose con una pequeña colacion. Del silencio fué muy fiel observador, como tambien muy ajeno de tratar con seglares. En la oracion estaba siempre de rodillas ó en pié, y en la celebracion de la Misa muy devoto y muy pausado, con mucha preparacion y accion de gracias. Al fin se mostraba en todo un Religioso devoto, austero, penitente, y adornado de aquellas virtudes que tanto le acreditaron en la Provincia.

Pero en medio de todas estas virtudes resplandeció singularmente la humildad, como tan propia de los verdaderos hijos de nuestro santo Patriarca. Dijimos ya la nobleza de su nacimiento, y los oficios distinguidos que mereció entre nosotros, y sin embargo sentía tan bajamente de sí, que nunca se le oyó que hablase de cosas de grandeza, sino preciarse de ser pobre Fraile Menor; de donde se originaba una obediencia tan rendida, que se extendía hasta á los inferiores. Aun en el ejercicio de la predicacion se dejaron ver estos sentimientos de humildad, pues predicando con mucho celo y aprovechamiento de las almas, gustaba de ejercer este oficio más en los pueblos pequeños que en las ciudades. Sucedió una vez que deseosos algunos seglares de oirle, pidieron al Superior que le enviase á predicar en la Catedral de Barcelona: pero apénas lo supo el Predicador humilde, se arrodilló á los pies del Superior y le suplicó no le mandase ir á predicar en aquella iglesia, y pudo tanto con sus ruegos, que el Superior accedió á su peticion y á sus deseos. Tal fué la humildad de este Siervo de Dios, y tales los ejercicios de virtud con que trabajó para alcanzar la perfeccion propia de un Capuchino. Y queriendo el Señor que consiguiese nuevos méritos, dispuso que en sus últimos años padeciese algunos dolores y enfermedades, las cuales sufrió con mucha paciencia. Y hallándose ya purificado y lleno de méritos y virtudes, acabó el curso de su mortal carrera el año 1604, en nuestro convento de Monte-Calvario (1), desde donde subió su alma, segun piamente creemos, al eterno descanso de la gloria: cuya pia opinion nos confirma el haberse hallado su cuerpo entero despues de como año y medio de enterrado.

---

(1) MS. *Notanda*: « *Nobil. exemplariss.* »



Fr. José de Gualba, Lego.

ESTE Religioso fué muy semejante al precedente no sólo en la virtud, sino tambien en la profesion del Instituto franciscano en las mismas familias. Nació en un pueblo del Obispado de Barcelona llamado Gualba, y habiendo ejercitado loablemente el oficio de entallador, deseoso de mayor bien, tomó el hábito de nuestro P. S. Francisco en la Regular Observancia de Castilla, y despues abrazó la Recoleccion ó Reforma que entónces se había establecido en la misma Orden, en cuyos estados vivió con alabanza el largo espacio de treinta años, siempre muy observante y celoso de su profesion. Y siendo abolida la dicha Recoleccion, siguió al P. Francisco de Figueras y á otros abrazando nuestro Instituto capuchino, vistiendo nuestro hábito el dia diez de Noviembre del año 1583. Cuidó por algun tiempo de la ropería con mucha diligencia, y si le sobraba algun rato se iba á la cocina, y se ocupaba en limpiar hierbas ó legumbres, ó en otras cosas á beneficio del cocinero, conservándose en estos ejercicios tan recogido interiormente como si estuviera en oracion ; y si sucedía que algun Religioso hablase palabras ménos edificantes, el Siervo de Dios le corregía con palabras espirituales. « Hablemos de Dios, dijo á uno, porque el que es de tierra habla de cosas de la tierra. » Hizo en cierta ocasion un viaje, y llegando á la casa de un devoto caballero á hora de comer, recelando la honra y buen trato que podían hacerle, no quiso detenerse, sino que alargó el viaje dos leguas más para llegar al convento. Y como el compañero mostrase pena de caminar tanto sin comer, le dijo que no quisiese juzgar de aquello hasta que en el convento estuviese en la oracion, que entónces entendería la razon de llevarse de aquel modo Estaba abrasado de amor de Dios, lleno de celo de la perfecta observancia de la Regla, y deseoso de toda virtud. Miéntras tuvo fuerzas fué muy aplicado en los ejercicios espirituales y observancias comunes, aunque austeras y penales. Así llegó el Siervo de Dios á la edad decrépita, y en un estado de tal inhabilidad y falta de memoria que no se acordaba ni aun de su rezo. No obstante, aquellos hábitos de virtud que había adquirido ántes, los tenía tan radicados, que bien se conocía lo mucho que había trabajado en la perfeccion religiosa. En la celda nunca estaba ocioso, sino que pedía á los oficiales alguna cosa en que ocuparse. En la hora de las Misas se iba á la iglesia para oirlas, y si tal vez perdía la idea de lo que hacía el Sacerdote, rogaba que le encaminasen. Lo mismo hacía en el rezo y en la práctica de las demas virtudes. Al fin mereció ser probado y purificado con una enfermedad muy larga y tan penosa que lavándole despues de muerto, se le quitaba la piel como si estuviese quemado. Con esto llegó al fin de sus dias, acompañado de todas aquellas virtudes y méritos que había adquirido en el discurso de su vida ; y habiendo recibido los santos Sacramentos, dejó la tierra, y pasó, segun piamente creemos, á los premios eternos del cielo. Su muerte fué en nuestro convento de Monte-Calvario, el año 1604.

P. Isidoro de Tous.

EL P. Isidoro fué natural de una aldea cerca de Igualada llamada Tous. Sus padres fueron labradores de mediana suerte. Vino á nuestra Orden junto con el P. Francisco de Figueras y otros de la Recoleccion ó Reforma, que en aquellos tiempos se había abolido, segun hemos dicho en otros lugares. Cuando vino, era ya Sacerdote y Predicador. Vistió nuestro hábito capuchino el dia 23 de Abril del año 1583. Vivió con tanta regularidad, prudencia, espíritu y fervor, que los Padres no dudaron confiarle el gobierno de algunos conventos con el oficio de Guardian; y lo que es más, adelantó tanto en la virtud, que en su muerte dejó opinion de santo. Es muy limitada la relacion que hallamos de estas sus virtudes con que supo santificarse, pero ella aunque breve nos demuestra bastantemente un espíritu de los fervorosos, que tanto resplandecieron en aquellos primitivos tiempos. La contínua asistencia al coro tanto de dia como de noche, y á los demas actos

y ejercicios de comunidad eran objetos y observancias de tanta estimacion para él, que aun cuando no podía, procuraba concurrir á ellas con mucha puntualidad. Su recogimiento era tal, que rara vez salía del convento: y cuando le era preciso salir ó tratar con seglares, era tan ejemplar que les servia de no pequeña edificacion. De la santa pobreza fué tan celoso profesor, que nada tenía á su uso sino los sermones correspondientes á su oficio de Predicador.

Nos confirman la virtud de este Siervo de Dios, los ardientes deseos que tuvo de sacrificar su vida por amor de sus prójimos. Hallábase ejerciendo el oficio de Guardian en nuestro convento de San Celoni, y habiendo sabido que la villa de Granollers se hallaba muy afligida por el contagio de la peste, y que faltaban operarios para administrar los santos Sacramentos, inflamado de caridad, pidió licencia al P. Provincial para ir á servir á aquellos miserables apestados, sin temer los peligros de muerte que son muy ordinarios en tales casos. Consiguió la licencia, y partiose para aquel teatro de su caridad; mas no quiso el Señor que tuviesen efecto aquellos sus caritativos deseos. Porque habiendo sabido los vecinos de San Celoni su determinacion, escribieron al Provincial, y alcanzaron revocacion de aquella primera licencia; y notificándola al Varon caritativo, que ya estaba en su viaje, le fué preciso retroceder, como muy obediente á los mandatos de su Superior. Volviose pues á medio camino, pero se volvió muy rico con el tesoro de dos grandes méritos: el de la caridad, y el de la obediencia, ambos muy agradables al Señor, y muy dignos de retribucion eterna. Esta misma caridad del Siervo de Dios se extendía particularmente á las santas ánimas del Purgatorio, á favor de las cuales oraba muchas veces.

Habiendo pues vivido tan loablemente entre nosotros, y ejercitado las virtudes con tanta perfeccion, se dignó el Señor llevarlo para sí, y darle el premio de sus servicios. No hallamos en que convento se verificó su muerte, sólo se nos expresan las singulares demostraciones de piedad y devocion que dieron las gentes despues de su fallecimiento, en prueba de la opinion grande que tenían de su santidad. Falleció el Varon santo siendo actualmente Guardian; y llegando la mañana, vinieron á nuestro convento dos Consejeros de la ciudad, y rogaron al Presidente que había quedado, que suspendiese el darle sepultura hasta la tarde, para consuelo de las gentes que le amaban mucho. Llegada la hora del entierro, asistieron los dichos Consejeros con la autoridad acostumbrada, y no contentos con honrar al venerable difunto con su presencia, llevaron tambien alguna cera para mayor solemnidad. Los Reverendos Padres de Santo Domingo dieron tambien testimonio público de lo mucho que estimaban y veneraban al Siervo de Dios, pues no se contentaron con venir á nuestra iglesia, y cantarle un Responso, sino que la mitad de ellos se quedaron para ayudar y honrar el entierro. Acompañaba á estos respetables Corporaciones tanta muchedumbre de gente, que no cabían en la iglesia, manifestando tal piedad y devocion á aquel cadáver, que le cortaban, sin poderlos detener, el hábito y la barba, creyéndose felices con tener alguna reliquia de aquel Capuchino difunto. Todo lo cual junto con lo que nos persuade la piedad cristiana, nos sirve de un argumento poderoso para creer que el alma de este santo Religioso pasó de las miserias de esta vida á las felicidades eternas de la gloria. Murió el año 1604.

Fr. Silvestre de Zamora, Lego.

Aunque este Religioso nació en Zamora, ciudad de Leon, abrazó nuestro Instituto capuchino en una de las Provincias de Italia, de donde vino á la de Cataluña, poco despues de estar fundada, junto con el P. Benito de Valencia. Cuanta fuese su perfeccion y las virtudes que consiguió en Italia, lo dió á conocer con aquel espíritu, fervor y devocion con que edificó no sólo á los Religiosos sino tambien á los seglares. Era ya viejo cuando vino á nosotros, por cuyo motivo no pudo ejercitarse en grandes austeridades; no obstante, á más de seguir la Comunidad en sus actos y ejercicios, anduvo descalzo y sin sandalias por algunos años, y durmió sobre una estera, siendo por otra parte

de muy grande caridad, y desempeñando con diligencia la oficina que le encomendaban. Su humildad fué notable: á más de confesarse por muy gran pecador, si le parecía que había disgustado á alguno, le pedía perdon con grande sumision. De los seglares se mereció particular amor y estimacion, aun de los principales, porque aunque era Religioso lego y de mucha simplicidad, siempre les hablaba de cosas espirituales, y les exhortaba á la virtud. Supo una vez que dos casados pretendían divorciarse; hablóles, exhortóles, y persuadióles con tanta eficacia, que no sólo impidió el divorcio, sino consiguió tambien que en adelante viviesen con mucho amor. Entre estas virtudes resplandeció singularmente una devocion muy cordial á la Vírgen Santísima nuestra Señora, á honra de la cual ofrecía el Siervo de Dios devotos obsequios, llevando siempre el rosario en las manos, y diciendo el Ave María. Fué muy favorecido de esta Divina Señora, segun lo vemos comprobado en el caso siguiente. Se hallaba enfermo en nuestro convento de Monte-Calvario el P. Juan de Alarcon, al cual visitaba, entre otros médicos, el Doctor Gaspar Molera, vecino de Barcelona. Tenía este médico en muy buen concepto de santidad á nuestro Fray Silvestre, y hablando con él de la enfermedad del P. Juan, le dijo el Siervo de Dios que por más que los médicos hiciesen moriría el enfermo en tal dia. Admirado el médico le preguntó como lo sabía; y el Varon sencillo con una ingenuidad natural le respondió que nuestra Señora se lo había revelado en la oracion. Quiso otro médico, noticioso de esta respuesta, hacerle la misma pregunta; mas el Siervo de Dios conociendo su facilidad, se confundió tanto, que arrodillándose delante de aquellos médicos con las manos juntas, les rogó que no hiciesen caso de lo que había dicho, porque él era un grande y vil pecador. Pero lo cierto fué que aquella respuesta se verificó con tanta puntualidad, que el P. Juan murió en el mismo dia que Fr. Silvestre había dicho. Todo lo cual depuso bajo juramento el mismo Doctor Gaspar Molera.

Hallándose pues el Varon santo así favorecido de la Vírgen Santísima, Dios nuestro Señor, que prueba á sus escogidos ántes de glorificarlos, quiso que fuese examinado y purificado con una larga y penosa enfermedad, á la cual se le añadió la pena de un cáncer tan maligno, que fué preciso cortarle parte de la nariz. Todo lo aceptó y sufrió el Siervo de Dios con mucha conformidad y paciencia: y conociendo que se le acercaba el fin de la vida, pidió con gran devocion los santos Sacramentos, los cuales recibidos, murió santamente, y entregó su espíritu en manos de su Criador. Verificada su muerte, los Religiosos resolvieron no exponer al público el venerable cadáver por la deformidad de la nariz, y así muy de mañana le dieron sepultura, ántes que viniese la gente. Mas apénas fué enterrado, vino de la ciudad una mujer, llamada Jerónima Sierra, la cual pidió con mucha instancia que le abriesen la sepultura, y le mostrasen á Fray Silvestre. Y preguntándole los Religiosos como sabía que había muerto, respondió que aquella misma noche había visto en su aposento un gran resplandor, por el cual entendió que había muerto el Siervo de Dios. Y cotejando la hora en que le había aparecido aquella luz, hallaron que fué la misma en que Fr. Silvestre había espirado. Es muy digno de saberse el motivo de aparecer á esta mujer aquel resplandor, y el modo con que le apareció, por lo cual pondremos aquí á la letra la declaracion jurada que sobre esto hizo la misma mujer, que es en el modo siguiente. « Viniéndome á « consolar por la muerte de dos hijos « que me habían muerto, el Hermano « Fray Silvestre de Zamora, me dijo « que no los llorase, que estaban en el « cielo más claros que el cielo y la luna. « Y diciéndole yo que para consolarme « había de ver una alma, él dijo que así « sería, pero no tan presto. Y al cabo « de año y medio el dicho Fray Silves« tre murió, y la misma noche que él « murió, cerca de media noche, estando « durmiendo, sentime un peso encima, « y así desperté, y ví el aposento más « claro que el sol; y maravillada quité « las cortinas de la cama para ver si « había luz, y no ví luz, sino que de« lante una capilla que tengo en el « aposento, ví una como nube, y de « figura como Capuchino, que delante « la capilla hacía reverencia como frai-

« le, y en esto desapareció el resplan-
« dor; y yo pienso que aquella era el « alma de Fray Silvestre, que como me « había dicho vería una alma, me quiso « aparecer por la devocion que yo le « tenía. » Todo esto dice la sobredicha Jerónima Sierra. En cuya deposicion tenemos nuevo motivo para creer piamente que el alma de este Varon santo entró con mucha brevedad al admirable Reino de la luz. Esforcémonos nosotros á merecer semejante felicidad. Fué su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario, el año 1604. (1)

Fr. Félix de Tarazona, Lego.

Compañero de los antecedentes en la virtud y perfeccion fué el Hermano Fray Félix de Tarazona lego, que murió en nuestro convento de Perpiñan el año 1604. De este Religioso se dice que ántes de venir á nuestra Orden fué de la Religion de San Juan de Dios; y se conoció muy bien que solamente un espíritu fervoroso le llevó á profesar nuestro Instituto capuchino, porque siguió con tanto espíritu las estrechas observancias de nuestra vida, que parece no estaba contento sino cuando añadía más rigor ó mayor austeridad. Viose esto singularmente en la comida, que se reducía regularmente en sola la sopa, absteniéndose de otro manjar de carne, etc.; y en la distribucion del pan, siendo él refitolero, procuraba para sí el que fuese de peor condicion. Al mismo tiempo cubría su cuerpo con un hábito despreciado, sin admitir el pequeño alivio del manto ni de las sandalias, ni querer otro lecho que las duras tablas. Por otra parte era riguroso en las disciplinas, mortificado en el silencio, abstraido de seglares, caritativo con los necesitados, manso y apacible en la conversacion; y al fin era Religioso de mucha oracion, pues no sólo asistía á las horas ordinarias de la Comunidad, sino que tenía algunos ratos de oracion extraordinaria. En medio de estas virtudes permitió el Señor que fuese afligido con la cruz de algunos escrúpulos, pareciéndole falta donde no la había, por lo cual los Religiosos le amonestaban y reprendían, cuyas reprensiones recibía con mucha paciencia; y para darles alguna satisfaccion de esta falta ó defecto, entró una vez al refectorio delante la Comunidad con una soga de esparto en el cuello. Al fin fué tal su perfeccion que mereció recibir un señalado beneficio de la gran liberalidad del Señor. Cuidaba del refectorio en nuestro convento de Santa Eulalia, y hallose cierto dia con muy poco pan para la comida de la Comunidad, cuya falta procuró el Prelado remediar enviando dos Religiosos al monasterio de Monjas de Pedralbes, para que aquellas Señoras tuviesen la bondad de sacarles de aquella necesidad, como en efecto lo hicieron con mucha caridad. Miéntras se practicaba esta diligencia, empezó el Siervo de Dios á distribuir el poco pan que tenía en las servilletas de los Religiosos, confiando en Dios que le ayudaría, y así fué; porque aquellos pequeños y muy pocos pedazos se multiplicaron tanto, que bastaron para todos los Religiosos, que eran más de veinte, y aun quedó pan sobrante, sin que fuese menester la limosna que llevaron del monasterio de Pedralbes. Así bendijo el Señor la confianza que este santo Religioso tuvo en su Divina Providencia; cuyo beneficio junto con su vida perfecta nos hace piamente creer que consiguió la muerte feliz de los justos, pasando de las miserias humanas á los gozos eternos de la gloria.

Fr. Bernardo de Zaragoza, Lego.

En el mismo convento de Perpiñan y en dicho año de 1604, murió tambien otro virtuoso Religioso, llamado Fray Bernardo de Zaragoza, el cual habiendo pasado á Italia y estudiado allí gramática, fué admitido á nuestra Orden en Pavía por nuestro P. Bernardino de Alhama, que siendo Provincial de Cataluña, iba al Capítulo general. Es verdad que entónces fué admitido en la clase de Corista, pero cuando vino á Cataluña, viendo que era poco lo que sabía, fué destinado al estado de lego, y vistió nuestro hábito el dia cuatro de Octubre del año 1584, en nuestro convento

(1) Boverio t. II, pág. 750, hace honorífica mencion de este piadoso hermano.

de Gerona. No le fué difícil el abrazar la humilde profesion de los HH. legos, ántes la aceptó con gusto y la desempeñó siempre con toda fidelidad. El trabajo corporal que es tan propio de este estado, y tan recomendado por nuestro P. S. Francisco, fué uno de los objetos á qué el Siervo de Dios aplicaba particular cuidado, trabajando de modo que nunca estaba ocioso, y aun encargándose á veces él solo del trabajo de muchos. Y como por otra parte fuese muy celoso de nuestra Regla y Constituciones, cumplía de tal modo con el trabajo de las oficinas que le encargaban, que no dejaba de asistir á los ejercicios de Comunidad, á las oraciones, y á las cosas espirituales en cuanto podía. Ni tampoco dejaba la mortificacion de su cuerpo, durmiendo sobre las tablas desnudas ó sobre una estera, y caminando descalzo y sin sandalias por el tiempo de diez años, añadiendo algunos ayunos de devocion á la abstinencia que guardaba en el comer. Este mismo espíritu y fervor manifestaba tambien en la práctica de las demas virtudes: muy pronto en la obediencia, muy pobre en el uso de las cosas, muy enemigo de salir del convento y tratar con seglares; humilde en fin, devoto, y recogido. Con cuyas virtudes desempeñó los deberes de un fervoroso Capuchino, y se preparó para la eterna felicidad de la gloria, que logró despues de su muerte, segun la piedad cristiana nos persuade.

P. Andres de Gandesa.

Sus padres fueron gente de mediana suerte, en Gandesa, obispado de Tortosa: y como los Originales de la Provincia llamen á este Religioso P. Andres Pelliza, creemos que este sería el apellido de su casa. Cuando vino á nosotros había ya profesado el Instituto Franciscano en la Recoleccion ó Reforma establecida en aquellos tiempos en la Regular Observancia; y no pudiendo permanecer en esta Reforma por haberse abolido, segun ya dijimos, siguió el ejemplo del P. Francisco de Figueras y de otros muchos, haciendo tránsito á nuestra Congregacion, y vistiendo nuestro hábito capuchino el dia 29 de Noviembre del año 1583. Las virtudes que ejercitó en la profesion de nuestro Instituto, la perfeccion con que vivió, y los ejemplos de santidad que dió, fueron tan esclarecidos, que le elevaron á los oficios de Guardian, Maestro de novicios, Definidor, y Comisario Provincial, gobernando siempre con mucha prudencia, celo, mansedumbre, y tranquilidad. Singularmente en el oficio de Maestro de novicios, que ejercitó en nuestro convento de Santa Eulalia, se llevó con tal acierto, espíritu y doctrina, que dió hijos célebres á la Religion. Se hallaba la Provincia en el mayor fervor de aquella observancia y rígida austeridad que hemos dicho en otros lugares; y deseoso nuestro P. Andres de conservarla y aun perfeccionarla, se ponía por ejemplar de todos en la práctica y observancia más estrecha. En la comida fué tan parco y abstinente, que nunca salía satisfecho de la mesa, con el fin, segun él decía, de dejar alguna cosa para los pobres. A los ayunos de obligacion juntaba otros muchos de devocion, observando en unos y otros tal rigor, que en las colaciones no comía pan. En la bebida fué aun mayor su abstinencia, pues como él dijo á un su confidente, pasó algun tiempo que no bebía sino en los domingos; resultando de todo este rigor el estar tan macilento y flaco, que parecía no tener sino piel y huesos. Y sin embargo de estar así flaco, era muy riguroso en las disciplinas. En órden á los cilicios, sabemos que una vez dió á un su amigo uno que era asperísimo, junto con una cadenilla de hierro compuesta de puntas, lo que nos hace creer que afligía su carne no ménos con cilicios que con disciplinas.

Al fin trataba su cuerpo con tanta penitencia y austeridad, que él mismo confesó á un amigo suyo que tenía casi vencidas las pasiones, excepto la pasion del sueño. Cosa á la verdad digna de admiracion, que en medio de tantos rigores, austeridades y penitencias, se hallase aun dominado de la pasion del dormir. Practicaba como buen soldado varias diligencias para vencer este enemigo. Unas veces ponía contra su costado instrumentos de puntas, á fin que arrimándose á la pared, le hiriesen en caso de dormirse; otras veces leía vidas de Santos, y cuantos re-

medios hallaba que habían practicado, los ponía en ejecucion. Y sin embargo hubo de confesar que habiendo casi vencido las demas pasiones, no llegó á vencer la del sueño. Para que entendamos que la victoria de las pasiones depende más de la gracia del Señor, que de los medios que nosotros ponemos: y que por más que hagamos, siempre debemos confesarnos por siervos inútiles, y pedirle nos ayude.

A esta rígida penitencia del Siervo de Dios acompañaba el espíritu de pobreza, no inferior ni en la práctica ni en deseo. Su vestido era un hábito viejo y remendado, su calzado ninguno por algunos años, en que renunció el uso de las sandalias; su lecho, estando sano, las tablas ó una estera, y cuando fué viejo añadió como regalo unos remiendos viejos de sayal tan duros como las mismas tablas. En las demas cosas fué tan pobre que se puede decir que nada tenia á su uso. Cuando fué Superior excusó siempre el fabricar ó hacer edificios, conociendo sin duda cuanto peligra la pobreza en semejantes obras. Asimismo si alguna vez faltaba en el convento la provision necesaria, confiaba más en la Providencia Divina que en las diligencias humanas, mereciendo que el Señor bendijese esta su confianza en un modo maravilloso, segun lo demuestra el caso siguiente. Siendo Guardian de nuestro convento de Santa Eulalia, le avisó el refitolero que había muy poco pan para la comida de los Religiosos: « Tenga confianza en Dios, le dijo el santo Prelado, que El ayudará y no faltará pan. » Pensaba el refitolero que mandaría alguna diligencia, pero viendo que se acercaba la hora de comer y nada comparecía, volvió á representarle el apuro en que se hallaba. Entónces le dijo el Siervo de Dios: « Vaya, y ponga á las mesas el pan que tenga, que Dios nuestro Señor ayudará » Hízolo así el refitolero, poniendo á cada Religioso un mendrugo muy pequeño, porque no tenía más. Sentáronse despues á comer, y el Señor se dignó multiplicar tanto aquella pequeña porcion, que no sólo hubo para todos los Religiosos cuanto hubieron menester, sino que quedó pan sobrante en mayor cantidad del que habían puesto.

Ilustraron tambien la vida de este Varon santo otras virtudes no ménos esclarecidas, como fueron una oracion muy fervorosa, la mansedumbre, el recogimiento, el silencio, la piedad, y singularmente la caridad, no sólo con los Religiosos sino tambien con los seglares, á quienes edificaba con palabras y ejemplos, procurándoles la salud de sus almas. Halló una vez á cierta mujer que con mucha alegría se iba al baile, y deseoso de detenerla y reformarla, le dijo con grande sentimiento que no quisiese perder de aquel modo el tiempo, porque tal vez vendría ocasion en que no tendría una hora para llorar sus pecados. No hizo caso la mujer de aquel aviso, pero no tardó en conocer los buenos deseos de quien le avisaba; porque cayendo enferma, y auxiliándola para morir el mismo Siervo de Dios, ella le recordó el buen consejo que le había dado, y le rogó que le alcanzase de Dios á lo ménos media hora de tiempo para salvar su alma. Así se dignó el Señor acreditar las santas exhortaciones de su Siervo.

Entre tantas virtudes con que este Varon ilustre adornó su alma, resplandeció singularmente una cordialísima devocion para con la Vírgen María nuestra Señora, de la cual mereció muy señalados favores. No sabemos con individuacion cuales y cuantos fueron estos favores: sólo hallamos en general que la Vírgen nuestra Señora se le aparecía muchas veces. Expresion corta á la verdad, pero bastante para hacernos conocer cuanta fué la dicha de este afortunado Varon. Uno de los obsequios con que honraba á esta Divina Madre, era el ofrecer sus oraciones á Dios, interponiendo siempre la intercesion de la Vírgen Santísima, y dejando á su disposicion la aplicacion de ellas. A más de esto había guardado siempre intacta la virtud de la castidad, viviendo y muriendo vírgen; y como esta hermosísima flor sea tan agradable á los ojos de aquella Señora, que es Madre y juntamente Vírgen, no es de maravillar que favoreciese con su amable presencia á este su puro y casto Siervo, y le dejase gozar de aquellos dulces regalos que manan de su graciosa vista.

De aquí no creemos errar, si á estos favores de la Vírgen Santísima junta-

mos otro de mayor importancia, cual fué la felicísima muerte que halló este Varon santo. Había servido á Dios con no menor inocencia que penitencia; había dado grandes ejemplos de toda virtud; había llenado los deberes de los varios oficios que la obediencia puso á su cargo; y en todo el tiempo que vivió en la Religion, había sido fiel á su profesion. Y juntando con esto una cordialísima devocion á María Santísima, mereció en su muerte tanta dicha y felicidad, que uno de los testigos dice que había entendido que en aquella hora fué vista cierta luz ó resplandor; y la venerable Madre Serafina, fundadora de las Capuchinas de España, asegura que vió subir su alma al cielo sin pasar por el purgatorio: que es la mayor felicidad que se puede desear. Pondremos aquí literalmente la declaracion jurada que sobre esto hace el Señor Don Jerónino Pujol, vecino de Ripoll. « Estando yo, dice, en Barcelona hablando con la Madre Serafina, Abadesa de las Monjas capuchinas, tratando de las mercedes que hacía Dios á las almas que le servían, y de las tentaciones que padecían del demonio, me dijo, que nunca se hallaba bien, que no trujese el pectoral que le dió el Padre Pelliza capuchino, el cual murió ayer, cuya alma he yo visto subir al cielo sin pasar por el purgatorio. Y esto me dijo ella propia. » Hasta aquí el sobredicho Don Jerónimo. Todo lo cual nos manifiesta claramente cuan dichosos y afortunados son aquellos Religiosos, que junto con una vida perfecta, profesan una cordial devocion á la Vírgen santísima. Seamos nosotros del número de ellos, y seremos igualmente dichosos. Murió este Siervo de Dios el año 1605, en nuestro convento de Monte-Calvario, siendo actualmente Guardian del mismo convento, y juntamente Definidor y Comisario de la Provincia, que segun entendemos, sería lo mismo que Vicario Provincial, cuyo oficio tendría por haber ido el Ministro Provincial, segun discurrimos, al Capítulo general que se celebró en Roma el mismo año de 1605. (1)

(1) « Andreas a Gandesa e Cathaloniae Provincia Sacerdos, plurima virtute excellit. B. Virginis aspectu ac colloquio fruitur. Barcinonae diem extremum obiit. Post mortem ipsius anima in Coelum conscendere visa fuit. » (*Boverio*. Index Viror. illustr. — Vid. t. II, p. 755). — « Andrea di Grandesa (sic), cappuccino, della provincia di Catalogna. Dagli Osservanti passò tra' cappuccini, e proseguì così egregiamente quel corso di virtù incominciato n ll'Osservanza, che fu insigne nell'austerità della vita, nell'astinenza, nella povertà, nell'umiltà, nella mansuetudine, nell'orazione, ed in ogni più stretta osservanza della Regola. Per l'eminenza de' meriti sostenne le maggiori dignità della sua Provincia con somma moderazione e prudenza. Ricco di virtù, passò al Signore nel convento di Montecalvario di Barcellona circa l'anno 1605. » (*Sigismundo de Venecia*, Biograf. Seraf., p. 501) — Y en el libro del P. d'Aremberg, n. 203, hay una grande imágen del mismo Siervo de Dios.

Fr. Querubin de Nápoles, Lego.

Este Religioso fué uno de los cinco compañeros que llevó consigo el P. Arcángel de Alarcon, cuando desde Italia vino á fundar la Provincia de Cataluña, lo que nos hace suponer en él una virtud muy aventajada, pues mereció ser elegido para establecer en España la alta perfeccion de nuestro Instituto capuchino, que tanto florecía en otros Reinos. En efecto trabajó con tal espíritu y fervor en este espiritual edificio de la fundacion, que aunque Hermano lego, no dudaron los Prelados confiarle la direccion de algunos conventos (1), mostrándose siempre celoso, prudente y animado de aquel espíritu pobre y austero con que se estableció la Provincia. Tambien le confiaron la construccion de algunos conventos

(1) Un religioso lego no puede ser Guardian, y si en los antiguos tiempos hallamos alguno con este título, fué cosa muy extraordinaria (y en persona muy extraordinaria), que la vigente legislacion canónica y regular no permite en manera alguna; y hoy serían inválidas é ilícitas semejantes elecciones. Y aun de los raros HH. legos que en los principios hallamos con título de Superior dice con razon el Rmo P. Bulsano (*Expos. Reg. FF. Minor.*, §. 115), citando á S. Buenaventura, etc: « Cum enim juxta Canones beneficia parochialia cum cura animarum Clericis conferri nequeant, nisi in tempore certo et determinato Sacerdotes fiant, idem dicendum est de Praelaturis Ordinis, quae etiam curam animarum adnexam habent. Ideo S. Bonaventura postquam dixerat, S. Patrem haec verba *Si vero Presbyteri non sunt* etc. adjunxisse ob daucitatem Sacerdotum ab initio in Ordine existentium, subdit: « Regulariter tamen modo Praelati Sacerdotes esse debent, cum curam habeant animarum, et per consequens habeant vultus pecorum suorum, id est, conscientias suorum Subditorum cognoscere, et in fide ac moribus ordinare. » In tota etiam Ordinis seraphici historia ne unum quidem exemplum prostat de Laico in Ministrum electo: neque etiam, ait Viator a Cocaleo, exempla de Guardianis Laicis inveniri possunt, si excipiamus S. Didacum, qui apud Missionarios existens in Guardianum electus est. Imo si contingeret Laicum fieri Guardianum, tunc solummodo ceu Pater familias constitutus, ad temporalem conventus curam, et ad invigilandum exteriori disciplinae considerari deberet: nullatenus autem verus Praelatus regularis esset, quia jurisdictionis spiritualis incapax est. Philippus a Cast. (de I Praec. virt.) testatur, a Capitulis generalibus a Rom. Pontificibus confirmatis declaratum esse, Laicos omnis praelaturae esse incapaces. »

con el oficio de fabricero, en cuyo desempeño observó con tanta fidelidad las leyes estrechas de nuestra seráfica Regla, que aquellas fábricas fueron muy pobres, limitadas y toscas, siguiendo el espíritu humilde del fundador, de quien era compañero. Dos sucesos acaecidos en el tiempo que él cuidaba de estas fábricas nos dan á conocer el fondo de virtud que poseía, y los ejemplos de santidad que ponía por fundamentos de aquellos edificios. El uno sucedió en la fábrica de nuestro convento de Prada en el Rosellon con cierto eclesiástico, que cuidaba de satisfacer á los trabajadores. Quiso Fray Querubin en cierta ocasion que se destruyese cierta cosa, por convenir así á la fábrica del convento. Se le opuso el dicho eclesiástico, por ser de parecer contrario; y como no pudiesen convenirse, subió á tanto su cólera, que dió un bofeton á Fray Querubin, el cual como verdadero humilde, se arrodilló prontamente á los pies del agresor, y le dijo que perdonase el enfado que le había ocasionado, y que allí tenía el otro carrillo para que le diese otro bofeton. Divulgose este suceso, y al paso que sirvió de no pequeña edificacion á los vecinos, conmovió tanto el celo del Señor Obispo de Elna, que quiso castigar aquel eclesiástico por tan enorme atrevimiento. Pero como la caridad de los siervos de Dios es no sólo paciente sino tambien benigna, sabida esta intencion por Fray Querubin, interpuso junto con su P. Provincial sus buenos oficios para con el Señor Obispo, rogándole que suspendiese el castigo.

El otro suceso acaeció en la fábrica del convento de Ceret, tambien en el Rosellon, en la cual queriendo Fray Querubin tomar una pequeña porcion de tierra, se indignó tanto el hijo del dueño de aquella tierra, que le amenazó tirarle un arquebuz con cuatro balas, si no desistía de su pensamiento; lo que sabido por la justicia, mandó desterrar á aquel atrevido. Despues de algun tiempo incurrió este mismo sugeto un mal tan grave en un dedo de la mano, que los cirujanos pensaban si deberían cortárselo. Súpolo Fray Querubin, y olvidando el agravio recibido, cuidó de su remedio con mucha caridad, componiendo para ello cierto unguento, y curándole dos veces al dia por espacio de más de un mes. Así corresponden á los agravios aquellos que estan penetrados de los sentimientos de Jesucristo. Asimismo manifestó su caridad en nuestro convento de Monte-Calvario, donde necesitando cierto enfermo de caldo sustancioso por su mucha debilidad, y no hallándose en el convento gallina alguna, ni atreviéndose á pedirla, Fray Querubin, que era enfermero, quedó muy afligido por no poderse correr la necesidad de aquel pobre enfermo. Mas Dios nuestro Señor se dignó bendecirle en esta su afliccion y caritativo deseo, inspirando al médico que visitaba al enfermo, que llevase al conveuto una gallina con dos panes; como en efecto lo llevó, y lo entregó todo á Fray Querubin, quien no pudo ménos que admirar y agradecer un socorro tan impensado como oportuno. Este fué el espíritu del Siervo de Dios para con sus prójimos, al paso que fué muy diferente para consigo mismo. Estaba él muy bien informado de los preceptos y consejos de la caridad cristiana, y así siendo compasivo, benigno, misericordioso en órden á los otros, era al mismo tiempo austero, penitente y riguroso en órden al tratamiento de su persona. Por mucho tiempo no concedió á sus pies el uso de las sandalias, ni á su cuerpo otro lecho sino las duras tablas; mortificándole por otra parte con tan rígida abstinencia que muchas veces comía solamente hierbas y cebollas, y en algunas ocasiones se pasaba dos y tres dias sin comer cosa alguna. Estuvo algun tiempo en compañía del P. Juan de Alarcon y siendo ambos deseosos de mortificarse iban á competencia sobre quien haría más penitencia en ayunos, abstinencias y disciplinas.

Así vivió este Varon santo, y de este modo santificó su alma en el tiempo que estuvo en la Provincia de Cataluña. Y no pudiéndose ocultar sus eminentes virtudes, mereció ser elegido para pasar junto con otros á la fundacion de la Provincia de Aragon, y establecer en ella los primeros fundamentos de la alta perfeccion de nuestro Instituto. No tenemos noticias individuales de los ejemplos de virtud y santidad, con que edificó esta nueva Provincia, pero no dudamos creer que fueron tales, que correspondieron muy bien á los fines

santos que le trasladaron á ella. Así nos lo persuaden la buena opinion y alto concepto de santidad que se mereció entre aquellas gentes, segun lo demostraron Religiosos y seglares en el tiempo de su muerte. Copiaremos aquí la declaracion jurada que sobre esto hizo el Hermano Fray Damian de Comabella, que se halló presente « Estando « los dos, dice, de familia en el con- « vento de Huesca, cayó Fray Que- « rubin malo de su última enfermedad, « y murió con satisfaccion, recibidos « los Sacramentos, rogándole los Frai- « les por la devocion que le tenían, que « se acordase de ellos en el cielo, y « rogase á Dios allí por ellos. A su en- « tierro acudió todo el Cabildo y Ca- « nónigos de Huesca, con mucha Cle- « recía y Religiosos de otras Religio- « nes y muchísima gente seglar del « pueblo, con otra gente de lustre, por « la opinion en que le tenían de Varon « santo. Y un Caballero hubo, que se « estuvo en la iglesia de rodillas de- « lante del cuerpo difunto algunas tres « ó cuatro horas, venerándolo con mu- « cha devocion. Y con tanta y tan ilus- « tre asistencia de eclesiásticos y se- « glares fué enterrado con mucha hon- « ra. » Hasta aquí el sobredicho Fray Damian. De todo lo cual podemos piamente creer que este Siervo de Dios goza un lugar distinguido en el cielo. Fué su muerte en el año 1605.

Fr. Pablo de Cerdeña, Lego.

Otro Religioso tambien de mucha bondad murió en nuestro convento de Figueras, en el año 1605, llamado Fray Pablo de Cerdeña, de cuya vida hallamos muy corta noticia; pero por haber acaecido en su muerte cierta pia demonstracion, que puede dar alguna luz en órden á aquellos que parece estan privados de todo sentido, nos ha parecido conveniente escribir aquí literalmente la declaracion que de este Religioso hace el P. Miguel de Gerona, siendo Provincial, que es del tenor siguiente: « Tambien en el con- « vento de Figueras murió un fraile le- « go, llamado Fray Pablo de Cerdeña, « hijo de esta Provincia, el cual en to- « da su vida fué buenísimo Religioso, « y se puede decir de él lo que de cual- « quier buen Religioso: honesto, aus- « tero, pobre, obediente, despreciado. « Fué casi siempre limosnero y con « mucha caridad, no descuidándose de « la pobreza. Sucedió en su muerte « que estuvo muchas horas sin senti- « do, y como se iba acabando, y yo « fuese su Confesor, le di la indulgen- « cia que se suele dar in articulo mor- « tis, y en acabando respondió Amen. « Maravilleme mucho de ello, porque « ántes ni oía, ni hablaba, ni parecía « tener sentido. Díjele: ¿ Sabe lo que « he hecho? y él me respondió: muy « bien lo sé, Padre; y no habló más, « y á poco tiempo dió el alma á Dios. » Hasta aquí el sobredicho P. Miguel; cuya declaracion junta con la piedad cristiana nos persuade la felicidad de este buen Religioso en la tierra y en el cielo.

Fr. Egidio de Valencia, Lego.

La memoria de Fr. Egidio de Valencia aun dura entre los Padres antiguos de la Provincia del mismo nombre, celebrando todos por grande su virtud, en todas insigne y en todas igual, sin que se hiciese entre las suyas diferencia de mayor: todas lo eran, pero lo que más admiraba, era su mortificacion de pasiones, con la cual había alcanzado tan perfecto dominio de ellas, que no parecía había llegado á él la culpa primera que las dejó desconcertadas en los hijos de Adan. Gozaba mucha paz interior; nadie le vió jamas turbado ni sentido por ningun acaecimiento. De este Siervo de Dios no nos ha quedado otra memoria, sino que su muerte fué muy parecida á su vida, dejándonos prendas grandes, con la una y con la otra de su eterna salud. Murió en nuestro convento de Segorbe, despues de haber recibido los santos Sacramentos, el año 1605.

Fr. José de las Cuevas de Castellot, Corista.

El extático Fr. José de las Cuevas, comenzó temprano una vida de alta oracion y aun llegó á gozar temprano la contemplacion, cuando á otros despues de muchos años de oracion no les hace Dios este

favor, porque se adelantó más en ella en pocos que otros en muchos, gozando muy á menudo de la gracia de raptos y excesos mentales con que subía y se elevaba sobre sí mismo, gozando de la comunicacion con Dios.

Fué natural de las Cuevas, lugar del reino de Aragon, en el siglo José Oños hijo de Juan y de Gracia. Vistió nuestro hábito en 27 de Marzo de 1603, de diez y siete años de edad. Sus padres eran honestos y tan cristianos, que cuidaron desde su niñez en criarle más para Dios que para el mundo, y le hicieron estudiar letras; y el santo niño con impulsos del cielo, procuraba aprender letras y virtud, y sobre todo ser casto y honesto; y para mayor guarda de su virginal pureza, huía los riesgos en que peligra en el siglo, la de la juventud; evitaba las compañías y conversaciones de los de su edad, y sobre todo el trato y vista de las mujeres; domaba ya su carne con ayunos y cilicios, y frecuentaba los Sacramentos con devocion; y sólo se miraba en él un ejemplo de honestidad y modestia. Enviaronle sus padres á la Universidad de Valencia para que estudiase Artes y Teología, y se vió luego que no había sido sino ordenacion de Dios, para que se ejecutase el decreto que tenía hecho de servirse de él en nuestra Religion. No había visto aun capuchinos, y luego que los vió en llegando á Valencia, como su ánimo aspirase á cosas grandes y de mayor servicio de Dios, luego sintió el suyo herido de la estimacion y afecto de su profesion, y olvidado del objeto porque había venido, su cuidado todo fué tratar de ser capuchino. Procuró serlo en la provincia de Valencia, y lo mereció alcanzar. Con sus buenos deseos y diligencias, descubrió ya novicio que le había Dios traido á la Religion. No parecía en ella novicio, sino religioso aprovechado de muchos años, tan ajustado á todas las buenas costumbres de ella, que no necesitaba el Maestro corregirle ni avisarle dos veces.

Mostraba un fervor grande de espíritu, con que procuraba hacer los ejercicios de la Orden más con él que con el cuerpo. Todo su cuidado era tratar de oracion y mortificacion, acompañandó la una con la otra, sin dejarlas jamas ambas de la mano; era el ejercicio de la una y de la otra en él contínuo. Fué rara su mortificacion, maceraba con rigor su cuerpo, por conservar el tesoro de su virginidad, que conservó toda la vida. Era muy obediente. Y con comer muy poco, ayunaba muchas veces á pan y agua; sus disciplinas eran muy rigurosas; los pies siempre descalzos, y su corto sueño sobre unas desnudas tablas; la mortificacion de sus ojos fué tan singular, que jamas miró ni á mujer ni á hombre en el rostro, y por esto y por su mucho silencio, que jamas se le oía hablar sino preguntado, y la respuesta la daba de rodillas, le llamaban *el frai e muerto*.

Descubría en su modestia exterior la pureza virginal de su alma y de su cuerpo; parecía Angel en la suya: y brillaba por su desapego de criaturas. Era profunda su humildad; teníase por siervo inútil de todos y de Dios, sin provecho ninguno, olvidado de todo lo que tenía hecho en su servicio; y como si no hubiere aun hecho nada en el suyo, comenzaba cada dia de nuevo, doblando el cuidado y las penitencias, reprendiéndose á sí mismo de flojo y negligente en servir á Dios, y de ingrato en corresponder al beneficio que Dios le hacía en llamarle á la Religion.

Por estas gradas subió al trato familiar y suave comunicacion con Dios, en que era contínuo, viviendo en contínua soledad y retiro de criaturas; por donde mereció le concediera Dios el don de contemplacion que no suele conceder sino á los muy perfectos y despues de muchos años de oracion. Á Fr. José se la concedió á pocos años de Religion, porque en estos pocos corrió lo que otros en muchos. Sobreveníanle en la oracion éxtasis y raptos frecuentísimos, en que le miraban elevado su cuerpo en el aire, en que le concedía Dios sus regalos, y le daba á gustar de la dulzura de sus dones. Esta gracia, como singular y á veces sujeta á engaños, la examinaron mucho, y fué motivo para que nuestros prelados probasen mucho la humildad, paciencia y obediencia de Fr. José, con que descubrieron ser sólidas sus virtudes, y la singularidad de su espíritu sin sospecha. Era juntamente para su humildad, el ser visto en estos raptos,

tormento grande y confusion con que vivía afligido; y como no estaban en su mano, por más que se retirase y huyese los ojos de todos, era vano su cuidado. Habíanlo encubierto cuanto le fué posible nuestros Padres á los de fuera, huyendo la ostentacion, y un dia andando los albañiles en la obra de nuestro convento de la Ollería, vieron en el aire, elevado de tierra á Fr. José; admiráronlo por raro y lo manifestaron en su lugar, y los nuestros lo sintieron mucho pues aborrecían los aplausos del siglo.

Otro favor hizo Dios á Fr. José en la oracion, y fué el don de lágrimas que derramaba en abundancia luego que se ponía en ella, indicio del fuego de amor de Dios en que se abrasaba su corazon estando en su presencia, que alentaba y se desfogaba por los ojos con una admirable serenidad, libre de suspiros y gestos, que se echaha de ver eran los suyos dulces y tiernos. Aun en esta vida da Dios á gustar á sus mayores amigos unas prendas de la gloria, que aun llorando las experimentan. Regalaba Dios á su Siervo Fr. José y deleitábase con su comunicacion, porque como se apacienta este Señor entre las cándidas y olorosas azucenas de las Vírgenes, gustaba comunicarse con tantos modos á su siervo fiel y vírgen. Diole la última enfermedad para apartar aquella alma pura de aquel cuerpo que aunque vírgen estorbaba su clara vista, y con la hermosura mayor de la gracia de los santos Sacramentos, le fué á gozar en el coro de las Vírgenes, con quienes piamente creemos que sigue al blanco cordero Cristo Jesus, cantándole el cantar propio de los de aquel inocentísimo coro. Murió en nuestro convento de la Ollería el año 1605, dejando de sus virtudes suavísimo olor en la Provincia. (1)

(1) « Josephus Valentinus, aliàs *de las Cüevas*, Clericus, virginitatem, quam illibatam inter saeculi pericula servaverat, integram ac perpetuam ad obitum usque perduxit. Vir perpetuae orationis fuit, in qua saepè extases et raptus passus, nonnunquam toto corpore in sublime elatus cernitur: finemque vitae consimilem sortitus, Olberiae (sic) mortales exuvias deponit. » (*Boverio*, t. II, p. 759).

P. Juan de la Anglesuela.

Paloma suya llama el Espíritu Santo al alma santa en los Cantares, por lo mucho que se parece en sus perfecciones á las muchas de este sencillo animal; que aun por las suyas quiso El mismo aparecerse en el Jordan en su misma figura, honrándola en esto más que á todos los demas hermosos habitantes de los aires, por ver en la paloma más que en los demas, más de sus perfecciones, y por verlas en el alma santa, la llama paloma suya, amiga suya en todo perfecta. Fuelo en todo el P. Juan de la Anglesuela, como lo significó despues de su muerte, apareciéndose en su figura, dando testimonio de su candidez y pureza, y de la gloria que poseía por la de su alma.

Verdaderamente fué cándida paloma por la inocencia de su vida irreprensible; y su modestia y composicion exterior daban testimonio de la interior de su alma. Nadie le miraba atento, que no juzgase, por lo que miraba, lo mucho que en Dios tenía ocupada y elevada siempre su alma. Fué verdadero fraile menor, no sólo en la pura observancia de su Regla, sino tambien de toda la disciplina regular, hasta de la menor ceremonia, siendo espejo de la perfeccion religiosa, á quien se podían componer los muy compuestos: esta opinion tuvo siempre dentro y fuera de la Orden, por ser á todos notoria su virtud.

Rico de todas, enfermó en nuestro convento de Onteniente, y llevó el trabajo de su enfermedad con mucha alegría é igualdad de ánimo. Conoció era la última, y todo se ocupó en como recibiría la venida de su Esposo para que fuera de par la suya. Recibió muy devotamente los Sacramentos, y con alegría de su alma se la entregó como paloma cándida y pura á los doce de Agosto del año 1606.

A la misma hora que espiró, que eran las nueve de la noche, se apareció una hermosa y cándida paloma en casa de Juan Oltra, vecino de Onteniente, muy devoto de la Orden y gran amigo del P. Juan: fué dando algunas vueltas por la pieza donde él y los de su casa estaban, mirándola con sumo gozo é igual admiracion, viendo á tal hora tan hermoso

animal, sin saber por donde había entrado, porque las puertas y ventanas de toda la casa estaban cerradas, y se desapareció estando de la misma suerte. Viendo en su casa cosa tan desusada, dijo el dicho Juan Oltra, sintiendo en su alma un impulso interior: « El P. Fr. Juan de la Anglesuela ha muerto. » (Sabía que estaba muy malo). Observó la hora en que se había aparecido la paloma y estuvo aguardando la mañana para salir de su sospecha: fuese en amaneciendo á nuestro convento, supo había muerto, y preguntando á qué hora, halló era la misma en que se había aparecido en su casa la paloma. Refirió todo el suceso á nuestros Padres que lo oyeron con sumo gozo, confirmándose todos en la opinion que siempre habían tenido de su santidad, que quiso Dios manifestar había sido la de su alma de cándida y pura paloma, que como piamente creemos estaba ya en el cielo.

Fr. Angel de Valencia, Corista.

Aquí se nos ofrece tratar de un Angel humano, digno de la veneracion de todos; no solamente por sus hechos angélicos, sino que tambien porque fué ángel en la puericia de la vida, y en las contínuas contemplaciones de las perfecciones de Dios á quien tuvo siempre sumo cuidado de no perder de vista: tan puro que jamas hubo el menor borron con que manchase su angélica pureza; de ojos tan puros y claros, que siempre estaba mirando á Dios presente con los de la fe, acompañando siempre estas vistas con grandes frutos de caridad encendida.

Habíale Dios escogido para sí en su eternidad, y previnole en tiempo con las bendiciones de su gracia, y no fué la menor el haberle dado padres tan cristianos y tan virtuosos, que ántes que el niño abriese los ojos para ver que cosa era mundo, ya por su cuidado y toda su educacion, los tenía abiertos para Dios, con tanta inclinacion á las cosas de su servicio, y aborrecimiento á todo el nombre de sus ofensas, que primero se dejara hacer pedazos que cometer la menor. Así le enseñaron que lo era la mentira, y se le asentó en el corazon tan fuertemente esta verdad, que ni con dádivas ni con amenazas, jamas pudieron inclinar al santo niño para que la dijese, como experimentaron los que sabían su buen natural, que no sabiendo aun que cosa era mentira, sólo porque había oido decir á sus padres que era ofensa de Dios, y aunque le prometían y amenazaban con azotes, se ponía á llorar y no la diría por cuantas cosas podían obligar á un niño, de que quedaban igualmente admirados y gozosos, viendo en tan tierna edad tan virtuosos principios, que pronosticaban en la mayor edad mayor virtud.

Todo en el santo niño olía la virtud: su modestia era de Angel; jamas se le oyó palabra ménos decente ni aun nadie en su presencia se atrevía á hablarla, y aun sus condiscípulos con cuidado de no decir delante de él, aunque fuese burlando, palabras que no fuesen castas, que se mostraba muy ofendido de ellas; prueba de su virginal pureza que conservó toda su vida, y la que procuró non manchar ni con obras ni palabras, y de la ofensa suya se mostraba tan ofendido. Hacía las oraciones que podía y huía las ocasiones que podían mancillar la suya como de peste. Todos sus ejercicios eran estudiar, rezar muchas devociones, confesar y comulgar, oir Misa con mucha devocion, y estar á los sermones muy atento; todas estas angélicas virtudes aprendió de la buena educacion de sus buenos padres.

Quiso Dios que subiese á escuela de más alta perfeccion, para que la aprendiese del que en ejemplo de vida y doctrina mística era maestro de ella, y creciese su espíritu en aumento de mayores virtudes. No habían aun fundado convento en Valencia los capuchinos, y para quitarle al mundo esta hermosa flor, para que no la marchitasen los helados aires de sus mentidos gustos, le inspiró entrase en el sagrado Orden de nuestra Señora del Cármen. Pidió su hábito á su Padre Provincial, que lo era entónces el P. Maestro Fr. Juan Sans, varon insigne en santidad y letras, venerado por la suya en todo el Reino de Valencia, cuyo espíritu aun vive en los muchos y perfectos hijos de aquella Religion que le procuró engendrar á Dios. Luego que este vió los buenos deseos de nuestro

Fr. Angel, de cuyas angélicas virtudes tenía ya noticia muy buena, sin dilatarlo le vistió luego el hábito de su Orden; y gozoso de tener en la suya tan rica prenda, cuidó de ella con notable afecto; y como hallaba en él buenas disposiciones y deseos grandes de ser cada dia mejor, y de aprovechar en el servicio de Dios, se le imprimían en el alma como en blanda cera todos los santos documentos que le daba de virtud, y que los ejecutaba con toda perfeccion. Era de natural apacible, de ingenio claro y capaz, y de fervorosa voluntad, con que en pocos dias hizo grandes progresos en todo linaje de virtudes (y así se llevaba todos los corazones: que de esa gracia le dotó el cielo, que no le vió ó comunicaba nadie que no le quedase aficionado): y acabó el año de noviciado, y profesó en aquella Religion su Regla.

Fundaron poco despues nuestros Padres el convento de Valencia, y para que se viera que Dios había entregado sólo en depósito á nuestro Fr. Angel al Cármen, para que el P. Sans sólo fuese su Maestro hasta la venida de ellos, con el fin de que el mundo ni hiciera la menor presa de su alma, con sola la vista de los Capuchinos y sin informacion de su Instituto, despertó en su alma unos muy ardientes y eficaces deseos de abrazarle: y el devoto jóven pedía á Dios para que allanase el camino y quitase de él los estorbos que pudieran impedir la ejecucion de lo que le había inspirado, y que no había aun comunicado á nadie. Quiso despues dar parte de ellos á una señora tia suya de la Tercera Orden de nuestro P. S. Francisco, que por su mucha virtud y deseos mayores de ella, voluntariamente vivía encerrada en el retiro de la parroquia de la ciudad, en contínuos ayunos y oracion. Visitando pues á esta señora, á fin de darle razon de los deseos que tenía de pasarse de la Orden del Cármen á la de los Capuchinos, ántes que él la dijera á ella nada de tal asunto, ella le exhortó á él á que se hiciera Capuchino, diciendo que esta era la voluntad de Dios. Admiró Fr. Angel la exhortacion, viéndola conforme á lo que deseaba saber de ella ántes que se lo manifestara. Y así crecieron los deseos que el Señor le había inspirado, y propuso desde entónces ponerlos en ejecucion. Era en este tiempo Comisario de Valencia y Guardian del Convento de la Sangre de Cristo el P. Serafin de Policio, á quien pidió nuestro hábito; y este movido de su mucha modestia y natural apacible, prometió dárselo y que procuraría sacarle la licencia de nuestro P. General, condicion necesaria entre otras para recibir Religiosos de diferente Orden. En este tiempo vino muchas veces á saber si habían llegado estos despachos, y una de ellas sucedió una cosa admirable. Al mismo tiempo que pretendía Fr. Angel nuestro hábito, le pretendía tambien otro hermano suyo, religioso de la Orden de la Santísima Trinidad (que hoy, dicen los Originales, es Predicador nuestro con nombre de Fr. Jerónimo de Valencia), sin saberlo el uno del otro; ni el Comisario sabía fuesen hermanos los dos. Estaba un dia el P. Jerónimo en la celda del dicho P. Comisario, ya recibido en nuestra Orden, tratando de su entrada. A este tiempo llegó á nuestro convento su hermano Fr. Angel á saber de su despacho, hizo subiera á su celda el P. Comisario, y viéndose los dos hermanos y sabiendo era una la pretension de ambos, quedaron juntamente gozosos dándose apretados abrazos y dándole á Dios muchas gracias de que los llamaba á los dos de sus Religiones á la nuestra á un mismo tiempo; admirando los Padres nuestros las suaves y eficaces disposiciones de la Divina Sabiduría, y ambos hermanos se confirmaron más en que eran de Dios sus vocaciones. Llegada la licencia de nuestro P. General, fué recibido á la Orden, y le dió nuestro hábito el mismo P. Serafin de Policio. Es costumbre de nuestra Religion poner nombre á los que de nuevo visten el suyo: habían quedado de acuerdo, el P. Serafin y su hermano el P. Jerónimo de Valencia, que se le había de poner el de Buenaventura, y cuando se le fué á poner olvidó el que habían pensado, y le llamó Fr. Angel, poniéndole no el nombre que los hombres querían, sino el que Dios le tenía guardado; pues como despues dijo el mismo P. Serafin que su intencion fué siempre ponerle Buenaventura, y que á su parecer Buenaventura fué á decir cuando, sin darse razon, pronunció el de Angel, y quiso

Dios tuviese el nombre ajustado á sus virtudes angélicas, y que manifestase el suyo su pureza angélica, la virginidad no mancillada de su cuerpo y de su alma, y el don de la contemplacion, con que tenía de contínuo elevada la mente en Dios contemplándole como Angel.

Profesó nuestra Seráfica Regla, y fué de su observancia vigilantísimo, viviendo sin ofenderla, no sólo en sus preceptos, pero ni aun en sus evangélicos consejos. Fué verdaderamente angélica su conversacion, caminando sin detenerse á la cumbre de la perfeccion de todas las virtudes. No había en su concepto cosa más vil y desolada que él, reputábase por vil imbécil y sin provecho en la casa de Dios, y por ingrato á los favores que de su mano había recibido; cada dia se juzgaba peor, deseaba más ser humilde; jamas le parecía que lo era; deseaba que le despreciasen todos, y en los capítulos de las culpas, se acusaba públicamente de los más leves defectos ponderándolos como graves, para que todos le tuviesen en el concepto que él se tenía. Ocupábase con grande afecto en los más humildes ejercicios del convento, en barrar, fregar, y limpiar los vasos de la enfermería.

Fué muy amigo de la soledad y retiro de la celda; era contínuo en ella miéntras no estaba ocupado en los ejercicios de la comunidad; y como tenía don de oracion, en ella continuaba dicha oracion en que Dios le hablaba al corazon. Jamas le vieron ocioso ni perder el tiempo, y hacía mucha estima de él. Para darse al ejercicio de la oracion, huía lo posible de la conversacion de los Religiosos; todo en él era retiro de criaturas; no se hallaba bien sino con Dios; todo el tiempo que no estaba con él ó en las cosas de su servicio, lo tenía por perdido. Jamas se le oyó palabra ociosa, porque guardaba un perpétuo silencio, ni hablaba sino lo preciso, y eso despues de interrogado, y la respuesta la daba de rodillas. Fué verdadero pobre evangélico; ni tuvo ni quiso tener más de lo necesario á la vida humana: un hábito muy estrecho, austero, y todo cubierto de viejos remiendos, los pies siempre descalzos; el sueño le tomaba sobre unas desnudas tablas; acostábase sin piedad, con unas muy rigurosas disciplinas. Su modestia religiosa era angélica, y en la composicion del hombre exterior y en la virginal vergüenza de su rostro y mortificacion de sus ojos, descubría una alma siempre elevada en Dios, con que robaba los ojos y religiosos afectos de los que le miraban, con suma edificacion de los mismos.

Sobre todo fué Angel que con los ojos de la contemplacion miraba á Dios sin perderlo de vista, elevada en El siempre su mente con una contínua memoria de la inmensidad de su ser, acompañada de afectos encendidos de caridad; viniendo á ser como Angel y llama de fuego: Angel que estaba siempre mirando y contemplando, y llama de fuego de amor abrasado siempre en el suyo. Con estas dos alas de Angel voló á la cumbre de la perfeccion, y llegó á conseguir el premio de su corta vida, llena de merecimientos. Diose tanta prisa por llegar, que parece preveía era corto el plazo de la suya, pues la de Capuchino fué sólo de cuatro años, pero su virtud y méritos fueron de muchos, porque en estos pocos vivió muchos, ya que trabajó en pocos lo que pudiere en muchos.

Enfermó al cabo de ellos en nuestro convento de Valencia; y llevó el trabajo de su enfermedad con mucho sufrimiento y mucha conformidad en la Divina voluntad. Deseaba fuese su tránsito el dia de la Asuncion de la Vírgen Santísima á los cielos; y cumpliole María sus deseos, porque recibidos los santos Sacramentos, murió el dia de esta fiesta, á media noche, y fué á celebrarla, como Angel, con los coros de los Angeles en el cielo. Un año entero le había pedido este favor á la Vírgen, habiendo dado motivo á esta peticion, la muerte dichosa de una señora principal á cuyo fallecimiento se había hallado presente ántes, ese mismo dia de la Vírgen, para ayudarla á bien morir, con el P. Vicente de Celiz; y viendo había muerto ese dia con muchos y grandes afectos de Divino amor y ardientes deseos de irle á gozar con su Santísima Madre el dia que ella subió á los cielos; envidioso Fr. Angel santamente de su dicha, deseó fuese su muerte como la de esta señora, y que fuese el mismo dia: pidióselo con instancias grandes todo aquel año á la Vírgen, y el año siguiente le cumplió sus deseos, que fué el de 1606,

muriendo felizmente ese mismo dia; lo cual fué indicio de que subió a gozar de Dios el dia que subió su Santísima Madre á los cielos. De esta misma verdad quiso Dios darnos otros testimonios, porque á la misma hora que espiró en el convento, se apareció glorioso á su tia, aquella señora de la V. O. T. que como dijimos le había aconsejado se hiciera capuchino, á quien dió las gracias por el santo consejo, y le dijo iba á gozar de Dios. A la misma hora se le apareció tambien á su madre. Ignoraba esta la aparicion de Fr. Angel á su tia. La devota terciaria luego en amaneciendo, ántes que le avisase el convento, envió á decir á la madre como su hijo Fr. Angel había muerto: mas ella llena de alegría le respondió que ya lo sabía, que de ella se había despedido para irse á la gloria.

Despues de su muerte, enfermó su padre de una enfermedad muy grave de la que murió, y poco ántes que muriese, estando con todo su acuerdo, se le apareció la Vírgen, de quien era muy devoto, en compañía de su hijo Fr. Angel, y ambos le convidaron fuese con ellos á gozar de Dios. El afortunado padre díjolo á los circunstantes y espiró: subiendo á la gloria en compañía de la Vírgen y de su hijo Fr. Angel.

Otro hermano menor de Fr. Angel que había quedado en el siglo, se casó contro la voluntad de su madre. Sintió ella esta inobediencia y fué causa de muchos enfados entre los dos y de no guardarle el respeto que el hijo debía á la madre: culpa que no la dejó Dios sin castigo. Diole una enfermedad que le puso en los últimos términos de la vida, desauciado ya de los médicos; y estando durmiendo una noche, una hermana suya llamada Teodora sintió la tiraban del cabello: despertó con el dolor y oyó la voz de su hermano Fr. Angel que le decía: « Hermana, sepas que la enfermedad que mi hermano padece, es castigo del respeto que ha perdido á mi madre; y ha estado su salvacion en grande riesgo, si mis ruegos no hubieran aplacado la ira que tenía merecida de Dios: le he alcanzado vida para que haga penitencia de esta culpa, y que enmiende la suya, vé y díselo de mi parte: que si lo promete, tendrá luego salud. » Díjoselo ella á su hermano enfermo, prometiolo él con veras, y al mismo punto se vió libre de la enfermedad, y con entera salud que la juzgaron por milagrosa los médicos: y fué esta tercera comprobacion de la gloria de Fr. Angel.

Estando otra vez la misma Teodora ocupada en ejercicio doméstico en el aposento más alto de su casa, oyó la llamaban por su nombre. No conoció entónces la voz: oyola otra vez que la decía con cuidado: « Teodora, Teodora, salta de ese aposento, no subas al terrado. » Conoció era la de su hermano Fr. Angel, y saliendo de prisa de él, se hundieron dos techos de la casa, é infaliblemente hubiera quedado muerta si no fuera por el aviso de su hermano Fr. Angel: de que ella y los de su casa dieron á Dios y á su hermano las gracias, ejercitando este Angel oficio de Angel en el cielo por sus hermanos, negociando para el uno la vida y librando del peligro de la muerte á la otra, dando Dios en uno y otro caso testimonios de que tenía en su cielo entre los Angeles glorioso á este dichoso Angel, como piamente creemos. (1)

P. Pablo de Guissona.

NADA sabemos de sus padres, ni de su educacion, ni de su modo de vivir en el siglo. Solamente le hallamos con el nombre de Padre Pablo de Guissona, pequeña Villa del Obispado de Urgel, y que vistió nuestro hábito capuchino á ocho de Octubre del año 1589. Pero como la santidad sea hija más del cielo que de la tierra, importará poco el saber su linaje, cuando en la Religion resplandeció con la claridad de una perfeccion muy elevada. Animado de un espíritu fervoroso, y deseoso de ser perfecto entre los perfectos, observó los preceptos y las leyes de nuestro Instituto con tanta puntualidad y exactitud, que podía servir de ejemplo á los de-

---

(1) « Angelus Valentinus, ex Valentina Provincia Clericus. Valentiae re et nomine Angelus extremum diem obiit an. 1609 (?). Anima è corpore soluta gloriosa matri apparet. Patri similiter morienti unà cum B. Virgine apparet. Item et sorori apparet: et ut frater resipiscat, admonet: eamque pariter à morte liberat. » (*Boverio*. t. II. Index viror. illustr.). — El P. Modigliana hace grandes elogios de este siervo de Dios en el tomo VIII de su *Leggendario Cappuccino*, pág. 688.

mas. Era de complexion débil y de poca salud, y no obstante trataba su cuerpo con mucha austeridad. Vestía un hábito pobre, austero y remendado, dormía sobre las tablas desnudas, hacía las disciplinas con mucho rigor, y no quería otras cosas para su uso sino las que fuesen muy pobres, y aun estas las que eran precisas y necesarias. Y para que estas virtudes se radicasen más en su espíritu, vivía muy silencioso y recogido, huyendo las conversaciones singularmente de mujeres; y si alguna vez las circunstancias le precisaban á tratar y conversar, eran sus razonamientos de materias espirituales, exhortando á la virtud así á los Religiosos como á los seglares. Cuando era enviado á auxiliar moribundos, se mostraba lleno de tanta caridad y compasion, que no reposaba, á fin de dar algun consuelo al pobre enfermo. Aun con los Religiosos si le pedían algun servicio, lo hacía con humildad y caridad; señalándose singularmente en servir á los Sacerdotes en el santo sacrificio de la Misa, de la cual era muy devoto.

Pero lo más admirable de este Siervo de Dios fueron los raptos y excesos mentales, con que el Señor le favoreció no pocas veces, singularmente cuando estaba en oracion, en cuyo tiempo experimentaba á veces tanta fuerza de espíritu, que le era preciso dar grandes gritos y hacer algunos movimientos con el cuerpo. La música fué otro de los objetos que arrebataban su espíritu, infundiéndole tal suavidad y dulzura, que no pocas ocasiones se elevaba sobre sí, y quedaba arrobado en éxtasis: conforme sucedió una vez que tocando la música delante el Santísimo Sacramento, se elevó sobre sí de manera qua perdió los sentidos. Otra vez estando en los Maitines de Navidad, quedó tambien en éxtasis y arrobado, que sin duda sería efecto de una tierna devocion que profesaba al Niño Jesus. Al fin fueron tan frecuentes estos excesos mentales en el Varon santo, que el P. Francisco de Torá dice que él mismo lo vió diferentes veces trasportado.

Mas Dios nuestro Señor, que al paso que vivifica las almas tambien las mortifica, permitió que estos mismos favores, con que regalaba á su Siervo, le fuesen ocasion de contradicciones y humillaciones no pequeñas. Veían á veces los Religiosos estos raptos y excesos mentales, y aunque algunos hacían de ellos el mérito y concepto que debían, no faltaron otros que ó por no creerlos verdaderos, ó para ejercitar la paciencia del Varon santo, le humillaban y atribulaban. Pero el Siervo de Dios estaba tan penetrado de sentimientos humildes, que nada fué bastante para alterar su paciencia, ni para apartarle de una perfecta resignacion con la Divina voluntad. Todo lo sufría, todo lo toleraba sin murmurar ni quejarse de nadie, por más graves y sensibles que fuesen aquellas pruebas. Con lo cual dió una prueba la más clara y evidente de la verdad de sus raptos y de la santidad de su vida.

De este modo vivió este Varon santo, y con tales virtudes y ejemplos ilustró los años de su mortal carrera; y así cuando llegó al fin de sus dias mereció tanta paz y serenidad, que habiendo recibido los santos Sacramentos, y acercándose la hora de su muerte, se puso á rezar el Oficio de Nuestra Señora, en cuyo devoto ejercicio espiró y dejó este mundo. Y siendo sus últimas palabras las alabanzas de la gran Reina del cielo, podemos piamente creer que esta Divina Señora recibió su dichosa alma, y la llevó al eterno descanso de la gloria, para vivir felizmente entre los Bienaventurados. Murió el Siervo de Dios en nuestro convento de Manresa, el año 1606.

Fr. Francisco de Galicia, Lego.

HEMOS significado varias veces el gran descuido que hubo á los principios en órden á notar las cosas de los Religiosos que florecieron en aquellos primitivos tiempos. Descuido que vemos confirmado en la vida de este Religioso de quien ahora tratamos; pues diciéndonos los Originales de la Provincia que fué de noble linaje, nada nos dicen ni de sus padres, ni de su patria, ni de las circunstancias de su venida á la Orden: sólo nos dicen que fué vestido en nuestro convento de Figueras á ocho de Setiembre del año 1591, y que se llamó Fray Francis-

co de Galicia. Con esto ya no deberá maravillarnos que la noticia que hallamos de sus virtudes sea tambien corta y limitada, como en efecto lo es, expresándose más con términos generales que con individuaciones particulares. No obstante, en esta generalidad se nos manifiesta un espíritu fervoroso, austero, penitente, y adornado de toda virtud.

Uno de los ejercicios más familiares del Siervo de Dios fué el de la santa oracion, conociendo sin duda que sin ella ningun Religioso adelantará en la perfeccion de su estado. Le ocuparon los Superiores entre otros oficios en el de hortelano, que desempeñó con mucha diligencia, alegrándose singularmente cuando la hortaliza se daba de limosna á los pobres. Y sin embargo de ser este oficio de mucha fatiga, no dejaba de acudir á las horas de oracion señaladas para la Comunidad, añadiendo á ellas otros ratos extraordinarios, singularmente de noche, en que dejaba volar su espíritu á la contemplacion de las cosas celestiales. De aquí nacía en el Varon santo el andar siempre en la presencia de Dios, el guardar un estrecho silencio, el vivir muy recogido, huyendo lo posible de las conversaciones; y sobre todo nacía de aquí un don particular de hablar de Dios, profiriendo á veces palabras tan encendidas en divina caridad, que movían á devocion á los que las escuchaban. Y como por otra parte fuese de condicion apacible y alegre, parecía en su modo de tratar que el espíritu del Señor habitaba en él; por lo cual tenía singular gracia de consolar á los afligidos, como igualmente mucha caridad para con los pobres. Fué tambien efecto de su oracion el rigor y austeridad con que trataba su cuerpo, cubriéndole con un hábito vil y remendado, negándole el uso de las sandalias, cuando iba de camino, y mortificándole con rigurosos ayunos, así de obligacion como de devocion, y á veces cuando viajaba se contentaba con comer pan y hierbas en el campo, por no entrar en casa de seglares: acompañando esta mortificacion con una humildad muy profunda, una obediencia muy rendida, y una paciencia muy resignada en las adversidades y trabajos.

Todo este cúmulo de virtudes no podía ménos que hacerle muy agradable á los ojos del Señor, y merecerle singulares favores de la Divina liberalidad; como en efecto así lo vemos confirmado en el siguiente caso. Habíase el Siervo de Dios aparejado con mucha diligencia para celebrar la devotísima fiesta del sacrosanto Nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, con la esperanza que en aquel dia se dignaría el Señor comunicarle algun don ó gracia. Pero dispuso el Señor que pocos dias ántes de la dicha festividad cayese enfermo. No se perturbó el Varon santo con esto, sino que recibió la enfermedad con mucha resignacion, y llegando el dia del Nacimiento, conoció cuan bueno es Dios para los que de corazon confian en él. Porque mereció en aquel dia ser consolado con cierta vision ó revelacion, en que se le dió á entender la relacion y harmonía que tienen entre sí las virtudes; la cual vision llenó su corazon de tanto gozo y alegría, que parecía salir de sí por la grandeza del contento que sentía. El P. Arcángel de Gerona, á quien el Siervo de Dios comunicó el motivo de aquella su grande alegría, dice que la dicha vision ó revelacion le pareció cosa Divina, y que no sabía como explicarla. Hallándose pues el Varon santo así favorecido, y perseverando en la práctica fervorosa de las virtudes, junto con profesar una cordial devocion á la Vírgen Santísima, llegó al fin de sus dias; y habiendo sufrido con paciencia una grave y molesta enfermedad, salió de las miserias de este mundo para gozar los bienes eternos de la gloria, segun la piedad cristiana nos persuade. Verificose su muerte en nuestro convento de Perpiñan, el año 1606.

P. Agustin de Randazo.

El P. Agustin fué natural de Randazo, en el Reino de Sicilia, y vistió nuestro hábito capuchino en una de las Provincias del mismo Reino. Cual fuese la perfeccion de su vida, y cuantas las virtudes que adquirió en los años que vivió en aquella isla, no lo hallamos escrito: pero no dudamos creer serían muchas y muy aventajadas, supuesto que trasladado á Cataluña, resplandeció con

admirables ejemplos de santidad. Era grande el rigor de vida que voluntariamente se observaba en la Provincia; y no obstante que este Religioso era débil de complexion, y padecía sus achaques, se esforzó siempre á seguir los actos y ejercicios de la Comunidad, mostrándose celoso de la observancia de la Regla, Constituciones, y buenas costumbres de la Orden. Y era tan fervoroso este su celo, que aun cuando iba de camino daba los mismos buenos ejemplos como en el convento, sin dejar sus ejercicios espirituales de Misa, oracion, silencio y recogimiento: virtudes todas que movieron á los Prelados á confiarle el oficio de Guardian, esperando sin duda que infundiría en sus súbditos aquel espíritu y fervor, de que él mismo estaba tan ardientemente animado. Pero nada nos manifiesta con mayor evidencia la alta perfeccion de este buen Religioso, como el gran concepto de santidad que mereció entre los hombres, y tambien algunos milagros y dones del cielo, con que el Señor se dignó honrarle en esta vida. Es muy honorífica para el Siervo de Dios la declaracion jurada que sobre esto hacen algunos testigos, por lo cual nos ha parecido muy debido escribirla literalmente segun la refieren los Originales de la Provincia.

El Señor Rafael Juan Rocamora, médico de Tarragona, dice así: « Yo conocí al P. Fray Agustin de Randazo, que fué Guardian en este convento, y tenido en mi opinion de santo; porque estando enfermo de gota con dolores en el pié derecho, sin poder andar sino á caballo, fuí á visitar al Maestro Padre Luquian, Lector de la Seo de Tarragona, de la Orden de los Padres Predicadores: y entrando por el aposento del dicho Padre, cojeando con grandes dolores, viéndome así el sobredicho P. Fray Agustin que estaba allí, vino y me tomó del brazo para ayudarme á caminar, diciéndome: « Pobrecito ¿qué tiene? », y yo le respondí: « que me estoy muriendo de un gran dolor del pié. » Y con esto nos sentamos junto á la cama del P. Luquian, yo en una silla, y el Padre en una cajuela baja, y estando yo preguntando al P. Luquian como se había hallado aquella noche, sin acatarme del caso, ví al P. Fray Agustin arrodillado, y que me había tomado el pié con las manos, reclinada la cabeza sobre él, y viendo esto le dije: « Padre Guardian, ¿qué hace V. Paternidad? », y él me respondió: « Vate con Dios, que no ternas más dolor, que te habemos menester. » Y en esto me volví á mi casa, donde estaba aparejado el Cirujano para sangrarme; y bajando de caballo en mi casa, subí con muy poco dolor la escalera, y dando una vuelta por la sala, apénas sentí dolor, y dije á mi mujer: no me quiero sangrar, porque el P. Guardian me ha curado, que no tengo dolor. Y por aquella vez quedé sin dolor por la intercesion de este bendito santo. » Todo esto dice el sobredicho médico.

El P. Maestro Luquian de la Orden de Santo Domingo arriba nombrado dice: « Yo conocí al P. Fray Agustin de Randazo, que fué Guardian en este convento de Tarragona, y le traté muchas veces, y conocí en él mucha virtud, y tenido en mi opinion por perfecto Religioso. Y me aconteció que teniendo yo una grave enfermedad peligrosa, habrá como siete años, vino el sobredicho Padre á visitarme, y me dijo que no moriría de aquella enfermedad: y así fué, que con el auxilio Divino luego estuve bueno; y con la opinion que yo de él tenía, creí que por su intercesion tuve salud. Tambien me acuerdo que una vez hablando conmigo el sobredicho P. Fray Agustin de Randazo, me dijo como en tercera persona, que una persona religiosa sabía de uno que había muerto poco había, y era persona de calidad, estaba en purgatorio, y que estaría algunos pocos dias. Y despues le pregunté otro dia qué era de aquella alma: me dijo que ya había salido, y que estuvo en purgatorio treinta ó treinta y dos dias. Y dijo que este Religioso tenía esta gracia, que sabía cualquier cosa que quisiese saber del purgatorio, que Dios se lo concedía. Y yo le apreté que me dijese quien era ese Padre, y nunca quiso decírmelo; y yo le dije: « Por negarme V. Reverencia quien es, creo que es V. Reverencia »; y así lo creí por la opinion que tenía de él. Y más, en presencia mia una vez en mi celda el sobredicho P. Fray Agustin curó de la gota á un médico, que se dice el Doctor Rocamora, con hacerle la señal de la cruz y besarle en el pié que tenía

el dolor, y no le volvió más, por más de un año y medio. » Hasta aquí es del dicho R. P. Maestro Dominicano.

Diego Marquet, Teólogo, Colegial del Colegio de Tarragona, dice: « Yo conocí al P. Fray Agustin de Randazo capuchino, que fué en Tarragona Guardian, y era tenido en mi opinion por santo, y por Religioso que á mi parecer tenía espíritu de profecía. Porque visitándole yo una vigilia de San Agustin, hallándole en su celda con calenturas tercianas, me dijo: Hermano Marquet, mañana es San Agustin mi Santo, y no me volveran más las calenturas. Y así fué que estuvo sano. Y otra vez estando hablando con él, me dijo que deseaba ir á morir á Barcelona; y en esto se despidió por el Capítulo provincial á Barcelona, y en llegando allí enfermó y murió segun su deseo. »

Así explican estas personas la santidad de nuestro P. Agustin, y los dones con que Dios se dignó favorecerle (1). De donde inferimos que su perfeccion, sus ejemplos, y sus virtudes fueron muy esclarecidas, tanto entre los Religiosos como entre los seglares; sirviendo á unos y otros de mucha edificacion. Y como estos sean los caminos seguros para el cielo, podemos piamente creer que, pasando de esta vida con la muerte de los justos, mereció los premios eternos en el cielo. Falleció este Siervo de Dios en nuestro convento de Monte-Calvario, segun había deseado, en 1606.

(1) El P. Lorenzo de la Selva, capuchino, refiere bajo juramento, el siguiente hecho, que al paso que es honorífico para nuestro P. Agustin, nos enseña cuanta fidelidad exige toda promesa hecha á los Santos: « Estando yo, dice, muy « malo en el convento de Tarragona, y cercano « á la muerte, vino la festividad de San Diego. « Encomendeme lo mejor que pude y supe á este « glorioso Santo, suplicándole me alcanzase del « Señor Dios la salud, si me convenia, que yo le « prometía de irle á visitar en su capilla de los « Padres de San Francisco Observantes, que en la « misma Ciudad tienen convento y capilla con su « altar del dicho Santo, si al P. Guardian le pa- « recía bien, y me daba licencia. Y viniendo á « nuestra celda el P. Guardian, que se decía el « P. Fray Agustin de Randazo, Siciliano, dijele « lo que había hecho, y si le estaba bien. Díjome « que sí, y él vendría conmigo, y diría una Misa. « Cobrada la salud, un dia muy de mañana me vino « el dicho P. Guardian á la celda, y despertándo- « me me dijo: Fray Lorenzo, véngase conmigo. Por « el camino que tomamos hácia la ciudad me dijo: « ¿ No se acuerda, Hermano Fray Lorenzo, cuando « estaba tan malo, de una promesa que hizo de vi- « sitar á San Diego? Respondile: Si, Padre. — Pues « ha de saber que esta noche me ha aparecido « San Diego, y me ha reprendido muy ásperamente, porque me tardaba tanto á cumplir lo « prometido: y á eso vamos ahora á los Observan- « tes. Y él dijo Misa, y yo comulgué, y salimos « de nuestra obligacion. »

P. Antonio de Ceriñá.

Pocos años vivió en la Orden este santo Religioso, porque habiendo vestido nuestro hábito capuchino á diez de Mayo del año 1598, murió en este de 1606. No obstante, en este poco tiempo ejercitó las virtudes con tanta perfeccion, que puede servir de modelo aun á los Religiosos más fervorosos. Vivía algo enfermizo, y era de débil complexion, y sin embargo trataba su cuerpo con tan rígida penitencia que á la verdad causa admiracion. Toda la austeridad de nuestro Instituto no bastaba á satisfacer los deseos que tenía de padecer, por lo cual poco satisfecho de las disciplinas comunes, añadía otras extraordinarias, y muy rigurosas. Los ayunos ordinarios de la Orden los hacía con rigor, añadiendo á ellos otros muchos; y aun se observó una vez que ayunó la cuaresma que llamamos del Espíritu Santo desde la Pascua de Resurreccion, que es decir, por el tiempo de siete semanas. Siendo en lo demas tan abstinente, que cuando la Comunidad comia de carne, él pasaba con sola la sopa y alguna fruta. Un hábito austero y remendado cubría su cuerpo exteriormente, y un cilicio de hierro le afligía interiormente. Las tablas desnudas ó una estera componían su cama, y un tosco madero le servía de almohada. A sus pies ningun calzado permitía, ni á su persona concedía conveniencia alguna.

Al fin fueron tan encendidos estos deseos de llevar la mortificacion de Jesus en sus miembros, que pidió á los Prelados el morar de familia en el noviciado de Santa Eulalia; esperando sin duda que aquí hallaría entre los novicios ocasiones más oportunas para mortificarse, humillarse, y hacerse víctima agradable á los ojos del Señor. Fué á la verdad objeto digno de admiracion y juntamente de edificacion, ver á este buen Padre entre los novicios, y ejercer y practicar los actos humildes que ellos acostum-

bran. Barría el convento, asistía á las pláticas, hablaba con los Religiosos de rodillas, y si se lo permitían, hacía la segunda disciplina los viérnes. Sucedió una vez que hallándose enfermo de unas recias calenturas, bajó al refectorio á decir la culpa con los demas, no queriéndose privar de aquel acto de humildad y de mortificacion, por más que la enfermedad le dispensase de ello.

Tal era el espíritu y el fervor de este Siervo de Dios, y tal su rígida penitencia, la cual aunque en sí fuese austera y amarga, se hacía suave y dulce con el santo ejercicio de la oracion y devocion, que son las fuentes que dulcifican todas las amarguras de la mortificacion religiosa y de la penitencia cristiana. Era el Varon santo tan aplicado á este devoto ejercicio, que no pocas veces le hallaba el sacristan en la iglesia, haciendo oracion de noche, cuyos efectos se dejaban ver singularmente en la mucha preparacion y devocion con que celebraba el santo sacrificio de la Misa, y en las otras que oía. Tambien fué indicio de su mucha oracion la gracia particular que tenía de hablar de Dios, con la cual una vez encendió tanto el corazon de un jóven, que le movió muy fervorosamente á ser Religioso nuestro, como en efecto lo fué, y se llamó Fray Miguel de Barcelona. Finalmente podemos decir que en todo manifestaba ser Religioso de oracion, en el recogimiento, en la abstraccion de seglares, en el silencio, en la puntual asistencia á los actos de Comunidad, y en la fiel observancia de nuestras Constituciones, cuyas principales disposiciones tenía escritas en un cuaderno, para acordarse de ellas. Estas religiosas observancias le disponían para la oracion, en la cual se encendían aquellos ardientes deseos de padecer por Cristo. Así vivió este santo Religioso, y con esta perfeccion ilustró los pocos años que fué Capuchino. De donde podemos piamente creer que su muerte fué dichosa y feliz, mereciendo en el cielo la gloriosa suerte de los hijos de Dios. Fué su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario, en 1606, como hemos ya notado.

P. Melchor de Olot.

JUNTAMOS á los precedentes el P. Melchor de Olot, el cual habiendo vestido nuestro hábito capuchino en el año 1591, correspondió muy fielmente á la vocacion santa que le llevó á la Religion. No le intimidaron las rígidas observancias de nuestro Instituto, ántes se mostró tan deseoso de cumplirlas, que aun en tiempo de padecer las calenturas que llaman cuartanas, seguía la Comunidad en todos sus ejercicios como si estuviera sano; haciendo los ayunos mandados por la Regla, los de la cuaresma *Bendita*, y otros que añadía por su devocion. Fué elegido Guardian de nuestro convento de San Celoni, y desempeñó este oficio con celo y prudencia; y aunque él fuese austero para sí, usaba de benignidad con los necesitados y forasteros que pasaban por aquel convento, á quienes trataba con religiosa liberalidad. La oracion y el recogimiento fueron virtudes ejercitadas tambien por él, como igualmente la santa pobreza en las cosas que estaban á su uso. De este Padre, dice Fray Francisco de Solsona, que oyó decir en la misma ciudad de Solsona que el Siervo de Dios poco ántes de su muerte había dicho á algunos Sacerdotes que dentro cuatro dias había de morir, y que se verificó así puntualmente, y que por esto le tenían allí en opinion de santo. Todo lo cual nos hace creer piamente que despues de su muerte, mereció gozar de la eterna felicidad entre los Bienaventurados. Falleció en Solsona, el año 1606.

Fr. Lorenzo de Castellar, Corista.

TAMBIEN debemos hacer honorífica memoria de Fray Lorenzo de Castellar, pueblo de Cataluña, el cual deseoso de renunciar el mundo, se alistó en la milicia Seráfica, vistiendo nuestro hábito capuchino en el año 1599, en clase de Corista. No fueron muchos los años que vivió en la Religion, pero fueron muchas las virtudes en que se ejercitó. A las horas de oracion que tiene la Comunidad añadía muchos ratos de oracion extraordinaria. Hacía las disciplinas con rigor añadiendo á las comunes otras particu-

lares. Ayunaba los sábados á honra de nuestra Señora, á más de otros ayunos tambien de devocion. En las enfermedades fué paciente, en los actos de Comunidad muy contínuo, y en lo demas muy fervoroso, devoto y recogido. Y siendo así perfecta su vida, piamente creemos que fué tambien santa su muerte, que se verificó en nuestro convento de Perpiñan, el año 1606.

P. Francisco de Barcelona.

El P. Francisco de Barcelona vistió nuestro hábito en el año 1581. La perfeccion de este Religioso llegó á tan alto grado, que no pocas veces haciendo oracion quedaba fuera de los sentidos, segun lo afirma un Religioso confidente suyo, diciendo que yendo muchísimas veces á su celda, le hallaba puesto en oracion con los ojos abiertos, fijos, y levantados al cielo: y aunque le llamase y se pusiese delante de él, ó hiciese ruido, no sólo no le respondía, pero ni mostraba sentir cosa alguna; por lo cual creyéndole arrobado, cerraba la celda y le dejaba. Otro ejemplo tenemos que nos demuestra la profunda humildad y rendida obediencia de su espíritu. Hallándose el Siervo de Dios constituido Sacerdote y de algunos años de hábito, le mandó su Prelado que hiciese los oficios de Corista, y que se llevase como uno de ellos; cuyo mandato obedeció con tanta humildad y rendimiento, que levantaba las mesas, hacía el oficio de Acólito, decía la culpa todos los dias, y practicaba lo demas que acostumbran los Coristas más mozos. A más de esto fué Religioso callado, paciente, sufrido, sin quejarse jamas de cosa alguna. Y juntando con estas virtudes un aspecto venerable y santo, se mereció el concepto de perfecto y ejemplar Religioso. Habiendo pues vivido con tanta perfeccion, y acercándose á la muerte, parece mereció recibir algun superior conocimiento de ella: porque hallándose encargado de la direccion de algunas obras que se hicieron en nuestro convento de Perpiñan, dijo á otro Religioso, que quería acabar presto la primera celda, para que sirviese de modelo para las otras, y que en acabándola moriría. Y se cumplió así puntualmente como lo dijo; que concluida la primera celda, luego enfermó y murió, dando fin á esta vida mortal para empezar otra más dichosa en cielo, segun piamente podemos creer. Fué su muerte en nuestro convento de Perpiñan, el año 1607.

P. Juan de Granollers.

Su vida resplandeció con ejemplos de particular espíritu y fervor. Su ingreso á la Religion fué en el año 1598, y su salida del mundo en el de 1607; y no obstante ser tan pocos los años que vivió Religioso, adelantó no poco en la perfeccion de nuestro Instituto. Fué austero en el tratamiento de su cuerpo, no queriendo otro lecho que las desnudas tablas, y por almohada un haz de sarmientos, y aun á veces extendía los mismos sarmientos sobre las tablas, como si estas fuesen cama demasiado blanda. Con esto fué tan vigilante para la oracion, que no pocas veces le hallaban en la iglesia ántes de los Maitines, y otras veces despues de ellos se quedaba para continuar su devocion. Otro medio discurrió con que pudiese tener ocasiones de padecer, y fué el buscar motivos para decir la culpa, estando comiendo la Comunidad; y como el Prelado conociese sus deseos, no dejaba de ejercitarle. Tal fué la perfeccion de su vida, la cual nos persuade piamente la felicidad de su muerte y de su gloria; de cuya felicidad fué indicio el haberse hallado su cuerpo entero y sin corrupcion despues de un año de sepultado. Cuando murió era Guardian de San Celoni, y se verificó su muerte en nuestro convento de Monte-Calvario.

P. Bernardino de Manzanilla.

Buen olor de Cristo para toda su Provincia fué el P. Bernardino de Manzanilla con sus fervorosos ejemplos de virtud y santidad; cuyos suaves influjos se dejan percibir aun despues de la larga duracion de más de dos siglos. Fueron sus padres gente honrada y de mediana hacienda en Manzanilla. Llamose en

el siglo Pizarro. En su juventud se dedicó al estudio de las letras, singularmente del derecho civil, en el cual aprovechó tanto que fué muy docto en leyes. Despues pasó al Reino de Nápoles, mereciendo que el Rey Felipe segundo le honrase con un cargo ó empleo de mucho honor, con el cual y con las buenas circunstancias que le acompañaban se le proporcionaba una brillante carrera á su fortuna. Mas Dios nuestro Señor, que quería á este caballero para su casa y familia, dispuso que este su viaje á Nápoles fuese el camino para librarse de los engaños del mundo y de todas sus locas esperanzas. Predicaba en aquel tiempo en Italia, y segun se cree en la ciudad de Nápoles, aquel Orador famoso y Varon apostólico, el Padre Alonso Lobo, honor ilustre de nuestra Orden y de nuestra patria, sembrando por todas partes aquella celestial doctrina que produjo copiosísimos frutos en las almas. Oyole nuestro caballero Pizarro el sermon que predicó de la Samaritana, y quedó tan conmovido y penetrado de aquel sermon y del espíritu fervoroso del Predicador, que allí mismo hizo resolucion de hacerse Capuchino, renunciando el cargo que tanto le honraba, junto con todas las esperanzas del siglo. Y fué esta resolucion tan fervorosa, que sin esperar más tiempo, cuando el Predicador bajó del púlpito se acercó á él, y le dijo que tenía necesidad de hablarle, y como este le respondiese que por la tarde viniese al convento, fué allí prontamente sin pérdida de tiempo. Pudo entónces explicar libremente todos sus deseos y resoluciones al P. Alonso, el cual despues de un éxtasis de casi media hora que tuvo allí mismo, le dijo que no tomase el hábito en Italia, sino que fuese á tomarle en España, y vería lo que Dios obraría con él. Estaba el buen caballero tan penetrado de los sentimientos de Dios y de los deseos de servirle, que no fueron menester más consejos para que dejando Italia, y abandonada toda la mundana fortuna, se viniese á Cataluña, donde despues de las diligencias regulares, vistió el hábito capuchino en nuestro convento de Gerona, el dia 24 de Julio del año 1581, llamándose en adelante Fr. Bernardino de Manzanilla.

Una vocacion de esta naturaleza, concebida por unos medios tan extraordinarios, prometía seguramente unas virtudes muy eminentes y una perfeccion muy elevada en este Religioso. Y en efecto, correspondió tan fielmente á esta vocacion santa, y cumplió con tanto celo y fervor las estrechas leyes de nuestro Instituto, que mereció ocupar los puestos de Guardian, Maestro de novicios, Definidor, y Custodio general, y aun se cree hubiera tambien ocupado el de Ministro Provincial, si no hubiese renunciado su voto en uno de los Capítulos. El fundamento primario y principal en que estableció el edificio de su alta perfeccion, fué la santa oracion, ejercicio muy recomendado, singularmente á los Religiosos que quieren poseer las virtudes propias de su estado. Tiene nuestra Orden destinadas dos horas á este santo ejercicio, á las cuales la Provincia de Cataluña añadía voluntariamente otra hora despues de Prima para mayor perfeccion de los Religiosos. Y aunque todo este tiempo parece bastante para satisfacer los deseos de un corazon fervoroso, á nuestro P. Bernardino le parecía corto y limitado para los altos vuelos de su espíritu. Por lo cual á más de asistir con mucha devocion á las oraciones de la Comunidad, destinaba otras horas extraordinarias, en que pudiese contemplar los Divinos Misterios, que eran objetos amables de su corazon. Siendo Guardian de nuestro convento de Blanes, tenía ordenado al Religioso que cuidaba del despertador, que le despertase una ó media hora ántes de los Maitines, cuyo tiempo empleaba en oracion. Y el mismo Religioso dice que siendo él Sacristan, hallaba al Varon santo en horas extraordinarias haciendo oracion de rodillas, con tanta firmeza que parecía un mármol; lo que confirma otro Religioso, diciendo que estaba delante del Santísimo Sacramento arrodillado muchas horas como insensible, sin menearse. Y el R. P. Maestro Luquian, Religioso de Santo Domingo, y Lector en la Catedral de Tarragona, que era muy familiar del Siervo de Dios, añade que siempre que iba á nuestro convento, le hallaba junto á la capilla mayor, en un rinconcillo, arrodillado en oracion. Cuales

y cuantos fueron los favores celestiales que mereció recibir de la liberal mano del Señor en esta su contínua y fervorosa oracion, no lo sabemos; pero lo significa bastantemente cierto Religioso confidente suyo, el cual dice que el mismo Siervo de Dios le comunicó que había merecido recibir algunas visiones, y entre ellas que había visto, estando en oracion, á un Religioso que dejando el hábito apostataba de la Orden: y se verificó del mismo modo que se le había manifestado.

Pero otros efectos más provechosos y más apreciables hallamos de su oracion, que fueron una humildad muy profunda, una mortificacion muy rígida, una castidad muy bien guardada, una observancia muy exacta, un fervor, un espíritu, y un celo muy ardiente. Admiran á la verdad algunos hechos particulares de su vida, que se refieren en los Originales de la Provincia. Siendo aun Corista, fué elegido Guardian, cosa no acostumbrada en la Orden (*Vid. pag. 204, nota*), y que nos significa el alto concepto que los Prelados habían formado de su virtud y de su celo. Cuando era Definidor, si el Sacristan ú otro Religioso le pedía que sirviese alguna Misa, dejaba prontamente cualquier otra ocupacion, y se iba á servirla, y lo hacía con tanta devocion, composicion, y mortificacion, como el más fervoroso novicio. Pretendió el demonio mancillar su castidad con fuertes tentaciones, y visiblemente se le presentaba; pero el Varon casto opuso al enemigo tal resistencia, que á veces se echaba en el suelo, y si con esto no pasaba la tentacion se disciplinaba en las pantorrillas con tal rigor, que tenía las piernas enteramente llagadas, de modo que no se podía poner el dedo en parte sana, segun lo vió y afirmó el cirujano, á quien acudió para el remedio. Y decía el mismo Siervo de Dios que con estas disciplinas alcanzaba victoria de la tentacion. Estuvo algun tiempo en Madrid, y se llevó con tanta edificacion y buen ejemplo que un seglar determinó venirse con él, y tomar el hábito en Cataluña, como lo ejecutó, y se llamó P. Bernardino del Quintanar. En este viaje observó el mismo tenor de vida que acostumbraba en el convento. Rezaba el Oficio Divino á sus horas; se levantaba á media noche para rezar los Maitines, aunque estuviese cansado del camino; hacía los ayunos de cuaresma por más escasa que fuese la comida que hallaba, y si tal vez el seglar que le acompañaba compraba alguna cosa, no quería tomarla, á fin que no se dijese que llevaba bolsario.

Sucedió una vez siendo Guardian, que el Sacristan dejó de tocar las oraciones á la hora que correspondía, cuya falta castigó el Siervo de Dios en sí mismo, haciendo la disciplina, y advirtiendo despues al Sacristan que si volvía á faltar en aquello, haría la misma penitencia que él había hecho. Suceso que nos demuestra la gran prudencia de este Prelado en su gobierno, y los modos extraordinarios de que se valía para corregir á sus súbditos. Ni por esto debemos pensar que su celo fuese remiso ó negligente en las observancias de nuestro Instituto, ántes fué siempre muy firme y constante en que se guardase el rigor de nuestra Regla, Constituciones, y santas costumbres de la Orden, de modo que con toda libertad se oponía á aquellos que á su parecer no procuraban lo mismo. Al fin toda su vida no respiraba otra cosa que virtud, perfeccion, y santidad, manifestándolo aun en las conversaciones que tenía ya con los Religiosos, ya con los seglares, en las cuales hablaba siempre con tanto espíritu y fervor, que encendía los corazones de los que le escuchaban. Uno de los que familiarmente le trataron fué el Ilustrísimo Señor Don Gaspar Gil, Obispo que fué de Vich, en el tiempo que este Varon santo, habiendo pasado á Aragon, se hallaba en la fundacion de nuestro convento de Tarazona; y dice este Señor que el mismo Siervo de Dios (en la intimidad, y con sencillez y humildad) le había comunicado entónces muchas misericordias que había recibido de la Divina bondad; y entre ellas que siempre que había de tener alguna grave tentacion, sentía en el corazon unos como golpes, los cuales no sabía atribuir sino á un particular aviso que le daba el Señor. Asimismo le comunicó que nuestro Señor le había llevado mucho tiempo por el ejercicio de las virtudes, y que venía á estar tan ejercitado, que con su-

ma facilidad en cualquier accion exterior ejercitaba un gran número de virtudes. Estas confidencias no eran vana ostentacion, sino un extraordinario acto de llaneza con tan docto y pio Maestro. « Y en efecto cuando yo le traté, dice el mismo Señor Obispo, estaba en muy alto grado, segun diferentes pláticas que pasaron entre los dos. » Otro testimonio tenemos del espíritu fervoroso de este Varon santo, y de los deseos que tenía de aprovechar á los otros, y fueron dos tratados que escribió, el uno para los novicios y Religiosos, en el cual con ciertas figuras les enseñaba en que consistía la perfeccion y aprovechamiento. El otro era una explicacion de las tres vias, purgativa, iluminativa, y unitiva. El sobredicho Señor Obispo dice que leyó este último tratado, y que era muy bueno.

Con estos sentimientos de piedad, espíritu, y fervor, y con tales virtudes llegó el Siervo de Dios al fin de su vida, del cual parece que tuvo alguna ilustracion superior; porque despidiéndose en Tarragona de cierto comerciante para ir al Capítulo Provincial, y representándole este su deseo de que volviese á Tarragona por Guardian, respondiole el Varon santo que iría donde la obediencia le mandase, y se prepararía para bien morir en aquel año; como en efecto así se verificó en el mismo convento de Tarragona, donde le mandaron volver los Superiores. En su última enfermedad manifestó mucha resignacion y paciencia; y cuando le llevaron el sagrado Viático, se levantó y se puso en el suelo, y adoró devotamente al Señor Sacramentado, pero no pudo recibirle por el mal de garrotillo que se lo impidió; con cuya devocion y preparacion pasó de este mundo y entró en el reino de la inmortalidad. En su muerte dejó de sí tan buena opinion, que los vecinos de Tarragona vinieron á nuestro convento con muchas velas y antorchas, en tanto número que los Religiosos no sabían donde ponerlas, acreditando con esto y con su numeroso concurso la santidad de aquel venerando difunto, cuyo entierro honraban con tan pias demostraciones. Despues de seis meses de sepultado, fué hallado su cuerpo entero, aunque el hábito estaba ya consumido, conservando el rostro en su color natural. Testimonios todos que nos indican bastantemente cuan preciosa fué á los ojos del Señor la vida y la muerte de este su Siervo. No obstante debemos decir para desengaño comun, que aunque la gran virtud, perfeccion, y santidad de este Religioso podían persuadir á todos que su alma voló prontamente al cielo, no fué así, sino que estuvo detenida en el purgatorio por el espacio de seis meses, segun tradicion de aquellos tiempos. Lo diremos con las mismas palabras, con que lo escribe el P. Miguel de Valladolid en los Originales de la Provincia. « De este Religioso, dice, se tiene noticia por tradicion, que estuvo seis meses en purgatorio, y que significó la persona que tuvo revelacion de esto, que había sido por controversias que había tenido con algunos Prelados. » Así lo escribe el sobredicho P. Miguel. Y puede ser muy bien que aquel gran celo, que el Siervo de Dios tenía en las observancias perfectas de nuestro Instituto, le llevase á alguna contradiccion poco considerada con los Superiores. Y aunque este celo á su parecer sería bueno, Dios nuestro Señor, cuyos juicios son muy diferentes de los nuestros, no dejaría de juzgarlo con aquel rigor que nos significan los seis meses de purgatorio. Pero sea como fuere, tenemos aquí un ejemplo poderoso, que nos dice que debemos vivir siempre muy remirados en todas las cosas, aun en aquellas que nos parecen nacidas de un buen celo, singularmente cuando las tratamos con nuestros Superiores, á quienes debemos todo honor y respeto. Murió este santo Religioso en nuestro convento de Tarragona, el año 1607.

Fr. Juan de Prexana, Corista.

FUÉ su patria Prexana, un pueblo del Obispado de Solsona, y sus padres se llamaron Francisco é Isabel Reiner. Estos buenos casados fueron tan afortunados en cuatro hijos que tuvieron, que los dos se hicieron Carmelitas Descalzos, y los otros dos Capuchinos, los cuales ambos se llamaron fray Juan, por haber el se-

gundo entrado despues de muerto el primero, cuya vida escribimos. Tuvo la fortuna este Fray Juan de ser sobrino del Ilustrísimo Señor Don Juan Tares, Arzobispo que fué de Tarragona y Virrey de Cataluña, cuya buena circunstancia le proporcionó segun se cree la comodidad de criarse en un Colegio de Tarragona. En este Colegio fué aplicado á los estudios, los cuales siguió con mucho recogimiento, llevando al mismo tiempo una vida tan cristiana, que mereció particular opinion de bueno entre sus conocidos. Pero deseoso de mayor perfeccion, se vino á nuestro convento de Santa Eulalia, donde vistió nuestro hábito capuchino el dia quince de Enero del año 1605. No fué superficial la vocacion que le condujo á la Religion, sino que fué muy fervorosa y encendida de verdaderos deseos de agradar á Dios, conforme lo manifestó ya en el mismo año del noviciado. Todas las penitencias, mortificaciones y otros ejercicios que acostumbran los novicios, los hacía con grande fervor; y si el Prelado le diera licencia hubiera practicado otras más rígidas, segun lo significaba cuando, poco satisfecho con las disciplinas de Comunidad, pedía al Superior licencia para hacer otras extraordinarias. Nunca levantaba los ojos del suelo, ni hablaba palabra alguna sino fuese por caridad, necesidad ú obediencia, siendo al mismo tiempo muy compuesto en todas sus acciones. En la oracion y demas ejercicios espirituales era muy devoto y fervoroso, dedicándose singularmente á oir y servir todas las Misas que podía. Al fin se llevó en el noviciado con tanto fervor y edificacion, que los demas novicios le tomaban por dechado y ejemplar, diciendo: « Este sí tiene mortificacion », resultando de aquí los buenos efectos que se dejan pensar.

Ni se acabó en el noviciado este su espíritu y fervor, sino que fué creciendo y haciendo nuevos progresos despues que tuvo el consuelo de sacrificarse del todo á Dios por medio de la solemne profesion. Sabía sin duda que el Religioso, que desea adelantar en la perfeccion, nunca debe acabar de ser novicio, sino que debe proseguir en el fervor concebido hasta la muerte. Así lo conoció y así lo practicó, observando todo el tiempo que vivió el mismo órden que se guarda en el noviciado. Fué constante en la mortificacion de la vista. Señalose tambien en la virtud de la abstinencia en tal manera, que viéndole el Prelado tan flaco, le mandó que comiese más de lo acostumbrado. En la oracion estaba siempre de rodillas, rezaba la Corona y el Oficio parvo á Nuestra Señora, frecuentaba mucho los Sacramentos, servía las Misas con particular devocion, y en todos los actos y ejercicios de Comunidad se mostraba muy puntual y fervoroso. De la pobreza santa fué muy celoso observador, y de la obediencia hacía tanto mérito, que ya cuando era novicio acostumbraba decir que ninguna cosa era tan provechosa al Religioso, como el resignarse á la voluntad de los Prelados. Entre estas virtudes resplandecía singularmente una caridad muy particular para con los enfermos. Les hacía las camas, limpiaba las inmundicias, y les hacía cualquier otro servicio con tal agrado y acierto, que los mismos enfermos se consolaban no poco de verle, y deseaban que él les sirviese por el modo tan caritativo con que lo hacía.

Así anduvo este jóven Religioso los caminos de la perfeccion, y de este modo procuraba enriquecer su alma de méritos y virtudes: y cuando unos principios tan santos prometían otros progresos admirables en el discurso del tiempo, se dignó el Señor llamarle para sí, para que la malicia del mundo no pervertiese su alma, ó porque sería ya fruto sazonado y digno de ser cogido. Así pues, ántes de llegar á los tres años de hábito, se halló acometido de grave y prolija enfermedad, originada segun se cree de aquella gran caridad que tenía con los enfermos. Esta enfermedad le afligió en tanta manera, que los huesos llegaron á romperle la piel en algunas junturas de su cuerpo, por el largo tiempo que le fué preciso estar en el lecho, padeciendo los vehementes dolores que se dejan pensar. Y sin embargo de tantas penas y trabajos, estaba el Siervo de Dios tan paciente y resignado, que nunca se le oyó queja ó resentimiento alguno; ni manifestó deseo ó voluntad de lograr algun remedio ó alivio, ántes bien, cuando los Religiosos le decían que rogarían á Dios por él, les respondía que no le

pidiesen la salud corporal, sino que se hiciese su Divina voluntad; y si alguna vez le instaban que pidiese algo de su gusto para comer, por la mucha inapetencia que padecía, sólo una vez pudieron conseguir que declarase su voluntad, deseoso siempre de observar la más rígida mortificacion. Aun para curarle, sentía mucho que otro le tocase ó sirviese, por ser muy recatado y modesto.

Al fin habiendo padecido con tan heróica paciencia esta larga y penosa enfermedad, y habiendo recibido los santos Sacramentos, abrazado con un santo Crucifijo murió. Pero ¡ oh meurte feliz, oh muerte dichosa, oh muerte inocente ! Apénas espiró, cuando se oyeron unos dulces cánticos y una música celestial de tanta suavidad, que no era comparable con cosa alguna de la tierra, la cual darían sin duda los Santos Angeles para celebrar el feliz tránsito de este jóven Capuchino, y confirmar su inocencia y sus virtudes. Oyeron esta celestial música Fray Bartolomé de Victoria y Fray Magin de San Celoni, ambos Religiosos legos de singular pureza y santidad. Ni debe esto maravillarnos, porque este santo Religioso á más de servir á Dios con la perfeccion que hemos dicho, vino á la Religion inocente, y conservó la inocencia todo el tiempo que vivió en ella, segun lo dice el P. Miguel de Valladolid en el elogio que hace de su vida, que es del tenor siguiente. « En este poco tiempo que « vivió (Fray Juan), caminó tanto, que « no he hallado Fraile, que le hubiese « conocido, que no dijese de él grandes « alabanzas, por lo cual creo piamente « que se fué derecho al cielo, porque « vino á la Religion muy mozo y con « la inocencia, y en la Religion no « sólo conservó la inocencia, más aun « ejercitó con gran fervor las virtu- « des ; y murió santamente. » Esto dice el mencionado P. Miguel, que vivió en aquellos tiempos. Murió este santo é inocente Corista en el año 1607, en nuestro convento de Perpiñan, en cuya ciudad había adquirido ya en vida tal concepto de santidad, que los vecinos decían, que en el convento de los Capuchinos había un Religioso mozo que era un santo ; y ni más ni ménos decían los Religiosos del convento; por lo cual alguno de estos no dudó llevarse algunas cosas suyas por reliquias despues de su muerte. Así honra Dios á los que le sirven con pureza, espíritu y fervor, y tales son las señales que nos da de la eterna retribucion que les concede allá en el cielo. ¡ Felices nosotros si servimos al Señor con igual fervor y espíritu! y si no somos inocentes, seamos á lo menos igualmente penitentes. (1)

P. Anselmo de Cazorla.

Con brillantes luces de virtud y perfeccion resplandeció este Religioso, llevando una vida tan fervorosa y tan ajustada á las estrechas leyes de nuestro Instituto, que su memoria será siempre digna de honor y alabanza. Llamose P. Anselmo de Cazorla, pueblo de Andalucia; y segun se cree, ántes de venir á nuestra Orden fué Religioso de nuestra Señora de la Merced, y era ya Sacerdote. Vistió nuestro hábito capuchino en 1592. Alistado ya en la milicia seráfica, siguió con espíritu fervoroso los caminos rígidos de la perfecta observancia. La oracion fué un ejercicio tan amado y tan frecuentado por el Siervo de Dios, que unas veces le hallaban en el coro ántes de los Maitines haciendo oracion, y otras en la iglesia en horas extraordinarias; siendo en los demas ejercicios de coro, que tiene la Comunidad, tan puntual y exacto, que siempre era el primero que asistía á ellos, y el último que salía, manifestando no pequeño sentimiento si por algun motivo ó negocio le llamaban miéntras se hacía la oracion de Comunidad. Y para que este espíritu de oracion no se disipase, guardaba un estrechísimo recogimiento, excusando en lo posible el trato y la conversacion, no sólo con los seglares, sino tambien con los Religiosos, á cuyo fin se retiraba á la celda, ocupándose en leer vidas y ejemplos de Santos.

(1) « In Cathaloniae Provincia Fr. Joannes à Pressana. Clericus, tanta honestate, puritate, ac mentis innocentia, vitam in Religione duxit; ut angelicam vitae rationem aemulari videretur. Quo factum est, ut in ipsius obitu Angelorum cantus auditi fuerint. » (*Boverio*, t. II, p. 788). — En el MS. *Indice* se lee : « Fr. Juan de Praxana Corista 15 de Enero 1605 », dia y año de su toma de hábito.



Y como la mortificacion sea tan compañera de la oracion, que con dificultad se hallará la una sin la otra, trataba el Siervo de Dios su cuerpo con mucha austeridad y rigor, singularmente en el ayuno y abstinencia. No le satisfacían los muchos ayunos que manda nuestra Regla, sino que añadía otros de devocion, particularmente los sábados á honra de nuestra Señora, observando en unos y otros ayunos una forma tan rígida, que la comida era muy poca, y la colacion ninguna, absteniéndose de ella enteramente. Sucedió una vez que estando en la huerta del convento, comió tres ó cuatro ceresas, y se avergonzó tanto de ello, y se mortificó de tal modo, que en muchos años no comió semejante fruta, aunque se la ofreciesen. A estas virtudes debemos añadir una devocion particular que el Varon santo tenía en oir Misas, singularmente en los dias de fiesta, en los cuales oía todas las que podía: no siendo menor la devocion que profesaba á la Vírgen Santísima nuestra Señora, á honra de la cual le rezaba su Oficio.

Tal era la perfeccion de este santo Religioso, y tales los ejemplos que ofrecía á los ojos de sus súbditos en los años que fué Guardian: ejemplos que acompañados con el celo de Prelado, no podían dejar de producir saludables efectos en las familias que estuvieron bajo su gobierno. Deseaba él es verdad su aprovechamiento espiritual, pero lo deseaba tambien en aquellos que estaban bajo su direccion, á cuyo fin celaba con espíritu fervoroso las leyes y observancias de nuestro Instituto. Quería y celaba en primer lugar que el Oficio Divino se dijese bien y con pausa, sin colas ni biscantos, segun mandan nuestras sagradas Constituciones; y si alguna vez reparaba que algunos cantaban con flojedad, los reprendía. Asimismo quería que las cosas del Altar y culto Divino estuviesen bien compuestas, como objetos muy proporcionados para mover nuestra devocion. Igual celo mostraba en la guarda del silencio, aborreciendo mucho que los Frailes hablasen palabras ociosas. Se congregaban á veces los Religiosos en el refectorio para limpiar legumbres, ó para ejercicios semejantes acostumbrados en la Provincia, y para que se juntase el silencio con la devocion, disponía unas veces que rezasen el Oficio de nuestra Señora, y otras veces él mismo se ocupaba en referir vidas de Santos y las virtudes con que resplandecieron. Y cuando no había ocasion para esto, se guardaba silencio. Fueron tambien objetos de su celo la santa pobreza, procurando que los Religiosos viviesen muy remirados en todo lo perteneciente á esta virtud, y ofreciéndose él á sus ojos muy pobre en todas las cosas; el recogimiento y retiro, cuidando que los Religiosos no saliesen del convento sino por cosas muy necesarias; la caridad para con los enfermos, sirviéndolos con gozo y contento; la humildad sencilla, no dudando hacerse compañero del limosnero en las allegas; y en fin la observancia de la Regla, Constituciones, y santas costumbres de la Orden: objetos todos que si encendían su celo en el cumplimiento del oficio de Superior, no le movían ménos en el desempeño de sus obligaciones particulares. De donde podemos inferir que serían abundantes los frutos de virtud y perfeccion, que recogería tanto en sí mismo como en sus súbditos; cuyos frutos le prepararían una copiosa retribucion allá en el cielo, la cual podemos piamente creer que consiguió cuando pasó de esta vida, que fué en el año 1607, en nuestro convento de Solsona: siendo confirmacion de esta pia creencia el haberse hallado su cuerpo entero despues de un año.

P. Vicente de Peramena.

Fué el P. Vicente natural de Perameña, lugar de Cataluña. Llamose en el siglo Juan, hijo de Juan y Catalina Montanes. Criose desde niño en la ciudad de Valencia, donde aprendió letras y virtud. Hallose en ella cuando se echaron los primeros fundamentos del convento, y viendo el ejemplo grande de santidad de aquellos primeros padres y fundadores, llevado del suyo pidió nuestro hábito y fué uno de los primeros que se recibieron á la Orden en aquel Reino: y fué en todo primero, por haber gozado de las primicias del espíritu de aquellos primeros Padres. Fué

uno de los religiosos de muy conocida virtud, y de espíritu muy ferviente; era el suyo una viva llama de amor de Dios, que le alumbraba igualmente el entendimiento, y abrasaba su voluntad: con que siendo serafin encendido en amor de Dios alumbraba y encendía en él á los que le conocían. La austeridad de su vida fué más que grande; trataba á su cuerpo como su mayor enemigo, privándole de sus gustos, y cargándole en su lugar de asperezas, con que tenía á raya los apetitos desordenados con un perpétuo freno de mortificacion en todos sus sentidos, sin permitirles el menor deleite. No se contentaba su espíritu con los rigores y penitencias comunes de la Orden: sus ayunos eran contínuos, añadiendo á ellos una perpétua abstinencia de carne y de pescado, y de todo linaje de comidas regaladas; la ordinaria suya era de yerbas ó legumbres, y de esto comía muy poco. Muchas veces estaba dos dias sin comer nada. Siendo Guardian y Maestro de novicios, lo que á ellos les daba de penitencia lo cumplía como ellos. Sabía que por Prelado le ponía el refitolero el mejor pan: y sin que él ni otro lo viese, iba buscando por las servilletas el peor y el más duro, y lo trocaba por el suyo: no permitía que se le diese ni una naranja más que á los demas.

Sus disciplinas eran muy frecuentes y rigurosas, azotándose tan sin piedad que parece había de acabar consigo. Siempre llevaba los pies descalzos; y con sólo un hábito estrecho y remendado en los mayores frios del invierno, no sólo los sufría sin alivio, pero lo que es más y muy pocas veces visto en otros siervos de Dios, en verano para padecer sus calores se ponía á mediodía al sol á padecer sus mayores ardores. Para dormir jamas se acostaba sobre las tablas; se ponía sobre ellas á hacer oracion, y cuando el sueño le fatigaba, sentado tomaba un breve sueño; y para dormir no se cubría jamas con manto por más riguroso que fuese el invierno. Fué tan enemigo de las honras, que no sólo no las apetecía sino que huia de ellas; y cuando las aceptaba por obediencia, se humillaba y temía. La pobreza evangélica era su más rico tesoro: jamas se tenía por más rico, que cuando se veía más pobre; holgábase en las necesidades y deseaba padecerlas; tenía el corazon vacío de criaturas y aun de si mismo. Siendo Prelado no quería se hiciesen provisiones; decía que en ninguna cosa resplandecía más la santa pobreza que en la confianza en Dios y en dejarse á su cuidado, y que tenerlo demasiado de estas cosas era de gentiles y no de pobres evangélicos que tienen experimentada su Divina Providencia cada dia. Solía el Beato Patriarca Juan de Ribera enviar todos los sábados á nuestro convento de santa Magdalena cien panes de limosna: un sábado de Adviento envió con el pan tres fardos de pescado seco; recibiolo con mucho escrúpulo el P. Vicente, que era entónces Guardian, y pareciéndole que era aquella provision contraria á la santa pobreza, y tomando el dia siguiente un compañero se vino á Valencia y se fué derecho á ver al santo Patriarca, y le significó el escrúpulo que tenía, pidiéndole licencia para partir la limosna del pescado con nuestro convento de Valencia. El devoto y docto Patriarca le quitó este temor, diciéndole que estando su convento en lugar desierto donde no llegaba el pescado, y siendo tiempo de ayunos, y la familia de más de cuarenta religiosos y los más novicios, en diez dias se acabaría aquella provision; que por las circunstancias dichas no era provision que ofendiese la santa pobreza; que no quería sino que se comiese en su convento, que del de Valencia él tendría cuidado: en que se vió el amor y celo que el P. Vicente tenía á la santa pobreza, y lo que aborrecía todo linaje de provisiones aun las que ciertamente son permitidas y á veces necesarias: todas sus confianzas las tenía puestas en Dios como verdadero varon evangélico, á quien jamas falta Su Majestad viéndose honrado con estas cristianas confianzas, cuando las circunstancias de tiempo y lugar no las hacen temerarias.

La modestia y composicion religiosa del hombre exterior fué singular en el P. Vicente, particularmente la de sus ojos; jamas los levantaba para mirar á nadie en la cara, no sólo á los mujeres pero ni á los hombres.

Componía mirar su modestia y el Beato Patriarca la solía celebrar por singular; no era afectado: el hábito que ya tenía de ella, hacía que pareciese como natural, y por decirlo como ello era, la contínua atencion de las potencias de su alma en Dios, le tenía todo tan dentro de sí, que no le dejaba se derramase en las cosas exteriores. Fué sobremanera honesto y casto: sus palabras y acciones todas olían á castidad y á modestia, sin que diese en las suyas el menor motivo á la sospecha menor; todos sentían y hablaban bien de él, y no hubo jamas quien de él hablase mal.

Sobre todas sus virtudes, fué su caridad mayor; mostrábala á Dios en el celo de su honra y en el de la Religion, procurando cuanto bastaban sus fuerzas de mantener su sublime estado, para que fuese en ella ensalzado y glorificado su santo Nombre, y ella conservase siempre la gloria del suyo. Era grande el celo que tenía del culto Divino, de que en el coro é iglesia no faltasen de dia ni de noche á sus horas señaladas las Divinas Alabanzas, con mucha pausa y devocion. Decía Misa con mucha dovocion todos los dias, y llevaba mal no se dijese con la reverencia que exige tan tremendo sacrificio.

Con los pobres fué rara su caridad, y en particular con los enfermos; procuraba su alivio y descanso, y aun con ánsia grande su salud; no excusaba cualquier trabajo por dificultoso que fuese por la de ellos, como se vió en el acto heróico que ejercitó con uno de ellos. Tenia un religioso nuestro una llaga tan asquerosa y tan podrida, que con sólo mirarla hacía horror. Pero la caridad del P. Vicente fué tan heróica, que todos los dias juzgando le sería remedio la lamía con su lengua y le sacaba con ella la materia y la podre, tan sin asco al parecer que admiraba su fervor; y no era mucho venciese el suyo con la consideracion de que lamía una llaga de Cristo crucificado. Este pensamiento y la caridad del prójimo le convertía en suave lo desabrido y asqueroso á la naturaleza; accion por cierto con que dejó probado, que el amor que tenía á Dios y al prójimo era grande, acompañado de grande humildad con que venció su naturaleza y se excedió á sí mismo.

Miraba toda su provincia en el P. Vicente estas virtudes ejemplares, juzgábalas dignas de puesto eminente, para que fuesen dechado comun á todos; y por esto le hizo muchas veces Definidor, Guardian, y Maestro de novicios. Todos estos ministerios los ejercitó con grande prudencia y celo grande de los mayores aumentos de la Religion; siendo acérrimo defensor de la pura observancia de la seráfica Regla y de los estatutos de la Orden, á los que guardaba tanto respeto que no dispensaba con ninguno sino obligado de causa urgente, ni dejaba su menor quebrantamiento sin proporcionada correccion. Gobernaba más con el ejemplo de su santa vida que con leyes, y ordenaciones; era á todos los actos comunes de la Orden el primero: con que con una fuerza suave hacía le siguiesen todos.

El oficio de Maestro de novicios lo ejercitó con una alabanza de todos y utilidad grande y gloria de su Provincia, criándole y dándole muchos hijos que la ilustraron en santidad en el gobierno, y en doctrina en el púlpito. Era muy ilustrado en materias de espíritu, dotado con gracia de enseñarlas y de guiar almas á Dios y á la cumbre de la perfeccion. Trabajaba de dia y de noche desvelado en la educacion de sus novicios; fundábalos en humildad y desprecio de sí mismos, en retiro y soledad, en mortificacion de pasiones y de sentidos, y sobre todo en que supiesen hacer con provecho oracion mental, y que se diesen muy de veras á ella. En esto ponía su mayor cuidado y todas sus pláticas que les hacía todos los dias, las ordenaba á este blanco, como quien sabía por experiencia que todo el principal servicio y perfeccion de la Orden se forma en el ejercicio de la oracion mental, y que sin ella no le queda al capuchino más que el hábito y el nombre. Exhortábalos á que en ella fuese perpétua materia de su meditacion la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, para que imitasen sus virtudes, en cuya imitacion estaba toda la perfeccion cristiana y religiosa, para que procurasen conformar su vida con la de este Señor. De esto trataba y esto persuadía sobre to·

do, por ser lo más importante de todo.

Adornole Dios con el don de profecía y concediole el de hacer milagros, como se verá en los casos siguientes. Siendo Maestro de novicios en el convento de Santa Magdalena, á uno de ellos que iba con muchos deseos de padecer el martirio, se le apareció satanas en figura de Cristo crucificado, y súpole decir tantas cosas que le persuadió que si quería que le diese la corona de mártir, se quitase la vida y la alcanzaría. Diole crédito el inexperto novicio, pero no permitió Dios que se lograsen las artes del enemigo, ni que la ignorancia del novicio y su buena intencion padeciese tal engaño. En efecto, había prevenido un lazo para ahorcarse en su celda, y al tiempo que estaba ya para ejecutar su proyecto, sintió el P. Vicente un grande impulso interior que le movía á que fuese á toda prisa á la celda de aquel novicio á librarle del peligro en que estaba. Fué y le halló ya con el lazo al cuello que se iba ya á arrojar, y á tardar un instante, lo hubiera hecho; quitole el lazo dal cuello, supo de él la causa de tan inicua resolucion, descubriole había sido no Cristo, sino satanas el autor de tan dañado consejo, que pretendía su condenacion eterna, y le sacó de tan manifiesto engaño.

Doña Francisca Monserrat, mujer de D. Guillermo Perusa, despues de muchos años de matrimonio, no había tenido hijos: deseábalos, y suplicándole ella al P. Vicente que pidiese á Dios se los diese, él la dijo que los tendría presto, y que serían muchos: uno y otro tuvo su cumplimiento, que dentro de un año parió el primero, y en adelante tuvo muchos hijos é hijas.

Don Manuel Belvis, hijo de D. Pedro Belvis Marques de Benedicta, estuvo tan al cabo de una enfermedad de viruela, que desahuciado de los médicos estaban aguardando cada instante que espiraría. Encomendaron al P. Vicente pidiese á Dios la vida y salud del muchacho: hizo por él una breve oracion, y con ella repentinamente estuvo bueno con alegría de sus padres y admiracion de los médicos.

Caminaba una vez de Valencia á Alcira, y llegando al arenal que llamaban de Cotes que tenía más de media legua de distancia, halló en la seca arena cantidad de anguilas vivas que andaban por ella, como pudieran por el agua. Admiró el prodigio de ver tales animales en paraje tan desierto y falto de las aguas donde ellos se suelen criar: recogiolas, y llegando ya tarde al convento de Alcira, conocieron el cuidado de la Divina Providencia que no habiendo en el convento con que cenar, vieron les había prevenido la cena en un seco arenal, y de ellas aderezó la cena el cocinero.

Era en él muy viva y contínua la memoria de la muerte, que le tenía siempre muy prevenido, aguardando con confianza su hora. Para más vivamente despertarla en su ánimo y que le pusiese más vigilante, quiso una noche bajar solo y con luz á la bóveda de nuestro convento de Valencia y visitar los huesos de tantos Padres insignes en santidad que él había conocido y creía piamente estaban gozando de Dios. Bajó, y no sin consuelo de su alma y grande admiracion suya halló que á los que pensaba ver convertidos en polvo, estaban enteros sus cuerpos, y lo que más le robó la admiracion y confirmó en el buen concepto que tenía de su virtud, fué mirarlos á todos con el rostro vuelto hácia el altar mayor donde está el Santísimo Sacramento, y la causa de su admiracion fué saber que el estar en aquella postura, no era diligencia humana sino ordenacion de Dios.

Tambien mereció ver dos Angeles en forma humana y recibir de sus manos un costal lleno de pan milagroso que ellos le entregaron en la portería de nuestro convento de Santa Magdalena, cuando se hallaba sin él, desapareciendo á sus ojos en cuanto le hicieron la entrega: favor que alcanzó la oracion del Padre Ignacio de Monzon, como diremos en su vida. Tuvo tambien el P. Vicente revelacion, de que había de morir mucho ántes que el Padre Ignacio de Monzon, pues habiendo sido testigos de la merced que le hizo Dios de enviarle con sus Angeles el pan milagroso que acabamos de referir, él y Fr. Francisco de Daroca, y habiéndoles el P. Monzon encomendado no lo dijeran á nadie; sabiendo ellos habían de morir ántes que él, porque quedase memoria de este favor, que cedía tanto

en honra del Padre Ignacio, lo comunicaron en secreto á dos personas fidedignas; diciendo á cada una que se lo decían para que lo manifestasen despues de la muerte del P. Ignacio, que sería posible muriesen ellos ántes que él. Y fué así que ambos habían ya muerto ántes que muriese el P. Ignacio, y aun dijeron más (lo que confirma haber tenido revelacion de ello) diciendo que la santidad del P. Ignacio no era conocida pero que Dios la manifestaría en su muerte, honrándole en ella con mejor aplauso y mocion del pueblo que á muchos santos: y sucedió todo así, pues toda la ciudad de Oribuela, donde murió, le honró con la mayor veneracion que se ha visto, y aun con violencia nos quitó su cuerpo y con solemne procesion lo llevó á su iglesia Catedral para venerarle más. Todo esto pronosticó el P. Vicente, cuando teniendo revelacion de que había de morir ántes que él, en su humildad, por no manifestar que la tenía, decía sería posible muriese él ántes. Más claro lo significó otra vez haciendo una plática á sus novicios. Les preguntó por modo de recreacion espiritual, dijese cada uno quien había de morir primero de todos los que estaban allí; cada uno dijo el que se le antojó, pero él les dijo: « Ninguno ha acertado, yo lo diré: el primero que ha de morir de los que estamos aquí, es Fr. Francisco de Alicante, y yo moriré tres dias despues de su muerte »: y en ambos tuvo verdadero y puntual cumplimiento esta profecía.

Lleno de merecimientos más que de dias, adornado de virtudes y dones del cielo, despues de haber ilustrado su Provincia con tan preclaros ejemplos, y dándole santos y tan insignes hijos que le crió con la leche de su doctrina, quiso darle Dios el premio de sus trabajos. Enfirmó en el covento de Santa Magdalena, de donde lo trajeron á la enfermería de Valencia, y como sabia que estaba su muerte muy cercana, y que tres dias despues de la de Fr. Francisco de Alicante había de ser la suya, viendo que este ya había muerto, estaba vigilantísimo en contínua oracion, y por no interrumpirla, y por estar más unido con Dios rogó á los Religiosos le dejasen aquellos dias á solas para tratar á solas y más libremente con Dios y lograr aquel poco tiempo que le quedaba. Recibió con notable afecto de devocion los Santos Sacramentos; pidió perdon á los Religiosos de no haberles dado el ejemplo que debía como religioso; rogóles con lágrimas le encomendasen á Dios y le pidiesen el perdon de sus pecados, y ocupada siempre su alma con afectos santos, enteros los sentidos y claro el juicio, tres dias despues de la muerte de Fr. Francisco de Alicante, con mucha serenidad de cuerpo y alma entregó su espíritu al Señor á 13 de Diciembre del año 1608, durante la octava de la Purísima Concepcion de la Vírgen, de quien fué devotísimo. (1)

Fr. Francisco de Darcca, Lego.

FRAY Francisco de Daroca, lugar conocido de Aragon, fué hijo de Martin de Armillas y de María Pascual, gente pobre y humilde, pero devota y temerosa de Dios, cuya educacion y crianza sembró en el ánimo de su hijo tantas semillas de virtudes en su niñez, que multiplicándose con la lluvia de la graciá divina, no fué mucho que en adelante crecieran á ser árboles frondosos de flores y frutos, con tal excelencia de perfeccion, de virtudes y milagros, que ilustraron no sólo la Provincia de Aragon sino toda la Orden Seráfica. Sus ocupaciones no eran de niño sino que absteniéndose de los juegos y entretenimientos que divertían á su edad, solamente cuidaba de los ejercicios de devocion. En sabiendo leer comenzó á decir todos los dias el Oficio de nuestra Señora, á quien tuvo siempre mucha devocion. Añadía al Oficio, Coronas y Rosarios frecuentes; observaba los ayunos que impone la Iglesia á los que son de edad cumplida, y ademas ayunaba siempre los viérnes y sábados, en que perseveró firmísimamente, sin que ni la vejez, ni los trabajos, ni otra ocupacion alguna fuese bastante jamas para interrumpirle tan loable costumbre.

(1) « Vincentius à Petramelia, Valentinae Prov. Sac., propriae carnis osor, magnae austeritatis cultor asseritur. Ipsius virtutes exarantur. Novitium à morte liberat. Futura. praenunciat. Aegrum sua oratione sanat. Sui, et alterius obitus anno praesignificato, Valentiae piè obdormit in Domino. » (*Boverio*, t. II, Index viror. illustr.) Y en la pág. 803 da una breve biografía.

En los años de la adolescencia guardando el ganado de su padre y apacentándole, no ménos apacentaba su ánimo con la oracion y meditacion de las cosas divinas como lo había aprendido en su casa, y el Espíritu Santo mejor Maestro, se lo enseñaba interiormente con luz celestial. Aunque pobre, de tal manera se compadecía de los otros pobres, que lo que les podia dar, que era parte de su comida, se lo daba con muchísimo gusto; y naciendo en él desde entónces la devocion á la Orden de nuestro Seráfico Padre solía llevar á los Frailes Menores de la Observancia en las principales festividades del año un cabrito el más gordo y el más escogido que en víctima y en holocausto pingüe ofrecía al Señor. Habiendo llegado á los veinte años con esta devocion é inocencia de vida, considerando cuan difícil es conservarla en los peligros del mundo, determinó irse á servir á la Vírgen Santísima en su sagrado Templo de Montserrat. Pidió licencia á sus padres para ello, y alcanzada no con poca contradiccion se partió á Cataluña. Rogó á los Monjes de San Benito que administraban aquel Monasterio, que le recibiesen por uno de sus criados, y recibido sirvió en él algun tiempo á la Madre de Dios. Pero como la frecuencia de peregrinos que concurrían y concurren á tan ínclito Santuario le ocupasen más de lo que él quisiera, imposibilitándole la quietud y sosiego que deseaba para darse totalmente á Dios, se fué á Barcelona á otra casa que se había levantado á la Reina del Cielo tambien de Montserrat; donde luego que vió á los Capuchinos y se informó de su modesta vida y de su instituto, solicitó con instancia continua que se le admitiese al gremio de la Orden; y los Padres vencidos ya de sus ruegos ya de las señales de hombre interior que se descubrían en él, le admitieron el año de 1581 que fué el 27 de su edad en el número de los Legos con el nombre de Fr. Francisco. Viéndose hijo ya del Seráfico Padre, y deseoso de imitar sus virtudes y perfecciones, en especial la humildad que resplandeció en él, fundamento de todas las virtudes, puso en adquirirla tal estudio y solicitud, y por medio de la oracion y contínua mortificacion vino á concebir un tan profundo conocimiento de su vileza, que hallándose una vez con un Religioso, amigo íntimo suyo, le afirmó que le parecía cosa imposible el llegar á tener el menor movimiento de soberbia ni de estimacion propia. De aquí resultaba en Fr. Francisco deleitarse tanto en las ocasiones de su desprecio, que quería que le llamasen Fr. Francisco el pecador: y si alguno le llamaba alguna vez sólo Fr. Francisco, le advertía que no le quitase el apellido. Era naturalmente colérico, de donde le aconteció caérsele á veces sin advertencia algunas palabras correspondientes á su inclinacion; pero al instante se echaba á los pies del Religioso, ó de cualquier persona á quien la hubiera dicho, y le pedía perdon con tal humildad que el ímpetu inculpable de su naturaleza le venía á ser ganancia. De donde resultaba tambien que cuando decía la culpa en el refectorio los tres dias de la semana acostumbrados, las exageraba de tal manera que aun las penas del infierno le parecían insuficientes para el castigo.

La Pobreza, Esposa carísima de nuestro Seráfico Patriarca, le fué tan amable ya á los principios de su conversion, que atendiendo á aquellas palabras, con que el Seráfico Padre amonesta á sus hijos á que abracen tan heróica virtud: *Esta es la alteza* etc., para observarla con puntualidad se abstenía no sólo del uso sino del apetito de cuanto hay en la tierra, no tomando para sí más que lo necesario para la decencia ó para la necesidad. Ni se contentaba tampoco con esto, añadiendo dentro de la esfera de lo necesario un uso tan estrecho y tan pobre, que su hábito, su cuerda y sus paños interiores, y en fin todo cuanto le servía era siempre lo más vil y lo más desechado. Ultimamente vivía en él un amor tan grande á la santa pobreza, que á los pobres que llegaban á la portería, despues de socorrerles sus necesidades con lo que del Convento podía juntar, les remendaba los vestidos y les instruía en la doctrina cristiana con sumo fervor.

Su aspereza de vida, prosiguiendo la imitacion de N. S. Padre, era tal que aun en los años de su vejez no comía más que los pedazos de pan que sobraban á los Religiosos: á lo cual añadía de la olla comun de los pobres una parte tambien para sí.

Nunca traía sandalias por más que lo requiriese la nieve ó el hielo. Nunca dormía echado en las tablas, sino sentado. Sus disciplinas eran cada dia, y sus ansias de atormentarse tan no vulgares, que si los Superiores se lo hubiesen permitido, no le aventajaran los Antonios ni los Hilariones en austeridad.

En la guarda de sus sentidos, de que sabía que Nuestro Padre S. Francisco fué grandemente cuidadoso, siempre aspirando á ser legítimo hijo suyo y seguir sus pasos, era tan diligente que en 26 años que ejerció el oficio de la limosna jamas vió á mujer alguna el rostro: con que en la Provincia de Cataluña adquirió el nombre de *feminae fuga*, que quiere decir hombre que huye de las mujeres. Conocían ya su recato todas, y unas que le encontraron, preguntándole la causa le dijeron así: « ¿ Por qué no nos miras, F. Francisco, á nosotras que somos viejas ? » A que él respondió: « ¿ Qué os ha de aprovechar que yo os mire? cuando estuvieremos en el Cielo, entónces nos miraremos unos á otros »; con que les quiso significar que miéntras vivimos en este mundo no hay vista de mujer que no tenga peligro. Su lengua tambien guardaba con tal estudio que apénas hablaba con los frailes, y con los seglares en ninguna manera á no ser por precisa necesidad, y entónces eran sus palabras tan suaves y tan eficaces, que los reducía facilísimamente á la enmienda de sus costumbres, al aborrecimiento del pecado y al deseo de la virtud.

A la Oracion, cuya frecuencia hallaba encomendada por N. S. P. en la Regla, era tan inclinado, que jamas se apartaba de ella dentro y fuera decasa, trayéndola por compañera perpétua suya. Cuando estaba en el Monasterio solía gastar las noches enteras en oracion, siendo para él tan dulce mantenimiento, y se le comunicaban en ella tan celestiales delicias, que para descansar del trabajo de andar todo el dia pidiendo la limosna del pan, no buscaba otro ocio ni otra quietud. Y cuando andaba por fuera, que es lo más prodigioso y raro, había ya llegado á poseer una paz y sosiego de ánimo tan admirable y tan léjos de los, hombres entre los mismos hombres, que recogido perpétuamente el espíritu en Dios, no echaba de ver el ruido de las calles, ni las voces de donde pasaba, como si anduviera por la suprema region del aire que está libre de tumultos y perturbaciones.

Dotado de tan excelentes virtudes, comenzó luego á resplandecer por luz tan divina que conocía los pensamientos más ocultos y retirados y pronosticaba los sucesos futuros, de que iremos refiriendo algunos ejemplos que lo confirman. Habiéndose fundado la Provincia de Aragon, le mandaron ir allá los Superiores, y residiendo en el Convento de Zaragoza que era casa de Noviciado, sucedió que un Novicio perseguido de Satanas con varios pensamientos y tentaciones, se miraba tan cerca ya de rendirse, que estando un dia con los demas Religiosos en la Oracion de la Comunidad, cuanto revolvía en el pensamiento era dejar la Orden y volverse al siglo. Fr. Francisco alcanzándolo á ver con el espíritu soberano que le iluminaba, disimuladamente se llegó á él y dándole en el pecho tres lijeros golpecitos le dijo así: « ¿ Qué estas pensando, hermano ? arroja de ti esos pensamientos que vienen enviados de Satanas »; con lo cual el Novicio quedó luego libre de la tentacion. Otro Novicio, acabado ya el año del Noviciado, quería profesar: y conociendo Fr. Francisco que su vida había de ser perniciosa á la Orden, empezó á tratar con los Padres para que no le admitiesen á la profesion, ántes le despidiesen. No halló ninguno de su parecer, y así el Novicio profesó. Pero dentro de pocos años fué su modo de proceder tan escandaloso, que les pesó á cuantos votaron por él, de no haber seguido el voto de Fr. Francisco. Otro de los Novicios llamado Fr. Jorje, una noche cuando los demas se hacían la disciplina, él estaba sentado en el suelo sin que nadie lo echase de ver: mas Fr. Francisco que tenía luz para todo, llegando á él le dijo: « ¿ Qué haces aquí sentado, Fr. Jorje? levántate y azótate por Cristo con tus hermanos. » Un Corista jóven de nuestra Orden, padeciendo una enfermedad vieja en el pecho, y oyendo decir á algunas personas que había de morir tísico, recibió tal tristeza con esta nueva que hasta en el semblante la manifestaba. Preguntole una vez Fr.

Francisco la causa de ella, y no queriendo el Corista manifestársela, se la declaró el cielo: con cuya luz alumbrado le dijo: « ¿Por qué te turba, hijo, lo que oyes con tanta facilidad? presto sanaras del mal que te aflige en el pecho, y no creas morir tísico. » Lo primero se verificó brevemente sanando el Corista de aquella enfermedad, y lo segundo tambien muriendo despues de otro mal distinto, con que se cumplió en ambos capítulos el pronóstico. Con el mismo espíritu de profecía anunció á una mujer principal que se llamaba Doña Gracia de Arnedo muchos trabajos que le habían de suceder y la exhortó á la paciencia con gran caridad: los trabajos sucedieron y la exhortacion le fué muy importante.

Cierto bienhechor de nuestra Orden vecino de Huesca, llamado Miguel de Palacios, se hallaba tan apretado de una enfermedad que le habían desahuciado los médicos. Fué á visitarle Fr. Francisco y en su casa preguntó como estaba: los criados le respondieron que se estaba acabando y que ya se le preparaba la Extremauncion. « ¡A qué, replicó Fr. Francisco, la Extremauncion! ahora no es necesaria, dejadla para tiempo más oportuno, que será muchos años despues: porque á vuestro Señor le vereis mañana sano y bueno. » Juzgolo la gente de la familia por cosa increible, mas como sabían y veneraban su santidad, dejaron de traer la Extremauncion al enfermo. Pidiéronle que se quedase con él, y aunque al principio se resistió diciendo que no había necesidad, importunáronle de manera que vino á quedarse. El suceso de entónces fué que habiendo pasado la noche Miguel de Palacios con mucha quietud, amaneció libre de la enfermedad, con gran admiracion de los médicos, extrañando un caso tan milagroso y tan exhorbitante de las leyes de la naturaleza. Tenía á la razon el enfermo 50 años, y en convaleciendo vivió otros 20 sin achaque ninguno, con que se verificó la segunda profecía, y de otra aun más particular que le hizo el santo Varon, anunciando que viviría hasta los 70 años con buena salud.

Hablando un dia en Huesca con Juan Velasquez Ermitaño de Sta. Lucía, que era amigo suyo muy particular, le declaró algunas cosas futuras con razon á su muerte con estas palabras: « Yo, Juan, aunque tengo ménos años que tú, moriré ántes en este Convento de Huesca: y tú aunque más viejo, vendras despues. Pero ni me veras morir ni despues de difunto ». Sucedió con puntualidad: porque habiendo muerto Fr. Francisco sin que hubiese tenido su amigo noticia ni de su mal ni de su muerte, fué luego al Convento de los Capuchinos procurando que le habriesen la bóveda: pero no lo consiguió, para que se ejecutase el pronóstico del santo varon.

Los milagros con que su Majestad fué servido de favorecerle y acreditar la excelencia de su santidad ántes y despues de su tránsito son dignos de perpétua memoria: y así comenzando por los de su vida diremos algunos. El primero fué el que obró en una niña, nieta de Doña Gracia de Arnedo Señora de Torruecas, que hallándose en la Ciudad de Huesca enferma de una calentura contínua y sobre contínua, molesta y penosa, al instante en que Fr. Francisco la bendijo con la señal de la cruz tuvo salud cumplida. Con la misma bendicion sanó en Zaragoza á un jóven de unas cuartanas, tambien instantáneamente. Un médico de Zaragoza llamado el Doctor Azcoi, catedrático de aquella Universidad, afirmó que cuatro enfermos que él visitaba, todos con enfermedades de muerte y desahuciados, y ya en lo último de la vida, bendiciéndolos Fr. Francisco, convalecieron sin rastro de malal guno. Finalmente la fama de sus milagros era ya tan comun, que acudían innumerables enfermos á él, y todos volvían sanos, haciéndoles la señal de la Cruz y alabando al Señor. De donde un dia siendo portero en el Convento de Huesca, y teniendo delante de sí gran multitud de hombres arrodillados, miéntras les daba la bendicion, acertó á verlo el Guardian que aun no conocía sus virtudes, y llevándolo á mal, despues de haberle reprendido ásperamente en el refectorio, para que fuese mayor su confusion, y por modo de burla, mandó que fuesen allá todos los enfermos del Monasterio, y que por obediencia les bendijese de la misma manera que á los demas. Pero la Bondad inmensa de Dios, en cuya virtud obraba los mila-

gros su siervo, hizo que la burla se convirtiese en suceso de veras y que en bendiciendo á los enfermos el santo varon en cumplimiento del precepto de su Prelado, sanasen al punto, y entre ellos un tísico de cuya salud no habia esperanza.

Porque no se queden los milagros y maravillas del ilustre varon sólo en la salud de los enfermos, pasaremos á otros de distinta materia. Pidiendo la limosna de vino en Huesca y llegando á casa de una mujer que respondió que la tinaja estaba vacía y agotada, le dijo: « Míralo bien, que puede ser que la halles con vino por virtud de Dios. » Fué la mujer aunque cierta que en la tinaja no había más que las heces, y mirándola la halló llena.

Viniendo un dia Juan Velasquez, el Ermitaño dicho, y dándole Fr. Francisco á beber de un cántaro de agua, le dijo:« Juan, nosotros estamos sin vino, bebe lo que hay ». El Ermitaño pensó que lo que iba á beber era agua, y bebió vino puro en que el agua se convirtió por la oracion de Fr. Francisco. El caso más célebre es el que le sucedió oyendo una vez Misa, y fué en la forma siguiente. Iba el que ayudaba la Misa á dar el vino al Sacerdote en el Caliz, y vió que no le habia en la vinajera. Fué al Sacristan y no lo pudo encontrar, y así se volvió sin él al Altar. Entónces Fr. Francisco no pudiendo sufrir la molestia grande de que tan divino Sacramento se interrumpiese, tomó la vinajera en la mano y haciendo breve oracion se la entregó llena de vino al Sacerdote.

Otros muchos milagros obró Dios por él, con que ilustró sus méritos y su santidad ántes que muriese. Y últimamente queriendo ya llevarle á su compañía y coronarle de gloria, le reveló en el Convento de Huesca el dia cierto en que había de morir. Cayó luego enfermo de un grave mal, y desde el principio dijo á los Religiosos que sería su muerte de allí á siete dias; previnose en ellos recibiendo los SS. Sacramentos, y dando grandes muestras de varon Apostólico y de virtud sólida, que preguntándole el médico qué era lo que más traía en la memoria, la Gloria de los Bienaventurados ó las penas del Infierno, le respondió: « Ni lo uno ni lo otro, sino la voluntad de Dios » ; dando á entender que todo ardía en amor de Dios, muy confiado en su bondad.

Acercándose despues el fin de su vida, y mostrando en su rostro un regocijo más que de ordinario, le preguntó el P. Guardian la causa de tan nuevo gozo, á que respondió: « ¿ Cómo es posible, Padre, que mi alegría sea menor, si estoy viendo á la SS. Vírgen rodeada de gloria y de Santas Vírgenes y Santos, que aguarda á que mi alma salga del cuerpo para llevarla consigo al cielo ? » Con lo cual besando devotamente una imágen de Jesus Crucificado que tenía en las manos, inclinó la cabeza como pidiendo al Señor Celestial le echase su bendicion ; y al séptimo dia de su enfermedad le entregó su espíritu: quedando su carne blanda y tratable.

Cuan agradable fuese al Señor su vida, lo manifestó con muchos milagros obrados despues de su muerte por su invocacion. De allí á siete años, hallándose un Predicador de nuestra Orden tan oprimido de un grave mal que desahuciado de los médicos se moria sin remedio, luego que tocó la cabeza del Siervo de Dios (que la habían separado de los demas miembros) recibió tan completa é instantánea salud, que pudo en aquel mismo dia en hacimiento de gracias celebrar Misa. Don Juan Torrillas varon noble de Huesca, padeciendo un dolor de tercianas, invocó á Fr. Francisco: aplicándole un hueso en la frente, sanó al siguiente dia perfectamente. Tocando con este hueso, sanaron tambien un cochero de Huesca, que se llamaba Baña, de un molesto dolor de muelas; Fr. Martin de Sada, Corista de nuestra Orden, de una enfermedad en el pecho de mucho peligro ; y un Sacerdote que se hallaba ya á los últimos momentos. Bebiendo del agua en que se había echado el hueso que acabamos de referir, sanaron gran número de enfermos, entre los cuales tiene lugar la hija de una mujer de Tudela llamada Pastora, que desahuciada ya de los médicos, bebiendo del agua convaleció. En la misma ciudad de Tudela, un hijo de cierto varon principal, de una enfermedad peligrosísima. En nuestro convento de Barbastro, Fr. Luis de Ferrara; en Huesca, Baltasar de Sermon, de unas tercianas que á ambos afligían notablemente. En Cervera.

Fr. Simon de Barbastro Lego, de un mal peligroso. En Luca (que es junto á Daroca), una mujer sumamente apretada de una grave enfermedad En Zaragoza, un niño enfermo de mal de muerte; y una esclava que había estado muy importunamente en la cama muchísimo tiempo: todos bebiendo el agua que se ha referido.

Con pedazos del hábito del Siervo de Dios, que tomaron diferentes personas como reliquias, sanaron tambien varios enfermos. Entre ellos en Huesca, una mujer llamada María, á quien habiendo los médicos desahuciado, tocando un pedazo de hábito quedó sana. En la Villa de Torrejon, un labrador residente en ella, el año 1610, de una enfermedad de gota coral. En Huesca, Fr. Bernardino de Tudela Lego de nuestra Orden, á quien los médicos no daban esperanza de vida. Fr. Felipe de Magallon Corista, de un dolor de muelas, y el mismo, despues, de unas calenturas. Fr. Juan de Huesca Sacerdote, de una peligrosísima enfermedad. Fr. Angel de Gerona y Fr. Francisco de Valencia, de un dolor de cabeza. Antonio Incisa de Torrejon, de un molesto dolor de estómago. Doña Beatriz de Alagon, de cuatro diversas enfermedades, de una llaga de mucho peligro, de un tumor de la garganta, de una calentura, y de un dolor de muelas; de otro semejante Fr. Angel de Antino, Lego Capuchino; y en Barbastro, María de Claramonte mujer principal. de un flujo de sangre. En Zaragoza, Catalina de Oñate, enferma de un mal á quien los médicos no hallaban remedio alguno, en poniéndola en la cabeza la disciplina que Fr. Francisco solía usar, sanó al momento; de la misma manera sanaron una mujer principal de Huesca, y un jóven de Zaragoza: aquella de un gran dolor de cabeza, y este de una ardentísima calentura. En Zaragoza, Fr. Miguel y Fr. Antonio de Longares, Religiosos de nuestra Orden: el primero de una hernia molesta con hacer un voto á Fr. Francisco, y el segundo de una enfermedad peligrosa con aplicarle unas reliquias suyas.

Ultimamente, cierta mujer de Huesca que padecía un tumor sumamente molesto en los ojos, yendo á la sepultura del santo varon le pidió que la sanase de aquel achaque; sobreviniéndole un sueño ligero, se despertó sin tumor, y los ojos restituidos á su estado antiguo: con que dió gracias á Dios de suceso tan milagroso. (1)

Fr. Vicente de Murcia, Lego.

FUÉ varon insigne en santidad Fr. Vicente de Murcia; de lo más noble de aquella ciudad. Pasó á Italia siendo mozo á servir al Rey nuestro Señor, y despues de haber empleado algunos años en la milicia temporal, quiso trocarla en otra mejor y espiritual, dando su nombre y asentando plaze de soldado bajo la bandera de N. P. S. Francisco. Tomó nuestro hábito en nuestra provincia de Génova, donde vivió muchos años con ejemplo de vida seráfica y con suma alabanza de todos, de modo que no le llamaban sino el santo español. Cargado ya de años y de canas y mucho más de virtudes, vino á la provincia de Valencia, en sus principios, y fué uno de los que más la ayudaron á edificarla, con los ejemplos de su vida, siendo la suya dechado de toda virtud.

Era muy modesto y muy callado, y dotado de una notable mansedumbre y natural apacible con que se hacía amable á todos. Hacía mucho aprecio del tiempo; y miéntras no estaba en la Iglesia, jamas le vieron ocioso fuera de ella Perpétuamente estaba ocupado en beneficio del convento donde estaba; jamas fué visto en conversaciones con los demas, ni hablar palabras ociosas ni de entretenimiento; siempre iba solitario. Con estos santos ejercicios perseveró hasta la vejez; y lleno de años y méritos, enfermó en nuestro convento de Valencia, y recibidos los Sacramentos entregó su espíritu á Dios, de quien, como piamente esperamos, recibió el premio de sus trabajos. Murió á 17 de Setiembre, dia de las llagas de nuestro P. S Francisco, del año 1608.

(1) Hacen honorífica mencion de este gran Siervo de Dios muchos y graves Autores. El P. Modigliani en su *Leggendario Cappuccino* tom. I, pag. 405. resume las virtudes. y en la obra ilustrada del P. D' Aremberg, n. 207. hay una grande imágen de F. Francisco.



Fr. Mauro de Moralla, Corista.

Nació Fr. Mauro en la real villa de Morella, de padres honestos y muy cristianos; y desde niño dió muestras de virtud mayor que sus años, que en otro de más fuera la suya admirable; no parecían sus loables costumbres, en aquella edad, de niño, sino de hombre mayor, con que se excedía á sí mismo, siendo ya ejemplo á los que lo eran, y admiraban el suyo. Ayunaba mucho, y cuatro dias cada semana á pan y agua, con tanta cautela, que ninguno en su casa lo entendía pues tomaba como los demas la comida, y secretamente la daba á los pobres. Resolvióse aun en esta edad á no comer carne ni huevos, y lo guardó hasta que no se lo impidió la obligacion de la vida comun, y entónces en cuanto le era permitido lo observaba casi siempre: en que se descubre el fervoroso espíritu con que se criaba para el rigor de la vida penitente, para que Dios le tenía destinado. Traía á la raiz de sus delicadas carnes un cilicio fuerte.

Era muy amigo de la soledad; huía la compañía de los demas estudiantes sus condiscípulos; su mayor gusto era frecuentar la iglesia: si le habían de buscar, no iban á otra parte, porque siempre le hallaban en ella, oyendo Misa ó de rodillas en oracion; y cada dia ántes de entrar á la leccion, tenía oidas algunas Misas. Compadecíase mucho de los pobres; no podían sus piadosas entrañas ver sus necesidades, sin remediarlas en la manera que pudiese, y sentía mucho no poder mucho para este efecto; y cuando no tenía otra cosa que darles se quitaba su comida y se la daba. Las fiestas por la tarde se iba al hospital y llevaba á los enfermos los regalos que podía. Llevaba mal esta liberalidad del santo niño otro hermano suyo mayor que era ménos piadoso y devoto y de condicion muy fuerte, con que ejercitaba con rigor la paciencia del santo niño, que lo sufría como un mártir. Y lo que parece más admirable en esta edad, es que no tenía otro ejemplo ni maestro de quien aprendiese y le enseñase estos virtuosos ejercicios; y sin duda el Espíritu Santo era el que le enseñaba y movía interiormente para estos santos empleos, y el que le criaba con estos santos ensayos para la vida más perfecta de nuestra Religion.

Cuando llegó el tiempo que el Señor tenía determinado, de poner en más seguro lugar esta piedra preciosa que iba labrando para el edificio de su gloria, arrancándola de la cantera del siglo, le llamó á nuestra seráfica Religion para que en ella se perfeccionase: y sin haber visto aun Capuchinos, le llamó para que lo fuese la fama sola de la perfeccion de su vida, é hizo que dejase su patria, su casa y sus padres, y viniese en busca de ellos, para abrazar su instituto. Salió de Morella solo, y á pié llegó á nuestro convento de Santa Magdalena, que fué el primero que vió de Capuchinos; y la primera vez que los vió, mirábalos y no se hartaba de mirarlos, y de sola su vista, juzgaba era más lo que miraba que lo que de ellos le habían dicho. Acertó hallarse en él el P. Eugenio de Oliva, Comisario que era entónces de la Provincia, á quien humilde pidió nuestro hábito. Admiró el santo Prelado ver en un mozo seglar tanta modestia; y descubrió por ella el fondo del espíritu que en la suya se manifestaba. Quiso hacer algunas pruebas de su espíritu; y le respondió que lo que le pedía era negocio que pedía se mirase más despacio, que era más que lo que pensaba y que aquella era la primera vez que lo había pedido; y para que se viera si era de Dios su vocacion, lo había de pedir otras muchas. El jóven, humilde y sencillamente resuelto, le respondió: « Padre mio, si V. P. no me recibe ahora á su Orden, desde aquí me vuelvo á Morella. » El P. Comisario replicó que no tenía que cansarse en tomar tanto trabajo de volver á su tierra; que podía pasar á Valencia, que no distaba sino dos leguas pequeñas, y vería aquella ciudad que aun no había visto, y lo mucho bueno que hay que ver en ella. Mas el jóven respondióle que él no había salido de su casa para ver Valencia, sino para ser capuchino, que si no le recibía para que lo fuera, desde aquí se volvería á ella. Vista tal constancia y sencilla franqueza, y examinado su buen propósito, conoció el devoto Prelado que Dios era el que traía á la Orden aquel mancebo, y prometiéndose de su mucha modestia y buenos deseos, que

había de ser en ella un grande religioso, lo recibió con mucho gusto en el número de los de coro y le vistió nuestro santo hábito.

A los pocos dias dió el novicio muestra de espíritu no vulgar, y lo mucho que de sus dones tenía Dios depositado en su alma, no pareciendo, aun apénas entrado en la religion, novicio en la Orden sino criado en ella por muchos años con mucha perfeccion. Señalábase entre todos en ser el primero á todos los ejercicios de la comunidad: en los de mortificacion, de humildad y de penitencia, excedía á los demas novicios; y en materia de rigor no necesitaba de amonestaciones para caminar, sino de freno para detener su fervoroso espíritu, para que no corriese tanto, no debilitase la naturaleza y parase en la carrera. Rendíase á cuanto le decía el Maestro (que era el P. Vicente de Perameña, muy prudente y diestro en el gobierno espiritual y crianza de los novicios), para quien era la mayor prueba que hallaba de su buen espíritu el verle tan obediente á sus órdenes: examinaba este su interior y admiraba la perfeccion de su alma, de que un mozo seglar hubiese en el siglo llegado á tanta pureza de alma y tan alto conocimiento de Dios; conocía que todo esto era obra de la gracia con que Dios había prevenido, guardado y alumbrado aquella alma en medio de los peligros del siglo, para que no se le pegase ninguno de sus resabios. Volaba siempre á Dios el espíritu del fervoroso mancebo y á la mayor perfeccion de su servicio; buscaba en todos sus actos la mayor gloria del Señor, haciéndolos todos por la suya y por su amor; y pareciéndole nada cuanto hacía por Él y lo que este Señor se merecía, con afecto grande deseaba hacer por Dios servicios mayores, multiplicando de este modo el mérito de sus obras.

Descubría en sus acciones grande humildad, encubriendo cuanto era posible á los ojos de los religiosos lo singular de sus particulares ejercicios: si había de hacer más oracion de la que hace la Comunidad, buscaba el lugar más retirado y más secreto del convento, y en el de Alicante había escogido una capilla secreta y bajo el altar que había en ella, que estaba vacío; allí se metía y estaba muchas horas en oracion. Otras veces la hacía en su celda, cerradas puerta y ventana Sus particulares disciplinas, sus cilicios, nadie los sabía sino su confesor: todo por huir la estimacion, pues no buscaba otros ojos que los de Dios, deseando agradar á Él solo. Ayudaba á los oficiales en los actos más humildes de sus oficinas: al cocinero le barría la cocina, le fregaba las ollas y los demas vasos; al refitolero le barría el refectorio, y le ayudaba á poner el servicio á las mesas; al sacristan le barría la iglesia y el coro; él barría el convento, fregaba los platos, y con tanto afecto hacía estos actos de humildad, que rogaba á los que les tocaba se los dejasen hacer, les quitaba los instrumentos de las manos, y aun se lo agradecía: todo en él olía á humildad y desprecio de sí mismo.

Tenía grande amor á la santa pobreza; aun de lo necesario deseaba carecer, y en la falta de ello era su mayor contento. No llevó jamas sino un hábito sin túnica, y ese viejo y remendado; los pies siempre descalzos; en su celda no se miraba sino una cama de unas desnudas tablas sobre que dormía, una almohada de paja, tan apretada, que de ella á un canto no había diferencia. Tan desasido tenía su corazon de afectos de criaturas, que aun de las más propincuas sólo se acordaba para encomendarlas á Dios; tan enajenado y tan desasido vivía, aun de sí mismo, que ni de sí mismo cuidaba, sino de negarse á todo lo que era gusto de la naturaleza, y de afligirla y mortificarla en todo. No pensaba más sino en como se mortificaría cada dia más, con ánsias siempre de padecer por Dios más y mayores penas; todo le parecía poco. No se contentaba de llevar ceñida á sus carnes una cadena de hierro: á esta añadía otros cilicios más penosos, uno de rallo de hoja de Milan, y otro de una cadenilla de hilo grueso de hierro con puntas tan agudas que metiéndosele en las carnes, le causaban muchísimo dolor. Ademas de las disciplinas comunes, hacía muchas particulares; y parecíale todo esto poco, pensando á lo que por él había padecido N. S. Jesucristo, cuya Pasion era toda la materia de su oracion y consideracion y el motivo que

despertaba en su alma estos deseos de padecer, los cuales le hacían buscar sufrimientos y mortificaciones. Por hacerle á Cristo algun retorno de dolores por dolores, y sentir algo y participar de los de este Señor, se levantaba todas las noches cuando el convento estaba en silencio, y en la mencionada capilla secreta del convento de Alicante, se ejercitaba no sólo en recordar los oprobios que los judíos le dijeron á Cristo, sino con fuertes bofetadas en el rostro, y despues de fuertes azotes en las espaldas, sufría en su cabeza especial tormento con una corona de cardos espinosos, y luego puestos los brazos en cruz, estaba de esta suerte hasta que tocaban á Maitines y se iba al coro. Al sufrir cada uno de estos dolores, iba el siervo de Dios considerando y contemplando lo que padeció Cristo N. S., y sintiéndolo en sí, se compadecía de los suyos, y derramaba muchas lágrimas, con un tierno afecto de compasion, y el sentimiento que le daban en su cuerpo le era motivo para que todo el dia no apartase de sí la memoria y compasion de los dolores de Cristo, y le crecían más los deseos de padecer por Él. Cuan grato le fuese á Dios este penoso ejercicio, lo prueba el que cada noche sentía le despertaban á la hora señalada, y que padeciendo aquellas penas, sentía su alma interiormente grandes consuelos de padecer por Él.

Como había comenzado tan temprano á ejercitar la virtud de la abstinencia, la continuó toda su vida: sus ordinarios ayunos eran á pan y agua, y para que fuesen más rigurosos buscaba el peor pan. Ayudábale cada dia al refitolero á poner las mesas del refectorio, y para sí, sin que este lo viese, ponía el peor pan, los pedazos más duros, más negros, y el bizcocho de galera que les daban en Alicante los soldados á los religiosos. Una vez se puso unos pedazos de pan tan mohoso, que teniendo horror por naturaleza al comerlo, no lo pudo retener su estómago y lo arrojó Para mayor mortificacion del gusto llevó mucho tiempo en la boca todo el dia una pelotilla de resina, pero porque experimentó le era nociva á la salud (pues le extragó el estómago de modo que no podía comer, ó mejor dicho, no podía retener la comida) la trocó en ajenjos amargos; y de una y otra cosa se valía para guardar juntamente silencio, y para su guarda llevó más de seis meses una piedra en la boca. Sabía que hablando sin justa causa, se pierde mucho el espíritu de la devocion, y con estos medios procuraba conservar la que Dios le comunicaba en la oracion.

Mucho cuidado pide el tesoro de la virginidad, cuyos principales enemigos son los regalos terrestres. Por esto vigilaba tanto Fr. Mauro; por esto mortificaba su carne, y tanto la maltrataba y perseguía con santo odio, la cargaba de cadenas y cilicios y la fatigaba con azotes y con mil privaciones, pues sabía que con ninguna cosa se conservaba mejor esta cándida azucena que entre estas espinas. Que nuestro Fr. Mauro permaneciese vírgen, fué constante opinion de cuantos fueron testigos de su vida inmaculada, llevada sin reprension ni sospecha hasta el último término de la suya, acompañada siempre de honestas y celestiales costumbres, aun entre los mayores peligros del siglo, donde de ordinario se marchita y seca esta flor: vivió este Corista como Angel, exhalando siempre suave fragancia de pureza y honestidad.

Y si puso tan grande cuidado, como hemos visto, en la mortificacion, la de sus ojos fué más que grande, y se duda haya habido otro en la Religion que en este linaje de mortificacion le haya hecho ventaja; y cuanto dijéremos de ella, será siempre ménos que lo que fué; ni se ha conocido otra tan contínua ni tan grande. Parecía se había privado del uso de este sentido de la vista; y con la larga costumbre de su mortificacion había adquirido un hábito tan grande que había ya llegado á ser como natural en él. No sólo no miró en toda su vida el rostro de las mujeres, pero ni el de los hombres. Al P. Matias de Ellin, sacerdote de nuestra Orden, dijo con la confianza que tenía con él, que en su vida no había visto rostro de mujer, sino el de su madre, y ese pocas veces. Siendo novicio y sacristan en el convento de Santa Magdalena, no supo en seis meses que imágenes había en el retablo del Altar mayor, hasta que obligado de su oficio, subió la víspera de la Santa, por una escalera á sacudir el polvo, y adornarlo de flores; entónces fué la primera vez que vió en él la imágen de santa

María Magdalena. Conducía el Maestro todos los dias á los novicios y con ellos á Fr. Mauro bajo una higuera que había en el mismo convento, donde les enseñaba las rúbricas del Breviario, y les proveía el oficio Divino que habían de decir. Olvidaron un dia bajo de ella el Breviario del hebdomadario, y cuando tocaron á Vísperas le halló ménos el Maestro y envió por él á Fr. Mauro. Preguntando este donde estaba, diciéndole que bajo la higuera, dijo él que no sabía donde estaba la higuera. Entónces el P. Maestro le hubo de decir que donde proveían el Divino oficio. En once meses de novicio, no levantó los ojos para ver los árboles de aquel huerto, como él mismo se lo dijo á su íntimo amigo el P Joaquin de Valencia. El Doctor Juan, médico de nuestro convento de Alicante, decía como cosa admirable de esta mortificacion de ojos de Fr. Mauro, que habiéndole visitado en dos enfermedades que tuvo largas, se sentaba todas las veces que le iba á visitar á los pies de su cama, con cuidado y curiosidad por verle los ojos, y que aunque estaba echado como enfermo, jamas se los pudo ver. Habíale dotado la naturaleza de un rostro muy hermoso, y con esta composicion y mortificacion de ojos parecía de un Angel el suyo. Mil pruebas se le hicieron, tomándole descuidado, para ver si levantaría los ojos: pero era tal el hábito que tenía de su mortificacion, que no se alcanzó jamas. No admira efecto tan admirable como la causa de donde procedía, que era el llevar elevada y ocupada su mente en Dios, mirándole siempre presente dentro de sí mismo, y con esto se le hacían fáciles y aun gustosas estas mortificaciones: sin ello era imposible pudiera perseverar tanto tiempo ni en esta ni en las demas. Aun en medio de las ocupaciones exteriores que suelen distraer la mente, estaba la de Fr. Mauro más elevada en Dios, hallando en esto mayores motivos de mayor recogimiento. Ayudábale esta mortificacion de los ojos, no sólo para no poner el amor en las criaturas visibles, sí que tambien para que las especies é imágenes de ellas no embarazasen su mente y le impidiesen la quieta y contínua contemplacion de Dios; y no era mucho estuviese en lo exterior tan muerto al mundo, el que en lo interior vivía siempre con Dios.

Era su gusto mayor entregarse todo á Dios en la oracion, perseverando en ella muchas horas de rodillas como si fuera una firme columna. Ilustrábale Dios su entendimiento con luces celestiales, é inflamábale su corazon con su amor y le daba á gustar sus Divinas dulzuras, con que le suspendía y sacaba fuera de sí. Una tarde de verano, acabada la oracion que hace la comunidad despues de las Completas, tocaron á cenar, y estando ya todos en el refectorio dando la bendicion de la mesa, echó ménos el P. Guardian á Fr. Mauro y le mandó llamar por el que escribió las noticias de su vida; y como este no le hallase en su celda, fué á la iglesia y le halló de rodillas delante del Santísimo Sacramento; el rostro, tan encendido que parecía de un fuego encendido que arrojaba resplandores. Llamole dos veces desde la puerta que sale del coro á la capilla mayor donde él estaba, y como si no estuviera en sí, no respondió ni hizo movimiento alguno, y fué fuerza llegar á él y tirarle del hábito diciendo le llamaba el P. Guardian. Entónces, como si volviera en sí de un muy profundo sueño, sin hablar palabra le siguió al refectorio. Segun estas circunstancias y como era puntualísimo á los actos de comunidad y cualquiera señal de obediencia, no se puede hacer otro juicio sino que estaba en éxtasis.

En un verano cuando despues de cenar el Prelado daba licencia á los religiosos nuevos, sin obligarles, para que de dos en dos tomasen un poco de recreo por la huerta del convento, Fr. Mauro, sin que nadie le viese, le iba á tomar en la capilla secreta que ya hemos dicho del convento de Alicante, que era el lugar de todos sus recreos y divertimientos, y escondido bajo el altar pasaba en oracion aquel tiempo gozando su alma consuelos mayores como él se lo dijo á su amigo el P. Joaquin de Valencia, quien viendo no salía á la huerta al tiempo que los demas, le dijo que era sobrado su rigor, que le aflojase un poco para despues volver á él con nuevos alientos, que la naturaleza tambien se ahoga si no se le permite que respire de cuando en cuando. A lo que le respondió Fr. Mauro que no podía ser mayor el deporte en la huerta para el cuerpo, que el consuelo espiritual que sentía su alma en aquel retiro; que se lo daba

Dios muy grande por los del cuerpo de que él se privaba por su amor. Otro religioso nuevo como tampoco le viese salir al huerto, y nadie sabía donde lo pasaba en aquel tiempo, le dijo: « Fr. Mauro sin duda se esconde porque el Prelado no le halle si le hubiere menester ». Oyole Fr. Mauro, y como si se lo hubiera dicho de veras, no volvió más á aquella hora al retiro de su capilla; y trocole por el de su celda, por no faltar á la obediencia y porque le hallase en ella siempre que le hubiese menester el Prelado. En ella cerradas puertas y ventanas, á oscuras y á solas, continuaba su cotidiano ejercicio, y en ella ganaba su alma el celestial deporte que Dios le solía comunicar.

El conocimiento que tenía de Dios y lo mucho que le deseaba amar engendraba en su alma una grande veneracion y estimacion suya y un deseo grande de que todos le venerasen y engrandeciesen; y aunque lo que hacía á este fin no llegaba á donde su deseo, manifestaba el suyo en lo que hacía. Tenía grande cuidado del culto Divino, en la limpieza y curiosidad de los ornamentos y vasos sagrados, y adorno y aliño de los Altares: todos los dias de fiesta los dejaba hechos un paraiso, particularmente el mayor donde está reservado el Santísimo Sacramento, con las flores naturales, de modo que si la hermosura y variedad de ellas convidaba á las alabanzas del Criador, el órden y curiosidad con que las dejaba puestas Fr. Mauro les añadía mayor hermosura, y nuevos motivos para que fuesen mayores las alabanzas á Dios; y este era todo el fin de su cuidado: para esto le tenía de un pedazo de la huerta que llamaba el huerto de la sacristía, y segun la voluntad de nuestro P. S. Francisco tenía en él flores todo el año.

Comulgaba muy á menudo y con tanta devocion que la despertaba á los demas. Los dias de comunion, todas las mañanas desde Maitines las pasaba en prepararse, hacía despues de ellos una áspera disciplina, no se acostaba sino se quedaba sentado sobre la cama, y todo el tiempo hasta llegar á comulgar pasaba en secreta meditacion: y despues de haber comulgado, empleaba mucho tiempo en dar gracias. Fué muy devoto de la Vírgen nuestra Señora: amábala de todo su corazon; la tenía por su amantísima madre; era María SS. su dulcísima medianera para alcanzar de Dios cuanto había menester de virtudes y de gracias; rezábale cada dia su Oficio menor; ayunaba todos los sábados á su devocion, y las vigilias de sus festividades á pan y agua; y celebraba sus fiestas con afectos grandes de amor, de gozo y de alabanzas. Deseó un Adviento con ánsias de su corazon recibir en su alma, el dia de Navidad, al Hijo de Dios: á esto enderezó todos los ejercicios comunes y particulares de aquel santo tiempo, los ayunos, vigilias, disciplinas, oraciones y comuniones, acompañándolos todos de encendidos afectos, de que naciese por gracia el Hijo de Dios en su alma. Para esto se valía de la intercesion de la Santísima Vírgen, y fueron estas devotas diligencias tan del gusto del Hijo y de la Madre, que en testimonio que le habían concedido lo que tanto había deseado, el mismo dia de Navidad estando con otros dos Religiosos nuestros en oracion, con las mismas ánsias, se le apareció la misma Vírgen visiblemente y bañada de gloria con el niño Jesus en sus brazos, y á todos tres se le ofreció igualmente; pero Fr. Mauro juzgándose indigno de tanto favor, mereció por su humildad que se le entregara primero la Vírgen y que le gozara y se regalara con él más despacio.

Siempre fué creciendo con él aquel piadoso afecto de caridad que desde niño tuvo á los pobres, y en todo lo que podía procuraba remediarlos. En esto ayudaba al portero, procurando que tuviese todos los dias olla para darle á cada uno una escudilla de hierbas ó de legumbres. El solicitaba los pedazos de pan del refectorio y á su hora llevaba olla y escudillas á la portería, y con mucha alegría les repartía la comida. Con todos tenía mucha caridad, singularmente con los enfermos; á todos era consuelo y alivio. A todos honraba y reverenciaba, no sólo á los mayores sino tambien á los menores, á todos hablaba de rodillas y á todos miraba y hablaba como á Angeles. Hasta con los animales ejercitaba su piedad; no permitían sus entrañas ver se les hiciese algun mal. Entró una vez en nuestro coro de Alicante una ave: prendiola uno de los coristas, y él, viendo que la habían de matar, rogó que se

la dieran y teniéndola en sus manos, abrió la ventana del coro y le dió libertad dejándola escapar.

Echó el sello á todas estas sus virtudes la de una admirable paciencia; que no quiso Dios faltase el mérito de esta á su corona, y fué perfeccionándole con una larga y contínua enfermedad de una ética calentura que labrándole poco á poco, le vino á consumir. Llevola con igualdad grande de ánimo y mucha conformidad en la voluntad Divina. Supo el dia y hora en que había de morir, y lo dijo ántes. Llegando ya al término de su vida y al principio de todas sus dichas, pidió se le administrasen los Santos Sacramentos. Recibióles todos con devocion singular y edificacion grande de los Religiosos que lo asistían, á quienes pidió con lágrimas perdon de sus faltas y al Prelado que le hiciera limosna de un hábito viejo para enterrar su cuerpo difunto; y estando ya agonizando, sin que perdiese ninguno de sus sentidos, con el juicio entero, le ayudó á bien morir el santo Fr. Narciso de Denia que se halló allí compañero del P. Provincial Fr. Serafin de Policio que tambien se halló presente á su muerte con otros devotos Padres; y con mucha paz y serenidad exterior espiró, y voló al cielo, como piamente creemos. Murió en nuestro convento de Alicante, á últimos de Noviembre del año 1608. Quedó su cuerpo con prendas grandes de que había subido su alma á gozar el premio de la gloria: su rostro con tenerle tan hermoso lo quedó más, parecía de Angel, no pálido ni amarillo, sino blanco y colorado como lo solía tener cuando vivo; sus mienbros blancos, tiernos y tratables como los de un niño: en nada parecía difunto su cuerpo sino de quien estaba durmiendo, confirmando Dios con estas prendas el concepto que todos tenian de la santidad de su siervo, y de que vivía consigo en el cielo el que había vivido siempre muerto para el mundo. Imitemos sus virtudes lo mejor que podamos, y amemos como él á María Santísima con grande fervor, y Ella será nuestro refugio, alegría y consuelo (1).

P. Francisco de Gandesa.

NACIÓ este Padre en Gandesa, villa del Obispado de Tortosa, y llegando á una edad competente, animado de un espíritu fervoroso, dejó el mundo, y abrazó el Instituto seráfico, en el cual siguió la Reforma ó Recoleccion que en aquellos tiempos se había establecido, segun dijimos en la vida del P. Francisco de Figueras. Pero viendo que no podía permanecer en dicha Recoleccion, por haberse abolido, se pasó á nuestra Congregacion capuchina junto con otros muchos, y vistió nuestro hábito en el dia 24 de Deciembre del año 1583. Aquí descubrió un espíritu muy fervoroso, austero, y penitente. Poca novedad le hicieron las observancias estrechas de nuestro Instituto, ni las prácticas rígidas de la Provincia, ántes como si todo fuese poco, parece que entónces estaba contento, cuando les añadía nuevo rigor A n.ás de ser muy abstinente en la comida, juntaba á las cuaresmas comunes algunas otras particulares, ayunando con mucha mortificacion. El mismo espíritu manifestaba tambien en las disciplinas con que afligía su cuerpo, pues á más de hacer con rigor muchas extraordinarias, se disciplinaba á veces para conseguir la correccion ó enmienda de sus súbditos y hermanos, segun nos lo manifiestan los dos casos siguientes. Siendo el Siervo de Dios Guardian de nuestro convento de Granollers, sucedió que estando juntos los Religiosos, ocupados en algunos ejercicios ordinarios, se hallaban á veces tan dominados de la pasion de reir, que las exhortaciones del buen Prelado no bastaban á contenerles; por lo cual les dijo en una plática que él conocía que Dios permitía aquello por sus culpas, y por tanto quería hacer la penitencia. Y así como lo dijo, así

(1) Maurus à Mo[illegible]lla, Sacerdos Valentinae Provinciae, à puero in Dei timore enutritus, omni virtutum genere ornatus, ad Capucinos accessit: inter quos tam coelestem vitam duxit, ut cum Deo magis, quàm cum hominibus conversaretur. Cum duobus aliis Fratribus orans, sacram Deiparam conspicit. Filium Jesum iis inter manus porrigentem: eo dum is se dono indignum reputat: largiùs is quoque eo perfruitur. Praenunciato denique sui obitus die, Alonae, claris post mortem suae gloriae signis relictis, mortales corporis exuvias deponit: vultus enim, ridentis instar, ac illius membra non pallentia: sed ita candida, mollia, ac flexibilia apparuère: ut spectantes maximè exhilararent, coelestisque ipsius gloriae iis opinionem confirmarent. » (*Boverio*, t. II, p. 811). En el libro del P. D'Aremberg, hay una imágen del Siervo de Dios.

lo cumplió, haciendo una muy rigurosa disciplina, acompañándola con muchas lágrimas; cuya penitencia repetida algunas veces fué remedio tan eficaz, que la risa se convirtió en compuncion. Otra vez siendo Presidente de nuestro convento de Perpiñan, supo algunos malos ejemplos de cierto Religioso, y se afligió tanto por ello, que á más de derramar muchas lágrimas, exhortó á los Religiosos á hacer penitencia por el culpado; y juntándose con ellos, hizo la disciplina con tanto rigor, que causó espanto á los otros. Así juntaba este Siervo de Dios la penitencia con la caridad, sabiendo sin duda que la caridad es la que da vida á las otras virtudes, y que sin ella todas las demas son imperfectas.

Ni fué menor su fervor y su espíritu en la práctica de las demas virtudes. Fué obedientísimo á los Superiores, humilde para con todos, y dado al trabajo de manos, ocupándose á veces en componer suelas de cáñamo para los Religiosos, y otras veces en fabricar cestas de mimbres para los frascos de los limosneros; y en algunas ocasiones llevaba la leña para el cocinero, aunque fuese Prelado. El hábito y manto que usaba eran pobres y groseros, sirviéndose de ellos por mucho tiempo, singularmente del manto, que lo conservó una vez por el largo espacio de cerca veinte años. Tenía tal amor á la castidad, y era tan celoso de esta virtud, que á más de guardar recogimiento, huia y evitaba constantemente el trato y conversacion con las mujeres, de lo cual nos dejó el siguiente ejemplo muy instructivo. Morando él en nuestro convento de Valls, una mujer muy devota de la Orden vino para hablarle en la portería, y llevándole el portero el aviso, le dijo que la despidiese. Mas como el portero le representase el disgusto que ella tendria si no podía hablarle, respondió el Varon casto: « Pues tanto quieres, hermano, que yo vaya á hablar con esa mujer, tráeme aquí una estola, agua bendita, y la cruz, que de esta manera saldré á hablarla, porque sin esas armas no me atreveria yo ir á hablar con ninguna mujer. » Este ejemplo, en sus mismas circunstancias más extraordinario que extraño, nos enseña á huir de toda conversacion no necesaria con mujeres, y su espíritu sino su letra debe guiarnos en este punto.

El santo ejercicio de la oracion era el objeto de sus ánsias y sus deseos. Regularmente despues de los Maitines de media noche no se iba á dormir, sino que se quedaba en la iglesia haciendo oracion, y aun se observó que á prima noche cuando los Religiosos se iban á descansar, él se quedaba en la iglesia hasta las diez, y entónces se retiraba. En las oraciones de Comunidad y demas ejercicios de coro, era tan exacto en asistir á ellos, que una vez tocando al coro en ocasion que le cortaban el cabello, hizo suspender este ejercicio por no faltar á las Divinas alabanzas. Y otra vez tocando el sacristan su Misa miéntras se decía alguna Hora en el coro, le rogó que en adelante lo dispusiese de modo que no hubiese de dejar tan santo ejercicio. Los demonios procuraban estorbarle una oracion tan continua y fervorosa, conforme se observó una noche en nuestro convento de Monte-Calvario, donde estando el Siervo de Dios delante el altar mayor haciendo oracion, levantaron en el coro un mueble, y despues lo dejaron caer con gran ruido: mas el Varon santo no se movió de su lugar, conociendo sin duda que aquello era ardid de satanas, que no debía impedirle la santa oracion en que se hallaba. Al fin parece que la vida y la ocupacion de este santo Religioso no era otra sino la oracion, la devocion, y los ejercicios espirituales.

Mas ¡oh dulces frutos de la oracion, oh incendios amorosos del familiar trato con Dios! Quedaba el Varon santo tan penetrado, tan encendido del amor Divino, que no podía contenerse sin manifestarlo con demostraciones extraordinarias. Unas veces era tanta la fuerza del espíritu que quedaba trasportado en éxtasis, otras se elevaba su cuerpo en el aire, otras se abrazaba con la reja de la iglesia con tanta fuerza, que la hacia temblar. Fueron testigos de estos arrobamientos y excesos mentales diferentes Religiosos, y entre ellos el Hermano Fray Ambrosio de Prats-de-Rey, cuya declaracion jurada por contener algunas particularidades pondremos aquí á la letra. « Estando yo (dice) de « familia en Monte-Calvario con el Pa-

« dre Fray Francisco de Gandeza, le ví « que cuando los Religiosos se iban á « reposar, él se quedaba en la iglesia « hasta la diez horas de la noche, y es- « taba por espacio de hora y media en « pié delante el Santísimo Sacramento « sin hacer movimiento alguno. Despues « de esto lloraba por espacio de media « hora con grandes suspiros, en tanto « que me movía á compasion, y muchas « noches hacía la disciplina con grande « fervor, y despues se quedaba un poco « en oracion, y se iba á la celda. Y esto « ví yo por cuatro meses contínuos, en « que le aseché por la fama de su san- « tidad. Y un dia de los Reyes, diciendo « Misa en el altar mayor, cuando fué en « aquellas palabras del Evangelio: *Et « procidentes adoraverunt eum*, no las pu- « do decir, y estuvo por espacio de un « medio cuarto (y á mí me pareció que « estaba llorando) y despues prosiguió « la Misa con grande fervor hasta el « sumir, y allí le tornó un temblor muy « grande, como que estaba trasportado. « Y un dia de las octavas de Natividad « tomó el Niño Jesus del altar, y todo « inflamado en amor, como si fuera fue- « ra de sí, iba con él de celda en celda « por los enfermos, y decía: « ¿ Conoceis « este, conoceis este ? no os lo daré que « es mio. » Y apénas acertaba á decir « esto por embriagado de amor. » Todo esto dice el sobredicho Fray Ambrosio. El P. Abdon de Arles mereció tambien ver á este Siervo de Dios arrobado en la iglesia, estando tan enajenado, que aunque le llamó y tocó no hizo movimiento alguno hasta despues de un buen rato. Y el P. Clemente de Arbeca siendo sacristan le vió en el dia de las Llagas de nuestro P. S. Francisco, que estando delante el Santísimo Sacramento, hacía tales extremidades que se asía de la reja, haciéndola temblar. Tambien cierta Señora, llamada Doña Mónica Astor, asegura que le vió dos veces en nuestra iglesia de Monte-Calvario levantado en el aire. Cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa, recibía muchas veces tan altos sentimientos de Dios, que le suspendían por algunos intervalos de tiempo, y le impedían el proseguir lo que iba diciendo, aunque él se hacía fuerza para ocultarlo: siendo estos favores más abundantes en algunas de las fiestas más principales.

Ni eran solamente la iglesia ó los ejercicios espirituales los objetos y lugares que excitaban en el Siervo de Dios tales arrobamientos y excesos mentales. Exhortando á los Coristas á ser buenos en el tiempo que les instruía en el Oficio Divino, sucedía á veces quedar tan arrobado, que les era preciso dejarlo. Miraba otra vez, morando en nuestro convento de Solsona, una parra delante su ventana, y encendido en espíritu dijo á dos Religiosos que estaban allí presentes: « ¿ No veis aquella parra como le ha favorecido Dios con aquellos hilos, que naturalmente salen de ella misma, para asirse de otras partes, y defenderse de los vientos y tempestades?... ¡ Y la pobre alma! » Y sin poder pasar adelante dió tres ó cuatro temblores de todo el cuerpo, y quedó en éxtasis por espacio de un buen cuarto de hora; y volviendo despues en sí con los mismos temblores y con grandes suspiros, sin decir palabra se recogió á su celda. Siendo Presidente en el mismo convento de Solsona, le consultó un Religioso cierta dificultad que tenía con otro, y queriéndole explicar el Siervo de Dios cuan ajeno es de los Religiosos el porfiar aun en materias espirituales, empezó á hablar con tanto fervor de los bienes de la paz, que quedó suspenso y en éxtasis por buen espacio de tiempo, y cuando volvió en sí no dijo más palabras, sino que se fué á su recogimiento. En cierto castillo llamado de Rodoñá, cuyo Señor era Don Hugo de Tamarit, fué tambien el Varon santo visto muchas veces elevado en oracion, singularmente una vez que teniendo un vaso de agua en la mano, y diciendo: « ¡ Quien fuese tan puro como esta agua ! », se quedó elevado, permaneciendo tan firme, que pretendiendo quitarle el vaso de la mano, no lo pudieron conseguir: y al fin volvió en sí, pronunciando el dulce Nombre de Jesus. En este mismo castillo de Rodoña sucedió que habiendo su compañero echado inadvertidamente por la ventana un vaso de vidrio, y quedado muy afligido por haberse roto sobre una roca, el Siervo de Dios le persuadió que fuese á buscarlo, y cuando lo creía hecho pedazos, lo halló entero y sin lesion alguna. Otra vez en tiempo de mucha lluvia llegó al

mismo castillo tan seco y enjuto como si no hubiera llovido, de lo cual admirado el mencionado Señor Don Hugo, le preguntó como se había librado de tanta agua. A lo que respondió el Varon santo que el buen Jesus le había guardado.

Así manifestaba Dios la santidad de este su Siervo, y con tales prodigios, raptos y elevaciones acreditaba cuan agradables le eran las penitencias, austeridades, y demas ejercicios virtuosos con que le servía. Y siendo tales y tan grandes estos favores que se dignó dispensarle en la tierra, podemos justamente creer que fueron mayores y más abundantes los que le concedió en el cielo. Murió santamente el Siervo de Dios en nuestro convento de Valls, en cuya iglesia es universalmente venerada una sagrada Imágen de la Vírgen Santísima bajo el título de nuestra Señora del Lladó, á la cual el Varon santo profesaba tal devocion, que ántes de morir pidió al P. Guardian, que le colocase en la sepultura de modo que su cara mirase al altar de dicha santa Imágen. Fué su muerte con tanta fama de santidad, que algunos seglares pidieron por devocion las cosas que habían servido á su uso; y otros que imploraron su patrocinio, merecieron lograr del Señor particulares beneficios. Uno de estos fué Fray Vicente de Gerrí, Corista, que padeciendo una llaga en el pié, fué aconsejado por otro Religioso que fuesen á abrir la sepultura en que estaba el cuerpo del Varon santo, y que se encomendase á él. En efecto fueron y levantaron la tapa, de la cual cayó alguna gota de agua sobre el pié del dicho Fray Vicente, y produjo un efecto tan saludable, que luego que sintió la frialdad dijo que se le había mitigado el dolor, y que estaba sano. Más singular fué el beneficio que recibieron Antonio y Magdalena Armengol, vecinos de Valls. Se hallaban estos consortes con la sensible pena de ver al único hijo que tenían tan cercano á la muerte, quo los médicos no le daban vida sino hasta la mañana siguiente. En este desconsuelo vino á su casa el P. Narciso de Olot, Guardian del mismo convento de Valls, el cual queriéndoles consolar, les dijo que encomendasen aquel su hijo moribundo al P. Francisco de Gandeza. Lo hicieron los padres, y en la mañana siguiente en lugar de la muerte conocieron ya grande mejoría en el hijo, y al fin recobró enteramente la salud. Y en testimonio de su agradecimiento colgaron en la iglesia del dicho convento una tablilla en que estaba pintado este suceso milagroso. Por último no podemos dejar de decir, que despues de cerca tres años de sepultado se halló su cuerpo entero, á excepcion de un pié, que por tenerlo elevado se le había caido. Así honra Dios á sus fieles Siervos, y así nos anima á todos á la virtud. (1)

P. Ciprian de Lérida.

El P. Ciprian de Lérida fué insigne Religioso aun ántes de ilustrar la Provincia de Cataluña. Habiendo nacido en Lérida, pasó á Italia, donde vistió nuestro hábito capuchino en una de aquellas Provincias, que segun se cree fué en la de Bolonia. Despues en el discurso del tiempo fué enviado á Francia, y mereció ocupar el importante oficio de Comisario de la Provincia de Paris, en cuyas Provincias y Naciones pasó la mayor parte de sus años. Cuales y cuantas fueron las virtudes y santidad con que resplandeció, no lo hallamos individuado, pero se descubre bastantemente en esto mismo que acabamos de decir. Es cosa sabida que pocos años ántes de fundarse nuestras Provincias, se propagó nuestra Orden capuchina en el dilatado Reino de Francia, á donde fueron enviados Religiosos insignes en virtud y letras, para que con su espíritu y celo fervoroso estableciesen en aquel Reino la alta perfeccion de nuestro Instituto. Y siendo nuestro P. Ciprian uno de los enviados, y ejerciendo en la Provincia de Paris el oficio de Comisario,

(1) « Franciscus à Gandesa, Cathaloniensis Provinciae Sacerdos, Vir fuit omnium virtutum genere clarus. Oratione ita apud Deum potens, ut vas fictile in frusta comminutum, integrum restituerit, ac per imbrem absque imbre incesserit. Vir is apud omnes sanctimonia celebris, cùm è saeculo migrasset, post ipsius obitum puer quinquennis cum morte colluctans, dum parentes defuncti Francisci suffragia pro moribundo implorant, extemplò incolumis redditur. Aquae quoque gutta è lapide, quo illius sepulcrum obtegebatur, in cuiusdam Fratris pedem ulcere saucium defluens, eundem continuò persanat. » (*Boverio*, t. II, p. 814).

debemos creer que tanto en Italia como en Francia se dejó ver adornado de aquellas virtudes y perfecciones, que le hicieron digno de tan importantes cargos y destinos. Así parece lo entendieron los Prelados de nuestra Provincia, cuando habiéndose trasladado á ella, aunque en la edad de más de cincuenta años, le confiaron los gobiernos ya de Guardian, ya de Maestro de novicios, en cuyo desempeño se mostró pacífico y celante, virtudes muy propias de un Superior.

No vino él á este su pais nativo para buscar libertades ó conveniencias, ni le intimidó la comun austeridad de la Provincia, ántes fué tan puntual observador de nuestras rígidas leyes y costumbres, que aun siendo viejo y dispensado por los Superiores á causa de su poca salud, no dejaba de asistir á los Maitines, á Prima, y á los demas actos de Comunidad, esforzándose lo posible á fin de dar buen ejemplo á todos. Miéntras tuvo salud caminó descalzo y sin sandalias, y no admitió otro lecho que las duras tablas. Trabajaba con gusto en la huerta, barría el convento, y se ocupaba en otros ejercicios humildes, sin que le sirviesen de impedimento los altos empleos que había ocupado en la Orden. En materia de castidad fué tan puro, que ya siendo niño era muy modesto ; y despues cuando Religioso, se decía que nunca miró el rostro de mujer alguna, conservando siempre la hermosa flor de la virginidad. Todas estas virtudes tuvieron por madre y compañera la santa oracion, virtud tan amada del Siervo de Dios, que poco contento con las horas que la Comunidad dedica á este santo ejercicio, destinaba otras horas extraordinarias en que pudiese desahogar los fervores de su corazon. Algunas veces le hallaban solo en la iglesia, ya despues de los Maitines, ya en otros tiempos. Y sucedió alguna vez que al salir de la iglesia se detuvo en la escalera por espacio de cerca media hora con tales fervores, que cierto Religioso le oyó desde su celda. Aun en los caminos ó viajes, no dejaba de ocuparse en oracion, celebrando el santo sacrificio de la Misa aunque estuviese cansado. Finalmente fué Predicador muy fervoroso, y deseoso de la salud de las almas : muy estimulado de conciencia : muy obediente á los Superiores : muy humano y compuesto : y muy aplicado á los ejercicios espirituales. Virtudes todas muy propias de un Capuchino fervoroso, y que ilustraron no poco la vida de este Siervo de Dios, y le prepararon una feliz y dichosa muerte, la cual halló en nuestro convento de Tarragona, donde murió santamente en el año 1608, conmutando la tierra por el cielo, segun piamente creemos. (1)

Fr. Querubin de Centellas, Corista.

La vida de este jóven Religioso no fué larga en los años, pero fué muy larga en las virtudes, aprovechando el poco tiempo que vivió en la Orden con espíritu tan fervoroso, que adelantó no poco en la perfeccion religiosa. Fué su patria Centellas, villa poco distante de la Ciudad de Vich, y habiendo á su tiempo profesado nuestro Instituto capuchino, se dejó ver animado de tales deseos de ser perfecto Religioso, que se mereció las alabanzas de los que le conocieron. No pudo él es verdad ejercitarse en penitencias extraordinarias, por su complexion poco robusta ; no obstante hacía las disciplinas con mucho rigor, y era muy exacto en los ejercicios de Comunidad. En la oracion y Oficio Divino estaba con tal atencion y devocion, que parecía estar trasportado en Dios; conservándose en lo demas tan recogido y humilde, como si fuera novicio, de modo que si alguno le advertía algun defecto, se ponía de rodillas, y agradecía la advertencia. Pero la prueba más clara de la gran virtud de este Siervo de Dios, fué un ejemplo muy singular de paciencia, que nos dejó ántes de mosir. Padeció una enfermedad tan larga,

(1) En el MS. *de Areñs* se lee : « Tomó nuestro santo habito en Italia, y por sus prendas relevantes de sciencia y virtud fue enviado a Francia y estuvo en la Provincia de Paris algunos años, y fue en ella Comisario General. Siendo ya de mas de 50 años de edad, vino a Cathaluña donde vivió con singular exemplo y modestia, sin mirar jamas al rostro de muger alguna ; y se tiene por cierto que fue siempre virgen puro. Fue Guardian muchas vezes y Maestro de Novicios : y con ser ya muy viejo dormia en las desnudas tablas, y era el primero que asistia á los Maitines, y en todo lo demas fue observantisimo. Murió santamente en nuestro Convento de Tarragona, año de 1608.

que le afligió por más de medio año, y tan dolorosa que los huesos le rompían la piel en las junturas, á causa de permanecer en la cama por tanto tiempo. Y sin embargo de tantas penas y dolores, nunca se le oyó quejar, ni pedir cosa alguna de gusto; sufriéndolo todo con una paciencia inalterable y con una santa conformidad. Así mereció ser purificado como oro en el crisol, y pasar de esta vida con una muerte tan plácida y sosegada, que el enfermero que le asistió en esta su última enfermedad, dice que murió como una paloma sin algun sentimiento. Feliz muerte que siendo prevenida con tantas virtudes, nos persuade la eterna felicidad que su alma halló en el cielo. Murió el Siervo de Dios con fama de mucha santidad, la cual acreditaron las gentes que concurrieron en grandísimo concurso despues de su muerte, que se verificó en nuestro convento de Perpiñan el año 1608.

P. Benito de Monells.

FUÉ natural de un pueblo de Cataluña llamado Monells, y habiendo llegado á edad competente, renunció el mundo y abrazó nuestro Instituto capuchino, en cuya profesion vivió con espíritu tan fervoroso, que fué uno de los Religiosos virtuosos y ejemplares de su tiempo. Las observancias y ejercicios comunes fueron objetos muy conformes á su espíritu y á su celo, de modo que aun cuando llegaba al convento despues de algun viaje, por más que estuviese cansado, no dejaba de asistir al coro y demas ejercicios de Comunidad. Trataba su cuerpo con mucha austeridad, negándole por algunos años el uso de las sandalias, cubriéndole con un hábito simple y remendado, y no concediéndole otro lecho que las desnudas tablas ó una estera; y aun se puede decir que nada le concedía, supuesto que apénas tenía cosa alguna á su uso, por el amor grande con que celaba la santa pobreza. Ni era menor su espíritu en la mortificacion y abstinencia, pues á más de hacer algunos ayunos extraordinarios, observaba los comunes con tanta exactitud, que aun estando achacoso y mal sano ayunaba la cuaresma que llamamos Bendita, y los demas tiempos que acostumbra la Comunidad. Deseaba eficazmente la perfeccion religiosa y la santificacion de su alma, y así no contento con la mortificacion de su cuerpo, añadía la mortificacion del espíritu, viviendo muy silencioso y muy recogido, llevando los sentidos muy mortificados, y evitando los tratos y conversaciones de seglares, singularmente de mujeres. Y como todo esto no se puede conseguir sin la oracion, se aplicaba á este santo ejercicio con particular estudio y cuidado, no contentándose con las horas comunes, sino velando en otras extraordinarias, pues como dice el Religioso que cuidaba del despertador, cuando bajaba para tocar á Prima, ya hallaba al Siervo de Dios en el Coro. Y aun parece que su oracion era contínua, pues como añade otro Religioso, estando la Comunidad comiendo, se quedaba suspenso por algunos intervalos de tiempo. Así anduvo los caminos de la perfeccion religiosa este Siervo de Dios, y con tales virtudes procuró adornar su alma; y como quien vive perfectamente, muere tambien santamente, cuando el Varon santo se halló acometido de un mal de costado que le sacó de este mundo, procuró conservar el depósito de aquellas virtudes y méritos, excusando en lo posible las conversaciones aun de los mismos Religiosos. Con lo cual y con los santos Sacramentos que recibió, pasó de esta vida para empezar otra más feliz en la patria de los Bienaventurados, segun piamente creemos. Fué su muerte en nuestro convento de Elna en el Rosellon, en el año 1608.

Fr. Bernardino de Pons, Lego.

NACIÓ Fray Bernardino en la villa de Pons, Obispado de Urgel, y vistió nuestro hábito capuchino en el año 1589, en la clase de lego. Nada hallamos de su conducta de vida ántes de caer enfermo, pero su mucha paciencia y resignacion nos obligan á formar un alto concepto de su virtud ya desde su entrada á la Religion. No fueron á la verdad ni ligeros, ni pocos, ni breves los males con que Dios se

dignó probar á este su Siervo, sino que fueron tantos, tan graves, y tan prolongados, que tal vez se hallaran pocos ejemplares en la historia. Primeramente estuvo tullido tan gravemente que no podía cubrirse, ni ponerse la comida en la boca, necesitando de mano ajena para el socorro de estas y semejantes necesidades. A esta terrible dolencia se juntaban á veces algunas calenturas para aumento de sus penas, y otras veces se le añadía el mal doloroso de hijada para acrecentar su tormento, y aun los dientes cooperaban tambien á su dolor con movérsele algunos y con caérsele otros; permaneciendo el Siervo de Dios en este penosísimo estado por el dilatado tiempo de diez años. Todo lo cual nos pone á la vista á un segundo Job atormentado, afligido, y lleno de males y dolores cuanto se deja discurrir. Pero ¡ oh eficacia de la Divina gracia! si fueron grandes y vehementes sus penas, fué igualmente grande y heróica su paciencia. Al principio experimentó es verdad alguna dificultad y repugnancia, segun él mismo confesó á otro Religioso, pero despues se trocó de tal modo con la gracia del Señor, que se holgaba en lo mismo que padecía, considerando que se cumplía la voluntad de Dios. No se quejaba, no se resentía de sus penas, ni de sus dolores, ni aun de aquellos que le asistían, cuando alguna vez se descuidaban de socorrerle en sus necesidades, sufriéndolo todo con una paciencia inalterable. Siendo lo más particular, que en medio de tantos males sabía conservar la oracion, la mortificacion y la piedad. Oraba mentalmente, frecuentaba los santos Sacramentos, oía las Misas que se decían en la capilla de la enfermería, rezaba el santo Rosario, el Oficio de nuestra Señora, el Oficio de Difuntos, los Salmos penitenciales y los graduales, segun la enfermedad se lo permitía. Al mismo tiempo hacía los ayunos de la Comunidad, y comía lo mismo que se daba á los otros, en cuanto se podía componer con sus males, de modo que no edificaba ménos con su paciencia que con su devocion. Ejercitado pues con tanta virtud, y prevenido con tanta perfeccion, lleno de gozo y consuelo, entregó su alma en las manos de su Criador, quien le concedió los eternos premios de la gloria, segun nos lo persuade no sólo la piedad cristiana, sino tambien el haber quedado su rostro más hermoso despues de muerto que cuando vivo. Falleció el Varon santo en nuestro Convento de Monte Calvario, el año 1608.

Fr. Pacífico de Francia, Lego.

Antes de abrazar nuestro Instituto vivió algun tiempo en Barcelona, sirviendo en la casa del Señor Don Enrique Agullana, en cuyo servicio no dejaba de salir á veces de noche al paseo con otros criados de la casa; y como una vez anduviese en compañía de otro criado, sucedió que hallando ciertos malévolos, fueron acuchillados con tal furor, que el criado compañero quedó muerto. Este desgraciado suceso abrió los ojos á nuestro Fr. Pacífico, quien determinó dejar el mundo y entrar á nuestra Orden, como lo ejecutó vistiendo nuestro hábito capuchino en el convento de Santa Eulalia á los 25 de Abril, ó como dice otro escrito, á los 25 de Deciembre del año 1580. Admirables fueron las virtudes con que resplandeció en los veinte y ocho años que vivió en la Religion. Austero, penitente, pobre, humilde, obediente, fué sobre todo Religioso de oracion, poseyendo estas virtudes en tal grado, que por ellas se mereció la opinion de santo entre Religiosos y seglares. Estaba entónces la Provincia en el mayor fervor de aquella rígida observancia voluntaria que hemos dicho varias veces, y no obstante el espíritu de Fray Pacífico era tan fervoroso, que procuraba añadir nuevo rigor á la austeridad acomun. Su comida era tan limitada, que los Superiores se veían precisados á encargar á otros Religiosos el cuidado de que comiese: y queriendo él ayunar casi todos los dias á pan y agua, el P. Guardian se lo prohibió, ordenándole que en adelante comiese lo que se daba á los otros. Para el sueño no tenía otro lecho que una estera, y para su uso se contentaba con el hábito, cuerda, y paños menores. Fatigaba tambien su cuerpo con un contínuo y particular trabajo. En los dias de colada se levantaba á veces muy de noche, y se tomaba la pena de lavar él solo toda la ropa, de modo que cuando los Re-

ligiosos se levantaban, ya estaba hecho el trabajo, continuando con este ejercicio hasta que el Prelado se lo prohibió. Con semejante aplicacion y cuidado trabajaba en la huerta en el tiempo que cuidó de ella, procurando que aun los caminos estuviesen limpios, para que nadie tuviese qué hacer; y si tal vez algun seglar le ayudaba en el trabajo, cuidaba de enseñarle la doctrina cristiana, si acaso estaba poco instruido en ella. Aun en aquel tiempo que ó por lluvia ó por otro motivo no podía trabajar en la huerta, se ocupaba en componer Rosarios, los cuales distribuía despues á las gentes que los recibían con mucha devocion. Por otra parte era tan sencillo y humilde, que si algun Religioso, aunque fuese jóven, le daba alguna instruccion, la recibía como si saliera de la boca de un Religioso anciano. Cuando le decían alguna cosa de alabanza, sentía mucha pena; y si tal vez le despreciaban ó reprendían se alegraba sumamente. Procuraba estar solo, excusando el tratar y conversar con Religiosos y seglares, singularmente con mujeres.

Con estas y otras virtudes se dispuso el Siervo de Dios para una altísima contemplacion, en la cual mereció del Señor tan señalados favores de raptos, elevaciones y excesos mentales, que admiran no poco. Había él conocido la necesidad y utilidad de la santa oracion, y así fué esta el principal y la primaria ocupacion en que se empleaba casi de contínuo. Unas veces ya estaba en la iglesia haciendo oracion ántes de los Maitines; otras veces despues de ellos se quedaba hasta el toque de Prima. Y como una vez reparase que había algun otro Religioso en la iglesia, á fin de no ser observado, dejaba la iglesia y se iba á la celda, donde continuaba su oracion. Morando en nuestro convento de San Celoni, sucediole que haciendo una noche oracion ántes de los Maitines, y estando postrado delante el Santísimo Sacramento, segun tenía de costumbre, cargaron sobre de él dos demonios, y le apretaron tan fuertemente como si quisiesen ahogarle, y no dejaron los espíritus infernales de atormentarle hasta la media noche, en cuyo tiempo, al tocar la campana para los Maitines, desaparecieron y le dejaron libre. Esta lucha y pelea que tuvo con los demonios fué tan agradable al Señor, que se cree que entónces le fué concedido el don de raptos, y elevaciones extraordinarias. Fué tan señalado y tan contínuo este don, que en cualquier lugar, tiempo y ocasion, quedaba arrobado y fuera de sí, dando saltos y elevándose de tierra con admiracion de cuantos lo veían. En la iglesia, en la celda, en el refectorio, en la huerta, en las Misas, en la sagrada Comunion, en la leccion espiritual, estando arrodillado, echado, ó en pié, siempre y en todo lugar daba estos efectos extraordinarios de su oracion y de los incendios de amor de Dios que ardían en su corazon. Referiremos algunos casos que se hallan jurados en los Originales de la Provincia.

Se hallaba el Siervo de Dios en nuestro convento de Monte-Calvario, y diciendo una vez la culpa en el refectorio, le ordenó el Guardian, que era el P. Juan de Alarcon, que fuese á decir un Pater noster delante el Santísimo Sacramento á la llaga del costado de Cristo. Fué el Varon obediente á cumplir esta penitencia, y como tardase en volver, fué otro Religioso á buscarle en la iglesia, y le halló arrobado y elevado sobre la tierra más alto que la peaña del altar, teniendo los brazos en cruz. Otra vez bajando á la iglesia de nuestro convento de Perpiñan cierto Religioso como á las once de la noche, vió al Varon santo elevado de tierra tan alto que casi igualaba la lampara que ardía delante del altar. En el mismo convento de Perpiñan habiéndose de hacer cierta procesion, estaba el Siervo de Dios haciendo oracion delante del altar mayor cerca la hora de Vísperas, y se halló ocupado de un espíritu tan impetuoso, que ya se levantaba, ya se abajaba, y durole esto por muy buen rato de tiempo. Otra vez en el Sábado santo cuando en el coro se dijo el *Gloria in excelsis*, fué trasportado con tal vehemencia, que se levantó en alto más de seis palmos. Fué una vez á comulgar, y estando arrodillado cuatro ó cinco pasos distante del Sacerdote, se puso á sus pies sin hacer movimiento alguno y con tanta velocidad que parecía maravilla al Señor Conde de Vallfogona

y á otros que estaban presentes. Tambien estando en la casa ó aposento de la huerta fué visto arrodillado y elevado en el aire más de un palmo, y como el seglar que le vió le llamase por su nombre, él volviendo en sí, le rogó que no descubriese á nadie aquel favor miéntras viviese. En otras muchísimas ocasiones se notaron en el Siervo de Dios semejantes excesos mentales y elevaciones de espíritu: pero como los declarantes lo digan en términos generales y con circunstancias muy extraordinarias, nos ha parecido referirlo con las mismas palabras con que ellos lo expresan.

El P. Buenaventura de Cerdeña dice: « Estuve con él (esto es con Fray « Pacífico) en Perpiñan año y medio, « y en ese tiempo conocí y ví en él « loables y particulares cosas. Y pri« meramente digo que Dios le había « comunicado la oracion llamada Jú« bilo, y la poseía en perfecto grado; « y es que cuando estaba en oracion, « ú oyendo Misas, ó diciendo sus de« vociones, ó el Oficio Divino que la « Regla impone á los Legos, ó cuando « oía alguna leccion espiritual, era tan « grande la devocion, y tanta la fuer« za y vehemencia de su espíritu en « Dios, que le hacía dar grandes gri« tos, llamando á Dios, y le hacía dar « saltos, levantándole en el aire con « tanta ligereza, que movía á gran « devocion á los que le veían; y él re« primía todo lo que podía los gritos « y los saltos, echándose en el sue« lo, y poniendo la cara en la tierra, « y dándose golpes en los pechos, te« niéndose por pecador; y estándose « así echado en el suelo, eran tan « grandes y tantos los movimientos « de su cuerpo que la fuerza de la de« vocion le hacía dar, que parecía re« ventar, y esto era cada dia, y de or« dinario echábase en tierra por hu« mildad, porque á no hacerlo, el ímpe« tu del espíritu y devocion le levantara « en alto, lo cual huía con gran cuida« do por su humildad. Y si le venía el « espíritu de la devocion estando co« miendo, era tanta la fuerza que sen« tía interiormente, que hacía temblar « el banco donde todos estaban senta« dos, y lo mismo era en la celda, que « temblaba, y las que estaban al lado « de la suya por algun espacio de tiem« po; y á veces toda la noche ó la ma« yor parte de ella temblaban las cel« das, porque todo el tiempo que esta« ba en oracion tenía lo que digo. A mí « me vino á consultar una vez las co« sas que Dios le comunicaba, y entre « otras me dijo, que muchas veces es« tando en oracion en la iglesia, sentía « que le tomaban por los brazos ó por « debajo de ellos, sin saber ni ver quien « lo hacía, y le levantaban en el aire, « y le llevaban de esta suerte por el ai« re levantado del suelo por gran tre« cho; y que él procuraba hacerse vio« lencia, y resistir á la fuerza que le « llevaba en alto, pegándose á la tierra « porque no le levantasen. Y yo ví mu« chas veces que cuando dábamos gra« cias ó la bendicion de la mesa en el « refectorio, se levantaba en el aire, y « si alguna vez estaba arrodillado, « con la misma disposicion daba saltos « en el aire levantándole el espíritu. Y « no hay duda que si no reprimiera con « tanto cuidado los tales ímpetus de de« vocion, se supieran y vieran mu« chas más cosas de él; mas por no ser « visto, huía cuanto le era posible de « hacer oracion en comunidad y de « estar con Frailes, y se iba á la « celda por no ser visto. Cada dia « comulgaba; y en conclusion él era « Fraile de oracion y espíritu. » Todo esto dice el mencionado P. Buenaventura de Cerdeña, cuya vida escribiremos más adelante.

El R. P. Antonio de Trápani Definidor dice: « Tenía (Fray Pacífico) en « grado eminente la oracion de júbilos « mezclados con lágrimas, y por la « fuerza del espíritu daba saltos con el « cuerpo, aunque estuviese arrodillado: « y esto en cualquier ejercicio que hi« ciese, y aunque estuviese en la mesa « comiendo, ó en la huerta cavando. Y « eran tan contínuos los saltos que da« ba, que por huir el aplauso de los « hombres no sólo se hacía mucha vio« lencia, mas aun se apartaba á hacer « oracion en lugares donde no fuese « visto. Era tanta la violencia que su « espíritu hacía al cuerpo con los so« bredichos movimientos, que hacía « temblar la celda y las circunvecinas. « Yo estuve por espacio de dos meses « en una celda junto á la suya, y expe« rimenté con el movimiento que hacía « la celda donde yo estaba, que era

« muy poco el tiempo que cesaba en la « oracion. » El P. Agustin de Ripoll, Guardian, se explica así: « Conocí que « (Fray Pacífico) tenía don de grande « oracion, usando bien de él, porque « muchas noches le ví despues de Mai« tines delante el Santísimo Sacramen« to cuando todos los Frailes estaban « reposando, haciendo oracion, y no « advirtiendo él que había alguno en la « iglesia, decía en altas voces el Salmo « *Laetatus sum in his* etc., y dos ó tres « Salmos consiguientes, haciendo los « actos de júbilo acostumbrados de le« vantarse del suelo arrodillado. Y ad« vertí en esto su humildad, que sospe« chando él una vez que había alguno « en la iglesia, por algun rumor que yo « hice, se fué luego, y nunca más vino, « acostumbrando estar ántes hasta to« car la caña á Prima. Y sospechando « yo que haría oracion en la celda, « cuando despues de Maitines pasaba « delante su celda, advertí que hacía « rumor dentro de ella, moviéndose las « tablas de la cama. » El P. Jacinto de Villabertran dice: « He conocido á Fray « Pacífico lego, por haber estado con « él de familia, y conocí en él mucha « humildad, mucha paciencia, y auste« ridad en el tratamiento de su perso« na, de mucha oracion, y que traía « continuamente presencia de Dios, que « aun estando cavando en el huerto se « quedaba con el azadon en alto, y o« tras veces se abrazaba con los árbo« les; y en la oracion muchas veces se « levantaba y daba algunos saltos, que « naturalmente no podía ser. » Dejamos otras relaciones por no molestar á los lectores.

Así explican estos sugetos los contínuos y admirables favores con que el Señor ilustraba á este su Siervo, y los profundos sentimientos de humildad y menosprecio propio que estos mismos favores producían en su corazon, señales evidentes de ser Dios el obrador de tantas maravillas, el cual se dignó derramar la abundancia de sus dones sobre este pobre y simple lego. De donde ya no debe admirarnos que siendo estos dones tan contínuos y manifiestos, mereciesen al Siervo de Dios opinion de santo entre las gentes; conforme se vió en la ciudad de Perpiñan, donde así la gente principal como la ordinaria tenía tanta devocion y confiaba tanto en sus oraciones como en las de un gran Santo, de modo que cuando alguna persona principal se hallaba enferma, luego enviaba al convento para encomendarse á las oraciones de Fray Pacífico. Aun el Ilustrísimo Señor Don Onofre Reart, Obispo de Elna, había formado tal concepto de la santidad de este lego capuchino, que no obstante que ni aun leer sabía, le visitaba y le consultaba sus cosas; y sucediendo haber de pasar al Obispado de Vich, fué á despedirse del Siervo de Dios, rogándole le encomendase al Señor, y al despedirse lloró por el sentimiento que tenía de apartarse de él.

Pero miéntras los hombres veneraban tanto los dones celestiales de este insigne Varon, no dejaba el Señor de comunicarle otros muchos que acreditaron no ménos su santidad. Uno de ellos fué que en las fiestas principales se le aparecía el mismo Señor y le hablaba, manifestándole el deseo que tenía de que le pidiese alguna gracia; y él como muy caritativo le rogaba que librase almas del purgatorio. Así lo confesó el mismo Fray Pacífico al P. Buenaventura de Cerdeña, y aunque se lo dijo como hablando de otro Religioso en comun, pero podemos creer que sería él mismo el Religioso que mereció tan señalados favores de la Divina bondad. Fué tambien favor y don celestial la luz superior con que conoció y penetró el corazon de cierto Canónigo de la iglesia de Perpiñan, diciéndole que quitase cierta ocasion y se preparase, si no quería que Dios le castigase con muerte apresurada: y confiesa el mismo Canónigo que á la verdad le adivinó cierta cosa, que solamente Dios y él la sabían. Al Señor Rafael Regnes, médico de Perpiñan, dijo muchas veces que su hermano cogería muchos atunes con las almadrabas que tenía en Canet, verificándose despues puntualmente así como lo había predicho. Hallábase una vez á la orilla del mar en ocasion que se levantó una tempestad; y como algunas personas le rogasen que diese su bendicion al mar, el Siervo de Dios lo hizo, y se puso en oracion en la misma orilla, siendo tan eficaz que luego cesó la tempestad. Acompañaba en otra ocasion

un carro que llevaba un madero muy grande para la fábrica de nuestro convento de Perpiñan, y acaeciendo el romperse el eje en que estriban las ruedas y el carro, el Varon santo no hizo más que sustituir un palo delgado en lugar del eje, y diciendo á los carreteros que caminasen en nombre de Dios, anduvieron y llegaron al convento con admiracion de todos. Otra vez halló otro carro tan atascado y metido en el lodo, que muchos hombres no podían sacarle; díjoles el Siervo de Dios que se arrodillasen y dijesen el Ave Maria, y tomando despues él mismo las riendas de las mulas, saco el carro con mucha facilidad.

Así bendecía Dios las buenas intenciones de este su fiel Siervo, y con tales prodigios daba á conocer á los hombres lo muy grato que le era en sus Divinos ojos; y queriéndole dar el galardon de sus trabajos y servicios, se dignó sacarle de este mundo, purificándole primero con algunas indisposiciones corporales, las cuales sufrió con gran paciencia. En este tiempo observó cierto Religioso que estando el Varon santo en la cama, y teniendo en las manos una cruz de madera, puesto en contemplacion y besando la cruz, fué ocupado de tal espíritu, que se levantaba en alto, estando echado, conservando todavía el don de elevaciones que el Señor le había concedido. Durole la última enfermedad más de un año, y no obstante que tenía ya cerca de ochenta años de edad, no dejó de llorar cuando vió que se le acababa la vida, porque, decía, se le acababa el tiempo de hacer penitencia. ¡Oh alma grande! ¡oh Varon fervoroso! ¡ que mayor penitencia podeis desear despues de tantos años empleados en tanto rigor y austeridad, é ilustrados con tantos favores del cielo! Nosotros debieramos llorar por considerarnos tan poco semejantes á vuestra penitencia, virtud, y santidad. Mas al fin tales son los deseos con que mueren los justos, y con tales sentimientos de piedad, devocion, espíritu y fervor murió santamente este Varon ilustre en nuestro convento de Perpiñan, perteneciente entónces á la Provincia de Cataluña, en el año 1608. Despues de su muerte manifestaron las gentes la gran devocion que le profesaban, y el particular concepto de santidad en que le tenían, concurriendo en numeroso concurso á nuestra iglesia, y llevándose por reliquias no sólo las cosas que habían servido á su uso, sino tambien las uñas y la barba que no dudaron quitarle. Y llegó á tanto su indiscreta devocion, que los caballeros y las damas estaban con las tijeras en las manos para cortarle del hábito, y en parte llegaron hasta la carne. Al fin como cargase mucha gente, fué preciso cerrarle dentro la capilla de la sepultura, y enterrarle ántes de tiempo, distribuyendo despues el hábito que tenía cuando estaba enfermo.

Creían ellos sin duda que aquella dichosa alma, que había sido tan agradable á Dios en la vida, lo sería mucho más despues de la muerte; cuya pia creencia confirmó despues una Monja muy virtuosa de Perpiñan, llamada Sor Aña Domenge ó Dominga, la cual preguntada sobre el estado de Fray Pacífico, respondió que despues de haber estado un poco de tiempo en el purgatorio, había subido al cielo, donde poseía corona de gloria. Esto mismo confirman algunos milagros que se dignó el Señor obrar por intercesion de este su Siervo, ilustrándole no ménos en vida que despues de su muerte, los cuales referiremos segun se hallan en los Originales de la Provincia. La mujer de Juan Nogues, vecino de Barcelona, llamada Jerónima, se hallaba recien parida y tan gravemente enferma, que los médicos la habían desahuciado. Supo esta necesidad y peligro un Religioso nuestro, el cual dijo al marido que encomendase á su mujer enferma á un Religioso capuchino, llamado Fray Pacífico, que había muerto en Perpiñan y hacía milagros. Hiciéronlo así, rogando á Dios por la salud de la enferma, interponiendo la intercesion del Varon santo, y prometiendo llevar un cirio á nuestro convento de Monte-Calvario; cuya oracion y voto fué remedio tan eficaz, que la enferma al momento experimentó mejoría en la salud, y luego estuvo sana. Por lo cual agradecidos á tan señalado beneficio, enviaron al dicho convento un cirio de tres libras, junto con una tablilla del milagro. Jaime Cumulada, vecino de Perpiñan, tenía un hijo enfermo de serampion, cuya enfermedad

con motivo de cierto accidente se agravó tanto, que puso al enfermo casi á la muerte. El afligido padre habiendo conseguido una partecita del hábito de Fray Pacífico, la puso sobre el pecho del hijo moribundo, rogando al Varon santo que intercediese con Dios por su salud, añadiendo á esta oracion el ir al otro dia á nuestro convento, para que los Religiosos celebrasen una Misa. Cuyas diligencias practicadas, empezó el hijo á recobrar la salud, y dentro dos ó tres dias quedó enteramente sano. Semejante beneficio mereció recibir el Doctor Ludovico Salellas, médico de Perpiñan: el cual teniendo un hijo enfermo y tan al cabo de la vida que estaba desahuciado de todo remedio, acudió á la intercesion de Fray Pacífico, á quien tenía en opinion de santo, y del cual poseía el rosario, alguna parte del hábito y algunos cabellos. Lleno pues de confianza puso estas reliquias al cuello del hijo enfermo, rogando al Siervo de Dios que intercediese con Nuestra Señora por su salud; y quedándose aquella noche al lado del enfermo, le pareció en sueños que Fray Pacífico sanaba al hijo y le había alcanzado la salud, como realmente fué así, porque desde aquel punto el niño estuvo bueno y sano. Tales fueron las maravillas que acreditaron entre los hombres la santidad de este Varon insigne, en testimonio de los eternos premios que el Señor le concedió en el cielo. Procuremos nosotros imitar sus virtudes, para que algun dia gocemos tambien en su compañía la misma eterna felicidad. (1)

P. Francisco de Barcelona.

ENTRE los muchos Siervos de Dios que hollaron y sacrificaron las glorias del mundo para abrazar la cruz de nuestro Redentor Jesucristo, fué uno el Padre Francisco de Barcelona, sugeto en quien la fortuna derramó con la mayor liberalidad sus dones y sus bienes. Nobleza, riquezas, patrimonio, esposa, hijos, fueron los amables y apreciados bienes que el mundo le dejó gozar y poseer. Pero confesemos la eficacia de la Divina gracia, la cual apénas penetró el corazon de este ilustre y afortunado Varon, cuando haciendo de todo un generoso sacrificio, lo ofreció á los pies de Cristo, conmutándolo por el pobre y humilde sayal capuchino, Fué su nacimiento en la ciudad de Barcelona, llamándose su padre Don Jerónimo Villana y Despillas, cuyos apellidos conservó el hijo en el siglo, juntando á ellos el nombre de Francisco. Podemos creer que su educacion y crianza fueron conformes al sagradn carácter de Cristiano y al distinguido honor de Caballero, siendo prueba de esto el haber estudiado no sólo gramática y retórica, sino tambien alguna parte de los sagrados Cánones, Cuando tuvo la edad correspondiente, le casaron sus padres con una dama de no inferiores prendas, con la cua vivió algunos años, logrando el gozo y el consuelo de algunos hijos, de lós cuales solamente le quedó una hija llamada Doña María Magdalena, que despues heredó sus bienes. Hasta aquí parece que la fortuna no podía ser más liberal ni más risueña para este jóven Caballero, dejándole gozar de todon aquellos bienes que en el mundo tants se aprecían. Mas Dios nuestro Señor. que le quería para su casa y para su servicio, se dignó prepararle uno de aquellos sucesos, que siendo efectos de su gracia, mueven las voluntades de los hombres y rinden sus corazones. Estando él tal vez muy descuidado y muy contento con la prosperidad de su fortuna, acaeció el triste golpe de la muerte de su amada esposa, que le dejó viudo y con el desconsuelo que no es fácil explicar. Despues de esto á poco tiempo sucedió tambien la muerte de cierto caballero principal de Barcelona, que era gran amigo suyo, con la cual se le aumentó la pena y el sentimiento.

Abrió Don Francisco los ojos con estas muertes, para él tan sensibles y dolorosas; y obrando en su alma la luz de la Divina gracia, conoció la

(1) « Pacificus Gallus, Cathaloniae Provinciae Laïcus, orationis studio, et assiduitate illustris In mentis excessus rapitur: in aëra extollitur. Omnium virtutum genere exornatus asseritur. Occultum Canonico mentis consilium detegit. Exortam in mari tempestatem sedat. Currum limo fixum solus è coeno extrahit. Perpiniani in Domino quiescit. Post mortem nonnulla miracula praestat. » (*Boverio*, t. II. Index viror. illustr.). Y en la pág. 802 hay la bella biografía que aquí resume. Modigliana, t. I, p. 153, alabaam bien su vida y virtudes.



instabilidad y poca solidez de todas las prosperidades mundanas. Por lo cual deseoso de otros bienes más sólidos y más estables, determinó dejarlo todo, y seguir y poseer solamente á Jesus crucificado, en quien estan todos los tesoros y todos los bienes. Para ello habló con nuestros Superiores, pidiéndoles que le quisiesen admitir á la profesion de nuestro pobre Instituto, creyendo sin duda que su sacrificio sería tanto más agradable á Dios, cuanto fuere más pobre y más humilde el estado que pretendía abrazar. Y para que aun las circunstancias manifestasen con cuanta generosidad abandonaba el mundo, pidió á los mismos Superiores que le enviasen para vestir el hábito á alguno de los conventos de Aragon, que por ser entónces Custodia, estaba aquella Provincia unida á la de Cataluña. A todo convinieron nuestros Superiores, resolviendo que fuese á pasar el noviciado en nuestro convento de Zaragoza. Con esta determinacion arregló él las cosas de su casa, y dejó encargada su única hija, que aun era pequeña, al cuidado de las abuelas que aun vivían; y dejando Barcelona, parientes, amigos, bienes, riquezas, se fué á Zaragoza, donde vistió nuestro hábito en el año 1601, y pasó el noviciado á satisfaccion de todos; y habiendo hecho su profesion fué enviado otra vez á Cataluña. No fueron muchos los años que vivió capuchino, pues solamente llegaron á ocho; pero en ellos aprovechó de tal modo el tiempo, y siguió con tanto fervor los caminos de la virtud, que adelantó no poco en la perfeccion religiosa.

Distinguiose singularmente en la humildad, virtud muy propia de nuestro Instituto, y muy brillante en un Religioso de tan nobles circunstancias. Si los Superiores le encargaban el cuidado de la puerta del convento, ó de buscar limosna para los Frailes, ejercitaba estos oficios con toda prontitud y alegría, produciendo no pequeña edificacion entre aquellos que habiéndole conocido en el siglo, le veían ahora ocupado en tan humildes ejercicios. Servía tambien á los otros Religiosos, aunque fuese en ocupaciones bajas y de humildad, y obedecía con tanta resignacion á los Prelados, que todos le deseaban tener consigo. De su noble linaje estaba tan distante de hacer elogio ó materia de conversacion, que pocas veces hablaba ni de su consorte ni de su hija; y si en alguna ocasion era preciso hablar de la hija, la llamaba simplemente: aquella muchacha, ó: Doña María Magdalena, gloriándose más de la nobleza espiritual que gozan los Siervos de Dios, que de la temporal que había tenido en el siglo. Fué tambien prueba de su profunda humildad el que siendo ya Sacerdote, y elegido Presidente de cierto convento que aun no tenía Guardian, representó con tanta humildad su insuficiencia, que los Padres que le querían introducir á los gobiernos, tuvieron á bien el dejarle en su bajo modo de pensar. A esta humildad juntaba el Siervo de Dios la austeridad y penitencia con que afligía su cuerpo. Aunque él no era robusto de complexion, seguía no obstante con puntualidad los actos y ejercicios comunes y las observancias estrechas de nuestro Instituto, añadiendo algunos ayunos de devocion, y algunas disciplinas extraordinarias para mayor mortificacion. Su vestido era un hábito pobre y remendado, y su cama se componía de unas duras tablas, ó cuando más de una estera en tiempo de frio; siendo en lo demas muy pobre en las cosas de que usaba. Había él renunciado todas las riquezas y glorias del mundo para conquistar el Reino de los cielos, y así solamente en las virtudes hallaba su gozo y su consuelo. Humilde, pobre, obediente, mortificado, honesto, recogido, caritativo, silencioso, y con otras virtudes anduvo los caminos que conducen á la feliz patria de los Bienaventurados.

Pero para que su alma quedase más purificada y sus méritos subiesen á mayor grado, se dignó el Señor ántes de su muerte probarle con las penosas enfermedades de dolor de costado, de modorra y de espasmo, cuyos dolorosos efectos sufrió el Siervo de Dios con paciencia; y acercándose su última hora recibió con devocion los santos Sacramentos, y murió en el Señor en nuestro convento de Monte-Calvario, el año de 1609. No faltaron las gentes en honrar el tránsito de un Varon tan ilustre por su virtud y por su sangre, concur-

riendo así plebeyos como principales á nuestra iglesia, y presenciando su devoto entierro. Mas para que se conozca cuan estrecho y riguroso es el juicio de Dios, debemos decir que este Religioso, que hizo unos sacrificios tan heróicos y se ejercitó en tantas virtudes, no quedó libre de las penas y tormentos del purgatorio. El P. Buenaventura de Cerdeña, Religioso de mucha oracion y virtud, dijo en confianza á otro Religioso que estando en sueños se le había aparecido el P. Francisco de Barcelona despues de muerto, muy triste, seco, y flaco, y todo llagado; y que movido á compasion le había preguntado si necesitaba de sus oraciones, y como el difunto con la cabeza le significase que sí, se aplicó él á la oracion y á la penitencia, y celebró algunas Misas para consuelo de su alma. Despues de algunos dias le volvió á aparecer, aunque no tan triste ni tan llagado, y entendiendo que necesitaba de más sufragios, se los procuró con las mismas diligencias que ántes. Y al fin se le apareció de nuevo muy alegre y resplandeciente, y dándole las gracias desapareció. El testigo que declara este suceso, dice que todo esto sucedió en el espacio de veinte y dos, ó veinte y cinco dias. Tiempo breve á nuestro juicio, pero muy largo para las almas que estan detenidas en aquella rigurosa cárcel. Hagamos nosotros penitencia de nuestros pecados, estando ciertos que cuanto mayor sera nuestra penitencia en esta vida, tanto menor sera nuestra pena en el purgatorio.

Fr. Buenaventura de Barcelona, Corista.

Su nobleza fué tan antigua y tan distinguida, que se puede contar entre las primeras del Principado de Cataluña. Y para que esto se entienda mejor, copiaremos á la letra lo que dice en los Originales de la Provincia el P. Miguel de Valladolid, que conoció y tuvo por súbdito á este noble y santo Religioso: « Fué hijo, dice, « (Fray Buenaventura de Barcelona) de « Don Ramon Doms, Caballero del hábito de Montesa, y de Doña Mariana « Doms, los cuales descendieron de nobilísimo y antiquísimo linaje, porque « Don Ramon Doms fué hijo de Don « Antonio Doms, Caballero del Orden « de Santiago, cuya habitacion era en « Collibre por razon del servicio del « Rey Católico, al cual él y los suyos « sirvieron de unos á otros en cargos « principales de su casa y estados. Esta « descendencia por parte del Abuelo de « Fray Buenaventura vino de Alemaña « con los demas Caballeros, que vinieron « á sacar los Moros de España, y quedaron en Cataluña con el repartimiento que hizo Cárlo Magno. Por « parte de su madre fué tambien de « nobilísimo linaje, porque el padre de « Doña Mariana Doms fué hijo de un « Caballero de la misma casa Domps, « llamado Don Onofre Domps. Su Abuela paterna fué del linaje de los Caldeses, Señores de Santa Fe; y la materna fué del linaje de los Agullones, « Señores del lugar de Belvey en Sa- « garra. » Hasta aquí el sobredicho P. Miguel.

Nació pues nuestro Fray Buenaventura de los mencionados padres en Barcelona el dia ocho del mes de Agosto del año 1587, llamándose en el Bautismo Miguel; y apénas contaba tres años de edad, cuando mereció un singular beneficio de la Divina Providencia. Habíase encendido la peste en la ciudad de Barcelona el año 1589, donde hacía lastimosos estragos: por cuyo motivo estos nobles Caballeros, deseosos de librarse del contagio, se fueron á vivir en una aldea cerca de Perpiñan. Aquí sucedió que saliendo un dia al paseo, el niño Miguel se separó de ellos sin que nadie lo advertiese, y dando en un lodazal, cayó en él, y se hundió tanto en el lodo, que sólo se le descu-

(1) En el MS. *de Areñs* se lee: « Murió su muger, y poco despues un cavallero muy amigo suyo y con esto le abrió Dios los ojos de su alma para conocer lo poco que duran las vanidades del mundo, y se resolvió tomar nuestro santo habito, lo que executó, y lo tomo en el Convento de Saragoça, que era entónces unido con los de la Provincia de Cataluña; y pidio tomarlo en aquel Convento por estar mas lexos de los deudos de su Patria, paraque no le molestaran en el año del noviciado. Y tomo el habito año 1601. Volvio ya Profeso á Cataluña donde vivió siguiendo el rigor comun, por mas que era de salud debil. Fue tan humilde, que nunca se le oyó hablar de su noble linage Iba con gusto á pedir limosna: cuydaba de la porteria; y en fin los Prelados le hallavan siempre prompto a lo que le ordenavan. Murio en Monte Calvario de una gravisima enfermedad que coronó su invicta paciencia, sufriendo los dolores della con grande constancia y fortaleza. Y su dolorosa muerte en el año de 1609. Vivió solos 8 años en la Religion, pero con poco tiempo logro no menos que un Reyno del Cielo, segun fue revelado al P. Buenaventura de Cerdeña, que fue uno de los Religiosos mas virtuosos y santos, que ha tenido esta santa Provincia. »

bría en las espaldas un poco del vestido blanco que llevaba. Por fortuna estaba allí cerca una mujer extendiendo alguna ropa que había lavado, la cual como viese aquella blancura en el lodazal, corrió á él sin saber lo que era: y tirando del vestido, sacó al niño medio ahogado, con lo cual pudo librarle de la muerte en que necesariamente hubiera incurrido. Tambien aconteció que habiéndose trasladado dentro la ciudad de Perpiñan, aparecía á veces al niño un hombre chiquito, vestido de terciopelo pardo, y le decía que le siguiese, y como el niño no lo hiciese, se escondía tras de una arca. Lo cual habiéndolo referido á su padre, pensó este que el hombre chiquito debía ser el demonio, que le convidaba á seguirle en algunas vanidades. En cuyos sucesos podemos conocer cuan propicia y cuan favorable tuvo este niño la Divina Providencia ya desde sus primeros años.

Creciendo despues en edad, fué instruido no sólo en la doctrina cristiana, sino tambien en la gramática y retórica; y llegando á los diez ó á los once años, habiendo ya cesado el contagio, volvió con sus padres á Barcelona. Aquí manifestó cuan santa había sido su educacion, y cuan copiosa estaba derramada en su corazon la Divina gracia, porque haciendo poco caso de la nobleza de su linaje y de las riquezas que como hijo heredero le pertenecían, deseó primero entrar en la Religion de la Merced, y despues en la de la Cartuja; cuyos deseos impidieron sus padres, ó porque los creyeron poco fundados, ó porque desearon que siguiese otra carrera más brillante á los ojos del mundo. En efecto le procuraron un á bito de Santiago, y le consiguieron un asiento entre los pajes del Rey, cuyo servicio ejerció por el tiempo de dos años, despues de los cuales su padre se lo llevó á Barcelona, habiéndole alcanzado la Superintendencia de las Atarazanas de Barcelona, que él tenía, para despues de sus dias; y así vivió en adelante al lado de su padre, el cual cuidó con particular esmero de su educacion cristiana. No podemos negar que en este tiempo se vieron en su conducta algunas libertades de jóvenes mal aconsejados; no obstante no se apagó en él la luz del cielo que le guiaba, porque no dejó de ejercitarse en obras de piedad y de mortificacion. Tenía tal inclinacion á dar limosna á los pobres, que cuando no tenía otra cosa que dar, les daba su almuerzo, privándose él de aquella comida. Al mismo tiempo frecuentaba la iglesia de los Padres Descalzos, haciendo la disciplina los lúnes, los miércoles, y los viérnes; y aun se hallaron alguna vez en los vestidos las señales de la sangre que derramaba con las disciplinas que hacía. A todo lo cual añadía el frecuentar los santos Sacramentos. Costumbres á la verdad muy extraordinarias en un jóven noble, metido entre las diversiones y vanidades del mundo. Viviendo pues en esta forma, acaeció que mataron de un arcabuz á un grande amigo suyo, y como él fuese á verle, y le hallase ya muerto, quedó tan penetrado de esta funesta desgracia, y se desengañó de tal modo de la fragilidad de la vida humana, que determinó dejar el mundo con todas sus glorias, y entrar á nuestra Orden capuchina para seguir á Cristo por los caminos de la cruz. Con este intento se presentó á nuestros Superiores y les comunicó sus deseos; mas aquellos prudentes Padres, recelando tal vez que aquello no fuese alguna ligereza de jóven ó algun disgusto, le dijeron que si perseveraba en aquel buen propósito por el tiempo de tres meses, entónces le admitirían á la Religion. No le entibió esta respuesta, ántes comunicándola á un primo suyo, Señor de un lugar llamado Santa Pau, se retiró con él al castillo de dicho lugar, donde se ejercitó en la austeridad y penitencia. Pasados los tres meses se presentó otra vez á nuestros Superiores en el convento de Monte-Calvario, con el fin de quedarse y vestir el santo hábito; pero tampoco tuvo efecto esta secunda peticion, porque habiéndolo sabido su padre, acudió allí y representó lo que le pareció conveniente, por lo cual los Superiores suspendieron el recibirle hasta haber estado tres dias en su casa. Al fin fueron tan fervorosos sus deseos de ser Religioso, que uno de estos dias se arrodilló á los pies de su padre, y besándole las manos, le aseguró que ningun disgusto le llevaba á la Religion, sino el deseo de servir á Dios y el aprovechamiento de su alma; cuya santa resolucion vista por

su padre, este mismo junto con el abuelo le acompañaron á nuestro convento de Santa Eulalia, donde vistió el santo hábito el dia cinco de Abril del año 1606, conmutando el nombre de Miguel con el de Buenaventura, como presagio de la feliz suerte que lograba con dejar a tierra por el cielo.

No es fácil explicar el fervor y el espíritu con que ejercitó las virtudes siendo ya Religioso, singularmente los profundos sentimientos de humildad que ocuparon su corazon. Parece que al entrar á la Religion se olvidó enteramente de la nobleza de su linaje y de todos los honores del siglo, deseando y ejerciendo los ministerios más bajos y humildes. Siendo aun novicio pidió con instancia al P. Guardian que le quitasen la corona de corista, y le agregasen al estado humilde de los legos; y aunque esta su peticion no fué atendida, pero habiendo ya profesado, no faltó cierto Superior que para remediarle de los escrúpulos, le aplicó á la cocina como sirviente del cocinero, cuyo oficio ejercitó con tanta alegría, que llegó á decir que se holgaría le confirmasen en aquellos ministerios por toda la vida. Si en el convento había algo sucio, él cuidaba de limpiarlo, llevando los vasos inmundos de una á otra parte, aunque fuese visto de los seglares, practicando lo mismo con los enfermos, con los cuales llegó á tanto su humildad y caridad, que una vez limpió con su propia lengua cierta llaga que otro Religioso tenía en una pierna. Por otra parte sentía tan bajamente de sí, que se reputaba por un gran pecador, cuyo concepto tenía tan radicado en su corazon, que tratando una vez su Guardian con los novicios de la virtud de la humildad, respondió él medio llorando que hiciese saber á todos los hermanos, que era tan vil y abominable, que no había en el mundo otro más ruin que él, y que le dejase hacer una confesion general delante los Religiosos. Otra vez le pidió que le enviase atado con una soga á la garganta, y que le permitiese confesar todos sus pecados en medio de la plaza de Figueras en dia de mercado, para que todos conociesen quien era. Si alguna vez los Religiosos le reprendían por ocasion de los escrúpulos que padecía, él lo recibía con mucha paciencia, y aun á veces se arrodillaba á los pies de alguno, si presumía haberle ocasionado algun disgusto.

Ni se contentaba el Siervo de Dios con estas demostraciones, que acreditaban el humilde y bajo concepto que había formado de sí mismo, sino que añadía la afliccion y mortificacion de su cuerpo, siendo tan grandes los deseos que tenía de padecer por Cristo, que se extendían hasta el martirio. En las disciplinas se azotaba con tanto rigor, que tenía llagadas las espaldas, por lo cual el Superior le mandó que suspendiese las disciplinas por algun tiempo.

En la comida se mortificaba dejando ordinariamente alguna parte de lo mejor para los pobres, y cuando cuidaba del refectorio procuraba para sí los mendrugos de pan más inferiores; y aun se observó alguna vez que echaba agua en la comida, para que disminuyendo el sabor, aumentase la mortificacion. Si eran dias de ayuno, se privaba de la colacion muy de ordinario; y porque estando enfermo tuvo que comer un poco de pan en la colacion, lloraba y se afligía. Viéronle una vez caminar los pies descalzos por lugares espinosos y pedregosos, y diciéndole por qué no llevava sandalias, respondió con gran fervor que unos pies que merecían pisar las brasas del infierno, no habían de ser tratados con más piedad. En otra ocasion estaba el P. Guardian cerca del fuego junto con los novicios, refiriéndoles algunos ejemplos de Santos que (permitiéndolo Dios, no para imitation, sino para admiracion) por sí mismos habían entrado en el fuego, sin esperar que los verdugos los echasen en él; y despues volviéndose á los novicios les dijo: «¿Quien de vosotros tendría tanto fervor, que siendo necesario entrase por amor de Dios en el fuego?» Apénas Fray Buenaventura oyó estas palabras, luego se puso con los pies descalzos sobre las brasas, de las cuales el Guardian con un rempujon le sacó prontamente, sin haber recibido daño alguno. Tan ardientes eran sus deseos de padecer.

Todo lo cual no debe maravillarnos, porque había procurado este jóven Religioso encender su corazon en

llamas del Divino amor por medio de la oracion santa, en cuyo ejercicio permanecía tan constante, que á veces era preciso que el Superior ó Confesor le mandase que dejase la oracion y tomase su reposo, porque de otra suerte se quedara toda la noche en oracion. Tambien se observó que en los Oficios Divinos, en las Misas, y en los ejercicios espirituales y corporales, nombraba el dulcísimo nombre de Jesus, dándose golpes en los pechos; y cuando estaba en la celda fué oido dar muchos suspiros al buen Jesus, con que manifestaba lo muy presente que tenía á este Divino Señor, y cuan de veras deseaba amarle; resultando de aquí estar á veces tan absorto y fuera de sí, que aunque le llamasen no respondía, como si estuviera más en el cielo que en la tierra. Y en efecto parece que este Siervo de Dios no vivía en el mundo sino en otra region superior. Todos sus deseos eran humillarse, padecer y sufrir por Cristo. La grandeza de su casa, la nobleza de su linaje, y todas las glorias del siglo eran objetos enteramente olvidados por él, en tanto grado que excusaba en lo posible las visitas de su padre y hermana, y aun las del Virrey de Cataluña, llamado Monteleon. Preguntole una vez cierto marinero si podría ver al hijo de Don Ramon, tal vez porque este Señor era General de las galeras de Cataluña; pero el Varon humilde respondió sin decir que fuese él mismo por quien preguntaba. Mandábale á veces el Prelado ir á su casa, pero estando allí lloraba tanto, que su padre le decía que se fuese. Tal era el desprecio con que miraba todas las glorias y honores de esta vida. Solamente Dios, la virtud, y santidad fueron los objetos amables que cautivaron su corazon en los tres años que vivió en la Religion.

No se dignó el Señor concederle más larga vida, porque en este poco tiempo habría sin duda trabajado más que otros en muchos años en el ejercicio de la perfeccion religiosa. Permitió no obstante que ántes de su muerte fuese afligido con la enfermedad de etiquez, concediéndole al mismo tiempo tal resignacion y consuelo, que él mismo confesó á otro Religioso que en toda aquella enfermedad no había tenido tristeza ni melancolía de las que suelen afligir á los que padecen semejante mal, sino una grande alegría y deseo de salir de este cuerpo mortal. Quiso cierto Religioso darle algun consuelo diciéndole: « Tomemos los que estamos aquí cada uno un poco de su mal, para que esté bueno »; pero él con gran fervor respondió que no quería, y que no permitiese Dios tal cosa. Más particular fué la gracia con que supo el tiempo en que había de salir de este mundo, segun él mismo declaró á otro Religioso, llamado Fray Gabriel de Barcelona en el modo siguiente. Iban los dos desde el convento de Monte-Calvario al de Santa Eulalia, y como Fray Gabriel le dijese por el camino si quería tomar algun papel en cierta diversion que los jóvenes de Monte-Calvario querían hacer en la noche de Navidad, respondiole Fray Buenaventura, pidiéndole primero el secreto: « Cuando vosotros hareis esa despertada en la noche de Navidad, yo ya no podré asistir, porque ya no estaré en esta vida: y esas fiestas en la otra las espero hacer. » Cumpliose puntualmente así como lo dijo, porque ántes del dia del nacimiento del Señor pasó de esta vida. Con esta noticia tan clara de su fallecimiento, y con tantas gracias recibidas, no es de admirar que creciese su fervor, cuando más se acercaba su tránsito. Hallábase ya el Varon santo en los últimos dias de su vida, y ocupado su espíritu de un particular agradecimiento, dijo: «¡Oh cuanto debo á Dios por haberme traido á la Religion! que si me quedara en el mundo, por ventura ya estuviera en el infierno ». Y despues acercándose más su última hora, añadió: «¡Oh como me alegro de haber profesado la Regla de nuestro Padre San Francisco! Esta aquí la tengo en la manga, y no la quiero dejar, sino que con ella quiero morir ». Así pues con este espíritu, con este fervor recibió devotamente los santos Sacramentos, pidiendo él mismo la sagrada Uncion. Tomó despues un Santo Crucifijo en la mano, é invocando el Santísimo Nombre de Jesus hasta la última respiracion, pasó felizmente de este mundo, entregando su dichosa alma en las manos de su Criador; del cual recibió, segun pia-

mente creemos, aquella inmortal nobleza y aquella gloria sempiterna que está prometida á los verdaderos hijos de Dios. Murió este noble y santo Corista en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1609, habiendo vivido en la Religion solos tres años y algunos meses ; en cuyo limitado tiempo obró tantas virtudes, que seran siempre el honor de la Provincia y un ejemplar para nosotros. (1)

Fr. Antonio de Nápoles, Corista.

No fué comun ni ordinaria la virtud y santidad del Hermano Fray Antonio de Nápoles, tan eminente y esclarecido, que se mereció el nombre de perfecto y de santo aun entre las personas más ilustres del siglo; por lo cual será siempre venerable su memoria en las Provincias de Cataluña y Aragón, que merecieron ser ilustradas con los resplandores de su admirable perfeccion. De su patria dicen los Originales de la Provincia, que segun se entiende, fué natural de un lugar del Reino de Nápoles, que se llama La Cava en el golfo de Salerno pero nuestras Crónicas generales no dudan afirmar que su patria fué la ciudad de Nocera en el mismo Reino, y que nació de noble linaje. Nosotros le llamamos de Nápoles, que fué el nombre que tuvo en nuestra España, tomándolo del Reino en que nació. Su ingreso á nuestra Orden capuchina se verificó tambien en una de las Provincias del mismo Reino de Nápoles, despidiéndose allí del mundo, y llevando á la Religion intacta y pura la flor virginal de la castidad, cuya virtud conservó hasta el fin de su vida. No sabemos los años que vivió en aquella Provincia que le admitió á la profesion de nuestro Instituto, sólo hallamos que despues de haber vivido algun tiempo en ella, y edificádola con su ejemplar vida, fué enviado á Cataluña, á la cual llegó el año 1584. Aquí resplandeció con tales ejemplos de virtud y perfeccion, que despues de algunos años mereció ser uno de los Religiosos, que el P. Juan de Alarcon envió á Aragon para fundar aquella Provincia; en cuya edificacion trabajó con tanto celo y espíritu, y difundió tales luces de santidad, que su nombre fué muy venerado entre los moradores de aquel Reino. Despues volvió á Cataluña, donde prosiguió los caminos perfectos y santos hasta el fin de su vida.

Son tantos y tan admirables los hechos gloriosos que acreditan la virtud y santidad que acabamos de insinuuar de este Varon insigne, que verdaderamente debemos confesar fué una de aquellas almas muy privilegiadas y muy favorecidas del Señor. Ya en los principios que estuvo en Cataluña, comunicó él mismo cierta vision celestial al Ilustre Señor Carlos Perpiñan, Canónigo de la Cátedral de Gerona, en ocasion de tratar los dos materias de oracion: cuya vision fué en el modo siguiente, segun refiere el mismo Señor Canónigo. « Dice que le apareció un Angel, y le llevó al cielo en espíritu, y le mostró la hermosura del lugar, y le preguntó si conocía uno de los Cortesanos del Cielo, de cuya hermosura y resplandor estaba Fray Antonio admirado; y que respondiendo Fray Antonio que no le conocía, le dijo el Angel que era San Juan Evangelista, del cual era Fray Antonio devoto. Despues de esto, dice que vió una Santa, cuya hermosura y gloria le suspendió en admiracion, y que preguntándole el Angel si la conocía, y respondiendo él que no, le replicó el Angel que era Santa Catalina Vírgen y Mártir. » Tal fué la vision celestial que mereció este Siervo de Dios, la cual se nos significa bastantemente los progresos admirables que había hecho en la virtud. Entre los ejercicios espirituales á que se dedicó con solicitud y cuidado, fué el de la santa oracion, conociendo sin duda que este ejercicio es de la mayor necesidad y utilidad para cualquier Religioso que desea aprovechar en la perfeccion de su estado. Y aunque le costó mucho trabajo el andar y subir este monte santo de la oracion, pero

(1) El MS. *de Areñs* hace grandes elogios de este Siervo de Dios, y concluye diciendo : « Haviendo vivido en la Religion 3 años y algunos meses, pero con tantas virtudes que se le puede aplicar el elogio : *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.* » — « Fr. Bonaventura a Barcinone ex antiquissima, illustrissima et nobilissima familia de Oms, induit habitum Capuccinorum in Conventu Stae. Eulaliae anno 1606, et Professionem fecit Figueriis 1607, et obiit in Monte Calvario anno 1609. » (MS. *Notanda* : *Nobiles exemplarissimi*).

fueron tales sus diligencias y tan incansable su aplicacion, que al fin llegó á coger los más dulces y admirables frutos que el Señor suele conceder á sus más favorecidos Siervos.

Y porque creemos será de mucha utilidad y enseñanza el saber los medios que practicó para llegar á un grado tan sublime de oracion, los escribiremos con las mismas palabras con que lo refiere el Señor Don Juan Amat Caballero noble de Barcelona, á quien el Siervo de Dios los comunicó en confianza, cuya relacion es como sigue. « En los principios, me dijo « (Fray Antonio) que le era muy di« ficultoso, y que le había costado « muchos años de trabajo; y que « cuando la materia le faltaba ó se « hallaba divertido, decía tantas ve« ces Jesus, que al fin se apiadaba « Dios de él, y que alguna vez le a« contecía pronunciar este santísimo « Nombre millares de veces: y cuando « se hallaba cansado de la cabeza por « la continuacion de los ejercicios men« tales, hacía alguna disciplina: y que « cuando despertaba, la primera cosa « que hacía era decir *Gloria Patri* ó « *Gloria in excelsis Deo*, y hecho esto, « tomaba la consideracion que Dios le « daba, y que esa primera considera« cion le solía durar dos ó tres horas: « y que cuando se iba á dormir, consi« deraba que ponía la cabeza al Monte« Calvario al pié de la cruz, y si Dios « le daba materia se entretenía con esa « consideracion, y si no se le daba se « quedaba dormido con ella. Y esta « consideracion de la cruz y de la pa« sion de Cristo, decía que le era tan « continua, que aun estando comiendo, « le parecía tener presente á Cristo « crucificado, y con esta consideracion « acompañaba la comida y bebida, « porque le parecía que cuando mojaba « el pan en el plato ó en la escudilla, ó « cuando bebía, pensaba que era san« gre de Cristo. El motivo que tuvo pa« ra procurar esta presencia de Dios « con cuidado, me dijo que fué el « siguiente: Estando desconfiado de « poder alcanzar este don, me dijo « que había un pajaro de los que a« costumbran pasar el mar en el ve« rano, y que considerando que estri« bando el ave en la ayuda sola de « las plumas, hacía tan largo y con« tinuado camino, mejor podría él con « la ayuda de Dios alcanzar el vuelo « de la contínua oracion. Y con esta « consideracion, me dijo que concibió « esperanza de alcanzar este don y « se esforzó á procurarlo, y yo creo « que lo alcanzó, porque se echaba de « ver en muchas ocasiones. Entre las « demas consideraciones que usaba, me « dijo que cuando salía de la ciudad « para volver al monasterio, pensaba « que salía de Babilonia y que iba á « Jerusalen, y que en saliendo de la « puerta comenzaba á decir el *Te* « *Deum laudamus*, y que algunas ve« ces le servía esto de materia hasta « llegar al Monasterio. » Todo esto dice el sobredicho Señor.

En cuya relacion no podemos ménos que admirar la gran diligencia, aplicacion y trabajo que este Siervo de Dios puso en el santo ejercicio de la oracion. Y como el Señor abre la puerta á los que llaman con perseverancia, y derrama su espíritu sobre los que se lo piden de corazon, se dignó comunicarlo á este su Siervo abundantemente, introduciéndole en el secreto de los arcanos más escondidos, y dejándole gozar de los favores más singulares. Ya hemos dicho el favor tan admirable que mereció, cuando fué llevado en espíritu al cielo, y vió la gloria de aquellos Santos que referimos en la vision sobredicha. Tambien fué visto en cierta ocasion levantado en el aire, tan alto como la lámpara, haciendo oracion delante el Santísimo Sacramento. Asimismo se observó algunas veces que haciendo oracion en su celda, resplandecía en ella una luz celestial: en cuyas ocasiones participaría sin duda de aquellos consuelos santos, que solamente pueden explicar aquellos que los gozan. A estos favores debemos añadir la ciencia infusa, el espíritu de profecía, el conocimiento de los interiores, el don de milagros, y un ardiente celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas: gracias y dones que el Señor le concedió con abundancia. Era este Varon santo un simple hermano lego sin estudios, ocupado en el oficio de limosnero y en otros propios de su estado; y sin embargo hablaba á veces tan altamente en materias de Teología y de oracion, que admiraba á cuantos le oían. Uno de estos fué cierto Sacer

dote, llamado Doctor Gaspar Ram, catedrático que fué en la Universidad de Barcelona y despues en la de Huesca, el cual habiendo tratado familiarmente á nuestro Fray Antonio, le cobró tanta devocion y respeto, que recibía sus exhortaciones con mucha atencion. Acostumbraba este Catedrático predicar en las iglesias de Barcelona, y si alguna vez predicaba asuntos elevados, el Siervo de Dios con espíritu y celo se lo reprendía, exhortándole á que procurase hacer guerra á los pecados. Entró una vez en el estudio donde estaba el dicho Catedrático, y poniendo los ojos en un Santo Crucifijo que allí había, le dijo con semblante airado estas palabras: « Por aquel Dios, que he tenido revelacion que le castiga Dios, porque no hace mayor guerra á los pecados. » De cuyas palabras quedó el buen Predicador tan atemorizado, que le respondió: « Padre, pida á Dios que me dé otro espíritu. »

En otra ocasion halló el Siervo de Dios al mismo Catedrático que iba en coche con ciertos Señores que le habían convidado al paseo, y acercándose á él, le reprendió el ir en el coche, siendo Predicador del Evangelio, advirtiéndole al mismo tiempo la humildad que deben ejercitar los Predicadores y el ejemplo que deben dar. Todo lo cual escuchó el devoto Catedrático con temor y reverencia, teniendo siempre el bonete en las manos, y sacando por fruto el no ir despues en coche por la ciudad. Hablaban á veces los dos, y disputaban de cosas de Dios, en las cuales Fray Antonio se explicaba y decía cosas tan altas, que el que lo testifica, no duda afirmar que si el Catedrático tenía la Teología escolástica en grado eminente, Fray Antonio la tenía infusa. Esto mismo manifestó tambien en casa del Señor Regente de Cataluña, á quien fué á ver con motivo de cierta obra de misericordia Despues de haber representado su pretension, le dijo el Señor Regente: « Ya que hemos hablado de tejas abajo, hablemos ahora de tejas arriba. » Entónces el Varon fervoroso empezó á hablar cosas de Dios con tan grande espíritu y con rostro tan encendido, que todos los presentes quedaron admirados. Ardía el corazon de este Varon santo en el celo de la honra de Dios y en la caridad de sus prójimos, y así en hallando ocasion oportuna, parece que no podía contenerse sin comunicar á los otros su fuego y sus llamas. Ya exhortaba, ya reprendía; ya hacía las paces entre unos, ya componía las discordias entre otros. Unas veces hablaba de cosas de espíritu y de oracion, otras de la enmienda de los desórdenes y de los vicios: venciendo respetos y dificultades, y no temiendo penas, trabajos ni fatigas. Y como el Señor le ilustraba con luces superiores, conseguía no pequeño fruto entre muchos, al paso que se hacía admirar de todos. Son muchos los casos particulares que hallamos en los Originales de la Provincia sobre este espíritu y celo del Siervo de Dios, los cuales vamos á referir con la brevedad posible.

Acontecía á veces que yendo el Varon santo por la ciudad, hallaba algunos Caballeros jóvenes muy curiosos en ojear los balcones: y no pareciéndole bien este modo de andar, tomándoles el freno de los caballos, les reprendía aquella curiosidad peligrosa con espíritu tan fervoroso, que ó se enmendaban, ó dejaban de pasar por donde él estaba. Vino de Aragon á Barcelona el Señor Baron de X..... y como Caballero jóven seguía el cortejo de las Damas: lo cual sabido por el Varon celoso, fué á hablarle en su casa, y supo decirle tales razones, que el buen Caballero se compungió, y despues fué á visitarle en el convento de Monte-Calvario donde se confesó con muchas lágrimas, y procuró que los PP. fuesen á fundar en Aragon. En otra ocasion reprendió tambien á cierto Caballero la mala vida que llevaba, amenazándole que si no se enmendaba, moriría presto, y como el Caballero no hiciese caso ni de la reprension ni de la amenaza, la vió verificada con harto dolor suyo, porque perseverando en su mala vida, murió dentro de poco tiempo de muerte repentina. Igualmente funesto fué el vaticinio que hizo á otro Caballero de Aragon, diciéndole que si no corregía ciertos vicios, Dios le castigaría con una enfermedad que le acabaría en poco tiempo; y se cumplió del mismo modo que lo dijo, pues dentro un mes cayó enfermo el Caballero y murió: produciendo no pequeña admiracion en

la ciudad de Zaragoza, donde acaeció este suceso amargo. Corrigió tambien el Siervo de Dios en Zaragoza á otro sugeto cierto desacato que hizo delante un altar, y no recibiendo bien esta correccion, le dijo que el Señor se vengaría dentro pocos dias, como puntualmente así se verificó, muriendo dentro pocos dias. Semejante fué el pronóstico que hizo á cierto comerciante tambien en Zaragoza, diciéndole que si no se enmendaba del vicio de jugar, Dios le castigaría; y como él no se enmendase, dentro pocos dias enfermó, y murió sin confesion. En la misma ciudad advirtió asimismo lo que convenía á otro comerciante jóven y rico, que seguía sus gustos y no tenía el debido respeto á las iglesias; á cuya advertencia respondió el jóven con donaire que hartos años le quedaban para dar en la cuenta y recogerse. «Plegue á Dios, dijo el Varon iluminado, que os haga merced de daros dias para reconoceros.» Presto conoció el divertido jóven la luz superior con que fueron dichas estas palabras, porque en breve le dió una enfermedad tan grave, que ni tenía tiempo para confesarse, ni hacer el arreglo de su conciencia. Visitole en este trabajo el Siervo de Dios, y mostrándole una imágen de la Vírgen que llevaba consigo, le dijo que tuviese confianza en aquella Señora, que le daría lugar y tiempo para confesarse, como así fué, muriendo despues con este espiritual socorro.

Más desgraciado fué el vaticinio que hizo á cierto Caballero muy principal de Barcelona. Padecía este Señor una enfermedad muy peligrosa, y visitándole Fray Antonio, le dijo que si le prometía corregirse de algunos desconciertos de su vida, no moriría de aquella enfermedad. Prometiolo el Caballero, y sanó de su dolencia. Mas despues no correspondió fiel á su promesa, por lo cual hallándole el Siervo de Dios en la semana de Carnestolendas que iba en coche con alguna descomposicion, le dijo que aquello no era cumplir la promesa que le había hecho estando enfermo: y como el Caballero respondiese que ya venía la Cuaresma, y entónces se verían los dos, añadió el Varon santo con grande espíritu: «¡Ah Señor, que no llegará Usted á ella!» Y así fué, pues ántes de la cuaresma le quitaron la vida. Yendo una vez por Barcelona, halló en la bajada de la cárcel á cierto empleado en la Audiencia de Cataluña, y acercándose á él le dijo: «Será ya hora, Señor mio, que dejemos el vivir tan enlodado en las cosas del mundo, y procurar emplearse en el servicio de Dios.» «Padre, le respondió el empleado, qué sabe Usted de mí?» Entónces el Varon ilustrado le declaró ciertas cosas tan ocultas, que solamente podían saberse con luz superior, cuya manifestacion le afligió y avergonzó tanto, que estuvo inquieto hasta que el dia siguiente fué á verse y consolarse con el mismo Siervo de Dios. Otro vecino de Barcelona había recibido un notable agravio de cierto personaje, por lo cual estaba determinado de matarle. Quiso la fortuna que Fray Antonio le hallase en la plaza de Santa Ana, y sin haberle ántes conocido, empezó á decirle tales razones y consejos, que el que llevaba intencion tan dañada, viéndose descubierto, mudó de voluntad con deseos de perdonar. Asimismo detuvo en Barcelona á cierto comerciante de Tárrega, para que no cometiese un funesto homicidio, con adivinarle la mala intencion que llevaba. Al Señor Francisco Astor, del Consejo del Rey en la Audiencia de Barcelona, adivinó tambien su pensamiento, avisándole de cierta cosa que solamente Dios y él podían saber. Declaró asimismo un secreto muy oculto al Señor Doctor Juan Gallego de Barcelona en ocasion que los dos se hallaban en nuestro convento de Santa Eulalia, añadiéndole que se lo advertía de parte de Dios. Y como el dicho Señor hubiese concebido gran temor de aquella advertencia, y al mismo tiempo hubiese formado la buena opinion que de aquí resultaba; el Siervo de Dios como si le viera el corazon, ocurrió luego á ambos pensamientos, diciéndole al primero, que no temiese, porque Dios para bien suyo se lo avisaba: y al segundo, que no pensase que él fuese más santo por haberle dado aquel aviso, sino que debía pensar que era muy ruin, porque Dios no pocas veces se vale del ministerio de los demonios para su servicio. Jaime N. vino con su mujer desde Moyá á Barcelona en tiempo de Carnestolendas, y por no ser conocidos se pusieron mascara y se metie-

ron en un coche; mas no pudieron ocultarse al conocimiento superior de Fray Antonio, quien acercándose á ellos les dijo: « ¿ Acaso no habia hartos locos en Barcelona? »; de lo cual quedaron admirados por verse así descubiertos. Cierto vecino de Perpiñan, llamado Andres, tenía un hijo tan al cabo de la vida, que los médicos opinaban estaría ya muerto: Fray Antonio que acertó á llegar, dijo al padre que si prometía dejar el juego, y ser devoto de San Antonio, no moriría el hijo de aquella enfermedad. Prometióselo, y habiendo el Siervo de Dios hecho breve oracion, el niño experimentó luego notable mejoría, y dentro poco tiempo estuvo bueno. Á este mismo Andres descubrió tambien Fray Antonio un pensamiento muy pernicioso para su casa y conciencia, diciéndole que dejase aquel pensamiento que llevaba, que no saldría con aquello, y que sirviese á Dios á quien debía mucho. A la Señora Condesa de Quirra, que llevaba algunos pleitos, dijo el Varon santo: « Cumpla Dios sus deseos que son muy santos »; y volviéndose á otro Caballero que estaba allí, le dijo: « No cumpla Dios los suyos, que le serían muy desagradables. » Y en efecto confesó despues el mismo Caballero que en aquel punto estaba pensando en una cosa que no era del servicio de Dios.

Así ilustraba Dios á este su Siervo, comunicándole tan claras y abundantes luces para bien de muchas almas y conversion de los pecadores, siendo no pequeño el fruto espiritual que de aquí resultaba entre aquellos que merecían tratar á este Varon insigne. Pero como Dios nuestro Señor no concede sus dones con escasez, quiso que este espíritu profético se extendiese tambien á beneficio de los cuerpos y de los bienes temporales, sirviéndose de este su Siervo para anunciar y obrar sucesos no ménos admirables que provechosos, segun lo demuestran los casos siguientes. Don Juan Amat, de quien arriba hicimos mencion, tenía dos sobrinas enfermas, á las cuales visitó el Varon santo, y haciendo alguna oracion por ellas, dijo que no morirían; y aunque la una llegó á términos que los médicos desconfiaron de su vida, mas al fin ambas sanaron y vivieron, acreditando con su salud la profecía del Siervo de Dios. Cuando iba á Zaragoza para la fundacion, pasó por la villa de Anglesola, y halló en casa de Pedro Juan Domenech Escribano, una hija de este Señor tan al cabo de la vida, que la reputaban por muerta: y habiéndola visitado, dijo á los presentes que confiasen en el Nombre de Jesus, que la muchacha no moriría; y atando en el brazo de la enferma un Nombre de Jesus, se arrodilló allí mismo, haciendo oracion, con cuyas diligencias aquella hija que creían ya muerta, empezó á mejorar, y al dia siguiente estuvo buena. En Barcelona visitó al Señor Don Francisco de Cardona, que se hallaba enfermo y desahuciado de los médicos, y dándole un Nombre de Jesus, le dijo que confiase en él y recobraría la salud: y en efecto se verificó así, quedando sano dentro pocos dias. Cierta Señora de Zaragoza rogó con lágrimas al Siervo de Dios que encomendase al Señor un hijo que tenía enfermo, y él movido á compasion fué á su casa, y haciendo la señal de la cruz en la frente del enfermo, le dió esperanzas de salud, si prometía llevar el hábito del P. S. Francisco por el tiempo de cinco años: con lo cual empezó á mejorar, y despues estuvo bueno y sano. El Doctor Juan Gallego de Barcelona suplicó al Varon santo que lo encomendase á Dios sobre la peligrosa enfermedad en que se hallaba, cuya oracion y súplica él prometió, y volviéndole á visitar despues de dos ó tres dias, le dijo muy alegre que no moriría; y realmente desde aquella hora empezó á mejorar, y salió de la enfermedad. Un hijo de Cárlos Frexes, vecino de Barcelona, estaba enfermo y desahuciado de los médicos; visitole Fray Antonio, y despues de hacerle la señal de la cruz, y juntádose con él, poniéndole en el pecho un Nombre de Jesus, dijo que no tuviesen pena, que el muchacho quedaría sano dentro nueve dias, pero que prometiesen una novena á San Antonio de Padua, que él haría otra. Y cumpliose del mismo modo que lo dijo, quedando el muchacho sano al cabo de los nueve dias. Estefanía Escura de Gerona tenía á su marido y á un hijo enfermos de mucho peligro,

hallándose al mismo tiempo una tia suya enferma de unas simples tercianas. De los dos primeros dijo el Siervo de Dios que no morirían de aquella enfermedad, y de la tia dijo que moriría; y ambos vaticinios se verificaron puntualmente. Cierto comerciante de Barcelona, llamado Francisco Alejandro Moixo, padecía un dolor de hijada tan vehemente, que lo daban por muerto. Visitole Fray Antonio, y tomándole las manos, le quitó luego el dolor y lo dejó sano. A este mismo comerciante predijo su casamiento y el de una hermana suya, nombrándole las personas con quienes habían de contraer el matrimonio; y aunque pasó algun tiempo, al fin se verificaron ambos casamientos, segun él había afirmado. Un hijo del Señor Duque de Maqueda padecía grandes dolores en una pierna, y rogando al Siervo Dios que pusiese su manto sobre ella, mereció quedar luego remediado con esta sola diligencia. Asimismo curó de una hernia á Francisco Domenech, vecino de Tárrega con sólo tocarle y hacer oracion, siendo tan pronta la cura, que al momento se halló sano.

Miguel Largues de Barcelona conducía de Madrid un carro cargado y tirado por cuatro mulas, y al llegar á la subida de Fraga, halló tanta dificultad por razon de la carga y de la subida, que aunque añadieron otras dos mulas y practicaron otras diligencias, no pudieron proseguir el camino. Acertó á pasar per allí Fray Antonio, y compadecido de aquel trabajo, tocó con su báculo el carro diciendo: «Veamos la fuerza que tiene el báculo del P. S. Francisco.» Fué á la verdad cosa admirable, que apénas hubo tocado el carro con el báculo, luego las mulas arrancaron y prosiguieron la subida con mucha facilidad y ligereza, atribuyéndolo todos á milagro. Rafael Regnes de Perpiñan se hallaba en Barcelona muy afligido por habérsele perdido un libro que contenía asuntos muy interesantes, y para consolarse fué al convento de Monte-Calvario y comunicó su afliccion á Fray Antonio, el cual le dijo que confiase en San Antonio de Padua, y fuese á hacerle oracion en la iglesia de Santa María del mar, pues que el libro que creía perdido dentro de pocos dias lo tendría en su poder; y fué así que dentro tres ó cuatro dias se lo llevaron con mucho consuelo suyo. Asimismo Matias Escriba, comerciante de Barcelona, estaba muy cuidadoso sobre una porcion de sedas tejidas que debían venirle de Nápoles, y hallando un dia al Siervo de Dios, este como si supiera sus cuidados, le dijo estas palabras: «Antes de San Antonio»; y en efecto ántes de la fiesta del dicho Santo recibió las sedas que tanto deseaba. Pidió una vez el Varon santo á ciertos devotos de Barcelona algunos huevos para los enfermos, y ellos fueron tan liberales, que le dieron como cuatro docenas; pero luego experimentaron los efectos de su devocion, porque mirando despues la cesta, la vieron tan llena de huevos como si ninguno hubieran sacado. Don Francisco Grimau sentía mucho el no tener hijos por la infecundidad da su mujer; cuya pena sabida por Fray Antonio, le dijo que ya que rezaba el Oficio Divino, hiciese despues de Vísperas y Laudes conmemoracion de Santa Catalina vírgen y mártir, con el fin que le alcanzase de Dios los hijos que deseaba, confiando que los conseguiría. Hizo la conmemoracion el devoto Caballero, y habiendo pasado como un año, parió su mujer un hijo. Murió despues esta mujer, y él contrajo segundas nupcias con otra, y perseverando en hacer la conmemoracion á Santa Catalina, tuvo el gozo de ver nacidos hasta el número de once entre hijos é hijas. Semejante fué la promesa que hizo á Margarita Pereseca, la cual viéndose sin hijos despues de algunos años de casada, y rogando al Varon santo que se los alcanzase de Dios, este le respondió que fuese devota de Santa Catalina, y lograría lo que deseaba. Encomendose ella á la dicha Santa, y mereció el fruto de tres hijos. A otra mujer, llamada Isabel Soler, que estaba afligida por ignorar el tiempo de su parto, díjole el Siervo de Dios que no tuviese pena, porque dentro de un mes pariría un hijo; y llegando el dia señalado, vió la promesa verificada en todas sus partes. Tambien dijo á cierta Señora de Barcelona que acostumbraba tener malos partos, que se encomendase á Dios y á San Antonio, y pariría un hijo, y se verificó despues del mismo modo que él lo dijo.

Más singular y más admirable fué el anuncio profético que hizo á la Ilustre Señora Doña Isabel de Boxados y de Rocaberti, Condesa de Savallá. Habló en cierta ocasion Fray Antonio con esta Señora, y la dijo que pariría un hijo que se llamaría Antonio. Verificose el parto segun la promesa del Siervo de Dios, y queriendo la madre que el niño se llamase Antonio, se opusieron á ello los deudos, diciendo que ni el padre ni el abuelo habían tenido tal nombre. Con esto cedió la madre, y fué puesto al niño otro nombre. Mas habiendo este llegado á la edad de más de veinte años, renunció la herencia de su nobilísima casa, y abrazó nuestro Instituto capuchino, poniéndole al vestir el hábito el nombre de Antonio, sin pedirlo ni hablar palabra la Señora Condesa su madre. De donde infirió ella por cosa cierta que nuestro Fray Antonio fué movido de espíritu profético, cuando le hizo la sobredicha promesa. Así lo dijo la misma Señora, añadiendo que en otra ocasion, hallándose ella muy triste y afligida por cierto motivo muy secreto y reservado, el mismo Fray Antonio se lo adivinó y declaró, y le dió consuelo.

Pero ya que hemos referido tantos beneficios que este Varon santo alcanzó de Dios para sus prójimos, bien será que por conclusion digamos otro muy señalado que mereció recibir para sí, en ocasion de estar gravemente enfermo en el año 1596. Escribe este beneficio el R. P. Antonio Vicente Domenech del Orden de Predicadores, en su Historia general de los Santos de Cataluña, el cual hablando de los milagros de San Raimundo de Peñafort, dice así: « Estando un Religioso capuchino, llamado Fray Antonio de « Nápoles, desahuciado de los médicos, « invocó á San Raimundo, y en la noche que tenían por cierta su muerte, « le apareció un Religioso de San Domingo; y veramente le parecía que « le mudaban de una cama áspera, en « que estaba, en otra muy suave, y « con la presencia de aquel Religioso « recibía grandísimo alivio y consuelo. « Y fué ello así sin duda, porque á « la mañana se halló con mejoría tan « milagrosa, que los médicos la dieron « por tal. Rogó entónces á la Majestad de Dios lo significase quien era « el Religioso de San Domingo, por « cuyos méritos pensaba haber recibido aquella merced. Despues en dando las diez ántes de mediodía, le « apareció el glorioso San Raimundo, « asentado en una muy rica silla, mirándole con apacible rostro, y como « sonriéndosele. Y perseveró en esto « hasta las dos horas despues de comer, y desde entónces quedó del todo « sano de aquella enfermedad y algunas otras indisposiciones ordinarias que solía tener. » Hasta aquí la dicha Historia general, en la vida de San Raimundo.

Siendo pues tales y tantos los beneficios, dones y privilegios, con que el Señor ilustró á este su Siervo, podemos pensar cuanta sería su union con Dios, el fervor de su espíritu, la perfeccion de su vida, y la santidad de sus costumbres. Pero para que esto se comprenda mejor, creemos de nuestra obligacion el dar un testimonio más poderoso y más calificado, cual es el del Ilustrísimo Señor Don Gaspar Gil, Obispo que fué de Vich. Trató familiarmente este Señor á nuestro Fray Antonio, ya de palabra ya por escrito, y así pudo conocer y penetrar á fondo el espíritu que le dirigía, y las maravillas que obraba: por lo cual no dudó dar la siguiente deposicion firmada de su mano, la cual aunque larga copiamos aquí á la letra, segun se halla en los Originales de la Provincia. « Conocí, dice, y traté familiarmente á « Fray Antonio de Nápoles, Religioso « capuchino Lego, estando yo en la « ciudad de Tarazona en Aragon, donde él tambien estaba, respecto de la « fundacion del convento. Tuve con él « mucha comunicacion así en la dicha « ciudad como fuera de ella, y en coloquios y por cartas; y digo que lo « tuve por Varon muy santo y de « grandísimo espíritu, y que tenía dones especiales de nuestro Señor, señaladamente de espíritu de profecía, « y don de conocer espíritus, y altísima contemplacion, porque le traté « cosas de diferentes almas y de la mia, « y ví que le descubría nuestro Señor « los secretos del corazon más escondidos, y los caminos por donde cada « una de las almas había de caminar « para llegar á más alta perfeccion. « Y por los efectos que experimenta-

« ban las mismas almas que despues « tambien traté, ví claramente que sin « particularísima luz de Dios y Divina « revelacion no podía haberlo entendido, no sólo porque eran efectos « venideros contingentes, sino tambien « porque dependían de la Divina gra- « cia, y pertenecían al aprovechamien- « to interior. Sucediome muchas veces « decirme él lo que pasaba por mi co- « razon, sin que yo lo hubiese comu- « nicado á persona alguna, ni aun sa- « cado en lo exterior con palabras ni « por otro camino por donde se pu- « diese saber aquel secreto de mi co- « razon; y díjome algunas cosas veni- « deras, que con el tiempo las he visto « cumplidas, muchas de ellas eran to- « cantes á terceras personas espiritua- « les, y de grandes mercedes que Dios « les había de hacer, las cuales, por « haberlas tratado yo, me consta que « se han cumplido de la manera que « él las dijo; y eran de cosas tan in- « teriores, que segun las reglas de los « Santos, por no estar sujetas á los « sentidos interiores ni exteriores, y « parar en lo íntimo del alma, no es- « tan sujetas á engaño; y otras eran « de cosas exteriores y interiores jun- « tamente.

« La luz que tenía y magisterio acer- « ca de las cosas de la Teología mís- « tica, era tan grande, que muchas ve- « ces hablándole yo, por lo que había « leido en los Santos, de cosas con- « cernientes á ella, hallaba en él una « ponderacion de palabras y enseñanza « tan alta, que me causaba admiracion, « por ser, como era, hombre lego: y « claramente veía que aquello que de- « cía, no solamente en la substancia, « pero en el mismo modo de decirlo, « excedía á toda ciencia humana ad- « quirida. Y aun en misterios de nues- « tra santa Fe, y delgadezas de la Teo- « logía escolástica, algunas veces le oía « hablar superiormente. Como yo le « traté algunas cosas de diferentes al- « mas, y con ocasion de que iban por « caminos extraordinarios, me había « de hablar muchas veces con clari- « dad; por donde vine á entender que « era hombre extático y de contínua « oracion pasiva, que se pudiera decir « de él lo que San Dionisio dice de « San Hyeroteo, que *erat Divina pa-* « *tiens.* Y por lo ordinario las merce- « des que Dios le hacía, eran sin pri- « vacion de sentidos, y eso lo ponde- « raba él mucho, porque era argumento « que las almas tenían más capacidad. « Y tratando de una alma, á quien lle- « vaba Dios por un camino semejante « al suyo de amor afectivo, me acuerdo « que me dijo, que la causa por que no « podía cerrar los ojos en la oracion, « y que muchas veces se le abría la « boca, era porque de la manera que « en una casa, cuando se pega fuego, « se abren las ventanas, y dan estalli- « do por la gran fuerza del fuego que « espira por allí: de la misma suerte « le sucedía á aquella alma, y que « cuanto más creciese en ella aquel « fuego del amor afectivo, más iría « experimentando y conociendo esos « afectos de ardores Divinos, que cre- « cerían más, y la irían purificando y « clarificando de sus imperfecciones, « y se vería bañada de una purísima « y perfectísima luz muy íntima y pe- « netrante, que no dudaría ser el mis- « mo Dios, segun aquello que dice San « Pablo: Nos autem revelata facie glo- « riam Domini speculantes, in eamdem « imaginem transformamur a claritate « in claritatem, tamquam a Domini Spi- « ritu. Y despues por haber yo trata- « do mucho esta alma, he visto cuan « perfectamente había comprendido su « camino.

« Algunas cosas muy particulares « acuerdo de él, porque verdaderamen- « te fueron notables, y las supe yo con « mucha certidumbre. Una noche es- « tando él en Zaragoza, estuvo toda « la noche en oracion, y luego que « amaneció pidió licencia para salir « con un compañero suyo, para reme- « diar un alma. Era grande la prisa « que llevaba por las calles. Díjole el « compañero que mirase la decencia « de su hábito y profesion. Respondió « él que caminase á prisa, que era « grande la necesidad. En llegando á « la puente de piedra, toparon un hom- « bre que salía, y debajo la capa lle- « vaba una soga para colgarse. Llego- « se Fray Antonio á él, y descubriole « su pecho y el mal estado en que « estaba, y pidiole la soga, como en « efecto se la dió, y le dijo que los « deseos que tenía de abreviar la vida « por aquel camino de su total perdi- « cion, Dios se los cumpliría, porque

« moriría en breve, que fuese y se « confesase de aquel pecado y de los « demas, como lo hizo, y muy presto « murió. Esto lo sé de la boca de los « mismos Religiosos que estaban con « el dicho Fray Antonio, y del Padre « Fray Francisco de Touet, que me lo « refirieron como cosa sin duda. Otra « vez yendo por una calle de Zarago- « za, alargó el paso, y se llegó á un « hombre que iba con intencion de ha- « cer una grande ofensa de Dios. Des- « cubriole sus pensamientos y repren- « diole, diciendo que se confesase, por- « que al dia siguiente á la misma hora « le llevarían á enterrar. Hízolo el « hombre, y luego murió; y otro hom- « bre que iba en su compañía y oyó « lo que le dijo Fray Antonio, me lo « contó á mí, que era un ciudadano « de Záragoza, y al dia siguiente á la « misma hora lo acompañó á la se- « pultura. Otro caso aunque no con « tanta brevedad le sucedió con un « mercader de Zaragoza, que no se « quería confesar por no estar enfer- « mo de grave enfermedad, y le pre- « vino que le hiciese, porque moriría « dentro de pocos dias; y esto él mis- « mo me lo contó á mí, y sucedió como « lo dijo. Tambien estando mi madre « enferma de unas tercianas, me dijo « lo que le duraría la enfermedad has- « ta convalecer, como en efecto suce- « dió. En otra ocasion estando el Pa- « dre Fray Francisco de Touet en el « siglo, le aconteció otro caso seme- « jante con él, y fué que deseando en- « tónces el Padre Fray Francisco ser « Religioso, se inclinaba mucho á la « Cartuja, y este pensamiento y incli- « nacion no la había él comunicado « con Fray Antonio de Nápoles, ni con « otro Religioso alguno por donde él « lo pudiese saber: y como estuviese « un dia en su hábito de estudiante « junto á la portería del convento de « Zaragoza, donde había otros, se lle- « gó á él y le dijo que se desengaña- « se, que no le quería Dios para la « Cartuja, porque había de ser Capu- « chino. Esto me contó muchas veces « el mismo Padre Fray Francisco de « Touet, que ha pocos años que mu- « rió en Zaragoza con grande opinion « de santidad. Este mismo Padre Fray « Francisco de Touet, en una ocasion « que este santo Religioso Fray Anto- « nio había escrito una carta, cuando « se iba de Tortosa á Barcelona, me « dijo, y aun me parece que me mostró « una carta suya de él, en que decía « que se venía á Barcelona á morir, « la cual había él escrito con ocasion « del dicho Padre Fray Francisco; y « yo por medio de unos Señores de « título de Aragon, procuré mucho que « volviese á aquella Provincia; y la « respuesta que dió de Tortosa es la « que tengo dicha.

« Contome el dicho Fray Antonio « que cuando fué á hacer la fundacion « del convento de Tarazona, llegando « á cierto puesto donde había dos ca- « minos, toparon con un muchacho ne- « gro, feo y abominable, y preguntán- « dole ellos por donde habían de ir á « Tarazona, les respondió que toma- « sen cierto camino, y pareciéndoles á « ellos que aquello se desviaba mucho « de lo que les habían informado, le « replicaron que no podía ser aquello « de ninguna manera; y el dicho mu- « chacho les juró y perjuró que sí, que « aquel era el camino. Y rindiéndose « ellos á su dicho, empezaron á ca- « minar, y vinieron á perderse del « todo, de manera que el compañero « de Fray Antonio vino á estar muy « malo; y él mirando á una parte y á « otra descubrió á unos pastores, y « fuese allá, y con un poco de refres- « co que le dieron al compañero y « con un jumento, de la manera que pu- « dieron le llevaron, hasta que cobran- « do algunas fuerzas, pudieron llegar « á poblado; y les avisaron los pas- « tores que aquel camino por donde « les había encaminado, era del todo « errado. Díjome despues á mí el mis- « mo Fray Antonio que siempre ha- « bía tenido por cierto, que aquel mu- « chacho negro y feo había sido algun « demonio que pretendía impedir la « fundacion de Tarazona. Lo que se « confirma más con lo que despues le « aconteció, llegando á la dicha ciu- « dad, segun él mismo me refirió, y « fué que llegando á ella con mucha « disimulacion de noche, deseando en- « cubrirse porque los . . . . . . « . . . no les impidiesen el tomar « la posesion, llegaron á casa de un « ciudadano llamado Albion; y apénas « hubieron llegado, cuando se pegó fue- « go á la chimenea, y por ocasion del

« fuego acudió gran concurso de los « ciudadanos y vecinos de Tarazona, « con que fueron descubiertos. Y esto « el mismo Fray Antonio lo atribuía al « mismo que ántes en el camino les « había descaminado; y aunque hubo « dificultades en aquella fundacion, to- « das se allanaron despues. Acuérdo- « me que estando en Tarazona, le co- « municaba mucho un Religioso de otra « Religion, persona que estando en el « siglo había vivido muchos años dis- « traido y en graves ofensas de nues- « tro Señor. Habíale Dios tocado en el « corazon, y llevádole por un camino « extraordinario. Yo lo había conocido « en el siglo, y tambien lo trataba des- « pues de Religioso y sabía su camino, « porque habíamos hablado muchas « veces de él. Preguntele á este santo « Padre que camino era aquel, y que « sentía de aquel Religioso. Respon- « diome que por aquel camino llegaría « aquel Religioso á muy gran per- « feccion con brevedad, y que le daría « nuestro Señor el don de la oracion « contínua, que era la mayor merced « que en estos caminos interiores so- « lía nuestro Señor hacer; á la manera « que acá los Reyes de la tierra, los « mayores favores que hacen, consis- « ten en tener en su presencia y com- « pañía con mucha frecuencia á los « que aman, para hacerles mercedes; « y que la continuidad de la oracion « que vendría á tener, sería tanta, que « aun en sueños estaría en oracion, y « cuando despertase recibiría el fruto, « y lo experimentaría de lo que había « pasado durmiendo, que parece es « aquello de los Cántares: *Ego dormio,* « *et cor meum vigilat*; y que la parte « superior del alma llevaría como una « nube de luz admirable, que estaría « contínuamente influyendo misericor- « dias Divinas; y que vendría á tener « don de conocer espíritus para guiar « muchas almas á la perfeccion.

« Preguntele yo en que consistía aquel « don de conocer espíritus y caminos « interiores. Díjome que en aquella luz « admirable que acabo de decir: y que « era como cuando uno está en la « cumbre de un muy alto monte, y que « por todas partes puede ver los ca- « minos que suben allá, y los desvios « y impedimentos que puede haber pa- « ra no llegar á la cumbre; que los « que no tenían esa luz, y caminaban « por otros caminos diferentes, no po- « dían saber con claridad unos los ca- « minos de los otros para guiarlos, « porque cada uno sabía de su camino « y hay muy pocos que de tal suerte « sean conformes en los caminos inte- « riores, que no se diferencien algo los « unos de los otros. Despues traté yo « á aquel mismo Religioso muchos « años, y supe que se había cumplido « todo, como el santo Fray Antonio « había dicho. Y causándome á mí ad- « miracion y novedad grande, que una « persona tan distraida en tan poco « tiempo la levantase Dios á tanta fa- « miliaridad suya, me dijo que con al- « gunos hacía Dios al principio lo que « con otros al cabo de muchos años « que le habían servido, porque por « aquel camino los quería fortalecer « para algunas empresas y cosas de « su servicio. Y que él había conocido « algunas almas, con quienes Dios había « usado de semejante liberalidad. Y en- « tre otros me contó de un mercader « de Valencia á quien en pocos meses « había traido nuestro Señor á tan « profunda oracion y libertad de espí- « ritu, que entre sus negocios y libros « de cuentas, y otras obligaciones de « su estado conservaba la unidad de « espíritu, como dice San Pablo *in vin-* « *culo pacis*. Y á un Capuchino, que « había sido bandolero y salteador de « caminos, y hecho muchas muertes « y cometido muchos delitos gravísi- « mos, habiéndole Dios tocado en el « corazon, lo admitieron en la Religion, « y dentro de seis meses le puso nues- « tro Señor en altísima contemplacion, « y fué de manera que siendo novicio « le dió la última enfermedad, y trayén- « dole él Viático, al punto que entró el « Santísimo Sacramento donde él esta- « ba, se volvió, y con decir estas pa- « labras: « No más, oh Señor » se quedó « absorto y con el rostro muy encen- « dido, de manera que con aquel ím- « petu de amor de Dios entregó su es- « píritu á su Criador; esto aconteció « en Cataluña. Y generalmente puedo « decir de este santo Varon, que así « en Zaragoza, donde estuvo mucho « tiempo para la fundacion de aquel « convento, como en Tarazona, donde « tambien estuvo algun tiempo para « la fundacion de aquel monasterio, fué

« grandísimo el fruto qne hizo en diferentes personas de todos estados, « y tuvo particular gracia del Señor « para traer muchas almas á mejor « vida, sacándolas de muchas mise- « rias. » Tal es la relacion que hizo el mencionado Señor Obispo de Vich.

Habiendo pues este Varon insigne ilustrado su Orden y Provincia con tales virtudes, ejemplos y dones celestiales, llegó finalmente al término de todos los mortales, pero no sin algun previo conocimiento de él, segun él mismo lo significó á algunos sus confidentes. Hallándose en Tortosa, y habiendo de trasladarse á nuestro convento de Monte-Calvario, dijo ántes de partirse que pasaba á este convento para dar fin á su vida; lo cual confirmó despues cuando llegó al dicho convento, diciendo al Religioso que le lavó los pies, que venía allí para morir. Asimismo hallándose en nuestro convento de Santa Eulalia, y dando un vaso de agua al Señor Don Miguel Galceran de Pinos, le dijo: « Tomad, Señor, este vaso de agua, y estad cierto que no nos veremos más »; cumpliéndose todo así como lo dijo. Aun en la última enfermedad, parece que el Señor se dignó concederle aquella que él mismo deseaba, porque habiendo ántes padecido la enfermedad de modorra que le perturbaba las potencias, dijo á un su confidente que había de pedir á Dios que su última enfermedad fuese dolor de costado, para morir con acuerdo. Y en efecto mereció que esta dolencia le afligiese los ocho dias últimos de su vida, en los cuales se dispuso y preparó para la eternidad con una santa resignacion y paciencia, y con la devota recepcion de los santos Sacramentos, con cuyos poderosos auxilios pasó de esta vida y entregó su alma en las manos de su Criador. Murió el Siervo de Dios en nuestro convento de Monte-Calvario, la noche del domingo de Ramos del año 1609. Y siendo tan pública y notoria la fama de su santidad, receló el Prelado que la mucha concurrencia de las gentes no impidiese el darle sepultura, por lo cual mandó enterrarle muy de mañana en el mismo domingo. No obstante no pudo impedir la concurrencia de algunos Caballeros de Barcelona, uno de los cuales fué el Señor Duque de Monteleon, Virrey de Cataluña, á quien se concedió el rosario del Varon santo, por la mucha devocion que le profesaba. Despues vinieron otras gentes, y hallándole ya en la sepultura, se contentaron con pedir algunas cosas del Siervo de Dios.

Tantas virtudes y dones del cielo con que resplandeció este Varon insigne, podrían á la verdad persuadirnos que su bendita alma voló al cielo luego despues de su muerte; mas no fué así, porque hubo revelacion de haber estado detenida en el purgatorio hasta la vigilia de la Ascension del Señor, cuya revelacion fué hecha á una Beata de Perpiñan del Orden de S. Domingo, de la cual hemos tambien hablado en algunas vidas de las que dejamos escritas. Declaró pues esta Sierva de Dios que despues de algun tiempo que había muerto Fray Antonio, se le apareció en vision, y la rogó que dijese á cierto Sacerdote que celebrase Misas por él, que tenía mucha necesidad, y le dijese tambien que se acordase de las cosas que en materia de oracion habían tratado los dos cuando vivía. Era este Sacerdote aquel Catedrático, llamado Doctor Gaspar Ram, el cual, segun dijimos arriba, había tratado familiarmente á nuestro Fray Antonio. Habiendo pues este buen Sacerdote recibido la noticia por parte de la dicha Beata, determinó decir cada dia Misa por la alma de su amigo hasta la pascua del Espíritu Santo; y mereció saber despues que en la vigilia de la Ascension del Señor, había aquella dichosa alma subido al cielo, segun se lo dijo la misma Beata, á la cual se apareció segunda vez, y lo dió las gracias por la buena obra que le había hecho. Una revelacion semejante fué hecha á un Monje Cartujo del monasterio de Monte-Alegre no muy distante de Barcelona, llamado Padre Don Luis de Vera. Este Monje ántes de entrar á la Cartuja fué Secretario del Señor Duque de Monteleon, Virrey de Cataluña, y conoció entónces el espíritu ilustrado de nuestro Fray Antonio, en ciertas ocasiones que le declaró algunas cosas muy secretas y ocultas. Siendo pues ya Cartujo, y habiendo sabido la muerte del Siervo de Dios, celebró para sufragio

de su alma las Misas que llaman de San Gregorio, las cuales concluidas, estando dando gracias en la vigilia de la Ascension, vió subir de la tierra al cielo dos Capuchinos, uno tras el otro, y pensó que el que iba delante era el P. S. Francisco, que acompañaba á Fray Antonio al cielo; en cuyo pensamiento se confirmó despues, cuando supo la revelacion que había tenido la sobredicha Beata de Perpiñan. Veneremos con todo rendimiento los altos juicios de Dios que siempre son justos y rectos, y no entremos en la discusion de las causas que pudo haber, para que un Religioso tan virtuoso y tan favorecido del Señor fuese detenido en el purgatorio por el tiempo de casi dos meses. Ni por esto debemos formar menor concepto de su virtud y santidad, pues habrá sucedido no pocas veces que una alma de grande perfeccion tenga en la muerte algo que satisfacer en el purgatorio, y que otra de menor perfeccion parta de esta vida sin tener cosa de que deba dar satisfaccion ni porque detenerse en el purgatorio.

Lo cierto es que el mismo Señor que purificó con tan graves penas á este su Siervo, no dejó de darnos algunas pruebas que acreditaron entre los hombres la santidad de su vida y la seguridad de su gloria. Una de estas pruebas fué un olor y fragrancia extraordinaria que despedía de sí cierto rosario que había sido del Varon santo. Otra prueba fué el haberse hallado su cuerpo entero y sin corrupcion despues de año y medio de sepultado. Pero la más principal de todas fué un señalado beneficio que por medio del Siervo de Dios mereció recibir cierto comerciante de Barcelona en el modo siguiente. Encendiose una noche fuego en su casa en ocasion que estaba dormiendo, cuando sintió que le despertaban y le tomaban por el brazo. Con esto abrió los ojos, y vió claridad en el aposento y á Fray Antonio delante de sí, á quien había tratado y favorecido en vida; y como le conociese, saltó luego de la cama, y le siguió hasta ver el lugar donde estaba el fuego, y entónces se le desapareció. Atemorizado el comerciante del peligro en que estaba, dió gritos pidiendo socorro, y con esto pudo impedir en gran parte el daño que tenía casi presente, salvando de su tienda por el valor de casi tres mil escudos, á más de los otros beneficios que en esto mismo se encierran. De todo lo cual quedó con aquella gratitud y reconocimiento que se deja pensar. Así glorificó Dios á este su fiel Siervo aun despues de su muerte. Sigamos nosotros sus virtudes, para que seamos sus compañeros en el cielo.

Fr. Guillermo de Prada, Lego.

Nació el hermano Fray Guillermo en una villa del Condado del Rosellon llamada Prada; y llegando á edad competente, dejó el mundo, y vistió el hábito capuchino en nuestro convento de Santa Eulalia á los veinte y tres de Setiembre del año 1590. Siendo ya profeso dejó seducirse algun tanto de otro hermano lego, quien bajo el pretexto de mayor devocion le enseñaba prácticas poco conformes á la obediencia de los Superiores; pero conociendo despues que no podían ser buenos unos caminos de esta naturaleza, mudó de rumbo, y practicó las virtudes propias de su estado con tanta perfeccion, que fué uno de los Religiosos ejemplares de su tiempo. Uno de sus ejercicios más principales fué el de la santa oracion, al cual dedicaba no solamente las horas que acostumbra la Comunidad, sino tambien alguna parte de la noche, en cuyo tiempo le hallaban á veces en la iglesía, donde encendería sin duda su corazon en llamas de amor Divino con devotas consideraciones. De lo cual fué indicio muy claro un tierno y devoto afecto que tenía al santo Sacrificio de la Misa, que fué tan singular, que apénas se celebraba alguna que él no sirviese ó desease estar presente; y para que las ocupaciones de cocinero no le impidiesen esta su devocion, trabajaba de noche y prevenía algunas diligencias, á fin de no faltar á su oficio. Pero si alguna vez por muy ocupado no podia estar en la iglesia cuando se celebraban las Misas, iba á ella al oir la campanilla que se acostumbra tocar en la Consagracion, para tributar al Señor sus rendidos obsequios á lo ménos en esta parte principal

del Sacrificio: y si aun esto no le era permitido, se arrodillaba al oir la campanilla, y adoraba al Señor Sacramentado, ofreciéndole los devotos afectos de su corazon. Esta misma piedad y devocion manifestaba tambien en sus conversaciones, singularmente entre seglares, con quienes hablaba cosas espirituales con una particular gracia que el Señor le había concedido; siendo mayor su piedad para con los muchachos, á quienes enseñaba la doctrina cristiana con singular aplicacion, creyendo sin duda que entre ellos se coge fruto más abundante.

El trato para consigo mismo y la mortificacion de su cuerpo fueron consiguientes al fervor de su espíritu. Un hábito simple era su abrigo aun en tiempos frios; unas tablas desnudas ó á lo más una estera le componian el lecho; las sandalias ó suelas de nada le servían, porque andaba enteramente descalzo. En la comida se mortificaba absteniéndose de muchas cosas, y preguntándole por qué no comía más, y no vestía mejor, respondía que muchos pobres no comían ni vestían tan bien como él. Fué asimismo muy fervoroso en las disciplinas, añadiendo á las comunes de la Orden otras particulares, usando en unas y otras de mucho rigor; y aun poco satisfecho con esto, se hacía compañero de los Religiosos jóvenes cuando hacían la disciplina en los viérnes segun costumbre de la Orden. Al fin fueron tales sus deseos de padecer y mortificarse, que á veces se iba á la huerta de noche, cuando la tierra estaba helada, y se lavaba los pies en agua frigidísima, pareciéndole sin duda que todo era poco por aquel Señor que tanto padeció por nosotros. Tanta virtud y perfeccion no dejó de irritar al demonio, nuestro capital enemigo, el cual envidioso de la suerte feliz en que se hallaba el Varon santo, procuró derribarle y hacerle caer en la culpa, valiéndose para ello de algunas mujeres que le provocasen á cosas de impureza. Fué muy singular y muy vehemente una de estas tentaciones, que le acaeció morando en nuestro convento de Bañolas. Se hallaba el Siervo de Dios con el oficio de limosnero, y yendo una vez haciendo la limosna, se le ofreció una doncella tan desvergonzada, qué para conseguir su malvado intento no dudó presentarse á sus ojos con mucha indecencia. Pero ¿que puede todo el infierno contra los Varones castos, armados con la gracia del Señor? Pudo esta desvergonzada provocacion horrorizar al Siervo de Dios, pero en nada pudo contaminar el candor de su castidad, ántes bien con una fuerte reprension que dió á la descompuesta mujer, consiguió una insigne victoria de su enemigo, y añadió un nuevo triunfo á los antecedentes.

Estas virtudes del Siervo de Dios tuvieron por compañeras la caridad para con sus prójimos, la pobreza en todas las cosas, la paciencia en las reprensiones, la asistencia al coro y demas actos de Comunidad, el silencio, el recogimiento, la simplicidad, y singularmente una humildad tan rendida, que cuando iba por compañero de algun Religioso de Coro, no osaba hablar en su presencia, aunque fuese jóven. Con cuyas virtudes llegaría sin duda á aquel alto grado de perfeccion, que el Señor suele ilustrar con particulares favores, segun lo demuestra el caso siguiente. En Torruella de Montgrí se hallaba cierta mujer en un parto tan dificultoso, que á más de padecer grandes dolores, estaba su vida en mucho peligro. Por fortuna se hallaba allí el Siervo de Dios, el cual retirándose á una capilla que había en la misma casa, se puso en oracion con los brazos en cruz, y la continuó por largo espacio de tiempo; y como la dicha mujer quedase con salud, y el niño que parió con vida, atribuyeron los de la casa este buen suceso á la oracion del Varon santo.

Así vivió este Siervo de Dios, y con tales virtudes santificó los dias de su vida; y para que la muerte fuese tambien santificada, no dudó hacer un generoso sacrificio á la santa obediencia tres dias ántes de morir. Hallábase en esta ocasion algun tanto enfermo, y como él Superior, ignorante de su indisposicion, le ordenase que fuese á hacer la limosna por la poblacion, recibió esta órden con espíritu tan obediente, que diciéndole cierto Religioso por qué no representaba al Prelado su enfermedad, respondió que quería obedecer simplemente y que Dios le ayu-

daría. Era esta indisposicion tan notoria, que los seglares le preguntaban la causa de su mal: pero él no daba otra respuesta, sino que se iba acercando poco á poco á la muerte. Y en efecto fué así, porque aquella indisposicion vino á parar en una fiebre muy aguda, que hizo necesaria la administracion de los Santos Sacramentos, los cuales recibió con tanta devocion, que se puso de rodillas para recibir al Señor Sacramentado; con cuya devocion, espíritu, y fervor dejó de vivir en la tierra, para vivir eternamente en el cielo. Esta felicidad eterna del Varon santo, que piamente creemos, la confirmaron no pocos muchachos que vinieron á su muerte, diciendo por él los Salmos penitenciales, cuyo número fué tan grande que pareció cosa prodigiosa haberse juntado tantos. Confirmó tambien lo mismo el haberse hallado su cuerpo entero despues de cerca dos años de sepultado, teniendo el puño de una mano cerrado, y sólo el dedo índice extendido y algo encurvado. Dijimos arriba como este Siervo de Dios tuvo particular aplicacion á enseñar la doctrina cristiana á los muchachos, y segun dijeron los Religiosos que vivieron con él, cuando les daba esta enseñanza tenía el dedo índice extendido en aquel modo. De todo lo cual podemos conocer cuan agradable fué á Dios esta su aplicacion y enseñanza, y cuantos los premios que mereció en el cielo por esta y las demas virtudes con que sirvió al Señor. Falleció este santo Religioso el año 1609, en el convento que entónces teníamos en la villa de Bañolas, el cual por haberlo nosotros dejado ocuparon los Reverendos Padres Servitas.

Fr. Marcos de Cazorla, Lego.

Compañero de Fray Guillermo y muy semejante en la virtud fué el hermano Fray Marcos, natural de una poblacion de Andalucía, llamada Cazorla. No sabemos como ó por qué motivo viniese á Cataluña: sólo hallamos que vistió nuestro hábito capuchino en el año 1578, que fué el primero de la fundacion de la Provincia. Era entónces muy grande la voluntaria austeridad de vida, y muy rígidas las observancias comunes, segun queda referido en otros lugares; y no obstante, el espíritu de Fray Marcos fué tan fervoroso, que se distinguió en la perfeccion entre otros muchos. No concedió á sus pies el uso de las sandalias por mucho tiempo, ni á su cuerpo permitió otro lecho que las desnudas tablas; siendo por otra parte tan abstinente, que aunque fuese viejo, quería ayunar á pan y agua en tierra algun dia con la Comunidad. Quiso una vez el Prelado dispensarle los ayunos de la cuaresma que llamamos Bendita, movido á compasion por su mucha vejez; pero él léjos de admitir esta dispensa, rogó al Prelado con tanta instancia que le permitiese hacer aquellos ayunos, que al fin hubo de condescender con su devocion. Con semejante espíritu seguía los demas ejercicios de comunidad, y practicaba las otras virtudes. Obediente á los Superiores, celoso de la santa pobreza, humilde para con todos, fervoroso en hablar de Dios, recogido en la celda, y tan ajeno de parientes, que pasando una vez cerca de su patria, no quiso entrar á ella, por parecerle tiempo perdido.

Pero la virtud más principal y que fué como el alma de todas las otras, fué la santa oracion. Parece á la verdad que este Siervo de Dios no vivía de otra cosa, sino de la oracion y de los ejercicios espirituales. Fué hallado muchas veces en horas extraordinarias ya en la iglesia, ya en el coro, ya en la celda ocupado en este santo ejercicio, á más de las horas destinadas para la Comunidad. Cuando los Religiosos iban á los Maitines ó á Prima, ó á alguna Hora canónica, ya hallaban en el coro al Varon santo, deseoso sin duda de prevenir las Divinas alabanzas con los devotos afectos de su corazon. Del santo Sacrificio de la Misa fué tan cordialmente devoto, que no solamente servía cuantas podía, sino que se adelantaba á veces á preguntar á los Sacerdotes si querían celebrar, y se les ofrecía por ministro. Al fin fué tal su devocion, su oracion y su virtud, que mereció sin duda singulares gracias del Señor, conforme lo demuestra el caso siguiente. Hallábase el Siervo de Dios limosnero en nuestro convento de Vinzá en el Rosellon, y

sabiendo que cierto hombre estaba enfermo de calenturas, fué á visitarle, y para darle algun consuelo le hizo la señal de la cruz en la frente, invocando el santo Nombre de Jesus, diciéndole al mismo tiempo que tuviese fe, que por la mañana se hallaría bueno: lo cual se verificó tan puntualmente, que al cabo de dos dias ya vieron á aquel hombre en la puerta bueno y sano; y él mismo confesaba que Fray Marcos lo había curado. Habiendo pues servido á Dios con tanta virtud y perfeccion, podemos piamente creer que cuando llegó la hora de su muerte, mereció la retribucion eterna en la feliz suerte de los Justos. Verificose su fallecimiento en nuestro convento de Monte-Calvario, el año 1609.

Fr. Narciso de Denia, Lego.

Fué la ciudad de Denia la patria de Fray Narciso, celebrada de los antiguos griegos por su famoso y suntuoso templo dedicado á su dios á que le dió su nombre, y por la seguridad de su cerrado puerto y fortaleza de sus muros é inexpugnable castillo: rica por el rico comercio de mar y tierra: y hoy más famosa por haber engendrado este más hermoso Narciso en ella la gracia para Dios, que el otro que fingen las mentirosas fábulas. Fué hijo de Juan Corroles y de Angela Bañulls, cristianos antiguos y familias las más antiguas de aquel lugar. De las costumbres de sus primeros años no hemos llegado á tener noticia: no hay duda sino que sería parecida á las demas de su admirable vida, y siendo vaso escogido de Dios, se corresponderían los principios con los medios y fines de la suya. Estudió en ellos la lengua latina, y la aprendió y entendía muy bien.

Llamole Dios á la Seráfica Religion, y tomó el hábito de la regular Observancia en el convento de Jesus de la ciudad de Valencia, para el Coro, donde resplandeció con perfecciones de varon seráfico y evangélico. Su mayor cuidado era como sería más humilde, y viendo que el estado de los Religiosos Legos lo era más, por estar diputado al servicio de los del Coro, llevado del amor de la humildad, hizo grandes instancias con aquellos Padres por serlo: pero considerando su mucha capacidad, su ingenio, su habilidad y mucha virtud, juzgándolo por tentacion de nuevo en la virtud, procuraron divertirle de ella. Repitió con más veras las instancias, y los Padres las persuasiones, por las prendas que veían en él, que prometían había de ser sugeto que había de honrar la Religion; iban dilatando su deseo, por ver si mudaría de parecer: pero estuvo tan firme en el primero, que por él tenía resolucion, y por último les afirmó que si allí no le admitían en el número de los Legos, se iría á serlo á otra Religion. Juzgaron sería impulso de Dios, y por no perderle y por consolarle, hicieron con poco gusto lo que con tan repetidas instancias les había pedido, y despues de ocho meses de Corista, le pusieron en el número de los Legos. Rara humildad á los primeros pasos que dió en la escuela humilde de la Religion: con que imitó los de Cristo, que dijo que no había venido al mundo á ser servido, sino á servir á todos; y como los pensamientos de Fr. Narciso se encaminaban á una grande perfeccion, para que fuese firme y estable, quiso echar por base segura la piedra de una sólida humildad. Pero al paso que él se humilló, le engrandeció Dios é hizo celestiales favores.

Al cabo de los doce meses de su probacion, profesó en aquella sagrada Religion la Regla Seráfica. Estuvo por espacio de nueve años en la regular Observancia, con opinion grande de santidad, que campeaba la suya entre la de muchos que la tenían grande. Resplandecían en él todo linaje de virtudes en grado heróico, y por las suyas le concedió Dios el don de la contemplacion concedido á pocos, y con las luces celestiales que le daba en ella de sí y de sus perfecciones, iba siempre abrasado de su amor, que más parecía Serafin criado entre los del cielo, que hombre mortal nacido en la tierra: porque su humildad, su pobreza y obediencia, su abstinencia, el rigor y penitencia de su vida, todas estas virtudes eran hijas del amor que tenía á Dios, y las que eran tan morales, eran más y más sobrenaturales. El amor Divino era el que se las hacía obrar, y el blanco que miraba en

todos sus ejercicios era el amor de Dios, siendo en él contínuo su ejercicio, ardiendo siempre sin apagarse en su pecho la llama de ese Divino fuego. A este fin ordenaba todas sus acciones, sin que se le escapase la menor, y de cuantas cosas se le representaban á sus sentidos, de todas sacaba amor y divinas alabanzas: todas las criaturas le ofrecían motivos de amor, y todas le servían de leña con que cebaba de contínuo este fuego, y con que crecía más su llama.

Sabía muy bien su íntimo amigo y secretario de su espíritu el B. Nicolas Factor, el don de contemplacion que Dios había comunicado á Fray Narciso, y el contínuo incendio que de su amor ardía en su pecho: y por esto, con alegría grande le llamaba « mi Serafin », siempre que le topaba ó hablaba de él. La fuerza de este incendio le sacaba muy de ordinario fuera de sí; en hablar de Dios, ó en oir hablar de El, luego estaba en éxtasis mental fuera de sí. Fué una vez acompañar á predicar el B. Nicolas Factor á un lugar de la huerta de Valencia que se llama Burgaos, y fueron tan altas las cosas que dijo en el sermon, y con tanto espíritu y afecto, que el B. Nicolas que las predicaba, y Fr. Narciso que las oía, ambos quedaron arrebatados, el uno en el púlpito y el otro en su escalera, por espacio de dos horas. Otra vez estando un dia del Corpus en la iglesia mayor de Valencia para salir con la procesion, oyendo la música de la capilla, quedaron los dos tambien arrebatados. En otra procesion que se hacía en su convento de Jesus, llevando Fray Narciso uno de los candeleros al lado de la cruz, se quedó inmoble en éxtasis, y hubo de pasar adelante la procesion. Y eran en él estos excesos mentales muy frecuentes.

Cuan del gusto de Dios fuesen los deseos y afectos de amor del corazon del H. Fray Narciso, lo manifestó su Majestad en un caso bien raro y favor singular que le hizo. Estaba un Juéves santo por la mañana ocupado en el ministerio de la cocina, previniendo la comida para los relgiosos en dia tan solemne; pero si bien estaba así con el cuerpo, todo su corazon y pensamientos tenía en la iglesia, en el Santísimo Sacramento; quisiera hallarse presente en ambas partes; hacía con gusto la obediencia y en servicio de la comunidad y caridad de los religiosos, deseaba juntamente hallarse presente en la iglesia para ver y adorar al Santísimo y acompañarle en la procesion al monumento: y viendo que no era posible, de donde estaba le adoraba en espíritu. Y el clementísimo Señor que se paga de los buenos deseos, pagado de los de Fray Narciso, acudió á los suyos: y haciendo que milagrosamente se abriesen de repente todas las paredes que había desde la cocina del convento de Jesus hasta la iglesia, y desde donde estaba vió lo que deseaba su corazon: y postrado vió y adoró con grande consuelo de su alma al Santísimo Sacramento, cuando le llevaba todo el convento en procesion al monumento. Favor por cierto grande.

Siendo refitolero en el mismo convento de Jesus, faltó una noche el pan para cenar siendo ya hora. Estaba el P. Guardian con cuidado por esta falta; el convento estaba muy distante de la ciudad, é ir á ella por él sería muy tarde cuando volviesen. Fray Narciso le consoló diciendo que unos pocos mendrugos había, que hiciese se sentasen los Religiosos á la mesa, que no faltaría pan, que Dios lo proveería. Sentáronse y él los repartió entre todos; y siendo muy pocos los pedazos y el número de los Religiosos de más de sesenta, despues de haber comido, al levantar la mesa, hallaron había sobrado mucho más pan que el que se les había administrado: alabando todos á Dios por tan manifiesto milagro como había obrado por los méritos de su siervo.

Esta era la perfeccion de Fray Narciso, aun estando en la Observancia; donde despues de haber estado en ella nueve años, oyendo la fama comun de la santidad de los Capuchinos, que poco había habían fundado provincia en el principado de Cataluña, del tenor de su vida, estrecha observancia y grande austeridad, con deseos de mayor mortificacion, con otros varios Padres de su mismo espíritu y de la misma provincia de la regular Observancia de Valencia, se pasó á la de Cataluña para trocar su há-

bito por el de los capuchinos, y su modo de vida por la de ellos. Y vestido de él, comenzó una vida tan admirable, abrazando y ajustándose en todo á las leyes del nuevo estado de capuchino, que olvidando y dejando á las espaldas cuanto hasta allí tenía andado en servicio de Dios, como si no hubiera dado aun en el primer paso, instituyó una nueva y admirable vida, procurando echar mayor perfeccion á las virtudes con que había venido. Parecíale había llegado su espíritu á su centro con tantos y tan austeros medios como había hallado en la Orden para mayores aumentos del suyo, tantos ejercicios de humildad, tantos de penitencias y de mortificacion, tanta y tan extremada pobreza, tantas horas de oracion, tantos y tan grandes ejemplos de santidad entre los Religiosos, tanta devocion, tanto retiro y desprecio de sí mismos. Estaba que no cabía de contento, dábale á Dios infinitas gracias por haberle traido entre tan bendita gente; en todo miraba á Dios, todo despertaba su mente y afecto á Dios, y en todo hallaba á Dios y en todo estaba bien hallado, porque hallaba á Dios que había buscado. Lo que más procuró imitar entre los capuchinos, fué el espíritu comun que era el seguir con perfeccion todos los actos comunes de la Orden, y que aborrecía la singularidad de los espíritus, huyendo de la ostentacion que suele granjearles alabanza y opinion; y para conformar su espíritu con el humilde y perfecto de toda ella, suplicó á Dios con repetidas lágrimas é instancias, para que le quitare el singular que le comunicaba de raptos y excesos mentales, para que su ostentacion no ofendiese su humildad, ni la de la Religion. Solicitó para esto las oraciones de la comunidad; oyó su Majestad los ruegos de ella y satisfizo al deseo humilde de él, quitándole en adelante, en público, la gracia de los raptos, no en cuanto á la sustancia de ellos sino en cuanto á sus públicas apariencias: gozaba su alma en lo secreto de su interior las visitas de Dios y del incendio de su amor, pero no perdía los sentidos ni salía fuera de sí á vista de los demas, aunque en secreto y en el retiro de la iglesia y de su celda los tuvo como ántes muchas veces. Pagábase más de lo sólido de las virtudes y del fino amor de Dios, que de lo deleitable de su servicio, amándole á El por El y no por el deleite que sentía en amarle, ántes cuanto con ménos deleite le amaba, sentía le amaba más de veras y que era más perfecto este amor aunque siempre descontento de sí y de su amor, juzgando que no amaba, sino que deseaba amar, y que nunca comenzaba.

Algunos años despues de la segunda vez que profesó en la Orden la seráfica Regla, envió nuestro Rmo. General Fray Jerónimo de Sorbo, sus despachos á los Padres Provincial y Definidores de la provincia de Cataluña, para que enviasen algunos de sus Religiosos, para que fundasen la de Valencia y propagasen en aquel reino la Religion. De seis padres de que hicieron eleccion como piedras fundamentales de su espíritu al edificio, fué uno Fray Narciso de Denia: argumento de su grande y notoria virtud, pues para semejante empleo, no se suele enviar sino de los mejores y de vida más ejemplar; y fuelo para el fin del intento, con los ejemplos de la suya, con su prudencia y su gobierno. En todos sus ejercicios, siempre le miraron igual, continuándolos con el mismo tenor; su abstinencia siempre fué de la misma manera, no comía carne, sólo comía la escudilla, raras veces tomaba otro plato, con la fruta si la había, y no comía más; jamas pedía nada de lo que le faltaba á la mesa ni se quejó jamas de la comida, si estaba mal ó bien guisada, de la suerte que se la ponían delante la comía: y para mortificar más el gusto en la ensalada fuese cruda ó cocida, jamas echaba sal ni aceite ni vinagre.

Fué el primer limosnero que hubo en el convento de la Sangre de Cristo de Valencia, y de cuya virtud fió la Religion su crédito; en su entrada y primeras vistas en esta ciudad, ganole grande, para ella y para sí, con su ejemplo, modestia religiosa y mortificacion de sus sentidos, y mucho más con su celestial conversacion robaba los corazones de los que gozaban de la suya, y las palabras de su boca como salían de su corazon abrasado en amor de Dios, encendían en el suyo los de los que le oían; á todos dejaba edificados con las suyas, y todos le miraban como

á Varon santo. Iba siempre tan enamorado de su buen Jesus, que en oyendo su nombre se derretía en gozo su corazon, y sin poder poner freno á su afecto, se derramaba todo en sus divinas alabanzas; é iba siempre tan atento á Dios que cuando iba por las calles pidiendo la limosna del pan, si le preguntaban qué era lo que buscaba, respondía con afecto grande: « Busco á mi buen Jesus », siendo su amor parecido al de la Esposa que decía en el tercero de los Cantares: « Levantareme y daré vueltas á la ciudad, y por sus calles y plazas buscaré al amado de mi alma ». Y si á los de afuera satisfacía con su ejemplo, á los de adentro acudía con su caridad, remediando las necesidades de todos y las de cada uno en particular. No le pedía Religioso cosa que no se la trajese luego, y diciéndole una vez el compañero por qué no les preguntaba si tenían ya licencia del Prelado para lo que le pedían; respondió: « eso no me toca á mí, cuando llegan á pedirme lo que han menester, juzgo que ya tienen licencia para ello »; no aguardaba que los oficiales le pidiesen lo que habían menester para servicio de la comunidad; él mismo se lo preguntaba, y puntualmente les traía lo que le habían pedido. No era cansado en pedir limosna, ántes pedía siempre ménos que lo que había menester, y pedía con tan buen término y tanta cortesía, que dejaba á los fieles igualmente edificados y ganosos de darle más que lo que les pedía, y todos le deseaban dar, y les parecía veían un Angel entrar por sus puertas, cuando les entraba á pedir. No salía del convento si no había necesidad que le obligase; los dias de fiesta todos los pasaba en casa en oracion y retiro; jamas dejó de levantarse á media noche á Maitines por cansado que estuviese, y retirándose á la iglesia, guardaba en ella la postura en que estaban los demas en el coro; si estaban en pié lo estaba él tambien, si sentados ó de rodillas, hacía él lo mismo; oía todos los dias la primera Misa y comulgaba en ella con notable devocion. Su humildad era grande, teniéndose por inferior á todos. Cuando salía del convento á la limosna, si era corista el compañero que llevaba, y este venerando su virtud, años y cañas, le daba la mano derecha, en manera alguna la quería tomar, y entre los dos pasaba por el puesto más humilde una humilde contienda, pero siempre vencía la humildad de Fray Narciso: y no se contentaba con su cuidado, sino que rogaba á los Prelados que se lo mandasen á los Coristas sus compañeros, para evitar la cotidiana porfía, de que no le diesen el lugar que no le tocaba, en que se manifestaba la humildad, cortesía y reverencia que le debían ellos por su santidad, que indicaba ser verdadera la suya, monstrándose humilde honrando los compañeros aunque fuesen más nuevos. Pero cuanto más huía de las honras, más le seguían. honrándole no sólo Dios sino los hombres tambien. Mirábanse en él talento y prendas para ocupar cualquier puesto de la Religion, grande prudencia, capacidad grande, observancia de la seráfica Regla y regular disciplina, y un celo grande de la perfeccion y rigor de la Religion y de sus mayores aumentos; y si no fué del coro, no fué porque no hubo en él las prendas necesarias para serlo, sino que siéndolo ya en la regular Observancia, lo dejó de ser por ser lego humilde y por servir á todos. Considerando todas estas prendas que concurrían en Fr. Narciso nuestros Padres, le dieron la direccion de nuestro convento de la Ollería por tres años; y fué para su humildad esta honra tan pesada, que hizo instancias grandes con ruegos y lágrimas por no admitirla, representando que era religioso lego y aun inútil y sin provecho en la Religion, que había dejado el estado que ya tenía de los del Coro por no tener las honras de los Ordenes sagrados que le acompañan, que iría de mejor gana á ser cocinero del convento de la Ollería, que á ser Superior (1). No le valieron todas sus humildes excusas, ántes cuanto más se tenía por indigno de aquella honra, le juzgaron por más digno de ella, y hubo de obedecer á las órdenes de la Definicion; y se vió fué de Dios esta eleccion, porque fué recibido de todos los de aquella real villa como santo, y le ofrecían cuanto había menester: y aun se le ofreció el jefe de aquella villa Jusepe (José?) Pla, gran bienhechor de los capuchinos, á hacer á su costa toda la fábrica del con-

(1) Véase la nota de la pág. 204.

vento. Y aun sucedió en este caso una cosa singular: díjole al dicho Jusepe Pla que voluntariamente se le ofreció á una obra tan grata á Dios, de labrarle casa para él y para sus siervos: « Senor baile, gaste sin recelo todo lo que fuere necesario para la obra, que no perderá nada; de contado se lo pagará Dios aun en esta vida. » Señaló para ella una cantidad de dinero, y puesto á parte por ir gastando de él, extrañaba mucho que con tomar de él todo lo necesario cada dia, jamas se acabase. Acabose la obra, y halló por las cedulas que tenía en su poder de lo que había pagado, que se había gastado más dinero del que había señalado la comenzar la obra; quiso contar el que quedaba, y lo halló todo, con trescientos ducados más que los que había señalado; quedó atónito y se acordó de lo que Fray Narciso le había dicho, que gastase sin recelo, que no perdería nada y que Dios se lo pagaría de contado en esta vida.

Este caso sucedió como está aquí escrito, y lo refirió de la misma suerte muchas veces á nuestros Religiosos el mismo Jusepe Pla; y viendo este señor un portento tan grande y manifiesto, y cuan bien le había pagado Dios, que no sólo no había nada perdido, sino que aun le había dado más por su buena voluntad, emprendió la obra á su costa de otro convento. para Religiosas descalzas de S. Agustin, y lo acabó con toda perfeccion, le dotó con algunas rentas, y trajo las Religiosas.

Con estas maravillas acreditó Dios la santidad de Fray Narciso, á quien ellas y las honras del oficio que tenía de Guardian obligaron á que se humillara más. No fué Superior para mandar á sus súbditos, sino para servirlos á ellos; él hacía lo que les había de mandarles á ellos; los oficios más humildes no permitía los hiciese nadie, él barría y fregaba las ollas y platos de la cocina, y aun cuidaba de todo la limpieza de la oficina Cuando tenía los capítulos de culpas á los Religiosos, jamas les escuchaba ni sentado ni en pié, sino que lo hacía de rodillas. y hacía con ellos las penitencias; acudía con todos á todos los actos de comunidad, y en el coro cantaba con ellos las Divinas alabanzas.

Miéntras duró la fábrica de aquel convento, encomendó por algun tiempo el cuidado de la cocina á Fray Alonso de Jijona, que entónces aun era corista. De la pitanza de carnero que cada dia enviaban los devotos para el convento, se les daba tambien á comer á los oficiales seglares que iban en la obra. Un dia no la enviaron en la hora que la solían enviar: esperando que viniera, no encendió fuego Fray Alonso en la cocina, y ya muy tarde bajó á ella Fray Narciso, y díjole: « ¿ Qué tenemos? »: respondió él hermano: « Hasta ahora, no han traido la pitanza. » — « Vaya vaya, alabamos á Dios que lo procurará y proveerá, dijo él; encienda fuego en el hornico, que yo quiero hacer hoy la cocina. » Despidiolo y se quedó solo, cerrada por dentro la puerta. Fray Alonso dijo á los Religiosos: « No tenemos hoy que comer, no han traido la pitanza; el Superior está solo en cocina, no sé que nos dará de comer. » A su hora hizo tocar al refectorio, y lo que no había hecho otra vez, él mismo quiso aquel dia servir la comida á la mesa. Dióles primero un plato de arroz con grasa, y despues les dió asada una pitanza de carnero con un pedazo de relleno: de que quedaron (como se deja entender) todos admirados, sabiendo no había entrado aquel dia pitanza de carne en el convento, ni la había en él, y admiraron más que aquel solo dia, ni ántes ni despues, hiciese Fr. Narciso la cocina; conocieron había Dios hecho por su medio aquel milagro con que dió de comer á los Religiosos y á los oficiales seglares de la obra.

Acabó de ser Superior, y diciéndole que aun lo sería otros años, respondió: « No lo seré más, que ya ha venido el Espíritu Santo », dando á entender le había revelado Dios que no lo sería más; y fué así, que no lo fué: é hiciéronle portero de nuestro convento de la Sangre de Cristo de Valencia por la satisfaccion y ejemplo que pide esta oficina. Fué más de lo que se puede decir lo bien que cumplió con ambas cosas. el buen nombre que ganó á la Religion, y la buena opinion que granjeó para sí, de santo religioso en toda la ciudad. Nadie llegó á él que no se fuese edificado de su buen modo, de su cortesía religiosa, y de su santa conversacion: á todos se mostraba afable, á todos

apacible, con el semblante alegre siempre como el de un Angel; y las palabras que salían de su boca, eran miel y leche para los corazones de los que las oían, quedaban de ellas tan devotos que volvían á él muchas veces por gozar de su santa conversacion; á todos daba santos consejos, á todos exhortaba al servicio de Dios, y todos sentían efectos maravillosos de devocion y de un ardiente amor de Dios, que como sus palabras salían de la abundancia de su corazon abrasado de amor Divino, llevaban de ese mismo fuego que lo encendía en el de los que les oían. Notaron los que estaban más atentos á sus palabras y acciones, que no dejaba pasar ocasion de que no se aprovechase su espíritu. De todo, como abeja industriosa, sacaba miel dulce. Para todo tenía su dicho espiritual, para cada cosa su lugar de la sagrada Escritura, con tanta propiedad, como si fuera para aquel intento solo. Observaron tambien en sus discursos un modo maravilloso. que siempre los comenzaba con estas palabras: *el buen Jesus*, y las encabezaba y remataba con las mismas: *el buen Jesus*, siendo Jesus el principio y fin de todas las suyas, que admiraban tan admirable artificio.

Siempre iba arrojando á Dios afectos de encendido amor su corazon, con que se desfogaba el suyo y se encendía más su llama; y no pudiendo poner presa á sus ardores, se le oía exclamar: « ¡Oh amores! ¡oh buen Jesus! ¡oh que bueno! ¡oh que grande es Dios! », ú otras palabras semejantes, acompañándolas siempre ó con un encendido suspiro, ó con una grande admiracion. Si tocaban á la portería, decía con alegría grande: « Amemos á Dios, qué es lo que importa; y toquen fuerte á la puerta »: y si ántes de llegar, volvían á tocar, dándose prisa decía: « Ya voy, amores, buen Jesus, ya voy. » Con esta consideracion miraba al que llamaba, y con ella le trataba y escuchaba: y como si mirare en cada uno de los que venían á la puerta al buen Jesus, les escuchaba, les respondía, les servía y hacía con gusto lo que le pedían.

Con los pobres que acudían á la portería, tenía mucha caridad: hallaban en él un padre y hermano que remediaba su hambre, y consolaba sus almas, exhortándolos á que llevasen por Dios con paciencia su pobreza y necesidad. Cada dia les hacía uua olla, procurando que estuviese muy limpia y caliente; y como á la fama de su caridad y buen recaudo que les daba, acudiesen muchos, porque no estuviesen juntos hombres y mujeres, les tenía dia señalado de la semana, uno para ellos y otro para ellas: y todos se iban contentos no ménos del buen recaudo que les daba, que del buen modo con que les daba.

Visto lo que Fray Narciso hizo por Dios, nos queda ver lo que Dios hizo por él, pagándole aun en esta vida lo que hizo por El: que no lo libra su Majestad todo para la otra; en esta suele anticipadamente dar á sus mayores amigos unos gajes de la otra, con que les entretiene miéntras no llega la hora de darles toda la paga. Llegó á él á la portería de Valencia una pobre mujer á pedirle una col, y como si fuera el mismo Cristo el que se la había pedido, fué con mil gustos por ella al huerto. Entró en el campo donde estaban, y vió estar entre ellas al Niño Jesus más hermoso que el sol; y robado su corazon de tanta belleza, se fué para El para tomarle entre sus brazos: y cuando pensaba tenerle, daba el Divino Niño un salto y se le ponía más léjos, mirándole con el semblante muy risueño, lo que despertaba en él mayores ánsias por abrazarle. Corría Fr. Narciso hácia Jesus con ímpetu grande, y estando ya cerca, cuando le parecía que ya le tenía, le miraba ya más léjos, aguardándole para dejarse prender de él, y retirándose cuando le iba a dar alcance. Duraron estas santas porfías un buen rato, y el Niño Dios se le desapareció, dejando lastimado y herido de su belleza el corazon de Fray Narciso: que para que creciesen más sus deseos y se dilatasen más sus afectos, se le mostró hermoso y con aquellos retiros santos tantas veces le abrazaba con el afecto cuantas le fué á echar los brazos, y no quiso le estrechara visiblemente con ellos, sino invisiblemente con los de su corazon. Esto afirmó el P. Fr. Juan de Alicante, Sacerdote de nuestra Orden, que se lo había refe-

rido el mismo Fray Narciso, y lo testificó despues de su muerte.

Doña Brianda Frigola, mujer de D. Juan Villarrasa (grandes devotos y bienhechores de nuestra Religion) vino un dia á oir Misa á nuestro Convento de Valencia, trayendo consigo un hijo pequeño de edad de cinco ó seis años, que se llamaba Vicente Villarrasa. En la Misa que oyó, salió á comulgar Fray Narciso. Yendo otro dia despues á su casa, como lo solía hacer muchas veces, en viéndole el niño, huyó de él y se escondió, cosa que jamas había hecho: ántes, todas las veces que iba, se llegaba á él, y Fray Narciso le hacía muchas fiestas. Hizo su madre que le llamasen, pero no hubo remedio que saliese miéntras estuvo allí Fray Narciso, diciendo que no quería ir, que se le comería Fr. Narciso. El cual habiéndose despedido de ella, le trajeron su hijo, y preguntándole por qué había huido de Fr. Narciso, respondió que era porque no se le comiese, que Fr. Narciso se comía los chicos, que otro dia había visto que se había comido en la Misa un niño. Pasmose la madre, y la inocencia del niño hizo diera crédito á lo que acababa de decir su hijo, é hizo mayor estimacion de la santidad de Fray Narciso, á quien el mismo Cristo visiblemente se mostraba en forma de niño y á una inocente criatura, cuando se le comunicaba en el Sacramento, para manifestar la pureza é inocencia de niño con que le recibía, y el amor grande con que le amaba á El siendo niño.

Con este Niño Dios y Hombre caminaba, trayéndole siempre con la consideracion á su lado: con El se sentaba á la mesa y comía, con El se acostaba y dormía, para velar y dormir con su amado Niño Jesus, que podía decir con David: *In pace in idipsum dormiam et requiescam*: dormiré y descansaré en paz con el mismo Dios. No se contentaba para esto de consideracion y afectos interiores, sino que tambien los acompañaba de acciones exteriores. Las tablas desnudas que fueron su ordinaria cama para dormir, adornaba cada tarde con flores, dejando sin ellas la parte en que él se había de acostar. Viole al echarlas un religioso nuevo y echó de ver Fr. Narciso que le había visto, y por que no se admirara viendo echaba flores en la cama en que había de dormir, le dió satisfaccion diciendo: «Hijo, no admires lo que ves, que esta parte donde estan las flores no es para mí, sino para mi Niño Jesus que duerme aquí conmigo, y es muy justo adorne yo con flores la parte que le toca á El»; y se puede creer por cierto, pasaría como lo decía el siervo de Dios, que no sólo sería consideracion y afecto suyo, sino que visiblemente le acompañaría durmiendo el Niño Jesus.

La gracia de los éxtasis ya dijimos que pidió á Dios despues que fué capuchino que se la quitara: concedióselo de que no los tuviera en público, pero en secreto los tuvo muchas veces. Haciendo oracion de noche en la celda, en que gastaba la mayor parte de ella, era tanto lo que se le encendía el fuego del amor en su voluntad y tanta la afluencia de dulzuras que sentía, que no pudiendo caber en su pecho su llama, desfogaba y rompía en afectuosas voces, diciendo de cuando en cuando con sentido suspiro: «¡Oh amores! ¡oh amores de mi alma!». Oyolas una noche Fr. Pacífico de Teruel religioso nuestro que tenía su celda al lado de la de Fr. Narciso, y que decía de cuando en cuando en voces muy altas: «¡Dulcísimo Jesus mio!» á que se siguió un silencio muy profundo; y sospechando había gozado algun celestial favor, quiso curioso salir de su sospecha, y muy quedito le abrió la puerta de la celda: y no sin admiracion suya, le vió puesto en exceso mental, elevado y suspenso en el aire su cuerpo, y volviéndola á cerrar del mismo modo, se volvió alabando á Dios á su celda.

Con el don de la contemplacion alcanzó el de entender y explicar verdades de los misterios de nuestra Fe, que sólo se alcanzan con el estudio de la Teología escolástica, con tanta propiedad y distincion, como si hubiera cursado las escuelas. Estaban una vez los Padres Fr. Vicente de Toledo y el Fr. Jerónimo de Valencia, ambos Predicadores de nuestra Orden, tratando de los dotes que el alma gloriosa tiene en el cielo; oía esta pláti-

ca Fr. Narciso, y habló tan altamente de la materia que los tenía admirados: dejolos para acudir á la portería por haber llamado, y vuelto el P. Fr. Vicente al P. Fr. Jerónimo, le dijo: « ¿De qué nos sirve el habernos cansado nosotros en estudiar, cuando este religioso lego y sin haber estudiado, alcanza más que nosotros? verdaderamente vemos cumplido en él, que revela Dios sus misterios á los humildes y pequeños y que hace doctos á los ignorantes. »

Que le hubiese ilustrado tambien Dios con el don de profecía, con que pronosticó sucesos futuros que tuvieron verdadero cumplimiento, consta de muchas comprobaciones de los originales antiguos. A Doña Francisca Palau señora Valenciana, mujer del secretario del Virrey de Nápoles señor Conde de Benevento, muy devoto de Fr. Narciso, le escribió una carta de Valencia á Nápoles, en que le daba el parabien de un hijo varon que había tenido; y esta carta la recibió dos dias despues de su parto: que lo admiraron mucho todos los de su casa, porque naturalmente era imposible tuviera de ello noticia despues del parto para darle con tanta brevedad el parabien de él dos dias despues, habiendo cerca de cuatrocientas leguas de Valencia á Nápoles: y lo que más califica la maravilla es, que habiendo escrito la carta mucho ántes del parto, ántes de él supo era hijo varon el que había de nacer, y como ya nacido dá ántes que nazca el niño el parabien, y la carta no llegó sino dos dias despues de nacido, circunstancias todas que prueban tuvo de ello luz del cielo, con que estando ausente, supo lo que había de ser tanto tiempo ántes.

Al Señor D. Pedro Casanova Obispo de Segorbe, mucho ántes que lo fuera, siendo Provisor y Vicario General del Beato Patriarca y Arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, le pronosticó había de ser Obispo y le especificó que lo sería de Segorbe, y que cuando lo fuese, le ordenaría de todos los Ordenes á un sobrino suyo que se llamaba Ambrosio Corrales; y todo tuvo puntualmente su cumplimiento como lo había dicho, siendo muchos años Obispo de Segorbe el dicho Señor D. Pedro Casanova, y siéndolo ordenó de todos los Ordenes al dicho sobrino de Fr. Narciso.

A otro sobrino suyo, hermano del que acabamos de decir, que pretendía nuestro hábito y lo alcanzó y se llamó Fr. Gil de Denia, que viniendo un dia á nuestro convento de Valencia, ántes que llegara á él, en un lugar bien distante y oculto hizo una indiscreta y desatinada disciplina, en llegando á la portería le dijo Fr. Narciso: « Poco á poco con esos fervores indiscretos, tiempo le queda para hacer penitencia en la Religion »: de que quedó pasmado Fr. Gil, viendo sabíalo que tan secretamente había hecho tan léjos de allí, de que no tuvo otro testigo que á Dios, y le cobró tanto miedo, que temía parecer delante de él.

Llegó á nuestro convento de la Ollería, donde era Superior Fr. Narciso, el P. Fr. Serafin de Policio, Provincial entónces de la provincia: y un dia fué á visitar con su compañero el P. Fr. Juan de Villafranca, al Baile Jusepe Pla (de quien hemos hecho ya mencion) por ser tan bienhechor de nuestra Orden. Hallose tambien allí en esta ocasion Fr. Narciso; y la mujer del dicho Jusepe Pla, sabiendo se había de hacer presto capítulo, preguntó al P. Provincial: « ¿Que Guardian nos enviaran de nuestro convento? ¿volverá otra vez Fray Narciso? » respondió él: « No vendré yo », y señalando con el dedo al P. Fr. Juan de Villafranca, dijo: « Este Padre vendrá por Guardian »; no podía entónces saberlo, porque pendía el serlo de la futura eleccion totalmente incierta: pero el tiempo manifestó procedía el pronóstico de Divina ilustracion, pues vino de aquel capítulo por Guardian del convento de la Ollería el mismo P. Fr. Juan de Villafranca. Viniendo á este capítulo y pasando por la ciudad de Játiva, fué á ver de paso á un grande amigo suyo que se llamaba Monfort, Presbítero secular: y no hallándolo en su casa, dejó un recado á sus criados, para que se lo diesen de su parte, diciéndoles: « Díganle al Señor que su amigo Fr. Narciso de Denia ha estado aquí para despedirse de él, que presto se verían los dos en el cielo »: y sucedió comó lo dejó dicho, que dentro de poco murieron ambos.

Ilustrole tambien Dios con la gracia

de hacer milagros, de que nos ha quedado corta noticia. D. Juan Villarrasa, caballero valenciano, y muy devoto de Fr. Narciso, estando enfermo de unas calenturas muy ardientes, visitole Fray Narciso, á quien rogó le encomendase á Dios para que le diese salud. Hízolo allí mismo, diciendo unas devotas oraciones por él: púsole al cuello una cedulita con el Nombre de Jesus, diciéndole que tuviese mucha fé en El. que presto estaría bueno. Despidiose de él, y aun ántes de salir Fr. Narciso de la casa, instantáneamente se halló libre del todo de las calenturas y tan perfectamente bueno, que dejó la cama y se levantó como si jamas hubiera estado enfermo.

Doña Brianda Frigola, mujer de este caballero, había muchos dias que padecía unos vehementes dolores intestinales que no la permitían descanso ni de dia ni de noche. No hallaban los médicos remedio para su mal, despues de haber hecho experiencia de cuantos les ofrecía su facultad. Visitola Fray Narciso, cuya virtud tenía bien conocida, y confiando de su intercesion le rogó la socorriese. Hízolo el siervo de Dios, le dijo que confiase en Dios, que pronto estaría buena y se le acabarían sus dolores, y despidiose de ella, diciendo iba al convento á encomendarla á su Majestad: no había aun dado muchos pasos despues de haber salido de su casa, cuando la enferma se vió libre de los dolores y despues no los vió más. Estando otra vez la misma Doña Brianda tan enferma de los ojos que no podía ver la luz, y con tantos y contínuos dolores que se temía iba á perder la vista, fuela á ver Fray Narciso, y entrado este en la pieza donde ella estaba casi á obscuras, miró la enferma admirada al siervo de Dios todo bañado de luz, y sin poderlo disimular dijo en voz alta: « ¡ Ah Fr. Narciso! y que luz veo tan clara, libre ya del mal de mis ojos. » Díjole Fray Narciso que diese á Dios las gracias, y se fué.

Vinieron las fiestas del nacimiento del Hijo de Dios, del año mil seiscientos nueve, ricas ferias para el espíritu de Fray Narciso, en que siempre solía estar como fuera de sí, rebozando llamas de amor de su amado Niño Jesus y derramándose en afectos encendidos del suyo; y sin poder esconder su llama, la manifestaba en letrillas y canciones que le hacía componer el amor, de alabanzas del recien nacido Niño. No se le caían de su boca todos estos dias sus loores, rebozando júbilos y ternuras espirituales, en que derritiéndose y desfogando su espíritu, movía á devocion á los demas religiosos.

El dia de la Circuncision del Señor su mayor fiesta por serlo tambien del Nombre santísimo de su dulce Jesus, para comulgar y celebrarla con más pureza, se confesó con el P. Fray Bernardino de Segovia religioso nuestro, y ántes que le diera la absolucion, le dió un exceso mental y quedó arrobado á sus pies un largo espacio. Y vuelto del rapto, concluyeron la confesion: y despues alegre más que el sol, dijo Fray Narciso á su confesor que ya no tenía más que nueve dias de vida, que así se lo acababá de revelar el Señor; estuvo todo aquel dia con tan alegres nuevas como fnera de sí; no se le oyeron sino alabanzas del dulce Jesus. Sacaban aquella noche las cédulas de los Santos (como es costumbre de toda nuestra Religion), lo que hacía con mucha devocion toda nuestra comunidad para recibir, con ella, el que á cada uno cae en suerte: estuvo tambien en él Fray Narciso, y con mil requiebros y coplillas de amor del Niño Jesus alegró y edificó á toda la comunidad.

El otro dia por la mañana se fué al P. Guardian, que lo era entónces de nuestro convento de Valencia el P. Fray Hilario de Medinaceli, y le pidió licencia para ir á la enfermería. Preguntole que si se hallaba malo; y él le dijo: « Ya me voy á prepararme para morir »; entró el P. Guardian en cuidado, hizo llamar al médico del convento; violo este, y dijo que nó tenía calentura, ni conocía en él mal alguno; preguntole qué era lo cual sentía (y le pudiera responder con verdad: *amore langueo;* mi enfermedad es de amor de Dios, muero porque no le veo, y su amor me quita la vida). Como Fr. Narciso sabía era de amor esta su enfermedad, y no lo significaba con estos términos, no atinaban con ella los médicos: por lo que llamó otros el P. Guardian, y

no hallándole calentura, y que le iban faltando las fuerzas y los pulsos, los que conocían su virtud fueron de parecer que el amor de Dios le quitaba la vida, que el fuego de este que le abrasaba el alma, la tenía tan puesta en Dios que iba desamparando el cuerpo y dejándole sin fuerzas: y comunicándole su calor le gastaba y consumía los espíritus vitales, y que este sin más enfermedad le quitaría la vida y moriría de amor de Dios. Penosa y dulce enfermedad, que atormentando deleita: los deseos de ver á Dios afligen más que la más ardiente calentura, y muere miéntras no muere, el que le desea ver libre ya de la cárcel del cuerpo.

Con estas dulces penas pasó Fray Narciso todos aquellos dias de su enfermedad dulce y penosa, trasportado fuera de sí y enajenado todo en Dios; gustaba estos dias estar solo, para comunicar más á solas con su Amado, á quien aguardaba alegre, para celebrar con El las bodas de la gloria. Acercándose ya la hora que sabía por Divina ilustracion, había de ser la última de su vida mortal, pidió con instancia grande se le administrasen los santos Sacramentos; recibiólos todos, y al recibir el de la sagrada Eucaristía, mostró afectos grandes de fé, esperanza y caridad con el Señor que adoraba encubierto, y le visitaba corporalmente: recibiole con mucha devocion y reverencia, y quedose con El comunicándole á solas, creciendo más los deseos de verle, cuanto más cerca le tenía, sin dejarse ver. Ni quiso el Señor tener tanto tiempo penando á su enamorado siervo: quiso consolarle, templando con su presencia visible sus amorosas ánsias, apareciéndosele en forma de niño hermoso, y sin desaparecérsele se fué poco á poco de su celda, llevando tras sí los ojos y el corazon de Fray Narciso, el cual, deseoso de gozar más de sus hermosas vistas, se levantó de la cama para ir tras El y detenerle. Y viendo se iba alejando, comenzó á dar unas voces mayores que sus fuerzas, significadoras de su pena, diciendo: « Ténganle, no le dejen ir ». Al oir esto salieron algunos Padres que estaban en la enfermería, y vieron á Fray Narciso en pié á la puerta de su celda, arrimado, sin poder dar paso y diciendo: « Ténganle, que se va, no le dejen ir » — «¿ Qué es lo que quiere ? » le dijeron — « Tengan al niño » — « No hay, le dijeron, niño alguno » — « Mi dulce Jesus, ¿ no le ven que se va y me deja ? » No se le fué de repente, sino paso á paso, muy despacio, para no privarle tan presto de su presencia, y alejándose creciesen sus ánsias por gozar más de El, se levantara y fuera tras El, y diera estas voces para que nos quedaran testigos de esta visita que le había hecho ántes de su muerte este Divino Señor. Y con sus vistas crecieron más sus deseos por verle, y el fuego de ellos le consumió más aprisa las fuerzas, é hizo fuese más aprisa su partida. Con estas amorosas ánsias, entre amorosos y contínuos afectos de amor, teniendo perfecto el juicio y todos sus sentidos enteros, abrasada de amor el alma, la entregó á su Criador con mucha paz. No parecía había muerto, sino que se había echado á dormir. Y podemos decir que no fué trago amargo, sino dulce sueño su dichosa muerte, que durmió en los brazos de su amado Jesus: pues fué más efecto del Divino amor, que de los achaques mortales de la naturaleza enferma; el fuego del suyo quemó y deshizo el fuerte lazo que había entre su cuerpo y su alma, y la desató para que libre volara á su Amado, de cuyas hermosas vistas quedó la suya tan cautiva, que se arrojó este dichoso Narciso en el piélago inmenso de su gloria para abrazarse con El y no soltarle eternamente. Que la enfermedad de que murió Fray Narciso fuese de amor, lo afirmaron los médicos que no conocieron otra; así lo dijo el P. Guardian Fray Hilario de Medinaceli á toda la comunidad de nuestro convento de Valencia, un dia en público Refectorio, y fué voz constante de todos los Padres de aquel tiempo, que su enfermedad y muerte fueron de amor de Dios. Murió como vivió, vivió siempre hecho un serafin abrasado de las llamas del amor de este Señor, y murió abrasado de ese mismo fuego, para vivir eternamente.

Dejó en toda la ciudad de Valencia

fama comun de varon santo, y en divulgándose en ella la de su muerte acudió toda á venerarle como á tal. Fué notable el concurso y grande el ímpetu con que concurrieron todos á nuestro convento; y tan entusiasta la devocion con que se llegaban á su cuerpo, tales las voces y el amontonarse unos sobre otros por besarle los pies y las manos, y por cortarle reliquias de su hábito, que se lo hicieron pedazos, le dejaron casi sin él, y fué fuerza ponerle otro: apénas le dejaron pelos en la barba, ni se les podía quitar de entre las manos, ni se podía hacer el oficio de la sepultura. Y para que dieran lugar, fué necesario que el Virrey, que era entónces el Señor Marquez de Carauna, enviara toda su guardia, con cuya ayuda le pudieron defender del ímpetu desenfrenado del pueblo para que no le hicieran pedazos, y darle sepultura.

Murió el año mil seiscientos nueve, á nueve de Enero. Fueron testigos de la gloria que piamente creemos tiene en el cielo, los milagros que obró Dios por sus méritos despues de su muerte, de que sólo haremos una memoria sumaria. Y el primero fué que estando aun en el féretro, llegó Luis Ferrer ciudadano de Valencia, enfermo de unos lamparones de que venía desconfiado de curar, por haber experimentado muchos remedios todos inútiles; y tomando la mano de Fray Narciso con mucha fe encomendándose en sus oraciones, se la aplicó al cuello y le pareció que se los arrancaban con grande violencia. Díjoselo á su madre que le estaba cerca, y ella con mayor confianza le dijo: « Ten, hijo, fe que el santo H. Fray Narciso te curará los lamparones »; y no se engañó, pues dentro de pocos dias vió con grande alegría suya libre de los lamparones á su hijo.

El licenciado Juan Bautista Miron, presbítero beneficiado en la ciudad de Valencia, se hallaba con unas calenturas muy molestas y antíguas de que por muchos meses no se vió jamas limpio: con mucha fe en la opinion que tenía de la santidad de Fray Narciso, implorando sus méritos, se puso sobre la cabeza el manto que le había servido en vida, y al instante se vió libre de ellas con entera y perfecta salud, de que á Dios y á su siervo dió las debidas gracias. Ferragut, caballero de Valencia, Señor de Choba y Eslida, estuvo un tiempo muy enfermo de un vehemente dolor de cabeza, que no le permitía descanso ni de dia ni de noche, juntamente con unas calenturas ardientes. Hallábase con un pañuelo de que se había servido viviendo Fray Narciso: invocó sus méritos, y con mucha fe se lo puso sobre la cabeza: y fué cosa prodigiosa, que en el mismo instante se vió libre de todos sus achaques. Aplicado el mismo pañuelo á Jerónimo Ferrant, que padecía unas calenturas tan malignas que le habían traido á lo último de la vida, y le habían desahuciado los médicos, cobró en breve perfecta salud.

Isabel Albert mujer de Jusepe Pla, vecinos de la Ollería, de quien hemos hecho memoria otra vez, estuvo una vez en peligro de perder la vida por un parto muy peligroso: acordose que tenía una cuerda de Fray Narciso, cuya virtud tenía muy conocida, y con mucha confianza de que le había de ayudar en aquel trabajo, implorando su intercesion se ciñó con ella, y al mismo instante tuvo un parto muy feliz y se vió libre del peligro de la muerte. Gozaron del mismo beneficio más de doscientas mujeres, que hallándose en semejante peligro, se ciñeron en él con la misma cuerda del Siervo de Dios. Una hija del dicho Jusepe Pla estaba enferma muchos dias había de un flujo de sangre de tanto peligro, que se tenía por cierta su muerte: aplicándole un pañuelo del Siervo de Dios é implorando sus méritos, se vió con brevedad libre totalmente de él.

Angela Ferrer, vecina de Valencia, que padecía un antíguo y agudo dolor de muelas, invocando el favor del Siervo de Dios, y tocándolas con una pequeña cruz de madera que él mismo le había dejado aun viviendo, se vió luego sin él. Una hija suya enferma de dolor de costado, y con peligro evidente de muerte, y otro hijo enfermo: invocando los méritos de Fr. Narciso, y aplicando la misma cruz, sanaron ambos.

El P. Fray Jerónimo de Valencia, Predicador de nuestra Orden, padecía otro dolor semejante de muelas: y

aplicando á la mejilla el manto de Fray Narciso, se vió al instante para siempre libre de él. Otro Religioso nuestro que se vió muchos dias fatigado de una molesta tentacion que le tenía afligido, de la que ni con oraciones ni ayunos y disciplinas se podía librar, invocó con lágrimas la ayuda de Fray Narciso, y tocando con mucha fe su manto, con ese intento, se vió libre de aquel trabajo.

Una mujer, á quien criando una criatura había faltado del todo la leche, implorando la intercesion del Siervo de Dios, y poniéndose en los pechos una partícula de su hábito, apénas llegó á tocarlos con ella, al punto se halló con mayor abundancia de leche que ántes que le perdiera. A otra mujer, á quien Angela Ferrer había dado una partícula del mismo hábito del Siervo de Dios, y con mucha devocion la llevaba guardada en el pecho, una noche cubriendo el fuego de su cocina con la ceniza, sin advertirlo se le cayó entre las brasas y estuvo toda la noche entre ellas. Hallola ménos por la mañana con dolor de su corazon; la buscó en muchas partes y no hallándola acudió á la lumbre y la halló entera entre las brasas, envuelta en el papel en que la tenía, sin haber recibido el menor daño del fuego, habiendo estado tanto tiempo en medio de él, y en adelante tuvo en mayor veneracion y mayor devocion al Siervo de Dios. (1)

Fr. Junipero de Cerdeña, Lego.

Fué natural de la isla de Cerdeña, y nació en la villa de Sedné de padres honestos. Llamose Gabino Osano, hijo de Antonio y de Magdalena Ledusa. Siendo mozo, dejando á su patria y á sus padres, se vino á Valencia, en cuya huerta se ocupó en la labranza por no vivir ocioso. Sirvió fielmente á sus amos; habíale dotado la naturaleza de tantas fuerzas, que trabajaba por dos; era muy callado, muy fiel, muy modesto, y sobre todo muy cristiano y de muy loables costumbres, y por ellas muy querido de sus amos y de sus amigos.

Había poco que se había fundado en Valencia nuestro Convento: y como era de espíritu fervoroso, luego que vió los Capuchinos, sintió en sí grandes impulsos de abrazar su vida. No se hizo sordo al llamamiento de Dios, pues luego procuró ejecutar los deseos que le daba; pidió nuestro hábito para Religioso lego, y examinados sus buenos deseos y su buena voluntad, se lo vistieron, esperando había de ser singular Religioso en la Orden. Entró de 24 años, el dia 13 de Marzo de 1599.

Ya desde novicio comenzó á manifestar su futura perfeccion con unos grandes y ardientes deseos de padecer por Dios. Con estos deseos de hacer mucho por su amor, ante todo procuró echar hondos cimientos de humildad, para que fuese segura la vida espiritual que había emprendido. Las cosas de su estado les hacía con mucho cuidado y mucho gusto; servía á todos, y se tenía por indigno de estar en la casa de Dios y de servir á sus siervos. Reputábase indigno del aire que respiraba, y por digno de mil infiernos, por lo que había ofendido al Señor y le era ingrato y le servía mal. Todo su cuidado era ver como podía en algo satisfacer á la divina justicia que había ofendido; lloraba sus culpas leves como si fueran ofensas graves, y aun sus buenos ejercicios lloraba, como si fueran culpas, mirándolos su humildad llenos de imperfecciones y faltas, juzgando ofendía cuando más agradaba á Dios: con que aun de lo bueno hacía penitencia, como si fuera malo.

Siendo aun novicio, hizo grandes y asperísimas penitencias, y viendo el Maestro su ardiente deseo de padecer por Dios, le daba y concedía á él solo más y mayores penitencias que á todos los demas Novicios, y jamas su deseo se vió satisfecho de padecer por Dios. Todo su pensamiento era como tomaría venganza de sí, como del mayor enemigo que tenía, para agradar á Dios. Negábase en todo; y para no

(1) Boverio, t. II, p. 827. refiere la vida de este siervo de Dios, que en el *Index virorum illustr.* resume diciendo: « Narcissus Dianensis. Valentiae Prov. Laïcus, miris virtutibus fulget. Pueri Jesu amore flagrat. Futura praedicit. Valentiae ad Dominum migrat. Post mortem miraculis coruscat. » — El P. Modigliana, tomo VII, p. 260, hace grandes elogios de este insigne capuchino.

errar por su voluntad en las penitencias que hacía, no hacía nada sin licencia de los Prelados. A nuestro Padre General San Lorenzo de Brindis, cuando visitó la Provincia de Valencia, le pidió licencia para cuantas penitencias hiciese, y el santo Prelado se la concedió con mucho gusto, viendo le llevaba Dios por aquel camino y le daba fuerzas y espíritu para ello. Cuantas penitencias hizo, todas fueron raras y extraordinarias, más para admirar que para imitar, porque á todos los que le miraban, les parecía excedían las fuerzas naturales, y que sin muy grande ayuda de la gracia no pudiera vivir con peso de tantos rigores, y tenían los suyos por milagros.

No se contentaba su espíritu con un linaje de cilicio para mortificacion de su carne: de muchos usaba para sujetarla más y padecer más; llevaba de noche y de dia, sin apartarla jamas de sí, á raiz de las carnes una cadena de hierro, y sobre ella llevaba rallos y puntas agudas de hierro, y sobre todo una saya de malla que casi le cubría todo el cuerpo; y cargado de toda esta jarcia, cavaba el huerto, que fué el empleo en que le tuvo ocupado siempre la obediencia y cavaba con tanto fervor, que trabajaba por dos valientes labradores: y uniendo la oracion al trabajo, cavaba con deseos de hallar á cada azadonada el rico tesoro del Niño Jesus escondido en el campo, y dicen nuestros Originales que se tuvo por cierto que Jesus se le apareció en figura de niño hermoso. Los pies los llevó siempre descalzos, por más rigurosos que fuesen los rigores del invierno.

Fué extremadamente pobre: no se le conoció jamas á su uso sino un solo hábito viejo, austero y remendado, y con la cuerda y paños menores de la misma manera. Jamas tuvo celda, la más ordinaria era la iglesia, despues de haber cumplido con los ejercicios de la obediencia y de la comunidad: de noche donde quiera que le tomaba el sueño, allí se quedaba sentado y sin el beneficio de ningun abrigo. Negábase la comodidad de la celda para estar más pronto á la oracion y á los mandatos de los Prelados, para que cuando le mudasen de un convento á otro, no tuviese que subir á la celda, porque no tenía que sacar de ella, y pudiese partirse del mismo lugar donde le hallase su obediencia.

El rigor de su abstinencia fué correspondiente á su espíritu austero. Ayunaba todas las cuaresmas de nuestro Padre San Francisco, y todo el año para él era un contínuo ayuno; y le costaba más disimular y esconder su abstinencia de los demas para que no la notasen, que el mismo rigor de ella: muchas veces paraba algunos dias sin comer. No comía carne, ni pescado, ni huevos: su ordinaria comida era pan con hierbas crudas, y si tomaba alguna vez las cocidas, unas veces las echaba ceniza, otras agua fria, con que las quitaba todo el gusto. No bebía vino, y algunas veces para mayor mortificacion comía de las hierbas deshechadas del cocinero para la basura: otras bebía del agua que había sobrado de fregar: teniendo pasmados á los que le miraban y con cuidado al ver que se trataba con tanto rigor y tan extremada abstinencia, juzgando excedía las fuerzas humanas, y conocían que sin ayuda de Dios era imposible vivir así tanto tiempo.

Azotábase sin piedad alguna, con unas disciplinas de cadenas de hierro en largos remates con agudas puntas, con que se azotaba tres veces cada dia. Y para más padecer, cada vez que hacía la disciplina, se azotaba con tal crueldad que no paraba hasta que quedaba bañado el suelo de su misma sangre. Una vez se echó desnudo en unas zarzas y se revolvió entre sus espinas: de que quedó lastimado y hecho una llaga, todo cubierto de sangre Otra vez anduvo con los pies descalzos sobre brasas de fuego; y lo más admirable de estos rigores era que para sus llagas, no buscaba cura ni remedio, como si fueran de bronce sus carnes.

Admirables fueron todas estas penitencias del Siervo de Dios Fr. Junípero, pero no lo pareceran tanto, si se atiende á la causa de ellas, que era el encendido amor de Dios que le tenía abrasada el alma, y por quien todas las mayores mortificaciones le parecían poco; el amor de este Señor hacía que las más rigurosas penalidades le fuesen ligeras y suaves. Para imi-

tar á Cristo su Maestro, y corresponderle al amor que le tuvo, fué toda su vida una contínua negacion de sí mismo, y una perpétua mortificacion de sus pasiones y de los deleites de los sentidos; tan desvelado en negarse á la naturaleza, que no trataba sino como en todo iría contra su corriente, y como mortificaría y detendría sus desordenados ímpetus y la sujetaría á Dios. Así fué Religioso de tan heróicas virtudes y de vida tan penitente, que cuantos le conocieron y fueron testigos de ella, no dudaban de compararle á los más insignes penitentes de la Orden, presentes y pasados, que se adelantaron en rigores y austeridades y en todo linaje de virtudes.

Era hombre de contínua oracion, de donde sacaba las fuerzas y ayuda devota para sus mortificaciones: y se deja bien entender que sin ella ni pudiera con tantas, ni perseverar con ellas hasta que le duró la vida. Era pues contínuo en orar, y el trabajo y ocupaciones exteriores no le estorbaban, ántes le ayudaban más. En su boca, miéntras trabajaba, no se le oía sino: «¡Dulcísimo Jesus!», á quien arrojaba su corazon saetas encendidas de afectos de amor. Velaba mucho en oracion, y para estar más vigilante en ella y pasar en ella todas las noches, no tenía celda para dormir, como hemos dicho arriba: la iglesia fué su contínua celda despues de su trabajo, donde estaba de rodillas toda la noche. Y cuando el sueño le fatigaba, se ponía en pié, y cuando no lo podía vencer, se salía al claustro y se paseaba por no romper la hebra de la oracion; y cuando se hallaba rendido de él, se echaba de pechos sobre un poyo del mismo claustro, colgando á la una parte la mitad del cuerpo, y la otra á la otra, para que el sueño no fuese largo y quitase el tiempo á la oracion, y en despertando luego volvía á ella: penando miéntras descansaba, para que ni aun descansando y durmiendo dejase de padecer por Dios: tan hambriento iba siempre de penas, que convertía en ellas el descanso que dió Dios al hombre para alivio de los trabajos del dia.

Su caridad con los prójimos fué grande: al paso que era riguroso consigo, era piadoso con ellos; lastimábase de sus necesidades, y con la compasion hacía propias las ajenas, siendo para su compasion más penosas que molestas á los que las padecian. Singularmente con los enfermos era su caridad muy singular: no hallaban ménos con su cuidado los nuestros el de la madre que los engendró; compadecíase de ellos, los remediaba en cuanto le era posible y asistía con alegría de dia y de noche. Sólo verle, les era á los enfermos alivio y consuelo grande, y les parecía eran ménos sus trabajos con su cuidado.

Finalmente habiendo corrido por la posta á la cumbre de la perfeccion en pocos años de Religion, llegó al fin de la carrera de su vida y de sus méritos, con una breve pero bien lograda enfermedad, llevada con paciencia y alegría admirable, con grandes ánsias por ver á Dios: y armado de la virtud de los divinos Sacramentos, dió su espíritu al Señor en nuestro convento de Alicante, el año 1604, dejando de sí gran nombre y muchos deseos.

Fr. Francisco de Alicante (ó de Inglaterra), Lego.

Fué este insigne Siervo de Dios natural de Inglaterra. Se llamó Duarte Utle, hijo de Nicolas Utle y de Ana Heco. Pero cuando vistió el hábito de nuestra Orden, dejó el nombre de su patria, y renunciando el que le había dado la naturaleza, tomo el de la ciudad en que había recibido la gracia, y se llamó *Fr. Francisco de Alicante.* Fué hijo de Padres herejes, y heredó sus errores. Vino de poca edad de Inglaterra á Alicante para aprender, para el trato de mercader, la lengua española: y Dios que le tenía desde su eternidad escogido, le trajo entre católicos para que aprendiera la verdadera y cristiana Religion.

Luego que le alumbró Dios el entendimiento y tuvo noticia de la verdad de nuestra católica fe y de los errores en que estaba envuelta su alma, los abjuró y detestó públicamente y abrazó la fe de la Iglesia Romana, tan de veras que no trató jamas de

volver á Inglaterra, renunciando padres y patria, porque no se le pegara otra vez el herético contagio; deseaba traer á toda Inglaterra al conocimiento de la verdad católica con que Dios le había alumbrado. Con este deseo hizo venir á Alicante á dos sobrinos suyos, mozos hermosos como unos Angeles, pero feos en el alma como demonios, con la mancha de la herejía de la patria. Pero duroles poco esa fealdad con las diligencias del tio, que con sus santas amonestaciones y buen ejemplo los redujo al gremio de la santa Iglesia Romana, ya que detestando sus errores abrazaron la verdadera fe. Y para más asegurarlos en ella, cuando hizo testamento y les dejó á los dos su hacienda para hacerse Religioso, fué con condicion que no habian de volver más á Inglaterra, que el que volviese á ella, quedase desheredado de la parte que le dejaba: con tan verdadero afecto había abrazado nuestra santa fe.

Y su vida fué el mayor abono de su verdadera profesion, no contentándose de ser católico, sino de serlo bueno y de parecerlo. Su trato fué de mercader cristiano, y sus mayores granjerías eran de los bienes del cielo. Frecuentaba las iglesias, oía Misa todos los dias y los sermones, confesaba y comulgaba muy á menudo. Aun siendo seglar, era ejemplo de toda virtud; su modestia era mayor que la que permitía su estado, en sus acciones y en sus palabras parecía un Religioso compuesto, era de aspecto venerable: todo lo cual le granjeaba veneraciones y opinion en todos de muy virtuoso. Y entre los mercaderes tenía ganado nombre de mercader santo, por su fiel y verdadero trato, y por el raro ejemplo de su vida y sobre todo por su mucha caridad con los prójimos y con los pobres, los cuales todos participaban de ella, y no llegó necesidad á su noticia que no la dejase remediada.

A los conventos de la ciudad de Alicante, hizo copiosas limosnas, singularmente al de Nuestra Señora del Corito de Padres Descalzos situado en el término de su juridiccion, en la soledad de un monte célebre por una milagrosa imágen de Nuestra Señora. Gran parte de él se fabricó con sus limosnas, y con ellas les hizo una muy capaz cisterna en la luna de su claustro. Y en el nuestro de Alicante quiso hacer otra, y había ya comenzado á prevenir los materiales, pero nuestros Padres juzgándola no necesaria, se lo estorbaron; ni cuando se hizo Religioso nuestro, quisieron recibir nada de lo mucho que ofrecía. Todo lo dejó á los Conventos y á los pobres. A las mujeres malas que convertían en las cuaresmas los Predicadores, ayudaba con su hacienda para sus dotes, para que no volviesen más á ofender á Dios.

Era muy devoto de Nuestra Señora, singularmente de su purísima Concepcion. Para una nueva capilla que se le labró en la Parroquia de Santa María de Alicante, el primero que ayudó á su obra y con mayor cantidad fué él. A su devocion y gloria, dejó hacienda fundada sobre la ciudad de Alicante, para que de su renta sacasen todos los años dote dos doncellas huérfanas en un domingo de los doce del año en que se hacía fiesta de la Concepcion de la Vírgen. Estas eran las granjerías en que este virtuoso mercader empleaba las que hacía de los bienes temporales, ganando con estas las eternas.

A todo lo que era virtud y servicio de Dios tenía mucha inclinacion y ejecucion admirable. Había fundado nuestro P. Fray Francisco de Sevilla, cuando predicó una cuaresma en Alicante, una muy devota congregacion de lo mejor de la ciudad, de muchos señores Clérigos, de muchos señores y caballeros, y de los estudiantes, con leyes y ordenaciones muy santas, para que estando en el siglo viviesen santamente. Y para que tuviese estabilidad, dejó por cabeza de ella al dean de su colegial Zaragoza, que despues fué Obispo, el cual para que la tuviese mayor, tomó una casa capaz para los ejercicios de ella fuera los muros de la ciudad, donde se retiró con otros señores Clérigos devotos y ejemplares. Uno de ellos, del número de los que se componía esta congregacion, y el más puntual á sus ejercicios, era nuestro Fr. Francisco de Alicante, sin faltar jamas á sus ordinarias confesiones y Comuniones, á sus disciplinas y pláticas espiritua-

les. Visitaba y remediaba los enfermos del Hospital; con los de la cárcel hacía lo mismo. Acudía á las necesidades de los pobres vergonzantes de las Parroquias; procuraba componer los pleitos de las partes litigantes; solicitaba el perdon de las personas agraviadas para sus ofensores, y componerlos y dejarlos en paz; y con ánsias grandes procuraba sacar de su mal estado á las mujeres perdidas.

Tan singular era en todas las cosas de virtud, que de todas era singular ejemplo. Oía, como hemos dicho, todos los dias Misa, con tanta devocion y reverencia que miéntras asistía á aquel tremendo sacrificio con mucha serenidad en el rostro, vertía hilo á hilo tan dulces y tiernas lágrimas que movía á devocion á los que le miraban asistir á aquel soberano Sacrificio con tanta fe y reverencia (don de Dios que tuvo toda la vida); y porque no se notasen, con cuidado las dejaba correr sin enjugarlas. Sus ejercicios eran ayunos, cilicios, disciplinas y oracion, confesiones y comuniones. Desembarazado de todo lo que le podía estorbar el más perfecto servicio de Dios, no quiso jamas casarse, con ser de edad de más de cuarenta años y habérsele ofrecido muchas y buenas comodidades; y de su honestidad, jamas se le notó ni dijo de él la menor sospecha: ni aun para su servicio permitía mujeres en su casa.

No trataba sino con buenos, y con quién más familiarmente era con los Capuchinos; y de su frecuente comunicacion, les cobró tanta aficion y estimacion de su santo Instituto, que sintió en sí afectos de abrazarle. Pensolo muchas veces, y cuantas más lo pensaba, le parecía mejor y sentía mayores impulsos de seguirle. Declarose con nuestros Padres, manifestándoles su última resolucion, suplicándoles le ayudasen. Viendo la perseverancia de su buen propósito, su maduro juicio, (tenía ya 40 años de edad), y constándoles muy bien de su buena opinion y loable vida, le admitieron al gremio de la Orden. Desembarazose de sus negocios seglares, hizo muchas limosnas á los conventos y á los pobres, repartió su hacienda en muchas mandas pias, y para mayor satisfaccion suya, hizo echar un público pregon por las plazas y calles de Alicante, que aquellos á quien él debiese algo acudiesen á él, que se les daría muy cumplida satisfaccion, y que perdonaba á todos las deudas que le debiesen á él.

Concluido esto y desocupado de todo, se partió para nuestro convento de Santa Magdalena, donde se le vistió nuestro santo hábito, é hizo el año de su noviciado bajo la disciplina del P. Fray Vicente de Perameña, Maestro entónces de los Novicios y Guardian juntamente de aquel convento. No quiso ser Corista, sino Religioso lego, diciendo que venía á servir á todos y á hacer penitencia de sus pecados. Dejó en Alicante confirmado el concepto que todos tenían de su virtud. Comenzó con extremado fervor á procurar conseguir los fines á que había venido á la Religion, de servir á todos y de llorar sus culpas. No acaban de encarecer y de admirar aun despues de muchos años su humildad los Padres que fueron testigos de su vida, diciendo no habían visto otra mayor, con tan grande desprecio de sí mismo, que juzgándose inferior á todos, se echaba á los pies de todos, teniéndose no sólo por indigno de su compañía, sino de que le permitiesen estar con ellos. A todos deseaba servir y dar gusto.

Ocupábase en los humildes ejercicios de su estado, y como no estaba ejercitado en ellos, ni en su vida había ejercitado los de la cocina, era fuerza cometiese muchos hierros, y lo era tambien que se los advirtiese su Maestro: y oyéndose corregir, luego se postraba á sus pies y acusaba su ignorancia con tanta humildad, y pedía con tantas lágrimas perdon de sus defectos, que confundido se iba el Maestro á la mano en advertírselos, por no ocasionarle á él tanto desprecio de sí mismo y á sí tanta confusion. No había en su concepto cosa más vil y sin provecho; en los capítulos de las culpas, ponderaba y agravaba tanto sus faltas, despreciándose á si mismo, y deseando le despreciasen todos, que su mayor dolor era no verse despreciado; jamas se veía harto de desprecios, siempre hambriento de ellos.

Juzgábase indigno del beneficio de la vocacion, y lloraba porque no se aprovechaba de él y no le era á Dios agra-

decido: decía que nadie le tenía mayores obligaciones, porque á nadie había hecho mayores beneficios y nadie le había ofendido más: que habiendo dejado á tantos en los errores de Inglaterra, á él le había sacado de ella y de ellos, y dado el conocimiento de la verdadera fe y hecho hijo de su Iglesia y participante de sus Sacramentos, asegurádole este favor entre católicos, y sobre todo esto que le hubiese llamado á Religion tan santa, y le tuviese tan dentro de su casa; y viendo su insuficiencia, se deshacía en lágrimas, que eran en él perpétuas y copiosas.

Estas consideraciones despertaban en su corazon deseos grandes de hacer mucho en servicio de Dios, y todo lo juzgaba poco su humildad. Por esto emprendía penitencias y rigores quo excedían sus fuerzas: abstinencias, disciplinas, vigilias y cilicios, sobre las penitencias propias de un novicio y todas las llevaba con tanto gusto, que si su espíritu fervoroso las juzgaba ligeras, para su delicada complexion y salud eran pesadas, y se las había de ir templando el Maestro.

Al cabo del año profesó la Seráfica Regla, y viéndose ya profeso, y como si tuviera revelacion del poco tiempo que le quedaba de vida, se dió tanta prisa á caminar por las virtudes á la cumbre de la perfeccion, que en solos dos años que vivió en la Religion, emparejaba su perfeccion con la de los más insignes capuchinos. En todos los ejercicios de las virtudes era tan humilde, que se juzgaba desnudo de todas y que estaba por adquirir la primera. No dejaba sin emplear bien la menor partecilla del tiempo, siempre interior y exteriormente ocupado: era á los actos de obediencia prontísimo, obedecía á los Prelados no sólo con puntualidad, sino con mucha reverencia, obedeciéndoles y reverenciándoles como á Dios. No había para su corazon contento mayor como verse pobre por Cristo, y que por su amor padeciese falta aun de lo necesario; no llevaba más que un pobre hábito, los pies siempre descalzos, y su cama siempre fué de unas desnudas tablas; y fueron tales los rigores de su vida, que fué parecer de nuestros Padres que los de sus penitencias le habían abreviado los dias.

Su abstinencia fué tan extremada que apénas comía lo necesario á la sustentacion de la naturaleza: era contínuo su ayuno. Usaba fuertes cilicios á raiz de las carnes: sus disciplinas asperísimas y muy frecuentes, y en ellas no paraba hasta dejar regado el suelo con su sangre; sus vigilias largas, y el sueño muy breve por dar más tiempo á la oracion, en que interiormente siempre estaba ocupado. Vino á quedar tan flaco que no tenía sino la piel sobre los huesos: pálido y macilento, y cubierto de aquel hábito penitente, los pies descalzos, y el rostro venerable: mirarle era ver la misma penitencia y mortificacion: y por decirlo mejor. no parecía sino un retrato vivo de nuestro Padre San Francisco. Su silencio era estrecho, no se le oía jamas hablar, y cuando hablaba á alguno era de rodillas. Su modestia y composicion del hombre exterior y mortificacion de sentidos, particularmente de los ojos, no se ha visto otra mayor; granjeaba veneraciones con ella, componía á los más modestos, y movía á devocion sólo mirarle.

Acompañaba un dia al limosnero del convento de Valencia; fueron á visitar á un Caballero, juez de la Audiencia Real, que se llamaba el Doctor Burgos: miéntras duró la visita, Fray Francisco estuvo sentado en una silla con tanta modestia y mortificacion exterior, que le robó al Caballero los ojos y el corazon, y despertó en él tanta devocion y admiracion, que le pareció que no había visto sólo á un capuchino, sino á N. P. S. Francisco en carne mortal, y le quedó con tanta veneracion que quiso arrancar los ladrillos de la sala sobre que había puesto sus pies, para que nadie los pisase, y descomponer la silla en que había estado sentado, para que no sirviese más á nadie: tanta fué la reverencia y veneracion que despertó en el corazon de este Caballero con su modestia Fray Francisco, y tanta es la fuerza del buen ejemplo que atrae y persuade más con su mudo silencio, que la elocuencia del mayor orador.

Estos fueron los empleos santos de este espiritual y dichoso mercader, que no procuró otro con mayor codicia aumentar sus bienes temporales que él los de las virtudes, esforzándose cada instante en doblar y aumentar los de

su alma. Rico de ellos llegó al término de su vida con una breve enfermedad llevada con mucha alegría y ánsias grandes de ver á Dios. Recibió los Sacramentos, durmió en el Señor, y segun piamente creemos fué á gozar las riquezas de gloria que como buen mercader había granjeado. Murió en el convento de Valencia, á 10 de Deciembre del año 1608.

P. Juan de Sahagun.

Tuvo la virtud del P. Fray Juan de Sahagun abono tan calificado, como el testimonio del mismo Cristo en su sagrado Evangelio (*Joan. 13. 35*), donde señala á la caridad por divisa de los de su escuela. Señaló Dios con esta real divisa de amigo y discípulo suyo á su Siervo el P. Fray Juan de Sahagun, y señalose él tanto en esta virtud, que siendo todas las suyas grandes, esta hizo fuesen mayores. No se hallaba en él la una menor que la otra; todas las que hacen á un varon evangélico y seráfico, se miraban en él: pero entre todas se miraba como singular su caridad con los prójimos que daba mayores quilates á las suyas. Fué tan fervorosa y tan encendida la suya en el remedio de sus necesidades, que por el de ellas se olvidaba de las propias y de sí mismo, sin perdonar á trabajo ni á fatiga alguna. No miraba en ellos trabajo ó necesidad espiritual ó corporal que su caridad con afecto compasivo no la hiciese propia y solicitase su remedio, su consuelo y su regalo.

Fué su caridad general con todos, con propios y con extraños; extendíase á las necesidades del cuerpo, pero mucho más á las del alma. Fué por sus muchas virtudes, vida ejemplar, y celo grande de la perfeccion y mayores aumentos de la Religion, muchas veces Guardian en la Provincia, habiendo sido por su santa vida enviado para la fundacion de la Provincia de Valencia de la de Cataluña, donde tomó nuestro hábito. Correspondió toda su vida á las obligaciones del que vestía y Regla Seráfica que había profesado, procurando ser más perfecto cada dia. Fué singular el celo que tuvo á que se conservase el sublime estado de la Religion: sentía vivamente cualquiera remision para ofensa suya; y siendo Prelado, aun las leves castigaba porque no se viniese á las mayores. Decía que no había cosa que más le conservase que este cuidado de los Prelados, y que cuando en esto se descuidasen ellos, caería de su estado la Religion.

Mostró su mucha humildad cuando aun siendo Prelado, él mismo iba á hacer la limosna; y cuando el limosnero decía que no hallaba las cosas necesarias por amor de Dios, él mismo las buscaba y le ofrecían más de las que había menester. Decía que jamas se deja de hallar lo que se busca confiadamente en Dios, á cuya Providencia está nuestra Religion, y que no nos faltará miéntras confiaremos de la suya, y se ofende mucho le tomemos este cuidado, que á nosotros toca el de satisfacer á nuestras obligaciones, y á Su Majestad el de proveernos de lo necesario.

Su caridad con los enfermos era grande; no era de sólo palabras, sino de obras y de verdad, tratando de su salud con el cuidado que las solícitas y amorosas madres. Les buscaba los regalos, él mismo les limpiaba los vasos, les hacía las camas, les administraba la comida, les asistía de dia y de noche cuando estaban de peligro, asistía á las visitas del médico y ejecutaba cuanto dejaba ordenado por costoso que fuese; de sí se olvidaba, porque á ellos no le faltase lo necesario.

Con los extraños no era menor su caridad: si por los caminos topaba pobres necesitados, se los cargaba á cuestas y descalzos los pies los pasaba en los malos pasos de aguas y lodos. Cuando los topaba enfermos en las calles, se los cargaba tambien y los llevaba al Hospital ó á donde cuidasen de su remedio y regalo, como lo hizo en Valencia, que topó á uno tendido en el suelo, y se lo cargó y lo llevó á casa de un devoto que sabía cuidaría de él: no le embarazaba ni se corría le mirasen en las calles ocupado en estos humildes y caritativos empleos.

En lo que más manifestó su caridad, fué en procurar la salud de las almas enfermas. Sentía mucho la perdicion de las que tanto le habían costado á Cristo, y que siendo capa-

ces de su gracia y de su gloria, se pusiesen en peligro de perderla para siempre. Aquí se abrasaba con el celo de su salud, como otro S. Pablo: ¿Quien de vosotros enferma, que no enferme yo juntamente con él por amorosa compasion? ¿quien está de vosotros en pecado, que no se queme y abrase mi alma con ánsias por sacarle de él? ambos efectos obraba en el alma del P. Juan la caridad de los prójimos; enfermaba por compasion con los enfermos, haciendo como propias las enfermedades de ellos: y el celo de la salud de las almas que sabía estaban en pecado, le abrasaba; lloraba sus desdichas, pedíale á Dios con lágrimas su remedio, y cuanto le era posible hacía por apartarlas del peligro, exhortando á unos, corrigiendo á otros, y aun amenazando con la ira de Dios á otros: y esto lo hacía con tanta sal, con tan eficaces y suaves razones tan llenas de caridad, que fué notable el fruto que hizo en muchos que se apartaron de las ocasiones de pecar por su medio. Y para decirlo de una vez, fué conocida de todos por grande su caridad, dentro y fuera del Reino y Provincia de Valencia, donde siendo Guardian y súbdito más la ejercitó, por haber vivido más en ella.

Sola una vez fué á Roma al Capítulo general, compañero del Custodio de la Provincia el P. Fray José de Gazorla, su íntimo amigo: y no hubo lugar por donde pasase, y en la misma Roma, que no dejase memorias grandes de su encendida caridad. Fué esta tan notoria, que llegando á la Provincia poco despues de su muerte el P. Fray Jerónimo de Castelferret, Ministro General de nuestra Religion, á su visita, y preguntando por el P. Juan de Sahagun, como le dijesen que había muerto despues que vino de Roma, con un suspiro grande y dolor dijo: « Verdaderamente que hemos perdido el Religioso de mayor caridad que tenía toda nuestra Religion. » Testimonio que no se puede desear mayor de la suya, por ser de tan gran Padre y Prelado tan grande, que conoció y supo estimar la virtud de sus Religiosos: y sólo por haber conocido y tratado al P. Juan en la ocasion que estuvo en Roma, y haber visto algunas muestras de su caridad, la calificó por la mayor de la Religion.

Que le hubiese Dios ilustrado con el dono de profecía lo prueba el caso siguiente. Había tomado nuestro hábito un mozo de Carcagente: lleváronlo tan mal sus padres, que hicieron cuanto les fué posible para sacarlo de la Religion: el mozo estuvo siempre constante. Era á este tiempo el P. Juan Guardian de nuestro convento de Alcira; y llevado de su acostumbrada caridad, fué á Carcagente á consolar á sus padres y darles á entender la merced que Dios les había hecho de querer servirse de su hijo en su casa. El padre sí bien estaba fuerte en no querer fuese capuchino su hijo, jamas llegó á descomponerse; la madre se dejó llevar tanto del sentimiento, que excedió en demasía de palabras injuriosas. Vuelto á ella el P. Fray Juan, con impulso de Dios la dijo: « No quiere sea capuchino su hijo, pues dentro de quince dias le verá fuera de la Orden: y al que no quiere ver vivo capuchino, verá malamente muerto seglar. » Sucedió todo con la misma puntualidad que lo pronosticó. El novicio dejó el hábito y volvió á casa de sus padres dentro de los quince dias, y ántes que se cumplieran, saliendo un dia del convento de Padres Descalzos de su lugar, sus enemigos que lo aguardaban al paso, le dispararon cuatro escopetazos y le dejaron muerto; y lloró muerto la madre al hijo que no quiso ver vivo capuchino, cumpliéndose lo que el P. Juan la había dicho, todo dentro los quince dias señalados. Adoremos los altos juicios de Dios.

En la jornada que hizo á Roma, como ya hemos tocado, procuró lograr el fin por qué había procurado ir, que fué visitar los Santuarios de aquella ciudad y ganar las Indulgencias que hay en ellos. Hechas todas estas diligencias, enfermó en nuestro convento de unas calenturas de cuidado. Deseaba morir en su Provincia; pidióselo con afecto á la Vírgen, de quien era muy devoto, y que le alcanzase salud, aunque no fuese sino para volver á ella. Oyó la Vírgen sus ruegos, y se la alcanzó muy perfecta, con que vino contentísimo de Italia á España.

Apénas llegó á nuestro convento de Valencia, cuando se sintió enfermo de muerte; acordose de la peticion que le hizo á la Vírgen estando en Roma, y se confirmó que la salud con que había venido á España, se la había alcanzado ella: de que le dió las debidas gracias, y preparose para esta última jornada. Recibió los Sacramentos y se dió todo á una contínua oracion y recogimiento interior. Asistiole á toda su enfermedad su amigo íntimo el P. Fray José de Cazorla, compañeros en la peregrinacion de Roma; y deseándole acompañar tambien en la jornada del cielo, le suplicó al P. Fr. Juan que si iba al cielo y era la voluntad de Dios, le certificase de su gloria, y le pidiese le llevase consigo, para que fuesen compañeros en el descanso, como lo habían sido en el trabajo. Prometióselo el P. Fray Juan; y habiendo estado todo el tiempo que estuvo enfermo muy atento á Dios, aguardando su venida, le entregó su espíritu abrasado de caridad, dejando en su Provincia perpétua memoria. Murió en nuestro convento de Valencia el año 1609, en Enero.

P. José de Cazorla.

OCHO dias despues de la muerte del P. Fray Juan de Sahagun, murió tambien el P. Fray José de Cazorla, su íntimo y grande amigo y compañero en sus peregrinaciones. Amáronse mucho en vida, y en la muerte no quisieron tampoco apartarse el uno del otro, para continuar en el cielo con un vínculo de mayor perfeccion la amistad que tuvieron en la tierra.

Fué el P. Fray José natural de Cazorla, ciudad de Andalucia, donde siendo mozo tomó el hábito de nuestra seráfica Religion en la familia de los Padres Recoletos, viviendo algunos años entre ellos con opinion de Religioso muy perfecto y de los más observantes de la seráfica Regla, y con ejemplos de vida muy penitente. Habiendo llegado á su noticia la fama de la austeridad de los Capuchinos que habían fundado en Cataluña, y del rigor de su Instituto, trató luego de pasarse á ellos: y (1) en compañía de otro Padre de su misma Recoleccion, que se llamaba Vicente de Toledo, insigne Predicador de los de su tiempo, se vino de Andalucia á Cataluña á buscar los Capuchinos, cuyo Instituto abrazó con extraordinario contento (en 1585). Procuró en todo ajustar su vida á las leyes de nuestro Instituto, con tanta perfeccion que en pocos dias se descubrió ser grande la suya y un ejemplar de toda virtud, mirándose todas en él acompañadas de una grande prudencia, de que singularmente le dotó el cielo.

Ya profeso mostrose observantísimo de su pureza de la Regla y muy celante de la perfeccion y buen nombre de la Religion. Mirábase en él una vida ejemplar, porque eran ejemplares sus virtudes y dignas de ponerlas por dechado, para que las imitasen muchos. Ejecutáronlo los Padres de la Provincia de Cataluña, donde habiendo muchos de señaladas prendas de virtud y prudencia, hicieron eleccion del P. Fray José para Guardian y Maestro de Novicios de nuestro convento de Santa Eulalia (2): y ejercitó con tanto cuidado este ministerio, que se conoció le había Dios dotado de la gracia para criar las nuevas plantas de la Religion. Jamas se aficionó á los Novicios, sino á su virtud: amaba más á los que la tenían mayor: y á los que no se ajustaban á las buenas costumbres de la Religion, despues de algunos meses de su enseñanza, luego les quitaba el hábito. Decía que no eran buenos para capuchinos, sino los hombres interiores y de oracion y que tratasen de mortificacion. Hacía muchas pruebas de su natural y para descubrir su interior: con que los que profesaban, eran escogidos y Religiosos que despues con su vida ejemplar y buenos talentos ilustraron la Religion (3).

(1) Siendo simple Corista (Campdevánol).

(2) Y de Figueras (Campdevánol).

(3) Y para que entendamos con qué luces superiores se gobernaba en esta educacion de los novicios, añadiremos que una vez profesando á uno de ellos, le dijo en la plática que no tenía que agradecerle á él la profesion, porque no profesaba por su voto sino por los votos de los demas Religiosos. «Yo sé, añadió, que habeis de dar mucho que hacer á la Provincia, y que no habeis de perseverar en la Religion.» Todo lo cual se cumplió así como lo predijo, porque aquel miserable despues de algunos años apostató, y se fué á Roma, donde sacó facultad para pasar á otra Orden, y

Fué tanta la satisfaccion que dió en Cataluña en la crianza de los Novicios, que estando aun unida la Provincia de Valencia á aquella, le enviaron á esta en sus principios por Guardian y Maestro de Novicios de nuestro Convento de Santa Magdalena, y fué el segundo que ejercitó en ella este ministerio; y lo ejercitó con igual satisfaccion que en la de Cataluña, y por sus muchas prendas fué en ella Guardian, Definidor y Custodio para el Capítulo General. De todas estas honras era capaz él que tenía méritos y prendas para otras mayores. Era de venerable aspecto, acompañado de una grande modestia religiosa y mortificacion del hombre exterior, que mostrando en la suya su mucho interior, granjeaba juntamente la veneracion y respeto de todos. Preciábase de ser muy pobre, sin tener ni querer tener á su uso más de lo preciso que manda la seráfica Regla. Llevó siempre un hábito muy pobre y remendado, los pies siempre descalzos, y el sueño breve lo tomaba sobre unas tablas desnudas. Era muy puntual y el primero á todos los actos de Comunidad: reputaba por defecto muy dañoso á la disciplina monástica faltar al menor sin legítima causa que se lo estorbase. En el comer fué tan parco, que admiraban los que le miraban pudiese pasar con tan poco: con un pan que apénas llegaba á ocho onzas, pasaba cinco ó seis dias, él mismo dejaba en su servilleta el que le sobraba cada dia, sin que le pusiesen más, y le comía siempre duro: de lo demas comía con la misma templanza.

Una vez fué á Cazorla su patria y fué tan grande el ejemplo que dió á los propios y á los extraños con su modestia y mortificacion de sentidos y con su conversacion celestial, que dejó edificada toda aquella ciudad, dando á entender no había ido por sus comodidades, sino por el bien espiritual de las almas de los propios y de los extraños. Mirábanle todos como á oráculo de santidad, teníanse por dichosos los que llegaban á gozar de su celestial conversacion, y dejó de sí tan grande opinion que la confirmó el Señor con muchos milagros. Fué tanto el concepto que tuvieron de su virtud, que las chinelas (1) con que había dicho Misa, aplicadas á muchos enfermos, con esa fe sanaron muchos milagrosamente de sus enfermedades y achaques, de que se tuvo en la Provincia de Valencia cierta y verdadera relacion.

Vuelto de Roma del Capítulo General. á que había ido Custodio de Valencia (de donde trajo una Bula para una Cofradía de la Purísima Concepcion para el lugar de Masamagrell) con su amigo y fiel compañero el P. Fray Juan de Sahagun, como vimos en su vida; ocho dias despues de su muerte, estando el P. Fray José bueno y sano en compañía de otros Padres, dijo y lo oyeron todos: « Mi amigo el P. Fray Juan de Sahagun me llama y me convida para la gloria. A Dios, mis Padres, que me voy á morir á la enfermería. » Y aun convidó al P. Fray Luis de Valencia, su grande amigo, que era uno de los que se hallaron con él á este tiempo, si quería ir á la gloria con él; y él se excusó, diciendo que no se hallaba preparado. El P. Fray José del mismo puesto en que se halló cuando dijo que le llamaba el P. Fray Juan, se fué á la enfermería: luego se sintió herido del mal de la muerte. Se dispuso para el último viaje; habiendo sido toda su vida una continua preparacion para él: recibió los divinos Sacramentos, y manifestó en secreto el concierto que hizo con el P. Fray Juan de Sahagun ántes que muriese, de que le certificase de su gloria, y de que le alcanzase de Dios le fuese á gozar en su compañía, y como le había cumplido la palabra y había venido á llamarle, para que le gozasen juntos, de que tenía firmes confianzas, y que moría con mucha alegría. Y se vió que murió con mucha paz pocos dias despues de su enfermedad, en el

al fin acabó miserablemente. Era este Varon santo Religioso de oracion, y profesaba una cordialísima devocion á la Virgen Santísima nuestra Señora, como tambien á la Sagrada Pasion de nuestro Señor Jesucristo, cuyos santos misterios encendian tanto su corazon, que cuando celebraba Misa de Pasion en la Semana santa, lloraba con mucha copia y ternura, de modo que á veces le era preciso detenerse y hacer alguna pausa. Estas fueron las fuentes copiosas de donde el Varon fervoroso sacaba aquel espíritu de austeridad y de mortificacion, junto con las demas virtudes con que ilustró y santificó ambas Provincias (Campdevánol).

(1) En aquellos tiempos los Frailes descalzos se calzaban para celebrar Misa, dejando las sandalias on la sacristía. Más tarde fué admitido el decir Misa con sandalias ordinarias.

mes de Enero del año 1609. Dejó grande opinion de su santidad, y dolor grande en los Padres de la Provincia por haber perdido un tan gran Padre.

P. Matias de Sarreal.

Sus padres sólo sabemos que fueron labradores de mediana suerte. Habiendo en el siglo estudiado gramática, vistió nuestro hábito capuchino en el primitivo convento de Valls, llamado de San Jerónimo, el año 1580, que fué el tercero de la fundacion de la Provincia. La vida que llevaban entónces los Religiosos era acompañada de aquel gran rigor y austeridad voluntaria que hemos dicho diferentes veces, entre cuyos fervorosos ejemplos se crió nuestro P. Matias, y se formó uno de los Religiosos virtuosos y ejemplares de aquellos tiempos. En el largo tiempo de veinte años no tuvo otro lecho para dormir que las desnudas tablas, ó alguna vez una estera en tiempo de frio. Asimismo por el tiempo de doce años negó á sus pies el pequeño alivio de las sandalias, caminando enteramente descalzo. El hábito que cubría su cuerpo era viejo y remendado, y las demas cosas de que usaba eran asimismo muy pobres, mostrándose en todo austero, rígido, y mortificado. Juntaba con este rigor un particular silencio y recogimiento, excusando el trato y conversaciones de seglares, singularmente de mujeres, siendo en esto tan constante que una vez fué menester el mandato del Superior para que hablase á cierta señora que vino á verle. Pero al paso que era tan extraño con los seglares, se mostraba muy caritativo con los Religiosos en órden á su consuelo espiritual. No había tiempo ni hora, fuese de dia ó de noche, en que no los recibiese y escuchase sus confesiones con mucha caridad y paciencia, sin que le sirviese de impedimento el tener ya muchos años, ni el estar con poca salud en la enfermería, donde los recibía y consolaba con igual caridad. Había procurado el Varon santo encender su corazon en el amor de Jesucristo mediante la oracion santa, empleando en ella no sólo las horas destinadas para la Comunidad, sino tambien otras horas extraordinarias, en que no pocas veces fué hallado ocupado en este santo ejercicio. Aquí sin duda se encendieron aquellas llamas de caridad, de paciencia, de mansedumbre, de mortificacion, de austeridad, y de las demas virtudes que ilustraron su vida y santificaron su muerte, la cual se verificó en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1609.

P. Pablo de Graus.

En el mismo año y convento falleció tambien otro Religioso no ménos ejemplar, llamado P. Pablo de Graus, que es un pueblo del Reino de Aragon. Su mucha virtud empezó á descubrirse en aquellos dias que vestido de seglar estuvo en el noviciado ántes de vestir el santo hábito, segun se acostumbra entre nosotros. Era entónces Maestro de novicios en el convento de Santa Eulalia el P. Bernardino de Manzanilla, el cual queriendo probar el espíritu y vocacion de este pretendiente, le ordenó que quitándose las medias y los zapatos y con la cabeza descubierta, tomase una cesta y fuese á pedir limosna de pan á las Señoras Monjas del convento de Pedralbes, que estaba poco distante. Cumplió el mandato con exactitud el fervoroso pretendiente, aunque al principio sintió bastante repugnancia, por ser muy conocido de aquellas Señoras Monjas, las cuales le hicieron limosna de pan con generosa liberalidad. Otra vez le mandó el mismo Maestro que fuese al santo hospital de Barcelona, y se ocupase en servir á los enfermos; pero viendo que ya estaba á la portería para dar cumplimiento á este nuevo mandato, le mandó llamar y revocó la órden. Tambien le mandaba asistir en el refectorio con los novicios, y allí decir la culpa, ayunar á pan y agua, y hacer las demas penitencias acostumbradas; con cuyas pruebas, obedecidas con todo rendimiento, fué admitido á la Orden, y vistió el santo hábito el dia tres de Marzo del año 1600. De estos fervorosos principios podemos colegir cuan perfecta y santa sería su vida

en los nueve años que vivió en la Religion. En efecto habiendo pasado el noviciado con mucho fervor, y hecho la solemne profesion de los votos, observó siempre las reglas y costumbres estrechas de nuestro Instituto con tanta perfeccion y celo, que aunque jóven no dudaron confiarle el oficio de Vicario ó Presidente algunas veces. Descubríase en él un espíritu austero, mortificado, fervoroso, celante de la observancia regular, y deseoso de su aprovechamiento espiritual. De todo lo cual fueron pruebas nada dudosas el asistir con puntualidad á los ejercicios y actos comunes; el dormir sobre las tablas desnudas; el oir cuantas Misas se decían en el convento, miéntras que la obediencia no le mandase otra cosa; el recogimiento, la oracion, y otros ejercicios virtuosos con que resplandecía á los ojos de todos. Mas cuando una conducta tan espiritual y fervorosa prometía ulteriores progresos en el camino de la perfeccion religiosa, se dignó el Señor probarle con una larga enfermedad, la cual sufrió con mucha paciencia; y purificado con ella su espíritu, pasó de esta vida para gozar en el cielo el premio eterno, segun piamente creemos.

Fr. Jerónimo de Jijona, Lego

El mismo año, en el mes de Enero, murió Fray Jerónimo de Jijona, Religioso de muy ferviente espíritu y de vida muy penitente. Tomó de muy atrás la carrera del servicio de Dios, y no dejó de andar en ella hasta que se le acabó el curso de la vida. Desde los años de su mocedad, trató de servir á Dios con perfeccion; no trataba aun entónces sino con las personas más espirituales, y sus ordinarios ejercicios eran de oracion y de mortificacion de la carne, de ayunos, cilicios y disciplinas, de hacer limosnas, y de frecuentar los Sacramentos de la confesion y comunion. Procuraba reconciliar los que estaban discordes, y diole Dios tanta gracia en componer las partes encontradas, que atajó muchas discordias de que se esperaban daños grandes y muchas ofensas de Dios.

Toda su vida vivió continente: no se quiso jamas casar; en cuarenta años que tenía de edad cuando vino á nuestra Religion, jamas había tratado de ello. Fué singularmente devoto de la Preciosa Sangre de Cristo Señor nuestro, y procuraba lo fuesen todos los de su lugar: y para que lo fuesen, á sus costas procuró Bula del Sumo Pontífice para fundar en su lugar una Cofradía de su título, y la alcanzó con muchas Indulgencias para sus cofrades: y á su honra levantó un Altar con un retablo de su título. Era su fiesta para su espíritu la más regocijada y de su mayor devocion, y aun lo fué mayor despues de Religioso capuchino, creciendo más en su alma, cuanto era mayor el conocimiento que alcanzó del amor inmenso con que la derramó Cristo por nuestra Redencion.

Ardían siempre en su pecho deseos grandes de hacer grandes cosas en servicio de Dios: en agradecimiento de su divina Sangre deseábale consagrar la vida en la más áspera y penitente Religion. Inclinose siempre á la de la Cartuja, porque le pareció no había otra que más al justo le viniese para su fervoroso espíritu y ardientes deseos de más agradar á Dios. Pero mudo de parecer luego que vió y trató á los Capuchinos, que los trajo de Alicante á Jijona para que le predicasen la fiesta de la preciosísima Sangre de Cristo; y despues de informado de su Instituto, no sólo procuró ser él capuchino, sino que trajo consigo otros dos amigos suyos, clérigos de su mismo lugar, que fueron los Padres Fray Bartolomé y Fr. Andres de Jijona, ambos Religiosos de mucho espíritu, para que lo fuesen con él: y á todos tres juntos vistieron á un mismo tiempo nuestro santo hábito, y todos tres profesaron despues nuestra seráfica Regla.

Descubrió siendo novicio Fray Jerónimo su ferviente y penitente espíritu con los rigores y mortificaciones de cilicios, ayunos, y sangrientas disciplinas: que como estaba en esto hecho á seguir su voluntad, fué necesario le fuera el Maestro á la mano y pusiera término á sus excesos: quebrantando su querer para que sus ejercicios fuesen de mayor mérito, gobernados por la obediencia. Azotábase

muchas veces, y tan sin piedad, que no paraba hasta derramar mucha sangre. Esto le duró toda la vida, por imitar en lo que podía los azotes de Cristo, á quien consideraba presente atado á la coluna y todo bañado en sangre cuando se azotaba. Sus más ordinarios ayunos eran á pan y agua. Su modestia y mortificacion exterior parecía la de un Anacoreta del desierto: más parecía muerto que mortificado.

Profesó la seráfica Regla, acabado su noviciado, y comenzó desde entónces á correr con espíritu más fervoroso á la perfeccion de todas las virtudes, puestos siempre los ojos de su consideracion en Cristo crucificado, para imitar las suyas: de que le nacía un afecto de grande confusion, mirándose tan distante de parecerse á este Señor, con que iba siempre descontento y quejoso de sí mismo y de cuanto bueno hacía. Jamas le parecía había hecho nada que fuese del gusto de Dios, con que cada dia comenzaba de nuevo, olvidando y desestimando cuanto hasta entónces tenía hecho. Su pobreza exterior no podía ser mayor, sin tener á su uso más de un hábito viejo, estrecho y remendado. Siempre, aunque viejo llevó descalzos los pies y durmió sobre unas desnudas tablas. Su oracion era contínua y muy interior, y se manifestaba en los efectos exteriores las muchas medras que de ella sacaba su espíritu.

Era de sentido y fuerte natural: conocía le era estorbo para su aprovechamiento espiritual, y para tener arraya sus movimientos, se hacía contínua guerra y violencia: con que fué más admirable su paciencia, por la mayor dificultad y por costarle mayor trabajo. Si alguna vez se mostraba desabrido por no salirle á gusto lo que deseaba, ó hablando con otro había levantado más la voz de lo que permitía la modestia religiosa, ó le parecía había ocasionado molestia ó desedificado al prójimo: en advirtiéndolo, luego se echaba á sus pies y con verdadera humildad le pedía perdon; y no contento con esta satisfaccion, iba á dársela á Dios; y en el rincon más secreto del convento, con vivas lágrimas lloraba amargamente su culpa y le pedía perdon de ella: y pareciéndole todo poco, la castigaba en sí con una rigurosa disciplina, con que se abría los espaldas á fuertes azotes, como si hubiera cometido la culpa mayor. De este modo convertía en suaves flores las espinas de los primeros movimientos de su colérico natural.

No fué menor su caridad, singularmente con los enfermos (había sido cirujano en el siglo), y siempre que los había, se los encomendaban á él los Prelados, y cuidaba de ellos con tanta puntualidad que no sólo procuraba su salud, sino su alivio y su consuelo, como si fuera madre de cada uno. Por estas sus ejemplares virtudes, siempre nuestros Prelados le tuvieron ocupado en el oficio de portero de los Conventos donde estaba, por el notable bien que hacía, dando toda satisfaccion á los de fuera y á los de dentro. Sólo en mirarle cuando abría la puerta, hacían de su modestia un concepto grande de la mucha religion del Convento, y obraba un grande respeto y reverencia con que habían de portarse miéntras estuviesen dentro de él, que nadie osaba no sólo descomponerse, pero procuraban estar con todo recato. Tanta modestia había obrado en ellos la del Siervo de Dios Fray Jerónimo, que la despertaba en los que la miraban, y edificados de ella se iban del convento con grande concepto y estimacion de él y de la Religion.

Ya viejo y lleno más de virtudes que de años, enfermó en nuestro convento de Valencia. Tuvo por cierto era su enfermedad llamamiento de Dios para llevársele á su gloria: y si toda su vida había sido un cuidado contínuo de asegurar la eterna, en esta ocasion se procuró fiadores mayores, para que lo trabajado hasta entónces no se malograra. Llevó con mucha paciencia y gusto aquella enfermedad, resignado en la divina voluntad: no se le oían otras palabras sino: « Señor, hágase en mí vuestra santa voluntad », sin pesar de repetirlas: y con ellas le entregó el alma despues de haber recibido todos los Sacramentos, en nuestro convento de Valencia, en el mes de Enero del año 1609.

Fr. Antonio de Mollet, Corista.

FRAY Antonio fué natural de Mollet, lugar de Cataluña. Cuando abrazó nuestro Instituto capuchino, se acercaba ya á los cuarenta años de su edad, y sin embargo siguió con tal fervor y espíritu los caminos de la perfeccion religiosa, que en pocos años hizo admirables progresos en la virtud. Su entrada á nuestra Orden se verificó el dia 26 de Setiembre del año 1606, en cuyo dia vistió el santo hábito en la clase de Corista. En el noviciado mostró claramente que no el espíritu del mundo, sino el espíritu de Dios le había conducido al desierto de la Religion, pues aunque de la edad que dijimos, practicaba y ejercitaba con grande fervor las penitencias, mortificaciones, humillaciones, y demas ejercicios que acostumbran los novicios jóvenes: cuyo fervor y espíritu fué creciendo con nuevos y mayores incrementos despues que mereció ser admitido á la solemne profesion. Entónces se vió que la austeridad y penitencia fueron las virtudes más familiares de su espíritu, creyendo sin duda que un Religioso sin mortificacion será siempre imperfecto y relajado. Vestía un hábito pobre y remendado; caminaba enteramente descalzo, sin hacer uso de las sandalias; dormía sobre unas tablas desnudas ó sobre una estera; era muy moderado en la comida singularmente en el uso del vino, siendo muy poco ó casi ninguno el que bebía; hacía las disciplinas con gran rigor, y añadía algunas extraordinarias á las comunes de la Orden: cuya austeridad y penitencias se hacian más sensibles con vivir algo enfermizo y con poca salud. Mas todo lo puede el amor de Dios y la consideracion de la Pasion de nuestro Redentor.

Había procurado este Varon penitente encender su corazon por medio de la oracion santa, á cuyo ejercicio fué tan aplicado, que á más de las horas destinadas para la Comunidad, empleaba otros ratos así de dia como de noche, de modo que habiendo cumplido con la obediencia, se recogía en la celda y se daba á la oracion. Aquí se formaron sin duda aquellos ardientes deseos de padecer y seguir á Cristo por los caminos de la cruz, los cuales fueron tan fervorosos, que parece que todo era poco para satisfacerlos. Padeció por algun tiempo ciertas llagas en las piernas y en las rodillas, y no obstante estaba arrodillado en la oracion, ó para despreciar las penas, ó para acrecentar los dolores. Hallábase una vez enfermo, y ordenando el médico que le hiciesen ciertas friegas en las piernas á fin de desviar los humores, respondió el Varon fervoroso que esto era demasiado regalo, y que podían excusarlo, supuesto que á nuestro Redentor Jesucristo no se le había concedido semejante benignidad. En otras ocasiones pusieron á su cargo las oficinas del despertador, de la sacristía y de la puerta; y no obstante de ser muchas las ocupaciones, hallaba tiempo para ayudar á los otros Religiosos en sus necesidades, y si veía á alguno afligido le exhortaba al sufrimiento con gran fervor. Asimismo si alguna vez trataba con personas seglares, les hablaba de Dios y de materias espirituales con particular gracia que tenía para ello; y siendo por otra parte manso y benigno, producía en ellos efectos muy saludables. Otro fruto muy provechoso sacaba tambien de su fervorosa oracion, y fué una cordial devocion al dulcísimo Nombre de Jesus y á la Santísima Vírgen María nuestra Señora, cuya devocion manifestaba llevando casi siempre en la boca aquel sagrado Nombre, y honrando á la Sobrana Reina con rezarle su Oficio y su Rosario, y con ayunar los Sábados: recibiendo en retorno aquellas abundantes gracias, que le elevaron á tanta virtud, y le dispusieron para una feliz y dichosa muerte.

Solos cuatro años vivió en la Orden este santo Religioso y estos con la perfeccion que acabamos de insinuar, y habiendo sufrido con mucha paciencia su última enfermedad, al acercarse el fin de su vida, léjos de acongojarse, se halló ocupado de una particular alegría y consuelo. Díjole cierto Religioso que se aparejase á morir, porque su vida quedaba sin esperanza; á lo cual respondió con grande alegría: « Hágase la voluntad de Dios, que no tengo nada en el mundo », y levantando la mente y cara al cielo, con rostro alegre y risueño empezó á cantar himnos y alabanzas á Dios, y con esta alegría perseveró

hasta la muerte, segun refiere el mismo Religioso que le dió la noticia de su próximo fallecimiento. Más ex presiva de su fervor y de su espíritu fué la respuesta que dió á otro Religioso, cuando le dijo que su muerte estaba tan poco distante, que no le daban más que diez horas de vida; á cuya noticia exclamó: « Ah¿ y tanto tiempo tengo de tardar para verá Dios? » como significando las ánsias y anhelos de que estaba ocupado su corazon de salir de este mundo y pasar á la patria de los Bienaventurados. Así lo deseó, y así creemos que lo consiguió, segun nos lo persuaden los virtuosos ejemplos de su vida y las fervorosas circunstancias de su muerte. Murió el Siervo de Dios en nuestro convento de Solsona, en el año 1610. En su entierro concurrió mucha gente en testimonio de la opinion santa que le merecieron sus virtudes.

Fr. Teodoro de Palermo, Lego.

Este Religioso nació en Palermo, ciudad del Reino de Sicilia, pero habitó desde jóven en la ciudad de Barcelona, en casa de cierto comerciante, devoto de nuestra Orden, llevándose aquí con tanta bondad, que se mereció los cariños de los dueños de la casa, los cuales le amaban no de otra suerte que si fuese hijo suyo. Estas buenas circunstancias podían seguramente proporcionarle alguna prospera fortuna, ó en la carrera del comercio, ó en la profesion de otro estado; mas él deseoso de otros bienes más sólidos y más perfectos, despues de morar algunos años en dicha casa, abrazó el estado religioso en nuestra Congregacion, y vistió el hábito capuchino el dia 18 de Noviembre del año 1583, quedando agregado á la humilde clase de los legos con el nombre de Fray Teodoro de Palermo.

No fué negligente ni perezoso en los árduos caminos de la perfeccion religiosa, ántes los siguió con espíritu tan fervoroso, que subió á un grado muy alto de virtud. Por más que fuesen rígidas y austeras las observancias de nuestro Instituto, singularmente las austeridades que voluntariamente añadian á las de la Orden en aquellos primitivos tiempos, parece fueron pequeñas para llenar los deseos que tenía de padecer y mortificarse. Todo el abrigo de su cuerpo se reducía á un hábito pobre, austero y remendado, sin admitir muchas veces el uso de las sandalias, singularmente cuando salia del convento; ni aun para el sueño pretendía otra comodidad que las desnudas tablas que formaban su lecho. Las demas cosas que la necesidad le obligaba á usar eran siempre muy pobres segun el espíritu de nuestro P. S. Francisco. Consiguiente á esta privacion de las cosas terrenas fueron el rigor con que hacía las disciplinas, los muchos ayunos que añadía á los de obligacion, la paciencia con que recibía las reprensiones de los otros; la humildad con que decía sus faltas, exagerándolas como si fuesen muy graves, y haciendo la penitencia con alegría, y en fin una simplicidad muy singular, una obediencia muy rendida, y una asistencia muy puntual á los actos y ejercicios de Comunidad. Todas estas virtudes le merecieron tal concepto de perfecto y santo Religioso, que los Prelados no dudaron confiarle la educacion y enseñanza de los hermanos legos jóvenes en el noviciado de Santa Eulalia, cuyo encargo desempeñó por muchos años con perfeccion, instruyendo á los novicios no sólo en los oficios de cocinero y hortelano, sino tambien y principalmente en las cosas de espíritu y del servicio de Dios. Y como por otra parte fuese tan ejemplar y virtuoso, produjó efectos muy provechosos en el ánimo de aquellos novicios.

Tal fué la vida exterior de este Siervo de Dios; mas cual fuese su vida interior, la excelencia de su oracion, y la union de su espíritu con Dios, no lo hallamos del todo explicado, pero nos lo significan bastantemente algunos arrobamientos y excesos mentales que se observaron en él en diferentes ocasiones. Morando una vez en nuestro convento de Perpiñan, fué visto en una celda del mismo convento arrobado con el rostro tan encendido, que parecía tener en él brasas ardientes. Otra vez subiendo una escalera en casa de Angel Cardona, vecino de Perpiñan, se quedó tambien arrobado por algun espacio de tiempo. Ni fueron estas solas las

ocasiones en que mereció semejantes favores del cielo, sino que fueron otras muchas, las cuales refiere un Religioso nuestro en el modo siguiente: « Tuvo « (Fray Teodoro) grandes arrebata- « mientos los primeros años de su « conversion, tanto que en hablando « de cosas de espíritu se arrebataba, « y esto le acontecía muchas veces en « el convento y fuera de él. Y yo ví « que estando el Padre Fray Angel del « Mas reprendiendo á él y á otros, « que en aquel tiempo tenían raptos, « por conservarlos en humildad, se « quedó por un buen espacio de tiem- « po sin sentido, por lo cual el Pa- « dre Fray Angel cesó de reprender- « los, pareciéndole obra de Dios. Des- « pues vino este Religioso á sosegar « su espíritu y á tener oracion más « quieta, y cesaron con el tiempo los « raptos ». Esto dice el indicado Religioso que conoció al Siervo de Dios. A estos favores celestiales debemos añadir el espíritu de profecía, del cual fué tambien adornado, segun lo demuestra el caso que vamos á referir. Francisco Cors, Doctor en leyes, de Barcelona, había concertado su casamiento con cierta señora, y tenía el negocio tan adelantado, que ya se cortaban los vestidos para la boda. Hablole Fray Teodoro, y con luz superior le dijo que su esposa no sería aquella señora con quien tenía concertado el casamiento, sino que sería otra, y se la nombró. No quiso creerle el Señor Doctor, por parecerle imposible el romperse un contrato tan asegurado: pero el suceso verificó la prediccion del Siervo de Dios; porque á poco tiempo mudó de parecer y de voluntad, y al fin se casó con la misma señora que le había predicho el Varon iluminado.

Otros favores tambien muy singulares recibió por intercesion del glorioso San Antonio de Padua, á quien profesaba tan especial devocion, que á más de ayunar con rigor su vigilia y celebrar devotamente su fiesta, exhortaba á los otros á que le fuesen cordialmente devotos; con cuya devocion y servicios alcanzó del Santo muy señalados beneficios á favor de algunas personas singularmente enfermas: entre las cuales se nombra Doña María de Paguera de Barcelona. Estaba esta señora tan gravemente enferma, que los médicos la habían desamparado, y los otros recelaban entrar donde ella estaba, por sospechar contagiosa aquella enfermedad. Llegó á la casa nuestro Fray Teodoro, y pidió le dejasen visitar á la señora enferma, diciendo que él tenía un amigo que le daría la salud. Entró y exhortó á la señora que tuviese fe y devocion con San Antonio, y añadiendo él su invocacion, produjo un efecto tan maravilloso, que la enferma curó luego de los gravísimos males que padecía. Con semejante fe y confianza en el Santo consoló á otras personas, consiguiendo por su intercesion el que hallasen las cosas perdidas. Una de estas personas fué el mencionado Francisco Cors, el cual habiendo su mujer perdido un relicario en cierta heredad, comunicó esta perdida á Fray Teodoro, y mereció despues de seis meses hallar el relicario en una viña, colgado de una cepa, como si de propósito le hubieran puesto allí, quedando tan admirado, que tuvo el hallazgo por maravilloso. Con mayor claridad explica esta gracia del Siervo de Dios el P. Juan Evangelista de Sarriá con las palabras que siguen: « Fué (Fray « Teodoro) muy devoto de San An- « tonio de Padua, y por la perse- « verancia que tuvo en esta devocion « le concedió Dios don de hallar co- « sas perdidas con la invocacion del « dicho Santo: y lo experimenté yo en « dos ocasiones, que contra la espe- « ranza que teníamos, halló las cosas « que se habían perdido. Y tenía tan- « ta fe con el Santo, que cuanto más « desconfiaban de hallarse las co- « sas, más cierto prometía él que « se hallarían, y de hecho aconteció « así. » Todo esto dice el expresado Padre, que pudo saberlo por haber sido Guardian del mismo Fray Teodoro.

Con el esplendor pues de tantos dones, y con el adorno de tantas virtudes llegó finalmente el Siervo de Dios al período de su muerte: y para que esta tuviese el colmo de la felicidad, dispuso el Señor que fuese efecto y fruto de una heróica caridad. Esta virtud fué siempre muy amada del Varon santo, el cual animado del espíritu de Jesucristo, nada omitía de cuanto pudiese servir al consuelo y

alivio de sus prójimos. Si en el convento había enfermos, los servía con mucho amor, compasion y cuidado. Para los pobres componía una olla, y se la repartía con gozo, junto con lo demas que su industria podía hallar; haciéndoles al mismo tiempo pláticas espirituales, para que el alma y el cuerpo tuviesen su refeccion. Estas mismas pláticas hacía tambien cuando visitaba personas seglares, singularmente si estaban enfermas, produciendo en ellas con su buena gracia saludables efectos de edificacion y consuelo. Al fin fueron tan encendidas las llamas de su caridad, que habiendo caido enfermo en nuestro convento de Blanes cierto forastero que había llegado allí en traje de peregrino, el Varon caritativo se encargó de servirlo y cuidarlo en todo cuanto fuese menester. Y aunque los médicos reputaban aquella enfermedad por contagiosa, y los Religiosos le advertían que debía servirle con cautela, él despreciando todos los peligros, le daba de comer por su propia mano, y ejercitaba los demas buenos oficios con tanta familiaridad como si fuese su hermano, perseverando en este servicio hasta que murió el peregrino. Más presto se dignó el Señor darle en el cielo el premio merecido con tan heróica caridad; porque habiendo contraido la misma enfermedad, acabó los dias de su mortal carrera, para empezar los años eternos en la felicidad de los Justos. Había conservado la flor de la virginidad; cuya virtud añadiría nuevo esplendor á la corona de gloria que Dios le concedió en el cielo, segun piamente creemos. Murió el Varon santo el año 1610, en nuestro convento de Blanes, en cuya villa, como tambien en Barcelona, fué sentida y llorada su muerte por algunos que le profesaban particular afecto y devocion. (*V. Bover. II, p. 842*).

Fr. Vicente de Valencia, Corista.

Ese año de 1610 cogió Dios del jardin de la Religion esta flor apénas nacida, y que daba tan suave olor de todas las virtudes como si fuera de las de muchos años. Deleitaba á todos el de las suyas; era esta hermosa flor más del cielo que de la tierra, y por serlo la quiso Dios trasladar á su patria: y para que exhalara aun mejor olor, diole una grave y penosa enfermedad con unas muy ardientes fiebres que hacían muy vistosa su paciencia y muy hermosa su humildad, y en gran manera admirable su resignacion. No salían de su corazon á su boca sino alabanzas divinas y afectos encendidos de divino amor.

Visitábale á menudo su padre, quien sintiendo verle padecer tan ardientes calenturas dentro de aquel hábito, deseaba se le pusiese una camisa para que lo pasase con más alivio. Hallábase á este tiempo en nuestro convento de Valencia nuestro P. General, Fr. Jerónimo de Castelferretti (que había venido á la visita de la Provincia): fuese á él, y postrado á sus pies, le suplicó permitiera se le pusiese á su hijo una camisa. Por no afligirle más, y para que él mismo se desengañase, le dijo el P. General: « Vamos al enfermo » (de cuya virtud tenía ya noticia): y entrando en su celda con su padre, le dijo: « Hijo, aquí está tu padre que te trae dos camisas; las calenturas que padeces son muy ardientes: para que lo pases mejor, ponte la una, que yo te doy mi bendicion. » Afligiose sobre manera el espíritu de Fray Vicente, y vuelto con lágrimas al P. General, le dijo: « Padre, suplico á V. P. M. R. no me mande poner camisa, teniendo ya tan cerca la muerte que no me ha de ser de alivio sino de mayor pena, ni por ella tendré salud ni vida. » Volviose el P. General (quien no quiso obligar al jóven) al padre del enfermo, diciendo: « Ya yo he hecho lo que debía »: y todos quedaron muy edificados, viendo tanta virtud y celo en un Religioso tan nuevo.

Iba por la posta caminando para la muerte. Era el Juéves Santo, y como se había hecho el monumento en la capilla en la cual estaba la bóveda donde se entierran nuestros Religiosos, dábales cuidado á los demas donde le enterrarían si moría. El fervoroso Corista, como si le hubieran manifestado este cuidado, les dijo que no lo tuviesen, que no moriría miéntras el Señor estuviese en el monumento, que luego despues, quedaría la sepultura desem-

barazada para enterrarle. Repetía muy á menudo estos dias las palabras de S. Pablo (Hebr. 4) que canta en ellos la Iglesia: *Festinemus... ingredi in illam requiem*, con deseos grandes de verse en ella. Había ya recibido los Sacramentos; y todo atento en Dios, entretenido con amorosos afectos, llegó hasta el Sábado Santo: y cuando en la iglesia se decía la Misa de aquel dia, cuando el Sacerdote entonó la primera *Alleluia*, dió Fray Vicente su espíritu al Señor, para irla á cantar entre los coros de los Angeles: cumpliéndose lo que había dicho ántes, que en saliendo Cristo de su sepulcro, entraría él en el suyo. Fué tanto lo que el P. General y sus compañeros quedaron edificados de la virtud y dichosa muerte de este santo Religioso, que se repartieron como reliquias lo que tenía á su uso, que fueron el Rosario, las disciplinas, y algunas imágenes que tenía por registros en el Breviario; y por donde quiera que pasaban despues de sálidos de Valencia, publicaban lo mucho bueno que habían visto en este santo Religioso. Murió, como se ha dicho, en 1610.

Fr. Narciso de Murviedro, Lego.

OTRA flor no ménos hermosa y olorosa que en la Provincia de Valencia cogió Dios este año del jardin de la Religion para su gloria, fué un narciso, que su mismo nombre decía que lo era, Fray Narciso de Murviedro, Religioso lego, narciso de color celeste por su celestial conversacion y por la fragancia celestial que derramó y dejó en toda su Provincia de sus celestiales virtudes. Fué por las suyas tenido de todos los de ella por uno de los Religiosos más ejemplares, en quien se miraban todas juntas, tan fervoroso que no fué visto jamas ocioso: todo el tiempo le parecía poco para darse todo á la oracion y á los ejercicios humildes de su estado. Entre todas sus virtudes campeó la de la mortificacion de sus sentidos y de sus pasiones, no viéndose jamas harto de penitencias, de estrechos ayunos á pan y agua, de rigurosas disciplinas, de mucho silencio; apénas se le oía hablar, siempre los pies descalzos, y su sueño sobre unas desnudas tablas; un hábito estrecho y corto, ceñido de una cuerda muy gruesa: todo él parecía un retrato vivo de penitencia, acompañada de una modestia celestial que robaba los ojos y corazones. Con estos ejemplos admirables de virtud, llegó á la cumbre de la perfeccion y término de su vida, y con una breve y fuerte enfermedad que se la quitó despues de haber recibido los Sacramentos, descansó en el Señor en nuestro convento de Valencia, en 1610.

P. Isidoro de Mora.

EL Padre Isidoro de Mora fué Portugues de nacion. Tomo nuestro hábito en la Provincia de Cataluña, y de seis Coristas escogidos que envió á los principios de la fundacion de la de Valencia, fué uno el P. Isidoro, que no poco la ayudó con los ejemplos de su celestial vida. No se vió en otro modestia religiosa mayor que la suya; la mortificacion de sus sentidos, singularmente la de sus ojos fué rara; no sólo no los levantaba jamas para mirar el rostro á las mujeres, pero ni el de los hombres miraba. Era su composicion exterior muy natural y sin afectacion, y tan admirable, que influía modestia en los que le miraban, y componía á los más modestos; era una lengua muda que sin más voces convidaba á la virtud y á las alabanzas de Dios: á todos edificaba, y daba ejemplo de perfecto Religioso. Testimonio evidente de la interior composicion de su alma, de la mortificacion de sus pasiones y mucha paz interior, y de cuan elevado llevaba siempre en Dios su espíritu. Al paso de su religiosa modestia eran las demas virtudes, y todas se hermosaban admirablemente con la modestia.

Quísolas Dios perfeccionar con la de la paciencia, con una larga y molesta enfermedad; rómpiesele una vena del pecho, que sin admitir remedio, le quitó la vida por la mucha abundancia de sangre que echaba de ella muy á menudo. Durole este accidente mucho tiempo, y todo él se vió en el Padre Isidoro una admirable paciencia,

llevando su trabajo con tan notable sufrimiento que jamas se notó en él la menor muestra de sentimiento ni de queja, sino siempre el abandono en Dios: tan prevenido para morir, que cada instante se tenía por muerto, aguardando con alegría la venida del Señor. Recibió los Sacramentos, y con mucha paz pasó de esta vida al cielo, como piamente lo esperamos. Murió en nuestro convento de Valencia, en el mes de Febrero del año 1610.

P. Serafin de Játiva.

Fué varon consumado en virtud el Padre Fray Serafin de Játiva, porque tuvo en grado perfecto la del temor santo de Dios, que fué el camino por donde le llevó Dios, no el servil, sino el filial que nace de la caridad: con que llegó á la cumbre de la más alta perfeccion que constituye á un hombre seráfico, mirándose en él todas las virtudes juntas que acompañan á este perfecto temor, sin que faltase una á su alma.

Fué el P. Serafin natural de Játiva, insigne y antigua ciudad en el Reino de Valencia, de la familia de los Roures muy antigua en ella. Tomó en los años de su adolescencia el hábito de nuestra seráfica Regla, en la Provincia de la Regular Observancia del Reino de Valencia, donde vivió algunos años con opinion de los Religiosos más perfectos de ella, pasando despues á los Capuchinos de Cataluña con otros. Descubrió tambien entre ellos su mucha virtud, y por ella le enviaron á la Provincia de Valencia, en los principios de su fundacion. Y con los ejemplos de su seráfica vida, con su predicacion y gobierno, fué uno de los que más trabajaron á levantar el nuevo y espiritual edificio, echando en él seguros fundamentos para que permaneciese firme y estable, ya con el oficio de Guardian, ya con el de Definidor, ya con el de Comisario y de Custodio para el Capítulo general. Ministerios en que se mostró vigilantísimo y celosísimo de los mayores aumentos de la nueva Provincia, siendo el primero en la pura observancia de la Seráfica Regla y Constituciones de la Orden. Era al coro el primero, á la oracion, en el retiro, en el silencio, y á todos los demas ejercicios conventuales: y sin más voces que las de su ejemplo, sus súbditos seguían con una suave violencia sus pisadas. Era de todos querido por sus virtudes y por su natural apacible y cortesía con que trataba á todos; y con el trabajo y buen gobierno de este venerable Padre, se aumentó mucho el espíritu y perfeccion de la naciente Provincia, ganándole con los de fuera y de dentro opinion y glorioso nombre.

Mostraba en el púlpito su mucho espíritu y el celo grande de la salud de las almas: sus sermones todos se encaminaban al provecho de ellas, y convertía muchas al temor de Dios, por ser su doctrina conforme á su espíritu, que como el suyo se hallaba bien con él y era el por donde Dios le llevaba, por él procuraba llevar las almas á Dios, con celo tan grande de su honra, y con afecto tan encendido de caridad, que se cansaba y fatigaba en el púlpito por las almas, de que era buen testimonio el sudor de todo su cuerpo, de que quedaba su hábito tan penetrado, que no quedaba ménos bañado por fuera que por dentro; hasta los sacos con que estaba remendado, se le miraban todos bañados del sudor.

Era de aspecto muy venerable, y su modestia religiosa hacía lo fuese más: no se miraba en él sino una viva imágen de un perfecto Fraile Menor y un ejemplar de toda virtud. Era sobremanera humilde; procuró y logró siempre evitar el ser Guardian de nuestro convento de Valencia, y forzado á ser Prelado alcanzó serlo sólo de conventos menores. El de Onteniente era de su mayor gusto, por ser más de su espíritu por su mucho retiro y soledad. Era muy honesto y cauto con las mujeres; si no era que el oficio de Guardian ó la caridad le obligase, jamas las hablaba, y entónces era con tanta circunspeccion, que fuera de tener el compañero á la vista, estaba con tanta composicion exterior y mortificacion de ojos, como pudiera el más honesto y mortificado Novicio, sin mirarlas jamas á la cara, y sus pláticas con ellas todas eran de edificacion.

Para que no faltase al mérito de sus virtudes el de la paciencia, quiso Su Majestad probarle con una grave y prolija enfermedad que llevó con mucha

conformidad con la divina voluntad. Y examinado su espíritu con ella, y aun descubriendo los hombres los quilates de sus heróicas virtudes que descubrió en ella, recibidos con devocion grande los divinos Sacramentos, murió en el Señor en nuestro convento de Onteniente, y, como piamente creemos, subió su alma á gozar de Dios.

Apénas supo aquella Real Villa el tránsito del Siervo de Dios, cuando todos á porfía corrieron á nuestro convento á venerar su cuerpo como de Santo, y á llevarse reliquias de su hábito. Despues de seis años de su muerte, queriendo trasladar sus huesos á la nueva bóveda que se había labrado para los Religiosos difuntos, se halló el cuerpo del P. Serafin tan entero y fresco como el dia que le enterraron, sin haberse desfigurado en nada su rostro; de que quedaron todos justamente admirados, no sólo por haberle hallado entero despues de tanto tiempo, sino mucho más por haber estado cubierto de tierra muy húmeda, pues todo el convento estaba contínuamente cercado por todas partes de acequias de agua. Quiso Dios con esta incorruptibilidad del cuerpo de su Siervo, dar un testimonio de la gloria eterna que gozaba en el cielo su alma. Murió el año 1610.

Fr. Jaime de Alicante, Corista.

Nació en la ciudad de Alicante de Padres muy honestos, muy cristianos y muy devotos de la Vírgen nuestra Señora: y á este su hijo procuraron criar con la dulce leche de su devocion, entregándolo á la educacion y enseñanza de los Padres Predicadores de dicha ciudad, que le enseñaron no sólo buenas letras sino santas costumbres. Con el cuidado de estos Padres pasó los primeros años de su niñez, y los de su juventud: de que salió hecho un ángel en la pureza y buenas costumbres, criado como otro Samuel en el templo y casa de Dios.

De tan buenos principios le nacieron unos grandes y eficaces deseos de servir con mucha perfeccion á Dios, y pareciole lo conseguiría perfectamente si abrazaba el Instituto de los Capuchinos. Sintiéndose pues interiormente llamado de Dios, sin dilatarlo hizo grandes instancias para conseguirlo. Viendo en él nuestros Padres tan santos deseos, le recibieron al gremio de la Orden, y le dieron nuestro santo hábito en el mismo convento de Alicante, donde entónces había Noviciado.

Descubrió luego siendo novicio, los ardientes deseos que tenía de agradar mucho á Dios y de padecer por su amor. No se contentaba con las penitencias ordinarias de la Orden, ni con las del Noviciado con que se prueban los Novicios: pedía otros mayores y de mayor mortificacion y desprecio. Y era de suma edificacion ver el afecto y devocion con que iba de rodillas á cada uno de los Novicios, pidiéndoles por amor de Dios mortificaciones y desprecios; y cuando lograba algunos, llevábalos con tanta alegría de su alma, manifestándola en el semblante, que movía á devocion y á lágrimas á toda la Comunidad. Hacía muy rigurosas disciplinas, y sus ayunos más ordinarios eran á pan y agua. Siempre de la comida separaba lo mejor y lo que le gustaba más para darlo á los pobres, diciendo que para Cristo que se representa en ellos, se le ha de dar lo mejor: y esto lo solía él realzar con afectos interiores de caridad, con que daba más valor á estos actos exteriores. Solía algunas veces revolverse desnudo entre las ortigas de la huerta, y como era de complexion muy delicada, salía todo lastimado y lleno de ronchas.

Su mayor y más contínuo ejercicio era el de la oracion, con que procuraba suplir con actos interiores de las virtudes lo que le faltaba de salud, que la tuvo siempre quebrada y sin fuerzas corporales. Siempre llevaba su mente elevada en Dios, teniéndole siempre presente, empleando en él los actos de sus potencias. Manifestaba la contínua ocupacion de su interior en la composicion y modestia exterior: habíale dotado la naturaléza de un rostro muy hermoso, pero campeaba mucho más su hermosura con la modestia religiosa, que no parecía sino de Angel la suya. Era de ánimo tan cándido y tan sencillo, que parecía no haber pecado Adan en él. Lloraba mu-

cho por culpa, la mayor que había cometido en su vida, el tiempo que había perdida en cazar pajarillos, á que tuvo mucha inclinacion siendo seglar.

Túvose por cierto que el contínuo ejercicio de la oracion y fervientes actos de amor de Dios, con que vivía más en El que en sí mismo, le enflaquecieron mucho las fuerzas corporales y debilitaron la salud, padeciendo una contínua calentura ética que lo fué quitando la vida. Llevola con suma alegría, conociendo no podía vivir. Deseaba acabar sus dias en el convento de Alicante, no por vivir entre los suyos, que ya sus padres habían muerto y él lo estaba á todo lo que era carne y sangre, sino por morir en el convento donde había comenzado á vivir á Dios en la Religion. Cumpliole Dios este su deseo sin procurarlo, porque los Prelados á título de su salud le enviaron á dicho convento. Agravósele allí más la enfermedad, y el dia de nuestra Señora de los Angeles pidió al P. Guardian le diese para morir el S. Viático, porque le quedaban pocos dias de vida, que así se lo había pedido á Dios y á la Vírgen que se le llevasen en su Octava, y se tenía por cierto que Dios y la Vírgen le habían de hacer la merced que les había pedido. Excusó dárselo el P. Guardian, juzgando no lo pedía la enfermedad; mostraba el Siervo de Dios desconsuelo, y con instancias y muchas lágrimas pidió lo mismo muchas veces, diciendo no le privasen para morir de aquel socorro. Por no desconsolarle se lo dió el P. Guardian, y él le recibió con extraña paz y alegría. Vino despues el médico á visitarle, y dijo se había adelantado mucho aquella accion, porque el estado en que estaba el enfermo no pedía tan aprisa aquel remedio. Otro dia con las mismas instancias pidió se lo diera el Oleo Santo; pasó entre él y el P. Guardian la misma contienda que al pedir el S. Viático. Ultimamente se lo dió, diciendo el Corista, que se había de morir aquel dia. Y cuando el médico vino y le vió, dijo que estaba bien hecho el haberle oleado, porque caminaba á prisa, cosa que jamas había juzgado, porque la enfermedad no lo prometía. Pero presto se vió cumplido lo que tantas veces les había dicho el Siervo de Dios, de que había de morir en aquella octava de la Vírgen: pues ántes que se acabara, murió el mismo dia de la octava, como él lo deseaba y se lo había pedido á nuestro Señor; para que se vea la buena correspondencia que guarda Dios con sus amigos, que les cumple los deseos, otorga sus peticiones, y últimamente los salve y se los lleva á su gloria. Murió en 1610.

P. Buenaventura de Cerdeña.

Nació este santo Religioso en Caller, capital del Reino de Cerdeña, cuyos padres fueron comerciantes ricos y juntamente devotos; y para que el hijo cooperase tambien en los mismos tratos del comercio, fué enviado á Barcelona. Más presto conoció el buen jóven los peligros que acompañan semejante oficio; por lo cual deseoso de servir á Dios con perfeccion, y asegurar la salvacion de su alma, resolvió dejar el mundo con todos sus bienes, y emprender el celestial comercio que podía hacerle verdaderamente feliz; como en efecto así lo ejecutó, vistiendo el pobre hábito capuchino en nuestro convento de Santa Eulalia. Una resolucion tan santa y fervorosa no dejó de irritar al demonio, nuestro capital enemigo, el cual viendo que le escapaba este jóven, y recelando los progresos que haría en la virtud y santidad, procuró impedírselos, combatiéndole ya en el mismo noviciado. No sabemos en particular cuales y cuantas fueron las armas de que se valió para rendir el ánimo del pobre novicio. Sólo hallamos que le combatió con grandes tentaciones, y que en el tiempo de comulgar le causaba en el cuello una hinchazon tan fuerte, que con dificultad podía pasar la sagrada Forma; y como por otra parte el tentado novicio nada de esto declarase á su Prelado, se rindió finalmente al enemigo, dejando el noviciado y volviéndose al siglo. Grande fué su error, mas no tardó en conocerlo, porque apénas llegó á la cruz que está delante del convento, cuando se arrepintió de su inconsiderada resolucion, aunque no dejó por esto de proseguir su camino hasta Barcelona, donde se ocupó por

el tiempo de tres ó cuatro meses en servir y dar de comer á un pobre, cuya caritativa ocupacion le abriría sin duda las puertas de la Divina misericordia para entrar de nuevo en los caminos santos que había dejado. En efecto aquel misericordioso Señor, que nunca quiere nuestra perdicion, abrió los ojos de este inconsiderado jóven, y le comunicó luces tan claras de su pasado error, que le determinaron á pedir el ser admitido otra vez á la Religion. Y aunque este paso acostumbra ser dificultoso, pero el Señor dispuso los caminos tan felizmente, que vencidas las dificultades, vistió segunda vez el santo hábito el dia 18 de Enero del año 1590.

Pasó santamente el noviciado, dando particulares ejemplos de mortificacion, de silencio y de recogimiento; pero habiendo pasado ocho meses, volvió el infernal tentador, y le acometió de nuevo con tentaciones tan fuertes, que casi le redujeron á dejar otra vez la Religion. Al principio cometió tambien el error de no comunicar estas tentaciones á su Director; pero al fin venciendo aquella repugnancia se las declaró, y esto fué bastante para librarse del enemigo y vivir con tranquilidad. Para que se vea cuan engañados viven los Novicios que ocultan sus tentaciones á los Directores ó Maestros, y cuanta es la gracia que Dios concede á estos Directores para desvanecer cualquier astucia del demonio. Libre pues ya del enemigo, y asegurado en la Religion con la solemne profesion de los votos, vivió en adelante con tanta paz y quietud, que nunca más se halló agitado de tentacion alguna que le diese pena, segun él mismo lo confesó despues al P. Agustin de Ripoll, con quien tenía estrecha amistad. Con esto pudo aplicarse tranquilamente á la santificacion de su alma y á la adquisicion de las virtudes, que fueron los grandes objetos que tuvo presentes en todo el discurso de su vida. Su principal cuidado y diligencia fué en la fiel guarda de la seráfica Regla que había profesado, y de las Constituciones y leyes de la Religion, como igualmente de todo lo perteneciente al servicio de Dios; en cuyo cumplimiento y observancia se llevó siempre con mucho celo, espíritu y fervor, no sólo en su vida privada, sino tambien en el oficio de Guardian que le confiaron algunas veces. Nada había en la Religion de austero, rígido ó penitente, á que el no procurase añadir mayor austeridad ó nuevo rigor. A más de los muchos ayunos que ó por la Regla ó por la costumbre son comunes á todos, ayunaba el Siervo de Dios las cuaresmas de nuestra Señora, de San Miguel y del Espíritu Santo, y tambien los sábados, no comiendo en muchos de ellos sino sólo pan y agua: y aun pareciéndole poco todo esto, algunas veces comía la ensalada sin aceite, y otra vez se privó de comer fruta por muchos años. En las disciplinas no se contentaba con las comunes á los demas Religiosos, sino que añadía otras extraordinarias que le dictaba su fervor. Su vestido se componía de un hábito pobre y austero; su cama de unas tablas ó de una estera; su calzado de nada, hasta que los Prelados le mandaron el uso de las sandalias; y todo el adorno de su celda se reducía en una simple cruz de caña, sin querer admitir cosa alguna. Y siendo por otra parte muy humilde, muy obediente, muy silencioso y recogido, ofrecía á los ojos de todos una perfecta imágen de los Anacoretas antiguos, ó de un hijo verdadero de nuestro P. S. Francisco.

De aquí podrá inferirse cuan alta y cuan ardiente sería la oracion de este Siervo de Dios, supuesto que ella es el fuego donde se enciende toda virtud. No fué ciertamente nuestro P. Buenaventura de aquellos penitentes que satisfechos con sólo el exterior, poco ó nada cuidan del interior ó del espíritu; ántes bien creyendo firmamente que toda virtud debe empezar en el alma, procuró con santas meditaciones encender su corazon en llamas del Divino amor, para que inflamado su espíritu, quedase tambien inflamado su corazon y llevase alegramente la mortificacion de Jesus en sus miembros. El Oficio Divino y la santa Misa le atraían singularmente la atencion y la veneracion, empleando en ellos largo espacio de tiempo. Las horas de oracion destinadas para la Comunidad satisfacían poco su devocion, por lo cual se desvelaba de noche y alargaba el tiempo en santas y devotas consideraciones. Unas veces

ántes de los Maitines, y otras veces despues de ellos, fué hallado en el coro ó en la iglesia ocupado en este santo ejercicio; y en alguna de estas ocasiones, dice un Religioso nuestro que le oió dar algunas exclamaciones, y tambien que alguna vez le vió en la oracion la cara tan encendida, que á su parecer procedía de un grande espíritu. Con esto llegó á un grado tan alto de oracion, que á más del don de lágrimas que ordinariamente recibía, hablaba de ella con admiracion de los que le oían, distinguiendo sus grados, y conociendo los engaños que en ella se pueden padecer. En conformidad con esto el P. Antonio de Trapani, que en aquellos tiempos fué Definidor en la Provincia, hace la siguiente declaracion. « Fué (el P. Buenaventura de Cerdeña) hombre de singular oracion y muy continuo en ella, y tenía muchos y muy grandes sentimientos de Dios, y gracia de enseñar á hacer oracion, y de hablar cosas tan altas de espíritu, que los muy espirituales se admiraban de oirle; por lo cual Monseñor Reart, Obispo de Elna, hacía mucho caso de él, y le enviaba algunos Eclesiásticos para que los examinase de espíritu. » Esto dice el mencionado Definidor. (1)

Pero quien formó el más alto concepto de la oracion del Siervo de Dios y de su santidad, fué el Padre Domingo de Barcelona, el cual deseando alcanzar del Señor cierto beneficio, se valió del siguiente medio. Miraba y notaba en que lugar hacía oracion el Varon santo, y habiéndola concluido y salido de allí, él se ponía de rodillas en el mismo lugar, y suplicaba al Señor que por los merecimientos de aquel su Siervo le concediese lágrimas y sentimientos de sus pecados, y era tanta su fe y confianza, que luego le saltaban las lágrimas de los ojos; mereciendo esta gracia y beneficio todas las veces que practicaba la dicha diligencia. Otros Religiosos merecieron tambien particulares beneficios, originados de las luces sobrenaturales que Dios comunicaba á este su fiel Siervo: que fué otra de las gracias con que le ilustró en esta vida. Morando en nuestro convento de Santa Eulalia, donde ejerció por algun tiempo el oficio de Presidente, hubo cierto novicio molestado con muchas tentaciones de infidelidad, que le llevaban muy afligido; y acercándose á él una vez el Siervo de Dios, le dijo: « Modicae fidei, quare dubitasti? ¿Porque estas dudando, hombre de poca fe? » De cuyas palabras entendió el novicio que había conocido sus tentaciones, por lo cual en adelante se hacía mayor fuerza en resistirlas. A otro novicio penetró tambien su interior, declarándole los pensamientos que había tenido en el oficio Divino; y en otra ocasion le advirtió un pecado que había cometido en el siglo, diciéndole que lo confesase. Otra vez estando solo en la iglesia, fué oido que decía estas palabras: « ¿Por qué me tientas á ese Fraile? ¿no te he dicho yo que no me lo molestases ni tentases, sino que lo dejases? » Cuyas palabras, se creyó, decía al demonio para librar á otro novicio de una grave tentacion que le había comunicado. Finalmente fueron diferentes los Novicios á quienes adivinó los pensamientos que tenían, exhortándolos á que los dejasen y desvaneciesen. De donde podemos conocer cuanta fué su santidad, cuando Dios le ilustraba con tales dones celestiales.

Así pues habiendo adornado su vida con tantas virtudes, se dignó el Señor

---

(1) Creemos oportuno referir aquí un suceso extraño que pasó en el convento de Ceret, y que nuestro P. Campdevánol cuenta en sus *Chrónicas* MS. fol. 269, no en la vida del Siervo de Dios, sino en otro lugar y capitulo: « Fué Guardian de dicho convento el P. Buenaventura de Cerdeña, Religioso de singular virtud, segun referimos en su vida. Este buen Prelado quiso tener en su celda alguna calavera, y á su ejemplo los demas Religiosos quisieron lo mismo, deseosos todos sin duda de tener siempre á la vista un recuerdo de la muerte. Con este fin piadoso trajeron del cementerio de la villa las calaveras que fueron menester, y repartidas entre los Religiosos, quedaron colocadas en las celdas. Mas presto vieron perturbada su quietud con cierto ruido que en las noches resonaba de las dichas calaveras; y aunque al principio cada uno pensaba que él solo oia aquel ruido, pero al fin se averiguó que era comun en todas las celdas, por lo cual á fin de librarse de aquella fúnebre molestia, las llevaron á la sepultura de los Religiosos. Pero aquí mismo se observó otro efecto más prodigioso, oyéndose dentro la sepultura tales golpes, que parecía que las unas calaveras daban contra las otras, llegando á veces los golpes hasta el tapador de la sepultura. Oyó estos temerosos golpes el mismo Guardian P. Buenaventura de Cerdeña en algunas noches que estaba en la iglesia, y consultando el caso con otro Religioso llamado P. Pablo de Gerona, resolvieron que no convenia que aquellas calaveras de seglares estuviesen en una misma sepultura con los Religiosos difuntos; y asi sacándolas de aquel lugar, las volvieron al cementerio de la parroquia, con cuya diligencia cesó todo el ruido, y se restableció la tranquilidad.

llamarle para sí, purificándole primero con unos dolores de estómago tan vehementes, que su cuerpo quedó en parte tullido, cuya penalidad sufrió por muchos dias; y habiendo recibido los santos Sacramentos, murió en el Señor y pasó al descanso eterno de la gloria, segun piamente creemos. Verificose su fallecimiento en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1611. Despues de unos ocho meses de sepultado, fué hallado su cuerpo no solamente entero y tratable, sino tambien tan incorruptible, que queriendo cierto Religioso arrancarle un dedo del pié, vió la sangre tan fresca y colorada, como si fuese de un cuerpo vivo, aunque no la vió correr por estar cuajada. De lo cual podemos piamente inferir la vida perpétua y dichosa que su alma goza en el cielo. Por conclusion debemos añadir que viviendo este santo Religioso, se le apareció en sueños la alma del Padre Francisco de Barcelona, y le significó tener necesidad de sufragios para salir del purgatorio; y que habiéndoselos aplicado, le volvió á aparecer resplandeciente, y le dió las gracias; segun más largamente queda referido en la vida del dicho Padre Francisco, que murió el año 1609. (*V. Bov. II, 874*).

P. Pedro de Nápoles.

AUNQUE siempre son admirables los caminos que la altísima Providencia de Dios tiene dispuestos y ordenados para la salvacion de los hombres, pero en algunos se descubren circunstancias tan extraordinarias, que nos obligan á venerar con el más profundo respeto las infinitas misericordias del Señor. Entre los muchos ejemplares que sobre esto nos ofrece la historia, no dudamos poner la vida del P. Pedro de Nápoles, el cual siendo de linaje Real turco y descendiente de Príncipes mahometanos, mereció no sólo el nacer en medio del cristianismo, sino tambien el ser llamado á la profesion de nuestro santo y pobre Instituto capuchino; debiendo estos grandes beneficios á la gracia poderosa de aquel Señor que puede sacar luz de las tinieblas, y de las piedras sabe hacer hijos de Abrahan. El abuelo de este santo Religioso fué el Rey de Tunez, llamado Muleazés, cuyo hijo segundo vino á España donde se convirtió á nuestra religion cristiana: y habiéndose casado, tuvo el consuelo de tener hijos, uno de los cuales fué nuestro Padre Pedro. Los motivos y las circunstancias de la venida y conversion de este Príncipe, hijo segundo del Rey de Tunez, las refiere brevemente el P. Luis de Barcelona, en el segundo tomo de los Originales de la Provincia, cuyas palabras ponemos aquí literalmente, por carecer de otras noticias: « El Padre Fray Pedro de Ná-« poles (dice) tomó el hábito en nues-« tra Provincia de Cataluña el año « 1594, volviendo de Madrid, á donde « muerto su padre, había ido desde « Nápoles á pretender la plaza y entre-« tenimiento que tenía su padre. Fué de « sangre Real, y descendiente de los « Reyes moros de Tunez tan cercano, « que era nieto del Rey Muleazés, « por ser su padre hijo segundo de « este Rey, el cual le dió en rehenes « al Emperador Cárlos quinto, cuando « le ganó y restituyó su reino de Tu-« nez, que se lo había quitado y ti-« ranizado el Cosario Barba-roja, Rey « de Argel: y lo trajo á España, « donde se convirtió, y convertido le « casaron con una Dama muy princi-« pal de la casa de Mendoza. Vivian « muy cristianamente, y les dió nues-« tro Señor hijos, primero al Padre « Fray Pedro, y luego otro segundo, « á quien yo vi acá en España en « Barcelona, y acompañando al so-« bredicho Padre Fray Pedro, le pro-« curó cartas de favor del Duque de « Monteleon, que entónces era Virrey « de Cataluña, el cual escribiendo á « ciertos Señores favoreciesen á Don « Cristobal Perez de Vargas, que era « el hermano del Padre Fray Pedro, « de su mano escribió estas palabras: « Es hijo del segundo hijo del Rey « Muleazés de Tunez, á quien conocí « yo en Nápoles ». Hasta aquí el sobredicho P. Luis.

De esta relacion sacamos que nuestro Padre Pedro nació en Nápoles, donde su padre obtuvo cierto empleo honorífico; y que la ocasion de abrazar nuestro Instituto en la Provincia de Cataluña sería el pasar por Bar-

celona á su vuelta de Madrid. Admiracion causaría sin duda esta su resolucion entre aquellos que sabían su alto nacimiento y la opulencia de su casa, mayormente cuando vieron que conmutaba toda esta grandeza del mundo por el pobre sayal capuchino. Mas él que con la luz de la Divina gracia conoció que la verdadera grandeza solamente se halla en la cruz de Jesucristo, despreció con generoso espíritu los vanos discursos de los hombres; y despidiéndose del mundo, vistió el santo hábito en nuestro convento de Santa Eulalia el año 1594, sellando despues con la solemne profesion de los votos esta generosa renuncia que hizo de todo cuanto resplandece á los ojos de los mortales. Contado ya entre los hijos del pobre y humilde Francisco, no es fácil explicar el espíritu, fervor y celo con que procuró imitar las virtudes de este nuestro Santo Padre y glorioso Fundador. La oracion, los ayunos, las vigilias, las disciplinas, y todas las rigidas observancias de nuestro Instituto y su Provincia, nada intimidaron su fervoroso espíritu, ántes bien conociendo que por estos caminos se sube á la cumbre de la perfeccion religiosa, los siguió con tanta fidelidad y exactitud, que fué uno de los Religiosos más ejemplares y siervos de Dios que florecieron en aquellos tiempos. No le fueron de impedimento para tantos ejercicios humildes y penitentes, ni la nobleza de su sangre, ni la grandeza de sus mayores, ántes parece que al vestir el santo hábito se olvidó enteramente de todo, segun lo demostraba en sus tratos y conversaciones. Cuando trataba con los Religiosos era con un modo tan humilde y llano, que se merecía la estimacion de todos. Cuando trataba con seglares, plebeyos y ordinarios, se acomodaba á su baja condicion, hablándoles segun su estado humilde. Y si las circunstancias le obligaban á tratar con personas nobles ó de alta jerarquía, aunque á veces trataba con ellos de asuntos de Estado, pero frecuentemente introducía conversaciones espirituales con tanta gracia que se llevába sus atenciones y respetos; y esto aunque fuesen Obispos, Prelados, Virreyes, y otros grandes Personajes, los cuales no dudaban tratar y conversar con este ilustre y pobre Capuchino.

Pero todo esto fué poco para satisfacer los incendios de amor Divino que ardían en su corazon. Había él sacrificado á Dios todo cuanto de noble y de rico se halla en el mundo, y pareciéndole pequeño este grande sacrificio, quiso sacrificarle tambien su salud, su sangre y su vida en la propagacion de su santa y cristiana religion. Sucedió en aquellos tiempos que Don Pedro Hernandez de Quiros, de nacion portugués, descubrió nuevos territorios, cuyo descubrimiento llamaría á muchos obreros evangélicos, para que fuesen á alumbrar á aquellos pobres indígenas, que vivían en las tinieblas de la infidelidad. Uno de estos fué nuestro P. Pedro, el cual animado con el fuego del amor de Dios y del prójimo, escribió y pidió el ser elegido para esta jornada, y pasar á aquellas tierras desconocidas, con el fin de enseñar la Fe católica á aquellas gentes, aunque fuese con el peligro de perder la vida. Dificultosa era esta empresa por todas sus circunstancias, pero fué tan eficaz y tan afortunada su peticion, que mereció ser elegido para la dicha mision, siendo su compañero el P. Juan Evangelista de Sarriá, que fué Guardian y Definidor en la Provincia. Y cuando esta eleccion llenaba de gozo y de contento su corazon, y encendía sus deseos de verse ya entre aquellos infieles, tuvo la pena y el sentimiento de no poderse efectuar este su tan deseado viaje. Cual fuese el motivo ó el estorbo, no lo hallamos: pero como muriese el sobredicho Hernandez de Quiros, creemos que esta muerte fué el motivo y la causa de quedar frustrada la dicha Mision, y con ella las esperanzas del Varon fervoroso; aunque le quedó siempre un mérito grande delante de Dios. Viose pues obligado el Siervo de Dios á permanecer en la Provincia, donde prosiguió en sus acostumbrados ejercicios de virtud y de perfeccion. Y para corresponder á las esperanzas del martirio que se le habían ofrecido, dispuso afligir su cuerpo con ayunos cotidianos, con severas disciplinas, con ásperos cilicios, y con otras varias mortificaciones: siendo por otra parte tan continuo en la o-

racion, que fuera de las pocas horas que concedía al natural reposo, todo lo demas de la noche estaba de rodillas delante el altar mayor de la iglesia.

Con esta forma de vida fervorosa, penitente y santa, se dispuso y preparó para una dichosa muerte, de la cual llegó á estar tan deseoso, que él mismo la pidió á Dios, y mereció quedar cerciorado de habérsele concedido su peticion. Así lo declaró él á la madre del P. Luis de Barcelona, de quien arriba hicimos mencion, en el modo siguiente. Fué una vez á la casa de dicha Señora, y al despedirse le dijo que no se verían más; y como ella reparase en creerlo, le añadió que habiendo pedido á nuestro Señor le llevase de esta vida, su Divina Majestad fué servido concederle la merced que le pedía, y así que aquella sería la última vez que se verían, porque moriría muy presto. En efecto dentro dos ó tres dias cayo enfermo, y aunque al principio no pareció peligrosa la enfermedad, no obstante él permaneció siempre fijo en que debía morir. Díjole cierto Religioso que ningun motivo había para temer, por cuanto se hallaba ya sin calentura y al parecer con bastantes fuerzas. « No haga caso de ello, respondió el Varon ilustrado, ni atienda á lo que dicen los médicos, porque sé de cierto que morire de esta enfermedad. » Así lo dijo y así se verificó, porque al dia siguiente le volvió la calentura, y se le agravó la enfermedad que le acabó dentro tres ó cuatro dias. Conservó los sentidos hasta lo último, y se ocupó en actos de piedad, singularmente en agradecer el beneficio de la santa Fé cristiana que había recibido, diciendo: « Huélgome, Señor, de morir en vuestra santa Fe. » Con estas santas disposiciones y con la devota recepcion de los santos Sacramentos pasó de esta vida, y entró en el Reino de la inmortalidad, donde recibió aquella resplandeciente corona, que le hará siempre más feliz y más glorioso que todos los Príncipes y Monarcas de la tierra. Nos persuaden esta felicidad y esta gloria eterna del Varon ilustre, no sólo las muchas virtudes con que adornó su alma en el discurso de su vida, sino tambien cierta revelacion que hubo despues de su muerte, por la cual se supo que su dichosísima alma había estado en el purgatorio solamente de paso, subiendo luego á gozar las delicias y los bienes inmensos de la gloria. En el segundo tomo de los Originales de la Provincia, se dice que fué comun voz y fama en la Provincia el haberse tenido la sobredicha revelacion. Dígnese nuestro buen Dios y Padre comunicarnos sus abundantes gracias, para imitar y seguir á este santo Religioso que tanto ilustró nuestra Orden y Provincia, ya con la nobleza de su sangre, ya con el esplendor de sus virtudes. Fué su muerte en nuestro convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, el año 1611.

P. Alonso de Maqueda.

Su padre fué hermano del Excelentísimo Señor Duque de Maqueda, Virrey que fué del Principado de Cataluña, y llamose de Cardenes, con cuyo apellido sin duda se haría más ilustre su linaje. Este Caballero pasó á Italia por asuntos del servicio de nuestro Rey Católico, y habiendo llegado á una ciudad de la Lombardía, llamada Valencia del Po, contrajo matrimonio con cierta Señora, de la cual le nacieron tres hijos, siendo uno de ellos nuestro Padre Alonso. Criose este hijo en casa de su tio el Excelentísimo Duque de Maqueda, donde recibiría aquella educacion que es propia de un Caballero cristiano; y tal vez no le faltarían aquí objetos lisonjeros para aspirar á una esclarecida fortuna. Mas muy presto dió á conocer que no el mundo, sino la gracia era la que dirigía los deseos de su corazon; porque hizo tan poco aprecio de la nobleza de su linaje y de los honores del siglo, que ya muy jóven pidió el vestir nuestro pobre hábito capuchino, creyendo sin duda que bajo de este tosco sayal hallaría una fortuna más brillante y más permanente que todas las que puede ofrecer el mundo. Bien parece que una peticion tan santa, y acompañada

(1) Hacen mencion de este siervo de Dios el *Bullarium Cap.*, V. 308, y diversos MS. del archivo de la Prov. de Cataluña.

de tales circunstancias, debía facilitarle la pronta entrada á nuestra Orden; mas no fué así, porque nuestros Prelados no quisieron asentir á sus deseos, ya por verle tan jóven, ya tambien por parecerles de complexion poco robusta para llevar nuestra austeridad capuchina. Pero el fervoroso pretendiente estuvo tan firme y constante en su resolucion, que por espacio de más de dos años no dejó de insistir en su peticion, hasta que al fin pudo con su perseverancia mover á los Prelados á que variando de parecer, le admitiesen á la Orden; como en efecto le vistieron el santo hábito en nuestro convento de Santa Eulalia el dia quince de mayo del año 1597. De cuya recepcion se siguió que dos parientes del mismo Señor Duque de Maqueda, y un paje de cámara vistiesen tambien el santo hábito, imitando el fervoroso ejemplo de quien en la flor de su juventud supo renunciar el mundo con todas sus más lisonjeras esperanzas.

Llamose en la Religion Fray Alonso de Maqueda, tal vez por respeto al nombre del Señor Duque, su tio; y aunque la nobleza de este apellido podía infundirle pensamientos poco conformes con la humildad de nuestro pobre Instituto, pero él se mostró siempre tan humilde, tan mortificado y tan fervoroso, que dió bien á entender que su corazon no estaba en la nobleza de la tierra sino en la del cielo. Obedecer rendidamente á los Superiores, servir con caridad á los enfermos, ejercer alegramente los oficios bajos del convento, castigar con rigor su cuerpo, y seguir con puntualidad las observancias comunes de la Provincia, fueron los objetos amables de su corazon. Ejemplo á la verdad admirable ver á este Religioso, noble por su linaje, y delicado por su complexion, dedicarse gustosamente á los oficios de limosnero, de portero, de hortelano, de cocinero, como si fuese uno de los hermanos legos más humildes. Unas veces cortaba leña en el bosque, y la llevaba él mismo sobre sus hombros; otras veces se iba á la huerta, y trabajaba en ella; y una vez morando en nuestro convento de Perpiñan, ejercitó el oficio de cocinero por el tiempo de cuatro meses contínuos: mostrándose siempre muy pronto en todo cuanto dispusiesen de él los Superiores. Al mismo tiempo castigaba su cuerpo y afligía su carne con un rigor y austeridad poco comun. No se contentaba con las disciplinas acostumbradas en la Orden, sino que añadía otras muchas extraordinarias, á cuya penalidad juntaba el tormento de un cilicio. Su comida era tan parca, que dejaba regularmente la parte principal; y en algunas cuaresmas observó tal rigor, que ayunaba con sólo pan y agua los tres dias de cada semana, en cuyos dias hacía tambien una fuerte disciplina ántes de comer. El sueño por la mayor parte lo tomaba no echado, sino sentado sobre las tablas: ni concedía á sus pies el uso de las sandalias, caminando del todo descalzo, aunque fuese en viajes largos y por tierras frias, cuya austeridad observó hasta que el Superior se lo prohibió. Tampoco se permitía alguna comodidad en el abrigo de su cuerpo, contentándose con un hábito áspero, estrecho y remendado. Al fin parece que este Religioso no deseaba otra cosa, sino penitencias, mortificaciones y austeridades con que afligir su cuerpo, y de este modo seguir á nuestro Redentor por los caminos de la cruz.

Nacían estos santos y fervorosos deseos y se formaban en la fragua de la oracion, que fué otro de los ejercicios muy frecuentados por el Siervo de Dios; en tanta manera que pareciéndole poco las horas destinadas para la comunidad, buscaba otras ocasiones en que pudiese alargar los fervores de su corazon, como en efecto fué hallado muchas veces en la Iglesia en tiempos extraordinarios. Siendo tan encumbrada la virtud y perfeccion de este Siervo de Dios, pensaba no obstante tan bajamente de sí mismo, que rehusó el ordenarse de Sacerdote hasta que se lo mandó el Rmo. P. Buenaventura de Catanzaro que vino como Comisario general á su Provincia. Ordenose pues de Sacerdote y fué destinado á perfeccionar sus estudios, y cuando podían prometerse mayores progresos en su virtud, se dignó el Señor llevarle para sí en nuestro convento de Gerona, donde con una santa muerte conmutó la tierra por el cielo, segun piamente creemos, en 1611 (1).

---

(1) MS. *Notanda*. MS. de *Areñs*.

Fr. Bartolomé de Victoria, Lego.

NACIÓ este santo Religioso en la ciudad de Victoria, en Alava, y mereció tener por padre á un vecino de muy cristianas costumbres, cuyo nombre ignoramos. En su mocedad fué aplicado al oficio de tejedor de seda y despues pasó á Valencia, tal vez para disponerse á alguna favorable fortuna. Mas como llevase muy buenos principios, presto se desengañó del mundo y de todos sus bienes, y aspiró á otra fortuna más verdadera y más dichosa, cual fué el abrazar el santo y ejemplar Instituto de los Padres Servitas. No sabemos el tiempo que vivió en esta sagrada Religion; solamente hallamos que de ella vino á nuestra Congregacion capuchina, cuyo santo hábito vistió el dia 23 de Agosto del año 1585, en nuestro convento de Gerona, quedando agregado á la clase de los hermanos legos. Que este tránsito fuese inspiracion de Dios, y no veleidad ó inconstancia de espíritu, lo manifiesta claramente un suceso maravilloso que se observó en él siendo novicio. Descubriose en este tiempo acompañado de tanta incapacidad para los oficios de su estado, que apénas sabia hacer cosa alguna; á cuya inutilidad se juntaba el padecer tales eructos ó flatos de estómago cuando estaba en la oracion, que resonaban fuertemente y obligaban á los Religiosos á ponerse distantes de su compañía; por cuyos motivos resolvieron los Padres despedirle del noviciado. Mas Dios nuestro Señor, que quería servirse de él en nuestra Religion, descubrió con el siguiente prodigio cuan agradable era á sus Divinos ojos el alma de este novicio. Miéntras él estaba en la oracion venía una paloma, de color ya blanco ya colorado, y se ponía sobre su cabeza, y como él no entendiese la significacion, procuraba apartarla con la mano, y despues lo comunicó á su Padre Maestro, el cual aunque tuvo dificultad en creerlo, pero poniéndose cierto dia tras el novicio, vió en efecto la paloma sobre su cabeza; de donde se siguió que comunicado el caso al Provincial, fué el novicio admitido á la profesion, y con esto asegurado en la Orden.

Un suceso tan prodigioso prometía seguramente superiores progresos en la virtud y perfeccion religiosa, como en efecto fueron muy aventajados los que este buen Religioso manifestó en el discurso de su vida. No olvidó jamas el santo ejercicio de la oracion, que tan fervorosamente habia empezado en el noviciado. Ni el oficio de limosnero, ni los encargos de la obediencia, ni los quebrantos de su salud, ni el trato con los seglares impidieron en él los sentimientos de Dios, ni los fervores de su espíritu. Cuando volvía de la limosna, tomada la bendicion del Prelado, se iba á visitar el Santísimo Sacramento, y aunque estuviese cansado no dejaba de asistir á la oracion, y deteníase á veces tanto en ella que se iba tarde á reposar. Si alguna vez las circunstancias le obligaban á dormir en casa de seglares, despues de breve tiempo dejaba la cama, y se ponía en algun rincon del aposento, donde se entregaba á la oracion con tanto fervor, que de cuando en cuando daba algunos suspiros al buen Jesus. Estando en el convento, oía todas las Misas que podía, y asistía con puntualidad á todos los actos de comunidad, singularmente á los Maitines, de los cuales no se dispensaba ni por cansado que estuviese, ni por los achaques que á veces le molestaban. De la sagrada Comunion era tan amante, que no estando impedido comulgaba todos los dias, recibiendo tal abundancia de gracias, que él mismo solía decir que el dia que comulgaba no podía apartarse de la presencia de Dios por la mucha consolacion que sentía. Estos ejercicios espirituales, practicados con tanta devocion y espíritu, encendieron en su corazon unas llamas de amor Divino tan ardientes, que se dejaban muy bien conocer en su trato y conversacion. Poseía el Varon santo una simplicidad muy particular, y era por otra parte tan ignorante en las letras, que ni aun leer sabía; y sin embargo hablaba de Dios y de cosas espirituales con tal gracia y devocion, que ganaba dulcemente las voluntades de aquellos que le escuchaban, y movía sus ánimos á devocion y á deseos del cielo. Aun en las correcciones que alguna vez hacía, usaba de un modo tan prudente y eficaz, que el Señor Obispo de Elna, lla-

mado Reart, se servía de él para corregir algunos Eclesiásticos de su Obispado. No le impedían ciertamente el concepto ni la opinion el ser un simple hermano lego, idiota y sin letras, ni tampoco los razonamientos llanos y sencillos con que se producía; ántes bien al ver que con estas bajas circunstancias hablaba con tanto acierto, fervor y gracia, todos le veneraban por santo, y se encomendaban en sus oraciones.

Mas Dios nuéstro Señor, que al paso que comunica sus dones y gracias á sus Siervos, tambien los mortifica y hace sentir las amarguras de su cruz, permitió que este Varon humilde experimentase, junto con tantos dones, no pocas contrariedades y penas harto sensibles. Algunas de estas le provinieron de parte de ciertos Religiosos, los cuales con el fin sin duda de probar su virtud, le reprendian y decían palabras duras, las cuales él sufría con gran paciencia y mansedumbre. Entre estos hubo uno más inconsiderado que á más de otras injurias para sonrojarle, le dijo que era un mal Religioso; pero el Varon paciente, léjos de mostrar algun resentimiento, le respondió con una santa sonrisa, concediéndole que era mal Religioso, y rogándole que se calmase quiso tambien abrazarle en prueba del amor que le tenía. A más de estos hubo tambien dos Superiores, los cuales al paso que confiesan haber ejercitado la paciencia del Siervo de Dios, hacen un elogio muy particular de su virtud. El uno de ellos se explica en el modo siguiente: « Luego que fué profeso « (Fray Bartolomé) le tuvé yo dos « años súbdito, y experimenté una « simplicísima obediencia, gran sim- « plicidad, mucho fervor en cualquier « cosa de virtud, y una conciencia « muy estimulada. Y viendo en él dis- « posicion, le ejercité tanto en mor- « tificaciones, penitencias y repren- « siones, que pudé conocer en él muy « gran don de paciencia y de humilde « y pronta obediencia, y mucha re- « signacion y gran disposicion para « ejercitar la mística de San Dionisio ». El otro de los Superiores probó su paciencia en el modo que sigue. Mandole venir una vez á su presencia, y cuando le vió arrodillado á sus pies, le preguntó qué era lo que quería. A lo cual: « Nada », respondió el Varon santo, y con una santa alegría encogió los hombros, como quien dice: estoy pronto á obedecer. Díjole el Superior que volviese despues de algun rato, y volviendo y arrodillándose como la primera vez, le mandó que se fuese á su celda. Pasado como un cuarto de hora, el mismo Superior fué á su celda, y hallándole arrodillado en oracion, le ordenó que fuese á hacer cierta diligencia fuera del convento. Obedeció prontamente, y cuando estaba á la portería para salir, le mandó otra vez que se volviese á la celda, lo que cumplió el Varon obediente sin queja ni murmuracion, y muy alegramente. Entónces el Superior volviéndose á cierto Religioso que se halló presente, le dijo: «¿ Ha visto la obediencia de este Fraile ? pues sepa que muchas veces lo he probado de esta manera, y siempre lo he hallado tan resignado que pueden llevarle como una mansa oveja donde quisieren. » Y añadió que varias veces le hacía venir á su presencia, y viéndolo arrodillado, le dejaba estar así á veces por el largo espacio de una hora, haciendo como quien no le veía, y que nunca había visto en él señal de impaciencia, sino siempre una quietud de Angel. Todo lo cual nos demuestra el fondo de virtud que residía en el Siervo de Dios, á quien el mismo Señor se dignó ilustrar con algunos favores muy singulares para mayor prueba de su santidad.

Uno de estos se observó en casa de cierto devoto nuestro de Perpiñan, á donde el Varon santo iba con frecuencia á pedir limosna de vino para las Misas; y como hubiesen ya sacado mucho, así para la limosna como para el uso de la casa, admirados de tanta duracion, fueron á reconocer la tinaja, y la hallaron que aun estaba en la mitad, lo que sabido por el Siervo de Dios, les dijo que no tenían que temer, pues que aun se alargaría más el vino. Otro sugeto de Peralada experimentaba la desgracia de morírsele el ganado, y comunicándolo á dos Religiosos nuestros que halló por un camino, uno de ellos le respondió que no temiese, porque no le moriría más ganado; y en efecto así se verificó. El dicho sugeto no conoció al tal Re-

ligioso, pero por algunos indicios se creyó que era nuestro Fray Bartolomé. Hablando en otra ocasion con cierto Religioso, le dijo y aseguró que el Prelado que tenían llegaría á ser Provincial, y se verificó puntualmente. Tambien fué visto una vez andar por el convento como enajenado y fuera de sí, y llegando á la iglesia, quedó arrobado delante del Santísimo Sacramento.

Así resplandeció la vida de este Siervo de Dios, y aunque no le faltaron varias indisposiciones y algunas enfermedades que le afligieron no poco, sufriólas con mucha resignacion y paciencia, y elias le dispusieron para una santa muerte, que se verificó en nuestro convento de Perpiñan el año **1611.** Despues de su fallecimiento se supo que su dichosa alma había estado detenida muy poco tiempo en el purgatorio, y por consiguiente que muy presto había subido al cielo, que es el centro de toda felicidad. Dió esta feliz noticia aquella Beata de Perpiñan, llamada Sor Ana Domenge ó Dominga, de cuyas revelaciones en esta materia hemos hablado en las vidas de algunos otros Religiosos.

Confirmaron esta pia creencia de la eterna felicidad del Varon santo las muchas gentes de la ciudad de Perpiñan, las cuales habiendo sabido su muerte, concurrieron devotas á la iglesia de nuestro convento, y solicitaron con pia libertad alguna reliquia de aquel que creían feliz y glorioso. Unos le cortaban pedazos del hábito, otros la barba, otros las uñas de los dedos, y aun no faltó quien le cortase parte del dedo de un pié; y ciertamente casi hubieran llegado á desnudarle, á no impedirlo la diligencia de los Religiosos, los cuales pudieron al fin darle sepultura, aunque con mucha dificultad por el gran concurso de las gentes. Despues de algun tiempo pidió cierto devoto la cuerda con que estaba ceñido el venerable cadáver, y bajando á la sepultura un Religioso por órden del Superior, cuando quiso quitarle la cuerda, observó que el difunto abrió los ojos y los fijo en él, de lo cual admirado ó atemorizado, desistió de su pretension y se salió de la sepultura. Todo lo cual nos demuestra no sólo el honor que debemos á los difuntos, sino tambien la eterna felicidad que este santo Religioso goza en cielo, como piamente creemos; animándonos al mismo tiempo á seguir sus fervorosos ejemplos, para ser igualmente felices.

P. Hilarion de Bretaña.

Aunque sea difícil seguir las sendas de la perfeccion cristiana entre gentes cismáticas ó heréticas, pero la gracia de Dios es tan eficaz y tan poderosa, que aquí mismo sabe formar vasos de santificacion, comunicándoles luces y fuerzas no sólo para no mancharse con los errores de los otros, sino tambien para producir copiosos frutos de virtud y santidad. Así lo mereció experimentar el P. Hilarion de Bretaña, el cual aunque vivió por algun tiempo, siendo seglar, en Inglaterra, no se contaminó ni con los errores de la herejía, ni con la corrupcion de las costumbres. Reinaba en la gran Bretaña en los tiempos de que vamos hablando la Reina Doña Isabel, en cuya época estaba la Religion cristiana tan perseguida, que aun el oir Misa se castigaba con pena de muerte, dejando para la historia los demas horrores que vió aquel desgraciado Reino. No se intimidó por esto el espíritu fervoroso de nuestro P. Hilarion, aunque fuese entónces seglar y dado al comercio, ántes bien despreciando, con los poderosos auxilios de la Divina gracia, todos los peligros y amenazas, se manifestó siempre profesor verdadero de la Religion católica. Unas veces iba á oir el santo sacrificio de la Misa en casa del Señor Don Antonio de Portugal, donde se permitía su pública celebracion, otras veces acompañaba á un pobre clérigo y le servía la Misa que celebraba en lugar oculto, y de este modo conservó el depósito de la fe en medio de la terrible persecucion que se experimentaba en aquel Reino. De aquí podemos piamente creer que por estas buenas obras el Señor le abrió otros caminos más seguros, que librándole de los peligros de tantos errores le condujeron á la santidad de la vida cristiana. En efecto, inspirado de Dios, segun creemos, car-

gó un barco de pesca salada, y embarcándose en él, dejó Inglaterra y se vino á Barcelona, donde determinó quedarse, habiendo vendido el cargamento, y remitido el precio á un su cuñado, con quien hacían el comercio. Quedó con esto libre de la cruel persecucion de Inglaterra, y en estado de poder practicar con toda libertad los santos ejercicios de nuestra católica Religion. Pero como la inspiracion Divina le llamase á un estado más perfecto, no quedó contento con hallarse en una ciudad tan cristiana, sino que mirando todas las cosas del mundo como una figura que pasa, resolvió abrazar nuestro pobre Instituto capuchino; á cuyo fin se aplicó al estudio de la latinidad, y hallándose ya suficientemente instruido, vistió el santo hábito en nuestro convento de Figueras á los 23 de Mayo del año 1594.

No le faltó en el noviciado una prueba harto sensible, que puso en peligro su profesion. Descubriose despues de vestido que su vista era muy corta ó limitada; defecto de no pequeña consideracion para los Religiosos de Coro, por lo cual pensaron los Padres despedirle del noviciado, y en efecto lo dijeron así al mismo novicio. Más como él tuviese puesta en Dios toda su confianza, no hizo más que resignarse á su Divina voluntad, cuya résignacion, junto con otras virtudes que se descubrían en él, movió de tal modo á los Padres, que resolvieron conservarlo, y á su tiempo darle la profesion, esperando que tan buenos principios no dejarían de producir admirables progresos en la perfeccion Religiosa. Y en efecto no se engañaron, porque su vida fué tan virtuosa, perfecta y santa, que los que declaran en las informaciones que se tomaron, lo engrandecen en gran manera. Una de las importantes máximas que estableció para el régimen de su vida fué la austeridad, la mortificacion, y la penitencia, creyendo sin duda que con estos ejercicios de rigor se contienen las pasiones, se consuman los vicios, se purifica el cuerpo, y se dispone el alma para vivir más en el cielo que en la tierra. Caminaba enteramente descalzo sin hacer uso de las sandalias, y cubría su cuerpo con un simple hábito tan pobre y remendado que admiraban los Religiosos como podía llevar los rigores del frio. Tomaba el sueño sobre las desnudas tablas ó sobre una estera, cubriéndose con una manta no ménos vieja que pasada. Todo el aparato y adorno de su celda se reducía en un libro espiritual, el breviario, y una cruz de caña; y porque halló en ella un clavo de hierro, lo sacó y llevó á la sacristía, diciendo que allí podría ser útil y no en la celda, donde bastaría uno de madera. Asimismo si alguna vez hallaba por el convento alguna cosa por mínima que fuese, la recogía á fin de que no se malograse, manifestándose en todo lleno de espíritu de pobreza y austeridad. Por otra parte maceraba su cuerpo no sólo con las disciplinas comunes, sino tambien con otras extraordinarias que su fervor añadía; observando al mismo tiempo tanto rigor en los ayunos, que muchas cuaresmas las pasaba con sólo pan y agua. Y llegó á ser tanta su mortificacion y penitencia, que vino á debilitarse, y estar enfermo con algunos indicios de etiquez, por lo cual fué preciso que los Superiores le mandasen poner alguna moderacion en tan rígidas mortificaciones, como en efecto las moderó, porque era no ménos obediente que penitente, y quería depender en todo de la voluntad de los Superiores.

Para que todo esto se entienda mejor, pondremos literalmente la declaracion que sobre estas virtudes hace el P. Antonio de Trápani, Guardian y Definidor que fué en la Provincia, el cual hablando del Siervo de Dios dice así: « Su obediencia y resignacion fué « tan grande, que todas sus obras hacía por obediencia, porque se ponía « en las manos de su Prelado y Confesor; y en lo que toca á orar, velar, « estudiar, ayunar y disciplinarse, no « salía del órden que le daban; y no « se satisfacía al deseo grande que tenía « de agradar á Dios con las licencias « que le daban, siempre deseaba más « licencia para mortificarse. Yo le había concedido licencia para hacer « cada noche la disciplina, y para detenerse despues de Maitines algunas « horas en oracion más del ordinario; « y con todo eso deseaba más larga « licencia, y por conocer yo su flaqueza se lo negaba: á lo cual me « respondió, resignándose, que haría « como le mandaban, pero que él tenía cierta esperanza de ir al cielo

« por la misericordia de Dios, y que « quería acompañar esta esperanza « mortificándose, y azotándose, y ejer« citando virtud cuanto fuese posible. » Todo esto dice el mencionado P. Antonio. Otras mortificaciones ejercitaba tambien el Varon santo para perfeccionar el total sacrificio que de sí mismo había hecho á Dios. Llevaba los ojos tan contenidos y mortificados, que no los levantaba del suelo aun cuando hablaba con los Religiosos. Refrenaba la lengua con tal circunspeccion y cuidado, que uno de los testigos dice que á su parecer no dijo palabra ociosa en todo el tiempo que fué Religioso. Y si alguna vez se hallaba en alguna conversacion en que se hablasen palabras ociosas ó de murmuracion, se mostraba resentido, y si esto no bastaba, se iba de allí sin respeto alguno. En el recogimiento se mortificó tanto, que aun cuando estaba en la celda ponía algunas tablillas en la ventana, para no ver los seglares que tal vez paseaban por la huerta. Sufría los desprecios con humildad y alegría; se mostraba manso como una oveja; era muy celante de la observancia de la Regla, Constituciones y santas costumbres de la Orden, y en fin se dejaba ver un hijo verdadero de nuestro Padre San Francisco. Tal fué la vida exterior de este santo Religioso con que se hacía venerable dentro y fuera del claustro.

Mas cual fuese su vida interior, cuales los sentimientos de su alma, cuales los incendios y elevaciones de su oracion, no es fácil explicarlo, porque aquellos que le trataron íntimamente apénas llegaban á entender la sublimidad de su contemplacion. El ya nombrado P. Antonio de Trápani dice estas palabras: « Fué de muy alta oracion, y tuvo en ella extraordinarios sentimientos de Dios, los cuales me consultó, y no sabria yo como explicarlos, por ser tan altos. » El mismo Siervo de Dios hablando con cierto Religioso sobre materias de oracion, le dijo que le comunicaba Dios algunas cosas al parecer tan altas, que su Confesor no las comprendía, y que le fué preciso consultar otro más experimentado en aquellos puntos místicos del hombre interior. Otra vez explicándose más claramente, dijo que al llegar á la oracion luego quedaba absorto en Dios, de manera que no podía hacer más sino estarse con Dios, y que esto lo experimentó por algun tiempo. Tambien no dudó confesar humildemente en otra ocasion que su alma estaba tan estrechamente unida con Dios, que ninguna cosa de esta vida ni próspera ni adversa podía separarle un punto de la union con su Divina Majestad. ¡Feliz oracion, y dichosa contemplacion, que así arrebatas las almas y las llevas al gozo de todos los bienes y al centro de todas las delicias! Había este Siervo de Dios conservado la virginidad de su cuerpo, y al mismo tiempo había afligido su carne con las más rígidas penitencias, y así ningun impedimento tenía para entrar en aquellas celestiales mansiones, que con dificultad saben explicar los mismos que las gozan y poseen. De aquí nacía en el Varon santo el estar en la oracion como un mármol; de aquí el hablar de Dios con particular gusto; de aquí el llevar la presencia de Dios casi continuamente; de aquí una inclinacion particular en oir todas las Misas; de aquí el rezar el santo Rosario con tanta devocion que parecía el mismo Angel cuando saludó á la Santísima Vírgen, como dice uno de los testigos; de aquí finalmente unos ardores é incendios divinos tan vehementes, que no podía contenerlos dentro de sí mismo. Es verdad que él procuraba ocultarlos y reprimirlos en lo posible, pero le era forzoso á veces dejarlos exhalar, pues que de otra suerte reventára, como dice uno de los que le trataron. Acostumbraba el Varon fervoroso en tiempo de verano pasearse solo por la huerta despues de la cena, y en esta ocasion fué oido muchas veces cantar algunos amores á su dulce Amado, y en particular se le oyó que cantaba la siguiente letrilla:

O dulce suspiro mio,
No querría otra cosa más,
Que las veces que te vas,
Hallarme donde te envio.

Fueron tambien efectos y pruebas de los fervores de su oracion algunas respuestas que dió en diferentes ocasiones, las cuales ponemos aquí para que sirvan de instruccion comun. Yendo una vez de camino con otro Religioso, le comunicó en confianza que

Dios le había hecho la gracia de concederle el don de su Divina presencia. Y preguntándole el Religioso en qué consistía ese don, respondió que no sabía como explicarlo, sino con el símil de un caminante, el cual hallándose muy cansado y con mucho calor, llega á la sombra de un árbol, donde corre un aire fresco y apacible, y allí descansa con particular gusto. Pues del mismo modo, añadió, descansa y se recrea el alma en Dios con el don de su Divina presencia del cansancio y fatiga que le causa el tumulto y enfado de las cosas de esta vida miserable, segun él mismo lo experimentaba. Otra vez hablando del modo que se debe observar en los ayunos y abstinencias, dijo que el comer pan y agua en las vigilias de la Virgen nuestra Señora, el ayunar los sábados, y el hacer alguna cosa en las fiestas particulares podía practicarse muy bien sin nota y peligro de vanagloria, porque otros muchos tambien lo practican; pero no así cuando es una abstinencia particular y continuada. Por lo cual, añadió, á fin de evitar este peligro, podrá el Religioso mortificarse en el pan y en aquel bocado á que se le va más el apetito, quedando siempre hambriento y con ganas de comer, por amor de Dios, pues que esto le es muy agradable, y es tambien provechoso á la salud. En órden á la celebracion del santo sacrificio de la Misa acostumbraba decir, que el Sacerdote debe vivir de tal modo, que en todas las horas del dia esté preparado para celebrar: y lo confirmaba con su ejemplo, empleando largo tiempo tanto en la preparacion, como en la accion de gracias. Se gobernaba el Siervo de Dios en cuanto podia con el parecer ajeno, no solamente de los Superiores sino tambien de los inferiores: y como cierto Religioso reparase en ello, dijo que tenía experiencia que Dios nuestro Señor por este medio manifestaba más su voluntad y su gusto. Asimismo habiendo alguno notado que no tenía candil en la celda para leer ó estudiar de noche, le dijo el Varon santo que en aquella cruz de caña que estaba en su celda tenía hartos libros para leerlos sin luz. Pero la doctrina más digna de notarse, que nos dejó en sus respuestas, fué en órden á las salidas del convento. Hemos dicho ya que este Siervo de Dios era muy amante del retiro y del recogimiento, pero como fuese tambien muy obediente, no rehusaba el salir del convento cuando la obediencia se lo mandaba. Y aunque en estas salidas apénas hablaba ni trataba cosa alguna, no obstante su espíritu no dejaba de recibir alguna frialdad, segun él mismo lo confesó, diciendo que cuando la obediencia le enviaba fuera, había menester más de ocho dias para volver al punto en que estaba ántes de salir, y que si estuviera en su libertad nunca saliera del convento; pero que no se había de dejar la obediencia por el sacrificio. (Y sabido es que la obediencia hace ganar en méritos lo que parece perderse en delicias espirituales.) De este modo y con tales respuestas expresaba el Varon fervoroso los sentimientos de su corazon, y los deseos que tenía de que todos los Religiosos siguiesen los caminos más altos de la perfeccion.

Pero lo más recomendable en este Siervo de Dios fué, que gozando un trato tan familiar y tan continuo con su Divino y amado Dueño, nunca se olvidaba de servir y socorrer á sus prójimos con lo que podía, estando firmemente persuadido que el amor de Dios no es verdadero si no va acompañado con el amor de nuestros hermanos. No pocas veces despues de comer se iba á la cocina, y se ocupaba en traer agua, leña y otras cosas, para alivio y descanso del cocinero. Si en el convento había enfermos, los servía con tanta caridad, que él mismo les componía las camas y limpiaba los vasos inmundos, siendo en esto tan pronto y diligente, que cuando iban los Religiosos jóvenes para el mismo fin, ya casi todo estaba limpio, creyendo sin duda que aquel que más se adelanta en estos ejercicios de humildad y caridad, lleva para sí mayor tesoro de gracias y méritos. Tenía tambien un corazon muy compasivo para con los pobres, á quienes socorría con cuantas cosas estaban en su mano. Morando una vez en nuestro convento de Perpiñan, acaeció un año tan calamitoso, que más de cien pobres venían á nuestra portería para recibir alguna

limosna; y como el caritativo Varon ejercitase entónces el oficio de portero, cuidó con gran caridad de componer todos los dias una olla muy grande para socorro de aquellas pobres gentes, recogiendo para ello las yerbas de la huerta, con las cuales y con lo demas que podía hallar, dió á aquellos miserables una comida bastante buena por el tiempo de tres ó cuatro meses. Y para que se vea cuan agradable fué á Dios este caritativo trabajo del Varon santo, conviene decir que las yerbas de la huerta todos los dias renacían ó se multiplicaban de un modo verdaderamente prodigioso, porque quedando muy pocas ó ninguna despues de cogidas, el dia siguiente ya había bastantes para componer la olla. Observaron y admiraron este prodigio los Religiosos del convento, singularmente el P. Guardian, el cual hablando con otro Religioso le decía muchas veces: «¿No ve el contínuo milagro que hace Dios con este fraile, que en la noche apénas quedan yerbas, y á la mañana hay otras tantas?» Asimismo cierto caballero, llamado Don Juan Grimau, que á veces ayudaba al Siervo de Dios en limpiar las yerbas, habiendo advertido el prodigio, dijo que miéntras el P. Hilarion cuidase de la puerta, no faltarían en la huerta yerbas para los pobres.

Pero más singular y más admirable fué otro beneficio que mereció recibir de la Divina bondad, en ocasion de ejercer otro acto de caridad en las particulares circunstancias que vamos á referir. Su madre había contraido segundas nupcias con cierto hombre, de quien sospechaba si estaría manchado con algun error, y recelando los gravísimos daños que de aquí podrían seguirse, lleno de celo y de caridad, pidió licencia para pasar á Bretaña, á fin de poner el remedio que fuese menester. Se hallaba entónces en la Provincia el Reverendísimo Padre Jerónimo de Castelferretti, General de nuestra Orden, el cual habiendo oido la justa representacion del Siervo de Dios, no sólo le concedió la licencia, sino tambien lo llevó consigo hasta Francia, dejándole despues proseguir su viaje. Habiendo llegado á su tierra y concluido su negocio, se embarcó para volver á Cataluña, y entónces mereció una singular proteccion de Dios que le libró de un lastimoso naufragio. Miéntras navegaba se movió una tempestad tan furiosa, que el barco en que iba se perdió enteramente. En este conflicto se quitó el hábito, se puso pendiente del cuello el librito de la santa Regla, y puso tambien en la boca una medalla que llevaba; y quedando con solos los paños menores, se abrazó con una tabla, y se dejó en las manos de Dios. Venían á veces unas olas tan altas y tan encrespadas, que parecía habían de sumergirle al profundo del mar; pero él lleno de confianza hacía la señal de la cruz, con la cual se mitigaban las olas, y se dividían ó separaban como si con un cuchillo las partiesen, y de este modo llegó salvo á tierra, quedando con el agradecimiento que se deja pensar por un beneficio tan prodigioso.

Vuelto ya á la Provincia, vivió poco tiempo y se acercó con brevedad al fin de todos los mortales; de cuyo fin parece tuvo alguna ilustración superior, pues que á los primeros dias de estar enfermo dijo á cierto Religioso que sabía de cierto que había de morir de aquella enfermedad, y que Dios se la daba tal que no la conociesen los médicos, porque Él se lo quería llevar. Fué esta enfermedad tan grave y tan penosa, que á más de quitarle la vista algunos dias ántes de morir, le puso la boca de un color tan negro, que el médico quedó bastante admirado. Y sin embargo fué tanta su paciencia y su resignacion, que nunca pidió alivio alguno, ni aun siquiera un poco de agua para suavizar la boca. Preguntábanle á veces los Religiosos si quería que le volviesen del otro lado, ó que le acomodasen en la cama; á lo cual respondía el Varon paciente con una santa indiferencia, diciendo que hiciesen lo que bien les pareciese. Con esta resignacion y paciencia, lleno de méritos y virtudes, pasó de esta vida en nuestro convento de Perpiñan el año 1612. Despues de muerto quedó su cuerpo tan blando y tratable como si fuera vivo, y el color de su rostro se dejó ver más hermoso que cuando estaba sano. Los Religio-

sos, movidos de la particular opinion que tenían de su santidad, se repartieron las pocas cosas que tenía á su uso. Uno de ellos, á quien el Siervo de Dios había profesado cuando fué Presidente de Figueras, se llevó aquella Regla que en el naufragio llevaba pendiente del cuello, habiéndosela pedido ántes de morir. De cuyas pias demostraciones junto con las muchas y eminentes virtudes con que resplandeció en vida este santo Religioso, podemos piamente creer que fué muy grande la gloria que Dios le concedió en el cielo, haciéndole participante de aquellos inmensos y eternos bienes que tiene reservados para aquellos que fielmente le sirven. Esforcémonos nosotros, y procuremos ser del número de estos fieles siervos del Señor, imitando las virtudes y santos ejemplos con que este buen Padre Hilarion ilustró la santa Provincia de Cataluña (1).

P. Crisóstomo de Gerona.

Fué hijo de un escribano público de la misma ciudad, cuyo nombre era Gregorio Codina, y su madre se llamó Isabel. Bien podía este oficio de su padre infundirle esperanzas de alguna fortuna favorable en el siglo, mas él, abriendo los ojos á las luces de la fe y de la gracia, creyó que la verdadera fortuna solamente se halla entre aquellos que sirven á Dios con perfeccion. Por lo cual renunciando todo cuanto el mundo podía ofrecerle, se juntó con los profesores de nuestro pobre Instituto, y vistió nuestro hábito capuchino el año 1595, en nuestro convento de Gerona. No fué tibio ó remiso en seguir esta vocacion santa que el Señor le había inspirado, ántes se llevó siempre con tal espíritu y fervor, que se mereció un concepto particular entre aquellos que le conocieron. La oracion fué uno de los ejercicios muy amados por él ; y siendo esta la fuente de toda virtud, no deberá maravillarnos que se dejase ver á los ojos de los demas muy ejemplar y edificante, en tanto grado, que hablando de ello uno de los testigos, dice que yendo por el convento guardaba tanta composicion y mortificacion, que no había novicio que le ganase. En las cosas de trabajo era siempre el primero, como igualmente en los ejercicios de humildad, celando en todo las obligaciones de su estado y profesion. Con el mismo espíritu y fervor desempeñó tambien el evangélico oficio de la predicacion, en el cual mereció recibir de Dios tanta gracia, y una persuasion tan eficaz, que se llevaba la atencion y benevolencia de los pueblos. Y para que todos entendiesen que en sus sermones solamente deseaba la gloria de Dios, se privaba aun del descanso necesario, conforme se vió en algunas ocasiones que predicando en tiempo de grandes calores y á distancia de una legua, no emprendía el viaje hasta la mañana despues de haber celebrado la santa Misa, y habiendo predicado, se volvía desde el púlpito al convento para comer, sin que los calores ni la distancia del lugar fuesen bastantes á detenerlo.

Estas y otras virtudes le merecieron tal concepto entre los Prelados, que no dudaron confiarle el oficio de Guardian, siendo aun bastante jóven en la Orden, en cuyo oficio se llevó con tanto celo y prudencia, que acreditó el acertado juicio de los Prelados en su eleccion. Si veía algun súbdito triste ó afligido, acudía pronto á consolarlo con mucha caridad. Si era menester corregir en el refectorio algun defectuoso, ponderaba la falta con tal prudencia, que aun los más resentidos quedaban satisfechos de su correccion. Y llevándose con igual prudencia en los demas deberes de su oficio, mereció ser tenido por uno de los mejores Guardianes de la Provincia. Otra virtud muy singular manifestó tambien en el tiempo de su gobierno, y fué un ardiente deseo de padecer y llevar la mortificacion de Jesus en su cuerpo. Todos saben cuan austeras son las observancias de nuestro Instituto, y cuanto era el voluntario rigor de aquellos primitivos tiempos, y no obstante todo era poco para satisfacer el espíritu fervoroso de este Varon penitente ; por lo cual siendo Superior mandaba á

(1) In Cathaloniae Provincia, Fr. Hilarion Britannus, Sacerdos. miris virtutibus enituit : virginitatem perpetuo coluit : diem mortis praedixit : ac Perpiniani corporis exuviis depositis, pulchrior post mortem molli ac tenera carne, ac membris flexibilibus praeditus apparuit (Bov. II, p. 939).

veces á alguno de sus súbditos, que le diese recios golpes de disciplina en los hombros. En las declaraciones sobre la vida de este Padre, el P. Jerónimo de Navata dice lo siguiente: « Yo « conocí al Padre Fray Crisóstomo de « Gerona, Sacerdote y Predicador, y le « tuve por Guardian, el cual fué tan « fervoroso y tan humilde, que ..... « yendo una vez de camino dió la « obediencia á su compañero, siendo « do él tambien Guardian, mandándole « dole que le tratase como á inferior « ferior y le hiciese hacer mortificaciones « caciones. Cumplió el compañero la « voluntad de su Prelado, y le hizo « hacer algunas mortificaciones muy « extravagantes, las cuales hacía como « si fuera un novicio. » El P. Miguel de Barcelona añade lo que sigue. « Dos « veces le acompañé á predicar léjos « del convento, y porque entrambas « veces los seglares le alabaron mucho « el sermon, despues de despedidos de « ellos, y quedando los dos solos en « el camino, mostró sentimiento y pena « de haber oido aquellas alabanzas, « menospreciándose á sí mismo, y « diciendo de sí cuan poca cosa era. » Y le mandó le mortificase con recios golpes de disciplina en los hombros.

En cuyas declaraciones se descubre cuanto era el espíritu y el fervor de este Varon santo. Y aunque podemos creer que con el tiempo este fervor había de recibir nuevos incrementos, y su virtud resplandecer con mayores luces, mas no se dignó el Señor concederle largos años de vida, tal vez porque en los pocos que vivió habría ya llegado á la alta perfeccion de los verdaderos Siervos de Dios. Así pues en la edad de solos treinta y tres años, siendo actualmente Guardian de nuestro convento de Prada en el Rosellon, y predicando en aquella villa la Cuaresma, se halló acometido de una grave enfermedad, la cual poniendo fin á sus dias, le trasladó, segun piamente creemos, á la feliz patria de los Bienaventurados. Su muerte fué en la Semana santa cerca del Viérnes santo, circunstancia que junto con la edad de treinta y tres años, parece indicarnos alguna semejanza con la muerte de nuestro Redentor, á quien el Varon santo había seguido con tanta perfeccion. En su última enfermedad, como tambien en su entierro concurrieron muchas gentes, atraidas por el crédito de su predicacion y de la opinion de su santidad, cuya buena opinion quedó confirmada con haberse hallado su cuerpo entero despues de tres años de sepultado. Falleció este santo Religioso el año 1612, en dicho convento de Prada.

P. Luis de Grañena.

Este Religioso fué natural de un pueblo de Cataluña llamado Grañena, siendo sus padres gente de mediana suerte entre los labradores de aquella tierra. Nada sabemos de su crianza y educacion, pero es regular sería muy cristiana, supuesto que en edad competente renunció el mundo y abrazó nuestro Instituto capuchino, vistiendo el santo hábito en nuestro convento de Santa Eulalia el año de 1595. En la Religion manifestó siempre que los deseos que le habían conducido á ella, no fueron de comodidad ó de conveniencia, sino de mortificacion, de penitencia, y de servir á Dios con perfeccion. Bien podían ser rigidas y austeras las observancias de la Orden y Provincia, pero nunca enflaquecieron el ánimo de este Varon fervoroso, ántes fué siempre puntualísimo en su práctica y cumplimiento. No había Religioso más obediente que él, ni á quien los Superiores pudiesen mandar con mayor confianza, pues hallaban en él tanta docilidad, que podían regirle como una mansa oveja. De la santa pobreza fué observador tan fiel, que nada tenía á su uso particular sino lo precisamente necesario, y esto muy pobre y despreciado; y para juntar la penalidad con la pobreza, componía su cama de unas desnudas tablas ó de una estera, y renunció por algun tiempo el uso de las sandalias, caminando enteramente descalzo. Con igual celo se llevó en órden á la guarda de la castidad, virtud tan amada por él, que supo conservarla en medio de los mayores peligros. Para que nada pudiese manchar esta cándida azucena, vivía siempre el Siervo de Dios muy recogido, excusando en lo posible el concurso de las gentes; y si alguna vez la obediencia ó la necesidad le obligaban á tratar con personas del siglo, se llevaba siempre con

mucha modestia. Mas no dejó por esto el demonio de prepararle ciertos lazos tan malignos, que pusieron en gran peligro su castidad. En dos ocasiones se halló el Váron casto solicitado por dos diferentes mujeres, la una noble, y la otra de mediana suerte, y aunque las circunstancias fueron sobradamente provocativas, pero resistió tan valerosamente, que no sólo se conservó puro en medio de las llamas, sino tambien obligó á aquellas atrevidas mujeres al arrepentimiento, mediante una grave reprension que les dió, afeándoles su loco atrevimiento.

Con estas virtudes juntaba el Siervo de Dios una humildad y caridad tan singular, que no había oficio ni ocupacion por baja que fuese, á que no se dedicase con particular gusto. Si en el convento faltaba cocinero, él aunque Sacerdote desempeñaba la cocina con diligencia. Si convenía cuidar de la enfermería, se encargaba de ella, y ejercitaba este oficio con mucha caridad. Y llegó á tanto su déseo de servir á los otros, que aprendió el arte de trabajar las sandalias que usamos los Religiosos, y las componía no sólo para el convento donde moraba, sino tambien para otros. Pero donde resplandecieron más estas virtudes fué en nuestro convento de Cervera en el tiempo que se trabajaba en su construccion. Habían los Prelados constituido Presidente del dicho convento al Siervo de Dios, persuadidos sin duda que con su celo y virtud dirigiría y adelantaría aquella nueva fábrica, para la cual eran pocas las limosnas que se recogían. Aceptó resignado el Varon obediente este encargo, y deseoso de excusar en lo posible los récursos á pecunia, se aplicó con tanta solicitud y diligencia á cualquier trabajo, que parecía un peon el más ordinario. Él se juntaba con los que hacían la cal; él acompañaba á los que cortaban la madera; él cooperaba con los que arrancaban la piedra; él en fin trabajaba en todo como si fuera uno de los jornaleros, resultando de aquí la construccion de aquel convento, que tanto se deseaba. Otro caso debemos referir de este caritativo Varon, acaecido en el tiempo que fué Presidente del mencionado convento de Cervera. Fué por aquel tiempo herido gravemente cierto Señor distinguido, á quien llevaron á un castillo suyo, donde por entónces nadie moraba, por cuyo motivo y por la negligencia de los que le condujeron, carecía el dicho caballero de aquellos socorros que pedían sus heridas y su necesidad. Acertó á llegar á aquel castillo nuestro P. Luis con su compañero, y llenos de caridad se aplicaron al socorro de aquella urgencia, componiendo una cama para el pobre doliente, y preparando alguna cena no solamente para él, sino tambien para los otros Señores que le habían acompañado, haciendo el Siervo de Dios el oficio de cocinero; de cuyos caritativos ejercicios quedaron todos muy edificados. Finalmente habiendo concluido sus trabajos en la fábrica del convento de Cervera, le encargaron los Prelados la enfermería del convento de Perpiñan, á causa de faltar entónces enfermero, en cuyo oficio se llevó con tanta caridad y alegría, que infundía consuelo verle ocupado en el servicio de los enfermos. Desempeñó este caritativo encargo por el tiempo de un año, al cabo del cual se dignó el Señor sacarle de las miserias de este mundo, y darle el premio de aquella encendida caridad y de las demas virtudes, con que tan fervorosamente le había servido. Acabó pues santamente su vida este virtuoso Religioso habiendo recibido los santos Sacramentos; y quedando su cuerpo sepultado en nuestro convento de Perpiñan, voló su dichosa alma, segun piamente creemos, á la feliz morada de los Bienaventurados. Verificóse su fallecimiento el año 1612.

P. Antonio de Salvatierra.

Es muy poco lo que sabemos de este fervoroso Capuchino ántes de venir á nuestra Orden, pues solamente hallamos que fué natural de Salvatierra en Aragon, y que había abrazado la austera profesion de la Recoleccion. No se nos dice cual fuese esta Recoleccion, pero creemos sería aquella que se estableció en la santa y Regular Observancia de nuestro P. S. Francisco, la cual despues fué suprimida, por cuyo motivo no pocos de

aquellos Religiosos abrazaron nuestra Reforma capuchina, segun hemos vicho en diferentes lugares, singularmente en la vida del P. Francisco de Figueras. Algunos de dichos Religiosos vistieron nuestro hábito el año 1583, siendo uno de ellos nuestro P. Antonio, qne lo vistió el mismo año en el convento de Ceret en el Rosellon. Cual fuese el espíritu que lo llevó á nuestra Congregacion lo manifestó claramente con las insignes virtudes, con que resplandeció todo el tiempo que vivió entre nosotros. Había él deseado vivir muy austeramente, y hallando en nuestra Orden y Provincia cuanta estrechez y austeridad podía desear, la seguió y abrazó con un fervor verdaderamente extraordinario. Los ayunos, las vigilias, las disciplinas, y las demas austeridades de nuestro Instituto fueron compañeras perpétuas de su fervoroso espíritu, de modo que aun siendo ya cano y de mucha edad, seguía estos ejercicios de Comunidad con la misma diligencia y puntualidad que pudiera hacerlo el Religioso más jóven; singularmente en los Maitines era tan pronto y diligente, que se adelantaba á los otros, queriendo ser el primero en asistir á ellos. Su vestido era un hábito muy pobre y remendado, y su calzado era la misma descalcez, pues nunca quiso admitir el uso de las sandalias, hasta que por su mucha vejez se lo mandaron los Prelados, resultando de aquí tanta penalidad, que en tiempo de frío se ponían sus pies de color morado. Semejante fué su rigor y austeridad en las demas cosas que no podía excusar, manifestándose un espejo de pobreza en el hábito, en la celda, y todo lo que usaba.

Este espíritu penitente y fervoroso tenía por orígen y fundamento el ejercicio de la santa oracion, ejercicio tan amado y tan frecuentado por el Siervo de Dios, que parece era su vida y su sustento. En el convento asistía á las oraciones de Comunidad con tal atencion y reverencia, que segun él mismo dijo, en el largo espacio de treinta años siempre había estado arrodillado en la oracion, sin dejarse vencer del sueño. Si alguna vez alguna indisposicion ó enfermedad le impedía asistir con la Comunidad, oraba en la celda las mismas horas, aun aquella que se acostumbraba tener despues de los Maitines de media noche; y cuando su debilidad era muy grande, se arrimaba á la pared á fin de no sentarse. La misma costumbre observaba en los viajes ó caminos que alguna vez hacía, empleando en la oracion las mismas horas que en el convento, y exhortando al compañero á hacer lo mismo. Con esto llegó á poseer un don de oracion tan quieto y tranquilo, que él mismo confesó que en aquel tiempo ningun pensamiento extraño le perturbaba. De aquí resultaba en el Siervo de Dios el celebrar el santo sacrificio de la Misa con tal espíritu y fervor, que parecía haberse de levantar de la tierra. Asimismo resultaba una devocion muy particular á la santa Cruz de nuestro Redentor, á la cual tributaba tanta veneracion, que en hallando alguna por los caminos, se arrodillaba y decía alguna oracion en su obsequio. Pero el efecto más principal fué el hablar de Dios y de materias espirituales en sus conversaciones y razonamientos; y como con esto juntase un aspecto modesto y edificativo, era admirable la atencion y veneracion que se merecía de las personas del siglo. Los Señores Consejeros de Barcelona y otras personas principales venían á nuestro convento de Monte-Calvario, donde el Siervo de Dios moraba, para gozar de su devota y fervorosa conversacion. Un caso particular que vamos á referir, nos dará á conocer el espíritu de este Varon santo en sus conversaciones con personas seglares. Vino una vez al dicho convento cierto sugeto, no con deseo de hablar cosas espirituales, sino con intento de murmurar y decir mal de otras Religiones, segun lo acostumbraba hacer, yendo ya á un convento ya á otro. Habiendo pues llegado á Monte Calvario, pidió algun Religioso para tener algun rato de conversacion, y siendo llamado para ello nuestro P. Antonio, pusiéronse los dos á conversar. Al poco tiempo introdujo el seglar la murmuracion de otra Orden, lo que observado por el Siervo de Dios, usando de prudencia, no hizo más que cortar la materia que se introducía y proseguir en su conversacion espiritual. Mas como el seglar volviese á renovar la murmuracion, levantó la voz el Varon celoso, y con santa libertad le dijo: « Se

ñor mio, ¿cual es el espíritu que le ha traido á este monasterio? Si viene para tratar y hablar con los Siervos de Dios, ¿por qué trae los fuelles de satanas para soplar en la conversacion, y murmurar de personas religiosas y de sus estados? » Y levantándose sin esperar respuesta, se fué, dejando al seglar no ménos corregido que edificado

Esta fué la virtud, la perfeccion, la santidad de este insigne Religioso, y tal fué el espíritu y celo con que procuró santificar los dias de su vida. Y para que la muerte fuese igualmente santa, se dignó el Señor darle un previo conocimiento de ella, segun él mismo lo significó en dos diferentes ocasiones. La una fué que pasando por Mollerusa, lugar poco distante de la ciudad de Lérida, se hospedó en casa de un devoto, llamado Juan Bonjorn, el cual hablando con el Siervo de Dios, le dijo que por las fiestas de Navidad iría á Lérida, y le haría una visita; á lo cual respondió el Varon santo que si no iba ántes de las dichas fiestas, no le hallaría vivo, como en efecto murió ántes de Navidad. La otra ocasion en que declaró esto mismo, fué en el convento de Lérida hablando con cierto Religioso nuestro, á quien dijo que moriría el dia de Santo Tomás Apóstol, cuya fiesta aun estaba distante cerca de dos meses; y se verificó puntualmente así como lo predijo. Ilustrado pues con unas luces tan claras de su próximo fallecimiento, y prevenido con el ejercicio de tantas virtudes, se halló acometido de una grave enfermedad; y pareciéndole que nadie debe tenerse por seguro en la hora de la muerte, quiso implorar la Divina misericordia con aquellas preces que se acostumbran decir en el responsorio de Prima en el discurso del año. Para ello rogó que le escribiesen con letras grandes los versículos siguientes: *Christe, Fili Dei vivi, miserere nobis. Qui natus es de Maria Virgine, miserere nobis. Qui surrexisti a mortuis, miserere nobis. Qui scandis super sidera, miserere nobis. Qui sedes ad dexteram Patris, miserere nobis.* Puestos pues estos devotos versículos delante de su cama, imploraba los piadosos efectos de la Divina misericordia, discurriendo por los sagrados misterios que en ellos se encierran. Con cuya buena y humilde disposicion, siendo ya muy anciano, murió santamente en el dicho convento de Lérida el año 1612, mereciendo, segun piamente creemos, recibir en el cielo aquella resplandeciente corona, que Dios tiene prevenida para los que le sirven en justicia y santidad.

P. Arcángel de Gerona.

El Padre Arcángel de Gerona habiendo vestido nuestro hábito capuchino en el convento de Figueras el año 1594, procuró quedar revestido con las virtudes propias de un Fraile Menor. Obediente á los Superiores, celante de la altísima pobreza, puntual en los ejercicios de comunidad, fervoroso en la oracion, y ejemplar para con todos se dejó ver en los años que vivió en la Religion. Pero entre estas virtudes resplandeció singularmente con una gracia muy particular de hablar de Dios y de cosas de espíritu, de cuya gracia quedó tan satisfecho y admirado el señor Obispo de Elna, Don Onofre Reart, que le dijo una vez que pusiese por escrito aquellas materias espirituales, que él mandaría darlas á la imprenta; pero el Varon humilde se excusó, diciendo que bastantes libros había de semejantes materias. Había este Siervo de Dios profesado una cordialísima devocion al glorioso Doctor San Buenaventura, y tenía escritas de su mano algunas cosas muy devotas de este Santo: cuya devocion le recompensó muy liberalmente el Doctor Seráfico, concediéndole acabar su vida en el mismo dia que la Iglesia celebra su fiesta. Padeció con mucha paciencia una larga enfermedad, en el discurso de la cual sucedió que hallándole el médico muy mejorado, le declaró por libre y fuera de peligro: mas el Siervo de Dios, que tenía otras luces superiores, dijo que no hiciesen caso de aquella mejoría, porque moriría el dia de San Buenaventura, que aun estaba distante seis ó siete dias; como en efecto así se cumplió, pasando de esta vida en el dicho dia, y subiendo á gozar de la felicidad eterna en compañía del glorioso Santo, segun piamente creemos. Fué su muerte el

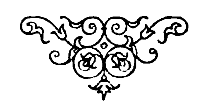
año 1612, en nuestro convento de Figueras. (1)

Fr. Mateo de la Olleria, Lego.

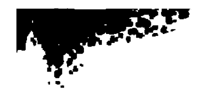
Fray Mateo de la Ollería, flor hermosísima y de celestial fragrancia, con la suave de su angélica vida recreó é ilustró con sus virtudes el deleitoso jardin de la Provincia de Valencia. Miráronse en él todas las que componen un Religioso seráfico y evangélico. Fué muy penitente y mortificado; y con ser la aspereza de la Religion tanta, añadía á la comun otras particulares de ayunos, disciplinas y vigilias. Era de conciencia tan pura y de natural tan apacible, que siempre iba bañado de alegría: su semblante, sus palabras y acciones, todo manifestaba la paz y serenidad de su alma. Jamas le vió nadie turbado ni triste, siempre religiosamente alegre, jamas con tedio á las cosas del servicio de Dios, ántes su mayor gloria era cuando se veía en los ejercicios espirituales. Ejecutaba con prontitud y alegría los de la obediencia, y singularmente los de su estado. Una vez se desconcertó el brazo izquierdo, y miéntras estuvo en cura, no pudiéndose servir de él para ninguna accion, con el derecho solo hacía la cocina, el refectorio, la portería y aun cavaba en el huerto, en el convento de la Olleria, donde juntamente con él estaba yo conventual y fué testigo de lo que aquí escribo (dice el Cronista): que yo y todos los de la familia edificados admirabamos semejante fervor, que otro con menor mal se eximiera no sólo de todos, sino de uno solo de estos empleos. Y aun cuando no tenía más que uno, procuraba hacer los de todos, y sin que ellos lo advirtiesen, hallaba el cocinero que le habia fregado las ollas, y el refitolero que le había puesto el refectorio; á todos deseaba servir, y servia á todos en cuando lo pedia la caridad y necesidad de cada uno.

Fué varon de mucha oracion; iba siempre interior, ocupada siempre su mente y afecto en Dios. El tiempo que no estaba ocupado en los ejercicios de la obediencia, todo le empleaba orando en la iglesia; singularmenie de noche, cuando se hallaba desocupado, empleaba en orar gran parte de ella en la iglesia con el trato familiar con Dios De donde sacaba la perfeccion de todas sus virtudes, y adquirió la perfeccion de todas ellas, mirándose cada dia más aprovechado en ellas. Y rico de todas, llegó al término de su vida, para comenzar á gozar el premio eterno de ellas: y con una enfermedad llevada con su ordinaria paz y alegría de ánimo, despues de haber recibido los Sacramentos, descansó con la misma paz en el Señor, en nuestro convento de Valencia, el año 1612, á 10 de Agosto.

Había tenido en vida por amigo íntimo á Fray Martin de San Mateo, Religioso lego. Estando este una noche durmiendo, pocos dias despues de la muerte de Fr. Mateo, sintió que le dieron un golpe en un lado, con que despertó, y oyó y conoció la voz de Fr. Mateo que le dijo: «¿Eso es ser amigo?» Entendió luego cargaba esta reprension sobre el descuido que había tenido hasta entónces en rezar por su alma los Paternoster que nuestras Constituciones imponen á los Religiosos legos por las almas de nuestros difuntos: y tuvo por cierto, que pidiéndole por medio tan singular estos sufragios, estaba en via de salvacion en el Purgatorio, y que necesitaba de ellos para salir de sus penas é ir á gozar de Dios. Y dejando el sueño, luego se puso á rezar por él los dichos Paternoster y aplicó por su alma otros sufragios. En que se nos avisa á todos en no dilatar los que la Religion tiene señalados por las almas de nuestros hermanos difuntos, pagándoles esta deuda lo más presto que se pudiere, para que se les acaben más presto sus penas y suban á gozar de Dios: el cual no nos castigue á su tiempo, en dilatarlas, con el descuido de los otros.



(1) El mismo año murió en Caspe el P. Angel de Gerona, hermano del P. Arcángel y famosísimo predicador. (MS. *Taula y memoria*).



P. Hilarion de Medinaceli.

Célebre fué el nombre de santidad que adquirió en toda la Orden por sus heróicas y conocidas virtudes el P. Hilarion de Medinaceli, gloria y lustre de toda ella; y donde le adquirió mayor, fué cuando la propagó en el Reino de Valencia, y bajo la direccion del P. Juan de Alarcon (1), fundó en él nueva Provincia, siendo de ella su primer Prelado, piedra fundamental de su espiritual edificio que echó Dios en sus fundamentos: con cuyo ejemplo, doctrina, y espíritu tan seráfico, que llegó su perfeccion á emparejar con la de los principios seráficos y evangélicos de la reformacion de nuestra Seráfica Religion. Con su prudencia y buen gobierno fundó y levantó el edificio seguro de dicha Provincia con suma perfeccion seráfica y evangélica pobreza en todas las cosas: en los edificios pobres de los Conventos, en la vileza de los hábitos, en la humildad y desprecio de sí mismo, en el rigor y aspereza de la vida penitente, en la descalsez y duras camas de unas desnudas tablas, en la abstinencia y rigurosos ayunos, en el retiro y soledad de los pueblos, en el culto divino y divinas alabanzas de dia y de noche en el coro, en la limpieza y aliño de las iglesias y altares y en la devota celebracion de las Misas, en la pobreza decente de los ornamentos sagrados, en la contínua y fervorosa oracion mental, en el silencio perpétuo, en la extremada modestia y composicion del hombre exterior que era ejemplo y edificacion á todos, finalmente en la rigurosa observancia de la pureza de la Seráfica Regla y Estatutos generales en que era el primero en todo con su ejemplo. Con toda esta seráfica perfeccion, secundando el celo del P. Alarcon, fundó y edificó el espiritual edificio de la Provincia Valenciana, adquiriéndole nombre glorioso de santa. El P. Hilarion fué su Comisario seis años, su Maestro de novicios, su Guardian, su Definidor, su Custodio dos veces para el Capítulo general, y Prelado suyo: y tuvo á dicha Provincia tan singular afecto que la escogió para morir en ella, como se vió que despues de muerto Provincial en la de Aragon, se le halló patente del P. General para volverse á la de Valencia acabado su gobierno, para acabar en ella sus dias.

Nació el P. Hilarion en Medinaceli, ciudad antigua y nobilísima de Castilla, y mucho más noble por ser el título con que más se honran sus Duques. Fué del nobilísimo linaje de los Heredias, ilustre entre los más ilustres de España; siendo mozo fué paje de los Duques de Medinaceli, y despues, siendo Virrey de Sicilia, su gentilhombre. Y dándole Dios un desengaño de las vanidades del mundo y una luz clara de los bienes eternos con unos deseos grandes de ellos, se resolvió para conseguir estos dar de mano y despreciar aquellos: y para que esta su resolucion fuese más verdadera, con que de una vez dejase del todo al mundo y de veras sirviese á Dios, juzgó no había medio más eficaz que abrazar el Instituto de los Capuchinos. No dilató mucho su ejecucion, ántes solicitó con ánsias el ser recibido al gremio de la Orden; y conociendo nuestros Padres sus buenos deseos y tan gallarda resolucion en querer ser recibido á la Orden en tierras extrañas y tan distantes de España su patria, y dar de mano un mozo á las comodidades, honras y regalos de palacio, trocándolo todo por un saco humilde y vida tan penitente, tuvieron por de Dios su llamamiento, y le recibieron á la Orden como Corista, por haber estudiado ya leyes y canones.

Abrazó tan de veras nuestro Instituto, ajustándose tan perfectamente á las leyes de la Religion, que su vida adornada de todo género de virtudes era admiracion á los demas y aun á todos ejemplo. No había entre los demas novicios otro más humilde, más obediente, más fervoroso y penitente; muy frecuente en la oracion y á todos los actos comunes, muy amigo del silencio y del retiro y soledad de la celda, con grande mortificacion de sentidos y una composicion exterior tan religiosa, que robaba el corazon y los ojos de los que le miraban. Descubríanse ya en él grandes dones de naturaleza y de gracia, y unos pronósticos de que había de ser grande hombre en

(1) Véase la vida de este ilustre Padre en la pág. 171 y siguientes, y en particular léanse las notas.

la Orden y de que había de tener grande nombre en toda ella.

Profesó la seráfica Regla, y viéndose obligado de su observancia, no le embarazaban los preceptos de ella: fáciles le parecieron todos por adquirir el espíritu de sus evangélicos consejos. Era todo su cuidado, y fué tan grande el que en esto puso, que en pocos dias no se miraba en él sino un evangélico varon y un seráfico religioso, un hijo verdadero de nuestro seráfico Padre y una viva imágen de verdadero Fraile Menor y perfecto capuchino. No hizo jamas pausa en caminar á la perfeccion Religiosa: dábase prisa siempre por llegar á su cumbre, siempre le parecía estaba léjos de ella, y olvidado de lo andado, sin volverlo á mirar jamas, caminaba á pasos largos por llegar á lo que le faltaba. Tenía su mira puesta en la vida de Cristo, y como miraba la suya tan distante de parecerse á la de ese Señor, cada dia reprendía su descuido y alentaba su afecto á su más perfecta imitacion: con que se halló un varon tan perfecto, y sus virtudes tan notorias á todos, que siendo corta esfera para la opinion de su santidad sola su Provincia, voló en breve su fama no sólo á las vecinas, sino á las más remotas de Italia, donde ya no era nombrado con el nombre de Fray Hilarion de Medinaceli, sino con el del Santo Español; tanta fué y tan conocida en ellas su santidad, que la suya le dió en todas ellas nombre de Español santo: con él le nombraban y por él era conocido de todos.

Era á todos los ejercicios de humildad, aun siendo Prelado, el primero: á fregar los platos de la cocina, a barrer el convento, á limpiar los vasos de la enfermería, á lavar y besar los pies á los Frailes. No había en su concepto cosa más vil ni más digna de desprecio que él: y como lo pensaba, así deseaba los desprecios; á todos miraba como á buenos, sólo á sí se miraba y hallaba malo y que no servía como debía á Dios, y que era inútil y sin provecho en su casa, y se admiraba de la bondad de Dios, que siendo tan malo y sirviéndole tan mal, le tuviese y sufriese en ella, entre tantos buenos. Todo lo bueno que veía en los demas, lo desconocía en sí, y le era motivo para más humillarse.

La Pobreza seráfica fué todo su tesoro: no tenía nada ni lo quería tener, contento sólo con el uso pobre y estrecho de lo preciso al sustento de la naturaleza, con sólo el hábito viejo y cargado de remiendos. No habia en su celda más que las tablas desnudas para dormir, el Breviario viejo, y un cartapacio de ejercicios espirituales escritos de su mano (costumbre universal de todos aquellos primeros Padres, que no había ninguno que no tuviese el suyo con los ejercicios de su devocion, evitando tener muchos libros en la celda, por ser más pobres). Gloriábase mucho con la falta de las cosas necesarias, diciendo que entónces era Fraile Menor cuando se le ofrecían ocasiones de padecer la falta de ellas con alegría y gusto del alma Decía tambien que no había riqueza mayor como vivir por el cuidado de Dios, pendiente de su divina Providencia, y que entónces nos faltaría esta cuando le quitásemos este cuidado á Dios y le tuviesemos sobrado de las cosas necesarias, y que viniendo por el nuestro lo pasaríamos peor y todo nos faltaría, que se ofende Dios de la demasiada solicitud de lo temporal de los Frailes capuchinos, que habiendo experimentado su liberal Providencia en tantos casos desesperados, no pongan en él todas sus confianzas.

La virtud que entre todas las suyas campeó más, fué la de la oracion interior y mental, teniendo en ella trato muy familiar con Dios; y no es maravilla se mirasen en este venerable Padre las virtudes todas, estudiando siempre en la escuela donde todas se aprenden, siendo el Maestro de ellas el mismo Dios que las enseña al paso que las desea y procura en ella el alma. De aquí le nacía tanta luz en el entendimiento para el buen acierto de todas sus cosas, singularmente para las del gobierno, para el cual le dió Dios gracia tan singular, que si no se adelantó con el suyo á los mayores Prelados que ha tenido la Orden, emparejó con ellos: y Dios despues que le trajo á la Orden despues de sus primeros años, siempre le quiso Prelado, hasta que murió, para que fuese ejemplo de Prelados y mantu-

viese con su santo y prudente gobierno el sublime estado de la Religion; y por la experiencia y buen acierto que en él notaba, decía el P. Jerónimo de Castelferretti siendo General, que no dudaría de dar su voto al P. Hilarion de Medinaceli, para General de toda la Orden: tanta era la capacidad, espíritu seráfico y vida ejemplar del P. Hilarion, y tal la fama que de su gobierno había en la Orden, que un Prelado de los mayores que ha tenido, le juzgaba digno de la suprema dignidad de ella. Todas estas virtudes y luz tan grande en los buenos aciertos de su prudente y celoso gobierno, le venían de la oracion y trato contínuo y familiar con Dios.

Habíase propagado en España nuestra Religion, y dado principio con la fundacion de la Provincia de Cataluña; y como hubiese esperanzas ciertas de lo bien que había sido recibida en aquel Principado, de dilatarse en más Provincias, fueron escogidos de las de Italia los mejores y más ejemplares sugetos para este intento, y los enviaron á la de Cataluña para que de ella como de madre saliesen á la fundacion de las demas. De los escogidos de la Provincia de Palermo fué uno el P. Hilarion de Medinaceli, y entre los más señalados en virtud y de mayor opinion Llegó á Cataluña, y no poco ilustró los principios de aquella Provincia con el ejemplo de su seráfica vida: señalándose entre tantos y tan grandes Padres, como florecían en ella en santidad. Tan notoria era la suya, que los Padres de su Provincia, cuando le enviaron á la de Cataluña, escribieron á los Padres de ella que les enviaban un segundo San Bernardino.

Su ejemplar y evangélica vida era lo que más calificaba sus méritos, como se vió en la eleccion que se hizo de su persona para propagar la Religion en el Reino de Valencia. El Rmo P. General de la Orden, Fr. Jerónimo de Sorbo, á instancia del Beato Juan de Ribera Arzobispo de Valencia y Patriarca de Antioquia, con parecer del Capítulo general, envió licencia y órden al P. Provincial de Cataluña que entónces era el P. Juan de Alarcon, para que con el parecer de los Padres Definidores de su Provincia, enviase algunos Religiosos á Valencia para que fundasen nuevo Convento de la Órden en aquella ciudad, por dar principio á la Provincia de aquel Reino, y que nombrase al que fuese más á propósito por Prelado y Comisario de aquella nueva fundacion. Con ser tantos los Padres que había entónces en aquella Provincia merecedores de este honor y de esta empresa, de sólo el P. Hilarion de Medinaceli se hizo mencion, que por campear entre todos con prendas mayores, le juzgaron digno de ella: de que no poco se alegró el dicho Padre General, cuando supo la acertada eleccion que se había hecho.

Ejercitó el oficio de Comisario seis años, y en ellos fundó nueve Conventos de la Orden en este Reino, con que dejó fundada con toda perfeccion esta Provincia de Valencia hasta en lo material de sus fábricas, pobres y humildes; pero en lo que puso mayor cuidado, fué en lo formal de ella, fundándola con su ejemplo y doctrina, en espíritu de perfeccion tan seráfica y evangélica que, como queda ya tocado arriba, llegó á emparejar la de esta Provincia, con la de la Religion en los principios de su reforma. En estos seis años fué elegido por dos veces Custodio para el Capítulo general que se celebró en Roma.

Despues de los seis años, vino San Lorenzo de Brindis como General á visitar las Provincias de España; y viendo la mucha perfeccion que había en la de Valencia, y cuan en su punto estaba toda la observancia regular por el cuidado y gobierno del P. Hilarion, juzgó era talento de mayores empleos y que podía gobernar no una sino muchas Provincias juntas y aun á toda la Religion, y para que gobernase á un mismo tiempo las tres que se formaban en España convocó á todas las tres á capítulo Provincial en Barcelona, y ordenó que todas tres eligiesen un solo Provincial. Y con general aplauso de todas tres, eligieron por Prelado al P. Hilarion de Medinaceli; y como era lo que deseaba el Santo P. General, le confirmó con mucho gusto suyo, tan bien visto estaba en toda la Orden y singularmente con los Prelados mayores tenía concepto tan grande, que todos los de su tiempo le

juzgaban digno de los mayores honores de la Orden.

Una de las veces que fué á Roma, por Custodio de su Provincia al Capítulo general, el dia que fueron en procesion todos los Padres capitulares á ganar las indulgencias de las siete Estaciones, se puso el P. Anselmo de Monopoli (que entónces era Procurador General y despues fué Cardenal de la Santa Iglesia) á la puerta para dar á cada uno de los Padres Capitulares el lugar que á cada uno se le debía. El P. Hilarion por su humildad, salía de los primeros: y el P. Procurador en un santo impulso de veneracion le detuvo y dejándolos pasar á todos, llegando los Padres Definidores generales, le puso delante de ellos diciendo: « Éste es vuestro lugar, Padre Español », aunque había otros Custodios y Provinciales mucho más antiguos que él. Esta era la opinion que tenía en la Orden su virtud y sus admirables prendas y el concepto que tenía con los Prelados mayores de la Orden.

Su vida ejemplar y ajustada en todo á la pureza de la Seráfica Regla y leyes de la Orden, era la que más obraba en su gobierno; á todos los actos y ejercicios de la Comunidad era el primero: jamas faltaba al coro ni de dia ni de noche, ni á las horas de oracion, por cansado que llegase á los conventos del trabajo del camino. No quería los dias que acostumbra nuestra Religion dar alguna cosa más fuera de la comida comun á los Religiosos huéspedes, fuera de un par de huevos en cáscara si los había, lo demas no lo admitía. Mostrábase con todos los Religiosos llano, afable, apacible, aunque fuesen los ménos dignos; á todos mostraba amor de Padre y todos acudían á él á todas horas con confianza de hijos, á todos oía con agrado, y consolaba á todos y los dejaba contentos. Hacía unas pláticas á la comunidad llenas de espíritu seráfico, doctas, fervorosas y de las materias más importantes al bien de la Religion y de mayor provecho para adelantarse en la perfeccion religiosa. En lo que más apretaba era en la guarda de la pureza de la Seráfica Regla, de la altísima pobreza, y singularmente jamas se cansaba en persuadir el ejercicio de la oracion mental, cuya virtud había experimentado era toda la vida de nuestra religion, y que sin ella era como muerta y sin ser de perfeccion, y que sin su ayuda de costa, no se podían llevar con fruto y con provecho sus rigores y vida penitente. Sobre este punto como tan esencial cargaba toda su consideracion y todo su afecto en sus pláticas; no aguardaba los daños para remediarlos, sino que anticipadamente los prevenía con el remedio, no dando lugar á la menor relajacion.

En las visitas escuchaba con espera grande á los Religiosos: si le decían algo que necesitaba de castigo y remedio, no daba luego crédito á la primera informacion, suspendía el juicio y severamente inquiría la verdad y procedía segun ella. Visitaba las oficinas y no permitía en ellas cosa que ofendiese á la santa pobreza ó simplicidad de la Orden; no consentía provision alguna, aun de las cosas necesarias, sino para poco tiempo: donde las hallaba mandaba diesen parte á otros Conventos que sabía estaban faltos de ella. Singularmente mostraba celo grande del culto divino y que los ornamentos sagrados fuesen pobres, pero muy limpios sin consentir en ellos cosa superflua, curiosa y de valor; decía que de permitir lo poco, poco á poco se viene á lo mucho. Finalmente de sus visitas y santo y prudente celo, quedaban los Conventos más reformados y los Religiosos con tanta paz y tan contentos, que al despedirse de ellos, todos se querían ir tras él, llorando de sentimiento de que se les fuese. Visitó las tres nacientes Provincias siempre á pie, aunque estaba ya viejo con sólo un compañero Religioso lego, á quien tenía ordenado no llevase nada de comida ni bebida para el camino: decía que mejor le iba en los caminos con el cuidado de Dios, que con el suyo y de sus compañeros.

Acabado de ser Provincial de las tres Provincias unidas, luego se volvió á la de Valencia, á quien mostró siempre grande afecto y en quien deseaba vivir y morir: y agradecidos los de ella al suyo, ya que no le podían tener Provincial por estorbarlo la Constitucion, que acababa de serlo los tres años que ella ordena, le hicieron Guardian dos veces del Convento de la

Sangre de Cristo de Valencia, primero Definidor de la Provincia y Maestro de novicios. Pero él cuanto le honraban más, tanto más se humillaba y se tenía por inferior á todos. Todos los dias salía al huerto con los Religiosos al ejercicio y trabajo de manos y aunque por ser ya viejo y despues de haber sido tantos años Prelado mayor podía excusarse, no lo hacía, y ya que le faltaban las fuerzas para cavar, escardaba las hierbas.

Era devotísimo de la Vírgen nuestra Señora; celebraba sus fiestas con afecto grande, y sus vigilias con penitencias de disciplinas y ayuno de pan y agua: singularmente mostraba mayor afecto de devocion á la fiesta de la Inmaculada Concepcion de esta Señora. Una vigilia suya, ántes de tocar á comer al Refectorio, le llamaron á la portería unas personas de obligacion, cuya visita por ser Prelado no pudo excusar. Miéntras estuvo con ellas, tocaron á comer é hizo la Comunidad la disciplina que es costumbre hacerse: despedidos los caballeros entró en él, y viendo ya á los Religiosos de rodillas en tierra que comían el pan y agua: como si hubiera sido delito suyo haber faltado en tal dia al principio con la Comunidad, postrado en tierra dijo con grande fervor la culpa de su descuido y de poco devoto á la Inmaculada Concepcion de la Vírgen, hizo una disciplina muy fervorosa en las espaldas que movió á lágrimas á la Comunidad: despues se tendió en el suelo del Refectorio y dijo se levantasen todos á pisarle la boca en pena de su culpa, que era un mal Religioso poco devoto de la Vírgen, los Religiosos pasmados se estuvieron quedos por el respeto que le debían como á su Prelado: él mandó que le pisasen la boca, y que no se levantaría de allí hasta que lo hubiesen hecho; hiciéronlo llorando, edificados de tanta humildad y del afecto tan grande que mostraba á la Purísima Concepcion de la Vírgen, y muy contento se levantó y se puso á comer pan y agua con los demas.

Vino el año 1609 el Rmo. P. Jerónimo de Castelferretti, Ministro general de la Orden, á visitar la Provincia; llegando á nuestro convento de Segorbe, donde llegaron tarde los Definidores para obsequiarle y darle la bienvenida, el P. General al ver el P. Hilarion que era uno de ellos, se alegró como si viera á un S. Hilarion, abrazolo é hizo con él otras demostraciones de alegría y veneracion; dijo fueran á lavarse los pies, y encargó al portero que le avisasen cuando lavasen los pies al P. Hilarion. No podía saber el portero el por qué lo quería saber, fué y avisolo. Levantose entónces el Padre General con mucha alegría diciendo: «Vamos á besar los pies al Santo Español», y bajó de su celda á la cocina, donde se hacía este humilde ejercicio: y puesto de rodillas se los besó con grande afecto, habiendo pasado ántes una humilde porfía entre los dos, resistiendo la humildad del P. Hilarion y la reverencia á tan gran Prelado: pero venció su autoridad á sus humildes ruegos, significando el humilde Prelado con esta humilde accion el concepto grande que tenía de la santidad del P. Hilarion y la veneracion que todos los Padres Generales de su tiempo hicieron de él, si bien todos eran motivos para que él se humillase más.

Con el oficio de Guardian del Convento de Valencia, ejercitó juntamente el de Maestro de novicios: que no estorbó á su humildad el haber sido tantas veces Prelado mayor, y ejercitó este ministerio con el acierto y satisfaccion de los demas, haciéndose niño con los niños; él que estaba hecho á ser Padre de hijos ya criados y grandes, parece se había empleado toda su vida en este ministerio: educábalos con tal amor y con tal rigor que aquel desmentía á este, y por afecto de la mucha voluntad que les mostraba, no se ha visto Maestro que mejor mortificase á sus novicios, ni otro más querido de ellos que el P. Hilarion, por lo cual no sabían estar un instante sin él. Haciales fervorosas pláticas, y como estaba tan alumbrado en las cosas del espíritu, todas las suyas se enderezaban á comunicarles esta luz para que fuesen varones espirituales é interiores. Para esto les enseñaba como habían de mortificar las pasiones del alma, para que quitados los estorbos interiores se renovase el hombre interior y se estampase mejor en él la imágen del nuevo Adan, Cristo nuestro Señor. Para esto los aficionaba mucho al ejercicio de

la oracion mental como eficaz medio para llegar á la cumbre de la perfeccion de todas las virtudes: en esto ponía su mayor cuidado, enseñábalos como la habían de hacer con mayor provecho espiritual, dábales preceptos y reglas de mucha perfeccion, y examinábalos como se portaban en ella y de los afectos con que la ejercitaban. No les daba otra meditacion que la de la Pasion de Cristo, en cuya imitacion está toda la perfeccion cristiana.

A este tiempo los Padres de la Provincia de Aragon tuvieron Capítulo, hallándose en él el Rmo. P. Jerónimo de Castelferretti Ministro general; y como habían ya experimentado su seráfico gobierno, le eligieron por su Provincial, de que no poco gustoso se mostró el P. General que confirmó luego la eleccion y le envió patente para que fuera á gobernar aquella Provincia. Aquella estaba por haberle ganado muy alegre, y esta por perderle muy triste, y él lo estaba por dejarla. Fué á cumplir la obediencia y estándola haciendo, habiéndola gobernado cerca de tres años, le quiso dar Dios el premio de sus virtudes y el de los muchos trabajos que padeció en propagar y gobernar nuestra Religion. Enfermó en nuestro convento de Zaragoza, donde recibidos los Sacramentos dió su espíritu al Señor el 24 de Marzo de 1612, dejando gran duelo de sí en todas nuestras Provincias de España con la pérdida de Padre comun de todas, y quien hizo mayor sentimiento fué la de Valencia, por haber perdido á su primer Prelado.

Fr. Blas de Castelnou, Lego.

Fray Blas de Castelnou fué Religioso insigne en todo linaje de virtudes: de rara mortificacion de sentidos y de tan grande modestia exterior, que los buenos hallaban motivos de edificacion y de alabar á Dios, y los malos tropezaban en ella. Era muy modesto y casto y sobremanera vergonzoso. Envidioso Satanas de su pureza, intentó con varios modos mancharla, y experimentando vanas todas sus diligencias, intentó darle un terrible asalto. Iba Fr. Blas un dia pidiendo la limosna del pan por las calles de Valencia, y dos mujeres, tentadas de Satanas, le llamaron sin sospechar él mal alguno, ántes imaginando sería para darle limosna fué, dijéronle que entrara: entró con sencillez, y estando dentro le cerraron las puertas. Sospechó no tenía nada bueno la accion, y levantó la mente á Dios, pidiéndole su favor. Las malvadas mujeres sacudido el temor de Dios y la vergüenza, con palabras lacivas que puso en su lengua el demonio, combatieron su casto pecho: pero el Siervo de Dios favorecido del Señor, con disimulacion las dijo: « UU. son dos, y yo y mi compañero tambien somos dos: yo sé que hará lo que yo hiciere; ábranme para que le vaya á llamar; y entre tanto se quedaran aquí estas mis alforjas del pan. » Creyolo así su liviandad; y viéndose Fr. Blas en la calle, libre de lance tan apretado, dió gracias á Dios, y desde otra casa envió un muchacho por las alforjas, dejando corridas y burladas á las mujeres, y confuso y vencido á Satanas, dejando como otro José en manos de ellas las alforjas, como él en las de su torpe ama su capa: que quien no busca el peligro, puesto en él, si acude á Dios, le saca libre de él y con victoria.

Con estas victorias y adornado de virtudes, acabó Fray Blas su carrera santamente y con opinion de gran Siervo de Dios. Murió en el convento de Valencia, habiendo recibido todos los Sacramentos, el 5 de Febrero de 1612.

Fr. Miguel de Pamplona, Corista.

Uno de los más ilustres varones que el año de 1613 se coronaron de inmortal gloria, en la Provincia de Aragon, fué Fr. Miguel de Pamplona, Corista, que aunque vivió en la Religion poco tiempo, consiguió en él (segun lo que la sabiduría de Salomon previno) siglo dilatado de perfeccion. Hallábase en la edad de quince años, cuando prevenido de Dios, puso los ojos en la Religion de los Capuchinos, ántes de abrirlos á las vanidades y profanidades del mundo. Entró, pues, en esta palestra espiritual, tratando luego de cooperar con la invisible mano que le guiaba á todo lo que pide la idea de un

perfecto Fraile Menor. Fué (por primera línea que en esta imágen tiró la gracia) tan honesto y morigerado, que en los cinco años que logró el sayal capuchino' no empleó los ojos en otro uso que mirar la tierra, adonde había de descansar tan aprisa, sin que se levantasen jamás para mirar á rostro alguno. Esmaltó los candores de esta pureza con el oro finísimo y acendrado, que sacaba de la mina honda de su humildad, llevado de la cual, y teniéndose por indigno de todo bien, se ponía siempre en el grado último del desprecio, bien que esto mismo le elevabaá la mayor estimacion de los Religiosos.

Siendo tan casto y tan humilde, cierto es que había de ser abstinente. No sólo cuando tuvo salud mortificó con severa ley las licencias destempladas del gusto, castigándole contínuamente en la comida y en la bebida, pero áun padeciendo, una calentura ética qne le abrasada con insaciable y ardienie sed, huía tanto del alivio de ella, que el agua que le administraban los enfermeros, ó vertida ó escondida con disimulo era ántes materia de contínuados sacrificios á Dios, que de satisfaccion á su sed, que toleraba constante, con la memoria de la que en la cruz había padecido su Redentor. Solian reprenderle por esto, para que la templanza se perfeccionase con la paciencia; pero satisfacía con esta humilde y blanda respuesta: « Muy perjudicial fuera la dolencia del cuerpo á las ganancias del espíritu, si éstas por aquélla se suspendieran. Debemos mucho á quien se cargó de todas las penurias humanas, porque éstas en nosotros quedasen en la línea de temporales y no pasasen á eternas; con que ya que no eterna, debeser temporal la mortificacion con que nos mostremos agradecidos á este amantísimo bienhecor. »

No se olvidaba entre las demás virtudes, de la que es tan propia del estado Religioso. Obedecía no sólo con inclinacion, sino con anhelo á estar sujeto en cuerpo y alma á la direccion del Prelado, cuya voz era el móvil único de todas sus accjones y movimientos. Su meditacion, su oracion, su contemplacion, era fructuosa cuanto contínua, y se hacía más ciudadano de los cielos que de la tierra, y así se conservaba an puro, tan libre, tan exento del vicioso y humano polvo que suele empañar áun el más ajustado espíritu, que estando ya cercano á la muarte, dijo á su confesor: que esaminando bien el tiempo que había gastado en la Religion, no hallaba que le diese cuidado otra cosa, que haber en un viaje trocado con el compañero un pañuelo, sin actual licencia del Prelado. Dichosa y singular conciencia, en que era recelo cuidadoso lo que an leve culpa no habría sido.

t

A esta ejemplar vida correspondió ejemplar muerte: pues, vencido de la instante fiebre que le oprimía, y ya preparado, aunque en corto tiempo, perfectamente para ocupar una de las sillas angélicas, murió en nuestro convento de Zaragoza, quedando cu cuerpo más en aparencia de dormido que de difunto, más con rostro de Angel que de hombre, indicio cierto de la gloria que empezaba á gozar.

P. Anselmo de Borgoña.

No fué de menor perfeccion el Padre Anselmo de Borgoña Sacerdote, que habiendo vestido nuestro hábito capuchino en Italia el año 1577, vino despues á la Provincia de Cataluña y la ilustró no poco con los virtuosos y santos ejemplos de su vida. Nunca quiso vestirse con hábito nuevo, sino con otro que fuese viejo y remendado; ni quiso admitir en la comida el plato que se llama pitanza, contentándose con lo demas que concede á los Religiosos nuestro pobre estado. De la soledad y recogimiento fué tan amante, que una vez no salió del convento en el largo tiempo de tres años: y considerando los peligros que lleva la conversacion con mujeres,se retiraba tanto de ellas, que fuera de la necesidad no había medio ni título alguno que le obligase á hablarlas. Siguiendo pues de este modo los caminos de la perfeccion religiosa. llegó á merecer tal concepto de virtuoso y perfecto, que uno de los que le trataron y conocieron, dice que fué uno de los santos y ejemplares Religiosos de su tiempo. Todo lo cual nos confirma un beneficio muy singular, con que el Señor se dignó favorecerle, y fué que ha-

biendo sufrido cierta enfermedad que le impedía estar en pié, con todo cuando se llegaba al altar para celebrar el santo Sacrificio, se hallaba ágil y con fuerzas bastantes, pero concluida la Misa volvía á su impedimento y necesidad de sentarse. De donde podemos inferir que si las virtudes de este Siervo de Dios le merecieron en vida tales favores del Señor, le merecieron tambien en su muerte los favores y premios eternos del cielo. Falleció en nuestro convento de Blanes el año 1613.

P. Angel de Santa Pau.

Fué hijo de Miguel Buch, labrador honrado de una parroquia que tiene por nombre Santa Pau en el Obispado de Gerona. Cuales fuesen sus deseos de olvidar todo lo del mundo y servir á Dios con perfeccion, lo manifestó claramente cuando abrazó nuestro Instituto capuchino, cuyo santo hábito vistió el año 1594, en nuestro convento de Santa Eulalia. Parece á la verdad que en esta profesion santa se halló revestido de un nuevo espíritu, para correr los caminos ásperos de la perfeccion religiosa, hasta llegar á una santidad más que ordinaria. Confesamos que no podemos dar una relacion individual de las virtudes en que se ejercitó este Siervo de Dios, pues solamente hallamos en general que fué Religioso de mucho espíritu y muy aprovechado en la virtud, y que vivió siempre con satisfaccion y ejemplo de los Religiosos. No obstante, algunos milagros, que Dios obró por medio de su oracion, nos daran bastantemente á conocer los admirables progresos que hizo en la virtud, y la alta perfeccion con que sirvió al Señor. Referiremos estos milagros segun se hallan en las informaciones que se tomaron de su vida.

Mariana Lacreu, vecina de la villa de Prada en el Rosellon, se hallaba enferma de calenturas y en un estado muy grave. Conocía esta señora al Siervo de Dios P. Angel, y esperando que por su virtud y santidad alcanzaría el remedio y la salud, envió á llamarle, y le manifestó la grave dolencia que padecía. Animola el Varon santo diciéndola que no temiese, sino que confiase en Dios: y rezando allí mismo algunas oraciones, le alcanzó prontamente la salud que tanto deseaba; porque desde aquel punto quedó libre de las calenturas, y fué siempre mejorando. Con semejante medio consiguió tambien la salud el Doctor Lacreu, marido de la antecedente, y médico de Prada, el cual hallándose enfermo y muy fatigado de calenturas contínuas, llamó al Siervo de Dios, quien le consoló con semejantes palabras á las que dijo á la mujer, y añadiendo algunas oraciones, luego quedó libre de la calentura, y dentro de dos dias se levantó de la cama, recobrando perfecta salud. Tambien merecieron estos dos consortes lograr la eficacia de las oraciones del Siervo de Dios á beneficio de un hijo suyo, á quien una hernia afligía con tanto dolor, que por cuatro ó cinco dias se halló ocupado de un sudor mortal, sin aprovecharle remedio alguno. En este trabajo acudieron á su buen Protector el P. Angel, el cual con su oracion les alcanzó de Dios para su hijo una salud tan perfecta, que desde aquella ocasion quedó el muchacho bien curado, sin necesitar de algun otro remedio. Otra mujer de Prada, llamada Ana Fabra, recurrió tambien al Siervo de Dios para la salud de un su hijo de leche, que tenía enfermo con una hernia, y había llegado en un estado tan malo, que cada dia pensaban que moriría. Consolola el Varon santo, y diole una almohadilla para que se la pusiese junto con el instrumento que acostumbran usar los quebrados; y para darle mayor confianza le dijo que pensaba que el tal instrumento no sería menester. Y en efecto fué así, porque el niño desde entónces fué mejorando poco á poco de su mal, y sin otro remedio vino á conseguir entera salud.

Con estas curas prodigiosas acreditaba Dios la santidad de su Siervo, y manifestaba á los hombres cuan agradables eran sus oraciones en su Divino acatamiento. Más ¡ oh caminos incomprensibles de la Divina Providencia! Cuando el Señor se dejaba obligar de los ruegos de este Religioso para conceder la salud á otros enfermos, cargó su mano tan pesadamente sobre

él, que parece quiso asemejarle algun tanto con el pacientísimo Job. Moraba el Siervo de Dios en nuestro convento de Tarragona, sirviendo al Señor con la perfeccion que hemos insinuado, cuando se halló agravado de la penosa enfermedad de lepra, que le condujo á un estado tan miserable, que los Religiosos creyeron necesario deberle separar de su compañía, á fin de precaver el contagio que podía comunicarse á los otros. Para ello le colocaron en una torre que estaba unida con el mismo convento, y aunque le asistieron con cuanto dicta la caridad, hasta procurarle en debido modo el consuelo de celebrar el santo sacrificio de la Misa; no obstante el pobre paciente hubo de pasar su penosa enfermedad en aquella torre hasta que salió de este mundo, que fué por el tiempo de algunos años. Mas como Dios nuestro Señor es tan bueno, que al paso que mortifica tambien vivifica, se dignó comunicar á este su Siervo tanta gracia, que pudo llevar todo aquel cúmulo de trabajos y penas con una santa paciencia y resignacion. Celebraba todos los dias el santo sacrificio de la Misa, que sin duda sería para él de un grande consuelo, y si el cuerpo sentía los dolores de aquella enfermedad y las aflicciones de aquella separacion, su espíritu era superior á todo, mostrándose á los ojos de los Religiosos tan paciente y tan resignado, que les servía de edificacion. Acrisolado pues con el fuego de la lepra, y purificado con las llamas de la tribulacion, habiendo recibido los santos Sacramentos de la Iglesia, dejó su miserable cuerpo en la tierra, y entró su dichosa alma en el cielo, segun piamente creemos, para ser revestida de la claridad de Dios con que resplandecen los justos en el reino de la inmortalidad. Fué su muerte en el mismo convento de Tarragona, el año 1613.

Fr. Bernardo de Aiguaviva, Lego.

ESTE Religioso fué natural de un pueblo de Cataluña llamado Aiguaviva, y vistió nuestro hábito capuchino el año 1599, en nuestro convento de Figueras en la clase de los hermanos legos. Se hallaba entónces en la edad de cerca treinta años, y no obstante subió tan fervorosamente el encumbrado monte de la perfeccion religiosa, que puede servir de ejemplo para animar aun á los que en edad menor abrazan el mismo Instituto. Uno de los caminos que siguió para subir á este monte santo fué el de la mortificacion y penitencia, creyendo sin duda que el Religioso que no lleva la mortificacion de Jesus en su cuerpo, ningun progreso hará en la perfeccion de su estado. Grande es verdaderamente el rigor y la austeridad de nuestra vida comun, tanto en ayunos y vigilias, como en disciplinas y otras penalidades; pero todo este rigor fué pequeño para satisfacer los deseos que este Siervo de Dios tenía de mortificar su carne, y sujetarla á las leyes del espíritu. En prueba de esto hallamos escrito que iba vestido interiormente con un cilicio de cerdas, formado á manera de jubon, abierto solamente por la cabeza, padeciendo con él los dolores y molestias que se dejan pensar. Este cilicio mostró á los Religiosos el P. Jacinto de Piera despues de la muerte del Varon santo, de quien había sido confesor, deseando sin duda hacer conocer á todos cual fué el espíritu de mortificacion que animó á este penitente Religioso. De las demas virtudes sólo podemos decir en general que fué muy devoto, muy callado, muy ejemplar, muy Siervo de Dios, y muy perfecto y santo Religioso. Por todo lo cual mereció tan buen concepto entre los Prelados, que le encargaron el oficio de limosnero en nuestro convento de Santa Eulalia, para que con sus buenos ejemplos y santa vida edificase los novicios que se criaban en dicha casa Y ciertamente no se frustraron estas buenas esperanzas de los Superiores, porque el Siervo de Dios se llevó con grande perfeccion, y señales de santidad, como se confirma en el caso siguiente.

Estaba un dia el Varon santo comiendo con la Comunidad en el refectorio, y en la ocasion que estuvo bebiendo con la pequeña escudilla que usamos en nuestras Provincias, quedó arrobado en un éxtasis tan profundo y tan extraordinario, que permaneció así por algunas horas, siendo lo más singular que conservó en las manos

por algun tiempo la escudilla de beber. Era entónces Guardian del dicho convento de Santa Eulalia el P. Miguel de Gerona, que fué Provincial, el cual observando la novedad de Fray Bernardo, salió de su lugar, y con otro Religioso lo llevaron á la dispensa, ó cánova donde el Prelado le dijo algunas palabras de reprension; y como el Varon extático no hiciese movimiento alguno, lo condujeron á una celda de la enfermería, y le dejaron en su rapto. Despues de Vísperas fueron los dos mismos á verle, y le hallaron que al parecer acababa de salir de su éxtasis ó rapto. Entónces el Prelado le preguntó qué era lo que le había pasado en el refectorio comiendo con la comunidad; y aunque el Varon humilde procuró excusarse, diciendo que era un miserable, mas como el Superior añadiese su mandato absoluto, respondió que estando para beber fué ocupado de una consideracion tan viva de la llaga del costado de Cristo nuestro Redentor, que le parecía que de ella estaba actualmente corriendo la sangre. De cuya respuesta entendieron que esta santa y pia consideracion le arrobó y trasportó por tan largo tiempo, y de un modo tan extraordinario.

Ni fué esta la única vez que mereció semejantes Divinas consolaciones, porque su corazon estaba tan encendido con las llamas del Divino amor, que muchas veces padecía desmayos ó deliquios, segun él mismo lo confesó al P. Bernardino de Manlleu, diciéndole que Dios por su bondad le hacía tanta merced, que muchas veces le comunicaba aquellos excesos de su Divino amor. Todo lo cual nos da á conocer cuan fervorosa era la oracion de este Siervo de Dios, cuanta su virtud, perfeccion y santidad. Habiendo pues servido al Señor tan perfectamente, cayó enfermo y llegó al fin de todos los mortales, mereciendo recibir un previo conocimiento de ello, segun él mismo lo declaró á cierto Religioso nuestro, diciéndole que dentro tres dias moriría. En efecto, pasados los tres dias, y recibidos los santos Sacramentos, murió santamente en nuestro convento de Monte-Calvario, el año 1613. Y como la muerte de los justos es preciosa á los ojos del Señor, podemos piamente creer que el alma de este santo Religioso consiguió la eterna felicidad en compañía de los ciudadanos del cielo.

P. Felipe de Romanos.

El P. Felipe nació en un lugar del Reino de Aragon, que tiene por nombre Romanos. Cuales fuesen sus padres, lo ignoramos, como igualmente la conducta de vida que llevó en el siglo: sólo sabemos que vistió nuestro hábito capuchino en el convento de Gerona, el año 1583. Habria sin duda conocido que en este religioso estado se hallan cuantos medios pueden desearse, no sólo para la salvacion del alma, sino tambien para llegar á una eminente santidad; y deseoso de alcanzarla, procuró seguir y practicar las leyes y observancias de nuestro Instituto con todo el fervor de su corazon. Y aunque jamas faltaron en la Provincia de Cataluña Religiosos espirituales, fervorosos, y verdaderos amantes de la virtud, él se distinguió entre los de su tiempo con tales ejemplos de perfeccion, de piedad, de pobreza, de amor de Dios, y de otras virtudes, que aun viviendo fué reputado por santo, así de los Religiosos como de los seglares, cuya buena opinion perseveró por muchos años despues de su muerte entre los mismos que le trataron y conocieron. Ni debe esto maravillarnos, porque fué Religioso de singular y fervorosa oracion, que es la fuente de toda virtud y de toda santidad. Morando en nuestro convento de Vich, fué observado por cierto Religioso nuestro, que á las once de la noche, y á veces ántes, dejaba la celda y se entraba en el coro, donde hacía primeramente una recia disciplina con extraordinario fervor, y despues se quedaba en oracion hasta los Maitines de media noche. Otro Religioso dice que á más de asistir á las horas de oracion que tiene la Comunidad, destinaba otro tiempo para vacar á este santo ejercicio, en el cual, segun se observó, nunca estaba sentado, sino arrodillado ó en pié, aun siendo ya viejo. Y llegó á tanto esta costumbre que tenía de hacer oracion arrodillado, que aun durmiendo parece

que no podía impedirlo, porque le sucedía en algunas ocasiones ponerse á dormir echado, y al despertar se hallaba arrodillado, sucediéndole esto muchas veces en una misma noche! Tanta es la fuerza que tiene una costumbre santa y fervorosa!

De aquí ya no deberá admirarnos que Dios, amante siempre de los que le buscan de corazon, regalase y favoreciese á este su fiel Siervo con abundancia de favores celestiales. Uno de ellos fué que celebrando una vez el santo sacrificio de la Misa, despues de la consagracion mereció ver como impresas en la patena las sacratísimas llagas de nuestro Señor Jesucristo, que eran de color de sangre; cuya vista le produciría sin duda soberanos efectos que encenderían más su corazon. Los demas favores que recibió no podemos explicarlos con individuacion, sino solamente con la generalidad con que el mismo los comunicó en confianza á otro Religioso, diciéndole que en la oracion lograba la dicha de tener raptos y excesos mentales. Si este Religioso que nos dejó la noticia de lo que acabamos de decir, hubiese instado al Siervo de Dios para que se explicase con mayor claridad, conoceríamos sin duda cuales y cuantos fueron estos raptos con que el Señor se dignaba favorecerle. Mas ya que debemos contentarnos con esta generalidad en órden á los favores que recibió para sí, añadiremos otro muy singular que mereció recibir de la Divina bondad á beneficio de cierto bienhechor nuestro. Era este un escribano de la ciudad de Vich, llamado Jaime Onofre Calvet, el cual miéntras se edificaba nuestro convento en la dicha ciudad, cuidaba de proveer toda la madera necesaria para el edificio, y de hacerla componer segun convenía. Sucediole en este tiempo que habiendo bebido ciertos jarabes, le movieron un dolor de hijada tan cruel y fuerte, que estando echado de un lado no podía volverse del otro, ni variar de puesto en la cama, porque al mover el lado dolorido le parecía que le incaban y metían puntas de espada por él; resultándole de aquí un temor grande de haber de morir aquella vez. En este trabajo envió á llamar Capuchinos, y vino á visitarle nuestro P. Felipe, á quien el afligido doliente comunicó el furioso mal que padecía. Alentole el Siervo de Dios, diciéndole que estuviese de buen ánimo, que aquel mal no sería nada, porque él había rogado á nuestro P. S. Francisco que procurase delante de Dios el remedio de su dolor y de su enfermedad, alegando que convenía que él viviese por el beneficio grande que hacía á nuestros Religiosos en la fábrica del convento. Despues de esto rezó algunas devociones, las cuales concluidas, empezó el enfermo á experimentar el remedio, sintiéndose luego tan aliviado, que pudo moverse y ponerse de cualquier lado; y prosiguiendo la mejoría con felicidad, se halló al dia siguiente libre de todo dolor y enteramente sano. Tal era la eficacia de la oracion de este Varon santo, y tales las mercedes que Dios le hacía en testimonio de lo muy agradable que era á sus Divinos ojos; cuyos agrados y cuyas mercedes lograba por medio de la Vírgen Santísima nuestra Señora, pues hallamos que fué devotísimo de esta soberana Reina.

Habiendo pues dado tan ilustres ejemplos de virtud y santidad, cayó enfermo en nuestro convento de San-Celoni el dia de la Expectacion de nuestra Señora, y deseosos los Religiosos de su más pronto remedio, pretendieron trasladarle al convento de Monte-Calvario por la mayor comodidad de la enfermería. Pero era tal la opinion que los vecinos de aquella villa tenían de la santidad del Siervo de Dios, que se opusieron constantemente á esta determinacion, diciendo que vivo y muerto lo querían entre ellos, y así se cumplió. En el discurso de la enfermedad, viendo el Varon santo que los Religiosos estaban con algun cuidado, les dijo no tenían que temer, porque no moriría hasta el dia de la Natividad del Señor; como en efecto fué así, muriendo el dicho dia á las seis horas de la tarde, habiendo hablado con edificacion de todos hasta el último aliento de su vida. Así pues este afortunado Capuchino acabó de vivir en este mundo el mismo dia que Cristo nuestro Redentor nació para remedio de todos los mor-

tales; cuya circunstancia junta con la perfeccion de su vida nos hace creer piamente la eterna felicidad de su alma. En confirmacion de esta pia creencia añadiremos dos testimonios de aquellos que el Señor suele conceder para honrar á sus fieles Siervos. El uno fué una conmocion particular entre los vecinos de la villa de San-Celoni, los cuales habiendo sabido la muerte del Varon santo, concurrieron numerosos á nuestra iglesia, y ocupados de una fervorosa piedad, no dudaron cortarle gran parte del hábito, teniéndose por dichoso aquel que podía lograr alguna partecita. Y llegó á tanto su indiscreta devocion, que los Religiosos se vieron precisados á meter el venerable cadáver dentro la capilla del presbiterio. El otro testimonio de su santidad y de su gloria, fué la integridad de su cuerpo, que conservó bajo la tierra por el tiempo de cuatro ó cinco años. Para inteligencia de esto debemos advertir que este Religioso murió en el convento viejo ó primitivo, que teníamos en la dicha villa, en el cual por no haber sepultura con bóveda, enterraban los Religiosos que morían bajo tierra. Habiéndose despues edificado otro convento, y queriendo trasladar los Religiosos difuntos, hallaron el cuerpo de nuestro P. Felipe del todo entero; y añadiéndose prodigio á prodigio, sucedió que al desenterrarle tocaron el cuerpo con el azadon, y con el golpe que le dieron salió un olor muy suave como del almizcle, que fué cosa á la verdad muy admirable. Ni faltó aquí la devota piedad de los seglares que presenciaron esta funcion, los cuales tomaron como reliquias algunos pedacitos de aquel venerable cuerpo, diciendo que eran del Padre santo. Verificose su muerte el año 1614.

Fr. Antonio de Barcelona, Corista.

NACIÓ este Religioso en la ciudad de Barcelona, llámandose su padre Pedro Caballer, y su madre Magdalena. En el siglo siguió á su padre en el empleo y oficio de escribano; y aunque por este camino podía prometerse ventajas muy lisonjeras, pero siguiendo la vocacion Divina, lo renunció todo, haciendo mayor estimacion de nuestro pobre sayal capuchino, que vistió el año 1611 en nuestro convento de Santa Eulalia. Segregado ya de las cosas del siglo, y alistado en el número de los coristas novicios, no es fácil explicar el espíritu y fervor con que ejercitó las virtudes que conducen á la perfeccion religiosa. En los ayunos, en las disciplinas, y en las demas rígidas mortificaciones con que se ejercitan los jóvenes en el noviciado, mostró siempre un espíritu muy fervoroso; siendo en lo demas tan espiritual y tan ejemplar, que se ofrecía á los ojos de los otros novicios como un espejo de toda virtud. Con tales principios fervorosos emprendió este jóven religioso los caminos de la perfeccion y de la santidad, y con los mismos creemos prosiguió en los tres años que vivió en la Religion; pues aunque nada hallamos de su virtud despues de profeso, pero el haber merecido recibir un previo anuncio de su muerte por medio de una paloma blanca que se le aparecía, nos sirve de un fundamento poderoso para suponer en él unos progresos aventajados en la perfeccion religiosa. Por contener este suceso de la paloma circunstancias particulares, lo escribiremos con las mismas palabras, con que lo refiere el P. Mateo de Tamarit, que es en el modo siguiente.

« Conocí, dice, al Hermano Fray « Antonio de Barcelona, Corista, y « estuve con él de familia en el con- « vento de Ceret, donde poco despues « de haber yo llegado allí, el dicho « Fray Antonio enfermó. Y sucediome « que yéndole á ver en su celda, me « dijo que entendía que había de mo- « rir de aquella enfermedad; y yo le « dije que era quimera suya, que no « había sino un dia ó dos que hacía « cama, y no parecía la enfermedad « de tanto peligro. Y él me dijo que « había dias que aun ántes de estar « enfermo, le iba á la celda una pa- « loma blanca y daba una vuelta por « la celda volando, y que le parecía « cuando entraba la paloma, que le « decían como al oido que presto ha- « bia de morir. Despues de esto yendo « yo un dia á su celda, vi que salía « de ella por la misma puerta de la

« celda una paloma blanca, la cual « volando por el dormitorio arriba, me « pasó por encima de la cabeza, y « llegando yo á la puerta de la celda « del dicho enfermo, pensando que la « hallaría abierta, la hallé cerrada, y « quedé muy maravillado de lo que ha« bía visto. » Hasta aquí el sobredicho P. Mateo, en cuya relacion se nos da bastante á conocer la inocencia ó el candor que adornaba el alma de este fervoroso Corista, y con cuanta perfeccion había servido á Dios en los dias de su vida. Motivos todos que nos persuaden la felicidad de su muerte, que se verificó el año 1614 en nuestro convento de Perpiñan, adonde fué trasladado en su enfermedad desde el convento de Ceret, para hacer despues otra traslacion más dichosa á la ciudad santa del cielo, segun piamente creemos.

Fr. Adrian de Olost, Lego.

Fué su nacimiento en un pueblo del Obispado de Vich, llamado Olost, y sus padres tuvieron por apellido Gomar, los cuales en el ejercicio de labradores supieron formarse buenos cristianos y temerosos de Dios. Estas santas disposiciones de los padres se comunicaron tan perfectamente al hijo, que ya en los primeros años se hacía admirar por su facilidad en aprehder los rudimentos de nuestra santa Fé, la cual fué tanta, que yendo á la escuela junto con otros muchachos en casa del Párroco de aquel lugar, este le proponía por ejemplo y maestro de los demas, haciendo que les enseñase la doctrina cristiana, aunque fuese de menor edad que los otros. Con tan buenos principios creció en años y en virtud, y deseoso de mayores méritos determinó visitar el famoso Santuario de Santiago de Galicia, consultándolo primero con el Señor Obispo de Vich, llamado Reart, el cual no sólo aprobó su buen deseo, sino que le dió tambien una carta en que daba fe y testimonio de su virtud. Con esto emprendió su devota peregrinacion, y para que fuese más grata á Dios y al Santo Apóstol caminó á pié descalzo este largo viaje tanto á la ida como á la vuelta, mereciendo segun podemos creer abundantes gracias del cielo. Concluida su peregrinacion, y vuelto á Cataluña, pensó en dejar el mundo y emprender otro camino más seguro para la eternidad, cual fué el de nuestro Instituto capuchino, cuyo santo hábito vistió el año 1611 en nuestro convento de Figueras en la profesion de lego.

Tomado ya este camino de la virtud y de la perfeccion, lo siguió con ánimo tan fervoroso, que llegó á ser un ejemplar distinguido entre los demas novicios. Toda la rigidez y austeridad del noviciado eran insuficientes para satisfacer los grandes deseos que tenía de padecer y mortificarse; por lo cual poco contento de las penitencias comunes, pedía á su P. Guardian que le añadiese otras extraordinarias. El hábito que llevaba era el más rígido y austero de cuantos vestían los novicios: mascaba entre dia ajenjo para mortificar el gusto con su amargura; y aun cuando oraba sabía hallar medios de padecer, pues segun se observó, estaba algunas veces con los brazos extendidos en forma de cruz gran parte de la oracion. Pero un suceso bastante prodigioso nos dará á conocer más claramente los progresos que este novicio hacía en la virtud. Se hallaba en aquel tiempo el convento de Figueras con tanta escasez de pan, que no bastando las limosnas comunes, era preciso valerse de diligencias extraordinarias. Cuidaba entónces el Siervo de Dios de distribuir el pan á las mesas, y conociendo cierto Religioso su mucho candor y sencillez, le dijo por qué no bendecía el pan cuando abría el arca para distribuirlo á los Religiosos. Cumplió el buen novicio el consejo que se le daba, y se vió prontamente un efecto tan maravilloso, que en adelante bastó el pan que se recogía ordinariamente, sin necesitar de alguna diligencia extraordinaria. Con tales ejemplos de virtud y perfeccion llegó á la solemne profesion de los votos, y aunque despues le destinaron por cocinero en nuestro convento de Thuir en el Rosellon, nada perdió de aquel fervor y deseos de padecer que había concebido en el noviciado. Fué á la verdad cosa digna de admiracion y juntamente de edificacion ver á este jóven lego, que

habiendo cumplido con las obligaciones de la cocina, se iba á la huerta y se ocupaba en trabajar la tierra; y como si este trabajo fuese pequeña mortificacion, ceñía su cuerpo con una cadena de hierro, sin quitársela aunque trabajase en la huerta. A más de esto hacía otras penitencias secretas, y pedía al P. Presidente de aquel convento que le mortificase con obras y palabras, tanto en el refectorio como en otros lugares. Y porque este Superior le mandó quitarse la cadena de hierro, por entrársele en las carnes, le suplicó tanto á fin de que le concediese otro instrumento, que consiguió del mismo Superior un rallo en lugar de la cadena, con la prevencion que no podía usarlo cuando trabajaba en la huerta, para impedir los daños que de aquí podían resultar.

Tales fueron los deseos que este Varon santo tenía de padecer y mortificarse, por seguir á aquel Señor que tanto padeció por nuestros pecados; cuyos deseos hubieran seguramente recibido mayores incrementos, si los años de su vida hubieran llegado á mayor número. Pero Dios nuestro Señor, que es Dueño de la vida y de la muerte, se dignó poner fin á su mortal carrera á los tres años de religion, tal vez porque en este poco tiempo habría aprovechado en la perfeccion más que otros en muchos años. Cayó pues enfermo en nuestro convento de Perpiñan, y conociendo que se acercaba á la muerte, tomó un Crucifijo en las manos, y habló con él con tanto espíritu y fervor, que los Religiosos concurrían á su celda para oir los actos fervorosos con que hablaba á su amado Señor crucificado. Felices circunstancias y santas disposiciones, que acompañaron á este Religioso en la hora de su muerte. Ellas nos hacen creer piamente que su dichosa alma fué recibida en el cielo, para gozar eternamente de los bienes inmensos que se hallan en aquella dichosísima Patria que todos esperamos. Fué su fallecimiento el año 1611 en el dicho convento de Perpiñan.

P. Eugenio de Oliva

Fué el P. Eugenio natural de la Villa de Oliva, título de los Condes de este apellido que gozaron despues los Duques de Gandía. Tuvo por Padres á Tomas Ferrando y Margarita Giberto, linaje de los más antiguos de aquel lugar, cristianos viejos y muy tiernos de Dios, gente muy pacífica y reputada en todo él. Naciole este hijo el año 1556 á 24 de Diciembre, víspera de Navidad, y en él fué bautizado, naciendo para Dios casi el mismo dia que nació al mundo el Señor, víspera del dia en que la Majestad de nuestro Dios quiso nacer hombre entre los hombres. Misterio á que tuvo el P. Eugenio entrañable devocion toda su vida. Fuele puesto en el bautismo el nombre de Tomás. De cuan temprano le amaneciese á este bendito niño la luz de la divina gracia, y cuan de antemano le hubiese Dios atraido á sí con bendiciones de dulzura, es prueba real el testimonio auténtico de muchos de su tiempo y de su mismo lugar que fueron testigos de vista de las admirables costumbres de su niñez irreprensible. Apénas tenía siete años cabales, que sin tener maestro ni guía que le encaminase en las cosas del servicio de Dios, este Señor le tomó á su cargo para darle luz de su divina voluntad, enseñándole como se había de guardar de todo lo que le podía ser estorbo á su servicio, como habia de ser humilde, abstinente, casto y obediente á sus padres, y lo que es más admirable y digno de toda ponderacion, ya en ésta tierna edad le dió el don de la oracion.

Callaba siempre como si fuera mudo, y si no era preguntado no se le oía jamas hablar. Su modestia exterior y mortificacion de ojos era la del más mortificado novicio: llevaba la capa con fiador caidas las faldas sin prenderlas bajo el brazo como suelen los demas mozos. En esta edad, si era dia de precepto de la Iglesia, y aunque estuviese muy cansado de las ocupaciones de trabajo, no dejaba jamas de ayunar. Era humilde, ofendiéndose mucho de que le tuviesen por bueno, como por el contrario se alegraba mucho cuando le llamaban malo. Frecuentaba las Iglesias y los Sacramentos. Tenía tan

grande amor á la castidad que no sólo huía las ocasiones en que podía peligrar la suya y la familiaridad y vista de las mujeres, sino que se ofendía mucho de palabras que ofendiesen sus castos oidos: y se dice de él una cosa rara aun en esta edad, y es que jamas llegó con su mano á tocar parte ninguna desnuda de su cuerpo, conservando toda su vida la pureza virginal como veremos despues. Se dice tambien que en esta misma edad aborrecía tanto el dinero, que jamas lo tocó con sus manos, como quien se criaba ya para hijo del Seráfico P. S. Francisco.

Pero lo más notable como más admirable de esta tierna edad, es lo que se atestigua de él, que era tan contínuo en la oracion que le miraban siempre de rodillas en la Iglesia delante el Santísimo Sacramento, tan atento y tan profundo, con tanto gusto de Dios, que se olvidaba de sí mismo y de la comida, que á mediodía, á la hora de ella, debían los de su casa ir por él á la Iglesia, pues sabían no le hallarían en otra parte y que si no le sacaran de ella se estuviera sin comer ni dormir. Fué más notable aun lo que le pasaba aquí, que era prueba grande no sólo de su mucha paciencia, sino mucho más de cuan suspenso y enajenado de sí mismo estaba en la oracion, y lo atestiguan muchos que lo vieron con sus ojos, y era que al tiempo que nuestro Eugenio estaba de rodillas en la Iglesia delante del Santísimo Sacramento orando, estaba tan inmoble que un muchacho de catorce ó quince años, hijo de uno que había sido esclavo de los Condes de Oliva, instigado (á lo que se deja entender) de Satanas, á quien era molesta la oracion de nuestro santo niño, no una sino muchas veces había tomado á destajo perturbar la quietud con que estaba orando, ya molestándole las orejas con una pluma, ya escupiéndole en el rostro y aun dándole fuertes bofetadas, vaivenes y empellones: á todo lo cual estaba tan insensible nuestro Eugenio, que no sólo no dejaba la oracion, pero ni aun los ojos levantaba para ver al que turbaba su quietud ni la mano levantaba para limpiar las salivas que le habían escupido en el rostro. De aquí se tenía por cierto que estaba enajenado y privado de sus sentidos, y los que á este tiempo se hallaban en la Iglesia, igualmente admirados de la constancia de nuestro Eugenio que ofendidos del atrevimiento y porfiada molestia del hijo del esclavo, se levantaban y á empellones y golpes le echaban de la Iglesia. Esta era la perseverancia en la oracion de nuestro Eugenio en los tiernos años de su juventud, y no sólo de dia en la Iglesia sino de noche en su casa pasaba muchos ratos en ella, como lo atestigua el Licenciado Fortun Presbítero que vivía en casa de su padre, y durmieron ambos mucho tiempo en un mismo aposento, diciendo que ninguna noche se acostaba el devoto niño que no estuviese ántes una hora de rodillas en oracion muy quieta delante de un altar que había en el mismo aposento. En este tiempo se confesaba y comulgaba muy á menudo. Sus ejercicios de devocion y su vida ejemplar y admirable hacían que todos los de su lugar le mirasen y venerasen por santo, y de vida tan inculpable, que un testigo afirmó que no se hallaría en todo Oliva ninguno de los que le conocieron que pudiese decir que en todo el tiempo que estuvo en ella le hubiese visto hacer cosa que llegase á ser culpa venial deliberada.

Viendo tan loables costumbres en años tan pocos que prometían en adelante santidad mayor, un Sacerdote secular de su lugar, á lo que se cree inspirado de Dios, se ofreció al padre de nuestro Eugenio á enseñarle la gramática. Agradecióselo, y el buen clérigo teniendo por cierto hacía en ello un servicio muy agradable á Dios, emprendió ensenársela con veras y halló en él muchísima capacidad, aprendiendo con tanta facilidad todo lo que le enseñaba, que afirmaba con verdad que jamas le fué necesario decirle dos veces lo que le había enseñado una: con que en breve tiempo se hizo dueño de la lengua latina: y para que se perfeccionara más en ella, rogó este mismo Maestro á su padre le enviara al Colegio de los PP. Jesuitas de Gandia, pues se prometía había de ser un grande sugeto si proseguía los estudios. Enviole su padre y logró muy bien el tiempo que estuvo en Gandia, no sólo aprovechando mucho en las humanidades con la enseñanza

de aquellos Padres, pero mucho más en la virtud con su educacion y ejemplo; que sin faltar á aquella obligacion, se daba mucho más al estudio de esta. Aquí, para darse más á la oracion más quieta, escogió para no ser visto la Iglesia del Convento de las Monjas de Santa Clara, como más solitaria y más retirada; en ella pasaba todo el tiempo que le quedaba libre: era su oracion tan contínua y dilatada, que olvidado de sí mismo, todos los dias cuando el sacristan había de cerrar á mediodía y á la noche las puertas de la Iglesia, siempre le hallaba solo de rodillas, en oracion muy quieta delante del Santísimo, y cada vez le habia de advertir que había de cerrar la Iglesia, para que saliera de ella. En Gandia frecuentaba más aun los Sacramentos, y eligió para su confesor al P. Noca Jesuita, varon en letras y virtud insigne, con cuya luz aprovechó mucho.

Dos cosas notables se dicen de él en este tiempo, y son: que estando oyendo Misa en la Iglesia de los PP. Jesuitas (costumbre que observaba todos los dias), estaba á ella con tanta atencion y reverencia y composicion del hombre exterior, que habiéndose trabado una pendencia muy reñida en la plaza de dicha Iglesia, y acudiendo á ella mucha gente hasta la que estaba en la Iglesia para estorbar los daños que de semejantes ocasiones se suelen tener, y siendo muchas las voces y ruido de unos y otros, y tropezando con él con las espadas tiradas los que se acogieron á la Iglesia, el fervoroso contemplativo no se movió del puesto donde estaba arrodillado, ni aun volvió la cabeza para ver lo que pasaba; cosa que notaron como admirable los que vieron tanto asiento y tanta devocion en tan poca edad, y que dió motivo para que se hablara de su virtud y se alabara á Dios por ella.

La otra cosa que se dice de él, es un testimonio del P. Roca Jesuita, quien estando para morir, dijo a los Padres que le asistían: «Una pena me aflige, de «la que daré ahora noticia y moriré «muy consolado de que la den á los «Padres Capuchinos; díganles de mi «parte, que estimen y veneren mucho «al P. Eugenio de Oliva, que es más «santo de lo que parece: estando él «estudiando en Gandia, y teniendo ya «más de diez y ocho años, me admiré la mucha pureza de su alma: «era la suya de Angel, y de Serafin «su virtud, no hallé hubiese cometido «en toda su vida pecado mortal y es «vírgen como el dia que nació, y santo desde niño: no dejen de decir «esto á aquellos santos Padres, que «á mí me ha sido de grande consuelo el haberlo dicho ántes que «muera: tengo grande confianza lo «diran á aquellos Padres.» Así lo hicieron, dando de ello noticia á los nuestros; y merece todo crédito el testimonio de este insigne Jesuita, y más dado á tal tiempo.

Acabados los estudios de humanidades en Gandia, volvió gran retórico, pero más santo á casa de sus Padres. Como le tenía Dios escogido para que le sirviese en la suya, diole unos deseos grandes de ser Religioso de N. S. P. S. Francisco. Antes de ejecutarlos, pidió la bendicion de su padre á quien siempre fué obedientísimo, y si al principio no vino bien en ello porque le quería para clérigo, como era temeroso de Dios y tan buen cristiano, considerando que el llamamiento de su hijo á la religion era de Dios, no la quiso estorbar, concediole su bendicion y con ella vino nuestro Eugenio á Valencia á pretender el hábito de N. S. Padre en el Convento de Jesus de la Regular Observancia de Valencia.

Tan clara y hermosa fué la luz de su santidad, cuando comenzó á rayar en los primeros años de su edad, que se aventajó á la de muchos en los mayores, pero no se quedó aquí la suya; á ser mayor subió creciendo en resplandores de gracia, subiendo de su claro oriente á ser hermoso lucero en el estrellado cielo de la Religion Seráfica y Regular Observancia, donde creció tanto su perfeccion, que la ilustró con los ejemplos de su virtud, resplandeciendo entre las claras lumbreras que tuvo en su tiempo esta santa familia Seráfica. Hizo su noviciado en Valencia, perfeccionando las virtudes que traía del siglo y procurando adquirir otras mayores: aquí era mayor su retiro exterior é interior, y mayor la soledad y desapego de afectos de criaturas; aquí le comunicó Dios en

la contemplacion mayor luz de sí y de sus perfecciones, con que iba siempre suspenso y elevado sobre sí mismo, puesta en Dios toda su mente y afecto. Sentábase solitario en la oracion, tomábala de asiento en soledad de criaturas, de pensamientos y afecciones de ellas, y comunicábale Dios tan copiosa afluencia de celestiales dulzuras, que le sacaban fuera de sí y levantaban sobre sí mismo; hablábale tales palabras al corazon, que le enajenaban y le suspendían las potencias, viviendo más en Dios que en sí mismo. Y al paso que Dios le hacía estos favores, se humillaba y anonadaba él, juzgándose indigno de ellos, medio con que los aseguraba y se hacía capaz de otros mayores. Sabía el Beato Nicolas Factor (íntimo amigo de nuestro Eugenio, que moraba juntamente con él en el mismo Convento de Jesus y le quería mucho por su grande virtud) lo que le pasaba con Dios en la oracion y el encogimiento y confusion de su alma, teniéndose no sólo por indigno de los favores que Dios le hacía en ella, sino por merecedor de mil infiernos, y cuando le topaba, alegre le decía: « Tomas, toma más (que este nombre tuvo hasta que fué Capuchino): Tomas, toma más; ensancha y dilata tu corazon, que quiere Dios mostrarse liberal contigo; toma más, no seas de corazon apretado. »

Despues de haber profesado la seráfica Regla, le pusieron al estudio de Artes y estudió despues Sagrada Teología; y sin faltar al de la oracion, aprovechó tanto en el de las Letras, que salió insigne Teólogo escolástico y positivo. Diéronle el oficio de Predicador, y con el estudio de las Letras y espíritu y luz que Dios le comunicaba en el de la oracion, parecía en el púlpito un San Pablo, predicando más con ostentacion de espíritu y virtud divina que de palabras retóricas y compuestas; con que movía y penetraba los corazones de los oyentes con grande provecho de las almas; y más predicaba con el ejemplo de su vida Seráfica, que con sus sermones. Era hombre naturalmente de pocas palabras, pero en el púlpito se las administraba Dios con tanta abundancia y con tal energía y eficacia, que parecía un San Juan Crisóstomo: fuera de él callaba tanto, que parecía mudo é idiota, pero en hablándole en materias de espíritu ó de Letras, se descùbría era un pozo de ciencia de él y de ellas, mostrando que las noticias que tenía, eran más infusas que adquiridas. Era muy dueño de sus palabras y de sus acciones, tan ajustado y compuesto en las suyas que sin exceder daba á todos cabal satisfaccion. Tuvo don de consejo, y preguntado en materias graves eran acertadas sus respuestas, y acudían á él en las mayores dificultades, como á oráculo de celestial sabiduría.

En lo que puso mayor cuidado, fué en estudiar y entender la Seráfica Regla que había profesado: y con su trabajo é inteligencia que le dió Dios de ella, fué uno de los Religiosos de su tiempo que tuvo mayor noticia de ella y que más llegó á alcanzar la mente de nuestro Seráfico Padre: y si fué uno de los que de ella supieron más, fué uno de los que más bien la supieron guardar. A este fin la estudió con tanto vigor, que ni Observante ni Capuchino ofendió no sólo sus preceptos pero ni aun sus consejos, y lo que más procuró saber de ella fué su espíritu, obrando al paso que lo entendía; con que fué siempre un vivo retrato de un verdadero Fraile Menor é hijo legítimo del Seráfico Padre, muy pobre, muy humilde, obediente y casto, singular en todas las demas virtudes que forman un Religioso Seráfico y Evangélico, y ejemplar de quien las podían copiar los más observantes de la Regla Seráfica.

Por estas tan celestiales prendas era en la Observancia venerado y estimado de todos por Religioso santo. El P. Cabanillas, Predicador de los más famosos que ha habido en España, como había sido Maestro de nuestro P. Eugenio y sabía mejor que nadie lo mucho bueno que había Dios comunicado á su alma, queríale mucho, y siempre procuraba llevarlo consigo por compañero. Eralo una vez que iba á predicar un sermon, y encomendole tomase de su celda y le trajese el cartapacio, pues tenía necesidad de mirar el papel ántes de subir al púlpito. Pidióselo llegados á la posada: y respondiole que no lo traía y que se le había olvidado. Sintiolo mucho el P. Ca-

banillas, y reprendió su descuido, pues temía aquel dia á su memoria, que no le había bien encomendado el sermon: y mostrándose afligido, díjole el P. Eugenio con mucha paz: « Confíe en Dios, que Él acudirá. » -- « Encomiéndeme á Dios, le dijo el predicador, que lo hé menester hoy mucho. » Predicó su sermon, y afirmaba despues no haber predicado hasta entónces ni con mayor felicidad de memoria, ni con mayor fervor de espíritu, y que él mismo se admiraba de sí mismo, atribuyéndolo á la oracion del P. Eugenio.

Tan crecida se mostraba ya esta luz de la divina gracia en la Regular Observancia, que los Padres Mayores de ella le miraban por uno de sus mayores sugetos en letras y en santidad, de quien esperaban había de recibir su Provincia mayores resplandores. Mas escogido había Dios al P. Eugenio no sólo para sí y para el provecho de muchos, sino para que con sus letras y vida ejemplar ayudase á propagar la Congregacion Capuchina en España. Los Capuchinos habían fundado ya en la Provincia de Cataluña, y sin haberlos jamas visto el P. Eugenio, sólo la fama del rigor y austeridad de su vida y observancia tomó Dios por medio para llamarle á nuestra Familia, y con ella despertó en su pecho unos deseos eficaces de abrazar este instituto. Comunicólos con otros Religiosos de su mismo espíritu, y halló había la misma fama obrado el mismo efecto y que estaban con la misma resolucion; y hechas las debidas diligencias, reduciéndola á ejecucion, se pasó con ellos á Cataluña, y todos fueron vestidos de nuestro hábito, con grande consuelo de sus almas. Pasó con mucho gusto las penitencias y mortificaciones con que suelen probar los Capuchinos á sus novicios, que como era lo que deséaba su espíritu, hallaba el suyo consuelo grande en aquellos rigores.

Pasó su año, y profesó. No tenía á su uso más de lo forzoso: un hábito viejo y cargado de remiendos viejos; la cuerda y paños menores eran muy conformes á la pobreza del hábito; los pies descalzos; la celda tan estrecha que apénas cabía en ella, con solas unas tablas desnudas para el corto sueño: no se veía en ella más que el breviario, una devota estampa de papel, y un cartapacio de sus sermones. Era por extremo humilde, el primero á los ejercicios más humildes y viles del Convento; era puntual sin faltar á ninguno de los actos comunes y de la obediencia; y tan olvidado de sí, que parecía el mismo desprecio, de modo que si no cuidaran de él los Prelados, en pocos dias hubiera acabado. Estaba siempre elevado en Dios en el retiro y soledad de su celda, con un perpétuo silencio, que parecía vivía más en el cielo entre los Angeles, que en la tierra entre los hombres; tan suspenso en Dios, que apénas usaba de sus sentidos, tan muerto á las criaturas y tan atento á sólo Dios, como si no hubiera en todo el mundo más que los dos solos.

Con el ejemplo de sus evangélicas virtudes no poco ilustró los principios de la fundacion de la Provincia de Cataluña, resplandeciendo las suyas con sus letras y apostólica predicacion entre aquellos Padres verdaderamente seráficos que la fundaron.

Y él ganó fama dentro y fuera de predicador evangélico y de seráfico Religioso con universal estimacion de todos. Singularmente el Beato Patriarca y Arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, le veneraba como á santo y varon muy alumbrado de Dios, gustaba mucho de comunicar con él y pasaba con él muchos ratos en conversaciones celestiales: mirábale como á Angel, y le parecía cuando le había oido que había comunicado con uno de los del cielo, porque experimentaba que las noticias que tenía de Dios y su sabiduría no era humana ni adquirida, sino celestial é infusa y aprendida entre los coros Angélicos.

El santo Obispo de Orihuela Dn. Andres Balaguer, de la Orden de nuestro Padre (1) Santo Domingo, hizo el mismo concepto y la misma estimacion del Padre Eugenio la primera vez que le tuvo huésped en su palacio. Como veía que callaba tanto que no se le oía palabra sino preguntado, admirado dijo al P. Jerónimo de Valencia Predicador nuestro, que era su compañero: « ¿ Este hombre es Provincial de los

(1) Dominicos y Franciscanos formamos dos familias unidas con los más dulces lazos, y por eso llamamos *Nuestro P.* á Sto. Domingo, como los Dominicos llaman á S. Francisco.

Capuchinos? » (éralo entónces): como quien dice, que no le parecía para ello. Díjole entónces el P. Jerónimo: « Señor, mi P. Provincial habla poco: póngale V. S. en una plática de espíritu ó de letras, y descubrirá el fondo del suyo y de las suyas. » Buscó el Señor Obispo ocasion, y haciéndole algunas preguntas en materias de espíritu, quedó admirado de sus respuestas, descubriendo en ellas mucha profundidad y celestial sabiduría: y mudando el concepto, conoció que debajo de aquel humilde silencio estaban encubiertos tesoros de celestial sabiduría, y miéntras estuvo en su casa le iba buscando por oirle, y llorando de gozo dijo despues al compañero: que no había topado hasta entónces hombre que mayor satisfaccion le diese que el P. Eugenio, « no es hombre de los de acá, todo es del cielo. »

El mismo Dios quiso calificar su doctrina por buena, y al mismo P. Eugenio le señaló para Maestro alumbrado para guiar almas sin tropiezo en el camino espiritual de la perfeccion evangélica. Había predicado un dia en la Iglesia mayor de Valencia, y habíale oido la hermana Francisca Lopez de la Tercera Orden, mujer tenida en toda la Ciudad por gran sierva de Dios, muy favorecida de su Magestad con celestiales favores, y que en su muerte fué tenida y venerada por santa. Dicha terciaria no había visto jamas al P. Eugenio, y aquel mismo dia la dijo el Señor, apareciéndole en la oracion: « Siempre que se te ofrecieren dudas en materias de espíritu, comunícalas con el Predicador que has oido hoy; dale crédito y haz lo que te dijere, que caminaras segura. » Así lo hizo miéntras vivió el P. Eugenio, teniendo por su Maestro al que el mismo Dios le había dado de su misma mano para su enseñanza, y le fué de sumo provecho para adelantarse en la perfeccion del espíritu.

Como Dios le había traido de la Provincia de Cataluña para piedra fundamental de la nueva fundacion de la de Valencia, siempre quiso que la gobernase y fuese su Prelado, por más que su humildad huyese siempre de los puestos honrosos, por ser siempre tan enemigo de las honras que no le eran motivo de mayor estimacion sino de tenerse en ménos. Fué muchas veces Guardian, muchas Definidor, dos Comisario, y una Provincial con voluntad expresa de Dios como veremos despues. Cuan bien cumpliese con todos estos oficios y satisfaciese á las obligaciones de Prelado, cuantos fueron sus súbditos que aun hoy dia viven muchos (dice el Cronista), todos se hacen lenguas en alabanzas de su santo y prudente gobierno, diciendo que ni jamas se vió la Provincia más reformada ni con mayor paz que cuando le tocó su cuidado al P. Eugenio de Oliva. Era por extremo celante de la pura observancia de la Seráfica Regla y acérrimo defensor de la guarda de los Estatutos Generales, sin dispensar el menor, castigando con rigor cualquier quebrantamiento de ellos. A todo era el primero, sin tomar para sí ni aun las exenciones que le daba el oficio; no faltaba jamas al coro de noche, á los Maitines ni á Prima, aunque tuviese aquel dia sermon. Eximíase cuanto le era posible de las ocupaciones que le podían embarazar el gobierno, por no faltar á los actos de la comunidad. Una vez despidió un sermon de la Iglesia mayor de Valencia, y preguntado por qué lo había despedido, siendo honra de los Religiosos predicar en aquel púlpito; respondió, que Dios le había encomendado las almas de los de ella, señalando las de sus Religiosos; que de estas y no de aquellas le había de pedir cuenta.

Y esto no era mucho. Hasta al mismo Dios dejaba en cierto modo por acudir á las obligaciones del gobierno que le había encomendado, que era dejar á Dios por dar mayor gusto á Dios. Como tenía don de contemplacion, llevaba siempre elevada en Dios su mente, tan suspenso que ni de sí mismo se acordaba; pero juzgando que esto le podía ser estorbo para el gobierno, que le obligaba atender más á los súbditos que á su quietud y gozar los regalos de la dulce contemplacion; haciéndose fuerza se privaba de ellos y echaba por otro camino de oracion ménos quieta é interior, como se lo dijo á su íntimo amigo el P. Gregorio de Valls, declarándole que en este tiempo dejaba el modo de oracion de quietud y se valía de sólo la efec-

tiva; que tomaba cada dia un salmo de David y que sobre él iba haciendo actos de amor de Dios y de otras virtudes, empleando sólo su voluntad en actos anagógicos y oraciones jaculatorias, dejando desembarazado el entendimiento de consideraciones y de discursos; y cuando se le ofrecía algo que tocaba al gobierno, aun de estos afectos cesaba para discurrir sobre la materia que se le ofrecía, pensando en los medios de su mejor ejecucion, y tomada una resolucion volvía con mucha serenidad de ánimo á los mismos afectos.

Como supo tanto de la Seráfica Regla, hacía sobre ella pláticas muy doctas y llenas de espíritu Seráfico, con que daba á los Religiosos mucha luz para su pura observancia, y de la obligacion que tenían por su profesion de caminar siempre á la perfeccion, valiéndose de los medios que la misma Seráfica Regla tiene señalados á sus profesores, en que está toda la del Fraile Menor. No dejaba de castigar las culpas, pero hacíalo de tal modo, tan humilde y caritativamente, como lo manda el P San Francisco, que su suavidad y prudencia dejaban agradecido al culpado y obligado al arrepentimiento y enmienda. No era severo en castigar, ántes declinaba siempre á la piedad. Si conocía que una reprension secreta bastaba para la enmienda, no daba más penitencia al culpado, porque decía que si el fin del castigo ó el perdon de la culpa es la enmienda del súbdito, consiguiéndose con el perdon, al Prelado no le queda más obligacion, y « más quiero, decía, me pida Dios cuenta de muy misericordioso que de sobrado severo, que este modo de gobierno El mismo me lo ha enseñado ». Pero cuando la culpa lo pedía, sin exceder los límites de la justicia, la castigaba con el debido rigor, y aun una vez dejó el castigo para Dios, por no hallar en el súbdito esperanzas de enmienda, y lo tomó Dios á su cuenta pues permitió muriese este religioso desdichadamente fuera de la Orden. En esta ocasion los que estaban presentes á este severo castigo, viendo excedía el P. Eugenio los términos de su ordinaria blandura y notando el rigor de las palabras con que le reprendió, juzgaron había tenido revelacion de su fin desastroso, porque le reprendió con tal espíritu que no sólo se les estremeció á ellos el corazon, sino que les pareció que hasta las paredes habían temblado á tanto horror de reprension, y se confirmaron en su juicio cuando supieron el fin desastroso que tuvo este fraile. Celaba sobre manera la honra de los Religiosos, sin que por él se supiera el menor defecto secreto de ellos; esto era lo que más encargaba en sus pláticas, que se guardasen de ofenderlos en ella, y si algo sabían lo callasen, y si pedía remedio, se lo dijesen á él como á Padre, y él pondría el más conveniente, porque no corra á riesgo su fama: « No tiene otra cosa, decía, el religioso, y si una vez la pierde, dadlo por perdido, que ya no hará más cosa buena. » Fué en esto tan extremado, que los papeles que contenían algo de esto, miéntras fué Provincial no los fió jamas á nadie ni á llave ni á otro secreto que á sí mismo; consigo los llevó siempre hasta la muerte, y entónces cerrados y sellados los entregó al Religioso en quien tenía más confianza, para que de la manera que se los daba los entregase al Provincial que sería despues de su muerte.

En consolar á los religiosos en sus necesidades espirituales y corporales, fué su caridad de verdadero Padre, no sólo con palabras y razones de consuelo, sino mucho más con obras, cuando la necesidad lo pedía; y quedábanlo tanto, que les parecía habían recibido de mano de Dios el consuelo. Estando una vez en el Convento de la Ollería una Semana Santa haciendo la visita de él, recibió una carta de un Religioso que estaba en otro, en que le decía que se hallaba con una grande afliccion espiritual y necesitaba de su consuelo, que si le daba su bendicion iría á verse con él. Leida la carta, lo dejó todo y fué á consolar á aquel Religioso al Convento donde moraba; y dejándolo consolado y remediado, volvió al de la Ollería á proseguir su visita. No perdonaba á ningun trabajo, caminando siempre a pié y aun descalzo en invierno y en verano, siempre con poca salud; y ya viejo y en el invierno se le hacían en los pies unas grietas tan grandes que

se las habían de cerrar con una lesna y cabo de zapatero. Todo lo sufría por acudir al consuelo de sus súbditos y satisfacer á las obligaciones de su ministerio.

Jamas á las visitas llevó más que un compañero, á quien tenía dado órden que no llevase nada de comida ni bebida para el camino, caminando apostólicamente, puesta en Dios toda su confianza. Salió un dia del Convento del Castellon para el de Segorbe. El camino, fuera de ser largo, era muy áspero. El compañero, considerando que estaba el P. Eugenio muy viejo, tomó, sin decírselo á él, un poco de pan y de vino, y despues de haber caminado un largo pedazo, sintiéndose cansado dijo al compañero: « Cansado me siento; sentémosnos un rato ». Entónces sacó el compañero el pan y el vino para que se desayunase. Sintiolo tanto el P. Eugenio, que sin decirle nada se levantó y sin descansar tomó la delantera y prosiguió su camino sin hablarle palabra hasta la posada, ofendido de que no se pusiese en Dios toda la confianza. Miéntras caminaba, siempre callaba, elevada en Dios su mente.

Fué por extremo enemigo de preceptos obedienciales para el gobierno, y solía decir que una de las cosas que le tenía muy contento en la Orden, era que no había más preceptos que los de la Regla Seráfica; decía eran principio é indicio de relajacion y lazos en que caian las almas, y daba muchas gracias á Dios que ni él los había puesto, ni los había visto poner á los Prelados de su tiempo: y como en pronóstico decía: « Tiempo vendrá en que los pondran. » Este fué el gobierno del P. Eugenio de Oliva, siendo Guardian, Comisario y Provincial verdaderamente santo y evangélico. Dotole Dios de las prendas de un santo Prelado y singularmente de las que San Pablo deseaba tuviesen sus discípulos Tito y Timoteo, y entre todas tuvo una vida irreprensible, tan ajustado á las leyes de Dios y de la Religion que jamas se vió en la suya la más lijera culpa por qué pudiese ser reprendido: era tan inculpable, que algunos de nuestros Padres que estaban atentos á sus acciones, jamas notaron en las suyas ninguna digna de reprension: ni una palabra ociosa, ni una risa vana, ni una accion ménos compuesta, aunque hubiese ocasion; y aunque le cogiesen de improviso, le hallaban siempre tan atento que admiraban el cuidado y circunspeccion con que estaba para no faltar á su ordinaria modestia, y como decían los que más íntimamente lo trataron, no se acordaban que hubiese cometido en toda su vida un pecado venial plenamente deliberado.

No se descubrió jamas en él el menor rastro de soberbia, ni de vanidad, ni de estimarse más en los puestos honrosos que ocupó en la Orden, ántes su carga y la cuenta que había de dar á Dios de ellos le humillaban más. Por no ser Provincial no dejó diligencia por hacer, y viéndose con esta obligacion decía, sintiendo bajamente de sí: « Harto haré si sustento la Provincia en el estado que la hallo. » El Beato Patriarca Juan de Ribera, como sabía cuan humilde era el P. Eugenio y cuan enemigo estaba con las honras, la primera vez que le vió despues de ser Provincial, le dijo irónicamente: « ¿ Qué habrá hecho de desvanecerse el P. Eugenio con su Provincialato ? » Y aunque se había visto tantas veces Prelado mayor, jamas se eximió de los ministerios más humildes de la Orden. Con los demas acudía á fregar y á barrer, á servir á los enfermos y á limpiar sus vasos, y lo continuó hasta la muerte.

Estando ya para morir, á instancia de algunos devotos que conociendo su santidad le quisieron retratar, trajeron un pintor, y como sabían no lo permitiría su modestia, lo quisieron hacer por la ventanilla por donde oyen Misa los enfermos en la Capilla de la enfermería. Sospechóselo viéndola abierta, y ofendida su humildad, volvió el rostro á la parte contraria con que desvaneció los intentos de los que pretendían quedar con imágen suya para honrarle. Todo en él olía á humildad; no se miraba en él sino un desprecio de sí mismo. Cuando le pedían algun parecer, jamas respondía: « hagan esto », ó « déjenlo de hacer esto », ó « de este modo lo han de hacer », sino: « yo esto haría », ó « yo no haría eso ».

Descubríase en su modestia y composicion exterior y mortificacion de sen-

tidos la pureza virginal de su alma y de su cuerpo. Pues como ya hemos dejado dicho, la conservó toda su vida; y los últimos años de Capuchino, dijo con mucha modestia al P. Gabriel de Valencia, que daba infinitas gracias á Dios que le había conservado casto hasta aquella hora. Era prueba de su virginal pureza el huir la familiaridad de las mujeres, y no trataba sino con las que él sabía que eran santas y de buena opinion. Cuando otras que no conocía le llamaban, lo sentía mucho, y no pudiéndolo excusar, las hablaba de pies sin mirarlas al rostro, y la conversacion aunque fuese de Dios era muy breve.

Caminaba una vez de nuestro Convento de Valencia al de Albaida con dos compañeros. Era tiempo de invierno y todos tres caminaban descalzos y sin suelas. Había llovido mucho y los lodos con las escarchas estaban helados, y al pisarlos les lastimaban como si fueran puntas agudas de acero. Llegaron ya muy tarde al lugar de Almusafes, hechos una sangre los pies y las piernas, que movían á compasion á los que los miraban. Apiadose de ellos un hombre á quien no conocían. Llevolos á su casa, donde no hallaron sino á su mujer y unos niños; dejolos en ella y se fué. Era ya cerrada la noche; y despues de haberle esperado mucho tiempo, no le vieron más, ni la mujer les daba esperanzas de que volvería. Dijo entónces el P. Eugenio á sus compañeros: « Vamos á otra parte »: y cuando estuvieron fuera del lugar, les dijo: « No he querido quedarme en esta casa por no haber sino la mujer, aunque no sea sino por lo que podran decir. Nunca se hospeden en casas donde no hay sino mujeres. » Y con ser tan tarde y estar cansado y lastimado, dejando el camino derecho se fué á Sollana que está á más de media legua de allí, y se hospedó en el convento que entónces tenían allí nuestros Padres descalzos.

Prueba fué tambien de esta su pureza virginal, que nadie vió jamas parte de su cuerpo desnuda. Padecía muy de ordinario el dolor de ijada, con que ejercitó Dios toda su vida su paciencia, y últimamente vino á morir de él, y jamas permitió que otros Religiosos le aplicasen los remedios ni los lienzos calientes ni otro medicamento. El mismo los tomaba, y retirando el brazo por la manga del hábito los aplicaba á la parte que padecía, sin verse ni dejar ver parte desnuda de su cuerpo. Y fué en esto tan en extremo riguroso, que estando ya oleado para morir, que apénas se le conocía aliento, y queriendo el enfermero aplicarle un lienzo caliente al dolor, cuando fué á levantarle el hábito, mostró un sentimiento grande y no le permitió lo hiciera; estimando más padecer un dolor tan vehemente sin ningun alivio, que dejarse ver algo descubierto aun en aquella postrera hora.

Obediente lo fué hasta la muerte, pues obedeció hasta morir por obediencia. Era el P. Eugenio Provincial de su Provincia, y como tal debía ir á Roma al Capítulo general. Sobre sus muchos años le habían cargado otros accidentes, en particular el dolor molesto de ijada que le tenía sin salud Los médicos eran de parecer que no tenía obligacion de ir camino tan largo: que era ponerse á peligro manifiesto de morir en él. Otros fueron de contrario parecer, confiados en que Dios le daría salud y vida para hacer aquella obediencia en servicio de la Orden. No le fué al P. Eugenio dificultosa la eleccion de estos pareceres encontrados: luego se resolvió ir á Roma, obedeciendo, aunque le costase la vida, como lo dice en una carta Pastoral que escribió á toda la Provincia desde nuestro Convento de San Mateo, estando ya en camino, llena de espíritu y de evangélicos y seráficos documentos, que los demas Padres Ministros Provinciales han imitado escribiendo cada uno otra semejante á toda la Provincia cuando van al Capítulo general. Dice pues el P. Eugenio en la suya, (que se guardó por reliquia, y por testimonio de su espíritu seráfico, en el libro de memorias de su Provincia): « Aunque los Médicos del cuerpo son « de parecer que si me pongo en ca- « mino para Roma, he de morir en él, « considerados mis achaques: pero los « médicos del alma me dicen debo ir « yo por no faltar á mi obediencia, « aunque me haya de costar la vida. « He determinado ir. » Y fué, y á pie lo más del camino; lo demas por mar. Y vuelto á la Provincia del viaje de

Roma, vino tan enfermo que murió dentro de breves dias, acabando la carrera de su vida obedeciendo hasta morir.

Dios N. S. ilustró el viaje á Roma de su Siervo con la siguiente maravilla. Embarcose en Barcelona con tres galeras del Serenísimo Duque de Saboya, cuyo general era D. Martin de Oria. Hiciéronse al mar para tomar el golfo de Leon, y sobrevínoles tan grande tempestad que les obligó á retirarse al puerto de Colibre con pocas esperanzas de salir de allí tan presto, porque la borrasca no paraba. Suplicó el P. Eugenio al Señor D. Martin le hiciese el favor de mandarle poner en tierra, pues por su consuelo deseaba decir Misa en una parroquia de San Juan que estaba una legua de allí, donde siendo Guardian de nuestro Convento de Perpiñan había predicado una Cuaresma. Hízolo con mucho gusto D. Martin, y como ya hubiese conocido la virtud del P. Eugenio, en su mucha modestia y en su conversacion espiritual, confiado en sus oraciones le dijo: « P. Provincial, encomiéndenos á Dios en la Misa, para que nos dé buen tiempo para proseguir nuestro viaje; que estamos en este puerto con peligro grande de no salir de él en mucho tiempo, sino para la tempestad ». D. Pedro de Toledo por otra como esta se detuvo aquí ocho meses con ocho galeras, en que se murió la mayor parte de la gente que llevaba en ellas, y temía el mismo trabajo, si Dios no le daba el buen tiempo. Ofreció hacerlo el P. Eugenio; saltó en tierra con Fray Cosme de Lodi, Religioso de la misma Provincia; llegaron á la Iglesia de San Juan, y luego se fué á buscar una imágen del niño Jesus (con quien el tiempo que predicó allí la Cuaresma se había regalado y consolado su espíritu muchos ratos), y en esta ocasion se entretuvo y regaló mucho con él, derramando muchas y muy tiernas lágrimas de devocion. Dijo Misa, y en ella pidió á Dios les diese buen tiempo para que las galeras hiciesen viaje: y estándola diciendo, calmó el viento de repente con igual y general gozo de todos. Tuvo por cierto D. Martin había sido esto efecto de las oraciones del P. Eugenio; y vuelto á su galera preguntó para más certificarse á Fray Cosme de Lodi á qué hora había dicho la Misa el Padre. Respondió que á las diez y media. « A esa hora, dijo él, calmó el viento: Dios nos ha hecho merced por las oraciones de este santo Padre; él es santo varon, y tengo por milagro de las suyas este favor singular. »

Confirmose en esta opinion con otro prodigio no ménos admirable, hecho por las oraciones del mismo P. Eugenio, á su misma persona. Con el buen tiempo se hicieron á la vela las galeras, y pasando el golfo, como fuese invierno, por el mes de Diciembre, y D. Martin por cumplir con las obligaciones de su oficio hubiese estado lo más de la noche velando paseándose con cuidado por su galera, le dió un dolor muy agudo de costado de que se tuvo por muerto. Aplicáronle muchos remedios, y ninguno le fué de provecho; ántes el dolor crecía más y le apretaba con mayor vehemencia. Acordose del P. Eugenio, cuya virtud y ruegos para con Dios tenía ya experimentados en la tempestad pasada, y con confianza grande pidió que le llamasen. Llegó, y afligido este caballero le dijo: « P. Provincial, yo me muero: remedíeme con sus oraciones, que se me acaba la vida ». Díjole el P. Eugenio: « Confie V. E. en Dios, que yo confio en Su Magestad que no será nada su mal. » Hizo una breve oracion y puso su mano sobre donde el enfermo tenía el dolor, y al mismo instante este se sintió libre de él con no ménos admiracion que gozo de su corazon, quedando tan bueno como si tal mal no hubiera pasado, teniéndolo por evidente milagro, y lo publicó por tal llegado á Génova, contándolo á muchos señores y á muchos de los Padres de aquel Convento, refiriendo por milagros patentes el de la tempestad y este de su instantánea salud.

Era tan contemplativo, como hemos insinuado ya, que le era más dificultoso apartar un breve espacio su mente de Dios, que al más distraido fijarla en El por breve espacio. Prueba fué de esta contínua elevacion, el no poder rezar solo las horas del Divino Oficio, cuando no podía ir al coro por las ocupaciones de su oficio ó de caridad. Para cumplir con esta obligacion, siempre buscaba compañero para rezarlas y quedar satisfecho de que había cumplido con su integridad, porque

comenzando á rezar, luego le arrebataba el espíritu y quedaba suspenso, y paraba estando callando levantados los ojos al Cielo hasta haber gozado el favor y luz que el Espíritu Santo le comunicaba: y como despertando de un profundo sueño, preguntaba al que le ayudaba: « ¿ Donde nos dejamos ? » Y apuntándole decía: « Prosigamos. » Otras veces decía: « ¿ Hemos rezado ya tal Salmo? ¿ hemos dicho ya esta Hora? pasemos adelante. » Y como esto le sucedía muchas veces miéntras rezaba, estaba mucho en decir una Hora. Tal era la suspension y elevacion de su mente en Dios.

Al P. Gregorio de Valls su amigo, dijo una vez, que había muchos años que no podía concluir el Rosario de Nuestra Señora ni otras oraciones vocales, porque apénas había dicho una *Ave Maria*, se sentía elevado en contemplacion de la misma Vírgen, y que suplía las oraciones vocales y deuda que debía á la Vírgen con afectos de gozo y de comp'acencia de sus excelencias. Cuando iba de camino, hacía que los compañeros fuesen delante, y él se quedaba solo para ir orando, y se quedaba parado y suspenso en el camino muchos ratos. Había comido una vez á una misma mesa con cinco ó seis Religiosos nuestros que estuvieron hablando de materias diferentes miéntras estuvieron comiendo, y el P. Eugenio estuvo tan profundo que acabando de comer les preguntó de qué habían hablado, dejándolos admirados con tal pregunta, viendo que á nada de lo que habían dicho estaba atento: tan elevado estaba de contínuo en Dios, que ni lo que se hacía cerca de sí advertía.

Suavísimas eran sus delicias al contemplar las cosas celestiales, pero singularmente las hallaba grandes en los misterios de la Santa Infancia de N. S. Jesucristo. En estos se encendía su alma en incendios de amor y en unas dulces ternuras, que no pudiéndolas detener rebosaban en gozos y dulces lágrimas exteriores, considerando la infinita grandeza y magestad de Dios hecho niño tierno y humilde.

Para esto se ayudaba mucho de las santas imágenes que le representaban á Cristo Señor nuestro singularmente en su divina infancia. Aquí mostraba afectos tan tiernos, que le suspendían y sacaban fuera de sí; y huyendo su humildad los ojos de todos, por no ser visto cuando había de hacer alguna cosa buena y singular, buscando al efecto el mayor secreto y el silencio de la noche, en viendo una imágen del Niño Jesus, aunque estuviese entre muchos le robaba tanto su afecto, que sin estar en su mano no podía dejar de darle muchos abrazos y regalados besos, con tan extraña alegría que le decía mil amorosos requiebros, y con semblante encendido y ternura de sus ojos, todo fuera de sí, con las acciones y afectos como otro Simeon se hacía niño con su Dios Niño; y era esto con tal extremo, que como lo declaró una vez á la hermana Francisca Lopis (de quien ya hemos hecho memoria), en sola una cosa no se podía mortificar, y era que en viendo la imágen del Niño Jesus no podía dejar de darle muchos y dulces besos, porque con su vista se le bañaba todo de gozo y ternura el corazon. Y no se extrañe esto como si fuese ajeno á su mucha modestia, pues la imágen de Cristo Niño le representaba la verdad de su divina presencia y los regalos que había gozado visiblemente con las hermosas vistas de su presencia corporal en figura de niño hermoso; y esta memoria de que le acordaba su imágen, le sacaba fuera de sí: y las acciones amorosas que ejercitaba en ella, si bien parecían ajenas de su modestia, no eran sino redundancia del gozo de su espíritu, que no cabiéndole en el pecho salía fuera en amorosas demostraciones, que los circunstantes notaban sin advertirlo él.

Predicando una Cuaresma en Algemesí, estuvo hospedado en casa de Onofre Bleda, hermano de nuestra Orden, y él con todos los de su casa muy devotos y muy cristianos. Estuvo el P. Eugenio tan retirado toda aquella Cuaresma, que apénas les hablaba palabra ni le veían sino en el púlpito. Veíanle aquellos devotos cristianos siempre retirado y encerrado en un aposento como si estuviera en la mayor soledad; y por las rendijas de la puerta mirábanle siempre en contínua oracion. Una vez llevados de la misma devota curiosidad, para que no faltasen testigos de tanto favor, ase-

chándole como á San Antonio de Padua su huésped, le vieron hablar y abrazarse con el Niño Jesus que se le había aparecido visible en forma de niño muy hermoso y resplandeciente. Llenos de un santo respeto y singular admiracion, vieron que el divino Niño estaba haciendo muchas fiestas al P. Eugenio y que este correspondía con las mismas, de que quedaron con mayor concepto de la santidad del P. Eugenio.

En nuestro convento de Játiva había una imágen por extremo hermosa de un Niño Jesus, hecha de piedra ó cal. Visitábala muchas veces el P. Eugenio siempre que pasaba por aquel Convento, y regalábase tiernamente con ella con tantos afectos de amor, que solía quedar arrebatado en éxtasis, como lo vió una vez Fray Juan de Albaida Religioso nuestro, abrazado con el Niño y que le duró el rapto largo espacio.

Y como en la imágen de Dios Niño experimentaba tantos favores, y era la que más despertaba su devocion y amorosos afectos, siempre traía consigo en la manga una pequeña suya de piedra ó cal, sin apartarla de sí de dia ni de noche, y poniéndola delante de sí en su celda, pasaba muchas horas de oracion regalándose su espíritu con la memoria de los misterios que obró este Señor siendo niño.

Cuando estaba conventual en nuestro Convento de Valencia, muchas noches le pedía al sacristan las llaves de la Sacristía, y cuando ya estaban recogidos los Religiosos en el silencio mayor de la noche, se encerraba á sólas dentro de ella, y sacando la imágen de talla del Niño Jesus le encendía luces, traía fuego con el incensario, y de rodillas la incensaba con mucha reverencia: y ya con grande afecto le besaba los pies, ya las manos; y tomando confianza su amor, le besaba en el rostro, diciendo mil alabanzas y tiernos requiebros, y se encendía su alma toda en su amor y todo venía á parar en júbilos de su espíritu y en dulces y tiernas lágrimas que destilaban sus ojos de su corazon abrasado del fuego del amor de su Dios Niño. Con estas consideraciones quedaba por largo espacio suspenso en profundo silencio: pero otras veces era tanto el fervor de su espíritu, que la redundancia de él le hacía salir de la Sacristía con el incensario é ir al presbiterio, donde puesto de rodillas delante del Santísimo Sacramento, le ofrecía junto con el incienso, el de su oracion con mil afectos de su abrasado corazon. Con estos devotos y amorosos ejercicios pasaba el P. Eugenio la mayor parte de las noches hasta que tocaban á Maitines: y si bien su humildad los escondía á los demas, no faltaron Religiosos que curiosamente devotos cautamente los observaron y los refirieron como testigos de vista.

Una vez le vió Fray Onofre de Calig, Religioso lego de nuestra Orden, arrebatado en éxtasis sobre el Altar de la enfermería de nuestro Convento de Alicante, lamiendo las cinco llagas de una imágen de Cristo, y que estaba con tanto afecto como si realmente estuviera bebiendo la sangre preciosa de las fuentes del Salvador. A estos tiernos y devotos afectos le movían las santas imágenes de Cristo nuestro Redentor.

Que le haya Dios favorecido con algunas celestiales visiones, consta del Proceso original que se hizo de su vida. Pasando una vez por la Villa de Cabanes yendo á la visita, le hospedó en su casa la Hermana Gavaldana muy sierva de Dios y muy devota de los Capuchinos, y que hospedaba á todos los Religiosos de nuestro Seráfico Padre, madre del que fué Obispo de Segorbe, santa señora y verdadera madre de los Capuchinos. Era dia de la Purificacion de nuestra Señora, por la mañana, cuando llegó el P. Eugenio á su casa. Habíales hecho falta el Predicador que tenían prevenido para aquel dia, y rogáronle les hiciera la caridad de quererlo suplir, para que tan gran fiesta de la Vírgen no quedase sin su sermon y el pueblo sin el consuelo de oir sus alabanzas. Excusose con decir que venía cansado y que no estaba prevenido; pero por los ruegos repetidos y caridad de los prójimos y mucho más por la honra de la SS. Vírgen ofreció hacerlo. Fuese á decir Misa (que no la dejaba de decir cada dia por ningun lance que se lo estorbase), y concluida, dijo á los

de la posada que en ser hora del sermon le avisasen. Retirose solo á un aposento, y siendo ya hora, la misma señora Gavaldana le fué á avisar, y abriendo la puerta del aposento donde estaba, vió al P. Eugenio (no sin gran turbacion de su ánimo) todo bañado de celestiales resplandores y su rostro que parecía el del sol, (otros dicen que vió una cándida y hermosísima paloma sobre su hombro, con el pico á su oreja ; ello es cierto que cuando no fuese visiblemente, invisiblemente le asistió el Espíritu Santo para dictarle interiormente la doctrina tan alta que predicó). Quedó sin aliento la sierva de Dios, y apénas tuvo palabras para darle el aviso. Fué, y predicó un sermon tan docto y lleno de tanto espíritu y con tan fervoroso afecto, y dijo tantas excelencias de la Vírgen, á quien amaba entrañablemente, que dejó igualmente pasmado y devoto de la SS. Vírgen á todo aquel pueblo que le oía, diciendo todos que jamas habían oido ni sermon predicado con tanto espíritu, ni alabanzas mayores de la Vírgen.

Tenía singular gracia de mover los afectos de los oyentes en sus sermones y pláticas espirituales que hacía á los Religiosos, quienes confesaban, que jamas habían oido ni más alta ni más mística doctrina, ni dicha con mayor espíritu y afecto ; que dejaba con sus ardientes y fogosas palabras abrasados sus corazones con deseos de mayor perfeccion, y produciendo en ellos efectos de más penitencias y mortificaciones y de mayor retiro y oracion, como se vió tambien en este sermon que predicó en Cabanes en la reformacion de las costumbres, y mayor devocion á la SS. Vírgen.

Otra vision le concedió el Señor, aunque de mucho temor y juntamente de mucha enseñanza y provecho. Había acabado de decir Misa en cierto lugar del Reino de Valencia (que jamas la dejaba de decir aunque fuese de camino), y habiéndose retirado á dar gracias por el beneficio recibido (en que empleaba mucho tiempo despues de haber celebrado), salió entre tanto un Sacerdote á decirla. Al alzar á Dios vió el P. Eugenio visiblemente en el Altar á Cristo Señor Nuestro de la manera que estuvo enclavado en la cruz, todo cubierto de llagas y bañado de sangre, y al Sacerdote que la decía teniendo en sus manos una lanza, le hería la del costado que le penetraba el corazon. Este doloroso espectáculo le llenó de dolor y compasion el corazon al Padre Eugenio y se puso á llorar deshecho todo en lágrimas, sin estar en su mano el detenerlas, suplicando al Señor le diese á entender lo que le representaba á los ojos. Respondiole Su Magestad diciendo : « Eugenio, los pecadores, cuanto « es de su parte, vuelven á renovar « con sus culpas las llagas de mi pa« sion que sufrí por su remedio, y « aunque la injuria es comun, pero « por la diferencia de las culpas es « singular por la que cada una ofende « mis particulares llagas : los sober« bios y en particular los Prelados « de mi Iglesia, á quienes yo hize « cabezas de los demas, que se des« vanecen y ensoberbecen con la hon« ra de los puestos, cuanto es de su « parte me vuelven á poner en mi ca« beza esta corona de espinas y re« nuevan las heridas y dolores de e« lla ; y aunque yo estoy impasible, la « injuria que me hacen es para mí « como si de nuevo me volvieran á « coronar de espinas la cabeza. Los « ingratos vuelven á traspasar con « clavos estas mis manos, olvidados « de los beneficios que les hice, y « privándose de los que deseo hacer« les, y valiéndose de los mios para « mis ofensas. Los negligentes en mi « servicio y que las cosas del mio « las hacen forzados sin gusto de de« vocion y por costumbre, me vuelven « á enclavar mis pies. Los torpes y « deshonestos me vuelven de nuevo « á azotar y á renovar las heridas de « mis azotes. Los faltos de caridad y « que tienen odio á sus prójimos y « desean vengarse de ellos, vuelven « á herirme con la lanza mi pecho « y á partirme el corazon. Esto es lo « que estás mirando hace este Sacer« dote que está en el Altar, que ha« biendo tenido un encuentro con su « prójimo, sin reconciliarse con él ni « haber arrancado de su corazon el « odio que le tiene, se ha atrevido « hoy á ofrecerme el sacrificio de mi « Pasion en el Altar ; y la injuria que « me ha hecho es la que has visto, ha

« renovado la llaga de mi pecho y « me ha herido el corazon con una « lanza. Díselo de mi parte: que se « enmiende y deje el rencor que tiene « á su hermano y se reconcilie con « él, y no doble mis injurias volviendo « á ofrecer en el Altar con tal mala « disposicion el sacrificio de mi Pa- « sion, hiriendo como con lanza mi « corazon. Y á tí, Eugenio, te he que- « rido mostrar de la manera que es- « tuve en la cruz, para que veas lo « que padecí por los hombres y te « compadezcas de mis dolores, y veas « como los pecadores con las ofensas « que me hacen cuanto es de su parte « vuelven á renovar mi Pasion, para « que las sientas y te duelas y me rue- « gas por ellos ».

En otra no ménos misteriosa vision se le apareció este mismo Señor. Habíase de celebrar Capítulo en la Provincia de Valencia, en que se había de hacer eleccion de nuevo Provincial. Temía la humildad del P. Eugenio aquella honra, como quien tan enemigo estaba con honras: y no eran sus temores ni su presuncion vana, pues habiendo sido tres veces Comisario, no hubo diligencia que no hiciese con Dios para que Su Magestad divertiese los ánimos de los electores de su persona, é hizo que personas santas de dentro y fuera de la Orden le suplicasen lo mismo. La mañana del Capítulo lo procuró con más vivas instancias, y á este fin dijo la Misa aquel dia, y estándola diciendo, habiendo ya consagrado la Hostia, vió que se le convirtió en las manos en un hermosísimo niño que traía sobre su hombro una cruz. Turbose á su vista el P. Eugenio, y como el Niño Jesus no le hablase, le dijo: « Señor, no os entiendo ». Entónces le dijo Cristo: « ¿Que no quieres, Eugenio, ayudarme á llevar la cruz? Pues la llevaras hasta el dia de tu muerte »: y quitándola de su hombro la puso sobre el del P. Eugenio, y desapareciendo la vision volvió la sagrada Hostia á su figura primera. Quedó el P. Eugenio deshecho en lágrimas, y bajando su cabeza rindió su voluntad á la divina, haciendo muchos actos de conformidad para llevar la cruz del gobierno de la Provincia, confiado de su ayuda. Comprobose la verdad del divino oráculo, pues aquella misma mañana todo el Capítulo sin que faltase más que su voto le eligió por su Provincial, y lo fué tres años muriendo la víspera del Capítulo en que se había de elegir otro Provincial: cumpliéndose la palabra de Cristo, de que había de llevar la cruz del gobierno de la Provincia todo el tiempo que le quedaba de vida: con que juntamente le reveló el dia de su muerte.

De que le hubiese Dios ilustrado con el don de profecía consta por algunos casos que lo comprueban; de los que sólo traeremos algunos los más auténticos, omitiendo con acuerdo los demas. Habían despedido nuestros Padres del Convento de Santa Magdalena á tres novicios, estando presente el P. Eugenio que era Provincial, juzgando no eran á propósito para la Orden. Al quitarles los hábitos fueron tantas sus lágrimas y los propósitos de la enmienda, que los mismos religiosos movidos de piedad indiscreta rogaron al P. Provincial los volviese á recibir. Estuvo fuerte el devoto Prelado en no quererlo hacer, y daba prisa para que los echasen del Convento. Pero fueron tan importunos y tan porfiados con sus ruegos que como despechado y contra su voluntad les dijo: « ¿Los quieren? Quédense con ellos; que veran de cuanto dolor y trabajo han de ser para la Provincia. » El tiempo declaró la verdad del pronóstico, pues todos tres dieron mucho en que entender, y todos tres dejaron el hábito y se fueron de la Religion. El uno se pasó á otra Orden; el otro volvió, y vuelto, despues de muchos trabajos, murió en la Orden; el otro murió desdichadamente fuera de la Orden, en una horca, por manos de la justicia en Perpiñan.

Que penetrase algunos corazones y lo que pasaba en sus conciencias hay de ello algunas pruebas. El Señor D. Baltasar de Borja, hijo de los Duques de Gandía, que despues fué Obispo de Mallorca, y que era muy amigo del P. Eugenio, decía que había advertido de él una cosa singular en el diferente modo con que le recibía cuando le iba á hablar; que cuando tenía alguna culpa de que no se hubiese purificado, le recibía con poco agrado con el semblante triste y con palabras ás-

peras y desabridas: pero que cuando no le remordía de nada su conciencia, le hallaba otro, le recibía alegre, le hacía muchas demostraciones de fiesta, y mostraba que gustaba mucho de su conversacion; y que habiendo experimentado esta diferencia, siempre que le iba á hablar se confesaba primero, con que le hallaba siempre muy alegre y muy gustoso.

Lo mismo confesaba le pasaba con él el Señor D. Vicente Beluis Señor de Bélgida (que fué el mayor bienhechor que tuvo en su tiempo la Provincia), diciendo había notado la misma diferencia cuando le iba á ver, y que despues no se atrevía á parecer delante de él que no se confesase primero, pues en su rostro y en su trato descubría que le penetraba la conciencia.

A su muerte precedieron muchas y admirables circunstancias que la hicieron más gloriosa. Poco despues de vuelto del Capítulo General de Roma, como sabía por luz superior estar ya próximo el término de su vida, por estarlo ya el de su gobierno, cuya cruz le había dicho Cristo había de llevar todo el tiempo de su vida, quiso visitar la Provincia para celebrar Capítulo. Citolo para el mes de Octubre de 1613, y cuando llegó á nuestro convento de la Ollería, se sintió tan malo que no atreviéndose pasar adelante se vió obligado á volver al de Játiva, donde era Guardian el P. Jerónimo de Valencia, á quien en llegando dijo: « Ya el fin de mi carrera está cerca; ya el Señor me quiere llevar para sí de esta vida, y quiere muera en Valencia Provincial. » - « A esa cuenta, dijo el P. Guardian, no le quedan sino tantos dias de vida »; que eran los que quedaban hasta el dia para el que había citado el Capítulo. Respondió el P. Eugenio: « No me quedan más ». Estaba presente á esto el P. Vicente de Calig Religioso nuestro, que le dijo: « No se entendera el morir V. C. Provincial de esta vez, que aun lo será otra, y entónces se cumplirá lo que V. C. dice de su muerte. » « No, respondió él, que de esta se entiende. » - « Pues dice V. C. que ha de ir á Valencia, le dijo el P. Guardian, no está V. C. para ir á pié; yo buscaré con que vaya á caballo, aunque se pague. » Dijo él: « No quiero en ninguna manera que se pague; si no se halla quien me lleve por amor de Dios, déjelo estar, que yo confio que Dios proveerá quien me lleve ».

Estando en esto llamó el portero al P. Guardian, diciendo había llegado de Valencia al Convento D. Vicente Beluis, de quien hablamos poco há. Bajó el P. Guardian y le dijo: « ¿Donde se encamina V., Señor Don Vicente? » Respondiole él: « Cierto, P. Guardian, que si he de decir la verdad, yo mismo no sé donde voy; no hemos tenido hoy consejo (era tesorero de Su Magestad), y he tomado el coche y me he venido por acá sin saber á qué. » « Yo se le diré á V., dijo el P. Guardian, aquí tengo enfermo á su amigo de V. el P. Provincial, y me ha dicho ha de morir tal dia en Valencia: y Dios le trae á V. para que le lleve en su coche ». Mostró gran sentimiento D. Vicente con tal nueva, por el amor grande que tenía al P. Eugenio, y por la falta que había de hacer á la Provincia, y vuelto al P. Guardian le dijo: « Sin saber donde iba, he venido sin parar estas nueve leguas de Valencia á aquí y ahora veo me ha traido Dios no por otro fin sino para que lleve á Valencia al P. Eugenio; y como si me hubieran dicho á qué venia, no vengo más que yo y no traigo en el coche sino un colchon y dos cestillas de dulces para un enfermo: esta es providencia de Dios. »

Subió el P. Guardian á decirle esto al P. Eugenio, y en oyéndolo, más alegre de lo que se puede decir, se levantó sentado sobre la cama, y levantando los ojos y las manos juntas al Cielo dijo agradecido: « Bendito seais, mi Dios; no me podíais hacer merced mayor en esta ocasion que haberme traido al Señor Don Vicente Beluis para que me lleve á Valencia ». Quiso D. Vicente subir á verle á la enfermería, mas no se atrevió sin confesarse primero, por la razon que ya tocamos arriba. Subió y fué el consuelo de ambos grande de verse, acompañado de tiernas lágrimas. Llevole con su coche á nuestro Convento de Valencia, y no le dejó hasta que estuvo en la enfermería. Aquí le apretó el dolor de ijada, que no le dejó hasta que dió el alma á Dios, sufrién-

dolo con notable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, sin que le oyesen otras suspiros que sus divinas alabanzas. Y como sabía estaba cerca su partida, pidió se le administrasen los santos Sacramentos, que recibió con devocion grande y no menor edificacion y muchas lágrimas de los Religiosos que se hallaron presentes. No tuvo en aquella hora de qué desapropiarse; tan pobre se halló en su muerte como en su vida. Visitole en esta ocasion el Señor Arcediano de Játiva su amigo, D. Baltasar de Borja, de quien ya hemos hecho memoria, y no se atrevió á entrar á verle sin confesarse por la razon que dijimos arriba. Visitole tambien Garrido, deudo suyo, hermano del P. Guardian de Játiva; y despidiéndose de él le dijo: « No se vaya, que ántes que salga del Convento, llegará su hermano el P. Guardian » (cosa que no podía saber sin luz superior, porque á nadie había dado noticia de su venida á Valencia): y fué así.

Instando ya la última hora, tomó en una mano una imágen de Cristo crucificado y la Seráfica Regla en otra, y con mucha humildad y copia de lágrimas, puestos en la imágen los ojos le pidió perdon de todas sus culpas, y si acaso había faltado en la observancia de aquella Seráfica Regla, que su voluntad jamas había sido de ofenderla en el menor de sus ápices: encomendole la Provincia y suplicole la diese mejor Prelado, y que la mirase y visitase siempre como viña suya regada con su preciosa sangre. Con estos afectos, con mucha paz y serenidad interior y exterior, y puestos los brazos en cruz, entregó su puro espíritu en manos de su Criador, con dolor y sentidas lágrimas de toda la Provincia, cumpliéndose este dia lo que Cristo Señor nuestro le había dicho tres años ántes, de que había de morir Provincial, y que todo el tiempo que le quedaba de vida había de llevar la cruz del gobierno de la Provincia. Quedó su cuerpo más hermoso que cuando vivo, y tan tratable como si fuera el de un niño tierno: testimonio de la gloria que su alma en el cielo gozaba, como piamente creemos.

Nota ademas el Cronista, que estando ya cerca de espirar, tomando en sus manos dicha imágen de Cristo crucificado, la adoró y abrazó; y los Religiosos que estaban presentes oyeron que la imágen de Cristo le habló, pero no percibieron lo que le dijo. Es bien cierto serían palabras que le dejarían muy consolado.

Bajose su cuerpo á la Iglesia para hacerle los funerales; y fué cosa admirable, que con no haber nuestros Religiosos dado á nadie noticia de su muerte, fué tan notable el concurso y tanto el afecto de veneracion con que acudió toda la Ciudad á venerar como de Santo su cuerpo difunto, que en tres dias enteros no se le pudieron hacer los oficios ni darle sepultura, ni en el coro se podían celebrar los divinos Oficios por las voces y alarido de la gente. Cortáronle en pedazos muchos hábitos de que le dejaban casi privado, poniéndole otros de nuevo, le arrancaron los cabellos de la cabeza y el pelo de la barba, y llegaron á cortarle un dedo de un pié por reliquias. Las señoras ponían en los dedos de sus manos las sortijas de oro, y se tenía por dichoso el que llegaba á besarle los pies y las manos. Cada vez era mayor el tropel de la gente; no bastó el haber metido el cuerpo en el presbiterio, ni haberle encerrado en la sacristía: fué necesario el tercer dia que el Virrey enviase los soldados de su guardia, con cuya ayuda se le pudo enterrar con mucho trabajo, honrando Dios la virtud de su siervo.

Manifestó Dios tambien la eficacia de la intercesion del P. Eugenio con muchos milagros que obró con las partículas de su hábito. Entre todos es digno de memoria el que obró en favor del P. Maestro Redona Religioso de nuestra Señora del Cármen. Padecía este una tan grave enfermedad, que ni respirar le permitía, y muchas veces se tuvo por ahogado. Cuantos remedios le aplicaban los médicos eran sin provecho, con que juzgaron estaba su vida en manifiesto peligro. Hallábase el enfermo con una partícula del hábito del P. Eugenio, y aplicola á la garganta con mucha fe, suplicándole le ayudase con Dios con su intercesion en tan grande trabajo. Apénas había acabado de encomendarse á él, cuando echó por la boca una grande cantidad de escamas, y se vió

al mismo punto libre de la enfermedad y peligro de muerte: y en agradecimiento del favor recibido vino á nuestro convento de Valencia y dijo una Misa en la Capilla donde estaba enterrado el cuerpo del P. Eugenio, y en memoria perpétua de él, dejó colgada en ella una tablilla en que estaba pintada esta maravilla.

En el lugar de Nules conservaba un hermano de nuestra Orden llamado Bonora un dedo entero de una mano del P. Eugenio, cubierto de la carne y pellejo y con su uña como cuando era vivo, y con una fragancia muy suave; y decía el mencionado Bonora que había hecho muchos milagros Dios con él en favor de los enfermos á quienes se lo aplicaban.

Como tenía citado el Capítulo Provincial el P. Eugenio para el mes de Octubre del año 1613, el P. Gregorio de Valls le celebró al mismo tiempo, por ser primer Definidor, como ordenan nuestras Constituciones, y fué el séptimo que se celebró en la Provincia. Fué en él electo en Ministro Provincial el mismo P. Gregorio de Valls.

Nota. La Marquesa de Benedictes afirmó que el P. Eugenio obró muchos milagros en beneficio de su casa. Yendo á la visita en el lugar de Nules, en casa de un hermano de la Orden que se llamaba Bonora, cuya mujer criaba entónces gusanos de seda, suplicole tuviese por bien de subir donde estaban los gusanos, y que les diese su bendicion. Excusose el P. Eugenio; pero obligado de los importunos ruegos de ella, subió donde estaban los gusanos y preguntola á ella, cuantas libras deseaba de seda. Respondió ella: « Diez y ocho »: – « Confie en Dios, que treinta contará. » Echó su bendicion: y al tiempo de la seda se halló que habían hilado treinta y seis libras, viendo cumplida la profecía del P. Eugenio (1).

(1) « Singularis fuit in recta Regulae intelligentia, unde fratres omnes ad eum tamquam ad oraculum confluebant: ad quorum ideo consolationem et preces scripsit: *Expositionem super Regulam FF. Minorum secundum mentem S. P. N. Francisci.* M. S. » — Marceliro de Pisa en el tomo III de los Anales de la Orden da una extensa biografía del P. Eugenio – Segismundo de Venecia en su Biografía Seráfica hace grandes elogios del mismo Padre, si bien equivoca algunos datos secundarios. — Véase tambien el *Leggendario Cappuccino*, tomo VII, pág. 107.

P. Melchor de Orihuela.

Fué el P. Melchor natural de Orihuela, de padres muy cristianos y temerosos de Dios; que si por la bondad de los frutos se conoce la de los árboles y por la virtud de los hijos la de los Padres, cuatro tuvieron los del P. Melchor y todos los cuatro Eclesiásticos. El mayor fué el Señor D. Juan García, varon insigne en santidad y en letras, primero Maestrescuela de la Santa Iglesia de Orihuela, Predicador Apostólico de los mayores y más útiles que se conocieron en su tiempo en el Reino de Valencia, y despues dignísimo Prelado y Obispo de Orihuela. El segundo fué Canónigo y Provisor de la misma Iglesia. Una hermana Religiosa; y el cuarto nuestro Padre Melchor.

Tan inclinado fué á las cosas de virtud, que desde niño comenzó á imitar al Bautista, siendo para sí ya riguroso y penitente, con ayunos y disciplinas, castigando no graves culpas que hubiese cometido, que fué inculpable su vida, sino para que ni las menores manchasen la suya. Criose con la doctrina y ejemplos de su hermano D. Juan el Maestrescuela, varon de conocida santidad, muy favorecido de Dios, y que procuró atraerle muchos. Fué tan prevenido de Dios, que cuando el mundo pudo hacer presa de su corazon con sus mentidos halagos, ya Dios anticipadamente tenía tomada posesion del suyo, con las verdaderas dulzuras de su gracia. No se miraban en él sino costumbres buenas y santas, é inclinaciones á las cosas del servicio de Dios. Domaba su tierno cuerpo con ayunos y disciplinas, y muy amenudo frecuentaba los Sacramentos y la oracion, creciendo en él más la virtud que la edad, con unos deseos grandes de agradar mucho á Dios.

Pareciole, inspirándoselo el Padre de las lumbres, que entre los capuchinos tendrían sus deseos cumplimiento, y pretendió abrazar nuestro Instituto. Procurolo con mucho secreto; y para que nadie estorbara su buen propósito, á nadie dió noticia de él hasta que estuvo recibido en el gremio de la Orden. Entónces se la dió á su hermano el Maestrescuela, quien como santo Teólogo mucho alabó y favoreció tal re-

solucion: él mismo le llevó y acompañó á nuestro Convento de Santa Magdalena, y asistió al darle el hábito, y dijo en esta ocasion que su hermano era de una pureza virginal, y que se holgaba hubiese entrado en la Orden Capuchina, donde confiaba perfeccionaría en ella los buenos principios que traía de virtud.

Corrió el nuevo soldado de Cristo á pasos largos y con ejemplos de rara virtud la carrera del año de su noviciado, probando los santos ejercicios y rigores de la religion, y probando la religion su espíritu con los de las mortificaciones con que prueba sus novicios. El se hallaba tan contento en ella que le parecía estaba en una nueva y celestial region, y que vivía entre Angeles. A ella pareció tenía en él un Angel enviado de Dios, que daba esperanzas que le había de ser hijo de consolacion y de gozo: y con el de ambos acabado este año, le dió la Profesion en que prometió la Seráfica Regla. Continuó sin dar un paso atras el camino de la perfeccion que había comenzado, adelantándose cada dia más, por lo que le admiraban nuestros Padres, viendo tan bien logrados tan tiernos años con virtudes que parecían de muchos y en tan temprana virtud pronosticaban progresos grandes en adelante.

Mirábanle siempre en un perpétuo retiro y soledad de su celda, y en contínuo silencio que parecía el Bautista en el desierto, pues como él apénas comía ni bebía; era contínua su oracion y ardiente caridad, siendo en la casa de Dios, como él *lucerna ardens et lucens*; tan pobre en el vestir, que si no fué su hábito tejido de pelos de camello, emparejaba con el de él en la aspereza vil y estrechez, cubierto todo de viejos remiendos que le defendian poco de las inclemencias del tiempo, desnudos siempre los pies en los mayores rigores del invierno; y si no fué la tierra dura su cama, lo fueron unas duras y desnudas tablas, y muy corto el sueño que tomaba sobre ellas.

Por extremo fué humilde, con un desprecio de sí mismo tan notable que parecía vivía olvidado de sí mismo, y á no ser conocida la capacidad de su entendimiento, se juzgara falto de él. En nada cuidaba de su comodidad: tan sin curiosidad ni aliño en los remiendos y pliegues del hábito y en todo lo demas de su persona, que solicitaba su desaliño á que los otros se lo advirtiesen, de que se mostraba muy alegre y respondía: « ¿ No ven cuan poco soy, que aun para mí soy inútil? » Siempre estaba ocupado en los ejercicios más humildes del Convento, en la cocina ayudaba al cocinero á traerle agua, á barrer y á fregar las ollas, y para decirlo de una vez, fué tan grande y tan conocida de todos su humildad, que solían decir los Padres, que Fray Melchor era la escoba del Convento donde estaba: á todos honraba, á todos servía, como si sólo hubiera venido á la religion para servirlos á todos.

Su pobreza y el celo que tuvo de la Seráfica Regla fué notable, pues no se le conoció á su uso más que lo preciso, y esto tan vil y despreciado que el más pobre no hiciera de ello eleccion. Cuidaba no se perdiese nada: lo mal puesto lo recogía y ponía en sus lugares, y aun las cosas desechadas por inútiles hacía fuesen de provecho; los sarmientos y hojarascas que hallaba en la huerta, los recogía y llevaba á la cocina; todo iba hecho ojos en que no se perdiese nada, para que en nada fuese ofendida la santa pobreza.

La que más campeó entre todas sus virtudes, fué una grande caridad por los prójimos, y se señaló tanto en esta que sólo por ella merece título de gran Siervo de Dios. A todos amaba igualmente, y se espejaba como serviría á todos y remediaría las necesidades de todos, sin excluir á nadie de su afecto ni aceptar personas ni dignidad ni estado; igual lugar tenían en su corazon el mayor y el menor. En el Convento en que estaba, nadie lavó su hábito, él solo lavaba los de todos y rogaba á todos se los dejasen lavar; y adelantábase á los que les tocaba fregar los platos de la cocina en invierno.

Con los enfermos fué extremada su caridad. No había para su gusto ocupacion mayor de dia y de noche como asistirles y servirles, ni había quien le apartase de la enfermería mañana y tarde. Sentía su afecto las enfermedades de todos como si fueran propias. Procuraba en todo el alivio y consuelo de los enfermos; con razones propias los consolaba y servíalos en todo lo

que le era posible, aunque fuese á costa de su descanso y de su sueño. En todos miraba á Cristo, y servía á Cristo en todos. Limpiábales los vasos inmundos, barríales las celdas, hacíales las camas, y todo con tanta alegría y presteza que era el consuelo de los enfermos. Alegrábalos con flores, y á todos parecía quería darles su corazon. Era ya colegial profeso, y como le veían siempre ocupado en estos ejercicios de caridad en la enfermería, juzgando faltaba á los del estudio, mandole el Prelado no fuese á ella sino las veces que le tocaba por turno. Sintiolo su caridad y bajó el cuello á la ejecucion de la obediencia, pero se conoció no hacía falta á sus estudios por acudir á los enfermos, pues en ménos tiempo le daba Dios á entender más que á los otros en mucho, recompensándole con mayor luz el que empleaba en los ejercicios de caridad tan de su gusto; y se vió evidentemente, pues salió tan aprovechado de aquel estudio, que fué uno de los mayores estudiantes de él y uno de los más insignes predicadores de la Provincia.

La pureza y candidez de su alma fué rara. Fué de ánimo sencillísimo y sin doblez ni malicia. Como no había experimentado ni probado las cosas del mundo, no se extendía su pensamiento á otra cosa que á lo que por experiencia sabía; de que procedía que con facilidad daba crédito á lo que se le decía, aunque fuese casi imposible, no cabiendo en su corazon que mintiese nadie: y muchos que conocían su sencillez, para probarle le decían cosas que ni habían sucedido ni eran casi posibles, y todo lo creía, con que admiraban por grande su inocencia. De nadie juzgaba mal, y de todos sentía lo mejor que podía; á todos amaba como á buenos, y lo malo que veía lo excusaba cuanto podía y echaba á mejor parte.

Por muchos caminos y con muchas invenciones procuró Satanas combatir y mancillar la virginal pureza del P. Melchor, dándole continuos asaltos, pero de todos salía con victoria favorecido de la divina gracia. Vivía con continua batería, peleando y rebatiendo los fuertes golpes que le daba por mellar este muro de diamante. Declaró á un Padre padecer este linaje de tentaciones continuamente, y que no se veía libre jamas de sus molestos pensamientos y feas representaciones. « Pues, ¿ de qué medio se vale, le replicó, para vencerlas ? » Respondiole con sencillez: « Yo y mi Señor Dios (este era su modo de hablar con Dios) tenemos hecho este concierto, que Él me favorezca con su gracia y que yo lucharé con la suya; y en sintiendo los golpes del enemigo, levanto á Él los ojos de mi alma y le digo: Señor Dios, acuérdese del concierto que tenemos hecho; y mi Señor Dios jamas falta. » Muchas veces le vieron ir solo por el huerto del Convento, y que levantando al cielo los ojos decía: « Señor Dios, acuérdese del concierto »: y dicho esto daba una castañeta, burlándose del enemigo, diciendo con San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat*, con que quedaba siempre con la victoria y su virginal pureza jamas manchada.

De su oracion y de las mercedes que Dios le hizo en ella, se pudiera escribir mucho, porque toda su vida fué una contínua oracion, elevada en Dios siempre su mente con afectos encendidos de su corazon por más amarle y darle gusto. Estando en el convento de Santa Magdalena abrasado de estas ánsias, se fué á la Iglesia, y puesto de rodillas delante el Santísimo Sacramento, con grande afecto y copia de encendidas lágrimas dijo: « Señor Dios, deme su amor, que no puedo vivir sin amarle; abrase mi corazon con la llama del suyo, para que siempre le ame ». Apénas había acabado de decir esta oracion, visiblemente vió salir del tabernáculo del Santísimo Sacramento una llama de fuego, que encaminándose á él se le entró por la boca al corazon: manifestando Su Majestad visiblemente que le concedía el don invisible de su amor que le había pedido. Este favor le hizo Dios al P. Melchor aun siendo corista, para que sepan los que lo son, que el P. Melchor sin dejar de estudiar no mataba el espíritu de la santa oracion, y que atendía á uno y á otro, anteponiendo el de la oracion al de las letras; y por esto le favoreció Dios y le concedió fuese varon de oracion, docto en la Sagrada Teología, y uno de los mayores estudiantes de su curso y de

los mayores y más fervorosos Predicadores que se conocieron entre los nuestros.

Despues de haber acabado sus estudios, teniendo ya la patente de predicar, ántes que se partiese de nuestro Convento de Segorbe donde los había acabado, el Señor Casanova Obispo de aquella Ciudad, amante Padre de los Capuchinos, quiso que los tres dias de Carnestolendas que había de estar patente por las tardes en nuestro Convento el Santísimo, predicasen tres de nuestros nuevos predicadores. Hízose eleccion de los tres mejores estudiantes, y fué uno el P. Melchor. El dia que le tocó estaba presente el mismo Señor Obispo, muchos de sus Canónigos, los del Gobierno de la Ciudad y un sin número de fieles. Descubrió gran talento y mucha gracia de púlpito, pero quiso Dios mortificarle en aquel primer sermon, porque quería perfeccionar el talento natural que le había dado para predicacion, y para que se lo pidiese, hizo que en este sermon primero cuando el auditorio le oía con más gusto, se le fuese de la memoria todo lo que le quedaba por decir, sin poderse acordar ni de una sola palabra aunque lo tenía muy bien estudiado: por lo que tuvo que bajar del púlpito, con mayor pena de los que le oían que suya. Pensó el Señor Obispo debía tener grande afliccion, y subió á su celda á consolarle y alentarle para que pasase adelante en el ejercicio de la predicacion; pero hallole tan otro de lo que había presumido, tan consolado, tan alegre y con tanta paz, como si tal no le hubiera sucedido, y se confirmó en el concepto que ya tenía de su virtud, admirándola de nuevo viendo llevaba con tanta paz aquella pública mortificacion.

Sucediole lo mismo en otros sermones que predicó despues, y si bien hallaba facilidad al estudiarlos, en el predicarlos hallaba lo contrario. Sentia no su confusion, sino el estorbo que le impedia hacer provecho en las almas. Habíale sucedido esto en la Villa de San Mateo, en cuyo Convento estaba conventual, y con celo de la salud de las almas, se fué una noche á la Iglesia, y puesto de rodillas delante del Santísimo le dijo con su sencillez: « Señor Dios, si quiere que predique, deme memoria, espíritu y fervor: y si no, yo dejaré la predicacion. » No lo hubo aun bien dicho, cuando salió del Tabernáculo un grande resplandor, y con él una voz que le dijo: « Melchor, yo te daré del espíritu de los de la primera línea del dietario del rezo ». Cayose en tierra sin aliento, sin atreverse á levantar los ojos para mirar al Tabernáculo; y luego que pudo, tomó luz y fué á mirar el dietario que estaba á espaldas de una de las puertas del coro, y leyendo la primera línea de él vió que decía: *Octava sancti Joannis Baptistae, et commemoratio sanctorum Apostolorum Petri et Pauli*. Aquí la grandeza del favor le derribó en tierra otra vez deshecho en lágrimas, conociéndose indigno de él; pero respiró viendo cedía tal favor en bien de las almas, de que dió al Señor infinitas gracias.

El tiempo descubrió el talento recibido en los admirables efectos de su Apóstolica Predicacion. No sólo no le faltó jamas la memoria, pero la gracia, el espíritu y fervor con que predicaba, dejaban admirados á cuantos le habían oido ántes. Sus palabras eran saetas de fuego que penetraban y abrasaban los corazones de los oyentes, dejándolos tan compungidos que se derretían en lágrimas y dolor de sus culpas. Fué tan conocido este don de predicacion que Dios le dió al P. Melchor, que los que le oyeron, decían que era mayor su talento de púlpito que el de su hermano D. Juan (famoso predicador y despues Obispo de Orihuela, como se dijo arriba), que predicaba con mayor espíritu y fervor, y que tenia más gracia de mover que él. Predicó una vez de la Gloria en nuestro Convento de Valencia, y quedaron nuestros Religiosos como fuera de sí, admirando el don grande que descubría de predicacion y que excedía á su natural capacidad, y á lo que había estudiado. Manifestose en ello la verdad y cumplimiento de la promesa hecha por Dios desde el Tabernáculo, de que le había de dar del espíritu de sus grandes amigos San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo; por esto confesando su agradecimiento y humillándose solía decir: « Hasta ahora me ha dado mi Señor Dios unos azoticos; pero ahora

ya me da confites, y me regala como si fuera algo: todo es suyo; de Él es toda la gloria.»

Viendo nuestros Prelados la mucha virtud del P. Melchor, sus buenas prendas naturales, su vida ejemplar, el rigor de la suya, la observancia de la Seráfica Regla y monástica disciplina, les pareció darlo por modelo y por Prelado, para que con su ejemplo y doctrina gobernase en un Convento la Religion y mantuviese su sublime estado. Hiciéronle en un Capítulo Guardian de nuestro Convento de Albaida; y si bien su humildad no estaba bien con la honra, sujetó su obediencia su cuello al yugo, carga y trabajo de la prelacía, añadiéndosele sobre este el de la predicacion, que no daban treguas los muchos sermones que predicaba en Albaida y en los lugares de su comarca, que como gustaban de su doctrina todos le deseaban oír, y su caridad á todos deseaba satisfacer y á todos deseaba aprovechar; con que no descansaba ni de dia ni de noche. El verse Prelado le obligaba á que no cuidase de su comodidad ni descanso: y para dar buen ejemplo, no se valía de las exenciones que la Religion concede á los predicadores; de noche y de dia acudía al coro y refectorio, siguiendo la vida comun con los demas, como si no trabajara más que los demas. Al peso de tanto trabajo cayó enfermo y á los pocos dias descubrió era de muerte su mal. Cuidó más de la salud de su alma que de la de su cuerpo; recibió todos los Sacramentos con mucha devocion y lágrimas, que movió á ellas á los que le asistian: recogiose al interior de su alma con la paz y sosiego de un Angel, aguardando con una grande serenidad de conciencia la venida del Divino Esposo para celebrar con él las bodas en su gloria. Ayudole á bien morir el P. Jerónimo de Enguera, quien valiose á este fin del salmo *Confitemini Domino quoniam bonus*, y á voces iban diciéndolo alternativamente. Tocole al P. Melchor decir el *non moriar sed vivam*, y sin acabar de pronunciar la otra mitad, dió su espíritu al Señor para vivir eternamente con Él en la patria celestial, donde los que en ella habitan no moriran sino que viviran eternamente con Dios, cantándole sus divinas alabanzas. Llorole toda la Provincia, porque perdió con él un grande Religioso y un Predicador insigne. Murió en nuestro Convento de Albaida el 25 de Julio de 1614. Luego que se supo su muerte en el lugar, hubo en él mocion grande, y todos corrieron á venerar su cuerpo como de Santo, y le hicieron pedazos el hábito para llevárselos por reliquias.

Llegaron á Orihuela las nuevas de su dichoso tránsito, habiendo mucho ántes llegado la fama de sus virtudes; y ya que por no haberse hallado presentes á él, no le pudieron venerar presente, le hicieron unos muy solemnes funerales en la Catedral todos los Canónigos y clerecía de ella. Acertó á pasar por allí el P. Jerónimo de Valencia, Guardian entónces de nuestro Convento, y como viese la pompa grande y majestuoso aparato con que se celebraban aquellos obsequios, el túmulo alto ricamente aderezado y adornado de muchas luces de cera blanca, tan solemne música y el clamorear de las campanas, preguntó á D. Juan García Maestrescuela entónces de aquella santa Iglesia, por quien eran aquellas honras con tanta pompa. Y este le respondió: «Por mi hermano Fray Melchor. Estos Señores le celebran obsequio, pero él en muriendo derecho derecho se subió al cielo»: testimonio que si por de hermano se podía tener por sospechoso, pero por ser de tal hermano se puede tener por verdadero, pues la santidad de D. Juan fué notoria á todo el Reino de Valencia, siendo varon favorecido del cielo con visiones y revelaciones celestiales, y hombre de muchas letras y temeroso de Dios, que no se arrojaría á decir sin la debida certeza cosa tan grande de su hermano. Ademas la vida irreprensible del P. Melchor es la que más confirma su dicha, pues fué toda tan santa que piadosamente creemos que en muriendo se fué á gozar de Dios en su gloria.

Estando el P. Melchor conventual en nuestro Convento de Alcira, unas señoras devotas de la Orden que habían criado los gusanos de seda, cuando dichos gusanos ya tenían al ojo el fruto de su trabajo, se enfermaron, y aquellas desconfiadas de que no pasarían adelante con su labor los iban

echando á la calle. Acordáronse del P. Melchor, á quien veneraban por santo, teniendo fe que si les daba su bendicion mejorarían los gusanos. Llamáronle y le suplicaron las hiciese la caridad de dar su bendicion. El P. Melchor viendo que iban entresacando los enfermos y echándolos, dijo: « Si Dios cuando somos malos nos echara luego de sí, ninguno subiría al cielo: no echen los gusanos enfermos; tengan confianza en Diós, que presto estaran buenos. » Dioles su bendicion é hizo oracion por aquella necesidad, y se vió luego el efecto de ella, pues los gusanos enfermos mejoraron y no enfermó ninguno de los demas, y las devotas señoras tuvieron una muy buena y rica cosecha de seda, atribuyéndolo á los méritos y virtud del P. Melchor. (1).

P. Miguel de Albaida.

FUÉ natural de Albaida en el Reino de Valencia, y de una de las más principales y antiguas familias de aquella poblacion. De todos fué tenido por santo desde niño, con tan grande asiento en todas sus acciones que parecía ser de edad madura. Muy inclinado á las cosas de devocion y del servicio de Dios, frecuentaba mucho las Iglesias y los Santos Sacramentos; huía las compañías que le podían ser de daño y más las que podían ofender su castidad, y mostrábase muy ofendido de todo lo que era contra ella. Dotole Dios de gran capacidad natural y de muy claro ingenio para aprender letras, á que fué siempre muy aficionado; y aprendió con facilidad tanto en el siglo como en la Orden.

Fundose en Albaida el tercer Convento de la Provincia de Valencia, siendo aun de poca edad el P. Miguel; pero luego que vió los Capuchinos, su modestia y composicion religiosa, tuvo inclinacion é impulsos grandes de abrazar su instituto. Cuando tuvo la edad suficiente, se fué á Valencia y tomó el hábito de la Orden, que desde tanto tiempo y tantas veces había pedido y por la edad se le había dilatado.

Como era de tan poca edad, de delicada complexion y hermoso rostro, pareció un Angel vestido del hábito de la Orden; y no sólo lo pareció sino que mostró luego que lo era, con una modestia tan celestial que parecía haber bajado del cielo. No trabajó el Maestro en enseñarle como se había de componer, porque lo halló tan compuesto que la naturaleza y la gracia ayudaban á su modestia. En todo él no hallaba falta que corregir: y lo daba por ejemplo á los demas novicios. Creció su virtud y modestia con el ejercicio de la oracion, descubriendo en sus mayores aumentos los de la divina gracia que Dios le comunicaba en ella: que como en él hallaba disposicion de pureza virginal de alma y cuerpo, fué liberal con él con sus favores que le subieron en breve tiempo á una grande y Sérafica perfeccion, en quien se miraban las virtudes crecidas y de muchos años. No había otro más humilde que él, ni más pobre, ni más obediente, ni más contínuo á los actos y ejercicios espirituales de la comunidad, singularmente al de la oracion, del que era su mayor cuidado y más contínua asistencia. Era muy penitente y austero consigo mismo: apénas comía ni dormía; no usó jamas de sandalias, y su vestido era un pobre hábito estrecho y remendado; su cama fué siempre de unas tablas desnudas. Fué muy celante de que se mantuviese en su primera perfeccion y rigor el sublime estado de la Religion, y de que no declinase á la menor remision; esto procuró mucho, siendo como Prelado el primero en la guarda de la pureza

(1) Melchior ab Oriola. Joannis Garziae Episcopi Oriolensis germanus frater, et nostrae Valentinae Provinciae filius. Didicit in ipsa adolescentia generis splendorem in lucem filiorum Dei commutare: nam Ordinem nostrum ingressus, vitae apostolicae fastigium sollicitus contendit et obtinuit. Admirabilis fuit humilitatis, paupertatis, et abstinentiae: Orationem incunctanter coluit, qua mediante et apostolicum concionandi adeptus est spiritum. Cum enim prius in concionando ex populi aspectu vilesceret, et mutus atque elinguis repente in eloquendo factus e suggestu descendere cogeretur, die octava S. Joannis Baptistae in virum alterum est mutatus. Hinc enim tanta memoriae felicitate, vocis contentione, atque animi promptitudine concionari coepit, ut vel alter Joannes Bapiista in Poenitentiae baptismo praedicando, vel in animarum conversione et ardore Paulus Apostolus alter a personantibus populis fuerit celebratus. Obiit sanctissime in Conventu Albaydae, in quo erat Guardianus, anno 1614. Typis dedisse ferunt *Sermones aliquos de Passione Domini, et de Beatissima Virgine Maria.* Valentiae. 1610. (Bibliothec. Capucc.)

de la Seráfica Regla y de las Constituciones.

En la guarda del tesoro de su virginidad, que como veremos despues la conservó intacta toda su vida, veló siempre mucho, dando de ello grandes y claros testimonios en todas sus palabras y obras, singularmente en huir de la conversacion de las mujeres, á quienes ni quería ver ní hablar aunque fuesen virtuosas y devotas de la Orden. Cuando alguna le llamaba á la portería, remitíala al Prelado del Convento, diciendo que los Religiosos súbditos no sólo no habían de comunicar con mujeres pero que ni con hombres seglares habían de comunicar (sin necesidad), de cuya conversacion fácilmente y sin sentir se le pega al Religioso lo que ellos tienen del siglo. Por esto ni con ellas ni con ellos comunicaba, ni visitaba á nadie ni aun salía del Convento, con ir con todo este cuidado en la guarda de su corazon. Satanas envidioso de tanta virtud no dejó de darle algunos asaltos, y una vez le dió uno á escala vista por medio de una mujer, que sin rebozo le provocó y con palabras deshonestas le convidó á que manchara su pureza; de que quedó admirado el Siervo de Dios, viendo que en el ánimo de aquella mujer que él tenía por buena, había caido tal mancha y atrevimiento. Cubriósele el rostro de una virginal vergüenza, y no habiendo presumido aquel golpe quedó suspenso, y la respuesta que la dió fué volverla las espaldas, y sin darse por entendido la dejó sin verla más ni á ella ni á otras, diciendo: « Si á la que yo tenía por buena hallé que no lo era, de las que no sé si lo son debo huir como de los demonios; que de estas se valen ellos. »

Fué muy devoto siendo corista y estudiante de oir y servir las Misas. Las mañanas que su Lector no leía, todas las pasaba en la Iglesia, sirviendo todas las Misas que podía, deseando asistir á todas, y sus condiscípulos no necesitaban de más noticia de que aquella mañana no había leccion, que verle á él en la Iglesia oyendo Misas, porque jamas faltaba al aula. Asistía al sacrificio de la Misa con mucha devocion, y con la reverencia de un Angel servía á los Ministros del Altar, y de esta su devocion sacaba muchos provechos para su espíritu y muchos méritos para su alma. Y aun por haberse dado tanto á los ejercicios espirituales y á la oracion, saljó tan aprovechado en el estudio de las letras que pudo enseñarlas á otros. Alumbrábale Dios el entendimiento en la oracion, y con sus luces especiales alcanzaba más que otros, y con más facilidad y con ménos tiempo aprendía más que otros en más tiempo, y con más trabajo.

Acabados los estudios de la Sagrada Teología, viendo los Padres que podía enseñar letras y virtud, le nombraron Lector de Artes, y fué el segundo que tuvo la Provincia, y el primer hijo de ella que leyó Artes y Teología; y verdaderamente fué santo Lector, porque sin faltar á las obligaciones de santo Religioso, leyó con toda satisfaccion y sacó aprovechados estudiantes y grandes predicadores que con sus letras y predicacion ilustraron la Provincia. No acabó su curso, porque le previno la muerte: pero su trabajo, aunque no acabado, se lució mucho en sus discípulos. Con leer cada dia dos lecciones, jamas faltó al coro á media noche, á los Maitines, ni á las Vísperas, ni á la oracion.

En este tiempo que enseñaba en nuestro Convento de Valencia, dió una grande prueba de lo mucho que sabia y de su mucha modestia. Había de presidir unas conclusiones de un discípulo suyo, y hallábanse entónces en el mismo Convento unos Religiosos nuestros que habían estudiado en el siglo en la Universidad de Valencia, unos Doctores de Teología, otros Maestros en Artes, que todos fueron despues Lectores en esta Provincia y en las de Castilla y Andalucia. Como sabían que el P. Miguel leía per la doctrina de Escoto y se preciaba mucho de ser su discípulo, se concertaron de impugnarla, y armados de fuertes y contrarios argumentos subieron al aula el dia de las conclusiones. Eran cinco ó seis, y cada uno esforzó su argumento con razones á su parecer concluyentes; y como se prometian victoria cada uno del suyo, viendo que les deshacía el P. Miguel con la doctrina del Doctor Sútil sus razones y opiniones, casi sin advertirlo alzaban mucho la voz trabajando y sudando: pero el P. Miguel jamas ni alzó la voz ni se descompuso en la menor

accion, sino con mucha cortesía y modestia respondía con mucha paz á sus razones y argumentos dando á cada uno cabal satisfaccion, tantó que uno de ellos admirado de tanta modestia le dijo: « ¿Es posible, P. Lector, que nos vea aquí sudar y que le apretamos con tan fuertes argumentos, y V. C. esté con tanta paz? » Riose el P. Miguel, y estos Padres quedaron no ménos admirados de ver lo mucho que sabía que de su mucha modestia, mirando en él un grande Religioso, un grande Lector y un verdadero Capuchino.

Estando leyendo en nuestro Convento de Segorbe cortó la muerte el curso de sus estudios y el de su vida. Habían dado el Santo Viático en el mismo Convento á un Religioso nuestro enfermo, y adornando su celda, como es costumbre, con un Altar, habían puesto ántes en él una imágen del Niño Jesus. Dada la Comunion al enfermo volvía un Religioso esta imágen á la sacristía, y díjole el P. Miguel que se la dejase un poco en su celda. Túvola en ella algunos dias, y en ellos le vieron que iba muy alegre y como fuera de sí y que repetía muchas veces estas palabras: « Véante mis ojos, Jesus bueno, véante mis ojos: muérame yo luego »; y andando con estos deseos enfermó y murió. muy en breve, despues de haber recibido todos los Sacramentos, y se tuvo por cierto había pedido á Dios le sacase de este destierro, con ánsias y deseos de gozarle cara á cara en su patria, y que se lo había concedido. Murió en nuestro Convento de Segorbe, á 30 de Marzo del año 1614, el segundo dia de Pascua de Resureccion, á las tres horas de la mañana, para subir á gozar en dia tan señalado de Cristo inmortal y resucitado.

Con haber sido por su mucho retiro poco conocido en aquella Ciudad, acudió toda movida de Dios á venerar su cuerpo difunto como de Santo, y con tanto afecto que le hicieron pedazos el hábito y le quitaron los cabellos de la cabeza y pelos de la barba, sin cesar de besarle las manos y los pies. Quedó tan hermoso su rostro y tan devoto que movía á devocion, y muchos le hicieron retratar, y despues de cuatro dias de enterrado, bajó á la bóveda un pintor y le retrató, y le halló tan blando y suave en sus miembros que hizo de su cuerpo todas las posturas que quiso: le abrió los ojos y se quedó con ellos abiertos, y estuvo allí todo el tiempo que fué necesario sin horror ni sentir mal olor, aunque había allí otros cuerpos de Religiosos difuntos. Hallose presente al entierro del P. Miguel el Señor Obispo de Segorbe, D. Pedro Casanova, y Su Señoría dijo las últimas oraciones del Oficio. Murió vírgen el P. Miguel y sin haber ofendido á Dios mortalmente en toda su vida, como lo afirmó el P. Fray Egidio de Solsona su Gurdian é íntimo confidente.

Fr. Bernabé de Zamora, Corista.

FRAY Bernabé de Zamora, corista de la Provincia de Castilla, en solos tres años de Religion llegó á la cumbre de la perfeccion evangélica, en especial por el trato que tuvo con Dios tan contínuo, que se le pasaban tres y cuatro horas sin mover ni el corazon del cielo ni las rodillas del suelo. De esta infatigable perseverancia se le empezó á hinchar una rodilla tan peligrosamente, que el tumor vino á parar en un cáncer que le iba pudriendo toda la carne más inmediata. Para atajar aquella contagiosa malicia, fué muchas veces necesario aplicarle ardientes cauterios, y con ellos nuevas ocasiones de padecer, á que no ponía otro escudo que el de una admirable resignacion, aumentado en el interior ejercicio de que nunca le pudieron apartar los dolores. Hacían horror á los Religiosos que le asistían los crueles instrumentos que los cirujanos aplicaban á su dolencia, y él los padecía sin gemido, como si se quedara solo en mirarlos.

Un dia ántes de morir, despues de una sangrienta curacion que le hicieron, se arrebató en éxtasis por espacio de una hora: volvió en sí con un extraordinario júbilo, y llamando á su Guardian, le dijo: « Alégrese conmigo, Padre, que mañana he de desprenderme de las fatigas de esta vida mortal, y veré convertidos en inefables gozos los dolores que ahora padezco » — « *Mire hijo* (le replicó el Guardian), *que parece delirio el suyo. ¿De donde sabe lo que acaba de referir?* » — « *Ahora acaba de*

visitarme nuestro seráfico Padre San Francisco con muchos de sus santos compañeros, y me ha consolado con esta tan dichosa noticia.» — Al siguiente dia murió en nuestro convento de Salamanca; con que dejó cierto al Guardian y á los demas Religiosos de la familia, de que había sido favorecido con la visita de nuestro Santo Padre en la muerte él que tan bien le había imitado en la vida. Murió en 1614. (1).

(1) Marcelino de Pisa an. 1614.

P. Ignacio de Monzon.

El P. Ignacio de Monzon, natural del Reino de Aragon, y militar español, adornado de todas las virtudes, singularmente de la pureza virginal, que conservó hasta su último suspiro, ántes y despues de su muerte glorioso en milagros, murió á 18 de Diciembre de 1614, en nuestro Convento de Orihuela, despues de haber ilustrado con sus virtudes las Provincias de Milan, Cataluña y Valencia, dando nueva gloria á la de Aragon, donde nació. Su vida y milagros estan autenticados con públicos instrumentos, que de órden del Obispo de Orihuela y otros Prelados se formaron. Desde su dichoso fallecimiento, no ha cesado ni la devocion del pueblo en solicitar de él el remedio de sus males, ni la intercesion del Siervo de Dios en favorecerlo.

Hemos publicado la maravillosa vida de este ilustre Capuchino en la Tipografía Vaticana, habiendo al efecto arreglado y corregido los antiguos manuscritos de la Provincia de Valencia. Por esta razon, remitimos el lector á dicha obra, anunciándole que se trabaja actualmente con empeño en promover la causa de beatificacion de tan santo Varon.

P. Lorenzo, Español.

Fué algunos años soldado; pero despreciado ya el cíngulo de la milicia secular, se alistó debajo de la bandera de la Cruz en el ejército Capuchino. Pasó el año primero, y hechos los tres Votos, quedó fijo y alentadísimo campeon para seguir al Capitan Cristo. Ordenose, por la obediencia, de Sacerdote: pero no atreviéndose á llegar al Altar, ántes de consultar á Dios sobre el caso, arrojándose con copiosas lágrimas á su presencia, le suplicó que si no le convenía decir ni aun la primera Misa, se lo impidiese por alguno de los muchos medios, que para este fin descubria su Providencia. Muy luego conoció el soldado de Cristo que no eran proporcionados á su espiritual aprovechamiento los Ministerios Sacerdotales: porque apénas acabó la oracion, cuando le empezó á correr á los ojos un tan maligno humor, que se los inhabilitó del todo para poder leer, y por consiguiente para decir Misa.

A la falta tan sensible de la vista, se le empezaron á añadir unas tan horrorosas llagas en todo el cuerpo, que le ocasionaban sumo dolor: pero aunque sumo y tan recio que no le dejó hasta la muerte, nunca consiguió de él el menor suspiro, por desahogo de tan continuada fatiga. Y así cuando entraban en su celda los Religiosos, le hallaban de ordinario bañado en lágrimas, no que había ocasionado el dolor, sino que producía el consuelo y gusto de las cosas divinas que meditaba así en la asistencia al Coro á que nunca faltaba, como en diez ó doce Misas que oia todos los dias.

Algunas veces, sobre todos sus males, le inquietaba el demonio con ánimo de impacientarle con su porfía; y hallándose fatigado el varon de Dios, solía gozar de la presencia soberana de María Santísima, que compadecida como piadosa Madre, con las luces purísimas de su rostro hacía huir al demonio, principe de tinieblas y oscuridades; y con las palabras dulcísimas de su boca dejaba consolado, recreado, y fortalecido al que én lo más interior del pecho había padecido las instigaciones del enemigo comun de el mundo.

En el Convento, pues, de Foggia, y en aquel dia de la Cuaresma, en que hace memoria la Iglesia de las llagas del mendigo Lazaro, pasó Fray Lorenzo á ser participante de la gloria del que había imitado en la pobreza, en la paciencia y en la constancia. (1).

(1) Marcelino de Pisa, an. 1614.

Fr. Bernardino de Ciudad-Real, Lego.

Fué natural de Ciudad-Real, una de las del Reino de Toledo; y habiendo servido á nuestro Católico Rey Felipe III en las milicias y ocasiones que se ofrecieron, hallándose en una casi en la posesion de la muerte, hizo voto de entrar en la Religion de los Capuchinos, si Dios le librase de aquel peligro. Muy sin tardanza lo ejecutó, y admitido al hábito y profesion, empezó á maltratarse tan duramente, que parecía imposible que el que era para los demas tan suave y blando, fuese tan áspero para sí. Era su vida angelical: y así, como pariente de aquellos celestiales espíritus, gozó muchas veces de su asistencia, y más en aquellas ocasiones en que la de los hombres faltaba.

Caminando una vez desde Casano á Coriolano, dió en la orilla de un rio que era preciso pasar para proseguir el viaje: y estando receloso de arrojarse al vado, por parecerle era el agua que llevaba mucha, halló muy junto á sí un hermoso jóven en un caballo blanco, que despues de haberle saludado cortesmente, convidó á los dos Religiosos á la conveniencia de pasar con seguridad el rio. Aceptáronla, y dadas gracias al bienhechor, se les huyó de los ojos tanto, que aunque los extendieron á todo lo descubierto que era mucho de la campaña, no le pudieron volver á ver.

En otra ocasion, habiendo pedido en Morano la limosna del pan, iban él y un Novicio su compañero hácia Castro-Villar, tan oprimidos del peso de las alforjas, que el Novicio ya no podía dar paso. Consolole Fray Bernardino, diciendo: « Hijo, anímate, que el hombre que ves bajando por junto á aquella peña, nos ha de aliviar el trabajo. » Admirose el Novicio de la promesa, porque no descubría en todo aquel districto persona alguna que la pudiese desempeñar; pero habiéndose acercado á la peña, hallaron un hombre que cargando sobre un jumento los panes, los acompañó hasta la puerta del Convento de Castro-Villar, donde quedó luego invisible, dejándolos con evidencia de que era un Angel del Señor el que había aliviádolos en aquella grave fatiga.

Dió salud á muchos enfermos, con sola la señal de la Cruz, y con espíritu profetico previno muchos futuros acaecimientos. Antonio Prucino de Naceria, había sido aprisionado de unos foragidos ladrones, que mediante cierta persona enviaron á pedir una cantidad grande de dinero á los hijos por la libertad de su padre. Dispusiéronse luego á darla: pero impidiolo el varon de Dios, diciendo, que sin ella volvería su padre muy presto á su casa con salud y con libertad. Creyéronlo: y muy sin dilacion de lo prometido, volvió Antonio en la tarde siguiente al consuelo y gobierno de su familia.

Estando en el Convento de Rogiano, se cubrió de nubes el cielo, amenazando con viento y truenos perjuicio último á los sembrados. El interes en unos, la compasion en otros empezó á producir susto y temor; pero el varon de Dios, sin temor ni susto, volviendo el rostro hácia la parte del orizonte en que se había engendrado la tempestad, la opusó la señal de la Cruz: á cuyo eficaz y divino imperio se deshicieron en el aire las nubes, y el temor en los corazones.

Andaba ya contínua y peligrosamente enfermo: con que aquella vida tan adornada de virtudes, se coronó con una muerte llena de consuelo y seguridad; porque estando cercano á ella, vió que entraba en su celda María Santísima, Reina de los Angeles y los hombres, acompañada de un copioso Coro de Vírgenes, en cuyas manos puso su espíritu el enfermo, para llegar por la Madre al Hijo, él que á Madre y á Hijo había servido con tan continuada fidelidad. Honró Dios en la muerte al que le había amado tanto en la vida, con universal concurso á su entierro, y con muchos milagros que obró en él, en órden á dar salud á los que pudieron aplicarse alguna porción del hábito con que iba honestado el cadáver. (1).

(1) Marcelino de Pisa, an. 1614. Le llama *Bernardino Español.*



P. Pedro de Segura.

Nació de nobles padres Fray Pedro de Segura en una Villa llamada así en la Diócesis de Pamplona: y ántes que entrase en la Religion de los Capuchinos, fué Canónigo en la santa Iglesia de Burgos, Metropolitana de Castilla la Vieja. Llevado de la devocion de venerar las Reliquias y Lugares Santos de Roma, partió á aquella ciudad; pero habiendo llegado á Barcelona, y sido allí llamado de Dios con la representacion viva de los riesgos del siglo á la seguridad de la Religion, tomó el hábito de la nuestra en el convento de Monte-Calvario: donde el nuevo soldado de Cristo Señor nuestro dió principio ilustre á su noviciado, en desprecio grande de las cosas del mundo, olvido y desestimacion de sí mismo, obras de humildad y de caridad, y rígida maceracion de la carne y de los sentidos.

Profesó pues, y despues de cinco años de Religion, hizo tránsito por voluntad de los Superiores á la Provincia de Aragon desde la de Cataluña. Y conociendo que en la senda de la evangélica perfeccion es necesario caminar adelante por no volver atras, se dedicó al progreso de todas las virtudes. Era tan asistente á la oracion, que á ella parecía estar vinculada su vida; pero receloso de que la vanagloria inficionase con su pestilencial aliento ejercicio tan provechoso, buscaba siempre para orar los lugares más retirados. Muchas veces este varon devoto gastaba en la oracion todo lo que hay desde que se pone hasta que vuelve á salir el sol: y lo ordinario era tener dos horas de este ejercicio ántes de Maitines, y otras dos despues de haber asistido á ellos, aplicando siempre á la taréa misma todo el tiempo que las ocupaciones y asistencias forzosas le dejaban libre. De aquí su singular aprovechamiento en el trato con Dios, sus frecuentes éxtasis y repetidas elevaciones.

Entre muchos Religiosos, que atendiendo á su vida y empleos de ella, le vieron muchas veces abs raido de los sentidos, uno en particular, varon muy dado á la contemplacion, le halló una noche á deshora delante del Altar del Santísimo Sacramento elevado en el aire, y levantado de la tierra por mucho espacio. Ni faltó á Fray Pedro la exterior austeridad de vida, perpétua compañera de la oracion, con que esta se sustenta, conserva y crece: porque su abstinencia fué admirarable, su penitencia ilustre; domaba el cuerpo con un áspero cilicio de hierro; nunca usaba sandalias; su lecho eran unas tablas desnudas, la cabecera ó un madero, ó un pedernal; y en fin era tal la compostura en él del hombre exterior, que ponía en respeto y admiracion á todos los que le miraban, viendo un ejemplar vivó y perfecto de todo género de virtudes.

Maravillosas cosas refieren los antiguos Manuscritos de la Provincia de Aragon haber obrado Dios por los méritos de Fray Pedro, aunque de otras muchas se ha perdido la memoria, por el descuido de los que las pudieran haber notado. Acredita mucho su perfeccion, lo que sucedió en nuestro convento de Calatayud. Estaba enfermo de perlesía en una de las celdas de la enfermería, que se había edificado inferior á un pedazo grande de peña: el cual repentinamente cayó, hácia las nueve de la mañana, llenando de broza y piedras la celda toda, ménos aquella parte en que estaba el siervo de Dios. Pero Su Majestad que nunca olvida á los que lo son, siendo así que tenía la perlesía á Fray Pedro tan impedido de pies y manos, que aun para llevar la comida á la boca necesitaba de las ajenas, se halló en este accidente capaz de poder salir, aunque arrastrando, de la celda, por encima de las mismas piedras que habían caido; y apénas se halló fuera, cuando la parte de peña que correspondía al sitio en que estaba la cama, y por virtud divina había estado suspendida en el aire, acabó de ejecutar la ruina empezada, de que no sólo quedó libre Fray Pedro, sino tambien de la perlesía que padecía, sin que jamas hubiese vuelto á verse molestado de ella.

Estando de familia en nuestro Convento de Zaragoza, había en él un Novicio Lego, llamado Fray Angel de Antillon, con una tísica declarada que le tenía en gran peligro. Entró á visitarle Fray Pedro en una ocasion, y rogándole el enfermo pidiese á Dios

su salud, si le había de convenir, le asió del brazo el siervo de Dios y sacándole del lecho y la celda, le encaminó á la Capilla de la enfermería, mandándole rezase con devocion una *Ave Maria* delante de la Imágen de Nuestra Señora que en dicha Capilla se veneraba. Volviole despues de esta diligencia á su lecho, y díjole: « Hijo, atendida la fuerza de tu enfermedad, solos quince dias te quedaban de vida; pero por los méritos é intercesion de la Reina del Cielo, vivirás largos años, hecha la profesion en la Religion de los Capuchinos. Lo que te encargo y pido, es, ames con especial afecto á esta soberana Reina del cielo, y nunca te olvides de hacerla gracias por el beneficio que ahora recibes. » Salió de la celda Fray Pedro, y el Novicio empezó luego á mejorar con admiracion de los médicos, hasta hallarse del todo libre de su dolencia. Profesó, y yendo á despedirse de Fray Pedro, porque le mudaban á otra Familia, le dió el varon santo una muy áspera reprension: porque olvidado del beneficio recibido, se había entibiado mucho en la devocion de la Vírgen Santísima. Quedó Fray Angel lleno de empacho y de admiracion, reconociendo que aquel defecto oculto se había manifestado por sobrenatural luz á Fray Pedro; y ofreciéndole cuidadosa enmienda para en adelante, dejó comprobado el profético espíritu, con que le había Dios adornado.

Fundose en aquel tiempo nuestra Provincia de Castilla, y pareció poner en sus cimientos esta constante y preciosa piedra: y así vino Fray Pedro á ella para ilustrarla y edificarla con sus admirables virtudes. Llevábase por ellas los ojos y el afecto de todos, y considerando los Superiores que su pobreza, desnudez, ayunos, vigilias y contínua oracion le hacían sugeto dignísimo del gobierno, le hicieron Guardian de nuestro Convento de Alcalá, puesto que aceptó obligado de la obediencia, cuyo ejercicio le parecía más seguro que el de mandar. Gobernó la Familia que se le había encomendado con una suavidad tan entera, y una entereza tan suave, que haciéndose amar de sus súbditos, se hacía juntamente temer, no con miedo servil, sino con afecto reverencial; con que caminando la disciplina regular en su última y mayor observancia, vivían en igual consuelo los Religiosos. Ayudábalos en los ministerios más inferiores, olvidado de que la Prelacía le podía eximir de algunos de ellos: y como acompañaba el imperio con el ejemplo, y era á un mismo tiempo Prelado y súbdito, hacía de sus súbditos Angeles en la alegría y puntualidad con que llenaban su obligacion.

Llegó el tiempo de que Fray Pedro se sujetase á la ley de mortal: enfermó gravemente, y aunque la continuacion de su dolencia le tenía sin fuerza alguna, habiendo de recibir el Viático dejó el lecho, se arrojó en tierra, y fijos en ella los ojos, adoró con suma humildad la Majestad Suprema que venía á su pecho: la adoracion pasó á éxtasis tan profundo, que creyendo los Religiosos que era desmayo procedido de su flaqueza, intentaron dos ó tres de ellos volverle al lecho que había dejado; pero él sin necesitar de este auxilio, se restituyó por sí mismo á su primer asiento, con tanta ligereza como si no tuviera cuerpo pesado. Recobrose del rapto, recibió el Santísimo Sacramento, y volviole á ocupar una suave y maravillosa quietud. Acusándole despues el enfermero de que se hubiese arrojado en tierra, hallándose tan debilitado, respondió el enfermo con un tierno suspiro y esta clausula: « ¡Oh quien pudiera hacer aun mayores excesos por El que tantos hizo por mí! »

Dos ó tres dias ántes de su dichoso fallecimiento, entrando un Religioso familiar suyo á visitarle, le halló tan animado y alegre, que llevado de la admiracion y luego de saber la ocasion de aquel especial regocijo, le pidió se la descubriese. Resistíase el santo enfermo; pero vencido al fin de los ruegos del Religioso, ordenados no á viciosa curiosidad, sino á la mayor gloria de Dios, le reveló (pidiendo no lo manifestase á nadie ántes de su muerte) que se le había aparecido la Vírgen María Señora nuestra, vestida de una inefable luz, y acompañada de un inumerable escuadron de Angeles, que en dulces y harmónicas consonancias la tributaban obsequiosas veneraciones: y que por esta representacion había quedado su espíritu lleno de

dulzura, y seguridad de que había de conseguir corona inmortal en el Cielo.

Púsole la enfermedad en aprieto tan último un dia ántes de su muerte, que á toda prisa hubieron de darle la Santa Uncion. Recibiola con suma fe, atencion y afecto; pero dijo despues que no había sido la aceleracion necesaria, porque no había de morir hasta el dia siguiente, que lo era de la fiesta del Corpus, en que había conseguido de Dios le sacase de esta vida, por la especial veneracion que había tenido á este soberano Misterio: en el cual mismo dia había nacido, tomado el hábito en la Religion, profesado en ella, dicho la primera Misa y predicado el primer sermon. Llegó, pues, este feliz dia para Fray Pedro, y á las ocho de la mañana, con suma paz y tranquilidad entregó el espíritu al que le había criado: dejando á todos los Religiosos llenos de alegres lágrimas, de tristes alegrías, considerando en el cielo á este esclarecido varon, y á sí en la tierra desamparados de su presencia y del ejemplo de sus virtudes.

En los Originales de la Provincia de Castilla, hallamos que murió en el convento de Madrid; en los de la de Aragon, que murió en el de Alcalá, siendo Prelado de él, pero que por no estar fabricada la Iglesia, fué traido á nuestro convento de Madrid su cuerpo. Conviniendo unos y otros, en que despues de muchos años fué hallado sin corrupcion alguna, y tratable como si acabara de espirar entónces. Salía de él un olor agradable como de bálsamo, y fué visto ceñido con un cilicio áspero que no quitó al amortajarle el enfermero, ordenando Dios su omision, á que se descubriese más la mortificacion y penitencia del varon santo. Había manado de su pecho un licor, que conservó incorrupto todo á lo que pudo llegar del hábito, cuerda y paños menores, reducidas á cenizas las demas partes.

Acertó en aquella ocasion á bajar á la bóveda un criado del Conde de Peñaranda, con fin de sacar de ella el cadáver de su Señor; y habiendo admirado el prodigio dicho, quitó con grande devocion y fe, del cuerpo de Fray Pedro, un dedo del pié: y luego empezó á correr de la herida mucha copia de sangre, tanto que envolviendo la reliquia entre cinco dobleces de un lienzo, los penetró todos la sangre, respirando de sí un olor cuanto extraordinario, suave. Llevó el criado á sus dueños los Condes el dedo; y habiéndole recibido y guardado con grande veneracion, y conservádose incorrupto siempre, afirmaban que desde que había entrado en su posesion esta preciosa alhaja, habían tambien experimentado especiales beneficios de Dios, y aun efectos maravillosos con la aplicacion y uso de ella.

Siendo Provincial de nuestra Provincia de Castilla Fray Cristobal de Morentin, varon de singulares virtudes, experimentó algunas veces, que envuelta en lienzo alguna reliquia de la carne de este santo Cuerpo, le bañaba de un suave y oloroso licor; y deponía tambien, que tomando en una ocasion una breve porcion de su hábito en la punta de unas tijeras, hizo con ella una línea de viva sangre sobre un papel. Sea Dios glorificado por las maravillas que obra en sus siervos. (1).

P. Lorenzo (II) de Huesca.

La muy ilustre y muy antigua ciudad de Huesca dió á nuestra Orden y á la Provincia de Cataluña dos hijos suyos tan esclarecidos en virtud y santidad, que sus luces no han podido oscurecerse con la duracion del tiempo, ni su memoria borrarse con la sucesion de las generaciones. Tuvieron ambos un mismo nombre, llamándose uno y otro Lorenzo de Huesca; ambos vistieron nuestro hábito capuchino en Italia; ambos vinieron á nuestra Provincia de Cataluña á los principios de su fundacion; ambos vivieron santamente, y ambos murieron felizmente en un mismo convento, bien que en diferentes años. Mas aunque esta union de circunstancias les haga muy semejantes, tuvieron no obstante un distintivo tan particular, que eran nombrados muy diferentemente entre sus conocidos. El que murió primero fué llamado *el san-*

(1) Marcelino de Pisa, an. 1611.

to, y el segundo *el pecador*: nombres que aunque tan opuestos, se hermanan muy bien cuando se originan de un gran fondo de virtud, como la tuvieron estos dos esclarecidos Varones. La vida del primero la dejamos escrita en la pág. 38, y ahora vamos á referir la del segundo, siguiendo los Originales de la Provincia.

Sabido pues que la patria de este P. Lorenzo fué la ciudad de Huesca, convendría saber tambien los nombres de sus padres, la vida que llevó en el siglo, los motivos que le condujeron á Italia, y el modo y cuando entró á nuestra Orden; pero nada de esto nos dejaron escrito los que vivieron en aquellos tiempos, ó porque no lo supieron, ó porque no lo buscaron. Solamente hallamos notado que fué de noble linaje y Caballero del hábito de San Juan; expresion bastante para hacernos concebir una alta idea de la nobleza de su casa, padres y ascendientes; dándonos al mismo tiempo un grave fundamento para presumir que el motivo de pasar á Italia sería por algunos cargos honoríficos que se habrían confiado ó á él, ó á sus padres. Pero sea como fuere, lo cierto es que aquí renunció al mundo con toda su nobleza, y vistió nuestro pobre hábito capuchino en una de aquellas Provincias, que no podemos decir cual fuese por no hallarlo notado. La vida que llevó aquí, siendo ya capuchino, creemos que fué muy perfecta y muy virtuosa, pues no dudamos que entónces se formaron los principios y los fundamentos de aquellas eminentes virtudes, con que tanto resplandeció en la Provincia de Cataluña. En efecto trasladado ya á esta Provincia en los primeros años de su fundacion, siguió tan perfectamente las rígidas observancias que halló establecidas, que andando el tiempo le confiaron los Prelados el oficio, ya de Presidente, ya de Guardian de algunos conventos, creyendo sin duda que con sus fervorosos ejemplos promovería la alta perfeccion que se deseaba en la Provincia. Y ciertamente no podía ménos que producir estos buenos efectos aquella vida austera, ejemplar y virtuosa, que resplandecía á los ojos de todos. Distinguiose singularmente en la humildad, formando tan bajo concepto de sí propio, que se llamaba el Pecador, y deseaba que otros le diesen tambien este nombre; como en efecto lo consiguió, no sólo entre los Religiosos sino tambien entre los seglares, quienes como olvidados de su nombre, le llamaban el Padre Pecador. Fué una vez á visitar al Señor Obispo de Lérida, llamado Don Francisco Virgilio, y quedó este Prelado tan edificado de su conversacion, que dijo despues: « ¡Ojalá, que muchos pecadores como este hubiese en el mundo! » En otra ocasion siendo Presidente de nuestro convento de Perpiñan, fué nombrado examinador de los ordenandos por el Señor Obispo Don Cristobal Gallart, y aunque él por su mucha humildad se excusó diciendo que era tan ignorante, que ni gramática sabía, fueron tales las instancias de aquel buen Prelado, que asistió á la mesa con los demas examinadores. Pero aquí mismo supo hallar medio para el desprecio que tanto deseaba; porque presentándose uno de los ordenandos, y dándole á leer el Misal, dijo el Varon humilde que aquel estudiante sabía más que él: y valiéndose despues de otro medio excusado, se fué, y dejó el cargo á los otros examinadores. Entónces dijo el Señor Obispo que la demostracion que había hecho aquel Padre no era efecto de ignorancia sino de humildad, pues que él tenía bien conocida su ciencia por algunas dificultades que le había declarado de mucha importancia. Otra prueba de la humildad de este Siervo de Dios fué el ocuparse en trabajar la huerta, segun se vió en nuestro convento de Ceret, donde enseñó este trabajo á cierto Religioso lego, cavando junto con él.

Mas aunque él se humillase tanto, y desease ser despreciado de todos, no le faltaba espíritu y constancia para impedir las ofensas de Dios, y componer riñas y discordias, de lo cual tenemos un ejemplo muy singular en una division grande que hubo entre la villa de Ceret y el Señor de ella. Encendiéronse tanto los dos partidos que llegaron á tomar las armas, y formarse á manera de dos ejércitos en el puente de la misma villa, disparándose mútuamente unos contra otros. Eran los de la parte del Señor como dos ó tres cientos hombres, y los de la villa una muchedumbre de sus vecinos, y animados unos y otros del espíritu que les

gobernaba, exponían sus vidas á una lamentable desgracia. Supo este fatal acaecimiento nuestro P. Lorenzo, y lleno de celo y de caridad para el bien de todos, se presentó en medio del puente, que era la division de los dos partidos, y hablando, clamando, y discurriendo de una á otra parte, pudo al fin conseguir que un partido se separase del otro: siendo lo más particular que continuando los de un partido en hacer fuego, y dirigiéndose las balas por donde estaba el Varon santo, ninguna le tocó ni hizo el menor daño, lo que se atribuyó á un milagro de la Divina Providencia. Con semejante celo y caridad compuso tambien la division que había entre dos primos hermanos de un pueblo del Rosellon, llamado Trullás. Vivían estos tan reñidos y en tanta enemistad, que deseaban y procuraban darse la muerte el uno al otro. Eran por otra parte devotos de nuestra Orden, y como tales procuró el Superior de nuestro convento de Perpiñan ponerlos en verdadera amistad, á cuyo fin ordenó al Siervo de Dios, que pasase al dicho pueblo y trabajase en la union cristiana de aquellos dos sugetos. Hízolo el Varon obediente, habló al uno y al otro, y aunque halló bastante resistencia de parte del primero, supo decirles tales razones y hablarles con tanta libertad y espíritu, que en su misma presencia y del Párroco se abrazaron los dos enemigos, y establecieron una paz tan permanente, que en lo restante de la vida gozaron los frutos de la amistad. Finalmente llegó á tanto su habilidad y gracia en componer ánimos discordes, que cuando entre caballeros había algunos encuentros y divisiones, con ponerse él de por medio, luego se daban las manos y hacían las paces.

Bien creemos que tan saludables efectos procedían en gran parte de aquel candor y sencillez con que se dejaba ver á los ojos de todos; pero su principal orígen debemos atribuirlo á los fervores de su oracion. Esta fué la virtud más ejercitada por el Siervo de Dios; esta la que más ocupaba sus potencias y sentidos, y la que elevaba su alma sobre todas las cosas de la tierra. Era á la verdad cosa de mucha edificacion ver á este Varon contemplativo que de cualquier criatura sabía hacer escala para subir al Criador, y de cualquier objeto sabía sacar espíritu para animarse á la perfeccion. Si hallaba algun arroyo, cuya agua corriese con ímpetu, luego decía: «¿No veis con cuanta prisa corre esta agua contínuamente al mar como á su centro? Pues, ¿por qué no corre mi alma de dia y de noche á su centro que es Dios?» Si veía un ingerto en algun árbol, que estuviese verde y crecido, decía: «Si este ingerto así crece y medra en este árbol, ¿cómo yo que he sido ingerto en la Religion, *insertus in bonam olivam*, no voy siempre creciendo en la caridad, en el amor, y en toda virtud?» Y de este modo iba levantando su espíritu á los bienes celestiales con la consideracion de las cosas ordinarias y comunes en que nosotros tan poco nos paramos. En el convento no le satisfacían las horas de oracion que acostumbraba tener la Comunidad, y así deseoso de más largo tiempo para tratar con Dios, se iba á la iglesia en horas extraordinarias, y proseguía su oracion, conforme se observó no pocas veces, estando de familia en nuestro convento de Lérida. Aquí fué visto una vez que al salir de la oracion de Completas, estaba como trasportado, y que resplandecía su rostro con tal claridad, que parecía echaba rayos de luz. El Religioso que mereció ver esta claridad de su rostro, fué el P. Pablo de Sarriá, que despues fué Provincial, el cual confiesa que su alma quedó muy edificada, y que siempre que se acordaba de ello le parecía recibir nuevos alientos para servir á Dios.

Pero más singular fué otro exceso mental de que fué ocupado en nuestro convento de Perpiñan. Celebrábase en aquella iglesia la fiesta del glorioso San Antonio de Padua, y para mayor solemnidad estaba expuesto el Santísimo, y había en el presbiterio algunos músicos que tañían sus instrumentos. Se hallaba en este tiempo nuestro P. Lorenzo en el coro haciendo oracion, y al oir aquella música fué trasportado de un espíritu tan fervoroso, que como fuera de sí, se levantó de su lugar, y se pusó á danzar de modo que parecía no tocaba de pies en el suelo: quedando admirados cuantos vieron una demostracion no ménos devota que extraordinaria. Ni fueron estos solos los

arrobamientos con que el Siervo de Dios quedaba enajenado y como fuera de sí, ántes le eran tan familiares, que parece no podía desprenderse de ellos. Fué una vez cierto Religioso á llamarle á su celda para decir Misa, y le oyó decir tales palabras que parecía que despertaba de un profundísimo sueño, ó que volvía de algun arrobamiento. En otra ocasion hizo un largo viaje con otro Religioso, y puesto en el camino habló de Dios con tanto fervor y espíritu, que parecía andar sin que los pies tocasen en la tierra, y esto con tanta prisa, que el compañero con dificultad podía seguirle. Aun en el comer y en otras acciones se dejaba ver tan absorto en el espíritu, que parecía no acertaba en lo que debía hacer. Tanta es la eficacia de la oracion cuando llega á aquel sublime grado, en que el alma queda íntimamente unida con Dios. Era este Varon santo devotísimo de la Vírgen María nuestra Señora y de su benditísimo Hijo Jesus, en cuyos soberanos objetos hallaba todo su consuelo y todas sus delicias, y mediante sus gracias llegaba á concebir aquellos incendios de amor Divino que tanto le trasportaban, y de los cuales hablaba en sus conversaciones con tanto fervor, que inflamaba á los que le escuchaban.

Mas no le faltó alguna prueba y trabajo entre tantas delicias y consuelos, porque el demonio, enemigo declarado de los Siervos de Dios, no dejó de acometerle con alguna tentacion, ó para atemorizarle, ó para perderle; pero el espíritu de este Varon fervoroso supo muy bien vencer todas sus astucias y engaños, segun lo demuestra el caso siguiente. Hallóse una vez acometido de cierta tentacion, y conociendo la perversidad del enemigo, se fué á la iglesia, donde se quitó el hábito y dejándole á una parte, se disciplinó con grande rigor, y animado de un espíritu invencible desafiaba á los demonios del infierno, como quien nada temía de su poder ni de sus engaños. Favorecido pues el Siervo de Dios con tantos beneficios por medio de la oracion santa, y conociendo la importancia de ella para adelantar en la perfeccion, nada deseaba tanto como que los Religiosos nunca dejasen tan santo ejercicio; de cuyos deseos nos dejó una demostracion muy particular morando en nuestro convento de Lérida. Fué elegido Discreto en este convento para concurrir junto con el Guardian al Capítulo provincial, que debía celebrarse en Gerona, y llegando la hora de partir, miéntras el P. Guardian iba á la puerta, el Varon santo se fué al refectorio en ocasion que la Comunidad estaba cenando, y arrodillándose delante los Religiosos, les hizo tres inclinaciones, y les dijo estas solas palabras: « Oracion, oracion, oracion »; y levantándose se partió con su compañero. Cuan admirados quedasen aquellos Religiosos de semejante demostracion, no lo sabemos, pero conocerían sin duda la importancia del consejo que les dejaba, sabiendo que el Religioso halla en la oracion todo cuanto ha menester para ser perfecto, y que sin ella nada puede hallar de bueno sino su perdicion.

A todas estas virtudes del Siervo de Dios añadiremos algunos milagros que el Señor se dignó obrar por su intercesion, los cuales refieren los originales de la Provincia como una prueba de su gran santidad. Uno de ellos sucedió en la ciudad de Lérida con una mujer llamada Francisca de Castro, la cual se hallaba tan gravemente enferma, que el médico no dudó decir que por la noche moriría ó perdería el juicio. Visitola el Varon santo en este trabajo, y procuró consolarla con palabras de paciencia y conformidad á la voluntad Divina, y tomándola por la mano, le comunicó un ánimo y vigor tan particular, que le parecía que la salud se le iba difundiendo por todo el cuerpo, y se halló sana en la misma noche. Otro milagro muy semejante sucedió siendo el Siervo de Dios Guardian del convento que entónces teníamos en la villa de Bañolas. Había en un pueblo llamado Puigpalter cierto labrador muy devoto de nuestra Orden, por nombre Martirian Tassis y Ferrer, el cual tenía un hijo muy malo de una ardiente calentura; y para consolarse en esta su afliccion se fué al dicho convento, y comunicó su pena al Varon santo y á otro Religioso de mucha virtud, llamado Fray Antonio de Baeza, los cuales le dijeron que lo encomendase á Dios, y que se volviese á su casa, que el hijo estaría bueno. Cumpliose tan puntual esta promesa de los

dos santos Varones, que acompañando ellos mismos al afligido padre hasta su casa, al llegar á ella les vino á recibir y abrazar el hijo sano y bueno. En otra ocasion el mismo bienhechor prestó un par de bueyes para conducir un madero muy grande al dicho convento de Bañolas, y al llegar á cierta subida peligrosa, resbaló el carro con el madero, cayendo encima de los buyes con tal opresion, que uno de ellos parecía estar ya muerto. Se hallaron presentes á este desgraciado suceso nuestro P. Lorenzo y el mencionado Fray Antonio, los cuales llenos de fe y de confianza dijeron á los afligidos conductores que se arrodillasen y dijesen el Ave María; cuya breve oracion fué tan poderosa, que siendo necesarios cuarenta hombres para levantar el carro, el madero y los bueyes, con sólo la ayuda de cuatro se levantaron los brutos sanos y sin lesion alguna, y prosiguieron el camino con mucha ligereza conduciendo el madero, quedando todos no ménos consolados que admirados de tan señalado prodigio. Fué tambien beneficio prodigioso el que recibió Gualdarique Montagut, labrador de la villa de Ceret. Pidiole una vez nuestro P. Lorenzo alguna porcion de vino para el servicio de las Misas, y aunque el bienhechor se excusó al principio, ya por tener poco de aquella cualidad, ya por haberlo menester para sus necesidades, no obstante movido de las buenas palabras que le dijo el Siervo de Dios, bajaron los dos al sótano, donde el Varon santo bendijo la tinaja, y despues el bienhechor le llenó el frasco que llevaba, no solamente esta vez sino tambien otra que volvió para lo mismo. No tardó en recibir el premio de su limosna, y de experimentar la virtud de la bendicion que dió el Siervo de Dios, porque aquella tinaja, que la segunda vez daba el vino con tanta escasez que fué preciso levantarla, despues lo dió con tanta abundancia, que el bienhechor quedó no ménos admirado que confundido, siendo lo más singular que continuó en dar vino por el tiempo de cinco meses, no sólo para las necesidades del dueño, sino tambien para favorecer al Varon santo, que fué muchas veces á pedirlo; por lo cual en adelante fué llamada la tinaja del milagro.

Quedando pues ilustrada la vida de este Varon insigne con tales prodigios, y resplandeciendo sus virtudes con tantas luces, llegó al fin de sus dias y al término de sus años en nuestro convento de Monte-Calvario. Mas así como la luz cuando llega á su fin despide de sí nuevos rayos de resplandor, asimismo este santo Religioso dió en su última enfermedad nuevos ejemplos de virtud y de perfeccion, que acreditaron la santidad con que salía de este mundo. El P. Antonio de Figueras, Predicador de la misma Provincia que se halló presente, hace bajo juramento una relacion muy individual de estos heróicos ejemplos de virtud con que el Siervo de Dios acabó su vida, cuya relacion ponemos aquí literalmente para mayor edificacion de los que esto leeran. « Murió finalmente, dice, el dicho « Padre Fray Lorenzo en Monte-Cal- « vario santamente, estándole yo sir- « viendo en la celda en su enfermedad. « Y habiéndole ya desahuciado los mé- « dicos, vino el P. Fray Juan de Barce- « lona, Guardian que entónces era de « aquel convento, y le dijo: P. Fray Lo- « renzo, bien puede alegrarse en el Se- « ñor, y decir con David: *Laetatus sum* « *in his quae dicta sunt mihi, in do-* « *mum Domini ibimus.* De aquí tomó « el P. Fray Lorenzo el punto haciendo « castañetas con los dedos, y con una « alegría y gozo tan particular dijo tan- « tas cosas de Dios y de su gloria, « estimando y agradeciendo mucho la « merced que le hacía su Divina Majes- « tad en llamarle; que de consolacion « de ver lo que tenía Dios depositado « en él, reventando en lágrimas, me hu- « be de salir de la celda (aunque hice « lo que pude por no salir por ver en « que pararía) y me duró grande rato « sin poderme contener, porque me « parecía era todo aquello prendas y « arras de la gloria y felicidad eterna « en el dicho Padre. Despues que volví « á su celda, me pidió le diese una lá- « mina que tenía junto á sí, en que « estaba la Vírgen con el Niño Jesus, « y tomada en sus manos, los coloquios « que tuvo con ella y con el Niño no « se pueden decir. Pero cuando vi que « entre tantos actos de amor y con- « tricion, mezclaba muchos de profun- « dísima humildad, diciendo era muy « grande pecador, ingrato, y otros se-

« mejantes, con particular mocion que
« tuve le quise probar á ver como sen-
« tía aquello que decía, y le dije: Pa-
« dre Fray Lorenzo, consuélese mucho,
« y dé muchas gracias á Dios nuestro
« Señor por la merced que le ha he-
« chó en cuarenta y cinco ó más años
« de Religion de una continuada pe-
« nitencia y servicio de Dios: bien pue-
« de dejar ese nombre de pecador, y
« le tiene aparejadas muchas coronas
« de gloria, que eso y más se puede es-
« perar de su infinita bondad. — Oyén-
« dome estas palabras, con una seve-
« ridad muy grande me reprendió,
« diciendo: No me diga eso, que ya
« veo cuan bueno es Dios, pero yo soy
« un vilísimo é ingrato pecador, — y
« otras cosas semejantes, en que e-
« ché de ver cuan arraigado tenía en
« su corazon ese conocimiento de pe-
« cador, y así si lo decía de boca, más
« lo decía de corazon: y era esto el
« mismo dia que murió. Ese mismo
« dia á las ocho de la tarde ó nueve,
« estando ya rendido el cuerpo, tanto
« que ya no podia sustentar la imá-
« gen de la Vírgen y Niño en las ma-
« nos, me dijo muchísimas veces, mo-
« vido de ver que tanto tiempo le ha-
« bía asistido, que me fuese á descan-
« sar. Y despues de haberse reconci-
« liado, que lo hacía muy á menudo,
« me dijo otra vez si le quería con-
« solar, me fuese, que presto moriria.
« Y así me fuí, y al cabo de tres ho-
« ras, segun me dijeron, murió en el
« Señor con un sosiego y quietud como
« le dejé y me habia dicho; y tengo
« por muy cierto se fué luego á gozar
« de Dios, y recibir el premio de lo
« mucho que había trabajado. » Todo esto dice el mencionado P. Antonio de Figueras como testigo de vista. A lo cual nada tenemos que añadir, sino suplicar á Dios nuestro Señor que se digne comunicarnos parte del fervor y espíritu de este su Siervo, para que ya que vivimos en la misma profesion y en los mismos conventos, aprovechemos tambien en la virtud de modo, que vivamos despues junto con él eternamente en el cielo. Verificose la muerte de este insigne Religioso en nuestro convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, el año 1615. (1).

(1) Véase Marcelino de Pisa, an. 1615: *Leggendario Cap.* tom. VI, pág. 97, etc.

P. Andres de Seva.

El Padre Andres fué natural de Seva, que es un pueblo no muy distante de la ciudad de Vich. Sus padres fueron labradores, y tuvieron por apellido Sala. Habiendo llegado á los años en que la razon tiene bastantes luces para conocer mejor el bien y el mal, dejó el mundo y entró á nuestra Orden, vistiendo el santo hábito en el convento de Gerona el año 1589. Alistado ya á la milicia seráfica, y contado entre los hijos de nuestro P. S. Francisco, trabajó siempre con incansable solicitud para hacerse digno de los agrados y bendiciones de tal Padre. La vida austera y penitente de nuestro Instituto, observada con tanto fervor en aquellos primitivos tiempos, fué la carrera gloriosa que le condujo á un grado muy alto de virtud y de perfeccion, por lo cual mereció con el tiempo ocupar los empleos de Guardian, Definidor, y Maestro de novicios en los conventos de Figueras y de Santa Eulalia. No estaba él animado de un espíritu remiso ó negligente, que sirve de poco ó de nada en la Religion, sino de un espíritu fervoroso, diligente y solícito no sólo de su aprovechamiento sino tambien del de los otros. Asistía con mucha puntualidad á los ejercicios espirituales, y aun á los manuales no dejaba de concurrir, explicando á veces en las juntas de los Religiosos algun caso de conciencia, á fin de evitar convérsaciones ménos útiles. Hallose un Viérnes Santo bastante enfermo con calentura, y para dar buen ejemplo no quiso comer otra cosa que pan y agua como los demas. Cuando fué Maestro de novicios en el convento de Santa Eulalia, le dijeron alguna cosa de las que practicaba el P. Juan de Barcelona, que había sido su inmediato antecesor en aquel oficio, y él lleno de humildad respondió que no quería variar cosa alguna de las que había enseñado aquel Padre, pues se tendría por dichoso con poseer la menor de sus virtudes.

Con estos y otros buenos ejemplos se disponía el Varon sánto para la oracion, á fin de recibir en ella luces y ardores celestiales que le inflamasen y dirigiesen en los caminos de la

perfeccion, como en efecto fueron no pocos los que mereció recibir. Fué observado diferentes veces que estando en la oracion gozaba de tanta quietud y sosiego, que ni respirar se oía, permaneciendo siempre inmóvil como un mármol. Si hablaba de Dios, era muy altamente, como muy práctico en esta materia. Si trataba de oracion, explicaba los puntos místicos con tanta perfeccion, que satisfacía á cuantos le escuchaban. Pero en lo que más se distinguió y mostró estar adornado de luces celestiales, fué en la educacion y gobierno de los novicios. Les daba tales doctrinas, y les hacía observar tal conducta de vida, que pasando por la Provincia el P. General Castelferretti, y llevando por Consultor al P. Provincial de Bolonia, este no dudó escribir y llevarse aquella práctica y enseñanza como objeto de mucha utilidad. Mas aunque este Padre Consultor se llevó las reglas y documentos de que se valía nuestro P. Andres en el gobierno exterior de los jóvenes, no pudo llevarse las luces sobrenaturales, con que su espíritu era ilustrado en aquel su régimen y direccion. Fueron estas luces tan particulares y tan notorias á los mismos novicios, que les obligaba á ir muy cuidadosos aun en los pensamientos, para que el Maestro no les hallase reprensibles. Así lo confesaron dos de ellos siendo ya Sacerdotes, cuyas declaraciones juradas pondremos á la letra para mayor crédito del Siervo de Dios.

El uno, llamado P. Ignacio de Tarragona, dice así: « Conocí y traté « al P. Fray Andres de Ceva Sacer« dote, el cual era Religioso muy e« jemplar y edificativo, y hablaba al« tamente de Dios nuestro Señor. Era « de muy claro y agudo ingenio, y « de tanto espíritu, que me sucedió « muchas veces, siendo yo novicio y « él Maestro de novicios y Guardian « de Santa Eulalia, hallarme por el « dormitorio y decirme lo que yo pen« saba y quería hacer. Y yo visto « esto, procuraba siempre no encubrirle « cosa, pensando que tambien lo sa« bía. » El otro Religioso, llamado P. Andres tambien de Tarragona, se explica en el modo siguiente: « Co« nocí al P. Fray Andres de Ceva « Sacerdote, con el cual estuve súb« dito y novicio en el convento de « Santa Eulalia, y digo que era Re« ligioso de vida muy ejemplar, y de « tanta perfeccion y espíritu, que yo « iba con cuidado y recelo de que me « había de adivinar los pensamientos, « y por esta causa procuraba yo ir « en la presencia de Dios, porque no « me viese y reprendiese algun des« cuido en los pensamientos. Y un « dia me llamó á la cueva de nues« tra Señora que está en el claustro, « y me dijo que yo iba con cuidado « de que él me conocería los pensa« mientos, y que procediese con sa« tisfaccion y dejase aquella quimera. « Y como yo sabía que no había co« municado con nadie aquello que yo « pensaba, me confirmé en lo mismo, « de que tenía espíritu de Dios para « conocer los pensamientos ocultos de « los novicios. »

De este modo explican estos dos Religiosos el don celestial de conocer los pensamientos ocultos, con que era ilustrado este Siervo de Dios; de donde podemos inferir cuanta sería la perfeccion de su vida, y cuantas las virtudes que adornaban su alma, supuesto que semejantes dones sobrenaturales no suele Dios concederlos sino á sus muy amigos y familiares. Y así aunque no podemos dar mayor individuacion de la santidad con que vivió en la Religion, no dudamos creer que fué muy aventajado en toda virtud, y que cuando llegó el tiempo de salir de este mundo, halló una muerte tan feliz, que le trasladó de la tierra al cielo, segun la piedad cristiana nos persuade. Falleció el Varon santo en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1615, siendo actualmente Guardian de Santa Eulalia y Definidor de la Provincia. Despues de algunos años de sepultado fué hallado su cuerpo todo entero, en pia creencia de la felicidad que goza su alma en la patria de los Bienaventurados.

P. Jerónimo de Segorbe.

La vida de este Padre fué muy semejante á la del antecedente, no sólo en la virtud, sino tambien en los oficios de Guardian y Maestro de novicios, que desempeñó en los

conventos de Gerona y de Santa Eulalia. Su patria fué la ciudad de Segorbe en el Reino de Valencia, y su entrada á la Religion se verificó el año 1581 en nuestro convento de Valls, donde vestido con el hábito capuchino, empezó á ejercitar como discípulo las virtudes que despues enseñó como Maestro. Estaba la Provincia en los primeros años de su fundacion, y en los primeros fervores de la observancia tan rígida y estrecha que dijimos, con cuyo rigor y austeridad se adelantó tanto en la perfeccion, que fué tenido por uno de los Religiosos virtuosos y perfectos de aquel tiempo. Era muy ejemplar, como igualmente puntual en los ejercicios de la Religion, y juntamente de una modestia singular, cuyas virtudes recibían nuevo esplendor con aquella gracia particular que tenía de hablar de Dios y de materias espirituales. Los Prelados que conocían muy bien estas y otras virtudes del Siervo de Dios no dudaron confiarle el cargo de Maestro de novicios. cuyo empleo desempeñó con tanta satisfaccion, como lo demuestra el libro que escribió y dió á la imprenta con el título de *Navegacion segura para el cielo.* En este libro trata de todas las virtudes en que deben y pueden ejercitarse no sólo los novicios, sino tambien cualquier Religioso hasta llegar á una perfeccion consumada; y esto con tanta claridad, devocion, y espíritu, que bien se conoce cuan aprovechado estaba en las mismas virtudes que enseñaba. Y para que esto se entienda mejor, pondremos aquí el principio del prólogo del dicho libro, donde el Siervo de Dios se explica en el modo siguiente:

« Muchos dias ha que el benignísi« mo Señor usó de misericordia con« migo, traéndome á esta sagrada Re« ligion de los Frailes menores Capu« chinos de nuestro seráfico Padre San « Francisco. En la cual habiéndome « mandado la santa obediencia me o« cupase algunos años en la educacion « y cargo de novicios: negocio tan « arduo y de tanta importancia, que « es el fundamento sobre que estriba « el bien y aumento de las Religiones, « y á quien, de más de otras obliga« ciones, incumbe facilitar el camino « de la vida espiritual con generales « y particulares razonamientos; de« seando yo satisfacer lo mejor que « pudiese con este oficio y obligacion, « despues de largas experiencias, lec« cion de libros, comunicacion con « personas doctas, espirituales y muy « experimentadas, colegí algunos avi« sos y documentos para con facilidad, « espíritu, y aprovechamiento hacer « todos aquellos ejercicios espirituales, « en que se deben ejercitar los que de « nuevo vienen del siglo á la Religion, « para que desnudándose de todos los « impedimentos, fuesen creciendo cada « dia en la virtud hasta ser perfectos. » Así se explica el Siervo de Dios. A lo cual añadiremos el elogio muy singular que hace de la dicha obra y de su Autor el Reverendo Padre Miguel Gasch, Padre de Provincia de la Orden de la Santísima Trinidad, quien en la aprobacion que dió dice lo siguiente: « Con la atencion, cuidado, y diligencia « á mí posible he leido este libro, inti« tulado *Navegacion segura para el « cielo*, compuesto por el P. Fray Je« rónimo de Segorbe, Religioso capu« chino, y digo que es uno de los más « espirituales y provechosos empleos « de cuantos han llegado á mis ma« nos. Y aunque es verdad que su « doctrina principalmente va dirigida « á enseñar á Religiosos como deben « serlo con toda perfeccion y segun « requiere su estado, léanle tambien « clérigos y seglares, y procuren lle« varle muy entre manos, y veran « cuan copioso espíritu ha comunicado « el Señor á su Autor. » Esto dice el sobredicho Padre de Provincia. Tambien fué voz pública entónces que habiendo visto el dicho libro la Reina Doña Margarita de Austria, quedó tan prendada de él, que dijo deseaba conocer al Religioso que lo había compuesto. Todo lo cual nos manifiesta la mucha virtud y fervoroso espíritu de que estaba adornado este Siervo de Dios.

En confirmacion de esto mismo añadiremos otra prueba no inferior, cual fué el haber sido el Varon santo elegido para llevar á Valencia la rígida observancia de nuestro Instituto, cuando nuestra Orden se extendió en aquel Reino. Dejamos dicho en la vida del P. Juan de Alarcon como siendo Provincial, procuró y consiguió que nuestro Instituto capuchino fuese admitido

en el Reino de Valencia, para cuya Fundacion se eligieron aquellos Religiosos que se juzgaron más á propósito á los fines santos que se deseaban. Uno de estos fué nuestro P. Jerónimo, el cual habiendo ya ejercitado los oficios de Guardian y Maestro de novicios en Cataluña, pasó á aquella nueva Provincia, donde trabajó con el mismo espíritu y fervor. Aquí dió á luz el apreciable libro de que hablamos arriba, deseoso sin duda de cooperar á la perfeccion de aquel nuevo espiritual edificio, no sólo con sus virtuosos ejemplos, sino tambien con sus fervorosos y santos escritos: y habiendo así trabajado por espacio de muchos años, volvió á la Provincia de Cataluña, donde dió glorioso fin á su mortal carrera en nuestro convento de Lérida. Había ya el Siervo de Dios morado en este convento cuando se edificaba, y entónces había manifestado estar ilustrado con el espíritu de profecía; pues hablando con cierta Señora llamada Ana Pastor, dijo que uno de tres hijos que tenía sería Religioso de nuestra Orden, como lo fué, llamándose P. Estéban de Lérida. Este mismo espíritu profético manifestó tambien poco ántes de morir, cuando se le quería administrar el santo sacramento de la Extrema-Uncion, en cuyo tiempo dijo el Varon santo que no tenían que apresurarse, porque su muerte no se verificaría hasta pasados tres dias, como así se cumplió. Fué su última enfermedad una recia calentura en tiempo de grandes calores, la cual sufrió con admirable resignacion y paciencia, animándose á sí mismo con los bienes y delicias que se hallan en el cielo; con cuyas buenas disposiciones, acompañadas con la perfeccion de su vida, pasó de este mundo á la gloria de los Bienaventurados, segun piamente creemos. Fué su fallecimiento en el dicho convento de Lérida el año de 1615. (1).

(1) Véase Segism. de Venezia, *Biogr seraf.* p. 538: *Biografia ecclesiastica*; etc. — «Hieronymus a Segorbia. Valentinae Provinciae filius. In mystica Theologia eruditus Magister fuit, proinde curae Novitiorum praefectus: quos verbo et exemplo ita instruxit, ut suam Provinciam viris foecundarit perfectis. Scripsit patrio idiomate valde utile opusculum hoc titulo: *Navigatio tuta in Coelum, in qua innuuntur et demonstrantur Portus et scopuli, syrtes et pericula coelestis itineris. — Epitome quoque adjungitur Doctrinae Christianae.* In-8. Valentiae 1611. apud Philip. Meis. — De illo meminit Waddingus, lib. de Scriptor. Ord. Minor.» (*Biblioth. Capucc.*).

P. Abdon de Arles.

Nació este Religioso en la villa de Arles del Condado de Rosellon, y vistió nuestro hábito capuchino el año 1599 en el convento de Figueras. La vida que llevó en la Religion fué muy virtuosa y edificativa, dejándose ver á los ojos de todos humilde, llano, modesto, y de un candor y pureza singular, siendo al mismo tiempo muy caritativo con los enfermos, procurándoles aquellos alivios que estaban en su posibilidad; con cuyas virtudes se merecía un aprecio particular no sólo de los Religiosos, sino tambien de los seglares. Pero miéntras de este modo se hacía agradable entre los hombres, conseguía mayores agrados delante de Dios por medio de su oracion y ejercicios espirituales, segun nos lo demuestra el caso siguiente. Había en la ciudad de Perpiñan cierta señora, llamada Alonsa Pastor, muy afligida por no tener hijos varones, cuya afliccion comunicó al Siervo de Dios, quien le respondió que lo encomendaría al Señor con Misas y devociones particulares, y que podía consolarse, pues no le faltaría hijo varon. Fueron tan eficaces estas oraciones del Varon santo, y su promesa fué tan verdadera, que aquella señora al cabo de nueve meses parió un hijo con aquel consuelo que se deja pensar. Ni fué menor la eficacia de sus ruegos y oraciones para conseguir del Señor otro beneficio, dirigido y deseado para bien y provecho de sí mismo. Había el Siervo de Dios ejercitado el oficio de Secretario, siendo Provincial el P. Miguel de Figueras, y celebrándose despues Capítulo, fué elegido Guardian de nuestro convento de Ceret en el Rosellon; cuya eleccion le fué tan sensible, que al oirse nombrar Guardian pidió á los Padres con mucha instancia y lágrimas que se dignasen exonerarle de aquel cargo: y para obligarles más, procuró excusar el hacer la profesion de fe, que entónces hacían juntos el Provincial y los Guardianes. Mas nada le aprovecharon estas diligencias, porque los Padres le obligaron á concurrir al acto de la profesion de fe, y le ordenaron que aceptase el oficio que se le confiaba. Entónces el Varon humilde lleno de sentimiento

dijo: «Ya que VV. CC. no me quieren consolar, yo acudiré á otro en quien espero hallar el consuelo.» Y verdaderamente fué así, porque habiendo llegado á su convento de Ceret, luego cayó enfermo, y siendo llevado á la enfermería de nuestro convento de Perpiñan, dentro poco tiempo murió con edificacion de todos los Religiosos, los cuales no dudaron creer que Dios había condescendido á sus ruegos, y le había concedido el consuelo de no ser Guardian. De donde podemos piamente inferir que ya que el Señor se dignó sacarle de este mundo para librarle de la pesada carga de la prelacía, se dignó tambien concederle el descanso eterno entre sus escogidos. Fué su muerte el año 1615.

Fr. Dámaso de Manresa, Corista.

Fué su patria la ciudad de Manresa, y sus padres se llamaron Márcos é Isabel March, labradores de oficio, y cristianos de buen nombre y opinion. En su juventud estudió gramática, y llevó una vida tan cristiana, que era un ejemplar virtuoso entre sus conocidos, señalándose singularmente en la devocion á la Vírgen nuestra Señora, cuya santa Imágen iba frecuentemente á visitar, y ofrecerle sus oraciones en su capilla del Rosario. Mas como el hombre por más pio y devoto que sea, está siempre expuesto á las tentaciones, se halló este jóven acometido de una tan vehemente, que le colocó próximo á un lastimoso naufragio. Había el miserable concertado la iniquidad con cierta mujer, pero cuando quiso llevarla á efecto, mereció ser detenido por un medio tan extraordinario, que debemos atribuirlo á una particular gracia del Señor. Era el tiempo concertado cierta hora de la noche, y hallando la puerta cerrada, echó algunas piedrecitas á la ventana, la cual se abrió prontamente, y salió una forma de mujer, que sabido quien era y á lo que venía, le dijo estas palabras: «No tienes sino una alma ¿y esa quieres perder?», y repitiendo lo mismo algunas veces, le despidió. Fueron estas palabras tan poderosas para desengañar al miserable jóven, que se fué muy contrito de haber ofendido á Dios, y conociendo cuantos peligros de perderse se hallan en el mundo, determinó luego huir de él, y buscar el puerto seguro en nuestra Orden; como en efecto lo consiguió, vistiendo el santo hábito en nuestro convento de Santa Eulalia el año 1610 en la clase de Corista.

Habiendo pues sido llamado á la Religion por un medio tan poderoso de la Divina gracia, será fácil entender cuan fervoroso, cuan humilde, cuan mortificado y penitente sería ya desde el mismo noviciado. En efecto uno de los Religiosos, que moraba entónces en el mismo convento de Santa Eulalia, dice que este novicio se aventajaba á los otros, y se distinguía singularmente en la mortificacion, en el deseo de hacer penitencias, y en el fervor y espíritu con que hacía los ejercicios del noviciado; y que esta perfeccion era tan notoria á los Religiosos profesos, que cuando se juntaban para dar los votos segun costumbre, decían todos que en Fray Dámaso de Manresa nada había que reprender. sino mucho que alabar y que admirar. Con estos buenos principios y santas disposiciones llegó á la solemne profesion de los votos, con que se consagró víctima agradable á los Divinos ojos, y recibiendo nuevas gracias y bendiciones del cielo, prosiguió con nuevo espíritu y fervor el camino de la perfeccion, que tan loablemente había empezado. La humildad, principio y fundamento de todas las virtudes, fué una de las que más cultivó el Siervo de Dios. No había Religioso que le pidiese algun servicio, que no lo cumpliese prontamente, dejando cualquier otra ocupacion. Si el Religioso merecía alguna atencion y respeto, se le sujetaba con singular mansedumbre, posponiendo toda comodidad propia. Fué alguna vez de camino con otro Religioso de mayor edad, el cual recelando ocasionarle alguna molestia, le pedía su parecer sobre lo que debían hacer; mas el Varon humilde nunca se lo quiso dar, sino que se rendía á sus disposiciones con particular resignacion y alegría. En el convento despues de haber comido y compuesto los ornamentos de la sacristía, se iba á la cocina, y si faltaba agua, tomaba los cántaros, y la llevaba para beneficio del co-

cinero. Con la misma humildad y caridad servía á los enfermos, á favor de los cuales hacía cuanto podía con mucho agrado. Al fin era caritativo, manso, benigno para con todos, ménos para consigo mismo, amando y buscando para sí la mortificacion y penitencia singularmente en la comida, en la cual se mortificaba tanto, que era preciso que el Superior le prohibiese y moderase aquella mortificacion.

Pero lo que más que todo nos manifiesta la virtud, la perfeccion, y santidad de este Siervo de Dios, es un maravilloso arrobamiento que mereció gozar, morando en nuestro convento de Thuir en el Rosellon, del cual fué testigo de vista cierto Beneficiado de la dicha villa, y pasó en el modo siguiente. Hallose este eclesiástico precisado á recogerse y pasar la noche bajo el pórtico ó tejado que estaba delante nuestra iglesia, y oyendo poco despues de las once cierto ruido dentro la iglesia, quiso observar lo que era, y mirando por algun agujero, vió á nuestro Fray Dámaso, que despues de componer algunas cosas se puso en pié delante el altar mayor con los brazos extendidos en forma de cruz, y que á breve rato se levantó en el aire, y al parecer llegaba casi á lo más alto del altar, despidiendo de sí tanta luz, que hacía resplandecer la iglesia: de cuya agradable vista quedó el dicho Beneficiado muy contento, segun él mismo confesó despues. Este arrobamiento tan maravilloso nos hace creer que en otros tiempos y ocasiones gozaría de semejantes favores del cielo, aunque él por su mucha humildad los tendría ocultos. Mas como este que hemos referido se hubiese divulgado, pidió el Varon humilde ser removido de aquel convento, como en efecto fué mudado al de Ceret; y al fin fué destinado al convento de Manresa su patria, donde selló el período de su vida con la preciosa muerte de los justos, entrando, segun piamente creemos, en el gozo de su Señor en compañía de los Bienaventurados. Verificose su fallecimiento el año 1615. (1).

(1) Véase Marcelino de Pisa an. 1615.

P. Nicolas de Vinzá.

Fervoroso y ejemplar Capuchino fué tambien el P. Nicolas de Vinzá, cuya entrada á nuestra Orden se verificó el año 1587, en el convento que entónces teníamos en Ceret, villa del Rosellon. Su virtud resplandeció singularmente en la paciencia, mostrándose constante y sin pesadumbre alguna en ocasiones grandes que tuvo que padecer, á cuyo fin solía decir que cuando moriremos no nos llevaremos sino lo que hubiéremos sufrido por amor de Dios. Fué muy devoto del dulcísimo Nombre de Jesus, del cual hablaba con grande fervor; y parece que el Divino Infante quiso pagarle esta su devocion con un señalado favor: pues hallándose en el coro una noche de Navidad, se levantó muy fervoroso, y con el rostro todo inflamado iba corriendo por el convento, y como quien veía ó hablaba con el Niño Jesus, iba diciendo: «¡ Todo es mio, todo es mio! » De cuya extraordinaria y devota demostracion podemos conocer cuanta sería la pureza de su corazon y la perfeccion de su vida. Y siendo esta una santa preparacion para la muerte, creemos piamente que la logró feliz cuando el Señor se dignó sacarle de este mundo, que fué el año 1615, en nuestro convento primitivo de Gerona, llamado de las Ermitas.

Fr. Eustaquio de Francia, Lego.

Juntamos con los sobredichos Padres un Hermano lego muy virtuoso y perfecto, de cuya patria nada hallamos escrito, sino sólo que fué natural de Francia. Vistió nuestro hábito capuchino el año 1587 en el convento de Gerona con el nombre de Fray Eustaquio Su vida en la Religion fué un dechado de paciencia, de mansedumbre, de caridad, y de otras virtudes con que edificó no poco á los demas Religiosos. Para afligir su cuerpo usaba de ciertas disciplinas tan rigurosas, que solamente su espíritu ú otro semejante las pudiera sufrir, segun afirmó otro Religioso. Por otra part era tan compasivo para con los, pobres, que hacía cuanto podía á fin de procurar-

les algun alivio y socorro. Y conociendo que ninguna virtud es perfecta sin la oracion, permanecía ordinariamente en la iglesia hasta la media noche, ocupado en este ejercicio, sacando por fruto el comulgar casi todos los dias, que sería el mayor consuelo de su alma. Entre estas virtudes nos dejó un ejemplo muy singular de paciencia. Morando el Siervo de Dios en nuestro convento de Perpiñan, le levantaron una calumnia tan grave en órden al bien público, que el Provincial se vió precisado á removerlo de aquel convento; y aunque todo era una falsedad, originada de envidia, no obstante el Varon paciente lo recibió con tanta paz y tranquilidad, que ni se quejó con palabras, ni demostró resentimiento alguno. Con esta perfeccion de vida creemos piamente que llegó á la eterna felicidad despues de su muerte, que se verificó el año 1615 en nuestro convento de Monte-Calvario, donde despues de dos años y medio fué hallado su cuerpo tan entero como el dia que le sepultaron. (1)

Fr. Gil de Leon, Lego.

FRAY Gil de Leon fué un lego que envió al Cielo este año nuestra Provincia de Castilla, en cuyos originales hallo cortas noticias de él, aunque fué de los que más la edificaron en corto tiempo con lo fervoroso de sus virtudes Dispusose á la profesion de nuestro Instituto Seráfico, con tanta reverencia y veneracion al hábito que vestimos los Capuchinos, que aunque le llamaba Dios á él con interior y vehemente impulso, no se atrevió en mucho tiempo á pedirle, templando el fervor de su vocacion con seguir todo el dia á los limosneros; pero vencida al cabo esta cortedad tan humilde, propuso á los Prelados sus antiguos deseos, y fué admitido á la Religion: beneficio á que correspondió con el ejercicio de todas las virtudes, ántes y despues de su profesion. A la oracion en particular se dedicó de suerte que faltó á la templanza y moderacion, á que le hizo desatender el consuelo que en ella percibía: con que gastada la naturaleza, incurrió en una ardiente calentura, que dejándole con la continuacion tísico confirmado, le acabó la vida, despues de tres años de Religion; pero tan bien logrados, que dejó en ellos mucho que imitar y mucho que envidiar en su santa y dichosa muerte, que fué en nuestro Convento de Toledo, entónces llamado del Angel (1).

P. Francisco de Sevilla.

NACIÓ el P. Francisco en Sevilla, ciudad insigne entre todas las de Europa. Fué de la noble familia de los Velascos, bien conocida en aquella Ciudad. Lo virtuoso de sus primeros años no ha llegado á nuestra noticia por la distancia de los lugares y ser cuando tomó nuestro hábito de edad de más de cuarenta años; pero tenemos por cierto fueron parecidos á los medios y últimos de su loable y santa vida. Dotole el Señor de las mejores prendas: fué de natural apacible é inclinado á todo lo bueno; fué de lindo y claro ingenio, con tanta capacidad que con facilidad aprendía los primores de cualquier arte; fué músico excelente y de muy sonora y suave voz, grande poeta y muy diestro pintor, con otras muchas prendas de la naturaleza y del arte: pero sobre

(1) Creemos útil mencionar aquí otro Religioso, Sacerdote, cuyo nombre ignoramos, y de quien sólo tenemos noticia por los singulares favores que mereció recibir del Señor. Moraba este buen Sacerdote en nuestro convento de Lérida, y ejercitaba el oficio de sacristan, y estando un mediodía en la Iglesia, se cree que le apareció el Divino Jesus, con quien hablaba en el modo siguiente: « Buen Jesus, estad quedo: todo me lo mudais: Vos me lo echareis por tierra; á Vos os lo dejo, Vos mismo, vuestro es: No lo quereis Vos así, yo tambien; yo estoy contento. » Oyó este amoroso razonamiento cierto seglar, llamado Francisco Gimbert, que estaba en el coro haciendo oracion, y deseoso de saber quien hablaba de aquel modo, salió al presbiterio y halló al dicho Religioso sólo, y mirando al altar vió que los vasos de las flores estaban en efecto desordenados y desconcertados, de donde sospechó la aparicion del buen Jesus. Habiendo despues comunicado el caso con otro Religioso del mismo convento, y volviendo los dos á la iglesia, hallaron el Varon santo dentro un pequeño oratorio que había en la parte derecha del altar mayor, y vieron que estaba como arrodillado y con las manos juntas, pero tan arrobado y en un éxtasis tan fervoroso, que su cuerpo estaba levantado como tres palmos de la tierra. Estas son las únicas noticias que hallamos de la santidad de este Religioso incógnito, noticias bastantes para suponerlo de una encumbrada virtud. Los Originales de la Provincia ponen todo esto en el año 1614, poco más ó ménos.

(1) Crónicas *P. 4, lib. 3, pág. 191.*

todas campearon en él las de la gracia, como piedras preciosas sobre encajes de fino oro.

Sacó Dios de la selva del mundo esta hermosa flor para que no se marchitase, y trasplantola al vergel ameno de la Religion sagrada de Nuestra Señora de la Merced, para que fuese creciendo con el celestial riego de su enseñanza y doctrina y se criase á los pechos de la dulce leche de la devocion á su Santísima Madre, á quien amó toda su vida con cordial afecto de hijo.

Mostró en pocos dias notable inclinacion á las cosas del servicio de Dios y afecto grande á la observancia rigurosa de las leyes de aquella Religion, tanto que le miraban en ella no como planta pequeña sino como árbol crecido cargado de todo linaje de frutos de ejemplares virtudes. En todas descollaba sobre sus compañeros, y lo confirma el abono de todos los Padres de su Orden de la Provincia de Andalucia donde tomó su hábito; todos los que fueron testigos de su virtud afirman que fué grande siempre la suya, y que ya siendo Mercenario fué grande Religioso, y es prueba real de esta verdad la eleccion que de él hacían sus Superiores para lo más honroso de su Religion y para los mayores aumentos de ella.

Profesó su Regla, y con esperanzas ciertas de que había de ser talento lucido que honrase su Orden le hicieron estudiar letras humanas y divinas. Aprovechó mucho en los estudios de la Sagrada Teología y sagradas letras, sin dejar jamas de vista los de las virtudes religiosas: por unos y por otras ganó en su Religion nombre de grande Teólogo y de insigne Religioso. En los primeros años de su Predicacion descubrió el talento grande que Dios le había dado de púlpito; era oido y aplaudido de todos, juzgándole digno de los mejores y de los de la Corte del Rey. Fué enviado á Madrid, donde predicó con tanto aplauso de la Corte, que ganó con sus sermones el título de *Aguila de los Predicadores*, y no le daban otro nombre sino el del *Aguila* en el púlpito por el vuelo alto que tomaba en sus asuntos, agudeza de ingenio y grande erudicion, siendo reputado por uno de los mejores predicadores de su tiempo.

En medio de estos aplausos sentía en su alma le tiraba Dios á la soledad; hallábase mal su espíritu con los honores y estruendo de la Corte; poníale Dios acibar en los gustos que apetece más la naturaleza, porque le quería dar á probar los puros de su gracia. Resolvió dejar la Corte y volver al retiro de su celda en su Provincia de Andalucia, sí bien jamas dejó el ejercicio de la predicacion experimentando tanto mayor fruto cuanto su trato con Dios era mayor en la oracion. Con haber sido siempre su vida muy religiosa, aquí fué su cuidado mayor; y para que lo fuera más perfecta, diose todo al ejercicio de la oracion interior y al de las virtudes, y á la observancia de los Estatutos de su Orden con tanto rigor como si fueran preceptos de Regla, y por la de uno solo se puede sacar la de los demas. Tiene uno aquella Sagrada Religion de que sus Religiosos duerman calzados, para que aun durmiendo esten aparejados para si los llamaren á predicar el Santo Evangelio. Con no obligar este ni los demas Estatutos á culpa su quebrantamiento, le guardó con tanto rigor que durmió calzado diez y siete años: de donde con verdad se puede colegir cuan observante sería de los demas, el que lo fué de este por tanto tiempo. No se miraba en él sino una perfecta norma de toda Religion, un ejemplo de virtudes, y un dechado de quien se podían copiar las más perfectas.

Recibió en este tiempo de su General patente para que fuese á las Indias á predicar el santo Evangelio á los infieles, juzgándole de espíritu ferviente, idóneo para tan dificultosa y gloriosa empresa. Recibiola con gozo indecible de su alma por ver era esta la voluntad de Dios, pues sin haber hecho para ello la menor diligencia le empleaba en ocupacion tan de su gusto y en que se le ofrecía ocasion de derramar por amor suyo su sangre y dar su vida por la confesion de su fé. Estaba más alegre que el sol, teniendo por cierta esta dichosa suerte; pero cuanto él estaba alegre, estaban tristes los Padres de su Provincia, por ver perdían tan lúcido sugeto de quien esperaban aumentos de su Orden, y por ver privaban á aquella Provincia

de ejemplar de tan conocidas virtudes. Con este dolor los Padres graves de ella le hicieron vivas instancias para que suplicase al Prelado le eximiese de aquella obediencia. Ni la autoridad de las personas que se lo rogaron, ni todas sus razones fueron poderosas para que dejara de obedecer, respondiendo á todos que aquella era la voluntad manifiesta de Dios, que estando él descuidado de esto él se lo había inspirado á su Prelado, que quedaría con escrúpulo toda la vida si dejaba de ejecutarla. Previnose para el viaje; estaba ya señalado el dia de la embarcacion, y recibió contraria patente de su mismo Prelado sacada á instancia de los mismos Padres de su Provincia que procuraron no se les fuera, y si con igual semblante recibió una y otra patente por ver en ambas expresa la voluntad de Dios, su encendida caridad quedó sentida viendo se le quitaba de las manos tan gloriosa ocasion de dar su vida por él. Estaban alegres ellos estando triste él; ellos porque no iba á las Indias, él porque se quedaba en España no logrando sus deseos.

Si bien estos no tuvieron su efecto, tuviéronlo los que siempre tuvo de mayor perfeccion. Había en aquella Provincia de Andalucia Padres de su Orden de mucho espíritu y de mucha virtud que deseaban profesar más rigor que en comun profesa la suya, de más pobreza y de mayor retiro. Comunicáronse y acordaron todos juntos de pedir á los Prelados uno de sus Conventos en que viviesen retirados. Eran los que pidieron los más graves y los de virtud más conocida y ejemplar y de mayor opinion, y visto su buen celo y su mucha prudencia se los concedió para su retiro el Convento de Casorla por ser para el intento el más á propósito. Trataron del Prelado ó Comendador de él, y por ser la santidad y prudencia del P. Francisco más conocidas, le eligieron á él. Comenzose la obra con el celo, prudencia y ejemplo del P. Francisco, con tanto espíritu y fervor que no parecía aquel Convento sino de Anacoretas en el mucho retiro, en la penitencia, mortificacion y oracion; parecían más Angeles que hombres. Por este respecto padeció el P. Francisco de parte de algunos de otros conventos muchos trabajos, teniéndole por autor de novedades y que las quería introducir en la Orden; y levantose contra él una borrasca tan grande que para vivir con más quietud de su espíritu procuró dejar Andalucia y retirarse al reino de Valencia.

Llegó al primer Convento de ella que es el de la Ciudad de Orihuela, donde predicó como un Apóstol con mucho aplauso de todos y provecho grande de las almas. Ibase tras él toda la Ciudad donde quiera que sabían que predicaba por oir su doctrina tan provechosa: y movidos los Padres de esta Provincia de la fama de su predicacion, procuraron traerle á la Ciudad de Valencia donde con mayor provecho podría coger más copioso fruto de la suya. Salioles acertado el juicio, porque conocieron presto los admirables prendas del Predicador, viendo eran mayores que su fama, admirando igualmente su mucha virtud y el espíritu grande de púlpito de que Dios le había dotado. Experimentábase cada dia más copioso fruto de su predicacion en las almas; ganó en pocos dias nombre de Religioso santo y de Predicador Apostólico; oíanle en la Ciudad como á Apostol que les había enviado Dios; eran los concursos grandes á sus sermones y grande el gozo del P. Francisco, quien admirando la piedad grande de la region valenciana, daba muchas gracias á Dios de haber hallado almas que tanto mostraban aprovecharse de su doctrina: los valencianos deseaban oir la suya, y él mucho más el predicársela por el mucho fruto que cada dia experimentaba.

Suave y eficazmente dispone Dios todas sus obras. Había en su eternidad determinado llamar al P. Francisco á la Seráfica Religion de los Menores Capuchinos, y con su divina sabiduría iba suavemente disponiendo esta obra para que á su tiempo, sin violencia ninguna, tuviese efecto eficaz. Dábale el Señor impulsos á que amase más la soledad y vida retirada y contemplativa; movíale á que procurase profesar vida más austera y penitente: ejecutábalo él, y cuando le parecía había llegado ya al fin de sus deseos en el Convento de su Orden de Casorla, hallaba frustradas todas

sus aspiraciones en Andalucia donde no había aun Capuchinos, y el mismo Señor traíale á Valencia, donde poco há habían fundado, y para que los tratase y comunicase de cerca llevábale con deseos de soledad y devocion de su Santísima Madre al Convento del Puig, de su Orden, dos leguas de Valencia, distante media del nuestro de Santa Magdalena donde se educaban nuestros novicios.

Es este Convento del Puig uno de los mayores santuarios que tiene en España la Vírgen, y el mayor y más célebre de los muchos que tiene en el Reino de Valencia por su mucha antigüedad, pues es tradicion constante que se fundó en tiempo de los Apóstoles, y que el Príncipe de ellos S. Pedro trajo y dejó en él la imágen de nuestra Señora que hoy se venera en él, labrada á relieve en un mármol que sirvió de testera en el sepulcro en que estuvo esta Señora tres dias depositada despues de su glorioso tránsito. Despues en la invasion de los moros en España, recelando no recibiese de ellos algun desacato, la escondieron bajo tierra, cubriéndola con la campana del mismo convento que se presume le habitaban entónces Monjes Basilios, donde estuvo varios siglos hasta que el Rey de Aragon D. Jaime el Conquistador movido del celo de la honra de Dios, intentó á fuerza de armas echar de todo este Reyno los enemigos del nombre de Dios y plantar en él otra vez el culto del verdadero Dios y de su madre Santísima. Uno y otro consiguió felizmente en poco tiempo con la ayuda y favor de esta Señora.

Antes de dar la batalla asentó sus reales en el campo de Atensa cerca del Puig. Los centinelas del ejército vieron bajar de noche del cielo unas hermosas luces sobre el puesto donde estaba escondida la santa imágen de la Vírgen, y en el mismo puesto se oían bajo tierra el sonido y golpes de una campana. Para saber el misterio mandó cavar en él el Rey hasta que toparon con la campana y bajo de ella con alegría del Rey y de todo su ejército la imágen de la Vírgen nuestra Señora, que lo tuvo por pronóstico cierto de la victoria que deseaba alcanzar de sus enemigos y conquista dichosa de este Reino, viendo que despues de tantos años milagrosamente había descubierto la Vírgen su imágen para ser en él otra vez venerada de sus fieles. No le salió al Rey incierto el pronóstico, pues le sucedió todo como deseaba, y para que la Vírgen fuese venerada en su santa Imágen le erigió un suntuoso templo con un muy insigne Convento y le dotó de muchas rentas y lo dió á la sagrada Religion de la Merced que el mismo Rey con S. Pedro Nolasco había fundado.

La devocion de esta sagrada imágen y el amor de la soledad de este religioso Convento atraían el corazon del P. Francisco, y Dios con suavidad tomaba este medio para que eficazmente se ejecutara el decreto que tenía hecho de que fuera Capuchino. Con deseos de retirarse por algun tiempo fué á este Convento y santuario de la Vírgen, con quien si su devocion ya era grande, con su presencia y favores pasó á ser mayor. Visitábala muy á menudo de dia y de noche, y sentía su espíritu consuelo grande de sus visitas. Una vez cerrando su celda, como la puerta fuese de golpe, sin advertirlo se le cogió uno de los dedos de la mano en el encaje de ella rompiéndole los huesos. Bañado en sangre, con un dolor muy agudo, sin buscar otro remedio se fué á la SS Vírgen, y puesto de rodillas delante su imágen le mostró su dedo lastimado, y sin otra medicina en un instante se levantó con el dedo sano y entero sin que le quedase en él señal del golpe: de que le dió las debidas gracias.

Solían ir un dia todas las semanas los Religiosos de nuestro Convento de Santa Magdalena al del Puig á pedir limosna de pan, que se la daban aquellos Padres siempre con mucho gusto. Veíalos en estas ocasiones el P. Francisco y mirábalos con singular afecto, haciendo de su perfeccion estimacion grande, coligiendo de su mucha modestia exterior y hábito tan penitente la mucha perfeccion de su estado. Ibánsele tras ellos el corazon y los ojos, sintiendo el suyo muy inclinado á abrazar su Instituto. Experimentaba en sí este mismo afecto todas las veces que se le ofrecían á sus ojos; pensaba muchas veces en ello y siempre sentía más inflamado su afecto, y

decía á Dios: « Señor, si esta es vocacion vuestra, confirmadme en ella. » Ponía, para que más le constara ser esta su voluntad, por intercesora á la SS. Vírgen; y acudía muy á menudo por su intercesion á su santa imágen: « Vírgen SS., le decía, si es voluntad de vuestro Hijo que yo siga el instituto de los Capuchinos, alcanzad de él que perfeccione esta obra que en mí ha comenzado. » Todas estas diligencias no servían sino para encender más la llama que había prendido de su corazon, sin que permitiese ni de dia ni de noche sosegar este pensamiento, suavemente inquieto por su ejecucion. Visitaba algunas veces nuestro Convento de Santa Magdalena, comunicaba con nuestros Padres, informábase de su instituto, y cada vez sentía mayores ánsias por abrazarle. Una de las veces viendo que este su deseo desde que le sintió había con el tiempo crecido más, túvolo por llamamiento de Dios, é impelido de él se resolvió á manifestarlo á nuestros Padres y pedirles el cumplimiento de su propósito, quienes aprobaron por santo el suyo, y para certificarse más de su firmeza le remitieron al Ministro Provincial Pasaron dias ántes que se viera con él. Supo había llegado al Convento de Santa Magdalena, y sin detenerse, como ciervo herido corrió como á la fuente á apagar la sed de sus ánsias, y humilde y postrado juzgándose indigno del beneficio le pidió tuviera por bien de recibirle en el gremio de su Religion. Respondió el P. Provincial que no podía recibirle á la Orden, por prohibirlo nuestras leyes que mandan no se reciba ningun Religioso profeso de otra Religion sin autoridad de Roma: que no fué leve prueba para la vocacion del P. Francisco ver se le dilataba tanto y aun se le ponía en duda su recepcion. Sintiolo su afecto, pero no se entibió su deseo, sufriendo entre tanto venía el despacho. Todo este negocio lo encubría á los de su Orden para que no pusiesen estorbos como se tenía por cierto.

Entre tanto con licencia de su Prelado se fué solo á un monte una legua distante de su Convento, que por estar á su falda el de la Val de Jesus de Padres Recoletos de nuestro P. S. Francisco se llama de su nombre, donde en una cueva que se llama de S. Nicolas por haberla consagrado con su asistencia el Beato Nicolas Factor se tiene en mucha veneracion. Aquí se retiró el P. Francisco y pasó muchos dias en contínua oracion y lágrimas, pidiendo á Dios favoreciese los buenos deseos que le había dado de ser Capuchino para que le sirviese con más perfeccion é inspirase al P. General enviase despacho favorable. Aquí se ensayaba con el rigor y aspereza para la vida penitente que aguardaba emprender, en oracion perpetua, en rigurosas disciplinas y mucha abstinencia; su cama era el duro suelo y la cueva sin puertas, que era como si estuviera al raso expuesto á las inclemencias del tiempo. Todo se le hacía suave á su fervoroso espíritu, y deseaba la licencia de nuestro P. General para continuar aquella vida solitaria y angélica en que Dios tantos gustos había comunicado á su alma.

Oyó Su Majestad sus fervientes ruegos y llegó como deseaba el despacho de Roma, con indecible alegría del P. Francisco, quien con todo secreto habiendo escrito á su P. General pidiéndole su bendicion para el tránsito, se fué para nuestro Convento de Santa Magdalena donde fué recibido á nuestra Orden con gozo grande de su alma, pareciéndole había llegado al puerto despues de una grande borrasca. Vistiósele nuestro santo hábito, con nombre de Francisco de Sevilla, con alegría grande de nuestros Padres por el sugeto grande que Dios había traido á nuestra Religion, y con no menor dolor de los de la de nuestra Señora de la Merced, por haberle perdido. Dichos Padres por volverle á cobrar hicieron todas las diligencias posibles, pretendiendo probar que sus Religiosos no pueden pasarse á otra Religion por razon del cuarto voto que hacen de ir á tierra de Moros á redimir cautivos cristianos. Llevose á Roma el pleito, pero presto se soltó la dificultad con sentencia en favor de nuestra Religion. por la mayor perfeccion de su Seráfica Regla que contiene veinte y cinco preceptos de obligacion y el rigor de su vida Evangélica que hace contrapeso á cualquier otro voto.

Entre estas dificultades que no se le encubrieron á nuestro novicio, estuvo constante como una roca, fortaleciendo Dios su espíritu con su divina gracia. Con ella comenzó y prosiguió su noviciado con mucho provecho suyo, admiracion de los Padres y ejemplo de los demas novicios, que viendo á un Padre en su Religion tan grave, tan insigne en el púlpito, en hábito y edad venerable que pasaba ya la suya de cuarenta y cuatro años, que pasaba por todo el rigor que los demas sin que se le dispensase en nada ni eximirle de las pruebas con que nuestra Religion prueba á sus novicios, ni de los actos de mayor humildad, ni de los de la obediencia más penosos, ni de las mortificaciones más rigurosas, y que lo llevaba tan alegre que juzgándolo todo poco solicitaba con el Maestro otras mayores, al verle acusarse en los capítulos de las culpas ponderando sus menores defectos como si fueran delitos graves, pidiendo con fervor grande se le diese por ellos grandes penitencias, dejaba atónitos á los demas novicios y con nuevos alientos para otro tanto.

Dios había determinado que el P. Francisco profesase la Seráfica Regla de los Menores en la Orden de los Capuchinos, y al tiempo de profesarla se le ofreció un estorbo para su ejecucion tan poderoso que se juzgó por imposible su profesion: pero Dios tomó este estorbo para que fuese más gloriosa dicha profesion y con circunstancias de tanta solemnidad y honra que no se habra visto otra en la Orden en que hayan concurrido otras mayores.

Había corrido ya felizmente el año de su probacion, y llegado el dia en que había de profesar, habíanle dado nuestros Padres sus votos para ello. Hallábase en nuestro Convento de Valencia nuestro San Lorenzo de Brindis General de la Orden, quien había venido á la visita de la Provincia, y sabiendo era el P. Francisco Religioso profeso de otra Religion, mandó fuese del Convento de la Magdalena al de Valencia, y llegado mandó le diesen los hábitos de su Religion y le despidiesen, pues no quería se le diese la profesion. Sintieron nuestros Padres tan absoluta resolucion: atribuyéronla á que ignoraba el santo General las prendas grandes del novicio; diéronle noticia de ellas, diciéndole era uno de los Padres más grandes de la Merced, el predicador de mayor provecho que se conocía en España, varon igualmente docto y santo y que con deseos de mayor perfeccion se había pasado á nuestra Religion con autoridad de su antecesor el P. Jerónimo de Castelferretti, que había dado toda la satisfaccion en el año de su probacion y que tenía ya todos los votos para la profesion, teniendo opinion de Religioso santo y de predicador apostólico en todo el pueblo. Todo esto no bastó para que mudara su parecer el santo General, quien insistió, diciendo no quería se admitiesen á nuestra Religion Religiosos profesos de otra. Entretuvieron nuestros Padres al P. Francisco, enviándolo á una ermita que estaba en la clausura de nuestro huerto, manifestáronle el peligro en que estaba su profesion de parte del P. General, y que se encomendase á Dios, que ya habían hecho ellos cuanto les había sido posible y no habían podido alcanzar lo que deseaban, que sólo les quedaba un medio que era avisar al Señor Patriarca que se lo pidiese, que ya habían ido, que confiase en Dios pues esperaban en él que por este medio quedaría vencida esta dificultad. Era en esta ocasion el Beato Juan de Ribera Arzobispo y Virrey del Reino de Valencia, y el que más conocidas tenía las prendas del P. Francisco. Luego que supo la resolucion del santo General, dejando todos los demas negocios hizo poner las carrozas y se vino á prisa á nuestro Convento con sus dos Obispos Avalos y Carvajal y su Provisor D. Pedro Casanova que despues fué Obispo de Segorbe, con el Señor Duque de Gandia y muchos Caballeros que se hallaban con él en esta ocasion. Llegó á verse con nuestro P. General, y con el celo que tuvo siempre de los mayores aumentos de nuestra Provincia de Valencia, en cuya fundacion y propagacion había trabajado tanto, le dijo: « Reverendísimo Padre, tengo por cierto que V. P. no tiene noticia de las buenas prendas del P. Francisco de Sevilla, ni de la mucha necesidad

que esta nueva Provincia tiene ahora en sus principios de sugetos que ayuden á sus aumentos: este es uno de los que más la pueden ayudar á este intento. Fuera del ejemplo de su mucha virtud, es Padre grave, docto, y su púlpito el que se conoce hoy de más provecho, y tengo sin duda que le ha traido Dios á esta Orden para los fines que he significado, y es bien recibamos de la mano de Dios lo que Su Majestad con Su Providencia nos envia y que V. P. le admita á la Orden dándole la profesion.» Resistiose el P. General: ni la autoridad del Beato Patriarca Arzobispo y Virrey, ni sus razones, ni la de todos aquellos señores que le acompañaban, y estaban presentes á este razonamiento, fueron poderosas para que se inclinara á ruegos de tanta autoridad. Apretáronle con otras razones, á las que con mucha cortesía daba satisfaccion. Ultimamente le dijo el Beato Patriarca: «Mire V. P. que la autoridad que tiene no se la ha dado Dios *in destructionem*, sino *in aedificationem.*» Estas palabras hicieron operacion tan grande en el corazon del P. General, que obligado de su fuerza dió palabra de darle la profesion al novicio. No se contentó con esto el Beato Patriarca, sino que le suplicó se la diesen luego pues estaba ya cumplido el año, y él deseaba ver como la hacían los Capuchinos, que aun no lo había visto y lo estimaría mucho. Hizo llamar al P. Francisco el santo General, y en presencia de todos aquellos señores él mismo le dió la profesion y despues le dió su mismo rosario con gozo indecible del Beato Patriarca y de cuantos se hallaron presentes, habiendo alcanzado lo que imaginaban imposible.

Donde se descubre la sabiduría de Dios, pues el medio que tomó el Supremo Prelado de la Orden para que no se diese al P. Francisco la profesion, sirvió para que se la diese el mismo Santo General que se la negaba y con circunstancias de tanta solemnidad que no se han visto en otra semejantes: en manos de un General tan Santo, asistiendo á ella lo mejor y más grave de lo Eclesiástico y seglar del Reino, un Patriarca de Antioquía santo Arzobispo y Virrey, dos Obispos, un grande de España Duque de Gandia, con la mayor parte de los caballeros y nobleza de Valencia; honrando Dios al P. Francisco cuando él por su amor se le consagraba todo en holocausto, mostrando el Señor cuan grata le era esta entrega que de sí le hacía el P. Francisco, que quiso se celebrase con tantas honras, sabiendo había de ser tan del servicio suyo, bien de su Iglesia y provecho espiritual de tantas almas.

Había Dios determinado levantar un edificio grande de santidad de virtudes ejemplares en que se manifestasen como piedras preciosas los dones de su gracia en el alma del P. Francisco, y para su firmeza y seguridad fué echando primero los fundamentos firmes de una sólida humildad, dándole un claro conocimiento de su nada y del divino poder, de quien emanan todos los bienes. Con esta luz y conocimiento ilustró Dios el alma del P. Francisco y con él vivió y obró toda su vida teniendo tan bajo conocimiento de sí que se reputaba por nada y por el mayor de los pecadores, indigno no sólo de los dones de Dios sino digno de mil infiernos; y solía decir que era un tizon del infierno, inútil y sin provecho en la casa de Dios.

Despues de profeso todos sus ejercicios fueron de humildad. Tres años estuvo bajo la disciplina de su Guardian que como Maestro de novicios continuaba con los recien profesos las mismas mortificaciones del noviciado. En todo este tiempo no se le permitió salir en público, ni subir en púlpito: decía como los demas nuevos todos los dias en público capítulo la culpa, sin que se le dispensase en nada de lo que nuestros estatutos mandan que guarden los nuevos, mostrando de ello el P. Francisco mucho gusto. Todo este tiempo desembarazado de otras ocupaciones se dió todo al ejercicio de las virtudes, que aunque las suyas eran ya grandes aquí se hicieron mayores y más fuertes, echando en su almas más hondas raices con la multiplicacion de sus propios actos.

Singularmente los de la humildad que no los perdió de vista en todo el discurso de su vida, siendo siempre, aunque profeso antiguo, como un novicio, sin querer gozar de exencion alguna de las que se conceden á los

antiguos: hablaba de rodillas; pedía licencia al Prelado para beber agua fuera de la comunidad, y nada hacía sin ella; barría con los demas el Convento y fregaba como todos los platos de la cocina, guardando todas las ceremonias de los nuevos. A todos respetaba, y singularmente á los Sacerdotes servíales con mucho cuidado y devocion las Misas, reputándose indigno de tal ministerio. Cuando iba á decir Misa, no la decía que primero no pidiese licencia al sacristan, aunque fuese un corista. En los capítulos de las culpas, ponderaba tanto las suyas que se confundian los que le oían; confesábase por indigno del hábito que llevaba, que era mal Religioso y un tizon del infierno. Cuando el Prelado por ejercitar su humildad le decía algunas palabras de humillacion, salidos del Refectorio se le arrodillaba y alegre le daba las gracias. En el púlpito muchas veces se le oyó decir con gran sentimiento que era el mayor de los pecadores. En los lugares donde predicaba, juntaba en la Sacristía á los clérigos y á ellos solos y á puertas cerradas les hacía una plática, exhortándoles á sus obligaciones; y acabada les decía le habían de hacer una merced y darle la palabra de no negársela: y cuando ya tenía la promesa: « Pues nadie se mueva de su puesto, decía, que es lo que pido »; y quitándose el manto y puesto de rodillas, iba besando á cada uno los pies, pidiendo á cada uno rogase á Dios por él, que era el mayor de los pecadores: con que los dejaba edificados y derretidos en lágrimas con este acto de tanta humildad. Juzgábase indigno de los favores que le hacía Dios; confundíase cuando veía los aplausos que le hacía el pueblo por sus sermones, y al ver las conversiones que Dios obraba con ellos al punto daba á El toda la gloria; no se veía en él sino desprecio de sí mismo; todo en él predicaba humildad: sus acciones, sus palabras, su hábito, su conversacion y trato todo sabía á humildad.

Vino el P. Francisco á buscar en los Capuchinos la preciosa margarita de la pobreza y la halló. No se puede significar con palabras el gozo que manifestaba de verse en tan feliz estado, que no le trocaría, decía, con el del más poderoso Rey: ¡qué mayor dicha que no tener nada ni quererlo tener, vivir colgado de la Providencia de Dios mendigando el sustento cada dia! A su uso no tenía sino lo preciso, fuera de unos manuscritos de sus sermones, y estos tan pocos que no había menester alforjas cuando iba de camino para llevarlos consigo. Valíase sólo de los libros de la librería del Convento cuando estudiaba para predicar; en su celda no se miraba más que una cama de unas desnudas tablas y por cabecera una almohada de paja tan apretada que era poco ménos dura que una piedra, y una imágen de Cristo crucificado, que siempre procuraba tener en la suya para mostrarla al pueblo cuando predicaba. Su hábito y manto con ser del sayal rudo y basto de que usa la Orden, los llevaba cubiertos no de remiendos viejos del mismo sayal, sino del herbaje de que los labradores y pastores llevaban sus capotes.

Aborrecía cualquier linaje de provision de las cosas que se pueden mendigar cada dia; estaba contentísimo de vivir de pobreza y de limosnas pedidas por Dios, y decía que no había dicha mayor como ser pobre voluntario por Cristo, sin cuidados para vivir, desembarazado el corazon y ocupado de sólo Dios en quien estan los tesoros del cielo y de la tierra. « No quiero, decía, en el cielo más bien que á Dios, y fuera de él no quiero más bien en la tierra: nada le puede faltar al que posee este tesoro de bienes celestiales. » Cuando iba de camino, no llevaba ni quería que los compañeros llevasen nada; y en los lugares pedía limosna de puerta en puerta como pobre.

Vivir con tanta dependencia de Dios, que no tienen los Religiosos certeza de su sustento, decía que era mayor pobreza aunque fuese abundante, que tenerle poco y parco teniéndole señalado y determinado: tan contento estaba con el estado pobre y necesitado de la Orden Capuchina, que le parecía que estaba en un cielo

No ménos entendida tuvo el P. Francisco la excelencia de la virtud de la obediencia, y sus actos los supo ejercitar al paso que la entendió. Hizo de ella tan alto aprecio que fué la virtud que más perfectamente ejercitó, guar-

dando decoro grande aun á los menores actos de ella, con que tuvo todas las virtudes religiosas en grado perfecto. Su vida era obedecer, y vivía obedeciendo, y aun anteponiendo la obediencia á su misma vida, pendía en todo de la voluntad de los Prelados. Sus menores señas tenía por órdenes expresas, previniendo con la ejecucion el gusto de ellos, sin aguardar se lo manifestasen. No sólo fué fiel observador de la Seráfica Regla, no ofendiendo jamas ninguno de sus preceptos, pero aun de las Constituciones que no obligan á culpa fué celantísimo observador. El silencio á su tiempo y en sus lugares le observaba con extremado rigor. No era esto tan admirable como verle guardar la disciplina regular y las menores ceremonias en todo con la fidelidad de un fervoroso novicio. Se mostró siempre indiferente á la disposicion de los Prelados, sin manifestar inclinacion á morar más en este que en el otro Convento: con tanto gusto iba al pequeño de la Ollería como al grande de Valencia, y como en todos estaba por obediencia, sabía de cierto que estaba por voluntad divina; y cuando se dejaba á su eleccion, aun siendo Definidor de la Provincia jamas quiso significar preferencia: donde le ponía la obediencia, entendía era el lugar determinado de la voluntad de Dios.

Con el mérito de la obediencia hizo largas jornadas á pié sin haber jamas caminado á caballo: tres veces fué de su Provincia á Madrid con grande incomodidad suya, que como no fuesen entónces aun conocidos en Castilla los Capuchinos, no tenían Hermanos de la Orden, y era fuerza cuando llegaban cansados á los lugares, buscar la posada y el sustento de puerta en puerta como pobres Evangélicos. La primera vez fué á Madrid llamado por el P. Miguel de Valladolid que tenía comision para pretender la fundacion de Convento nuestro en la Corte, y la fama de la santidad y predicacion del P. Francisco hizo se hiciese eleccion de él por él para coadyuvar á tan santa obra: y aunque esta vez no tuvo efecto la fundacion, túvola cuando segunda vez se pretendió el año 1609 y en esta ocasion tambien fué nombrado el P. Francisco; y vuelto á Valencia tercera vez, fué tambien llamado para la fundacion de la Provincia de Andalucía. Tan notoria era su virtud y su provechosa predicacion, que para las ocasiones de la mayor gloria de la Orden se echaba mano de su persona, y con ser tan largas y tan trabajosas estas jornadas, por mandárselo la santa obediencia, las hacía todas con mucho gusto.

Tan puntual fué siempre en obedecer á la voluntad de los Prelados que se le hacía escrúpulo si una palabra decía más de lo que ellos gustaban. Notábanle de que en sus sermones era largo, porque muchas veces llevado de la mocion del Espíritu Santo, como luego veremos, no estaba en su mano parar cuando se le hacía la señal de la hora: advirtiéronselo los Prelados, y él con mucho cuidado previno á los compañeros para que á su tiempo la hiciesen de suerte que advirtiesen que él la oía, y era tan puntual que en oyéndola paraba sin acabar el discurso ni la razon; con la última palabra que le cogía, sin añadir gracia ni gloria, remataba diciendo: « La santa obediencia manda no pase adelante ». Esto hizo en Madrid predicando á los Reyes Católicos Felipe III y Margarita de Austria el dia que se tomó la posesion de nuestro Convento de S. Antonio en el Hospital de los Italianos diciendo la Misa el Sr. Nuncio Apostólico. Predicó el P. Francisco, y el Comisario General P. Serafin de Policio le dijo que no predicase más que media hora; y fué tan puntual, que haciéndole la señal de ella, se dejó con la última palabra que le cogió sin más remate de sermon, diciendo: « La obediencia me ha mandado no predique más, ni permite pase adelante ». Admiraron todos la puntualidad, alabando la prudencia del Prelado que tal había mandado, porque era ya tarde y Sus Majestades habían de volver á Palacio.

La pureza fué el tesoro que más estimó y procuró guardar con mayor cuidado, defendiéndole de los asaltos del infierno y molestos combates de la carne. Celaba mucho la de su alma de que no se manchase ni con la culpa menor ni con un pensamiento advertido contra ella; y para esto velaba sobre la guarda de sus ojos, para

que no entrase por ellos la muerte como por puertas abiertas á robarle este tesoro, ni entrasen por ellos especies ni extrañas imágenes que ofendiesen las noticias puras de su alma. Llevaba siempre su vista tan mortificada que ni á los hombres miraba en la cara; no salía jamas del Convento sino cuando iba á predicar; no visitaba jamas á mujeres, y cuando por via de caridad las había de hablar era en pié y á vista de los compañeros, procurando fuesen breves sus palabras y teniendo puestos sus ojos en el suelo. Jamas vió nadie parte desnuda de su cuerpo: con tanto extremo celaba la modestia, que aun estando enfermo prefería privarse de remedios que descubrir parte alguna de su cuerpo.

Fué severo en castigar su cuerpo, teniéndole tan flaco y atenuado á fuerza de rigores, que más parecía el de hombre difunto que de vivo. Llevaba á raiz de sus carnes ceñida una gruesa cadena de hierro; hacía muchas y muy rigurosas disciplinas, y con azotarse con todo rigor le parecía que trataba su cuerpo con blandura. Estando en nuestro Convento de Madrid, le dió Satanas un fuerte asalto con una terrible tentacion contra la castidad: pero el Siervo de Dios para vencer al enemigo se salió de noche al huerto y quitándose el hábito, desnudo se revolvió sobre un monton de tejas rotas y otros tiestos, de que quedó lastimado para muchos dias.

Ayudábase tambien para mayor guarda de la virtud de la castidad de la abstinencia, en que fué tan riguroso que llegó casi á ser extrema, pues apénas comía ni bebía. Era su vida un contínuo y riguroso ayuno. Decía el P. Vicente de Calig, Religioso nuestro de mucha virtud y opinion: «Un año hemos comido lado por lado el P. Francisco y yo en un mismo Refectorio, y me admiraba de ver lo poco que comía, juzgando por imposible pudiese vivir un cuerpo humano naturalmente con tan poco sustento y en ese poco echaba tanta agua que le quitaba todo el gusto y la sustancia.» Esto lo solía hacer tambien cuando iba á predicar á los lugares donde era fuerza quedarse á comer con los seglares que le habían llamado, y siréndole á la mesa guisados muy regalados y costosos, ó no llegaba á ellos ó les echaba tanta agua que ántes era mortificacion que gusto el comerlos. Viendo nuestros Religiosos el trabajo grande de su predicacion, y singularmente en las Cuaresmas, en que predicaba todos los dias, cuidaban de aderezarle la comida con más desvelo para que lo pudiese llevar; y llegando á ponérsela delante, les agradecía el cuidado y no llegaba á ella, de que quedaba la caridad de ellos afligida, y admiraban pudiese llevar con tan poco tan grande trabajo, pues en él púlpito sudaba tanto por todo el cuerpo que cada vez había de mudar los paños y hasta las sandalias dejaba bañadas con el sudor: y tenían como milagro pudiese vivir con tanto trabajo, sustentándose apénas con un poco de pan y alguna fruta; y lo más admirable de su abstinencia fué, que para mayor mortificacion del apetito, pidió á Dios le privase del sentido del gusto y se lo concedió, con que en cuanto comía no le hallaba; padecía hambre y nada satisfacía la suya.

Fué tambien indicio de la castidad y pureza de su alma la rara modestia exterior de su cuerpo. Era de rostro y aspecto venerable, tan compuesto que sólo con mirarle se manifestaba en el suyo una viva imágen de la pureza y mucho interior de su alma. Nadie en su presencia se atrevia ni á una risa descompuesta, ni á la menor palabra inmodesta; era su modestia freno á los ménos modestos, y con sólo mirarle compungía y sin más palabras que verle compuesto en el púlpito tenía movido el auditorio, porque decían muchos entendidos que el P. Francisco de Sevilla no necesitaba de palabras para predicar, y que sólo verle en el púlpito predicaba y movía á compuncion.

Sentía mucho Satanas el grande fruto de la predicacion del P. Francisco; llevaba impaciente el ver las muchas almas que cada dia le sacaba de su poder; y por no perder su posesion todo el infierno se juntaba para estorbar la suya. ¡Qué de quejas no sufrió! ¡qué de amenazas y murmuraciones, porque reprendía los vicios públicos y los pecadores escandalosos! Unos porque les reprendía

las tablas de juego que tenían en sus casas y se las hacía quitar por escandalosas, otros porque les quitaba las mujeres con quienes vivían amancebados, haciendo dejasen su torpe amistad, quien porque reprendía sus profanos trajes, quien porque afeaba sus ocasionados bailes, quien porque se mostraba contrario á las comedias por las circunstancias de escándalo y tropiezo que ofrecen á muchos que no temen á Dios, todos se levantaban contra él con quejas, murmuraciones y aun con amenazas: despertando contra sí tantos enemigos cuantos eran los que reprendía por sus vicios, que aunque jamas señaló á nadie desde el púlpito, se daban por entendidos los que tenían manchadas sus conciencias, y siendo para ellos tan desapacible la verdad, todos daban voces contra el P. Francisco que se la decía sin rebozos: pero por más que dijesen, no aflojó jamas un punto de su obligacion, sufriendo todos estos golpes con admirable constancia y no vencida paciencia.

Otra mayor levantó Satanas en Madrid que llevó con igual paciencia el P. Francisco. Predicó un dia de fiesta por la tarde en el Convento que llaman de Pinto, de Señoras Religiosas Bernardas. El púlpito estaba á la puerta de la Iglesia, por no ser capaz para la gente que le seguía. Fué tanta la que se juntó en la calle, que cerraban el paso á los coches que bajaban de la calle Mayor al Prado. Estaba la puerta de arriba llena de ellos; y en el fervor del sermon reprendiendo el vicio deshonesto tan extendido en la Corte, vino á decir que había en ella tantas mujeres malas (un número grande), « y estas, dijo, no son Duquesas ni Marquesas y van vestidas como Duquesas y Marquesas. » Había entre los coches que estaban parados en la calle uno muy léjos en que venían dos grandes de España, y á su parecer oyeron que había dicho el P. Francisco tantas mujeres malas sin Duquesas ni Marquesas. Sintieron mal de ello y condenaron por arrojada la afirmacion, y por digno de castigo el Predicador, queriendo no se le permitiese predicar más en la Corte. Dieron por asentado era así como ellos lo habían entendido, y como eran señores de tanta calidad, con facilidad se les dió crédito. Aunque el mismo P. Francisco y otras personas que le oyeron testificaron lo contrario, fué sin provecho; el dicho de aquellos grandes prevaleció y se extendió por la Corte con los señores y señoras de ella, de modo que se indignaron contra el P. Francisco, y sus querellas llegaron al Consejo Real donde se trató de desterrarle de la Corte; y se hubiera ejecutado, si nuestro P. Serafin de Policio que era entónces Comisario General de aquella Provincia, teniendo noticia de lo que se trataba, aunque le constaba de la inocencia del P. Francisco, no le hubiera dado patente para que se viniera á Valencia ántes que se le notificara la sentencia de destierro: con que se serenó aquella tempestad, en que se halló el ánimo del P. Francisco sin turbarse; sólo sintió los embustes de Satanas con que había pretendido estorbar el fruto que con su predicacion hacía en las almas; bajó la cabeza, y con mucho gusto ejecutó los mandatos del Prelado: pero vengose en adelante de Satanas quitándole más almas con sus sermones fervorosos, sufriendo con paciencia las persecuciones que cada dia le movía.

Fué contínua su oracion con perpétua memoria de Dios, llevándole presente, elevada en El su mente, y dándole su voluntad y todos sus afectos. No estaba su alma ménos atenta á Dios, andando, hablando, comiendo y estando en la celda que en el coro y en la Iglesia; todo el mundo le servía de oratorio, mirándole todo lleno de Dios. En su celda de ordinario le hallaban de rodillas mirando la imágen de Cristo crucificado puesta sobre las tablas desnudas de su cama, contemplando los dolores y afrentas que padeció en ella; siendo la Pasion de este Señor la más ordinaria materia de su oracion y el libro en que siempre estudiaba el P. Francisco, preciándose de no saber más que á Cristo crucificado; eran sus virtudes el único dechado que miraba para imitarlas, y mirándose en él como en espejo, conociendo cuan léjos estaba de parecerle, le era motivo de humillarse y confundirse y de aliento para imitarle. Viendo la caridad que en ella mostró

á los hombres dando por ellos su vida y preciosa sangre, se abrasaba su alma en amor: mostraba el suyo en el púlpito en los sermones fervorosos que predicaba, tan llenos de fuego de caridad que parecía quería convertir á Dios á todo el mundo; deshacíase y se fatigaba por cualquier alma, que parece excedía su trabajo á sus fuerzas, y todo porque no se malograse la preciosísima sangre que este Señor derramó por ellas: á todas deseaba salvar, y del medio de que más se valía y de que confiaba más para convertir las almas á penitencia y dolor de sus pecados, era mostrarlas en el remate de sus sermones la imágen de Cristo crucificado. con que en sus encendidas y eficaces razones manifestaba lo mucho que tenía aprendido de Cristo crucificado, de sus dolores y afrentas y de su mucha caridad: con cuya ponderacion movía á los auditorios á lágrimas de lo que este Señor padeció, y de arrepentimiento.

Había gustado del dulce y amoroso trato de Dios en la oracion, y para gozar de él con más libertad y ménos embarazo siempre buscaba la soledad para con más quietud oir la voz de Dios que promete hablarle en ella al corazon. En los Conventos donde estaba, siempre buscaba el lugar más retirado y el secreto más escondido para orar y los desvanes donde nadie subía. En nuestro Convento de la Ollería (que él amaba mucho por su grande soledad y por ser apto para la contemplacion, y en que estuvo muchas veces Conventual) en un rincon del huerto muy apartado del Convento se hizo una choza de ramas en que sólo podía estar de rodillas, y aquí se retiraba y estaba en quieta oracion lo más del dia; y manifestó Dios cuan grata le fuese la que su siervo hacía en este puesto, pues deshecha la choza salió en él un rosal que llevaba rosas blancas sin haberse podido hallar jamas quien allí lo hubiese plantado. Cuando iba de camino, paraba dos veces cada dia por la mañana y por la tarde, y diciendo á los compañeros que le aguardasen se apartaba de ellos y se metía entre la espesura de los árboles, y al cabo de una y á veces de dos horas que había empleado en oracion en aquella soledad, volvía á proseguir su camino.

Decía todos los dias Misa y lo ménos que estaba en ella era una hora larga, habiendo precedido á ella mucha preparacion. Confesábase todos los dias ántes de decirla, y celebraba con tanta gravedad, devocion y fé tan viva de los misterios que se representan en este tremendo Sacrificio, que despertaba en los circunstantes afectos de devocion: y en acabando de celebrar (si no era dia que había de predicar) se retiraba al lugar más retirado del Convento que tenía ya señalado, donde se estaba en oracion dos y tres horas hasta que la señal de la campana para comer le sacaba de él. Este, decía, era el tiempo de su mayor consuelo; entónces no sólo daba gracias á Dios por el beneficio recibido, sino que negociaba con el Señor que tenía dentro de sí otros para los prójimos y otras necesidades.

Otro medio con que se adelantó mucho su espíritu en el servicio de Dios y aumento de las virtudes y favores sobrenaturales, fué la devocion de la Vírgen SS. nuestra Señora. Amábala cordialmente, y manifestaba este su afecto en los sermones que hacía de sus festividades y singularmente de su Purísima Concepcion, en que sobre decir grandes excelencias de ella, exhortaba á todos á su devocion y amor y á que la honrasen sobre todas las criaturas. Lo mismo hacía en las pláticas particulares, y á que no dejasen todos los dias de rezarle su rosario. Rezábasele él con otras particulares devociones; ayunaba sus vigilias á pan y agua, y no había para él gusto mayor como hablar de María, de sus virtudes, de su culto y veneracion. Cuanto se pagase la Vírgen de este afecto y servicios que el P. Francisco le hacía, mostrolo en un favor bien singular que le hizo, y porque lo es le referiré aquí como le oí (dice el cronista) de la boca del P. Juan de Villafranca, Religioso de muy conocida virtud y de mucha opinion, el cual por su mucha prudencia fué muchas veces Definidor y Guardian y fué el primero que tuvo nuestro Convento de S. Antonio de Madrid en su primera fundacion de Castilla. Eralo cuando murió en Antequera el P.

Francisco, y cuando llegó el aviso de su muerte á nuestro Convento de Madrid el dicho P. Guardian en público refectorio dió de ella noticia á toda la Comunidad, como es costumbre, para que se le dijeran las Misas acostumbradas, « aunque tengo por cierto, dijo, que está ya gozando de Dios y que su alma no tendrá necesidad de nuestros sufragios, con todo para satisfacer á la obligacion de mi oficio y á la costumbre de la Orden le tengan VV. CC. por encomendado. Gracias á Dios, añadió, que puedo hablar ya de una materia de que hasta ahora me obligaba á callar su secreto. Bien se acordaran, dijo, VV. CC. como en nuestra Provincia de Valencia era fama comun de que con tres religiosos de ella se había desposado espiritualmente la Vírgen nuestra Señora, sin que se supiese quienes eran. Yo lo supe y se me encomendó el secreto, para que no lo dijera miéntras vivían. Uno de los tres fué el P. Francisco de Sevilla. » Y despues se supo que los otros dos fueron el P. Eugenio de Oliva y el P. Luis de Valencia *el viejo*, á quienes la Vírgen hizo este favor pagándoles con esta demostracion de amor el que ellos la tenían: y no se extrañen por singular, que mucho más se puede creer de las entrañas agradecidas de la Vírgen y de lo mucho que ella favorece á sus devotos. Que cosa fuesen estos desposorios no se ha de entender materialmente, no fueron más que una entrega de voluntades de que ella los amaría y de que la servirían ellos, confirmando esta entrega dándoles con la voluntad visiblemente la mano, siendo estos desposorios espirituales no más que un estrecho vínculo de purísimos afectos de ambas voluntades. De la piedad y agradecimiento de la Vírgen, se puede creer hizo este favor al P. Francisco, apareciéndosele visiblemente, entregándole su voluntad con título de desposorio, confirmándolo dándole por prendas de su amor su mano para favorecerle con la suya, y no se extrañe el título de desposorios, que Cristo su Hijo para mostrar el amor que ha tenido á algunas almas santas ha celebrado desposorios con ellas con ceremonias visibles, como con Santa Catalina Mártir y con Santa Teresa y con otras; que como en los desposorios se dan los contrayentes muestras de mayor y más fino amor, Cristo para manifestar el más grande que tiene á estas almas se lo significa con nombre de desposorio. De la misma manera hemos de entender fué el de la Vírgen con el P. Francisco, que ella quiso mostrar con este favor el que le tenía descubriendo con él el que el P. Francisco la tenía á ella, porque merecía le hiciese este favor y que por su vida santa é inculpable no lo desmerecía: haciendo tambien creible el haberlo dicho un Padre de tanta opinion de santidad como el P. Juan de Villafranca, con circunstancias tan notables, en público refectorio á toda una Comunidad junta de todo un Convento como el nuestro de Madrid, publicándolo por cierto y libre de toda sospecha de engaño, que como no le hubo en los que hizo Cristo en las Santas que hemos referido, piamente podemos creer de la Vírgen que tanto tiene recibido de Dios que favorece con beneficio semejante á los que más la aman, pagando sus servicios con el título glorioso de su esposa.

Aguila fué verdaderamente el P. Francisco de Sevilla, águila le llamó toda la Corte del Rey de España en los principios de su predicacion por el vuelo alto que tomó en la suya sobre los demas; pero con el tiempo creció tanto y voló tanto con la suya, cumpliendo tan perfectamente con todas las obligaciones de Predicador Evangélico, que llegó á ser águila grande de grandes y extendidas alas sobre la casa y pueblo de Dios despertando con la voz de la trompeta del juicio á los que dormían de asiento en la cama de sus vicios, y provocando con las dos alas de su predicacion y ejemplo para que dejado el nido de los suyos tomasen el vuelo para el cielo. Envióle Dios á la caza de las almas y le prendió innumerables de ellas, tan audaz y de tanto valor y libertad, que, sin temor ni humanos respetos, igualmente predicaba la verdad y reprendía á chicos y á grandes; tan veloz y tan ágil que jamas miéntras vivió dejó de predicar, sembrando la palabra de Dios no sólo en las Ciudades y lugares del Reino de Valencia sino en los de Castilla y de An-

dalucia, no una sino muchas veces; de vista tan aguda que estaba siempre como atalaya vigilante sobre el rebaño del Señor, ladrando como perro fiel para que no hiciesen en él presa los lobos infernales y quitándoles de la boca muchas almas que tenían ya en sus dientes; de tan pocas carnes que apénas tenía, por la mucha penitencia, ayunos, cilicios y disciplinas, carnes sobre sus huesos; más parecía su cuerpo imágen de la muerte que hombre con vida; con tantas plumas de virtudes que volando adornado de todas era ejemplar de todas. Fué verdadero embajador de Dios, que lo son sus predicadores, dice S. Pablo, que anunció á los pueblos los truenos y rayos de su ira, pues su predicacion fué con frecuencia de sus tremendos castigos y singularmente de los de su tremendo juicio, que era la materia de que más predicaba teniendo siempre en su boca la trompeta de este juicio postrero, esforzando tanto su voz y predicándole con tanto espíritu y afecto y con voz tan espantosa, que dejando amedrantados los pecadores les hacía soltar de las manos la presa de sus vicios y que se abstuviesen en adelante de ellos.

Diole tambien el Señor de los talentos naturales propios de un Predicador. Diole un aspecto grave, modesto y apacible que le hacía venerable; su rostro, mortificado, pálido y macilento que parecía más de difunto que de hombre vivo; su barba cana y larga; su voz sonora como la de un clarin, muy entera, y cuando quería atemorizar á los pecadores parecía la trompeta del juicio la suya; su lenguaje fué llano, cuerdo y sin ninguna afectacion; en sus palabras no se descubría vana ostentacion; en sus razones descubría un ingenio claro, ilustrado no de humana sabiduría sino de sabiduría divina: eran las suyas eficaces dichas con espíritu y con afecto tan encendido, que dejando ilustrados los entendimientos dejaba convencidas las voluntades, traspasando los corazones y dejando heridas del temor de Dios las almas.

Diole Dios una singular gracia de ponderacion, efecto de su alta contemplacion. Ponderaba lo que quería persuadir con tal energía y tan vivas y propias razones, que parece se veía con los ojos lo que significaba con ellas. La fealdad y malicia del pecado, la pintaba con tan vivos colores, que se extremecían de oirlo los pecadores. Si predicaba de las penas del infierno, parecía verlo allí abierto; si del juicio, parecía que se oía su trompeta y que era ya su dia y que se hallaban delante del tribunal del Supremo Juez. Diole tambien otro singular don de mocion con que movía á lágrimas y compuncion á los oyentes por más duros que fuesen de corazon. No se oían en sus sermones sino gemidos, suspiros y lágrimas, y aun muchas veces gritos de pecadores que no cabiéndoles el corazon en el pecho de sentimiento, rompían en voces pidiendo á Dios misericordia. Era esta gracia de mover tan singular, que desde las primeras palabras de su sermon hasta que le acababa, tenía movido y compungido el auditorio, tanto que solía decir el santo Obispo de Orihuela D. Andres Balaguer, de la Orden de Predicadores, que había oido en Roma muchas veces á nuestro P. Alonso Lobo y que tenía mucha gracia de mover en sus sermones segun ofrecía la materia de que trataba, pero que el P. Francisco de Sevilla á quien oyó muchas veces, era rio de espíritu de mocion, porque con cualquier razon que decía movía y hacía provecho, y desde el principio de sus sermones hasta el remate de ellos tenía movido el auditorio.

No se miraba en sus sermones sino un celo santo de la gloria de Dios y salud de las almas, procurando sacar del poder de Satanas las que tenía cautivas. No se predicaba á sí mismo sino á Cristo crucificado. La imágen de este Señor la tenía delante sus ojos ántes de ir á predicar: en ella contemplaba lo mucho que estimó y le costaron las almas, y como había dado por ellas su vida y preciosa sangre. Con estas consideraciones se abrasaba su alma y con este celo que comía sus entrañas, se deshacía en el púlpito por ganarle las perdidas, y porque no se malograse el precio de su divina sangre. Solía decir: cuando un Predicador trabajase en el púlpito hasta el dia del juicio y de todo este trabajo no sacase otro fruto que un acto de

verdadera contricion de un sólo pecador, lo habría de dar todo por bien empleado; y que pues el Hijo de Dios por una sola alma hubiera padecido gustoso lo que por todas, mucho estimaba el trabajo de los que procuran salvar muchas.

Este celo de la gloria de Dios y de la salud de las almas era lo que más se manifestaba en los sermones del P. Francisco: con que se iban tras él los pueblos y Ciudades enteras, donde quiera que predicaba, y ansiosos por oirle se olvidaban de otros cuidados. Los concursos eran tan grandes que las Iglesias más capaces eran angostas, y para que le oyesen los que le seguían se había de sacar el púlpito á la calle. Predicó cuatro Cuaresmas continuas en las más insignes Parroquias de Valencia, en la de S. Juan, de S. Esteban, de S. Nicolas y de santa Catalina Mártir, y en las más grandes Ciudades del Reino, y ántes de predicar no se podían decir los Oficios divinos ni las Misas Conventuales por el tumulto de la gente, pues ántes de amanecer se llenaban las Iglesias, procurando tomar puesto. Lo mismo le sucedió en Castilla, en Madrid, en Andalucia y donde quiera que predicaba; cuando iba de camino, en llegando á los lugares luego pedía licencia á los curas para predicar y hacía tocar al sermon, y era cosa admirable que sin haberlo oido ni visto otra vez todo el pueblo concurría á oirle, tomando para descanso del trabajo del camino hacer algun fruto en las almas.

Usuras y logros pide Dios de sus talentos, que si es liberal en darlos, al cobrarlos no quiere se los vuelvan sino doblados y con ganancia, y al que lo tuvo ociosos y no los dió á logro lo castiga como siervo malo é inútil. Diole al P. Francisco el de la Predicacion, y como sabía esta su condicion y la cuenta que de él le había de pedir, no tuvo el suyo ocioso ni le amortajó y enterró como el siervo inútil del Evangelio que se lo volvió sin usura, por lo que llevó el merecido castigo. Grandes fueron los logros que hizo el P. Francisco con el de la suya, y copioso el fruto que rindió de almas, que si bien el principal autor de la conversion de ellas es Dios y él es el que da virtud y eficacia á las palabras de los Predicadores, y él que mueve con ellas los corazones de los pecadores para que se conviertan, mirando á la buena intencion y celo santo con que desean convertirlos y al trabajo que en ello ponen, los premia como si todo el fruto fuera suyo.

Mucho trabajó con el de la Predicacion el P. Francisco, copioso fué el fruto que cogió de la suya, innumerables las almas que le convirtió á Dios: y siendo la gloria toda de este Señor, se la da á él y quiere se asiente á su cuenta y que se diga de él que fué siervo fiel y provechoso, porque supo doblar su talento y que se le volvió con ganancia de tantas almas convertidas que fueron sin número. Solía en todos sus sermones exhortar á los pecadores á la confesion sacramental de sus culpas, diciéndoles que no tenían pudiendo otro remedio de las suyas; alentábalos con la confianza de la infinita misericordia de Dios, que no temiésen por muchos y enormes que fuesen sus pecados, que ese Señor no deseaba sino perdonar á los arrepentidos, y que si tenían empacho de confesarlos acudiesen á él, que él les daría remedio: y tuvo tal gracia con esta exhortacion, que acudían á él innumerablas almas.

Fueron muchas y notables las conversiones de pecadores que Dios obró por medio de su predicacion. Convirtió á muchos que había muchos años que estaban de asiento en sus pecados: muchos que estaban á mal vivir dejaron sus cómplices; y á muchas mujeres públicas convertíalas de cinco en cinco y de siete en siete, y dejaba despobladas las casas del demonio. A estas mujeres convertidas las acomodaba en casas de mujeres devotas y honradas donde estuviesen seguras del peligro de volver al vómito y las hacía proveer de todo lo necesario.

Tuvo tanta gracia en persuadir se perdonasen agravios, se dejase la venganza de ellos y se reconciliasen los enemigos, que estándolos persuadiendo desde el púlpito á voz en grito se levantaban en el auditorio los agraviados y perdonaban voluntariamente, principalmente los que tenían inveterados rancores por antiguos ó recientes homicidios; ya se levantaba la

madre á quien habían muerto el hijo, ya la mujer á quien habían muerto el marido, el padre á quien habían muerto el hijo, y el hermano á quien habían muerto el hermano, y los que trataban de la venganza ó del castigo de la justicia, á voces los perdonaban y desistían de su pretension. En sola la Cuaresma que predicó en la Parroquia de S. Juan de Valencia, se perdonaron cuarenta muertes, y en solo el perdon de la Pasion se perdonaron once; en un sermon que predicó de paso en la Iglesia mayor de Alcira se perdonaron nueve, y donde quiera que predicaba se veían estos admirables efectos de su predicacion. A los que voluntariamente perdonaban, desde el púlpito hacía que con la mano mostrasen su pañuelo, y allí acudía un Escribano público y con testigos recibía escritura auténtica del perdon, y despues procuraba se reconciliasen las partes encontradas, con que se atajaron en el Reino de Valencia muchos bandos y muchos homicidios y muy pesados disgustos que se temían. Caminando de la ciudad de Granada á la de Antequera pasó por la Lacha lugar corto: hallolo encendido en bandos y odios mortales de unos con otros, que se temían desdichas grandes; todos armados buscándose los unos á los otros para matarse. Doliose de ellos y pidió á Dios su remedio. Hizo tocar á sermon; dió traza para que le viniesen á oir ambas partes, y predicoles con tanto espíritu exhortándoles á la paz, que ántes que salieran de la Iglesia se hicieron amigos y se acabaron aquellas enemistades mortales que habían sustentado hasta entónces. Lo mismo hizo en Almansa; y no pasó por lugar que no dejase memoria de su caridad y de que no cogiese fruto de su predicacion.

En todos sus sermones traía un ejemplo ó caso espantoso de los castigos que Dios ha hecho de algunos pecados, con que confirmaba la verdad que persuadía. Y había hecho larga experiencia que era lo que más movía á los pecadores y el medio con que hacía más fruto. Preguntados los que Dios por su medio había convertido, qué les había movido, respondían que el ejemplo que había traido: y tocando con las manos los notables efectos que obraban, hacía escrúpulo de omitirlo, temiendo le pidiese Dios cuenta de su omision.

Los mozos y doncellas que á sus sermones se convirtieron á dejar el mundo y entrar en Religion fueron sin número. En la Cuaresma que predicó el año 1606 en la ciudad de Alicante en la Parroquia de Santa María, fué notable el fruto que hizo en ella. Fundose un Monasterio de Religiosas movidas de sus sermones. Fundó tambien una congregacion con título de Santa María Magdalena, su Patrona, de clérigos, caballeros, estudiantes y otras personas devotas; y para que tuviese más estabilidad, el Dean de la Colegial de la misma Ciudad que despues fué Obispo en Sicilia con otros señores clérigos se retiró en una casa fuera de los muros, donde vivían en comunidad como si fueran Religiosos y tenían cada dia juntos dos horas de oracion mental. A esta casa por ser capaz acudían los de la congregacion á los ejercicios de ella: los viérnes hacían una hora de oracion mental y hacían la disciplina, los Domingos confesaban y comulgaban, y por la tarde les hacía una plática el mismo Señor Dean. Entre los caballeros estaba repartido el cuidado de los pobres: unos remediaban los de la cárcel, otros los de las Parroquias, otros los del Hospital, otros cuidaban de componer los enemistados, otros de abogar por los pobres litigantes. Uno de ellos de su hacienda dejó renta para que se casasen cada año tres doncellas pobres, y despues se hizo Capuchino; y todos daban grande ejemplo de mucha virtud. A ejemplo de esta congregacion los estudiantes fundaron otra, y muchos de ellos se hicieron Religiosos y muchos Capuchinos, entre ellos dos clérigos.

Estaba la Ciudad tan trocada que parecía un Convento bien ordenado de Religiosos: los dias de fiesta era tanta la frecuencia de Sacramentos de hombres y de mujeres, que apénas podían dar recaudo los confesores de las Parroquias y Conventos; todos trataban de virtud y de servir á Dios; y fué tan conocido este fruto que hizo en esta Ciudad el P. Francisco con los sermones de una Cuaresma, que un Caballero de ella llamado Jusepe Palavesin no se halló en

ella al tiempo que la predicó por estar en Madrid, y vuelto á ella luego que se acabó viéndola tan mejorada de como la había dejado, se admiró y sin haber oido al P. Francisco conoció por el fruto que miraba que no podía ser sino un Apóstol en su predicacion, y depuso con juramento en las informaciones de la vida del P. Francisco, que halló tan trocada la Ciudad y con tanta virtud que si se buscara en ella un cómplice para un pecado mortal no se hallara. Y el P. Peralta Montañes de la Orden de S. Agustin, Predicador grande y de opinion de grande virtud, que al año siguiente de 1606 vino de Andalucia á Alicante á predicar la Cuaresma en su Colegial, viendo en todos sus vecinos tan loables costumbres que habían quedado de la doctrina del P. Francisco, dijo un dia en el púlpito, que acababa de dar gracias y alabanzas á Dios del estado tan feliz en que había hallado toda aquella Ciudad, que miraba á los seglares que vivían como clérigos, los clérigos como Capuchinos, y los Capuchinos como Angeles. Aquí tambien en Alicante instituyó que se les enseñase á los niños la doctrina cristiana por las calles los dias de fiesta Por la tarde los clérigos la enseñaban y hacían pláticas en las plazas, y los caballeros iban á porfía por quien había de llevar la cruz delante los niños.

En la villa Real de la Ollería predicó tambien una Cuaresma, y fuera del mucho fruto que allí hizo como en las demas partes, instituyó el llamado *convite de los pobres*, que se hace todos los años á honra de Santa Magdalena, el dia que en la Cuaresma se predica de la conversion de la Santa. Este dia acudían todos los años muchos pobres forasteros, hombres y mujeres, y en la lonja del lugar se ponían mesas con muy bueno y limpio adorno, y sentados miéntras comen, el Predicador despues de haber dado la bendicion á la mesa les hacía una plática; y de las casas más ricas se les enviaba la comida bien aderezada y con mucha abundancia, sirviendo á dichos pobres los jurados y los del gobierno, quitadas las capas y sombreros.

El P. Francisco trabajaba y estudiaba con mucho cuidado sus sermones; y echaba mano de la doctrina más provechosa y la que había de ser más á propósito y de mayor provecho para los que había de predicar. Muchas veces estudiaba hasta media noche, y sin haber dormido iba al coro á los Maitines (á que jamas faltaba ni á los demas actos de comunidad, á que fué siempre muy puntual, sino era cuando predicaba Cuaresma continua), y con haber estudiado con todo cuidado sus sermones, de ordinario llegando al púlpito se le olvidaba todo lo que traía prevenido, que ni de una sola palabra se acordaba; pero sentía en su espíritu impulsos grandes que le impelían á predicar otras materias diferentes de las que había estudiado, y dejándose llevar de aquel ímpetu y divino impulso experimentaba le administraba Dios la doctrina de que tenían más necesidad los que le habían de oir y le comunicaba tanto espíritu y fervor para predicarla, que conocía todas las veces que le acaecía esto, que la mano y virtud del Altísimo había andado en aquella obra. Lo descubría más en las conversiones notables de grandes pecadores, y experimentaba que en estas ocasiones no predicaba él sino Dios que le había administrado diferente doctrina y le había movido para predicarla y dado virtud á sus palabras para que obrase tan maravillosos efectos.

Predicando un dia en Valencia, llevado del ímpetu de este espíritu, dijo tantas grandezas y alabanzas de la virginidad y tantas excelencias del esposo de las vírgenes Cristo, que al último del sermon saco su imágen puesta en la cruz en una mano y en la otra una palma blanca, convidando con ella á la que con verdadera vocacion tomando aquel Señor por esposo le consagrase su virginidad. Oiale una señora doncella bien conocida que trataba de llevarse muy galana para casarse, y allí mismo propuso de ofrecer su virginidad á Cristo y de tomarle por esposo toda la vida, y en confirmacion de tan gallarda resolucion, sin dar cuenta á nadie de ella, se encerró en un aposento de su casa sola y se cortó el cabello que siendo como de hebras de oro era el ídolo de su vanidad, en cuyo aderezo había

gastado mucho tiempo, y quitose tambien las demas galas. Apénas había ejecutado esta resolucion, vió delante sus ojos una figura visible de Cristo Señor Nuestro por extremo hermosísima y con semblante muy apacible, que en todo aquel dia no se apartó de su vista, y cerrando los ojos la veía como cuando los tenía abiertos, y sentada ó estando en pié, caminando, ó subiendo ó bajando las escaleras de su casa, siempre la miraba delante de sí, gozando de su presencia y de su hermosa vista con indecible gozo de su alma todo aquel dia y el siguiente. Fué á comunicar su resolucion y el favor que Cristo la había hecho al P. Francisco, á quien dió cuenta de todo y del maravilloso efecto que Dios había obrado en su alma con su sermon, y que estaba con el mismo propósito de consagrarle con voto su virginidad y tomarle por su perpetuo esposo. Oyola con atencion el siervo del Señor y admiró las admirables obras de Dios; ponderó mucho la notable resolucion de esta doncella en haberse cortado el cabello y el favor que le había hecho Cristo en manifestársele en aquella imágen; juzgó era toda obra del cielo; dilatola el voto por algunos dias, y hallándola siempre constante en su primer propósito la aconsejó lo hiciese, y lo hizo en nuestra Iglesia estando presentes el mismo P. Francisco y otras personas; y para mayor seguridad sabiendo de ella que deseaba ser Religiosa, procuró que el B. Patriarca Juan de Ribera, á quien contó todo lo sucedido, la hiciese recibir en el Monasterio de Santa Ursula de Valencia de Religiosas descalzas de S. Agustin: donde entró y probó tan bien, que habiendo de salir de este Convento á fundar otro en la Villa de Benigani, fué ella una de las fundadoras y por su mucha virtud y prudencia fué electa Prelada de aquel nuevo Convento.

Hemos dicho que su ordinario modo de predicar era de los castigos, del juicio y de las penas del infierno, procurando mover á los pecadores al temor de Dios; con que había experimentados efectos maravillosos, que á unos era espuela que los sacaba del lodo de sus pecados, y á otros freno que los detenía para no cometerlos.

Muy admirable fué la conversion de uno pecador por las circunstancias que concurrieron en ella y por ser la culpa de este grande. Predicó el P. Francisco un Juéves santo por la tarde en nuestro Convento de S. Antonio de Madrid. Era sin número la gente de la Corte que le oía en un grande patio de la huerta del Duque de Lerma, en cuya casa estaban entónces nuestros Religiosos. Sacose el púlpito como era ordinario á la puerta de la Iglesia, predicó un sermon de mucho espíritu con fervor grande, hubo en el auditorio mucha mocion y muchas lágrimas, y para más moverle sacó al último la imágen de Cristo crucificado. Apénas tuvo la cruz en la mano, cuando la imágen de Cristo se desclavó de todos los tres clavos y dió sobre un hombre que estaba bajo el púlpito y de él cayó en el suelo á sus pies. Quedó como pasmado el P. Francisco, y sin hablar palabra diole el compañero la imágen de Cristo y él le dió la cruz: estuvo un rato orando teniendo su boca en la llaga de los pies de la imágen; el auditorio todo estaba suspenso, y de improviso rompió con una voz que pareció un trueno, diciendo: « Sin duda que en este auditorio hay otro Judas á quien ha bajado Cristo de la cruz á lavarle los pies manchados de su alma. » Había ponderado mucho en aquel sermon por haber sido del mandato la humildad de Cristo en haber querido lavar los pies á sus discípulos y en particular los de Judas, y las muchas diligencias que hizo para ablandar aquel obstinado corazon y volverlo á su amistad, y cuan pertinaz y sordo había estado el desdichado á las inspiraciones que le dió. Tomando motivo de esta doctrina, dijo que sin duda había en aquel auditorio otro Judas para cuya conversion había bajado Cristo de la cruz; y fué así, y no lo dijo sin particular impulso de Dios el P. Francisco, porque el hombre sobre quien cayó la imágen de Cristo era hereje, y entre sus herejías negaba la adoracion de las santas imágenes; otro Judas pero más dichoso que el otro, pues viendo á Cristo á sus pies se le rindió arrepentido de sus errores, que juntamente al dar sobre él su imágen, sintió con aquel toque otro más vivo

en su corazon que le trastornó toda su alma dándole conocimiento de sus errores; y respondiendo él á toque tan extraordinario de su gracia, allí mismo se dió por convencido. Otro dia fué y le contó al P. Francisco el maravilloso efecto que Cristo había obrado en su alma con el toque de su santa imágen y por medio de su predicacion, y que en adelante quería vivir católico, obediente á la Iglesia Romana. Procuró el P. Francisco que se reconciliase con la Iglesia y abjurase sus herejías, y lo hizo así.

Que fuese milagroso este desclavamiento de los tres clavos de la cruz á un mismo tiempo de la imágen de Cristo, fuera de que lo prueba la conversion admirable de este que siendo hereje se hizo católico, lo confirman tambien muchas circunstancias. Una es que la materia de que estaba labrada esta imágen era márfil de cuarta y media de largo y los brazos apegados cada uno de su pieza, y siendo de materia tan delicada, cayendo de alto del púlpito sobre el hombre y de él en tierra, no se rompió un átomo de ella con tener algunas labores muy delicadas y sútiles, y toda aquella Cuaresma la habían sacado en los púlpitos nuestros Predicadores y siempre la hallaron firme y segura; y por ser de materia tan blanca como lo es el márfil para que moviese más cuando la viese el pueblo, el P. Baltasar de Lérida predicador nuestro, que en el siglo había aprendido el arte de pintar, quiso sobre lo blanco del márfil estampar de carmin las señales de los azotes, y para hacerlo en las espaldas de la imágen jamas pudo sacar ninguno de los tres clavos con que estaba clavada en la cruz por más que él lo procuró con algunos instrumentos, y lo hubo de hacer estando clavada, para que se conociera que el haberse desclavado de todos tres á un mismo tiempo había sido obra maravillosa de la divina bondad para lo que se valió de la predicacion del P. Francisco.

Llevado el P. Francisco de su celo procuraba con el golpe agudo de la espada de la palabra de Dios quitar la vida viciosa de los que le ofendían pública y torpemente, y derribaba y destruía las aras en que muchos ofrecían sacrificio de sus afectos á los ídolos de sus locas aficiones.

En todas las partes que predicaba Cuaresma, el P. Francisco procuraba instituir la oracion de las Cuarenta Horas los tres dias de carnaval, teniendo en todas ellas patente el Santísimo Sacramento con toda la decencia y culto debido de luces y de música, y de que se predicase los tres dias (y él mismo los predicaba); todo para estorbar los pecados que aquellos dias se suelen cometer, y donde quiera que él predicaba no se conocía carnaval. Despues de haber predicado salía de la Iglesia con todos los niños del lugar cantando la doctrina cristiana por las calles: él mismo llevaba delante de ellos la cruz diciendo: « Los que son del bando de Cristo sigan esta bandera », con que todo el pueblo le iba siguiendo y llegado á las plazas hacía plática, y con esta santa invencion apartaba á la gente de los divertimientos vanos de aquellos dias, convirtiendo en servicio de Dios los que el demonio le tiene usurpados para sus ofensas.

Esta devocion de tener el Santísimo patente estos tres dias, decía él que era el ejercicio piadoso con que más guerra se le hace á Satanas. Era devotísimo de este divino Sacramento: honrábale mucho y procuraba le honrasen y alabasen todos; y fué el primero que comenzó en el principio de sus sermones á decir: *Sea alabado el Santísimo Sacramento*, con ocasion que el Beato Patriarca Juan de Ribera había concedido cuarenta dias de indulgencia en su Arzobispado á todos los que lo dijesen, y despues el Papa Paulo V concedió indulgencias á instancia del Católico Rey Felipe III. El P. Francisco de Sevilla fué pues el primero que lo introdujo en el púlpito, y de él han tomado en toda España costumbre tan loable todos los Predicadores.

Hizo fruto grande con sus pláticas en los Monasterios de Religiosas, exhortándolas á puertas cerradas á ellas solas al retiro de criaturas y á dejar correspondencias innecesarias de los de fuera y á darse al trato con Dios en la oracion y á la observancia de sus institutos y aspirar á la perfeccion á que estan obligadas.

Fué dotado con el don de Profecía

con luz tan clara de las conciencias y de cosas futuras, que todas las que dijo habían de suceder tuvieron verdadero cumplimiento como lo prueban los casos siguientes.

Predicando una vez en la Real Villa de Alcira reprendió algunos vicios públicos y singularmente el del odio y venganza y sangrientos bandos que llevaban entre sí los vecinos de este lugar y los de la Ribera del Júcar. Les pronosticó que si no ponían fin á sus rencores, habían de experimentar la ira de Dios con un castigo que verían presto. Fué á predicar á Algemesí que está no muy distante de Alcira, y como tenían el mismo mal les anunció el mismo castigo, declarándoles que había de caer tanto granizo que les había de dejar destruido todo el término. Y dentro quince dias predicó en Guadacuar que está igualmente no muy distante, y como estaban tocados del mismo vicio les amenazó con el mismo castigo y les declaró que sería de granizo; y dentro de solos tres dias fué tan cierto el pronóstico, que al tercero dia cayó tanta multitud de piedra y tan recia que dejó destruidos todos los términos de estos tres lugares para algunos años.

En la Ciudad de Játiva predicando otro año les amenazó con otro castigo y que presto verían sobre sí, si no ponían término á las ofensas de Dios; que ya Dios tenía el azote en la mano para descargar sobre ellos el golpe pesado de sus enojos. Fué tan puntual su cumplimiento que pasados pocos dias de haberlo dicho, á 13 de Junio dia de S. Antonio de Padua cayó tanta piedra que por cuatro años quedaron como estériles los árboles y plantas de todo su término. — En la Ciudad de Alicante, hablando con una señora viuda llamada la Lloreta, que tenía dos hijos y dos hijas la dijo, siendo entónces niños, que todos los cuatro se consagrarían á Dios: que los hijos serían Eclesiásticos y Religiosas las hijas; y fué así, que el uno fué Menor Observante, el otro fué clérigo, y las dos hijas entraron Monjas en el Monasterio de la Sangre de Cristo de la misma Ciudad.

Saliendo un dia de predicar de la Iglesia parroquial de la Ollería, volvió la cabeza hácia atras y vió á un hombre forastero con una mujer también forastera que como pobres habían acudido al convite de Santa Magdalena (como se dijo arriba). Llamó al hombre y en secreto le dijo: « Diga, mal hombre, ¿qué ha hecho? diga, mal cristiano, ¿qué escándalo ha dejado en su tierra por esa mujer que trae consigo? por haberla robado de casa de sus padres; que por esta causa su linaje y el de ella estan en bandos para matarse cada dia, y V. la lleva consigo diciendo que es su mujer, y no es más que su amiga, que vive amancebado con ella. » Pensó caerse allí muerto el hombre, viendo manifiesta la verdad, y que el P. Francisco supiese lo que había pasado y pasaba en su lugar tantas leguas distante de allí, pues estaba en Castilla la Vieja. Temblando lo confesó al P. Francisco, y le pidió remedio para su culpa. Díjole que se viera despues con él; y lo primero trató de que con las debidas condiciones se casase con aquella mujer, y despues de casados escribió á su tierra con un testimonio de como lo estaban: con que cesaron los bandos de ambas partes.

En una de las Cuaresmas que predicó en Valencia, volviendo un dia despues de haber predicado á nuestro Convento, estando ya para entrar en él, dijo á su compañero, que era el P. Rafael de Valencia: « Vamos adelante » (cosa que no había hecho otra vez en toda la Cuaresma ni despues la hizo otra): y caminando más léjos halló una mujer sola sentada cubierta con su velo ó manto. Llegó á ella y la preguntó qué era lo que aguardaba allí. Negole ella la verdad, y él la dijo: « ¿no sé yo que está aguardando á un hombre con quien tiene concierto de ofender á Dios? » Turbose la mujer, y aunque lo negaba, convencida de su conciencia y de lo que el P. Francisco la decía, viendo no lo podía saber sin que Dios se lo hubiera revelado, llena de empacho confesó que era como él le había dicho; y el P. como la viese ya arrepentida y con muchas lágrimas, la acompañó á una casa honrada y la encomendó á unas señoras para que la tuviesen consigo aquel dia asegurándola del peligro.

Había predicado en la Iglesia de nuestro Convento de S. Antonio de Madrid á las mujeres públicas nuestro

P. Diego de Quiroga (que despues fué confesor de la Emperatriz María); un domingo de Cuaresma por la tarde: predicolas como un Apóstol, convirtiose una sola; eran muchas y sentía su caridad no se convirtiesen todas, y vuelto al coro donde estaba la comunidad de los Religiosos dijo en alta voz: « P. Guardian, por mis pecados no se conviertcn estas mujeres: haga V. P. que salga otro P. Predicador que las predique, y salgan de sus desdichas. » Tomándole del manto al P. Francisco lo sacó el P. Guardian á la Capilla mayor donde estaba el púlpito y las dichas mujeres: no subió á él ni se quitó el manto; quedose en la peana del Altar, y desde allí las predicó con espíritu grande de la muerte y del peligro de condenacion en que se ponen los que habiendo vivido mal toda la vida aguardan á su hora última volverse á Dios y el hacer penitencia de sus pecados. Grande y admirable fué su celo en dicho sermon.

Predicando un Domingo de Cuaresma por la tarde en el Convento de S. Antonio de Madrid á infinito pueblo, que por ser tanto fué fuerza sacar el púlpito no á la puerta de la Iglesia sino á un patio grande que estaba á la entrada del palacio de la huerta del Señor Duque de Lerma, donde como ya hemos dicho estaban nuestros Religiosos. No se había comenzado apénas el sermon, cuando de repente se movió una tempestad de vientos tan recios y cubriose el cielo de nubes tan oscuras que se tuvo por cierto dispararían una lluvia grande, y como ya empezase á llover, el auditorio que se hallaba al raso comenzó á inquietarse y moverse para huir del turbion que ya les estaba amagando para ponerse en salvo. Dijo entónces el P. Francisco: « Nadie se mueva; que no será nada. » No lo acabó bien de decir, como si á su querer obedecieran los vientos, en un punto paró la tempestad y se serenó el cielo con admiracion de todos; y acabó su sermon, que se tuvo por cierto lo procuró Satanas estorbar con aquel turbion por el fruto que temía había de hacer el Siervo de Dios con él en las almas.

Vinieron el 1609 de parte del Rey de Persia dos embajadores á nuestro Católico Rey Felipe III, el uno era infiel y el otro era cristiano. Este oía con mucho gusto predicar al P. Francisco y donde quiera que sabía que predicaba en la Corte le iba á oir, y experimentando que sin entender la lengua Castellana le entendía sin perder nada de lo que predicaba, se persuadió que sería lo mismo si oía á los otros Predicadores de la Corte. Oyó á algunos, y no les entendía palabra, con que conoció era favor que Dios le hacía de que entendiese al P. Francisco, que predicando el lenguaje que los demas, sólo á él le daba gracia para que le entendiese para que se aprovechase de su doctrina; con que donde quiera que predicaba le seguía, experimentando cada vez esta maravilla.

Predicó una vez en la Iglesia mayor de Granada, y habiendo reprendido algunos pecados y escándalos públicos, los amenazó con un castigo de la ira de Dios y que le sentirían presto. Uno de los Canónigos de aquella santa Iglesia que le estaba oyendo, ofendido de tal pronóstico dijo: « Este Fraile ó es loco ó algun santo. » No pasaron muchos dias cuando él y toda la Ciudad experimentaron su verdad con unos terremotos tan universales y tan espantosos en toda ella, que cayéndose muchos edificios, temiendo no se viniera toda al suelo, huyeron todos al campo para salvar sus vidas, conociendo todos la verdad de la prediccion del P. Francisco: y el dicho Canónigo decía: « No es loco este Religioso como yo pensaba; santo es y alumbrado de Dios. »

Había predicado el P. Francisco el Domingo primero de Cuaresma por la mañana en la Iglesia mayor de la ciudad de Orihuela, y convidó para la tarde á su auditorio para predicarles sermon del juicio en la Iglesia Parroquial de Santiago, por ser su templo muy capaz. Al mediodía estaba ya tan lleno de gente, que no había quien entrase; y era más la gente que estaba fuera que la de dentro. Dos caballeros mozos confiados que por serlo se les haría cortesía, porfiaron por entrar; toparon con unos labradores que por no dejar el puesto que tenían no les hicieron la cortesía que deseaban: con que empeñándose con palabras, uno de estos caballeros ofendido de las del

labrador, tomó la espada y el labrador hizo lo mismo, con que se alborotó y escandalizó todo el auditorio, viendo desacato tan público hecho á Dios en su misma casa. Avisaron al P. Francisco, suplicándole fuese presto á predicar para que no sucediese lo que se temía por la mucha gente que iba cargando, porfiando todos por entrar en la Iglesia. Subió al púlpito y afeó y reprendió con tanto espíritu y seguridad la culpa que se había cometido contra Dios en su templo y en su presencia, que se admiraba (añadió) como no se había abierto la tierra y tragádosele vivo al que había perpetrado culpa tan enorme y escandalosa. Oíalo todo el caballero y se apoderó de su corazon un temor tan grande que tenía por cierto se había de abrir la tierra y se lo había de tragar como el P. Francisco decía que se lo merecía. Acabose el sermon, y al salir de la Iglesia el P. Francisco, llegó el caballero que no se atrevía á hablar al predicador, llegose á su compañero (que era el P. Juan de Valencia) y le dijo: « Padre, dígale al Padre Predicador que este caballero es el culpado y está arrepentido de lo que ha hecho y aparejado á la satisfaccion que le señalare; que está con tanto temor que no se atreve á salir de la Iglesia, temblando no se le abra la tierra y le trague en poniendo los pies en la calle. » Dijoselo el P. Juan al P. Francisco, y mirando al caballero le dijo que le siguiera á casa del cura, é hizo que llamasen tambien al labrador, con quien había tenido la pesadumbre. Cargó mucha gente por ver el fin de aquel suceso. El P. Francisco volvió á afear y reprender la culpa de aquel caballero, tratándole de mal cristiano y que había perdido á Dios el respeto en sus ojos y en su casa y delante de todo el pueblo; y añadió que no viviría mucho tiempo en pena del sacrilegio que había cometido. El caballero le dijo que por mucho que le dijese, conocía merecía más por ser más malo de lo que había manifestado: que allí le tenía para la satisfaccion que le mandase hacer. Díjole el P. Francisco: « Quítese la capa y la espada »: y al punto lo hizo. « Bésele, le dijo, los pies á este labrador »: y postrado se los besó con ser caballero de lo más principal de la Ciudad. Luego dijo al labrador que quitada la capa y la espada besase los pies á aquel Caballero. Resistiole este, diciendo que no lo permitiría: que se los mandase besar otra vez, que sólo era él el culpado. Díjole el P. Francisco que estuviera quedo, y el labrador se los besó: y despues hizo se abrazasen ambos con admiracion y lágrimas de cuantos se hallaban presentes y de cuantos tuvieron noticia de lo que había pasado; y el Señor Obispo D. Andres Balaguer que se hallaba entónces en la Ciudad, cuando lo supo, admirado, dijo: « Esta es obra de Dios: no quiero más castigo de este desacato del templo que el que el P. Francisco ha tomado; no me atreviera yo á tanto con la autoridad que tengo. » Y lo más prodigioso de este suceso fué, que este caballero preparado con tales sentimientos de penitencia, murió dentro de pocos dias, como se lo había pronosticado el P. Francisco.

Las mujeres malas que se convertían á penitencia en sus sermones, procuraba ponerlas en casas de señoras honradas donde estuviesen seguras hasta que les saliese comodidad de casarse ó de entrar en el Monasterio de S. Gregorio de la Ciudad de Valencia, en el cuarto que había en él para las arrepentidas. Una de las casas en que tenía como en depósito miéntras no entraban en esta casa de S. Gregorio á estas mujeres, era la de Luisa Salcedo mujer de virtud, de opinion y de edad, que cuidaba mucho de las que el P. Francisco la encomendaba, de que perseverasen en su buen propósito. Una de ellas, tentada de Satanas y cansada de tanto retiro, arrastrada de la mala costumbre pidió á la dicha Luisa Salcedo que le abriese las puertas, que no quería más encerramiento. La devota mujer, conociendo era aquella tentacion del demonio, hizo cuanto le fué posible por quitarle á aquella mujer aquellos sus pensamientos, pero todas sus diligencias le salieron inútiles, y no pudo divertirla de su dañado intento; pero no quiso hacer lo que la pedía sin dar primero de ello noticia al P. Francisco: fuele á hablar á nuestro Convento de Valencia, é informándole de la causa de venirle á hablar y de las diligencias

que tenía hechas, la oyó atento sin responderla palabra, levantó los ojos al cielo, y habiendo estado suspenso un rato la dijo: « Vaya, ábrale las puertas á esa desdichada mujer; despídala presto, que es de las condenadas al infierno; no se detenga: vaya, échela, échela. » Extrañó la Luisa Salcedo tan extraña resolucion, y sin replicarle se despidió de él con ánimo de no ejecutarla sin consultarlo primero con el Hermano Francisco de Jesus, varon insigne en santidad, Carmelita Descalzo, que aquellos dias se hallaba en Valencia, venerado por santo de todos. Fuese á verse con él para decirle lo que le acababa de decir el P. Francisco, y estando ya para entrar en la Ciudad por la puerta de Serranos, vió que salía por ella el Hermano Francisco de Jesus, y viéndola, desde léjos ántes de llegar á ella la dijo: « No repare, eche, eche á esa mujer, que está condenada al infierno. » Quedó la Luisa Salcedo, como se deja entender, más atónita viendo la respondía el Hermano Francisco á su pensamiento ántes de comunicársele; y viendo que dos Religiosos tan santos sin haberse comunicado eran de un mismo parecer en cosa tan notable, tuvo por cierto habían tenido ambos la misma revelacion de Dios. Y vuelta á su casa y dicho á la mujer lo que le habían dicho de ella los dos santos Religiosos, hallándola pertinaz la despidió: la cual se fué á Játiva, donde un dia la mató un hombre dándola muchas puñaladas; muriendo sin confesion, y quedando tan fea y hedionda que no pudiendo sufrir su mal olor sus compañeras dejaron la casa, y no había quien pudiese llegar á ella para enterrarla, dejando á cuantos lo supieron con grandes temores de que se había condenado. Si la desdichada hubiese querido arrepentirse, las predicciones de los dos Siervos de Dios hubieran sido su salvacion, pues tales amenazas son condicionales.

Semejante á este fué el caso que se sigue de otra semejante mujer que el mismo P. Francisco despues de convertida en un sermon suyo había retirado á la misma casa de la dicha Luisa Salcedo. Esta desdichada mujer arrastrada de su pasion, fingiendo estar enferma pidió que le abriese las puertas, que quería irse á curar al Hospital. Conoció la Luisa Salcedo que aquella desdichada cubría su dañado afecto con este aparente color y que su enfermedad era del alma y no del cuerpo, y procuró con otras devotas mujeres que se hallaban con ella con muchas razones desviarla de su mal propósito. Estando en esto oyeron llamar á la puerta: fué la devota Luisa Salcedo á ver quien era, y halló que era el P. Francisco, y alegre le dijo: « Dios trae á V. P.; no podía llegar en mejor ocasion. Fulana está determinada de irse, y estamos persuadiéndola que deje su mal intento, y hasta ahora hemos trabajado de valde. » Entró donde estaba con las demas esta mujer, y despues de haberse cansado en vano en persuadirla su bien, hallándola siempre pertinaz, se levantó en pié y vuelto á Luisa Salcedo la dijo: « Eche á esta mujer; ábrale las puertas; despídala, que es de las condenadas al infierno; y para que vean es cierto lo que digo, mírenla y veran que señal tan espantosa tiene en las espaldas »: y dicho esto se fué. Para mayor desengaño de esta mujer las que quedaron con ella la descubrieron la espalda, y vieron en ella una mancha negra al modo de una berengena de que salían como ramas unas uñas del mismo color que se extendían por toda la espalda, lo que las causó admiracion grande, y con ella comenzaron de nuevo á persuadir á aquella mujer que desistiera de su dañado intento y que reparase en lo que el P. Francisco le había dicho, que no podía saber la señal tan espantosa que tenía en sus espaldas, si Dios no se lo hubiera revelado; que temiese su condenacion. Fué todo en vano, y tomando las puertas se entró por las del infierno, volviendo á la casa de su torpe trato, y en ella murió desdichadamente sin confesion.

Célebre fué la profecía del P. Francisco al tiempo de la expulsion de los moriscos de este Reino de Valencia, repitiéndola muchas veces, de que no les tuviesen temor porque la persecucion era contra ellos y que no harían el menor daño á los cristianos. Esto lo repitió muchas veces y no lo

podía decir sin particular revelacion del cielo que le certificase de ello, porque el Rey Felipe III temiendo no se levantasen contra el Reino se previno para su defensa con los dos tercios de Nápoles y Lombardía, y todos los naturales de él con este mismo recelo estaban con las armas en las manos. La multitud de los moriscos era sin número: solos los de este Reino pasaban de diezcientos y cincuenta mil, y los de los demas Reinos de España, Castilla, Aragon, Cataluña y la Andalucia, pasaban de nueve cientos mil: y se temía no se diesen la mano los unos á los otros, viéndose echar de España y despojar de sus haciendas y mandar que pasasen á tierras extrañas: y los de este Reino intentaron el levantamiento, y se hicieron fuertes la mayor parte de ellos en lo alto de dos sierras, en la del Aguar y en la de la Muela de Cortes; y en medio de tantos motivos de temor el P. Francisco afirmaba que estábamos seguros y que no teníamos que temerlos, que el menor daño no recibiría de ellos ninguno de los cristianos. Este certificó en nuestro Convento de la Ollería, cuando por estar distante de la Villa y rodeados de muchos lugares de moriscos, los del consejo de ella determinaron que nos entráramos en su lugar; y cuando tratábamos de entrarnos aquella misma noche, llegó de Játiva el P. Francisco, y vista la resolucion de todo el Convento á voces dijo que nos estuviésemos quedos, que no había que temer, que no nos harían los moriscos el menor daño, que todo era contra ellos; y á su instancia nos detuvimos sin entrar tres dias, y en ellos confirmó muchas veces lo mismo y todas las tres noches las pasó cantando muy alegre en la Iglesia: y despues de entrados en la Villa los Religiosos, un dia despues de haber dicho Misa les hizo á todos una plática que toda fué confirmar lo que tenía dicho tantas veces de que no teníamos que temer á los moriscos, que la persecucion era contra ellos y que no recibiría ningun cristiano el menor daño. Así lo vimos cumplido con admiracion y gozo de todo este Reino; que se salieron de él y se fueron á embarcar á sus puertos sin ofender á solo un cristiano.

Estaba muy enfermo en su lugar de Almucafas Juan Peris que había recibido del P. Francisco algunos beneficios espirituales: á que mostrándose agradecido, pidió le recibiesen por Hermano de nuestra Orden, y recibía y hospedaba á todos nuestros Religiosos cuando pasaban por su lugar. Estaba tan al cabo, que se tenían perdidas todas las esperanzas de su vida. Estando solo una vez, vió que entraba en su aposento el P. Francisco y lo consoló y dijo que no temiese, que no moriría de aquella enfermedad, que presto estaría bueno: y despidiose de él diciendo que no se podía detener que pasaba de largo. El enfermo pensando que iba de camino, comenzó á dar voces á los de su casa diciendo: « No dejen pasar al P. Francisco sin que coma primero. » Extrañaron los de casa oir las voces del enfermo mayores que sus fuerzas, y acudiendo presto á ver lo que quería, volvió á repetir que no dejasen salir de casa sin que comiese primero el P. Francisco: — « ¿ Qué P. Francisco ? dijeron ellos. — El de Sevilla, el Capuchino ¿no está ahí? — Ni el P. Francisco de Sevilla ha estado aquí, ni hemos visto ningun Capuchino. — Pues ahora se va de aquí. — A V. se le debe antojar — (pensaron que deliraba con la fuerza de la calentura). Y él afirmaba que no era antojo. — Aquí ha estado conmigo, y me ha dicho que no moriré de esta enfermedad, que presto estaré bueno. » — La repentina salud del enfermo hizo creible que no había sido imaginacion sino verdad lo que les había dicho, y el mismo Juan Peris afirmaba con juramento que le había visitado el P. Francisco y dicho que presto estaría bueno, y se comprobó despues que al mismo tiempo estaba en su Convento.

Cuando el P. Francisco volvió de Castilla á Valencia en la ocasion que el Consejo Real trató de desterrarle de Madrid por su predicacion, como dijimos arriba, la mañana que llegó á nuestro Convento de la Sangre de Cristo se apareció á una señora devota y muy conocida suya, muy afligida y que necesitaba de su consuelo. Viole sobre un bufete de su casa entre dos candeleros: alegrose en ver-

le, ni ella le dijo á él palabra con la admiracion de tan extraña y repentina vision, ni él á ella y luego desapareció. Quedó atónita la señora de lo que había visto con sus ojos; revolvía en su pensamiento muchas cosas, y no podía persuadirse sino que había muerto y con aquella aparicion la había querido certificar de su muerte y despedirse de ella. Con estos pensamientos se fué á nuestro Convento y preguntó al Portero si tenían algun aviso de Madrid del P. Francisco de Sevilla. Respondiole que aquella misma mañana había llegado de Madrid. Suspendiose la mujer con la respuesta, y preguntando á qué hora había llegado, informada de la hora sacó que á la misma le había visto en su casa, para que por su vista procurase saber de él y le buscase para el consuelo de que entónces necesitaba.

En el lugar de la Roda había una Hermana de nuestra Orden que hospedaba á nuestros Religiosos cuando iban de camino y pasaban por allí. Esta señora tenía un hijo mozo de más de treinta años, y estando una vez muy enfermo se le apareció solo el P. Francisco de Sevilla, y estando con todo su juicio y sentidos enteros le vió y oyó que le dijo que presto estaría bueno y se desapareció á sus ojos y se probó que en aquel tiempo estaba muy léjos: y la cobrada y presta salud hizo más verdadera la milagrosa aparicion.

Tantos milagros obró la divina omnipotencia por medio de la predicacion del P. Francisco de Sevilla, cuantas fueron las conversiones de pecadores que obró por la suya, que por tantos no se les sabe el número, mucho mayores que los que sabemos obró en el cuerpo, por ser el alma mucho más excelente que aquel. Con todo no le dejó de honrar tambien con la gracia de estos, si bien son pocos los que han llegado á nuestra noticia pero admirables. (*En las Crónicas hay otros*).

En la Ciudad de Antequera habían concertado nuestros fabriqueros un horno de cal para la fábrica del nuevo Convento de nuestra Orden que allí se había fundado. Los hornos que de ella se hacían en aquella tierra pasaban de mil caires. Para ello se juntaban más de cincuenta hombres pobres jornaleros que vivían de este trabajo: unos para arrancar la piedra, otros para cortar la leña, y otros para armar el horno. Miéntras se hacía esta prevencion, se empeñaba esta pobre gente en muchos maravedises para sustentar sus casas y familias. Tenían ya armado el horno y todo ya á punto para pegarle fuego; dejáronlo de hacer para despues de dos fiestas que venían juntas, y en una de estas, sin saber cómo, se pegó fuego al monte donde tenían recogida toda la leña que tenían prevenida y el fuego prendió poderosamente de ella. Acudió toda esta pobre gente á remediar este daño y no sólo no les permitió llegar cerca el fuego, pero les apartó léjos de sí la voracidad de sus llamas. Afligidos viendo era imposible el remedio de aquel daño, bajaron desconfiados del monte y en una calle de la Ciudad toparon con el P. Francisco á quien con lágrimas significaron su afliccion y el trabajo y necesidad de sus casas, quien compadeciéndose dijo: « Encomendémoslo á Dios », y allí mismo se arrodilló en la calle, y juntas delante el pecho las manos, puestos los ojos en el cielo hizo una breve oracion. No habían acabado la suya, cuando vieron del todo apagado el fuego como si le hubieran echado encima un rio de agua. Viendo el prodigio la pobre gente alegre comenzó á dar voces: « ¡Milagro, milagro! ». Levantose del suelo el P. Francisco y les dijo: « No se alboroten; demos gracias á Dios », y se fué á prisa al Convento. Y para que se manifestara había sido milagrosa aquella obra, se reconoció la leña y se halló se había quemado muy poca cuando á juicio de todos pensaron hallarla echa toda ceniza.

Vivía entre temores y esperanzas, conociendo que miéntras viviese en este valle de lágrimas corría peligro de perder á Dios. Esperaba el gozarle, que era lo que le había de asegurar de no poderlo perder: y el estar en tinieblas sin saber cuando, doblaba sus penas. Pero consolole el Señor de que presto se acabarían sus trabajos y le daría la posesion segura de lo que tanto deseaba, revelándole el dia último y ho-

ra de su muerte dichosa como lo manifestó en diferentes ocasiones.

Predicó un dia de fiesta en la Iglesia mayor de Antequera, y acabado el sermon se despidió de la Ciudad diciendo que no les predicaría otro en aquel púlpito, que aquel era el último sermon, y que no le oirían ya más predicar en él: y si bien siempre que predicó fué con mucho espíritu y mucho fruto de los oyentes, en este sermon mostró mayor fervor con mucha mocion y lágrimas del auditorio, porque se despedía de ellos, teniendo por cierto moriría presto y que había tenido revelacion de su muerte. Exhortolos á la enmienda de sus vicios y á que temiesen la ira de Dios, que le tenían muy irritado por tantos pecados. Y efectivamente no les predicó más en aquel púlpito porque murió presto. Fué copioso el fruto que hizo en este sermon, y en particular muchos dejando el siglo se entraron Religiosos y muchos se hicieron Capuchinos.

Vuelto á nuestro Convento, despues de este sermon, enfermó luego de una tan grave enfermedad que se conoció quería Dios ejercitar la virtud de su paciencia, y que le fuese purgatorio con que purificada su alma subiese sin padecer las penas del de la otra vida á su gloria. Pues como se supo, la Hermana Catalina Fuentes (de quien hemos hecho memoria otras veces) tuvo revelacion de que había de padecer en esta vida ántes de morir el Purgatorio; y cuando esta revelacion faltara, lo penoso y molesto de esta enfermedad manifestaba que lo era el que con ella padeció, porque los dolores fueron grandes y vehementes, no dándole treguas por espacio de cincuenta dias á ningun género de descanso ni alivio: sin permitirle el estar recostado en la cama, sino que hubo de estar todo este tiempo sentado en una silla, con grande hastio para la comida, pasando todas las noches sin dormir, siendo en lo más fuerte del invierno. No se puede decir más de lo que padeció de dolores é incomodidad, que la fuerza de unos y otra le vació el uno de los dos ojos dejándole del todo ciego de él, y quedó tan deshecho que no le quedó más que la piel sobre los huesos. Aquí descubrió las muchas virtudes de su alma: una profunda humildad, una extremada paciencia y una conformidad grande y muy alegre con la divina voluntad, cantando con su regalada voz en medio de tantas penas, y alabando y dando gracias á Dios por las que le daba, teniendo admirados y edificados á cuantos llegaban á verle.

Sabiendo llegaba ya el término último de su vida, con las ánsias con que siempre vivió de la salvacion de las almas, quiso con las mismas dar el último remate á su vida. Hizo que los Religiosos convidasen á toda la Ciudad para el dia de S. Esteban por la tarde para predicarles un sermon Sabían ya todos el estado en que le tenía la enfermedad, y para oir su doctrina, sospechando sería esta la última vez, acudió la Ciudad toda á la Ermita de nuestra Señora de la Cabeza donde estaban nuestros Religiosos de prestado. Llenose todo aquel campo de gente: hízose el devoto enfermo bajar en brazos de los Religiosos, por no poder por su pié por su mucha flaqueza, y sentado en una silla á la puerta de la misma Ermita predicó un sermon con tanto fervor de espíritu que pareció un Apóstol, y con voz tan esforzada que se oyó de la otra parte de la Ciudad con haber mucha distancia; cosa que le había sucedido otras dos veces en Valencia: una predicando dentro de la Iglesia mayor de Alcira, le oyó estando en nuestro Convento que está distante como una milla tan claramente el P. José de Vara de Rey, como si se hallara dentro la misma Iglesia, y otra en Játiva le oyeron de su Castillo predicando en la plaza de Sta. Tecla. En este sermon fué lo mismo; y como sabía que era el último, parecía con sólo él querer convertir á Dios á todo el mundo. Despidiose de la Ciudad segunda vez, diciendo que no le verían ya otra vez vivo, que al otro dia de S. Juan Evangelista á aquella hora estaría muerto; exhortolos al servicio de Dios y á su temor santo, reprendió con fervor grande sus pecados, y descargó su conciencia para delante de Dios de como les había predicado la verdad de que ellos mismos le serían testigos el dia del juicio. Oyendo toda la Ciudad de Antequera al P. Francisco que no le

verían más vivo y que al otro dia á la misma hora le verían muerto, toda hizo un llanto grande, doliéndoles el perder tan grande varon; deshaciéndose todos en lágrimas, y sentían se acabase el sermon por gozar más de su vista y de su presencia. Acabole y en brazos le volvieron á su celda. No sabía apartarse de aquel lugar la gente, deseosos de hallarse á su dichoso tránsito que tan presto les había dicho que había de ser, hasta que la noche les obligó volver á sus casas.

Hiciera dudoso que había de ser al otro dia la muerte del P. Francisco la accion tan alentada como le habían visto predicar aquella tarde, que predicó como si no tuviera mal ninguno, y juzgaron había sido sobre sus fuerzas y mucha flaqueza, y que si Dios no se las hubiera dado fuera imposible su ejecucion. Llegado á su celda pidió le dieran los Santos Sacramentos y dispúsose para recibirlos con mucha devocion. Al recibir el Santo Viático, pidió perdon con tanta humildad de sus defectos á los Religiosos y despidiose tan tiernamente de ellos, que todos sin poder reprimir su dolor lo desfogaban en lágrimas y sollozos. Pidió como verdadero pobre Evangélico al Prelado le hiciese caridad de un hábito viejo para el entierro de su cuerpo difunto; diósele la Extremauncion estando con sus sentidos enteros. Y recogido al interior de su alma, elevada toda en Dios con fervorosos afectos, con mucha paz y quietud interior y exterior estuvo esperando su amorosa venida á quien con admirable serenidad y quietud entregó su alma adornada de virtudes y rica de merecimientos ganados con el trabajo de tantos años empleados en la viña del Señor con tan copioso fruto de almas que le ganó con su provechosa predicacion. Murió el P. Francisco de Sevilla á 27 de Diciembre del año 1615, dia de S. Juan Evangelista, su gran devoto, como el dia ántes lo había pronosticado.

Fué notable la mocion y concurso de toda la Ciudad de Antequera luego que supo su muerte, para venerar su cuerpo como de Santo. Unos á otros se hacían estorbo por verle y tocarle, y llevar alguna cosa suya por reliquia; hiciéronle pedazos el hábito, arrancáronle los cabellos de la cabeza y pelos de la barba: y fué esto con tanta porfía, que con mucho trabajo se le pudieron hacer los funerales y enterrar el dia siguiente, honrando los hombres á su cuerpo á cuya alma honraban Dios y sus Angeles en el cielo, como de su mucha virtud y admirable vida piamente se puede creer.

D. Pedro Lazo Caballero de los más principales de Antequera estaba enfermo de unas muy ardientes y malignas calenturas, y con ellas una melancolía tan pesada que todo le daba pesadumbre, ni á su misma mujer permitía le viniese delante. Llegó al último extremo: desahuciado de los médicos y recibidos ya todos los Sacramentos, fueron á nuestro Convento por Religiosos para ayudarle á bien morir. Hallábase en esta ocasion en dicho Convento el médico que le visitaba, el cual dijo: « A este Caballero le quita la vida la melancolía, con que muchos dias há que ni come ni duerme. » Fué á verse con los Religiosos que iban á ayudarle á bien morir, y uno de ellos dijo tener un pedazo de una costilla del P. Francisco de Sevilla, y que confiaba que si la aplicaban al enfermo le daría Dios salud por los méritos de su siervo. Llegaron á la cama donde estaba el enfermo, y nuestros Religiosos y el médico se arrodillaron delante un altar que allí había, suplicando á Dios tuviese por bien de darle la salud por los méritos de su siervo el P. Francisco; y hecha esta oracion, llegaron á la cama y le dijeron que allí le traían una reliquia del P. Francisco de Sevilla, que se encomendase á él con fe y confianza, que por sus méritos le daría Dios salud. Tomó con sus manos la reliquia, venerola como de santo y aplicándola á su rostro se quedó con ella dormido. Aguardó el médico que despertase, hízolo al cabo de dos horas, llamando alegre á prisa á su mujer que le diese su ropa para vestirse y levantarse porque estaba del todo bueno; que el P. Francisco le había alcanzado la salud. Quedaron todos igualmente alegres y admirados de ver vivo al que ya lloraban por muerto: él pedía á prisa de vestir para levantarse, y lo hubiera hecho á no

hallarse allí el médico que le detuvo que no lo hiciese hasta al otro dia, que se levantó sano y bueno como si no le hubiera pasado mal alguno, dando gracias á Dios y al P. Francisco: confesando el médico era milagrosa su salud, y con más veras el Caballero que la experimentaba y gozaba entera.

En la misma Ciudad de Antequera estaba enfermo un mozo de edad de diez y siete años, hijo de unos vecinos de la misma Ciudad: tan grave que los médicos desconfiados de su vida lo habían desahuciado y hecho le diesen los Santos Sacramentos. Su mismo padre fué á nuestro Convento por Religiosos, para que le ayudasen á bien morir, quienes acordaron llevarle el manto del P. Francisco, confiados que llegándoselo á poner le había de alcanzar de Dios salud. Cuando llegaron á su casa la hallaron toda en un grito, llorando todos al hijo que había ya muerto; y su madre lastimada dijo á los Padres que ya venían tarde, que ya había muerto su hijo; y al parecer de todos lo estaba, y teniéndolo por tal le habían cubierto el rostro con la sábana. Nuestros Religiosos, teniendo fe grande en los méritos del P. Francisco, le echaron encima su manto y le descubrieron el rostro, y el que tenían y lloraban por muerto abrió los ojos, de que quedaron admirados los presentes; y diciendo que ya se sentía bueno por la intercesion del P. Francisco de Sevilla, allí mismo agradecido á Dios y al siervo de Dios por la vida y cobrada salud, se la ofreció toda la que había de vivir, hizo voto de hacerse Religioso Capuchino y lo cumplió aunque vivió poco tiempo despues de haber tomado nuestro hábito. (Véanse tambien las *Crónicas* p. 4, l. 3).

Fr. Mariano de Cerdeña, Lego.

Este Religioso fué tan esclarecido en virtudes y milagros, que será siempre el honor y la gloria de nuestra Orden y su Provincia. Quisiéramos aquí poder dar alguna noticia de sus padres, de su conducta de vida en el siglo, y de su venida á Cataluña; pero nada se escribe de esto en las informaciones que se tomaron, solamente se dice que fué natural de Alguer, ciudad de la isla de Cerdeña, y que en Tarragona tenía un hermano boticario, llamado Juan Sirera. Este hermano sería tal vez la ocasion de dejar aquella isla y venir á nuestro Principado, donde deseoso de servir á Dios con perfeccion, vistió nuestro hábito capuchino el año 1582. Era este año el quinto de la fundacion de la Provincia, época en que el fervor, la austeridad y la mortificacion resplandecían tan admirablemente, segun hemos dicho varias veces. Entre estos fervorosos ejemplos y entre estas prácticas santas se formó aquel espíritu grande de nuestro Fray Mariano, haciendo tales progresos en el ejercicio de las virtudes, que llegó á conseguir grande opinion dentro y fuera del claustro. Su principal estudio fué el de la oracion, donde saben hallar los buenos Religiosos preciosos recursos espirituales, para adelantar en la perfeccion de su estado. Por más varias y distractivas que fuesen las ocupaciones de limosnero, á que le destinó la obediencia de los Prelados, siempre hallaba tiempo para vacar á la oracion, y entregarse á la contemplacion de lo celestial hasta unirse con su Divino y amado Dueño. Cuando volvía de su limosna tomaba el rosario en la mano y hacía su oracion, advirtiendo al compañero que no le dijese cosa alguna; y al llegar al convento, recibida la bendicion del Prelado, se iba á la iglesia, donde se detenía algun rato en oracion, sin que le sirviese de impedimento el cansancio ó la fatiga del trabajo pasado. En las noches alargaba más este santo ejercicio, creyendo sin duda que aquel tiempo de retiro y de silencio es la ocasion más oportuna para tratar con Dios, y merecer sus gracias y bendiciones.

Cuales fuesen entónces los ardores de su corazon, cuales los incendios de su interior, cuales las elevaciones de su espíritu, no lo hallamos expresado con individuacion; pero el andar él muchas veces como extático y fuera de sí, y algunos arrobamientos que se observaron en él, nos persuaden que mereció recibir aquel don de contemplacion que Dios suele conceder á sus

más fieles siervos. Estuvo el Siervo de Dios muchos años en nuestro convento de Lérida ejerciendo el oficio de limosnero, y sucedía no pocas veces que yendo por las calles de la ciudad, si los seglares le preguntaban alguna cosa, apénas sabía responder al intento, lo cual visto por aquellos que le hablaban, dejaban por entónces el asunto que trataban. Halló una vez á ciertos canónigos que le llamaron, pero él ninguna respuesta les dió: y preguntándole despues el compañero por qué se había llevado de aquel modo al parecer tan poco urbano, respondió que no había visto ni oido aquellos Señores.

Más singular fué el éxtasis ó arrobamiento que tuvo en una procesion que hicieron nuestros Religiosos á la ciudad. Iba el Varon santo en dicha procesion, y por el camino se detuvo sin advertirlo los otros; pero cuando lo hallaron ménos, volvieron algunos donde estaba, y lo hallaron no solamente arrobado en espíritu, sino tambien elevado en el aire. Fué tambien muy singular otro arrobamiento que tuvo en nuestra Iglesia, en ocasion que la Comunidad hacía los oficios funerales á cierto Religioso nuestro difunto. Ejercía entónces el Siervo de Dios el oficio de crucífero ó de llevar la cruz, y fué visto tan arrobado y fuera de sí, que puestos los ojos en el cielo, estaba levantado de la tierra como medio palmo, teniendo siempre la cruz de la procesion en las manos: y cuando llegó la ocasion de llevar al difunto á la sepultura, así como los demas Religiosos caminaron á la capilla, él permaneció firme en su rapto sin moverse, hasta que el P. Guardian tomándole por el brazo, y llamándole por su nombre, le hizo volver en sí, y juntarse con los otros en la capilla. Otra vez fué tambien visto en el presbiterio de nuestra iglesia elevado de tierra como tres ó cuatro palmos. Y podemos creer que en otras muchas ocasiones gozaría de semejantes raptos y elevaciones de espíritu, las cuales él con su mucha humildad procuraría ocultar.

Mas no fueron estos los únicos frutos que Fray Mariano sacaba de su fervorosa oracion, ni los únicos dones celestiales con que el Señor se dignó ilustrarle. Ardía su corazon en llamas de amor de Dios y de sus prójimos: sus palabras estaban llenas de sabiduría y de celo para el bien de las almas: sus deseos eran inflamados en órden al socorro de las necesidades temporales y espirituales, procurando en todo el provecho de sus hermanos. Y para que estos deseos y ardores consiguiesen el debido efecto, se dignó el Señor comunicarle el don de profecía, el de conocer los interiores, el de curaciones, y el de milagros, dispensándole estos dones con tanta liberalidad, que parece le hizo depositario de los efectos admirables de su Divina Omnipotencia. Todo lo cual se manifiesta claramente en los casos particulares que vamos á referir, verificados casi todos en la ciudad de Lérida, donde el Siervo de Dios habitó por muchos años.

Uno de los objetos que movían la compasion del Varon santo eran las necesidades y miserias de los pobres, las cuales procuraba remediar en cuanto le era posible, valiéndose para ello de las personas ricas, singularmente de la piedad del Ilustrísimo Señor Don Francisco Virgilio, Obispo de Lérida, quien dispensaba largas limosnas á peticion y direccion del Siervo de Dios. Pero su principal recurso era á la Providencia admirable del Señor, en la cual hallaba medios prodigiosos para alivio de los necesitados. Acaeció una vez que habiendo recogido tres panes blancos de los que llamaban de canónigo, para nuestros Religiosos enfermos, al volver al convento halló un pobre que le pidió limosna, y dióle uno de aquellos panes; despues á breve rato halló otro pobre, y dióle tambien otro pan; y hallando por fin un tercer pobre, dióle asimismo el pan tercero. Entónces díjole el compañero por qué había dado aquellos panes, siendo tan necesarios para los Religiosos enfermos; á lo cual respondió el Varon caritativo: « Calle, hermano, y mire que los tres panes que me dieron para los enfermos aquí los tengo »: y mostrole tres panes hermosos como los primeros milagrosamente proveidos. Cierto hombre pobre acudía á veces á nuestro convento de Lérida entrando la noche, y pedía á Fray Mariano alguna

limosna para remediar su necesidad y la de sus hijos. Dábale el Siervo de Dios alguna porcion de pan, si lo había en el convento, pero cuando este faltaba le socorría del modo siguiente. Decíale que fuese á la cruz de la puerta llamada dels Boters, y que allí arrodillado se santiguase, dijese el Ave María é invocase el nombre de Jesus, y despues tomase lo que hallase. Hacíalo el buen hombre así como Fray Mariano le ordenaba, y veía un efecto admirable de la Divina Providencia, porque en las gradas de aquella cruz hallaba á veces porcion de pan, y otras veces cantidad de dinero, con que por entónces podía remediar su necesidad.

En otra ocasion encontró en una calle de la misma ciudad de Lérida á un pobre estudiante, que le pidió alguna ropa para vestirse, de que tenía mucha necesidad; y movido á compasion el Varon pio, entró á la tienda de un mercader, llamado Salabert, á quien suplicó hiciese la caridad de vestir aquel pobre estudiante; y como el tendero quisiese saber quien daría la paga, díjole Fray Mariano que no reparase en ello, que el buen Jesus daría la satisfaccion. En efecto, habiendo dado el paño al estudiante, vino dentro poco tiempo á la misma tienda un mancebo de linda disposicion, el cual informado del valor de aquel paño, lo satisfizo enteramente. Admirado el tendero, y deseoso de saber quien fuese aquel mancebo que nunca había visto, lo preguntó al mismo Fray Mariano, quien no le dió otra respuesta sino que confiase en la bondad de Dios: de donde se creyó que aquel mancebo habría sido algun Ángel del Señor. Sucedió un año en la misma ciudad que los gusanos de seda padecieron tal enfermedad, que casi todos morían. Temiendo esta desgracia cierta Señora llamada Juana Fort, lo comunicó al Siervo de Dios, el cual pasando al lugar donde estaban los gusanos, los bendijo con la señal de la cruz, y despues dijo á la Señora que confiase en el buen Jesus, que él los guardaría: « pero mirad, le añadió, que cuando les dareis de comer, debeis hacer sobre ellos la señal de la cruz con el primer puñado de comida, y juntamente direis estas palabras: Animalejos de Dios, comed por amor de Dios y de la Madre de Dios. » Todo lo practicó la dicha Señora, y tuvo la felicidad de ver sus gusanos de seda buenos, abundantes, y aprovechados, sin padecer la enfermedad que era tan comun á los otros. Fué una vez á cierta casa de Lérida, y pidió limosna de pan; y como la mujer le dijese que no podía darle porque no lo tenía: « id, le replicó el Siervo de Dios, id á la artesa, que bien hallareis. — No puede ser, respondió la mujer, porque hace ya seis meses que no se ha amasado pan en esta casa, y ahora que son las nueve horas de la mañana, estamos ayunos yo y mis hijos por no tener pan. — Confiad en el buen Jesus, dijo el Varon santo, id á la artesa diciendo « Jesus », que seguramente hallareis. » Fué la mujer por complacerle, y vió uno de los prodigios admirables de la Divina providencia, hallando la artesa llena de pan blanco y hermoso en tanta cantidad, que el tapador no podía cerrarse; de lo cual quedó la pobre mujer tan atónita y admirada que con las lágrimas en los ojos confesó su incredulidad al Siervo de Dios, y le llenó las alforjas de aquel pan venido del cielo. Un prodigio semejante mereció ver tambien Juan Llopis de Lérida, á quien el Varon santo aconsejó que mirase la artesa para la limosna de pan que pedía. No podía el buen hombre creer que lo hubiese, por cuanto aquella misma mañana le había sido preciso recurrir á la tienda á buscar pan para el almuerzo de sus trabajadores; no obstante como el Siervo de Dios le instase que fuese á mirar la artesa diciendo « Jesus », asegurándole que lo hallaría, fué y halló no sin admiracion cuanto pan había menester el Varon santo.

Pidió una vez limosna de vino para las Misas en otra casa de Lérida, y como le dijesen, que una sola tinaja que tenían de aquella cualidad, se había vuelto agrio del todo: « Vamos á probarlo, respondió Fray Mariano, que yo quiero saber si puede servir para las Misas. » Con esto fueron al sótano, donde el Siervo de Dios bendijo la tinaja con la señal de la cruz, y arrodillándose dijo el Ave María junto con los demas quee staban presentes; des-

pues abrió la canilla invocando el nombre de Jesus, y sacando un poco de vino lo hallaron tan bueno y delicioso, cual lo pudiera ser el mejor de la ciudad; y considerando que esto no podía ser sino un milagro manifiesto, llamáronla en adelante « la tinaja del milagro ». Fué semejante el prodigio que obró en otra casa, pues diciéndole que no podían favorecerle con vino para las Misas, por ser muy poco el que había en la tinaja, y ese muy turbio: « Andad, dijo el Varon santo á una mujer, y decid tres veces *Jesus*, que vino bueno hallareis ». Fué ella á probarlo, y abriendo la canilla salió el vino claro y limpio con tal abundancia, que salía tambien por el agujero del tapador que estaba más arriba, quedando con la admiracion que es regular. Admiraron tambien semejante maravilla dos vecinos de Lérida, llamado el uno Gay, y el otro Pedro Cuberas, los cuales dificultaban dar limosna de vino al Siervo de Dios por el poco que tenían en la tinaja; pero aconsejándoles el Varon santo que fuesen á mirarlo diciendo « Jesus », vieron un aumento tan prodigioso, que el uno halló la tinaja llena, y el otro muy abundante, de modo que por mucho tiempo dió vino para el uso de la casa, y aun pudieron sacar once cántaros cuando quisieron limpiarla. Los pajes y criados del Señor Obispo Virgilio quisieron hacer burla del Siervo de Dios, en ocasion que le pedía limosna de vino para las Misas. Tenían ellos una tinaja con tan poco vino que lo daba solamente como un hilo, y fingiendo liberalidad, dijeron al Varon santo que él mismo lo tomase de aquella tinaja, con el fin de reirse y burlarse. Acercose él y dijo arrodillado el Ave María, despues abrió la canilla, y vieron todos que aquella tinaja dió tal abundancia de vino, que no sólo hubo para llenar el frasco del Siervo de Dios, sino tambien para beber por mucho tiempo, quedando ellos no ménos admirados que confusos.

Otro sugeto de Lérida, á quien Fray Mariano pidió limosna de aceite, se excusaba darla con motivo de ser poco el que tenía en casa; mas él le dijo que tuviese fe, que nada perdería con aquella limosna: y para mayor seguridad le persuadió que hiciese en la pila una señal en el lugar donde llegaba el aceite. Hízolo así aquel sugeto, y habiendo el Siervo de Dios tomado su limosna, halló que el aceite había subido un palmo sobre la señal que había hecho. En otra ocasion pidió cuatro cántaros de aceite á Jaime Montalt vecino de Tamarite, y para animarle á esta limosna hizo el mismo Varon santo una señal en la pila, diciendo á aquel devoto que el aceite no bajaría de allí. Verificose esta promesa con tanta puntualidad, que habiendo sacado el aceite, hallaron que ninguna diminucion había en la pila. A cierta Señora de Lérida pidió tambien limosna de aceite, y como ella se la concediese no tan abundante como deseaba, le dijo el Siervo de Dios que no reparase en ser más liberal, y que confiase que ninguna diminucion hallaría en la pila. Con esto le concedió cuanto aceite pedía, y aunque por entónces la pila disminuyó tres dedos, pero mirándola al dia siguiente, halló que estaba igual como ántes de hacer la limosna.

Semejantes prodigios obraba tambien el Siervo de Dios cuando pedía limosna de huevos para nuestros Religiosos enfermos. Pidiola una vez á cierta mujer de Lérida, y como ella respondiese que no tenía en casa, dijo el Varon santo á un aprendiz de la misma casa que fuese á mirarlo, diciendo « Jesus », que seguramente hallaría. Fué el muchacho, y halló tres docenas, y escondiendo seis de ellos, dió los demas al Siervo de Dios, el cual conociendo con luz sobrenatural el engaño, le dijo que fuese á buscar los seis que había ocultado, como así lo hizo. A otra mujer que tambien decía que no podía favorecerle con huevos por no tener en casa, le dijo el Varon santo que volviese á mirarlo diciendo « Jesus », que cuantas veces lo diría tantos huevos hallaría. Fué ella y dijo cuatro veces « Jesus », y realmente halló cuatro huevos, los cuales dió francamente al Siervo de Dios. Asimismo dijo á otra mujer que fuese á tal parte diciendo el Ave María, y hallaría una docena dentro una arca; y en efecto los halló allí mismo y se los concedió. Estos prodigios eran tan frecuentes en el Siervo de Dios, que apénas ha-

bía casa en Lérida en que no hubiese acaecido alguna cosa notable en esta materia.

De otra naturaleza fueron los prodigios que ahora vamos á referir. Deseó una vez el Siervo de Dios llevar al convento algun poco de pescado para alivio de los Religiosos, cuyo asunto trató con cierto devoto del lugar llamado Torres de Segre; el cual viendo venir á cierto pescador, le pidió si podía favorecerlos con algun pescado, pero este le respondió que ninguno había cogido en toda la noche. Entónces Fray Mariano le dijo que volviese al cañar, y confiase en el buen Jesus, que bien hallaría. Se resistía el buen hombre, diciendo que el ser de dia y el agua clara, ningun motivo daban para la esperanza. « No repareis en volver, replicó el Siervo de Dios, id con confianza, que yo sé que hallareis »; y añadiendo el devoto del lugar sus ruegos, le obligaron al fin á que volviese al rio. ¡Caso raro y prodigioso! aquel pescador que en toda la noche no había cogido pez alguno, ni esperaba poderlo coger, vió y halló el cañar ó instrumento que tenía en el rio tan lleno de pescado, que no pudiendo él solo llevarlo, fué menester que otro le ayudase; y así admirado del suceso concedió á Fray Mariano cuanto pescado quería. Otro prodigio semejante sucedió con ciertos jóvenes que pescaban tambien en el rio Segre. Pidioles el Siervo de Dios algun poco de pescado para los Religiosos, y como ellos respondiesen que en aquella ocasion ninguno se podía coger, díjoles Fray Mariano que fuesen con confianza á pescar aquella vez á su favor, que seguramente hallarían: « pero mirad, les añadió, que ántes de hechar la red, direis arrodillados el Padre nuestro y Ave Marías, y despues direis tres veces: por amor del buen Jesus pescamos. » Todo lo practicaron aquellos jóvenes, y echando la red en un charquillo poco proporcionado entónces para peces, sacaron la primera vez tal abundancia, que todos quedaron atónitos y espantados, admirando la santidad del Siervo de Dios. Pidió una vez el Varon santo limosna de leña para el convento á cierta casa de Lérida; á cuya peticion respondió la criada que no podían favorecerle porque ninguna leña tenían en casa, y aunque Fray Mariano la persuadía que fuese á mirarlo diciendo « Jesus », ella se resistió por dos veces, asegurando siempre que no había. « Vaya, le dijo al fin el Varon santo, vaya al sótano, y tráigame alguna porcion de aquel monton que está arrimado á una cuba. Fué allí la criada, y realmente halló un monton de leña en el lugar señalado por el Siervo de Dios, de lo cual quedó muy admirada por saber que tal leña no estaba ántes en casa, y así le concedió cuanta leña quiso llevarse. En el pueblo de Alguáire pidió limosna de cebada á cierto labrador llamado Francisco Arcalis, el cual le respondió que la cebada que tenía en casa estaba acabada sin haber quedado un grano, pero que cuando abriría la troj le remitiría á Lérida una buena limosna. Replicole el Siervo de Dios diciendo que fuese á reconocer el aposento donde la tenía, y dijese tres veces « Jesus », que sin duda hallaría. Hízolo así el buen labrador, y halló un saco de cebada donde estaba cierto no había cantidad alguna.

Margarita Vilar de Lérida y una sobrina suya comunicaron á Fray Mariano la pena y sentimiento en que se hallaban por haber perdido una sortija de oro que tenía una piedra de mucho valor, la cual por inadvertencia habían metido en la colada: y habiendo practicado diferentes diligencias, nunca pudieron hallarla. « No tienen que afligirse, les dijo el Siervo de Dios, que sin duda la hallaran con el favor del buen Jesus: vayan á mirar el rio: que seguramente estará allí. » Habían ya las criadas practicado esta diligencia de reconocer el rio, pero sin fruto; no obstante, á la persuasion del Varon santo volvieron á reconocerlo, y tuvieron el gozo de hallar la sortija con lo demas en que estaba atada. Hallándose otra Señora tambien afligida por haber perdido la llave de un aposento, dijo el Siervo de Dios á una doncella que fuese á mirar en la azotea, que sin duda la hallaría, pues él sabía que estaba allí. Fué y realmente halló la llave en un lugar que habían reconocido muchas veces. En casa de cierto caballero de Lérida, llamado Castellvell, perdieron un jumentillo, sin que pudiesen hallarlo con

las muchas diligencias que practicaron dentro y fuera de la ciudad. Estando en este cuidado, vino á la dicha casa Fray Mariano, el cual sabiendo el caso, les dijo no estuviesen con cuidado del jumentillo, ni practicasen diligencias por hallarlo, porque él por sí mismo volvería; y que solamente les pedía que tuviesen confianza en el buen Jesus, que dentro tres dias lo hallarían á la puerta. Todo se verificó así como el Siervo de Dios lo predijo, pues el jumentillo se volvió sin que nadie lo guiase, y pasados los tres dias le hallaron por la mañana á la puerta de la casa. Andres Alos de Lérida había perdido un rosario, que estimaba mucho pos las santas reliquias que había tocado, y siendo inútiles las diligencias que practicó por hallarlo, comunicó al fin esta pérdida al Siervo de Dios, rogándole le encomendase al Señor. Hízole el Varon santo la señal de la cruz en el pecho, y le dijo fuese á su casa diciendo « Jesus », y al entrar hallaría el rosario perdido. Cumpliose así puntualmente, que al entrar salió su mujer con el rosario, diciendo que entónces lo había hallado. Finalmente fué tan universal en Lérida esto de hallar las cosas con decir « Jesus », despues de acudir al Varon santo, que despues de muerto Fray Mariano, quedó por adagio, cuando se desconfiaba de hallar alguna cosa, el decir: « Decid *Jesus*, que bien lo hallareis », aludiendo al dicho acostumbrado por el Siervo de Dios.

Todo lo hasta aquí dicho nos manifiesta claramente las luces superiores con que Dios ilustraba á este su Siervo, en prueba de cuan agradable era á sus Divinos ojos. Entremos ahora en otra enumeracion de sucesos no ménos prodigiosos ni ménos admirables que los antecedentes, los cuales no descubriran con mayor claridad cuanta era la santidad de este insigne Religioso, y cuantos los favores que merecía recibir del Señor. Dijimos arriba que su corazon ardía en deseos fervorosos de la salvacion de las almas, á cuyo fin se valia ya de exhortaciones, ya de avisos funestos, con que conseguía el provecho espiritual de no pocos. Halló una vez el Siervo de Dios á un estudiante de los que cursaban en la Universidad que entónces estaba en Lérida, y habiéndole saludado con su salutacion ordinaria, que era: « Sea alabado el buen Jesus », le dijo: « ¿Por qué Vuestra Merced no se pone bien con el buen Jesus? »; y como el estudiante le pidiese sus oraciones para este fin, le añadió Fray Mariano: « Vaya á su casa y despida lo que tiene en su aposento, y despues confiésese, porque presto le llamará Dios á su residencia. » Quedó el estudiante espantado, porque entónces tenía en su aposento una mujer para ofender á Dios; y valiéndose del aviso que le dió el Varon santo, despidió la mujer, y habiéndose confesado, enfermó y murió dentro quince dias. En la misma ciudad de Lérida estando un señor Canónigo muy cercano á la muerte, deseaba ver al Siervo de Dios para su consuelo: pero un pariente suyo procuraba impedirle la entrada con motivo de los bienes temporales. Despues de algunas diligencias pudo al fin entrar á visitar al enfermo, y como el pariente quisiese tambien estar presente, volviose á él Fray Mariano, y tomándose el hábito con la mano, le dijo: « Señor mio, este hábito no va tras de haciendas ni de bienes temporales. Lo que á vos os conviene, es que os prepareis, porque hareis el octavario ó el cabo de octava. » ¡Suceso maravilloso! Murió el Canónigo enfermo, y al cabo de ocho dias murió tambien aquel pariente interesado, en cumplimiento de la profecía del Siervo de Dios.

A otro sugeto que vivía enredado en cierto vicio con escándalo público, avisó el Varon santo con los desengaños de la muerte, y al fin le dijo que moriría en una cárcel: cuyo anuncio profético se verificó puntualmente, siendo preso aquel hombre por órden del Virrey, y muriendo despues en la cárcel. Más funesto fué el anuncio que hizo á cierto Eclesiástico, que vivía malamente con una mujer. Deseando el Siervo de Dios la salvacion de su alma, le amonestó muchas veces que dejase aquel trato y enmendase su vida; pero viendo que sus amonestaciones nada aprovechaban, le dijo al fin que si no corregía su mala vida supiese que Dios permitiría que

muriese dentro pocos dias, y que tal vez no tendría tiempo de confesarse. Despreció tambien el insensato Eclesiástico esta temerosa amenaza del Varon santo, perseverando en su criminal trato; pero no tardó en ver y experimentar su funesto cumplimiento, porque, yendo á la iglesia en la mañana del dia de Navidad, ciertos bandoleros le dispararon con arma de fuego y cayó muerto en tierra, dejando acreditada la profecía del iluminado Varon. Mejor fruto y más saludable efecto produjo una amenaza semejante que el Siervo de Dios hizo á otro sugeto que tambien vivía mal con escándalo público. Fué una vez Fray Mariano á su casa, y preguntando á la mujer donde estaba su marido, respondió ella que estaba ausente. «Pues decidle, añadió el Varon celoso, que yo he estado aquí, y que digo que deje la mala vida que lleva y se enmiende, y sino que tema que la ira del Señor no venga sobre él.» Prometió la mujer cumplir lo que le dejaba encargado, pero despues resolvió callarlo á su marido, á fin de no aumentar la afliccion que pasaba con él. Estando en esto vió otra vez entrar al Siervo de Dios, quien ilustrado con luz superior de la resolucion que había formado, le dijo que no temiese en decir á su marido lo que le había encargado, pues que él confiaba en Dios que le sería provechoso, sin producirle daño alguno. Con esto al volver su marido no dudó darle el recado, el cual confirmó tambien el mismo Fray Mariano en ocasion de hallarlo en una calle, y fué aviso tan eficaz y tan saludable, que aquel hombre se enmendó de su mala vida, y dentro poco tiempo murió muy contrido y reconocido.

Un hombre de Lérida había perdido en el juego una cantidad grande de dinero, cuya pérdida le afligió tanto, que tomando un cordel, iba á ahorcarse. Por fortuna halló cerca de un callejon al Varon santo, el cual conociendo con luz sobrenatural su dañada intencion, le pidió el cordel que llevaba, y dándole una fervorosa correccion, le exhortó á tener confianza en Dios, que no faltaría en socorrerle, como así fué; resultando de aquí el remedio de aquel miserable, que tan desgraciadamente iba á perderse. En un pueblo del Rosellon llamado Forcas, había cierta mujer que llevaba una vida tan amarga con su marido que quería desesperarse. Llegó á aquel pueblo Fray Mariano con el fin de hacer alguna allega, y entrando en la casa de dicha mujer, le refirió por órden todas sus penas y trabajos; y como ella lo admirase mucho, por no haberlo comunicado á nadie, le dijo el Siervo de Dios que no dudase en ello, porque lo sabía muy bien, y que había venido allí no tanto para la limosna, cuanto para su remedio y consuelo: y añadiendo á esto una caritativa exhortacion á la misma mujer, y despues otra á su marido, les dejó en paz y tranquilidad en que vivieron en adelante. Dos casados, vecinos de Lérida, llevaron por el tiempo de siete meses una vida muy llena de angustias, aunque por otra parte pasaban estas amarguras con tanto secreto y disimulo, que nadie lo entendía. Solamente Fray Mariano conoció con luz superior el estado penoso en que vivían estos casados, y deseoso de su paz y concordia, los llamó á solas, y supo corregirlos y darles tales avisos, que en su misma presencia se pidieron perdon, y vivieron en lo sucesivo muy unidos y hermanados.

Una doncella por nombre Isabel, hija de Juan Estall, labrador y vecino de Lérida, comunicó á Fray Mariano con el fin de consolarse algunos trabajos que pasaba; pero el Siervo de Dios le anunció y predijo otros trabajos mayores que le sucederían en el discurso de su vida, diciéndole que sería casada, despues viuda, y otra vez casada, y tendría un hijo que se llamaría José, y que en todos estos estados sería perseguida de muchos por razon de su hacienda, y padecería muchas necesidades, aprietos, y peligros, hasta llegar á no tener pan que comer; pero que confiase en el buen Jesus, que sería consolada y saldría bien de todo. Todos estos anuncios fueron muy verdaderos. y se cumplieron del mismo modo que el Siervo de Dios lo predijo, segun lo declaró la misma mujer bajo juramento con las palabras siguientes:

« Todo me ha sucedido así como él me lo dijo hasta el dio de hoy, que estoy casada en segundas nupcias. Y no puedo pensar otra cosa de su virtud y santidad, sino que lo vió todo en espíritu, y que Dios nuestro Señor se lo reveló para que me lo dijese tanto tiempo ántes que sucediese, pues ha pasado puntualmente como me lo profetizó. » Así se explica la dicha mujer.

Otra doncella tambien de Lérida, que se llama en su declaracion Mariana Viñas, estaba muy afligida con motivo de habérsele mal gastado alguna hacienda que tenía, con la cual esperaba acomodarse. Comunicó esta su afliccion á Fray Mariano, rogándole que la encomendase á Dios y á la Vírgen, para que le proporcionasen tal casamiento que pudiese servirla y pasar la vida honradamente. Habiendo el Siervo de Dios oido á esta doncella, le dijo que perseverase en la devocion de la Vírgen María nuestra Señora, confiando que por su medio conseguiría todo el bien que deseaba; y en particular que le rezase todos los dias el santo Rosario, y cuando no pudiese, que dijese tres veces la *Salve Regina* en obsequio de su purísima Concepcion, suplicándole que le gardase la castidad. « Y si así lo haceis, añadió, tened confianza en el buen Jesus, que os otorgará lo que por medio de su santísima Madre le pedireis. Y para mayor consuelo vuestro, os digo de parte de Dios y de la Vírgen, que sereis presto casada segun vuestro estado con un hombre de bien y de nacion Frances, á quien nunca habreis visto ni hablado, y con él pasareis una vida sosegada, sin que os falte que comer, y podreis servir á Dios y á la Vírgen, y juntamente salvar vuestra alma. » Toda esta larga profecía la vió cumplida la sobredicha doncella, segun ella misma confiesa, diciendo que no pasaron muchos dias que trataron su casamiento con un hombre de nacion frances, y de oficio hornero, á quien nunca había visto ni hablado, y que vivió con él muchos años honradamente, y con paz y tranquilidad, segun el vaticinio del Varon santo.

Fueron una vez á nuestro convento de Lérida dos mujeres con el fin de comunicar á Fray Mariano cierta pena interior tan oculta que la una no sabía la de la otra. Entráronse á la iglesia, y hallando al Siervo de Dios puesto en oracion, esperaron que la concluyese por no interrumpir su devocion. Mas el Varon santo cuando se levantó, sin esperar que le llamasen, se fué á ellas, y dió á cada una en particular el remedio que necesitaba su pena, adivinándoles cuanto le querían decir; de lo cual quedaron ellas no ménos admiradas que consoladas, creyendo que Dios le había revelado en la oracion lo que estaba oculto en su interior.

Un padre castigó á su hijo por algunas travesuras que había hecho, de cuyo castigo se indignó tanto el hijo, que llegó á decir que cuando sería grande quitaría la vida á su padre. Acertó á pasar por allí Fray Mariano, y habiendo sabido la causa del enojo del muchacho y lo que había proferido, acercóse á él y le dijo: « No digas estas cosas, hijo, que son mal dichas. Tu con el tiempo seras tan buen hijo, que llegaras á ser Sacerdote, y rogaras por tu padre, y seras el consuelo de tu madre » Verificose todo así como el Siervo de Dios lo predijo, llegando aquel muchacho á ser clérigo y beneficiado de la iglesia parroquial de San Lorenzo de Lérida, en cuyo destino no se olvidó del alma de su difunto padre, y favoreció á su madre como buen hijo. Ana Gispert de Lérida se hallaba muy afligida por la muerte de un hijo suyo á quien amaba mucho. Fué á visitarla el Varon santo, y para consolarla le dijo que en lugar de aquel hijo, que había ido al cielo, el buen Jesus le daría otro hijo; cuya promesa se verificó con toda puntualidad. En Juneda, pueblo no muy distante de Lérida, hospedose el Siervo de Dios en casa de cierta Señora llamada San Andreu, y habiendo sabido que en seis años de casada no había tenido hijos, la hizo la señal de la cruz, profiriendo los nombres de Jesus, María, José, Francisco, Antonio, y la exhortó que ella hiciese lo mismo por nueve dias continuos, asegurándola que no le faltaría sucesion. Cumplió la Señora este consejo del Varon santo, y al cabo de un año

mereció el consuelo de tener un hijo, y despues tuvo algunos otros.

Una mujer de Lérida por nombre Antigua Gomar, estaba muy enferma, y consolándola el Siervo de Dios, le dijo que se resignase á las disposiciones del Señor, cuya voluntad era que no saliese de aquella enfermedad; y despues le declaró el dia que debía morir, verificándose todo así como lo predijo. A otro enfermo, llamado José Barcelo, dijo tambien que se resignase á la Divina voluntad y se consolase, porque el Señor quería llevarlo al cielo, y por consiguiente que se preparase en aquel poco tiempo que le quedaba de vida. Murió en efecto el enfermo, y hablando el Siervo de Dios con los de la casa, les aseguró que su alma había subido al cielo sin pasar por el purgatorio. Asimismo estando un caballero gravemente enfermo, y no queriendo cumplir la obligacion que tenía de casarse con cierta dama, le prometió el Varon santo la salud y la vida, si le daba palabra de cumplir aquella obligacion. Prometiolo el enfermo y sanó de su dolencia. — Fueron otros muchos los enfermos cuya vida ó muerte era bien conocida por el Siervo de Dios, verificándose los anuncios que hacía, ya fuesen en órden á sanar ó en órden á morir. Añadiremos algunos ejemplos á los referidos, que nos confirmaran no sólo el espíritu de profecía que le ilustraba, sino tambien la virtud prodigiosa con que remediaba así las enfermedades como otras dolencias.

Miguel Juan Revert, escribano de número de Lérida, tenía un hijo que por el tiempo de cuatro ó cinco años estuvo enfermo, cuya enfermedad se agravó una vez de tal modo, que le redujo á punto de espirar con sentimiento grande de sus padres. En esta ocasion vino á su casa Fray Mariano, y compadecido de sus lágrimas les dijo que confiasen en el buen Jesus, que es consolador de afligidos, estando ciertos que su hijo no moriría de aquella enfermedad; como en efecto así se cumplió, mejorando el enfermo desde aquel punto hasta convalecer perfectamente de aquella enfermedad que por tantos años le había afligido. Otro enfermo, llamado Miguel Voltor, se hallaba tan cercano á la muerte, que á más de haberle desahuciado los médicos, estuvo tres dias sin hablar. Auxiliaba á este enfermo nuestro Fray Mariano, el cual viendo á la mujer afligida, le dijo que confiase en Dios que su marido no moriría de aquella enfermedad, cuya promesa se verificó de un modo harto maravilloso. Al cabo de los tres dias que el enfermo estuvo sin habla, vieron que entraba una paloma blanca como la leche, la cual dando tres vueltas por el aposento, se fué al enfermo, y se le puso sobre la cabeza; con cuyo contacto aquel moribundo que no había hablado en tres dias con sus noches, dió un grande suspiro, como quien despierta, y dijo: « Ay Jesus ¿qué es eso? » Entónces con el ruido de esta voz se levantó la paloma, y dando otras tres vueltas por el aposento, se salió por la reja de una ventana. Desde aquel punto el enfermo fué mejorando tan felizmente, que al cabo de tres dias se halló fuera de peligro con admiracion de los médicos y de cuantos presenciaron un suceso tan prodigioso.

No fué ménos admirable la cura de otro enfermo tambien de Lérida, cuya relacion por contener circunstancias particulares, pondremos aquí literalmente del mismo modo que lo depuso bajo juramento una hija del mismo enfermo, llamada Catalina, la cual se halló presente, y se explica en el modo que sigue. « Estaba mi Padre, llamado Pedro Peyro, enfermo mucho « tiempo había en una cama de una « enfermedad muy larga y peligrosa, « todo baldado y paralítico, que no se « podía mover ni menear por sí solo, « ni mandar sus miembros, ni vol- « verse de un lado á otro sin que le « ayudasen, por estar tullido, y en « particular las rodillas tenía pegadas « á los pechos, que no podía alargar « las piernas por tener los nervios « encogidos, sin poderle valer ni apro- « vechar remedio alguno de cuantos « los médicos le ordenaban, habiendo « gastado la mayor parte de su ha- « cienda con ellos, que le desampara- « ron del todo, diciendo que aquella « noche sin falta moriría, y con esta « resolucion se despidieron. Estando « en este aprieto acertó á pasar por

« la calle Fray Mariano de Cerdeña « capuchino, y con la opinion que te« níamos de su santidad le dijimos, « si nos quería hacer caridad de su« bir á visitar á mi padre, que esta« ba muy malo y se moría. Respon« dió el Siervo de Dios que de muy « buena gana lo haría, y así subió á « visitarle. Y hallándole tan al cabo « como estaba, despues de haberle « dicho algunas palabras de consola« cion, animándole á la paciencia, « contricion y resignacion, le hizo « muchas cruces encima las rodillas y « por todas las demas partes del cuer« po. Cosa maravillosa, que en aquel « punto que hizo la señal de la cruz « encima las rodillas que tenía unidas « al pecho, alargó las piernas, y man« dó sus manos y demas partes del « cuerpo. Hecho esto, y dando espe« ranzas al enfermo y á los que allí « estabamos de su mejoría y salud, « el Siervo de Dios Fray Mariano se « fué al convento, diciendo que lo enco« mendaría á Dios. Entónces el enfer« mo muy alegre me dijo: Hija mia, « verdaderamente que este Padre Fray « Mariano es santo, porque me ha « curado y del todo estoy bueno: ¿no « habeis visto que al punto que me « ha hecho la señal de la cruz, he « alargado las piernas? y en lo de« mas del cuerpo me siento muy ali« gerado. Todos quedamos alabando á « Dios nuestro Señor, y mi padre en « muy breve tiempo curó del todo y « perfectamente de su enfermedad. » Así explica este suceso prodigioso la sobredicha mujer.

Fué tambien prodigiosa la salud que el Siervo de Dios concedió a cierta Señora de Lérida, la cual habiendo ya recibido la Extremauncion, y haciéndole el Varon santo la señal de la cruz, quedó prontamente sana y buena. Ni fué solamente la santa cruz el medio poderoso con que el Varon compasivo concedía la salud á los enfermos, sino que se valía tambien de ciertas cedulitas en que estaba escrito el santísimo Nombre de Jesus; y aun en esto procuraba juntar la salud espiritual con la corporal. A este fin cuando los enfermos le rogaban que les encomendase á Dios y les pusiese un Nombre de Jesus, les preguntaba á veces el tiempo de su enfermedad, y si le parecía corto, les exhortaba á que padeciesen un poco más por amor de Dios, y volviendo despues otro dia, les ponia el Santísimo Nombre, y con esto lograban muy de ordinario la salud. Entre los que merecieron conseguir este beneficio fué una hija muy pequeña de cierto vecino de Tamarite, la cual á más de las calenturas que la afligían, se hallaba sin alimento por no querer tomar el pecho de nadie. Para remedio de esta necesidad fué á Lérida el afligido padre con el fin de hallar alguna ama, y siendo tambien inútiles estas diligencias, encontrose al fin con Fray Mariano, á quien descubrió la causa de su venida y de su pena. Animole el Siervo de Dios á poner toda su confianza en el buen Jesus, y dándole una estampa de su Santísimo Nombre, le dijo que la pusiese en el brazo ó cuello de la niña, diciendo un Padre nuestro y Ave María, y esperando que sería su remedio. Hízolo así el padre al llegar á su casa, y aunque la niña estaba tan acabada que creían moriría aquella noche, no obstante cuando vino la mañana la hallaron sin calentura, de modo que tomó el pecho, y dentro pocos dias estuvo sana.

Como conclusion de tantas y tan maravillosas curaciones, pondremos algunas otras de ciertos males particulares, los cuales el Siervo de Dios remedió con la misma virtud prodigiosa que el cielo le había concedido. Una hija de Paula Senar de Lérida, de solos dos años de edad, tenía en la cara una llaga tan grande que el dedo pulgar se escondía dentro un agujero que había en ella. Poníanle muchos remedios para la cura, pero como la niña se los quitase con las manos, hacía más dificultoso el remedio. Vió á esta desgraciada niña Fray Mariano, y movido á compasion dijo á su madre que cuando la acostase, le ungiese la cara y la llaga con un poco de aceite, diciendo tres veces « Jesus », y que encima pusiese un poco de algodon confiando en el buen Jesus, que por la mañana estaría sana. Hízolo así la madre; pero este remedio no pudo permanecer sino como media hora, porque la niña con las manos se lo quitó pronto. No obstante produjo un efecto tan mara-

villoso que por la mañana hallaron totalmente curada aquella grande llaga, sin haber quedado señal de ella, y como si ningun mal hubiese tenido en el rostro. Cierto Beneficiedo y Cantor de la Catedral de Lérida, padecía una fluxion en el pecho tan importuna y grave, que excitándole la tos, parecía abrírsele el pecho y la cabeza, por cuyo motivo pensaba renunciar el oficio de Cantor. Comunicó esta su pena al Siervo de Dios, el cual haciéndole la señal de la cruz en el pecho, le dijo que presto sanaría de aquel mal que tanto le afligía: y fué así que dentro breves dias se corrigió su dolencia, y quedó perfectamente sano. Un hijo de Isabel Mollons de Lérida fué mordido por un perro en la pierna, resultando de aquí una hinchazon muy peligrosa. Manifestó la madre esta desgracia al Varon santo, el cual despues de hacer la señal de la cruz sobre la llaga, dijo á la madre que partiese una haba, y pusiese las dos mitades sobre la misma llaga en forma de cruz, confiando que sanaría presto. Practicó ella esta diligencia, y al punto se retiró la hinchazon, y sucedió la salud perfecta.

Verónica Gomar de Lérida tuvo la desgracia de torcérsele el pié y desconcertársele de modo que, á más de la hinchazon que resultaba en el pié y la pierna, padecía vehementes dolores, hallándose reducida en la cama sin poder andar. Llegó á la casa de dicha señora Fray Mariano con motivo de la allega del pan, y sabiendo su dolor y su pena, le hizo la señal de la cruz sobre el pié doliente, produciéndole un efecto tan prodigioso, que luego se le quitó el dolor, y pudo andar por sí sola sin necesidad de hacer cama, y sin que en adelante se le renovase el dolor. Juana Esponda de Lérida padecía un mal de ojos tan recio, que temía perder la vista, cuya afliccion comunicó al Siervo de Dios por la fé y devocion que le tenía. Este le aconsejó que fuese á cualquier iglesia, y tomando agua bendita, ungiese con ella sus ojos, diciendo tres veces « Jesus », asegurándola al mismo tiempo de su total y perfecto remedio. Practicó la mujer estas devotas diligencias, y logró tan perfecta curacion, que ella misma en la declaracion que hace, dice que en el largo tiempo de más de treinta años nunca había padecido mal de ojos. Otra mujer de Lérida padeció tambien en los ojos cierta enfermedad tan grave, que en el espacio de quince dias apénas la dejó reposar, sin hallar remedio que le diese algun alivio. Explicó esta su pena y trabajo á Fray Mariano, quien habiéndola escuchado, le dijo que no tenía que admirar el no haber hallado remedio provechoso para su mal entre tantos como se le habían aplicado, porque se habían dejado el mejor. « Lo que debereis hacer, añadió el Varon santo, es lo siguiente: tomareis agua bendita, y con el dedo pulgar formareis la señal de la cruz sobre cada uno de los ojos, diciendo con fe y devocion: *Jesus*, *María*, *José*, *Francisco;* y esto lo practicareis por la mañana, al medio dia, y en la tarde. » Hízolo así la mujer, y en pocas veces que aplicó este espiritual remedio, sanó perfectamente del mal que tanto la afligía. Despues esta misma mujer explicó este prodigioso remedio á cierto hombre que desde mucho tiempo padecía mal de ojos, exhortándole á que lo practicase con fe y devocion; y habiéndolo el buen hombre practicado, mereció tambien curar perfectamente. Aun despues de la muerte del Siervo de Dios no dejó este mismo devoto remedio de producir maravillosos efectos, pues aconsejándolo la dicha mujer á diferentes personas que padecían mal de ojos, dice ella misma que fueron muchísimas las que curaron. Singularmente hace mencion de una doncella, que estaba tan mala de los ojos, que uno de ellos le salía fuera, bajándole por la mejilla; y habiéndole aplicado tres ó cuatro veces la dicha medicina del agua bendita con la invocacion de los santos nombres expresados, sanó perfectamente, quedándole los ojos tan claros y bellos, como si nunca hubiese padecido mal alguno.

Con tales y tantos prodigios admirables, y con los demas dones celestiales que hemos referido, se dignó el Señor ilustrar la vida de este su fiel Siervo, queriendo que fuese el alivio, el consuelo, y la admiracion de tantas personas y gentes. Y acercándose ya el tiempo de recibir en el cielo el pre-

mio y la corona de sus trabajos y merecimientos, quiso el mismo Señor añadirle un nuevo favor muy singular, concediéndole una luz muy clara y cierta de su próximo fallecimiento segun el mismo Siervo de Dios lo manifestó en las ocasiones que vamos á referir. Halló una vez á dos Señoras que iban á la iglesia del Cármen para hacer sus devociones, y las rogó que le dijesen una Ave María á nuestra Señora. Despues habiendo caminado algun trecho, volvió atras, y las pidió lo mismo, diciendo que era para una necesidad propia suya muy grave. Admiraron aquellas señoras las circunstancias de esta peticion, mas cuando dentro pocos dias supieron el dichoso tránsito del Siervo de Dios, se persuadieron que Dios le había revelado el dia y la hora de su muerte, y que esta era la necesidad grave, para la cual les pidió el Ave María. En otra ocasion se quedó á comer en casa del Señor Francisco Escasany, por la buena ley que les profesaba; y habiendo concluido la comida, dijo á los de la casa: « Yo he venido á despedirme de vosotros con esta ocasion: procurad vivir cristianamente en el servicio de nuestro Señor, que no nos veremos más acá en la tierra; Dios haga que nos veamos en el cielo. » No tardó en verificarse este anuncio del Varon santo, pues dentro pocos dias enfermó y murió, sin que ninguno de aquella casa, aunque tan familiares, fuese á verlo ni enfermo ni difunto, en prueba de la verdad de lo que les había dicho, que no se verían más en este mundo. Del mismo modo poco ántes de caer enfermo fué á la casa de un herrero, por nombre Juan Llopis, y le pidió por caridad que le fabricase cierto anillo de hierro, proporcionado para levantar la losa de la sepultura de los Religiosos, expresándole que él sería el primero en quien se emplearía aquel trabajo, cuya expresion se verificó con toda puntualidad, muriendo dentro cinco ó seis dias.

Ilustrado pues el Siervo de Dios con tales luces del cielo, y adornada su alma con aquellas virtudes, de que había dado tantos ejemplos, cayó enfermo de un mal de costado tan grave, que en cinco ó seis dias puso fin y término á su virtuosa y santa vida. Y para que su muerte tuviese todo el lleno de la felicidad, mereció que la soberana Reina del cielo María Santísima le visitase poco ántes de morir. Entendió esta celestial visita cierto Religioso nuestro, el cual entrando en la celda del Varon santo, oyó que entre los actos de amor de Dios que hacía, dijo estas palabras: « O buena Señora, ¿de donde merecí yo que vos vinieseis á visitarme? » Estas palabras movieron tanto al dicho Religioso, que fué luego á comunicarlas al confesor del enfermo, que era el Guardian del convento, llamado P. Jerónimo del Hospitalet, quien se trasladó prontamente á la celda del moribundo, y despues que este hubo espirado, declaró á los Religiosos que en aquella ocasion se le había aparecido la Vírgen Santísima. ¡Oh alma dichosa! ¡Oh Varon afortunado! bien podeis dejar este mundo, y seguir á esa Soberana Princesa en los caminos de la eternidad, pues ella os conducirá á la Ciudad santa del Señor, donde gozareis los bienes eternos, que estan reservados para sus amados y devotos siervos. Así pues con tanta dicha y felicidad murió este esclarecido Religioso, Fray Mariano de Cerdeña, en nuestro convento de Lérida, el año 1616.

Toda la ciudad hizo grande sentimiento cuando superion su tránsito, y no pocos derramaron lágrimas por su muerte. Y no contentos de estas demostraciones, vinieron á nuestra iglesia en numeroso concurso, y allí no dudaron hacerle pedazos el hábito, y llevárselos por reliquias, llegando á tanto su indiscreta devocion, que los Religiosos con dificultad podían defender el cadáver. Dieron tambien otra demostracion de su devocion y afecto, y fué el llevar rosas y otras diferentes flores, las cuales ponían sobre el venerable difunto; y en particular pusieron en su cabeza una guirnalda ó corona tejida de hermosas rosas, con que el Varon santo se dejó ver coronado todo el tiempo que celebraron los oficios funerales: pareciéndoles todo muy debido á la honra y memoria de tan santo Religioso que piamente creían compañero de los Bienaventurados. Esta corona ó guir-

nalda de rosas pidió despues una Señora llamada Esperanza Parici y Soldevila, y habiéndola alcanzado, la puso en la misma arca en que guardaba sus joyas; y asegura ella misma que habiéndola tenido encerrada por mucho tiempo en la dicha arca, siempre se conservaron las rosas tan frescas, bellas, y coloradas como si aquel dia las cogieran del rosal. Significacion muy expresiva de la corona de gloria que el Siervo de Dios mereció recibir en el cielo, la cual nunca se marchitará sino que se conservará siempre brillante y resplandeciente Seamos nosotros imitadores de sus virtudes, y seremos tambien compañeros de sus glorias.

Fr. Ignacio de Aravaca, Corista.

De la clase de los Coristas, dió uno al Cielo nuestra Provincia de Castilla, que fué Fray Ignacio de Aravaca, el cual apénas dejó el nombre de Novicio, cuando pudo entrar en el de Maestro de toda Regular observancia. Considerando las amargas penas, que en el Purgatorio padecen aquellas afligidas almas, se llenaba de temor, y de aliento en órden á macerar su cuerpo con frecuentes ayunos, austeros cilicios, y rigidísimas disciplinas.

« Son insondables los juicios de Dios (decía el santo mozo) y atroces los tormentos, que en el futuro siglo han de padecer los que en este se descuidan de purificar con la penitencia las manchas de espíritu; ni hay más segura fuga de las penas del Purgatorio, que las que voluntariamente se padecen en esta vida; pues como Dios no castiga más que una vez, es retraer su brazo, extender el nuestro á la punicion de las culpas, en que tan frecuentes caemos. Acometiole en una ocasion el demonio con un impuro y lascivo incendio; pero apénas á su cercanía empezó á arder la sensualidad, cuando arrojándose á un friísimo estanque, no dejó centella en su cuerpo de aquella abominable pasion, que enciende despues tantas en el abismo.

De esta, y otras fervorosas demonstraciones, quedó tan sin vigor la naturaleza, que no pudiendo resistir á la continuacion de las asperezas que inventaba contra ella el Siervo de Dios, le hizo paso rindiéndose, para que llegase en feliz muerte á la eternidad. Murió en 1615. (*Crónicas l. 3, cap. 10*).

Fr. Buenaventura de Biel, Lego.

De la Provincia de Aragon salió este año otro astro para el Cielo de la triunfante Jerusalen en Fray Buenaventura de Biel, Lego. Domaba la carne continuamente con ayunos, cilicios y demas diferencias de austeridad; y le ocupó tanto el deseo de padecer por Cristo, que no satisfecho de los azotes que se daba, deseaba otros más crueles sufrimientos. Sus más apetecibles y buscadas delicias eran verse abatido en el último desprecio de todos. Llevado de este espíritu, y deseando imitar á nuestros antiguos Padres, y aun á nuestro Seráfico Patriarca, salió una vez del Convento de Barbastro, en que moraba, desnudo del hábito en solos los paños menores, y una soga al cuello, de que iba un seglar guiando. Caminaba en esta disposicion por las calles más públicas dándose crueles azotes: y habiendo llegado hasta el lugar, en que ajusticiaban los malhechores, decia muchas veces en alta voz: « Haced penitencia, porque se ha acercado el Reino de Dios. » Conmoviose toda la Ciudad á este tan ejemplar y nuevo espectáculo, y pidiendo misericordia á Dios los que asistían á él, volvían á sus casas admirados y convertidos. Lo que se siguió á esta demonstracion tan fervorosa de Fray Buenaventura, fué una áspera reprension, y aun castigo que le impuso el Prelado; pero recibiendo con rostro alegre uno y otro, se tenía por dichosísimo en haber padecido golpes y contumelias por la conversion de las almas.

Otra vez estando en nuestro convento de Zaragoza, se fué al Hospital de aquella populosa Ciudad, y llevando una calavera, empezó á predicar junto á la Cruz del Coro á grande multitud de gente, que condujo su voz á él, siendo el asunto la memoria de la muerte, y el tremendo Juicio de Dios. Asistiendo á la fábrica de nues-

tro Convento de Alcañiz, enfermó gravemente, y habiendo dicho al médico que le curaba, el dia en que había de morir, recibió luego los Santos Sacramentos, cubriose de ceniza y cilicio, y con increible deseo de ver á Dios, puso en sus manos el espíritu, y voló á la fruicion eterna del Cielo en 1615.

Quedó el cadáver con tan singular hermosura, que parecía estar ya vestido de los inmortales dotes de la gloria.

Por no estar acabada la Iglesia de Alcañiz, fué sepultado en la de nuestro Convento de Caspe, con asistencia y veneracion de Eclesiásticos y seglares, que concurrieron á sus exequias. La celda en que murió Fray Buenaventura, fué una de las piezas de la casa del Conde de Montoro, en que habitaban los Capuchinos miéntras el Convento se fabricaba, la cual quedó convertida en Oratorio despues, en memoria de este venerando Varon. (*Chrónicas l. 3, cap. 10*).

P. Segismundo de Campllonch.

La patria del P. Segismundo fué Campllonch, pueblo en el Obispado de Gerona. Siendo seglar sirvió á cierto Canónigo de la Catedral de Barcelona llamado Font, Eclesiástico tan perfecto y virtuoso, que se mereció singular opinion y fama de santidad. Con los buenos ejemplos y santa vida de este Señor Canónigo creemos que nuestro P. Segismundo aprovechó no poco en la perfeccion cristiana, llevándose con tal rectitud de vida y costumbres, que aun en medio del siglo fué tenido por muy virtuoso y ejemplar. Mas como su espíritu desease mayor perfeccion y vida más perfecta, dejó el mundo, y se entró á nuestros Claustros capuchinos, vistiendo nuestro hábito el 3 de Mayo del año 1607 en nuestro convento de Figueras. Solos nueve años vivió en la Religion; mas en este poco tiempo corrió con tanta ligereza lo sarduos caminos de la virtud y perfeccion religiosa, que podemos aplicarle aquello del libro de la Sabiduría, que siendo consumado con brevedad, llenó la duracion de mucho tiempo. Los Religiosos que le conocieron y trataron, aunque no explican sus virtudes en particular, pero las significan bastantemente, cuando hablando de él dicen que fué Religioso muy ejemplar y de singular perfeccion.

Y ciertamente fué preciso que su virtud fuese muy encumbrada, y que su espíritu fuese muy fervoroso, cuando en una gravísima enfermedad que padeció, y que le sacó de este mundo, dió tales ejemplos de paciencia, resignacion, gozo y alegría, que fué la admiracion de Religiosos y seglares, llegando á conseguir entre unos y otros la opinion de santo. Tuvo orígen esta enfermedad de una sangría que le dieron en ocasion que se hallaba convaleciente, con motivo de habérsele observado alguna calentura. Los efectos que de aquí resultaron fueron tan malos y tan dolorosos, que á más de habérsele hinchado todo el cuerpo, tenía en él diez y siete úlceras ó llagas, produciendo un olor tan pestilencial, que algunos de los Religiosos que le servían enfermaron. Su carne se volvió tan blanda y delicada, que con dificultad podían tocarle sin dejar impresos en ella los dedos con que le tocaban; por lo cual era preciso valerse de algunos lienzos largos para moverlo. Á todas estas penas y dolores se añadían las que ocasionaban los cirujanos con sus operaciones, que no serían pocas ni pequeñas. Mas ¡oh virtud de la Divina gracia! por más que este Siervo de Dios se hallase reducido á un estado tan lastimoso, por más que fuesen intensos sus dolores, y agudas sus penas, nunca se quejó, ni habló palabra de resentimiento: ántes lo sufrió todo con tan rara y maravillosa paciencia, que él mismo con una alegría del cielo consolaba á los que le asistían. Divulgose por la ciudad de Perpiñan, en cuyo convento se hallaba, esta maravillosa paciencia del Varon santo, y admiró tanto á aquellos vecinos, que muchos caballeros y gente noble venían á nuestro convento, para ver á este nuevo Job de trabajos y paciencia, y encomendarse á sus oraciones. Uno de estos fué el Señor Don Gabriel de Llupian, Capitan del castillo, el cual no sólo visitó con frecuencia á este paciente enfermo, sino que formó tan alto concepto de su virtud, que en

la última vez que le visitó, despues de encomendarse á sus oraciones, le besó la mano y el hábito, y con lágrimas en los ojos le pidió su bendicion; encargando á los Religiosos que le avisasen para asistir á su entierro.

Otro suceso tambien admirable confirmó esta santidad del Siervo de Dios. Se hallaba entónces la ciudad de Perpiñan y su comarca padeciendo tanta esterilidad de agua, que obligados de la necesidad hacían fervorosas rogativas, valiéndose de la intercesion de algunos Santos, cuyas reliquias llevaron de cinco y siete leguas de distancia Comunicaron al Varon santo esta necesidad y estas rogativas; pero él respondió que no llovería hasta despues de su muerte, como en efecto así se verificó. Pues habiendo padecido por algun tiempo tantas penas y dolores, purificado su espíritu como el oro en el crisol, descansó en el ósculo santo del Señor. Mas apénas hubo espirado, cuando á breve rato el cielo se cubrió de nubes, y llovió aquella misma noche y el dia siguiente con tanta copia, que los que deseaban asistir á su entierro no pudieron cumplir su deseo por motivo de la mucha lluvia: de donde algunos no dudaron creer, que el Siervo de Dios había hablado con espíritu de profecía. Despues de su muerte ciertos seglares pidieron algunas cosas de las que habían servido á su uso, como el rosario y la cuerda; manifestando con ello la buena opinion que tenían de su santidad y de la gloria que Dios le concedió en el cielo. Murió este santo Religioso en el año 1616 en el convento de Perpiñan en el Rosellon.

Fr. Alonso del Castellar, Corista.

En la Provincia de Castilla alcanzó el cielo este año un nuevo poseedor de sus glorias, que fué Fr. Alonso del Castellar, corista, tan atento á la pureza y la honestidad, que en sola la exterior de su cuerpo, casi se llegaba á idear la imágen de una alma bienaventurada en el cielo. Era tanta la suavidad de que la de este gran Religioso, hecha sagrario de Dios, gozaba, que reflejándosele en su rostro, le conciliaba los afectos y la veneracion de todos los que reparaban en él.

Era mortificado, austero, hacía contínua guerra á sus sentidos. Así en el oficio de limosnero del convento de Salamanca, pisaba siempre sin sandalias sus hielos, escarchas y nieves, que son muchas, por ser muy frio el temple de aquella ciudad. Y cuando esto no le mortificaba los piés, se los herían las piedras agudísimas y otros encuentros de las calles que frecuentaba; con que de ordinario los traía ensangrentados. Era tan grande la pureza y candor de potencias que había conseguido el Siervo de Dios, que siendo el haber de morir accidente (ó por mejor decir, condicion) de nuestra humana naturaleza, que pone horror á los más valientes y animosos varones, le halló esta condicion ó accidente tan alegre y regocijado en nuestro convento de Toledo, donde murió, que viendo el Sacerdote que fué á ministrarle la Extremauncion, la serenidad, gusto y consuelo con que la recibía, sintió gran ternura y admiracion, y casi no podía pasar adelante en su ministerio En 1616 murió, pues. este dichoso jóven, más á la abundancia del gozo que á la acerbidad de la parca; murió para vivir, como piadosamente podemos creer, en la feliz suerte que ha preparado Dios á sus escogidos. (*Chrónicas l 3, c. 26*).

Fr. Pedro de Vinzá, Corista.

Tres hermanos naturales de una Villa del Rosellon, llamada Vinzá, vistieron nuestro hábito capuchino, y con sus virtudes ilustraron nuestra Provincia de Cataluña. Su padre se llamó Jaime Bosca, hombre rico y de buen nombre en aquella villa, el cual habiendo casado con una mujer llamada Juana, tuvo de ella un hijo, que en la Religion se llamó P. Francisco de Vinzá (1). Despues habiendo muerto esta mujer se casó con otra por nombre Violante, de la cual nacieron los otros dos hermanos, siendo el uno Fr. Pe-

(1) Murió con fama de santidad en el Convento de Monte-Calvario, en 1611 No hemos podido hallar unos MS. que sabemos existen de su santa vida.



dro de Vinzá, de quien ahora tratamos. Habiendo este vestido el hábito capuchino en nuestro convento de Santa Eulalia el año 1610, y siendo poco el tiempo que vivió en la Orden, dió de sí tan buenos ejemplos, que los demas hallaban en él un incentivo poderoso para seguir la virtud. Su trato era humilde, su porte modesto, sus palabras de edificacion, y sus obras un singular y contínuo ejercicio de toda virtud. Mortificaba los sentidos con particular cuidado, y reprimía los primeros movimientos de tal modo, que aun las cosas útiles ó convenientes no las practicaba luego, sino que las dilataba algun tanto, á fin de mortificar el apetito ó deseo que en ello tenía; siendo tan constante en esta mortificacion, que llegó á sentir poca ó ninguna dificultad en su práctica, segun él mismo decía. Reprendiole una vez otro Religioso de inferior estado sobre cierta materia, en que el Siervo de Dios no tenía la menor culpa; y no obstante que podía responder en su abono, estuvo tan léjos de justificarse, que ni una sola palabra respondió, sufriendo por amor de Dios aquella confusion.

Por otra parte fué tan amante de la oracion y ejercicios del coro, que aunque padeció de etiquez, miéntras las fuerzas se lo permitían, no dejaba de asistir á la iglesia con mucha frecuencia, de modo que saliendo muy tarde de ella, volvía despues no pocas veces á las tres horas de la mañana á su acostumbrada oracion en la misma iglesia. Y como no pudiese cantar en el Oficio Divino, no obstante casi de ordinario asistía en el coro á las horas del dia, y poniéndose en pié delante el atril, permanecía allí tan constante y fervoroso, que no quería admitir la dispensa que el Superior le concedía, por el singular consuelo que su alma experimentaba, mereciendo que Dios le concediese algunas notables inteligencias en los Salmos. Aun en los Maitines de media noche no dejaba de asistir, miéntras las fuerzas se lo permitieron; pero entónces no iba al coro sino delante el altar, y sentándose allí se recreaba con Dios, levantando su espíritu con las alabanzas Divinas que se cantaban en el coro. En lo demas ya que su poca salud no le permitía extraordinarios ejercicios, se consolaba con la presencia de Dios, que llevaba muy contínua, y con la memoria de la Pasion del Señor, cuyos pasos le recordaban ciertas señales que él tenía como recuerdos de tan soberanos misterios. Con estos devotos ejercicios y con este espíritu fervoroso siguió el Siervo de Dios la carrera de la perfeccion religiosa, y llegó á tal grado de virtud y santidad, cual lo indican los dos casos siguientes. Estando una vez durmiendo se le apareció el alma de cierto difunto, á quien él siendo seglar había tenido en el Bautismo como Padrino, y le pidió su bendicion para irse á la gloria; y habiéndosela dado, desapareció aquella dichosa alma de su presencia. Otra vez morando en nuestro convento de las Ermitas de Gerona, y hallándose una noche en una de las celdas de la enfermería, le pareció como si alguna persona se paseaba suavemente dentro la misma celda; y como estuviese despierto, oyó una voz que le dijo: « Laetare, quia prope est salus tua. Alégrate, porque tu salud está cerca. » Con cuyas palabras parece se le quiso significar, que su muerte no estaba muy distante, segun lo verificó el poco tiempo que vivió despues de este aviso celestial.

En efecto, habiendo pasado á nuestro convento de Monte Calvario, crecieron tanto sus males, que no pudo dudar estaba ya cerca el fin de sus dias. Pero quien había llevado una vida tan fervorosa, y adornado su alma con tantas virtudes, casi no pudo ménos que mirar este temeroso paso de la muerte con mucha tranquilidad, y con nuevo fervor. Unas veces pedía á Dios que le concediese más angustias y dolores que padecer por su amor. Otras veces se ocupaba en actos fervorosísimos de amor Divino, con que edificaba á cuantos se hallaban presentes. Preguntó una vez en qué hora se hallaba, y como le respondiesen que eran las tres de la tarde, hora en que Cristo Señor nuestro espiró en la cruz, se encendió tanto en afectos de amor, que parecía que á cada instante había de dar su espíritu. En otra ocasion cierto Religioso muy su amigo tuvo la curiosidad de preguntarle, cual era la cosa que entónces le daba ma-

yor pena; á cuya pregunta respondió el Varon santo, que la mayor tentacion que padecía, era de vanagloria, porque pareciéndole que por la misericordia de Dios no había cometido culpa mortal en toda su vida, el demonio le representaba esto mismo, como que era ya muy bueno y muy santo. Tambien fué á visitarle cierto Religioso Carmelita Descalzo, que segun decían entónces, era su tio, el cual para animarlo le dijo, que le hacía donacion de todo lo que había ganado con sus buenas obras en el tiempo que era Religioso. Respondiole el Varon santo, que le agradecía aquella caridad, pero que tenía gran confianza en la misericordia de Dios. Acercose finalmente la hora en que, segun él mismo había predicho, debía salir de este mundo, que fueron las nueve de la noche; y como se hallase ya poco distante de esta hora, pidió que le leyesen la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, con cuya leccion se encendió tanto en amor de Dios, que parecía un Serafin, pronunciando con gran fervor y alegría estas palabras: « Jesus, Jesus, Jesus: al cielo, al cielo, al cielo; » y á breve rato espiró. Así dulcemente acabó su vida este santo Varon, entregando su alma en las manos de aquel Señor, á quien había servido con tanta fidelidad y pureza; y de quien recibió los premios eternos en la mansion gloriosa de los justos, segun piamente creemos. Había sido este Religioso muy hermoso en su vida, y lo fué mucho más despues de muerto, quedando su rostro tan colorado, que parecía tener una rosa en cada mejilla; y lo que es más, despues de año y medio de enterrado, fué hallado su cuerpo tan entero, como el dia que lo metieron en la sepultura. Bendito sea el Señor que así honra aun en esta vida á los que le sirven con fidelidad, espíritu y fervor. Murió este afortunado Corista el año 1616 en el convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario.

Fr. Juan María de Perpiñan, Lego.

AUNQUE no hallamos individuadas las virtudes con que floreció este Religioso, pero el modo general con que las refieren los Religiosos que le trataron y conocieron, supone en él tanta perfeccion, que no dejará de servir de luz y ejemplo á los que profesamos unas mismas obligaciones. Ejercitó en la Orden este Hermano Lego los oficios de limosnero y portero, y aunque estos encargos suelen llevar ocasiones de aflojar ó resfriarse en los fervores del espíritu, pero él supo desempeñarlos con tal perfeccion, que en ellos mismos adquirió nuevos incrementos de virtud. Era Religioso muy llano, humilde, sencillo, abstinente y mortificado; y se dejaba ver acompañado de tal modestia y composicion exterior, que daba bien á entender la santidad interior de su alma: con estas virtudes juntaba una santa alegría y un cierto agrado que edificaba á todos. Si alguna vez le mortificaban y le daban ocasion de padecer, nunca se quejaba ni murmuraba, ántes lo llevaba con tanta paciencia y sufrimiento, que parecía alegrarse, por tener ocasion de ejercitar esta virtud. Tenía tambien un corazon muy compasivo, y mostraba mucha caridad así con los Religiosos como con los pobres que venían á la puerta: y como sabía que la perfecta caridad debe dirigirse principalmente á Dios, hablaba siempre á todos de este Divino Señor, ó de cosas de devocion, que eran las materias santas de sus conversaciones.

Toda esta perfeccion nacía en el Siervo de Dios de los ejercicios espirituales, singularmente de los de la santa oracion, á los cuales asistía con tanta puntualidad y solicitud, que si alguna vez le llamaban á la puerta, cumplido el encargo, luego volvía á la oracion, por poco que fuese el tiempo que quedaba. Cuando venía de fuera casa, aunque estuviese cansado, ántes de recibir cualquier alivio, se iba delante el santísimo Sacramento, y se ocupaba algun rato en oracion. Comulgaba casi todos los dias ordinariamente, y era muy devoto de asistir á las Misas. Su devocion á la Vir-

gen Santísima era tan singular, que á más de hablar de ella en sus conversaciones, cuando volvía de la limosna se iba á una capilla de esta Divina Señora, y allí le hacia su oracion y le rezaba sus devociones. Fué tambien particular devoto de San Antonio de Padua, rezándole su Responsorio muchas veces al dia. Al fin era tal su espíritu y fervor, que no perdía un punto de tiempo sin que lo emplease en ejercicios espirituales y afectos de devocion; acompañando con ellos los ejercicios corporales y las obras de la obediencia. Y aun pareciéndole todo poco, cuando por la noche los demas Religiosos se recogían á reposar, él se quedaba en la iglesia, ocupándose en su acostumbrada oracion. Tal fué la perfeccion de este buen Religioso, y con tales virtudes santificó los años de su mortal carrera; y como ordinariamente á una vida perfecta se sigue una muerte tambien dichosa, podemos piamente creer, que cuando este Siervo de Dios llegó al fin de sus dias, mereció conmutar las miserias de este mundo con los bienes eternos del cielo. Verificose su muerte el año 1616, en el convento de Perpiñan.

P. Vicente de Torá.

De su vida ántes de entrar en la Orden sólo se nos dice que su padre se llamó Francisco Bagá, y su madre Juana, y que fué Rector ó cura-párroco de la parroquia de Torá su patria, y tambien de Sarriá cerca de Barcelona. Este oficio ejercitado en aquellos tiempos en parroquias diferentes, supone en el Siervo de Dios una buena instruccion en las letras, y una conducta de vida muy digna de alabanza; haciéndose esto más creible al ver que con espíritu generoso renuncia la parroquia con todos sus honores y emolumentos, y abraza el humilde y pobre estado de los Capuchinos. Sabría sin duda este virtuoso Párroco por el santo Evangelio aquel celestial consejo, que para ser cristiano perfecto, se deben vender todos los bienes propios, y dar su precio á los pobres, y despues seguir á Cristo: consejo que practicó tan á la letra, que no contento con renunciar el Curato, hizo almoneda pública de cuanto tenía, y generosamente distribuyó su producto á los pobres, dejando encargado que en el dia de su profesion se le hiciese un Oficio solemne de difuntos como en el dia de su entierro; significando con esto, que desde aquel dia debían todos mirarle como muerto al mundo, y vivo solamente para seguir al Divino ejemplar Jesucristo.

Así pues con tan admirables y santas disposiciones se quitó los decentes vestidos clericales, y vistió el austero hábito capuchino en nuestro convento de Santa Eulalia del mismo pueblo de Sarriá, en el año 1600, y con el nombre de P. Vicente de Torá siguió la pobre vida y rígidas leyes de la Orden por el tiempo de 17 años, que fueron los que vivió Capuchino. Cual fuese la perfeccion de su vida, y cuales y cuantas las virtudes con que adornó su alma, debemos inferirlo de lo poco que hallamos en los manuscritos, que ahora vamos á referir. Fué Religioso muy llano, y de grande celo de su profesion; y vivió siempre con edificacion y buen ejemplo, de modo que mereció que los Superiores lo eligiesen por Guardian algunas veces. Distinguiose singularmente en el espíritu y amor á la santa pobreza, celando con tanto extremo esta virtud, como lo demuestra el caso siguiente más admirable que imitable. Estuvo una vez enfermo, y habiéndole ministrado una purga, no pudiéndola retener, la vomitó. Dijéronle entónces que aquella purga era de mucho precio, lo cual oido por el Siervo de Dios, inflamado de celo por la santa pobreza, recogió la purga del barreño donde la había echado, y poniéndola en un vaso, la volvió á tomar, haciéndose tanta violencia por no restituirla, que al fin la pudo retener. Dijimos que ántes de entrar en la Orden obtuvo el oficio de Párroco, en cuyo desempeño, no dudamos ejercitaría con celo el encargo de Predicador, enseñando y doctrinando á sus pueblos. Pues este mismo encargo y oficio de Predicador desempeñó tambien en la Religion con tanto fervor y espíritu, que noticioso de ello el Ilustrisimo Señor Don Onofre Reart Obispo de Vich, le encargó que fue

se á predicar en los lugares y Parroquias de su Obispado: cuya disposicion cumplía gustosamente el Varon fervoroso casi todos los domingos y fiestas, con gran fruto y provecbo de las almas. Siendo Guardian de Mataró, fué una vez á predicar en un pueblo llamado San Vicente de Llevaneras: y por desgracia sucedió que unos ladrones entraron en la casa de cierto labrador del mismo pueblo, que se llamaba Pedro Bosch, y habiéndole hurtado cuanto tenía en casa, le dejaron reducido á verdadera pobreza. Supo esta desgracia el Siervo de Dios, y movido á compasion, en el mismo sermon que predicó, exhortó á aquellos vecinos á socorrer al labrador desgraciado, y supo persuadirlos esta caridad con tal eficacia y mocion, que ya en aquel mismo dia llevaron alhajas y otras cosas á la casa que había padecido el robo; y continuando en otros dias semejantes limosnas, quedó aquel bastantemente reparado, y aun mejorado en la opinion de muchos.

En el mismo pueblo de San Vicente de Llevaneras había otro labrador por nombre Francisco Guitart, muy amigo del Varon santo, el cual se hallaba muy triste y afligido, porque en trece años de matrimonio no había tenido hijo alguno. Pasó por allí en otra ocasion el Siervo de Dios, y sabiendo la afliccion de aquel su amigo, le dijo que tuviese confianza en Dios y en nuestro Padre San Francisco, que sin duda tendría hijos, y que no dudase de ello: cuya promesa se verificó tan cumplidamente, que con el tiempo tuvo aquel labrador un hijo y dos hijas. En esta ocasion venía el Varon santo del Capítulo que se había celebrado en Barcelona, en el cual había sido elegido por Guardian del convento de Vinzá en el Rosellon, y conociendo que en este convento debía acabar los dias de su vida, lo comunicó tambien á aquel labrador su amigo, diciéndole: « Yo me voy á Vinzá á morir en aquel convento »; como en efecto así se verificó. Y para que creamos que el Siervo de Dios habló entónces con luz superior, debemos añadir, que habiendo caido enfermo en el dicho convento, y despidiéndose de cierto bienhechor nuestro y de otros seglares, les dijo que le mártes siguiente había de morir. Faltaban aun tres ó cuatro dias para llegar al indicado mártes, pero no faltó el cumplimiento de su palabra; porque llegando la mañana del dicho dia, habiendo recibido los santos Sacramentos, acabó su peregrinacion, muriendo en la paz del Señor. Todo lo hasta aquí dicho nos persuade, que la vida de este Religioso fué acompañada de singulares virtudes y de encumbrada perfeccion; y por consiguiente que su muerte fué preciosa á los ojos del Padre celestial, mereciendo recibir de su infinita liberalidad aquellos abundantes premios que tiene prometidos á los que renunciando los bienes de la tierra, le siguen por los caminos de la cruz. Fué su muerte en el año 1617, en el referido convento de Vinzá (1).

Fr. Francisco de Valencia, Lego.

ESTE Religioso floreció en la Provincia de Aragon, y entre las dotes y prerogativas que le adornaron, es de mayor recomendacion la virginal pureza que hace á los hombres iguales ó semejantes á los Angeles, de que no sólo tenemos testimonio en las deposiciones de sus Maestros de espíritu, sino tambien en el siguiente caso. Hallábase en el oficio de Limosnero en nuestro Convento de Zaragoza, y habiendo salido como acostumbraba á la Ciudad, pidiendo el pan de puerta en puerta, le dijeron dos mujeres al parecer honestas que subiese arriba á la sala donde estaban. Entró el Siervo de Dios en la casa, bien ajeno de lo que le esperaba; pero apénas lo vieron aquellas furias infernales, ardiendo en llamas de lascivia, cuando asaltando al fuerte muro del casto Religioso ya con alhagos, ya con palabras, ya con indecentes ademanes, procuraron incitarlo á su torpe propósito, pero todo en vano: pues siendo más firme que el diamante en su entereza, tan léjos estuvo de corresponder á las caricias, que ántes bien irritado contra el asalto, y mi-

(1) El MS. *de Areñs* lo cuenta entre los más ilustres hijos de la Provinc a de Cataluña. El MS. *Faula y memoria* dice: « Vivint molt exemplarment mori » etc.



rando con terribles ojos á las que eran instrumentos del infierno, las dejó tan heladas y yertas, que pudo, como otro José, huir de aquellas violentas manos, dejando en ellas las alforjas, y quedando burladas, pero reconocidas: pues vinieron á declarar á nuestros Religiosos lo que había pasado, haciendo penitencia de su delito.

Premió Dios la heróica fortaleza de su casto Siervo, con afluencias de celestiales prerogativas y dones, principalmente de una altísima contemplacion de las cosas divinas: de modo que, aunque estuviese ocupado en ministerios corporales y penosos ejercicios, en que suele fácilmente distraerse el ánimo, era muy comun el quedar extático y absorto. Finalmente, agravado y rendido á la violencia de una enfermedad que fué la última, se levantó de su lecho, y entrando en la celda del Prelado, dijo: « Padre Guardian, mañana he de morir; y por la violencia de la fiebre, conozco que estoy amenazado de un delirio: por lo cual es forzoso confesarme luego y recibir todos los Sacramentos. » El Prelado creyó que ya estaba delirando, pero viendo las repetidas instancias de su súplica, mandó que luego viniese el Confesor. Apénas acabó de recibir la absolucion Sacramental, cuando dispuso el Guardian que se le administrase el Viático; pero respondió Fr. Francisco: « Ya no insta eso tanto: y así por la mañana, al tiempo de Prima, será tiempo oportuno. » Condescendió el Superior, y recibido el Viático á la hora dicha, quedó transportado en el Señor, y enajenado de sus sentidos por algun rato: hasta que recobrado y vuelto en sí, recibió el Sacramento de la Extremauncion, y con semblante risueño entregó su espíritu al Señor, como y cuando lo había predicho: sin haber mancillado en toda su vida el virginal candor de su pureza. Murió en 1617. (*Chrónicas, apend. l. 5, año 1617.*)

Fr. Pedro de Vitoria, Lego.

En el estado de seglar sirvió á la obra de nuestro Convento de Barcelona, que se llamaba Monte-Calvario, por espacio de un año; y sacándole Dios desde la fábrica material á la mística, fué admitido á nuestra Religion sagrada, y en ella al ejercicio de las virtudes, cuya perfeccion consiguió con felicidad. Llamábanle en comun voz el Angélico, no tanto porque tenía costumbre de llamar angélicos á todos los Religiosos, cuanto por la pureza y sencillez angelical que experimentaban en él. Traía una presencia de Dios contínua, cuyo ejercicio le hacía prorumpir en oraciones jaculatorias y amorosos gemidos, con qué á modo de tórtola solitaria suspiraba por llegar á gozar sin los sustos y peligros de viador á su dulce y divino Esposo. Fué celosísimo observador de la pobreza santa, y así su hábito nunca se cortó de la pieza: componíanle los remiendos más desechados y que para nada podían servir.

Supo el dia último de su vida, y le explicó bien claro á toda la Comunidad; porque sorteando en el de Año Nuevo los Santos (como es devoto estilo de nuestra Orden), cupo á Fray Pedro el Nombre dulcísimo de Jesus. Recibióle postrado en tierra, y dijo lleno de espiritual júbilo y alegría: « Otra vez me ha tocado ya esta dichosa suerte: pero aun me ha de ser más feliz la que aguardo en el año que á este se sigue, llegando á gozar no sólo el Nombre, sino la presencia inefable de El que me redimió con su Pasion y Muerte. » Al fin del año enfermó de riesgo, y despues de haber recibido con grande edificacion todos los Sacramentos, empezó á hablar entre sí con grande afliccion y congoja. Participaban de ella los Religiosos, no pudiendo percibir lo que Fray Pedro hablaba, ni sabiendo el motivo de su inquietud; pero rociándole con agua bendita les dijo: « Ayudadme, Padres, ayudadme: que es fuerte el enemigo y me acosa mucho: espero sin embargo en la bondad de mi Redentor, que ha de sacarme victorioso de la pelea. » Sosegose, y poco despues con suma paz y tranquilidad despidió el espíritu, dia de Año Nuevo, de 1617, como había profetizado. (*Chrónicas, l. 4, n. 105.*)

P. Arcángel de Lorena.

Vino de Lorena á España siendo mozo el P. Arcángel, y habiendo hecho asiento en Zaragoza, con deseos de asegurar su salvacion pidió nuestro Seráfico hábito en nuestra Provincia de Aragon; y vestido de él dió tan buena satisfaccion de que era de Dios su vocacion, que se le dió la profesion de la Seráfica Regla, y en tiempo que era Provincial de Aragon, Cataluña y Valencia, el P. Fray Hilarion de Medinaceli le envió con otros Religiosos de muy buen espíritu á la de Valencia, donde estuvo toda su vida. Fué Religioso de vida muy ejemplar, adornado de evangélicas y seráficas virtudes que campeaban en él por parecer cada una mayor, acompañadas todas de una singular mortificacion del hombre interior y exterior, y de una singular mansedumbre de que le había dotado la naturaleza. Vivía siempre crucificado al mundo, y el mundo lo estaba tambien para él; su gusto mayor era padecer por Dios: grande fué la mortificacion de su cuerpo, á quien como á mayor enemigo hacía contínua guerra, afligiéndole con cuanto le podía ser de molestia, sin darle treguas un instante: en la comida le maltrataba con ayunos de pan y agua, en los más rigurosos frios del invierno le abrigaba con sólo un hábito viejo, pobre y cargado de remiendos; el descanso lo tomaba sobre unas desnudas tablas, acortando el sueño con muchas y rigurosas disciplinas, y no pensaba sino como con nuevos modos de mortificacion maltrataría su carne y privaría sus sentidos de todo linaje de comodidad. Singularmente fué extremado en la mortificacion de llevar descalzos los pies toda la vida, sin concederse jamas el uso de las sandalias á pesar de los grandes viajes que hizo.

Estudió Artes y Teología, y habiendo en uno y otro salido muy aprovechado, se le dió patente de Predicador; pero por ser de Nacion extranjera y no pronunciar bien el castellano, no ejercitó en público su oficio, con que se dió todo á los oficios de humildad, obediencia y caridad de la Orden. Por campear en él estas virtudes, siempre le emplearon nuestros Prelados en el ejercicio de limosnero y de portero, en que ejercitaba su caridad con los pobres con quienes era muy compasivo, remediando sus necesidades cuanto le era posible.

Cuanto fuese el amor que tenía á la castidad, lo quiso Dios manifestar con un golpe pesado con que permitió tentase la suya Satanas Había ido de nuestro Convento de Segorbe á Jérica á la limosna del pan con su socio, ántes que allí tuviesemos Convento. A la vuelta se les juntó en el camino una mujer tan deshonestamente atrevida, que tomando ocasion de la soledad del camino se atrevió con muy atrevidas palabras á solicitar torpemente su casto pecho. Conoció el golpe de Satanas el P. Arcángel, y vuelto á ella como un leon, con ásperas y sentidas palabras la arrojó de sí. Tomó la mujer delante de ellos una carrera tan veloz que la perdieron luego de vista, y se persuadieron no había sido mujer sino Satanas en figura suya, que viéndose despreciado y burlado su intento, vencido volvió las espaldas y dió á huir.

Con estos hermosos pasos de pié calzado de perseverancia en obrar bien y de mortificacion de los apetitos desordenados de la naturaleza, llegó el P. Arcángel santamente al término de su carrera. Enfermó del mal de la muerte en nuestro Convento de Orihuela, á donde cuando le envió conventual la obediencia dijo á algunos Religiosos nuestros iba á morir. Llevó con admirable tolerancia y edificacion su enfermedad, y conociendo se iba acercando el fin de su vida, pidió se le administrasen los Santos Sacramentos, y armado de su virtud con mucha serenidad descansó en el Señor en el mes de Diciembre del año 1617, y por no estar aun acabada la Iglesia de aquel Convento se le hizo una sepultura en el cuerpo de la que tenían de prestado.

Despues de su muerte manifestó Dios con algunos milagros la gloria que tenía su alma en el cielo, y lo mucho que valía con El su intercesion. Un hombre que estaba tullido sin poderse valer de ninguno de sus miembros, confiado de los méritos del P. Arcángel rogó á su madre le hiciese llevar á su sepultura. Llevole en

brazos de otros hombres á quienes dijo lo pusieren sobre su sepultura. Fué cosa admirable, que apénas lo pusieron tendido sobre ella implorando su favor, que al mismo instante se levantó sano y bueno, publicando á voces la virtud del siervo de Dios, y el que fué con pies ajenos á nuestra Iglesia volvió con los suyos alegre á su casa ofreciendo motivos á todos para que alabasen á Dios en su siervo.

Estaba nuestro primer Convento de Orihuela fundado fuera de la Ciudad, al remate de la calle llamada de la Corredera, donde había muerto y estaba enterrado el cuerpo del P. Arcángel. Una pobre mujer vivia en esta calle con dos hijos pequeños á quien el Siervo de Dios viviendo y siendo portero solía dar limosna. Una mañana estos dos niños pidieron pan á su madre. Ella hallándose sin él, por echarlos de sí y no ver sus lágrimas, pues se lo pedían llorando, les dijo lo fueran á pedir al P. Arcángel. Replicaron ellos que el P. Arcángel había ya muerto. Volvioles á decir: « Id á su sepultura y pedidle pan, que él os lo dará. » Tomó la simplicidad de los niños de veras lo que la madre les dijo; fueron á la sepultura del Varon santo, le pidieron pan, y ¡oh milagro! sacando de ella un brazo les dió uno, y ellos tomándolo de su mano volvieron alegres á su madre. Preguntoles ella quien les había dado aquel pan: respondieron ellos que el P. Arcángel habia sacado un brazo de la sepultura y se lo había dado; y pasmada la mujer del prodigio lo publicó á voces y con ellas y con sus hijos con el pan fué corriendo á nuestro Convento á dar noticia á nuestros Padres, siguiéndola mucha gente de aquel barrio. Los Padres no la dieron crédito ántes de averiguar la verdad: examinároula muchas veces, y á los niños les hicieron mil preguntas, y ella y ellos siempre afirmaron lo mismo; y si bien la poca edad de los niños quitaba la fuerza á su dicho, su mucha inocencia hacía fnerza para que se les diese crédito, y el de la madre confirmaba el de los hijos, repitiendo muchas veces lo que con ellos le había pasado aquella mañana, y como vueltos con el pan le habían dicho que se lo había dado el P. Arcángel sacando un brazo de la sepultura: que por ser tan raro milagro había dado noticia de él al Convento. Este tan maravilloso suceso fué despues confirmado por testigos de mucho crédito. (1).

P. Antonio de Trápani.

Este insigne Religioso honor de toda la Orden, y gloria de la Provincia de Cataluña, nació en el Reino de Sicilia en Trápani; y en el mismo Reino abrazó nuestro instituto capuchino, vistiendo el santo hábito en uno de aquellos conventos que la Orden tiene en aquel territorio. Ignoramos el nombre de este convento, como tambien el de los padres del Siervo de Dios, porque tal vez en aquellos tiempos no cuidaron de saberlo ni averiguarlo: siendo lo más sensible que habiendo vivido veinte y cuatro años Capuchino en aquellas tierras, nada escribieron de su vida, ni de sus operaciones y ejercicios, diciéndonos solamente, que despues de los veinte y cuatro años de Religioso vino á la Provincia de Cataluña. Mas los resplandores de perfeccion, virtud y santidad que derramó en nuestros conventos, fueron tan luminosos y brillantes, que no podemos dudar que ya en Sicilia se había formado un Capuchino perfecto y santo con la estrecha observancia de las rígidas leyes de la Orden. Nuestros Prelados mayores, y nuestros Capítulos provinciales dieron un testimonio claro del alto concepto que formaron de la perfeccion y prudencia de este Varon insigne; pues aunque de nacion extranjera, no dudaron confiarle el cargo de Definidor varias veces, y tambien el de Guardian en diferentes conventos. Y aunque él por su profunda humildad procuraba librarse de prelacías, pero si algunas veces lo conseguía, en otras no podía lograrlo; de modo que muriendo en la edad de sesenta y seis años, se hallaba entónces actualmente Definidor y Guardian. Ni debe esto maravillarnos, porque los

(1) Nuestras *Chrónicas* generales p. 4. l. 4. n. 53, tratan con mucho elogio del P. Arcángel.

honores son semejantes á la sombra, que huyen de los que los buscan ó apetecen, y siguen á los que con verdadera humildad los excusan.

Estaba tan radicada en nuestro P. Antonio esta virtud de la humildad, que parece no sabía pensar de sí sino muy bajamente, ni obrar de otro modo que si fuese el menor de los sirvientes del convento. Unas veces, aun siendo Guardian, llevaba agua y leña al cocinero, otras limpiaba las celdas de los enfermos, y si tal vez había algun bajo servicio, no permitía que otro lo hiciese sino él mismo. Trabajaba tambien en la huerta y en otros ejercicios corporales, como rajar leña ó buscarla para la cocina, juntándose á veces con los trabajadores, y dando golpes con la segur, no de otra suerte que si fuese un peon. Una vez pasó por el convento de Elna, perteneciente entónces á la Provincia, y como los Religiosos de aquella familia estuviesen enfermos, él aunque ya viejo tomó la escoba y barrió el convento en uno de los dias acostumbrados, dejando á todos este ejemplar de humildad y de edificacion. En el tiempo que fué Guardian de nuestro convento de Blánes, cuando el limosnero le pedía compañero, si el tiempo era frio ó lluvioso, solía responderle con modo gracioso: « Hoy es dia del P. Guardian »; y tomando las alforjas se juntaba con el limosnero, y siguiendo calles y casas, se cargaba con el pan que recogía de limosna. Admirábanse los seglares, y movidos de compasion le decian que tomase algun animal que le llevase la carga en el largo camino que hay hasta el convento. Mas quien conocía el precio de la humildad, conocía tambien el mérito del trabajo; y así respondía á aquellos compasivos devotos: « No quiero dar ese merecimiento al animal »; con que cargado como estaba se volvía al convento.

No le desvanecían seguramente, ni le infundian elevados pensamientos los honores, ni los empleos, ni los cargos, ni la veneracion de las gentes. Sabía muy bien este Varon humilde mirarlo todo como una figura que pasa, fijando la vista solamente en su interior, donde no sabía hallar otros motivos sino para reputarse y conocerse por un vilísimo pecador. Así lo observaron algunos Religiosos en ciertas ocasiones que el Siervo de Dios pedía perdon al Señor, dándose golpes en los pechos, y diciendo con sentimiento: « ¡Ay miserable de mí pecador! » Es muy particular en esta materia el caso siguiente. Siendo Guardian del convento de Perpiñan, quiso una tarde hacer plática espiritual á los Religiosos jóvenes que tenía bajo su obediencia: á este fin fué al lugar donde ellos estaban congregados, y habiendo rezado segun costumbre el Ave Maria, empezó la plática con estas palabras: « Fray Antonio, ¿ qué es lo que tu quieres hacer? ¿Quieres enseñar y no sabes aprender?... ¿ Qué puedo yo decir?... Yo soy un pecador. » Aquí paró, y oyendo aquellos jóvenes unas palabras de tanto desprecio, salidas de la boca de su mismo Maestro y Prelado, no supieron hacer otra cosa que llorar; con que vino á reducirse aquella plática en sentimientos, compuncion y lágrimas, siendo tanto más provechosa, cuanto ménos adornada de palabras. Solía tambien el Siervo de Dios hacerse compañero de los jóvenes en las mortificaciones que les imponía, practicando en la mesa la misma penitencia que les mandaba. Y aun parece que quería exceder á todos, jóvenes y viejos, en la penalidad de las disciplinas; pues poco contento de las comunes acostumbradas en la Orden, añadía otras particulares, ya despues de los Maitines, ya cuando á las cuatro de la mañana bajaba al coro; queriendo sin duda con estas penitencias corresponder al concepto de pecador, que tenía tan impreso en su corazon.

Estaba este Varon santo abrasado con los incendios del Divino amor, y así cuando se miraba á sí mismo, nada sabía hallar sino motivos de humillarse y despreciarse; pero cuando levantaba su consideracion y la ponía en los inmensos campos de la Divina bondad, ya parecía otro hombre más del cielo que de la tierra. Si hablaba ó conversaba con los hombres, eran cosas de Dios, de virtud y perfeccion: cuando pasaba delante el coro, solía entrarse en él, y saludaba al Señor diciéndole: « Hágase tu volundad »; en otras ocasiones acostumbraba tambien

decir: « Oh bendito, Señor. » Se observó tambien que habiendo de decir alguna cosa, se ponía como suspenso, levantando la cabeza y los ojos en alto, que parecía consultarlo con Dios. Hizo viaje una vez desde Ceret á Gerona, y disponiendo que el compañero se adelantase, él se ocupaba en actos amorosos con Dios, entre los cuales oyó el compañero que decía con espíritu fervoroso estas palabras: « ¡Oh Señor, cuando haremos vuestra voluntad todos, todos! » Al fin se dejaba ver tan extático, que siempre parecía estar ó tratar con su Divina Majestad. Y si eran tales los ardores de amor de Dios que se podían notar y observar en la conducta exterior de este Varon fervoroso, ¿ cuales serían los ardores, las llamas, los incendios de amor, que abrasarían su alma en el secreto de su oracion? Los Angeles santos que serían testigos de estos amorosos coloquios, podrían explicarlos. A nosotros nos bastara saber, que la oracion, los ejercicios del coro, y las funciones espirituales eran los grandes objetos que atraían el corazon, la voluntad y el alma de este Siervo de Dios; pareciendo que hallaba en ellos todas sus delicias, segun el conato que ponía en su asistencia. Las horas de oracion, establecidas en la Provincia, satisfacían poco sus deseos, si no podía alargarlas en otro tiempo, en que descansase su espíritu. Unas veces prevenía los Maitines de media noche con una ó dos horas de oracion. Otras veces despues de Maitines, cuando los Religiosos se recogían, él se quedaba en oracion, y hacía la disciplina en las espaldas. Tambien fué observado, que cerca las cuatro de la mañana bajaba al coro, y haciendo primero la disciplina, segun dijimos, permanecía allí en oracion hasta la hora de Prima. Para conocer su espíritu y fervor en asistir á las Divinas alabanzas en el coro, pondremos á la letra la relacion jurada, que hace el P. Pedro de Villamayor, el cual se explica así: « Padeciendo (el P. Antonio) un grande dolor de riñones, que no se podía levantar, muchas veces me llamaba á mí, que tenía la celda al lado de la suya, cuando despertaban á Maitines, para que le ayudase á levantarse, y con aquel trabajo iba al coro y asistía á los Maitines; y alguna vez le hube de bajar, tomándole á cuestas hasta la puerta del coro. Y si el Prelado le decía que se volviese á la celda, con tanta humildad y instancia le pedia por amor de Dios que le dejase estar, que salía con ello. » Hasta aquí el dicho P. Pedro. Y siendo esto así, ya no deberemos maravillarnos ni de su humildad, ni de su desprecio propio, ni de su mortificacion, ni de su devocion, ni finalmente que fuese Religioso singularmente aprovechado en todas las virtudes, y un dechado de toda perfeccion; que son los términos con que se explica otro de los Religiosos de aquel tiempo. Porque en la oracion y ejercicios espirituales se forman aquellos incendios de amor, que purificando todo lo terreno, adornan las almas con el atavío de las virtudes, y las juntan con su amado Dios.

Mas como este amor Divino va siempre acompañado con el amor de los prójimos, así este Varon santo tenía un corazon tan compasivo, que no podía ver las dolencias y necesidades de sus prójimos sin procurarles todo el remedio y socorro que estaba en sus manos; en cuya confirmacion traeremos los dos casos siguientes. Cierto jóven pobre y cubierto de algunos andrajos, que le dejaban medio desnudo llegó en tiempo de mucho frio á nuestro convento de Prada, donde el Siervo de Dios era Guardian. Avisole el portero como aquel pobre pedía alguna ropa con que defenderse de tan riguroso frio. Bajó á la puerta prontamente, y al ver aquel miserable en tanta necesidad, dijo: « Este es Jesucristo », y lleno de compasion le condujo á la hospedería, y mandó al portero que le compusiese alguna ropa. Despues lo condujeron á la cocina, donde con agua caliente le lavaron, practicando este caritativo acto con tanto espíritu y fervor, que así el Siervo de Dios como el portero lloraban de ternura y devocion. Siendo ya lavado, le dieron de comer, y lo despidieron en paz. En otra ocasion caminando á Figueras, halló un pobre estudiante echado en el camino, y cubierto de sudor. Preguntole la causa de su mal, y sabiendo que esta-

ba con calentura, le dió una túnica interior que llevaba, y mandó al compañero que le diese un pedazo de pan y una ó dos granadas que traían. Despues le exhortó á la virtud, singularmente que fuese devoto de nuestra Señora; y dejándole consolado, prosiguió su camino.

Esta devocion á la Vírgen Santísima que acabamos de insinuar, estaba altamente radicada en el corazon del Siervo de Dios, ayunando los sábados en su obsequio, y saludándola muy frecuentemente con el Ave María, en cuya oracion tenía tanta confianza y devocion, que la rezaba al principio de cualquier cosa que hubiese de hacer ó resolver, diciendo al compañero: « Hijo, digamos el Ave María. » Y como esta Divina Señora es tan liberal en corresponder á sus devotos con gracias y favores, se vieron algunos efectos maravillosos con esta devota práctica del Siervo de Dios. Uno de ellos fué que cuando algun Religioso afligido de escrúpulos, recurría al Varon santo para el remedio, diciéndole él que dijese el Ave María, le daba una medicina tan saludable, que en diciéndola, quedaba quieto y sin escrúpulos. Dijimos arriba que el Siervo de Dios solía juntarse con los trabajadores que cortaban leña para el convento: en cuyo ejercicio sucedía á veces, que diciendo el Varon santo « Ave María », y dando el golpe con la segur, partía el leño por el medio, ó rompía una buena parte, y esto aunque el leño fuese nudoso ó difícil de romperse. Lo mismo sucedía á veces con los trabajadores, pues levantando ellos el brazo con la segur, y diciendo el Siervo de Dios « Ave María », daban el golpe con el mismo prodigioso efecto.

Pero entremos ya en la relacion de otros favores celestiales más prodigiosos y más admirables, que acreditaron la virtud y santidad de este Varon incomparable. Entre ellos debemos poner en primer lugar el haber merecido que Dios nuestro Señor le revelase la gran dicha de ser del número de los predestinados. Así con el debido secreto lo comunicó el Siervo de Dios al P. José de Santa Coloma, Varon muy espiritual, con quien comunicaba las cosas de su espíritu, en la ocasion que los dos moraban en nuestro convento de Santa Eulalia. Fué tambien favor muy singular el haber sabido con luz superior los años que le quedaban de vida, segun lo demuestra el caso siguiente. Siendo Guardian de nuestro convento de Tarragona, incurrió en una enfermedad tan grave, que el médico que le visitaba, dijo al despedirse de los Religiosos, que el dia siguiente estaría ya muerto. Mas el Varon santo que se gobernaba con luces más superiores, al volver los Religiosos, les dijo que no moriría de aquella enfermedad, ántes le quedaban aun diez años de vida para hacer penitencia; como así se cumplió con toda puntualidad: siendo lo más singular y más prodigioso, que volviendo el médico el dia siguiente, cuando debía creerlo ya difunto, lo halló que ya andaba por el convento, quedando con la admiracion que se deja pensar. Fué el Siervo de Dios muy amigo del Señor Canónigo Cárlos Perpiñan de Gerona, Varon de grande santidad, y ambos solían estar dos y tres horas en conversacion, tratando cosas de espíritu y de oracion. En una de estas ocasiones manifestaron los dos Varones santos el espíritu de profecía que les ilustraba, pues se anunciaron el uno al otro la muerte con la circunstancia del tiempo en que debían morir. Hallándose este Varon iluminado Guardian de nuestro convento de Prada en el Rosellon, sucedió que los Franceses, enemigos entónces, hacían correrías por el Conflent y amenazaban querer entrar en la dicha villa de Prada. Los vecinos temían en gran manera esta entrada por sus lastimosas consecuencias; y sabiendo una noche que aquellos enemigos estaban ya cerca de la villa, recogían sus arcas y alhajas para llevarlas al castillo. En esta confusion y conflicto se dejó ver nuestro P. Antonio, y animando á aquella gente afligida, les dijo que no temiesen, porque los Franceses no entrarían en la villa; y para mayor seguridad les añadió, que ya habían tomado otra resolucion: como en efecto así lo vieron cumplido, segun el Siervo de Dios les había predicho. A cierto hombre de la misma villa de Prada dijo tambien que no temiese de ladrones en el viaje

que pretendía hacer á Barcelona; y que aunque llegase á verlos cerca de sí, confiase en Dios, que no le hurtarían, ni caería en sus manos; pero que le encargaba rezase cada dia tres veces el Pater noster y Ave María, y se encomendase á Dios, á la Vírgen, y á los Santos. Con esta promesa hizo aquel hombre su viaje, y aunque no faltaron ladrones que hurtaron á otros, él mereció quedar libre, segun el vaticinio del Varon santo.

Más singular y más provechoso fué el beneficio que hizo á otro hombre de la Junquera, muy devoto del Siervo de Dios. Habían sucedido á este hombre algunos trabajos tan grandes, que ocupado de sentimiento, quería ya suicidarse como desesperado: no obstante tuvo la advertencia de pedir á Dios le concediese algun remedio, reclamando al mismo tiempo á nuestro P. Antonio. Suceso á la verdad prodigioso. Se hallaba entónces el Siervo de Dios en Barcelona, y sin embargo de la gran distancia de los lugares, se apareció á aquel infeliz hombre dentro el aposento en que estaba, siendo ya de noche, y reprendiéndole benignamente su mal pensamiento, le dijo que tuviese confianza en Dios, que aquel negocio se remediaría; con lo cual dejándole consolado, desapareció, verificándose despues el buen suceso prometido. En otra ocasion morando en nuestro convento de Santa Eulalia, fué á visitar al Señor Don Juan de Llupian, que se hallaba enfermo en Barcelona Consolose mucho este Caballero de ver al Siervo de Dios, y le pidió que le encomendase al Señor; mas el Varon humilde, despreciándose con decir que era un gran pecador, le respondió que le diria los santos Evangelios, como en efecto así lo practicó. Despues le encargó que rezase cinco veces el *Pater noster* y *Ave Maria*, y fuese muy devoto de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo; añadiéndole por conclusion que aquello no sería nada: y habiéndole dado su bendicion, se volvió á su convento. Mas aun no había salido de la casa, cuando el enfermo se halló ya mejorado y sin calentura, segun lo refería despues el mismo Señor Don Juan. Tambien predijo el Siervo de Dios á cierto Religioso nuestro, enfermo de calenturas, que sería curado de ellas, y no le molestarían más, dándole á este fin una cedulilla del Nombre de Jesus, y diciéndole que tuviese mucha fe en ella: cuya promesa se cumplió tan puntual, que el mismo Religioso dice que desde entónces quedó libre de calenturas. Vinieron una vez á nuestro convento de Prada algunos trabajadores, para hacer cierta labor que el Siervo de Dios les había encomendado, siendo Guardian de aquel convento. Concluido el trabajo, y siendo ya tarde, les dieron algo de comer, presentándoles dos panes y una ensalada con algunas nueces. Eran aquellos dos panes tan pequeños, que los mismos trabajadores se afligían de tanta poquedad. No obstante habiendo el Varon santo bendecido la comida, multiplicó el Señor aquellos panes de modo, que aunque los trabajadores eran seis, y no habían comido desde la mañana, comieron entónces á su placer hasta quedar satisfechos; y con todo aun no acabaron uno de aquellos dos panes tan pequeños. Y para más clara manifestacion del milagro, sucedió que llevándose uno de los trabajadores un pedacito del pan que no habían acabado, se multiplicó tambien de manera que aquel hombre pudo trabajar todo el dia siguiente, comiendo á satisfaccion de aquel pan sin añadir otra cosa: con que reconocieron todos el milagro qne obró el Señor por los merecimientos de su Siervo.

Otro suceso aun más prodigioso se vió tambien en el caso siguiente. Volvía el Siervo de Dios con su compañero de Aragon á Cataluña, y por haber entónces alguna peste ó epidemía, nada hallaban para comer, ni para recogerse en la noche, en tanto que si se acercaban á algun lugar para pedir limosna, la gente les amenazaba con armas de fuego. Tres dias caminaron con este trabajo sin haber comido, y desfalleciendo ya el compañero, el Varon santo para animarlo le exhortaba que confiase en Dios, que no dejaría de socorrerlos. En efecto, á breve rato hallaron en medio del camino dos panes recientes y un gallo asado. Entónces el P. Antonio volviéndose al compañero, le dijo: « Mire, hermano, cuan bueno es Dios, que

se ha dignado enviarnos este socorro en tal ocasion: vamos á la orilla de aquel rio, y podremos tomar refeccion.» Llegados allí, se arrodilló el Siervo de Dios, y alzando los ojos al cielo, hizo alguna oracion; cuando en este tiempo llegaron como unos doce hombres, que acercándose á ellos, les dijeron que desfallecían de hambre, por no hallar quien les diese de comer. Al oir esto el Varon santo, movido á caridad, les dijo que se sentasen allí todos, y dando su bendicion á los dos panes y al gallo, lo dividió todo en muchos pedazos; y hé aquí un portento muy parecido al que obró Cristo Señor en el desierto. Pues comieron á su placer todos, así Religiosos como seglares, de aquella bendicion del cielo, hasta quedar satisfechos: y recogiendo despues el P. Antonio y su compañero lo que había sobrado para las necesidades venideras, hallaron que lo sobrante, así de los panes como del gallo, era dos veces mayor, que lo que habían hallado en el camino. Cuanta fuese su admiracion, y cual su accion de gracias, se deja bien entender del mismo suceso tan admirable y tan prodigioso en todas sus circunstancias.

Fué tambien muy singular y maravilloso otro beneficio que el Siervo de Dios mereció recibir de la gran liberalidad del Señor, en ocasion de hacer otro viaje. Había ya llegado á la orilla de un rio, que por sus muchas aguas era muy difícil y peligroso el vadearlo; y como ni él ni su compañero supiesen donde estaba el puente, por haber errado el camino, y siendo por otra parte de noche, dijo el P. Antonio al compañero: «Hijo, ya que debemos estar aquí hasta que llegue el dia, hagamos entretanto algun rato de oracion.» Con esto se arrimó cada uno bajo de un árbol; cuando á breve tiempo oyeron que alguno venía á caballo por la orilla del rio á toda prisa, el cual acercándose á ellos, se paró, y les llamó diciendo: «Deo gratias: Padres vengan, que yo les pasaré por el rio.» Así lo dijo y así lo cumplió, pasando con su caballo primero al P. Antonio, y despues al compañero; y habiéndoles dejado en la otra parte del rio, dió una corrida, y sin decirles palabras desapareció. Quien fuese este admirable conductor, lo sabría tal vez el Siervo de Dios, mas no lo declaró, diciendo solamente al compañero: «Hijo, demos gracias á Dios nuestro Señor, que nos ha querido consolar.» Mas no obstante no dejó el compañero de tener algunos indicios de quien fuese, pues segun él decía despues, cuando subió á caballo para pasar el rio, vió y advirtió que aquel Caballero llevaba hábito de Capuchino, y que el caballo parecía andar sobre las aguas como sobre tierra firme, creyendo de aquí que fuese nuestro Padre San Francisco, ó el glorioso San Antonio de Padua; por cuyo motivo no dejarían ambos Religiosos de mostrarse muy agradecidos al Señor por tan señalado beneficio.

Entre tantos sucesos admirables debe tener lugar el siguiente acaecimiento, que el mismo Siervo de Dios refirió á otro Religioso nuestro; creyendo no dejará de ser provechoso para aquellos Religiosos que desean de veras la mortificacion. En un convento había cierto Capuchino que paseándose bajo de un parral, y viendo las uvas coloradas, le vino el deseo de probarlas si estaban sazonadas. Reparó no obstante si lo haría; mas pareciéndole que no faltaba á la mortificacion, cogió un grano, y lo comió. Sucedió despues que habiendo salido del convento en el mismo dia, topó con una mujer endemoniada, la cual, ó el demonio por su boca, empezó á llamarle por su nombre, diciéndole: «¡Ah Fray tal! si la tentacion fuera mayor, ¡cómo te habría cogido! has de saber que yo estaba en aquel racimo de uvas, cuando te paseabas bajo del parral, y te persuadía que las probases» Quedó con esto el pobre Religioso corrido y confuso, viéndose burlado por el mismo demonio delante de todos. Y nosotros debemos quedar advertidos de la gran cautela con que debemos proceder aun en las cosas más mínimas, si no queremos caer en los lazos que el demonio nos tiene siempre prevenidos.

Siendo pues la vida de nuestro P. Antonio ilustrada con tan admirables prodigios, y con tantos dones celestiales, y hallándose ya consumado en la virtud y perfeccion, le fué preciso

pagar á la mortalidad la deuda comun, contraida por nuestro primer Padre: pero no con aquellos extremos dolorosos que se acostumbran ver en los moribundos, sino con tal quietud y sosiego, que apénas lo pudieron advertir los Religiosos que se hallaron presentes: uno de los cuales dice, que sin abrir la boca, ni despegar los labios, espiró; de modo, añade el mismo, que se puede decir de este Siervo de Dios lo que se dice de San Antonio de Padua: *Quasi dormiens expiravit*: que murió como durmiendo. Fué su muerte de enfermedad, y despues de recibidos los santos Sacramentos; y como ya en vida, segun dijimos, había tenido la dichosa nueva de ser del número de los predestinados, podemos creer con fundamento cristiano, que este Varon santo no murió sino para vivir eternamente con los Bienaventurados en el cielo; de cuya felicidad tambien fué indicio el haberse hallado su cuerpo entero, despues de un año de sepultado. Confiemos nosotros ser algun dia sus compañeros en el cielo, ya que en la tierra somos sus hermanos en el mismo hábito y en la misma profesion; animándonos á seguir con espíritu y fervor sus virtudes y ejemplos, con que sansantificó los mismos conventos que habitó. Falleció este ilustre y santo Religioso el año 1618 en nuestro convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, hallándose actualmente Guardian de nuestro convento de Granollers, y Definidor de la Provincia.

Fr Angel de Gerona, Corista.

Sus padres se llamaron Miguel Tomas y Elena su mujer: Vistió nuestro santo hábito el año 1616. Sácole Dios del mundo tan presto como pudo entrar en la Religion, y de la Religion se lo llevó en los primeros fervores, que fueron tan grandes así en el noviciado como despues de profeso, y tanto el cuidado que tuvo de atender á la perfeccion con los ejercicios de mortificacion, oracion, y demas virtudes, que verdaderamente fué Angel en las costumbres, como en el nombre; conforme así lo expresa el P. Pablo de Sarriá, que moraba en el mismo convento donde murió. Uno de los ejercicios en que se aplicó con particular cuidado y diligencia, fué en mortificar su natural ó genio, por parecerle algo impaciente, haciéndose mucha violencia en las ocasiones que se le ofrecían; y llegó á tanto este su deseo, que no pocas veces se le oyó decir estas palabras: « No tengo de parar hasta haber vencido esta pasion. » No fué menor la solicitud y cuidado que puso en encender su corazon con las llamas del Divino amor proponiéndose por blanco de sus deseos á Jesus crucificado y muerto por la salud de los hombres.

Tratábase en aquel tiempo de las Misiones del Reino del Congo, y habiendo llegado esta noticia á nuestro Fray Angel, se manifestó tan encendido en deseos de pasar á aquellas misiones, y derramar su sangre por Cristo, que no dudó, aun siendo novicio, representar estos sus deseos al Ministro Provincial, que lo era entónces el P. Lorenzo de Pons. Este Padre se halló en el Capítulo general, en que se trató de las dichas misiones, y al volver halló á Fr. Juan en el Coristado; y para darle algun consuelo y animarle en sus buenos propósitos, le dijo que ya nuestro Señor había cumplido sus deseos de ir á las misiones del Congo. Quedó lleno de gozo y alegría el Siervo de Dios al oir estas palabras, persuadiéndose que se cumplirian sus deseos. Mas Dios nuestro Señor, que le tenía prevenido otro viaje más feliz, se dignó enviarle una grave enfermedad que le abrió el camino para el cielo. Moraba entónces el fervoroso Corista en nuestro convento de Granollers, y por la mayor conveniencia de los remedios le trasladaron á nuestro convento de Monte-Calvario, donde pasó su enfermedad con tanto fervor y espíritu, que era la edificacion de los que le asistían. Pidió á cierto Religioso que le hiciese y pintase en un pergamino cierta abertura á semejanza de la llaga de Cristo; y habiéndola hecho el Religioso, y llevádosela, la recibió el Siervo de Dios, y metiendo la mano por aquella abertura, se enfervorisó con tanto exceso, que parecía te-

ner como asido con la mano el Corazon de nuestro Redentor.

Con esto ya no tenían lugar en su interior ni las tristezas ni las congojas, ántes se hallaba ocupado de tal gozo y confianza en Dios, que sus palabras eran júbilos y actos fervorosos de amor divino; lo cual observado por el enfermero que le asistía, dice, que al ver tanto fervor, le obligaba á llorar de gozo. Era en aquel tiempo Guardian de Monte-Calvario el P. Leon de Areny, el cual recelando como prudente que aquel gozo y alegría de Fr. Angel no declinase en alguna confianza demasiada, le fué á la mano, y le dijo que hiciese tambien actos de contricion de haber ofendido á Dios, pues que San Hilarion, con haber hecho tanta penitencia, temía en la hora de la muerte. Mas el fervoroso Corista respondió á esta exhortacion del Prelado, que era tanta la confianza en Dios con que moría, que no podía temer, ni hacer ménos de lo que hacía: y así con aquel fervor y alegría entregó su alma en las manos de su Criador. ¡Feliz alma, que sales de este mundo con tales señales de predestinacion! Bien podemos creer que tu mansion es entre los Bienaventurados del cielo, donde tienes otro gozo y alegría que nunca tendra fin. Murió este devoto Corista á los diez y siete años de edad, y dos de Religion, en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1618.

Fr. José de Peramea, Corista.

Nació en un pueblo del obispado de Urgel, llamado Peramea, y sus padres se llamaron Lucas y Catalina Obrería. En el siglo llevó una vida tan pura é inocente, que sin embargo de tener como veinte años cuando entró en la Religion, no había cometido culpa mortal, ni sabía que cosa era, segun él mismo lo dijo despues á otro Religioso. Vistió nuestro santo hábito el año 1615, en nuestro convento de Santa Eulalia, y llevando una pureza tan singular, será fácil creer los grandes progresos que hizo en la virtud, así en el noviciado como despues de profeso. Estaba adornado de un natural muy pacífico y quieto, y como por otra parte fuese muy espiritual y fervoroso, hacía conocer á todos cuanto realza la gracia los dones de la naturaleza. Eran muy grandes los deseos que tenía de padecer y ser mortificado: á cuyo fin pedía él mismo con humildad, que le ejercitasen en penitencias y mortificaciones, las cuales cumplía con no menor espíritu que alegría, con que era la edificacion de todos. Tambien fué grande el deseo que tuvo de llevar la presencia de Dios, y puso tanto cuidado para conseguirlo, que le resultó algun daño en la cabeza. En los demas ejercicios espirituales y actos virtuosos se llevó con tal perfeccion, que los Religiosos que le trataron, formaron un alto concepto de los progresos que en adelante haría en la virtud y santidad con los auxilios de la divina gracia.

Mas no tuvieron lugar estos progresos, porque Dios nuestro Señor, que es dueño de la vida y de la muerte, quiso llevárselo para sí en la flor de su juventud. Y para que pudiese purificar su alma ántes de salir de este mundo, se dignó enviarle cierta enfermedad de etiquez, que le afligió no poco. Recibió el fervoroso jóven esta enfermedad con tanta resignacion, y la sufrió con tal paciencia, que bien se descubrió el fondo de virtud que había adquirido. Fué trasladado del convento de Igualada, en que moraba, al de Monte-Calvario; en cuyo viaje le sucedió, que habiéndose hospedado en casa de cierto devoto de la villa de Martorell, le sobrevino algun accidente, que le obligó á echar sangre en tanta copia que atemorizó al compañero. La Señora de la casa recelando tal vez que el Corista estaría lleno de temores, quiso animarle, diciéndole que no se espantase. Mas él, encendido con el amor divino, respondió: «¿Cómo, Señora, yo espantarme? ¿Y de dónde merezco yo tan grande merced y regalo de echar la sangre por amor de aquel Señor, que la derramó toda por la salud de los hombres, siendo de tal precio, que una sola gota vale infinitamente más que toda la que podrían derramar por él todos los hombres?» Con este espíritu respondió á aquella Señora, y el mismo manifestó siempre en las

diferentes ocasiones que en este viaje le sobrevino el accidente de echar sangre. El Religioso que le acompañaba, dice que el virtuoso Corista iba por el camino con grande fervor, y que dando gracias á nuestro Señor, decía, que por la misericordia de Dios no sabía que cosa era pecado mortal, ni que nunca lo hubiese cometido, segun ya lo insinuamos al principio.

Habiendo llegado al convento de Monte-Calvario, perseveró tambien en el mismo fervor, manifestando entre sus males gran confianza de la gloria, y un singular deseo de ver á Dios. Y para encender más este fervor, ó para que no se enfriase en el amor divino, pidió á cierto Religioso que para su consuelo le leyese algun libro espiritual. Hízolo el Religioso con mucha caridad, leyéndole algunas consideraciones del Autor llamado Ludovico Blosio, singularmente aquel acto de resignacion para la muerte, que lleva el mismo Autor: con cuyo acto se consolaba no poco el devoto enfermo, y le quedó tan impreso en la memoria, que lo repetía muchas veces. Y al fin haciendo el dicho acto de resignacion, y diciendo las finezas de amor que le dictaba su fervoroso espíritu, pasó de esta vida para gozar otra más dichosa en el reino de la inmortalidad. Los Religiosos que en esta ocasion asistieron segun costumbre, al ver los actos fervorosos con que este dichoso Corista había salido de este mundo, no dudaron creer que su alma, sin pasar por el purgatorio, se había ido al cielo á gozar de Dios; segun así lo dice el P. Pablo de Sarriá, que se halló presente. Fué su muerte á los tres años de Religion, en nuestro convento de Monte-Calvario, el año 1618.

P. Pablo de Onteniente.

El P. Pablo era ya sacerdote ántes que viniera á nuestra Orden, y de tan buena opinion que le miraban los de su lugar como á Santo, pero túvola mayor siendo Religioso en nuestra Orden, donde la virtud se profesa más de asiento y se conoce y perfecciona más la que lo es á la luz de la obediencia que la que parece á los ojos de los del siglo. La del P. Pablo siempre fué grande, pero mayor lo fué en la Religion, donde la grande entre tantas no lo parece; campeó entre muchas la suya, por hacer conocidas ventajas la suya á la de muchos. Era naturalmente de gallardo ingenio y cultivado con las letras; descubría grande talento, pero ilustrado con luces del cielo manifestaba ser de Angel el suyo, y abrasada su voluntad con afectos de amor divino parecía Serafin abrasado. Su ejemplar vida adornada de Seráficas virtudes abonaba su verdadero espíritu, que descubrían como resplandores al Sol divino que llevaba escondido en el suyo, con tan perfecta mortificacion y modestia del hombre exterior, que la engendraba en los que le miraban y veneracion grande de su mucha virtud, ofreciéndoles motivos de que alabasen á Dios autor de la suya; y siendo continua en él, era prueba evidente del contínuo recogimiento de su alma atenta siempre á Dios, suspenso y absorto en El, ardiendo en llamas de afectos encendidos de su amor. Era por extremo humilde y pobre, sintiendo bajamente de sí, que aun de sí mismo por vil no hacía caso ni hallaba en sí cosa de que otros pudieran hacer estimacion: á todos miraba y veneraba como á Angeles: tan pobre, que ni tenía ni quería tener nada á su uso sino lo forzoso de la Seráfica Regla, y eso lo más estrecho y humilde; los pies siempre en todo tiempo descalzos, una corta y estrecha cama de desnudas tablas para su corto sueño, y á este tenor eran las demas virtudes Evangélicas que adornaban su ánimo. Vivió siempre en el suyo una encendida llama de padecer por Dios y de dar su vida por su fe y amor. Por esto hizo apretadas diligencias con nuestros Superiores. En medio de ellas le quiso Dios pagar estos sus buenos afectos: diole la última enfermedad, que llevó con ánimo igual; y recibidos los Santos Sacramentos, dió su espíritu á Dios en nuestro Convento de Murcia, á 7 de Noviembre de 1618.

Fr. Anselmo de Valencia, Corista.

ERA ya Diácono y le miraba la Provincia como á sugeto de esperanzas grandes, por ser muchas y grandes sus prendas naturales y de divina gracia. No fueron los años de su edad más que 22 y solos 6 de religion, y en tan pocos parecían muchos los de su virtud; por ella era querido de todos: y dentro y fuera de la Religion se extendió la fama de la suya. Era de espíritu muy fervoroso y de muy flaca complexion, y con ser tan débil instituyó una vida muy penitente de muchos ayunos á pan y agua, de sangrientas y cotidianas disciplinas y de largas vigilias, que apénas tomaba el sueño necesario, por ser contínua su oracion, para cuyo estudio todo el tiempo del dia y de la noche le parecía corto. Eran tan encendidos los afectos de su corazon, y tan viva la ocupacion de su mente en las altísimas cosas del cielo, y tanta su penitencia, que las fuerzas físicas poco á poco le vinieron á faltar del todo con una prolija enfermedad que le vino á quitar la vida del cuerpo, para que su alma la gozara mejor en el cielo. Murió en nuestro Convento de Segorbe, recibidos los Santos Sacramentos, á 5 de Mayo de 1618. Era tan grande la fama de su virtud en toda la Ciudad, que sabida su muerte concurrió toda á venerarlo como santo, cortando á pedazos el hábito por reliquias. Quedó su rostro despues de muerto tan hermoso que la muerte no le afeó nada, ántes parecía lo estaba más que cuando vivo, y muchos de los seglares hicieron copiar el suyo para gozar del retrato del Religioso que vivo y muerto parecía Angel.

Fr Jerónimo de Orihuela, Corista.

FRAY Jerónimo de Orihuela, Subdiácono, no fué inferior á los dos precedentes en el adorno de las virtudes y opinion de Religioso perfecto. Murió tambien como su compañero de 22 años de edad, y grande Teólogo como él, y con iguales esperanzas de que había de ser en todo Religioso insigne y que había de ser de lustre á la Religion. Fué muy humilde y muy penitente y consigo muy riguroso; azotábase tan sin piedad, que parece hacía temblar las paredes de la Iglesia cuando hacía la disciplina, y que le habían de hallar despues de ellas caido y desmayado en el suelo. El mismo rigor guardaba en sus ayunos frecuentes de pan y agua. Velaba mucho porque oraba mucho de noche, atraido siempre de Dios con los regalos que le comunicaba en la oracion, de que se sustentaba su espíritu más que su cuerpo de la comida y del sueño. Cayó enfermo con una prolija y penosa calentura hética que llevó con mucha paciencia y mansedumbre, sin tener boca para la queja menor sino para continuas alabanzas de Dios, prevenido siempre para la partida que esperaba del Divino Esposo. Quedó tan flaco que no se le conocía sino el pellejo sobre los huesos. Cada instante parecía iba á espirar: asistíale de dia y de noche un Padre Sacerdote que le ayudaba á bien morir, y pareciéndole una vez que ya espiraba, hizo la señal de la campana para que acudiese la comunidad como es costumbre para encomendarle el alma. Advirtiolo el enfermo, que siempre estuvo con todos sus sentidos enteros, y ántes que llegase el Convento le dijo: « Padre, aun no es hora; en llegando, yo avisaré para que haga V. C. la señal de la campana. » Al otro dia á la misma hora le dijo: « Ya puede V. C. hacer la señal, que ya ha llegado la de mi partida »: hízola, y apénas llegó la comunidad y acabando de encomendar el alma, la entregó á su Creador para reinar eternamente con El, en 1618.

Fray Diego de Villaroya, Lego.

FUÉ natural de Villaroya, del Reyno de Aragon, de muy honesta familia; y para que se viera el cuidado que tuvo Dios de él ántes que naciera de que fuese toda su vida puro y casto y no cayese en su alma alguna mancha que la afease, le previno de antemano dándole padres muy siervos de Dios que cuidáran de él; y cuando del cuidado que tuvieron de la buena educacion de

sus hijos no se supiera más, que cuatro que les dió, todos los ofrecieron al Señor en nuestra Seráfica Religion, dos Recoletos y los otros dos Capuchinos, era bastante prueba de su mucha piedad y temor de Dios y del cuidado que tuvieron de criarlos en él, siguiendo de ordinario los hijos el ejemplo de los padres. Llamose el padre Jaime Emperador, y su madre Francisca Villaroya; y á nuestro Fray Diego se le puso en el bautismo el nombre del Arcángel San Miguel.

Fué siendo mozo soldado del Rey nuestro Señor en Lombardía, donde trataba más de las cuentas del Rosario que de las balas del mosquete; y huía las compañías y ocasiones que le podían ser de daño á la pureza de su alma, sin dejarse llevar de la libertad de la milicia. Durole poco este trato. porque estaba mal hallado con el ruido de la guerra y estruendo de las armas: despidiose lo más presto que pudo honrosamente de ellas, deseoso de más quietud, pues tirábale Dios al retiro poniéndole acíbares en los gustos de la libertad para que asentara plaza en otra mejor milicia. Volvió de Italia á España: y hallándose en Valencia, donde poco había habían fundado Convento nuestros Padres, violos y llamado con divino impulso para abrazar su instituto, movido del ejemplo de su modestia y hábito penitente, lo pidió no con pocas instancias. Examinado su propósito y vistos sus buenos deseos, le vistió de él, en calidad de lego, el M. R. P. Serafin de Policio en el Convento de la Sangre de Cristo de Valencia donde era Guardian y Maestro de novicios, á 24 de Diciembre del año 1597, siendo de edad de 27 años: y le mudó el nombre de Miguel en el de Diego, siendo el nombre pronóstico de que en la imitacion y nombre había de ser otro S. Diego en la Religion. Y no salió mentiroso el pensamiento, pues á pocos dias de novicio se descubrió en él mucho de las virtudes del Santo. Habíale dotado Dios de un natural pacífico, dócil é inclinado á todo lo que era virtud y servicio suyo; diole un espíritu fervoroso y un deseo eficaz de darle en todo mucho gusto y de aprovechar más cada dia en la virtud; todas sus ánsias eran de mayores penitencias y mayor aspereza que la prudente de la Orden, y era necesario poner freno y límite á sus fervientes deseos; mostraba grande afecto á todo lo que era mortificacion de la carne, y mucho mayor al ejercicio de la oracion mental, á los humildes de su estado, y singularmente á los de la obediencia que anteponía á todos los voluntarios aunque mostrasen pretexto de mayor perfeccion. Con tan buenos principios estaban los padres muy gozosos, prometiéndose con ellos mayor virtud, singularmente mirando en él una candidez y pureza grande de vida, con que llegó á profesar la Seráfica Regla.

Conociendo en sí mayores obligaciones por haberse consagrado todo á Dios con los votos solemnes, el tiempo todo y sus fuerzas juzgaba cortas para el desempeño; todo su cuidado era de la pureza de su corazon, procurando de conservarlo limpio en los ojos de Dios, sobresaltado siempre de su temor santo para no ofenderle en la más leve culpa. Confesaba con muchas muestras de verdadero dolor las más leves como si fueran las más graves, castigándolas en sí con rigor, con estrechas abstinencias, que apénas comía lo que bastaba para sustentar la vida, que lo admiraban los que estaban á los lados de la mesa. Con ocasion de los ministerios que tuvo toda su vida de limosnero y de portero, se sentaba á la mesa cuando los cocineros habían dado recado á la comunidad, arreglándose de modo que pudiese comer sólo pan. Siempre llevó los pies descalzos, y con sola una túnica, y el sueño breve lo tomaba sobre unas desnudas tablas, por dormir ménos y velar más en oracion en la Iglesia. donde pasaba la mayor parte de la noche. De las conversaciones de las mujeres huía como de peste, y siendo fuerza el hablar por los oficios que tuvo de limosnero y de portero, siempre era en parte pública ó á vista del compañero: aun de sus vistas se recataba, no mirándolas jamas al rostro; y para mejor mortificarse, ni el de los hombres miraba, teniendo sus ojos fijos en tierra.

Vivía interior y exteriormente con tanta paz, que nadie le vió jamas turbado ni desabrido con nadie, ni ale-

gremente descompuesto. Mil pruebas hicieron de ello los Prelados y otros Religiosos, cogiéndole descuidado; y le hallaban siempre tan atento á sus acciones, que no sólo en sus palabras, pero ni en su semblante daba muestra de turbacion en su ánimo, con tanta paz en medio de los desprecios y afrentas propias como si fuera un manso cordero. Gozaba su alma tal serenidad por la mortificacion de sus pasiones y paz de su conciencia, que casi no hallaba en sí estorbos ni repugnancia para estar siempre recogido interiormente con Dios no sólo al tiempo que se daba á la oracion retirada, sino tambien en los ejercicios exteriores de la obediencia, aun cuando le era preciso tratar con criaturas.

No tuvo solamente consigo esta paz para con Dios, sino que la procuró tener y tuvo con todos los hombres; á todos tenia en su corazon y los amaba á todos; no se supo que jamas estuviese desabrido con nadie, ni que dijese á nadie la menor palabra de sentimiento ó enojo por más que estuviese ofendido, no sólo siendo Religioso pero ni aun siendo seglar. Siendo soldado, otro de su compañía despues de haberle tratado mal de palabra echó mano á la espada, y él le dijo con mucha paz: «¿ Tan presto? á mí aun no me ha venido la cólera »; respuesta con que atajó la riña, rompió la ira y enojo de su contrario, y con su paz le dejó rendido y amigo. Amaba en cierto modo más al que le había ofendido más, y rogaba á Dios por él; con todos estaba bien y con todos era pacífico, haciendo bien á todos, amigos y enemigos, porque á todos amaba en Cristo como á amigos.

Su rara humildad fué la virtud que campeó más entre las suyas Teníase por tan vil en sus ojos, que descendía en su concepto al mismo centro de la nada, reputándose por nada y aun por el mayor de los pecadores, indigno no sólo del hábito de la Orden sino de la compañía de los de ella De aquí le nacía un afecto de buscar para sí lo más vil y lo más desechado, el hábito más viejo y la celda más estrecha, como indigno de la menor comodidad. El infierno juzgaba ser poco para lo que merecía como ingrato á Dios y siervo tan malo. Con los favores de Dios se deshacía y aniquilaba, viendo eran superiores á sus méritos; conocía la obligacion que se le aumentaba con ellos, y lloraba no hallando en sí caudal para agradecerlos.

No se juzgaba digno sino de desprecios y afrentas, y las solicitaba con ánsias deseando hicieran todos el concepto que él tenía de sí, teniéndole por el peor de los pecadores; á cuyo fin se valía de nuevas invenciones. En Alicante á los principios de la fundacion de nuestro Convento, estaban nuestros Religiosos en una casa de prestado fuera los muros de la Ciudad. Hizo el siervo de Dios un acto muy humilde (más admirable que imitable), á lo que se cree inspirado de Dios, pues se siguió de él mucha edificacion en el pueblo. Estando presente el P. Comisario Fray Hilarion de Medinaceli, llegó Fray Diego, tomó su bendicion, y despues cubierto con solos los paños interiores, y tomando con una mano una cruz y en la otra unas disciplinas, se fué azotando en las espaldas por las calles de la Ciudad, dando voces como otro Jonas que hiciesen penitencia de sus pecados, y de esta suerte llegó hasta el muelle donde estaba el mayor concurso de los mercaderes. Conocieron luego que era Capuchino, y no sólo no se le atrevió nadie, pero todos quedaron edificados y compungidos teniendo por de Dios el aviso que les daba.

Nuestros Padres lo llevaron á mal, cuando lo supieron, y vuelto Fray Diego al Convento, el P. Comisario le dió una muy severa reprension, le impuso hiciera una disciplina y le mandó comiera de rodillas pan y agua, dándole á entender el peligro que traían consigo aquellas acciones exteriores, que no las abonaba la Orden Capuchina, la cual pone su perfeccion en las interiores del ánimo y las exteriores siempre las ha escondido á los ojos del mundo, buscando sólo los de Dios dentro de las paredes del claustro; pero Fray Diego estaba alegre por haber hallado dentro de casa lo que había buscado fuera de ella, que fuera fué honrado, y humillado, reprendido y mortificado dentro.

En los capítulos de culpas que en nuestra Religion se hacen tres dias cada semana, siempre el siervo de Dios buscaba nuevos modos para ser reprendido y mortificado: decía las suyas con tanta humildad y ponderacion que dejaba á los demas edificados, y el Prelado por conocer su espíritu y el fin de su humillacion, por no privarle del mérito de la suya, le reprendía y humillaba al parecer con rigor, y aunque viejo le daba sus penitencias que él cumplía con extraño gusto.

Fué una vez, siendo portero de nuestro Convento de Valencia, al cementerio del Hospital General y trajo muchas calaveras de muertos para ponerlas al pié de un calvario que había en el patio interior de la portería, para que topasen los que entrasen con aquel dispertador de su muerte. Quiso ántes de ponerlas probar en los Religiosos el mismo efecto: llevólas al Refectorio y púsolas en las mesas delante cada Religioso la suya. Entró á comer el Prelado, y viendo las calaveras dijo sentido: «¿Quien es el autor de esta novedad?» No fué necesario acusarle, que el mismo siervo de Dios dijo su culpa. Reprendióle al parecer con aspereza el Prelado, diciéndole que era invencionero, amigo de novedades, y que todo su espíritu le tenía puesto en exterioridades. Mandóle que se pusiese al rededor todas las calaveras y con una en la mano hiciese la disciplina en las espaldas. Hízolo con tanto afecto y fervor, que enterneció y movió á lágrimas á los Religiosos, dando por buena la accion aunque no acostumbrada en nuestra Orden, conociendo se había valido de ella para su mortificacion y desprecio; y despues le mandó el Prelado volver las calaveras al cementerio de donde las había traido.

Fué opinion entre los Padres de su tiempo que no habría en la Orden otro más pobre que él, pues con no tener á su uso nada que la Seráfica Regla no conceda, era aun tan vil y despreciado que el mismo desprecio no hiciera eleccion de ello. Su hábito, cuerda y paños menores eran tan viejos y tan cargados de remiendos viles y viejos, que los hacía durar muchos años á fuerza de remendarlos, que parecía el desecho del mundo y una burla de sus galas. Un hábito por lo ménos le duró muchos años con estos reparos, por no mudar otro, y aun algunos dicen que no llevó más que el primero toda la vida. Para celda había escogido como otro S. Alejo el hueco de la escalera por donde se subía de la portería á la enfermería de nuestro Convento de Valencia, lugar tan bajo y tan estrecho que apénas podía estar en él un hombre ni en pié ni echado, y por ser húmedo se lo mandó dejar el Prelado. Tan grande era el celo que tenía á la santa pobreza, que aun de las cosas más mínimas que pertenecen á ella cuidaba no se perdiesen y aun las perdidas recogía.

De este afecto le nacía que en la comida, dejando lo mejor de ella, escogiese para sí lo más grosero y de menor precio. Las fiestas principales de las Pascuas, los platos más bien guisados los tomaba como los demás, se los ponía delante, estabáselos mirando y no llegaba á tocarlos.

Cuan pobre fuese de espíritu el siervo de Dios y cuan vacío tuviese su corazon del amor de las criaturas para dárselo todo á Dios, en que está la verdadera pobreza de espíritu, es prueba grande el caso siguiente. Pidió una vez licencia para ir á Villarroya su patria á ver á sus hermanos y deudos que muchos años había no había visto: diéronsela con mucho gusto, porque sabían no pedía jamas cosas de su consuelo; partió con su compañero; supiéronlo sus deudos ántes de su viaje y avisaron á sus hermanos los Padres Recoletos, y todos se juntaron en Villarroya aguardándole alegres por verle, que lo deseaban por haber muchos años que no le habían visto. Llegó el siervo de Dios á vistas de Villarroya, y se paró un poco mirando el lugar, y vuelto al compañero le dijo: «Ya he visto á Villarroya: volvámonos á Valencia»; y del mismo puesto donde la estuvo mirando, se volvió sin entrar en su lugar ni ver á sus hermanos y deudos, habiendo caminado en este viaje en ida y vuelta cuarenta leguas, mostrando lo había hecho para mayor mortificacion suya y privarse del consuelo de ver los suyos estando tan

cerca de ellos, descubriendo cuan mortificado tenía su corazon.

No fué toda su vida religiosa sino una continuada obediencia; en cuanto hacía ó dejaba de hacer, en todo obedecía; ni el menor ejercicio espiritual, ni la menor penitencia hizo sin bendicion del Superior, y cuando se la negaba, igualmente quedaba contento, que si se la hubiera dado; jamas á sus órdenes hallaron en él los Prelados repugnancia ni voluntad propia; á todo le hallaban prontísimo y en todos tiempos á punto para obedecer mostrando no tenía voluntad propia. Por conocer en él los Prelados esta virtud acompañada del ejemplo de su religiosa vida y grande modestia siempre le emplearon en las obediencias de más satisfaccion y de que pendía más el crédito y buen nombre de la Religion, como fueron las de limosnero y de portero de nuestro Convento de Valencia. Ambos oficios ejercitó con tanta edificacion de religiosos y seglares, que fuera del buen nombre que adquirió á la Religion con su ejemplo, fué rara la puntualidad con que acudió á las obligaciones de la obediencia de ambos sin que de él se diese la menor queja.

No sólo cumplía las órdenes de los Prelados, sino hecho intérprete de su intencion, ejecutaba lo que entendía era su voluntad sin aguardar á que se la notificasen. Con tanto gusto obedecía que su gusto mayor era obedecer; veíasele alegre y risueño cuando hacía alguna órden de sus Prelados, porque entónces sabía sin duda alguna que hacía la voluntad de Dios, por lo cual deseaba siempre obedecer porque deseaba estarla haciendo siempre, y habiendo cumplido una obediencia luego deseaba le empleasem en otra.

Tal estima tenía de cuanto era servicio y gusto de Dios, que lo procuraba con grandes ánsias, y pareciéndole estaba muy atras en el camino, se daba prisa por llegar á darle más gusto y á procurar su mayor gloria con hambre y con sed de más agradarle. Esta sed le hacía correr como ciervo herido á la fuente perenne de las dulzuras de Dios, la oracion, tan fuertemente atraido y tan embebecidas en él sus potencias, que cuanto más bebía tenía de ellas más sed. Elevado continuamente y trasformado en Dios, de todo lo de acá y de sí mismo vivía olvidado, con tal profunda suspension que sin privarle del uso de los sentidos le dejaba libre para los actos de la obediencia. Estos no le estorbaban ántes estrechaban más la union de su alma con Dios, considerando hacía en ellos la voluntad divina, con lo cual ayudaba la misma accion exterior á continuar la contemplacion. Miéntras no estaba ocupado en aquellos, se entregaba todo á la oracion quieta en lo interior de su alma, y para acudir con más comodidad á uno y á otro todas las mañanas miéntras fué portero se ponía de rodillas en el umbral de nuestra Iglesia y desde allí oía con mucha devocion todas las Misas que se decían en el altar mayor, y como estaba á vistas de la portería, cuando era necesario dejaba su devocion voluntaria, y acudía á las obligaciones de la obediencia, dejando á Dios por Dios, ó por decirlo mejor, sin dejarle jamas ni perderle de vista.

Las noches que estaba libre de las ocupaciones de limosnero y de portero, fuera de un breve rato que tomaba para el sueño, lo demas pasaba en la Iglesia en oracion. En levantándose á Maitines no volvía jamas á la celda: en la Iglesia se quedaba orando hasta Prima; oía la Misa que se dice ántes de ella, él mismo la servía, y comulgaba en ella todos los dias con notable devocion. Al primer memento encendía un pevete para mayor culto y reverencia del Santísimo Sacramento, de que era devotísimo y en cuya presencia asistía con reverencia grande, mostrando en lo exterior la fe viva que tenía de la real presencia de Cristo Sacramentado. Encomendábanle todos los años los Prelados la limosna de la cera y pevetes para el monumento, y por el trabajo le dejaban libre toda la Semana Santa. Esta era su mayor y más rica feria: toda la pasaba en retiro y en oracion y silencio, en meditacion de los misterios de la Pasion de Cristo Señor Nuestro que aquellos dias celebra la Iglesia, que era en él toda la materia de su oracion. Tenía singular gracia de ponderacion, y

cualquier verdad que le daba Dios á conocer en ella la ponderaba mucho, y sin perderla de vista iba todo el dia repitiéndola con palabras exteriores que manifestaban los afectos que aquella luz obraba en su voluntad; singularmente ponderaba mucho la eternidad, y cargaba tanto su pensamiento en su ponderacion que le duraba muchos dias y se le oía decir muchas veces: «¡Eternidad que jamas se ha de acabar; para siempre que no ha de tener fin; jamas, siempre!» etc.

De la profunda consideracion de los misterios de la Pasion de Cristo y de lo mucho que padeció por amor de los hombres, le nacian en el corazon unas ánsias y amorosos afectos de padecer por él y de dar por él su vida entre los tormentos de un martirio: deseábalo y hablaba su lengua de lo que deseaba su alma, deseando se le ofreciesen ocasiones de padecer; y miéntras se le dilataba el cumplimiento de este deseo, él mismo era verdugo de sí mismo, vertiendo á fuerza de azotes la sangre que deseaba derramar por Cristo á manos de los tiranos. Muchas veces en el silencio de la noche hacía una rigurosa disciplina en la Iglesia, en que derramaba mucha copia de sangre, y por que no se viese levantaba la estera del suelo de ella miéntras se azotaba, y derramaba tanta que cubriéndola con la misma estera la penetraba y empapaba y se descubría encima la mancha de la sangre. Siempre iba con ánsias de padecer y de agradar más á Dios, jamas satisfecha su hambre y su sed de hacer por su amor mayores cosas: ni los ejercicios de penitencia ni los de la obediencia, ni los ayunos y vigilias, ni las r-gurosas disciplinas de sangre, ni otros mil géneros de mortificaciones pudieron jamas empalagar su deseo y su gusto. No se cansó jamas, ántes con ser ya de edad mayor y con muchos años de religion, los hacía con mayor fervor que cuando era novicio y principiante, buscando otros extraordinarios fuera de los comunes de la Religion.

No quiso Dios dejar sin testimon'os visibles lo mucho que estaba agradado de su siervo y cuan agradables le eran sus buenos ejercicios y santos deseos, con que manifestó visiblemente los favores que invisiblemente comunicaba á su alma. Daba una noche la vuelta á nuestro Convento de Valencia como era costumbre á hora de silencio su Guardian el Padre Egidio de Solsona, gran siervo de Dios, y llegando á la celda de Fr. Diego, vió por fuera había luz dentro de ella; extrañólo, y llegó de repente á abrir la puerta, y el resplandor le hizo vol ver atras, pareciéndole estaba dentro la celda todo el sol; y vió al siervo de Dios de rodillas, todo bañado de resplandor y que no hizo movimiento al ruido que hizo al abrir la puerta. Volvióla á cerrar por no estorbar'e aquella visita que le hacía el Señor, y sin otra averiguacion tuvo por cierto estaba elevado en exceso mental.

Queriendo salir de nuestro Convento de Valencia á la Ciudad dos Religiosos nuestros, el uno de ellos era Fray Narciso de la Saccudella, testigo de lo que ahora se dirá; llegando á la portería vieron de rodillas al siervo de Dios delante una cruz que había en la testera del tránsito interior: dijéronle les abriera, y como no se levantase ni les dijese palabra, llegaron á él y hablándole más recio y aun meneándole, conocieron estaba arrebatado en éxtasis, privado de sus sentidos: y tomándole las llaves que llevaba colgadas de la cuerda abrieron y dejaron cerrada la puerta que era de golpe, sin que á estas acciones y ruido diese muestras de haber oido.

Otra vez en Valencia fué á ver á un grande amigo suyo que tenía en el Altar del oratorio de su casa una imágen pequeña de un hermoso Niño Jesus de mármol, sentado en una pequeña silla con postura de dormido. Mostrósela al siervo de Dios, quien en viéndola le hizo tales muestras de afecto y devocion, tomándola en sus manos, abrazándola y besándola, y le dijo tan tiernas palabras hecho niño con el Niño Dios, que el amigo y dueño de ella, viendo los grandes afectos de amor y devocion que le había mostrado, se la ofreció y dijo se la llevara para su celda. El siervo de Dios se lo agradeció y dijo que por ser de valor no la podía tener; suplicóle su

amigo muchas veces se la llevara, pero él jamas quiso, dejósela en el mismo Altar y se fué. A la noche no hallaron la imágen en el puesto que la había dejado el siervo de Dios ni en otro de la casa: creyeron, y no se engañaron, que la imágen por medio de su original se había ido en ella á favorecer con su presencia á su siervo y despertar con la suya los afectos de su corazon de que tanto había quedado pagado. Esta imágen la tuvo el siervo de Dios mucho tiempo gozando á sus sólas de su consuelo: despues ántes de partirse á Roma, la dió para la sacristía de nuestro Convento de Valencia, y por las señas que dió su primer dueño, conocieron era la que había desaparecido de su casa el primer dia que la vió el siervo de Dios y le mostró tanto afecto de amor y de ternura.

Cuan alumbrado fuese de Dios su entendimiento con verdades de Teología sin haberla jamas estudiado, que ni aun leer ni escribir sabía, se vió en muchas respuestas que dió á grandes teólogos, con que los dejaba admirados viendo alcanzaba un hombre sin letras lo que á ellos les costaba estudio y trabajo, conociendo el favor que hace Dios á los humildes que se llegan á él con corazon puro y sencillo. Hablando una vez con el P. Félix de Valencia, insigne Teólogo, del pecado y castigo que hizo Dios en los Angeles malos, decía que había sido mucho rigor, por solo un pensamiento malo consentido, que los echase para una eternidad al infierno sin esperanzas de remedio: « Mucho rigor parece, respondió el siervo de Dios; pero justifiquemos los juicios de Dios: no fué ménos grave la culpa de los Angeles que la de los hombres ¿Por qué los condena como á ellos? Porque para ellos por razon de la excelencia de su naturaleza, no tuvieron menores auxilios para salvarse en aquel poco espacio que tuvieron para determinarse, que los hombres en el mucho tiempo que se les concede de vida; tanto fué en ellos aquel poco como en nosotros este mucho. »

El mismo Padre Félix, siendo aun novicio, tentado de Satanas vivía combatido de pensamientos de dejar el hábito y volverse á la vida secular, en que sin tantos rigores le aseguraba no ménos su salvacion en el siglo que en la Religion. Comunicó esta su tentacion con el siervo de Dios, diciéndole que tambien podía ser bueno y salvarse en el siglo guardando la ley de Dios, frecuentando los Sacramentos y haciendo limosnas. Respondióle el siervo de Dios que era así, pero que tenía mucho peligro el perseverar en el bien en el siglo, donde se ofrecen cada dia muchos escándalos en que tropiezan aun los fuertes y hallan pocos que les den la mano para levantarse: lo cual falta en la Religion, donde hay muchos motivos que mueven á la virtud, y aun cuando la del Religioso no fuese tan grande como la del seglar, vive más segura de tropiezos, es más meritoria por la obediencia religiosa por quien la ejercita, y por este respeto más agradable á Dios. Admiró no ménos esta que la primera respuesta, y quedando firme en su propósito dió gracias á Dios que le había alumbrado por medio de un religioso simple é ignorante pero tan alumbrado con luces celestiales y divinas.

Era notable el dolor y tristeza que afligían su piadoso corazon viendo las necesidades y trabajos de los pobres, y mirando á Cristo Señor nuestro en ellos. Con que el deseo de remediarles, extendiéndose más allá de su pobre posibilidad, aumentaba su dolor; afligíase y lloraba viendo no podía llegar con el efecto de las obras donde llegaba el afecto de su compasion.

Llevado de estas piadosas consideraciones, remediaba cuanto lo permitía la pobreza de nuestro estado las necesidades de los pobres que llegaban á la portería: para mediodia les tenía prevenida una olla con que remediaba su hambre y los enviaba consolados. Tenía dias señalados para enseñarles la doctrina cristiana; á otros les hacía exhortaciones para que sirviesen á Dios y llevasen con paciencia sus trabajos; á los cotidianos hacía se confesasen y comulgasen las fiestas principales de Jesus y de María y que le trajesen fe de ello de sus confesores; para los hombres tenía aparejo de paños, peines y tijeras para cortarles el cabello, y él mismo se lo cortaba con

sus propias manos; y á muchos que no tenían donde recogerse de noche, los metía en el aposento de la portería, les hacía la cama, y puesto de rodillas los descalzaba; siempre iba por el Refectorio y cocina buscando qué dar á los pobres de Cristo. Con licencia de los Superiores remediaba secretamente á muchos pobres vergonzantes de la Ciudad que padecían pobreza y no se atrevían á manifestarla á otro, con que al mismo tiempo libró de peligro á muchas personas; á todos en fin se extendía su caridad.

Llegóse á él un dia una pobre mujer afligida, llorando porque de dos bueyes que tenía, que eran todo el remedio de su casa y familia (alquilándolos á otros), uno se le estaba muriendo: dolióse el siervo de Dios del trabajo de esta pobre y afligida mujer, consolóla diciendo que confiase en Dios que el buey no moriría, hizo oracion por aquella necesidad, y cuando la mujer volvió á su casa halló bueno y sano al buey enfermo, confesando había vuelto á la vida por las oraciones del Siervo de Dios.

Otra vez acompañando á la Ciudad á un Sacerdote nuestro, vió á un pobre ciego cerca de una iglesia que estaba pidiendo limosna á los que pasaban. Compadecióse de su doblada miseria; rogó al Sacerdote le dijese sobre los ojos el Evangelio, quien al concluir dijo al siervo de Dios: « Hágale V. C. ahora sobre ellos la señal de la cruz. » Hízola el obediente Fr. Diego, y apénas la había formado cuando el que hasta entónces había sido ciego (como dicen algunos, desde su nacimiento) abrió los ojos con vista muy perfecta, dando voces por el milagro y gracias por el beneficio; y el siervo de Dios se fué aprisa, huyendo el aplauso de estos dos milagros. Otros hay fama que obró, de que no ha quedado noticia particular.

Señalóse tanto en la virtud de la caridad el siervo de Dios, que no sólo no juzgaba ni hablaba mal de nadie, mas aun de todos decía todo el bien que podía, y vez hubo que por no juzgar mal cautivaba su entendimiento. Estaban un dia en el claustro del Convento de Valencia unos Padres nuestros hablando de la pureza y ánimo cándido del siervo de Dios, y uno de ellos dijo: « lo es tanto que creerá lo que no puede ser, si se lo digo. » Estaba á este tiempo en su portería, y llamándole le dijo: « Fray Diego, venga presto y verá como vuela un buey por el aire. » Fué, y se puso á mirar á la parte que le señaló. Admiraron los presentes la accion porque sabían que no era falta de entendimiento, que le tenía muy bueno, y preguntado si lo había creido, respondió: « ¿Habia de juzgar que un Padre Sacerdote mintiese? téngolo por imposible. »

Campeó mucho la sencillez de paloma en todas las acciones del siervo de Dios. No buscaba en las suyas la opinion de los hombres, sintiendo mucho el verse estimado por bueno; huía como de su enemigo mayor de la estimacion; pero cuanto la huía más, más le seguía; que como su virtud era á todos manifiesta, todos le veneraban como á santo por la suya; y era voz y fama pública en la Ciudad de Valencia de que era gran siervo de Dios; con todos había ganado opinion de santo y tenían por dicha llegar á besarle el hábito y encomendarse en sus oraciones.

Pero quien más le estimó y tuvo mayor concepto de su santidad como el que más de cerca le trató y tocó con sus manos lo fondo de la suya, fué el Beato Patriarca Juan de Ribera. Con haber en su tiempo tan grandes siervos de Dios en nuestro Convento de Valencia, cuya virtud veneraba por grande, su mayor y más familiar comunicacion era con Fray Diego, como de su mayor gusto. Cuando estaba en su huerta, que la dividía de la de nuestro Convento sola una tapia con puerta siempre cerrada, cuya llave no fiaba á nadie, muchas veces pasaba por ella á nuestro Convento, y á mediodía cuando todo el Convento estaba recogido, buscaba en la portería á Fray Diego y se estaba con él á sólas muchas horas: y sentado el siervo de Dios en el suelo á sus pies, tenían devotas pláticas, en que pasaban sin sentir mucho tiempo, y de allí lo llevaba á la iglesia, y puestos ambos de rodillas delante del Tabernáculo del Santísimo Sacramento, le decía Fray Diego: « ¡Qué de millares de Angeles debe haber en esta

Capilla, asistiendo admirados de ver á su Dios hecho comida de los hombres y que se digna de estar entre ellos haciéndoles compañía! »: y con esto se quedaban ambos en silencio con la consideracion y fe de la real presencia de Cristo Señor nuestro. El dia de la octava del Corpus, cuando en su Colegio se hacía la procesion del Santísimo, en que sola iba nuestra Comunidad miéntras vivió el Beato Patriarca, iba por medio muy gozoso gobernándola, y en llegando á Fray Diego sólo á él le daba á besar su mano, demostraciones todas de lo mucho que le estimaba y de la opinion grande que tenía de su virtud. La extática vírgen terciaria Sor Margarita Agullona (mujer de muchos años, de probada virtud, venerada de toda la Ciudad por santa, y que muerta se la llevó á su colegio el Beato Patriarca por gran tesoro) veneraba mucho la virtud del siervo de Dios Fray Diego, y viniéndole á hablar á su portería se ponía de rodillas, y no pudiendo el siervo de Dios sufrir tanta honra se arrodillaba tambien con ella, y ambos de rodillas tenían su conversacion espiritual, y de haber oido la suya se iba muy contenta la sierva de Dios como si le hubiera hablado un Angel.

Tuvieron por cierto nuestros Padres que viendo el siervo de Dios la pública veneracion que toda la Ciudad de Valencia le daba aun viviendo, cosa que con harto sentimiento suyo teniéndose por digno de los mayores desprecios, no estaba en su mano evitarla, pidió á Dios le llevase para morir en parte donde no fuese conocido, para que los que engañados á su parecer le veneraban vivo, llevados del mismo engaño no le venerasen muerto; y se lo concedió el Señor, trazando muriese en la Isla de Cerdeña donde no era conocido de nadie.

Pues habiendo pedido licencia al Rmo. P. Ministro general de nuestra Orden para ir á Roma en ocasion del Capítulo General que se había de celebrar aquel año, para visitar y ganar las indulgencias de los lugares santos de la Ciudad, se la dió; fué, y en ella hizo todas las diligencias de su devocion: y en Roma como otro San Diego fué venerado de todos por santo. Despues de esta peregrinacion, volviendo á España echaron los vientos el navio en que iba á la Isla de Cerdeña, al puerto de Cacer; desembarcó y fuése á nuestro Convento donde luego se sintió mortalmente enfermo: y recibidos los Sacramentos con mucha edificacion de nuestros Padres dió su puro espíritu al Señor, dándole los Angeles, como piamente creemos, la honra que él no quiso le diesen los hombres en la tierra. Murió el año 1618.

P. Juan de Villafranca.

Aunque el autor de las Crónicas incluye en el año 1630 la muerte del P. Juan de Villafranca, Sacerdote de nuestra Orden, los originales de nuestra Provincia de Castilla (donde tuvo dichoso fin) la refieren en este de 1618; por lo cual siguiendo este dictámen, producido de más inmediatas noticias, trataremos aquí de este Venerable varon. Gastó, pues, sus primeros años en servicio del Conde de Benavente, que siendo Virrey de Valencia, le tuvo por Secretario suyo en satisfaccion grande del talento maduro y cortesano juicio con que asistía á aquel ministerio; pero reconociendo el prudente jóven, que todos los del siglo estan expuestos á la variedad que es precisa en él, y casi siempre desayudan á la seguridad de la salvacion, trató de retirarse al estado Religioso, como á puerto más retirado y más defendido de riesgos. Muchos institutos se le ofrecieron á la ejecucion de este ánimo; pero entre todos le pareció el más proporcionado, para huir del siglo, el de la Congregacion de los Capuchinos, que entónces empezaba á florecer en aquel Reino, con grande ejemplo de santidad y Seráfica perfeccion. Pretendió el hábito, consiguiole, descubriendo muy desde luego la verdad de su vocacion, que lograda en la humildad, pobreza, obediencia, recogimiento y demas virtudes, le concilió el afecto comun, que le admitió al gremio de los Profesos. Aumentó el fervor luego que se vió libre de contingencias, corrigiendo tan del todo el hombre interior y exterior

que era ya ejemplar estimado de mortificacion y de penitencia.

Fué la pobreza santa virtud muy de su aprecio y cariño, y ya siendo súbdito ya Prelado resplandecía en ella, segun todo lo que podía tocar á su uso, en comida, hábito, celda y demas cosas precisas á la vida y ocupaciones. Nunca usó de sandalias ni aun en ocasion de haber convalecido de una peligrosa enfermedad; y hallándose reprendido del médico por aquel exceso, le satisfizo como pudo, pero sin enmendarle, tenaz santamente en el conocimiento de que semejantes reparos, ni siempre dilatan la vida ni pueden excusar la muerte.

Adornó su alma y cuerpo con una perfectísima castidad en que le conservó el sumo cuidado con que usaba de los sentidos y mortificaba la licencia que ellos pretenden, singularmente el de la vista huyendo el ponerla no sólo en el rostro de las mujeres sino en otro cualquiera objeto que pudiese producir en su ánimo ménos pura imaginacion. Eran sus ayunos continuos, asperos sus cilicios y disciplinas, su oracion fervorosa y despues de todo esto le afligió el demonio por mucho tiempo con una vehemente sugestion que le traía muy temeroso y desconsolado. Arrojose una vez en semejante angustia delante del Santísimo Sacramento, pidiendo al Señor con crecida copia de lágrimas no permitiese su caida ni que se manchase su espíritu con la más venial impureza. Quiso aliviarle aquella benignísima Majestad, y enviándole un blando y apacible sueño le dió á entender en él que le sacaría libre y vencedor de las asechanzas de su enemigo. Despertó, conociendo por los efectos no haber sido ilusion sino verdad lo que el sueño le había propuesto; pero aunque desde entónces se sintió quieto nunca le permitió descuidado; y solía decir: « Ninguno se fie en antecedentes victorias ni olvide el recogimiento interior y exterior, porque si este falta se hallará otro de sí mismo y dará de ojos cuando ménos lo recelare. »

No con menor cuidado refrenaba la lengua, arma peligrosa para quien no la sabe jugar; pues á veces vivifica y á veces mata. Empleábala siempre ya en alabar á Dios, ya en instruir y defender al prójimo cuando la ocasion lo pedía. En oyendo murmurar de alguno, preguntaba al agresor de la fama ajena si había visto lo que calumniaba en su hermano, « porque sólo el haberlo oido, decía, no es motivo bastante para persuadirse de la culpa ajena, ya que aun vista y oidos juntos suelen cooperar al engaño. Uniolos Cristo Señor nuestro, hablando con los discípulos de S. Juan, mandándoles que le diesen noticia de las admirables operaciones que habían visto y oido; y si para referir lo bueno es necesario haberlo oido y visto, ¿qué será para notar lo malo? »

No podía tolerar el demonio la pureza de aquella bendita alma, y así solicitaba sin intermision el inducirla á algun despeño en que muriese al candor y gracia adquirida, como se verá en este caso. Llegó el siervo de Dios muy fatigado y sediento á una venta, de donde le salió á recibir una mujer moza con todo aquel aliño que había prevenido el demonio para asaltar el corazon firmísimo de Fr. Juan; juntábase al aliño una risueña libertad, y asistida de ambas cosas la mujerzuela empezó á agasajar al Santo Varon. Ofrecíale mesa, cama y toda la demas conveniencia de que su cansancio necesitaba, pero esto con voces tan envueltas en torpe amor que llegaron á prender sus centellas en aquel leño seco á fuerza de penitencias y rigores. Luego que Fr. Juan conoció á lo que se encaminaba aquella aparente caridad y más que aparente torpeza, cerrando los ojos y los oidos dejó la peligrosa habitacion en que incauto había entrado; y aunque era desacomodada la hora, mucho el cansancio, y por uno y otro precisa la admiracion del Compañero, empezó á caminar bien que asistido de Nuestro Señor con sobrenaturales fuerzas y buena fortuna en hallar á breve distancia parte más segura para el alivio de que tanto necesitaba. Quedó triunfante porque huyó y porque segun el consejo del Espíritu Santo cercó los oidos de espinas para no percibir ó para desatender el torpe canto de aquella maliciosa Sirena.

A la misma altura de perfeccion había promovido este Varon insigne las demas virtudes que el es-

tado Religioso pide y contiene, á que correspondía el Señor adornándole de divinas ilustraciones principalmente en órden á conocer y discernir espíritus, penetrando los más íntimos secretos del corazon. Hallábase el de un jóven ocupado del deseo de ser Religioso; determinó comunicarle con Fr. Juan, y apénas se puso á sus ojos cuando le dijo: « Ya sé que quiere ser Capuchino, y viene á que le recibamos en nuestra Órden. » Quedó el mozo admirado por no haber ántes participado á persona humana la vocacion que tenía y deseaba poner en ejecucion.

Conociendo Fr. Serafin de Policio, Fundador y Comisario que fué muchos años de la Provincia de Castilla, las escogidas prendas de prudencia y Religion que había puesto en Fr. Juan la liberal mano de Dios, le trajo consigo sacándole del Convento de la Ollería en la Provincia de Valencia, en donde se hallaba Guardian. Fuelo siete años del Convento de Madrid, y en el primer Capítulo en que se dió licencia á los Religiosos á que en sus familias eligiesen Prelado local, tuvo todos los votos para este fin. Fué tambien muchas veces Definidor; pero como era verdadero humilde, hallábase violento en los ministerios de estimacion y con grande instancia pedía á Nuestro Señor le sacase de ellos, bien que no se lo concedió su Majestad. En todo el tiempo que gobernó, no se vió en él accion que no pudiese ser imitada. Era su presencia suave, pero eficaz para corregir cualquiera desórden; sus palabras pocas pero eficaces, y que conseguían de los súbditos filial y pronta obediencia. Daba bien á entender con la compostura de su semblante y moderacion de sus acciones cuan fiel y aprovechado conservaba la presencia de Dios y memoria de su pasion y muerte. La asistencia en la Corte por tantos años y la autoridad venerable de su persona y puestos, le hicieron precisa la comunicacion con grandes Señores y Ministros y más con el Duque de Lerma, Privado del Rey Felipe III, que deseó mucho que Fr. Juan fuese su Confesor; pero en todo este aplauso, no se apartó ni un punto de la Seráfica humildad y desasimiento que tenía fijo en el corazon, volviendo á Dios como á legítimo dueño toda la veneracion que á él le daban los Cortesanos.

No quiso la Providencia Divina que el precioso oro de estas virtudes quedase sin el último y más glorioso esmalte de la persecucion, y así la padeció grande Fr. Juan á los últimos de su vida, en que movida una cruel borrasca de encontrados dictámenes le ocasionó muchas oposiciones, destierros, y en ellos no poco sensibles penalidades. Fué la última una penosa enfermedad en que se tiene por cierto supo el dia de su muerte; pues habiendo mejorado tanto que pudo levantarse del lecho, y dándole un Religioso el parabien de la mejoría, le respondió le duraría poco porque aquella había de ser su enfermedad última, hasta que en el dia de las Llagas de N. S. P. S. Francisco rematase su mortal peregrinacion Recibió á su tiempo los Sacramentos, y en el mismo dia que había señalado murió en nuestro Convento de Madrid, con sumo gozo suyo é igual sentimiento de todos los que dentro y fuera de la Religion habían venerado sus muchas y excelentes virtudes.

Fué premio accidental de ellas lo que se admiró en el cadáver de Fr. Juan, pues despues de 15 ó 16 años entrando algunos Religiosos en la bóveda en que yacía, para sacar el del Conde de Peñaranda que estaba allí depositado, hallaron el del siervo de Dios entero, sin corrupcion ni olor alguno, desapacible como si estuviera animado. Habían tambien participado de este privilegio los paños interiores, conservando la misma fortaleza y blancura que tenían cuando se los pusieron. Hízose más plausible esta incorrupcion, por haber cargado sobre el cadáver más de cincuenta arrobas de peso en muchas cajas de plomo en que había cuerpos depositados. Correspondió la entereza del de Fr. Juan despues de muerto á la que le había defendido vivo de los riesgos con que el mundo y el demonio combatieron aunque en vano su pureza y su virtud. (1)

(1) P. José de Madrid, Chrónicas.



Fr. Bernardino de Grarada, Cor'sta.

FRAY Bernardino de Granada, corista de la Provincia de Andalucía, corriendo en el camino de la perfeccion evángelica, hizo en poco tiempo tan largas jornadas, que no sólo se adelantó á los que habían corrido muchos años, sino que sirvió de emulacion santa á los más adelantados. Prevenido de bendiciones del Señor muy especiales, salió al teatro del mundo, como confesó su propia madre; pues muchas veces, ínterin que lo tuvo en su materno claustro, vió por sueños que había oculto un gran tesoro; y declarándolo á su marido, esperaban uno y otro el tiempo del parto, confiados en que en él habían de acreditarse dichosos y su familia lustrosísima. No se engañaron; pues llegado el tiempo, dió aquella feliz matrona dos infantes de un parto, los cuales adoptó por hijos el seráfico Padre.

Apénas llegó Fr. Bernardino á los años de discrecion, ya mostraba madurez y peso superiores á su edad, pues despreciando los pueriles entretenimientos, sólo apetecía el estudio de las letras y virtudes. Aun no tenía siete años que ya se dedicaba á la oracion, así mental como vocal, como si ya fuera experimentado Religioso; singularmente cuando meditaba la Pasion del Señor, que lo hacía con tal ternura, que se bañaba en lágrimas: de lo cual tenemos documento que puede asombrar á los maestros de perfeccion.

Volviendo un dia del templo á casa, iba tan enajenado de sí mismo y absorto en la meditacion, que sin advertir cómo ó de donde venía, sintió un recio golpe de una piedra que le abrió malamente la cabeza, corriendo gran copia de sangre. Cuando le vieron caer, acudieron á levantarle y á restañar la sangre: pero el niño, excediéndose á sí mismo, con rostro benigno dijo: « *Muchas gracias debo dar á mi Señor Jesucristo, pues cuando iba yo meditándole en su Pasion, coronada su cabeza de espinas y atravesada de dolores, quiso que la mia participase alguna parte de sus penas. Esto no es castigo, sino premio: padecer y ser herido con Jesucristo.* » Pasmáronse cuantos se hallaron presentes, admirando con su silencio la heróica virtud del niño.

A los quince años de su edad tomó el hábito capuchino, echando tan hondas raíces de perfeccion, que en breve levantó un alto edificio de virtudes que cautivó la atencion de todos, admirándose en el novicio un ejemplar vivo y perfecto del seráfico Instituto. La oracion en que ya se había ejercitado siendo seglar, la dilató y extendió mucho más siendo religioso, gastando en ella muchas horas y recreándole el Señor con sus dulzuras. Tres cosas sabemos pidió á Dios orando: la primera, que su hermano gemelo ó mellizo entrase capuchino; la segunda, que le diese Dios á él en esta vida las penas del purgatorio merecidas por sus defectos; y la tercera, que ántes de morir le revelase Su Majestad la hora y dia de su muerte; y todas tres las consiguió.

Asistía á la sazon su hermano en la corte de Madrid, sirviendo en el palacio del Rey católico con la esperanza de lograr empleo correspondiente á su calidad y facultades: y al contrario, Fr. Bernardino asistía á la presencia del Rey del cielo, pidiendo con instancia sacase á su hermano de las vanidades del mundo y le mostrase el camino de las verdaderas honras, retirándole del bullicio á la casa de seguridad y refugio. Pudieron más los deseos de Fr. Bernardino que las esperanzas de su hermano; pues cuando más corría este por la cuerda de sus pretensiones caducas, movido interiormente del Divino Espíritu, renunció al mundo y todas sus vanidades, siguiendo el buen ejemplo de su hermano y vistiendo el hábito capuchino en la Provincia de Castilla. Reveló Dios esta resolucion á Fr. Bernardino, y sin dilacion alguna pasó á estar con su madre, que estaba afligida por haberle faltado carta de su hijo; pero consolándola la declaró como ya era capuchino, y viendo que en el inmedia to correo se le escribió todo el caso quedó admirada de que Fr. Bernardi, no hubiese tenido tal noticia fuera de todo órden regular.

En este tiempo procuraba nuestro corista alcanzar la perfeccion religiosa por cuantos medios le eran posibles.

Aunque era de agradable condicion, procuró domar su cuerpo con ayunos, vigilias, desnudez, cilicios y ásperas mortificaciones, para que no se rebelase contra su espíritu, obligándole á derramar su sangre con recias disciplinas cotidianas. Armado con este rigor, celebraba las vigilias de María Santísima, empleando toda la noche del siguiente dia en contemplar los méritos y gloria de esta soberana Reina, á quien amaba con toda la efusion de su espíritu: este amor y devocion pagó con superabundantes gracias la piadosísima Madre á su amante hijo.

Una mora de nacion y profesion estuvo algunos años en casa de un tio suyo católico, sin que bastasen las instancias de este ni de otros, para que dejase la falsa secta de Mahoma y se hiciese cristiana. Muchas veces Fr. Bernardino había emprendido este negocio, pero sin fruto, hasta que fiando este logro á la Vírgen Santísima, se llegó á la mujer rebelde y la dijo: « *¿Que harias, si María Santísima te mandase lo que yo te mando?* » Ella riéndose de que tal pudiese suceder, respondió que entónces obedecería. Oida la respuesta, se retiró al convento el Siervo de Dios, y postrado á los piés de la Vírgen con fervorosa oracion, lágrimas y repetidos ruegos, la pidió que iluminase la ceguedad de aquella infeliz mujer. ¡Oh prodigio! miéntras Fr. Bernardino permaneció en su estancia, se apareció María Santísima llena de celestiales resplandores á la pérfida mahometana, diciendo: « *Vengo obligada de los ruegos de mi siervo Fr. Bernardino á decirte que recibas el Bautismo, y que en él tomes el nombre de María*, y dicho esto desapareció. Quedó atónita la mora con vision tan rara; y trocada totalmente en otra, fué inmediatamente al convento á estar con Fr. Bernardino, á quien refiriendo el suceso con la elocuencia de un amargo llanto, puesta de rodillas, pidió el Bautismo, y abjuró la falsa secta de Mahoma. Divulgose el prodigio por toda la ciudad de Granada, con comun aplauso de las misericordias del Señor y méritos de nuestro Bernardino.

Rico de tantas prerogativas, aceleraba el paso al cielo, limpiando todo defecto ó mancha que le pudiese detener en el purgatorio, como lo había suplicado. Y fue así: pues sobrecogido de una ardiente fiebre que por instantes se le agravaba, parecía que con ella había hospedádose en aquel mortificado cuerpo el batallon de todas las enfermedades: no podía mover pié ni mano, estando como un tronco en la apariencia para el alivio, pero muy vivo en la realidad para el tormento; pues eran tan crueles los dolores, espasmos y deliquios del angustiado corazon, que por instantes parecía que espiraba, y volvía á revivir para sentir mayor pena en las dilaciones de la vida. Estaba como Job, llagado todo su cuerpo desde los piés á la cabeza, sin hallar parte que no estuviese ulcerada y roida de gusanos que le iban despedazando sin piedad. Entre estos inexplicables tormentos, añadiósele la ceguedad de sus ojos, para que no hubiese parte de su cuerpo que no padeciese su especial dolor. Atormentados así todos sus miembros y descarnados sus huesos, era un raro ejemplar de paciencia á los Religiosos, pues no sólo se abstenía de las naturales quejas, sino que mostraba un rostro tan alegre, como si estuviese entre las mayores delicias.

Con esta tranquilidad de ánimo y sin la menor turbacion recibía á cuantos venían á visitarle compadecidos, y solía decir frecuentemente: « ¡Oh Jesus dulcísimo, con que breve purgatorio os vengais de mis injurias contra vuestra Divina Majestad! » Conseguido este particular privilegio de padecer en este mundo las penas del purgatorio ántes de morir, esperaba el tercer favor, que era de tener adelantada la noticia de su muerte, y lo consiguió, como se evidencia en este caso. Pues habiendo entrado a visitarlo el P. Martin de Sevilla, y ponderando su paciencia, le preguntó cuanto había de durar aquel tormento. Respondió el enfermo: « Luego finalizará, pues el dia de San Juan Bautista saldré de las miserias de esta vida para gozar de Dios. » Hizose público entre los Religiosos el presagio, porque faltaban ocho dias para el cumplimiento; y estando todos en expectacion, á la hora de Tercia del referido dia se le apareció nuestro Pa-

dre San Francisco, segun lo manifestó el enfermo al Prelado, y convidándole al reino de la gloria le llevó á la felicidad eterna en 1619.

Fr. Jerónimo de Granada, Corista.

Fray Jerónimo de Granada, corista novicio, fué fidelísimo guarda de la pureza, pues aun en el siglo la conservó intacta, y para ser más heróica en el claustro, la adornó de las flores de las demas virtudes, como fueron simplicidad, humildad, obediencia, fervorosa oracion, y total desprecio de sí mismo Esto hacía el piadoso novicio, fundando todos grandes esperanzas de que en adelante sería lustre y gloria de su Orden; pero el Señor se lo llevó ántes de cumplir su noviciado, y recibiendo los Santos Sacramentos se movió á una alegría en él nunca vista. Preguntole el Prelado: ¿qué extremo era aquel? y respondió el novicio: « *¿No veis, Padre, tantos Angeles? ¡Oh qué dulce es el morir!* » Y en estas voces, como otro eximio Suárez, espiró el año 1619.

P. Gabriel de Ocaña.

Fué el P. Gabriel de Ocaña varon sencillo y sin doblez, recto y religioso en dar á Dios su debido culto, y que toda su vida se apartó de sus ofensas. Fué sobre todo dotado de tanta sencillez, que no parecía la suya sino la de una cándida paloma sin hiel, de ánimo tan sin arrugas y pliegues de malicia que admiraban la suya los que llegaban á tratarle, juzgando no había otra mayor (no parecía había pecado en él Adan) acompañada de una prudencia de serpiente (que de ambas virtudes se experimentaba tenía adornada el alma, y ambas quiere Cristo tengan los suyos: prudencia de serpiente y sencillez de paloma). Era de gallardo ingenio, grande teólogo é insigne predicador, sabía dar á cada cosa su precio y prevenir los daños con los debidos medios, era hombre de muy buen consejo y sabía hacer eleccion de lo mejor: y juntamente con estas prendas de prudencia era de tanta pureza de ánimo que lo mismo era por fuera que por dentro, en sus palabras y obras se descubría la pureza de su alma y juntamente su mucha prudencia.

Mostró la suya en la eleccion que hizo de estado para más servir á Dios y asegurar su salvacion, cuando en la flor de su edad dejó su patria, Ocaña, la casa de sus padres, parientes y deudos, y en Cataluña tomó el hábito de S. Benito en el Monasterio y Santuario grande de N. S. de Montserrat, donde fué monje 27 años con vida tan ejemplar y tanta satisfaccion de letras y púlpito que le eligieron Prior de él, y lo gobernó con tanto acierto que le miraban ya todos los monjes por su Abad si el tránsito de su religion á la muestra no lo hubiera estorbado.

Había poco que nuestros Padres habían fundado el Convento de Barcelona; no los había visto el P. Gabriel ni tenía de ellos noticia; violos la primera vez en las calles de la Ciudad y su vista le suspendió. y parado se los puso á mirar admirado de su mucha modestia, su descalcez y hábito penitente, que todo le representaba una vida Apostólica, y rompiendo el silencio y la suspension dijo que no parecían hombres sino Angeles Desde entónces los tuvo tan presentes en su corazon que de dia y de noche pensaba en ellos sin poderlos apartar de su memoria, con grande estimacion en el suyo de su santo instituto, de que luego procuró informarse. Sentía en sí impulsos de abrazarle, y dulcemente inquieto pensaba muchas veces en la ejecucion: y para mayor exámen de si era de Dios su llamamiento se lo encomendó con veras á la Vírgen, para que si era su voluntad el impulso que con tanta perseverancia sentía en su corazon, facilitase el paso del tránsito de su Orden á la de los Capuchinos y quitase los estorbos para la ejecucion de la divina voluntad; y experimentando que cuanto mayores eran las instancias que hacía á la Vírgen, sentía su afecto más inclinado á los Capuchinos tomó la última resolucion de trocar la cogulla de S. Benito con el hábito de San Francisco; y habiendo alcanzado el beneplácito de los Superiores de ambas Ordenes, fué reci-

bido al gremio de la nuestra, y vistiéndole nuestro santo hábito se le dió tambien nuevo nombre de Gabriel de Ocaña.

Corrió lijeramente desembarazado de cuidados la carrera de su noviciado, siendo todos los suyos, como sería cada dia mejor y como copiaría en sí las virtudes del Seráfico Patriarca que se le había propuesto por original y dechado. Viose en él había emprendido con veras este cuidado, pues en poco tiempo se miró en él una viva imágen del Seráfico Padre pintada con los vivos colores de sus virtudes, de su humildad y pobreza, de su silencio y retiro, de su oracion y aspereza de vida penitente. Con estos seráficos adornos llegó al cabo del año á profesar la Seráfica Regla, que guardó toda su vida con estrecho rigor, siendo una viva Regla de nuestro Padre y un perfecto comento de ella.

Fué siempre varon de mucha oracion, y con el contínuo y familiar trato que tenía en ella con Dios, se le comunicó una pureza de Angel y una sencillez de paloma. No parecía la suya acompañada de un gallardo entendimiento, sino la de un niño de dos años. Varon sencillo, fuelo verdaderamente el P. Gabriel, de trato tan verdadero y de tan buena intencion no sólo para con los hombres pero mucho más con el que tenía con el mismo Dios. No miraba á otro blanco en todas sus acciones que á Dios, á su gusto y mayor gloria, obrando siempre con ánsias de agradarle más y darle gusto: y era tanto el gozo que de este modo de obrar sentía en su corazon, que de la abundancia de él hablaba su lengua y se le oía muy de ordinario estando á sólas en su celda ó en otra parte decir dando una castañeta: « No hay tal Dios como mi Dios, no hay tal Dios como el de Fray Gabriel, no hay Dios como el de Fray Gabriel »; imitando á David que con el mismo efecto decía: *Quid enim mihi est in coelo, et a te quid volui super terram?... Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum*: « ni en el cielo ni en la tierra hay bien mayor para mí que mi Dios, él es el Dios de mi corazon y todo mi premio por toda la eternidad. » Estos eran los amorosos afectos de su corazon; Dios y su gloria era todo el fin y blanco de su ojo sencillo, de su recta intencion, con que su alma, sus virtudes y acciones todas eran resplandecientes y hermosas.

Fué en extremo humilde: juzgábase por el más vil de los hombres, á todos respetaba como á mayores; á solo Dios daba la gloria del buen acierto de todas sus acciones, y cuando volvía al Convento de predicar de los lugares, en llegando á la puerta de la Iglesia puesto de rodillas decía con afecto y voz alta á Dios: *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam*, dándole á Su Majestad la gloria del fruto de su predicacion. Barría con los demas el Convento y fregaba los platos de la cocina, y era muy de su gusto el ejercicio de los demas actos de humildad de la Religion. Veneraba mucho á los más antiguos en ella, y más á los que lo eran en la virtud, venerando con ella sus canas juntamente. Siendo Presidente de nuestro Convento de Albaida, llegó allí huésped el venerable viejo Padre Ignacio de Monzon, y un dia de los señalados para que cada uno se acuse públicamente al Prelado de sus culpas, entró en el refectorio el P. Ignacio para decir las suyas. El P. Gabriel viéndole postrado con tanta humildad delante de sí, se levantó de la mesa, se quitó el manto, se le postró al P. Ignacio y se acusó de sus culpas diciendo que á un gran pecador no se le había de humillar, (entendiendo que el P. Monzon le humillaba á él con aquel acto) y estuvieron ambos un gran rato postrados aquellos dos venerables ancianos, con una santa contienda de quien se humillaría más y se tendría por inferior al otro, con edificacion notable de los Religiosos que estaban sentados á las mesas.

Preciabase mucho de ser pobre Evangélico: á su uso no tenía ni quería tener más de lo indispensable, cosa en que hicieron grande estudio todos nuestros Padres antiguos, un hábito vil y remendado, y los cartapacios de sus sermones escritos de su mano sin tener á su uso otros libros que los de la librería del Convento, cuando estudiaba para predicar. Miéntras lo sufrió su edad, siempre llevó descalzos los pies; cuando ya viejo,

llevó unas pobres sandalias. Dormía sobre unas desnudas tablas; y cuanto en él se miraba, manifestaba pobreza.

Resplandeció mucho entre sus mayores virtudes la de la obediencia á los Superiores, á quienes veneraba y obedecía como á tenientes de Dios, y Dios mostrando cuan de su gusto era la obediencia de su siervo la favorecía y honraba visiblemente. Habían hecho nuestros Padres de Cataluña una cisterna en el Convento de San Celoni para tener agua para beber; acabada echaron el agua, y sin saber por donde luego quedaba vacia. Echáronla muchas veces y todas sucedía lo mismo; procuraron reparar el daño, y fueron todas las diligencias inútiles. El Prelado que tenía muy conocida la virtud de Fray Gabriel, confiado que si bajaba á ella y ponía en ella sus plantas quedaría remediada, le mandó que bajara á ella. Bajó obedeciendo simplemente, y estuvo un rato paseándose por ella, y echando despues el agua nunca más se salió, favoreciendo así Dios la simple obediencia de su siervo. En las Provincias de Cataluña y Valencia duró mucho tiempo la memoria de tal maravilla, y la cisterna fué llamada *Cisterna del P. Gabriel de Ocaña.*

Estando conventual en nuestro Convento de la Ollería, recibió patente del P. Provincial para que se pasase al de Albaida. Sintió su natural repugnancia á la ejecucion por hallarse allí quieto en la soledad de aquel Convento, pero en advirtiéndolo luego se fué delante de una imágen de Cristo crucificado y le oyeron que le decía: « ¡Vos, Señor, obedecisteis por mi hasta morir en una cruz, y yo por Vos siento llevar esta de la obediencia! No, Señor, vamos, vamos; muera yo en otra por obedeceros. »

Por estar ya muy viejo y muy flaco, no podía seguir la comunidad ni observar los ayunos de la Iglesia y de la Regla. Le dijeron los médicos y nuestros Prelados que estuviese en la enfermería para que se le acudiese á su necesidad como la caridad y sus muchos años lo pedían; pero llevado del fervor de su espíritu, que jamas fué viejo en él, las vigilias de los santos de su devocion, de la Santísima Vírgen, de S. José, de S. Juan Bautista, queriendo ayunar pedía al enfermero le hiciese la comida de ayuno aquellos dias. El enfermero atento más á su flaqueza que á su devocion, le decía: « Padre, déjese de eso, que ya no está para ayunar. » El insistía que sí, pero el enfermero como sabía cuan obediente era, alcanzaba con la obediencia lo que no podía con los ruegos: decíalo al P. Guardian, quien enviándole á decir que no ayunase, al punto le rendía sin más réplica.

Amó mucho y guardó con mucho rigor toda su vida el tesoro de la castidad, huia todas las ocasiones en que podía peligrar la suya, evitaba cuanto le era posible la conversacion y vista de las mujeres, y alcanzó de Dios valor y gracia para que saliera con victoria de grandes combates que Satanas le dió por medio de ellas. El mismo refirió al P. Joaquin de Valencia un lance en que se vió muy apretado en esta materia, diciendo cuanto se debe guardar el Religioso de semejantes ocasiones en que el demonio con pretextos de bien ha derribado á muchos en el lodo de la torpeza. « Siendo yo Monje Benito, dijo, fui una vez de Montserrat á Barcelona, donde visité á una Señora viuda moza y rica que tenía correspondencia y amistad con mis deudos y hermanos. Recibióme con mucho agrado, y comenzóme á alabar de que era yo más galan que otro hermano mio que había visto, no imaginando yo mal ninguno de su plática. Dijome quería viese su casa, que la tenía ricamente aderezada y aliñada con mucha curiosidad, y ella misma me llevó de una en otra pieza. Llegando á un aposento retirado, cerró tras sí la puerta y comenzó á dar batería á mi honestidad. Yo que hasta entónces no había imaginado mal ninguno, asaltado de tan nuevo é imprevisto accidente, viéndome en peligro tan grande levanté á Dios los ojos y el corazon, pidiendo me sacase de él: vi en la pared un cuadro de Nuestra Señora, pedí á María Santísima su favor, volví los ojos á la puerta que estaba cerrada y viendo estaba la llave á la parte de dentro acudí, abrí y me salí más que de paso de aquella casa; con que dejé corrida y avergonzada á aquella deshonesta mujer que yo tenía por bue-

na, librándome Dios por la intercesion de su Santísima Madre de que me quemara en aquel fuego. No hay que fiar de mujeres, decía, por buenas que parezcan, ni estar á sólas jamas ni con la mejor, que entónces se atreve más el diablo. »

No fué la vida del P. Gabriel estremada en rigores de abstinencias grandes, de rigurosas penitencias, de cilicios y cadenas, de disciplinas de sangre, sino muy ajustada á las leyes de la Religion de que fué fiel observador y de sus santas costumbres, siguiendo como verdadero Capuchino los actos de la comunidad sin faltar á ninguno miéntras se lo permitió la edad y la salud, acompañándolos con consideracion y espíritu, no por ceremonia ni por costumbre, que es la perfeccion de la vida Capuchina. A todo acudía, sin faltar al coro ni de dia ni de noche; ni aun cuando predicaba faltaba á los Maitines. Siendo ya viejo y estando en la enfermería, bajaba de dia con su báculo que parecía un San Antonio Abad, á la hora del divino Oficio y á las de la oracion; y á media noche, en oyendo tocar la campana á Maitines, tomaba luz y los rezaba en su celda y hacía la hora de oracion mental al tiempo que la hacía la comunidad; y á un vecino de nuestro Convento de Valencia rogó no se matase un gallo que tenía, porque con su canto le despertaba á media noche, y decía él que era su reloj que le despertaba para hacer oracion y rezar las alabanzas divinas. En todo procuraba conformarse con la comunidad, haciendo dentro de su celda los mismos actos que ella hacía en el Coro y en la Iglesia, al mismo tiempo que los demas Frailes.

Fué tambien muy recto y justo en cumplir con rectitud con las obligaciones de Predicador. Fuelo insigne, no sólo por sus letras y don de púlpito que le dió el Señor, sino por el espíritu Apostólico con que predicaba y el mucho fruto que hacía en las almas. Donde quiera que predicaba le seguía todo el pueblo, siendo los concursos que acudian á sus sermones tan copiosos, que las Iglesias siempre eran pequeñas. Predicando algunas Cuaresmas en Barcelona, era tan grande el concurso de la Ciudad que cuando llegaba él para entrar en la Iglesia, no hallaba paso, y era fuerza que hombres vigorosos le metiesen en brazos y rompiendo por la gente le llevasen al púlpito. El fruto de sus sermones fué grande en la conversion de muchos pecadores: en particular convirtió muchas mujeres que vivían públicamente deshonestas. Donde quiera que predicaba, se conocía el fruto de su doctrina en la reforma de las costumbres; y daba Dios mucha eficacia á sus simples palabras, con que movía á lágrimas y á penitencia á los pecadores. Solía decir con su acostumbrada sencillez: « Yo una hora predico, pero hago dos de oracion ántes de subir á predicar ».

Reprendía con grande libertad y celo de la honra de Dios los pecados públicos y escandalosos, sin aceptar personas, pospuestos todos los respetos humanos. En un caso raro y extraordinario reprendió desde el púlpito á un título del Reino que estaba públicamente amancebado con escándalo público de sus vasallos; le afeó su culpa y se la reprendió en su cara con el espíritu de un San Juan Bautista.

Estaba conventual en el Convento viejo de Albaida, en un lugar que está muy vecino de él y se llama Alfafa, cuyos vecinos eran moriscos, y aunque bautizados tan moros como los de Africa, que por serlo los echó de toda España Felipe III. Los de este lugar ántes de entrar en los mal llamados ayunos que les tiene ordenados su maldito Mahoma, hacían grandes fiestas y regocijos, bailaban públicamente de dia y de noche por muchos dias: que por estar tan vecinos del Convento, ofendian su quietud y silencio, perturbaban los divinos Oficios y las Misas, y de noche no daban lugar á que durmiesen los Religiosos. Érales desconsuelo, y quien lo llevaba más á mal era el P. Gabriel, que ofendido de la injuria que se le hacía á Dios en la perturbacion de los divinos Oficios y de la honra que hacían á su falso profeta Mahoma, se fué un dia á ellos y con grande celo les reprendió sus bailes y el mal que hacían con ellos, y con tanto espíritu afeó y reprendió á su maldito Mahoma que estorbó los bailes. Los moros quedaron tan ofendidos que bramaban en su lengua arábiga como

leones, mostrándose tan indignados que se tuvo por cierto que á no hallarse allí muchos cristianos viejos de Albaida que miraban el baile, le hubieran muerto y hecho pedazos. A estos peligros se ponía el P. Gabriel en defensa de la honra de Dios, que el celo de la suya le abrasaba, y despreciaba su vida por la gloria de este Señor.

Un religioso ménos fervoroso, con pretexto de falsa debilidad corporal quería excusarse de ayunar la *Bendita* (que es una Cuaresma voluntaria que nuestro P. San Francisco deja en libertad á sus hijos en su Seráfica Regla, que comienza desde el dia de la Epifanía hasta cuarenta dias continuos; y nuestro Seráfico Padre da su bendicion á los que voluntariamente la ayunaren, que por esto se llama *Bendita*). Estaba ya cerca el dia de los Reyes, y este Religioso como había salido de los ayunos del Adviento y luego á la *Bendita* ses iguen los de la Cuaresmamayor, quería excusarse, y para que su excusa tuviese mejor color con el Prelado, quería tener el parecer del P. Gabriel. Díjoselo representándole las razones dichas; conoció claramente el P. Gabriel que era más flaquenza de espíritu que de fuerzas corporales, y con espíritu seráfico le dijo: « ¿ Por qué no ha de ayunar la *Bendita* que ayuna toda la Religion? si ahora que es mozo no la ayuna, ¿ cuando la ayunará? yo soy viejo y la he de ayunar, ¿ y el que es mozo ha de dejar de ayunarla? Vaya, vaya, ayúnela, que no sabe si Dios le dará vida para que ayune otra. » Fuese el Religioso desconsolado á su celda con este parecer tan opuesto á lo que se prometia, y apénas estuvo revolviendo en ella estos pensamientos melancólicos, de repente se le apareció N. P. San Francisco con el semblante enojado y terrible, que sin hablarle palabra le dejó con su espantosa vista amedrantado y temblando, y luego se le desapareció. El Religioso turbado de lo que habia visto se fué luego á dar de ello razon al P. Gabriel, y abriendo la puerta de su celda sintió dentro de ella un olor tan suave y extraordinaria fragancia, que olvidado de lo que le iba á decir le preguntó por el orígen de aquel olor tan soberano: « ¿ Padre, le dijo, ¿qué olor es este, que no he sentido en toda mi vida otro más suave? » Respondióle: « ¿ Quiere saber qué olor es? El Padre San Francisco se va ahora de aquí y me ha abrazado y besado en la frente, dándome las gracias por el buen consejo que le he dado de que ayune la *Bendita*; ayúnela, hijo, ayúnela. » Acabó entónces el Religioso de entender la causa de habérsele aparecido tan espantoso nuestro Seráfico Padre, y dió cuenta al P. Gabriel de la vision, y de las de ambos infirió cuan del gusto de nuestro Padre es que sus hijos que pueden ayunen esta voluntaria Cuaresma de la *Bendita*, y que siente no la ayunen los que pueden.

Caminando una vez á nuestro Convento de Segorbe, le hospedó en su casa una de las Señoras más principales del Reino de Valencia y Señora del lugar donde paró el P. Gabriel cuya virtud tenía muy conocida. Padecía un grande trabajo interior de escrúpulos: comunicóle con él. pidiéndole le diese remedio á su mal, y dióselo el P. Gabriel muy fácil diciéndole que en sintiéndose fatigada de los escrúpulos bebiese un poco que con eso se le quitarían. Creyó aquella Señora al consejo que con tanta pureza le dió el P. Gabriel, y á la primera vez que lo ejecutó, no sin admiracion suya y gozo de su alma se halló con la conciencia quieta y no vió en toda su vida los escrúpulos que tanto tiempo la habian molestado Bien se echa de ver aquí que la eficacia del remedio no estuvo en el beber un poco de agua, sino en la divina voluntad que quiso favorecer el consejo que le dió el P. Gabriel y en la fe que esta Señora tenía al que se lo dió, á quien veneraba como á gran siervo de Dios, y Dios aprobaba con favores celestiales los buenos consejos que simplemente daba á los otros para su bien.

Fué la virtud de oracion compañera inseparable del P. Gabriel: con ella caminaba, con ella obraba, y con ella comía y descansaba; y se le oía decir muy á menudo: « Oremos á Dios de puro corazon » (palabras con que exhorta á sus hijos á esta virtud nuestro Seráfico Padre en su Regla). Estas palabras no se le caian jamas de la boca al P. Gabriel, y ejercitaba mejor

lo que decía su lengua: oraba siempre, y como era de corazon tan puro, sencillo y limpio de aficiones de criaturas, era su oracion de puro corazon. Miraba con el ojo de su alma limpio y puro á Dios, á quien contemplan los de corazon puro como dice Cristo Señor nuestro: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt;* mirábale su entendimiento ilustrado con luces soberanas de alta contemplacion, y abrasada su voluntad con el fuego del divino amor, despedía llamas de afectos abrasados. Con mucha frecuencia se le oían palabras de admiracion de las grandezas de Dios, de su bondad, de su amor, de su poder y sabiduría; iba continuamente haciendo oraciones jaculatorias, en que iban envueltos los afectos del amor que ardía en su pecho: efectos todos de su contínua oracion y alta contemplacion, ofreciéndole á Dios con actos interiores y exteriores perpetuo holocausto de su alma.

Ofrecía todos los dias el santo Sacrificio de la Misa con tan viva fe y religioso afecto, que le despertaba en el corazon de los circunstantes. Por ningun acaecimiento dejaba de celebrar todos los dias: aun estando viejo y flaco, y aunque hubiese caminado muchas leguas y llegase cansado, siempre estaba con hambre espiritual de recibir á Jesus Sacramentado, de quien recibía su alma sustento y fuerzas para todo lo bueno que había de hacer.

Caminaba una vez desde nuestro Convento de San Mateo al de Valencia, y por sus muchos años iba montado en un jumentillo. Quiso decir Misa ántes de partir, y el compañero le dijo que si se detenía en decirla no llegarían en todo el dia á la venta donde habían de parar, que había cuatro leguas grandes y muy mal camino de lodos, que había llovido mucho. Dejóla de decir, y caminando se cayó el jumentillo en un lodazal que fué fuerza se quitara el compañero las sandalias para sacarle á él y al jumentillo; y vuelto el P. Gabriel al compañero le dijo: « ¿Por qué piensa me ha sucedido esta desgracia? porque no me ha dejado decir Misa hoy; si la dijera no sucediera. » Mas luego añadió: « ¡Oh, Fray Martin (así se llamaba el compañero), qué buena ocasion me he perdido de alabar á Dios cuando caí! en verdad, en verdad que si caigo otra vez he de cantar el *Te Deum laudamus.* » A pocos pasos se metió el jumentillo en otro lodazal y cayó en él con el P. Gabriel. Entónces muy alegre comenzó en alta voz á entonar el *Te Deum laudamus* y lo prosiguió hasta el fin, alabando á Dios en medio del lodo, atribuyendo estas caidas al no haber dicho Misa aquel dia.

Quiso Dios mostrar que la sencillez del ánimo del P. Gabriel tenía mucho de la inocencia del primer hombre que mandaba lo que quería á los animales y le obedecían. Iba una vez de nuestro Convento de San Mateo á Vinaroz: topó cerca del camino muchas perdices juntas, y con su candor las dijo: « Id á Santa Bárbara, hermanas perdices, id á Santa Bárbara », que era una Ermita donde estaban de prestado nuestros Frailes. El compañero observó la hora y tuvo por cierto obedecerían las aves á la voz y pureza del P. Gabriel, y llegando á la vuelta á la dicha Ermita preguntó á los Religiosos si tal dia á tal hora habían visto una bandada de perdices. Los más le dijeron que sí, que eran los que las habían visto á tal hora; y entónces les refirió lo que el P. Gabriel había hecho, y no se les hizo dificultoso de creer hubiesen obedecido la voz de criatura tan pura aquellos animales, pues ni ántes ni despues los vieron en aquel paraje por estar cerca de poblado de donde ellas se retiran.

Cargado más de merecimientos que de años, con ser los suyos más de ochenta, empleados todos con tanta perfeccion en la casa de Dios, enfermó en nuestro Convento de Valencia. Era para alabar á Dios verle tan alegre y con tanta serenidad de conciencia, viéndose vecino al término último de la vida, sin rastro de temor, ántes con unas esperanzas tan ciertas de que iba á gozar de Dios y unos deseos tan grandes por gozarle que le afligía la tardanza, cantando siempre alabanzas á Dios como cisne cuando muere y decía de cuando en cuando: « En entrando en el cielo he de dar un abrazo muy apretado á S. Juan Bautista », que fué toda su vida su

especial protector. Recibió todos los Sacramentos con mucho acuerdo y mayor devocion, y con la pureza de Angel y candidez de paloma é inocencia de cordero con que había vivido se quedó dormido en el Señor; pues fué su muerte más dulce sueño que tránsito penoso, como piamente creemos. Fué la suya á 13 de Enero de 1619.

P. Serafin de Policio.

Fué natural del Reino é Isla de Sicilia, de la principal familia de los Señorinos, tomó el hábito de Capuchino en nuestra Provincia de Palermo á los 16 años de su edad. Cuánta fuese la opinion que por su mucha virtud tenía en la Religion ya en sus primeros años, fácilmente se deja entender, pues haciéndose en nuestras Provincias de Italia eleccion de Religiosos perfectos para su propagacion en España, uno de los escogidos fué el P. Serafin, que fué enviado de su Provincia á la nueva fundacion de la de Cataluña, donde su virtud y prudencia se señalaba tanto que fué nombrado Maestro de novicios entre tantos y tan insignes Padres que de varias Provincias de la Orden habían venido á su fundacion. Administró este ministerio con tanta satisfaccion y cuidado, que le dió á la Orden muchos é insignes hijos de virtud que despues con su ejemplo y gobierno la ilustraron mucho.

Fuera de la dicha prueba evidente de la mucha virtud y buen nombre que el P. Serafin tenía en la Religion, como acabamos de ver, se nos ofrece otra de no menor eficacia que deja confirmada la suya; pues debiendo los Padres de Cataluña enviar Religiosos ejemplares para la nueva fundacion de la de Valencia, de seis que envió, el segundo fué el P. Serafin de Policio y el que fué el primer Guardian y el primer Maestro de novicios en el Convento de la Sangre de Cristo de Valencia; piedra verdadera, firme y fundamental, pues en gran parte cargó sobre sus hombros y cuidado el peso y trabajo de la fundacion y ereccion de todo el edificio espiritual de esta Provincia. En pocos dias fué conocida su virtud ejemplar y su prudencia, y por ambas le honraron mucho el Beato Patriarca Juan de Ribera, los Señores D. Francisco Sandoval y D. Francisco Pimentel, aquel Duque de Lerma y este Conde de Benavente, ambos Virreyes en su tiempo del Reino de Valencia; y con el favor de estos Príncipes con quienes tuvo mucha gracia, en poco tiempo creció la nueva Provincia, y por el cuidado é industria del P. Serafin se fundaron los más de sus Conventos. El título mayor que hace sea su memoria perpétua y merecedora de toda alabanza, es haber sido el P. Serafin Padre y Maestro del espíritu Seráfico y Evangélico de esta Provincia, pues la alimentó con su ejemplo y doctrina.

Era en toda la observancia el primero y el que iba delante de los demas en la ejecucion de lo que enseñaba y mandaba; contínuo en el coro y en la oracion; en la aspereza de la vida, muy penitente y pobre, con un hábito solo toda la vida y los pies descalzos; su sueño breve sobre unas desnudas tablas; su abstinencia rara, pues ayunaba todas las Cuaresmas de nuestro Seráfico Padre y muchas veces á pan y agua. Una Cuaresma mayor la ayunó toda sin pan, comiendo solo zanahorias crudas y algarrobas, bebiendo sola agua, sin hacer colacion; y toda la Semana Santa la pasó sin comer nada ni entrar en el Refectorio sino el Juéves Santo con la comunidad por la solemnidad de aquel dia. Los sábados y vigilias de Nuestra Señora los ayunaba á pan y agua; y dejó esta santa devocion de ayunar los sábados establecida en la Provincia como se conserva hasta hoy en todas las de España. Sus disciplinas eran, fuera de las de la comunidad, casi todos los dias, particularmente en los Advientos y Cuaresmas todos los dias la hacía, y á su ejemplo la hacían con él al mismo tiempo casi todos los Religiosos. Llevó tambien toda su vida un áspero y fuerte cilicio

Acabados cuatro años de su guardianato de Valencia, envió Felipe III su cedula real al Señor Conde de Benavente Virrey de Valencia para que fuese á serlo del Reino de Nápoles. Habíale tomado tanta aficion al P. Se-

rafin, movido de su ejemplo, de su modestia y prudencia, que trató de llevarlo consigo á Nápoles y lo consiguió. Estando en Nápoles, no se olvidó de los aumentos de la Provincia de Valencia, enviándole de allá lo que sabía necesitaba para el culto divino: envióle seis cálices de muy hermosa hechura; para el Convento de la Sangre de Cristo de Valencia envió el lienzo que sirvió de retablo en el Altar Mayor; envió tambien un Tabernáculo de nogal curiosamente labrado, para tener en él reservado el Santísimo Sacramento, y una imágen muy hermosa del niño Jesus; y á los Conventos de Alcira, la Ollería y Onteniente, lienzos grandes que sirvieron de retablos con las imágenes de sus Patronos en sus Capillas mayores; mostrando con estos dones la aficion que tenía á la Provincia.

Hallábase embarazado con los de Palacio, porque el mucho favor que le hacía el Virrey de Nápoles era ocasion para que muchos quisiesen valerse de él para sus pretensiones. Erale esto estorbo grande para su quietud; y deseoso de la del retiro de una celda, pensó volverse á su Provincia de Palermo y le pidió al Conde su beneplácito, que aunque lo sintió, por no desconsolarle vino bien en ello. Volvió pues á Sicilia, trocando las grandezas de Palacio por la estrechez de una pobre celda, estimando más la humildad é improperios de la cruz de Cristo que las honras y comodidades que gozaba; que no fué poca virtud sacudir con valor de su corazon las honras con que le lisonjeaba el mundo, y dejar por Dios lo que el mundo le ofrecía. Gozaba en su Provincia del retiro con el trato familiar con Dios en la oracion, redimiendo el tiempo que le habían robado las ocupaciones exteriores de Nápoles, descansando como en puerto seguro despues de una grande borrasca.

Pero durole muy poco, pues como Dios le tenía escogido para el bien de muchos, le sacó presto del retiro para que empleara el talento que le había dado de gobierno. Habíase gobernado la Provincia de Valencia desde el año 1596 que se fundó hasta el de 1606 por Comisarios. Este año se le envió facultad del Capítulo general para que celebrase Capítulo y eligiese Provincial como Provincia ya formada. Celebróse este Capítulo, y en él fué electo en Ministro Provincial el P. Serafin en el primer escrutinio, con los votos de todos los electores, y con grande regocijo de todos viendo volvían á cobrar al Padre que había educado á muchos de ellos en el espíritu de perfeccion.

Llegado á la Provincia, procuró dar asiento á algunas cosas necesarias que por ser nueva hasta entónces no le tenían. Halló que no se habían puesto aun en ella estudios formales de letras, y juzgó indispensable establecer cursos ordinarios, á cuyo fin trajo de su Provincia para Lector de Artes y Teología al P. Victorio de Palermo, varon muy erudito en la doctrina de Escoto. Este Padre fué el primer Lector formal que la leyó en ella, y con su doctrina sacó grandes discípulos, grandes predicadores y Lectores que la enseñaron despues; y con los unos y los otros ganó la Provincia grande opinion en el púlpito. Fué uno de los Prelados que más favorecieron los estudios, que más ayudaron á los que trabajaban con provecho en instruirse, y que más honraron á los predicadores. Decía que en ellos mostraba al mundo su hermoso rostro y su Seráfico espíritu la Religion.

No había aun un año que el P. Serafin gobernaba la Provincia despues que volvió de Italia, cuando vino á visitarla el P. Ministro General de toda nuestra Orden, quien celebró Capítulo en el que fué segunda vez electo en Provincial el mismo P. Serafin. Había venido á España el P. General con intento de llegar á Madrid á explorar la voluntad del Rey para la fundacion de un Convento de la Orden en su Corte, que juzgaba necesario para los negocios que se ofrecen en ella tocantes á su jurisdiccion. Hecho el Capítulo, se partió para Madrid y llevó consigo al P. Serafin. Hizo la peticion á Su Majestad, y aunque le halló inclinado á ella, remitió la cosa á su real Consejo para que viese las conveniencias de esta pretension; y como esto de ordinario se lleva á la larga, el P. General dejó todo el cuidado de ella al P. Serafin y se pasó á visitar la Provincia de Aragon, nombrándole su Comisario General en caso que

surtiese buen despacho el negocio que le dejaba encomendado, para que con la fundacion del Convento de Madrid diese principio á la nueva Provincia de Castilla

Bien vió el P. Serafin la tempestad de dificultades que se le habían de ofrecer en este arduo negocio; no lo fió de sus solas diligencias: puso en Dios todas sus confianzas, encomendándolo á El, cuya mayor gloria se pretendía. Tomó por su abogado el Señor San Antonio de Padua, de cuyo patrocinio se prometió cierto el despacho, y para obligarle más hizo voto de que si salía con él dedicaría á su nombre la Iglesia del Convento que se pretendía. Pidióselo muchas veces é hizo que se lo pidiera toda su Provincia, diciéndole cada dia su responsorio; y para que se viera favorecía el Santo sus ruegos, en el primer paso que se dió en este negocio, el dia de la fiesta del Santo dió el Rey el sí para la fundacion del Convento en su Corte. A pesar de tan favorable suceso salieron al encuentro á estorbarlo grandes contradicciones; presentaron los adversarios los más poderosos y graves mil memoriales en el Consejo contra los Capuchinos; y para que quedase del todo la puerta cerrada, obligaron al valido del Rey para que empeñase su palabra de que no fundarían los Capuchinos en Madrid miéntras él viviese.

Todos estos mónstruos de dificultades insuperables se le ofrecieron que vencer al P. Serafin, y él con su paciencia y confianza en Dios confiaba vencerlas todas. Cada dia se le ofrecían mayores, y deshechas estas salían otras de nuevo que vencer; todos los caminos parece estaban del todo cerrados, é imposibilitado el buen despacho de este negocio; pero para que se viera que Dios y los Santos de la Orden le favorecían, el dia de Nuestro Seráfico Doctor S. Buenaventura salió en nuestro favor la resolucion del real Consejo que era lo más dificultoso y lo que ménos confianzas daba. Quedaba por vencer el empeño de la palabra del valido, quien para que la suya estuviera en su fuerza tomó el real decreto del Consejo y le tuvo cinco meses oculto; pero Dios que había comenzado esta obra, y la había proseguido, la quiso dejar acabada del todo, y con las instancias y ruegos continuos que le hacía el P. Serafin y á los Santos de la Orden cuyo favor había ya experimentado, cuando ménos esperaba se deshizo esta dificultad al parecer invencible con mucha gloria del mismo valido. Pues con haberse mostrado hasta entónces adverso á la fundacion, trazó Dios que sin ofensa del empeño de su palabra y con mucho gusto suyo él mismo la solicitó, y el dia de San Diego se tomó la posesion, y levantó la cruz el Señor Nuncio de España, en el Hospital de Italia, asistiéndonos las Majestades del Rey Felipe III y la Reina Doña Margarita de Austria, con que se dió principio al primer Convento de la Orden en Madrid. Y lo que fué más admirable en esta fundacion y en lo que más se manifestó la divina providencia, fué que el mismo valido el Señor Duque de Lerma dió las casas de su huerta para que morasen en ellas nuestros Religiosos, los trajo á su casa y quiso ser Patron del nuevo Convento.

Para poner comunidad en el nuevo Convento sacó de su Provincia de Valencia veinte Religiosos, señaló para su primer Guardian al P. Juan de Villafranca, varon insigne en santidad y prudencia, y para predicador al P. Francisco de Sevilla Definidor de la misma Provincia. Cuando todos estuvieron juntos, procuró establecer el mismo espíritu y volùntario rigor seráfico con que había educado la Provincia de Valencia: en el coro se cantaban las divinas alabanzas con tantà devocion y pausa, que los Maitines llegaban á tres horas; los ayunos muy rigurosos, las disciplinas cotidianas; los edificios con la misma humildad y pobreza; los Religiosos todos descalzos, que fué lo que más pasmó á la Corte verles por las calles en los más rigurosos frios de Madrid pisar con los pies desnudos las nieves, los hielos y las escarchas. El ejemplo que daban con su modestia religiosa los pocos que salían por las cosas necesarias, era con tanta edificacion de los que los miraban que no se daban lugar á besarles el hábito y los más se ponían de rodillas para hacerlo. En poco tiempo se extendió por toda la

Corte el buen nombre de los Capuchinos, y en toda ella fué igual su estimacion. Encargaba muchas y muchas veces el P. Serafin á los Religiosos lo mucho que importaba para el bien de toda nuestra Religion que se diese buen ejemplo en aquella Corte, que era un mundo abreviado donde siempre se hallan gentes de todas las naciones de todo el mundo, y que el darlo en ella era edificar á todo el mundo y ganarle en todo él justo aprecio á la Religion.

Estos gloriosos principios dió el P. Serafin á la fundacion de aquel nuevo Convento. Dejándole en este estado volvió á visitar como Ministro Provincial la de Valencia, celebrar en ella Capítulo y elegir nuevo Provincial, para que desembarazado del gobierno de esta atendiese sólo al de la de Castilla, de la cual era Comisario General. Celebró el Capítulo y dejó por Ministro Provincial al venerando P. Eugenio de Oliva, y dió la vuelta para Madrid. Aquí trató de propagar la Religion con la fundacion de nuevos Conventos; el primero que procuró fué en la Universidad de Alcalá; solicitó la autorizacion en el Consejo real, que no le costó menores dificultades que la del de Madrid, pero con su buen modo y perseverancia obtuvo lo que deseaba, y quiso ser Patrona de aquel convento la Señora Duquesa de Terranova. El tercero quiso el Rey Felipe III que se fundase en el Pardo donde las personas reales tienen su deporte para la caza, y de este es Patron S. M. el Rey. El cuarto se fundó en la insigne y antigua Ciudad de Toledo, y fué su Patron el Eño. Cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval Arzobispo de Toledo. El quinto se fundó en la insigne Ciudad y Universidad de Salamanca: su Patron fué un Caballero que habiendo servido al Rey muchos años en las guerras de Flandes, quiso emplear el premio de sus servicios en la fundacion de este Convento.

Extendiéronse más sus deseos á propagar la Orden á términos más dilatados y fundar nueva Provincia en la Andalucia con la fundacion de dos Conventos en dos insignes Ciudades: el primero en la de Antequera y el segundo en la de Granada, habiendo ántes fundado el de Salamanca en Castilla.

Quiso Dios en premio de sus muchos servicios ejercitar su paciencia. Había escogido para su celda miéntras nuestros Religiosos estuvieron de prestado en la casa del Duque de Lerma, un aposento muy pequeño con tan poco reparo para las inclemencias del invierno y rigurosos frios de Madrid, que su mayor defensa era un delgado tabique; diole el mal de la gota, achaque que padecía algunas veces, y con los rigores del frio de aquel invierno vino á quedar tullido de los pies sin poder dar paso ni con muletas. Viéndose imposibilitado de visitar á pié los Conventos, hizo apretadas instancias con el P. General para que le exonerase del gobierno: pero no se lo concedió tan presto como lo deseaba, respondiéndole que si no podía visitar á pié la Provincia la gobernase desde su cama, tanta era la satisfaccion que tenían de su talento nuestros Superiores. Finalmente consiguió lo que deseaba. Viéndose ya libre del cuidado de la Provincia, todo el suyo puso en entregarse todo á Dios en el trato familiar con El en la oracion, preparándose para una dichosa muerte. Todas las mañanas se hacia llevar en brazos de dos Religiosos á la Iglesia, y sentado en un rincon de la Capilla mayor de nuestro Convento de Madrid las pasaba todas en oracion y otros ejercicios espirituales: oía todas las Misas, comulgaba todos los dias, y á mediodía le volvían de la misma suerte á su celda.

Aquí traidos de su buena opinion le visitaban los mayores señores de la Corte, muchos Grandes de España y muchos Prelados, y el Rey Felipe III le visitó muchas veces quedándose solo con él en su celda (1); y pareciéndole una de estas á uno de aquellos señores que asistían al Monarca que se alargaba mucho la visita, dijo: « Si el P. Serafin tuviera pies como tiene cabeza, sin duda se llevaría toda la gracia del Rey »; cumpliéndose en

(1) « El Católico Rey Don Felipe III, gastaba dos y tres horas sentado en el pobre lecho del Varon santo, confiriendo con él tanto lo que tocaba á materias espirituales como á políticas: venerando aquel gran Monarca los dictámenes del vasallo suyo como oráculos desprendidos del cielo. » (*Chrónicas*).

esto lo que Dios dijo de Moises que le honró en presencia de los Reyes, *Glorificavit eum in conspectu Regum*, y lo que el Beato Patriarca Juan de Ribera dijo de él, que era lo que del mismo Moises había dicho Dios, que tenía gracia con Dios y con los hombres y era querido y honrado de El y de ellos, *Dilectus Deo et hominibus.*

Pero para que se vea la inconstancia de las honras y aplauso que toda la Corte hacía al P. Serafin y el amor grande que le mostraba Dios con estas honras, en un punto se desvaneció todo. El Señor le probó en una grande tribulacion en que brilló admirablemente su paciencia, purificando su corazon de los afectos que se le pudieron haber pegado de las muchas honras que había recibido dentro y fuera de la Religion.

Habíanle aconsejado los médicos que para remedio de su achaque de la gota se fuese á un clima más benigno que el de Madrid y que no aguardase el invierno, no fuese que quedase del todo tullido con el rigor de sus frios. Determinó ir á Alicante, besó la mano al Rey ántes de partirse, quien sin pedírselo le hizo merced de una nobleza de mil ducados para que se hiciese en nuestro Convento de Alicante un aposento: pero como el devoto Padre no quisiese tal cosa, este dinero se empleó en el reparo de algunos conventos de la Provincia de Valencia.

Llegado á Alicante tomó los baños que estan en el término de su jurisdiccion, y si bien se alivió con ellos, pues llegó á poder decir Misa, entrado el invierno se halló impedido casi como ántes que los tomara, y sólo ayudado de unas muletas iba todas las mañanas á la Iglesia donde oía todas las Misas y comulgaba. Estuvo aquí un año entero, en que se vió que siendo el último de su vida le desembarazó Dios de los negocios de la Corte para que libre de ellos le ocupase todo y se dispusiese para el viaje de la celestial. Todos sus ejercicios fueron oracion y mucha paciencia en sus dolores y desamparo de criaturas. Las muchas penitencias de la vida pasada, los rigurosos ayunos y sangrientas disciplinas, los muchos trabajos que pasó en las fundaciones, y los muchos dolores que le cargaron con la edad, le postraron del todo las fuerzas: con que sobreviniéndole una calentura, conoció era el último llamamiento de Dios, con que dar término á sus trabajos. Dobló las diligencias para que le hallase más prevenido; recibió con mucho acuerdo y mayor devocion todos los Sacramentos, y cumpliéndose su pronóstico, que dijo había de morir en aquel Convento, cuando se fundó, dió en él su espíritu al Señor, para ir á gozar, como piamente creemos, el premio de tantos trabajos padecidos en su servicio y de la Religion. Vino á nuestro Convento á celebrar sus obsequios todo el de los Padres Observantes. Murió á 18 de Abril de 1619.

P. Egidio de Solsona.

Fué el P. Egidio natural de Solsona en el Principado de Cataluña, donde tomó nuestro santo hábito, de donde fué enviado á la Provincia de Valencia los primeros años de su fundacion, y fué en ella tan bien visto por su mucha virtud, que la ilustró mucho con el ejemplo de su santa vida con sus letras y espíritu Apostólico y con su prudencia en el gobierno, siendo en ella muchas veces Guardian, Definidor y Comisario. Llevole Dios singularmente por el camino de su santo temor, con que alcanzó las demas virtudes asegurando las suyas para que en todo fuesen perfectas. Fuelo su humildad fundamento de las demas, la cual le hizo bajar al mismo centro de la nada, reputándose por el peor de los hombres. Cada dia se confesaba, y aunque con dificultad hallaba materia suficiente para la absolucion, se confesaba con demostraciones de tanto dolor como si hubiera cometido las culpas más graves, se deshacía en lágrimas temiendo donde no debía temer, y las sombras mismas de las que presumía culpas le hacían temblar, y como él dijo á un director suyo, era tan grande la pena que le causaba este temor, que si le hicieran pedazos todo el cuerpo comenzando por las puntas de los dedos de las manos

hasta los de los pies, no le fuera tan grande tormento como el que de contínuo sentía en su alma por haber ofendido y por no ofender á Dios. Este temor tenía tan humilladas sus virtudes que con ser muchas y grandes las perdía todas de vista sin que hallase en sí ninguna, pareciéndole no había dado el primer paso en el servicio de Dios; reputábase ingrato á sus favores y que era digno de mil infiernos segun correspondía mal y le servía peor, y este mismo temor hacía que con ser hombre docto se sujetase al parecer del menor de sus súbditos.

No fué menor su humildad en sus ejercicios exteriores: barría el Convento los dias señalados, lavaba á los Religiosos huéspedes los pies y se los besaba con mucha humildad Procurando no ser visto de nadie. (pero no permitió Dios quedase sin testigo), despues de medio dia cuando el Convento todo estaba ya recojido en sus celdas, bajaba á la cocina y sin ser sentido le fregaba las ollas al cocinero y con el mismo recato se volvía despues á su celda. Hallaba el cocinero hecha esta accion suya todos los dias, sin saber quien fuese el que le hacía este servicio; quiso edificado y curioso un dia conocer al que con tanta cautela hacía aquel acto de humildad, y viendo era su Prelado, quedó tan corrido como ofendida la humildad del P. Egidio de verse descubierto y mucho más de no poder proseguir la humilde accion comenzada, y mandó al cocinero no dijera á nadie lo que había visto. Cuando escuchaba la culpa á sus súbditos y les daba alguna penitencia, hacía él pública penitencia delante de ellos y decía en público Refectorio que era mal Religioso y mal Prelado y que no satisfaciendo á sus obligaciones no les daba el ejemplo que debía.

En las demas virtudes fué insigne como en la de la humildad, porque el temor de Dios que gobernaba su alma le movía al ejercicio de todas y á que las ejercitase con el modo más perfecto.

Grande fué su pobreza Evangélica y seráfica: tan desasido estaba de los afectos de las cosas temporales que sólo Dios tenía lugar en su corazon; en la mengua de las cosas necesarias se alegraba sobre manera su espíritu como en la sobra se entristecía; no tenía á su uso ni quería tener más que un hábito solo estrecho y pobre, la cuerda y paños menores, una cama de tablas desnudas y los papeles de sus sermones de su mano, que pidiéndoselos un Religioso estando ya para morir, le dijo los pidiese al P. Provincial que él no tenía nada en ellos. Siendo Vicario de su Provincia, que lo fué por ser primer Definidor por ausencia del P. Diego de Quiroga que habia ido á Roma al Capítulo general, lo primero que asentó con el compañero cuando salió á la visita, fué que no había de llevar nada de comida ni bebida para el camino; lo segundo que habían de ir pensando en Dios y en oracion, y cuando hubiesen de hablar había de ser de cosas de Dios; lo tercero que cuanto hiciesen, hablasen y pensasen, había de ser por Dios y por su amor, y lo ejecutaba con puntualidad. Caminaban siempre apartados el uno del otro, orando con mucho silencio, y cuando paraban á descansar su plática era de Dios; en llegando á los lugares donde no había Convento nuestro iban los dos como verdaderos pobres Apostólicos pidiendo de puerta en puerta unos pedazos de pan, ajos y un poco de vino, y saliéndose al campo lo comían con mucho gusto dando gracias á Dios por cuyo amor eran pobres. Llegando á la villa de Ibi se fué derecho á la Iglesia del lugar y despues de haber dicho Misa no quiso hospedarse en casa de los Hermanos de la Orden por privarse del regalo y descanso de la posada; pidió de puerta en puerta un poco de pan y salió al campo á comerlo, y llegando aquella noche á la venta que llaman de la Puntaroneca, cuyos venteros estaban tan pobres que ni un pedazo de pan tuvieron para darles ni lugar en que pudiesen descansar, se acostaron sin cenar y durmieron en el establo muy gozosos de la dicha de gozar los tesoros de la Evangélica pobreza. Esto afirmó el P. Lorenzo de Villahermosa Predicador nuestro y muchas veces Guardian, que fué su compañero en este camino.

Velaba mucho sobre la guarda del tesoro de su castidad: domaba su carne con rigurosas abstinencias y ás-

peras disciplinas, aborrecía como la muerte las pláticas con mujeres, y cuando alguna le llamaba á la portería, que era raras veces y por ser Prelado no lo podía excusar, estaba violentado, con mucha modestia y los ojos en tierra. Por esta razon cuando predicaba, por no entrar en casa que las hubiese, se volvía desde el púlpito al Convento, sin descansar ni cambiarse, con haberlo bien menester porque por predicar con mucho afecto se cansaba y sudaba mucho y era hombre muy corpulento y de grande estatura y estaban léjos nuestros Conventos.

Notable fué su mansedumbre, pues con ser de natural colérico parecía de cordero el suyo, tenía á raya los ímpetus de la ira y los ahogaba en los primeros movimientes, siendo tan dueño de ellos que jamas le vieron turbado ni impaciente. A todos trataba con notable afabilidad y cortesía y con sus suaves razones hacía se cobrase en un punto el más perdido de ira, y ocasion hubo que turbado y ciego uno de ella y que de su enojo se temían muy ruines efectos, la atajó con sólo una palabra suya y lo detuvo en medio del ímpetu furioso de su pasion.

Por el amor de Dios amaba los prójimos, y temiendo ofender á Dios se guardaba de ofender al prójimo ni con el pensamiento, siendo la caridad que tuvo á los demas hombres perfecta y grande: de todos decía todo el bien que podía, no juzgando de nadie mal. Jamas se le oyó hablar mal de nadie, ni estando presente lo permitía á nadie; en su estimacion y en su boca jamas hubo súbdito suyo malo, de todos decía en cuanto podía que eran santos, y cuando los Provinciales llegaban á la visita de su Convento, lo primero que le informaba era que tenia una familia santa y que lo eran todos los de la suya, que sólo él era el malo y que la visita fuese sólo para él, que ya él habíalo castigado si algun defecto se había cometido. Fué tan extremado en la caridad de los prójimos que por no ofenderlos ni con el pensamiento, ni lo que podía atribuir á engaño se atrevía á calificarlo de tal, creyendo que era verdad y no engaño. Sus directores admiraban mucho lo delicado y puro de su conciencia singularmente en este punto de pensar bien del prójimo: alabábanle algunos por cartas ó de palabra su gobierno y otras acciones suyas, y el humilde y sencillo Varon sin desvanecerse lo creía porque el temor de Dios no le permitía que juzgase que el prójimo no decía verdad, ni aunque creía la decían se desvanecía de lo que oía decir en su abono, que el mismo temor no daba lugar en su corazon á la vanidad y estimacion propia; y donde parece podía peligrar ó el crédito del prójimo ó su humildad, el temor de Dios los aseguraba á ambos que ni de él sentía mal, ni bien de sí mismo, refiriendo á Dios el buen acierto y todo lo bueno de que le alababan, tan delicado era de conciencia en materia de caridad de los prójimos.

Fué contínua su oracion: aunque elevada siempre su mente en Dios, hallábase combatido continuamente de terribles asaltos de Satanas y de pensamientos y representaciones vehementes de ofensas divinas, que conociendo no podía escapar libre de ellas sin el socorro de la divina gracia, para resistir golpes tan pesados siempre estaba mirando á Dios y siempre se lo estaba pidiendo, peleando y resistiendo siempre al consentimiento, y como era continua esta pelea era contínua su oracion; y levantados los ojos al cielo de donde esperaba el auxilio para la victoria, tenía esta su oracion la circunstancia de ser siempre de corazon afligido y sin consuelo, con mil temores y dudas de si había su voluntad consentido á lo que se le representó ofensa divina.

Testigos fueron sus directores, á quienes manifestaba su trabajo interior y la causa del suyo, quienes asegurándole que no tenía que temer en lo que imaginaba ofensas de Dios, descubrían en sus palabras, en sus lágrimas y sudores de todo el cuerpo la agonía mortal de su alma. ¡Qué trabajo no padecía en decir Misa! ¡qué de veces no se volvió del Altar á la sacristía sin decirla! y cuando la decía le había de asistir su confesor que le alentaba para que la comenzara y la prosiguiera quitándole los temores, sobresaltado siempre del te-

mor de si ofendía á Dios cuando le agradaba más.

Quiso finalmente el Señor recompensar á su Siervo y consolarle de modo que sus consuelos fuesen á medida de sus penas; diole la última enfermedad que llevó con mucha igualdad de ánimo y conformidad en la divina voluntad, entregándose todo á su divina disposicion sin querer vida ni muerte sino el divino beneplácito. Recibió con notable afecto de devocion y lágrimas los divinos Sacramentos, y despues de haber recibido el de la Sagrada Eucaristía en que entró este Señor Sacramentado en su pecho, no parece entró sino á dar paz á su alma; en un instante cesó toda la tempestad pasada de los temores y congojas, se serenó el cielo de los nublados de tantas penas, sintió su corazon un indecible consuelo y una paz celestial y se llenó de tanta confianza de ver á Dios que ninguna cosa de las pasadas la perturbaba; y para más confirmarla y alentarla, le dió Dios á gozar en imágen el misterio de la Santísima Trinidad, apareciéndosele en vision imaginaria las tres divinas personas para que gozara en el modo que era capaz del premio que esperaba y había de gozar despues claramente cara á cara. Confortado con esta prenda de visita tan celestial, con mucha paz *in osculo Domini* entregó á la misma Beatísima Trinidad su espíritu para recibir muy pronto el premio merecido de sus hermosas vistas con tan prolongado martirio. Murió en nuestro Convento de Valencia á 18 de Julio á los dos horas y media de la tarde del año 1619.

Quiso su Majestad dar testimonio despues de su muerte de como estaba su alma reinando consigo en el cielo: el P. Boldo de la compañía de Jesus, Religioso tenido en toda la Ciudad de Valencia en mucha opinion por su mucha virtud y letras, muerto el P. Egidio vino á nuestro Convento de la Sangre de Cristo y afirmó delante de muchos Padres nuestros como el alma del P. Egidio de Solsona había subido al cielo; que así se lo había Dios revelado á una sierva suya cuya virtud tenía él muy bien conocida por el largo tiempo que había que él la dirigía, que se le había aparecido muy glorioso y bañado de tantos resplandores que por su mucha fuerza no pudo ver de que color era el hábito que traía, y que le dijo había padecido las penas del purgatorio desde las dos y media de la tarde que espiró hasta las ocho de la mañana del dia siguiente, y añadió que los temores con que había vivido toda su vida los había permitido Dios por purgatorio y para perfeccion de su alma, y que se subía al cielo á gozar de Dios; y que dicho esto se desapareció. No se puede creer ménos de la bondad de Dios y mucha virtud de su siervo, pues habiendo sido tan grande la suya y habiéndole dado tan prolongado purgatorio, había de ser para coronarle de gloria.

P. Hilarion de Valencia.

Habíale dotado Dios de un natural tan apacible y agradable que los que una vez le trataban le quedaban grandemente aficionados; mirábase en él acompañada de una santidad sin doblez una alegría santa y religiosa, una benignidad y religiosa cortesía, un desapego y desprecio de las cosas del mundo, una estimacion grande de la virtud y del estado Religioso y celo grande de sus mayores aumentos espirituales, y en el púlpito un afecto grande á la salud de las almas. Ninguno parecía más humilde que él, ninguno más pobre, ninguno más obediente y más mortificado; finalmente se miraban en él todas las virtudes que se pueden desear en un verdadero Fraile Menor. Por estas prendas tan singulares ganó en su Provincia opinion de gran siervo de Dios, y los Padres de ella deseosos de que comunicase sus virtudes á las nuevas plantas de la Religion, haciéndole Guardian le encomendaban siempre la educacion de los nuevamente Profesos para que con su doctrina y ejemplo los ayudase no sólo á conservar el nuevo espíritu adquirido en el noviciado sino para que se adelantasen en mayores aumentos del mismo Fué singular el cuidado que puso en la buena ejecucion de este ministerio, juzgándole por el más importante para el bien de la Religion y conservacion de su regular disciplina.

Fué grande el cuidado que puso en enseñar bien el camino de la vida espiritual á la juventud los tres años que mandan nuestras Constituciones despues de la Profesion; siendo Guardian y Maestro juntamente de ella haciales guardar todo lo que les habían enseñado en el noviciado, no sólo las ceremonias sino mucho más los ejercicios interiores y espirituales; acostumbraba á sus discípulos á mucho retiro no sólo de seglares sino de la comunicacion de los demas Religiosos; á la oracion y mortificacion de las pasiones y sentidos; ejercitábalos en las penitencias de la Orden; no perdonaba á trabajo solicito á todas horas velando sobre la mortificacion del natural de los mozos, no dejando brotar sus siniestras inclinaciones. Haciales todos los dias con espíritu y fervor grande no sermones con conceptos sútiles sino pláticas espirituales de mucha perfeccion. no de ejercicios nuevos, sino de los practicados en el noviciado, repitiéndoles lo mismo para que tuvieran de ellos más entera noticia y se les quedasen más vivos en la memoria y los repitiesen más veces ó hiciesen hábito de ellos. Con esto se notaba que no había convento más reformado que el suyo: los de dentro y los de fuera de la Religion tenían al P. Hilarion por Prelado santo y por santos á sus súbditos, y no era mucho lo fueran ellos teniendo en él tan grande ejemplar de santidad que los incitaba á que lo fuesen más con el ejemplo de su vida seráfica que con sus palabras. A todos los ejercicios de la comunidad era el primero; á los de la humildad como barrer, fregar y besar á todos los pies; á los de la oracion fué igualmente fiel, no faltando á ninguna de sus horas señaladas. En los de la caridad nadie le hizo ventaja; singularmente con los enfermos llegaba la suya á tocar las últimas rayas; no se satisfacía con sólo el cuidado del que les señalaba por enfermero, el lo era perpetuo de ellos asistiéndoles de dia y de noche á cuanto pedían sus necesidades; él de su mano les administraba á sus tiempos las medicinas, la comida y la bebida, y les buscaba el remedio y regalo, les hacía las camas y les limpiaba, y todo con tanto gusto y agrado y palabras de consuelo que les era grande ayuda para llevar con alegría y paciencia sus enfermedades.

Cortole Dios el hilo de la vida á lo mejor de su carrera, cuando más buenas esperanzas daba de provecho para la Religion Diole la última enfermedad en nuestro Convento de Castellon donde era Guardian y donde cuando le hicieron de él dijo que había de morir; recibió con gran consuelo de su alma los santos Sacramentos, y recogido interiormente en Dios le dió su espíritu para que eternamente le fuese á gozar. Murió á 6 de Setiembre de 1619. Dejó grande deseo de sí en toda la Provincia, y á la real Ciudad de Castellon dejó con mucho duelo por el grande conocimiento que tenían de su mucha virtud, y en sabiendo su muerte concurrió toda á sus obsequios y á venerar su cuerpo difunto como de santo, llevándose de su hábito pedazos para reliquias, confirmando todos con estas demostraciones la buena opinion que de él habían tenido cuando vivía y que esperaban reinaba vivo con Dios en su gloria.

Fr. Antonio de Vinaroz, Corista.

Tuvo este Religioso singulares virtudes con la pureza de un Angel. Ya en su noviciado dió muestras grandes de la suya y de lo mucho que deseaba hacer y padecer por Dios. Probolo su Maestro sólo á él más que á todos los demas novicios, que siendo aquel año más de treinta, sólo á el ejercitaba con más penitencias y mortificaciones que á todos juntos, y las llévaba todas con la alegría de un Angel. Solía aun siendo novicio quedarse todas las noches en oracion en la Capilla de la Concepcion de Nuestra Señora que estaba en nuestro Convento de Santa Magdalena, de quien era devotísimo, donde le oían hablar tiernamente con la SS. Vírgen y con el Niño Jesus que estaba en el mismo cuadro en los brazos de San Antonio de Padua, y con estos dulces coloquios quedaba suspenso, elevado y sin sentido.

Su mayor gusto era contemplar las grandezas de la SS. Vírgen, hacerle

oracion y reverenciarla con grande afecto en sus imágenes. Estándola un dia reverenciando, le habló esta Señora dejando su alma con gozo del cielo. Por este singular favor que recibió este su devoto Fr. Antonio, fuera de ser esta imágen de esta Señora, fué venenerada de todos nuestros Religiosos.

Estando conventual en nuestro Convento de Murcia enfermaron casi todos los Religiosos de él; sólo quedó el sierrvo de Dios Fr. Antonio bueno, quien los sirvió á todos con increible é infatigable caridad, asistiéndoles de dia y de noche, aplicándoles las medicinas, administrándoles la comida y bebida á sus horas, haciéndoles las camas, barriéndoles las celdas y limpiándoles con la alegría de un Angel, lo cual les tenía á todos igualmente consolados y edificados y admirados pudiese llevar solo un trabajo que para muchos fuera sobrado. Sobre todo esto las más noches se azotaba con tanto rigor, que no paraba hasta derramar mucha sangre. Advirtiéronlo algunos Religiosos y pareciéndoles sobrado rigor le reprendieron de ello diciéndole que aquello era quererse matar, y él les respondía: « Hagamos bien miéntras nos dura la vida ». Estando bueno y siendo mozo enfermó despues y murió convaleciendo todos los demas, coligiendo de la respuesta que daba: « Hagamos bien bien miéntras nos dura la vida », que tuvo revelacion de su muerte segun la prisa que se dió á obrar bien los pocos dias ántes que enfermara. Murió á 8 de Octubre de 1619.

Fr. Lorenzo del Campillo, Lego.

Fué varon sencillo y de ánimo tan cándido que parecía no haber pecado en él Adan. Por el singular ejemplo de su vida siempre le empleaban los Prelados en el oficio de limosnero. Era voz y fama pública entre los Religiosos de su Provincia y de los de Castilla, donde tambien estuvo, que se le apareció muchas veces su Angel Custodio y hablaba familiarmente con él; singularmente cuando estaba muerta la lámpara del Tabernáculo del Santísimo Sacramento, de quien era devotísimo, le avisaba para que la fuera á encender, y para esto iba prevenido de un esquero que llevaba siempre en la manga. Preguntole una vez el P. Felix de Valencia Predicador nuestro, qué verdad tenía esto, y él sencillamente le respondió: « Cuando estoy durmienda, me despierta el Angel dando tres y cuatro golpes suaves á la puerta de la celda; y si no me levanto luego me dice: *« no te detengas, que está sin luz la lámpara de nuestro Señor »*, dándonos su Majestad á entender de cuan agradable le es este culto de que arda fuego siempre delante su Altar. De lo cual podemos colegir el fuego de Divino amor que ardía en el pecho de Fr. Lorenzo, pues hasta el exterior de su culto gustaba tener de su mano. A este Religioso se le apareció el santo P. Ignacio de Monzon, despues de su muerte. Murió en la Provincia de Andalucía.

P. Juan de Alfambra.

Fué natural de Alfambra, lugar del reino de Aragon; tomó nuestro santo hábito en la Provincia de Valencia y descubrió luego á la entrada de la Religion un espíritu ferviente y una voluntad grande de agradar mucho á Dios y de llegar á la perfeccion del estado Religioso que había abrazado. Valíase para alcanzarla de los medios que la Religion tiene señalados, particularmente fué observantísimo de la pureza de la Seráfica Regla sin que ofendiese jamas ninguno de sus preceptos; fué celantísimo de la guarda de las Constituciones de la Orden como ordenadas por el querer de Dios, y en su estimacion las miraba como preceptos suyos, y aunque sabía no obligaban á pecado, juntamente sabía que su observancia era fuerte defensa de la Seráfica Regla y medio seguro para llegar presto á su perfeccion. Por eso guardaba y celaba su fiel observancia como si fuera la misma Regla.

Aun siendo Corista tenía en su Provincia de Valencia fama comun de los más perfectos. Prueba fué de su mucha virtud que en la eleccion que se hizo de

Religiosos ejemplares para la nueva fundacion de la de Castilla, para que con el ejemplo de sus vidas seráficas fuesen piedras fundamentales de aquella fábrica espiritual, fué uno el P. Juan que no poco la ayudó con su santa vida. En el viaje que hizo de Valencia á Madrid, por ser en tiempo de los ayunos del Adviento y los Capuchinos aun no conocidos, padeció mucho; en una parte se iba á hospedar al Hospital, en otra á un meson pidiendo de puerta en puerta unos pedazos de pan para comer; y llegado á Madrid llevó alegremente las incomodidades y necesidades de una nueva fundacion, y los rigores con que se procuró plantar en ella el espíritu perfecto de la Religion llevolos el P. Juan con alegría, los pies siempre descalzos, con un solo hábito viejo, pobre y cubierto de tantos remiendos que parecía el suyo un desprecio del mundo y una imágen de la santa pobreza. Era flaco y macilento que parecía la penitencia en pié; siempre durmió sobre unas tablas desnudas; hacía muchos y muy rigurosas disciplinas fuera de las ordinarias de la Orden. Sus ayunos los más eran á pan y agua. En tiempo de los mayores frios de Madrid y cuando sus calles estaban cubiertas de nieve, suplicaba al Prelado que aquellos dias le enviase á la limosna del pan y eran estos los de su mayor gusto porque tenía en ellos que padecer más por Dios.

Deseaba las ocasiones de desprecio con más sed que el más ambicioso las honras; juzgábase no sólo indigno de ellas, pero aun del bien menor. Con este conocimiento tomaba para sí lo peor y más vil, el último lugar, la celda más pobre y el hábito más viejo y remendado. A los ejercicios de humildad era el primero; despreciábase mucho en los capítulos de las culpas confesando y ponderando las suyas como si fueran las más graves, y con mucho gusto hacía las penitencias que le daban.

Vuelto de la Provincia de Castilla á la de Valencia, en un Capítulo le hicieron Guardian de nuestro Convento de Albaida. Mostró grande desconsuelo, derramó muchas lágrimas é hizo apretadas diligencias con nuestro P. General, que se halló presente en aquel Capítulo, para que le exonerase de aquella carga para que se hallaba insuficiente; postrose muchas veces á sus pies, pidiéndole con lágrimas le librase de aquel peso para que sus hombros eran flacos; pero el prudente Prelado cuanto mayores eran sus humildes porfías más le juzgaba merecedor de aquella honra y así le mandó que obedeciese, diciéndole que confiase en Dios que El le ayudaría pues le venía de su mano.

Viose despues en los buenos efectos de su gobierno que le había puesto Dios en tal oficio; mostró en él un celo grande de los mayores aumentos de la Religion acompañado de mucha prudencia. Resolviose de regir á sus súbditos más con el ejemplo de su vida que con sus palabras, siendo el primero á todos los ejercicios de la comunidad. Era su vida irreprensible, forma y dechado de toda virtud, sin que se le pudiese notar la falta menor. Velaba sobre la guarda de los Estatutos generales de la Orden sin dispensar en el menor sino por causa muy justificada, castigaba con rigor sus transgresiones, celaba mucho la disciplina regular en los nuevos, y ejercitábalos mucho en los capítulos de las culpas en mortificaciones y penitencias, que se les hacían suaves porque no las daba á nadie que él no les hiciese en ellas compañía, con que no sentían lo áspero de las mortificaciones, y las penitencias les eran fáciles.

Que le favoreciese Dios con el espíritu de profecía consta por el caso siguiente, que no nos ha quedado otro. Siendo aun Guardian de nuestro Convento de Albaida, una noche despues de haber dicho el Convento los Maitines estaba en la oracion mental que entónces se hacía á aquel tiempo: á la media hora hizo hacer la señal de la campana que se suele hacer acabada la hora para que los Religiosos vayan á reposar á sus celdas, tomaron la bendicion y se fueron admirados de la nueva accion del Guardian que experimentaban que era extremado en no dispensar en ninguna Constitucion; salió despues á la Iglesia á ver si se quedaba alguno en ella, halló á Fr. Jerónimo de Navarra Religioso nuestro en oracion en un rincon de ella, díjole que se fuese con los demas á

su celda, suplicóle él le dejase estar, que no tenía necesidad; replicóle diciendo: « váyase presto », obedeció el Religioso y el P. Guardian se salió tras él. Apénas estaban fuera los dos, cuando de repente vino al suelo toda la bóveda de la Iglesia. Al ruido acudieron todos los Religiosos, y visto el daño advirtieron la causa de haber mandado el P. Guardian hacer ántes de tiempo la señal de la oracion, teniendo por cierto el peligro que corrían todos de muerte, si Dios no se lo hubiera revelado Dieron gracias á Dios porque por medio de su Prelado los había librado de él y quedaron con mayor concepto de su virtud.

Había hecho ya el P. Juan mucha provision de merecimientos con las buenas obras de una santa y bien empleada vida en la Religion, en servicio de Dios: y quiso su Majestad coronarle. Diole la última enfermedad en nuestro Convento de Murcia; descubrió en ella los ricos tesoros de las virtudes de su alma, su mucha humildad en pedir perdon á todos de sus faltas y suplicándoles pidiesen á Dios le concediese el de sus pecados. Notose en él el temor de los divinos juicios pensando no había satisfecho á las obligaciones de su estado ni había servido á Dios como debía. Mucha fué su paciencia en llevar con alegría el trabajo de su enfermedad y mucha su conformidad en la divina voluntad. Viéndose apretado pidió se le administrasen los Santos Sacramentos que recibió con mucha devocion y lágrimas, despertándolas en los circunstantes; y recogido todo con Dios en lo interior de su alma, le entregó su espíritu con mucha paz y sosiego interior y exterior para recibir de su mano el premio prometido á la perseverancia en su servicio. Murió á 17 de Marzo de 1620.

P. Juan Evangelista de Sarriá.

Muy brillante fué la luz con que este Padre ilustró nuestra Provincia de Cataluña, pues sobre el distinguido lustre de su nacimiento añadió tales resplandores de virtud y santidad, que fué admirado como una estrella de las más resplandecientes de su tiempo. Nació de padres ilustres por sangre y caballeros muy cristianos, en un pueblo vecino de Barcelona, por nombre Sarriá. Su padre se llamó Jerónimo Guinart y Torrellas, y su madre Julia, de la familia de Senespleda y de Marti y Vilanova, y su abuela paterna procedió de la casa de Policastro de Nápoles. Desde los pocos años de su edad se crió con gente noble y personas de cuenta, que le querían mucho, y él era muy agradable á todos por su condicion muy apacible. Estuvo algun tiempo en Madrid y en Roma, y en esto pasó hasta los diez y nueve años de su edad, en la cual sabía muy bien picar un caballo, tañer un laud, y otras cosas de diversion, que suelen acompañar el estado de la nobleza. Mas Dios nuestro Señor, que tenía elegido á este mancebo para cosas grandes de su servicio, le previno tan oportunamente con las luces y auxilios de su divina gracia, que aunque vivió en semejantes ejercicios y con jóvenes de su calidad, supo conservarse con un candor de costumbres verdaderamente admirable. Aborrecía las liviandades y libertades del mundo, y se apartaba cuidadosamente de toda ofensa de Dios, viviendo en todo tan cristianamente, que los que le trataban no dudaban darle el nombre de santo: cuya buena opinion confirmaron despues sus amigos, cuando habiéndose hecho capuchino, tomaron y guardaron las cosas suyas, que pudieron haber, como si fueran de algun santo; segun así lo dijo despues una sobrina suya, monja y Abadesa del monasterio de Pedralbes.

Nada, pues, de cuanto el mundo aprecia pudo cautivar su corazon, ni arrastrar su voluntad, ántes bien mirándolo todo como basura y polvo, ó como una figura pasajera, hizo de todo ello un generoso sacrificio á los pies de Jesucristo, conmutándolo por el pobre sayal capuchino, y abrazando la austeridad de nuestro Instituto. No pudo el mundo mirar con indiferencia un hecho tan extraño, creyendo que no podían concordar bien la nobleza con la humildad, ni la riqueza con la pobreza. Y hasta algunos parientes suyos, resentidos de aquella

resolucion, fueron á hablarle en el convento, y por ser personas de calidad no pudo negárseles el ver y hablar con el novicio. Es regular que practicarían todas las diligencias, y se valdrían de todos los medios, ya de rigor, ya de cariño, para atraerlo á su voluntad, y obligarle á dejar un estado de tanta pobreza y austeridad. Mas nada fué poderoso para hacerle retroceder del camino empezado, sino que superior á todos los asaltos, prosiguió en la santa vocacion á que Dios le había conducido. Otro estorbo no pequeño se le ofreció tambien en el noviciado, y fué que siendo él delicado, y el hábito muy grosero, se le formaron algunas llagas en los hombros que le afligirían no poco. Pero quien había elegido seguir á Cristo por los caminos de la cruz, supo llevar aquella mortificacion con paciencia y espíritu. Vencidas, pues, todas las dificultades, y ejercitadas las prácticas austeras del noviciado, llegó á la deseada profesion de los votos, la cual hizo en nuestro convento de Santa Eulalia, á los nueve de Mayo del año 1588, en manos del P. Juan de Alarcon Provincial.

Atado ya con los dulces vínculos de los votos, y alistado bajo las banderas del humilde Francisco, no será fácil explicar el fervor, celo, y espíritu con que prosiguió en los ejercicios de la perfeccion religiosa, y en los caminos de la virtud más encumbrada. Estaba la Provincia en aquellos tiempos en los primeros fervores de su fundacion: rígida, austera, y muy celante de las estrechas leyes y prácticas de nuestro Instituto. Nada de todo esto intimidó á nuestro Fr. Juan Evangelista, ántes lo abrazó todo con espíritu tan constante, que no hubo práctica ó ejercicio por más penoso que fuese, á que él no acudiese con toda puntualidad. A los Maitines de media noche concurría con los demas, no sólo cuando estaba en el convento, sino tambien cuando venía de viaje, por más fatigado que estuviese: y aun observaron los compañeros, que cuando iba de camino y se hospedaba en casa de seglares, llegando la media noche, se levantaba y pagaba á Dios el tributo de rezar los Maitines. A las disciplinas de comunidad añadía otras particulares, y para que el dolor fuese más sensible y la pena más cruel, se disciplinaba con cierto instrumento compuesto de un solo ramal cubierto de plomo derritido. Cuando se hallaba fuera del convento, no se dispensaba de este ejercicio penal de las disciplinas, sino que las hacía fielmente todos los dias que acostumbra la comunidad. Con igual celo observaba los demas estatutos y ceremonias de la Religion, haciendo tanto aprecio de ellas, que una vez dijo á cierto Religioso, que las ceremonias de la Orden eran la ceniza con que se conserva el fuego del espíritu. Aun en lo exterior guardaba tal composicion, y se mostraba con aspecto tan venerable, que era para todos un objeto de no pequeña edificacion. Pero en lo que puso más singular empeño, y procuró con mayor solicitud y deseo, fué en vencer el sueño. Habíase acostumbrado ya desde jóven á levantarse muy ántes de los Maitines de media noche, y para que el sueño no le molestase, ya se lavaba con agua, ya ponía aceite en sus ojos; y añadiendo á esto sus fervorosas oraciones y súplicas á nuestro Señor, llegó despues de muchos años á conseguir lo que tanto deseaba. Así lo declaró él mismo poco tiempo ántes de morir á otro Religioso su confidente, diciéndole, que Dios nuestro Señor le había otorgado la gracia que tanto había deseado y que hasta entónces no había conseguido, de poder pasar las noches en oracion, sin que el sueño le diera pena, y aun sin tener necesidad de dormir.

Era este Religioso hombre de oracion, y había hecho en ella admirables progresos, y así ya no debe maravillarnos que fuese tan penitente, fervoroso y adornado de tantas virtudes, pues que la oracion es el camino que conduce á la mayor santidad. Es verdaderamente admirable lo que hallamos escrito de la oracion de este Siervo de Dios. El tiempo que empleaba en ella, se extendía á veces hasta doce horas al dia. Una hora ántes de los Maitines de media noche se iba á la iglesia, y haciendo primero la disciplina con el instrumento de plomo que hemos dicho, se ocupaba despues

en oracion. Llegando las cuatro de la mañana ya se hallaba otra vez en la iglesia haciendo oracion. Despues de Prima permanecía en el coro ó en la iglesia, no pocas veces hasta la hora de comer, y despues de la comida volvía á la iglesia, de donde no salía hasta concluidas Vísperas. En los viajes hablaba de Dios con el compañero, y despues de algun rato se separaba de él, y se daba á la oracion por espacio de hora y media y á veces dos horas, practicándolo así tres veces al dia. En las casas de los seglares despues de haber en la media noche rezado Maitines con el compañero, se ponía en oracion por largo espacio de tiempo. Al fin parece que este santo Religioso no vivía sino de oracion. De dia, de noche, en el convento, en las casas, en los caminos, siempre hallaba oportunidad para dedicarse á tan santo ejercicio. Fué varias veces Definidor en la Provincia, fué Guardian en muchos conventos, fué Maestro de novicios en Santa Eulalia; y sin embargo de tan graves cargos y de tantas ocupaciones, no dejaba de ocuparse en la oracion por el largo espacio de tiempo que hemos dicho. Solamente el demonio fué quien más procuró impedirle esta santa ocupacion, pero sin provecho. Conocía bien el maligno espíritu los grandes frutos que el Siervo de Dios sacaba de la oracion, y cuanto con ella adelantaba en la virtud y perfeccion, y así procuraba con varios medios estorbarle ó impedirle aquel santo ejercicio. Unas veces cuando el Varon santo se postraba delante el Señor sacramentado, movía el demonio grande ruido sobre la peaña del altar, para sacarle de allí y de la oracion. Otras veces, cuando de noche bajaba á la iglesia, le hacía parecer que en cada grada de la escalera pisaba un cuerpo difunto, para que así intimidado retrocediese. Pero por grandes que fuesen las diligencias del espíritu malo, no dejó el Siervo de Dios de perseverar en sus santos propósitos, y hacerse aquel hombre de oracion, que hemos significado.

Cuales y cuantos fuesen los frutos dulces y suaves que gustaba en su larga oracion, lo podemos colegir de algunos efectos y demostraciones extraordinarias, que pudieron saberse. La materia de sus largas meditaciones era solamente el paso de la cruz de Cristo crucificado. Aquí se abismaba su entendimiento; aquí se encendía su voluntad; aquí se abrasaba su corazon; y aquí eran llevadas sus potencias y sentidos con tal vehemencia, que ya no parecía estar en sí, sino en el dulce objeto de su meditacion, quedando á veces como en éxtasis, y gozando de una tranquilidad admirable. Cuando entraba en la oracion, le parecía que le cubrían con una nube, y cuando la concluía, se hallaba unas veces hecho todo una agua, y otras veces estaba tan fuera de sí, que no sabía donde tenía las manos, ni si estaba de rodillas ó en pié. Hallándose una vez arrodillado delante del SS. Sacramento, haciendo oracion, fué cierto Religioso á decirle alguna cosa que le convenía; pero le halló tan metido en su oracion, que aunque le llamó tres ó cuatro veces en voz alta, y le tocó y movió con la mano, nunca le respondió, y juzgando de aquí que estaría arrobado, lo dejó de aquel modo. Y es de advertir, que aunque al parecer estaba tan fuera de sí, no dejó de saber alguna cosa, pues en otra ocasion dijo á aquel Religioso, que otra vez no volviese á molestarle en la oracion. Tal vez lo habría entendido con luz superior, pues, como dice el mismo Religioso, cuando el Siervo de Dios hacía pláticas á los jóvenes, daba á entender que Dios le hablaba algunas palabras. Más singular es otro suceso que vamos á referir. Morando el Varon santo en nuestro convento de Santa Eulalia, hubo un novicio, llamado fray Andres de Caller, tentado del demonio para que dejase el hábito, pero como prudente fué á comunicar esta su tentacion con el Siervo de Dios, el cual le dijo: « Hermano, vamos á hacer un poco de oracion, para que Dios nos revele su voluntad. » Fueron, y por primera diligencia hicieron ambos la disciplina, despues se arrodillaron delante del SSmo. Sacramento, y estando así un rato, vió el novicio que la puerta del sagrario se abrió por sí misma, y estando así abierta un poco de tiempo, luego por sí misma se cerró. Esto es lo que vió el novicio, mas lo que vió el Varon

santo no lo sabemos; lo cierto es, que en aquel abrirse el sagrario se desvaneció toda la tentacion; y habiendo entendido el Siervo de Dios lo que el novicio había visto, le rogó que no lo descubriese miéntras él viviese, y así lo cumplió. En otra ocasion hallándose el Varon santo en cierta visita, estuvo mucho tiempo sin hablar, y al fin como quien despierta de un profundo sueño, dijo estas palabras: «¡Ah señores! cuantas cosas veremos á su tiempo, que ahora no las podemos ver!» con lo cual parece quiso significar que había tenido alguna vision ó revelacion.

A estos efectos maravillosos de la oracion del Siervo de Dios debemos añadir otros, tal vez de mayor provecho. Uno de ellos fué cierta devocion muy singular que tuvo en asistir al santo sacrificio de la Misa, á cuyo fin disponía que se celebrasen en el altar mayor cuantas fuese posible, todas las cuales él oía desde el coro, y á veces saliendo al presbiterio las servía como ministro, aunque fuese Guardian. Fueron tambien efectos de la misma oracion unos deseos que el Varon santo tuvo de pasar á tierra de infieles, y predicarles nuestra santa Fe, cuyos deseos fervorosos manifestó en la ocasion que vamos á referir. Sucedió en aquel tiempo, que Don Pedro Hernandez de Quiros descubrió ciertos territorios nuevos, para cuya evangelizacion era preciso enviar allí obreros fervorosos que predicasen la verdadera Fe. Entre los que solicitaron el ser elegidos y enviados á aquellas tierras, fué uno nuestro P. Juan Evangelista, cuyas diligencias lograron tan buen despacho, que mereció ser elegido y señalado por compañero del P. Pedro de Nápoles, Religioso ilustre de nuestra Provincia de Cataluña, que tambien había conseguido igual fortuna, como lo dijimos más arriba en su vida. No tuvo efecto esta mision por motivos que ignoramos, aunque tal vez sería por haber muerto el dicho Don Pedro de Quiros Mas no dejaron por esto así el P. Pedro como nuestro P. Juan Evangelista, de haber merecido delante de Dios un grande premio por su fervorosa voluntad, y por su generoso ofrecimiento, con que exponían sus vidas por la salud de aquellos infieles.

Todas estas virtudes y dones del Siervo de Dios ningun pensamiento de vanidad infundieron en su corazon, ántes pensaba tan bajamente de sí, que una vez llegó á decir, que temía que nuestro Señor no le pagase en esta vida lo poco que le servía, con los favores que recibía de su mano divina. Mas Dios nuestro Señor, que exalta á los humildes, se dignó honrarle con nuevos favores, comunicándole una luz sobrenatural, con que pudo conocer muchas cosas ocultas y que con el tiempo habían de suceder, como lo demuestran los casos siguientes. Moraban en nuestro convento de Santa Eulalia el P. Jerónimo y el P. Pablo, ambos de Sarriá, tan jóvenes, que entónces habían concluido el curso de Teología. Acertó á pasar por aquel convento el Siervo de Dios, el cual hablando con los dichos Religiosos, les exhortó con mucho celo, y les encargó el buen ejemplo y la edificacion que debían dar á la Provincia, añadiéndoles que con el tiempo ambos llegarian a gobernarla; cuyo vaticinio se cumplió tan puntualmente, que á su tiempo el uno sucedió al otro en el cargo de Provincial. Salvador Quintana, platero de la villa de Granollers, tuvo la desgracia que le hurtasen un cajon en que tenía muchas piezas de oro y plata, unas propias y otras ajenas; cuyo hurto comunicó á nuestro P. Juan Evangelista, que se hallaba Guardian en el convento que teníamos en aquella villa, rogándole que encomendase á Dios aquel negocio. Respondíole el Varon santo, que confiase en el Señor, que sin duda se hallaría así el hurto como quien lo había cometido. Despues habiendo hecho oracion sobre aquella necesidad, mereció ser ilustrado con tanta claridad, que supo quien era el ladron, y tambien de quienes eran las piezas ajenas, que estaban dentro el cajon. Con este conocimiento fué á hablar al ladron, exhortándole á la restitucion, y nombrándole los dueños de aquellas piezas; despues fué á la casa del platero, y le dijo, que ya estaba hallado el hurto, y que confiase en Dios, que sin duda cobraría el cajon y las piezas ajenas, como así fué, hallándolo una mañana en la plaza de la misma

villa; y aunque no halló las piezas propias sino las ajenas, se consoló bastante, y admiró no poco la luz sobrenatural del Siervo de Dios. Otra vez siendo Guardian de nuestro convento de Blanes, hizó un viaje á Barcelona, embarcándose en un barquillo de pescadores, y aunque el viento era muy contrario, dijo el Varon santo, que en aquel dia llegarían á Barcelona, lo que á juicio de todos era imposible. Mas el vaticinio se verificó con toda puntualidad, porque variando el tiempo á las tres horas de la tarde, llegaron al anochecer á Barcelona; y como luego de haber llegado, volviese el tiempo á ser contrario, no dudaron celebrarlo por milagro.

La villa de Valls padeció en aquellos tiempos una sequedad muy grande, para cuyo remedio se hicieron muchas procesiones y rogativas. Era en aquella ocasion el Siervo de Dios Guardian del convento que teníamos en la dicha villa, y deseoso de cooperar al socorro de aquella necesidad, determinó ir en romería á una iglesia distante como dos leguas, donde se venera una devota imágen de nuestro Redentor con el nombre del Santo Cristo de Salomó. Con este fin piadoso salía del convento á la media noche, acompañado de seis Religiosos, y habiendo hecho en dicha iglesia sus oraciones y rogativas, se volvieron al anochecer. Esta romería fué tan bien recibida de la gente de Valls, que muchos salieron con antorchas y velas encendidas para recibirlos. Entónces una persona seglar, que había acompañado á los Religiosos, dijo al Siervo de Dios que era poca honra el recibir aquella pia demostracion sin haber conseguido el beneficio de la lluvia. «Callad, respondió el Varon santo, que aun no estais en vuestra casa.» ¡Suceso raro! estaba el tiempo sin señal alguna de lluvia, mas apénas los Religiosos llegaron al convento, y dijeron algunas oraciones, cuando cayó del cielo una copiosísima lluvia, que dejó á todos con la alegría y agradecimiento que se deja pensar. Cierto vecino de la villa de Blanes, llamado Rafael Recasens, tenía un hijo tan gravemente enfermo, que desamparado de los médicos, habían encendido algunas velas esperando que diese el alma á Dios. Fuele á visitar nuestro P. Juan Evangelista, y despues hablando con su padre le dijo que su hijo no moriria de aquella enfermedad; y así fué, mejorando y convaleciendo de aquel mal que le había conducido á las puertas de la muerte. Otro vecino tambien de Blanes prometió al Siervo de Dios, que si su mujer paría hijo le pondría por nombre Juan Evangelista; mas no cumplió esta promesa, queriendo que el hijo se llamase Jaime. Supolo el Varon santo, y dijo que aquel muchacho viviría poco tiempo, por no haber cumplido su padre lo que había prometido; y así se verificó.

Finalmente habiendo sido ilustrado para conocer los sucesos que hemos referido, lo fué igualmente para conocer y vaticinar su propia muerte. Había profesado el Siervo de Dios una cordialísima devocion al glorioso Apóstol San Juan Evangelista, y decía de sus prerogativas cosas maravillosas, por cuya devocíon había recibido del Señor muchos favores, segun él mismo confesaba. Llegando pues el tiempo en que Dios quería sacarle de este mundo, y darle el premío de tantas virtudes con que le había servido, se dignó concederle como un nuevo favor, el que muriese en la octava del dicho glorioso Apóstol. Así lo conoció el Varon santo con luz superior, y así lo predijo, afirmando que moriría en la dicha octava Era entónces Guardian de nuestro convento de Blanes, y habiendo en la vigilia de Navidad bajado á la villa para dar las buenas fiestas á algunos devotos segun costumbre, se halló ya muy indispuesto, y volviéndose al convento, dijo á algunas personas que no le verían más en la villa, como así fué. En su enfermedad le visitaba cierto médico llamado Márcos Gelpi, el cual queriendo animar al Siervo de Dios, le dijo que no tuviese pena, que su enfermedad no sería cosa. Á lo cual respondió el Varon santo: «Señor Doctor, haga por mí lo que le pareciere, que tanto se me da morir como vivir, porque aunque no saque otro provecho de mi muerte sino el no ofender más á Dios, estoy muy contento de morir.» Despues cuando

le llevaron el sacro Viático, hizo una exhortacion á los Religiosos, animándolos á la virtud y perfeccion, dejándoles como Prelado este recuerdo, tanto más eficaz, cuanto estaba más cercano á la muerte. Por fin acercándose ya su última hora, puso los ojos en una imágen de nuestro Redentor, que tenía en la celda, y derritiéndose en lágrimas, se expresó con actos devotísimos, consolándose con su dulce y amado Dueño. Así pues dispuesto y preparado, entregó su espíritu en las manos de aquel Señor que le había criado, y á quien tan fielmente había servido, recibiendo de su infinita liberalidad y misericordia los eternos premios de la gloria, segun piamente creemos.

Divulgada su muerte por la villa; concurrió mucha gente á su entierro, y fué tal su devocion que se llevaron sus cosas por reliquias, y le cortaron pedazos del hábito y cuerda; y como el concurso fuese creciendo, fué preciso meter el cuerpo dentro el presbiterio, y darle sepultura por la tarde. En el dia siguiente á su entierro entraron algunos á la sepultura para besarle la mano, y hallaron su cuerpo tan flexible y tratable, como si estuviera vivo: indicios todos de la felicidad que su alma goza en el cielo. Murió el Siervo de Dios en el dia primero del mes de Enero, que es el sexto de la octava del glorioso Apóstol San Juan Evangelista, en cumplimiento de su profecía y en testimonio de los grandes favores que le mereció su cordial devocion á tan insigne Apóstol. Por conclusion debemos añadir un suceso harto prodigioso. Cuando el Varon santo moraba en nuestro convento de Monte-Calvario, visitaba algunas veces la casa de cierto ciudadano de Barcelona, llamado Pedro Juan Lluzás, cuya mujer lo tenía en gran concepto de virtuoso y santo; y era tan familiar de la dicha casa, que se entraba en ella, sin decir otra palabra que « Deo gratias ». Sucedió una mañana que estando los dos consortes en la cama, oyeron la voz del Varon santo, que decía « Deo gratias », y creyendo que entraría, segun tenía de costumbre, nada le respondieron, esperando que entrase, pero sólo oyeron la misma voz que repetía « Deo gratias ». Maravillada la mujer se levantó y preguntó á su criada, si había visto al P. Juan Evangelista, y como ella respondiese que no, quedó con mayor admiracion. Vino despues el limosnero de nuestro convento, y preguntole que sabía del Siervo de Dios, y respondiéndole que había muerto, le encargó que supiese el dia y la hora, y en buena cuenta hallaron que era la misma, en que oyeron la voz que dijo *Deo gratias*. Cual fuese la significacion de este suceso, no lo sabemos, pero podemos piamente creer, que sería por premiar la devocion de aquellas personas, significándoles su feliz tránsito, que le obligaba dar á Dios infinitas gracias. Así vivió y así murió este ilustre y santo Religioso, y con tales y tantas virtudes santificó los conventos de su amada Provincia. Quiera Dios nuestro Señor que vivamos con tal perfeccion, que seamos sus imitadores en la tierra, y sus compañeros en el cielo. Fué su muerte en nuestro convento de Blanes, siendo Guardian del mismo convento, en el año 1620.

P. Bartolomé de Portugal.

No sabemos cual fué la poblacion de su nacimiento, ni el nombre de sus padres; sólo hallamos que vistió nuestro hábito capuchino en la Provincia de Cataluña el año 1587. Resplandecían en aquel tiempo muchos Religiosos insignes en virtud y santidad, entre los cuales no fué de los inferiores nuestro P. Bartolomé, pues supo andar los caminos de la perfeccion religiosa con espíritu tan fervoroso, que más parecía vivir en el cielo que en la tierra. El comercio del mundo, que consiste en conversaciones, visitas, correspondencias, y otros tratos, fueron unos objetos, ó ignorados ó aborrecidos por él. Vivió en la Religion treinta y tres años, y en tan largo espacio de tiempo escribió solas dos cartas; y aun fué menester que otro Religioso le escribiese la segunda, por no tener ni papel, ni tinta, ni pluma en su celda. Algunas señoras principales de Barcelona fue

ron una vez á nuestro convento de Monte-Calvario para ver al Siervo de Dios, por la buena opinion que tenían de su santidad. Mandole el Prelado que bajase á la puerta para hablarlas, pero sirvió de poco consuelo á aquellas Señoras esta visita, porque siendo muy enemigo de mujeres, presto las despidió con sequedad, diciéndoles que lo que importaba era que se preparasen para morir. Aun dentro del claustro, y con los Religiosos excusaba lo posible los tratos y conversaciones, ménos en algunas ocasiones en que pudiese ejercitar la humildad ó caridad; como se vió algunas veces, que entrando á la cocina, se ofrecía á los oficiales para las cosas que fuesen menester; y cuando no hallaba alguno, tomaba los cántaros y los llenaba de agua, barría la cocina, y dejaba compuesto lo que le parecía.

Viviendo pues este Siervo de Dios tan ajeno y tan olvidado de las cosas del mundo, es consiguiente que todo su trato y comercio fuese en las cosas del cielo. En efecto, solamente Dios, la Vírgen Santísima, los Santos, y demas cosas espirituales eran los grandes objetos que cautivaban su corazon, y ocupaban sus potencias y sentidos. Todo el tiempo que le quedaba libre despues de los actos y ejercicios de comunidad, lo empleaba en la oracion mental ó vocal. Á más del Oficio divino rezaba el Oficio parvo de nuestra Señora, y el Oficio de difuntos. Algunas veces se iba á la sepultura, y decía algunos responsos para las almas: otras veces se salia á la huerta, y sentándose al pié de algun árbol, rezaba sus devociones. En la celda era hallado ó rezando ó meditando. Antes de los Maitines de media noche ya estaba en la iglesia haciendo oracion. Al fin era tan continuo en este santo ejercicio, que uno de los Religiosos que le trataron, dice que morando en el convento de Valls, en cualquier tiempo y ocasion que fuese á la iglesia, hallaba al Siervo de Dios puesto en oracion. Celebraba el santo sacrificio de la Misa con tal devocion, y con tales sentimientos de piedad, que sus ojos eran dos fuentes de lágrimas, que llegaban hasta regar el altar y los corporales: señal evidente de cuan encendido estaba su corazon con las finezas del divino amor, que se nos representan en este sagrado misterio de la Misa.

Mas otros aun más fervorosos fueron los ejercicios santos, con que este Religioso procuraba la perfeccion de su vida, y la santificacion de su alma. Habiéndose concedido algun limitado tiempo para el sueño, bajaba al coro, y asistía con los demas á los Maitines, y á la hora de oracion que seguía á ellos, segun el uso de entónces. Despues estando ya recogidos los Religiosos, salía al cuerpo de la iglesia, donde por primera diligencia hacía la disciplina, usando á veces de unos ramales, cuyas almas eran de hierro. Estas disciplinas en algunas ocasiones eran tan rígidas y crueles, que ponían espanto á algunos Religiosos, que tuvieron la curiosidad de notar el ruido, pues parecía que daba los golpes á un cuerpo difunto. Algunas veces se desnudaba el hábito, y dejándolo á un lado, se daba los azotes casi por todo el cuerpo: otras veces alargaba tanto la disciplina, que cuando parecía que concluía, entónces volvia á empezar. Sucedió una vez que estando en la iglesia cierto Religioso, y oyendo aquel extraordinario rigor con que se disciplinaba, movido á compasion, le hizo alguna señal, para que creyendo que fuese el Superior, cesase de azotarse: cesó en efecto, pero entendiendo que no era el Superior, sino otro, volvió á la disciplina como ántes. Tambien observó otro Religioso algunas veces, que en este ejercicio de la disciplina no decía el *Miserere* segun costumbre, sino que desahogaba su corazon con actos fervorosos á Dios, á la Vírgen Santísima, y á nuestro Padre San Francisco.

Preparado ya, y dispuesto el espíritu del Varon santo con tan rígida y severa mortificacion, se entraba en los profundos secretos de la oracion, donde su alma se abismaba tanto, cuanto se puede inferir de los extraordinarios efectos que se pudieron observar. Unas veces estaba quieto y sosegado; otras caminaba hacía el altar mayor; ya lloraba amargamente; ya manifestaba alegría: en algunas ocasiones respiraba con tal vehemencia, que parecía no caberle el espíritu dentro el pecho; en otras hablaba al parecer con

alguno, preguntando y respondiendo, sin que podamos decir á quien dirigía estas preguntas y respuestas: solamente se le oyó alguna vez que nombraba á santa Magdalena; y en alguna otra ocasion se observó que dirigía sus palabras al demonio, que tal vez debía molestarle. En las noches de las festividades y misterios principales que celebra la Iglesia, solían ser más fervorosos los afectos de su corazon. Estando en la iglesia una noche de la Anunciacion de nuestra Señora, y habiendo hecho la disciplina acostumbrada, se entró en el presbiterio, y allí se puso á tener amorosos coloquios con Dios nuestro Señor con tantas lágrimas y tanto afecto de devocion, que daban bien á entender los incendios que abrasaban su interior. « ¡Vuestro amor! » decía con aquella devocion y lágrimas, « ¡vuestro amor, Señor! » cuya dulce expresion repetía muchas veces, y respirando con aquella fuerza que hemos dicho, hacia alguna pausa, y luego volvía á repetir: « ¡Señor, el amor! »

Así expresaba este Varon fervoroso las llamas que habían encendido en su corazon las finezas de un Dios humanado. Y como el amor divino sea tan activo, que suele llevarse tras sí las almas y los cuerpos de sus amantes Siervos, podemos creer que este Varon santo tendría algunos éxtasis ó raptos en el tiempo de su fervorosa oracion, segun nos lo confirma el caso siguiente. El P. Epifanio de Calaf, Religioso de mucha virtud, se hallaba en nuestra iglesia de Monte-Calvario despues de los Maitines de media noche, cuando oyó dar unos soplos tan grandes, que le parecían un viento muy recío. Admirado de cosa tan extraña, salió á una capilla de la misma iglesia, para ver de donde salía, ó quien producía un ruido tan grande; pero presto salió de la duda con mayor admiracion, porque vió á nuestro P Bartolomé elevado en el aire, y levantado tan alto, que á su parecer llegaba al medio del espacio que hay del pavimiento á la boveda de la iglesia: de donde infirió cuanta era la fuerza de su fervoroso espíritu, que producía unos efectos tan maravillosos. Y nosotros podemos inferir, que la virtud y santidad de este Siervo de Dios aun fué mayor de lo que hallamos escrito, habiéndolo tal vez ocultado ó su humildad propia, ó la poca observacion de los otros. Habiendo pues servido al Señor con tanta perfeccion, y santificado los dias de su vida con tantas virtudes, llegó al fin de su mortal carrera, y recibidos con mucha edificacion los santos Sacramentos de la Iglesia, dejó las miserias de este mundo, y entró en el gozo de su Señor, segun nos persuade la piedad cristiana. Verificóse su fallecimiento en nuestro convento de Monte-Calvario en el año 1620.

P. Jaime de Vinzá.

Su padre se llamó Jaime Bosca, hombre rico y de buen nombre en aquella villa, el cual tuvo la dicha y el consuelo de tener tres hijos, todos capuchinos en nuestra Provincia, y todos insignes en virtud. Del primero, llamado P. Francisco, y del segundo, que se llamó Fray Pedro, hemos hablado en la pág. 414. Entramos ahora á tratar del hermano tercero, que así en el siglo como en la Religion se llamó Jaime. Antes de entrar en la Orden, estudió Artes en la ciudad de Perpiñan; y aunque en los estudios de jóvenes seglares suele haber peligros y ocasiones de mancharse con los vicios, él supo precaverse de tales peligros, apartándose con cuidado de todo lo que era vanidades y diversiones del mundo, á lo que añadió el oir Misa todos los dias: con lo cual y con la gracia del Señor se dejó ver ya entónces un estudiante muy devoto y recogido. Cuando el hermano primero se hizo capuchino, dejó la herencia, que era copiosa, al hermano segundo, y este la dejó á nuestro P. Jaime como hermano tercero, diciéndole que se quedase con Dios y con la herencia, porque él quería hacerse Religioso como su hermano primero. A esta renuncia y ofrecimiento, respondió no como jóven estudiante, sino con un espíritu muy semejante al del hermano menor de San Bernardo. « ¿ Cómo, dijo, vosotros os alzais con el cielo y me dejais á mí la tierra? Pues no se-

rá así, porque quiero tambien seguiros, y escoger la mejor parte así como vosotros.» En efecto practicó las diligencias que le parecieron oportunas, para ser recibido en nuestra Orden: y aunque al principio hubo bastante reparo en admitirlo, por alguna cojedad con que caminaba, pero él permaneció tan constante, y suplicó con tal perseverancia, que al fin fué admitido en el noviciado de nuestro convento de Santa Eulalia.

Mas no pudo gozar por mucho tiempo el consuelo que recibió con vestir el santo hábito, porque se descubrió ser tan corto de vista, que no podía leer el Salterio, aunque estuviese muy cercano á él; por cuyo defecto trataron los Padres si convendría despedirle del noviciado. Mas viéndole fervoroso y espiritual, y que le eran agradables las observancias de la Religion, tomaron el acuerdo, que pudiese proseguir el noviciado, con tal que aprendiese de memoria los himnos y salmos que se dicen en el Oficio divino por todo el discurso del año. Aceptó el buen novicio esta condicion, y habiendo encomendado muy de veras este negocio á Dios, se aplicó al estudio con tanta felicidad, que dentro un mes, sin faltar á los ejercicios espirituales del noviciado, aprendió de memoria perfectamente todo el salterio y todos los himnos del año. Con esto los Padres muy contentos lo admitieron á la profesion, y él quedó tan alentado, y emprendió tan de veras el camino de la perfeccion, que miéntras vivió fué un espejo de toda virtud. Puso singular cuidado en aprovechar en la oracion, en la mortificacion, y en la guarda del silencio regular; lo cual observado por los Superiores, no dudaban proponerlo por ejemplar á los otros Religiosos jóvenes de su edad. A su tiempo fué aplicado á los estudios de Artes y Teología, en los cuales aprovechó tanto así en las letras como en la virtud, que concluidos los estudios fué elegido Lector de Artes, y en efecto empezó un curso en nuestro convento de Monte-Calvario.

Aquel espíritu con que empezó la carrera de la perfeccion religiosa lo conservó todo el tiempo de su vida, subiendo de virtud en virtud para merecer los agrados de aquel Señor á quien servía. Algunas veces iba al noviciado de Santa Eulalia, y allí puesto de rodillas rogaba al Prelado se dignase admitirle con los novicios en las pláticas espirituales, de las cuales salía muy aprovechado. Cuando hablaba de Dios, lo hacía con tanto gusto, y con tal elevacion de palabras, que infundía devocion á los que le oian. Para llevar la mortificacion de Jesus en su cuerpo, no se contentaba con las disciplinas comunes, sino que añadía muchas otras particulares, las cuales hacía con grande fervor. Así mismo era tan amante de la santa pobreza, que hasta un clavo no permitía en su celda, si no era muy preciso; y solia decir que de tantos en tantos dias hacía registro de su celda, para ver si tal vez por descuido se habría introducido alguna cosa supérflua. Otra virtud muy singular adornó tambien el espíritu de este santo Religioso, y fué una cordialísima devocion á la Vírgen María nuestra Señora, á cuyo obsequio compuso para sí cierto Oficio pequeño de su purísima Concepcion, el cual rezaba todos los dias con particular afecto. Y deseoso de infundir esta misma devocion en los corazones de sus discípulos, en todas las vigilias de nuestra Señora despues de la leccion les hacía pláticas espirituales sobre sus alabanzas, exhortándolos á serle muy devotos.

Así andaba este Varon santo los caminos de la perfeccion religiosa, y con tales virtudes santificaba los dias de su vida; y cuando se podian prometer y esperar mayores progresos en la virtud y santidad, se dignó el Señor cortar el hilo de su vida, y cerrar en su juventud el período de sus años; tal vez para que la malicia del mundo no mudase su entendimiento, ni pervirtiese su corazon. Aceptó resignado la enfermedad, que Dios se sirvió enviarle, y para que su espíritu se consolase algun tanto entre sus males, hacía que le leyesen algun libro espiritual, y hallando algunas palabras que le moviesen á devocion, mandaba parar la leccion, y se quedaba meditando algun rato. Agravóse finalmente la enfermedad, y viéndose ya cercano á la muerte, lleno de fer-

vor, y amante de la santa pobreza, se desnudó el hábito, y postrado en el suelo pidió por amor de Dios un hábito pobre con que morir. Podemos creer, que siendo este fervoroso acto muy semejante al que hizo nuestro Padre San Francisco, le mereció delante de Dios singulares gracias para no temer el trance de la muerte, tan formidable para todos. En efecto estando con todos los sentidos, y gozando de mucha paz, espiró con edificacion de todos los presentes, y murió segun piamente podemos creer, con la muerte de los justos, que siempre es preciosa á los ojos del Señor. Fué este su fallecimiento en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1620.

Fr. Gil de Guadalajara, Lego.

Este Religioso, de la Provincia de Castilla, fué tan austero, que jamas vistió más que un hábito grosero, rígido, y tan remendado que nada tenía ya de la primera lana que tuvo, siendo el mismo y siempre nuevo. No usó de sandalias por áspero y helado que estuviese el camino, pisando con igual resolucion la escarcha, nieve y yelo, que las espinas. Mostró Dios en el siguiente caso cuan grata le era esta mortificacion de su Siervo. Compadecido el Prelado de ver la austeridad de Fr. Gil en los dias más crudos y rígidos del invierno, le mandó poner sandalias, como los demas. Obedeció pronto el Siervo de Dios, pero muy á su costa, pues lo mismo fué ponerlas, que sentir tan acerbos dolores, que parecía traspasarle los pies con duros clavos; no podía disimularlos por tan acerbos ni aun tenerse en pié, pues crecían hasta hacerse intolerables; á que se añadió una hinchazon tan monstruosa, que á todos se les hacía patente la novedad: con que fué preciso levantase el precepto el Superior; y al punto que Fr. Gil dejó las sandalias, cesó el tumor, y los dolores que le afligían. Concordaba con esta aspereza la austeridad en la comida, pues ayunaba todas las Cuaresmas de N. P. San Francisco: y todos los viérnes del año á pan y agua.

Ni por esto omitía el trabajo corporal ántes bien era mayor, así en la huerta como en las demas oficinas, pues á todos procuraba aliviar, ayudando á cada uno en la suya. Jamas le vieron ocioso, siempre aplicado á la oracion; apénas tenía materia que poner para el Sacramento de la Penitencia. Fué tal su pureza, que el Confesor, con quien hizo confesion general, ántes de recibir el Viático, aseguró con juramento haber conservado su cuerpo y corazon, todo el tiempo de su vida, limpios y puros, sin haber padecido, mancha alguna: cosa verdaderamente extraña y rara.

Profesaba un afectuosísimo y tierno amor á la Reina de los Angeles, y celebraba el misterio de su Inmaculada Concepcion con suma religion y culto: por lo cual, así en vida como en muerte, obtuvo el patrocinio de esta Reina. Haciendo, pues, la novena que acostumbraba hacer todos los años los nueve dias ántes de la fiesta de la Purísima Concepcion, cayó enfermo al segundo dia. Visitole el P. Fr. Buenaventura Soriano, diciendo: « Ea, amigo Fr. Gil, buen ánimo; tú con otros, celebrarás muy luego el dia de la Concepcion », no dudando que para aquel dia estaría libre de la enfermedad; pero volviendo los ojos Fr. Gil á una estampa de papel, en que estaba la Imágen de María SSma, exclamó diciendo: « Oh Señora! siempre os reverencié y reconocí como Protectora. De vuestra benignidad recibí innumerables favores, principalmentó habiendo vestido el santo hábito, y hecho mi solemne profesion en el dia de vuestra Concepcion Inmaculada, en que me reconocí por vuestro hijo. Yo os suplico que en este dia deje mi alma la cárcel de su cuerpo »; y mirando despues á un Crucifijo, habló así: « Concédedme, Señor, vuestro amargo caliz, y haced que en estos ocho dias, beba sus amarguras y dolores: pídoos que me dupliqueis las penas, para que padeciendo con vos varonilmente, y mereciendo esta gracia de padecer, pueda llegar con otros cortesanos del Cielo á celebrar la fiesta de vuestra Madre Santísima en la gloria. » Apénas acabó de proferir estas voces, quedó lleno de un interior júbilo, y aun exterior, como quien había lo-

grado lo que pedía, y se verificó ser así, pues estuvo padeciendo aquellos contínuos ocho dias, con invencible fortaleza, hasta que en el último, que fué el dia de la Purísima Concepcion, recibidos devotísimamente los Santos Sacramentos, voló su bendita alma al Cielo, año 1620, quedando su cuerpo tan flexible, tratable y blando, como si fuese de un niño que duerme con placidísimo sueño, para testificar la gloria que ya poseía (*Apénd. á los Anales Cap. pág 228*).

P. Querubín de Lérida.

Fué la patria de este Religioso la ciudad de Lérida, y sus padres fueron caballeros honrados y de buena sangre de la misma ciudad. El padre se llamó Pedro Ferrus, y la madre Esperanza Ferrus y Revert. Desde jóven mostró los buenos deseos que tuvo de servir á Dios con perfeccion, porque siendo de pocos años tomó el hábito entre los Padres Recoletos, y vivió con ellos hasta ser ordenado Sacerdote. Bien podía seguir aquí los caminos de la virtud del modo que hubiese deseado, pero habiendo sabido la santidad de vida con que se fundaba nuestra Provincia de Cataluña, animado de nuevo espíritu y fervor, se pasó á nosotros, y vistió el hábito capuchino el año 1582, que fué el quinto de la fundacion. Cual fuese su espíritu en la profesion de nuestro instituto, y cual su celo y fervor en la observancia de las leyes estrechas y prácticas rígidas de aquellos tiempos, lo podemos inferir de los gobiernos que entónces mereció tener en la Provincia, no sólo de Guardian, sino tambien de Definidor y de Provincial, de modo que casi siempre fué ocupado en algun gobierno hasta que por muchos años lo excusó. No faltaban en aquellos tiempos Religiosos de prudencia, espíritu y celo, pero nuestro P. Querubin fué adornado de tales prendas, que en los capítulos y juntas de los Padres, su parecer era seguido de todos por su rara prudencia y acierto en todo.

Era él de condicion muy amable, y trataba con todos con grande llaneza acompañada de una singular modestia religiosa. Cuando se le ofrecían ocasiones de padecer, ya fuese por las pesadumbres del gobierno, ya por algun acontecimiento de pena ó de trabajo, lo llevaba con mucha paciencia y sufrimiento. Predicó la Cuaresma en la catedral de Vich y en Figueras; y diciéndole algun dia el compañero que la comida era parca, respondía el Varon mortificado que si todos los dias tuviésemos bien que comer, nunca conoceríamos los dias buenos, y con esta resignacion toleraba las penurias de la santa pobreza. A los ejercicios comunes asistía con grandísima puntualidad, tanto á los oficios divinos y oraciones, como á todos los actos de comunidad. Y supo en fin desempeñar tan perfectamente sus obligaciones, que uno de los Religiosos que le conocieron dice, que este siervo de Dios en todas las cosas exteriores de la disciplina regular era un dechado de toda perfeccion religiosa. En confirmacion de esto hallamos que se preparaba para celebrar cada dia con tanto cuidado, como si aquella Misa fuese la última que hubiese de celebrar, segun él mismo decía. Estuvo una vez enfermo con peligro de la vida, y preguntándole su confesor si quería confesarse con alguna diligencia ó exámen particular, respondió que no, porque siempre se había confesado como para morir: que es la mayor satisfaccion y consuelo que puede tener un Religioso en el fin de su vida. De todo lo cual podemos piamente creer, que la muerte de este Siervo de Dios fué preciosa á los ojos del Señor, y que mereció los premios eternos en el cielo. Verificose su fallecimiento en nuestro convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, en el año 1620.

P. Gregorio de San Feliu de Pallarols.

Habiendo este Religioso nacido en una poblacion del obispado de Gerona, llamada San Feliu de Pallarols, vistió á su tiempo nuestro hábito capuchino el año 1600 en el convento di Figueras. Es muy poco lo que hallamos de las virtudes que ejercitó en la profesion de nuestro

instituto, pues todo se reduce en decir que fué Religioso ejemplar, pacífico y de mucha entereza, y que era tan amigo del retiro y recogimiento, que excusaba las conversaciones no sólo de los seglares, sino tambien de los Frailes; mostrándose al mismo tiempo cuidadoso de su aprovechamiento, y celoso de la guarda del comun rigor de la Orden. Pero entre estas virtudes, lo que más acredita la santidad de su vida, es el suceso prodigioso que ahora vamos á referir Cierto vecino de la ciudad de Vich, llamado Pedro Vilamala, tenía un hijo como de un año enfermo, y sobreviniéndole algun accidente é indisposicion, se agravó tanto su mal, que al fin aquel hijo vino á morir, hallándose presentes el médico que le visitaba y otras personas. Quedó el padre muy afligido y desconsolado, y estando en este desconsuelo vino á su casa nuestro P. Gregorio, el cual acercándose á él para consolarle, se fué despues al lugar donde estaba el niño, y quitándole del rostro el lienzo con que estaba cubierto, hizo sobre él la señal de la cruz, y volviéndose al mismo padre le dijo que se alegrase porque su hijo estaba vivo, como en efecto así se verificó. Este suceso prodigioso declaró despues de algunos años bajo de juramento el mismo padre, y al fin de su declaracion dice estas palabras: « Yo « oyendo esto quedé muy consolado, « y más cuando vi al niño mi hijo « vivo, y atribuí esto á la virtud de la « cruz que hizo el P. Gregorio sobre « el niño. Y así fué Dios nuestro Se« ñor servido que vivió y aun vive por « las oraciones y virtudes que nuestro « Señor obró en el dicho su Siervo. » Murió este Siervo de Dios el año 16 0 en el convento que entónces tenía la Provincia en la ciudad de Perpiñan.

P. Vicente de Gerri.

Los padres de este Religioso se llamaron Pedro y Juana Covilló, labradores de una poblacion que se llama Gerri, en el obispado de la Seo de Urgel. Abrazó nuestro instituto capuchino, y vistió el santo hábito en el convento de Santa Eulalia el año 1607. No fué remiso ó negligente en seguir los caminos de la virtud, ántes todo el tiempo que vivió en la Religion fué siempre muy ejemplar, fervoroso y austero, y alcanzó licencia de los Prelados para ir siempre descalzo sin sandalias. Con lo cual y con su trato y conversacion espiritual y religiosa edificaba mucho á todos, y los seglares le tenían no poca devocion Y en efecto no podía ménos que admirar y edificar ver á este Religioso con un hábito pobre y remendado y con los pies descalzos andar por las tierras más frias y en los mayores rigores del invierno. Andaba una vez de este modo pisando la nieve por las calles de Barcelona, y cierto sugeto movido á compasion le dijo que tomase de la tienda unas alpargatas, que él las satisfaría Mas el Varon penitente agradeciéndole aquella caridad, le respondió con mucha humildad que el andar de aquel modo no era por falta de sandalias, sino por la devocion que tenía de ir descalzo, y por padecer aquel poco por amor de Dios. Otro testimonio hallamos de la perfeccion con que este Religioso santificó los dias de su vida, y fué que hallándose enfermo, y pocos dias ántes de morir, dijo á otro Religioso que presto moriría, pero que se consolaba porque saldría del purgatorio el dia de nuestro P. S. Francisco. En efecto murió dentro de pocos dias, á los últimos del mes de Setiembre, recibidos los Santos Sacramentos, y con mucha edificacion de los que estaban presentes. Y habiéndose verificado su muerte con la brevedad que él había significado, podemos piamente creer que tambien se verificó el quedar libre de las penas del purgatorio en el dia de nuestro Seráfico Padre, subiendo su alma al eterno descanso de la gloria. Despues de poco más de un año que fué enterrado, abriendo la sepultura, fueron vistos sus pies, no morenos ni quemados como los tenía en vida, sino blancos, enteros, y de color de carne. Con lo cual parece que Dios quiso manifestar, cuan agradables le habían sido las penas y dolores que sufrió con llevar los pies descalzos. Fué su muerte en nuestro convento de Perpiñan, el año 1620.

Fr. Cárlos de Valencia, Corista.

El motivo extraordinario que tuvo este Religioso para dejar el mundo y las circunstancias de su dichosa muerte nos obligan á darle lugar entre los Religiosos de quienes ahora escribimos, supuesto que fuera de esto apénas hallamos cosa alguna de su vida. Fué natural de la ciudad de Valencia, y sus padres fueron gente principal y caballeros de aquella ciudad. El padre se llamó Pedro Catalan, y la madre Ana Catalan y Altiz. Viviendo en el siglo pasó á Italia, y al volver de aquella tierra tuvo la fortuna de venir en compañía del P. Lorenzo de Pons, Provincial que era de la Provincia de Cataluña, y haciendo su viaje por mar, le comunicó los deseos que había tenido de ser capuchino, y que los deseaba cumplir fuera de su patria, para que con más quietud pudiese darse á la penitencia y al servicio de Dios. El orígen de los deseos que tuvo de ser Religioso, lo refiere el Padre Francisco de Barcelona, que vivió en aquellos tiempos, diciendo que lo había oido decir, y fué que yendo nuestro Fr. Cárlos ántes de ser Religioso con otros jóvenes de su edad, llegaron á una iglesia en ocasion que conjuraban á una endemoniada. (No se dice si esto fué en la ciudad de Valencia ó en Italia.) Cuando el demonio vió llegar á aquellos jóvenes, levantó la voz y dijo: Ahora llegan mis amigos; cuyas palabras se imprimieron tanto en el corazon de Fr. Cárlos, que desde aquel punto resolvió dejar el mundo y entrar en Religion, como en efecto así lo cumplió despues de su viaje de Italia, vistiendo el santo hábito en nuestro convento de Santa Eulalia el año 1618.

En el noviciado se conoció que tenía particular espíritu y deseos de perfeccion y santidad, y que se daba de veras á los ejercicios interiores de la oracion. Despues con el tiempo fué destinado de familia al convento de Lérida, donde dió tambien satisfaccion de sí con su ejemplo y buen modo de proceder. Mas la brevedad de su vida puso término á las esperanzas que se podían tener de su virtud y perfeccion. Cayó enfermo en el mismo convento de Lérida, y parece que tuvo alguna luz superior con que conoció su próximo fin, porque ya en el principio dijo al Religioso que le servía, que había de morir de aquella enfermedad, y en la mañana del último dia de su vida le añadió que por la tarde moriría. Con eso vino el médico, y despues de tomarle el pulso le dijo, que ya que hubiese de morir de aquella enfermedad, viviría más de quince dias. Riose el buen Corista enfermo al oir aquella expresion del médico, y respondiéndole dijo: « No seran quince dias los que viviré, porque esta misma tarde me tengo de ver con Cristo, con Cristo, con Cristo », repitiéndolo tres veces en voz alta y con grande espíritu y fervor. En efecto, llegando la tarde del mismo dia pidió perdon á todos los Religiosos uno por uno, y diciéndole la comunidad la recomendacion del alma, al concluirla espiró, y dejó de vivir en este mundo en la misma tarde que él había predicho. Todas estas circunstancias junto con la piedad cristiana nos persuaden que este Religioso halló en su muerte la dichosa suerte de los justos. Falleció en nuestro convento de Lérida, el año 1621.

P. Jerónimo de Trillo.

En el mismo tiempo nos ofrece la Provincia de Castilla al P. Fr. Jerónimo de Trillo, varon recomendable por sus prendas y virtudes, entre las cuales sobresalía, para hermosearlo, la exterior composicion y modestia, con que á todos era ejemplar de las acciones arregladas. Temeroso de que sus ojos robasen su alma, les puso la dura ley de no mirar á persona alguna al rostro, teniéndolos siempre bajos y mirando al suelo, de modo que sólo por la voz, no por el aspecto, conocía á los sugetos. Igual custodia puso á la lengua: y sabiendo cuan fácilmente mancha al hombre, procuraba retirarse no sólo de las conversaciones de los seglares, sino tambien de los Religiosos, retirándose á los lugares solitarios, para darse todo á la oracion y contemplacion. Los

ayunos con que procuraba sujetar la carne y vencer al enemigo eran con solo pan y agua, no tomando otro alimento en todas las Cuaresmas y dias prescritos en nuestra Regla, y aun añadía otras abstinencias particulares. La cama eran unas desnudas tablas, su hábito asperísimo, compuesto de una confusion de remiendos, apartando de sí todo lo que no era conforme á la religiosa necesidad.

En el convento de Madrid, dedicado á San Antonio, fué asaltado de una maligna fiebre: visitole el médico, y viéndolo sofocado con el hábito, mandó que le pusiesen una camisa, pues de lo contrario sería inevitable su muerte. Sonriose el Siervo de Dios, viendo que el médico ignoraba la costumbre de nuestra Religion, y le dijo: « Sabed que esta nuestra austeridad es acepta á Dios y á N. P. S. Francisco que la han comprobado con muchos milagros. » — « Esperemos, pues, á milagros », dijo el médico Y á la verdad no faltaron, pues al siguiente dia lo halló libre de la fiebre y totalmente restablecido; de lo que admirado el físico, declaró con juramento ser milagrosa aquella mejoría. Vivió despues algunos años en humildad, inocencia y culto de la regular observancia, hasta que cansado de dias y lleno de méritos, pasó en este año á conseguir el premio eterno. — (*Chrónicas Gen.*)

P. José de Linares.

De nuestro Convento de Granada, pasó en este año á la Patria celestial el P. Fr. José de Linares, Sacerdote de la Provincia de Andalucía, solícito siempre en conservar la buena índole que debió á la naturaleza desde sus primeros años, sin haberla perdido en toda su vida. Habiendo renunciado un cuantioso patrimonio, y olvidádose de su nobleza, determinó desde su primera juventud entrar en la Religion Seráfica: y apénas hizo su Profesion religiosa, cuando instituyó tan alta perfeccion de vida, que apénas podían verla los demas individuos de su Provincia, sin levantar los ojos al Cielo. Manifestose con vehementes conjecturas haber conservado la virginal pureza sin mancillarla: privilegio no comun de la gracia Divina, que para no exponerlo al riesgo, procuró siempre huir del trato y comunicacion de las mujeres, siendo recatado aun en mirarlas.

Domaba su carne con vigilias, ayunos, disciplinas, cilicios, y otras mortificaciones, no ménos que con prolija oracion y meditacion, fortaleciéndose su espíritu con estas austeridades, como refugio seguro contra los rebeldes ímpetus de la carne. Y ejercitado en esta aspereza y rigor de vida, que fué y era entónces comun á los primeros Capuchinos de nuestras Provincias de España, aun no le parecía suficiente mortificacion para su agigantado espíritu: y así, no admitiendo vestir en toda su vida hábito nuevo, cubría su desnudez con los pedazos de sayal que dejaban sus hermanos. Nunca usó de suelas ó sandalias, aunque hubiese de emprender arduo y dilatado viaje, á no ser, que compadecido el Prelado de su quebranto, ocasionado de sus enfermedades, penitencias y ancianidad, se lo mandase. Ocultaba con tan endeble hábito la rígida aspereza de un armado horrible cilicio; y con sangrientas cotidianas disciplinas teñía de púrpura sus miembros. Casi todo el tiempo de su vida observó rígido ayuno, no tomando más que un corto y grosero alimento. Despues de haber estado muchas horas entregado á la oracion y meditacion, tomaba un breve sueño ó sobre la dura tierra ó sobre la desnuda tabla.

Para que no desfalleciese el cuerpo molido con tan duros golpes, entraba su espíritu en las delicias de la contemplacion, donde era tan maravillosamente recreado, que resultaba el gozo por el exterior del hombre. Como viviese comunmente abstraido no sólo del trato y comercio con los seglares, sino aun con los mismos Religiosos, en soledad y retiro, estaba fácilmente dispuesto á unirse íntimamente con Dios ó á no separarse de El, gozando de tanta suavidad y dulzura, que prorumpía en afectos de copiosas lágrimas y suspiros, y en éxtasis ó raptos maravillosos, principalmente cuando celebraba el santo Sacrificio de la Misa, que era cuando con mayor abundancia gozaba de estas delicias

soberanas. Rara vez llegaba á estos Misterios, sin sentir el exceso y vehemencia del Divino Amor, que lo enajenaba de sí mismo, teniéndolo suspenso por mucho tiempo los destellos del Divino espíritu, y dejando atónitos á cuantos le veían extático, gastando horas enteras sin poder volver en sí. Y no obstante que era muy comun el padecer estos excesos mentales, con todo eso pondremos aquí el que padeció en la iglesia de Linares.

Acabada la Misa, se puso de rodillas delante del Altar Mayor de aquella Parroquia, para dar gracias al Señor, como es costumbre: y apénas entró á contemplar la inmensa caridad de Dios en la institucion de tan alto Sacramento, cuando absorto en un mental exceso, y arrebatado el cuerpo con la vehemencia del espíritu, quedó suspenso en el aire por más de una hora, puestas las manos como cuando oraba, y clavados los ojos en el cielo sin pestañear, de que fué testigo todo el pueblo: hasta que desatado y suelto de aquel extático impulso, volvió en sí; y advirtiendo que todos lo habían visto, quedó tan corrido y avergonzado que no sólo se ausentó de la iglesia, sino tambien de aquella villa, por huir los obsequios de sus gentes y el aire dulcísimo de la lisonja.

Habiendo pasado muchos años en esta inocencia de vida, adornado de ejemplar piedad, severísima austeridad y demas virtudes, le sobrevino la última enfermedad en el Convento de Granada. Y armado con los santos Sacramentos, para luchar en aquella hora con el comun enemigo de las almas: despues de haber estado un rato en un quieto y silencioso sosiego, con rostro alegre y serenos ojos, extendió sus brazos como que estrechaba en ellos alguna persona, á quien hablaba, sin percibirse. El Prelado que estaba presente, sospechando alta novedad en esta accion, mandó al enfermo declarase lo que le había sucedido; y el Siervo de Dios dijo: «¿No estás viendo á N. P. S. Francisco que me abraza y recrea con ósculos suavísimos? A ir al cielo me convida»: y dicho esto, espiró y pasó con tan buen Compañero, como piadosamente confesamos, á la eterna gloria.

Celebráronse las exequias del Siervo de Dios con mucho concurso, piadosa asistencia y devocion así de los eclesiásticos como de los seglares, que á porfía se mostraban pretendientes de algunas reliquias de aquel venerable cadáver; y así unos le cortaban los pelos de la barba, otros los cabellos, otros las uñas de pies y manos, otros los pedazos del hábito: guardando cada uno lo que había podido lograr, como preciosa alhaja, por medio de cuyas reliquias, implorando los méritos del Siervo de Dios, lograron muchos la salud. — (*Chrónicas Gen.*)

P. Ambrosio de Alcoy.

Fué el P. Ambrosio natural de Alcoy en el Reino de Valencia; tomó nuestro hábito en la flor de su edad; toda su vida desde que comenzó la Religiosa hasta que la acabó, fué una contínua mortificacion y penitencia, tan muerto al mundo y á sus comodidades como si no estuviera en él; tan apartado del trato y conocimiento de seglares, que no conocía á ninguno; siempre solo y retirado como si fuera Anacoreta en la soledad del mayor desierto, con tanto silencio que parecía mudo, y cuando le era forzoso hablar no era más que lo preciso y luego se despedía teniendo por grande pérdida la del tiempo.

Su abstinencia fué rara: ayunaba todas las Cuaresmas de nuestro P. San Francisco; toda su vida fué un contínuo ayuno, y esto con tanto rigor que apénas comía lo suficiente para sustentarse y lo admiraban los que lo observaban pudiese pasar con tan poco. No tomaba jamas de lo que administraban á la mesa sino la sopa, y de esta tomaba tan poco que apénas la tocaba y muchas veces sin llegar á ella ayunaba á pan y agua: su sueño era tan corto que no sabían los Religiosos cuando dormía, porque á todas las horas de la noche le hallaban velando ó estudiando ó en oracion. Jamas salía del Convento al campo á deporte, pero ni á la huerta del Convento salía jamas aunque fuesen los calores del verano grandes: su mayor deporte era el retiro y soledad

de su celda, privando á sus sentidos aun de los honestos recreos.

Preciábase de tan pobre que no tenía más que el hábito, y ese tan corto y estrecho, tan viejo y remendado que más parecía mortaja de fraile difunto que de Religioso vivo, porque ver aquel cuerpo tan flaco, el rostro pálido y macilento, los pies descalzos con el hábito más viejo, verdaderamente representaba la figura de un Religioso difunto; su perpétua cama unas tablas desnudas, el almohada de paja tan dura que lo era poco ménos que una piedra, sus disciplinas muchas y muy rigurosas.

Hallaron en él los Prelados la obediencia que nuestro Seráfico Padre decía había de tener el perfecto fraile menor, la de un muerto sin resistencia ni voluntad propia: cuanto querían hacían de él, si le mandaban á este ó al otro Convento con este ó aquel Prelado, sin desplegar sus labios iba con mucho gusto; si le honraban y le hacían Guardian, hallaban en él el mismo rendimiento, sin que conociesen en él el menor rastro de estimacion propia, que con ser hombre de prendas y uno de los mayores teólogos que tuvo en su tiempo su Provincia, no se vieron en él muestras de tenerse en más, ni jamas se le oyó que hiciese ostentacion de lo que sabía, y teniendo siempre de sí tan humilde concepto, ni á los inferiores se comparaba, á todos juzgaba por mejores y de todos sentía y hablaba bien y á todos obedecía como á señores y superiores suyos.

Dábase prisa en buscar á Dios con una contínua oracion, y era muy cuidadoso de ver como en todo le daría mayor gusto: no pensaba en otra cosa; este era el único y mayor cuidado de su corazon deseando en todo y siempre hacer su perfecta voluntad. Gozaba su alma de una paz grande y de unos consuelos de cielo, cuando de repente se sintió privado de ellos, en soledad y desamparo, sin la luz y gusto de la contemplacion. lleno de tristezas, temores y tedios, afligido con unas penas y congojas tan mortales que juzgaba no podían ser las del Purgatorio mayores; y juzgaba bien, que ninguna se iguala á la ausencia del Amado, de cuya dulce presencia había ya gozado su alma; prueba es esta muy dura, porque el que la sufre teme de haber sido causa para ella, y sin saberlo se vé en un instante en una noche oscura, llenas de tinieblas las potencias y con terrible perturbacion en todas ellas, que no siente en sí sino congojas y aflicciones de espíritu, temores de si agrada ó no á Dios, de si dió motivo para que le castigara con este trabajo. En este estado tenía Dios al alma del P. Ambrosio; vivía con unas tinieblas tan grandes que tenía perdido de vista cuanto bueno tenía hecho hasta entónces, con unos temores y desconfianzas grandes de su salvacion; pensaba le había dejado Dios y que se había apartado de él, (aunque jamas estuvo con él más que entónces, ni su alma más apretadamente unida con él). Lloraba, humillábase, pedía perdon de sus culpas, si por ellas era aquel castigo: no le quedaba otro refugio sino estar continuamente con Dios conformándose con su voluntad, y no sentía alivio ninguno en sus penas; hallábase tan apretado de ellas, que le obligaban á que buscase algun consuelo en la compañía de sus hermanos, como lo hizo Cristo Señor nuestro en la oracion del huerto; pero como su trabajo era una especial permision y amorosa disposicion de Dios, no bastaban los frailes con sus razones para consolar al afligido Padre, que no es dolencia esta que se suele curar con solas razones.

Estaba en este tiempo el P. Ambrosio en el Convento de San Mateo. Ofreciose ocasion que habían de acompañar á un Religioso nuestro de la Provincia de Aragon hasta el de Alcañiz que era el más vecino á la de Valencia, y díjole su P. Guardian si quería hacer aquel camino, que le sería divertimiento de sus penas. Respondió que lo haría por ser de la obediencia: fué con Fr. Pedro de la Enclusa Corista, y á la vuelta enfermó del mal de la muerte en Morella en casa de la Señora Doña Ines Sans, insigne bienhechora de los Capuchinos. Se hospedó en ella el P. Ambrosio, y la devota Señora procuró no le faltase nada segun pedía su mal, tratando de su restablecimiento con notable caridad Conoció el P. Ambrosio había

de morir de aquella enfermedad por revelacion que de ello tuvo de Dios; trató luego de recibir los Santos Sacramentos, y como el compañero que traía no era sacerdote, hizo le llamaran al P. Guardian del Convento de los Padres Observantes que lo era entónces el P. Estelles, Religioso de los más graves y doctos de su Provincia y Lector jubilado por sus muchas letras. Confesose con él, y le comunicó la revelacion que le había hecho Dios de su muerte, que había de ser el sábado siguiente, y como Dios la había acelerado quitándole dos años de vida que le quedaban para que más presto le fuese á gozar y que los méritos de aquellos dos años se le habían dado de los de Jesucristo. Admiró el docto P. Estelles el favor, y por él y por la pureza de su alma alabó á Dios é hizo un grande concepto de la mucha virtud del P. Ambrosio, y despues de muerto dió fe y testimonio de esta revelacion que el Padre le había comunicado. Recibió los Sacramentos con mucha devocion y edificacion de los de aquel lugar, que le miraban llevar con tanta humildad y paciencia su enfermedad.

Tenía Doña Ines Sans en cuya casa estaba enfermo el P. Ambrosio, tres hijos varones: el primero se llamaba D. Arcis Sacerdote, y el otro llamado Don Bautista, caballero mozo que iba entónces muy divertido en unos bandos contra sus adversarios. Acertó D Bautista á venir á su casa en esta ocasion, y entrando un dia á visitar al P. Ambrosio, este le dijo: « Sr. D. Bautista, retírese y deje esos bandos que le llevan inquieto y muy olvidado de Dios y de la salud de su alma; prepárese para morir que le quedan muy pocos dias de vida, mire que le digo que ha de morir muy presto, y si se prepara, Dios le hará merced de que muera en su casa y reciba los Sacramentos ». Preguntole el Caballero: « Padre, ¿ y me salvaré? » Respondiole: « Eso es mucho preguntar, pero se ha de confiar de la misericordia de Dios ». Tomó el Caballero este aviso como enviado de Dios, y vió se lo había dado el P. Ambrosio con espíritu profético, porque muy pocos dias despues de su muerte murió tambien este Caballero en su casa con las demas circunstancias con que le había pronosticado su temprana muerte: y verdaderamente se manifestaron en este caso los ocultos fines de la divina Providencia y los que lo ponderaron atentos, piadosamente sospecharon que el haber traido Dios al P. Ambrosio para que muriera en casa de este Caballero, fué para pagarle, con este celestial aviso que le dió para que asegurase su salvacion, la mucha caridad con que recibían en ella á todos los Capuchinos.

Prevenido ya el fervoroso Padre con la virtud de los Sacramentos, para evitar que los hombres le quitasen el poco tiempo que le quedaba para negociar con Dios y entregarse del todo á El, rogó á los de la casa no diesen lugar á nadie para que entrase á visitarle, diciéndoles que ya no era tiempo de hablar con hombres sino con Dios. Recogiose á lo más íntimo de su alma con mucha quietud y silencio, y se puso á orar no ménos quietamente que cuando estaba con salud, comunicando con Dios á solas con ánsias grandes y encendidos afectos de su amor de verle y gozarle cara á cara. Con estos incendios de amor con mucha paz entregó su alma abrasada de este fuego y se quedó dormido en los brazos del Señor para despertar en su gloria, como piadosamente creemos. Murió á 3 de Mayo de 1621.

Muerto el siervo de Dios, fué notable la mocion de todos los de Morella por venerar á su cuerpo difunto como de santo; y no le daban sino este nombre porque no le sabían otro, gozosos todos y dándose el parabien de que tenían en su lugar tan rico tesoro. Esta estimacion ocasionó un muy porfiado pleito entre los Padres de la Observancia y los Señores Clérigos, pretendiendo cada una de estas partes el cuerpo del siervo de Dios, alegando cada una su derecho; los Padres de la Observancia decían que les tocaba á ellos por ser el difunto fraile menor de la Orden de N. P. S Francisco, y habiendo muerto fuera de su convento, ni habiendo en aquel lugar otro de la Orden que el suyo, que á él se había de llevar y en él se le debía dar sepultura: los Clérigos decían que era verdad que era fraile Franciscano, pero que no era Observante sino Capuchino,

y habiendo muerto fuera de su Convento yendo de camino, se había de reputar por huésped y peregrino, y los tales no teniendo domicilio pertenecen á la Parroquia donde mueren. Pero el Sr. D. Arcis Sans en cuya casa había muerto el P. Ambrosio y por ser Hermano de los Capuchinos, dijo que al difunto lo tenía él por uno de los de su familia y casa; que había muerto en ella, y que no se había de enterrar sino en la sepultura de su casa como uno de los de ella. Venció esta parte por más poderosa y por alegar mayor derecho, y se resolvió se enterrase en la Parroquia en la sepultura del Señor Arcis Sans; pero la porfia manifestó la buena opinion que unos y otros tenían de la santidad del P. Ambrosio; y todos juntos los Padres Observantes, los Padres Agustinos, el Clero y el lugar todo acompañaron el entierro con mucha música, que más parecía solemne procesion que entierro de difunto. Hiciéronle las honras y obsequios con mucha pompa, y el pueblo con impetuoso afecto de devocion y estimacion cargó sobre el cuerpo, unos cortándole pedazos del hábito, otros los cabellos de la cabeza y pelos de la barba, teniendo por dicha grande llevar alguna de sus reliquias; por lo cual con mucha dificultad y trabajo pudieron sacar el cuerpo de sus manos para darle sepultura. Enterráronle en la Iglesia Parroquial de Morella en la sepultura del Señor D. Arcis Sans.

P. Vicente de Calig.

Fué natural de Calig en el Reino de Valencia; criáronlo sus Padres con cuidado para que fuese Clérigo en el siglo, contentándose supiese la lengua latina para ordenarse: y la supo muy bien y mostraba capacidad para mayores ciencias Ordenose de Sacerdote y vino á tener una Capellanía en la Iglesia Parroquial de S. Andres en la Ciudad de Valencia. Acudía con cuidado á las cosas de su iglesia y de su obligacion, mas el tiempo que le sobraba lo empleaba en conversaciones de gusto y de entretenimiento con otros amigos de su calidad y estado, aunque sin la menor ofensa de nadie. Portábase bien en lo exterior pero trataba mucho de su regalo y comodidad. Estando un dia en este tiempo en conversacion con sus amigos, llegó á él un Ermitaño (que en el hábito demostraba serlo) y le dijo que había de ser Religioso de una Religion muy reformada y santa, y que sería en ella muy bueno y perfecto. Recibió con risa el pronóstico, porque ni trataba de ser Religioso ni esto le había hasta entónces pasado por el pensamiento; pero el tiempo le mostró que había sido verdadero el pronóstico del Ermitaño, y viéndose ya Capuchino entónces se acordó de él, y lo solía referir á los Religiosos y decía con humildad: « En todo lo he visto cumplido, sino que en la parte que había dicho que había de ser bueno y perfecto, que en esto se había engañado, pues jamas había llegado á serlo aunque lo deseaba ser. » Pero en ambas partes tuvo la profecía su complimiento, pues fué uno de los más perfectos Religiosos que ha tenido la Provincia de Valencia.

Tomó nuestro hábito en los principios de su fundacion, y como tenía ya perfecta edad y venía desengañado de las cosas del mundo, hizo aun mayor aprecio del nuevo estado y con el ejemplo y doctrina de aquellos primeros Padres nuestros aprovechó mucho, tomó mucho de sus virtudes, y se señaló entre los demas en todas. Lo que le hacía fuese en ellas señalado era el espíritu ferviente con que las ejercitaba. Mostraba en todo el deseo grande y una voluntad eficaz de acertar á dar gusto á Dios; procuraba hacer todos sus ejercicios con las mayores circunstancias de perfeccion, como si de cado uno pendiera la mayor gloria de Dios y su salvacion; en cada uno estaba tan atento como si fuera el último de su vida, y con tantos deseos de hacerlo perfectamente que fuera de darles el fin más alto y perfecto, que era por sólo agradar á Dios, con una voluntad eficaz los realzaba, deseando al mismo tiempo hacer por su amor otros mayores de más perfeccion, y los que le eran más agradables. Jamas su ferviente espíritu se satisfizo de cuanto hacía en el divino servicio; todo lo juzgaba poco, y siempre iba

con sed de hacer más y lo más perfecto. No hubo avaro más codicioso de oro que el P. Vicente de más agradar á Dios.

Con este espíritu ferviente vivió siempre y con él hacía todas sus obras, y aunque sus virtudes eran muy perfectas, juzgábase por el hombre más malo del mundo, por el más ingrato á Dios y más tibio en su servicio. Cuando se confesaba (que era muy á menudo) era con tanto dolor y sentimiento de sus culpas aunque leves, que sus ojos eran fuentes de lágrimas, sin parar miéntras se estaba confesando, como si hubiera cometido las más graves, porque el grande conocimiento que tenía de Dios y de su bondad hacía se lo pareciesen Lo mismo era cuando se acusaba en los Capítulos de las culpas: se humillaba con tanto fervor y conocimiento propio, que fuera de dejar á los demas edificados, los confundía con su humildad Era el primero á barrer y á fregar; y en cuanto á lavar y besar los pies á los Religiosos huéspedes, jamas permitió siendo Prelado que otro lo hiciese.

Fuele á ver un dia á nuestro Convento de Valencia un amigo suyo seglar, y siendo el primer Religioso que topó, y como habían pasado algunos años que no le había visto, le desconoció y le preguntó por él con el nombre que tenía en el siglo. Comenzó el P. Vicente á decir tanto mal de sí mismo con aquel su espíritu fervoroso, que el amigo le estuvo escuchando admirado de oirle, hasta que se le manifestó diciéndole: « Yo soy ese mal hombre que busca, aquí tiene á ese mal fraile »; de que quedó muy edificado el amigo, viendo tanto desprecio de sí en el que él había conocido en el siglo codicioso de su estimacion y que solicitaba la de todos.

Vivía tan contento de su estado Religioso como si se hallara en el Paraiso. Su mayor gloria era verse pobre por Dios y padecer las incomodidades que la evangélica pobreza trae consigo. Con un pobre y estrecho hábito para cubrirse, una pobre y pequeña celda en que recogerse, y un pobre y parco sustento solamente para poder vivir, estaba tan contento que no trocara su pobre estado por el más opulento del mundo. Ponía sumo cuidado en sacudir de su corazon los más mínimos afectos de las criaturas, sin permitir en el suyo otros que los que sabía eran del gusto de Dios; tan desnudo y pobre de todo lo criado que con sólo Dios se tenía por rico, juzgando por embarazo y supérfluo todo lo que no era El.

Jamas los Prelados necesitaron de espuelas para alentar su paso á la virtud, de freno sí para poner límite á sus fervores. Toda su vida llevó descalzos los pies, aun siendo muy viejo y padeciendo muy á menudo el dolor de la gota; por nieves y escarchas siempre los llevó sin sandalias. Viéndole una vez un Religiosos apretado del mal de la gota más sobre sus muchos años, le persuadió que usara sandalias. Pero el P. Vicente, como si se le hubiera hecho el mayor agravio, le dijo con un fervor grande lo que le dijo Jesucristo á San Pedro (Matth. 16, 23): « *Vade post me, satana, scandalum es mihi: quia non sapis ea, quae Dei sunt;* no me es V. C. amigo sino adversario, pues quiere quitarme el mérito y la gloria de padecer por Cristo » Su dormir siempre fué sobre unas duras y desnudas tablas.

Como su mayor deseo era hacer en todo la voluntad de Dios y sabía lo era la de los Prelados, no había para la suya cosa de mayor gusto que obedecerles. Si le mandaban hacer la portería ú otro cualquier ministerio por humilde y trabajoso que fuese lo ejecutaba con mucho gusto. Aun siendo ya viejo le enviaban de noche á ayudar á bien morir (que tenía en ello singular gracia), y aunque pasase muchas malas noches tomaba este trabajo por ser de la obediencia sin desplegar sus labios, y porque aquí hallaba ocasion de ejercitar su caridad no sólo con los enfermos sino tambien con los sanos que les asistian, pues acudiendo á aquellos con breves razones y fervientes afectos y dándoles lugar para que obrasen lo que les había dicho, se convertía á los que allí se hallaban y los exhortaba al servicio de Dios dando á cada uno los documentos que pedían las obligaciones de su estado, y producía en estas ocasiones muy buenos frutos espirituales en las almas.

En su tiempo no se conoció otro que le aventajase en la puntualidad y asistencia del coro: de dia y de noche procuraba ser el primero en entrar y el último en salir de él; todos los demas actos de comunidad eran para su voluntad como mandatos, y miéntras gozaba salud nada le embarazaba, de todo se sabía sacudir, por no faltar á ellos un punto.

Decía todos los dias Misa con mucha devocion y lágrimas, precediendo á ello larga preparacion de consideraciones propias para llegar con la debida disposicion á celebrar aquel tremendo Misterio Celebraba con tan vivo afecto de fe, temor y reverencia que ninguno de los ejercicios espirituales del P. Vicente era de tanto tormento á Satanas como el verle en el Altar: jamas fuera de él le inquietaba con tentaciones más molestas é importunas, ni más ajenas á su intencion, ni más feas é indecentes de aquel lugar y de la accion santísima que estaba haciendo: para aquí guardaba su mayor batería y hacía todos sus esfuerzos para inquietar su atencion y turbar los afectos de su devocion. Afligíase su espíritu desconsolado con guerra tan importuna que no experimentaba fuera de aquel lugar; mirábanle miéntras estaba en él que estaba continuamente derramando sentidas lágrimas, pidiéndole con ellas á Dios socorro para que le librase de tan importunos ataques. Fuera del altar estaba en paz: lo que confirma la rabia del demonio al verle celebrar.

Su más contínuo empleo era el de la oracion interior y mental en que le regalaba Dios con lágrimas dulces, de que tuvo don tan singular que las derramaba en abundancia siempre que estaba en ella, sin estar en su mano el ponerlas presa; prendas de la cumpuncion del corazon con que le visitaba en ella el Espíritu Santo, y de las muchas luces con que alumbraba su entendimiento para que conociera lo profundo de los misterios de la Pasion de Cristo Señor nuestro que meditaba y la alteza de sus divinas perfecciones: con que inflamado su corazon estaba ardiendo con la llama de amor y derritiéndose á este fuego se destilaba por los ojos que no lo podía disimular; sus acciones todas eran como fogosas, y él parecía todo fuego, con que manifestaba el que siempre ardía en su pecho; sus obras y sus palabras dichas con tanto fervor de espíritu, que causaban, devocion á los que le trataban y comunicaban.

Diole Dios el don de discernir y conocer los espíritus para juzgar cuales eran los buenos y cuales no. Vino al P. Vicente una mujer á comunicarle fuera de confesion un caso bien raro y extraño: dijo como le había hecho Dios merced de comunicarle el sentimiento y dolores de las llagas de Cristo en sus manos, pies y costado; extrañolo al principio el P. Vicente por ser tan singular el favor. tomó muy despacio su exámen, pidió luz al cielo para su conocimiento, preguntola del modo de su vida y de los ejercicios de la suya porque juzgaba prudentemente que aquel favor no podía caer sino sobre méritos grandes, grandes virtudes, y sobre vida muy pura y muy santa. Respondió que no tenía otro ejercicio sino que cuando se acostaba para dormir tomaba una imágen de Cristo crucificado y dormía con ella entre sus brazos, y que esta imágen le había hablado una vez diciendo: « Hija, yo desnuda te quiero. » Este modo de locucion le dió sospecha de que había allí engaño de Satanas; tomó de más atras la carrera, porque hasta aquí hallaba muy flacos fundamentos para persuadirse eran de Dios estos favores. Preguntola por su vida pasada: la mujer respondió con llaneza diciendo que había tratado mucho tiempo torpemente con un hombre: díjola si duraba aun aquel trato: respondió que nó, « pero me visita muy á menudo y yo gusto mucho de verle y comunicarle. » Aquí descubrió el P. Vicente todo el embuste de Satanas, y que era enredo suyo el del sentimiento de las llagas y voz de la imágen de Cristo, pues no caían bien favores tan singulares de Dios en sugeto que estaba cada dia en pecado grave ó en peligro de pecado mortal y en disposicion tan fácil de volver al mismo trato deshonesto, comunicando y gustando de comunicar con la persona con quien tanto tiempo había tratado mal. Conoció que Satanas que había tenido aquella alma tanto tiempo en estado de perdicion

procuraba despeñarla en otro peor, y á que creyese que sus ilusiones eran favores celestiales, viviendo ella en contraria disposicion para recibirlas: díjola que no creyese que aquellos dolores de sus pies, manos y costado eran de Cristo sino del demonio, y que lo era tambien aquella voz que le había hablado en su imágen, que uno y otro se encaminaba á la perdicion de su alma; persuadiola tambien á que dejase del todo la amistad de aquel hombre, que de esta tomaba Satanas ocasion para el engaño para más asegurarla que pues tenía tales favores no había ningun peligro, miéntras al contrario lo era manifiesto para hacerla volver á lo pasado. Añadió hiciese una buena y entera confesion y que tratase en adelante de servir á Dios de veras, y díjole estas y otras razones con tanto espíritu á la mujer que la envió desengañada y con ánimo de ejecutar los consejos que le había dado. Aquí se nos da aviso de cuan sútiles son los embustes de Satanas, pues vemos en este caso descubierto su engaño, y que á esta mujer le atormentaba con dolores sensibles para persuadirla la había hecho Cristo participante de los suyos; y la voz equívoca de su imágen tambien fué suya, que aunque es verdad que Cristo quiere se desnuden las almas de todos los afectos desordenados, pero no era este el sentido de aquella voz de Satanas.

Por su conocida virtud y mucha prudencia fué hecho muchas veces Guardian y Definidor de su Provincia, en que mostró el mucho celo de la honra de Dios y de los mayores aumentos de la Religion, velando con grande cuidado no entrase en ella por su descuido alguna relajacion. Velaba mucho en el retiro de los Religiosos, desviándolos de toda no necesaria comunicacion con los de fuera, y solía decir que la de las mujeres era la total ruina del Religioso; exhortábalos diesen á todos buen ejemplo para que fuese Dios glorificado y se conservase el buen nombre de la Religion.

Por sus muchos años una vez se halló obligado á subir en un carro que iba cargado de costales de trigo: valcose y todos le cayeron encima, y se tuvo por milagro no le hubiera ahogado tanto peso. Pero le dejó tan quebrantado que todo baldado trajéronle á la enfermería de Valencia donde se le aumentaron los dolores y un accidente de pecho que le estaba ahogando por puntos sin que le permitiese estar ni echado ni sentado en la cama, con una muy grande inapetencia. Todos estos trabajos llevaba con mucha paciencia, alabando siempre á Dios, dándole gracias por los dolores que le enviaba; todo este tiempo oía Misa por la mañana y comulgaba todos los dias. Apretándole más la enfermedad, recibió los Sacramentos. Murió el 19 de Noviembre de 1621.

P. Plácido de Valencia.

Fué ántes de ser Capuchino muchos años Religioso Agustino, llegando á ser Prelado. Con deseos de más austeridad y de vida más penitente, se pasó con otros dos Padres á nuestra Orden. El P. Plácido entre sus muchas virtudes se señaló en la de la penitencia, en la abstinencia y ayunos casi continuos de pan y agua, en rigurosas disciplinas y muchas vigilias; los pies siempre descalzos y su cama de desnudas tablas, y fué necesario pusieran los Prelados límite á sus penitencias. Era devotísimo de la SS. Vírgen: rezábale todos los dias su oficio parvo, todas sus vigilias ayunaba á pan y agua, y los sábados los pasaba sólo con pan y romero amargo. Enfermó en Castellon, y se tuvo por cierto se había (sin quererlo) abreviado su vida con el rigor de las penitencias. Cuando le dijeron se moriría de aquella enfermedad, se puso á cantar loores á Dios con la regalada voz que tenía. Recibió los Sacramentos, y estando para espirar vió una procesion de muchos Capuchinos santos que venían á acompañar su alma para la gloria, y con ellos se subió al cielo como piamente creemos. Sabida su muerte se movió todo el pueblo á venerar su cuerpo, cortándole para reliquias pedazos de su hábito. Murió el 1 de Octubre de 1621.



P. José de Santa Coloma.

Nació este Religioso en una villa del Obispado de Vich, llamada Santa Coloma de Queralt. Su padre se llamó Andres Ninot, y su madre Margarita, sugetos ricos y temerosos de Dios. Desde sus primeros años descubrió un natural inclinado á las cosas de virtud, que conservó toda su vida con grandes aumentos de los bienes de la divina gracia. Hiciéronle estudiar sus padres la gramática y retórica, y salió por su buen ingenio tan aprovechado, que prometía no pequeños incrementos en las facultades mayores. Mas Dios nuestro Señor, que lo quería todo para sí, habiendo llegado á los quince años de su edad, se dignó sacarle del mar tempestuoso del mundo, y llevarle al puerto seguro de nuestra Religion capuchina, en la cual vistió el santo hábito en nuestro convento de Santa Eulalia á los tres de Mayo del año 1603. El cuidado con que desde luego se dió á la mortificacion y al puntual ejercicio de la disciplina regular, fué maravilloso; y como estos sean los caminos que deben andar así los novicios como los profesos, podemos creer, que aun siendo novicio, llegó á una perfeccion más que ordinaria. Habiendo profesado permaneció por algun tiempo en el mismo noviciado, cuya permanencia le sirvió no poco para radicarse más en la virtud, y echar aquellas profundas raices, que despues produjeron tantos frutos de santidad. Destinado despues por los Superiores á los estudios acostumbrados en la Orden, supo juntar las letras con la virtud con tanta perfeccion y con tales incrementos, que concluido el curso, fué constituido Lector de Teología. Y subiendo nuevos grados así en la ciencia como en la perfeccion, llegó á merecerse tal concepto de sabio, prudente y virtuoso, que contando solos doce años de Religioso, fué elegido y constituido Guardian y Maestro de novicios en nuestro convento de Santa Eulalia: eleccion, que si no es la única en la Provincia, por lo ménos tendrá pocos ejemplares. Exerció tambien este mismo oficio de Guardian y Maestro de novicios en nuestro convento de Figueras, y el de Guardian en otros conventos.

Pero ¿con qué celo, con qué espíritu, con qué fervor desempeñó todos estos cargos y oficios, y las demas obligaciones de Capuchino? Esto lo conocerémos mejor, refiriendo los ejemplos virtuosos y las doctrinas saludables que nos dejó para instruccion de todos. Siendo Lector en nuestro convento de Perpiñan, le consultó uno de sus discípulos los deseos que tenía de dejar la carrera de los estudios, por parecerle que por su corto ingenio había menester todo el tiempo para el estudio, dejando lo que más importaba, que era su aprovechamiento espiritual. A esto respondió el devoto Lector, que á él ninguna cosa le impedía, y que en el mismo estudio hallaba á Dios. «¿Quién me quita, añadió, que cuando yo tomo los libros para estudiar, no pueda estar con una vista sencilla contemplando y amando á Dios, y sacar de aquí afectos virtuosos? No sé yo qué mejor ejercicio puede haber para tratar de Dios, y llevar su divina presencia, como el estudio de la sagrada Teología, donde una cosa no impide la otra, ántes bien se ayudan maravillosamente.» Así respondió á aquel su discípulo, y así lo practicaba él en las ocupaciones de sus estudios; á cuyo fin tenía ordenados para sí ciertos recuerdos ó señales, que le recordasen el devoto ejercicio de levantar la mente á Dios. Para confirmacion de lo que acabamos de decir, debemos poner aquí el singular elogio que le dió el Señor Obispo de Vich, llamado Don Andres de San Jerónimo.

Siendo el Siervo de Dios Guardian de nuestro convento de Igualada, le fué preciso pasar á Vich, para obtener las licencias de predicar. Fué examinado, y el Señor Obispo quedó tan satisfecho del exámen, y formó tan alto concepto de su persona, que despues no dudó alabarle con las siguientes palabras: «Bien se conoce que ese Padre tiene alta sabiduría, raro ingenio, y muy grande espíritu»: compendiando en estas breves claúsulas un elogio mayor de lo que nosotros podemos hacer.

Entre las virtudes que ilustraron á este Varon santo, fué una humildad tan

profunda, que se reputaba por el más inferior de todos, manifestándolo así con las palabras como con las acciones. Despues de la cena solía visitar los enfermos, á quienes limpiaba los vasos inmundos, componía las camas, y los consolaba y servía con no ménos caridad que humildad. Alguna vez bajaba del convento de Santa Eulalia al de Monte-Calvario, y conviniéndole alguna cosa, la pedía á cierto Religioso jóven, el cual se arrodillaba segun costumbre, para escucharlo; pero el Varon santo, aunque Guardian, se arrodillaba tambien, y habiendo dicho lo que convenía, se levantaba, besando la tierra, no de otra suerte que si fuese el más humilde novicio. Compañera de esta humildad fué la virtud de la castidad, la cual supo el Siervo de Dios guardar siempre con tanta perfeccion y pureza, que tuvo la dicha de vivir y morir vírgen. Para su custodia, sabiendo que las mujeres son los más frecuentes ladrones de esta virtud, andaba muy cuidadoso no sólo de no tratarlas, sino tambien de no mirarlas, como así lo aseguró él mismo á cierto Religioso su confidente, diciéndole que desde que era Religioso nunca había mirado rostro de mujer alguna. Solamente hallamos que una vez habló por largo tiempo con una mujer muy virtuosa, con la ocasion que vamos á referir. Tenía el Varon santo una hermana y una sobrina monjas en el convento de los Angeles de Barcelona, las cuales despues de muchas instancias pudieron conseguir que fuese á visitarlas, mas fué por poco tiempo, porque presto las dejó y se quedó en conversacion con otra monja, llamada sor Hipólita de Rocaberti, la cual suponemos parienta muy cercana de nuestro venerable P. José de Rocaberti ó de Barcelona, cuya vida dejamos escrita ya. Era esta santa Religiosa muy favorecida de Dios, de la Vírgen Santísima, de los Angeles y Santos, y tan ilustrada con la ciencia infusa del cielo, que pudo escribir muchos libros sobre materias espirituales, contándose hasta el número de veinte y seis los que se imprimieron. Habló pues el Siervo de Dios por largo tiempo con esta ilustrada monja, y penetró y conoció tan altamente la sublimidad de su santidad y espíritu, que despues hablando con el compañero, prorumpió en estas expresiones: «Oh válgame Dios, ¡qué cosas he descubierto en aquella monja! más es de lo que dicen de ella. ¡Oh y qué rastreros somos nosotros, que no nos levantamos dos dedos de la tierra!» Y con semejantes palabras de admiracion fué continuando su camino hasta el convento de santa Eulalia.

Ni debe maravillarnos que conociese tan perfectamente el íntimo trato y familiaridad que aquella monja tenía con Dios, porque el espíritu del mismo Varon santo estaba tambien abismado en el mar inmenso de la Divinidad por medio de la oracion santa. Era esta tan alta, encendida y contínua, que parecía que siempre estaba en la presencia de Dios, y que su corazon era un horno del divino amor. En la celda era hallado algunas veces con los ojos fijos á una cruz que tenía delante, y con tal quietud y reposo, que parecía estar como fuera de sí, y absorto y embelesado en Dios. Aun cuando trataba con los Religiosos ó seglares, parecía que no hablaba con ellos, en señal de su recogimiento interior. Por otra parte se dejaba ver en lo exterior tan mortificado y tan modesto, que todas sus acciones predicaban santidad y devocion, de modo que el solo mirarle componía y recogía á los otros. Cuando hacía las pláticas á los novicios, era con tanto espíritu y fervor, que salían de ellas como encendidos con el fuego del divino amor, y con deseos de ser virtuosos y mortificados: en cuya confirmacion dice cierto Religioso que le tuvo por Maestro en el noviciado, que sólo en pensar á él, le servía de motivo para caminar á la virtud. Solía tambien hacer pláticas espirituales y fervorosas á los Religiosos, en las cuales los exhortaba singularmente á que procurasen hacer bien las cosas ordinarias, pues que así se disponian para las cosas mayores. «Los Religiosos, decía, deben considerar que cada uno lleva como escrito en la frente quién es: unos con letras de oro muy hermosas, otros con letras así medianas, y otros con letras muy negras»; dando á entender con esto, que fácilmente se conoce la perfeccion ó relajacion de cualquier Religioso. Hablan-

do una vez con cierto confidente suyo, le dijo que el Religioso debe huir los pecados veniales, así como el seglar más temeroso huye los mortales: con que daba bien á entender cuánta debía ser la perfeccion de los Religiosos. Fuera de estas ocasiones conversaba poco con ellos, singularmente despues de comer, diciendo que en aquella hora debía el Religioso ir muy sobre sí, por no deslizar con la lengua; y así despues de la comida él se iba á la iglesia ó la celda, y en el verano despues de cenar se iba por la huerta, rezando el Oficio parvo de Nuestra Señora.

Entre estas virtudes del Varon santo resplandecieron tambien algunos de aquellos efectos maravillosos, que Dios suele conceder para acreditar la santidad de sus fieles Siervos, segun lo manifiestan los casos siguientes. Hallábase en nuestro convento de Santa Eulalia cierto jóven, admitido ya para vestir el santo hábito: mas habiendo pasado tres dias, se halló acometido con una grave tentacion de renunciar aquel estado, y volverse al siglo. Comunicó este su trabajo á nuestro P. José, que era Guardian y Maestro de novicios, el cual despues de decirle que se encomendase á Dios, le tomó la mano y se la apretó fuertemente; cuya diligencia fué tan eficaz, que aquel jóven sintió luego dentro su interior un fuego y calor grande, con que se desvaneció la tentacion y quedó con mayores deseos de ser Religioso, como lo fué y se llamó P. Hilario de Vich. En otra ocasion andaba un novicio muy combatido de ciertas cosas que pasaban en su interior, sin atreverse á comunicarlas al Varon santo, que era su Maestro; pero él conociendo con luz superior este su trabajo, le dijo que bien podía declararse y manifestarle sin reparo lo que tanto le molestaba. A otro novicio significó tambien los pensamientos que había tenido, cuando se preparaba para la oracion. Pero más singular es el suceso que vamos á referir. Hallándose el Siervo de Dios en la oracion de Completas, fué el cocinero á decirle que no había pan para cenar. «No le dé cuidado eso, respondió el Varon santo, sino haga la señal á su tiempo, que Dios proveerá.» Llegada la hora, fueron los Religiosos al refectorio, y sentados á las mesas sólo hallaron un pedacito de pan para cada uno; mas presto vieron confirmada la esperanza que el Siervo de Dios tenía en la divina providencia, porque tocando á la puerta, y acudiendo el portero halló una espuerta de tortas muy lindas, que bastaron para todos los Religiosos, sin saber de dónde habían venido, ni quién las había enviado, quedando todos con la admiracion y agradecimiento que se deja pensar. Otra vez siendo Guardian de nuestro convento de Manresa, recibió carta de un hermano suyo, con la cual le comunicaba el cuidado en que se hallaba, por no haber tenido noticia desde mucho tiempo de dos embarcaciones muy interesadas que tenía en el mar, sospechando de aquí que no hubiesen incurrido alguna desgracia, por cuyo motivo le rogaba encomendase á Dios aquel negocio. Respondióle el Varon santo al cabo de dos ó tres dias, diciéndole que no estuviese con cuidado de las naves, porque habían llegado á salvamento y se hallaban en puerto seguro. Llegaron á su tiempo las naves á Barcelona, y supieron que cuando el Siervo de Dios hizo aquella respuesta, habían entrado en el puerto de la ciudad de Palermo; acreditando con esto las luces superiores, con que el Señor ilustraba á este su Siervo.

Con estos dones del cielo, y con el ejercicio de tantas virtudes, llegó el Varon santo á los diez y nueve años de Religion, y con ellos al fin de su vida. Mas para que pudiese adquirir nuevos méritos y purificase perfectamente su alma, se dignó el Señor enviarle una larga y penosa enfermedad. Se hallaba entónces Guardian de nuestro convento de Manresa, y por la mayor proporcion de los remedios fué trasladado al convento de Monte-Calvario, donde pasó su larga enfermedad con la paciencia que se deja discurrir. Es verdad que ántes de morir padeció una grave tentacion en órden á su predestinacion, pero con alguna exhortacion á la confianza en Dios se serenó prontamente. Hizo confesion general de todo el tiempo que estuvo en la Religion, y es sabido que todo este tiempo fué fide-

lísimo en no ofender á Dios, que es la mayor felicidad que se puede desear. En los últimos dias se ocupó todo en actos fervorosísimos de amor de Dios, y hallándose ya cercano á la muerte, preguntó á cierto Religioso que le asistía si creía que él había de gozar de Dios, y significándole este que sí, exclamó con grande fervor: *Tunc satiabor cum apparuerit gloria tua*: Entónces, Señor, quedaré saciado cuando aparecerá vuestra gloria. Así pues con este fervor, con este espíritu, y con tan santas disposiciones, llegando su última hora, entregó su alma en las manos de su Creador, dejando en toda la Provincia opinion y fama de gran santidad. Despues de su muerte apareció su rostro tan hermoso y gracioso, que al parecer conciliaba y atraía los ojos de los que le miraban; y miéntras se le hicieron los oficios funerales, algunos tomaron su retrato, deseosos tal vez de tener presente á quien creían estar ya en el cielo gozando de Dios. Un favor muy singular mereció recibir, despues de muerto el Siervo de Dios, una sobrina suya. Hallábase esta sola en un terrado de su casa, y oyó una voz que le pareció de nuestro P. José, su tio, y le dijo que le convenía para su salvacion hacerse Religiosa. No habia ella pensado en semejante estado, pero aquella voz fué tan eficaz, que la movió á tomar el hábito en el convento de los Angeles, donde perseveró con el nombre de Sor Hipólita Torn. De todo lo cual podemos piamente creer que él alma de este Varon santo recibió en el cielo aquella brillante corona que Dios tiene reservada para los que le sirven con pureza y santidad. Sigamos nosotros las huellas de nuestros Padres y serémos igualmente coronados en el cielo. Murió este santo Religioso en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1622.

Fr. Magin de S. Celoni, Lego.

Su padre se llamó Jaime Marges, y su madre Margarita. Nada sabemos de su vida en el siglo: sólo hallamos que vistió nuestro santo hábito el año 1594 en la clase de los hermanos legos. Hemos dicho varias veces el rigor de nuestro Instituto, singularmente en aquellos primeros años de las fundaciones en España: cuyo rigor fué tan conforme al espíritu y deseos de nuestro Fr. Magin, que poco contento con las observancias comunes añadía otras no ménos rígidas ni ménos fervorosas, con que se dejó ver un Religioso de los más perfectos de aquellos tiempos. Ejercitó casi siempre el oficio de cocinero en los conventos de familias numerosas, y aunque este oficio parece poco proporcionado para los ejercicios espirituales, y para llegar á la santidad, él supo desempeñarlo con tanta perfeccion, que se hermanaron muy bien las ocupaciones de Marta con las meditaciones de Magdalena. Era muy diligente y caritativo no sólo en el servicio de la comunidad, sino tambien para aquellos que por algun motivo debían comer ántes ó despues de las horas comunes, los cuales le hallaban siempre dispuesto y prevenido con una paciencia y tranquilidad admirable. Cuando repartía la comida para los Religiosos, guardaba mucha igualdad con todos ménos consigo mismo, reservándose á veces algun hueso, y otras veces contentándose con sola la escudilla. Todo su cuidado era que la comunidad fuese bien servida y los Religiosos contentos, á cuyo fin se desvelaba para prevenir las cosas de su ministerio.

Ni por esto se olvidaba de su aprovechamiento espiritual, ántes bien este era su principal objeto, deseando y procurando su propia santificacion en medio de los trabajos y ocupaciones de la obediencia. Cuando rezaba el Oficio que dispone la Regla, lo hacía con tanta devocion, que edificaba á los que tal vez le observaban. En las mañanas se ocupaba en servir las Misas hasta concluida la oracion de Prima, y despues volvía para asistir á la conventual. En otras ocasiones habiendo dado su disposicion á la cocina, volvía á la iglesia, y asistía á las Misas si las había, ó se quedaba en oracion. Tambien solía volver á la iglesia despues de comer, y entrándose en la capilla secreta, permanecía allí orando por largo espacio de tiempo. En las noches castigaba su cuerpo

con disciplinas extraordinarias, que hacía con mucho fervor; y despues de los Maitines se quedaba en la iglesia no pocas veces hasta la mañana, y si algun Sacerdote quería celebrar, él lo despertaba y le servía la Misa con toda humildad y devocion. Y era tan deseoso de ejercer este ministerio angelical de servir las Misas, que en todo tiempo le hallaban dispuesto para ello, á no ser que alguna grave ocupacion se lo impidiese. Con estos devotos ejercicios juntaba otros no ménos pios que fervorosos. Cuando moraba en nuestro convento de Perpiñan, tenía señaladas en la huerta algunas cruces en lugares ocultos, y llegada la noche, cargado con un leño, visitaba las dichas cruces, haciendo en cada una su estacion, procurando con este ejercicio seguir á Cristo por el camino del Calvario. Tambien se tuvo alguna noticia que practicaba este mismo ejercicio en nuestro convento de Santa Eulalia, visitando las ermitas con un leño á cuestas. En el convento de Perpiñan admitió á otro Religioso por compañero, y los dos juntos visitaban las cruces, cargado cada uno con su leño. Mas como despues de algun tiempo se empezase á descubrir, dejaron este ejercicio y practicaron otro, que fué el velar todas las noches delante el Santísimo Sacramento: el uno desde que se gana la indulgencia á prima noche hasta los Maitines, y el otro de aquí hasta la mañana. En la continuacion de este ejercicio sucedió al compañero, que viéndose solo en la iglesia, se hallaba ocupado de muchos terrores y miedos que le incitaban á dejar aquel lugar; pero comunicándolo á nuestro Fr. Magin, este le animó diciéndole que no temiese, porque aquello era traza del demonio que pretendía privarle del fruto de aquel santo ejercicio, y así que primero se dejase matar ántes que desamparar el puesto. En efecto continuaron por algun tiempo en esta devota ocupacion, de la cual podemos creer sacarían copiosas y abundantes gracias.

Resplandecía por otra parte en el exterior del Varon santo una paciencia y mansedumbre extraordinaria, junto con una simplicidad de paloma, por todo lo cual las personas seglares, aun las nobles, le tenían particular devocion y afecto, y deseaban verle y hablarle, por la buena opinion en que lo tenían. Mas era el Siervo de Dios muy amante de la castidad, y aborrecía en extremo la vista de las mujeres, y así cuando estas venían á visitarle, eran precisas las órdenes del Superior, para que saliese á la puerta; y aun aquí con los ojos en el suelo y con dos ó tres palabras satisfacía la visita. Vinieron una vez á nuestro convento de Monte-Calvario, para hablar al Varon santo, algunas mujeres de San Celoni, que tal vez serían sus parientas ó conocidas. Ordenóle el Superior que saliese á la puerta; mas él deseoso de evitar aquella visita, y al mismo tiempo cumplir con la obediencia, se fué con un delantal de cocina, y sin arreglar las mangas de los brazos, como si estuviera en accion de lavar los platos, para que de este modo entendiesen aquellas mujeres cuan ocupado estaba en las cosas de su oficio, y así que debía volverse luego como lo ejecutó. Otra vez cierta Señora deseó tambien ver al Siervo de Dios por su devocion y por lo que había oido decir de él. Salió en efecto á la puerta por órden del Prelado, y aunque se hallaba allí presente el mismo Prelado con otros, nunca levantó los ojos para mirar aquella Señora, ántes se notó facilmente la mucha pena con que estaba allí. En otra ocasion llegaron al mismo convento de Monte-Calvario algunas mujeres en tiempo de muchas aguas, y como llevasen los pies mojados y enlodados, pidieron á los Religiosos algun calzado miéntras limpiaban los zapatos Se lo trajeron con unas sandalias de nuestro Fray Magin, sin que él lo supiese; mas cuando le dijeron despues que tal Señora las había llevado, prontamente se las quitó de los pies, y las arrojó léjos cuanto pudo: manifestando con esto el amor grande que tenía á la castidad, y cuanto aborrecía cualquier cosa por mínima que fuese, que pudiese ofender á esta angelical virtud.

Con este tenor de vida vivió este Siervo de Dios muchos años en nuestra Provincia, dejando en ella no vulgar opinion de santidad; y al fin lleno de virtudes y méritos, dejó la

tierra para morar eternamente en el cielo, segun nos persuade la piedad cristiana. Falleció en nuestro convento de Monte Calvario el año 1622. En el librito intitulado *Finezas de los Santos Angeles*, novenario quinto, capítulo tercero, se escribe de este santo Religioso el elogio siguiente: « Fray Magin de San Celoni. contemplativo sin « intermision, y abstinente casi sin « ejemplo, oráculo de Barcelona, la « cual llorando su muerte, le llamaba « á boca llena: Santo. »

Fr. Tomas de Valencia, Corista.

GRANDE y raro ejemplo de humildad, desprecio del mundo y de las demas virtudes evangélicas en grado superior se nos ofrece en la vida admirable de Fr. Tomas de Valencia, que si fué nobilísimo por su sangre, lo fué mucho más por hijo de otra mejor y del Seráfico Padre en la Provincia de la Sangre de Cristo, por cuyo humilde hábito trocó el del Señor Santiago y por su pobreza las riquezas de la nobilísima casa de los Ijares. Verdaderamente se le ha de dar á Fr. Tomas lo heróico y glorioso de esta apostólica renunciacion hecha y confirmada por obra á vistas de todo el mundo, que todo él fué testigo de esta valiente y gallarda resolucion dejándolos admirados su raro ejemplo, y fué verdad que dejó por Cristo la grandeza de su casa, el regalo y comodidades de ella, sus muchas rentas y riquezas, el señorío de sus vasallos y criados, el hábito del Señor Santiago, y lo que es más que todo siete prendas del corazon, siete hijos que quería como la vida: renunciándolo todo por ser pobre por Cristo que siendo rico se hizo pobre por los hombres, y no contento con esto hizo lo mismo que el Apóstol S. Pedro y que es sólo de los perfectos y varones apostólicos, que fué seguir á Cristo por el camino áspero, pero suave de los consejos Evangélicos, prometiéndolos guardar profesando la Regla Seráfica en la Orden de los Capuchinos.

La virtud siempre asienta bien sobre la nobleza como el esmalte sobre el oro, y tanto más cuanto la nobleza es mayor; fuélo la de Fr. Tomas de las mayores de España, descendiente de la real sangre de los Reyes de Aragon, de Don Pedro Fernandez, hijo del Rey D. Jaime Rey de Aragon, á quien el Rey su padre hizo Señor de Ijar: de este desciende la nobilísima casa de los Ijares que ilustran aquel Reino con los títulos de Duques de Ijar y Marqueses de Belchite, y á este de Valencia con el de Varones de Jalon y Gata, de quien como heredero legítimo y rama de este real tronco fué Señor Fr. Tomas de Valencia. Llamóse en el Bautismo Don Gonzalo Ijar, fué Caballero del Orden y hábito del Señor Santiago, casó con la Señora Doña María de Castelui, de quien tuvo cinco hijos y dos hijas; á los cuarenta y cuatro años quedó viudo de esta Señora, desocupándole Dios de las obligaciones del estado del matrimonio para servirse de él en el de la Religion, si bien por entónces estuvo muy léjos de su ánimo este pensamiento, pero no de su voluntad un deseo muy grande de servir á Dios; trataba de ello muy de veras, frecuentaba los Sacramentos en la casa profesa de los Padres de la Compañía de la Ciudad de Valencia y en ella se recogió algunos dias para hacer despacio una confesion general: ejercitábase en oracion y limosnas y en otras obras santas, apartado de entretenimientos y de las ocasiones que le podian ser estorbo á sus buenos intentos.

Ibale Dios dando cada dia nuevas luces y desengaños de la vanidad del mundo y de los muchos peligros que corre en él la salvacion, dábale unos deseos eficaces de asegurar la suya, deseábalo y parecíale dificultoso en el siglo; en una Religion le parecía la aseguraría más, pero el amor, cuidado y obligacion de siete hijos pequeños con que se hallaba, lo juzgaba total estorbo á la ejecucion de su deseo. Llevábale dulcemente inquieto este deseo: la Religion de los Capuchinos recien fundada en Valencia se le venía muchas veces á la memoria, parecíale ajustada á su intento: los hijos eran los que más se le oponían al suyo, la obligacion de padre era la que más le detenía y apretaba, que no podía apartarlos de sí y dejarlos desamparados. Iba su corazon fluctuando com-

batido de estos vientos contrarios de encontrados pensamientos, sin descubrírsele paso para alcanzar el cumplimiento de su deseo de ser Capuchino, sin dejar ofendida la obligacion que como padre tenía á los hijos que Dios le habia encomendado; la perseverancia que en sí sentía del llamamiento á la Religion le hacía dulce violencia, y hacía contínuas instancias á Dios, pedíale que si era su voluntad de que fuese Capuchino abriese camino para que él la cumpliese con seguridad de su conciencia, pues á su infinita sabiduría estaban muchos patentes.

Ofreciósele un dia á su entendimiento (y se cree fué inspiracion divina) un medio muy ajustado á la ejecucion de su propósito, y fué que si la señora de Alcudia, su suegra y abuela de sus hijos, se encargase del cuidado de ellos, dejaría del todo satisfechas ámbas obligaciones. Era esta señora de muy conocido talento, de mucho gobierno, que muchos años había gobernaba sola y con mucho acierto á sus vasallos, y sobre todo de muy conocida virtud y opinion en todo el Reino de Valencia. Comunicó con ella Fr. Tomas su pensamiento; llevólo mal á los principios esta señora, dió de ello noticia á sus deudos que lo tomaron todos muy fuerte: levantósele una terrible tempestad, condenando todos el propósito como contrario á las obligaciones de caballero y de cristiano dejar á siéte hijos pequeños cuando más necesitaban de su cuidado y enseñanza, persuadiéndole todos que miéntras estuviese de por medio la obligacion de ellos, no podía con seguridad de conciencia ser Religioso, ni ninguna Religion le podía recibir. Toda esta guerra de carne y sangre se le hizo á Fr. Tomas, pero ni estas contradicciones, ni el amor natural de siete hijos fueron más poderosos que el amor de Dios que había ya hecho presa de su corazon: sólo reparaba en lo que tocaba á la conciencia, para que no ofendiese á Dios en lo que pensaba agradarle.

Para el buen acierto consultó el caso con personas doctas y de conciencia, que sabían muy bien el estado todo de su casa y lo podían desengañar muy libremente; miróse con atencion y con cuidado, atendióse á la obligacion de los hijos en tan tierna edad y á las contínuas inspiraciones que tenía para el estado Religioso. Conocióse era verdadero llamamiento de Dios, y decidieron que dejando á los hijos con la tutela necesaria y debida á su calidad, podía muy bien entrar en Religion y que si la Señora de la Alcudia se encargaba de ellos, de su enseñanza y amparo, con tan bueno y seguro fiador podía Fr. Tomas seguir seguramente su llamamiento de Religioso.

Holgóse mucho Fr. Tomas con este parecer, comunicólo con la Señora de Alcudia, de quien pendía el tomar la última resolucion, rogóla tuviese por bien de no estorbar sus buenos intentos y de favorecerlos, encargándose de la tutela de sus hijos, pues sabía no les haría falta su cuidado; y pues la hacienda que él les dejaba y la de ella era toda para ellos y había bastante para alimentarlos y para darles á su tiempo estado segun su calidad: le rogaba tomase este cuidado para que desembarazado de él ejecutase con más libertad y seguridad de su conciencia el buen deseo que Dios le había dado y de que se hallaba cada dia más vivamente apretado. Esta señora vencida por una parte del amor de sus nietos, y por otra como tan santa obligada del de Dios, por no estorbar la obra que juzgaba había de ser de gran servicio suyo, tomó á su cargo la tutela y cuidado de sus nietos, como si Fr. Tomas ya fuese muerto.

Dejando vencidas estas dificultades, se le ofreció otra no menor; pidió con mucha humildad á nuestros Padres nuestro hábito, y representándole sus antiguos deseos al P. Comisario general de la Provincia, que lo era el P. Hilarion de Medinaceli, que tuviese por bien de recibirle en el número de los hijos del P. S. Francisco. Extrañó el prudente Prelado la peticion y la extraña resolucion: alabóle el intento, dijo que le pesaba mucho no poder hacer lo que le pedía, que se lo estorbaban saber que tenía hijos pequeños y por acomodar, que esta era la primera y mayor obligacion á que debía acudir, que no tenía por de Dios aquella vocacion con esta obligacion. Respondióle Fr. Tomas satisfaciendo á

su reparo, diciendo como ya dejaba llana aquella dificultad, dándole razon de todo lo que hasta entónces dejaba tratado; díjole entónces el Prelado: « Creo que ántes de venir á hablarme tendrá pensado lo árduo de lo que emprende y lo riguroso de nuestro estado para quien se ha criado con tanto regalo y comodidad que hallaría de ménos en la Religion, pasando de un extremo á otro. » Respondióle que lo había pensado muchas veces y que conocía era llamamiento de Dios, y que su Majestad que le llamaba le daría los auxilios necesarios para que alcanzase el fin de su vocacion. Aunque era persona de tanta calidad y de edad competente para resolucion de tanta importancia, se miró mucho el Prelado en recibirle á la Orden, y para que se confirmara más en su vocacion se dilató algunos dias, y viéndole siempre constante, con gusto suyo y de nuestros Padres fué recibido á la Orden.

Desembarazado ya de todos los cuidados y obligaciones del siglo, dejando asentadas todas las que se le podían dar, el dia que se resolvió para venir á vestirse nuestro santo hábito se despidió de su casa y de sus hijos con tanto valor como si no lo fueran, peleando á un mismo tiempo en su corazon la naturaleza y la gracia, aquella con el amor de ellos y esta con el de Dios, aquella con afectos y sentimientos naturales de padre y esta con impulsos y auxilios sabranaturales, con que se venció á sí mismo y á la naturaleza sin mostrar la señal menor de dolor por dejar las prendas más amadas de su corazon. Fué el amor divino más poderoso con el suyo para que los arrancara del suyo, tomó el camino para venir al Convento y en él se le ofreció otra pelea invisible, que como él contó muchas veces, tuvo por cierto que fuera obra de Satanas que procuró estorbar el intento que llevaba. Sintió que invisiblemente le hacían fuerza para que no pasara adelante, que le hacían dar pasos atras y forcejaban, sin ver quién le hacía aquella violencia por proseguir su camino, y le duró esta fatiga y trabajo hasta que entró en nuestro Convento todo sudado y cansado como si hubiera luchado á brazo partido con otro de fuerzas superiores, y así lo tuvo él por cierto que el demonio se le puso al paso para estorbar la ejecucion de su buen propósito.

Vistióse de nuestro santo hábito el 7 Setiembre, vigilia del nacimiento de Nuestra Señora, siendo de edad de 44 años, el de 1600; y dejando con el nuevo estado el nombre antiguo de su nobleza de Don Gonzalo Ijar, se le puso el de Fr. Tomas de Valencia.

Grande admiracion y edificacion causó en la Ciudad y Reino de Valencia, cuando se supo que D. Gonzalo Ijar había tomado el hábito Capuchino y trocado el regalo y comodidades de su casa por el rigor y aspereza de una Religion tan penitente, el hábito del Señor Santiago por el humilde de San Francisco, sus riquezas por su pobreza, su casa por una celda estrecha, y el señorío de sus criados y vasallos por servir y obedecer en la casa de Dios, y lo que más aumentaba la admiracion de todos era la heróica resolucion de dejar los hijos: conocían era obra de la divina gracia y alaban á Dios por ella.

Vestido de nuestro santo hábito Fr. Tomas y con él del nuevo hombre Cristo, apareció desnudo del viejo Adan, con unos deseos grandes de emprender con todas veras el estado de la Religion y aspirar á su perfeccion. Fué su Maestro el P. Serafin de Policio, religioso de mucha virtud y prudencia; acudía á él con deseos de ser instruido en las cosas de la Religion, lo que le decía le parecía bien y lo observaba mejor: la disciplina regular y ceremonias de la Orden las guardaba con tanto rigor como si fueran preceptos, y con el mismo las guardó toda su vida. La aspereza de la vida, la desnudez y descalsez, las vigilias, la cama dura, los ayunos, la contínua asistencia del coro y demas penitencias de la Orden, las pasaba con tanto gusto como si toda su vida se hubiera criado con ellas. Comenzó á gustar de Dios en la oracion y le parecía la Religion un cielo, hallando convertido en dulce todo lo áspero de ella; todo para su espíritu y estimacion era descanso y regalo, y decía que jamas ni con todos los regalos y comodidades de su casa ni con todos los entretenimientos y placeres que

habia gozado del mundo, estuvo más contento y consolado que lo estaba ahora con las mortificaciones y penitencias de la Religion.

Cuando su Maestro vió en él estas medras de virtudes acompañadas de deseos de padecer por Dios, comenzó á hacer prueba de las suyas para que echasen más hondas raices: no le perdonó con ser persona criada en tanto regalo y de años ninguna de las mortificaciones con que la Orden Capuchina ejercita y prueba á sus novicios. Humillábale cada dia en el capítulo de las culpas con palabras de desprecio; hacía que besase los pies á los Religiosos, que arrastrase por el suelo del Refectorio la lengua, que hiciese la disciplina y comiese pan y agua de rodillas en tierra: esto era los más dias, y para su deseo esto era nada, porque no sólo pasaba por todo con gusto pero él importunaba al Maestro por ello. Lo que fué más y mayor prueba de su virtud, fué que quitado el hábito y vestido de sus vestidos seculares con su espada y hábito de Santiago lo echó á la puerta del Convento, al pié de la cruz que está fuera en la plaza de él, donde estuvo á vista de cuantos pasaban sin perder la composicion de novicio, y pasó por ello porque entendia era para prueba de su constancia. Pero la prueba mayor de la suya, fué que sin saberlo Fr. Tomas, le subió el Prelado á todos sus hijos un dia y los entró á todos en su celda y le dejó solo encerrado con ellos: este fué un golpe grande y un espectáculo de fortaleza grande con que le favoreció Dios, porque viendo los hijos á su padre se fueron para él los brazos abiertos, las voces en grito y sus ojos hechos fuentes de amorosas lágrimas, unos asidos de su cuello y otros echados en sus brazos, y Fr. Tomas con tanto valor que no mostró en su semblante muestra ninguna de debilidad, ántes con palabras amorosas los consolaba y con su misma mano les enjugaba las lágrimas. Súpolo bien disimular pero, como él decía despues de profeso, fué la prueba mayor que se le pudo hacer y que conoció le favoreció Dios para reprimir los afectos de padre que sintió muy vivos en su corazon y para resistir aquel pesado golpe que se le dió en el suyo.

Con estos ejercicios y pruebas de su virtud pasó el año de su noviciado, y viendo los Padres su admirable constancia, le admitieron á la profesion, y él la hizo con afecto grande de devocion y muchas lágrimas de gozo por ver cumplido lo que con tantas ánsias habia deseado. Profesó no para dejar de ser novicio, sino para ser juntamente novicio y profeso, novicio para guardar puntualmente lo que se le habia enseñado, y profeso para satisfacer á la nueva obligacion que se le habia acrecentado de aspirar á mayor perfeccion. Toda su vida fué con este cuidado de guardar con rigor las obligaciones de ámbos estados, pues toda la suya no sólo pareció novicio sino que lo fué guardando con la misma puntualidad hasta las menores ceremonias como si fueran leyes que le obligasen y lo eran en su estimacion y aprecio, en guardar la misma mortificacion de los sentidos particularmente la de los ojos, la modestia y composicion del hombre exterior, en hablar de rodillas á los Padres, en pedir licencia al Prelado cuando entre dia tenía necesidad de beber, para hacerse la corona y otras cosas menores para que tenían licencia general los Padres antiguos. Los que fueron testigos de su vida decían que no habían visto novicio más observante de las ceremonias del noviciado que Fr. Tomas siendo ya Religioso antiguo en la Orden.

Aunque tuvo Fr. Tomas todas las virtudes evangélicas que constituyen un verdadero fraile menor, la que aseguró y hermoseó todas las suyas fué la que las engendra todas, la santa humildad. Fué la suya en grado tan eminente que pudieran los más humildes aprender de la suya; tan olvidado de sí y de lo que habia sido, que jamas se le oyó tomase en su boca la nobleza de su casa para ser estimado por ella, ántes mostraba ofenderse, cuando por ella se le hacía alguna estimacion: quisiera no ser conocido de nadie y ser despreciado de todos, decía que él no habia venido á la Orden á buscar honras, que no por eso habia dejado las que tenia y ofrecido á los pies de Cristo despreciado por él, sino pa-

ra servir á todos por ser mejores, y que tenía por dicha ser el menor en la casa de Dios y servir á los que se empleaban de dia y de noche en servirle, y que esto tenía por honra suya y se juzgaba indigno de ella, y que su intento no fué ser Religioso de coro ántes con deseos de servir á todos había pedido el hábito para Religioso lego, mostrando estuviera más contento en aquel estado humilde, que deputado para servicio del coro. Llevado del afecto de esta virtud, jamas quiso recibir ningun Orden sacro: toda su vida perseveró simple corista. Para que no le obligasen los Prelados á que se ordenase de Sacerdote, juzgándose como su P. San Francisco indigno de tan alta dignidad, ni de Subdiácono quiso ordenarse jamas; y para que tomara Prima Tonsura y los cuatro Ordenes Menores, fué forzoso se lo mandaran los Prelados, y cuando se fué á presentar al Arzobispo y santo Patriarca el B. Juan de Ribera (que estimó mucho siempre á Fr. Tomas y le veneró por su mucha virtud) para la prima tonsura y los ordenes menores, le suplicó no le ordenase, diciéndole que era un ignorante; y diciéndole el santo Patriarca que le ordenaría con mucho gusto, él le respondió con una santa libertad nacida del humilde concepto que de sí tenía: *Va sobre la conciencia de Vuestra Excelencia:* de que quedó muy edificado el santo Prelado, viendo cuán bajamente sentía de sí Fr. Tomas.

Su mayor gusto era ocuparse en los ejercicios de humildad, como en barrer el Convento, fregar los platos de la cocina, etc. Acompañaba los más de los dias á la Ciudad al limosnero con una alforja á su hombro como él; era ejemplo de grande humildad y de mucha edificacion (que por eso lo enviaban nuestros Prelados) verle cargado de una alforja al lado de un Religioso lego, por las calles donde poco tiempo ántes le habían visto acompañado de criados y lacayos, verle con un hábito pobre y remendado y con los pies descalzos: por lo que se confundían y compungian los que le miraban y le habían visto ántes respetado de todos, pero mucho más le veneraron despues viendo su rara humildad, tenido por santo de todos por la suya, ganando para sí mayor honra y á la Religion grande opinion y nombre ilustre. Por esto solía decir el P. Gabriel de Ocaña, grande Predicator de nuestra Orden, que Fr. Tomas de Valencia había fundado la Provincia de Capuchinos de Valencia, no porque él fuese uno de sus primeros fundadores pues cuando tomó el hábito ya cuatro años había que estaba fundado y edificado el Convento de Valencia pero en el sentido que decía el P. Gabriel era que Fr. Tomas con los ejemplos de su humildad y desprecio del mundo y de sus grandezas había manifestado la santidad de la Orden Capuchina, poco conocida entónces en el Reino de Valencia por ser nuevamente plantada, y tambien porque con su ejemplo á imitacion muchos despreciaron el mundo y entraron en nuestra Religion, ganándole honra y estimacion.

Cuanto fué más noble Fr. Tomas, se humilló más y campeó más sobre su nobleza su humildad. Cuantas veces le topaban sus hijos en las calles de Valencia cargado con las alforjas al hombro, y queriéndole excusar el trabajo y el desprecio tomándoselas para traerlas ellos al Convento, jamas lo permitió: dábales su mano y su bendicion y les decía: *Hijos, nó; esta es mi gloria, no me priveis de ella; que me honro yo mucho de llevar estas alforjas.* Jamas se acostaba de noche que no fuese primero á la celda del Prelado y postrado en tierra le pidiese la bendicion; en el coro jamas tomó otro lugar que el de los jóvenes coristas, toda su vida que fueron 21 años de Religioso estuvo siempre en la hilera en que se ponen los coristas delante el atril y siempre se puso el primero despues del acólito. Por su virtud, calidad y años de Religion se le dió en un Capítulo Provincial el título de *Padre* (que en nuestra Religion no se da sino á los Padres sacerdotes), mandando á los demas que se le diesen, pero él jamas usó sino del de Hermano. Cuando llegaba á casa de los seglares y le preguntaban los criados quién era, él respondia *el Hermano Fr. Tomas de Valencia.* A todos respetaba, aun á los menores, como si fueran Superiores suyos y les hablaba con mucha cortesía; y con

tenerle todos mayor veneracion que ántes siendo seglar, en su boca no se oían sino desprecios de sí mismo, sin que en su corazon entrase la menor estimacion de tenerse en más.

La virtud de la obediencia, hija legítima de la humildad, fué fiel y perpetua compañera de Fr. Tomas hasta su muerte. Jamas á ninguna cosa por trabajosa ó dificultosa que le mandaron los Prelados dió excusa alguna, ni se le ofrecía dificultad que no confiase de vencerla obedeciendo; á todo cerraba los ojos y bajaba la cabeza y obedecía con gusto, y con tanta prontitud y puntualidad lo ejecutaba que sin interpretacion alguna no faltaba un punto á lo que se le mandaba. Una vez le dijo el Prelado que tomase el manto y fuese á la portería, que habian de salir los dos á la Ciudad. Bajó: despues al Prelado se ofrecieron otros negocios que le estorbaron la salida, no se acordó más de Fr. Tomas y este estuvo tres horas aguardando al Prelado en el puesto que le había señalado, y se estuviera más, si avisado el Prelado no le enviara á decir que se fuera á la celda. Otra vez llegó á la del Superior á pedirle su parecer en una duda que tenía y le daba cuidado; satisfízole el Prelado, y él no quieto con la respuesta ó porque no la entendió bien ó porque pensó que no se había dado bien á entender (ordinario en los que padecen temores de conciencia como los padecía Fr. Tomas), volvió al mismo Prelado con la misma pregunta: hallóle que estaba con otros Padres ocupado en negocios de importancia, y le dijo: *P. Tomas, ya le he dicho lo que hay en eso; déjenos ahora que estamos ocupados y váyase á la celda.* Tomólo tan al pié de la letra que fué y se encerró en ella y estuvo sin salir hasta el otro dia muy tarde que envió á pedir licencia para salir con otro Religioso á quien rogó, estando dentro de la celda sin atreverse á sacar el pié de ella, que le dijese que podía ya salir. Admiró el Prelado la obediencia tan puntual, que no siendo de su intencion lo que sonaban sus palabras las obedeció con tanto rigor que ni salió para cenar ni para ir al coro á que no faltaba jamas. De allí adelante iba el Prelado con cuidado en lo que decía, temiendo no diesen sus palabras ocasion á su pronta obediencia para otro tanto. No había accion por humilde y trabajosa que fuese, que no la ejecutase si se la mandaba el Prelado; si le enviaban de noche á ayudar á bien morir, á la limosna del pan á la huerta de Valencia y por sus lugares, á hacer la de los pollos y de los huevos para los enfermos, y á cualquier negocio que se le encomendase, á todo iba alegremente sin desplegar sus labios.

El P. Diego de Quiroga, siendo Ministro Provincial, habiendo experimentado en muchas ocasiones la puntual y pronta obediencia de Fr. Tomas, decía admirado que dudaba hubiese en toda nuestra Religion otro más obediente que él. Dijéronle una vez al dicho P. Provincial que Fr. Tomas se estaba mucho tiempo en oracion en la Iglesia y se acostaba muy tarde, y que era muy poco lo que dormía levantándose todas las noches á Maitines; ordenóle el dicho P. Provincial que en dando el reloj las ocho de la noche se fuese luego á recoger á la celda, y ejecutábalo con tanta puntualidad que si había comenzado un *Ave María*, cuando el reloj daba la primera hora de las ocho la dejaba sin acabar y se iba á la celda.

Tanta estimacion hacía de la obediencia que todas sus disposiciones las miraba y ejecutaba como expresa voluntad de Dios, y no sólo obedecía lo mandado y estaba siempre pronto para obedecer, sino que obedecía á la intencion del Prelado, ántes que llegase á mandarle, hecho intérprete de su voluntad para ejecutarla, que es lo más perfecto de la obediencia.

Su pobreza nadie pondrá en duda que no fuese Seráfica y Evangélica, pues por guardar el perfecto consejo que da Cristo de la renunciacion de los bienes temporales, voluntariamente se hizo pobre por Cristo renunciando cuantos tenía. Contentísimo con no tener nada, trocó y dejó la riqueza y comodidad de su casa por una corta y estrecha celda, y su hacienda opulenta por la mendiguez de S. Francisco. Tan pobre vivió siempre, que á la hora de su muerte no tenía á su uso más que el Breviario y unos anteojos.

Notóse como efecto singular de la divina Providencia, que le mudó Dios en otro su natural, con que confirmó ser suya la vocacion que de él hizo á la Religion, que siendo de complexion delicada y criado toda su vida en mucho regalo, llevó los trabajos de la Religion con salud tan entera, que siendo de edad de 44 años cuando entró en ella y habiendo vivido en ella 21, jamas en todo este tiempo estuvo enfermo, ni le dolió la cabeza, hasta que murió: y el que era de gusto difícil de contentar, le mudó Dios de manera que no se conoció en otro natural más apacible, más suave y tratable y más hermano que el suyo, tan fácil de contentar, singularmente en la comida, que al que ántes daban en rostro las aves no había para su gusto mayor regalo que un plato de hierbas; si comía un plato de coles, decía que le habían sabido tan bien que le habían alargado diez años de vida; si era de abadejo, decía que no había comido cosa mejor en su vida; un pan y agua lo comía con tanto sabor que alababan á Dios los que le miraban; y el que ántes en poniendo el pié desnudo en el suelo luego estaba malo, anduvo muchos años descalzo sin que le doliese jamas la cabeza; y el que no podía reposar ántes en una cama blanda y mullida y en sus sábanas delgadas de Holanda, dormía dentro de un saco sobre unas tablas desnudas; y el que tan regaladamente había tratado á su cuerpo, le trató despues tan mal que le maltrataba con rigurosas y sangrientas disciplinas y siempre con mucha salud.

El temor santo de Dios se enseñoreó tanto de su alma, que ántes se dejaría hacer menudos pedazos que ofenderle advertidamente con la culpa más leve. Vivia con tanto cuidado de no ofender á Dios, que le llevaba este temor atormentado el espíritu sin que hallase el suyo reposo con cuantos remedios procuraban sus padres espirituales quitarle, que como era cruz dada de la mano de Dios, no es mal que se cura con razones ni eran bastantes todas las de los confesores, que si bien él les daba crédito y los obedecía, su espíritu siempre quedaba con la misma pena. Fué visto en el mayor rigor del invierno, por fiestas de Navidad, irse á confesar, y como su Padre confesor, por la larga experiencia que tenía de la limpieza de su conciencia le dijese que fuese á comulgar que bien podía sin confesarse, se puso á sudar y á temblar por todo el cuerpo como si se hubiera ocupado en cabar la tierra en el dia más caloroso del verano, sin atreverse á comulgar si no se confesaba primero. Efecto era de este temor, que cuando había de confesarse, por no olvidarse ninguna de las faltas de que había hecho exámen, tomase en la mano otras tantas piedrecitas y como iba confesando los defectos ó faltas, por su órden las iba dejando caer en tierra y quedaba quieto cuando se hallaba sin ninguna en la mano; y se confesaba con tantas demostraciones de pesar de haber ofendido á Dios y con tantas lágrimas, que movía á ellas á los confesores.

Su paciencia fué singular: jamas le vieron enojado con nadie, ni turbado por ningun suceso adverso de los muchos que vió por su casa, disminuida su hacienda y perdidos sus lugares con la expulsion de los moriscos sus vasallos, ni por las travesuras de sus hijos; jamas se vió en él ira ni turbacion: á todo y en todos tiempos se miraba con la misma igualdad y serenidad de ánimo. Entró una vez en su celda y halló caido el tintero sobre la mesa y toda manchada de tinta, y dijo: « Yo no entro en la de nadie y vienen aquí á darme ocasion de pesar. » Díjole un Religioso que se halló allí: « Cierto que hay aquí ocasion para perder la paciencia. » Respondióle él: « Eso no, hijo mio, la paciencia ni por esta ni por cosas de más importancia se ha de perder; alabemos á Dios por ello, que esto y otros mayores trabajos todos vienen de su mano y le hemos de dar gracias por ellos y alabarle por todo. »

Fué muy amigo de la oracion: fué el de esta virtud su más ordinario ejercicio, y la perpetua postura que guardaba en ella era estar de rodillas, inmoble como una coluna: argumento de la atencion y reverencia con que estaba delante de Dios y de lo mucho que gustaba de su comunicacion. Guardó esta reverencia siempre que oraba en la Iglesia delante del Santísimo Sa-

cramento, pues como él mismo lo dijo estando ya para morir, jamas en 21 años que fué Religioso se había sentado estando delante de El: testimonio de la viva fe, del temor filiar y reverencia con que miraba y veneraba la real y sacramental presencia de la Majestad de Cristo en este venerable Sacramento en cuya presencia tiemblan reverentes los Angeles.

El Oficio divino en el coro siempre lo dijo con mucha devocion y reverencia acompañando las divinas alabanzas con afectos devotos de su corazon. Fuera del coro jamas lo rezó sino de rodillas ó en pié y descubierta la cabeza, por más cansado que se hallase. Siempre procuró decirlo en compañía de otro Religioso por no faltar á su integridad y no dejarse algo por decir, y lo decía con las mismas ceremonias que en el coro en las inclinaciones y genuflexiones, sin dejar ni la menor señal que se hace con las manos. Las Letanías mayores y menores que se rezan en el coro las decía con el mismo órden como si se hallara en él. Cuando por la obediencia ú otra forzosa ocupacion había faltado á los otros ejercicios espirituales de la comunidad, como á la oracion mental ó á la disciplina (á que pudiendo jamas faltaba, acudiendo á todos con mucha puntualidad y espíritu), luego en teniendo oportunidad cumplía con ellos, hacía las disciplinas que no había hecho, y tomaba el relojito de arena y de rodillas delante del Santísimo hacía tantas horas de oracion cuantas había omitido. No pasaba por delante de ninguna imágen de Cristo Nuestro Señor ó de la SS. Vírgen María que no hiciese profunda reverencia saludándola con una breve oracion. Cuando de noche subía las escaleras del Convento, en cuyos remates hay siempre estas santas imágenes, las subía de rodillas y en cada escalon hacía particular oracion, y besando en tierra subía al otro adorando en cada uno la santa imágen. Este ejercicio, como los demas de su devocion, lo hacía de noche por no ser visto de nadie. Comulgaba los más de los dias y con mucha devocion, gastando mucho tiempo ántes en prepararse y despues en hacimiento de gracias, en que eran muchas las medras espirituales que sacaba para su espíritu y el Señor le hacía muchas mercedes.

Cuán eficaz fuese con Dios su oracion vióse en el caso siguiente. Deseaba mucho tener en nuestra Religion á uno de sus hijos: pidióselo á su Majestad, y algunas veces comunicó este su deseo con un Religioso nuestro que le respondió: « Si V. C. se lo pide á Dios, téngalo por cierto que lo alcanzará »; y fué así, que le trajo á su hijo D. Jerónimo que era el que más deseaba, quien inspirado de Dios pidió nuestro hábito sin comunicarlo con su padre, ni á Fr. Tomas le dieron nuestros Padres noticia de la pretension de su hijo hasta que estuvo recibido á la Orden; y cuando se lo dijeron, alborozado su espíritu, levantó los ojos y manos al cielo diciendo: « Bendito seais, vos Señor, que me habeis querido consolar en lo que yo más deseaba », y vuelto á su hijo le echó alegre sus brazos al cuello, diciéndole con mucha serenidad: « Si hoy me hubieran dado nuevas de que el Rey nuestro Señor os había hecho Señor de todos sus estados, no fueran tan alegres para mí como las que se me han dado de que estais recibido para Capuchino; estimad la merced que os ha hecho, que es mayor de lo que vos podeis imaginar, y dadle infinitas gracias, que yo se las voy á dar desde aquí á la Iglesia »: y se fué á ella muy tierno y muy gozoso. Tomó su hijo nuestro santo hábito, se llamó Fr. Gonzalo de Valencia, profesó y fué Predicador de nuestra Orden: y Fr. Tomas cuidaba de criarlo con la buena leche de su espíritu y le enseñaba sus mismos ejercicios espirituales, y vivió en la Orden con mucha opinion, y murió en ella muy parecido en las virtudes á su padre.

Tuvo Fr. Tomas grán caridad con los de dentro y fuera de la Orden: fué abogado de los pobres, de cuyas necesidades se compadecía mucho ayudándoles y remediándolas en todo lo que le permitía su estado. Esto hacía Fr. Tomas favoreciendo á los pobres litigantes, no con dinero, que no lo tenía ni podía tener, sino con su favor, que valía mucho; se valían de él muchos que por falta de dinero y de quien solicitase sus causas se las di-

lataban, y por esta causa pasaban necesidad y trabajo. A estos favorecía, y sin diferencia de personas, con igual afecto de caridad, solicitaba sus causas con los jueces de la Audiencia y con los Señores Virreyes de su tiempo, que todos le respetaron mucho por su virtud y por la calidad de su persona, que edificados en verle empleado en tan caritativos empleos hacían cuanto les pedía: con que remedió muchas necesidades de pobres, atajó muchos pleitos, pesadumbres y gastos, y compuso muchas partes litigantes. Manifestóse esta su caridad el dia de su entierro en las lamentaciones con que se celebraron sus obsequios, muchos pobres llorando la falta que les hacía, aclamándole todos á voces *Padre comun y abogado de los pobres.*

Por sus muchas virtudes y prudencia todos los Padres Provinciales de su tiempo le llevaban consigo á las visitas de la Provincia, para que con su ejemplo incitase á los demas á su imitacion y para consultarle en los casos dudosos: y solía decir el P. Gregorio de Valls, que fué uno de los Padres Provinciales que le consultaban, que Fr. Tomas era hombre de mucho consejo en materias de gobierno, y que jamas había errado siguiendo los suyos. Estos no los daba él sino consultado, y respondía con mucha humildad, sujetando su parecer á otro mejor, y en sus dictámenes se manifestaba el mucho talento que Dios le había dado y la mucha luz que le comunicaba en la oracion.

Entre los favores que Dios hizo á Fr. Tomas, le comunicó el don de profecía y conocimiento claro de las cosas futuras; y ántes que fuesen las dijo, y sucedieron como las había dicho: de que fueron verdaderas comprobaciones los casos siguientes. Su hija mayor, casada con el Conde de la Fera, parió un hijo varon: fuélo á ver Fr. Tomas, y tomando en sus brazos al niño recien nacido, alegre le dijo: « Este niño ha de ser el heredero de mi casa; Dios lo bendiga. » Los señores que estaban presentes y le oyeron estas palabras, atribuyéronlas á afecto tierno de abuelo, juzgando por imposible lo que había dicho del niño de que habia de ser heredero de su casa, porque vivían entónces todos sus hijos; y su hijo Mayorazgo de su casa D. Pedro Ijar vivía casado con una hija del Conde de Sinarcas, de quien había tenido ya un hijo, y aunque se murió había esperanzas de que tendria más: pero para que se viera había hablado Fr. Tomas con espíritu profético, su hijo Mayorazgo murió sin dejar hijos, y los demas todos murieron sin ellos porque ninguno se casó, y uno que se llamaba D. Juan que tenía ya tratado casamiento con una Señora principal de Murciá, queriendo subir á caballo para irse á desposar con ella se sintió con una calentura que le obligó á apearse, se puso en la cama y murió de aquella enfermedad. Así se vió cumplida la profecía de Fr. Tomas de que su nieto había de ser el heredero y Mayorazgo de su casa, y lo fué con el nombre de D. Gonzalo Escriva Conde de la Alcudia, pues habiendo faltado sucesores de la casa de los Ijares pasó el Mayorazgo á la de los Escrivanes por la Condesa de la Fera hija mayor de Fr. Tomas.

Confirmó esta profecía misma con una carta escrita toda de su mano al Conde de la Fera, su yerno, que estaba con toda su casa en Sicilia administrando un gobierno que le había dado el Rey: su fecha es de 18 de Octubre del año 1621; sus palabras formales son las siguientes (y nótese que cuando la escribió aun vivían sus hijos): « Mi hijo D. Pedro tengo perdidas las esperanzas que tenga más hijos, y D. Juan que se case, y tengo por cierto que todo será de Gonzalo. Dios se lo guarde y se sirva que ántes que yo muera le vea: no quiero decir más en esto, pues escribo bien claro. »

Siendo ya Fr. Tomas de edad de 66 años, rico de los méritos que había grangeado en los 21 que vivió en nuestra Órden con ejemplos de vida Evangelica y Seráfica con que ilustró la Provincia de Valencia, llegó al término que tenía Dios señalado para premiarle. Dióle la última enfermedad en nuestro Convento de Santa Magdalena, y conociendo era de peligro la suya, le trajeron á la enfermería del de Valencia, y agravándosele cada dia más, aunque toda su vida había sido

una contínua preparacion para una buena muerte, hizo diligencias más apretadas en los pocos dias que le quedaban: procuró con más veras entregarse todo á Dios con oracion más ferviente y afectos de mucha resignacion y de conformidad con la divina voluntad; no cesaba de dar gracias á Dios por hallarse Capuchino para aquella postrera hora, teniendo por prendas de su salvacion el haberle traido al puerto seguro de la Seráfica Religion. Confesóse muy despacio y con muchas lágrimas. Estaba con un desconsuelo grande por no poder recibir la Sagrada Eucaristía, que se lo estorbaban unos vómitos contínuos; sentía mucho le faltase este Viático y compañía de Cristo Sacramentado para su último viaje: y para vencer los asaltos que el enemigo da en aquella hora á las almas, pidió con instancia á este Señor le hiciese favor de que no quedase privado de este socorro tan importante para aquella hora, suplicándole le quitase los vómitos siquiera para poderle recibir sin peligro alguno de irreverencia. Oyó su Majestad sus ruegos y se experimentó le habían cesado, y con parecer de los médicos se le dió el Sagrado Viático que recibió con notable devocion y consuelo de su alma, quedando despues interior y exteriormente muy quieto. Tambien pidió con muchas lágrimas perdon de sus faltas á los Religiosos, que las despertó en todos ellos. Estaban presentes sus hijos, á quienes dió muy saludables consejos, exhortándolos á que sirviesen de veras á Dios. Con esto experimentó una paz y serenidad grande de su conciencia como si jamas hubiera padecido los grandes temores que toda la vida le habían llevado atormentado, tanto que él mismo admirado de esta paz de su corazon, alegre dijo al P. Jerónimo de Villaroya sacerdote nuestro: « Jamas, hijo, entendí muriera tan consolado y con tanta quietud como la que siento; bendito sea Dios que me da estas prendas, que las tengo por ciertas de mi salvacion » Con toda esta paz, enteros sus sentidos, reposó en los brazos del Señor á quien entregó su espíritu para vivir eternamente con El. Quedó su cuerpo al parecer no muerto sino dormido, y sus miembros flexibles y blandos como los de un niño tierno. Murió á 12 de Enero de 1622. Quisieron sus hijos y deudos que se embalsamara su cuerpo, y aunque lo resistió la modestia de nuestra Orden por no acostumbrarse en ella, lo alcanzaron y se repartieron entre sí por reliquias sus entrañas. Su hijo D. Pedro tomó el corazon que despues pasó á su hija la Señora Condesa de la Fera.

Sabida su muerte en la Ciudad, fué notable la mocion de toda ella para venerar como de santo su cuerpo difunto, singularmente la nobleza, que se halló toda á sus obsequios y entierro: el pueblo con afecto grande de veneracion le cortó á pedazos el hábito, le quitaron los cabellos de la cabeza y pelos de la barba, y le dejaron medio desnudo, y no pudiéndole poner otro hábito porque no podían sacar el cadáver de las manos de la gente. Finalmente con mucha fuerza lo pudieron bajar á la bóveda donde le enterraron despues que le pusieron otro hábito y cuerda. Fué cosa maravillosa ver los pobres que se juntaron en nuestra Iglesia al tiempo del entierro, y sus gemidos y las lágrimas que derramaban por su falta, confesando todos los beneficios que de él habían recibido en el remedio de sus necesidades y trabajos: todos á voces le llamaban *Padre y abogado de los pobres*.

Despues de su muerte dió Dios algunos testimonios, haciendo se apareciese á algunos Religiosos de mucha virtud y de igual crédito. Estando una noche en los Maitines en el coro de nuestro Convento de Valencia el P. Domingo de Valencia, vió a Fr. Tomas como cuando vivía puesto de rodillas en la hilera de los coristas delante del atril en el mismo lugar en que solía ponerse cuando vivía; fuése alegre á él para hablarle, pero levantándose se entró en el presbiterio por una de las puertas del coro, y á este tiempo le vió Fr. Luis de Villaroya, Religioso lego y de mucha virtud, que se hallaba en la Iglesia. Vió que llegando delante del Santísimo Sacramento se arrodilló y adoró besando en tierra, y admirado de lo que estaba viendo se fué para él, que eran grandes amigos, y Fr. Tomas tomando el camino por las Capillas de la Iglesia, llegó á de-

cirle Fr. Luis: ¡ *P. Tomas* ¡ y este volviéndole el rostro le dijo: « Queda con Dios, hijo; que me voy al cielo », y se le desapareció allí mismo.

Dió el Señor otro testimonio de la gloria de su siervo, y fué que el dia de su entierro estando aun su cuerpo en el féretro, en la Iglesia, con el tropel de la gente que le estaba venerando, llegó con el mismo afecto y con mucha fe una mujer con un hijo suyo niño quebrado, y confiando en los méritos de Fr. Tomas, le puso sobre su cuerpo, y quedó el niño instantáneamente sano.

P. Felix de Villalonga.

En nuestro convento de Tarragona murió el P. Felix de Villalonga, Religioso que se señaló en el fervor con que hacía las disciplinas y demas penitencias, y perseverando algunos años con el mismo espíritu y rigor en la disciplina regular, le envió Dios una enfermedad grave y tan larga, que le afligió siete ú ocho años, la cual llevó con admirable paciencia, y al fin pasó de esta vida con todos los Sacramentos. En la hora en que murió, estando un Religioso Observante en su mismo convento de Tarragona recogido en su celda, vió que un Capuchino se estaba muriendo, y que su alma subía á los cielos con una estola blanca, y saliendo de la celda para comunicarlo con algun otro Religioso, oyeron que la campana de nuestro convento tocaba á difuntos. El dia siguiente yendo de camino el dicho Religioso Observante, y hallando dos Religiosos nuestros, les preguntó si el dia antecedente había muerto algun Religioso en nuestro convento y á qué hora: y al fin se vino á averiguar, que la vision que tuvo fué en aquel mismo punto en que el sobredicho P. Felix de Villalonga había espirado. Murió este Religioso el año 1622.

P. Lorenzo de Pallarols.

En el convento de nuestra Señora de las Ermitas de Gerona murió el P. Lorenzo de Pallarols, pueblo de la Sagarra, el cual en el poco tiempo que vivió en la Orden no se olvidó de su aprovechamiento espiritual, atendiendo y caminando á la perfeccion con particular cuidado. No obstante en la misma noche en que murió se apareció á cierto canónigo de la iglesia mayor de Gerona, con quien ántes había tenido alguna amistad, y le dijo que se hallaba en el purgatorio por algunas flojedades en las cosas de la Religion, suplicándole que rogase á Dios por él; pero pasados tres dias volvió el difunto, y le dijo que ya estaba en la gloria. El P. Andres de San Martin, amigo de este Religioso difunto, mereció tambien que se le apareciese, dándole la feliz noticia de estar en la gloria. Fué su muerte el año 1622.

P. Diego de Guisona.

Su padre se llamó Jaime Escasany, y su madre Juana. Cuando abrazó nuestro Instituto capuchino, que fué el año de 1594, florecía la Provincia de Cataluña con tan alta perfeccion en la observancia de la Regla seráfica y de nuestras sagradas Constituciones, que no pocos Religiosos de aquellos tiempos se hacían glorioso espectáculo á Dios, á los Angeles, y á los hombres. Uno de ellos fué nuestro P. Diego, el cual entre las prácticas rígidas de nuestras leyes, y entre los fervores de su oracion, supo formarse un Religioso de una santidad más que ordinaria. Celaba la profesion de su estado con particular cuidado, y era muy puntual en los ejercicios de la religion y obediencia, singularmente en los del coro: cuyo celo ejercitaba tambien con sus súbditos en el tiempo que fué Guardian. Fué tambien muy ejemplar entre los seglares, tratando y conversando con ellos con mucha edificacion. Pero singularmente se distinguió en la virtud de la caridad. Cuando en el convento había Religiosos enfermos, se mostraba muy diligente y cuidadoso para su remedio, no

excusando el velar, y hácer cualquier trabajo con sus manos; como así lo practicó singularmente con dos Religiosos que estuvieron enfermos en nuestro convento de San Celoni, donde se hallaba Guardian, á quienes asistió con tanta caridad y alegría, que el médico quedó no poco edificado. Tambien se extendía esta su caridad con los vecinos de San Celoni, pues en sabiendo que algunos pleiteaban, buscaba medios para concordarlos, no excusando el hablar con los abogados y otras personas, que pudiesen conseguir la paz: y si alguno estaba preso, acudía á la justicia, para que usasen con él de misericordia y lo librasen de la cárcel.

Mas así como era tan compasivo para con los otros, era al mismo tiempo riguroso para consigo mismo. En las noches despues de los Maitines se detenía en la iglesia, y estando los Religiosos recogidos, hacía la disciplina con tanto fervor, que causaba admiracion á los que tal vez le escuchaban. Por otra parte. era muy abstinente y muy sufrido. En. la oracion era fervoroso, y en todas sus acciones muy ejemplar. Algunas veces fué oido de algunos Religiosos, que cuando en las noches se ponía á descansar, tenía amorosos coloquios con la Vírgen Santísima y con el Niño Jesus, como si los tuviera allí en la celda. A la SS. Vírgen indicaba donde había de poner á su Hijo, como diciéndola: *Vírgen bendita, aquí lo podeis poner á dormir, y mirad que esté b en y no se caiga.* Y al Niño Jesus le decía: *Poneos aquí á dormir junto á mí, Santísimo Niño.* Y con estas devotas palabras y santas consideraciones tomaba el sueño.

Pero donde se manifestó más el fervor y espíritu de este Siervo de Dios, fué en su última enfermedad, que le aconteció siendo súbdito en el mismo convento de San Celoni. Fué esta enfermedad bastante molesta, pero no fué menor la resignacion y alegría con que pasó sus dolorosos efectos. Cuando le dijeron que se preparase para la muerte, recibió esta noticia con gran júbilo de su alma; y luego pidió que le leyesen la pasion de nuestro Señor Jesucristo, la cual meditaba con mucha quietud en las pausas que hacía el lector. Recibió con devocion los santos Sacramentos, y pidió que en las cartas con que darían aviso de su muerte, rogasen á los Padres Sacerdotes, que le dijesen las misas *de Passione Domini.* Agravóse finalmente la enfermedad, y oyendo dar el reloj, preguntó qué hora era aquella, y respondiéndole que eran las siete de la tarde, levantando el espíritu y los ojos al cielo, dijo: *Bendito seais, Dios mio, que mañana á las siete iré á gozar de Vos.* Notaron los Religiosos estas palabras, y tuvieron el consuelo de ver que en la tarde del dia siguiente, al dar el reloj las siete, espiró este Varon santo, y pasó su dichosa alma, segun piamente se puede creer, á gozar de Dios, en conformidad á lo que ántes había dicho él mismo. Las gentes que acudieron á su entierro, no dejaron de llorar su muerte, y se llevaron las cosas que pudieron haber, estimándolas como reliquias de un Varon santo; y llegó á tanto esta su devocion, que fué menester guardar bien el cuerpo difunto. Fué su muerte en nuestro convento primitivo de San Celoni el año 1623.

P. Martiriano de Bañolas.

De la vida del P. Martiriano de Bañolas nada hallamos en los Originales de la Provincia de Cataluña, sino solamente que vistió nuestro santo hábito en el año 1593, y que despues de muerto, estando en el purgatorio, se apareció á cierto Religioso, pidiéndole algunos sufragios; por cuyo motivo podríamos pasarlo en silencio. Mas porque en la dicha aparicion se hallan algunas cosas que pueden servir de instruccion y aviso para todos, hemos creido muy justo hacer de él alguna memoria entre los Varones ilustres. El Religioso á quien se apareció, se llamó P. Bernardino de la Seo de Urgel, el cual en su deposicion jurada explica la dicha aparicion con las palabras siguientes: « Siendo « yo Corista, y estando de familia en « el convento de Blanes, tuve cuidado « de servir á un enfermo que se de- « cía P. Fr. Martiriano de Bañolas Sa- « cerdote, el cual murió de aquella en- « fermedad el dia de San Juan Evan-

« gelista; y pasados ocho dias se me « apareció en sueños de esta manera. « Aparecióseme con su hábito y manto, « y me dijo: Fr. Bernardino, tóqueme, « que me estoy quemando; y yo le « respondí tambien en sueño, que me « guardaría bien. Y más le dije: ¿cómo « se me mostraba tan manso, y me « hablaba tan mansamente, que no lo « solía hacer en vida? y él me dijo, « que eran diferentes las cuentas. Y « añadió: Yo estoy en el purgatorio, « y me faltan dos misas para salir de « él; me hará caridad de decir al « P. Guardian me las haga decir, y « tambien un *Miserere* y un *De pro-* « *fundis* en comunidad, que con eso « saldré libre de estas penas. Tambien « le dirá, que diga á la Señora For- « naca, que no pida hijo ni hija, sino « que tome lo que Dios le diere, y que « por ahora nuestro Señor le concede un « hijo varon por puros ruegos de los « Capuchinos, pero que no vuelva más, « que no sabe lo que le conviene. Más « me dijo, que era infinita la miseri- « cordia de Dios con los pecadores, y « que á no ser tan grande apénas se « salvaría ninguno, mas que por su « grande misericordia muchos se sal- « vaban. Y que nuestro Señor permitía, « que en el purgatorio las otras almas « dijesen, cuando llegaban allí las de « los Capuchinos: Si estos que de la « tierra se podían ir al cielo derecho, « guardando su Regla y estatutos, y « teniendo tanta ayuda de costa para « librarse, vienen acá; ¿qué mucho que « nosotros vengamos? La cual cosa, « dijo, nos es un gran tormento. Y « con esto desapareció la vision Y « habiéndolo yo dicho al P. Guardian, « que era el P. Fr. Juan Evangelista « de Sarriá, Cors, y dichas las misas « y lo que pedía la dicha alma del « P. Fr. Martiriano, me volvió á apa- « recer, tambien en sueños como la « otra vez, y me dió las gracias. Y el « P. Guardian fué á la villa á decir á « la Señora Fornaca lo que me había « pasado.» Todo esto dice con jura- mento el mencionado P. Bernardino. Sobre cuya relacion podemos reflexio- nar de cuánto valor son delante de Dios aun las oraciones más pequeñas, pues que esta alma pidió no sólo dos misas, sino tambien un *Miserere* y *De profundis* en comunidad. Tambien de- bemos reflexionar, que si las almas del purgatorio hacen tanta admiracion que un Capuchino vaya á padecer a- quellas penas, cuánta mayor admira- cion y burla harían los demonios y condenados, si un Capuchino tuviese la disgracia de condenarse. No lo per- mita Dios por su infinita misericordia. Los Originales de la Provincia ponen la muerte de este P. Martiriano en el año 1623, pero creemos que fué algu- nos años ántes, pues el P. Juan Evan- gelista de Sarriá, de quien se habla en la sobredicha revelacion, murió el año 1620 como dijimos en su vida.

Fr. Antonio de Sagarra, Lego.

Hay en el Principado de Cataluña cierto territorio ó comarca con el nombre de Sagarra, que contiene muchas poblaciones. El Religioso, cuya vida escribimos, se llama tam- bien Fr. Antonio de Sagarra, pero no hallamos cuál sea la poblacion de su nacimiento, ni si por este apellido de- bemos entender la dicha comarca, ó alguna familia del mismo nombre. Tampoco hallamos quiénes fueron sus padres: sólo se nos dice, que vino á nosotros de los Padres Observantes y que vistió nuestro hábito capuchino en el año 1583, siendo uno de los muchos que de la misma Observancia abrazaron nuestro Instituto, segun diji- mos en la vida del P. Francisco de Figueras. Fué uno de los Religiosos virtuosos y santos que sirvieron de fundamento al espiritual edificio de la Provincia de Cataluña. Cerca de treinta años ejercitó el oficio de por- tero en nuestro convento de Monte- Calvario, y en el mismo oficio supo santificarse, y llegar á un grado muy alto de virtud y perfeccion. No le sir- vieron de impedimento para ello ni las ocupaciones impertinentes de aquel oficio, ni el trato con tanta diversidad de gentes, ni el ser aquel convento de una familia numerosa y muy vecino á Barcelona. Nada de esto le estor- baba en los caminos de la perfeccion religiosa, pues sabía desempeñarlo y concordarlo todo con tal modestia, quietud y buen ejemplo, que al paso que edificaba á todos, adornaba su al-

ma con las virtudes propias de su estado.

Para ello se valió de la oracion, que es la fuente de toda virtud. En las mañanas asistía á la iglesia, oyendo las misas que podía, y si tal vez era preciso acudir á la puerta, habiendo evacuado aquella ocupacion, volvía á la iglesia, aunque fuese poco el tiempo que le quedaba libre. Por las tardes continuaba sus devotos ejercicios ó en la iglesia, ó en cierto aposentillo que tenía junto á la puerta, donde rezaba sus devociones: y era tan continuo en este trato con Dios, que casi siempre le hallaban en oracion mental ó vocal. Cuando ya muy viejo, y estando libre del oficio de portero, era tan cuidadoso y solícito de asistir á las misas, que á veces eran nueve las que había oido en un solo dia. Pero cuáles fuesen los progresos que hizo en este santo ejercicio, y cuántas las gracias que mereció recibir del Señor, lo podemos inferir de las persecuciones con que los demonios procuraban molestarle en el tiempo de la oracion. No podemos individuar cómo ó de qué manera era molestado y perseguido de aquellos espíritus infernales, pues que sólo hallamos que corría la voz entre los frailes, que los demonios solían inquietarle y molestarle para impedirle los santos ejercicios de la oracion. Y hablando más en particular uno de los Religiosos de aquel tiempo, dice que había oido decir á algunos, que morando el Siervo de Dios en nuestro convento de Santa Eulalia, los demonios le dieron de palos en la capilla de la cueva de nuestra Señora, y que la misma SS. Vírgen, que estaba en aquella capilla con su divino Hijo en los brazos, bajó del altar para ayudarle y defenderle de los demonios. Estaba esta cueva en el claustrillo del mismo convento de Santa Eulalia, y de aquí creemos que esta santa Imágen, que favoreció á nuestro Fr. Antonio con un modo tan prodigioso, era la misma que colocó en aquella cueva el P. Lorenzo de Huesca, siendo Guardian de aquel convento, llamándola *Nuestra Señora de la Pobreza*, y obrando con ella diferentes milagros, segun lo escribimos en la vida del mismo P. Lorenzo.

Con estos beneficios del cielo que recibía el Siervo de Dios, y con los fervores de su oracion juntaba una humildad tan profunda, cual nos la demuestra el caso siguiente. Hallándose en el mismo convento de Santa Eulalia, mandó ó advirtió alguna cosa á cierto novicio, en ocasion que el P. Guardian se hallaba presente; y reflexionando despues sobre lo que había hecho, se arrepintió y confundió tanto, que yendo á la celda del mismo P. Guardian, se postró á sus pies, y con lágrimas le pidió perdon de aquello, que á su parecer era grande atrevimiento: de cuya humilde accion se edificó no poco aquel Prelado, por ver á este Religioso, anciano por los años y respetable por la virtud, tan profundamente humillado y afligido por una cosa que ni falta parecía. Tenía tambien el Varon santo un corazon muy compasivo para con los pobres, á quienes socorría con mucha caridad en el tiempo que fué portero, ya con la olla que estaba á su cargo, ya con el pan que ponían á su disposicion. Y en un año muy estéril, extendió su caridad á ciertas familias necesitadas de Barcelona, enviándoles algunas porciones de la olla comun de los pobres, y parecía que cada dia hacía Dios un milagro de multiplicar aquella olla, para que hubiera para tantos como acudían todos los dias. Otro oficio de caridad practicó tambien con cierto Religioso que estaba enfermo de calentura en nuestro convento de Monte-Calvario. Pidió este enfermo, á persuasion de otros Religiosos, á nuestro Fr. Antonio, que le pusiese en el brazo una cédula del nombre de Jesus; y aunque el Siervo de Dios al principio rehusó hacerlo, pero al fin condescendió á su peticion, y fué remedio tan eficaz, que se desvanecieron las calenturas, quedando enteramente libre de ellas. En otra ocasion se hallaba algo enfermo en el mismo convento de Monte-Calvario cierto Religioso jóven, llamado Fr. Pablo de Sarriá, y hablando nuestro Fr. Antonio con el Religioso que cuidaba del refectorio, le dijo que tratase bien á aquel Corista, porque llegaría á ser Guardian, Definidor, y Provincial, y asistiría á un Capítulo general, expresando los años en que se verificarían estas elecciones: todo lo cual se cum-

plió puntualmente así como lo predijo, porque aquel Religioso, en el año 1629, fué elegido Definidor y Guardian de nuestro convento de Santa Madrona, y en el año 1632 fué elegido Ministro Provincial, y pasando á Roma, asistió al Capítulo general que se celebró el año 1633.

Habiendo, pues, este Varon santo vivido cerca cuarenta años en nuestra Orden, y recogido un tesoro muy grande de virtudes y méritos, llegó al fin de todos los mortales, y recibidos los santos Sacramentos, aceptó la muerte con tanta paz y quietud, que uno de los religiosos que se hallaron presentes dice que se verificó en su muerte lo que se dice de los Santos: *Obdormivit in Domino*: con cuyo dulce sueño fué trasladado de la tierra al cielo, segun nos persuade la piedad cristiana. Cuando murió este Varon santo, se hallaba otro Religioso con una enfermedad tan grave, que habiendo recaido tres veces, con dificultad podía convalecer; pero considerando la vida santa que había llevado nuestro Fr. Antonio, entónces difunto, fué con devocion y confianza á besarle los pies, y fué esta devota diligencia remedio tan eficaz, que desde aquella hora se halló mejor, y convaleció de aquella enfermedad. Tambien otras personas merecieron experimentar la eficacia de los merecimientos del Siervo de Dios por medio de un pobre relicario suyo, en el cual había dos reliquias, y un poco de algodon de la caja en que estaba el cuerpo de Santa Madrona. Pudo conseguir este relicario cierto sugeto de Barcelona, llamado Doctor Viñes, el cual hallándose despues atormentado de un terrible dolor de hijada, su mujer, movida de la fe y devocion que tenía á nuestro Fr. Antonio, le acercó el dicho relicario, y fué cosa maravillosa que luego se pasó aquel gran dolor, y se remedió aquel mal.

Cierta mujer de Barcelona, llamada Jerónima Ferrera, se halló gravemente enferma de debilidad y flaqueza de estómago con grandes vómitos, y juntamente dolor de costado, cuyos dolorosos accidentes la habían conducido al extremo. Hallándose, pues, con tanto trabajo en el cuerpo, y oprimido su corazon de mucha angustia, le trajeron el dicho relicario de nuestro Fr. Antonio, advirtiéndole que en él había algodon de la caja de Santa Madrona. Invocó la enferma á la dicha Santa, y juntamente al Siervo de Dios Fr. Antonio; y habiendo cobrado fe y devocion á los dos, le pusieron el relicario bajo la almohada, y luego se vió un efecto prodigioso, porque á aquella enferma, que se hallaba tan cercana á la muerte, prontamente le vino sueño, y durmió dos horas, y desde aquella hora en adelante, sin tomar otro remedio ni medicina, fué de día en dia recobrando la salud hasta quedar enteramente sana. Se aprovechó tambien de la virtud de este relicario otra mujer de Barcelona, llamada María Amell, la cual en muchas de sus necesidades procuraba tener dicho relicario, y lo conservaba cubierto con un velo de la veneranda Madre Serafina capuchina, y confiesa ella misma que invocando á nuestro Fr. Antonio y á la dicha Madre Serafina mereció verse libre no sólo de algunos peligros de parto, sino tambien de algunas enfermedades que ella y una su hija habían padecido. A todos estos sucesos prodigiosos debemos añadir, que abriendo la sepultura despues de año y medio de enterrado el Siervo de Dios, fué hallado su cuerpo entero y tan palpable, como si estuviera vivo: indicios todos de la felicidad eterna que su alma goza en el cielo.

Con motivo de escribir esta vida, ponemos aquí cierta revelacion, con la cual se supo la salvacion de once Religiosos nuestros, que murieron en el convento de Monte-Calvario en un mismo año, que fué el de 1624, de cuyo número fué este Fr. Antonio de Sagarra, de quien acabamos de tratar. Esta revelacion se hizo á cierto Religioso de la misma Provincia de Cataluña, el cual aunque no quiso que se declarase su nombre, pero dió con juramento su relacion en el modo siguiente. « Morando yo el año 1624 en el convento « de Monte-Calvario de Barcelona, quedéme una noche solo en la iglesia, « y á las tres de la mañana poco más « ó ménos oí desde dicha iglesia un « gemido tristísimo y sobremanera lamentable, que duró por espacio de « un *Pater noster* poco más ó ménos. « Causóme algun sobresalto, pero no

« me moví por entónces del lugar en « que estaba. La noche siguiente, acordándome de lo que oyera en la pasada, quedéme solo en el coro, desde « el cual en la misma hora que la « noche ántes oí el mismo gemido, tan « triste y con el mismo tono que el « pasado, que me causó más temor y espanto. Por lo cual á la tercera noche no tuve osadía para quedarme « á solas ni en el coro ni en la iglesia, « sino que me recogí en la celda, y « estando en ella, á la misma hora « que las noches pasadas, oí el mismo lastimoso gemido, tan claro y « tan cerca de mí, que me pareció le « dieron dentro de la misma celda en « que yo estaba, ó debajo en el aposento del calentador, sobre el cual « estaba la celda. Causóme mucho « más temor que las otras veces; « pero cobrando esfuerzo lo que pude, « y sospechando que era alguna alma « necesitada de socorro, habléle con « voz clara y distinta, diciéndole: « Hermano, no me inquietes; si acaso « eres alguna alma necesitada de sufragios, yo te prometo decirte la « misa en despertando á la mañana. « No me respondieron cosa, y yo á la « mañana le dije la misa prometida con « la devocion que Dios me dió. La « siguiente noche ya no oí aquel gemido tristísimo, que oyera las otras « noches, mas empezando á dormir, « me pareció en sueños que me cogían y tomaban con un grande y « apretado abrazo de improviso, y « espantándome yo de ello me dijeron: « No temas, que yo soy el alma que « tu libraste con tu misa del purgatorio; ven conmigo, que tengo « que decirte algo. Dicho esto, parecióme que me bajaba á aquel « lugar, donde yo oí aquel gemido « lastimoso todas las noches, y allí « me dijo: Quiero que sepas, que todos los Frailes que han muerto este « año en Monte-Calvario están en « estado de salud. Mas me parece que « me dijo, que ya todos estaban en la « gloria sino dos ó tres que aun quedaban en purgatorio. Los Frailes « muertos aquel año en Monte-Calvario fueron muchos, y segun me parece once, porque fué el año de las « grandes enfermedades de aquel convento. Estando aun con aquel difunto, me parecía que venía un « Fraile, á quien yo por entónces conocía, del cual me dijo el difunto: « Aquel que ves es del número de los « predestinados. Y en esto desperté, y « jamas se me acordó quién era aquel « Fraile, excepto que era viejo. Pregunté yo á los Frailes vecinos de « nuestra celda, si habían oido el mismo gemido que yo oyera, y dos ó « tres me respondieron que lo habían « oido las tres noches y no más. »

Así explica el sobredicho Religioso esta revelacion, y la manera con que supo la salvacion de los once Religiosos, que en aquel año murieron en Monte-Calvario. El autor del librito, intitulado *Finezas de los Santos Angeles*, refiere tambien este suceso, aunque algo variado en algunas circunstancias, y llama al Religioso que tuvo la revelacion Fray Francisco de Barcelona, Varon tan santo y dichoso, que mereció que la Vírgen Santísima le revelase el dia en que había de morir, segun dice el mismo autor. Para conclusion pondrémos los nombres de los once afortunados Religiosos, segun los hallamos escritos en el segundo tomo de los Originales de la Provincia, y son los siguientes: P. Serafin de Berga, sacerdote — P. Buenaventura de Sarriá, sacerdote — P. Serafin de Torelló, sacerdote — P. Silvestre de Uzeda, sacerdote — Fr. Alejo de Olot, corista — Fr. Alejo de Barcelona, corista — Fr. Antonio de Sagarra, lego — Fr. Buenaventura de Blanes, lego — Fr. Ramon de Villafranca, lego — Fr. Miguel del Arropit, lego — Fr. Juan de Pontmajor, lego.

P. Bernardino de Valencia.

Desde sus primeros años de Religion procuró ser verdadero Capuchino y legítimo hijo del P. S. Francisco en la guarda de la pureza de la Seráfica Regla é imitacion de sus virtudes seráficas. Hizo tan grande aprecio de la perfeccion de su estado, que puso todo su cuidado desde que fué novicio cómo responderia á su vocacion y llegaría á la cumbre de ella, aspirando á ella siempre toda la vida, sin hacer pausa ni volver un paso atras. Preciábase mucho de ser pobre

Evangélico, sin tener ni querer tener á su uso más de lo que le permitía la Regla, un hábito solo, estrecho, humilde y remendado, los pies siempre descalzos, y su breve sueño sobre unas desnudas tablas; su abstinencia fué grande, que apénas comía lo necesario para el sustento de la naturaleza; ayunaba muchas veces á pan y agua; sus disciplinas eran muchas y muy fervorosas.

Fué su Maestro de novicios el P. Serafin de Policio, y con haber formado muchos en cuatro años que ejercitó este ministerio en los principios de la Provincia de Valencia, y muchos perfectos é insigues Religiosos, al P. Bernardino le amó sobre todos por su singular pureza y ferviente espíritu y perfeccion de su vida Por esto siempre procuró tenerle consigo hasta que murió en Alicante, que le ayudó á bien morir con mucho consuelo de su alma.

Era muy dado al ejercicio de la oracion mental, y cuánta consolacion del Señor recibiese en ella su alma y las medras que le comunicaba en ella de espíritu, lo manifestaba en lo exterior, saliendo del trato familiar con Dios como otro Moises más hermoso y resplandeciente y tan recogido interior y exteriormente, que todo iba suspenso en Dios, enajenado y fuera de sí, sin usar sino por fuerza de sus sentidos, que no miraba ni hablaba á nadie y vivía en soledad retirado de los demas. Siendo aun corista se le notaban estos afectos el dia que comulgaba, pues se le veía tener su rostro resplandeciente y hermoso como si fuera el de un ángel, y estos dias era particular su composicion del hombre exterior, y mayor su retiro y silencio, sin comunicar con nadie. Un dia le vieron arrebatado en éxtasis mental en la Iglesia de nuestro Convento de Santa Magdalena. Estos eran los afectos que causaba en él el trato familiar que tenía con Dios en la oracion, y los provechos que de ella sacaba su alma conociéndose en él cada dia mayores.

Mostró con sus padres mucho tiempo la virtud de la piedad, pues estos que se habían visto un tiempo con bienes de fortuna á que ayudaba tambien la industria de su arte, hallándose ya viejos padecieron mucha necesidad, y el P. Bernardino, como buen hijo, procuró remediarlos en todo lo que le fué posible: quitábase cada dia la comida que le daba el Convento y se la enviaba á ellos, contentándose con solo pan y agua, ejercitando á un mismo tiempo dos grandes virtudes, la piedad con sus padres y la abstinencia.

Siempre fué muy humilde el P. Bernardino, pero siendo Prelado lo fué más, juzgándose indigno de la honra; y el temor de la cuenta que había de dar del oficio no permitía se desvaneciese. Fué muchas veces Prelado en su Provincia y en la de Castilla, y de esta fué uno de los primeros fundadores, y en ámbas fué Maestro de novicios, Definidor y Guardian. Fué el segundo Guardian que tuvo nuestro Convento de Madrid y el primero del del Pardo; en el de Santa Magdalena fué juntamente Guardian y Maestro de novicios, y en el de Toledo fué tambien Maestro de novicios, á quienes procuró educar con tanto cuidado que no se pagaba de muchos ni de profesar muchos, ántes mirando más por el bien y aumentos de la Religion, á los que conocía que no habían de ser buenos Religiosos luego los quitaba el hábito y los despedía, con que los que llegaban á profesar la Seráfica Regla eran muy escogidos y fueron muy buenos Religiosos que ilustraron con su ejemplo, predicacion y gobierno sus respectivas Provincias. Enseñábales los caminos de la perfeccion no sólo de palabra pero mucho más con el ejemplo, siendo á todos los ejercicios de humildad y de mortificacion el primero. En los capítulos de las culpas, aunque se mostraba severo en reprenderlas y en las penitencias que por ellas daba, como si él fuera tambien culpado hacía las mismas penitencias que les daba á ellos, haciendo con ellos la disciplina y dejando de comer lo que á ellos quitaba de la comida: de esta suerte los enseñaba con el ejemplo de su vida más que con sus palabras.

El oficio de Prelado lo ejercitó con mucho celo y con mucha prudencia. Cuidaba no sólo de la guarda de la Seráfica Regla, sino tambien y con rigor de la de los Estatutos generales y disciplina regular, que si bien sabía

no obligaban á culpa eran la defensa de la pureza de la Seráfica Regla y la hermosura de la Religion. Era grande la puntualidad y disciplina religiosa con que llevaba todos los actos de la comunidad para que se hiciesen á sus tiempos señalados y con sus debidas ceremonias, asistiendo él á todos, y las faltas hechas en ellos no las dejaba sin castigo, particularmente en los nuevos, diciendo que faltas de comunidad, por esta circunstancia que traen consigo, no merecen perdon. A los nuevos como plantas nuevas en la Religion procuraba mortificar los brios de su naturaleza poco domada, para que no fuesen estorbo para los aumentos de la nueva virtud ni la ahogasen, ántes fuesen en ella echando más hondas raices y se hiciesen más fuertes, y con mayor conato caminasen á la perfeccion, ayudándoles para esto con pláticas de mucho espíritu y de muy provechosa y perfecta doctrina.

No cumplió ménos bien con el ejemplo y obligaciones de Predicador que con las de Prelado: era en el púlpito una antorcha encendida del celo de la honra de Dios; como otro Elías sentía mucho sus ofensas, y con celo grande y espíritu de un apóstol reprendía por ellas á los pecadores, procurando apartarlos de ellas. Procuraba en sus sermones traer la doctrina que conocía había de ser de más provecho á sus almas; no la que deleitase el oido, sino la que penetrase los corazones y sacase lágrimas á los ojos y obrase en ellos la enmienda de sus vidas y arrepentimiento de sus culpas. Predicó en el Reino de Valencia en los mejores púlpitos muchas Cuaresmas, y predicaba todos los dias; todos ántes de amanecer hacía en la Iglesia una rigurosa disciplina, larga oracion, y decía Misa con mucha devocion, pidiendo á Dios con muchas lágrimas diese virtud y eficacia á sus palabras para que obrasen en los corazones de los pecadores. Llegando al púlpito parecía un apóstol abrasado del fuego del celo de la honra de Dios y caridad de los prójimos. Predicaba con afecto grande y espíritu muy fogoso: eran sus palabras saetas que penetraban los corazones; su estilo era llano, con que no se predicaba á sí sino á Cristo crucificado; no buscaba aplausos sino almas que convertir á Dios.

Manifestó este afecto singularmente en dos Cuaresmas que predicó la una en la Parroquia de S. Lorenzo de Valencia y la otra en la de la Villa Real de Alcira, que para poner horror á la malicia del pecado y temor á las penas eternas del infierno con que Dios lo castiga, despues de haber ponderado con muchas razones su rigor y su eterna duracion, tomó una vela encendida y aplicó su llama á su brazo desnudo, quemándose vivo por un buen rato, y dando voces diciendo que por tan breve tiempo no podía sufrir el ardor de aquella pequeña llama de fuego que era como pintado respecto del infierno, ponderó la temeridad del pecador que se arroja ofendiendo á Dios mortalmente á las vivas llamas de aquel fuego por toda la eternidad: con que se estaba el auditorio deshaciéndose en voces y lágrimas, pidiendo á Dios misericordia y llorando sus culpas.

Quiso Dios se manifestase la verdad de las virtudes del P. Bernardino, haciendo muchas y varias pruebas de ellas, ejercitando su paciencia para que con la constancia de esta se descubriese el valor y mérito que tenían. Permitió el Señor que aquellos á quienes más bien había hecho le fuesen no sólo ingratos sino causa de mucho dolor. Ejercitóle tambien un tiempo con unas tristezas y melancolías tan íntimas y molestas que para su naturaleza eran insufribles, y de mucha pena para su espíritu: en nada hallaba consuelo, con tedios y temores grandes; parecíale le había Dios desamparado: acudía á él, dábale voces de lo íntimo de su corazon, lloraba, suspiraba con sentidas lágrimas, y parecía le hacía el sordo, aunque á la verdad nunca era más bien oido y más bien despachado que entónces, pues le daba fuerzas y valor para poder llevar penas que decía él ser imposible llevarlas sin esa ayuda de costa.

Hizo Dios la última prueba de su virtud con la última enfermedad que le dió. Encendiósele fuego en una pierna que se le gangrenaba luego, y para que se viera se la daba Dios para mayor mérito de su alma, la

cura que los cirujanos hicieron servía más bien para martirio de su cuerpo que para su salud. Cortábanle á pedazos las carnes vivas y aplicaban á las heridas frescas polvos y medicamentos tan fuertes que le fué un penoso y prolongado martirio, sin que se le oyese la menor queja, dejando pasmados y edificados á los Religiosos y cirujanos. No se le oían sino alabanzas de Dios por la ocasion que le daba de padecer por su amor, deseando padecer mayores penas y dolores por el suyo; y si Dios le hubiera dado un poco más de vida hubiera sufrido que le cortasen la pierna, pues ya trataban de ello, y él hubiera ofrecido á Dios aquel tormento, aparejado á padecerle por su amor. No se ejecutó por faltarle la vida, pero no la voluntad. Conociendo el peligro en què estaba, con tiempo se previno con los divinos Sacramentos, y habiéndolos recibido todos descansó en el Señor el 22 de Febrero de 1623.

Fr. Diego de Valdigna, Lego.

Fué este siervo de Dios natural de Valdigna, lugar del Reino de Valencia, á quien daba su nombre el Real y antiguo Monasterio de Padres Bernardos (que eran dueños y señores de él en lo temporal y espiritual), de padres muy honestos y muy cristianos. Vióse la bondad de los padres en sus hijos, pues los dos que tuvieron fueron Capuchinos llamándose uno Fr. Diego cuya biografía escribimos, y el otro Fr. Gregorio de Valdigna que murió profeso A nuestro Fr. Diego procuraron sus padres criarle en temor de Dios y santas costumbres, y para esto lo encomendaron al cuidado y enseñanza de los Padres de S. Bernardo del Monasterio de su lugar. Era el niño de natural tan bueno y dócil, que se le imprimía cualquier cosa que le enseñaban. Aprendió no sólo leer y escribir, sino la latinidad y el arte de cantar y música de la Iglesia, en que salió muy diestro; pero sobre todo estudió mejor el de servir á Dios, siendo tan inclinado á las cosas de su servicio que todo el dia lo pasaba el santo niño en la Iglesia, sirviendo las Misas ó cantando como un ángel en el coro las divinas alabanzas con los Monjes. Y siendo ya mayor, cuando se hacían fiestas y regocijos en su lugar, por no hallarse en ellos ó se iba á dicho Monasterio, ó se salía al campo solo con santas consideraciones y rezando el Rosario, y no volvia á su casa hasta que fuese de noche y el ruido de las fiestas se hubiese acabado. Por estas sus buenas inclinaciones era bien visto de los de su lugar, y mucho más de los Monjes Bernardos, que como tenían más conocida su virtud y habilidad, le deseaban tener consigo, deseando fuese Religioso de su Orden. Pero jamas el santo mozo sintió en sí llamamiento á ella, sí muchos á otra más áspera y penitente: y aunque se le ofrecían muchas, no se había aun resuelto á hacer eleccion de ninguna, pensando en cuál de ellas serviría mejor á Dios.

A este tiempo volviendo una noche á su casa solo del campo, unos hombres que estaban escondidos en un puesto aguardando á su contrario, que había de pasar por allí, para matarle, al pasar nuestro Fr. Diego, pensando era el que aguardaban, le dispararon un escopetazo: pero erraron el golpe, ciertamente por divina Providencia. Quedó turbado de tan inesperado suceso: fuése á su casa dando á Dios las gracias de haberle librado de una muerte repentina y desdichada, y revolviendo entre sí, no de dónde le había venido el daño (que bien sabia no tenía ofendido á nadie), sino de dónde le había venido el bien, y por qué había permitido Dios aquel suceso, y los peligros que había en el siglo, y más cuando por la mañana supo por la satisfaccion que le enviaron á dar los que le habían tirado que no le buscaban á él; quedó más desengañado de los peligros del siglo, y cargando más la consideracion sobre lo que pretendía Dios en haberle librado de la muerte, se resolvió consagrarle la vida en la Religion de los Capuchinos, empleándola en ella en su servicio todo el tiempo que le quedaba.

Con este desengaño, que le fué luz de que quería Dios servirse de él en la Seráfica Religion de los Capuchinos, se vino á Valencia, dejando pátria, hacienda y á su padres, y pidió ser ad-

mitido en el gremio de nuestra Orden en el número de los Religiosos legos, encubriendo la suficiencia que tenía para ser de los de coro, escogiendo el estado más humilde para servir á todos. Descubrió luego de vestido de nuestro santo hábito el deseo con que había venido de servir más perfectamente á Dios, pues se señalaba en todo entre los demas novicios en los ejercicios de la Religion; particularmente en el de la oracion era más singular por ser en ella más continuo, manifestando en la ejecucion los afectos de las virtudes que de ella sacaba. Era muy fervoroso y siempre hambriento por padecer por Dios y de hacer penitencias mayores que las ordinarias de la Orden, y tanto que el Maestro había de poner límite á sus fervores negándole la licencia que para ello le pedía.

No aflojó un punto de este rigor viéndose profeso, ántes dobló el cuidado de ser más perfecto, más humilde, más pobre, más obediente, más abstinente, y de darse más á la oracion, y de las demas virtudes seráficas y evangélicas. Su humildad fué tanto más rara cuanto más procuró esconder no sólo lo bueno de la virtud que había adquirido desde niño, sino sus prendas naturales y las adquiridas con su trabajo, pues teniendo muchas para ser Corista, pues sabía muy bien la lengua latina y en el arte de la música era tan diestro que decían los Monjes de Valdigna que podía ser Maestro de Capilla de cualquier Catedral, no quiso ser sino Religioso lego y tan humilde que miéntras vivió en la Religion ni de su boca se supo lo que sabía, ni jamas dió la menor demostracion de arrepentimiento de la eleccion que había hecho de su humilde estado, sí bien muchas de gusto en la ejecucion de los ejercicios humildes del suyo. Escribiéronle sus deudos sentidos de que hubiese tomado el estado de Religioso lego, sabiendo tenía las condiciones necesarias para ser de coro, pero su respuesta fué la de un espíritu muy humilde que estimaba más el ser despreciado y tener el último lugar en la Orden Capuchina que las honras todas del mundo y las de la misma Orden; y no fué esta su estimacion de solas palabras, pues confirmó la suya con obras ejercitándose toda la vida con mucho gusto y prontitud en los empleos más humildes de su estado, sirviendo en ellos á todos, y teniéndose por indigno de servirlos y de su compañía, tenía por dicha se dejasen servir de su cuidado y hacíalo con tanto agrado y con tanta caridad como si en cada uno de los Religiosos sirviera á Cristo Señor nuestro.

El tesoro rico de la santa pobreza tan encomendado de nuestro Seráfico Padre á sus hijos, fué toda su riqueza: más contento con no tener nada, que el mayor señor con las de todo el mundo. Un hábito sólo, estrecho y remendado, una cuerda y unos paños menores viejos era todo su ajuar; siempre llevó desnudos los pies; su celda lo más del tiempo era la Iglesia, y tomaba el sueño muy corto sobre unas tablas desnudas. Cuidaba mucho de las cosas de la oficina que estaba á su cuidado, para que no se perdiesen, dispensándolas con discrecion y con igualdad á los Religiosos, segun lo pedía la caridad y necesidad de cada uno. En todas las cosas iba con cuidado no fuese por su descuido ofendida en nada la santa pobreza.

Fué de los Religiosos más penitentes que se han conocido en su Provincia, siendo opinion que se abrevió la vida con el mucho rigor de sus penitencias, tratando con un odio evangélico á su carne para tenerla rendida al espíritu, castigándola con fuertes cilicios y con extraordinarias y sangrientas disciplinas. Jamas comía la racion, ni aun la escudilla comía; y para más disimular su abstinencia despues de haber dado recaudo al Refectorio, enviaba á comer á su compañero, y saliendo al huerto tomaba unas yerbas crudas y con ellas se sentaba á la mesa y comía con ellas el pan. Otras veces comía sólo unas aceitunas sin otra cosa, pero lo más ordinario con que procuraba disimular más su abstinencia era tomar una escudilla de agua caliente de la que tenía prevenida para fregar los platos y las ollas, sin sal ni aceite, para que pensasen los que le miraban que lo que comía era de lo que había dado a todos, miéntras al contrario sólo comía el pan mojado en aquella agua. De esta suerte ayunaba todas las Cuaresmas

de nuestro P. S. Francisco; y todo el año era Cuaresma para él, y toda la vida un contínuo ayuno de pan y agua, sin comer carne ni pescado, huevos ni otros regalos. Cuanto las fiestas eran mayores, tanto era mayor su abstinencia, haciendo sólo la ceremonia de sentarse á la mesa con la comunidad, no comiendo bocado, todo suspenso y enajenado en Dios y en la consideracion del misterio que se celebraba aquel dia, con que sustentaba á su alma el tiempo que dejaba hambriento y ayuno al cuerpo.

Jamas hallaron los Prelados resistencia á sus mandatos, ni él la halló en sí para no obedecerlos, mostrando gusto grande en ejecutar las cosas de la obediencia. Por este su buen espíritu y ejemplar vida le mandaron la educacion de los novicios legos para que les enseñase las cosas que son propias de su estado y ellos tuviesen en él un ejemplar de un Religioso lego perfecto, de quien aprendiesen humildad, modestia, mortificacion, caridad, silencio y las demas virtudes evangélicas de que era mudo Maestro. Tratábalos con la caridad de un ángel, hablábales con tanta suavidad y amor, y con tanto fervor de espíritu, que los encendía en amor de Dios, que parecían todos unos ángeles en el cuidado y diligencia con que cada uno acudía al ministerio que les tenía encomendado. Procuraba tenerlos desocupados á los tiempos que les señalan las Constituciones para que acudan á los ejercicios espirituales del coro y de la Iglesia y para las pláticas del Maestro, y él y ellos jamas faltaban á ninguno ni de dia ni de noche. Enseñábales con mucho amor las obligaciones de su humilde estado, exhortándolos á que estimasen mucho el suyo, y que cumpliesen con ellas, que en su cumplimiento estaba toda la perfeccion de su vocacion.

Todos los bienes espirituales que tuvo Fr. Diego le vinieron de la contínua comunicacion que tuvo con Dios en la oracion: su memoria le llevaba siempre suspenso, sin perderle jamas de vista. Siempre le miraron en la oracion de rodillas, sin más movimiento que si fuera un muerto. No le embarazaban las ocupaciones exteriores de la obediencia para que apartara de Dios su pensamiento, ántes se valía de ellas para levantar su espíritu á él, y desembarazado de ellas pasaba la mayor parte de la noche en la Iglesia en oracion, continuando la del dia con la de la noche, sin perder de dia ni de noche á Dios de vista, como si fuese ángel del cielo transformado y unido con él con estrechos lazos de amor. Manifestábase esta contínua elevacion de su mente y apretada union de amor con él en la suspension con que se miraba siempre viviendo como enajenado y fuera de sí y con unos ímpetus tan vehementes de amor, que no estando en su mano el resistirlos le levantaban sobre sí mismo, y dejándole privado del uso de sus sentidos le ponían en otra celestial esfera elevado y en éxtasis mental, efecto que lo padecía muchas veces.

Procuró cuanto le fué posible esconder estos dones á los ojos de los hombres: para esto buscaba el secreto y silencio de la noche para orar solo y sin testigos en la Iglesia, y en los más retirados y escondidos rincones del Convento: y era ya ordinario dicho del Prelado, cuando no le hallaban: *búsquenle; que por esos rincones le hallarán arrebatado.* Pero aunque él se escondía tanto, quiso Dios que fuese visto de todos los Religiosos de nuestro Convento de Santa Magdalena. Había dejado ir al monte el Prelado á todos los novicios una tarde, quedando solos en el Convento el siervo de Dios Fr. Diego con las llaves de la puerta y un P. Sacerdote. Aprovechóse nuestro Fr. Diego de la ocasion de la soledad y silencio del Convento: púsose en oracion en su cocina y fué tan fervorosa, que quedó en ella arrebatado en éxtasis mental. Cuando volvió el Prelado con los novicios, llamaron tantas veces á la puerta, que admirado el P. Sacerdote que se había quedado con él, de que no fuese á abrir, salió de su celda para avisarle: buscóle en la Iglesia, en la cocina, en su celda, en la huerta, sin poderlo hallar; dióle muchas voces, sin ser oido; volvió á buscarle otra vez á la cocina y no viéndole en toda ella, levantó los ojos y vióle elevado en el aire más alto que la puerta de la misma cocina. Quedó pasmado á la primera vista y confirmado en la opinion que había de él de

semejantes fervores. Dió noticia de ello al Prelado y fué forzoso que para entrar saltasen algunos Religiosos por las tapias del huerto, porque él tenía las llaves, hasta que volvió del rapto: y vieron todos lo que él tanto escondía, y quedaron con certeza de que gozaba muchas veces de aquel favor cuando pasaba las noches en oracion en la Iglesia y en los lugares más solitarios y más escondidos del Convento.

Comunicóle tambien Dios el don de profecía y que penetrase los pensamientos ocultos del corazon, como lo experimentó en sí el P. Feliciano de Fortanet Sacerdote de nuestra Orden y lo afirmó con juramento, que siendo novicio en nuestro Convento de Santa Magdalena, donde tambien residía el siervo de Dios Fr. Diego, un dia le apretó tan fuertemente Satanas para que dejase el hábito y volviese al siglo, y con razones tan aparentes y conformes á su intento y á la poca experiencia que tenía en el arte de pelear, que se rindió á su persuasion, y rendido se fué, resuelto á no quedar en la Orden, á pedir al Maestro sus vestidos seglares. Yendo ya á su celda le salió al encuentro el siervo de Dios Fr. Diego, y acongojado le dijo: «¿Qué se ha hecho V. C.? que rato ha que le busco.» — Respondióle el P. Feliciano: «Pues, ¿qué se le ofrece á V. C.?» — Díjole entónces Fr. Diego con afecto grande con palabras de mucha caridad: «Deje, Hermano, ese ánimo con que va á la celda del Maestro; mire que le engaña Satanas, que no pretende sino perderle en sacarle de la Orden: por amor de Dios que se quiete y no ejecute resolucion tan en daño de su alma; y sea agradecido á Dios en estimar la merced que le ha hecho en traerle á la Religion.» Quedó pasmado de oirle el P. Feliciano, viendo le adivinaba los pensamientos ocultos de su corazon, que no había comunicado á nadie, y que no podía saberlos sin revelárselos Dios, y que le salió al camino y le estorbó los pasos que el encaminaba para su perdicion. Juzgólo todo por particular aviso de Dios, que se lo daba por su Siervo, y arrepentido de su mal propósito, allí mismo propuso no ejecutarle y perseverar constante en la Orden viviendo en ella profeso y Sacerdote.

No faltó á sus virtudes la reina de todas, la caridad, que la manifestó ardentísima con obras con Dios y con los prójimos, ayudando á sus hermanos en todo lo que podía y pedía su necesidad sirviéndolos como á ángeles; y con estos ojos miraba á todos, estimándolos en su corazon y juzgando bien de ellos. De los enfermos se compadecía mucho, procurándoles con afecto de piadosa madre su consuelo y su regalo.

Echó el sello á todas sus virtudes la de la paciencia manifestando y dejando calificadas las suyas de perfectas: alegre siempre en los trabajos, sin quejarse jamas aunque fuesen muchos, ántes con el hambre de padecer más por Dios; jamas le vieron turbado, ántes siempre con mucha paz y serenidad de ánimo, que la mostraba en el semblante, sin jamas mostrarse alterado aunque fuesen repentinos los sucesos adversos.

Con el rigor de las mortificaciones y penitencias con que se trató vino á quedar tan flaco y sin fuerzas, que acometiéndole una calentura ardiente ya no le hallaron los médicos sugeto para los remedios que ella pedía. Fuéle cada dia apretando más el mal: conoció se le iba acercando el término de la vida y dióse todo á lo interior de su alma para prevenir el aparejo para la jornada. Confesóse con muchas lágrimas, pidió se le administrase el Santo Viático, que recibió con afecto grande de devocion, y armado despues con la virtud de la Santa Uncion, entró confiado en el amor divino en la última batalla con el enemigo, pidiendo al Señor un amor ardiente para la victoria para que fuese mayor su corona, cuyo favor le fué concedido, dándole Dios una tranquila y dichosa muerte, siendo la de este siervo de Dios parecida á su vida, como la de otro Samuel, que desde sus primeros años fué creciendo en tanta perfeccion que fué tenido en su Provincia por uno de sus más perfectos hijos. Murió en nuestro Convento de Valencia á 22 de Febrero del año 1623.

P. Nicolas de Biar.

Los Angeles en carne y en la pureza y serafines en el amor de Dios y verdaderos frailes menores compañeros parecidos en la vida, muerte y subida á los cielos nos ofrece este año de 1624, en el P. Nicolas de Biar y Fr. Buenaventura de Bibel Corista, ámbos de igual virtud y de igual perfeccion, y de la misma opinion de santidad en su Provincia. Amables y hermosos en su vida, ni en la muerte se apartó el uno del otro.

Fué el P. Nicolas natural de la antigua y Real Villa de Biar del Reino de Valencia. En la flor de su edad, ántes que experimentase los engaños del mundo, se consagró á Dios. Conservóse en la Religion con la pureza de un ángel, caminando siempre sin parar á la mayor perfeccion de las virtudes. Fué de vida muy penitente y de rara modestia y mortificacion interior y exterior. Parecía su rostro pálido y mortificado el de un difunto, y lo mostraba tambien en sus acciones como se vió en una procesion general en que iba con la comunidad de su Convento, que cayéndole una teja sobre la cabeza y habiéndole descalabrado y bañado en sangre que le corría de la herida por el rostro y por el pecho, no hizo más movimiento que si fuera un muerto, ni se quitó el capucho, ni sacó las manos de las mangas, ni levantó los ojos, ni dió la menor muestra de su mal, por no perder en aquel acto público la composicion religiosa, hasta que visto de algunos seglares todo bañado en sangre, avisaron á los nuestros que le llevaron á curar á casa de un cirujano.

A este paso caminaba en las demas mortificaciones de su cuerpo, siendo consigo riguroso, en los ayunos de pan y agua, en las disciplinas extraordinarias, en las vigilias y descalsez, siempre desnudos los pies, en la aspereza de la cama de unas desnudas tablas, con un hábito vil y basto cargado de viejos remiendos, preciándose de ser pobre. Era de benigno y mansueto natural, afable y cortes con todos, y por esto amado de todos. Fué Religioso muy espiritual y muy interior, ocupada siempre en Dios su mente; campeó entre sus seráficas virtudes la de la caridad con los prójimos singularmente con los enfermos. Por ser conocida la suya, los Prelados cuando había algunos en sus conventos los encomendaban á su cuidado, y le tenía tan grande de ellos, que les asistía de dia y de noche á todas sus necesidades con la mayor alegría y gusto, que jamas se vió en otro. Dábales la comida y la bebida de su misma mano, asistía á las visitas del médico, ejecutaba puntualmente á sus tiempos lo que dejaba ordenado á cada uno; hacíales las camas, volvíalos en ellas y barríales las celdas y les limpiaba. Consolábalos con razones tan suaves y con modo tan agradable, que era su lengua medicina para sus dolores y alivio de sus penas. No había madre que con más piadoso afecto procurase la salud de sus hijos ni con cuidado mayor solicitase su remedio, su consuelo y su regalo.

Nuestros originales dicen obró Dios por él algunos milagros de que la modestia de los nuestros hizo ahora pobre nuestra historia. Lo cierto es que la vida del P. Nicolas fué en todo admirable y un milagro continuado de la divina gracia, con que piamente creemos llegó con ella hasta su dichosa muerte, como lo manifestó despues de ella su Majestad y verémos luego en la de Fr. Buenaventura de Bibel su individuo amigo y compañero. Murió el P. Nicolas despues de una enfermedad llevada con mucha igualdad de ánimo y recibidos todos los Sacramentos en nuestro Convento de la Sangre de Cristo de Valencia el 10 Agosto del año 1624, dejando de su virtud opinion grande y glorioso nombre.

F. Buenaventura de Bibel, Corista.

Nació en Bibel Fray Buenaventura, lugar del Reino de Valencia, de padres muy honestos y muy cristianos, que procuraron criarle en buenas costumbres y buenas letras; y Dios desde sus primeros años le crió para sí con singulares auxilios de su gracia, á que no se mostraba sordo el santo mancebo, ejecutando los buenos deseos que le daba en apartarse de las compañías que podían ser de daño á su alma, y frecuentar los Sacramen-

tos y otros ejercicios de devocion. Sentía en su corazon un vivo deseo de agradar á Dios más y de hacer cosas grandes en su servicio: juzgó tendría el suyo cabal cumplimiento, si se le consagraba en la Religion de los Capuchinos; resolvióse á su ejecucion, pidió nuestro santo hábito en lo más florido de su juventud, y como le traía Dios á la Religion, facilitó su entrada en ella moviendo á nuestros padres para que le recibiesen y vistiesen nuestro santo hábito; y como era su Majestad el autor de esta obra, que las que comienza no las deja imperfectas sino que lleva hasta dejarlas en la última perfeccion, esta de la vocacion de Fr. Buenaventura la fué perfeccionando con su gracia, poniendo en ella los primores de la suya con los esmaltes de las virtudes seráficas y evangélicas hasta manifestar era obra de sus manos acabada y perfecta. Miráronse en el Siervo de Dios virtudes grandes, grande modestia, humildad grande, pobreza evangélica, obediencia angélica y amor seráfico, y una paciencia de un mártir.

El año 1622 visitó la Provincia de Valencia el General de nuestra Orden P. Clemente de Noto, y teniendo noticia de la virtud y buenas prendas de Fr. Buenaventura que ya había estudiado Artes, sabiendo que en la de Castilla se había de comenzar á leer un curso de Teología le dió patente para proseguir en ella sus estudios, para que más presto pudiese en el púlpito servir á la Religion y ser de provecho á las almas como de su buen espíritu y talento se prometía. Llegó á Madrid donde estaban los estudios; comenzó su carrera y á lo mejor de ella quiso Dios que el que había ido á ser discípulo para aprender letras fuese Maestro de paciencia y diese ejemplos grandes de ella. Dió con él en una cama con una gravísima enfermedad, y para que con ella se manifestase la perfeccion de sus virtudes, fuera de haber sido su dolencia muy larga, por muchos meses enteros, fué juntamente penosísima y asquerosa, pues quedó tullido de sus miembros, su cuerpo lleno de llagas y bocas canceradas llenas de gusanos que se le comían vivo. Las carnes se le caían á pedazos; no podía valerse de ninguno de sus miembros, ni come con sus manos, ni moverse de un lugar. Movía á compasion el verle. Asistióle con increible caridad el P. Lorenzo de Huesca, Sacerdote de nuestra Orden, quien lastimado de verle padecer tantos dolores con tanta paciencia le acudía á todo como un ángel. Fuéle esta enfermedad un prolongado martirio y un Purgatorio penoso: representaba en sus penas al Santo Job, y juntamente representaba su paciencia, como si fuera su fortaleza de piedra como la de él y de bronce sus carnes. Padecía todo este trabajo con tanta alegría y semblante tan apacible y sereno que se admiraban todos, sin oírsele de su boca sino alabanzas divinas repitiendo á cada instante: *Sit nomen Domini benedictum.* Il P. Gregorio de Valles Guardian entónces de nuestro Convento de Madrid, Padre muy grave, que fué Provincial de las Provincias de Valencia y de Castilla y que sabía muy bien hacer de cada cosa el debido concepto, viendo á Fr. Buenaventura padecer insufribles dolores, bañado siempre de increible alegría, que como sol resplandecía entre tantas tinieblas de penas, que no deseaba otra cosa que ver el hermoso rostro de Dios, ocupado siempre en él todo su espíritu, y que gustaba ya de los bienes celestiales, decía: « A ningun hombre he tenido envidia en esta vida sino á este Siervo de Dios que en tan pocos años ha ganado la gloria y tanta como su paciencia promete. » El santo enfermo estaba siempre dando gracias á Jesucristo por la ocasion que le daba de padecer á su imitacion, por su amor, y ofrecíale sus dolores unidos con los que él padeció por el suyo en la cruz. Estos y otros muchos actos de amor, de paciencia, de conformidad con su voluntad, y de sus divinas alabanzas repetía sin parar aguardando la hora de ver á Dios.

Recibió los Sacramentos con igual edificacion de todos, pidiendo humilde perdon de sus faltas y que le encomendasen á Dios para que le perdonase sus pecados; y todo recogido interiormente con Dios, con mucha paz y serenidad interior y exterior le entregó su alma purgada y limpia en el Purgatorio de tantas penas, para gozar el premio ganado con paciencia larga de

las suyas que piamente podemos creer le fué derecho á gozar, sin haber pasado por las del Purgatorio de la otra vida.

De esto quiso dar su Majestad testimonios muy claros, y el primero fué que sin ser conocido de nadie este Religioso en Madrid, por ser forastero y porque había poco que estaba en la Corte, ni á nadie constaba de su virtud ni nuestros Religiosos habían dado á nadie noticia de ella y ménos de su muerte, luego que se sacó su cuerpo difunto á la Iglesia para hacerle los oficios de la sepultura movió Dios los corazones de los de la Corte para que le honrasen por Siervo suyo, que admiraron como admirable nuestros Religiosos el grande concurso que fué á venerarle como santo, no dándose lugar los unos á los otros para tocarle y besarle las manos y los pies y para llevar algo suyo como reliquias. Aquí se notó una cosa más admirable, y fué que como tenía viviendo Fr. Buenaventura la voz muy sonora y devota, por esto en las mayores solemnidades le hacían los Prelados hacer de ácolito por la mucha gracia que tenía en hacerlo, que movía á los demas á devocion y á que cantasen las divinas alabanzas con afecto más devoto, quiso Dios pagarle esta su buena gracia aun en sus funerales. Estando ya nuestros Religiosos en el coro juntos para cantarle el oficio de difuntos, ántes de darle sepultura, como es costumbre, apénas habían entonado el *Regem cui omnia vivunt* etc. entraron en el coro todos los músicos de la Capilla Real de Felipe IV, quienes habiendo visto en el féretro un Religioso mozo hermoso como un ángel (no tenía más que 22 años) se conmovieron, y con un afecto de veneracion dijeron: « Ea, Padres, nosotros hemos de cantar los oficios de este ángel difunto; á esto nos ha traido Dios aquí, nosotros hemos de hacer estos obsequios y cantar este oficio »; y se lo cantaron con tanto gusto y con tan regaladas voces é instrumentos músicos que parecia había bajado una Capilla de ángeles al coro de los Capuchinos. Admiraron nuestros Padres esta accion diciendo: « ¡ Cómo le paga Dios á Fr. Buenaventura sus dulces voces en alabarle, con esta música y voces angélicas de estos señores, que pagándoles y rogándoles otros Príncipes apénas quieren cantar, y aquí ruegan les dejen cantar. *Digitus Dei est hic*, obra es esta de Dios, que aun aquí honra á sus siervos amigos. »

Despues de su muerte, acompañado de su fiel amigo é individuo compañero el P. Nicolas de Biar que ya había muerto tambien en nuestro Convento de Valencia y se habían convidado el uno al otro para la gloria, se aparecieron ámbos al P. Gaspar de Soria Religioso é hijo de la Provincia de Valencia que estaba de Lector de Teología en nuestro Convento de Toledo, muy amigo de ámbos, estando velando y con mucha salud, y le dijeron que se aparejase para morir porque no le quedaban sino muy pocos dias de vida. Y fué tan cierto que aquella misma semana enfermó y murió dentro de breves dias, y estando enfermo los invocaba como á Santos, envidioso de ver que tan presto se habían ido á la gloria, sin poderlos apartar de su memoria por este favor y aviso que le habían dado, deseoso de hacerles compañía.

Estaba en nuestro Convento del Pardo el P. Lorenzo de Huesca (el que dijimos arriba que sirvió con tanto afecto y tanto tiempo á Fr. Buenaventura en su enfermedad), al cual se le apareció y dió las gracias por la caridad que le había hecho cuando estuvo enfermo, dándole á conocer cuando se iba á la gloria. Preguntóle el P. Lorenzo por su estado, y respondióle que estaba en la gloria, y replicóle: « ¡ Es tan grande la gloria! »

Estaba en Bibel una hermana de Fr. Buenaventura con deseos de saber de su hermano, de cómo le iba (no sabía aun que había muerto). Era á mediodía, y estando velando le vió bañado todo de resplandores de gloria, y sin decirla nada desapareció, pues había satisfecho á los deseos que tenía de saber cómo le iba; como si claramente le dijera: « Si deseas saber, hermana, como me va, por estos resplandores de gloria lo sabrás. » Y ella tuvo por cierto que había muerto y que estaba gozando de Dios, y confirmóse despues en su opinion, cuando tuvo aviso de que había muerto. Con todos estos testimonios quiso Dios

darnos á entender como tenía á su Siervo en su gloria y había premiado su virtud.

P. Gregorio de Valles.

PRENDA comun á las dos Provincias de Valencia y Castilla fué Fray Gregorio de Valles: pues en aquella dejó por la Religion el siglo, y en esta dejó por el Cielo la Religion. Entró primero en la del grande Patriarca San Bernardo, logrando por algunos años la oportunidad de tan religioso Instituto en el ejercicio de las virtudes. Pero como Dios tenía dedicado á este gran varon para lustre de la Congregacion Capuchina, le iba disponiendo con ardientes deseos de vida más estrecha y penuriosa, que la que había profesado en la sagrada Familia del Cister, y le parecía que en ninguna parte mejor los podía lograr, que en el gremio de nuestra Orden. Tenía empero grande recelo, de que no pareciese lijera la novedad: bien que en lo interior se le daban bastantes prendas, de que era voz Divina la que le llamaba á esta ardua resolucion. Comunicóla con el Provincial de los Capuchinos de Valencia, que tambien temeroso de la poca constancia que estas mudanzas suelen tener, le fué deteniendo con suavidad, hasta poder asegurarle y asegurarse de la conveniencia espiritual, que este tránsito prometía. Viéndole, pues, fijo y perseverante en su vocacion, se determinó á darle el hábito, y Fray Gregorio le recibió con grande consuelo y satisfaccion de su espíritu.

Empezó, pues, la carrera del Noviciado, instituyendo en él una vida propia más de ángel que de hombre, no sólo con ejemplo, sino con admiracion de los Religiosos. Era humildísimo en el afecto y en el efecto: y así el primero en fregar, barrer, servir á los enfermos, asearles y limpiarles las celdas, teniendo por tan propia esta ocupacion, que ó no dejaba parte en ella á los demas, ó si la tenían se quejaba tan sentido de esto, como pudiera el más ambicioso si le arrebataran alguna suprema y pretendida dignidad. Seguía con puntual fidelidad la contínua tarea de ejercicios á que nuestra Comunidad asiste, en especial los de la oracion vocal y mental, empleando en esta todo lo que de tiempo le quedaba entre noche y dia. Y como la exterior compostura es índice del recogimiento interior, la modestia afable de su semblante, la moderacion de todas sus acciones daban bien á entender cuan corregido andaba su espíritu.

Profesó, pues, con grande aceptacion de los Religiosos, que se tenían por felices de ver asegurado en su compañía un ejemplar de virtudes tan excelentes. Luego que Fray Gregorio se halló con la obligacion de los votos, se la impuso particular de caminar por todos los medios posibles á la perfeccion evangélica. Reconocía el beneficio grande, que había recibido despues de tan vivos deseos, y anhelando á la recompensa, determinó añadir (ayudado de la Divina gracia) á la vida comun y ordinaria de la Comunidad, ventajosos y singularísimos ejercicios de oracion, mortificacion y retiro de criaturas; multiplicando como fiel siervo que esperaba la venida de su Señor los talentos de la profesion religiosa, y solicitando con ellos mayor número de merecimientos y de coronas. Tanto le arrebataba la consideracion de lo celestial y más cuando se hallaba en el coro, que elevado sobre sí mismo y ajeno de lo que á sus mismos ojos se obraba, solía muchas veces ó errar ú omitir las ceremonias que en tales ocasiones se observan, pagando en confusion lo que conseguía de suavidad.

Su devocion á la Santísima Vírgen María era sobre todo encarecimiento. Celebraba las festividades de esta soberana Señora con sumo gozo, habiéndose preparado para ellas con ayunos, vigilias y otras austeridades, mal satisfecho en todas, porque las juzgaba insuficientes y desiguales al ardor de su corazon, y más á la grandeza del objeto que tanto amaba. Rezaba de rodillas el Oficio parvo siempre que no se decía en el Coro, y la Corona todos los dias en la misma disposicion, postrado en tierra cuando llegaba á aquellas palabras del Ave María: *Bendito el fruto de tu vientre* JESUS. Ningun dia dejaba pasar sin celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y si tal vez se lo estorbaba alguna inevitable ocu-

pacion ó indisposicion, quedaba con grandísimo sentimiento; porque conocía el singular fruto que de este incruento Sacrificio resulta así á los vivos como á los difuntos, sin que la participacion de los unos impida la de los otros, porque es infinito el manantial de que proviene.

Había adquirido el Siervo de Dios crédito tan comun así de virtud como de prudencia, que los Prelados de la Provincia le fueron ocupando en los oficios de Guardian y Definidor, á que correspondió siempre con tanto acierto que vino finalmente a conseguir el Provincialato, ó á ser llamado á él contra todo el dictámen de su humildad. En este último grado de Prelacía descubrió su talento mayores luces. Era apacible y dócil, y como fiaba poco de sí, se aconsejaba en los negocios de dificultad con los que tenía por más doctos y los estimaba y honraba mucho. Por este medio conseguía que sus resoluciones fuesen siempre acertadas y admitidas con universal aprecio y veneracion. Y á la verdad siempre se encaminaban á la mayor gloria de Dios, utilidad de la Provincia, y aprovechamiento espiritual y temporal de los Religiosos, que sin dejar de amarle le temían, y temiéndole le amaban; que es todo lo que de los súbditos puede conseguir el Prelado.

Resplandeció con singularidad en la mansedumbre y paciencia. No conoció la colera, tan dueño siempre de sus pasiones que sin padecer el menor desórden en ellas, las usaba segun lo pedían los accidentes que ocurrían en el gobierno. Vióse esto en muchas ocasiones: referirémos una por las demas. Impuso á un súbdito cierto empleo á todas luces justificado, pero tan mal recibido del que le había de ejecutar, que no sólo se negó á la obediencia, pero poseido de un mal espíritu se explicó con palabras á la verdad ajenas de lo que pedía su obligacion. Con las más suaves y cariñosas intentó el Varon santo rendir aquel ya casi despeñado alvedrio, imitando á Dios que procura rendir los nuestros ántes con medios blandos que rigurosos. Perseveró tenaz el súbdito con grande sentimiento de los que sin pasion conocían cuán razonable era el precepto y cuán injusta la resistencia. Pedían á Dios con copiosas lágrimas y caritativa oracion moviese á penitencia aquel ánimo inobediente. Pedíalo aun más tierno y compadecido el P. Provincial, ofreciendo en su interior sacrificios fervorosos de caridad por aquella oveja descarriada.

Díjole entónces el compañero, que era acaso de más rígida condicion: « ¿Por qué, oh Padre, toleras tanto, « y no nos has mandado ya que en« terremos vivo á este hombre? — « Porque es oveja de mi rebaño (res« pondió Fray Gregorio) y he de dar « de ella cuenta exquisita á Dios, que « en su Santa Escritura dice que no se « ha de quebrar ni destrozar la caña « hendida, ni apagar del todo el leño « que humea. Está ciego este Fraile, « y casi á las puertas del mismo in« fierno: apretarle con la autoridad « del oficio, fuera acabar de precipi« tarle, y es daño horrible la perdi« cion de una alma, por la cual dió la « vida un Dios. » Había el Provincial de partirse luego de aquel Convento, y despedido ya de la Comunidad, se volvió al reo de tanta culpa, y le dijo: « Con mi autoridad queda un Religio« so de esta Familia, para que si te « reduces á mejor acuerdo, pueda « absolverte. Por las entrañas de Jesu« cristo Crucificado, te pido, hermano « é hijo mio (prosiguió abrazándole y « puesto de rodillas delante de él), que « te acuerdes de que has hecho un « voto de obediencia, y que respeto de « él es Dios tu acreedor, que tiene un « infierno con que te podrá castigar, « si perseveras en tu dictámen. Rin« dete, carísimo hermano, á su vo« luntad y la mia, y rompe la prision « en que yaces, que ahora puedes si « das lugar á la Divina gracia, y si « esta te desamparase, te quedarás en « tu impenitencia. »

Partióse, pues, el caritativo Prelado, continuando las súplicas á la Divina misericordia por aquella alma que dejaba en tanto peligro. Pero como estas súplicas nacían de principio tan noble, no quiso Dios que se malograsen, y conociéndolo así el P. Gregorio por luz particular del Cielo, apénas había caminado un limitado cuarto de legua, cuando volviéndose al compañero con notable alegría, le dijo: « Muy presto, Padre, ha de remediar Dios á aquel

Religioso.» Sucedió así, porque herido de verdadera penitencia el corazon del inobediente, buscó al Guardian, y lleno de lágrimas le pidió le diese licencia para ir en busca del Provincial, y pedir le perdonase el cometido crímen y por él le impusiese saludable y condigna satisfaccion.

Alegróse mucho el Guardian, y queriendo ser compañero de accion tan del gusto de Dios, alcanzaron ámbos al insigne Prelado. Arrojóse á sus pies el ya reconocido súbdito, besábalos y regábalos con copiosas y tiernas lágrimas, confesando á voces su culpa y pidiendo de ella misericordia Levantóle en sus brazos Fray Gregorio, llorando tanto de regocijo, como el súbdito de dolor. Hizo el Provincial amorosas gracias á la piedad Divina, porque no menospreciando sus ruegos, había librado á aquella alma del cautiverio de Satanas. Esforzó y consoló con cuerdas y suaves voces al penitente, diciéndole que no le admiraban caídas, que él hubiera incurrido con mayor gravedad si Dios le hubiera desamparado; pero que le pedía no olvidase el sumo beneficio que Dios le había hecho por las oraciones de sus hermanos. Mandó al Guardian que se restituyese luego al Convento, y recrease á los Religiosos por suceso tan alegre y útil al ejemplo de toda aquella Comunidad. Volvió el ya reconocido y reconciliado súbdito á ponerse á los pies de su Prelado, pidiéndole la penal penitencia en que había incurrido y á cuya ejecucion se ofrecía con humildísimo rendimiento. «Me edificas con él, respondió al Va« ron santo, ahora no es tiempo, para « en adelante haré acaso lo que me « ruegas, así por tu consuelo y mérito, « como por la pública satisfaccion que « uno y otro debemos dar.» De esta suerte se dividieron, no acabando de admirar y alabar el súbdito la paciencia, prudencia y mansedumbre de su Prelado, el cual despues de algunos dias envió ordenada al Guardian de aquel Convento la penitencia que el Religioso había de hacer: y aunque no fué tan blanda como lo había sido la absolucion, halló en el ánimo del que la había de cumplir tanta blandura y docilidad que quedaron todos edificados, confundido el demonio, y el santo Provincial con nuevos créditos de justificado y caritativo.

Estos influyeron con eficacia para que la Provincia de Valencia se valiese de su persona en órden á la fundacion de la de Castilla. Entró con este fin en la Corte, donde continuando el ejercicio de las virtudes, en que nunca pudieron entibiarle las ocupaciones antecedentes, se dió muy luego á conocer, así dentro como fuera de casa, por sugeto en que había depositado Dios largos y copiosos dones del Cielo. Tenía singular gracia en hablar de materias espirituales, por lo cual fué llamado de la Señora y venerable Infanta Sor Margarita de la Cruz, Religiosa en el Real Convento de Descalzas Franciscas, cuyas raras virtudes dieron tanto ejemplo, como admiracion á la Cristiandad. De la primera vez que oyó esta Señora al Siervo de Dios, le quedó tan aficionada que fueron muchas las que despues lo solicitó, confesando que no había jamas comunicado con sugeto alguno, que con tanta suavidad y dulzura hablase de las perfecciones de Dios como Fray Gregorio de Valles. Nunca molestaba su conversacion, aunque se dilatase en ella por largo espacio, ántes dejaba á los que le oían ansiosos de volverla á gozar.

En este tan fructuoso modo de vida pasó muchos años, hasta que siendo Guardian de nuestro Convento de Madrid, empezó á padecer una calentura contínua. Hallándose, pues, muy debilitado, y reconociendo que no podían llegar á la malignidad de su indisposicion los remedios que empleaba la medicina, trató de prepararse para morir. Recibió con ardientes y fervorosos actos de caridad el Sagrado Viático; y previniendo ya muy cercana (quizá con profético conocimiento) la venida de su Señor, dió prisa á que le ministrasen la Uncion-Extrema, que recibió con tanto acuerdo y ánimo como si se hallara con la más constante salud. Quedó despues con grande quietud y alegría, y adorando tierna y afectuosamente la Imágen de Cristo Crucificado que tenía en la mano, se fué acercando poco á poco á la puerta de la eternidad que es la muerte, por donde entró dejando á los súbditos muy desconsolados por una parte, por otra muy satisfechos de que á vida tan ajustada, á muerte tan prevista,

se habría seguido la inefable gloria del Cielo. Murió en 1624.

P. Lorenzo de Pallarols.

En el convento de nuestra Señora de las Ermitas de Gerona murió el P. Lorenzo de Pallarols, pueblo de la Sagarra, el cual en el poco tiempo que vivió en la Orden no se olvidó de su aprovechamiento espiritual, atendiendo y caminando á la perfeccion con particular cuidado. No obstante en la misma noche en que murió se apareció á cierto canónigo de la iglesia mayor de Gerona, con quien ántes había tenido alguna amistad, y le dijo que se hallaba en el purgatorio por algunas flojedades en las cosas de la Religion, suplicándole que rogase á Dios por él; pero pasados tres dias volvió el difunto, y le dijo que ya estaba en la gloria. El P. Andres de San Martin, amigo de este Religioso difunto, mereció tambien que se le apareciese, dándole la feliz noticia de estar ya en la gloria. Fué su muerte el año 1622.

P. Felix de Villalonga.

En nuestro convento de Tarragona murió el P. Felix de Villalonga, Religioso que se señaló en el fervor con que hacía las disciplinas y demas penitencias, y perseverando algunos años con el mismo espíritu y rigor en la disciplina regular, le envió Dios una enfermedad grave y tan larga, que le afligió siete ú ocho años, la cual llevó con admirable paciencia, y al fin pasó de esta vida con todos los Sacramentos. En la hora en que murió, estando un Religioso Observante en su mismo convento de Tarragona recogido en su celda, vió que un Capuchino se estaba muriendo, y que su alma subía á los cielos con una estola blanca, y saliendo de la celda para comunicarlo con algun otro Religioso, oyeron que la campana de nuestro convento tocaba á difuntos. El dia siguiente yendo de camino el dicho Religioso Observante, y hallando dos Religiosos nuestros, les preguntó si el dia antecedente había muerto algun Religioso en nuestro convento y á qué hora, y al fin se vino á averiguar, que la vision que tuvo fué en aquel mismo punto en que el sobredicho P. Felix de Villalonga había espirado. Murió este Religioso el año 1624.

P. Severo de Lucena.

Fray Severo de Lucena, Sacerdote de nuestra Provincia de Castilla, parece haber tomado el hábito de los Capuchinos en la de Valencia, aunque no lo advierten nuestros antiguos Originales. Imprimió un epítome de su vida un hermano suyo, llamado Don Sebastian de Tobar, sacado de la informacion que de ella hizo Don Fray Antonio de Biedma, del sacro Orden de Predicadores, Obispo de la Santa Iglesia de Almería.

Fué, pues, Fray Severo de ilustre y generoso linaje, y nació en Lucena, pueblo insigne del obispado de Cordova, en el reino de Andalucía. Entró jóven en la Religion de los Capuchinos, permaneciendo en ella ejemplar glorioso de las virtudes más excelentes, cuyo ejercicio parece llegó á restituirle al estado primitivo de la inocencia, y por él al imperio sobre los brutos, como se vió en una ocasion, en que caminando y poniéndose á rezar las Horas Canónicas debajo de la copa de un árbol, mandó á las aves que en ella había que le ayudasen á alabar al Señor. Obedecieron prontas, y haciendo Fray Severo un coro, en la forma que las concedió la naturaleza respondían ellas con otro, y de esta suerte lo continuaron hasta que el Siervo de Dios puso término á su tarea.

Con las singulares ilustraciones que por la oracion adquiría, predijo varios acaecimientos ántes que sucediesen. Uno de ellos fué el de su muerte, como despues verémos. Manifestaba á muchos para provocarlos á penitencia los más ocultos vicios del corazon. No sola una vez aconteció pedir de improviso licencia al Prelado para salir de casa y entrar en las de algunos para ayudarlos á bien morir, habiendo conocido por divina revelacion la fatiga en que los hallaba despues. Otras veces buscaba encaminado del mismo espíritu á los que se hallaban

discordes hasta querer beberse la sangre, y de esta suerte concilió muchos ánimos y evitó muchos homicidios.

Consiguió aceptacion universal con todo género de personas, singularmente con las de calidad más excelsa, que así en España como en otras Provincias seguían su dictámen y abrazaban sus resoluciones, venerándolas como oráculos, ya se ordenasen al comun beneficio de la República, ya al particular de la Religion: con que la pudo propagar en copioso número de Conventos. Era tan grande la energía de sus palabras, que nada persuadía que no alcanzase. Entre otros Príncipes que le fueron apasionados deben contarse tres: Don Juan Fernandez de Velasco y Tobar, Condestable y Presidente de Castilla; Don Juan de Zuñiga Avellaneda y Bazan, Conde de Miranda y Presidente de Castilla; y Don Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Duque de Lerma y Primer Ministro del Rey Católico: los cuales todos solían decir que, aunque hubieran tenido la infelicidad de haber nacido entre Infieles, sólo con oir á Fray Severo de Lucena vinieran al conocimiento de las verdades de nuestra Santa Fe. De aquí nació que cuando el Duque Cardenal dejó la Corte y se retiró á Lerma, llevó consigo al Siervo de Dios y le conservó en su compañía por mucho tiempo, confesando con grande ingenuidad que debía á su comunicacion el desengaño, serenidad y consuelo con que se hallaba.

Como vivió por tantos años en la Provincia de Valencia, era en ella tan venerado que hasta los mismos bandoleros oían con aprecio su nombre. En varias ocasiones se encontraba con ellos: exhortábalos, reprendíalos con tan vehementes razones, que rendidos muchos á ellas, dejaban aquel torpe ejercicio y se reducían á hacer penitencia de sus pecados. Habíase hecho tan dueño de esta desaforada gente, que los pasajeros, para caminar seguros, sacaban firmas del Varon santo, y mostrándolas á cualquiera de los bandidos, no sólo no experimentaban en ellos violencias, pero ántes hallaban amparo contra cualesquiera peligros.

Profetizó, como ya notamos, muchos años ántes de su fallecimiento, la parte en que le había de hallar la muerte, que fué el Convento de la ciudad de Antequera, cuya fundacion se debió á su ejemplo y solicitud. Discurrió despues por Francia é Italia, y habiendo vuelto á dicha ciudad y enfermado de riesgo en ella, conoció que le llamaba Dios á patria más segura y dichosa. Recibió los Santos Sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Uncion con sumo gozo y tranquilidad de su espíritu. Dictó pocas horas ántes de espirar una carta para Don Sebastian de Tobar su hermano, Secretario del Rey, significándole con admirables claúsulas el consuelo con que salía de esta vida. Despidióse de los Religiosos y de otras muchas personas que se hallaron presentes, causando en todos sus palabras grande edificacion y ternura. Y despues de haber oido la Pasion de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio de San Juan que pidió le leyesen, lleno de Fe, de Esperanza y de Caridad, salió de este siglo dia 20 de Enero de 1624, que dedica la Iglesia al invicto Mártir San Sebastian. Apénas espiró, cuando empezaron á celebrar su felicidad con lágrimas y elogios, así los domésticos como los seculares, que movidos por superior impulso acudieron luego al Convento, desde el menor hasta el mayor de la ciudad y comarca toda, á ver y venerar el santo cuerpo y á solicitar alguna prenda que hubiese merecido el contacto á él. Fué tan grande el número de gente que concurrió, que sobre haberse dilatado el entierro espacio de dos dias, fué necesario para no dejar desconsolada la devocion de muchos que no pudieron entrar en la Iglesia donde estaba expuesto el cadáver, sacarle en procesion por fuera de la ciudad, resonando alegres gemidos y tristes alegrías de los que por una parte se gozaban en tan dichoso tránsito, y por otra lloraban la pérdida de varon tan esclarecido.

Depuso despues Fray Hermenegildo de Montblanc su Confesor, Religioso docto y de singular espíritu, que era entónces Lector en el Convento de Antequera y fué despues Definidor en la Provincia de Cataluña, que había sido asistido Fray Severo en su enfermedad con muy particulares favores

del Cielo, en que se le habían manifestado tan soberanas cosas que no era la lengua suficiente para explicarlas. Reveló tambien que había oido el enfermo una suave voz, que saliendo de entre inefables luces le dijo: *No temas, que serás salvo*, con la cual se llenó aquella alma de tan inmenso gozo, que insensible por él á los penosos accidentes de su dolencia, sólo sentía no acabase ya de llegar el término último de la vida, y con él la posibilidad de ver á su Dios. Crecieron (añadió Fray Hermenegildo) tanto estas amorosas y ardientes ánsias, que hasta que se lograron, tuvieron al Varon insigne en un espiritual y duro martirio, quizá en lugar del que había deseado en antecedentes afectos, cuando pretendió ir á la Mision de los Idólatras de aquella gran parte del mundo que estaba sumergida en las tinieblas de la infidelidad.

Viviendo Fray Severo y despues de su muerte ha obrado el Señor muy particulares misericordias y maravillosos efectos con los devotos y encomendados de este Varon en diversas aflicciones y trabajos, por haber invocado su patronicio. En especial le han experimentado muchas personas que estaban privadas del uso del oido, y con sólo aplicar á él alguna reliquia del Siervo de Dios, quedaron libres del embarazo que padecían.

P. Pedro de Barbastro.

Cierra gloriosamente el escuadron de ilustres varones que dió en este año de 1624 al Cielo la Religion de los Capuchinos de España Fray Pedro de Barbastro, Predicador, que engendró á la vida monástica la Provincia de Aragon, y envió al descanso eterno la de Castilla desde nuestro Convento de Madrid. Nació, pues, Fray Pedro en Barbastro, ciudad del Reino de Aragon, y desde sus primeros años se dedicó primero al ejercicio de las virtudes y despues al de los estudios; y en ámbos consiguió tan singular aprovechamiento, que con el crédito de virtuoso y demonstraciones de docto, vino á llegar á la Cátedra de Prima de Teología Escolástica en la Universidad de Huesca, la cual regentó diez y siete años con no comun aplauso y utilidad grande de sus discípulos.

No era ménos buscado en el Confesonario que en las Escuelas, y el escrúpulo que concebía en resolver materias de fuero interior junto con los fervorosos deseos que ocupaban su ánimo de vida más quieta y estrecha, empezó á inclinarle al estado de Religion. Despreciando, pues, el temporal aumento que sus muchas letras le debían ocasionar, y pisando las conveniencias y veneraciones del mundo, se determinó á asentir á la Divina vocacion, vistiendo el sayal de los Capuchinos, que muy luego experimentaron el buen espíritu que les había traido á Fray Pedro en las veras con que abrazó las austeridades y observancias de nuestro penurioso Instituto. Su humildad era la más profunda, su obediencia la más rendida, su mortificacion la más universal y contínua. Y conociendo que las espirituales armas de que se recela más el demonio, son el ayuno, la oracion y el silencio, puso el mayor conato en valerse de ellas, segun todo lo que la licencia del Maestro y ocupaciones de la Comunidad se lo permitían.

Como había sido en el siglo sugeto de tanta autoridad y podía esta haber engendrado en su ánimo alguna especie de elacion, cuidaban mucho así el Guardian como el Maestro de mortificarle y humillarle en todas las cosas; pero á este celo de los Prelados parecía hacer competencia el fervoroso aliento del siervo de Dios, y ya cuando Novicio ya despues de profeso, era centro en donde paraban (pretendiéndolo así su solicitud) los ministerios más humildes de la Familia, de que no sin grande violencia permitía que tuviesen parte los demas Religiosos jóvenes. Era toda su ánsia reparar las quiebras que se le representaban de la vida seglar: y para este fin, como otro San Antonio en el yermo, de cada uno de los Religiosos que veía más atentos al aprovechamiento espiritual se había señalado la imitacion en alguna especial virtud, y solícita aveja, libando flores varias iba fabricando el más sabroso y más escogido panal, de cuya dulzura participada en los retiros de la oracion no quedaba ajeno su espíritu, á quien

daba Dios á gustar singulares consolaciones, y á que correspondía Fray Pedro, solicitando con incansable aliento nuevas ocasiones de servir, de agradar y de merecer las Divinas misericordias que iba cada dia experimentando más abundantes.

Al paso, pues, que crecía en años, se iba adelantando en virtudes, que con el esmalte de sus grandes letras, muy luego le representaron digno de ocupar los mayores puestos para el gobierno de su Provincia y aun de toda la Religion; y así fué llamado al Provincialato con universal aceptacion de todos los que con ingenuo y desapasionado conocimiento deseaban los progresos del bien comun. Mucho afligió á Fray Pedro esta pretension de los Prelados; pues, sobre tenerse por el ménos idóneo para empleo tan superior, apetecía la quietud de la celda y el retiro de criaturas, como medio más proporcionado para su espiritual aprovechamiento. Resistióse con cuanto esfuerzo le fué posible, alegó en defensa de su dictámen todas las razones que ocurrían á su humildad; pero todas en vez de apagar el conato de la Provincia, le encendían á más constante resolucion de que fuese cabeza suya el que ántes había sido ejemplar de la vida más religiosa. Compelido al fin de tan repetidas instancias, y no pudiendo ya dudar que el no rendirse á ellas sería oponerse á la Divina voluntad, sujetó la cerviz al yugo y entró á ser Provincial, para ser como dice nuestro Seráfico Patriarca, siervo de todos los que en adelante habían de seguir su obediencia.

Dícese en adagio comun que muda las costumbres la dignidad, y en la de Fray Pedro se vió esto verificado, porque hizo mudanza conocida despues que se halló con las obligaciones de Superior. Pasó, pues, de vigilante á vigilantísimo, de austero á más austero, de caritativo á mayores incendios de caridad; y en fin reconociendo que lo que es fervor en el súbdito debe aumentarse en el Prelado para no parecer tibieza, procuró adelantarse tanto en todo género de virtudes, considerado el nuevo carácter, que pudieran juzgarle otro. A lo ménos es cierto que puesta esta luz sobre el candelero, si no aumentó los rayos, los extendió hasta esfera más dilatada, dando á toda la Provincia el mismo apostólico ejemplo que ántes daba á un Convento solo. Hermanó con singular destreza las activas solicitudes de Marta con los suaves ocios de María. Sin faltar al Coro ni á otro acto alguno de Comunidad, correspondía al consuelo de los súbditos, al agasajo de los devotos, y á lo demas en que le empeñaba la política religiosa, haciendo caber en poco tiempo ocupaciones de muchos dias. Tomó muy á pechos el que se conservasen las santas observancias y ejemplares estilos de la Provincia, ya en lo que tocaba á lo sustancial de la Regla y á lo accidental de las ceremonias. Procuraba ser más amado que temido, con que consiguió ser temido con amor y ser amado con reverencia: y aunque usaba promiscuamente y segun lo pedían los accidentes, de la vara que se llama hermosura y de la que tiene por nombre azote, segun enseñó Zacarias, y es preciso para apacentar racionales reses, sin embargo era más blando que riguroso, y como corazon que late más á la mano siniestra que es la más flaca, se inclinaba con mayor propension á medicinar humanas flaquezas con latidos de misericordia que con heridas de severidad y justicia.

Cuando salía á la Visita de los Conventos, y desde ellos á las de personas seglares á que le llamaba la obligacion, era tan sin perjuicio de su interior recogimiento, como si fuesen yermos las poblaciones. Había alcanzado tal mortificacion de sentidos, que veía sin mirar, oía sin atender, reconcentrado siempre en sí mismo y sin perder jamas la Divina presencia de que gozaba con hábito constante su corazon. Aunque esto sucedía, como hemos dicho, receloso siempre el Siervo de Dios de que se distraía en las precisas exterioridades del oficio que le ocupaban parte del dia, gastaba la mayor de la noche en el ejercicio de la oracion, preciso á quien gobierna, si ha de gobernar con utilidad ajena y sin riesgo propio.

Acabó su gobierno, y con él tambien acabaron el recelo propio y consuelo ajeno, quedando toda la Pro-

vincia como huérfana, por la falta de Padre tal. Nunca Fray Pedro estuvo más gozoso que cuando, acabado el Provincialato en que padecía á la verdad violencia, se halló libre en el centro de una vida particular. No volvió en ella á los ejercicios antecedentes, porque no los había dejado: volvió empero á la mayor oportunidad de asistir á ellos. Llenábase de gozo, considerando que podía aplicar entero el tiempo y el cuidado hácia su bien espiritual, sin tener precisas ocupaciones en que partirle. Despues de todo el Coro, despues de haber acudido á la enfermería y ejercitádose en hacer las camas, en limpiar los vasos inmundos, en barrer las celdas, se restituía á la suya, no con la obligacion de responder á cartas, de satisfacer á quejas, de ocurrir á inconvenientes, de suavizarse á desconsuelos, que es lo que de ordinario embaraza y molesta á los Provinciales, sino con la santa y deleitable libertad de dedicarse al gustoso estudio de alguna de las cuatro Teologías Escolástica, Mística, Expositiva y Moral, todas tan propias de su profesion y tan fáciles á su aventajada capacidad.

Predicaba con vehemente espíritu y elocuencia, reprendía con apostólico rigor los vicios y más los de escandalosa publicidad, y en fin eran rayos sus voces que atemorizaban y herían en los pechos más obstinados. Los sugetos más nobles, si eran destemplados, hallaban en él por estimaciones correcciones. Al contrario tenía grande respeto á los virtuosos y corregidos, aunque fuesen de los más abatidos de la República. Empeñaba la predicacion á Fray Pedro en largos y penosos viajes, y él los hacía sino más largos, más penosos con la severa ley de abstinencia que en ellos se imponía. Nada más deseaban los hermanos de la Religion que agasajar y aliviar al Siervo de Dios cuando entraba en sus casas, por el singular afecto, devocion y veneracion con que en ellas le recibían; pero él nada más deseaba que frustrar estas prevenciones, bien que por no desconsolar á los huéspedes ni quitar al compañero la confianza, se valía del disimulo y dando á entender que comía, entónces se levantaba más ayuno cuando era la mesa más regalada. Volviendo una vez de predicar á casa de la hermana que en aquel lugar recibía á los Religiosos, la preguntó si había oido el sermon. Respondió la mujer: « No, Padre, ni el sermon ni Misa he oido; pero Dios me perdonará, porque he estado muy ocupada en prevenir lo que han de comer. » Sintió Fray Pedro con sumo dolor la indiscrecion, y volviéndose á la mujer la dijo: « No quiera Dios, hermana, que yo admita comida que se ha comprado con tanto precio. » Tomó el Breviario, dijo al compañero que le siguiese, y llegaron ámbos al Convento ya muy de noche, sin haberse desayunado.

Fué uno Fray Pedro de los que vinieron á la fundacion del Convento de Madrid, para facilitarla con la autoridad y despues santificarla con el ejemplo: dejando en él regla ajustada á la Evangélica perfeccion, de que se pudiesen valer los que en adelante abrazasen nuestro Instituto. Salió de su Provincia con muy corta salud, con que fué mucho lo que padeció en el camino, porque nunca le pudieron vencer dos Religiosos que traía por compañeros, no sólo á que se pidiese, pero ni aun á que se admitiese cosa alguna de más regalo para socorrer su debilidad. Una persona muy devota que los encontró en un lugar, compadecida de la mala disposicion con que el santo Fray Pedro iba, hizo grande instancia á los compañeros para que llevasen una ave y unos panecillos, porque era muy pobre la tierra que habían de pasar inmediatamente. Escarmentados de algunos lances antecedentes se resistían á esta proposicion; pero compadecidos de la flaqueza de Fray Pedro, y no pudiendo ya negarse á las instancias del bienhechor, admitieron aquel alivio. Súpolo el austero varon despues, y dando por penitencia al que lo llevaba el que caminase dos dias con aquel peso, le alijeró de él dando el ave y los panecillos para los pobres de un Hospital por donde pasaron.

Volviendo á su Provincia, despues de algunos años que estuvo en esta, siendo espejo de las más heróicas virtudes, llegó á un Convento en ocasion de haber de celebrarse en él la fiesta del Santísimo Sacramento, Misterio

soberano de que era con singularidad devoto. Pidiéronle predicase; pero negóse, porque el Predicador de la casa lograse el sermon que tenía estudiado. Instáronle á que dijese la Misa principal del dia; tampoco lo admitió, diciendo había ya hallado ocupacion en que cooperar á la Fiesta, y fué vestirse un roquete é ir en la Procesion incensando el Santísimo Sacramento. En un Juéves Santo estuvo de rodillas delante del Monumento todas las veinte y cuatro horas que descansó en él el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo: constancia increible, si la gracia no hubiera fortalecido la naturaleza.

Era dotado de singular claridad de ingenio para resolver cuestiones difíciles así de la Sagrada Escritura como de la Teología Moral; por lo cual daba á cualquiera escrúpulo de conciencia breve y conveniente satisfaccion. Tuvo noticia de esto el Conde Duque primer Ministro del Rey Católico, Don Felipe Cuarto, el cual con buleto del Nuncio de Su Santidad le obligó á volver á la Corte con ocasion de haber venido á ella el Príncipe de Gales, cuya reduccion á la Fe Romana tanto se deseó y procuró mediante la doctrina y conferencias de los más insignes varones que entónces se pudieron hallar. Sintió mucho dolor Fray Pedro verse obligado á dejar la quietud de su celda, hallándose ya en edad crecida y con el único cuidado de disponerse para morir. Sin embargo hubo de obedecer, dejó la Provincia de Aragon, vino á la de Castilla y fué recibido en Madrid con aquella veneracion que á su virtud y letras era debida.

Al motivo que habemos dicho, se juntó desear el Privado tener cerca varon tan docto para la resolucion de los negocios más arduos que se ofreciesen. Pero el primero en que se le pidió dictámen, le halló con la última enfermedad, disponiéndolo Dios así, quizá movido de las oraciones de Fray Pedro, que tanto temía embarazar el ánimo con negocios ajenos, de lo que había buscado y conseguido en la Religion, que era la abstraccion y retiro de criaturas. Sintiéndose, pues, fatigado de una maligna calentura, reconoció que le llamaban á la posesion del fin deseado: confesóse generalmente, pidió y recibió con devota ternura el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. En los brazos de tan Divino huésped se quedó transportado por algun espacio de tiempo; al parecer dormía, pero nunca estuvo su espíritu ni más vigilante, ni en atencion más noble ocupado. Apénas volvió á los sentidos, cuando pidió le ministrasen la Santa Uncion; acto á cuyas oraciones y preces ayudaba él mismo, respondiendo con todos los demas Religiosos. Reconocían en la alegría de su rostro y de sus palabras la quietud y seguridad con que el espíritu salía de la cárcel del cuerpo. Dando, pues, el varon ilustre repetidas gracias á Dios de que moría hijo de la Iglesia y de la Religion de los Capuchinos, en que había hallado tan eficaces medios para salvarse, como lo esperaba de la Divina misericordia y méritos de Nuestro Señor Jesucristo, voló á la eternidad, y quedó el cadáver aguardando el tiempo en que se cumpla el número de los hermanos, para recibir la segunda estola. Murió, como se dijo, en 1624.

Fr. Pablo del Pobo, Lego.

Fué Fr. Pablo natural del Pobo, lugar del Reino de Aragon. Crióse en la Ciudad de Valencia; su trato fué de mercader; tenía muy bien con que vivir; y con su industria había adquirido muchas riquezas, y con el crédito que tenía, podía esperar adquirir otras mayores. Y aunque tenía muchas y el mundo le prometía más y mayores comodidades y honras, no se dejaba llevar de la codicia y ambicion de ellas; dábale Dios un desengaño de su vanidad; era entendido y conocía el peligro en que vivía de ser vencido de su amor con los mayores aumentos de ellas y el de su salvacion, sabiendo la dificultad que tienen de salvarse los ricos. Resolvióse pues á trocar las riquezas temporales por las eternas, y para seguridad mayor hacerse pobre por Cristo y escapar libre de los lazos del mundo; hizo eleccion del estado más pobre del mundo, de la pobreza seráfica en la Orden de S. Francisco nuestro Padre entre los

Capuchinos que poco había habían fundado en Valencia su primer Convento, teniendo en más padecer y ser pobre en la casa de Dios siendo en ella un humilde lego, que gozar de las riquezas y gloria del mundo: más contento con un hábito vil y remendado para cubrir su desnudez y una parca comida para sustentar la vida, que de todas las comodidades y regalos que le ofrecía el mundo: contento con nada y desembarazado de todo para poseer sólo á Dios, con que dejó burlado al mundo alcanzando de él esta insigne victoria.

Peleó tambien valerosamente con la carne, segundo enemigo del alma, crucificando la suya con sus concupiscencias y desordenados apetitos con muy contínuas y rigurosas disciplinas y muchos y estrechos ayunos de pan y agua, llevando los pies descalzos en todos tiempos hasta que fué viejo, y durmiendo sobre unas duras tablas y fatigándola con pesadas cargas. Por su rara modestia y ejemplo de vida y mucha capacidad de que Dios le había dotado, nuestros Prelados toda la vida le encomendaron el oficio de limosnero, que desempeñó primero en nuestro Convento de Santa Magdalena y despues hasta su muerte en el de Valencia, fiando de su buen ejemplo el crédito y buen nombre de la Religion, y ningun fiador más abonado de su mucha virtud que el haber hecho más de treinta años este ministerio no sólo sin queja de nadie sino con mucha alabanza de la suya de todos los de dentro y los de fuera de la Orden: trabajó mucho y fatigó su cansado cuerpo sin darle treguas en todo este tiempo. Siendo limosnero de nuestro Convento de la Magdalena iba casi todos los dias dos y tres leguas por la limosna, siempre con los pies descalzos y sin comer en todo el dia; que jamas fué posible que en todo este tiempo rogado ó importunado de sus amigos tomase fuera del Convento ni un solo bocado, ni un vaso de agua, yendo todo el dia cargado con las alforjas al hombro y volviendo con ellas á la noche al Convento á comer. Miéntras la hizo en Valencia, él solo llevó todo el peso de esta obediencia, cosa que parecerá á algunos imposible; y paso aquí que quitada la limosna del pan lo lo demas corría por su cuenta, el cuidado de todas las cosas necesarias para el Convento y el de la enfermería; él buscaba los huevos para los enfermos, él iba á la huerta por la limosna del vino y del aceite, y aun hacía toda la leña necesaria para el gasto de todo el año: él solo lo hacía todo. Quien fatigaba y cansaba tanto á su cuerpo, poca ó ninguna guerra le haría la carne. Fué amantísimo de la angélica virtud de castidad, de que siempre dió prueba, pues siéndole forzoso tratar con mujeres todo el dia, por razon de su oficio, no se notó el menor átomo contra la suya: su conversacion con ellas y con los hombres toda era de cosas espirituales para lo que tuvo particular don de Dios, sin mirar á ninguna en el rostro, ni de rostro conocía á ninguna, y guardó con tanto rigor este Siervo de Dios esta mortificacion de ojos toda la vida, que ni aun siendo viejo los levantaba para mirar á los hombres en la cara: tanta era su modestia religiosa y honestidad, con que dejó tambien vencido el enemigo doméstico de la carne.

Peleó tambien valerosamente contra Satanas enemigo comun del género humano, que como dijo S. Pedro jamas para de dar vueltas buscando tragar alguna alma, y como es amigo de buenos bocados se va tras los mejores, tras los más santos, pues estos son los de su mayor gusto, á estos hace mayor guerra y tiene por mayor victoria el vencer á uno de estos, y se la hizo grande al Siervo de Dios Fr. Pablo, no visible sino invisiblemente, con molestos é importunos pensamientos que supo resistir con el arma de prueba de la oracion su fiel é inseparable compañera. No le daban lugar sus muchas ocupaciones para que se diese mucho á la interior y mental: la vocal era la de que más se valía; siempre por los caminos y por las calles con el rosario en la mano rezando á la SS. Vírgen, de quien fué devoto en extremo y en quien como en presidio fortísimo tenía puestas todas sus esperanzas para la victoria de este fuerte é incansable enemigo. Las vigilias de las fiestas de María SS. las celebraba con ayunos de pan y agua, y en sus dias, desembarazado de todo, se consagraba todo á su culto y veneracion, oía todas las Misas que podía

guardaba más recogimiento, preparábase con más cuidado para la comunion, á cuya mayor gloria la ofrecía á la beatísima Trinidad, gozábase mucho de sus muchas gracias y excelencias, procuraba que estos dias hubiese en la Iglesia buenos olores, de que él se prevenía, para mover á mayor devocion de la SS. Vírgen á los fieles. Singularmente manifestaba más este su devoto afecto en la fiesta de la Purísima Concepcion. Salía de madre este dia su devocion, rebosaba su alma júbilos y alegrías sin poderlo disimular, absorto su pensamiento en esta Señora, y derritiéndose su corazon de gozo de su inmaculada pureza, á todos exhortaba á su devocion y les enseñaba las particulares que le hacía cada dia. Con el amparo de tan poderosa Defensora no pudo Satanas abrir portillo en el fuerte nuevo de su pecho, quedando rebatidos todos sus tiros y vanos todos sus golpes, saliendo de la pelea siempre las manos en la cabeza.

Guardó tambien la fe y palabra que le dió á Dios en el Bautismo, preciándose de muy fiel y sintiendo bien de todas las obras y palabras de Dios y deseando por la verdad de la suya dar su sangre y su vida en manos de tiranos. Guardó tambien la fe y palabra que le dió en los votos solemnes y Regla Seráfica que prometió sin perder jamas el respeto á ninguno de sus seráficos preceptos. Supo muy bien las obligaciones que pertenecían de ella á su estado, y hablaba tan bien de ellas, que lo admiraban los Padres que más sabían de ella, viendo á un Religioso lego y sin letras tener tan entera noticia de los puntos más dificultosos de ella: y los que tocan á la santa pobreza y los recursos á pecunia, si bien los conocía los sabía guardar mejor; y con ser limosnero del Convento de Valencia donde se ofrecían tantas cosas necesarias, jamas hizo recurso á pecunia que no hiciese primero todas las diligencias señaladas por los Sumos Pontífices para hallarlas de limosna, y Dios favorecía su buen celo y la confianza que ponía en él, hallando por Dios más de lo que había menester; por el buen ejemplo que daba á todos y buena opinion que todos tenían de él, todos le daban lo que les pedía y aun dejaba de tomar mucho de lo que le ofrecían dejando edificados á los devotos y más ganosos de darle más veces.

Fuera del buen ejemplo de su vida con que edificaba á los prójimos tuvo don singular con que los dejaba más edificados y más devotos, que fué hablar bien y altamente de Dios, en que mostraba tener mucho conocimiento suyo y de las materias de espíritu; y por oirle hablar de ellas era deseado y bien recibido de todos, que sentían cuando se despedía de ellos. Y daba Dios tanta eficacia á sus razones, que persuadía á la ejecucion de todo lo que intentaba: de esto pudieramos traer muchos testimonios, pero sólo traeremos dos. Habían muerto sus contrarios al hermano de una señora principal de Valencia, quedando tan sentida del agravio, que no fueron poderosos todos los medios que se intentaron para que depusiera el odio, les perdonara y se reconciliara con ellos. Muchas personas graves, doctas y espirituales lo habían intentado ya, y á todas se había resistido como una leona brava. Fué el último el Siervo de Dios Fr. Pablo, y si bien la halló al principio fuerte, fueron las razones que le administró la caridad tan eficaces, que se halló rendida y hecha mansa como un cordero, los perdonó é hizo verdadera paz con ellos. Más dificultoso de allanar fué el caso siguiente: otra señora, conocida del siervo de Dios, solicitada fuertemente cayó en una flaqueza en ofensa de la fe debida al santo matrimonio: el demonio que había facilitado la culpa, la dificultó despues de cometida el remedio; y ya estaba resuelta á quitarse la vida y á cada paso le ofrecía lances para ejecutarlo. Arrepentida, no por la ofensa que había hecho á Dios, sino por la mancha que había echado en su honra, resolvióse irse con cualquier hombre que quisiese llevarla á regiones donde no fuese de nadie conocida, para lo que tenía ya junto dinero y todas sus joyas. Lloraba sin comer ni dormir ni de dia ni de noche; visitóla un dia el Siervo de Dios Fr. Pablo, y viéndola triste suspirando y llorando, la preguntó la causa de su pena, con que se le dobló el sentimiento y las lágrimas; rogóla le dijese la causa de ellas, y respondióle que no se la podía

decir; que su mal no tenía remedio. Sospechó Fr. Pablo había aquí algun enredo de Satanas, y supole decir tantas y tan eficaces razones que la pobre señora le declaró la causa que había propuesto no manifestarla jamas á nadie ni aun al confesor. Consolóla Fr. Pablo en el Señor, facilitóla el remedio de su mal, alentóla con confianzas en la divina misericordia, y que pues la culpa había sido secreta su honor no padecía, que el remedio estaba en confesarla con arrepentimiento, y si quería que él le daría confesor con quien podría con confianza fiarle su alma y manifestarle su conciencia. Estas y otras razones las supo decir con tanta caridad, moviendo Dios su lengua, que la persuadió á la ejecucion de todo lo que la aconsejó, quitándole de las manos á Satanas esta alma y ganándola para Cristo.

Habiendo peleado tan legítimamente contra sus enemigos este valiente soldado de Cristo, no le quedaba ya sino recibir de su mano la palma y corona de la gloria debida á sus vencimientos. Dióle la última enfermedad que puso término á su vida mortal y dió principio á su vida eterna; manifestó le había revelado Dios el dia de su dichoso tránsito, que había de ser el Domingo de las palmas, que estaba ya vecino. « Deseaba fuera el Juéves Santo, pero no será ese dia, dijo; el de Ramos será: con las palmas me iré. » Ese mismo dia, habiéndose preparado con mucho acuerdo y devocion para recibir los Santos Sacramentos, armado de su virtud, dió su espíritu al Señor y como piadosamente creemos fué á recibir la palma de sus victorias y la corona de la gloria que se debía á sus méritos, habiéndosele aparecido ántes una larga procesion de muchos Santos que acompañaron á su alma á los cielos. Murió en nuestro Convento de la Sangre de Cristo de Valencia, á 22 de Marzo del año 1625.

P. Dámaso de Castellar.

UNA nueva estrella de brillantes luces nos ofrece la Provincia de Cataluña en la vida del P. Dámaso de Castellar, el cual habiendo resplandecido entre nosotros con eminentes virtudes por el largo espacio de treinta y ocho años, llegó al ocaso de todos los mortales en el año de 1625. Nació en un pueblo llamado Castellar, nombre que por ser comun á diferentes pueblos, nos dejaría en duda sobre su verdadera patria; pero como hallamos en su vida, que una vez fué á Castellar y á la Ametlla, pueblos poco distantes, para despedirse de su hermana y sobrinas, creemos que este Castellar, que es del obispado de Barcelona, fué el lugar de su nacimiento. Sus padres se llamaron Francisco y Juana Barba, vecinos ricos de aquel pueblo, y buenos cristianos. Cuando llegó á la edad competente fué enviado á Barcelona, donde estudió gramática, y despues su padre le destinó á la profesion de escribano, cuyo oficio ejercitó por algunos años, viviendo ajeno y apartado de las libertades y costumbres peligrosas de la juventud. En este tiempo conociendo los engaños del mundo, y deseando seguir otro camino más seguro para el cielo, se fué al monasterio de la Cartuja de Montalegre, poco distante de Barcelona, y allí pidió y consiguió el ser admitido para abrazar la vida penitente de aquel santo instituto. Mas Dios nuestro Señor, cuyos consejos son incomprehensibles, le dió á entender, ya en la primera noche, que no en la Religion cartujana, sino en la capuchina se quería servir de él en las cosas de su agrado. Fué tan eficaz esta inspiracion, que luego por la mañana, dejando aquel monasterio, se fué con la resolucion de pedir nuestro hábito capuchino, como lo hizo; y aunque al principio halló alguna dificultad en nuestros Superiores, á causa de su primera vocacion, pero al fin fué admitido, y le vistieron el santo hábito en el año 1587, á los 25 de su edad.

Bien se conoció que Dios había llevado á este Religioso á la profesion de nuestro Instituto, pues se aplicó con tanto estudio al ejercicio de las virtudes, y su vida fué tan ejemplar y tan perfecta, que ya desde los primeros años de Sacerdote le confiaron los cargos de la Provincia. Fué Guardian de los principales conventos: fué Maestro de novicios en Santa Eulalia: fué Custodio: fué casi siempre

Definidor: y dos trienios fué Ministro Provincial; en cuyos tiempos fué á Roma cinco veces para concurrir á los Capítulos generales. Cargos de tanto honor y oficios de tanto respeto parece podían infundir en el corazon de nuestro P. Dámaso algunos sentimientos de soberbia, vanidad, ó estimacion propia; mas ninguna entrada tuvieron en su interior semejantes sentimientos, porque la humildad estaba tan profundamente radicada en su espíritu, que no sabía pensar sino muy bajamente de sí mismo. Cuando se hallaba elegido para algun oficio ó dignidad, fijaba la consideracion dentro de su interior, y reconociendo su insuficiencia ó indignidad, quería muy de corazon verse libre de aquellos cargos. En las visitas que hacía siendo Provincial, si tal vez hallaba alguna falta considerable de algun Religioso, ó venía á su noticia por otro conducto, procuraba tambien humillarse y reconocerse á sí mismo, diciendo que mucho peor hiciera él, si Dios no le tuviera de su mano. De estos sentimientos humildes nacía en el Varon santo el mandar á los súbditos más como hermano, que como Superior. *Hágame*, les decía á veces, *hágame la caridad ó el favor de hacer esto ó aquello;* cuyo buen modo les obligaba tanto, que no sabían negarse á cualquiera disposicion suya. Aun en los castigos y reprensiones obraba con mucha suavidad, manifestando á los defectuosos más amor que rigor ó aspereza, creyendo que este era el medio más proporcionado para conseguir la paz y el aprovechamiento espiritual de todos.

Efectos de esta misma humildad fueron tambien el adherirse al parecer ajeno sin alteracion, y el pensar bien de todos, excusando en lo posible las acciones del prójimo, y cuando el caso no daba lugar á la excusa ó callaba, ó decía: *Dios nos tenga de su mano.* Exhortando una vez á cierto Religioso á la humildad y á la perseverancia de lo que se enseña en el noviciado, le dijo estas palabras: *Yo no tengo dificultad en hacer lo que los novicios hacen, porque Sacerdote, Predicador y Prelado me tengo por uno de ellos.* Así lo dijo, y aunque despues tuvo alguna pena de haberlo dicho, pero en realidad su conducta era más de novicio, que de Religioso autorizado. Observaba una pobreza muy estrecha. Era contínuo en los actos de comunidad, en la oracion, y en el Oficio divino. Limpiaba las celdas y vasos inmundos de los enfermos, y si tal vez algun otro se los quería quitar de las manos, no lo consentía en manera alguna. Siendo Provincial tomaba la escoba y barría el convento como los más humildes súbditos. Lavaba los platos en las correspondientes semanas, aunque fuese Custodio, Definidor, ó ex-Provincial. Aun en las ceremonias de urbanidad, como el quitarse el capucho, procuraba ser el primero, y anteponerse á los otros. En fin se dejaba ver á los ojos de todos tan virtuoso y tan ejemplar, que uno de los que vivieron con él dice en su declaracion jurada, que la vida y ejemplo del P. Dámaso era un contínuo despertador para los flojos y tibios en el servicio de Dios, y como un fuego que encendía los más helados corazones. Ni debemos pensar que por estar adornado de unas condiciones tan pacíficas y humildes, dejase correr imp[illegible]ente las relajaciones y abusos [illegible] observancia religiosa. Estaba, es [illegible], animado de aquel espíritu man[illegible] humilde, que nos enseña Jesucristo; pero cuando convenía, se revestía de un santo celo para reprender y castigar los escándalos y defectos públicos que pedían semejante demostracion.

Otra virtud muy singular resplandeció tambien en este Siervo de Dios, y fué una caridad muy compasiva para con los enfermos. Sucedió una vez, que siendo Guardian de nuestro convento de Perpiñan estuvieron enfermos veinte y dos ó veinte y cuatro Religiosos. Abrió entónces el Varon santo las entrañas de su compasion, cuidando no sólo que los otros Religiosos sirviesen á aquellos enfermos, sino que él mismo se aplicaba tambien á su remedio con indecible caridad; y no contento con esto, recogía los lienzos sucios que hallaba, y los ponía en agua, y despues á medio dia, cuando los otros se retiraban en las celdas, él se ocupaba en lavarlos. Y para que se cumpliese perfectamente con esta caridad para con los enfer-

mos, celaba en los demas su observancia, reprendiendo y castigando las faltas ó descuidos que hallaba, sabiendo sin duda, que esta es una virtud de las más recomendadas en nuestra seráfica Regla y en el santo Evangelio. Solamente consigo mismo era poco compasivo y poco indulgente, pues nunca se quejaba de cosa alguna, ántes tomaba con alegría las ocasiones de padecer, y llevaba con igual ánimo las molestias que suelen hallarse en los viajes largos, aunque le faltase la comida necesaria en los dias de ayuno. Una abstinencia muy particular refiere el P. Bernardino de Manlleu, que vivió en aquellos tiempos, diciendo que había oido decir, que siendo el Varon santo de edad más robusta, dos veces en el año pasaba ocho dias sin comer cosa alguna, ocupándose en grande recogimiento y oracion, y que una de estas dos veces era ántes de Navidad para preparar al Niño Jesus un devoto pesebre dentro de su corazon.

Siguiendo, pues, nuestro P. Dámaso los caminos de la virtud y santidad con la perfeccion que acabamos de referir, llegó á los sesenta y tres años de su edad, en cuyo tiempo fué elegido Custodio para ir al Capítulo general; y Dios nuestro Señor dispuso que este viaje fuese para la eternidad Así parece que lo entendió él mismo, tal vez con alguna luz sobrenatural, pues al partir para Roma, dijo á cierto Religioso lego, que no se verían más, y que cuando supiese su muerte, hiciese por él alguna comunion. Lo mismo significó cuando fué á Castellar y á la Ametlla, para despedirse de su hermana y sobrinas, donde preguntándole si les traería algunas cosas de Roma, respondió, que él no volvería, y que su compañero se las llevaría Prevenido ya con este conocimiento, emprendió su viaje, y al llegar á la ciudad de Placencia enfermó de dolor de costado, y non obstante prosiguió su camino á pié hasta Parma. donde acabó sus dias. Los Religiosos de aquel convento, que le asistieron en su última hora, por la opinion que tenían de su santidad, le pidieron que les dijese alguna cosa para su aprovechamiento espiritual; á cuya peticion respondió el Siervo de Dios, que el compendio y atajo para agradar mucho á nuestro Señor en todas nuestras obras es la recta intencion, y el tener por fin y blanco de ellas la mayor gloria de su Divina Majestad. Despues de este saludable consejo, habiendo ya recibido con devocion los santos Sacramentos, cruzó los brazos, y *cancellatis manibus*, dió su alma á Dios, de quien recibió los premios eternos de la gloria, segun piamente podemos creer. Muy edificados quedaron aquellos Religiosos, y tuvieron al Siervo de Dios en tanta opinion de santidad, que quisieron tener algunas cosas de las que habían servido á su uso; y aunque eran estas pocas y pobres, se quedaron algunas entre ellos, y otras se remitieron á algunos Padres de Cataluña segun lo había dispuesto el mismo Varon santo con licencia del Superior de aquel convento; y unos y otros las recibieron con particular devocion.

Estos son los ejemplos virtuosos y santos que nos dejó este nuestro buen Padre, y con ellos debemos nosotros conformar nuestras vidas, si deseamos ser dichosos en la tierra y en el cielo. Murió este Siervo de Dios, como dijimos, en el convento de Parma en Italia el año 1625.

P. Matías de Ellin.

Fué Ellin la patria del P. Matías, lugar del Reino de Murcia. Crióse desde niño para el servicio y culto de Dios; en su casa estudió buenas letras y mejores costumbres, y adornado de unas y otras se ordenó de sacerdote: y por su suficiencia y buen nombre, llegó á ser Cura de la Iglesia de su mismo lugar, ministerio que ejecutó con grande satisfaccion, cumpliendo con puntualidad las obligaciones de él, con alabanza de su vigilancia y cuidado en la administracion de los Sacramentos, dando buena doctrina y sanos consejos á sus feligreses, componiendo sus enemistades y atajando sus pendencias; y dando á todos ejemplos de vida muy irreprehensible, de todos era querido y estimado de todos.

Sólo él no estaba contento con su oficio, por el cuidado de almas que trae consigo y cuenta que de ellas había

de dar á Dios. Deseaba la soledad de criaturas en que cuidase mejor de la suya; y determinó ejecutar sus deseos, dejar el curato y entrar en la Religion de los Capuchinos. Y dejando su patria, su casa, sus rentas y comodidades, la honra de su oficio, se vino al Reino de Valencia, pidió nuestro hábito y fué vestido de él en el Convento de Santa María Magdalena.

Preguntóle un dia el P. Felix de Valencia, yendo de camino los dos ¿qué motivo había tenido para hacerse Capuchino y por qué teniendo ya un hermano Religioso Reformado descalzo del P. S. Francisco, no había tomado con él el hábito de aquella Religion? Respondióle que el motivo que había tenido fué, que estando una vez en Murcia en una plaza con otros caballeros, pasaron dos Religiosos Capuchinos, el uno de ellos era Fr. Vicente de Murcia con otro P. Sacerdote; que habiéndolos saludado les hablaron un poco de Dios con tanta piedad y afecto, «que allí mismo, añadió, quedó herido mi corazon y se me derritieron las entrañas con deseos de esta Religion, sin poder pensar despues en otra cosa sino de venir á Valencia y abrazar su instituto; y no me pude ver quieto hasta que lo ejecuté. Este fué el motivo de haber dejado el mundo, y cuanto en él tenía de comodidad y de honra, para hacerme Capuchino». En lo que se ve la fuerza grande del buen ejemplo, y los maravillosos efectos que obra en las almas, pues dos palabras de Dios dichas con espíritu por aquellos dos Religiosos fueron poderosas para que se dejase el mundo y se entrase en una Religion tan penitente. Cada dia tocamos con las manos estos admirables efectos, que los más que vienen á la Orden confiesan que lo que les movió fué el buen ejemplo de modestia y de mortificacion exterior que vieron en nuestros Religiosos y las palabras de Dios que les oyeron hablar; razon es esta de que debemos hacer mucha estimacion y más de su ejecucion viendo cuantos bienes resultan del buen ejemplo.

Despues de vestido nuestro hábito, el P. Matias emprendió tan de veras la carrera de su noviciado que era ejemplo á los demas novicios: pasó con mucho fervor de espíritu por todas las mortificaciones y penitencias que los demas sin que le perdonase ninguna el Maestro, ya para probar su espíritu, ya para que á los demas les fuese ejemplo. Era el P. Matias en todos los ejercicios el primero; y si bien en los principios su natural como hecho al regalo del vestido, de la cama y de la comida, sintió la aspereza del sayal, el ir descalzo, el dormir sobre unas tablas, levantarse á media noche á Maitines, las disciplinas y los ayunos, pero en llegando á gustar de Dios en la oracion fué fácil el hacerse violencia, y á su fervoroso espíritu parecieron pocas, fáciles y dulces todas las mortificaciones y penitencias; todo el tiempo le parecía poco para estarse en ella.

Dábanle á Satanas tormento grande estos buenos principios del P. Matias, y manifestó un dia este su dolor. Estaba el siervo de Dios siendo novicio, retirado solo en su celda sentado sobre las tablas de su cama: pusose á leer en un libro la vida, conversion y penitencia de Santa María Magdalena, y considerando cuan rigurosa la hizo por tantos años despues de haberle perdonado Cristo sus pecados, se sintió interiormente movido á dolor de los suyos y á llorar amargamente los de su vida pasada. Estando con este llanto tan agradable á Dios y á sus Angeles, de repente entró con ímpetu tan grande por la ventana de su celda una grande ave de alas muy extendidas de color negro y le dió tan grande golpe que le derribó de la cama y le arrojó contra la puerta de la celda, dejándolo atormentado sin sentido y medio muerto. Oyó el ruido el venerando Siervo de Dios P. Ignacio de Monzon que estaba más vecino á su celda; acudió, abrióla, y vió tendido y desmayado en el suelo al P. Matias. Preguntóle si tenía algun mal; manifestóle la causa del suyo; consolóle y alentóle: teniendo por cierto había sido Satanas en figura de aquella ave funesta, que no pudiendo sufrir las lágrimas y penitencia del Siervo de Dios, manifestó su dolor en el que le causó á él con tan terrible ímpetu, pues ni ántes ni despues fué vista de nadie en todo aquel paraje semejante ave.

Despues de haber profesado el P. Matias nuestra Seráfica Regla, hallán-

dose ya con más de 45 años, considerando que su vida con los rigores de la Orden no podía ser mucha, quiso en el poco tiempo que se prometía de la suya hacer lo que pudiera si fuera mucho: dióse prisa á correr la carrera de la virtud en pocos dias lo que pudiera en muchos; era su oracion más contínua y más fervorosa; más largas sus vigilias, sus ayunos más estrechos, más rigurosas sus disciplinas; empleadas en Dios contínuamente las potencias de su alma, sin permitir treguas ni ocio á su ejercicio, con deseos ardientes de agradar más y más en todas sus acciones á Dios; en todo procuraba ser perfecto, ejercitando con mucho cuidado todas las virtudes Evangélicas. Esmerábase en ser pobre sin tener á su uso más de lo que manda la Seráfica Regla, un hábito humilde, pobre y remendado, la cuerda y paños menores, en que se miraba un desprecio grande de sí mismo. Era su obediencia á los Prelados singular, sin réplica ninguna á sus mandatos: si le mandaban ir por la limosna, tomaba su alforja é iba y volvía aunque viejo con mucho agrado: que hiciese y cuidase de la portería, obedecía con gusto: que cavase en la huerta, lo hacía con tanto fervor como si toda su vida lo hubiera ejercitado: los ejercicios de más humildad y mortificacion los hacía como el más nuevo: en todo se mostraba dechado de toda virtud, siendo no ménos pobre que humilde, ni ménos humilde que obediente, y lo mismo era en todas las demas virtudes.

Y como era en sus obras tan perfecto, quiso Dios lo fuese tambien en sus palabras para que obrase con las suyas efectos admirables. Dióle singular gracia de edificar con las suyas á los prójimos: hablaba con los seglares siempre de Dios; á cada uno daba los consejos que las obligaciones de su estado pedían, resplandeciendo en él este don de prudencia; reconciliaba voluntades encontradas, en que le sucedieron casos notables que él mismo los admiraba y alababa á Dios como autor de tan maravillosas obras y solía (con sencillez, que la tenía mucha) contarlos por milagros de la divina gracia que había por su medio facilitado cosas al parecer imposibles de conseguirse de odios tan sangrientos y de voluntades tan encontradas de personas de natural tan fuerte y pertinaz en el odio y en la venganza, á quienes con sus santas razones reducía á paz y á concordia.

Fué devotísimo de la SS. Vírgen nuestra Señora, á quien acudió en sus necesidades, en quien hallaba el remedio de las suyas, como se vió en el caso siguiente. Habían corrido toros en un lugar de Castilla, saltóse uno bravo más que los demas, que irritado de las garrochas despues de haber hecho mucho mal escapándose de la plaza, huyó á los montes y quedando cerca del camino real había ya muerto algunos caminantes que ignoraban el peligro. Por esta causa los lugares vecinos avisaron que no se pasase por aquel camino. Ignoraba esto nuestro P. Matias, caminando por él con su compañero: apénas los descubrió el toro cuando se arrojó á ellos corriendo como un rayo. Viéndole venir tan feroz dijo al compañero: *Aquí no tenemos que esperar otro socorro que el de la Vírgen: haga lo que yo hago.* Púsose de rodillas, y los brazos en cruz y los ojos en el cielo, comenzó en voz alta á implorar el divino auxilio diciendo *Sub tuum praesidium confugimus, sancta Dei Genitrix* etc., *O gloriosa Domina*, etc. ¡Caso admirable! Llegando el toro á su vista se paró en medio de su mayor furia, y dando bramidos y pisando la tierra se los puso á mirar inmoble sin dar un paso adelante, y por oculta virtud y favor de la SS. Vírgen dejando el toro su ferocidad, dió la vuelta para la vacada con la misma velocidad con que había venido. Prosiguieron su camino dando á Dios y á la Vírgen las gracias por el peligro de que los había librado; y llegando al primer lugar, como los vecinos los vieron venir por aquel camino real les preguntaron por qué camino habían venido: respondieron que por aquel en que les miraban: dícenles admirados: ¿y no les ha salido un toro? dijeron qué sí; y contaron lo que con él les había pasado. «Dad gracias, Padres, á Dios, que ya ha muerto tres ó cuatro pasajeros.» Volvieron á dárselas con mayor afecto á él y á su Santísima Madre por cuya intercesion conocieron habían escapado de la rabia de aquel bravo animal.

Estando Conventual en nuestro Convento de Salamanca habiendo llamado Religiosos para ayudar á bien morir á un catedrático que estaba muy malo, envió el Prelado al P. Matias á esta obra de caridad. Cuando llegó á la casa lo halló ya muerto y todos los de ella llorando, sintiendo mucho que había muerto sin los Sacramentos. Díjoles el Siervo de Dios con mucha paz: *Confiad en Dios, que yo confío en los méritos de mi P. S. Francisco que nos ha de hacer merced; digan conmigo de rodillas y los brazos extendidos en cruz cinco veces el Pater noster y el Ave María.* Apénas acabó esta deprecacion cuando con admiracion y gozo de todos resucitó el que estaba muerto, habló y despues vivió muchos años. Tan evidente milagro no se pudo encubrir, divulgóse por toda la Ciudad, llegó á noticia de todos y en Salamanca públicamente señalaban con el dedo al P. Matias por santo, por quien Dios había obrado milagro tan grande. Por esta causa ofendida la humildad del Siervo de Dios, impaciente de esta honra pública que se le hacía, hizo instancia al Ministro Provincial para que le mudase á otro Convento, y aun por haberse extendido la fama de él en aquella Provincia de Castilla procuró volverse á la de Valencia. El P. Felix de Valencia Predicador nuestro, uno de los Teólogos mayores de su tiempo, Lector, Guardian y Definidor muchas veces, testigo mayor de toda excepcion, confirmó con juramento este milagro en el proceso original que se hizó de la vida del P. Matias: y estaba con él cuando le obró Dios en la misma Provincia de Castilla, y cuando volvió á la de Valencia fué en este camino su compañero y oyó en todo este viaje sus confesiones y de ellas y de su santa conversacion conoció la mucha virtud y candidez y pureza del ánimo del P. Matias; y porque estando ámbos en nuestro Convento de Játiva el dicho P. Felix refirió á los Religiosos el dicho milagro, sabiéndolo el P. Marias lo sintió mucho, y le reprendió llevando mal su humildad se supiera lo que él tanto había procurado no se supiese.

Estando en el mismo Convento de Játiva procuró obediencia para ir al de Murcia: extrañaron los Religiosos quisiese hacer aquel camino tan largo y se lo dijeron, que cómo se atrevía á emprender aquel trabajo siendo tan viejo, flaco y debilitado, en tiempo de invierno y con los ayunos del Adviento. Respondió: *Voy á Murcia; que he de morir allá.* Lo mismo dijo en la Villa de Ibi á los hermanos de la Orden en cuya casa se hospedó; que haciéndole la misma pregunta, admirados que un hombre tan viejo viniese á pié por la aspereza de aquellas montañas, les dió la misma respuesta de que iba á morir á Murcia. En nuestros originales está que en este lugar de Ibi dijeron los compañeros que llevaba que obró Dios por él un milagro. Cuál fuese, no ha llegado á nuestra noticia. Llegando á la puerta de la Iglesia de nuestro Convento de Murcia, donde halló al Prelado, despues de haber tomado su bendicion diciendo *Benedicite,* como es costumbre, estando aun de rodillas, señalando la Iglesia dijo: *Haec requies mea in saeculum saeculi:* y los albañiles que estaban trabajando en ella, con no saber ninguno de ellos latin, entendieron que había dicho que había de morir y que había de ser enterrado en aquella Iglesia. Y lo vieron presto cumplido, pues con haber llegado sano y á pié, dentro breves dias enfermó y murió, habiendo recibido todos los Sacramentos con admirable paz, santiguándose siempre, y sin parar de decir el *Ave María.* Murió á 22 de Diciembre de 1625.

P. Antonio de Pamplona.

Fué el P. Antonio de Pamplona varon adornado de todas las virtudes que componen un Religioso Seráfico y Evangélico. En la guarda de la Seráfica Regla, fué observantísimo; en la vida, muy ejemplar y penitente; en la humildad, no había en su concepto otro más vil ni mayor pecador que él; en la pobreza, era extremado sin que se conociese otro más desasido y desapegado de criaturas que él; en la obediencia, fué prontísimo; y en la oracion y actos de la comunidad, el más frecuente. Singularmente hacía mucha estima del tiempo: no había en su concepto otra cosa de

mayor precio, en que, decía, en cada instante de él se pueden ganar bienes eternos. Con esta consideracion siempre estaba santamente ocupado, huyendo de la ociosidad como enemiga del alma y la que más solicita las tentaciones de Satanas. Cualquier pérdida de él la reputaba por grande. Por esto miéntras no estaba ocupado en los actos de la Comunidad luego se retiraba á la celda, donde se empleaba en la leccion de libros espirituales y devotos y en meditar lo que leía, o escribiendo los ejercicios que había leido para tenerlos más á mano, para leerlos muchas veces y para saberlos ejercitar mejor. Estando Conventual en Játiva, enfermó del mal de la muerte, y recibidos los Sacramentos, acabó santamente en el Señor. Vió subir su alma al cielo en compañía de otros Religiosos Fr. Luis de Teruel, como veremos en su vida. Murió á 15 de Diciembre del año 1626.

P. Miguel de Gerona.

El P. Miguel nació en la ciudad de Gerona de padres honrados y de mediana suerte. Tuvo un hermano que fué canónigo en la catedral de la misma ciudad, hombre de virtud y letras, llamado Pascual, que era el apellido de la casa de sus padres. No tardó la divina gracia en ilustrar su alma, y hacerle conocer los engaños y peligros del mundo, porque ya desde muy jóven deseó abandonarlo todo, y seguir á Cristo en la profesion de nuestro pobre instituto; y para que estos sus buenos deseos consiguiesen su efecto, dispuso la divina Providencia, que fuese recibido de un modo admirable. Se hallaba entónces en nuestro convento de Gerona el P. Bernardino de Alhama, primer Provincial de Cataluña, á quien se presentó nuestro jóven pidiéndole el santo hábito de la Religion. Mas el prudente Prelado, viéndole de tan poca edad, le dijo que esperase un año; y él tuvo tanta docilidad, que sin más respuesta salióse del convento, y se entró á la iglesia, tal vez para hacer oracion. En este tiempo inspiró Dios al Provincial, que mudando de parecer, recibiese á aquel pretendiente, revelándole tambien que llegaría á sucederle en el cargo de Provincial. Con esta luz del cielo mandóle llamar, y estando á su presencia le dijo que Dios le inspiraba el recibirle, y así que volviese dentro tres semanas. En efecto volvió, y fué admitido á nuestra Orden, vistiéndole el santo hábito en el año 1584.

Era este año el séptimo de la fundacion de la Provincia de Cataluña, y vivían aquellos venerables Fundadores, que tanto trabajaron para establecer en los conventos la más rígida observancia de nuestras leyes y estatutos, resplandeciendo en todas partes la virtud y santidad de nuestros Religiosos. Entre estas prácticas rígidas y estrechas, y entre estos ejemplos virtuosos y santos se crió nuestro P. Miguel, y se formó en él aquel espíritu fervoroso y celante, de que dió tantas pruebas en el discurso de su vida. En los ejercicios espirituales y en los actos de comunidad era muy puntual, obrando en lo demas con tal ejemplo, que con sola su presencia edificaba y causaba reverencia á los que le miraban. Singularmente celebraba el santo sacrificio de la Misa con un recogimiento tan grande que infundía devocion á los asistentes. Con este espíritu pio y devoto juntaba la pobreza y austeridad, virtudes muy propias de su amor y de su celo. Ordinariamente vestía un hábito muy remendado, y uno de los que le trataron dice, que no se acordaba, que jamas le viese con hábito nuevo; siendo tambien muy pobres las demas cosas que usaba. Aun en la comida, si tal vez hallaba ó tenía poco pan, sabía mortificarse y tomarlo con paciencia. Sucedió una vez en nuestro convento de Gerona, que estando la comunidad en el refectorio, uno de los Religiosos hizo la señal con que se acostumbra pedir pan, y diciéndole el refitolero que no podía socorrerlo, porque ningun pan había en el convento, nuestro P. Miguel, que era Guardian, cortó una porcion del que tenía, y lo mandó á aquel Religioso; y prontamente conocieron cuan agradable fué á Dios todo esto, porque luego oyeron llamar á la puerta, y acudiendo el portero, halló que traían pan para los Religiosos, con que quedaron muy consolados.

Este mismo espíritu de austeridad y

pobreza manifestó tambien el Siervo de Dios en los seis años que fué Provincial, celando con valor y constancia cualquier cosa que fuese ménos conforme á nuestro pobre y penitente instituto. Singularmente ardió este celo en los edificios, ó reparaciones de los conventos que se hicieron en su tiempo, queriendo que se conservase la estrechez y pobreza de nuestros primeros Padres; y aborrecía tanto en las construcciones cualquier exceso ó curiosidad, que hallándolo, lo reprendía y castigaba, y siendo posible lo mandaba deshacer ó enmendar. Lo mismo practicaba en los ornamentos y alhajas de las sacristías y de las otras oficinas, reparando hasta en cosas muy pequeñas, y reformándolas luego. Conocía muy bien este Padre el daño grande que ocasiona á la Religion cualquier novedad ó exceso, singularmente en las cosas que miran á la pobreza y estrechez de nuestro instituto: pues es cierto que una novedad llama otra y un exceso abre camino para otro mayor, con lo cual la Religion va perdiendo aquella hermosura que tenía en su principio. Este conocimiento encendía el celo de nuestro P. Miguel, y le animaba para reprender, castigar y destruir en lo posible cuanto le parecía opuesto á los modos y prácticas estrechas y pobres que establecieron los Fundadores; mereciendo con esto ser tenido por uno de los Padres más celantes que la Provincia había visto en su gobierno desde su principio. Y es cosa singular y de no pequeña admiracion, que habiendo sido tantos años Prelado, y habiendo gobernado con tanto celo de austeridad y reforma, procedió en todo con tanta sinceridad y pureza de intencion, que estando cercano á la muerte, y habiendo de recibir el sagrado Viático, afirmó por el paso en que se hallaba, que en todas las cosas que había ordenado y hecho siendo Prelado, había procedido de manera, que haría lo mismo de nuevo, si se hallara en las mismas ocasiones. Tal fué la satisfaccion y consuelo con que este Siervo de Dios selló los últimos dias de su vida; de donde podemos creer, que su muerte fué preciosa á los ojos del Señor, y que halló la eterna felicidad entre los bienaventurados; cuya pia creencia nos confirma el caso siguiente. Estuvo el Varon santo en el convento de Santa Eulalia algun tiempo ántes de morir, y se hallaba entónces novicio el P. Querubin de Vich, el cual dice, que al ver los ejemplos de santidad que daba, formó de él tan buena opinion que hallándose despues enfermo de cuartanas, y sabiendo su muerte, que fué el mismo año, se encomendó á él con mucha fe, como si fuera á nuestro P. S. Francisco, y mereció recibir el beneficio de la salud. Roguémosle nosotros nos haga participantes de su espíritu fervoroso, para vivir y morir segun el estado humilde y pobre que hemos profesado. Falleció este Siervo de Dios en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1626.

P. Leon de Areny.

De este Padre hallamos en los Originales de la Provincia de Cataluña, que nació en una poblacion de Aragon, que se llama Areny; pero no nos dicen cuál fué la vida que llevó en el siglo, ni cómo ó cuándo se alistó á las banderas de nuestro Padre S. Francisco. Sólo nos dicen, que fué uno de los muchos Recoletos, que se pasaron á nosotros en los principios de la fundacion de aquella Provincia. De donde inferimos que sería del número de aquellos cuarenta Religiosos, que con el P. Francisco de Figueras abrazaron nuestro instituto capuchino, segun lo dijimos en la vida del mismo P. Francisco. Aquel espíritu fervoroso que le había conducido á aquella Recoleccion, lo conservó tambien entre nosotros, perfeccionándolo y mejorándolo con tales ejemplos de virtud, que entre las prácticas rígidas de aquellos tiempos fué casi siempre Guardian, y muchas veces Definidor; cuyos oficios desempeñó con grande celo de la observancia religiosa, reprendiendo severamente á los transgresores. Su oracion era muy tierna y devota, segun lo significaban las muchas lágrimas que salían de sus ojos, singularmente en el santo sacrificio de la Misa, en cuya celebracion las derramaba á veces con tanta copia, que no podía pasar adelante. Y para que este espíritu devoto no se extin-

guiese ó enfriase, á más de las oraciones comunes, permanecía largo tiempo en el coro cuando los demas estaban recogidos en la celda; siendo por otra parte muy puntual en los ejercicios espirituales de comunidad. Mortificaba tambien su cuerpo, durmiendo sobre las desnudas tablas, aun en el tiempo que era ya anciano; y cuando, siendo Prelado, ordenaba alguna abstinencia á algun Religioso, él le acompañaba en aquella mortificacion, haciendo la misma penitencia. En el tiempo que fué Guardian de nuestro convento de Perpiñan, hubo un Religioso enfermo tan llagado, que necesitaba de muchos lienzos para su curacion, y siendo necesario lavarlos, el Siervo de Dios se hacía ayudante de otro Religioso en este caritativo trabajo, procurando al mismo tiempo el consuelo de aquel pobre enfermo con grande afecto.

En otro convento, del cual era tambien Guardian, rogóle el limosnero que se suspendiese la limosna de pan que se daba á los pobres, á causa de la gran carestía que había en la tierra. Resistióse el Siervo de Dios al principio, pero fueron tantos los ruegos, que al fin consintió que no se diese limosna á todos los pobres, sino solamente á los viejos y á aquellos que no pudiesen trabajar. Mas presto conocieron su error, porque así como ántes con salir el limosnero solas dos veces en la semana hallaba pan bastante, despues saliendo todos los dias con dificultad podía hallarlo; lo cual visto por el caritativo Prelado, dió órden que se volviese á dar la limosna á los pobres como ántes, y esto solo bastó para quedar socorrido el convento como ántes. Este suceso deben tener presente nuestros Superiores, creyendo que la limosna que se hace á los pobres en nuestros conventos, no priva sino que asegura la gran liberalidad de nuestro buen Dios, el cual tiene infinitos medios ocultos para socorrernos. En otra ocasion hubo cierto Religioso tan desgraciado, que vencido de la tentacion había resuelto salirse del convento y dejar la Orden. Era Guardian de este convento nuestro P. Leon, el cual parece descubrió la dicha tentacion, tal vez con alguna luz sobrenatural, porque estando aquel miserable en su determinacion, vió una noche que el Siervo de Dios iba por el convento y llegando á la puerta de la huerta, la cerró con llave, cosa que ántes no se hacía. Esta diligencia fué tan provechosa para aquel Religioso, que pensando que el Guardian había entendido su resolucion y malos intentos, tocado de Dios, se compungió, y dejando aquel mal propósito, perseveró en la Religion. Así acreditaba el Señor la santidad de este su siervo, el cual habiendo edificado la Provincia con ejemplos de virtud y perfeccion por el largo espacio de cuarenta y dos años; conmutó la tierra por el cielo, segun piadosamente creemos, muriendo en nuestro convento de Monte-Calvario el año 1626.

Fr. Luis de Teruel, Corista.

De este Religioso, ó por decirlo mejor de este ángel Fr. Luis de Teruel, no nos dejó el tiempo que escribir sino su temprana muerte, pues apénas comenzó la carrera de la virtud en la Orden, cuando la acabó y le arrebató Dios y le llevó á su cielo, para ponerlo entre sus Angeles. Fué de mucha pureza, y daba muchas esperanzas de ser grande Religioso. Cortóle en flor la guadaña de la muerte en nuestro Convento de Alcira, despues de haber recibido los Sacramentos; y estando ya para espirar, con su juicio y sentidos muy enteros, dijo que miraba doce Religiosos Capuchinos que hechos una corona y rueda subían al cielo muy alegres, muy resplandecientes y gloriosos, y nombró á cuatro de ellos hijos de la Provincia de Valencia, que hacía poco que habían muerto, al P. Antonio de Pamplona, al P. Gregorio de Cuatratondo, sacerdotes, á Fr. José de Como Corista, y á Fr. Jerónimo de Navarra Religioso lego, todos cuatro Religiosos de mucha opinion por sus ejemplares virtudes y que acabaron santamente: y dicho esto espiró. Murió Fr. Luis á 9 de Diciembre de 1626 en nuestro Convento de Alcira.

P. Bernardino de Terriente.

Siguió los mismos pasos en la vida y dichosa muerte este mismo año, el P. Bernardino al P. Antonio de Pamplona (p. 527); que tomando de más atras la carrera de la virtud, siendo aun seglar y mozo dió muy grandes ejemplos de la suya. Trataba ya entónces de oracion y de frecuentar los Sacramentos de la confesion y comunion, mortificaba su carne con ayunos y disciplinas; y para que se vea cuan grande era su virtud ya en este tiempo, lo manifestó con un ejemplo bien raro. Vivía en la Ciudad de Játiva, donde trataba en seda como los más de aquella Ciudad, estábase muy bien y llevábase muy galan encubriendo como otro S. Alejo sus cilicios con las galas exteriores: llegó un dia en la plaza á pedirle á un hombre una deuda, de que se dió por tan ofendido que alzando el brazo le dió un bofeton en el rostro: y arrodillándose á sus pies el P. Bernardino, le ofreció el otro carrillo para que le diera otro. Accion que admiraron cuantos la vieron, viendo á un mozo galan de edad de más de 25 años, ceñido con su espada al lado, de rodillas á los pies del que le había agraviado, no sólo perdonándole el agravio, cuando lo acababa de recibir, sino ofreciendo el otro carrillo para padecer otro por Dios.

Descubrió con otro ejemplo de caridad no menor la suya. Deseaba retirarse á nuestra Religion para más perfectamente servir á Dios: conoció se lo estorbaban dos hermanas doncellas y huérfanas que dejaba desamparadas en el siglo, que no tenían otro arrimo que el suyo. Para ejecutar su deseo se resolvió deshacerse de su hacienda que era buena, y queriéndolo ellas las puso á ámbas monjas de santa Clara, la una en el Monasterio de Gandía y la otra en el de Játiva, dándolas á cada una de su hacienda dote competente, con que le ofreció á Dios dos esposas para que por toda su vida le sirviesen en su casa y Religion de S. Francisco.

Viéndose libre de este cuidado, pidió nuestro hábito: consiguió el cumplimiento de su deseo, y llegó á profesar la Seráfica Regla; y sin perder jamas el respeto á las obligaciones de ella llegó á tener en su Provincia nombre de los más perfectos de ella, y en todo de verdadero Capuchino y legítimo hijo de nuestro Seráfico Padre; muy parecido á él no sólo en las virtudes del ánimo pero aun en el hombre exterior: flaco, macilento, mortificado, penitente, descalzo, con un solo hábito viejo y cargado de viejos remiendos, y tanto se parecía al Seráfico Padre, que para pintar al vivo una imágen del mismo Santo, para que sirviese de retablo en su Capilla de la Iglesia de nuestro Convento de Játiva, no se halló retrato más á propósito que el del P. Bernardino, de quien se copió.

Ayunaba para más parecérsele todas las Cuaresmas que el S. Patriarca ayunaba, y muchos dias á pan y agua; maltrataba su cuerpo con cilicios y disciplinas; imitábale en la pobreza, sin tener á su uso más que lo indispensable, y esto lo más humilde y más pobre; siempre los pies descalzos; y su perpetua cama fué con unas desnudas tablas. Tuvo grande celo de que se conservase su Provincia en el primitivo rigor y observancia con que se había fundado. Fué siempre muy amigo de la oracion, en que estaba siempre de rodillas sin hacer el menor movimiento de su persona. Sus últimos dias no fueron de menor edificacion: llevó con grande ejemplo de paciencia su última enfermedad, y en ella se mostró alegre como un ángel, alabando siempre á Dios y deseando verle y gozarle. Recibió los Sacramentos y murió santamente en nuestro Convento de Onteniente á 5 de Mayo del año 1627. Despues de su muerte una sierva de Dios del mismo lugar, á quien el Señor hacía muchas mercedes en la oracion, tuvo de él revelacion que despues de tres dias de Purgatorio había subido al cielo para gozarle eternamente.

Fr Hermenegildo de Bañolas, Corista Novicio.

Nació este novicio en Bañolas, villa del obispado de Gerona, y llamáronse sus padres Narciso y Ana Ferrer. En el siglo llevó una vida tan cristiana, que más parecía de

Religioso que de estudiante secular. Tenía ya en aquel tiempo algunos ratos de oracion y meditacion, á más de algunas devociones particulares: oía Misa todos los dias, y era muy devoto de nuestra Señora del Rosario: muchas veces entre dia, singularmente al salir del estudio, iba á hacer oracion á una Capilla de la Vírgen, que estaba en la Iglesia de los Monjes de San Benito. Y llegó á ser tan perfecto su modo de vivir, que tenía edificada toda la villa con su mucha virtud, mortificaciones y modestia. Con estas santas disposiciones fué admitido á nuestra Orden, y vistió el santo hábito en nuestro Convento de Prada en el Rosellon, y despues de algun tiempo fué enviado al Convento de Figueras para concluir su noviciado. En este nuevo estado prosiguió el camino de la virtud, que ya había empezado en el siglo, con mucho espíritu y fervor, de modo que á todos tenía edificados. Señalóse particularmente en los deseos de padecer y ser mortificado, siendo muy contínuo en pedir penitencias, y aunque no siempre le permitían las que deseaba, pero se mortificaba en aquello que se le concedía, así en la comida como en muchas disciplinas extraordinarias. Por otra parte se dejaba ver tan cándido y puro, que parecía no haber pecado. Otras virtudes y mayor perfeccion se podía esperar de este fervoroso novicio, pero no tuvo tiempo para ello, porque en el mismo noviciado incurrió su última enfermedad, y despues de hacer la profesion religiosa en la cama, murió con mucha alegría. Para conocer cuán dichosa fué esta su muerte, copiaremos aquí la declaracion jurada que hizo el P. José de Balaguer, que es del tenor siguiente: « Del hermano Fr. Herme-
« negildo de Bañolas puedo atestiguar,
« que nunca he hallado persona más
« pura y llana que él, habiéndole yo
« dado el hábito y tratado las cosas
« de su alma, y así pienso que se fué
« derecho á gozar de Dios, que se
« quiso llevar su alma en aquellos sus
« primeros fervores y pureza de án-
« gel » Confirma esta misma felicidad el haber quedado despues de muerto con el rostro muy hermoso, y el tener los miembros del cuerpo blandos y tratables cuando le dieron sepultura. Fué su muerte en nuestro Convento de Figueras el año 1627.

Fr. Matias de Benasal.

Fué Fr. Matias Religioso de espíritu muy Seráfico, dióse tanta prisa en pocos dias á merecer la corona de la gloria, que en pocos de Religion llegó consumado en toda virtud á recibir de la mano del Señor la debida á sus méritos. Era muy contínuo en la oracion, atajo muy breve y sin trabajo para llegar muy presto á la cumbre de la perfeccion, llevando en Dios siempre elevada su mente; de que era testimonio su mucha modestia exterior y mortificacion de sentidos, particularmente de los ojos, que jamas los levantaba para mirar á nadie al rostro; su mucho silencio, que jamas se le oía hablar sino despues de preguntado, dando de rodillas la respuesta; su mucho retiro, buscando siempre la soledad de la celda y la de las criaturas y el silencio de la noche para orar. Los primeros cuatro meses de novicio se azotaba en las espaldas con tanto fervor que las tenía todas llenas de llagas, y las lastimaba más azotándose sobre ellas sin hablar palabra ni quejarse de tanto mal como padeció: y era su dolor mayor cargando sobre ellas la aspereza del sayal. Súpose esto y se corrigió, con que no pasó adelante su dolor, despues de haberlo llevado tanto tiempo y con tanta paciencia y tanto silencio. Como su oracion era contínua, elevadas en Dios sus potencias con el ejercicio de sus actos, viviendo su alma más en Dios que en su cuerpo, se le vinieron á debilitar las fuerzas y desminuírsele los espíritus vitales: con que le dió una calentura ética que le fué poco á poco atormentando y debilitándole más, y le vino á quitar la vida Recibió los Sacramentos, y estando agonizando y con todos sus sentidos, le ayudaba á bien morir su mismo P. Guardian el P. Felipe de Valencia, y le dijo que viéndose con Dios le pidiese una merced para aquel pueblo de S. Mateo. Era el caso que hacía muchos meses que no había llovido en todo su término: los panes se perdían por la falta del agua; habíanse hecho

muchas rogativas y devotas procesiones por esta necesidad, y el cielo se mostraba de bronce siempre y Dios al parecer inexorable; y temíase una grande hambre en aquel lugar y su comarca. Estando ayudando á bien morir á este tiempo el dicho P. Guardian á nuestro P. Matias, como tenía bien conocida su virtud, confiando en sus méritos y en su intercesion el remedio del mal que estaban temiendo de una general hambre de que habían de perecer muchos pobres, le dijo, que en viéndose con Dios en su gloria le pidiese enviase el agua necesaria para que no sucediese el mal que se temía. Prometió hacerlo si le hacía su Majestad favor de llevarlo á su gloria: y pénas había espirado, estando el cielo sereno como hasta entónces, se cubrió de nubes y cayó tanta agua que se remediaron los panes que estaban casi perdidos, y á su tiempo tuvieron una grande cosecha. Y todos los que supieron la diligencia que había hecho el dicho P. Guardian y conocían la santidad del siervo de Dios Fr. Matias, viendo el pronto y oportuno remedio, lo tuvieron por efecto de su intercesion y de que estaba gozando de Dios en su gloria. Murió en nuestro Convento de S. Mateo á 26 de Noviembre de 1627.

P. Buenaventura de Moncada.

Nació en Moncada el P. Buenaventura, lugar muy conocido en el Reino de Valencia, de muy honesta familia. Fueron sus padres muy cristianos y muy siervos de Dios: y manifestóse en sus hijos su bondad, pues los tres que tuvieron se consagraron todos á Dios en Religion: los dos fueron Capuchinos, el otro se llamó P. Hilarion de Moncada y fué Predicador en la Orden, y una hija Religiosa Descalza de S. Agustin. Crióse en Valencia, donde aprendió letras y santas costumbres; era de claro ingenio y de mucha capacidad, con que en el estudio de aquellas salió consumado, señalándose entre los mejores estudiantes de la Universidad. Acompañaba el estudio de las letras con el de las virtudes; era muy modesto, frecuentaba los Sacramentos y los ejercicios de devocion en el Colegio de S. Pablo de los PP. de la Compañía, y por sus letras y virtud era muy estimado de todos. Fué grande Teólogo: graduóse maestro en Artes, y cuando trataba de tomar el grado de Doctor en Teología, le llamó Dios á otra escuela de más alta sabiduría; y para que fuese perfecto discípulo de Cristo en la Seráfica Religion de los Capuchinos, le enseñó á que renunciase las honras y pretensiones del siglo, su hacienda y á sus padres, y desnudo de todo siguiese en ella á Cristo desnudo y crucificado. No se mostró sordo á este llamamiento sino fiel ejecutor de él, y dejándolo todo, entró á profesar la humildad y pobreza de Cristo en nuestra sagrada Religion. Tomó nuestro hábito con santa edificacion de toda la Universidad que movió con su ejemplo á que le siguiesen y abrazasen el mismo instituto los mejores estudiantes de ella, que fueron muchos y entre ellos los más Maestros en Artes y Doctores en Teología y fueron aquel año más de 30 novicios. Descubrió siéndolo el P. Buenaventura, su buen natural y buenas inclinaciones y una voluntad grande de ser perfecto Religioso: parece no hallaba repugnancia el suyo á las cosas de virtud ni á las de más rigor de la Orden; á todo se ajustaba con facilidad, y parecía que se lo hallaba todo hecho. Costábale poco al Maestro su enseñanza; y pasó todo el año de su probacion con muchas medras de su espíritu y satisfaccion de nuestros Padres, que con mucho gusto de él y de ellos le dieron la profesion, prometiéndose de tan buenos principios de virtud, de su natural y buenas prendas, había de ser en la Orden grande Religioso y de mucho provecho en ella.

No salieron vanas sus esperanzas: que si bueno le juzgaron novicio, perfecto le miraron profeso, pues no dejando jamas de ser novicio en el fervor y disciplina regular, fué profeso en la rigurosa observancia de las obligaciones de profeso, siendo juntamente profeso y novicio. Era muy modesto y mortificado, y observantísimo de todas las ceremonias que le habían enseñado, muy penitente y riguroso consigo mismo, siempre descalzos los pies, sin admitir jamas el uso de las sandalias miéntras fué simple Reli

gioso ni por ser Lector ni Predicador; tan pobre, que jamas tuvo á su uso sino un solo hábito, sin permitir en su cama miéntras tenía salud mayor alivio para sus estudios que el de las duras tablas; fué humilde, sin que sus muchas letras le desvaneciesen jamas, cargado con los serones de estiércol venia de la Ciudad para el ministerio de la huerta, ejercitábase en barrer, en fregar y en limpiar los vasos de los enfermos. Obedecía sin réplica á los Prelados sin más exámen que entender que eran órdenes suyas, ejecutándolas como de Dios. Su modestia y composicion religiosa componía á los que le miraban, y causaba la suya veneracion y respeto. Su conversacion era tan religiosa que edificaba á los que oían la suya, y para decirlo de una vez, fué su vida irreprensible y de tanto ejemplo dentro y fuera de la Orden, que dentro y fuera de ella tenía opinion de grande Religioso y de verdadero Capuchino.

Por su virtud y letras le mandaron los Prelados que diese un curso de Artes á los Religiosos, confiando de él les enseñaría con su ejemplo y letras. Y el tiempo y el conocido provecho sacó verdadero el pronóstico; pues no sólo fueron sus discípulos buenos estudiantes, sino muy buenos Religiosos; que importa mucho el buen ejemplo del Maestro para que sean buenos los discípulos. Acabadas las Artes les leyó la Sagrada Teología, y dió á su Provincia muchos y buenos Predicadores que despues la ilustraron y gobernaron.

Honró la Provincia los méritos y prendas del P. Buenaventura con sus mejores y más honrosos puestos, con los de Guardian y Definidor y de su Comisario, que por ser Definidor primero la gobernó toda por la ausencia que hizo el Ministro Provincial que fué al Capítulo general á Roma; y rigió todos estos cargos con tanto acierto y satisfaccion, que deseaban fuera perpétuo su gobierno. Fué Guardian de nuestro Convento de la Sangre de Cristo de Valencia, donde descubrió su mucho talento y su mucha virtud, dando dentro y fuera igual satisfaccion; y cumpliendo con las obligaciones de santo y verdadero Prelado, llevó y sustentó con mucha puntualidad el rigor de la comunidad, llevando con su ejemplo de dia y de noche todo el peso de ella; con que convertía en suave todo lo penoso de ella, siendo á todos sus actos el primero y el más contínuo. Siguió en todo la vida comun, sin permitir para sí ninguna singularidad; procuró siempre hubiese mucha paz en su Convento, con que parecía el suyo un cielo poblado de Angeles; y él y sus súbditos todos procuraban mantener el sublime estado de la Religion en la perfeccion con que sus primeros Padres fundaron la Provincia.

Hiciéronle Guardian de nuestro Convento de Murcia, y despidiéndose para ir á su gobierno dijo á muchos de nuestros Padres iba á morir allá, y diciéndole que no sería así, que aun se volverían á ver, respondía: *Ya no nos veremos más en esta vida; en el cielo confio en Dios nos veremos.* Esto repitió muchas veces, y el tiempo manifestó la verdad de este pronóstico; á pocos dias despues de haber llegado á Murcia enfermó, y como sabía era aquella su última enfermedad, puso todo su cuidado para aparejarse para la jornada, y para que le hallase el Señor vigilante y prevenido, pidió se le administrasen los Sacramentos para morir. Los médicos le persuadían que su mal no era muy de cuidado, ni de muerte, ni pedía aquellos últimos remedios tan á prisa, como él decía: él insistió que se le diese el Sagrado Viático: diéronselo más por su consuelo que por entender era tiempo de dársele. Duró su enfermedad algunos dias, y en todos confesaba y comulgaba todas las mañanas. Conociendo se acercaba el término, pidió se le administrase la Sagrada Uncion; y con mucha paz descansó en el Señor, cumpliendo el pronóstico de que iba á morir á Murcia. Dejó en toda su Provincia muchos deseos de sí y universal sentimiento de haberle perdido. Murió á 22 de Diciembre de 1627.

P. Francisco de Algemesí.

El año 1628 subió á gozar de Dios el P. Francisco de Algemesí sacerdote, cuya vocacion á la Religion por haber sido singular merece se haga de ella memoria aquí. No hay duda que es prueba grande del amor

que Dios tiene á un alma el llamarla á una Religion, y mayor cuando lo merece ménos, con tales auxilios que dándole luz de los peligros en que vive de su condenacion y de la brevedad de su vida, responda al llamamiento y acabe en ella la suya. Esto vimos en el que hizo Dios del P. Francisco de Algemesí á la Orden Capuchina. Habíanle enviado sus padres á la Ciudad de Toledo, siendo mozo, para que en ella tratase en el trato de la seda, donde lo tenían muy ricó los tratantes del Reino de Valencia con muchas ganancias suyas. Hacíalas grandes el P. Francisco: tenía en su poder mucho dinero con libertad; y sin tener quien le fuese á la mano, no trataba sino de gustos y pasamientos de mozo; olvidado de sí y de Dios, no trataba sino de llevarse galan y de ser visto.

Habíale dado la naturaleza buen talle y hermoso rostro: gastaba liberalmente con amigos, y perdía mucho tiempo en componerse, en peinarse el cabello y en consultar muchas veces el espejo, enamorado de sí como otro Narciso. Fuése un dia á mirar en él, y quedó sin sentido, medio muerto, turbado y temblando como otro Baltasar cuando vió la mano que escribía la sentencia de su apresurada muerte en la pared, porque vió en el espejo no la imágen de su hermoso rostro sino la de una calavera humana y un reloj de arena que corría á prisa y de la que quedaba ya muy poca. Reconoció muchas veces el espejo; volvióse á ver si á las espaldas estaba la verdad de lo que miraba en él, y no hallando nada cada vez se asustaba más; y ántes de entender el enigma, sentía en su alma grandes impulsos de Dios que le avisaban de su desconcertada vida.

Revolvía en su imaginacion mil pensamientos temerosos que le afligían el alma: fuése á comunicar con un Padre de la Compañía de Jesus lo que le acababa de pasar, quien en oyéndolo admiró la infinita bondad de Dios y los medios de que se vale para reducir á sí á los pecadores; díjole que el mismo gerolífico de la calavera y poca arena que quedaba en el reloj, sin otra inteligencia, era aviso de Dios de que le quedaba poco tiempo de vida y que tenía muy cercano el término de la suya: exhortóle á que mejorase la pasada, procurando emplear en servicio de Dios la poca que le quedaba; persuadióle hiciese una buena confesion y que se preparase para morir: que sería muy presto su muerte, y temiese no fuese repentina la suya y le hallase el Divino Juez Jesucristo que le avisaba, desprevenido. Hallóle esta exhortacion dispuesto con los temores de la vision para recibir estos buenos consejos del buen Padre, y para ponerlos en ejecucion; y para mayor seguridad de su salvacion, con este desengaño tan grande de los peligros del siglo, se determinó dejarlo del todo. Vinose á Valencia á casa de sus padres y se resolvió dejarlos y hacerse Capuchino, para que en la Religion le hallase Dios prevenido en la muerte temprana con que le amenazaba. No tardó mucho la ejecucion de su propósito: pidió nuestro hábito, y vestido de él profesó; y su vida fué toda un contínuo aparejo para la muerte, aguardándola cada dia; y no tardó mucho, pues á los pocos años de Religioso, recien ordenado sacerdote enfermó en nuestro Convento de Alcira, y recibidos los Sacramentos acabó santamente sus dias á 18 de Octubre de 1628.

P. Jerónimo de Córdoba.

Fué el P. Jerónimo natural de la Ciudad de Córdoba, bien nacido de padres nobles. Dióle Dios su santo temor con que se crió desde sus primeros años, creció con él con su edad, y este le apartaba de las ofensas de Dios. Siendo mozo, con ánimo de valer y ser estimado, se partió á Flandes á servir al Rey en las armas, y siendo soldado trataba de ser buen cristiano, no dejándose llevar de la libertad militar. El temor santo de Dios le detenía para que no le perdiera el respeto, ni hiciese á nadie agravio. Teníanle sus honrados respetos y virtuosas acciones ganada con todos opinion de caballero muy virtuoso: llegó la suya á los oidos del Rey, y por su virtud, por la calidad de su persona y buenos servicios que le tenía hechos, le hizo Comisario General de sus armas en aquellos paises. Administró este cargo con tanta recti-

tud, mirando con tanto cuidado por la hacienda real, que á muchos les parecía sobrado, y le llamaban *El recto y extremado:* que ni sabía aprovecharse, ni valer á sus amigos, ni los sabía ganar y obligar, y que era riguroso ejecutor de las órdenes reales.

Sobre tan buenos principios le dió Dios una luz clara y un grande desengaño de la vanidad del mundo y de los muchos peligros que hay en él para la seguridad de la salvacion, con un tedio y aborrecimiento á sus gustos y honras que le causaban las que tenía, que le quitaban los alientos para pretender otras mayores, con una voluntad grande de dejarlo todo y retirarse á servir á Dios en otra mejor milicia. Parecióle para uno y otro muy á propósito la Religion de los Capuchinos, y cuanto más lo pensaba le parecía mejor. Su delicada complexion criada en regalo y la aspereza de la Religion retardaban la ejecucion de sus deseos, pero pudo más con su corazon el amor divino que el temor humano: y se resolvió á pedir nuestro hábito en aquella Provincia de Flandes para estar más léjos de los suyos.

Manifestó el P. Jerónimo sus deseos y su última resolucion á nuestros Padres, quienes examinando los suyos y viendo su desengaño en edad competente, le admitieron al gremio de nuestra Religion y vistieron nuestro santo hábito. Cuando esto se supo en el ejército, no les causó novedad ni admiracion ninguna, sí mucha edificacion, diciendo que su virtud en esto había de parar. Suave y desembarazado halló al nuevo soldado el nuevo camino que había emprendido, experimentando cada dia con el auxilio de su gracia que le daba Dios que era suya su vocacion. Para perseverar en ella, vencer las tentaciones que le ponía Satanas, y llevar con gusto los rigores y penitencias de la Religion, ajustábase en todo á las leyes de ella: y por su buen proceder le juzgaron nuestros Padres merecedor de la profesion, y se la dieron, acabado el año de su noviciado.

Fué su vida tan ejemplar para los de dentro y fuera de la Orden que se grangeó con los unos y los otros igual estimacion y opinion de gran siervo de Dios y de verdadero Capuchino. Era de venerable aspecto, y en el semblante del suyo descubría lo mucho bueno de su interior en su mucha modestia exterior y mortificacion Religiosa; parecía un santo, y parecía por de fuera lo que de veras era de dentro. Todos le miraban y veneraban por tal, sólo él se miraba y estimaba por el peor de los hombres; y su humildad se ofendía de lo mucho que le estimaban. Visitábanle mucho sus amigos y las personas de más calidad: y considerando se había hecho Religioso en tierra extraña por no ser conocido, juzgó volver á la propia para huir de la honra que se le hacía en la extraña. Y para que conociéramos que su mudanza no la motivaban respetos humanos de carne y sangre, pidió licencia á nuestro P. Ministro General para venir á España á la Provincia de Valencia, por la mucha opinion que tenía en la Orden de santa y por los muchos Religiosos que florecían en santidad en ella. No quiso quedarse ni en la de Castilla ni en la de Andalucía, habiendo en ellas ya Capuchinos: y esto para estar más léjos de su patria y de sus deudos, y donde no fuese conocido de nadie. Vino en compañía de Fr. Gerardo de Amberes Religioso lego, varon de mucha contemplacion con gracia de contínuos éxtasis y raptos, quien huía de su Provincia y de su patria por el mismo respecto que el P. Jerónimo. Que aunque buenas fueron vanas las diligencias de ámbos, que como llevaban consigo la misma causa que era su notoria virtud, donde quiera que iban obraba los mismos efectos de honra y estimacion: con que hallaron en España la estimacion de la suya de que huían de Flandes.

Vinieron por mar y desembarcaron en el puerto de S. Sebastian donde se detuvieron algunos dias; salieron ámbos solos una tarde á la ribera del mar, y sentados á su orilla voló á ellos una ave muy hermosa que con el pico y con las alas les hizo mil fiestas, ya pasándose del uno al otro, ya poniéndose en sus rodillas y dejándose tocar, ya saltándose sobre los hombros, mostrando mucha alegría, y haciéndoles estas fiestas se estuvo con ellos buen rato. Enternecióse el P. Jerónimo, y sintiendo en su alma un gran con-

suelo lo manifestó en sus ojos bañados de tiernas lágrimas; díjole su compañero Fr. Gerardo: *Demos, Padre, gracias á Dios, que aprueba el fin de nuestra venida á España y el haber dejado por su amor nuestra Provincia y las comodidades que en ella teníamos, viniendo á estas extrañas donde no somos conocidos; parece nos da el Señor la bienvenida por medio de esta su criatura y nos promete que nos ha de suceder bien en todo.* Vueltos, al anochecer, á la pasada, preguntaron si había en el lugar alguno que tuviese un ave de tales señas (sospechando si era doméstica la que les había alegrado) y les respondieron no había tal ave en todo el lugar: con que se confirmaron habían recibido de la mano del Señor aquel consuelo por medio de aquella criatura suya.

Llegó el P. Jerónimo con su compañero á la Provincia de Valencia, donde fueron recibidos como ángeles del cielo. Luego se manifestó lo mucho que de Dios tenía recibido el P. Jerónimo: mirábase en él un ejemplo de toda virtud sobre sus venerables canas; un desprecio de sí mismo, sintiendo ofendida su humildad de la menor honra que le hiciesen, huía de ella y tomaba entre todos el último lugar, tan deshecho en su concepto que no sólo procuraba le tuviesen por él menor de los Religiosos sino por el mayor de los pecadores y por indigno del bien menor; era el primero á barrer y á fregar y á todos los ejercicios de humildad; en los capítulos de las culpas ponderaba tanto las suyas que dejaba confundidos á los más nuevos y edificados á los más viejos. Era perfecta su pobreza: á su uso no tenía más que lo que manda la Seráfica Regla: con que se tenía por muy rico: alegrábase cuando aun lo necesario le faltaba, gustando de padecer las necesidades de la santa pobreza, diciendo que nunca era más fraile menor que cuando ménos tenía de comodidades temporales. Alababa mucho la pobreza de aquella santa Provincia de Valencia: estaba muy contento de haber venido á ella, diciendo que había hallado en ella la santidad que de ella se decía en su Provincia. Estaba tan desapegado de criaturas que de su patria y de sus deudos jamas se le notó acordarse: estimaba mucho verse donde no era conocido de nadie, ni de amigos que le visitasen, y de este modo hallarse más desembarazado para darse todo á Dios.

Con ser ya viejo continuaba los ejercicios de penitencia que había observado toda su vida en los ayunos y vigilias y disciplinas. Estas las hacía muchas veces en su celda, y por no ser oido de nadie se azotaba con unas cadenillas de hierro que lastimaban sin hacer ruido, azotándose dos y tres veces cada dia, sin las disciplinas de la comunidad: pero por más que procuraba esconder estas penitencias, los más vecinos á su celda eran testigos de ellas. Dormía como los de más robusta salud sobre las tablas desnudas, y á todo era el primero.

Su caridad con los prójimos fué grande: á todos deseaba servir y hacer bien, y lo sabía hacer cuando lo pedía su necesidad. De todos sentía bien: hablaba de todos como sentía de ellos; jamas se le oyó murmurar de nadie, ántes llevaba á mal que se murmurase: tenían los ausentes muy bien guardadas sus espaldas con su defensa. Con los enfermos ejercitaba la caridad doliéndose de sus males, consolándolos con sus palabras llenas de consuelo, ayudándoles á llevar los suyos con ménos sentimiento y merecimiento mayor.

Dotóle Dios del don de edificar los prójimos con sus palabras: era con ellos su conversacion muy apacible y devota. Los que una vez gustaban de la suya le deseaban oir y le buscaban muchas. De ello dió bastante testimonio el Obispo de Segorbe D. Pedro Casanova, Prelado de los más doctos y entendidos de su tiempo: este Señor Obispo veneró mucho la virtud del P. Jerónimo y gustaba mucho de su celestial conversacion, visitábale muchas veces, y sin querer que avisasen á nadie cuando iba á nuestro Convento, se subía solo á su celda y encerrado con él pasaba muchas horas; y de sus santas palabras y buen ejemplo colegía el mucho fondo de su espíritu y lo mucho que había recibido de Dios, de quien hablaba tan altamente que evidentemente conocía el Prelado que aquellas noticias que tenía de él no eran adquiridas con industria humana

sino infusas, y que se las comunicaba Dios en la oracion. Admirábalas y alabábalas mucho en presencia de los señores de su Cabildo y encarecía mucho su santidad, diciendo de él era uno de los mayores Religiosos que tenía la Orden Capuchina y que no había topado otro que más le satisfaciese: convidábalos á posta y los traía consigo para que le oyesen hablar de Dios, y todos hacían de él el mismo concepto, mirándole por gran siervo de Dios, alumbrado de su Majestad con el don de su sabiduría.

Y no era mucho manifestase tanta luz y fuego en sus palabras el que teniendo tan ilustrado el entendimiento, juntamente tenía su corazon abrasado del fuego del amor divino, y de la abundancia del suyo hablaba su lengua Todo su trato era con Dios en la oracion; ocupada en él siempre su mente y su voluntad en afectos ardientes de su amor, hacía y ofrecía á Dios todas sus acciones por Cristo.

Concurriendo en el P. Jerónimo prendas y méritos tan grandes, le hicieron Definidor de la Provincia y Prelado de los mejores Conventos de ella. Descubrió en su gobierno grande prudencia, con que supo juntar la suavidad con el rigor; mostró grande celo de la honra de Dios en su divino culto, queriendo que todos los actos que pertenecían á él se hiciesen no sólo con mucha puntualidad y á sus tiempos, sino con mucha gravedad y devocion en el cantar en el coro las divinas alabanzas y en el celebrar las Misas. De la guarda de la pureza de la Seráfica Regla, fué en extremo acérrimo defensor: prohibía á los limosneros recurriesen á pecunia por necesaria que fuese la cosa sin su licencia, diciendo que á él le pertenecía el exámen; exhortábalos á que la buscasen por Dios: que viendo su Majestad y el P. S. Francisco que por la guarda de su Regla se mostraban celosos, movería los corazones de los hombres á que les diesen por su amor más de lo que habían menester. En todo fué perfectísimo Prelado, no faltando á ninguna de sus obligaciones.

Quiso Dios honrarle y que le honrasen los hombres en su muerte: y para esto ordenó con su divina Providencia que el último año de su vida le enviasen los Superiores á nuestro Convento de Segorbe, donde había sido Prelado y su virtud había sido más conocida. Estando aquí se le oyó decir muchas veces que cuando Dios fuese servido de llevársele de esta vida, no quisiera estar enfermo más que tres dias: el uno en que enfermase y conociese que lo estaba, el segundo para confesarse para morir y para recibir el sagrado Viático, y el tercero para recibir la santa Uncion y despedirse de esta vida. Oyó su Majestad su deseo, pues el Siervo de Dios enfermó y no le duró su enfermedad más que los tres dias que deseaba. Conoció el primero era de muerte su enfermedad; recibió el segundo los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y el tercero la Uncion y entregó en manos del Señor su espíritu. En sabiendo el Señor Obispo de Segorbe que estaba enfermo, le visitó aquellos tres dias muchas veces, y él mismo le daba de su mano el alimento y bebida: deseaba hallarse presente á su muerte, y la noche que murió, por no faltar á este su afecto, quiso quedarse en el Convento, pero por sus muchos años no se lo permitieron nuestros Padres: pero rogóles que á cualquier hora de la noche que echasen de ver que se iba muriendo le avisasen, que sentiría mucho no asistirle á la hora que espirase. Estuvo el P. Jerónimo todos los tres dias de su enfermedad con muy entero juicio; y en la cama estaba sentado con la misma quietud que cuando estaba sano, sin temores de muerte, ni de la cuenta que iba á dar, ántes con el semblante muy alegre y sereno, con mucha quietud exterior y mucha paz interior, aguardando á Cristo no Juez sino Esposo para celebrar con él bodas en su gloria, y con toda esta paz le entregó su espíritu, rico de frutos de obras de justicia para recibir de su mano la corona de la gloria.

Avisaron por la mañana de su muerte al Señor Obispo, y con sentimiento grande dijo: *Perdido hemos uno de los mayores santos de la Orden Capuchina.* Tratóse de enterrar su cuerpo y de hacerle los funerales, y movió Dios á toda la Ciudad y á todos los Señores del Cabildo que le quisieron hacer las honras fúnebres y decir

la Misa con la música de la Capilla de su Iglesia Catedral; el pueblo todo estaba presente: y miéntras se hacian los oficios estuvo siempre el Señor Obispo llorando. Muchos niños comenzaron con tijeras á cortar pedazos del hábito del P. Jerónimo, y admirado el Señor Obispo dijo: *¿ Quién mueve á estas criaturas inocentes á esta veneracion sino el mismo Dios, para que se vea se cumple aquí lo que dijo por David: Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem?* Comenzó el pueblo á imitar á los niños y á besar los pies y manos del cuerpo difunto y á cortarle reliquias del hábito: y el Señor Obispo pidió para su consuelo unos de los paños que habían sido de su uso.

Algunas personas dijeron había Dios obrado algunos milagros por el P. Jerónimo. El Doctor Espejo, famoso médico, dijo había obrado en él viviendo uno grande; que teniendo en el pecho una boca abierta de una estocada que le habían dado mucho tiempo hacía, jamas por ningun medicamento se le había cerrado, y que haciéndole sobre ella el P. Jerónimo la señal de la cruz, en el mismo instante quedó cerrada.

P. José de Madrid.

Nació Fray José en la Imperial Corte de España que le dió apellido de padres honrados y virtuosos, que desde niño le inclinaron al estudio de las letras, aunque él desde entónces se mostró aun más propenso al de las virtudes. Por lo cual con el uso de la razon empezó á frecuentar los templos, la confesion, la comunion y trato con personas espirituales, huyendo con el mismo cuidado de los jóvenes de su edad ménos ceñidos á las leyes de la virtud.

De su vocacion á los Capuchinos y entrada á vestir sus sayales, no hay noticia particular sobre la de haber tomado el hábito en nuestro Convento de Antequera, cuando aun la Provincia de Andalucía no se había dividido de la de Castilla. Portóse en el año del Noviciado muy á satisfaccion y consuelo de los Religiosos de su Familia, retirado, obediente, humilde, no sólo con los Superiores y antiguos, sino tambien con los de igual clase y edad. Empezó desde luego á formar en sí, mediante la oracion y mortificacion un retrato de la perfeccion Evangélica, y aun, como deseaba el Apóstol, del mismo Cristo, imitadas en cuanto era capaz su ánimo las virtudes de esta Majestad Divina.

Luego que profesó se puso nuevas y mayores obligaciones de hacer guerra á los impulsos del hombre viejo, de desmentir en sí los desórdenes heredados de Adan y para este fin se dedicaba á todo género de virtudes. La de la caridad y Divino Amor tenía en su ánimo ardiente y constante ejercicio. Sustentaba esta noble llama con la memoria de los favores y beneficios que había recibido de Dios, y satisfaciendo á las leyes de agradecido, crecía en los afectos de amante. Estos le impelían á padecer, porque como San Pablo dijo: es paciente la caridad. Y si en la Lógica de la Escuela es el predicamento último el *padecer*, en la del amor es el primero. De aquí castigaba su cuerpo con ásperas disciplinas, continuadas vigilias, hambre, sed, desnudez y otras diferentes austeridades que de afecto propio abrazaba. En los actos de Comunidad era siempre el primero. Parecía vivir con el pasto de las alabanzas Divinas, con que tenía por muerte faltar á ellas; y así cuando se restituía al Convento despues de algun viaje, aunque hubiese sido largo y molesto, si hallaba en el Coro á los Religiosos, tomada la bendicion del Prelado, se agregaba luego á su número y hallaba el descanso del cuerpo en aquella nobilísima ocupacion á que tenía tan afecto el ánimo. Aunque la obediencia le había aplicado al estudio, nunca por él quiso admitir dispensacion alguna en el Coro que era su estudio principal, de donde sacaba copia grande de soberanos conocimientos.

El que amaba á Dios, como habemos dicho, amaba tambien con correspondiente intension al prójimo, á cuyas conveniencias le hallaba siempre pronto la caridad. Ocasion hubo en que ocupando la enfermería cuarenta Religiosos dolientes, se hizo corto este número á la solicitud y asistencia de Fray José. Limpiaba las celdas

de todos, hacía las camas, lavaba los más horrorosos é inmundos vasos y paños que servían á los enfermos. A todos asistía, á todos consolaba con sus palabras y animaba á la más perfecta conformidad con cariñosas exhortaciones. En su presencia nunca tuvo lugar la murmuracion, porque se mostraba defensor constante de los ausentes. Y aunque este linaje de caridad le expuso á algunas ocasiones de enfado, las venció con sufrimiento y benignidad, porque tuvo un ánimo manso y siempre vencedor de la ira. Templábase y templaba á los prójimos con un sazonado estrivillo de que de ordinario usaba, diciendo: « ¡ Válgame la Madre de Dios! sosiéguese. » De aquí venía que todos le llamaban *Madre de Dios*. Vencía sin razones con agasajos, que es la venganza más generosa que enseñó el Maestro de todas las virtudes. Este apacible genio y constante moderacion le conciliaba no sólo el cariño sino el respeto de todos los que vivían en su Familia; y aunque le veían mozo en los años, le veneraban como anciano en el ejercicio de las virtudes y victoria de las pasiones.

A la pobreza santa, mayorazgo de los Menores, dedicaba amorosos cultos. Aunque era débil y mal sana su complexion, nunca usó de otro abrigo aun en los frios más rigurosos que el de un sencillo y traido hábito, á que juntaba la más entera descalcez, renunciando el alivio de las sandalias que admite el estilo comun de la Religion. No contenía su celda otras alhajas que el Breviario, algun libro devoto y el cuaderno en que iba escribiendo las lecciones que oía en el aula. De todo lo demas se abstenía huyendo la prision del ánimo que suelen tejer idolillos de ociosidad.

No es de admirar fuese tan pobre el que sabía ser tan humilde, porque estas dos virtudes están unidas con vínculo de amistad y aun de sangre. Todos hallaban eficaces razones para estimar este perfecto Religioso, sólo él no las descubría. Nada de sí se ofrecía á sus ojos, que no fuese motivo á su corazon de humillarse y de despreciarse. Acordábase de que Nuestro Seráfico Patriarca hallaba modo de poder decir con verdad que era el peor de los pecadores, y quedaba lleno de empacho de no poder bajar á mayor profundidad de propio conocimiento, hallándose indigno aun del nombre de hijo de tan santo y esclarecido Progenitor. Aunque procuraba informar el ánimo con las virtudes que veía en otros, siempre hallaba haberse frustrado su intento, y que adulterado el pincel, en vez de la hermosura de las virtudes había manchado con la fealdad de los vicios la tabla del corazon.

Pobre y humilde el siervo de Dios, había tambien de ser penitente, que se encadenan las virtudes, si se confederan los vicios. Casi todo el año ayunaba repartido en las Cuaresmas de que fué primero ejemplar nuestro Seráfico Patriarca. En las Vísperas de aquellos Santos que celebra la Iglesia con más solemne y festiva memoria, se ceñía á solo pan y agua su ayuno. El mismo observaba para prepararse á los dias de la Vírgen María Señora nuestra, cuya devocion era iman el más eficaz de su afecto. Comulgaba frecuente, y siendo así que el Pan de los Angeles que percebía del Altar, tiene por propio oficio ser espiritual sustento de la alma, se extendía en Fray José á ser fortaleza del cuerpo; porque en los dias de Comunion le privaba de todos los terrenos manjares. Con sola agua apagaba la sed, sin admitir jamas el vino, por más preciso que pareciese á la flaqueza y debilidad de su estómago No faltaron calumnias contra este linaje de abstinencia, que se tenía por imprudente y propia de bisoños espíritus. Instábanle algunos, á que mitigase el rigor, pena de inhabilitarse por él al continuado peso, que traen consigo las comunes observancias de nuestra Orden; pero sordo el Siervo de Dios á esta tentacion disfrazada con apariencias de discrecion, proseguía su austero estilo, comprando con la maceracion del cuerpo la seguridad del espíritu, que era lo que más apreciaba. Eran cotidianas y sangrientas sus disciplinas, con las cuales enflaquecía las fuerzas del sentido y mitigaba las rebeliones del viejo Adan.

Envidioso el demonio, ninguna diligencia omitía en órden á impedir estos ejercicios tan generosos, y viendo

que no podía pausarlos con la representacion del perjuicio que por ellos amenazaba á la salud del Siervo de Dios, atropellado de su constante perseverancia, pretendió marchitar con el sutil y nocivo viento de la vanagloria las hermosas flores que en aquel espiritual interior verjel producía la gracia con el continuado cultivo de la oracion y mortificacion. Pero asistido Fray José de estos dos eficacísimos auxiliares oponía al veneno el antídoto, á la vanagloria la humillacion en público y repetidos combates. Tal vez quitado el hábito, y poniendo sobre los hombros el vil aderezo con que los jumentos se habilitan para la carga, se presentaba á los ojos de toda la Comunidad, con deseo de que le tuviese por loco y le mandase sustentar el Prelado con lo que es manjar de los brutos. Y en una de estas ocasiones consiguió lo que pretendía; porque despues que el Superior le hubo mortificado con no pocos oprobios y últimos menosprecios, le mandó no comiese aquel dia sino de un arnero de paja que se le había puesto delante: lo cual empezó á ejecutar con tan buen aliento, que fué necesario retractar el precepto para que la obediencia cesase.

Frustrada, pues, por este lado la malicia de Satanas, se arrimó á otro y fué procurar aterrarle con horrorosas representaciones é ideas. Hizo de ellas especial prevencion para una noche, en que empezando á tomar Fray José una sangrienta disciplina, se halló cercado de copiosa multitud de demonios, que con asombrosos visajes y desapacibles bramidos le amenazaban último riesgo si no dejaba aquel ejercicio. No tuvo mayor eficacia este ardid que los que ántes se habían perdido: porque golpeándose Fray José con más rigurosa violencia, levantó el corazon á Dios é hizo esta breve oracion á aquella piadosísima Majestad: « No ignoro, soberano Dueño de mi alma, que esta ruin, mísera é indigna canalla no me podrá hacer daño mayor (corporal) que el que se me diere con la licencia concedida á su crueldad. Pero si [illegible] para instrumento de los castigos que por mis pecados merezco, me conformo y rindo á vuestras Divinas y siempre justificadas disposiciones. » Apénas puso término á estas palabras, cuando se halló libre de todo aquel maligno tropel que nunca más tuvo aliento de molestarle.

La oracion de Fray José era con toda aquella continuacion que cabe en la humana fragilidad En el Coro, en la Iglesia, en cualquiera escondido sitio y lugar á que podía retirarse, gastaba largo espacio de tiempo en tierna y elevada contemplacion, que acompañaba con copiosas lágrimas, profundos y ardientes suspiros. A la oracion vocal y obligacion Canónica de las Horas, no asistía con ménos fervor y puntualidad. Entraba el primero en el Coro, salía el último, de suerte que á ninguno de los Religiosos era fácil averiguar cuando entraba ó cuando salía. Celebraba el Sacrificio de la Misa muy como el Sacrificio lo pide, medidas las acciones, tierno el semblante y engolfado el ánimo en la consideracion de tan soberanos Misterios. Provocábale á devotas lágrimas, bien que cuando se hallaba en público reprimía cuanto le era posible el raudal de la dulzura en que era bañado su corazon. Pedía siempre á Dios con humilde instancia no llegasen á ajeno conocimiento las mercedes con que confundía su tibieza ó animaba su caimiento, y de las frecuentes que recibía se protestaba indigno é ilegítimo poseedor, sin reconocer otro motivo de ellas que la Divina benignidad. Tuvo efecto esta súplica por no breve espacio de tiempo; pero al fin disponiendo Dios que se descubriese la disposicion de su fiel siervo, por los sobrenaturales efectos que en él se obraban, estando en los Maitines de la Transfiguracion, al oir aquellas palabras: *Transfiguróse delante de ellos,* en cierto modo se transfiguró Fray José delante de toda la Comunidad de nuestro Convento de San Antonio que era siempre muy copiosa, porque la fuerza del espíritu concebido en la profunda meditacion del Misterio entónces solemnizado, le arrebató de su lugar con inevitable eficacia, y despues de haberle traido casi sin tocar en el suelo por entre todos los Religiosos, le sacó por una de las puertas del Coro, y le entró por otra, dando él entretanto fuertes y amorosos suspi-

ros. El Provincial que se halló presente mandó le llevasen luego á la celda, para que la Comunidad pudiese continuar sin diversion alguna el Oficio, y cuatro de los Religiosos de no menores fuerzas que ejecutaron este órden, confesaron despues que los había llevado con presuroso y violento impulso. Entró en la celda y recostado en la tarima interrumpió los gemidos con estas voces: « Amado mio, Amado mio, basta, basta, que me abraso en vuestro Divino Amor. » Perseveró fuera de sí, por rigurosos medios que se tomaron para que volviese á su acuerdo, hasta que acabados los Maitines y entrando el Guardian en su celda le dijo: « Recójase y no nos inquiete la casa. » Oyó estas palabras postrado en tierra, levantóse despues, y por aquella noche no padeció movimiento alguno hasta la mañana, en que despues de haber celebrado volvió á ocuparle otro parecido mental exceso. Y desde entónces se le continuaron tan repetidos, que quedó incapaz no sólo de asistir en funciones públicas, sino de continuar los estudios á que la obediencia le había aplicado. No se descuidaban los Superiores de probar y acrisolar aquel espíritu con reprensiones ásperas é injuriosas. Pero todo era leña con que crecía á mayor aumento y efectos más sobrenaturales aquella invencible llama de amor. El ánimo de algunos Religiosos estaba incrédulo y ménos favorable hácia estas que llamaban extravagancias, los que las tenían por sospechosas, permitiéndolo Dios para que al toque de la adversidad se manifestase de mayores quilates el oro de aquel trabajado.

Para que la fuerza del espíritu que el varon de Dios padecía, no acabase con las del cuerpo y pudiese lograr alguna diversion oportuna, pareció al Provincial mudarle al Convento del Pardo, donde con mayor libertad podían gozar del campo los Religiosos. Pero como aquel sitio, aunque es más delicioso, es más retirado, en vez de divertir á Fray José le reconcentró ó interiorizó con tan vehemente y continuada aplicacion del ánimo á lo celestial, que andaba siempre absorto y enajenado de los sentidos, de modo que ni de comer ni de dormir se acordaba, y era necesario que ajena y cuidadosa solicitud le impeliese á sustentar la naturaleza. Restituyéronle al Convento de San Antonio, donde se continuaron sus profundas elevaciones. A los primeros dias volvía de ellas, cuando le hablaban ó le llamaban para comer; despues se hizo esto no sólo dificultoso pero imposible, con que sin remedio le iba acabando la interior llama de amor Divino que se apacentaba en su corazon. Lleváronle á la enfermería, y llamados médicos, despues de varias experiencias que salieron infructuosas, declararon no ser natural aquel accidente, y que el que iba consumiendo al doliente venía de la intension con que se arrebataba á la contemplacion de lo celestial, y deseo de unirse con el objeto que tanto amaba. Esta noble dolencia trajo á Fray José á lo último de la vida; y esta, como piadosos debemos creer, le trasladó á la eterna Patria del Cielo, donde en estrecho é indisoluble vínculo estará gozando de aquella Hermosura nueva y antigua, que aun debajo del velo de la Fe en este siglo hirió tan vivamente su corazon. (*Chrónicas*). Murió en 1628.

P. José de San Felio de Guixols.

Los Originales de la Provincia de Cataluña, despues de haber dicho que el P. José, de quien ahora tratamos, fué natural de una villa de la marina, llamada San Felio de Guixols, añaden que fué Religioso Carmelita calzado: pero nada dicen ni del nombre y estado de sus padres, ni del tiempo que vivió en aquella sagrada Religion; solamente nos dan la noticia, que vistió nuestro santo hábito capuchino en el año 1587, con deseos de mayor perfeccion. Dejaremos pues á solo Dios el conocimiento de la vida que llevó tanto en el siglo como en la profesion de aquel instituto, bastándonos á nosotros el saber que abrazó la austeridad capuchina deseoso de ser más perfecto; como en efecto así lo manifestó en el largo tiempo que vivió en nuestra Orden. Con un natural llano y sencillo juntaba un espíritu muy fervoroso y penitente, esforzándose en adornar su alma con las virtudes propias de un fraile menor. A las horas

de coro, á las oraciones, y demas ejercicios de comunidad asistía muy puntual, dejándose ver en todo un Religioso muy amante de las cosas espirituales. Estuvo una vez tan gravemente enfermo, que recibió la sagrada Uncion, y no obstante de hallarse sin fuerzas, lleno de fervor, pidió al Religioso que le asistía, que todos los dias le bajase á la iglesia para oir misa; á cuya peticion accedió aquel buen Religioso, llevándolo á veces sobre sus hombros, y otras veces ayudándole algun otro, y en habiendo oido la misa, lo volvía á la celda del mismo modo. Tanto puede un espíritu encendido en amor de Dios.

De otra suerte manifestó tambien este Varon santo sus deseos fervorosos en los ejercicios espirituales, y fué el disponerse para ellos con el rigor de las disciplinas. Antes de celebrar el santo sacrificio de la misa se preparaba con hacer este ejercicio penal de la disciplina, aun cuando se hallaba fuera del Convento, deseando con ello, segun él decía, purificar su alma de las faltas cometidas. Acostumbraba predicar muchos sermones, y confesó él mismo á otro Religioso, que nunca había ido á predicar, sin que primero hiciese la disciplina. Así se observó en una cuaresma, en la cual á más de disciplinarse todas las noches, tomaba otra disciplina ántes del sermon. Tambien se observó en un viaje largo que hizo, que llegando la media noche, se levantaba, rezaba los maitines, y concluía con la disciplina. Llegó una vez á cierto Convento en ocasion que se hacía la señal para la disciplina de comunidad, y aunque él era ya viejo, y estaba cansado del viaje, se fué con mucho fervor á juntarse con los demas Religiosos en este ejercicio penal. En cierta ocasion que estuvo enfermo, observó el enfermero que se disciplinaba muchas veces. Al fin parece que este Siervo de Dios no deseaba otra cosa sino mortificar y castigar su cuerpo, para que sus sermones, sus sacrificios, sus viajes y toda su vida fuesen objetos agradables á los ojos del Señor, y mereciese las bendiciones del cielo.

Su predicacion iba acompañada de tanto celo y espíritu, que una vez no dudó reprender á cierto sugeto distinguido, que vivía con escándalo público; y aunque esta persona fué despues del sermon á hablarle y quejarse de su reprension, el celoso predicador le respondió, que miéntras no se enmendase, no dejaría de reprenderle, aunque hubiese de perder la vida. En otra ocasion pasando por cierto pueblo, y hallando en la plaza mucha gente entretenida en algunos juegos, les reprendió aquella ocupacion, y les persuadió ir á la iglesia, donde les predicó con tanto espíritu, que les dejó á todos muy edificados. Cuando el Rosellon era de España, tenía la Provincia Convento en la villa de Prada, donde habitó por algun tiempo nuestro P. José, el cual siguiendo su espíritu deseoso de la gloria de Dios y del bien de las almas, no solamente procuró que se fabricase iglesia nueva en aquella villa, sino tambien persuadió que se introdujese allí la oracion de cuarenta horas, cuya solemnidad se celebraba con mucha devocion en la semana santa, asistiendo nuestros Religiosos en la última hora. Y para que pudiesemos conocer cuán agradables eran á Dios todos estos ejercicios y sermones del Varon santo, se dignó el mismo Señor significarlo con un suceso bastante prodigioso. Predicó una vez en un pueblo del Rosellon ó de aquel vecindario la festividad de la Circuncision del Señor, y en el tiempo del sermon observó cierta Señora, que todas las veces que el Predicador nombraba el santísimo nombre de Jesus le salía de la boca como una llama de fuego, que tal vez sería indicio de los incendios divinos que ardían en su corazon. Comunicó la dicha Señora lo que había visto á un Religioso nuestro, llamado P. Ciprian di Elna, que es el que declaró este suceso. Así vivió este Varon santo, y con esta perfeccion santificó los años que fué Capuchino; y habiendo merecido una demostracion tan clara de ser su vida agradable á los ojos del Señor, podemos creer que le sería tambien agradable su muerte, que se verificó, recibidos con mucha devocion los santos Sacramentos, en nuestro Convento primitivo de Gerona, llamado nuestra Señora de las Ermitas, en el año 1628.

Fr. Ignacio de Piera, Lego.

ESTE Religioso fué natural de una villa del obispado de Barcelona, que se llama Piera, y vistió nuestro hábito capuchino en el año 1606: y parece que junto con el hábito vistió tambien el espíritu de humildad, caridad, devocion, y de toda virtud; pues resplandeció con tal perfeccion, que fué un lúcido espejo de buenos Religiosos, singularmente legos Su principal estudio fué la santa oracion, madre de todo buen espíritu, aplicándose tan contínuo á este santo ejercicio, que edificaba no poco á los que vivían con él. Asistía puntual á las oraciones de comunidad, y estaba en ellas arrodillado con mucha quietud delante el Santísimo Sacramento. Cuando iba de camino, llegando la hora destinada para la oracion comun, hacía señal al compañero con el báculo, y en este tiempo guardaban silencio y caminando hacían su oracion. En los maitines de media noche estaba en la iglesia, ya arrodillado, ya en pié, ya sentado á imitacion de los que cantaban en el coro. Por la mañana se levantaba ántes de Prima á veces una hora, á veces media, y cumplía con sus obligaciones y devociones, á fin de estar expedito para el trabajo, á que se aplicaba con mucha diligencia. En los dias de fiesta pasaba la mañana oyendo todas las misas que se celebraban. No sabemos cuáles y cuántos beneficios merecería recibir del cielo con estos sus ejercicios de oracion y devocion: sólo hallamos que cierto Religioso nuestro, que vivía en aquel tiempo, había oido decir que el Siervo de Dios alguna vez fué visto arrobado y levantado en el aire al igual de la lámpara.

Mas como la virtud mire principalmente la santificacion del alma y el bien de los prójimos, así este Varon santo miéntras se hacía objeto agradable á Dios con tantos ejercicios espirituales, procuraba tambien comunicar á otros este mismo espíritu. Tuvo por algun tiempo el encargo de cuidar de la fábrica del sayal para los Religiosos en los Conventos de Perpiñan y de Gerona, acompañándole otros tres hermanos legos, y muy presto introdujo la devocion en aquella oficina. Por la mañana había tiempo de silencio, despues entre dia rezaban á coros el oficio de nuestra Señora, las letanías mayores y las de la Vírgen, y algunas veces añadian el oficio de difuntos y los salmos penitenciales, sin dejar el trabajo. En las horas de oracion si no podían asistir á ella, disponía que se guardase silencio, y que trabajando se hiciese oracion. Al fin ordenó las cosas de aquella oficina con tanta observancia, que parecía un seminario el más recogido. En otra ocasion siendo cocinero en el Convento de Figueras, recibió obediencia para pasar al de Santa Eulalia, y queriendo dejar la mejor doctrina á los novicios legos que dirigía, los juntó en el aposento de la cocina, y habiéndoles hecho una plática espiritual se arrodilló y besó los pies de todos, moviendo sus corazones con tal afecto, que les obligó á derramar devotas y tiernas lágrimas. Este mismo fervor y devocion se reconocía tambien en sus conversaciones, con las cuales inflamaba á los que le oían; como sucedió una vez, que visitando cierto estudiante enfermo, le habló de nuest o Señor con tal espíritu, y le movió á tanta devocion, que las lágrimas salían de sus ojos. Con estas virtudes juntaba la humildad, la paciencia, la abstinencia, el silencio, y singularmente una caridad muy compasiva para con los Religiosos enfermos, á quienes servía y consolaba en todo lo que podía con mucho cuidado y amor. Siendo, pues, tan perfecta la vida de este Siervo de Dios, y habiendo adornado su alma con tales virtudes, podemos creer que en su muerte sería del número de aquellos siervos fieles y vigilantes que esperan con gozo la venida de su Señor, en cuyas manos entregó su espíritu, habiendo recibido con devocion los santos Sacramentos. Despues de muerto, hablando el P. Guardian con los Religiosos en comunidad, no dudó decir, que aquel dia habían enterrado un Santo. Y el P. Fructuoso de Verdú, Provincial entónces de Cataluña, cuando supo su muerte, se expresó con estas palabras: « Si ahora fuesemos en aquel tiempo ántiguo, que los Prelados canonizaban, yo canonizaría á Fray Ignacio por Santo. » Con cuyas expresiones se nos significa bastantemente

la fama de santidad con que vivió y murió este Religioso, y la felicidad de la gloria que goza en el cielo. Fué su fallecimiento en nuestro Convento de Gerona, llamado Corpus Christi, el año 1628.

P. Cirilo de Figueras.

Fray Cirilo de Figueras, Sacerdote, habiéndose aplicado con increible vigilancia al ministerio de asistir á los apestados, vino á morir en un establo sobre unas pobres pajas, sin otro alimento que el de una escasa porcion de pan, pero con el inefable consuelo de haber dicho Misa en el dia mismo de su muerte, que fué el de la Asuncion de Nuestra Señora (del año 1629). Injuriado gravemente en cierta ocasion, respondió á uno de los nuestros que le fué á consolar: « ¡ Oh Padre, cómo sabe Dios hacer de las hieles dulzuras, esto es convertir en inefable gozo las angustias del ánimo que produjo el baldon, si por amor de Cristo y con igualdad de espíritu se tolera! » Como fué paciente, fué humilde, y así con suma reverencia se excusó de admitir la licencia y título de Predicador, que acabados los estudios de Teología le envió el Ministro General de la Orden. (*Chrónicas*)

P. Agustin de Ripoll.

La insigne villa de Ripoll fué la patria de este Religioso, y la muy noble casa de Descallar fué el glorioso tronco de su linaje, casa tan ilustre, que ocupaba un lugar distinguido entre los caballeros nobles de Cataluña. Llamóse en el siglo Don Matias Descallar, y creemos que su educacion sería conforme á la ilustre sangre de su nacimiento, con la cual no le faltarían esperanzas de lucir entre las glorias que ofrece la nobleza de este mundo. Mas la divina gracia con sus luces poderosas le hizo conocer, que no las fortunas brillantes de la tierra, sino la virtud y santidad hacen al hombre verdaderamente honrado, feliz y dichoso. Con este conocimiento determinó dejarlo todo, y conmutar la nobleza y riqueza de su linaje por el pobre y humilde estado de nuestro instituto capuchino, cuyo hábito vistió el año 1590 dejando el nombre de Matias, y llamándose en adelante Agustin. Cuarenta años vivió en nuestra Orden, y en ellos manifestó siempre cuan ardientes fueron los deseos que tuvo de ilustrar su alma con la nobleza de las virtudes. La humildad, la castidad, la obediencia, la abstinencia, el fervor y el celo fueron los adornos preciosos que más le ennoblecieron, tanto en el estado de súbdito, como en los gobiernos que tuvo en los Conventos de Ceret, Vich y Manresa, en cuyo último convento fué tambien Maestro de novicios.

Para conseguir estas virtudes y la perfeccion de ellas, tomó el camino seguro de la oracion, á cuyo santo ejercicio se dedicó con aplicacion tan singular, que parece no vivía sino para orar. Nuestras Constituciones generales señalan dos horas de oracion todos los dias para los Religiosos, y los antiguos Padres tenían otra de devocion; y aunque estas tres horas parecen tiempo bastante para llegar á la perfeccion religiosa, nuestro P. Agustin poco satisfecho con estas oraciones de comunidad, buscaba otras horas y otro tiempo para tratar con Dios y meditar los años eternos. Regularmente una hora ántes de los Maitines de media noche ya estaba en el coro ocupado en este santo ejercicio, el cual continuaba despues de los Maitines por largo espacio de tiempo; y llegando las cuatro de la mañana, ya estaba otra vez en el mismo lugar y en la misma devota ocupacion. Morando en el Convento de Santa Eulalia, fué observado muchas veces, que déspues de los Maitines permanecía en oracion hasta la hora de Prima delante un Crucifijo que había en medio del coro. Tambien se observó en el Convento de Vich, que en el invierno pasaba la mayor parte de las noches orando en el coro, sin que le impidiese el rigor del frio que se padece en aquella tierra, ni la débil complexion de su persona. Al fin fué tan contínuo en este santo ejercicio, que siendo ya anciano, y padeciendo algunos achaques que le impedían bajar á la iglesia, al llegar á las once de la noche, se levantaba, y hacía en la celda aquella hora de ora-

cion á más de las ordinarias de la comunidad.

Por algun tiempo padeció de la cabeza cuando estaba en la oracion, de modo que le impedía orar segun él deseaba, pero mereció el remedio con un singular beneficio que le hizo el Señor, y fué que estando una vez recogido, sintió que le apretaban la cabeza al modo que si viniera alguno y se la apretara con las dos manos, y con esto quedó libre de aquella pena y dispuesto para la oracion. Asimismo si alguna vez se hallaba con alguna afliccion, tomaba por remedio ponerse delante del altar del Santísimo Sacramento, y luego hallaba allí el consuelo. Con esto llegó á gozar de tanta quietud en la oracion, y fué tan singular el recogimiento interior que Dios le concedió, que segun él dijo una vez, nunca en la oracion se derramaba ó divertía en otro objeto. Y conforme á esto, dice cierto Religioso, que componiendo una mañana ántes de Prima el frontal del altar mayor, y estando el Varon santo arrodillado cerca de la peaña, no se movió hasta que hizo algun ruido, y entónces como quien despierta de un sueño, volvió en sí, y levantándose se entró en el coro. De aquí nacía el quedar su entendimiento tan ilustrado en materias espirituales, que si le proponían dudas ó puntos pertenecientes á la oracion, las declaraba con gracia y luz particular. En las conversaciones que tenía con los seglares, trataba con mucha edificacion, diciendo á veces cosas de mística tan altas, que muchos juzgaban ser don particular de Dios alcanzado en la oracion. Iba una vez de camino, y hallándose el compañero tan fatigado que temía no poder continuar el viaje, introdujo el Varon santo una plática espiritual, y habló de Dios con tanto espíritu, que se desvaneció la fatiga del compañero y pudo llegar al Convento sin cansancio alguno.

Consiguiente á toda esta perfeccion fué el gran celo que tuvo de las cosas de la Religion y de la disciplina regular, siendo muy contínuo en los actos de comunidad, y muy puntual en las horas de coro tanto de dia como de noche. Cuya observancia se hacía más ejemplar con las muchas abstinencias que practicaba, conforme se observó en una cuaresma de todos los Santos hasta Navidad, la cual ayunó con tanto rigor, que en la comida se contentaba con solo pan y alguna fruta ó algunas aceitunas. De la castidad fué tan amante y tan deseoso de poseerla sin contradiccion alguna de parte de la carne, que no dudó practicar rígidas y fervorosas diligencias para domar su cuerpo y conseguir la victoria que deseaba. Así lo comunicó en confianza el mismo Siervo de Dios al P. Onofre de Barcelona, el cual en su declaracion jurada explica esta pelea y esta victoria con las palabras siguientes: « Estando (el P. Agustin) « de familia en el Convento de Santa « Eulalia, se dió á hacer extraordina- « rias diligencias, para domar su cuer- « po, de oracion, penitencia, y diversos « ejercicios espirituales y devotos. « Ibase por las ermitas de dicho « Convento muy de ordinario de dia « y de noche, y pasaba en ellas mucha « parte de los dias y la mayor parte « de las noches, y allí hacía larga « oracion, clamando contínuamente á « Dios, suspirando, hiriendo los pechos « y disciplinándose, pidiendo á nuestro « Señor victoria de aquel importuno y « molesto enemigo: con las cuales « piadosas diligencias mereció recibir « de la divina Majestad tan excelente « don de perfecto dominio sobre su « carne, que ya no sentía rebeldía « alguna, ni movimientos sensuales « contra la castidad. » Así explica el sobredicho Religioso el modo con que nuestro P. Agustin llegó á conseguir victoria de su cuerpo; y en esta explicacion tenemos nosotros bastante doctrina para nuestro gobierno en una materia que tanto nos importa.

Todas estas virtudes del Siervo de Dios tuvieron su fundamento en la humildad, virtud tan necesaria, que sin ella adelantara poco el Religioso en la perfeccion. Vimos en el principio la distinguida nobleza que gozaba en el siglo, pero cuando fué Capuchino parece que se olvidó de cuanto luce y resplandece á los ojos de los hombres. Sentimientos bajos, ocupaciones ordinarias, ejercicios de caridad, obediencias humildes fueron los grandes objetos que merecieron sus atenciones. Despues de haber concluido con sus ejercicios espirituales se ocu-

paba en trabajos de manos, ó en hacer algun ejercicio en la huerta, empleando por lo ménos una hora cada dia. Si tal vez algun Religioso le pedía que le ayudase en coser algun hábito ó cosa semejante, lo hacía con mucho agrado y edificacion. Estuvo enfermo cierto Religioso, y el Varon humilde lleno de caridad iba de ordinario á componerle la cama. Morando en el Convento de Mataró siendo ya anciano, ordenóle el P. Guardian que acompañase al limosnero en la allega del pan, cuya órden cumplió con toda humildad, pidiendo la limosna y cargando con las alforjas, como pudiera hacerlo el más humilde hermano lego. En otra ocasion se le encargó que con cierto Religioso fuese á recoger algunas uvas de limosna, y aceptó gustoso esta obediencia, en la cual se ocupó algunos dias, yendo de casa en casa y llevando la carga á cuestas con no pequeño sudor de su rostro. El compañero que tuvo en esta allega dice que quedó muy edificado, viendo un Religioso tan venerable por su ancianidad, virtud y prelacías, y claro por la nobleza de su sangre, ocuparse tan alegramente en ejercicios tan humildes y cansados.

Otro ejemplo de humildad nos dejó tambien en el tiempo que fué Guardian de Manresa. Tenía el Siervo de Dios un hermano que se llamaba Don Jaime Descallar, el cual venía á visitarle en el Convento ; pero el Varon humilde vivía tan olvidado de la nobleza propia y de la de su hermano, que en su misma presencia se ponía á trabajar en una cantera, rompiendo la roca con un mazo de hierro. ¡A tánto llega el espíritu de quien está revestido de la humildad de aquel Señor que murió por nosotros en una cruz! Con el adorno de estas virtudes, y con la perfeccion de una vida tan santa, llegó el tiempo en que Dios nuestro Señor quiso sacarle de las miserias de este mundo, y darle lugar entre sus escogidos; y parece que el mismo Varon santo tuvo alguna luz ó conocimiento de esta voluntad divina, porque poco ántes de morir se fué á Vich y Ripoll, y se despidió no sólo de sus parientes vivos, sino tambien de los huesos de sus pasados. El Señor Don Miguel Clariana, que era primo hermano del mismo P. Agustin, en carta que escribió al P. Pablo de Sarriá, dice que de esta visita todos entendieron que se despedía para morir. En efecto vuelto á Barcelona, se acercó al fin de sus dias, y habiendo recibido con devocion los santos Sacramentos, murió en el Señor, y entró en el reino de la inmortalidad, donde goza la nobleza de los hijos de Dios, segun piamente creemos. Fué su muerte en nuestro Convento de Barcelona, llamado Monte-Calvario, en el año 1630.

P. Jacinto de Piera.

Los padres de este Religioso se llamaron Bartolomé y Catalina Pujades, labradores ricos y buenos cristianos de la villa de Piera en el obispado de Barcelona. Nada sabemos de su crianza y educacion, sino solamente que vistió nuestro santo hábito en el año 1596. Pero hecho ya capuchino, hallamos un cúmulo de tantas virtudes, y una perfeccion tan alta, que le merecieron la opinion de una santidad no vulgar así en la vida como en la muerte. Ocupó en nuestra Provincia los oficios de Lector, de Guardian y de Definidor, y en todos ellos fué siempre el mismo Religioso: humilde, fervoroso, caritativo, abstinente, virtuoso y santo. No le desvanecieron estos cargos con que la Religion le honraba, ántes conociendo que militaba bajo las banderas del gran Patriarca de los humildes, nuestro P. S. Francisco, no sabía pensar sino en su indignidad é insuficiencia. Y estaba tan impreso en su corazon este pensamiento de su indignidad, que lamentándose una vez con otro Religioso porque le hacían Guardian, mostró tal sentimiento, que se puso á llorar con tristes y amargas lágrimas. Mas no por esto dejaba de desempeñar perfectamente las obligaciones de un buen Prelado. Sabía muy bien que la humildad es buena compañera del celo, de la prudencia, del ejemplo, y de la observancia; y así fué su gobierno tan cabal y tan amable, que no pocos Religiosos deseaban estar bajo su direccion y disciplina.

Juntaba con un candor y sencillez

grande un espíritu muy fervoroso, con que acompañaba los ejercicios y actos de virtud que resplandecieron en él, tanto en el estado de Superior como de súbdito. A los actos de comunidad era muy puntual, singularmente á los Maitines de media noche, á los cuales asistía aunque hubiese de predicar el dia siguiente. Asimismo fué muy aplicado al santo ejercicio de la oracion, pues no contento con las horas comunes destinadas para todos los Religiosos, se levantaba no pocas veces á las cuatro de la mañana y satisfacía la devocion de su espíritu. Tambien se observó que á prima noche, habiendo dado las ocho, dejaba la celda y se iba á la iglesia, donde permanecía en oracion hasta cerca las diez, y en algunos dias de grandes festividades continuaba esta su devocion hasta concluidos los Maitines. Y para que el cuerpo pudiese seguir al espíritu en los ejercicios de la oracion, le trataba con mucho rigor, singularmente con la abstinencia, segun se observó varias veces. Cierto hermano lego, que fué su súbdito, dice que en el tiempo de un año que cuidó de la cocina, notó que el Varon santo se privó de la cena todos los dias á excepcion de tres ó cuatro, contentándose con comer algunas hojas de la ensalada sin condimento. Siendo Guardian del Convento de Prada en el Rosellon, predicó cuaresma contínua en la misma villa, y nunca permitió que se le hiciese distincion alguna en la comida, bastándole la que tenía la comunidad; y lo que es más, habiendo de predicar dos sermones en el Viérnes santo, ayunó á pan y agua como los demas Religiosos.

Pero las virtudes en que más se señaló fueron la caridad y humildad. Era ciertamente ejemplo de mucha edificacion ver á este Prelado servir á sus súbditos enfermos, no de otra suerte que si fueran sus hermanos, consolándolos con palabras amorosas, subiéndoles la comida, y limpiándoles las celdas con gran llaneza y amor, conforme así lo practicaba siendo Guardian de Mataró. En el Convento de Manresa hubo cierto enfermo tan grave, que á más de haberle de asistir contínuamente de dia y de noche, era preciso limpiarle con mucha frecuencia, y nuestro P. Jacinto, que era Guardian, tomaba su turno como los demas Religiosos, velando y limpiando aquel enfermo con no ménos caridad que edificacion. Por otra parte si entre sus súbditos había algun desabrimiento ó poca armonía, luego con mucha afabilidad los componía, porque era muy amigo de la paz. Si tal vez por algun motivo era preciso lavar los platos, él aunque fuese Definidor, se levantaba de la mesa ántes que los otros, y se iba á fregar, como pudiera hacerlo el novicio más jóven. Tambien se ocupaba muchas veces en servir las Misas como ministro, sin que lo impidiese el ser actualmente Definidor y Guardian. Al fin no había en el Convento ejercicio ni ocupacion alguna por baja y humilde que fuese, á la cual él no concurriese con no pequeño ejemplo y edificacion de los demas Religiosos.

A todos estos ejercicios de virtud y santidad debemos añadir algunas gracias extraordinarias, con que Dios se dignó honrar á este su Siervo. Una Señora de Vich, llamada Dorotea Bosch, dice en su declaracion jurada, que iba á la iglesia de nuestro Convento, que estaba vecina á su casa, y que oyendo la Misa de nuestro P. Jacinto, Guardian del mismo Convento, sentía dentro la Capilla en qúe celebraba una música muy suave, semejante á la que se hace con instrumentos de cuerdas en la fiesta del Corpus, y que empezando la música en el discurso de la Misa, duraba hasta estar concluida, produciendo en su corazon no pequeño consuelo. En otras Misas, habiendo el Varon santo consagrado, veía delante de él cierto resplandor á manera de una luz muy clara, que estaba sobre el altar en el lugar del Santísimo Sacramento: cuyas maravillas, dice la misma señora, nunca había visto ni oido en la Misa de algun otro Sacerdote, sino solamente en las Misas de nuestro P. Jacinto. De lo cual podemos inferir cuánta sería la pureza y santidad de su alma en la celebracion de tan augusto sacrificio, ya que merecía tan extraordinarios favores de la infinita liberalidad del Señor.

Otra mujer tambien de la ciudad de Vich, por nombre Ana Codolosa, se

hallaba tan gravemente enferma, que ya había recibido el sagrado Viático. Fué á visitarla el Varon santo, y despues de rezar los santos evangelios, le dijo que confiase en Dios y en nuestro P. S. Francisco, cuya bendicion que el Santo daba á sus Frailes, él tambien se la daría. Prontamente se vió un efecto prodigioso, porque desde luego pareció á la enferma que se desvanecía toda su enfermedad, como en efecto fué siempre mejorando hasta quedar enteramente sana. Cierto vecino de Vich, amigo del Siervo de Dios, vino á visitarle en el Convento, y le comunicó algunos trabajos que padecía; mas el Varon santo le dijo que él mismo se tenía la culpa de aquellos trabajos, porque siendo casado vivía malamente. « Pues ahora tendría buena ocasion de enmendarme, respondió aquel sugeto, si tuviese la fortuna de ser uno de los Conselleres que deben elegirse en este dia. » Prometióle nuestro P. Jacinto, de parte de Dios, que sería elegido Conseller con tal que le diese palabra de enmendarse. Diósela, y la promesa salió tan verdadera, que ántes de dos horas se supo que estaba elegido para aquel oficio.

Así ilustraba el Señor á este su Siervo, el cual habiendo empleado muchos años en los santos y devotos ejercicios que hemos dicho, incurrió su última enfermedad, que le condujo al fin de todos los mortales; para cuyo trance se dispuso no sólo con los santos Sacramentos, sino tambien con fervorosos actos de amor de Dios, que hacía puestos los ojos en un santo Crucifijo; y así dispuesto y preparado, salió de este mundo para reinar con Dios eternamente. Despues de su muerte no faltaron algunos sucesos maravillosos, que acreditaron la felicidad de su tránsito y la gloria de su alma en el cielo.

Miéntras vivía el Siervo de Dios tenía el rostro moreno y arrugado, pero habiendo espirado se volvió su cara tan blanca y tierna como si fuera de un niño, y los miembros de su cuerpo se conservaron blandos y tratables hasta darle sepultura. Las gentes de la ciudad de Vich concurrieron á nuestra iglesia en numeroso concurso, y era tanta la devocion que tenían á aquel venerable cadáver, que sacando los rosarios los hacían tocar á su hábito, á sus pies, y donde podían, creyendo que con esto se llevaban un grande tesoro. Mas no paró aquí su devocion, porque le cortaron tambien pedazos del hábito y pelos de la barba con tanta indiscrecion, que fué preciso meter el cuerpo dentro una Capilla, para que no lo dejasen enteramente desnudo. El médico llamado Sans, que visitó al Varon santo en su última enfermedad, tomó su rosario por devocion, y prestándolo despues á cierta mujer enferma, que padecía recio dolor de costado, luego se halló mejor de aquel dolor y recobró la salud. La Señora Doña Francisca Verges y de Paguera, vecina de Barcelona, tenía una cuerda del Siervo de Dios, y aplicándola á dos diferentes mujeres en ocasion que se hallaban con el trabajo de partos muy peligrosos, merecieron salir con felicidad de aquellos peligros. Todo lo cual nos significa los grandes merecimientos que nuestro P. Jacinto tiene delante de Dios, y los gloriosos premios que goza en su divino acatamiento. No olvidemos nosotros los buenos ejemplos que nos dejó este santo Religioso, ya que vestimos el mismo hábito y deseamos la misma eterna felicidad. Fué su muerte en el año 1630 en nuestro Convento de Vich, siendo actualmente Guardian del mismo Convento, y Definidor de la Provincia.

P. Miguel de Valencia.

Fué el P. Miguel de la antigua é ilustre familia de los Escribanes, conocida en el Reino de Valencia por una de las familias más nobles, á quien los Reyes de Aragon desde el Rey Don Jaime el Conquistador hasta los Reyes Católicos, por su mucha calidad y grandes servicios, hicieron siempre muchas honras y favores, dándola ilustres títulos de Señores de Alaquas, Alginete, Cartijuelas y Patraix, de nobles de Aragon, de racionales de este Reino, tesoreros de su patrimonio real, Alcaides de los Castillos de Morella, Olacan y Callosa, y de Embajadores suyos á los Reyes de Castilla, Nápoles, Sicilia y Navarra, como lo

dice Escolano Historiador del reino de Valencia en el libro octavo cap. sexto, y despues tuvo esta ilustre casa dos títulos de Condes de la Fera y de la Alcudia. De esta casa y familia tan noble fué el P. Miguel de Valencia, y si su sangre le dió tanta nobleza, mayor se la dió su virtud, sobre que asentó la suya, como fino diamante en el encaje de su humildad. Criáronle sus padres á él y á otros tres hermanos suyos con el cuidado que pedía su nobleza, en letras y en virtud en que se lució tanto el suyo, que quedándose el uno para Mayorazgo de su casa, que fué el Conde de la Fera, los tres fueron Religiosos, cada uno de su Religion, y fué cada uno tan bien visto en la suya, que todos tres fueron Provinciales á un mismo tiempo, cada uno de su Orden. El P. Diego Escriban, de la de la Compañía de Jesus, el P. Hilarion Escriban, de la de Nuestra Señora del Cármen, y el P. Miguel, de la de Capuchinos.

Parecía haber nacido con el P. Miguel una inclinacion celestial á todas las cosas de virtud, con que procuraba ser caballero santo, y más santo que caballero; y para serlo tomó el hábito de la Orden de la Beatísima Trinidad en la Provincia de Valencia, donde sin olvidar el estudio de la virtud aprovechó tanto en el de las letras humanas y divinas, que llegó á leer Artes y Teología en su Religion, y á tener en ella el grado de Presentado, y hubiera subido al de Maestro si Dios no le hubiera llamado á otro superior, en que despreciadas esas honras temporales fuese discípulo de la humildad de Cristo crucificado, en que está la verdadera sabiduría y honra verdadera. Sintió en sí impulsos grandes para ser Capuchino y deseos de abrazar su vida más penitente y más perfecta: comunicó los suyos á nuestros Padres, que representando el rigor de nuestro estado y dificultad que había de pasarse á él, siendo Religioso de otra Orden, sin licencia de nuestro P. Ministro General, todo se le hizo fácil y se encargó de solicitar esta licencia. Valióse del santo Patriarca el Beato Juan de Ribera, quien conociendo la calidad y buenas prendas del P. Miguel, se holgó mucho, alabó su propósito y despachó luego por la licencia al P. General, y la que no se aguardaba hasta despues de tres meses, vino en uno; cosa de que quedó admirado el beato Patriarca y muy gozoso el P. Miguel, teniéndolo por favor del cielo que aprobaba y confirmaba su vocacion.

Apadrinóle con su persona el mismo beato Patriarca con nuestros PP.; y por la autoridad de tan gran padrino, fué con mucho gusto de ellos recibido á la Orden, y le enviaron á nuestro Convento de santa Magdalena para que se le diera nuestro santo hábito é hiciera su noviciado. Comenzó admirablemente su carrera, pasando alegremente por todas las mortificaciones y penitencias con que nuestra Religion prueba á sus novicios, sin perdonarle ninguna. Ajustábase á todas las leyes de ella, y era en todo un espejo de toda la disciplina regular. Mostrábase contentísimo del nuevo estado: dábale á Dios las debidas gracias por haberle dado á conocer por experiencia su mucha perfeccion. Satanas impaciente de su bien y temiendo del que podía hacer en adelante á la Orden Capuchina, le comenzó á dar tan fuerte batería de molestos é importunos pensamientos en ofensa de su vocacion, que en un instante se le trocó toda su paz en desasosiego del alma, en descontento todo su gusto y en fastidio todo lo que ántes le parecía bien de la Religion. Permitió Dios esta borrasca para prueba de su nuevo soldado: representábale Satanas lo áspero y penitente de la Orden, haciéndolo insuperable á sus fuerzas y que había de ser de por vida, y traíale á menudo las relativas mitigaciones de su primera Orden y que con ellas podía allá muy bien servir á nuestro Señor. En esta revolucion de pensamientos tenía sus potencias tan ofuscadas y su entendimiento con tan densas tinieblas, que no le daban paso al menor rayo de luz para que pudiera conocer el engaño de Satanas: la aspereza de la Religion le cansaba, el sayal del hábito le quemaba y abrasaba, el ir descalzo le parecía pisar puntas de pedernales. En la oracion se hallaba más inquieto: todo le daba en el rostro, todo le causaba fastidio; finalmente apretó tanto Satanas el combate, que se resolvió el P. Miguel á pedir sus hábitos y volverse á su pri-

mera Orden. Comunicó su resolucion con el Maestro, y conociendo este era tentacion de Satanas, procuró con muchas razones darle á entender su dañado intento; pero todas las diligencias fueron inútiles, porque le hallaba cada dia más firme en su resolucion. No dieron á ella lugar nuestros PP. sin dar de ello primero noticia á sus deudos y al beato Patriarca, dándoles á saber la causa de ella. Sintiéronlo vivamente, y ni ellos ni el beato Patriarca fueron bastantes á que no pusiera en ejecucion su propósito; pero para que claramente se viera había Dios permitido aquella borrasca para prueba de la virtud del P. Miguel y que eran sin fruto todas las diligencias humanas, miéntras no acudiese con sus divinos auxilios, permitió llegase la tentacion hasta que quedara rendido y conociera despues que el perseverar en la Religion era nuevo favor suyo con que de nuevo confirmaba ser suya y beneficio singular la vocacion de haberle traido á ella. Permitió el Señor le diesen los hábitos de su primera Religion para que se los vistiera y dejara el nuestro; y estando ya el atribulado novicio en su celda encerrado para ejecutarlo, de repente se le serenó el cielo, deshízose como humo todo aquel torbellino de pensamientos, calmó el viento y comenzó en su corazon el del Espíritu Santo, con que comenzó á respirar y á conocer el engaño de Satanas, y arrepentido de haberle dado crédito, dando gracias á Dios de este nuevo favor suyo, dado tan á tiempo, pidió humilde perdon á nuestros PP. de su porfía y sobrado teson, rogándoles con lágrimas no le despidiesen de su compañía, que su ánimo era de perseverar en su Orden hasta la muerte.

Confirmó Dios despues con muchos favores de su gracia su vocacion á la Orden Capuchina, con que con mucho gusto llegó á profesar la Seráfica Regla y con mucho cuidado procuró guardarla toda su vida, dando maravilloso ejemplo de la observancia de sus preceptos y consejos evangélicos y seráficos, siendo un espejo en que se miraban las virtudes todas. Su retiro y recogimiento fué el mayor que se ha conocido: sino obligado de la obediencia, jamas fué visto salir del Convento, ni visitaba á nadie, ni le gustaba que nadie lo visitase, y con tener tantos y principales deudos y haber estado lo más de su vida en el Convento de Valencia, vivía con tanto desapego de ellos, como si fueran muertos; jamas en sus pláticas se le oía hacer memoria de ellos, tan olvidado de ellos y tan sin afectos de carne y sangre como si fueran extraños. Todo su consuelo era el retiro de su celda, donde trataba con Dios ó con sus libros. Su silencio fué extremado: con ser de mucha capacidad, de claro ingenio y muy elocuente, como lo mostraba en el púlpito y en las demas ocasiones en que importaba hablar, fuera de esto parecía mudo y de tan pocas palabras que apénas le oían hablar; toda su vida fué Religioso muy retirado y muy callado, sin que se le viese perder el tiempo ni que le emplease en conversaciones vanas, ni que hablase mal de nadie, que lo aborrecía sobre manera aun el oirlo.

Estimábase tan en poco con tener mucho de que; y con ser tan noble y tan sabio jamas se notó se tuviese en más que el más humilde y más idiota. Procuraba mucho no ser conocido, por no ser estimado; una vez estuvo en un Convento de PP. Jerónimos y pensaba quedarse allí aquella noche; fué conocido de algunos de ellos y le hicieron mucha honra y mucho agasajo: y aunque lo agradeció, lo sintió tanto que aquel mismo dia se fué huyendo la estimacion. Siendo Provincial, si era forzoso hospedarse en casa de algunos señores seglares ó en Convento de otra Religion, mandaba á los compañeros no dijesen que lo era, por evitar la estimacion mayor y el mayor regalo, deseando ser tratado como el Religioso más humilde y como pobre. En el Convento era el primero á barrer y á fregar los platos de la cocina: los primeros cuatro años de Religion no se le dispensó en nada de lo que mandan nuestras Constituciones, con ser de tanta calidad y haber sido Presentado en su primera Religion.

Precióse mucho de ser pobre evangélico: fuera de lo que manda la Regla Seráfica no tenía más á su uso que los papeles de sus sermones; sus libros fueron los comunes de la librería, su hábito pobre, estrecho y remendado, su cama las duras tablas. En

todo seguía la vida comun: cuando iba de camino no quería que llevase el compañero ninguna cosa de comer, y como pobre hijo de S. Francisco, caminaba apostólicamente, puesta en Dios toda su confianza.

Entre todas sus virtudes la que resplandeció más fué la de la castidad: amábala y estimábala mucho, y guardábala como precioso tesoro de las sombras contrarias: cualquier palabra ménos recatada ofendía su ánimo y sonaba tan mal en sus castos oídos que en el semblante mostraba grande desabrimiento: la cosa que más aborrecía era hablar con mujeres aunque fuesen deudas suyas, y cuando le era fuerza hablarles le era tormento, hablábalas con mucha modestia y cortesía religiosa, y despedíase presto de ellas.

Dió á lo encubierto Satanas mucha batería á su pureza, y á lo descubierto y á escala vista le dió terribles asaltos apareciéndose visiblemente muchas veces, atormentando su alma con persuasiones lascivas y su cuerpo con pesados golpes. Díjoselo al P. Leandro de Valencia que fué varias veces Provincial, y Secretario del mismo P. Miguel cuando lo fué, y era Guardian entónces de nuestro Convento de Alicante, porque advirtiendo dicho P. Leandro en él una muy profunda melancolía y tristeza, sacóle una tarde al campo para que se divertiese, y viendo que no mostraba gusto ninguno, le preguntó la causa de la suya. Respondióle: « Poco me aprovecha el divertimiento exterior cuando interior y exteriormente me veo perséguido y atormentado de Satanas que no me deja. La otra noche obligado salí de la celda, y estando ya en el dormitorio sentí me tiraron por las espaldas del capucho y derribándome con fuerza grande en el suelo me arrastraron, sin ver quien, muchas veces al rededor con mucha prisa que me dejaron quebrantado y molido. Levanteme como pude para llegar al lugar donde iba y vi venir para mí al demonio en figura humana con una luz en la mano, con que me fué alumbrando, y quedándose á la puerta me dejó entrar. Encomendábame yo á Dios me librase de demonio tan sucio; cuando fuí a salir pensé hallarle donde le había dejado, y ya se había ido; fuí algo consolado á mi celda, y abriendo la puerta le hallé que me estaba aguardando sentado sobre la cama; no hice caso de él y sin hablarle palabra me acosté, y viéndose despreciado de mí se fué y me dejó »; y añadió el P. Miguel: « es un demonio muy deshonesto y lascivo; esta es la causa de mi tristeza ». Esta era la batería que daba Satanas á su pureza y el valor con que defendía la suya el P. Miguel, que viéndose vencido Satanas rabioso le atormentaba y procuraba derribarle, y no contento con hacerle guerra invisible con pensamientos molestos se la hacía tambien visiblemente, probando sus fuerzas de una y otra manera, peleando á dos manos, con que descubría la costancia del Siervo de Dios, que no dejándose vencer lo llevaba á porrazos y golpes, y viéndose despreciado de él, no pudiendo su soberbia llevar sus desprecios, le dejaba vencedor de sus lascivos tiros. Esto le pasó en nuestro Convento de Alicante y lo mismo le sucedió en el de Murcia.

Viendo los Padres su gran talento y capacidad, y que por sus letras había ascendido en la primera Religion al grado de Presentado y fuera ya en ella Maestro, le hicieron lector de la Provincia para que enseñase á los jóvenes, á quienes leyó un curso de Artes y acabado leyó el de Teología, y fueron tan lúcidos sus trabajos que dió muchos y muy buenos Predicadores á la Provincia que la honraron en los púlpitos y conservaron su perfeccion en el gobierno, y en uno y en otro como Maestro se adelantó á todos el P. Miguel. En el púlpito fué uno de los insignes Predicadores que tuvo el Reino de Valencia: en sus sermones no sólo mostraba sus letras, pero mucho más su virtud: predicaba como Predicador Capuchino, no con estilo curioso y ostentacion de palabras, sino con espíritu y fervoroso afecto á Cristo crucificado. Su doctrina toda era al alma la más útil y provechosa: parecía en el púlpito un Apóstol. Le deseaban todos oir: con que predicó Cuaresmas contínuas en todas las Ciudades y Villas reales del Reino de Valencia donde teníamos Conventos, y en la de Valencia predicó muchas: y en todas partes era notable el fruto que hacía en las almas y grande el crédito que

ganaba la Religion. En el gobierno se mostró igualmente docto y santo. Fué muchas veces Definidor de la Provincia, y en los pareceres que daba consultivos y decisivos, en la prudencia y celo de los aumentos de la Religion, mostraba saber mucho de materias de gobierno, como si toda su vida las hubiera tratado; que los Padres no admiraban ménos la humildad con que hasta entónces había encubierto lo que sabía que el saber tan prudente y tan acertado con que las trataba.

Envióle la Religion por negocios de importancia á la Provincia de Aragon: y en los buenos efectos que surtieron de su ida se conoció había sido más llevado de Dios que enviado de la Religion: había poco que los PP. de aquella Provincia habían fundado Convento en la Real Villa de Alcañiz: mostró el demonio, ántes y despues que se hiciese esta fundacion, general sentimiento, y no habiéndola podido estorbar ántes, hizo cuanto supo por arrancarla de allí, y para esto esparció una voz en gran desdoro y descrédito de nuestra Religion, y los que jamas se había mostrado afectos á ella, la esforzaban más, haciendo verdadera la sospecha. Y como se da fácilmente más crédito á lo malo que á lo bueno, casi todo el lugar se hizo de la parte de Satanas contra los Capuchinos; él atizaba el fuego, y sus émulos lo iban soplando y todos á una voz que los echasen del lugar. Llegó á términos el negocio, que el Consejo de la Villa hizo decreto de que se fuesen. Sintieron los PP. de aquella Provincia vivamente este golpe que inocentemente padecía la Religion; trataron de su desagravio y no hallaron medio mayor para su satisfaccion que enviar al P. Miguel de Valencia por presidente de aquel Convento, para que defendiese el derecho que la Provincia tenía de su posesion. Llegó á la víspera de la Cuaresma, que la predicó desde el dia primero de ceniza, y fué tanta la satisfaccion que dió con su Apostólica predicacion y ejemplos de vida Seráfica, y la prudencia con que se portó en el negocio con los del Consejo de la Villa, que les hizo revocar el decreto, y borró de los ánimos del pueblo la falsa opinion que tenía de los Capuchinos, y nuestra Religion la tuvo mayor que ántes, y los Religiosos en adelante con su buen ejemplo han dado tan buena cuenta de sí, que todo el lugar conoció no fué más que embuste de Satanas, envidioso del bien que temía había de resultar á las almas de la existencia de los Capuchinos en aquel lugar; y lo que en este caso se ofrece que ponderar es que no habiendo estado en él otra vez el P. Miguel ni ser en él conocido de nadie, sin más voces ni más pleito, sólo con su predicacion y ejemplo y buena direccion redujo los ánimos de todos los de aquel lugar, que tan obstinados estaban, á que amasen lo que ántes aborrecían y detuviesen en su lugar á los Capuchinos que querían despedir de él. Los PP. de aquella Provincia agradecidos decían que el P. Miguel no había sido hombre enviado de los Superiores, sino Angel enviado de Dios para la restauracion de su crédito y honra de la Religion.

Vuelto de la Provincia de Aragon á la de Valencia, en el primer Capítulo que celebró, le hizo su primer Custodio para el Capítulo general; y para que se vea cuan desasido estaba de deudos, se partió del Convento de Valencia para Roma sin verlos ni despedirse de ninguno de ellos, ni de hermanos, ni de hermanas; tan desnudo tenía su corazon de afectos de carne y sangre, y de la misma manera se portó con ellos cuando volvió de Roma á Valencia. Despues que vino del Capítulo general, en el primer Capítulo que celebró la Provincia le eligió por su Ministro Provincial, y fué el primero de los que habían tomado el hábito en ella despues de su fundacion. Descubrió en el gobierno de la Provincia su mucho talento: fué Prelado vigilantísimo, adornado de las virtudes que se desean en el más perfecto, de grande prudencia y de celo grande de la mayor perfeccion de la Religion, y de mucha caridad, preciándose más de Padre que de Juez: y en las pláticas de sus visitas lo que más encargaba era el buen nombre y reputacion de los Religiosos, que era lo que él celaba sobre todas las cosas, y con estrecho silencio las tenía muertas en su pecho, sin que de su boca se supiese el átomo menor con que pudiese menoscabarse la de nadie. Significaba con

tiernas lágrimas el consuelo que recibía su alma cuando se acudía á él como á Padre por el remedio de cualquier necesidad, y con ellas decía que en su oficio no sentía otra cosa más contra su natural que verse obligado á castigar.

Fué acérrimo defensor de la guarda de la pureza de nuestra Seráfica Regla, de los Estatutos generales y de las santas costumbres de la Provincia; fué enemigo de singularidades y de novedades; donde quiera que las hallaba luego procuraba quitarlas; decía que no había cosa que más arruinase la Religion que estas dos cosas; estaba mal con las novedades aunque fuese á título de mayor bien y de más perfeccion, y decía que admitir en la Religion cosa que ella no abrazó en sus principios, era querer hacer de nuevo otra Religion; «cada una, decía, tiene ya recibidas y asentadas sus costumbres santas, con que se diferencia de la otra, y quererlas trasladar á la otra, es confundirlas todas»; ninguna cosa le parecía mejor que las recibidas y aprobadas por nuestros primeros Padres.

En materias de pobreza siempre quiso pecar más por corto que por largo; en los edificios no permitía se excediese de la medida de las Constituciones, y lo mismo en lo demas que no pasase de lo que ellas señalan; y el sayal para los hábitos procuraba fuese vil y austero; no permitía se hiciesen los Conventos provisiones para mucho tiempo de lo que se podía ordinariamente mendigar; en la mesa no consentía se hiciese nadie singularidad.

A lo que principalmente exhortaba á los Religiosos en las pláticas de sus visitas era al retiro y recogimiento de sus Conventos, y á que se excusasen las salidas voluntarias de ellos, porque con ninguna cosa, decía, se conserva más el buen crédito de la Religion, que cuando son ménos vistos y tratados los Religiosos de los seglares, con que acudían más al coro, á la oracion y á los demas ejercicios espirituales y eran más santos; que en las salidas del Convento siempre se pierde más que se gana y no vuelve á él uno tan Religioso como salió. Volviendo el P. Miguel de la Ciudad al Convento nuestro de Valencia, en un puente del rio viéndolo unas embozadas y llegándose á él libremente le dijeron tales palabras, que dejando escandalizados sus castos oidos, juntamente le provocaron á ira y á indignacion, y estuvo tan inquieto, que no sosegó hasta juntar todos los Religiosos en el Refectorio y con una plática que les hizo con mucho espíritu confirmó lo que en otras les había dicho de los daños que había en las salidas de los Conventos á los seglares, tomando para ello motivo de lo que le había pasado aquella tarde con aquellas mujeres embozadas: *Si á mí,* decía, *se han atrevido una vez que he salido de casa yendo con toda modestia y siendo ya hombre de edad, ¿cómo no temeran los que van con ménos recato?* que viviendo tan ritirado de ellas, como todos sabían, que ni á sus mismas hermanas visitaba, *si el retiro, el recato, la modestia y los años no bastan,* decía con sentimiento, *¿qué será de los que con ménos años y menor recato las van á visitar, y se meten en el peligro?* Dejó amedrentados á los Religiosos y con mayor afecto al retiro.

Con este celo santo confirmado con el ejemplo de su vida acabó felizmente el triennio de su Provincialato, dejando en la Provincia deseos de verle otras veces en él y los vió efectuados, cuando habiendo acabado el suyo el que le sucedió, en el primer Capítulo con universal consentimiento de todo el Capítulo y general aplauso de toda la Provincia fué segunda vez elegido en su Ministro Provincial. Gobernóla esta vez segunda con el mismo acierto que la primera: no llevaba á las visitas más que un compañero, caminando á pié siempre, sin permitir llevase nada de comida para el camino, porque ási lo había visto observar á todos sus antecesores y siempre llevó cuidado que en su tiempo no se introdujese cosa nueva que ellos no la hubiesen hecho, y fué en esto tan extremado que ni un clavo dejaba poner fuera de lo que ellos santamente habían dejado establecido. En esto fundó todo su gobierno y el de ellos fué el norte por donde se gobernó procurando conservar la Provincia en el estado que ellos la habían puesto. Con este espíritu y perfeccion dió glorioso fin al

gobierno de este segundo triennio como al primero, ganando nombre perpétuo de verdadero Padre de su Provincia y de legítimo hijo del P. S. Francisco y de la Religion, y de Prelado perfecto conforme al corazon de Dios.

Como los trabajos de un Provincial son muchos y grandes, y el P. Miguel no había perdonado á ninguno por satisfacer á las obligaciones de su oficio, particularmente en visitar dos veces á pié cada año toda la Provincia, quedó con poca salud, y sobre sus años le cargaron los dolores de ijada con que ejercitó Dios su paciencia y dió con él en una cama. Padeció en ella con admirables ejemplos: agravósele con una calentura la enfermedad, y conociendo era mortal, todo se ocupó en aparejarse para una buena muerte. Pidió se le administrasen los Sacramentos, y ántes de recibir el de la Eucaristía, vuelto al Señor que miraba en él presente, con afecto grande y copia de lágrimas le pidió perdon de sus culpas y si algunas había cometido en el gobierno de la Provincia; que bien sabía su Majestad que su intencion había sido siempre de acertar y no de ofenderle; y vuelto á los Religiosos que estaban presentes y á los ausentes, les pidió tambien perdon con muchas lágrimas, si les había en algo ofendido y de no haberles dado mejor ejemplo. Él y ellos estaban bañados en lágrimas; y con estos humildes afectos recibió con mucha ternura y devocion el Santísimo Sacramento. Recibió tambien despues el de la Sagrada Uncion, y recogiéndose todo al interior, estuvo aguardando al Señor y con mucha paz le entregó su espíritu, dejando en toda la Provincia universal sentimiento, llorando todos la pérdida de tan gran Padre y de la columna más firme que la sustentaba. Murió el 14 de Julio de 1630.

P. Juan de Villafranca.

Fué el P. Juan caballero bien nacido natural de Villafranca de Vizcaya, vino al Reino de Valencia con los Señores Condes de Benavente cuando vinieron el año 1597 por Virreyes de él, á quien sirvió de Secretario de cifra y de quien fué muy querido por su calidad, buen proceder y fiel trato, y mucho más por su mucha virtud, de que trataba aunque caballero mozo. Á un mismo tiempo el P. Juan y otro Secretario de los mismos Condes llamado Torres estaban con diferentes y contrarios pensamientos y pretensiones el uno del otro: el Torres trataba de ser Religioso y el P. Juan de casarse. Hablando un dia ámbos con el H. Francisco de Jesus Carmelita descalzo, varon santo en milagros y don de profecía, díjole el Secretario Torres: *Hermano Francisco, encomiéndeme á Dios, que trato de ser Religioso, para que su Majestad favorezca mis buenos deseos.* Respondióle él: *No, hermano Torres, no será Religioso, ántes se casará presto.* Y vuelto al P. Juan, le dijo: *Él hermano Arzedu* (este era el apellido de su linaje) *sí que será Religioso Capuchino.* Ni el uno ni el otro tuvieron por profecía lo que les dijo el Hermano Francisco, porque cada uno creyó al afecto á que entónces estaba más inclinado y á lo que deseaba más y de que estaba tratando; pero el tiempo descubrió que lo era, y trocándose las suertes, el Secretario Torres se casó y el hermano Arzedu tomó nuestro santo hábito, y ámbos conocieron entónces que el Hermano Francisco les había hablado con espíritu de Dios que le había revelado el estado que cada uno había de tener.

Escogió su Majestad al P. Juan para nuestra Religion, le llamó á su tiempo para ella; y él no se mostró sordo á este llamamiento, ántes bien luego que sintió en sí estos impulsos de Dios trató de obedecerle, manifestó á nuestros PP. sus deseos, y desembarazado de todo, dejando las honras, comodidades y regalo de palacio, tomó nuestro santo hábito. Dejó su resolucion admirados á todos los de él y en muchos su ejemplo hizo tan admirable efecto que trajo tras sí á su imitacion muchos caballeros de la misma casa de los Condes, que dejando cuanto tenían se hicieron con él Capuchinos y fueron con él novicios, y todos profesaron la Regla Seráfica con él, y todos fueron grandes Religiosos y de tan conocidas prendas que todos fueron Prelados en la Religion.

Pero el P. Juan corrió tan á pasos largos en el camino de la virtud, que en poco tiempo se adelantó á muchos: fué siempre muy penitente y riguroso consigo, trataba mal á su cuerpo con muchos y muy contínuos ayunos de pan y agua, disciplinas muy sangrientas y muy largas vigilias, los pies toda su vida descalzos, su breve sueño sobre unas desnudas tablas. No parecía haberse criado con el regalo de palacio sino toda su vida con la aspereza de la Religion: varon verdaderamente Religioso Capuchino, hijo en el espíritu y perfeccion de nuestro Seráfico P. S. Francisco, tan parecido á él que aun el aspecto exterior parecía un vivo retrato suyo y en las virtudes una viva copia de su original, y esa opinion tenía en toda su Provincia aun siendo de pocos años de Religion.

Su mucha virtud y mucha prudencia (que la tuvo grande) obligó á nuestros PP. á que le hiciesen Guardian, y se lo reveló Dios á Fr. Narciso de Denia y este se lo dijo al P. Juan delante de muchos que lo había de ser de nuestro Convento de la Ollería en el primer Capítulo que se celebrase, y todo se cumplió. Dos veces consecutivamente fué electo Guardian del Convento de la Ollería y gobernó con tanto rigor de la disciplina regular la observancia de la pureza de la Regla Seráfica y de los Estatutos de la Orden, con ejemplos de vida tan penitente, que vino á quedar debilitado y sin fuerzas, y dióle una enfermedad muy larga de que dificultosamente pudo convalecer en mucho tiempo.

Despues, el año 1609 habiendo visitado la Provincia de Valencia el P. Jerónimo de Castelferretti, Ministro General de nuestra Orden, constándole de su mucha virtud y prudencia, le nombró por uno de los fundadores para la Provincia de Castilla y para primer Guardian del primer Convento de Madrid, y lo fué cerca de seis años con tanta satisfaccion de los de dentro y fuera de la Orden, que los de fuera le veneraban por Religioso santo y los de dentro le respetaban por santo Prelado, y fué uno de los que más trabajó en la fundacion de aquella Provincia en echar los firmes y estables fundamentos de la Religion en ella de su mayor rigor y perfeccion, que se parecieron los principios de ella á los que la Orden Capuchina tuvo cuando se fundó: estos procuró echar en su primer Convento de Madrid, que había de ser la cabeza de los demas y el ejemplar que habían de imitar todos; que si bien es verdad que el P. Serafin de Policio fué el primer Comisario General de aquella Provincia y su primer fundador, por ser juntamente Provincial de la Provincia de Valencia, tomada la posesion del Convento de Madrid le fué forzoso más tarde volver á la de Valencia, visitarla toda y celebrar Capítulo para la eleccion de nuevo Provincial y dejarle el sello de ella, y para esto empleó en ida y vuelta casi un año, y vuelto á la Corte le dió el accidente de la gota, y con los rigores del invierno de Madrid vino á quedar inhábil. Procuró echar en sus fundamentos por primera y firme piedra la preciosa de la santa y Seráfica pobreza, para que ella resplandeciese en el uso de todas las cosas; que fué en todas extremada, que ni aun llegaba á ser el que nuestras Constituciones permiten. Los primeros fundadores declinaron en los principios al extremo más estrecho por la experiencia que tuvieron qué con el tiempo se viene á quedar en el medio, que si por este se comenzase presto se daría en el más ancho. A esto miraba el P. Juan, particularmente en el uso de los ornamentos sagrados, que aunque limpios y muy aseados y conformes al uso de la Iglesia Romana, eran pobres, y el aliño y curiosidad con que se ponían era toda su riqueza.

Veráse por el ejemplo siguiente el extremo de esta pobreza: Estaban los Reyes un verano en la huerta del Duque de Lerma, en cuya casa estaban nuestros PP. de prestado miéntras se labró el nuevo Convento. La Reina Doña Margarita de Austria que se mostró siempre devotísima de nuestra Orden, hizo llamar al P. Guardian, el P. Juan, y mandó sacar unos ornamentos riquísimos que había mandado hacer bordados todos de ambar y oro para el santo Crucifijo de Burgos, y le preguntó qué le parecía. Respondió: *Señora, esta es obra real.* Díjole entónces su Majestad: *Otros como estos quiero hacer para vuestra Iglesia, y para esto os he hecho llamar.* — *Señora,* respon-

dió, *no es para Capuchinos tanta riqueza, y somos pobres y no sólo lo hemos de ser sino que lo hemos de parecer, y esto no dice con nuestra pobreza, que nuestro Señor se da por servido tambien de la pobreza de nuestros ornamentos. — Pues, ¿de qué manera quereis que los haga*, dijo la Reina, *que ya he hecho hacer tres para vuestra Iglesia, y ninguno os ha contentado? — Señora*, respondió el P. Juan, *de red de hilo* (1) *labrada con algunos ramos, aforrada con alguna tela de color.* Rióse la Reina y le dijo: *yo os quiero hacer unos de la manera que decis.* Y la misma Reina de su mano hizo un frontal y casulla de red muy curiosa y parecían bien, y lo más precioso que en ellos había era ser obra de las manos de tan santa Reina y sólo servían en las Pascuas y mayores solemnidades. Otra vez le llamó y le preguntó si sabía para qué le había hecho llamar; respondióle que no lo sabía. *¿En cuánto está empeñado vuestro Convento?* dijo su Majestad. *Señora*, respondió el P. Juan, *en treinta reales.* Rióse mucho la Reina, y despues lo celebró muchas veces con sus damas. *¿Treinta reales, no más?* dijo la Reina, *yo pensé que debía ser centenares de ducados y os los quería pagar: anda que muy pobres sois los Capuchinos, yo os quiero hacer una limosna.* Y quedó muy edificada la Reina de ver tanta pobreza y con mayor concepto de los Capuchinos que el que tenía ántes.

Pero reinaba tambien con voluntario y extraordinario rigor en estos primeros fundamentos la virtud de la abstinencia, pues los ayunos de la Iglesia eran más rigurosos. Los lúnes y los miércoles de Adviento y Cuaresma no se daba á la mesa más que un plato de hierbas que se comía de rodillas en tierra, despues de haber hecho la disciplina, y los viérnes no se comía sino pan y agua, y el mismo P. Juan le comía con los demas de rodillas en tierra: esto era las Cuaresmas y los Advientos y todas las vigilias de nuestra Señora. En tiempo que se podía comer carne, se pasaban tres y cuatro meses que no se comía; á la noche jamas permitió que se diese á cenar; no se daba sino una ensalada de hierbas crudas ó un plato de sopas hechas con sal y aceite en tres ó cuatro ocasiones. El dia del Corpus cuando volvía la comunidad al Convento á la una y á las dos de la tarde de la Procesion, aun no se había encendido fuego en la cocina, porque no había qué guisar: entónces se hacía un plato de arroz y este era todo el regalo de aquel dia tan solemne. ¡Tan admirable era la voluntaria abstinencia y devocion de aquel virtuoso Prelado y la buena voluntad con que le imitaban y alentaban sus súbditos!

Las disciplinas en la Iglesia y Refectorio se tocaban unas á otras: en los Advientos y Cuaresmas, fuera de los tres dias de la Constitucion la hacían voluntariamente los demas dias. El retiro que en su tiempo guardaban sus Religiosos era de anacoretas solitarios: no sólo no salían del Convento ni trataban con seglares, pero ni unos con otros comunicaban, guardando perpétuo silencio; y cuando era fuerza salir por las cosas necesarias, era los pies descalzos (rigor voluntario que se observó siempre dentro y fuera del Convento en su tiempo) y con tanta mortificacion y composicion del hombre exterior, que en viéndolos en las calles era admiracion y edificacion grande á la corte: y como á santos no se daban mano á besarles el hábito, y muchos para hacerlo ponían las rodillas en el suelo: los señores y los grandes paraban sus caballos y se apeaban para hacer lo mismo, con que la Religion ganó grande nombre en la Corte y grande estimacion con los Príncipes y con los Reyes. La gloria de esto se debe en gran parte al P. Juan; que si bien es verdad que los Religiosos que de su Provincia fueron á la fundacion de aquella, por ser todos escogidos ayudaron mucho con su ejemplo á la buena opinion y perfeccion de aquella, viendo como súbditos que su Prelado el P. Juan era el primero en todo en mandar y en ejecutar estos rigores y mortificaciones, á él como primera causa y móvil de ellos se le debe en primer lugar esta alabanza, que con su ejemplo fué el

(1) Entónces no estaban prohibidos los ornamentos que no fuesen de seda, pues la seda era tenida por cosa rara y era mucho más cara que hoy.

primer móvil que movía á los demas y con el suyo se les hacía á todos fácil y llevadero todo este voluntario rigor, con que era Dios glorificado y la Religion tenía tanto nombre.

Llegaron á la noticia del Rey Felipe III estas mortificaciones de los Capuchinos del Convento de Madrid; súpolo por su Privado el señor Duque de Lerma, que como Patron del nuestro, despues de haber estado un Viérnes santo á los oficios de aquel dia en la tribuna que tenía en nuestra Iglesia, quiso hallarse tambien al capítulo de las culpas y ver las penitencias que aquel dia hacían nuestros Religiosos. Estuvo presente solo á todo: de que quedó igualmente admirado y edificado, y tan devoto que estuvo llorando hasta que se dieron las gracias de la mesa: y vuelto á Palacio, dijo á su Majestad lo que había visto, con tales palabras que le dejó con deseos de ver ejemplo de tanta mortificacion y devocion; y la Cuaresma siguiente se acordó, y un dia de ella vino por sólo esto á nuestro Convento, y estuvo todo el tiempo que duró el capítulo de las culpas, las penitencias y la comida hasta dadas las gracias en pié á la puerta del Refectorio con el sombrero en la mano acompañado de solos tres Grandes; y le dijo en acabando al P. Juan que le había parecido todo muy bien: y se fué tan edificado y con tanta estimacion de la Religion que quiso tener en el Pardo un Convento de nuestra Orden en la soledad de aquel monte, para su divertimiento espiritual, y le edificó aquel mismo año á sus expensas, que fué efecto del concepto que hizo de nuestra Religion, de lo bueno que había visto de ella aquel dia en el capítulo de las culpas que tuvo el P. Juan á sus Religiosos. Ordinariamente cuando los tenía entre año, que son tres dias cada semana, todas las penitencias que daba á los demas las hacía tambien juntamente con ellos.

Echó tambien en los fundamentos de esta nueva Provincia otra piedra preciosa y sólida de la virtud de la Religion y culto divino, para que ni de dia ni de noche faltasen las divinas alabanzas en el coro y en la Iglesia; y decíalas con tanta devocion, pausa y gravedad, que en el invierno con la oracion que hacían despues de los Maitines estaban los Religiosos cuatro horas en el coro, y las demas horas diurnas del divino Oficio se decían con la misma solemnidad; y muchos movidos de su devocion, no se contentaban de oirles cantar de dia á los Religiosos, se quedaban de noche sólo por oir los Maitines en nuestra Iglesia. Singularmente mostró este afecto el señor Cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval Arzobispo de Toledo, que todo el tiempo que vivió despues de haber fundado en Madrid los Capuchinos, siempre que entre año venían dos ó tres fiestas juntas se venía á la huerta de su sobrino el Duque de Lerma donde se quedaba estos dias, y decía que sólo venía por oir á los Capuchinos cantar el divino Oficio, y le oía desde la tribuna. En particular no faltaba jamas á los Maitines á que asistía sin faltar; y solía decir al P. Juan que á nuestro modo decíamos el Oficio divino con tanta solemnidad como en su Iglesia de Toledo con toda su música, é hizo tan grande concepto de nuestra Religion que llevó á nuestros frailes á la Ciudad de Toledo y á sus costas nos edificó el Convento que allí teníamos, queriendo su Eminencia ser su Patron. Todas estas honras ganaba el P. Juan á la Orden con su prudente y santo gobierno y con los ejemplos de su admirable vida.

El P. Comisario general de aquella Provincia, el P. Serafin de Policio, por estar tullido en una cama envió por su Comisario delegado al P. Juan á tomar posesion del Convento nuestro de la Ciudad de Granada.

Siempre iba el P. Juan con ánsias de padecer por Cristo; despertábalas en su pecho la memoria de este Señor crucificado que era toda la materia de su oracion, y solía decir que el Religioso Capuchino, cuya vida es toda cruz y mortificacion y un estar de contínuo crucificado al mundo y á la carne, no había de apartar de su memoria y de sus ojos la memoria de Cristo crucificado. De él eran sus pláticas, y eran las suyas de lo que eran sus pensamientos, hablando su lengua de lo que más tenía en su corazon; y los deseos del suyo todos eran de parecerse á él, padeciendo con él y por él en una cruz. Oyó Dios los suyos y

permitió que Satanas le moviera una grande persecucion, que llevando mal lo mucho bien que hacía en la Orden procuró sacarle de España y lo alcanzó, y bajando el P. Juan su cabeza, había caminado ya más de setenta leguas para ir á su destierro á Reinos extraños. Sabiendo el Rey Felipe III, que tenía conocida su mucha virtud y estimábala mucho, que la causa de su trabajo no eran culpas sino emulacion, le mandó volver á Madrid, diciendo le había menester allí para cosas de su real servicio, y no tardó mucho el volver Dios por la inocencia del P. Juan castigando á sus émulos con la pena del talion.

Vuelto á Madrid enfermó luego, y queriendo darle Dios el premio de sus trabajos donde con los suyos le había merecido, conoció le llamaba ya Dios. Ocupóse todo en aparejarse para aquel viaje con muy ferviente y contínua oracion, confesóse con muchas lágrimas, recibió devotamente el Santísimo Sacramento, y ungido con el Oleo santo, estuvo aguardando el último combate para luchar con el enemigo del género humano, tan confiado en la divina bondad y con tanta moral seguridad de su conciencia y deseos ardientes de ver á Dios, que pareciéndole tardaba mucho la muerte para el cumplimiento de los suyos, se puso á desafiarla tratándola de perezosa y cobarde. Parecíanle todos los instantes siglos miéntras no se le acababa el destierro, y no se veía ya en la patria. Con estos amorosos afectos entregó su espíritu al Señor, dejando en todos muchos deseos de sí y una veneracion grande á su santidad y una piadosa seguridad de que estaba gozando de Dios. Murió en 1630.

P. Cirilo de Santa Cruz.

En pueblo de Cataluña que se llama Santa Cruz fué la patria de este Religioso, y sus padres tuvieron los nombres de Tomas y Paula Bofill. En el siglo pasó gran parte de su vida aplicado á los estudios, singularmente de letras humanas, en que fué tan docto y consumado, que en la Universidad de Barcelona leyó públicamente retórica por el largo espacio de catorce años con satisfaccion y aplauso singular. Podía seguramente prometerse alguna fortuna superior por medio de esta su brillante carrera, pero llamado de Dios con las luces de su divina gracia, olvidó todas las prosperidades del mundo, y estimó más la pobreza y humildad de nuestra Religion capuchina, cuyo hábito vistió en el año 1616, á los treinta y nueve de su edad. Siendo ya Religioso, y militando bajo las banderas del humilde Padre nuestro S. Francisco, se formaron dentro su corazon tales sentimientos de humildad y desprecio propio, que parece se olvidó enteramente de lo que había sido en el siglo. Ni las letras, ni la cátedra, ni los honores y aplausos tuvieron lugar en su interior, sino solamente los deseos de la más profunda humildad. Algunas veces leyendo la primera leccion en el refectorio hacía advertidamente algunas faltas, para que le tuviesen por ignorante; otras veces se arrodillaba á los pies de cierto corista, y le pedía perdon de cosas mínimas. Si tal vez venían á visitarle algunos sugetos por ser tan conocido en Barcelona, se extrañaba de verlos, y cuando era preciso hablarles, con dos palabras de edificacion se despedía de ellos. Sucedió una vez que yendo de viaje, se halló en un meson con ciertos caballeros que habían sido sus discípulos, y preguntando ellos por su maestro capuchino, nunca quiso descubrirse, ni darse á conocer hasta que su compañero le descubrió. Entónces levantándose ellos de las sillas, se quejaron de él porque así quisiese disimular, mas el Varon humilde les respondió que era un pobre Fraile, y muy para poco. Rogáronle que quisiese tomar alguna comida con ellos, pero él constante en sus bajos pensamientos no lo quiso aceptar, sino que comió con su compañero separadamente.

En otra ocasion le encargó su Prelado el sermon de la fiesta de Pentecostes, cuyo encargo aceptó el Varon obediente, pero llegando la mañana del dia que debía predicar, fué á hablar al mismo Prelado y le dijo que aunque había trabajado y estudiado el sermon, pero que no se sentía con ánimo de predicarlo, porque ni sabía qué decir, ni podía en manera alguna parecer en público. Respondióle

el Prelado que de cualquier modo había de predicar, y que en caso de ser así como decía, quería que fuese á la Iglesia, y tomada la bendicion subiese al púlpito, y dijese al auditorio que de nada se acordaba ni sabía que decirse. No rehusó el Siervo de Dios este mandato de tanta humildad y menosprecio propio, ántes se ofreció á ello sin réplica alguna, porque al paso que era muy humilde, era tambien muy obediente. Mas no llegó la ocasion de haberlo de cumplir, porque el Guardian despues dispuso las cosas de otro modo. Un acto de esta naturaleza no procedió en el Varon santo de ignorancia ó poca habilidad en componer los sermones ni en predicarlos, pues que en la misma poblacion donde esto pasó era estimado por los sermones que ántes había predicado con grande satisfaccion, y aun se había observado que trabajaba y hacía algunos sermones con doctrina y estilo superior; mas como los sentimientos humildes estuviesen muy gravados en su corazon, apénas podía conseguir el predicar con la libertad que era menester, y cuando lo hacía era con encogimiento, de modo que no luciese nada de lo que decía por bueno y escogido que fuese.

No era ciertamente la predicacion el objeto á que él más se inclinaba, sino el recogimiento y la oracion, pareciéndole más acertado aplicarse á este santo ejercicio, como en efecto así lo practicaba no sólo en las horas que la provincia tenía destinadas para la oracion, sino tambien en otros tiempos y horas que su cuidado sabía hallar. «¿Qué Capuchino hay, dijo una vez con extraordinario espíritu y fervor, qué Capuchino hay que no tenga más de tres horas de oracion?» Significando con estos cuánta era su aplicacion á este santo ejercicio no ménos útil que necesario. De aquí se encendía en su corazon tanta devocion y ternura, que á veces leyendo en el refectorio derramaba copiosas lágrimas, tan fervientes que el rostro se le ponía inflamado; y otras veces dando suspiros y gemidos pedía licencia para salir del refectorio, y entónces se recogía á gozar con libertad la dulzura de su devocion. Con estas y otras virtudes adornó su alma este Siervo de Dios en los años que vivió en la Religion, y acercándose al fin de todos los mortales recibió con devocion los santos Sacramentos, y despues de disponerse con devotos y piadosos actos, murió en el Señor, dejando no pequeña opinion de santidad dentro y fuera del claustro. Verificóse su fallecimiento en nuestro Convento de Mataró el año 1630.

P. Ignacio de Batea.

El primer elogio, y tal vez el mayor, que podemos hacer de este P. Ignacio, es que fué el primero de nuestros Religiosos que murió sirviendo á los enfermos en la peste de Perpiñan, mereciendo ser la primera víctima de la caridad, que la Provincia de Cataluña ofreció á Dios en aquel espantoso trabajo. Fué su nacimiento en una villa del obispado de Tortosa, que se llama Batea. El nombre de su padre fué Juan de Cubells, y el de su madre Dionisa de Cubells y Pastor, sugetos de más que ordinaria distincion. Desde niño fué inclinado á cosas espirituales y de devocion, y llegando á edad competente, le aplicaron al estudio de letras humanas, hasta que Dios se dignó llamarle á nuestra Religion, que fué en la edad de diez y seis años. Entónces manifestó cuan lleno estaba de la divina gracia, y cuan eficaz era su resolucion de dejar el mundo, porque hubo de superar tales dificultades, ya prósperas ya adversas, que solamente los espíritus muy fervorosos y constantes suelen vencer. Tenía un tio muy rico, que era Maestre-escuelas de la Universidad de Lérida, y juntamente Canónigo de la catedral de aquella ciudad. Este señor amaba mucho á nuestro jóven Ignacio, y sabiendo su determinacion de hacerse capuchino, procuró impedírselo con medios muy poderosos, pensando tal vez que aquella no era vocacion sino alguna veleidad de muchacho. Hízole grandes ofrecimientos, y entre ellos le prometió hacerle un grande mayorazgo. Tambien deseaba casarle con cierta señora llamada Doña Teresa Castelló, y dejarle

toda su renta, que eran tres mil escudos. A todo esto añadió el rigor, llegando hasta negarle el vestido, y poner en él sus manos. Tentaciones todas más que poderosas para rendir un corazon humano, pero muy débiles para vencer el espíritu de nuestro Ignacio, el cual despreciando con ánimo generoso todas las ricas ofertas de su tio, y no haciendo caso de sus rigores, perseveró constante en su vocacion, consiguiendo al fin que el tio le dejase en libertad.

Contento con este triunfo se fué al noviciado, pero aquí se vió otra vez acometido con nueva tentacion, quizá mayor que las antecedentes Vino á verle en el mismo noviciado un hermano suyo, y le representó el daño grande que hacía á sus hermanos y hermanas con hacerse capuchino, porque su tio Canónigo no los quería ver ni ayudar, por haberle perdido á él, á quien amaba sobre todos, y así que se volviese y dejase aquel camino para su remedio. Muy fuerte fué sin duda esta batería, pero quien supo vencer los halagos y rigores del tio, tuvo tambien valor para resistir las tristes representaciones del hermano. Despreció pues todas las razones y motivos que le expuso, y le despidió con mucha resolucion, diciéndole que ya les valdría con sus oraciones; cuya promesa fué tan verdadera, que mudando el tio de parecer, casó en el mismo año á su hermana, dándole un rico y muy crecido dote, y luego al hermano mayor, comprándole un lugar: sucesos felices que atribuyeron á las oraciones de nuestro Fr. Ignacio. Triunfante, pues, y victorioso de tantos enemigos prosiguió su noviciado, y llegó al tiempo en que pudo consagrarse á Dios por medio de la solemne profesion religiosa. No fué larga la carrera de su vida, porque habiendo vestido nuestro santo hábito el año 1620, llegó al fin de sus dias el de 1631. Mas en este poco tiempo siguió con mucha perfeccion los caminos de la virtud, dejándose ver un Religioso humilde, modesto, quieto, y recogido singularmente en el tiempo de la oracion. Aborrecía tanto las murmuraciones, que en oyendo alguna, se desconsolaba y procuraba impedirla prontamente. Pretendieron algunos deudos suyos que fuese á vivir en nuestro Convento de Lérida, donde podría tener el consuelo de sus parientes; pero él siguiendo aquella sentencia del Evangelio, que los domésticos son los enemigos del hombre, respondió que primero se dejaría poner en una cárcel ántes que ir de por su voluntad á Lérida. Con semejante espíritu respondió á su tio Canónigo, el cual sabiendo que estudiaba con el fin de ser predicador, le ofreció sacarle licencia para pasar á Castilla, para que aprendiendo con perfeccion la lengua castellana, pudiese despues predicar en púlpitos eminentes. La respuesta fué, que excusase tal diligencia, porque el fin de sus sermones no había de ser la ostentacion, sino sólo el provecho de las almas, y supuesto que estaba en Cataluña, no quería predicar sino en catalan.

Al fin para romper de una vez con todas las pretensiones de sus parientes, siendo ya constituido predicador, solicitó que le colocasen en uno de los Conventos más distantes. Moraba entónces en nuestro Convento de Manresa, y sabiendo que los Padres se hallaban en el Convento de Tremp con motivo de celebrar allí el Capítulo provincial, encargó el P. Discreto de su Convento que le procurase la obediencia para estar de familia en el Convento de Perpiñan, con el fin de alejarse cuanto pudiese de sus parientes. Accedieron los Padres á estos sus deseos, concediéndole el Convento de Prada en el Rosellon, que por ser algo más distante que el de Perpiñan, fué tambien de mayor satisfaccion suya. Mas, ¡oh secretos admirables de la divina Providencia! pretendía este santo Religioso alejarse de su tierra, y Dios le acercaba al cielo; deseaba huir la pelea con sus parientes, y el Señor le preparaba la victoria entre gentes desconocidas. En efecto, morando en el dicho Convento de Prada, se encendió la peste en el Rosellon, causando aquellos lastimosos estragos que dijimos en otro lugar, cuya triste noticia abrasó tanto el corazon de nuestro P. Ignacio, que ardiendo en llamas de caridad, pidió y solicitó con toda instancia el ser destinado para el socorro y consuelo de aquellos miserables apestados. Escribió para ello una carta al P. Ber-

nardino de Manlleu, que era Custodio Provincial del Rosellon, suplicándole el cumplimiento de sus deseos. Esta carta respiraba tales ardores de caridad, y estaba concebida con expresiones tan ardientes de sacrificar su vida por amor del prójimo, que creemos será de mucha edificacion el poner aquí su copia, que es del tenor siguiente:

« Amantísimo Padre: He sabido « como está ya la peste declarada en « Perpiñan, y por otra parte he en« tendido como el Señor Obispo ha « pedido Capuchinos, para socorrer la « necesidad de ayudar á bien morir « y administrar Sacramentos. Ya veo « yo que soy indigno de ser contado « en el número de los que han de « salir á esa empresa de tan gran « merecimiento y servicio de Dios « nuestro Señor. Con todo suplico á « V. Caridad por las llagas de Cristo « crucificado, quiera mostrarse Padre « con un hijo que tanto le ama, y « descubrir sus entrañas en hacerme « participante del merecimiento tan « grande de esta empresa, porque estoy « aparejado á morir y reventar por « el servicio de Dios y ayuda de nues« tros prójimos. Y le digo que si « haciendo este oficio, moría y reven« taba, tengo esta muerte para mí la « más dichosa, y por la mayor mer« ced que de Dios nuestro Señor pueda « recibir en esta vida. Vuélvole á su« plicar con muchas veras no me « quiera privar de ocasion de tan gran « mérito, y que no sea de los postre« ros sino de los primeros; y que ya « que tengo oficio de predicador, aun« que indigno, le ejercite bien, que es « primero con ejemplo de obras, y « despues enseñando con palabras. « Deseo yo reciba V. C. esta carta « presto, para que habiendo de enviar « á algunos, supiese mi voluntad, que « yo confio en Dios y en el mérito de « la santa obediencia pasar con ale« gría todo lo que podrá suceder. « Nuestro Señor á V. C. guarde. Prada « á diez de Setiembre de 1631.

« Hijo y Siervo de V. C.
« Fr. Ignacio de Batea. »

Recibió el P. Custodio esta carta en el Convento de Ceret, y considerando que el suplicante era predicador jóven y de buenas esperanzas para el servicio de la Provincia, resolvió no concederle la peticion, como en efecto le respondió con términos meramente generales. Pero habiendo cerrado el pliego, se fué á la iglesia para rogar á Dios le diese luces y acierto en la eleccion de los que debía enviar al socorro de aquella calamidad, y aquí mismo parece que Dios le mudó la voluntad, porque sentió dentro de sí tanta fuerza para que enviase á nuestro P. Ignacio, que subiendo luego á la celda le escribió la obediencia y se la remitió con el mismo pliego, para que entrase á la peste como deseaba. Cuál fuese el gozo y cuánta la alegría que ocupó su corazon al recibir esta obediencia, lo podemos colegir de las expresiones fervorosas de su carta. Partióse pues para Perpiñan, y se entró por medio del ardiente fuego del contagio, administrando los Sacramentos, auxiliando, socorriendo, consolando á tantos miserables, que ya eran víctimas de la peste y de la muerte. No le intimidaron los peligros ni las necesidades, ántes revestido de ánimo y de fervor, se ofreció á lo más peligroso, y llevó con mucha paciencia las faltas en el comer, en el dormir, y en otras cosas necesarias, que en semejantes casos no son pocas ni pequeñas. Pero por más ardientes que fuesen los fervores de su espíritu, hubo al fin de rendirse al rigor de la peste, y sujetarse á los dolorosos efectos del contagio, los cuales llegaron á ser tan rígidos, que una vez fué preciso que el cirujano le cortase como una libra de carne de un muslo. Recibió el Varon santo este golpe tan sensible, y sufrió todas las penas y trabajos que le acompañan, con una paciencia y resignacion admirable. Nunca se quejó, ni mostró resentimiento alguno; solamente se le oyó algunas veces que pronunciaba los dulces nombres de Jesus, María, José, y Francisco. Todos sus deseos eran morir por amor de Dios y por la caridad de sus hermanos, cuyos deseos eran tan encendidos, que dándole una vez el cirujano esperanzas de vida, despues se puso á llorar por aquella noticia. Había en el aposento en que estaba enfermo, un devoto Crucifijo, con el cual tenía amorosos y fervorosos coloquios: y conociendo al fin que se acercaba la muerte, levantó

los ojos al cielo, y poniendo los brazos en forma de cruz, los dejó caer delante el pecho, y con esto espiró, entregando su alma en las manos de aquel Señor, por amor del cual había sacrificado su vida.

Murió el Siervo de Dios, y pasó su enfermedad en la casa de una devota mujer, llamada Margarita Bona, la cual en su declaracion jurada dice, que el cuerpo difunto no despedía fetor alguno, aunque le hubiesen cortado mucha carne corrompida, ántes exhalaba un olor tan suave, que parecía de rosas y azucenas. Dice tambien que en dos noches vió en el aposento en que murió el Varon santo cierto resplandor por espacio de media hora, que le producía tanto consuelo, que no cabía de contento. Esta misma mujer fué tambien herida del contagio en el tiempo que servía á nuestro P. Ignacio, y habiéndoselo comunicado, este le respondió que no temiese, porque no sería nada, como en efecto así se verificó, curando tan perfectamente que pudo despues continuar en servirlo con la misma caridad. Había tambien la misma mujer padecido por el tiempo de siete años un dolor tan molesto en el brazo izquierdo, que con dificultad podía mandarlo ni volverlo atras. Por fortuna tenía ella dos pañuelos del Varon santo, y haciendo de ellos unas mangas, mereció conseguir la salud de aquel brazo tan perfecta, que le parecía más robusto que el otro. En otra ocasion habiendo caido de una escalera, recibió considerable daño en una rodilla, y viendo que no aprovechaba el remedio que había aplicado, puso sobre la rodilla dañada un pedazo del manto del Siervo de Dios, y luego conoció mejora, y siempre fué curando hasta quedar enteramente sana. Con semejante medio de un pedazo del dicho manto curó tambien cierta mujer de una hinchazon que tenía en el cuello: y otra mujer que se hallaba en un parto muy peligroso, con ponerle encima el mismo manto, salió del peligro con felicidad. Pero hay otro suceso que nos demuestra la santidad del Siervo de Dios, y es el que vamos á referir. La sobredicha mujer Margarita Bona hablando una vez con cierto Religioso nuestro, ponderó en gran manera la virtud y merecimientos de nuestro P. Ignacio, no dudando llamarle santo, y refiriendo algun milagro que Dios había obrado con su manto. Mas el dicho Religioso le fué á la mano, por parecerle que la virtud del P. Ignacio no excedía de virtud ordinaria, y así le dijo que no le llamase santo, ni creyese que lo que decía del manto fuese milagro, porque esto no se podía hacer hasta que la Iglesia lo hubiese aprobado. Bien parece que este Religioso procedió con buen celo, pero no tardó en quedar desengañado, porque una noche estando dormido ó medio dormido, le pareció que se hallaba en un lugar amenísimo y hermosísimo, y que se sentía lleno de tan inefable suavidad y consuelo, que le parecía estar en el cielo gozando de Dios; y en esta vision le pareció tambien que veía en el cielo á nuestro P. Ignacio. Con esto se confirmó muchísimo en su santidad, teniéndole despues en opinion de santo, y que estaba entre los Bienaventurados. Bendigamos á Dios nuestro Señor que así se digna ilustrar á sus fieles Siervos, honrándolos en la tierra y glorificándolos en el cielo. Murió este santo Religioso en Perpiñan el año de 1631.

P. Jaime de Prada.

Nació este Religioso en Prada, villa del Rosellon, y habiendo llegado á los veinte y dos años de su edad, deseoso de servir á Dios con perfeccion, abrazó nuestro instituto capuchino, vistiendo el santo hábito en el año 1609. Había en el siglo llevado una vida muy inocente, y en la Religion la mejoró y perfeccionó con las virtudes propias de un Fraile Menor. Fué enemigo de tratar con los seglares, conociendo que semejante trato impide no poco la perfeccion religiosa, y así cuando los Superiores le enviaban para alguna diligencia, practicada esta, no tenía quietud hasta volver al Convento. Aborrecía tambien la ociosidad, que es madre del vicio, ocupándose en cosas de trabajo á beneficio de la comunidad. Por otra parte se dejaba ver un Religioso austero, pacífico, obediente, y tan ejemplar que los Prelados estimaban tenerlo en sus fami-

lias. Mas todo esto no nos descubre tanto la alta perfeccion y virtudes de este Religioso, como el fervor y espíritu con que se ofreció al servicio de los enfermos en la peste, que tanto afligió el Rosellon, segun ya tenemos referido. Moraba el Siervo de Dios en nuestro Convento de Tuir, cuando se declaró el contagio, y ardiendo en llamas de caridad, escribió luego al Provincial, exponiéndole sus deseos de entrar al socorro de aquella necesidad, y pidiéndole para ello su obediencia; y como esta retardase en verificarse, y por otra parte supiese que algunos ya entraban en Perpiñan, se afligía no poco, viendo que se difería lo que él tanto deseaba.

Concediósele finalmente la licencia, y fué destinado al servicio de los apestados, que estaban en la morbería de la misma villa de Tuir, cuyo destino aceptó y desempeñó con tanta caridad y espíritu, que los enfermos recibieron no pequeño consuelo con la asistencia de este operario fervoroso. Sin temer los peligros, ni hacer caso de los daños, acudía diligente ya á unos ya á otros, administrándoles los Sacramentos, socorriéndolos, consolándolos, y practicando con ellos todas las obras de caridad que estuvieron en su mano. No perdonaba á trabajo alguno, que pudiese resultar en bien de sus amados dolientes, singularmente si eran pobres ó menesterosos. Para estos procuraba muchas limosnas, y celaba que se les acudiese con lo necesario; y aun fué visto algunas veces privarse de su propia comida para darla á aquellos miserables. Otras veces no reparaba tomarlos con sus brazos, y conducirlos de un lugar ménos bueno á otro más acomodado. Si tal vez notaba alguna abertura en aquellas tristes casillas ó chozas, ponía allí ramas para su reparo y abrigo; y si era tiempo lluvioso, cuidaba que estuviesen defendidos del agua en cuanto fuese posible; mostrándose en todo un ministro incansable, con tal que sus afligidos enfermos estuviesen socorridos y consolados, segun lo permitían las lastimosas circunstancias de aquellos tiempos.

Mas no paraba aquí su caridad fervorosa, sino que se extendía principalmente al provecho de las almas, y á la conversion de los pecadores. Había Dios concedido tanta gracia á sus palabras, que infundía particular consuelo á los que le escuchaban. Fué observado algunas veces, que auxiliando algun moribundo, hablaba con tanto espíritu, que algunos enfermos que estaban vecinos, se levantaban sobre la cama, y otros que estaban distantes, dejaban el lecho y se acercaban cuanto podían por oir sus doctrinas y exhortaciones, quedando todos tan consolados, que se les minoraba en gran parte el temor de la muerte. Cuando había alguno que ó por la acerbidad de sus males, ó por la fealdad de su conciencia, se mostraba inquieto, impaciente y casi desesperado, el Siervo de Dios sabía hablarle con tal suavidad y eficacia, que insinuándose dentro el corazon, lo dejaba no sólo consolado, sino tambien convertido, conforme se vió en los dos casos siguientes. Cierta mujer de mala vida se hallaba herida de la peste, y temiendo más su condenacion que el rigor del contagio, llegó á tal desconfianza, que no dudaba decir que los demonios se habían de llevar su alma porque no había hecho otra cosa que servir al diablo. Supo esta desgracia nuestro P. Jaime, y lleno de caridad fué prontamente á verse con aquella afligida mujer: hablóla, exhortóla, y al fin la confesó, y cooperando la divina gracia, quedó tan trocada y convertida, que lloraba copiosas y amargas lágrimas por sus culpas, y cobrando confianza en Dios, murió despues de unos tres dias con una muerte muy cristiana. Un hombre había llegado á tal desesperacion por los vehementes dolores que le ocasionaba la peste, que lleno de rabia arrancaba la tierra con los puños, y profería palabras indignas de un cristiano. Acudió nuestro P. Jaime al socorro de aquel miserable, y supo darle tan saludables consejos y exhortaciones, que en adelante pasó sus males y dolores con mucha paciencia, y al dia siguiente muy pacífico y consolado murió en el Señor. Otros enfermos del contagio, semejantes á este, merecieron tambien igual beneficio, porque llegando á ellos nuestro P. Jaime, y habiéndolos exhortado, se tranquilizaban y compungían, y se ponían bien con Dios.

Así desempeñaba este caritativo Varon los cargos de su ministerio, y de este modo bendecía el Señor sus trabajos; y cuando parece que su espíritu había de ser superior á todos los males, quiso Dios que él fuese tambien víctima del mismo contagio que con tanta caridad procuraba remediar en los otros Fué pues herido de la peste, y hubo de experimentar los dolorosos efectos que le acompañan hasta salir de este mundo: mas no se atemorizó por ella, ni le fué imprevisto el golpe de la muerte. Había pedido á Dios, que le concediese vivir en la Religion tantos años, cuantos había vivido en el siglo, y como en aquel año se cumpliese esa igualdad, no dudó decir, aun ántes de entrar al servicio de los apestados, que aquel año había de morir. Con este previo conocimiento recibió y pasó la enfermedad del contagio, la cual fué muy dolorosa y sensible, no sólo por los pestilenciales efectos que produce, sino tambien por no tener ni cama, ni casa, ni choza, sino solamente un pobre corral ó aprisco, que le procuró otro Religioso nuestro. Aquí, pues, echado sobre alguna paja en el duro suelo sin otro aparejo, imitó algun tanto al pacientísimo Job, padeciendo y sufriendo aquellos acerbísimos males y dolores del contagio con una paciencia singular. No se quejaba ni entristecía, ántes mostraba no pequeño gozo y alegría, por verse en aquel estado de tanta pobreza y miseria, donde esperaba el fin de su vida que había sacrificado por la caridad de aquellos miserables apestados. Sus palabras eran: « Señor, todo sea por vuestro amor; si no tengo bastante, dadme más; Reina de los Angeles, favorecedme; P. S. Francisco, ayudadme. » Hizo confesion general de toda su vida con el Religioso que le asistía, y es cosa sabida que su vida fué tan santa que no había en él materia de pecado mortal, que es la mayor dicha que se puede desear. Agraváronse finalmente sus males, y con ellos llegó al domingo, dia en que segun él dijo, había de morir, porque así lo había pedido y alcanzado de la Divina Majestad, como en efecto así se verificó. Cuando se vió cercano á la muerte, se ocupó en dar gracias á Dios, por querérsele llevar en aquella ocasion tan deseada, y haciendo muchos actos de contricion y de amor de Dios, dió el alma á su Criador. Así murió este fervoroso y caritativo Religioso, y con un fin tan santo selló los últimos dias de su vida: de donde podemos piamente creer, que entrando su dichosa alma en el cielo, mereció recibir aquella resplandeciente corona que Dios tiene prevenida para los mártires de la caridad. Fué su fallecimiento en la villa de Tuir en el Rosellon, en el año 1631.

P. Jerónimo de Salamanca.

Fray Jerónimo de Salamanca, Sacerdote de nuestra Provincia de Castilla, habiendo llegado al crecido número de ochenta años, rendido por ellos el cuerpo, nunca perdió la fortaleza del espíritu. Deseando en su más floreciente edad aquellos aumentos temporales á que le inclinaba entónces su ardiente genio, dejó su patria, y dedicándose á la asistencia de un Ministro de alta suposicion, pasó á Italia, donde por cierta desazon con un Caballero, cometió el crímen de salir con él al campo, para que desnudas las espadas diesen corte entre las razones con que apadrinaban ámbos su enojo. No fiel el combatiente previno para el lance á otros dos que militasen á su defensa, con que se halló nuestro Español acometido de los tres italianos. Hízoles alentado rostro, pero rendido al fin más á la ventaja de las manos que al valor de los corazones de los que se habian unido para acabarle, cayó en tierra con tres peligrosas heridas: una en el pecho, la segunda en un brazo, y la última en la cabeza. Dejóle por muerto el traidor congreso de sus contrarios; pero Dios que derriba al pecador para levantarle y busca la salud por la herida, dispuso que las que había recibido Jerónimo no le acabasen, y que como el herido del Evangelio hallase su Samaritano en la compasion de unos hombres que acertaron á pasar por allí, y viendo el riesgo último de aquel prójimo, le condujeron á su casa, donde curado y asistido vino á recobrar la salud del

cuerpo para conseguir la del alma; pues aprovechando el escarmiento y dando efecto voluntario y rendido á las Divinas inspiraciones que le llamaban al estado de Religion, eligió la nuestra y se agregó con sumo consuelo al número de sus Novicios, y despues del año de probacion al de los Profesos, no sin satisfaccion de que había en esto correspondido á lo que pretendía de él la acertada providencia del Cielo.

Constituido ya soldado de Cristo en la Franciscana milicia, pasó de Italia á España, é incorporándose á la Provincia de Castilla, la sirvió en Prelacías de estimacion y en negocios de consecuencia, como fueron las fundaciones de nuestros Conventos de Salamanca, Toro, Segovia y Valladolid. Esta última, como es sabido, le empeñó en muchas ocasiones de padecer que venció con rara y plausible constancia. Quedó superior siempre á todas las calumnias y contradicciones que excitó el celo quizá indiscreto de los que procuraron embarazar el feliz logro de su cuidadosa solicitud. Vencía con paciencia las mayores dificultades, constituyendo su fortaleza, segun lo previno el Divino oráculo, en el silencio y la esperanza. Atento á la ley de la caridad enmudecía á la propia injuria, ó como de sí dijo el Profeta, teniendo de pedernal el rostro, correspondía á los golpes en que le maltrataba la sinrazon con centellas de amorosos afectos, encaminadas hácia el amor de Dios y del prójimo.

Libre ya de este linaje de ocupaciones empleó todo su desvelo en cumplir con las austeridades de su Instituto, añadiendo á las que en comun se practican muchas que meditaba el deseo de llegar á la última perfeccion, sin atender á su ancianidad que pudiera eximirle de algunas de las observancias más rigurosas: andaba del todo descalzo, renunciado el alivio de las sandalias aun en el corazon del invierno, y lo que no es de menor molestia en el ardor último del verano. En todos los Sábados del año y vísperas de aquellas festividades que consagra la Iglesia á María Santísima, ayunaba á pan y agua, acompañando la severa ley de esta abstinencia con la de varios ejercicios de trabajo y penalidad.

Gravado, pues, de la edad y la penitencia, se empezó á sentir con una lenta calentura precursora, como él lo conoció, de su cercano fallecimiento, á que se dispuso con vivas ánsias de salir del destierro de este penoso siglo y conseguir la Patria á que ha predestinado Dios los que observan sus santas Leyes. Hizo confesion general con una inmensa copia de lágrimas y otras interiores y exteriores demonstraciones con que descubrió lo muy ocupado que tenía el ánimo de aquella compuncion que pide una legítima penitencia. Cuando instó la hora de haber de recibir por Viático el Santísimo Sacramento, se arrojó del lecho á la tierra, y poniendo en ella los labios, adoró presente á su Dulcísimo Redentor, pidiendo despues á los circunstantes le ayudasen con sus oraciones á disponerse para comulgar, conforme era debido á aquella oculta Soberanía.

Viendo los Religiosos la debilidad del enfermo, se apresuraban en órden á darle la Uncion y á aquellas devotas deprecaciones que tiene señaladas la Iglesia para auxiliar á los moribundos; pero el siervo de Dios que mucho tiempo ántes había pedido á su Majestad le sacase de esta vida mortal en el dia del Seráfico Patriarca San Francisco y tenía firme esperanza de que había de ser así, dijo á los Religiosos caminasen á paso más lento en estas últimas asistencias, porque aun le faltaban cuatro dias de vida, que eran los intermedios hasta la fiesta de nuestro Seráfico Padre. Desde entónces se le fortalecieron tanto los pulsos y le cesaron los accidentes de calidad, que se pusieron muchos en esperanza de que había de recobrar salud. Instando empero el término señalado, pidió Fray Jerónimo la santa Uncion, y la recibió con tan grande aliento que desmentía con él su ancianidad y su enfermedad. Hácia las nueve de la noche llamó á un Religioso y le pidió rezase cierta señalada oracion, en cuyo medio y en el dia profetizado salió de esta vida mortal con apacible y sereno tránsito. (*Murió en 1631*). Poco despues de él, apareció en forma visible á uno de los nuestros,

y lleno de gozo le dijo: « Heme salvado por la Divina misericordia: sea por siempre alabado Dios que con mano tan liberal premia en la Gloria los merecimientos de los que en el mundo le sirven. » (*Chrónicas*)

Fr. Francisco de la Roda, Lego.

Fué otra flor que envió este año al Cielo el verjel de la Orden en España Fr. Francisco de la Roda, Religioso Lego, que ejercitó muchas y admirables virtudes. Agregóse á la Congregacion de los Capuchinos en la Provincia de Cataluña, donde muy desde luego dió á conocer el singular espíritu con que le había dotado Él que los reparte, segun el arbitrio de su santísima y acertadísima voluntad. Con la profesion de los votos se perficionó en el ejercicio de las virtudes, sustentado con el alimento de la oracion y contemplacion de lo Celestial. Por ella consiguió perfecto conocimiento de sí mismo, y sumergido en el profundo abismo de su vileza se anegaba en copiosas lágrimas de que tuvo don singular. Al mismo tiempo considerada la grandeza de Dios, se arrebataba en contínuos éxtasis que le dejaban enajenado de los sentidos. De aquí en cierta ocasion se originó un accidente maravilloso, y fué que ministrando al Sacerdote en la Misa, quedó tan absorto en los sagrados Misterios de ella, que al dar las vinajeras, ellas y el plato se le cayeron de las manos: y para que no se ignorase el noble origen de este descuido, dispuso Dios que no sólo no se quebrasen habiendo parado en el suelo, pero ni se vertiese porcion alguna de ámbos licores.

El Siervo de Dios se dedicaba á la vida contemplativa sin negarse á la activa. Subía ángel en la oracion, y ángel tambien bajaba á la accion, cumpliendo fiel con las que le dictaba la obligacion de su ministerio. Ninguno había más pronto al servicio de la Comunidad, ninguno más solícito en el obsequio de sus hermanos, ninguno más atento á practicar las puntualidades de la obediencia, y en fin ninguno más escrupuloso en las observancias que impone el voto de la pobreza á sus profesores y más en lo que tocaba á las fábricas, cuya asistencia le encomendaban los Prelados y lograba él como hijo verdadero y legítimo de quien tanto amó y encargó el ejercicio de esta virtud.

Aborrecía el ocio como uno de los mayores enemigos de la vida espiritual; por esto cuando los años y los achaques le inhabilitaron para ocupaciones de mayor trabajo y fatiga, como son cultivar la huerta, guisar la comida ó solicitar las limosnas, gastaba el tiempo que le quedaba de la oracion y demas espirituales empleos en tejer sandalias para el uso de los Religiosos: en los dias de fiesta solía dedicarse á escribir puntos y materias tocantes al interior aprovechamiento, en que daba bien á conocer las copiosas ilustraciones que recibía del Cielo su espíritu. Estas tambien se acompañaban con el don de profecía, varias revelaciones y celestiales apariciones, de que muchas veces gozó; pero ocultábalas con tan alto silencio, que del todo las hubieramos ignorado, si la noticia que de algunas daba á su Confesor no las hubiera puesto en la nuestra. Cuando llegaban al Convento personas espirituales necesitadas de consejo en alguna dificultad tocante á la direccion de sus ejercicios, las encaminaba el Prelado luego al insigne varon, quedando con entera seguridad, de que quien tenía á Dios por Maestro, sabría serlo respecto de los que lograsen su provechosa conversacion.

Vida tan santa tuvo en la muerte dichoso término ó punto, en que se cerró el más religioso período. Llegó el dia segundo de Agosto, célebre en la Iglesia Católica por el santo Jubileo de la Porciúncula: dispusóse á él Fray Francisco con singular pureza y ardiente devocion, y despues de haber salido con la Comunidad á visitar la Iglesia, dijo á un Religioso con extraordinaria alegría: « ¡Oh si el Señor me concediese acabar la vida en esta ocasion, cuán grande beneficio me hiciera! » ¡Cosa notable! apénas pronunció estas palabras, cuando se sintió con el frio de una peligrosa terciana, que á los siete dias dió con él en la sepultura. Al primer accidente

conoció la voz del Esposo, y habiendo salido á recibirle con la prevencion de todos los Eclesiásticos Sacramentos, con la luz de la Fe y el oleo de la Caridad, entró con él á las eternas bodas del Cielo, como puede asegurarlo nuestra piedad. (*Chrónicas*). Murió en 1631.

P. Francisco de Perpiñan.

Este mismo año fué el último para Fray Francisco de Perpiñan, Sacerdote y varon ilustre de la Provincia de Cataluña, que supo esmaltar con la virtud la noble sangre que le dió la naturaleza. Hallándose primogénito de su casa, despreció toda la humana gloria á que le llevaba su orígen por hallar en Cristo la verdadera felicidad. Era inclinado naturalmente á las más honestas operaciones; grande el candor de ánimo, con que le había adornado el Cielo, y tanta la ingenuidad de su corazon, que nadie conseguía ocasiones de conocerle que no se hallase obligado á amarle, porque sin afecto ni hazañería representaba en palabras y acciones aquella sencillez de paloma que dejó Cristo canonizada en el Evangelio.

Amante de la más profunda humildad aplicó el ánimo á conseguirla en su última y mayor perfeccion, en órden á lo cual anelaba siempre á los empleos más inferiores de la Comunidad: cosía los hábitos y sandalias, reparaba y aun encuadernaba los libros, y en fin buscando en todo la imitacion del que vino á servir y no ser servido, no perdía lance de asistir y aliviar á los Religiosos como si hubiera entrado por pagado siervo de cada uno.

Practicaba esta virtud con tan grande afecto que no se avergonzó de ejercitar una vilísima ocupación en la plaza más pública de Perpiñan su patria. Oyó que al hortelano de nuestro Convento habían ofrecido cantidad de basura de que la huerta necesitaba, y que habían de ir Religiosos á conducirla en un carro destinado á este ministerio, y sin reparar lo indecoroso de él á lo noble de su Familia, pidió y consiguió ser uno de los que le fuesen á ejecutar. Acertó entónces á pasar por aquella parte un Caballero muy pariente de Fray Francisco, y viéndole con las manjas del hábito recogidas manosear el estiércol para componerle en el carro, quedó en vehementísima admiracion, sin saber que decir. Pero ya no sólo pasmado, sino irritado, rompió en estas coléricas voces: « ¿Es posible que te halles tan « negado al empacho, que á vista de « toda la ciudad, y sin acordarte de « la lustrosa sangre que has heredado « de tus mayores, te pongas como un « vil ganapan á poner basura en un « carro, manchando con este indigno « empleo no sólo tu decoro, sino el de « toda tu parentela? La cuna á que « naciste no merece tamaño ultraje, « porque no ha olvidado todavía que « lo fué de tus nobles Progenitores. « Haz memoria de tu apellido, y no « le hagas ignominioso, entrándole en « manejos tan indecentes, cuando los « que le han tenido y le gozan han « trabajado tanto porque no descaiga « en las estimaciones de la República. « Del Rio te llamas; pero ya este rio « que ha corrido hasta aquí tan claro, « en fuerza de tu indiscreto abati« miento lleva cenagosas las aguas. » Nada turbado Fray Francisco á estas poco modestas voces respondió así: « Hágote saber que ya no soy aquel « que tenía en tiempos pasados el « lustroso apellido que ahora me a« cuerdas y que has imaginado padece « injuria por el ministerio en que aho« ra me hallas. Desnudéme del sér « antiguo cuando me vestí de este « hábito. Depuse la persona del siglo « cuando profesé la vida Seráfica; por « lo cual así como la espada que traes « ceñida es decente á un Caballero de « ilustre sangre, no de otra suerte « cuadra esta ocupacion, aunque tan « de último abatimiento, al que es ya « menor entre los Menores, y se halla « obligado entre los Capuchinos á ser « el más humilde entre todos. » Así este perfecto Religioso dejó confundida la vanidad de aquel noble con la energía prudente de sus palabras.

Otros muchos tambien ejercitaron la paciencia del insigne varon, pero siempre se conservó en ella constante y superior al tropel de injurias que en varias ocasiones oyó y venció ó con prudente disimulo ó con apacibles respuestas. Tentado tambien de graves y

penosas enfermedades, se opuso á ellas con aliento el más varonil, y convirtió en espirituales aumentos todas las molestias de cuerpo y alma que en el discurso de su religiosa vida se le ofrecieron.

No se portó ménos atento al ejercicio de la pobreza, por la cual nada hallaba en el suelo, aunque se supusiese muy despreciable, que como le pareciese podría servir á algun uso de la Comunidad, no lo recogiese con circunspecta solicitud; y de esto que hallaba y recogía se valía muy de ordinario para sí, huyendo por este camino de todo lo nuevo ó mejor tratado.

Veneraba con afecto singularísimo á la Reina de los Cielos María Santísima, que obligada de él le favoreció con mostrarle su sagrado rostro en la ocasion y forma que ahora dirémos. Queriendo, pues, macear las hojas de un libro para haberle de encuadernar, llevó un martillo que tenía muy viejo y comido de orin á la herrería de Joaquin Colmela, oficial del Pueblo Vincense, y le rogó que entrando el martillo en la fragua le diese nueva debida forma. Opuso Joaquin á esta instancia lo inhábil de aquella materia para que de ella se formase instrumento alguno de utilidad. Pero replicándole Fr. Francisco, dijo que entrase el martillo en el fuego, que él entretanto rezaría una Ave María á nuestra Señora, cuyo favor haría se consiguiese lo que se le había representado por tan difícil. Vencido de la importunidad el herrero, arrojó en la fragua aquel pedazo carcomido de hierro, y dando tiempo á que la llama le penetrase le sacó de ella y le entró en el agua, donde se renovó de suerte que parecía haberse fundido del más puro y valiente acero. Pero lo que dejó aun en mayor pasmo á Colmela, fué ver en el martillo la Imágen de la Vírgen Santísima estampada en la siguiente forma. Estaba como en pié, el rostro blanco y resplandeciente, con un manto de color de cielo, la luna por trono, y todo el cuerpo rodeado de una brillante y hermosa luz. Viendo esto Fray Francisco, arrebató el martillo de las manos del oficial, y procuró borrar la imágen esculpida en el hierro porque este prodigio no cediese en su estimacion: pero en vano intentó borrarla, con que dió lugar á Colmela de examinar el caso segunda vez con suma admiracion y piadoso ánimo. Pero atento el Siervo de Dios á los inconvenientes de la publicidad que recelaba, (con un celo que no queremos examinar) batió tantas veces el metal sobre el yunque cuantas bastaron á que se borrase la efigie. De que esto hubiese sucedido así, quedó Colmela tan en extremo desconsolado que casi por tres meses padeció una profunda melancolía, aumentada en gran parte de haberle constreñido el varon humilde con indispensable precepto á que viviendo él no revelase á persona alguna aquel milagroso accidente, que muerto Fray Francisco descubrió y depuso con juramento.

Cuando asistía en el Coro á las alabanzas Divinas, parecía exceder en la atencion la capacidad de lo humano y convertirse en celestial espíritu, á cuya vista se inflamaban los Religiosos y se animaban á semejantes afectos de devocion. Llegó esta á comunicarse á Andres Balmacio, médico de Vich, que hallándose á Vísperas en nuestro Coro como de ordinario lo acostumbraba, y oyendo cantar á Fray Francisco en ellas, le sonaba su voz tan dulce como la pudiera tener un Angel si en material cuerpo se dedicara á aquella dignísima ocupacion.

Llegó, pues, el varon ilustre al preciso término de la vida, y habiéndole logrado en nuestro Convento de Perpiñan, despues de recibidos los Santos Sacramentos, dejó por pregoneros de su inculpable conversacion y admirables virtudes á todos los seglares y Religiosos que habían conseguido la fortuna de conocerle y comunicarle. Murió en 1631. (*Chrónicas*)

P. Buenaventura de Igualada.

Víctima de la caridad fué tambien este Religioso, ofreciendo generosamente su propia vida por el bien de sus prójimos en la peste del Rosellon; cuyos sacrificios serán siempre el ejemplo y la edificacion de todos los buenos. Nació en Igualada, y vivió en el siglo hasta la edad de cuarenta años, en cuyo tiempo se ordenó de Sacerdote. Es regular que en el

discurso de tantos años habría pensado poco en dejar el mundo, y abrazar el estado religioso; mas Dios nuestro Señor, cuyos caminos en la salvacion de las almas son inescrutables, se dignó darle tales inspiraciones y unos avisos tan poderosos, que al fin resolvió profesar nuestro pobre y penitente instituto capuchino. Tenía en Barcelona cierto conocido, sugeto principal y de buena sangre, con el cual hablando una vez de cosas pertenecientes al provecho del alma, formaron ámbos la resolucion y la promesa de entrar en Religion, cuya determinacion sería sin duda efecto de aquellas santas inspiraciones, que Dios habría comunicado así al uno como al otro. Pero como fuesen dilatando el cumplir ésta su promesa, añadió el Señor un aviso no ménos funesto que lastimoso. Estaba una noche nuestro P. Buenaventura durmiendo, y en este sueño vió que Dios nuestro Señor le tomaba cuenta de toda su vida, y de lo que en ella había obrado, y vistos los cargos y descargos, estaba ya el supremo Juez para dar la sentencia de condenacion. En este conflicto reparó que se presentaba en aquel tribunal la gloriosa Santa Teresa, de quien él era muy devoto, la cual puesta delante del Divino Juez, le rogaba que dejase con vida á aquel afligido reo, prometiendo que ya se enmendaría. Inclinóse el Señor á los ruegos de la Santa, concediéndole lo que pedía, y con esto se acabó la vision y el sueño. Cuán despavorido y atemorizado quedase de un suceso tan espantoso, se deja bien entender, por lo cual luego por la mañana fué á verse con aquel su compañero, y le preguntó si estaba en lo que habían prometido de hacerse Religiosos; y como el otro respondiese con nuevas dilaciones y alargos, él procuró por sí, y pidió ser admitido á nuestra Orden. No rehusaron los Prelados el recibirlo aunque de una edad tan adelantada, porque á más de ser ya Sacerdote, conocieron que su recepcion sería de edificacion entre los seglares, y así fué vestido de nuestro santo hábito, y agregado al número de nuestros novicios, cuya recepcion se verificó el año 1620. Y para que se vea cuán ocultos y temerosos son los juicios de Dios, estando en el noviciado supo que su compañero, que no quiso seguirle, habiendo ido una tarde á pasear por el muelle, al volver á su casa murió de repente.

Una vocacion de esta naturaleza, prevenida con tales sucesos de temor y espanto, infundiría sin duda en el corazon de nuestro P. Buenaventura los más fervorosos deseos de ser perfecto Religioso, y adornar su alma con las virtudes propias de su estado. En efecto fué así. Solos once años vivió en la Orden, y en ellos anduvo los caminos de la santidad con tanto espíritu, que llegó á un grado muy alto de perfeccion. La oracion, ejercicio tan necesario á todo Religioso, fué una de las ocupaciones á que se dedicaba con espíritu muy fervoroso, de modo que aun en la disposicion exterior lo daba á conocer. Cuando los Religiosos á prima noche se recogían en sus celdas, él quedaba en la iglesia prosiguiendo su devocion, cuyo ejercicio no dejaba aunque viniese cansado de algun viaje. Sucedió alguna vez decirle el Superior que se fuese á recoger, y él obedeciendo se retiraba en la celda, pero no tardaba lograr volver á la iglesia, dando satisfaccion al Superior, y diciéndole que él no necesitaba de tanto dormir. Con esto se ofrecía á los ojos de todos un Religioso muy ejemplar, singularmente entre los seglares, á quienes edificaba no poco con hablarles de lo perteneciente á la salvacion de sus almas. Los deseos que tuvo de padecer y mortificarse fueron muy grandes, castigando su cuerpo con largas y fervorosas disciplinas, y con cierta penalidad muy dolorosa que quiso sufrir alguna vez; estando por otra parte animado de un singular espíritu para vivir con todo el rigor y aspereza en que vivieron los primeros fundadores de nuestra reformacion. Y no obstante de ser tan fervorosa la conducta de su vida, pensaba tan bajamente de sí mismo, que hablando una vez con otro Religioso sobre su vocacion á nuestra Orden, dijo, que se confesaba indigno de tan señalado beneficio, pues merecía estar en el infierno á los pies de Judas.

Pero aquel Señor, que se complace con los humildes de corazon, se dignó favorecer á este su humilde siervo con las siguientes gracias, que acreditan no poco la perfeccion de su vida. An-

dando una vez de camino con motivo de hacer alguna allega, él y su compañero llegaron al medio de un monte, llamado nuestra Señora del Munt, y como estuviese cubierto de nieve y fuese ya tarde, desconfiaron poder hallar la casa que deseaban. En este trabajo nuestro P. Buenaventura se paró un rato, y despues acercándose á su compañero, le dijo que se había encomendado al Santo Angel Custodio, quien le había inspirado que fuesen adelante, que presto Dios les consolaría, y en efecto así se verificó, pues á breve espacio hallaron una casa que fué su consuelo. En cierto lugar de la region de Granollers había una doncella jóven que padecía un accidente tan malo, que cuando le daba caía de repente como muerta, y con estas caídas recibía no poco daño en su cuerpo; siendo tambien efecto del mismo mal el tener un brazo tullido é inhábil aun para vestirse. Vió á esta enferma nuestro P. Buenaventura, y compadecido de tanta desgracia, le dijo que por ocho ó nueve dias fuese á la iglesia y rezase una parte del rosario delante el altar de nuestra Señora, y que confiase en Dios que cobraría salud. Practicó la doncella este consejo, y estando una vez haciendo su oracion, cayó en tierra, y cuando los presentes quisieron levantarla, ella se levantó por sí misma, diciendo que ya estaba libre de su enfermedad, mereciendo tambien que el brazo tullido volviese tan sano, que pudo en adelante servirse de él para cualquier cosa, verificándose con esto la promesa del Siervo de Dios. Pero más singular fué otro suceso muy lastimoso, que predijo el Varon santo algun tiempo ántes de suceder. Tenía en Barcelona un hermano boticario, que se llamaba Juan Vilarubio, y estando los dos en conversacion en la huerta del Convento de Monte Calvario, le dijo nuestro P. Buenaventura que rogase á Dios nuestro Señor que se dignase mitigar su enojo, porque había de saber que la peste entraría en Cataluña, y Barcelona padecería daños muy graves. Todo se verificó puntualmente, pues dentro medio año la peste entró en el Rosellon, y Barcelona se vió en tales tribulaciones y trabajos, que la real Audiencia puso su residencia en Gerona, con mucho daño y desconsuelo de los ciudadanos.

Vino pues el azote de la peste segun la profecía del Varon santo, y junto con ella le vino la ocasion de poder sacrificar su vida sobre las aras de la caridad. Moraba en nuestro Convento de Arenys, y deseoso de cooperar al socorro y alivio de los miserables apestados del Rosellon, escribió al Provincial, pidiéndole su bendicion y licencia para entrar en aquella ocupacion de tanta necesidad. Fuéle concedida su peticion, y quedó lleno de tanto gozo, que abrazó al Religioso que le dió el aviso, diciéndole que no le podía dar noticia más alegre. Cuando estuvo en el Rosellon, cierto Religioso del Convento de Ceret le dijo que él era viejo para emprender una ocupacion de tanto trabajo; á lo que respondió, que los viejos habían de ser más fervorosos, á semejanza de la piedra que cuanto más se acerca al centro, baja con major ímpetu. Así pues con este fervor, con esta alegría, y con un espíritu verdaderamente inflamado de caridad, se entró por medio del contagio. Fué su destino en la parroquia que se llama la Real de la ciudad de Perpiñan, donde sin temer peligros ni trabajos, se dejó ver animado de unos encendidos deseos de socorrer á aquellos tristes apestados, que gemían bajo el rigor de tantos dolores. Mas fué corto el tiempo en que pudo dar cumplimiento á estos sus caritativos deseos, porque dentro de pocos dias fué herido de la peste, y murió en el Señor. Pero ¡feliz muerte, cuando eres efecto de una ardiente caridad; tú conduces las almas al Reino de la gloria, donde reciben la corona y la palma de sus triunfos! Esta es la dichosa suerte que, segun piamente creemos, halló nuestro P. Buenaventura al salir de este mundo, conmutando la tierra por el cielo. Verificóse su fallecimiento en la ciudad de Perpiñan el año 1631.

P. Jacinto de Vilabertran.

Vistió nuestro hábito capuchino el año 1601, alistándose bajo las banderas de nuestro P. S. Francisco, para servir á Dios con perfeccion. No le intimidaron las prácticas humildes y rigurosas de nuestro instituto, ántes las siguió con espíritu muy fervoroso, procurando el adorno de las virtudes, para que su alma fuese agradable á los ojos del Señor. Era muy puntual en todos los ejercicios de comunidad, singularmente en el de la santa oracion, de la cual fué muy amante, como de un medio tan necesario para conseguir la perfeccion. Despues de hecha la hora de oracion que se seguía á los Maitines, permanecía algun tiempo en la iglesia, continuando la devocion de su espíritu, añadiendo el ejercicio penal de la disciplina, la cual hacía todas las noches hasta que sus achaques se lo impidieron. Tambien en la celda fué hallado algunas veces arrodillado en fervorosa oracion. Cuando oraba en compañía de otros, guardaba mucha quietud y sosiego: pero cuando se consideraba solo, solía arrancar de su pecho profundos suspiros, que serían sin duda indicios del fuego divino que estaría encendido en su corazon. De aquí nacía el ser devotísimo del santo sacrificio de la Misa, celebrando todos los dias con particular devocion, y oyendo por las mañanas cuantas Misas buenamente podía. Rezaba tambien cada dia el Oficio parvo, tributando este devoto obsequio á la Vírgen Santísima nuestra Señora. Aun entre los seglares manifestaba los efectos de su oracion, hablándoles palabras encendidas en amor divino, con que los edificaba no poco. Y deseaba tanto que las conversaciones fuesen provechosas para el espíritu, que cuando no eran tales. las interrumpía diciendo: Dejémonos de eso, que allí ha de estar nuestra atencion donde está nuestro regalo.

Otras virtudes resplandecieron tambien en este santo Religioso, como fueron la seráfica pobreza, vistiendo ordinariamente un hábito y manto muy viejos y remendados: la castidad, aborreciendo el trato y conversacion con mujeres y huyendo de ellas como de enemigos: la paciencia, sufriendo con paz y quietud las adversidades que se le ofrecieron: la obediencia en fin, la austeridad, el retiro, la devocion, y el fervor fueron los atavios hermosos que adornaron su alma; siendo lo más singular que todas estas virtudes supo ejercitarlas y poseerlas con el oficio de limosnero, que desempeñó por muchos años. Por más que este empleo sea distractivo y lleve ocasiones de tratar con el mundo, para él no fué de impedimento alguno en los caminos de la virtud y perfeccion, ántes le sirvió de tanta utilidad, que él mismo dijo una vez, que había sacado grandísimo provecho de obedecer á los Superiores en el destino de limosnero, y que había sido medio eficaz para ejercitarse más en la verdadera contemplacion. Tal es la sabia conducta de los perfectos Religiosos, que en todo tiempo, en todo lugar, y en cualquier ocupacion saben santificarse, y recogen copiosos frutos de virtud para sí y para los otros.

Ejercitado pues de este modo el Siervo de Dios, y habiendo vivido con tanta perfeccion, quiso el Señor que sellase su muerte con la heróica virtud de la caridad para con sus prójimos. Se hallaba él en nuestro Convento de Blanes, y sabiendo el trabajo grande en que estaba el Rosellon con motivo de la peste, aunque ya de muchos años y algo achacoso, pidió y consiguió licencia para pasar á aquel Condado y dedicarse al socorro de tantos que eran víctimas del contagio. No temió los peligros ni la muerte, ántes decía con espíritu alegre y fervoroso: « Vámonos á morir por amor de Dios y de nuestros hermanos. » Tuvo su destino en una de las parroquias de Perpiñan, llamada la Real, y al partir del Convento de Ceret, quiso el P. Custodio aconsejarle algunos preservativos, mas él lleno de fervor dijo que no quería preservativo alguno, pues él iba á morir por el bien de las almas, segun fuese la voluntad de Dios. Así lo deseó, y así lo consiguió, porque habiéndose dedicado por un poco de tiempo al socorro de los apestados, administrándoles los santos Sacramentos, al fin incurrió en el mismo contagio, el cual despues de afligirle no poco, le sacó de este mundo con una muerte que fué de grande edificacion de la ciudad. Por todo lo cual podemos piamente

creer, que su muerte no fué más que un tránsito de la tierra al cielo, donde recibió los premios eternos entre los Bienaventurados. Fué su fallecimiento en la ciudad de Perpiñan el año 1631.

Fr. Antonio de Prada, Lego.

NACIÓ en Prada, villa del Rosellon, de padres honrados y buenos cristianos, aunque pobres. Su padre se llamó Francisco Roca, y su madre Eleonor, los cuales le criaron y educaron muy cristianamente, con cuya educacion y su buen natural fué siempre muy virtuoso. Ocupóse hasta los diez y seis años en llevar todos los dias un haz de leña por su pobreza. Despues fué aplicado al oficio de sastre, que ejercitó por cinco años, y por último se hizo soldado, pero al cabo de un mes se volvió á la casa de su amo, donde perseveró otro año. La vida que llevó en ese tiempo era muy austera y penitente, porque ayunaba mucho, dormía sobre unas tablas vestido y sin camisa, y se disciplinaba con frecuencia. Así vivió este jóven hasta que Dios le llamó á nuestra Orden donde vistió nuestro hábito Capuchino, que fué el año 1599.

Alistado ya en la milicia seráfica, y llevando tanto caudal de mortificacion y penitencia, no fué negligente ni descuidado en los caminos de la virtud y perfeccion, ántes los siguió con espíritu tan fervoroso, que así en el claustro como en el siglo se mereció la opinion y concepto de perfecto y santo Religioso. Su principal estudio fué en fomentar la devocion de su alma, y encender su corazon con las llamas del divino amor, empleando no poco tiempo en la santa oracion. A prima noche fué visto permanecer en la iglesia hasta las nueve ó las diez, y por la mañana ántes de despertar á Prima, ya era hallado otra vez en la iglesia. Hizo cierto viaje, y se observó que en las casas de los seglares, al llegar la media noche se ocupaba en oracion por el espacio que acostumbraba la comunidad en aquel tiempo, que era no corto. Tambien en los caminos quería hacer la disciplina, y como él su compañero, en los dias que la hacen los Religiosos en el convento, diciendo que no porque iban de camino, habían de dejar los ejercicios de la comunidad. Era por otra parte muy devoto de oir el santo sacrificio de la Misa, y tenía tanta reverencia al Santísimo Sacramento, que procuraba con singular cuidado no volverle las espaldas, no sólo cuando estaba en el convento, sino tambien en otros lugares en que pudiese ofrecerle este obsequio. Rezaba asimismo todos los dias el Oficio parvo de nuestra Señora; y lo que es más, sin saber apénas leer, decía tambien la Pasion de nuestro Redentor, segun la escribe S. Juan, y juntamente el Símbolo de la fe de S. Atanasio, con el Evangelio de S. Juan que se dice al fin de la Misa, cuyas devociones que sabía de memoria, rezó cada dia por muchos años, segun él mismo confesó una vez.

Con esta devocion juntaba el Siervo de Dios un amor singular á la santa pobreza, contentándose con lo precisamente necesario, y recogiendo por el convento aun las cosas más pequeñas, á fin de que nada se perdiese. Igualmente obedecía resignado á los Superiores, aun en las cosas que eran de mortificacion; y conforme á esto dijo una vez á cierto Religioso, que se dejase en las manos de los Prelados, y estaría siempre consolado, y que si alguna vez no hallaba consuelo en el Prelado, lo hallaría en Dios, llevándolo con resignacion y por su amor. Mas no fueron estos solos los efectos saludables que el Varon santo sacaba de su oracion y devocion. Encendióse tambien en su pecho un fuego tan ardiente de padecer y morir por Cristo, que al parecer nada deseaba tanto como el martirio. Así lo significó él mismo hablando una vez con su confesor, diciéndole en confianza, que desde muchos años llevaba impresos en su alma deseos de ir á tierra de infieles, y padecer martirio si Dios dispusiese alguna ocasion: y otra vez le añadió, que el P. Provincial, á quien lo había comunicado, le había dado buenas esperanzas. Pero no llegaron á tener efecto estas esperanzas, ni se cumplieron sus deseos de padecer martirio entre infieles; solamente le quedó el consuelo de poder sacrificar su vida en el fuego de la caridad, lo que se verificó despues que el Señor se dignó

ilustrar su vida con varios y diferentes milagros que obró por su intercesion, los cuales vamos á referir con la brevedad posible.

En la villa de Prada en el Rosellon una mujer, llamada Margarita Vedriñans, padeció una enfermedad de calentura contínua por el tiempo de nueve semanas, la cual la postró de tal modo, que desahuciada de los médicos, había recibido la sagrada Uncion, esperando la muerte con brevedad. Vino á su casa nuestro Fray Antonio, el cual movido de caridad, ató en el brazo de la enferma un Nombre de Jesus, y recobrando ella algun tanto los sentidos y conociendo al Siervo de Dios, le dijo que estaba muy alegre y que se quería ir al cielo: á lo cual respondió el Varon santo, que no había llegado la hora, pues aun había de quedar en esta vida. Rezó despues algunas oraciones, y fueron tan eficaces y tan saludables, que desde aquel punto la que se hallaba á las puertas de la muerte, fué siempre mejorando, hasta recobrar entera y perfecta salud. Otra mujer, tambien de Prada, por nombre Estasia Tesana, había experimentado que tres hijos que había tenido, al llegar á los ocho meses, volviéndose paralíticos y secos, luego morían. Parió el cuarto, y al verlo en el mismo peligro, lo llevó al convento y lo presentó á nuestro Fr. Antonio, rogándole que lo encomendase á Dios: el cual le respondió que confiase en el Señor, que aquel su hijo no moriría de aquella enfermedad. Despues pasó sus manos sobre el cuerpo del niño, cuya diligencia practicó en otros dos dias, y al fin tocándole otra vez, dijo á la madre que hiciese decir una Misa á San Fructuoso, y que sin falta su hijo tendría salud: como en efecto así se verificó, gozando aquel niño entera salud cuando su madre hizo la declaracion jurada de este suceso.

Semejante á este fué el beneficio que recibió una muchacha de diez años, la cual hallándose gravemente enferma y sin esperanzas de vida, mereció recobrar la salud con las oraciones é imposicion de manos del Siervo de Dios. A otra muchacha de ocho á nueve años, enferma de calentura maligna, dijo el Varon santo los Evangelios y le impuso sus manos, y luego se halló sin calentura, diciendo que ya se hallaba buena, como en efecto el dia siguiente pudo ir á oir Misa; y despues cuando esta muchacha hallaba á Fr. Antonio, se iba corriendo á él, como agradeciéndole la salud que gozaba. Tambien la madre de esta muchacha curó repentinamente de calenturas y de un vehemente dolor que padecía en un ojo, con hacer el Varon santo la señal de la cruz sobre ella. Asimismo tocando con sus manos la cabeza de otra muchacha de once años, luego empezó á mejorar de una larga enfermedad, habiendo sido ántes inútiles los remedios que habían aplicado los médicos. Del mismo modo una mujer, llamada Esperanza Escapa, mereció quedar libre de una enfermedad de cabeza muy peligrosa, con decir el Siervo de Dios cierta oracion y poner sus manos sobre la misma enferma. Otra mujer de Prada, por nombre Francisca Pujola, padecía entre otros males contínuo dolor de cabeza muy penoso, y deseando hallar remedio, fuése á nuestro convento y refirió con lágrimas su grave dolor á Fr. Antonio: el cual haciendo la señal de la cruz sobre su cabeza, y diciendo alguna oracion, la libró no sólo del dolor de cabeza sino tambien de todos sus males y achaques, de modo que viviendo ántes enfermiza, despues vivió sana y buena.

Más prodigioso fué el beneficio que recibió cierta muchacha de Prada de unos doce años, la cual padeció una enfermedad muy larga, y tan complicada de males, que á más de la calentura contínua, era afligida con intenso dolor de cabeza, sin poder comer cosa alguna, sustentándose de solo caldo, y aun este lo tomaba con mucha dificultad. El médico que la visitó cerca de un año, viéndola al fin tan consumida y que no le aprovechaba ningun remedio, la desamparó y dejó del todo por desahuciada La madre de esta enferma, llamada Paula Escudera, queriendo divertirla algun poco, la bajó á la puerta de su casa, y estando aquí pasó por aquel lugar nuestro Fr. Antonio, el cual mirando á la enferma, se acercó á ella y le dió un pedazo de bizcocho, diciéndole que lo comiese estando cierta que en adelante estaría buena. ¡Suceso raro y prodigioso! A-

quella muchacha enferma que con dificultad pasaba el caldo, pudo entónces comer el bizcocho: y luego de haberlo comido, desaparecieron todos sus males, porque en adelante pudo dormir y comer muy bien, cesaron los dolores de cabeza, se desvaneció la calentura, y la misma enfermedad tambien desapareció. La madre despues de algunos años hizo declaracion jurada de este prodigioso suceso, y al final añade estas palabras: « Hoy dia esta mi hija es casada y tiene hijos, y está buena desde que Fr. Antonio le alcanzó de Dios de repente la salud. »

Cierto Religioso nuestro mereció tambien experimentar la eficacia de la oracion del Siervo de Dios. Se llamaba este Religioso P. Gregorio de Tuir, el cual habiéndose sangrado, le quedó en la incision una pequeña llaga, que siempre manaba alguna materia y le tenía privado de hacer ningun esfuerzo con aquel brazo; y aunque puso sobre ella un parche. no reconoció remedio alguno. Acudió finalmente á nuestro Fr. Antonio, descubriéndole la llaga, y quedó tan perfectamente curado, como lo explica el mismo P. Gregorio por estas palabras: « El me tomó con sus manos el brazo y me dijo alguna oracion: la cual fué tan eficaz, que luego quedé enteramente curado, y no fué menester aplicar más remedio alguno. » Un niño de unos seis años yendo á caballo, cayó sobre un empedrado, resultando de aquí el quedar sin sentido: y de este modo fué llevado á cierta casa, donde se hallaba Fr. Antonio, á quien rogó una mujer, quisiese dar algun remedio á aquel desgraciado niño. Excusóse al principio el Varon santo, pero haciéndole nueva instancia, se acercó al niño, y tocándolo, le dijo dos ó tres veces estas palabras: « Jesucristo te curará »; las cuales fueron de tanta virtud, que el niño recobró luego los sentidos, y habiéndolo levantado, empezó á caminar, y quedó sano de la caída

Aunque en algunos de estos sucesos que acabamos de referir, se manifieste bastantemente el espíritu de profecía que Dios había comunicado á este su Siervo, pero lo hallamos más claramente confirmado en los casos siguientes. Cierta señora estaba bailando en la plaza de Prada, en ocasion que Fray Antonio llegó á la misma villa; el cual ilustrado con luz superior, dijo que aquella señora que bailaba presto había de morir: y se cumplió así puntualmente, de modo que dentro un mes ya estaba difunta Despues de algun tiempo el marido de esta misma señora hizo algunas libertades, y sabiéndolo el Siervo de Dio dijo: « ¡ Ah pobrecito de ese caballero, que muy presto le han de matar! »; y fué así, que al cabo de un mes le mataron en la misma villa de Prada. Cierto vecino tambien de Prada fué á nuestro convento, y comunicó á Fr. Antonio el peligroso parto en que se hallaba una cuñada suya, rogándole dijese al P. Guardian que la hiciese encomendar á Dios; mas el Varon santo le dijo que se volviese y no tuviese cuidado, porque ántes de llegar á casa, su cuñada habría parido: lo que se verificó con toda puntualidad. De un muchacho que estaba enfermo y en grande peligro de su vida, dijo el Siervo de Dios que no moriría; y de otro niño de un año dijo á su madre, que presto se iría al cielo: y ámbas profecías se cumplieron puntualmente, así como el Varon santo lo había dicho.

Resplandeciendo el Siervo de Dios con tales dones del cielo, que acreditaban la santidad de su vida, se acercó al fin de su mortal carrera, y para que este fuese tambien feliz, mereció la dichosa suerte de morir entre los incendios y las llamas de la caridad. Insinuamos al principio los ardientes deseos que este santo Varon tuvo de ir á tierra de infieles y padecer allí martirio por amor de Dios; no vino esta ocasion que él tanto deseaba, pero no le faltó otra en que pudo sacrificar su vida por amor de sus hermanos, en la horrorosa peste que se había encendido en el Rosellon. Moraba entónces en nuestro Convento de Vinzá, y hallándose tambien allí el P. Provincial, le pidió con mucho espíritu y fervor su licencia y facultad, para poderse dedicar al servicio de tantos apestados que gemían bajo el peso de sus males y dolores. Accedió el Provincial á su peticion, y le dejó obediencia para que pasase á nuestro Convento de Perpiñan, y en habiendo ocasion entrase á la ciudad y ejerciese su caridad con aquellos miserables enfermos. Miéntras

estuvo en el Convento de Perpiñan, sucedió que algunos Religiosos nuestros contrajeron tambien el mismo contagio de la peste, á los cuales llevaron á una casilla que estaba en la huerta, para que no inficionasen á los otros; y conociendo el P. Guardian los deseos fervorosos de nuestro Fr. Antonio, le rogó que se encargase del cuidado y servicio de aquellos pobres Religiosos apestados. No es fácil explicar con cuanto gusto aceptó este encargo, y con cuanta solicitud y caridad lo desempeñó. Ardía su corazon con deseos de padecer martirio, y aprovechando aquella ocasion tan conforme á sus deseos, se metió entre las llamas de la peste, sirviendo y consolando á aquellos afligidos Religiosos, llegando á tanto su caridad, que habiendo muerto alguno, no dudó cargar sobre sus hombros el cadáver y llevarlo á la sepultura. Sólo algunos siete ú ocho dias pudo ejercitarse en estos caritativos empleos, porque al cabo de ellos incurrió tambien en el mismo contagio, cuyos dolorosos efectos sufrió con mucha resignacion y paciencia por tres ó cuatro dias: y al fin estando confesándose, dejó de vivir en este mundo para empezar otra vida en el cielo. Despues de muerto quedó su cuerpo revestido de cierta belleza y hermosura, tal vez para declararnos la gloria que posee entre los bienaventurados, segun piamente creemos. Fué su muerte en el año 1631 en nuestro Convento de Perpiñan, perteneciente entónces á la Provincia de Cataluña.

P. Clemente de Arbeca.

Este Religioso vistió nuestro santo hábito capuchino el año 1601. En la Religion siguió con tal espíritu y fervor los ejercicios espirituales y caminos de la virtud, que ilustró su Provincia con una perfeccion más que ordinaria. Fué destinado por los Superiores al oficio de limosnero, y lo desempeñó por mucho tiempo, de modo que en los Conventos de Lérida y Tortosa ejercitó este oficio por el espacio de más de veinte años. Y no obstante de ser tan distractivo este encargo, y llevar tantas ocasiones de tratar con las gentes del mundo, él supo cumplirlo con tanta religiosidad, que así dentro del claustro como fuera de él se dejó ver un devoto y ejemplar Religioso. Con los seglares solía hablar de Dios con su acostumbrada gracia, y á veces estando sobre mesa, no dejaba de hacer alguna platiquilla espiritual á los que estaban presentes. Solía tambien en las noches dejar la cama que le daban, y ponerse en el suelo, haciendo su oracion. Cuando volvía al convento, si la comunidad estaba en la oracion, se juntaba con ella y se ocupaba en aquel devoto ejercicio, edificando no poco á los demas Religiosos, y manifestando el espíritu y deseos que tenía de tratar con Dios y meditar las verdades eternas. Acompañaba esta oracion y devocion con la mortificacion de su cuerpo, la cual era muy austera y muy rígida. Dos suertes de cilicios acostumbraba llevar, el uno de cerdas, hecho á manera de escapulario, y el otro de hierro con sus puntas: con los cuales se afligía y mortificaba tanto, que tenía la carne al rededor de la cintura de color negro, conforme así fué visto miéntras vivía y despues de muerto. A esta mortificacion de los cilicios añadía el rigor de las disciplinas extraordinarias que hacía con mucho fervor y por largo tiempo, cuyo doloroso ejercicio practicaba tambien en las casas en que se hospedaba, donde no dejaba de hacer sus disciplinas, deseoso siempre de llevar la mortificacion de Jesus en sus miembros.

Pero aunque este Siervo de Dios vivía tan mortificado, y era tan contínuo en la oracion, no dejó de ser probada su virtud con cierta tentacion harto peligrosa. En el tiempo que se hacía la fábrica de nuestro Convento de Cervera, moraba allí el Varon santo, á quien se presentó un dia cierta mujer de buen parecer, y le pidió que la recogiese en un aposento que estaba ya hecho, y que la alimentase, con la libertad de hacer lo que quisiese. Mas el Varon casto con la divina gracia resistió esta tentacion con tanto valor, que reprendió severamente el atrevimiento de aquella mujer y la despidió con resolucion. Otro caso de diferente materia nos manifiesta tambien la santidad del mismo Siervo de Dios. Morando en nuestro Convento de Tor-

tosa, sucedió una vez que compareció en la huerta del convento una plaga tan grande de caracoles, que comiéndose la hortaliza, destruían la huerta con no pequeño daño de la comunidad. Nuestro P. Clemente deseoso de remediar aquella necesidad, habiendo celebrado el santo sacrificio de la Misa, se fué á la huerta, y echando agua bendita sobre aquellos animalejos, les iba diciendo: « Caracoles, grandes y pequeños, yo os mando que paseis al lugar yermo que está detras de la iglesia. » ¡Caso raro! Al otro dia se vió en aquel lugar yermo tanta muchedumbre de caracoles que causó singular admiracion, experimentándose despues el deseado remedio y beneficio.

Siguiendo, pues, el Varon santo los caminos de la virtud con la perfeccion que acabamos de decir, llegó al término que Dios le tenía señalado para salir de este mundo; y entónces dió nuevos y mayores ejemplos de santidad con mucha edificacion de todos. Un miércoles de la Semana Santa se sintió enfermo despues de las Lamentaciones, las cuales, dijo, serían las últimas que diría en su vida, como así fué. Por la noche, ántes de acostarse hizo la disciplina con grande fervor por espacio de media hora, con admiracion de los Religiosos que se hallaban en la iglesia. A la media noche se levantó con los demas para la oracion, y otra vez hizo la disciplina. En el dia de Pascua recibió el sagrado Viático con singular devocion y ternura, y en el lúnes siguiente le fué administrada la Extrema-Uncion. En este dia que fué el último de su vida, vinieron dos hermanos suyos, los cuales al verlo tan malo se pusieron á llorar. « No lloreis, hermanos mios, les dijo el Varon fervoroso, no lloreis aunque me veais á las puertas de la muerte, porque habeis de saber, que desde que nací no he tenido dia de tanto júbilo y alegría como el dia de hoy »; y dijo esto con espíritu tan alegre, que los que estaban presentes se pusieron tambien á llorar.

Despues se levantó en la cama, y empezó á cantar una cancion que decía:

Acabe ya de llegar
Esta perezosa muerte,
Cuyos señales y anuncios
Tantos años ha que espero.

Conociendo finalmente que llegaba su última hora, volvióse á un santo Crucifijo que tenía en las manos, y haciendo actos fervorosos de amor de Dios, se abrazó al fin con el mismo Crucifijo, y cruzados los brazos, entregó su alma en las manos de su Criador. Despues de muerto se vió otra maravilla de mucho consuelo, porque habiendo sido un hombre de color muy oscuro, se volvió su cuerpo muy blanco, y tan tratable como si fuera de un niño muy tierno, conservándose así tratable hasta que le dieron sepultura, que fué al cabo de veinte y cuatro horas. Tambien sucedió que abriendo la sepultura despues de siete semanas de enterrado, por causa de poner allí otro difunto, cuando temían algun olor desagradable, sintieron un olor tan suave que era para alabar á Dios. Indicios todos y señales no poco evidentes de la gloria y premios eternos que el Señor concedió á este su Siervo en la patria celestial. ¡ Oh haga el mismo Señor que nosotros, que hemos profesado el mismo instituto capuchino, vivamos con tanta perfeccion, que nos haga sus compañeros en el cielo! Murió este Varon santo en nuestro Convento de Lérida el año 1631.

P. Narciso de Jabea.

El P. Narciso de Jabea fué siempre Religioso de vida muy ejemplar adornada de muy conocidas virtudes. Tuvo siempre en su Provincia de Valencia nombre entre los más perfectos Religiosos de ella, fué muy celador de la pureza de la Seráfica Regla y muy observante de sus Evangélicos consejos: y para cifrar en sola una palabra todas sus virtudes, basta se diga de él que fué Religioso de mucha oracion, que fué la fuente de donde bebió todas las suyas, que le hicieron perfecto y dieron nombre de varon insigne. Fué muy devoto de la Pasion de Cristo Señor nuestro: su meditacion era la materia toda de su oracion. Deseaba con ánsias participar de sus dolores y padecer por su Majestad, y considerando que la mayor fineza del amor que había tenido á los hombres la había mostrado en dar su vida por ellos, deseaba hacerle parecido retorno en dar tambien la suya

por él; y tuvo este deseo por toda la vida y acabó la suya con él, deseando darla á manos de tiranos por la confesion de su fe. Para esto hizo apretadas diligencias con los Superiores de la Orden para pasar á tierras de infieles, y aprobando su buen espíritu le dieron licencia para ello, y estuvo nombrado para la Mision del Reino del Congo entre muchos Religiosos perfectos destinados á este fin: pero no tuvo efecto, porque otros Religiosos lograron aquella Mision. Viendo el P. Narciso malogrado por entónces su deseo, sin perder las esperanzas estuvo en él siempre muy constante: y sabiendo que nuestros PP. de nuestras Provincias de Francia tenían Mision para otra parte de Africa, hizo diligencias con ellos para ser su compañero, y tambien estas se le frustraron, por no ser de su nacion, pues á solos los de ella la había concedido el Sumo Pontífice.

Pero no quiso Dios que deseos tan de su gusto quedasen sin alcanzar lo que pretendían, pues le dió una enfermedad con que padeció el martirio que por su amor deseaba padecer, pues tuvo más de sobrenatural que de natural la suya, sufriendo en algun modo los dolores y tormentos de la Pasion, como lo observó el P. Mauro de Valencia, Predicador de su Majestad y Religioso de mucha perfeccion, que asistió al P. Narciso en toda su enfermedad y notó este favor y lo testificó despues. Diéronle al P. Narciso por Viático el Santísimo Sacramento, y luego comenzó á padecer unas congojas y agonías mortales que le arrancaban el alma y se puso á sudar copiosamente por todo el cuerpo un sudor frio y helado; que se persuadieron los que le asistían que espiraba ya. Luego sintió en su rostro grandes dolores como si le hubieran dado en él grandes bofetones y fuertes puñadas; luego sintió grandes dolores en todo su cuerpo y más vivos y vehementes en las espaldas como si le hubieran dado en todo él crueles azotes, y su sentimiento era tan grande que le obligaba á que se quejase y á que significase la parte donde padecía cada uno de estos tormentos. Luego sintió en la cabeza tan agudos y vehementes dolores que se quejó se la taladraban toda por todas partes; luego sintió en pies y manos, como si con fuertes clavos se los hubieran traspasado, dolores mortales, y fué este tormento tan grande que pareciéndoles á los que estaban presentes que ya espiraba, como no hubiese aun recibido el Sacramento de la Extrema Uncion, con deseos que no muriese sin él, y turbados con este cuidado, todos acudieron á solicitar se lo trajeran á prisa, y le dejaron todos: y cuando llegaron hallaron había espirado, muriendo como Cristo desamparado, pero ayudado y confortado per el Divino Salvador que estaba siempre con él en aquella tribulacion y trabajo, haciéndole semejante á sí en los tormentos y dolores de su Pasion y muerte, para que el que deseaba sentir los suyos y dar su vida por su amor en manos de tiranos y á fuerza de sus tormentos, muriese con los que El padeció y dió su vida por los hombres. Murió el P. Narciso en nuestro Convento de Onteniente á 2 de Diciembre del año 1631.

P. Fructuoso de Verdú.

ENTRE los Prelados que con su celo, virtudes y ejemplos ilustraron la Provincia de Cataluña, ocupa un lugar muy honorífico el P. Fructuoso de Verdú: el cual habiendo obtenido los gobiernos menores y mayores de la Provincia, dejó de sí tal opinion de virtuoso y perfecto Superior, que su memoria será siempre venerable entre nuestros Religiosos. Fué su patria una poblacion del obispado de Solsona, que se llama Verdú, y sus padres, cuyos nombres ignoramos, fueron gente honrada y de buen nombre, mereciendo tambien ser sobrino del Illmo. Señor Don Juan Teres Arzobispo de Tarragona, que fué tambien Virrey de Cataluña. Es regular que este Señor Illmo. cuidaría de la educacion de este su sobrino, pues hallamos que estaba con él cuando fué á vestir el santo hábito; y de aquí no podemos dejar de admirar la resolucion de este jóven en renunciar el siglo, pues pudiendo esperar y prometerse una carrera brillante con el influjo de su tio Arzobispo, no hizo caso de estas lisonjeras

esperanzas ni de cuanto el mundo podía ofrecerle, sino que lo abandonó todo, y lo olvidó todo, haciendo mayor aprecio y estimacion de nuestro instituto capuchino, cuyo carácter es la pobreza, la humildad y la penitencia. Así pues con esta generosa resolucion dejó el mundo, y fué admitido en nuestra Orden el año 1593, quedando alistado bajo las banderas del humilde Padre nuestro S. Francisco.

Consiguiente á esta santa vocacion fué la perfeccion de vida que llevó siempre hasta su muerte. Para él no fueron intolerables las prácticas rígidas y austeras de la Orden, ni las penurías de la pobreza, ni la austeridad del vestido, ni las mortificaciones del cuerpo, ni observancia alguna por mínima ó baja que fuese. Todo lo abrazó con gusto, y todo lo practicó con espíritu y fervor, de modo que se dejó ver un Capuchino muy ejemplar y virtuoso, así entre los Religiosos como con los seglares. Nuestros Superiores mayores que conocieron bien estas buenas circunstancias del Siervo de Dios, no dudaron introducirle en el gobierno, haciéndole prelado ya desde jóven y poco despues de ordenado Sacerdote. Obedeció el Varon santo y aceptó la prelacía: pero deseando darse mejor á Dios y á la oracion, suplicó á los Padres que se dignasen dejarle sin el gobierno que tenía; y como ellos no quisiesen atender á su peticion, se valió de otro medio que le ofreció cierta casualidad. Siendo Guardian de nuestro Convento de Gerona, pasó por aquella ciudad el Eminentísimo Cardenal Protector: y aprovechando una ocasion tan favorable, se presentó al dicho Señor, y le pidió que se dignase concederle el que no pudiese ser Guardian, representándole los motivos que tenía para ello. Mas el Cardenal Protector solamente le concedió una carta para los Padres, con que les rogaba que le consolasen. Produjo esta carta el deseado efecto, pues en el siguiente capítulo quedó libre del oficio de Guardian con mucho contento suyo. No obstante debemos admirar aquí los ocultos destinos de la divina Providencia. Pensaba él que el estado de súbdito era más proporcionado para aprovechar en la oracion y ejercicios espirituales, pero la experiencia le desengañó y le hizo conocer que para él no era esto lo más provechoso, porque siendo ya súbdito no se halló mejor en la oracion de lo que se hallaba ántes, segun él mismo declaró á otro Religioso nuestro. Ejemplo que deben tener presente aquellos que renuncian los gobiernos que la obediencia les ha confiado, considerando que no siempre es lo mejor dejar el oficio á que Dios les ha llamado, aunque sea más carga que cargo.

Desengañado pues nuestro P. Fructuoso con esta experiencia, y hallándose nuevamente rogado de los Padres que aceptase la prelacía, bajó la cabeza y se dejó en sus manos, siguiéndose de aquí el ser otras veces Guardian, el ser Definidor, y al fin el ser Provincial. Pero aunque por muchos años fué Superior, no olvidó los pensamientos de súbdito, sino que en uno y otro estado procuró santificarse y adquirir aquellas virtudes, que le hicieron muy respetable dentro y fuera del claustro. Siendo Guardian fué visto ser el primero en los ejercicios de trabajo, tomando para sí lo más humilde y lo más cansado. Su hábito era el más viejo y remendado entre sus súbditos, de modo que con dificultad podía defenderle del frio. De las demas cosas se privaba y abstenía tanto, que aun siendo Provincial apénas tenía lo precisamente necesario; y era tal el amor que tenía á la santa pobreza, que aprovechaba todas las cosas que podía por mínimas que fuesen. Ni era menor su celo en la observancia de nuestra seráfica Regla, de las Constituciones, y aun de las ceremonias, sobre cuyo exacto cumplimiento era vigilantísimo.

En órden á su cuerpo era tambien muy riguroso, afligiéndose y mortificándose con diferentes modos de penalidad. A prima noche se quedaba en la iglesia, y cuando le parecía que los Religiosos estaban recogidos, se disciplinaba con extraordinario fervor; y cierto Religioso añade que había oido decir, que siendo el Varon santo maestro de novicios en el Convento de Figueras, tomaba algunos novicios de confianza, y en lugar apartado se hacía dar recias disciplinas en las espaldas. Acrecentaba esta penalidad con la abstinencia en el comer, en cuya mortificacion se ejercitaba

singularmente en las vigilias de nuestra Señora y de los Santos Apóstoles; y cuando como Superior ordenaba alguna abstinencia á los jóvenes, él se abstenía de lo mismo en la mesa. Tambien se observó que siendo de muchos años, y caminando largas jornadas, ayunaba con rigor la cuaresma que llamamos Bendita. Aun en las enfermedades que tuvo no dejó de manifestar los deseos que tenía de padecer; pues, á más de la singular paciencia que demostraba, apénas se hallaba libre de la calentura y se sentía algo mejor, asistía á los Maitines y á todas las horas de coro y de oracion, no haciendo caso de la flaqueza ó debilidad con que quedaba. Pero aunque él era tan poco compasivo en sus propias enfermedades, tenía por otra parte una singular caridad para con los otros enfermos, en cuya virtud resplandeció con grandes ventajas.

Todas estas virtudes del Siervo de Dios recibían nuevos incrementos en la oracion, supuesto que fué muy aplicado á este santo ejercicio, velando muchas horas extraordinarias en una ocupacion tan provechosa. A prima noche estaba orando en la iglesia hasta que había hecho la disciplina que dijimos arriba. Despues de la oracion de media noche permanecía en la iglesia por algun tiempo; y cuando en el verano se mudaba la oracion de media noche al medio dia, él concluidos los Maitines y recogidos los Religiosos, hacía su hora de oracion como si nada se hubiese variado. Hablando una vez con cierto clérigo de cosas espirituales, vinieron á tratar del nacimiento del Niño Jesus: y á la memoria de este sagrado misterio se internecio tanto nuestro P. Francisco, y lloró con tan copiosas lágrimas que parecía no poderse sosegar, segun el exceso de devocion que le había tomado; significando con esto los dulces frutos que recogía en su oracion. De aquí si alguna vez trataba con personas del siglo, se dejaba ver tan compuesto, que un novicio no podría estar ni hablar con mayor composicion y modestia, conforme así lo afirma cierto Religioso nuestro que muchas veces fué su compañero; y otro Religioso añade, que edificaba tanto dentro y fuera del convento, que más parecía hombre del cielo que de la tierra. El Ilustrísimo Señor Don Pedro de Moncada, Obispo de Gerona había formado tal concepto de la virtud y santidad del Siervo de Dios, que hallándose enfermo de su última enfermedad, le rogó que por ningun modo le dejase hasta que hubiese muerto, porque confiaba mucho en sus oraciones. Asimismo nuestro Rmo P. General Clemente de Noto habiendo visitado el Convento de Gerona, donde el P. Fructuoso era Guardian, dijo que nada había hallado de él, sino que era un gran Prelado y un retrato finísimo del P. S. Francisco. Expresiones todas que nos persuaden que las virtudes de este Varon santo fueron mayores de lo que hallamos escrito.

Finalmente acercándose ya á los últimos años de su vida, sucedió aquella terrible peste que tanto afligió el Condado del Rosellon; y siendo él Provincial, cuidó de enviar allí Religiosos que se aplicasen al remedio y consuelo de aquellos miserables apestados, escribiendo para ello cartas á todos los conventos. No fueron estériles estas cartas, ántes movieron tanto los corazones de los Religiosos, que no pocos se ofrecieron gustosos al socorro de aquella gravísima necesidad, por cuyo motivo el señor Obispo de Elna le escribió una carta llena de gracias y satisfacciones, conforme se puede ver en la copia que dejamos escrita en este libro. Habiendo el Siervo de Dios dado tantos ejemplos de virtud y santidad, se halló acometido de su última enfermedad en nuestro Convento de Mataró: y edificando á todos con su espíritu fervoroso, recibidos con devocion los santos Sacramentos, murió en el Señor, asistiendo á su muerte los Padres Definidores, que fueron á aquel Convento cuando supieron su enfermedad. Despues de muerto el Varon santo, cierto Religioso nuestro formó el propósito de celebrar doce Misas para sufragio de su alma: pero habiendo celebrado las seis, pensó dejar las otras, cuando estando en sueños oyó una voz que le dijo, que se acordase de su propósito celebrando las seis Misas que faltaban, y juntamente que ofreciese por el alma del P. Fructuoso todo lo que haría hasta el dia primero de Cuaresma (que estaba distante nueve dias), porque tenía de ello necesidad para salir de las penas

que padecía en el Purgatorio. Fué esta voz de manera que el Religioso despertó á las últimas palabras, y tuvo por cierto que era el alma del P. Fructuoso, ó su Angel Custodio. De aquí podemos entender, que aunque este Siervo de Dios santificó los dias de su vida con tantas virtudes, no obstante tuvo necesidad de estar en el Purgatorio por el tiempo de cerca dos meses, que son los dias que pasaron desde su muerte, que fué el dia tres ó cuatro de Enero, hasta el dia primero de la Cuaresma de aquel año, que fué á veinte y cinco de Febrero. Veneremos nosotros y temamos los justos juicios de Dios, y sigamos los caminos de la mortificacion y penitencia de modo que en el dia de nuestra cuenta tengamos poco ó nada que padecer en las horribles penas del Purgatorio. Fué la muerte de este santo Provincial en nuestro Convento de Mataró el año 1632.

Fr. Jerónimo de Caldes de Monbuy, Lego.

SE llamaron Gabriel é Isabel Codina los padres de este Religioso, el cual ya en el siglo manifestó su devocion al santo sacrificio de la Misa, pues morando en Barcelona en el tiempo de la peste, iba á la Iglesia de Junqueras, y servía cuantas Misas se celebraban; y aunque discurría tambien por toda la ciudad, tuvo la fortuna de quedar libre del contagio. En la Religion creció más su devocion, su fervor y su espíritu, siguiendo los caminos de la virtud con tanta diligencia, que se adelantó no poco en la perfeccion religiosa. Le ocuparon los Superiores casi siempre en el oficio de fabricero, en el cual era muy hábil y muy práctico, confiándole las fábricas de los conventos, no sólo en nuestra Provincia de Cataluña, sino tambien en la de Castilla, donde estuvo por algun tiempo; y observó con tanto celo las leyes estrechas de nuestros pobres edificios, que él mismo dijo una vez, que en las fábricas siempre había hecho aquello que le parecía más conveniente á la santa pobreza, y que cuanto era por su parte no le parecía haber hecho ninguna relajacion ni exceso en todas las que le habían encomendado. Se conservan todavía en nuestra Provincia conventos de aquellos tiempos, y podemos creer que algunos serían fabricados ó en todo ó en parte bajo la direccion y celo de este Religioso, supuesto que vivió cuarenta y dos años en la Orden, y de aquí conoceremos cuál era el espíritu de pobreza y de humildad de nuestro Fray Jerónimo y de nuestros primitivos Padres, que haga Dios se conserve entre nosotros sin decadencia.

Aunque el Varon santo estaba tan ocupado en el desempeño de su oficio, no se olvidaba de sí mismo ni de la perfeccion de su estado, ántes sabía juntar la vida activa con la contemplativa de un modo tan perfecto, que ocupándose de dia en el cumplimiento de sus encargos, empleaba gran parte de la noche en la oracion y ejercicios espirituales. Por el largo espacio de veinte y cuatro años pasó sin dormir desde la media noche hasta la mañana, quedándose en la Iglesia ocupado en su oracion, segun él mismo dijo á otro Religioso su confidente, á cuya oracion añadía no pocas veces el ejercicio penal de la disciplina. Y siendo ya viejo y achacoso se observó tambien que todas las noches á las cuatro horas de la mañana hacía la disciplina en el coro y se quedaba en oracion. Cuán agradables fuesen á Dios estos devotos ejercicios del Varon santo, lo podemos colegir del siguiente caso. Hallándose en nuestro Convento de Santa Eulalia, y habiéndose quedado una noche en la Iglesia delante el Santísimo Sacramento, oyó en el coro un grande ruido, pareciendo que revolvían y hojeaban el salterio. Pensó si sería algun novicio, y encendiendo algunas velas fué allí para saber lo que era; mas en lugar de novicio vió y halló un perro negro, disforme, y tan grande como un jumento, que estaba parado en el mismo coro. Arremetióle el Varon fervoroso, diciendo: «¡Ah traidor, aquí estás!» Y corriendo tras él, salióse el perro hácia la portería y desapareció. Sería sin duda este perro el demonio, que envidioso de la oracion y devocion del Varon santo, procuraría intimidarle de modo que dejase aquel santo ejercicio de estar en la Iglesia por tanto tiempo. A este tenor de vida añadió el Siervo de Dios un

devoto afecto á la sagrada Comunion: el rezar muchas oraciones, singularmente la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, que tenía escrita en un librito con otras devociones: el silencio y la modestia entre los seglares, que con sólo verle edificaba: la paciencia en fin, el recogimiento y la humildad, con cuyas virtudes santificó los años de su vida, y se preparó para una santa muerte, que se verificó recibidos los Santos Sacramentos en nuestro Convento de Monte Calvario el año 1632.

Fr. Silvestre de Vinaroz, Lego.

Mucha se cree ser la virtud á quien en público fia la Religion su crédito y su buen nombre. Estas calidades tuvo la del siervo de Dios Fr. Silvestre de Vinaroz: fué la suya tan conocida y ejemplar, acompañada de tanta modestia religiosa y composicion del hombre exterior, que los Superiores le encomendaron el cuidado de hacer la limosna del Convento de Valencia, ministerio que no encargaban sino á Religiosos de singular virtud.

Cuanto le era posible excusaba el hablar á mujeres; y cuando era preciso, era con tanto recato y circunspeccion, que de su comunicacion se seguía mucha edificacion. Jamas las hablaba sino á vistas del compañero, en pié, porque no fuese larga la plática, con los ojos en el suelo sin mirarlas á la cara, y con palabras muy honestas. Haciendo la limosna del pan, llegó bien descuidado á pedirle á una puerta: la dueña de la casa le dijo algunas veces que entrase, que en su casa entraban otros Religiosos: respondióla él que aguardaría á su compañero, y ámbos entrarían y oiría lo que les mandaba; y estando mirando si venía, tirándole del manto la mujer, le metió dentro de su casa y cerró la puerta. Turbóse Fr. Silvestre, viéndose solo con ella, sospechando alguna siniestra intencion, y no tardó mucho en declararla, provocando al Siervo de Dios al amor torpe. Escandalizóse de oir lo que tan léjos estaba de su ánimo; díjola le dejase llamar á su compañero que haría lo que él; y para disimular más dejóle allí las alforjas del pan, abrió la puerta y salióse á la calle, y dejó burlados á Satanas y á la mujer, y no cuidó más de las alforjas, dejándolas como José la capa á su señora, y se volvió al Convento sin ellas: y si bien manifestó la causa de volver sin pan, no descubrió ni dió señas de la mujer; y al otro dia hallaron las alforjas en la huerta del Convento vacías, que las habían arrojado por encima las tapias. Este asalto dió Satanas á la pureza del Siervo de Dios, escapando vencedor, favorecido de la divina gracia.

Adornóle Dios con el don de profecía, como se ve en el caso siguiente. Estaba de portero en nuestro Convento de Santa Magdalena: llegó allí un dia el Conde de Peñalba, quien como conocía la virtud del Siervo de Dios, pidióle encomendase á Dios á la Condesa su mujer, que estaba encinta, para que la librase del peligro del parto y diese sucesion á su casa. Respondióle él: *Vamos al coro y pidámoselo desde luego.* Fueron ámbos, y puestos de rodillas delante del Santísimo, hizo una breve oracion el Siervo de Dios, y acabada se volvió al Conde y le dijo: *Señor, un Francisco tendremos.* Creyólo así el Conde, y vino á parir la Condesa el mismo dia de nuestro P. S. Francisco un hijo varon, á quien pusieron el nombre del Santo, siendo él el Mayorazgo y sucesor de su casa, cumpliéndose lo que le dijo el Siervo de Dios.

Rico de virtudes y de merecimientos, enfermó en nuestro Convento de Alcira: y recibidos los Sacramentos, descansó en el Señor y le fué á gozar en el cielo, como piadosamente creemos. Murió el 24 de Mayo de 1632.

Fr. Miguel de Villarroya, Lego.

Alcanzó grande perfeccion el Siervo de Dios Fr. Miguel de Villarroya, tan contento con su estado que no le trocara por todos los del mundo; con tanta estimacion de él que se juzgaba indigno de tener tan grande honra en la casa de Dios, y decía: *Estimé más ser el menor y el más despreciado en la casa de Dios que vivir en los palacios de los Reyes.* Fué

Religioso lego de mucha perfeccion, en los ejercicios propios de su estado en los de humildad, caridad y obediencia: y todos los hacía con tanto gusto que rebocaba el suyo en la alegría de su semblante, en sus palabras y acciones, siempre la sonrisa en la cara, siempre en sus palabras agradable, y en sus acciones siempre pronto.

En todos los ejercicios de este estado se dan la mano todas estas tres virtudes: por ser todos humildes se ejercita la humildad, por ser ordenados por los Superiores se ejercita en ellos la obediencia, y por ordenarse todos á utilidad, servicio y provecho de los demas, se ejercita con la humildad y obediencia la caridad: en los de la obediencia se ejercitan los de la humildad y de la caridad, y en los de la caridad la humildad y obediencia: con que á un mismo tiempo ejercita el buen Religioso lego los actos de estas tres virtudes, tan principales; y toda su vida no es sino un contínuo ejercicio de todas tres.

Pero como en el modo y circunstancias de su ejercicio hay más y ménos, mayor y menor perfeccion, por haber sido más perfecto el modo con que las ejercitó en su estado el Siervo de Dios Fr. Miguel, vino á ser uno de los más perfectos hermanos legos. Fué verdadero humilde: preciábase mucho de ejercitarse en las ocupaciones humildes de su estado, en las de la cocina y huerta; servía á todos con tanta alegría como si fueran Angeles; poníase á los pies de todos, teniéndose por indigno de servirlos; no presumía nada de sí ni de su parecer; al del menor rendía el suyo, y gustaba obedecer y estar á todos sujeto. Conocíase y se confesaba por vil, inútil y sin provecho en la casa de Dios é indigno de todo bien; deséaba que este concepto tuviesen de él todos para que todos le despreciasen y tuviesen en poco; deseó ser de todos enseñado, mostrándose ignorante á todos, con ser de muy buen ingenio y de mucha capacidad: á nadie reprendía, porque sólo en sí hallaba defectos, no teniendo ojos para ver y juzgar á los demas; á todos tenía por buenos, sólo á sí se tenía por malo y por el peor de todos los hombres, ingrato á Dios y que le servía tan mal. Se admiraba como le sufría Dios y no le había echado muchas veces en el más vil y peor lugar del infierno, á los pies de todos los condenados. Todo el bien que tenía hecho en servicio de Dios lo perdía de vista, y pensando no había hecho nada en el suyo, cada dia decía que quería comenzar y que nunca acababa. Conocía su flaqueza; que sin Dios y su gracia no podía hacer nada que le fuese agradable; por lo que á todos pedía le encomendasen á Dios, juzgándose necesitado de la ayuda de todos. Estos eran los pensamientos de este Siervo de Dios; de esto eran sus palabras y sus pláticas, y en todas sus obras no se descubría sino la humildad de su corazon. Con todos era apacible, pacífico, benigno, cortés, alegre: á todos deseaba dar gusto y servir á todos, gozando de una paz y tranquilidad de ánimo muy grande: todos le miraban como á Angel del cielo.

De la humildad verdadera nace como de madre la verdadera obediencia. Ninguna cosa aborrece más la humildad que el mandar, y ninguna desea más que el obedecer. El verdadero humilde, dice S. Juan Clímaco, aborrece como á su mayor enemigo á su propia voluntad; por esto la desea tener sujeta y rendida á Dios y á sus Prelados que estan en su lugar, para que obedeciendo en todo y siempre á la de ellos, en nada ni jamas haga la propia, renunciando en todas las cosas la suya, viviendo en todo por la ajena. Esta es la verdadera humildad, gustar de ser mandado y obedecer. Fué tan obediente á los Prelados el Siervo de Dios Fr. Miguel, que no conocieron en él jamas voluntad propia: por esto y la mucha capacidad que conocían en él, siempre le encomendaron los actos de obediencia que pedían más satisfaccion y cuidado, el de los enfermos y el de la limosna del Convento de Valencia, que fuera de ejercitarle con prontitud y alegría, fué á todos de edificacion el ejemplo de su santa vida. A todos hablaba de Dios y sólo con sus pláticas, le ofrecían los devotos lo que había menester, y tomaba ménos por dejarlos edificados y ganosos de darle otras veces, y porque no pensasen era codicia y no necesidad la que le obligaba á tomar lo que le daban. Llevaba mucho cuidado en que no fuese ofen-

dida la santa pobreza que amaba y señalaba mucho; iba á pedir lo que había menester puesta en Dios toda su confianza, por esto en el pedir simplemente representaba la necesidad sin preámbulos ni rodeos, y experimentaba que Dios movía los corazones para que le diesen lo que había menester.

Encomendáronle tambien nuestros Prelados el cuidado de los Religiosos enfermos del Convento de Valencia, en que ejercitó no sólo la humildad en servirlos y la obediencia en obedecer á los Prelados prontamente, sino juntamente la caridad, remediando sus necesidades. Fué ejemplo de enfermeros: compadecíase mucho de las necesidades y fatigas de los enfermos y las hacía propias; asistíales de dia y de noche, sin mostrarse jamas cansada su caridad; cuidaba de todos, pero más del más necesitado: cuidaba de su remedio y de su regalo y aun los entretenía santamente; aplicábales á cada uno las medicinas á los tiempos ordenados por los médicos; cuidaba no les faltasen las visitas de estos, y él asistía á todos y les informaba y tomaba muy bien en la memoria lo que á cada uno dejaban ordenado. Si había algun enfermo de peligro, luego trataba recibiese los Sacramentos, para que no muriese alguno sin ellos por su descuido. Tenía la enfermería muy proveida de todo lo necesario para su servicio y consuelo, y de todas las medicinas más necesarias. Teníala muy limpia y muy aseada, sin ningun mal olor, ántes siempre con muy bueno, usando para que le hubiese de algunos perfumes olorosos particularmente al tiempo que se celebraba Misa para los enfermos y todas las fiestas.

Hízole Dios el favor que tanto deseaba, saber algun tiempo ántes cuál había de ser el dia de su muerte, y habiendo tenido esta celestial noticia cierta, algunos dias ántes de enfermar se despidió, estando bueno y sano, de sus amigos y conocidos de la Ciudad de Valencia, diciéndoles quedasen con Dios, que ya no le verían más: y preguntándole donde iba, pensando le mandaban ir á otro Convento, les respondía que había de hacer un camino que presto lo sabrían. Vuelto al Convento con entera salud, enfermó al otro dia; pusose en la cama; y recibidos los Sacramentos, murió dentro de cuatro dias con mucha alegría y con mucha paz de su alma. Cuando los devotos de quienes se había despedido supieron su muerte, entendieron que el camino que les había dicho había de hacer era para irse al cielo, y creyeron le había Dios revelado el dia de su muerte y que le estaba gozando en el cielo. Murió á 26 de Junio de 1683.

Fr. Diego de Alcalá, Lego.

En la Provincia de Palermo se alistó debajo de la bandera de nuestra Orden Fray Diego de Alcalá, español de mucha nobleza, de mediana literatura y del más generoso aliento para hollar el pomposo fasto del siglo. Porque, para quedar negado aun á aquellos honores á que llama la Religion á los beneméritos, no quiso tomar el hábito para el Coro, sino para las humildes ocupaciones que el estado de los Legos debe abrazar. Para que su ilustre linaje quedase sepultado en la ignorancia ó en el olvido, jamas hizo memoria de él, ántes anhelaba siempre á ser despreciado y vilipendiado de todos, eligiendo para este fin los empleos más ínfimos, respecto de los cuales era ambiciosa su humillacion; pues nunca los fiaba de ajena mano.

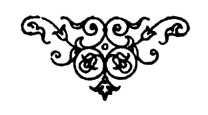
Sobre este seguro cimiento subió la fábrica de las demas virtudes hasta coronarse con la caridad más ardiente, cuyo ejercicio se le ofreció oportuna ocasion en una cruel peste, con que trabajó el Cielo á los Sicilianos. No dejó perder Fray Diego este lance y así se dedicó, luego que lo obtuvo de la obediencia, al servicio de los enfermos, en que nada omitió que pudiese favorecer al alivio ajeno y á la humillacion propia, que eran los fines á que miraba su cuidadosa solicitud. Asistía á los vivos hasta dejarlos convalecientes, y á los difuntos hasta dar á sus cadáveres sepultura, poniendo por unos y por otros oficios en admiracion á los que sabiendo la noble calidad del Siervo de Dios, le hallaban gustoso en empleos tan inferiores.

El amor de Dios y del prójimo fué como eficaz antidoto que preservó á Fray

Diego de incurrir el contagio que llegó á tener tan vecino. Por lo cual, despues de haber asistido por mucho tiempo á los apestados de Castronovo, vivió algunos años que le concedió la voluntad Divina, para que en ellos se dispusiese á mayor corona en el Cielo: á la cual fué llamado desde el lugar mismo en que le hallaron ántes constante y fiel los ejercicios que quedan referidos de humildad y de caridad. Murió en 1633. (*Chrónicas*)

P. José de Prada en el Rosellon.

Este Religioso ántes de vestir nuestro hábito capuchino era ya Sacerdote, y llevaba una vida muy santa y ejemplar Rezaba el Oficio divino en pié con mucha reverencia, y todos los dias iba á nuestro convento y oía las Completas, asistiendo tambien á la oracion mental. Despues de algun tiempo hallaron en una arca suya unas disciplinas y un cilicio de hierro de dos dedos de ancho, que serían los instrumentos con que mortificaría su cuerpo viviendo en su casa. Estando así preparado y dispuesto, abrazó el estado de Religioso en nuestra Orden, vistiendo el santo hábito en el año 1611: y en este nuevo estado se aplicó con fervor y espíritu á perfeccionar las virtudes que llevaba del siglo. Fué Religioso de mucha oracion, y rezaba algunas devociones particulares, como fueron el Oficio pequeño de las Llagas de nuestro P. S. Francisco, y otro de nuestra Señora que llamaban la Benedicta. Mortificaba su cuerpo no sólo con comer poco, sino tambien con muchas disciplinas que hacía á más de las comunes. Resplandecieron tambien en el Siervo de Dios la humildad, la paciencia, la modestia, el buen ejemplo, y una perfeccion tan encumbrada como nos manifiestan los dos sucesos prodigiosos que vamos á referir. Morando el Varon santo en nuestro Convento de Santa Eulalia, fué á verle cierto sugeto llamado Juan Antonio Fabra, el cual despues de algunas diligencias para hallarlo, al fin lo halló en una de las Capillas ó ermitas que estan en dicho convento, y vió que estaba en pié arrobado con los brazos en cruz, y elevado de la tierra como cosa de un palmo, y considerando aquel don de Dios, se volvió compungido sin decirle palabra. En otra ocasion fué el Siervo de Dios al castillo de Fluviá, donde el señor de aquel castillo tenía un hijo enfermo y en gran peligro de la vida; lo cual sabido por el Varon devoto, dijo al dicho señor que quería celebrar Misa por la salud de su hijo enfermo, y que celebrándose en aquel dia la fiesta de los Santos Cipriano y Justina titulares de la iglesia del castillo, quería se entendiese el poder que tienen los dichos Santos para con nuestro Señor. En efecto habiendo concluida la Misa fueron á ver al hijo enfermo, y lo hallaron enteramente sano y libre de todo mal. Estos sucesos prodigiosos junto con las virtudes que hemos referido, nos declaran bastantemente cuan santa fué la vida de este Religioso. Fué su muerte en nuestro Convento de Lérida el año 1633.



APÉNDICES

I. — Fundacion de la antigua Provincia de Cataluña.

Cap. I. — Principios de la fundacion.

1. — Siempre han sido dignos de toda admiracion los medios de que Dios N. Señor se ha valido para la ejecucion de los designios de su Providencia altísima. Había determinado desde su eternidad plantar la Religion Capuchina en los dilatados dominios de España, y para su ejecucion se valió en obra tan alta de medio é instrumento tan débil que es digno de admiracion y manifiesta en ello ser obra de su mano todopoderosa.

2. — En la nobilísima ciudad de Barcelona, Cabeza del Principado de Cataluña, había un hombre pio y devoto llamado Miguel Querol, Boticario de oficio; el cual habiendo oido la fama de la vida de los Capuchinos, que aun no habían fundado Conventos fuera de Italia, movido de Dios solicitó con los del Consejo de la Ciudad de Barcelona, que se tratase si sería bien enviarlos á llamar para que fundasen en la ciudad un Monasterio. Tratóse en efecto del asunto, y se resolvió en favor de la fundacion; esta resolucion y determinacion del Consejo se halla en los libros de la ciudad, hecha á 2 de Junio del año 1575.

3. — Aprobada y resuelta la determinacion, escribió dicho Miguel Querol á diferentes personas solicitando viniesen á Barcelona Religiosos Capuchinos para fundar dicho Convento, pero todas las diligencias se le frustraron; y como se le pasase el tiempo sin lograr lo que él tanto deseaba, solicitó que la Ciudad escribiese al P. General Jerónimo de Monteflores para el efecto. Escribióle pues la Ciudad á 6 de Julio de 1576, 13 meses despues de la primera determinacion. En la misma carta se le envió un traslado de la resolucion del Consejo del 2 de Junio del año antecedente, y en la carta ofrecían para habitar los Religiosos la Iglesia y casa de Sta. Madrona.

4. — Recibió el P. General la carta de la ciudad de Barcelona, y les respondió agradecido, que habiéndose de celebrar el Capítulo General se trataría la materia, y se haría lo posible para que lograsen el consuelo que deseaban. En efecto se trató la materia entre los Padres, y viendo cuan sin pensar se les abría ancha puerta para fundar en España pidiendo Religiosos, admitida la fundacion ya en el año de 1575: como está dicho, que fué el mismo que se fundó en Francia el primer Convento en Paris, despúes de haber hecho los Religiosos muchas diligencias para alcanzar la fundacion de aquel Reino; considerando que en un mismo tiempo se propagaba la Religion en dos tan dilatados Reinos, no dejaron de alabar á Dios Nuestro Señor, y su altísima providencia: y se añade, que despues en el año 1581, el Sumo Pontífice Gregorio XIII mandó al P. General enviase Religiosos á los Esgüizaros, y Alemanes para propagar la Religion, como lo hicieron.

5. — Volviendo á la fundacion de Cataluña, el P. General envió 6 Religiosos á Barcelona, cuyos nombres son: los PP. Arcángel de Alarcon español de nobilísima sangre, que se hallaba en Nápoles desempeñando el cargo de Maestro de Novicios, y el cual fué constituido Comisario General; el P. Mateo de Guadix, Sacerdote y Predicador; los Hermanos Fr. Rafael y Fr.

Serafin de Nápoles, Coristas; y los Hermanos Fr. Pacífico de Génova, y Fr. Querubin de Nápoles, Legos. Segun las memorias que se hallan en el libro de la Ciudad, llegaron los Fundadores por mar en Palamós año del Señor de 1578, pocos dias ántes de la Pascua de Resurreccion.

6. — La causa porque desembarcaron en Palamós, fué porque el Exmo. Señor Duque de Sesa que los traía consigo en las galeras, era Señor de aquella villa, y quiso detenerse en ella algunos dias. En este intermedio dieron los Religiosos aviso de su arribo en Palamós á Miguel Querol, que recibida la noticia con inmenso gozo, con gran presteza se fué luego á verles en Palamós, y despues de darles la bienvenida, y tratado lo que convenía que cuanto ántes llegasen a Barcelona, solicitó del Señor Duque licencia para efectuarlo é hizo tantas súplicas, que su Exc.ª aunque deseaba llegar junto con los Religiosos á Barcelona, condescendiendo á los ruegos de Querol, dió licencia para que los Religiosos se fuesen con él á Barcelona, y mandó al Patron de la fragata de las galeras los llevasen á Barcelona, á donde llegaron en el mismo dia de Pascua de Resurreccion año 1578 dia 17 de Abril, á las 10 horas de la mañana.

7. — Llegada la embarcacion á vista de Barcelona, le pareció á Querol que no sería bien desembarcar en el Puerto ántes de dar el aviso á los Concelleres; y para tener tiempo para hacerlo, y para que no pareciesen juntos en la Ciudad, se desembarcaron á la playa delante del Monasterio antiguo de Monjas llamado *dels Angels vells*. Llegados aquí, le pareció al P. Arcángel visitar primero al Señor Obispo, que lo era á la sazon D. Juan Dimas de Loris (vid. Aymerich: Acta Episc. Barcinonensium), persona eminente en virtud y letras, y tomar su bendicion; y para hacerlo con ménos nota de la gente, los envió de dos en dos, para que se fuesen á la Iglesia Catedral, y juntados todos en la capilla de S. Lucia, la que está más cercana al Palacio de su Illma. Y subiendo al Palacio los Religiosos, fueron recibidos de su Señoría Illma. con muestras de singular amor y benevolencia: y siempre experimentaron de él en los negocios más arduos de la fundacion su singular amparo; y tomada su bendicion se volvieron *als Angels vells*.

8. — Vueltos pues á su morada, luego la Ciudad les envió el Señor Clavario con el P. Guardian del Convento de Jesus de los PP. Observantes, que lo era el P. Bartolomé Ricart, para darles la bienvenida y para que dicho P. Guardian se los llevase en el Convento de Jesus, como en efecto se los llevó recomendados del Señor Clavario de parte de la Ciudad. Y el P. Guardian les dió cuarto separado en el Convento, y les trató con mucha caridad y amor; y lo mismo hicieron los demas Religiosos del Convento. El dia siguiente vinieron al Convento de Jesus tres concelleres á visitarles, y á ofrecerles el favor necesario de parte de la Ciudad El Señor Obispo tambien les visitó asegurándoles, que no sólo les concedería licencia para fundar Convento en Barcelona, sino que les ayudaría en todo para que lograsen lo que todos deseaban.

9. — Pasada la Pascua, ántes de dar principio á la Fundacion, el P. Arcángel con sus compañeros se fueron á visitar á la Vírgen de Montserrat, para implorar del Cielo por medio de la Madre de Dios venerada en su Imágen en aquel insigne Santuario, los aciertos en la fundacion, que luego se había de empezar, tomándola por Patrona como lo es el dia de hoy de la Provincia, esperando de tan gran Reina y Señora el amparo y patrocinio; y cierto no se le frustraron sus esperanzas, pues en breves años vió Fr. Arcángel no sólo un Convento edificado en Barcelona, sino que vió otros, y tantos que bastaron á hacer una Provincia, — 21 sin contar los del Reino de Valencia, — todos edificados ántes de su muerte. Estuvieron algunos dias en Montserrat, y hechos ejercicios devotos y encomendados sus negocios á la Reina de los Angeles María Santísima su Patrona, se volvieron á Barcelona.

10. — Llegados, pues, al Convento de Jesus despues de su vuelta de Montserrat, luego los Señores Concelleres les ofrecieron la casa de Sta. Madrona, que era casa propia de la Ciudad; pero haciéndose dificultosa la entrega por

parte de algunas personas, y viendo el Señor Obispo Don Dimas Loris las dilaciones, ofreció al P. Arcángel la Rectoría de San Gervasio, para que en ella se recogiesen miéntras Dios N. Señor disponía otra cosa. En esta casa estuvieron algunos meses, adonde durante los cuales fueron del Convento de Jesus, para tomar el hábito y pasarse á los Capuchinos, los PP. José de la familia de los Rocabertis, que 23 años hacía que estaba en la familia de los Observantes, y era insigne Predicador; Fr. Luis Romeo de Cervera; Fr. Antonio Mochiales, y Fr. Jerónimo Foresto: todos insignes Predicadores. A estos se añadieron más tarde otros cuatro, con los cuales llegó á 14 el número de Religiosos. Ejercitábanse allí con todo rigor y aspereza de vida en los ejercicios y prácticas de la Religion, y aunque la habitacion era estrecha vivían al estilo y maneras de un Convento ya regularizado: cantaban 8 de ellos el Divino Oficio, y añadieron á las dos horas de meditacion que en la Religion se acostumbra, una tercera por largo tiempo en España conservada, implorando de Dios N. Señor, su divino auxilio para tan árdua empresa.

11. — En este tiempo llegó á Barcelona el Exmo. Señor Marques de Santa-Cruz con sus Galeras, y con él los PP. Bernardino de Aragon, Juan de Alarcon, hermano del P. Arcángel, y Fr. Mateo de Forino Lego: trayendo un Breve de Gregorio XIII, sacado á instancia de Don Alvaro de Bazon y Doña María Manuel, Marqueses de Santa-Cruz, por el cual mandaba el Sumo Pontífice á N. P. General en virtud de santa Obediencia, tomase una casa con una Iglesia que los sobredichos Señores Marqueses tenían en Castilla en la tierra de Viso, lugar de sus estados, para que edificasen allá un Convento. Los PP. Juan de Alarcon y Mateo de Guadix se fueron á Viso quedando los demas en Barcelona: y pidiendo licencia para fundar allí Convento, por la contradiccion que se tuvo de algunos Ministros Reales, fué necesario volverse los dichos Padres á Barcelona.

12. — Despues de haber estado algun tiempo nuestros Religiosos en San Gervasio, viendo los contrarios que no podían impedir la Fundacion de Barcelona, pues la Ciudad lo quería con todas veras, dejaron Santa Madrona, y luego la Ciudad la entregó á los Capuchinos que dejando la Rectoría de San Gervasio, se pasaron á Santa Madrona. La noche ántes que se partiesen, sucedió que habiéndose quejado el Rector de que los Religiosos habían gastado el agua de la cisterna, y quemado su leña; aquella misma noche, llovió tanto que se llenó su cisterna, y ántes de partirse los Religiosos, vinieron algunos devotos con algunas cargas de leña, sin saber que se iban: y con esto proveyó el Cielo para que el capellan no se pudiese quejar del gasto de su agua y leña.

13. — Estuvieron los Religiosos en Santa Madrona poco tiempo, porque en breve enfermaron todos: y así trataron de dejarla como á lugar mal sano. Y miéntras se trataba en el Consejo de la Ciudad de darles un lugar cerca sus muros, Don Juan Ferrer ofreció á Fr. Arcángel y demas Religiosos una pequeña Iglesia con una pobre casa en la Parroquia de Sarriá, donde se dice haber nacido y criádose la gloriosa Vírgen y Mártir Santa Eulalia: y comunicado esto con la Ciudad, aceptaron los Religiosos el ofrecimiento de Don Juan Ferrer, con el debido agradecimiento por ser el lugar solitario y sano. Esta Casa de S. Eulalia fué la primera que tomaron con intencion de permanecer en ella: porque en San Gervasio, estuvieron por habérselo así interinamente permitido el Señor Obispo, hasta que la Ciudad les diese Santa Madrona; y la Casa de Santa Madrona la tomaron para cumplir con la Ciudad que lo quería, hasta tanto que hubiese enfermos que les obligasen á dejarla: así luego que se ofreció la primera ocasion de enfermar los Religiosos, la dejaron como queda dicho. Pero la de Santa Eulalia por estar en soledad, y ser el lugar sano, y principalmente por devocion á la Santa Patrona de la Ciudad, la tomaron con intencion de permanecer en ella: y casi siempre hubo en ella noviciado.

14. — A esta Casa pues de Santa Eulalia, pasó Fr. Arcángel con los Religiosos que vinieron de Italia, y con algunos Padres que tomaron el hábito en San Gervasio (aunque otros no pudiendo llevar el rigor de vida se vol-

vieron): y todos juntos repartiéndose al salir todas las pobres alhajas que tenían en S. Madrona, así de la cocina, como de la comunidad y sacristía, se las llevaron de una vez los Religiosos, y ya se ve cuan pocas y pobres debían de ser; y cargados de los trastillos con mucha devocion, mortificacion, y silencio partieron en comunidad desde Sta. Madrona y se vinieron en este de Sta. Eulalia: en donde ejercitáronse los Religiosos en todo género de virtud. Desde aquí se propagó la reformacion, se fundó la Provincia de Cataluña, y las demas Provincias de España. — Me parece, para que se tenga una noticia total de la Provincia de Cataluña, poner aquí la fundacien de los Conventos segun el discurso de los tiempos, siendo el primero este de Sta. Eulalia, y es como aquí están dispuestos

Cap. II. — Fundaciones de los Conventos.

15. — *Conventos:*

Sta. Eulalia, 1° de España, se fundó año de 1578
Montecalvario 1578
Valls 1579
Perpiñan 1580
San Boy 1580
Este Convento se dejó por malsano en 1596
Gerona (el de las Ermitas) . . 1581
Ceret 1581
Manresa 1582
Solsona 1582
San Celoni 1582
Villafranca 1582
Blanes 1582
Banyoles 1583
Este Convento se dejó por malsano
Granollers 1584
Figueras 1584
Prada 1586
Tarragona 1589
Tuir 1589
Vinza 1589
Elna 1590
Lérida 1598
Cervera 1606
Vich 1607
Tortosa 1609
Igualada 1609
Mataró 1610
Arenys 1618
Santa Madrona 1619

Dicho Convento de Santa Madrona se tomó á puras instancias de la Ciudad de Barcelona en dicho año de 1619, cuya administracion tenían los Padres Servitas, los cuales por los motivos que se expresan en su peticion, lo abandonaron y fué dado para Convento á los Capuchinos. Por razon de las guerras fué derribado el Convento, año de 1651; y despues se volvió á reedificar, y se puso otra vez familia de 1664; y despues, por el mismo motivo de la guerra, fué destruido á 9 de Setiembre del año 1713.

Gerona, Corpus Christi . . . 1624

Este Convento hizo veces de hospital en tiempo de la peste; y porque cuando le dejaron había mucho de derribado, y tambien por ser sitio malsano, se determinó en el Capítulo Provincial se dejase año de 1651.

Olot 1627
Tremp 1627
Villanueva 1644
Sabadell 1645
Martorell 1687
Calella ó dos Villas . . . 1700

16. — Tambien se ha de advertir que teniendo ya la Provincia 20 Conventos edificados, el P. Juan de Alarcon hallándose Provincial solicitó la fundacion de Valencia y en su Reino, y tambien la de Aragon, y despues de varias contradicciones se fundaron Conventos en uno y otro Reino: en Valencia en el año de 1596, y en Aragon en el de 1597 Multiplicándose la fundacion de muchos Conventos en una y otra parte se les dieron Comisarios Generales en el año de 1602. Y más tarde, en 1608, fué erigida en Provincia la de Aragon por no poder el Provincial de Cataluña visitar aquel Reino, y tener ya bastantes Conventos para ello: como en 1605 se había hecho para los Conventos del Reino de Valencia.

17. — Volviendo pues á los Conventos de Cataluña, se vió esta por el espacio de 4 años con 11 Conventos edificados: y como eran presto edificados, el P. Arcángel á medida que se iban edificando luego ponía Guardianes, por la facultad que tenía de Comisario General; y en viéndose ya con bastantes Conventos para erigir

Provincia, lo hicieron y celebraron su primer Capítulo, eligiendo Definidores y Provincial. Salió electo primer Provincial el P. Bernardino de Aragon, de un lugar de la Comunidad de Calatayud, llamado Alhama. En qué año se celebró el Capítulo, no se sabe, y sólo se halla notado en el libro de los actos Capitulares el que se celebró en el año 1596. Pero es cierto que ántes había gobernado dos trienios el dicho P. Bernardino, que lo había sido el P. Juan de Alarcon de Tordesillas, y el P. Francisco de Figueras que murió en Roma celebrándose el Capítulo General en el año 1596; todo lo cual consta del libro de las fundaciones y vidas de los Religiosos que se hallaba en la Definicion.

18. — El P. Arcángel aunque fué Comisario General, no fué Provincial, porque era ya viejo y achacoso, y no podía visitar la Provincia; pero vió la Provincia de Cataluña tan multiplicada de Conventos, por espacio de 20 años que vivió en ella, habiendo fundados ántes de su muerte 21 Conventos. El primer Capítulo Provincial que se celebró, juzgo que fué poco más ó ménos en el año de 1583, cinco años despues de haberse fundado el Convento de S. Eulalia; y para que se tenga noticia de los Provinciales que han gobernado esta santa Provincia de Cataluña, se pondrán aquí segun el órden que se hallan así en el libro de los actos Capitulares que comienzan en el año de 1596, y son como se siguen.

Cap. III. — Ministros Provinciales de la Provincia de Cataluña.

19. — 1. Fr. Bernardino de Aragon. No se sabe el año: lo fué dos trienios, y murió en Roma, en el Capítulo General, año 1593
2. Fr. Juan Alarcon de Tordesillas. No se sabe el año
3. Fr. Francisco de Figueras. Fué el primer Lector de la Provincia que leyó Artes y Teología, y murió en Roma, en el Capítulo General, año de . 1596
4. Fr. Querubin de Lérida . . 1600
5. Fr. Hilarion de Medinaceli . 1603
6. Fr. Dámaso de Castellar . 1607
7. Fr. Miguel de Gerona . . 1611
8. Fr. Dámaso de Castellar, 2ª vez 1615
9. Fr. Lorenzo de Pons . . . 1617
10. Fr. Dámaso de Castellar, 3ª vez 1619
Este P. Dámaso fué el primero á quien se dió el nombre de Ministro Provincial, habiéndose llamado hasta este tiempo nuestros Generales y Provinciales *Vicarios*. Y desde el año de 1618, por concesion del Señor Papa Paulo V, se llamaron Ministros.
11. Fr. Miguel de Gerona, 2ª vez 1622
12. Fr. Juan de Barcelona . . 1625
13. Fr. Fructuoso de Verdú . 1628
14. Fr. Pablo de Sarriá . . . 1632
15. Fr. Jerónimo de Sarriá . . 1636
16. Fr. Pablo de Sarriá, 2ª vez 1639
17. Fr. Jerónimo de Sarriá, 2ª vez 1642
18. Fr. Andrés de San Martin 1645
19. Fr. Jerónimo de Sarriá 3ª vez 1649
20. Fr. Francisco de Barcelona 1651
21. Fr. José de Belloch . . . 1653
22. Fr. Ignacio de San Feliu . 1655
23. Fr. Jacinto de San Juliá . 1658
24. Fr. Ignacio de San Feliu, 2ª vez 1661
25. Fr. Angel de San Hipólito . 1663
26. Fr. Ignacio de San Feliu, 3ª vez 1666
27. Fr. Jacinto de San Juliá, 2ª vez 1667
28. Fr. Angel de San Hipólito, 2ª vez 1670
29. Fr. Serafin de Figueras . . 1672
30. Fr. Francisco de Jorba . . 1675
31. Fr. Serafin de Figueras, 2ª vez 1678
32. Fr. Hermenegildo de Olot . 1682
33. Fr. Jaime de Cornellá . . 1684
34. Fr. Ambrosio de Artias . 1687
35. Fr. Jaime de Cornellá, 2ª vez 1690
36. Fr. Ambrosio de Artias, 2ª vez 1693
37. Fr. Bonaventura de Manresa 1696
38. Fr. Ambrosio de Artias, 3ª vez 1699
39. Fr. Cárlos de Manresa . . 1701
40. Fr. Bonaventura de Manresa, 2ª vez 1704
41. Fr. Benito de Camprodon . 1707
42. Fr. Rafael de Olot 1710
43. Fr. Félix de Premiá . . . 1713
44. Fr. Antonio de Ordis . . 1716
45. Fr. Félix de Premiá, 2ª vez 1719
46. Fr. Jaime de Llivia . . . 1721
47. Fr. Antonio de Ordis, 2ª vez 1725
Fué elegido Definidor Gene-

ral en Roma, el año 1726, y es el primero que ha tenido la Provincia.
48. Fr. Félix de Premiá, 3ª vez 1727
49. Fr. Antonio de Ordis, 3ª vez, siendo Definidor General . . 1730
50. Fr. Antonio de Ordis, 4ª vez, siendo Definidor General . . 1731
51. Fr. Manuel de Castelltersol 1732
Este murió en Génova, yendo al Capítulo General, el mismo año de 1732.
52. Fr Bernardino de Barcelona 1733
53. Fr. José Antonio de Barcelona 1736
54. Fr. Andres de Solsona . . 1739
55. F. Francisco de Vilapar . 1742
56. Fr. Andres de Solsona, 2ª vez 1745
57. F. Francisco de Pons . . 1748
58. Fr. Mariano de Barcelona . 1751
59. Fr. Agustin de Puigcerdá . 1754
60. Fr. Mariano de Barcelona, 2ª vez 1757
61. Fr. Pedro Pablo de Bañolas 1758
62. Fr. José Antonio de Vallromanas 1761
63. Fr. Esteban de Olot . . . 1764
64. Fr. Félix María de Martorell, Definidor General 1767
65. Fr. José Francisco de Barcelona 1770
66. Fr. Francisco María de Massanet 1773
67. Fr. José Francisco de Barcelona, 2ª vez 1777
Habiendo muerto ántes de concluir su Oficio, quedó Vicario Provincial el R. P. Esteban de Olot.
68. Fr. Fidel de Rialp 1780
69. Fr. Severo de Barcelona . 1783
70. Fr. Joaquin de Berga . . . 1786
71. Fr. Luis de Barcelona . . 1789
72. Fr. Francisco José Antonio de Taradell 1792
73. Fr. Hermenegildo de Barcelona. 1795
74. Fr. Ildefonso de Campdevanol 1798
75. Fr. Antonio de Berga . . 1801
76. Fr. Damian de Olot . . . 1804
77. Fr. Pedro Mártir de Barcelona. 1807
78. Fr. Damian de Olot, 2ª vez 1814
79. Fr. Esteban de Barcelona . 1817
80. Fr. Manuel de la Nou . . 1820
81. Fr. Alejandro de Sabadell . 1824
82. Fr. Manuel de la Nou, 2ª vez. 1827
83. Fr. Buenaventura de Alforja 1830
84. Fr. Sigismundo de Frontañá 1833

Durante la exclaustracion del año 1835.

85. Fr. José María de Mataró . 18—
86. Fr. Ramon de Gerona . . 18—
87. Fr. Ramon M.ª de Barcelona 18—

Despues de la restauracion.

88. Fr. Joaquin M.ª de Llevaneras, como Comisario Apostólico de España 1880
89. Fr. Joaquin M.ª de Llevaneras, como Provincial de España 1885
90. Fr. Javier de Arenys de mar, como Provincial de Aragon . 1889
91. Fr. Fr. Javier de Arenys de mar, como Provincial de Aragon, 2ª vez. 1892

CAP. IV. — **De las grandes virtudes y ejemplos de santidad en que resplandecieron los Fundadores y primeros Padres de la Provincia.**

20. — El Padre Fr. Miguel de Valladolid, Definidor de nuestra santa Provincia, que murió en Tarragona el año de 1619, por órden del M. R. Padre Fr. Miguel de Gerona, Ministro Provincial, escribió un tomo in-folio sobre la fundacion de nuestra santa Provincia, y vidas de los Religiosos que murieron desde los principios hasta el año de 1612, con fama de santidad; el cual tomo se conservaba en el Archivo de la Definicion; y hablando en él de aquellos nuestros primeros Padres, de sus virtudes y ejemplos de vida en que resplandecieron, cuenta varias particularidades que creemos deber omitir.

21. — Con este grado de mortificacion se comenzó á caminar de Santa Madrona á Santa Eulalia, con él se prosiguió en Santa Eulalia la fundacion de esta Provincia, y con él se caminó tanto en poco tiempo, que llegó el P. Fr. Arcángel de Alarcon á ver en él á buen número de Conventos y Religiosos, *muchos de ellos* tan aprovechados en el desprecio de sí mismos, que olvidados de todo lo que hay en el mundo, se transformaban en Dios por amor, y por largos intervalos de tiempo quedaban como insensibles.

22. — Sabía este Padre que si el grano de trigo que se siembra en la tierra no muere, carece de fruto, y

porque deseó cogerle en abundancia, no sólo insistió en mortificar en sí y en los de su compañía el apetito de la propia estimacion, mas aun puso particularísimo cuidado en arrancar cuanto es posible las raices del amor propio mediante la mortificacion de los sentidos. Y para lo primero, insistió á que se acostumbrasen los Frailes á no avergonzarse de ir cargados por la Ciudad con las cosas que habían menester para el servicio de la casa, como son escobas para barrer, espuertas para llevar la basura, esteras y tablas para dormir, vasos para hacer la colada, cántaros para traer agua, y los sarmientos con que se habían de calentar en tiempo de frio, y todas las cosas que podían llevar; y aun algunas veces hacían algunas penitencias exteriores (permitiéndolo así la sencillez y fe de aquellos tiempos en Barcelona) como llevar un paño delante los ojos. ó un vaso quebrado colgado del cuello: con las cuales cosas los prudentes, y que sabían cuanto daño hace el apetito de la honra y propia estima, se edificaban, y los Religiosos se mortificaban y conservaban libres de la tiranía del amor propio que muchas veces nos hace faltar en lo que debemos á Dios y á los prójimos, por no parecer más viles ó despreciados que otros en los ejercicios humildes

23. — El Padre Fr. Arcángel tenía en mucho esta joya de la mortificacion de la propia estimacion, y por tanto miéntras le tocó el gobierno de la Provincia insistió en que fuesen y pareciesen sus Religiosos libres de la sujecion de este tirano mediante las mortificaciones exteriores y ejercicios humildes, viles y despreciados. Y porque la carne no se rebelase contra el espíritu, ó á lo ménos no tuviese fuerzas para los vicios que hacen guerra á la castidad; aunque está concedido á los Religiosos el uso de las suelas, y un pequeño jergon de paja para dormir, y el vestido no el más vil que comunmente usan los pobres de la Provincia donde habitan, y aunque pudiera procurar con buenos medios algunas cosas que hacen la comida mediana y moderadamente pobre; alcanzó con su fervor que los que no estuviesen actualmente enfermos anduviesen sin suelas, que todos los sanos durmiesen sobre las tablas desnudas, y cuando hacía grandes frios sobre una estera de esparto, y que el sayal para vestirse los Frailes fuese de Génova y de Sicilia, el cual era vilísimo y austerísimo

24. — En las cosas pertenecientes á la refeccion ordinaria de la comida, fué tan riguroso, que no quería de ninguna suerte que se admitiese provision, aunque fuesen de cosas inevitablemente necesarias, sino para poquísimo tiempo, y si enviaban alguna cosa para comer que fuese preciosa, no quería se recibiese; y si enviaba alguna persona devota, carne ó pescado en ocasion que otra se hubiese anticipado, mandábala despedir con hacimiento de gracias. Y como los bienhechores viesen que no se recibían siempre las cosas que enviaban, absteníanse de enviar limosnas extraordinarias aguardando las pidiesen los Frailes; y como fuesen los Religiosos tan estimulados y cortos en pedir y recibir limosnas como se ha dicho, era su comida ordinaria tan pobre, que yo vi, dice el citado Padre, el dia de Nuestro Padre San Francisco comer la Comunidad de Santa Eulalia pan cocido con aceite, por no tener carne ni otra cosa mejor.

25. – En el modo de aderezar la pobre comida ordinaria de la Comunidad, guardaban los Religiosos voluntariamente tan estrecha pobreza, que echaban en la olla, que ordinariamente era pan cocido, legumbres, ó hierbas del huerto, unas pocas nueces ó bellotas majadas, no por acrecentar el gusto, sino por excusar el gasto del aceite, que no le usaban cuando había nueces ó bellotas. En las colaciones de los dias que se ayunaba de obligacion, no se daba otra en Montecalvario que unas pocas de algarrobas que enviaba para este efecto un devoto del Burgo de Barcelona; y en el Convento de Gerona se daban algunas pocas de bellotas que se cogían de una encina ó roble que estaba á la puerta de la Iglesia; y ademas de haberme hallado en todo lo sobredicho, yo puedo dar testimonio de que en el Convento de Bañolas, se comieron en dos años que estuve allí muy pocas pitanzas de carne ni de pescado, y que los dias de carnestolendas, no se comió otra cosa, sino un poco de pasta de harina de trigo

cocida; y la comida ordinaria fué siempre una sola escudilla de legumbres ó hierbas cocidas, y una lechuga cruda con vinagre, sin otro principio ni postre, porque la fruta no se guardaba por mucho tiempo, y servíanse de ella en las colaciones.

26. — Con esto vivían los Religiosos contentos, y había tanto desapego de mundo, tanta devocion y tanta ternura de espíritu, y tantos excesos mentales, que algunas veces vi, dice el mismo Padre, no poderse contener las lágrimas los Religiosos de algunas Comunidades oyendo la leccion que se leía en la mesa y no poderla proseguir el que la leía. En las pláticas espirituales y en la oracion vi tantos afectos de amor de Dios (por no especificarles con otros nombres) que daba testimonio del fruto grande que producen las almas con la mortificacion de la carne y del apetito de la propia estimacion, y del provecho que se saca del ejercicio de la humildad y de viles y bajos oficios. Vi usar tambien tanta diligencia en los Prelados para atajar los excesos mentales, y esconder la santidad de los Frailes vivos y muertos, que me admiro, y no puedo dejar de confesar que una de las cosas que más me han edificado, ha sido ver como eran mortificados y reprendidos los que tenían algun don de los sobredichos: y que no sólo no se hiciese diligencia en sacar á luz las virtudes de los santos Religiosos, mas aun se diese prisa á enterrarlos por huir el aplauso y concurso del mundo; y en esta materia podría yo referir muchos ejemplos, mas por evitar prolijidad sólo diré tres cosas como se siguen.

27. — La primera, que los Religiosos que tenían excesos mentales, en cierto modo ataban las manos á Dios para que no se les comunicase tan visiblemente; pero á algunos que quería Dios conservar en aquel grado de don que tenían, les acontecía quedarse arrebatados ó en éxtasis, estándoles actualmente reprendiendo lo que en esta parte padecían.

28. — El segundo ejemplo de humildad que podemos referir, es que habiendo en la sepultura de Montecalvario muchos cuerpos de Religiosos difuntos tan enteros y tiesos, que los arrimaban á las paredes de la sepultura, y estaban por muchos años de pié como si fueran momias, sin dar la sepultura mal olor, por lo cual se extendió la fama de esta maravilla hasta Flandes; por un celo que no podemos alabar, se enterraron de nuevo aquellos venerandos cadáveres.

29. — A todo lo dicho puedo añadir con verdad el tercer ejemplo, dice el mismo Padre. Que con haber muerto en la Provincia muchos Religiosos dignos de memoria, y en razon de ser venerados, nunca hasta la hora presente (año 1612) se ha tomado la pluma para notar la santidad de ellos: por lo cual se han olvidado muchas cosas, y no se hallarán otras por haber muerto los que las sabían. Y aunque estos ejemplos no se han de imitar siempre, pero es bien que se predique, y á todos sea manifiesto el candelero de la buena y santa vida, para que resplandezca en el mundo y enciendа los corazones en deseos de imitar á los que por la virtud son estimados; y con ello será á todas luces evidente cuán fundada estaba la Provincia en virtud sólida, y cuán desapegada del mundanal aplauso, pues ni en vida ni en muerte, hizo nunca diligencia para que se manifestase su perfeccion, ántes bien procuraba robarla de los ojos de los hombres.

30. — A este estado subió el Padre Fr. Arcángel la Provincia que fundó en Cataluña, y en él procuró mantenerla miéntras vivió. Y porque sabía que la curiosidad en los edificios á más de ser objeto apacible de la vista, fácilmente se convierte en ocasion de distraccion para los frailes que los procuran, queriendo dar ocasion á los Religiosos de la Provincia para mortificar el sentido de la vista, y para apartarles de todo motivo de distraccion, no sólo procuró miéntras vivió tomar para su habitacion lugares solitarios y algo remotos de los pueblos; mas aun los edificios que hacía eran más toscos, más pequeños y pobres de lo que pudieran ser sin faltar á nuestras Constituciones, y tan viles los materiales, y tan groseramente labrados, que no se veía en ellos cosa en que pudiese deleitarse el sentido de la vista, ni cosa que pudiese ser impedimento para no glo-

riarse con N. Padre San Francisco en la cruz de la voluntaria mortificacion, y en el tesoro de una muy rigurosa pobreza.

31. — Y porque no faltasen á los Religiosos los medios necesarios para subir á gozar, en la palma de la mortificacion del desapego del mundo y de la desnudez y desprecio de toda superfluidad, la dulzura que produce el amor de Dios y de las riquezas del Cielo, no sólo procuró con sumo cuidado que se guardase estrechísimo y casi perpétuo silencio, y que se desocupasen los Religiosos de toda otra cosa por necesaria que fuese para las dos horas que la Provincia tiene deputadas para la oracion mental que une el alma con Dios; mas aun quiso que un rato de tiempo que á la mañana se concedía á los Religiosos de otras Provincias de nuestra Congregacion para examinar la conciencia, y para confesarse y prepararse para celebrar y comulgar, se juntasen en el Coro, y se redujese á una tercera hora de oracion: porque estándose en aquel lugar hiciesen con más cuidado y composicion, lo que algunos negligentes podrían dejar de hacer en sus celdas. En los dias de fiesta, por la mañana no salían del Coro los Frailes desde que tocaban á Prima hasta que era hora de comer sino por alguna inevitable necesidad. Con este grado de estrechura voluntaria y perfeccion extraordinaria vió el Padre Fr. Arcángel aumentada esta Provincia en número de 12 Conventos, y de muchos y santos Religiosos.

Cap. V. — **De las contradicciones que tuvieron para no aumentar los Conventos de la Provincia.**

32. — Habiéndose dado principio á la fundacion de la santa Provincia de Cataluña en el año de 1578, como queda dicho, y hallándose en el año 1583 ya con 12 Conventos, y con un buen número de Religiosos de muy ejemplar vida: viendo el Demonio lo que aventuraba á perder con el aumento de los Conventos de la Provincia, tomó por medio la prudencia humana de algunos Religiosos de otra Congregacion para impedir la sobredicha extension; y por medio de las personas que convinieron en este pensamiento, y de las persuasiones que presentaban, movieron el ánimo del católico Felipe II á mandar á los Presidentes y Prelados del Princípado de Cataluña que no consintiesen que nuestros Religiosos tomasen más de 12 Conventos; y con esta provision real y con las sin razones que añadían, anduvieron moviendo los ánimos de la gente principal y ordinaria, persuadiéndolos que nuestro instituto era inútil, y las fundaciones de nuestros Conventos perniciosas y supérfluas.

33. — La misma diligencia hicieron para impedir la fundacion de Valencia y Aragon, porque tuvieron cartas de la Majestad de Felipe II para los Presidentes de aquellos Reinos, por las cuales les mandaba que de ninguna suerte consintiesen á nuestros Religiosos fundar en sus gobiernos. Y aunque los Señores Diputados de Cataluña suplicaron á su Majestad revocase aquel su mandato para Cataluña, como consta por la copia de la carta que escribieron, no fué bastante este medio para que el Rey hiciese lo que se le suplicaba, ni los contrarios cesaron de molestarnos: por lo cual estuvo parada la fundacion de esta Provincia por algun tiempo, con solos 12 Conventos. Mas como valgan poco las diligencias humanas contra la ordenacion Divina, y como puede más la intercesion de la SS. Vírgen que las persuasiones de los hombres, alcanzó más el Padre Fr. Arcángel encomendando con silencio y paciencia el asunto á la Vírgen de Montserrat, poniendo por intercesores á Nuestro Padre S. Francisco y á Santa Eulalia con la misma Vírgen para moverla á piedad, que los contrarios con todas las diligencias que hicieron.

34. — Cosa digna de admiracion es el considerar y ver que no obstante que cada dia se multiplicaban las diligencias contra nosotros, siempre se fueron tomando algunos Conventos. Así iban las cosas de la fundacion de la Provincia, y el Padre Arcángel alcanzó ver fundados 20 Conventos en la Provincia, sin los que ántes de su muerte se fundaron en Valencia y Aragon. Y no fué este solo el fruto de sus trabajos y paciencia; mas aun vió quitado el impedimento que había para entretener en Cataluña, Valencia y Aragon las fundaciones: y dejó ántes

que muriese libre la entrada en estos tres Reinos, mediante una expresa Provision Real que concedió Felipe III para fundar sin contradiccion en estos Reinos, aunque no en el de Castilla, por estar reservada esta fundacion para otro.

35. — Y considerando el Padre Arcángel cuan liberal había sido Dios en favorecerle, por medio de sus Santos Intercesores, para que no se atribuyese á él lo que se debía á Dios y á sus santos Abogados, y para manifestarse agradecido, puso en el Sello de la Provincia, á los pies de Nuestra Señora de Montserrat, á N. Padre San Francisco y á Santa Eulalia, para significar con esta muda representacion, que aunque él fué el fundador de esta Provincia y el que procuró con su industria y paciencia allanar las dificultades, no fué suya la virtud ni la eficacia con que se efectuó lo que pretendía, sino de Dios; ni fueron sólo sus oraciones, ni su paciencia las que alcanzaron lo que pedía, sino la intercesion de la Vírgen alcanzada por medio de las oraciones y merecimientos de N. Padre San Francisco, y Santa Eulalia á quien los Capuchinos Catalanes llamaban *Nuestra Madre Santa Eulalia* señora y tutelar de su primer convento.

CAP. VI. — **De cómo dispuso Dios viniesen en el principio de la Fundacion, muchos Religiosos de la Observancia y Recoletos para aumento de la Provincia.**

36. — Los primeros Religiosos que vinieron á fundar nuestra santa Provincia de Cataluña, fueron los siguientes, en número de seis. El Padre Fr. Arcángel de Alarcon; — El Padre Fr. Mateo de Guadix, Predicador; — Fr. Serafin de Nápoles, Corista; — Fr. Rafael de Nápoles, Corista; — Fr. Pacífico de Génova, Lego; — Fr. Querubin de Nápoles, Lego.

37. — Los sobredichos Religiosos fueron enviados por el Padre General, Fr. Jerónimo de Monteflores, como queda dicho, para Fundadores de la Provincia; los cuales estando en San Gervasio, llegó el Marques de Santa Cruz con sus galeras, y con él los Padres: — Fr. Juan de Alarcon; — Fr. Bernardino de Aragon; — Fr. Maseo Fornio, Lego. — Y poco despues de tomado el Convento de Santa Eulalia, vinieron de Italia, los Padres: Fr. Angel del Más; — Fr. Gaspar de Mallorca; — Fr. Lorenzo de Huesca, ó de Cáceres; — Fr Buenaventura de Alhama; — Fr. Antonio de Baeza; — Fr. Bernardino de Zamora. — Y poco despues de estos, llegaron los Padres: — Fr. Benito de Valencia; — Fr. Gabriel de Mallorca; — Fr. Diego de Mora; — otro Fr. Lorenzo de Huesca; — Fr. Silvestre de Zamora; — y otros en buen número, los cuales ilustraron y ayudaron ya á la fundacion de esta y otras Provincias de España.

38. — Todos los dichos Religiosos ya eran Capuchinos cuando vinieron á Cataluña; y aumentaron el número en los principios los que se pasaron de la Observancia, y Recoleccion de los Observantes. Estando en San Gervasio, tomaron nuestro santo hábito siete Religiosos Observantes, entre los cuales fueron: — El Padre Fr. José Rocaberti de Barcelona; — El Padre Fr. Luis Romeo de Cervera; — El Padre Fr. Antonio Mochales.

39. — Despues de estos, *decursu temporis*, vinieron otros Padres de la Observancia á tomar nuestro santo hábito en nuestra santa Provincia. Pero sobre todo fué especial el tránsito del Padre Francisco Joer\ de Figueras, de los Padres Recoletos, quien se pasó á los Capuchinos en compañía de 40 otros Religiosos de la misma Recoleccion que ilustraron mucho á la Provincia.

CAP. VII. — **Cómo los Religiosos de esta Provincia fundaron la de Valencia, en el año de 1596.**

40. — El Padre Juan de Alarcon trató la fundacion del Reino de Valencia, en la cual había la misma contradiccion que en Cataluña por parte de algunas personas que, como dicho queda, habían alcanzado con pretexto de inconveniencias provision real prohibiendo la fundacion en aquel Reino. Y no obstante que, como dijo el Conde de Aytona, siendo Virrey de Valencia, le escribió el Rey Felipe II lo mismo que al Virrey de Cataluña, y que respondiéndole en favor nuestro, le tornó el Rey á replicar que hiciese

lo que le había mandado; pero el padre Juan supo hallar modo con su prudencia, para que el Patriarca de Indias y Arzobispo de Valencia, Beato Juan de Ribera, tomase él mismo á su cargo el negociar la fundacion y ayudar á ella con su hacienda, como en efecto ayudó, siendo Comisario de esta Provincia el Padre Juan (había muerto el Padre Francisco de Figueras en Roma, siendo Provincial) y el Duque de Lerma Virrey de Valencia, el cual ayudó á nuestra fundacion de Valencia.

41. — Convocado pues el Capítulo en esta Provincia, el Padre Juan fué elegido Provincial, á los 27 de Setiembre del año de 1596. Y en este Capítulo envió á Valencia para fundar, á 7 Religiosos que son: — El Padre Fr. Hilarion de Medinaceli, Presidente; — El Padre Fr. Eugenio de Oliva, Predicador; — El Padre Fr. Serafin de Policio, Sacerdote; — El Padre Fr. Juan Gregorio de Valles, Sacerdote; — Fr. Severo de Lucena, Corista; — Fr. Narciso de Denia, Lego; — Fr. Pedro de Perales, Lego.

42. — En este Capítulo se dieron á los dichos Padres apuntamientos para que se conformasen con nuestra Provincia en las ceremonias y modo de conversar en casa y fuera de ella. Y acabado el Capítulo, fué el Padre Juan como Provincial á Valencia, á dar la traza para el Convento, y despues de vuelto á nuestra Provincia, envió de nuevo los siguientes Religiosos: — El Padre Fr. Buenaventura de Alhama, Definidor actual; — El Padre Fr. Lorenzo de Mallorca, Predicador; — El Padre Fr. Serafin de Játiva, Predicador; — El P. Fr. Ignacio de Monzon, Sacerdote; — Fr. Juan Bautista de Sahagun, Corista. Fr. Mauro de Maella, Lego; — Fr. Juan de Pont-Mayor, Lego. — Todos los sobredichos fueron Religiosos muy ejemplares, y aun envió más tarde muchos otros Religiosos de esta Provincia.

43. — El Convento de Valencia se tomó en el mes de Octubre de 1596. En el libro de los Actos Capitulares, que se conservaba en el Archivo de la Definicion de Cataluña, hablando del Capítulo General del año 1602, dice estas palabras: *En el Capítulo General celebrado en Roma el año 1602*, á 24 de Mayo, en que fué elegido en Vicario General el M. R. P. Fr. Lorenzo de Brindis, y Procurador de Corte el M. R. P. Fr. Anselmo de Monópoli, dice así: En este Capítulo General, se ordenó que la Provincia de Valencia se uniese con la de Cataluña, y que toda la corona, esto es, Cataluña, Aragon y Valencia, fuese una Provincia, cuya cabeza había de ser Cataluña, y que en Aragon y Valencia ponga el que fuere Provincial de Cataluña Comisarios que en todo estén subordinados á él; y que el Provincial visite una vez toda la Provincia, y si no la pudiera visitar la 2ª vez, se haga la visita por los Comisarios. Declarándose que el Padre Provincial puede nombrar Comisarios cuantos fuere menester en una misma Provincia.

44. — Despues de haberse ordenado en Roma en el Capítulo General de este mismo año de 1602, la union de todos los Conventos de la Corona de Aragon en una Provincia, se dió órden al Padre Provincial de esta Provincia, Fr. Querubin de Lérida, en presencia de los Custodios de la misma Provincia, por nuestro M. R. Padre General, que convocase Capítulo de todas las casas de la Corona, para el mes de Setiembre; y para cumplir con esto, llegado á Barcelona á los 10 de Julio, convocó el dicho Capítulo, dando al Padre Hilarion de Medinaceli Comisario que era de Valencia su Comision Provincial, en virtud de la cual llegado á Valencia, visitase los Conventos é hiciese Discretos, y manifestase á los Guardianes y Discretos como á los 20 de Junio se había de celebrar el Capítulo en el Convento de Montecalvario de Barcelona. De la propia manera envió Comision al Padre Fr. Luis de Valencia, Comisario que era en la Custodia de Aragon, que en su Custodia hiciese lo mismo.

45. — Congregados pues los Capitulares (exceptos los Guardianes de Tarazona, Alicante y la Magdalena, que por estar enfermos renunciaron) se hicieron las elecciones Capitulares, y para Valencia fueron elegidos: El Padre Fr. Miguel de Valladolid, Custodio. — El mismo Padre Fr. Miguel, Guardian de Valencia — El Padre Fr. José de Casorla, Guardian de la Magdalena. — Los demas faltan en original.

46. — En el año de 1603, á los 20 de Junio, se celebró Capítulo Provincial, y para Valencia fueron elegidos: El Padre Fr. Eugenio de Valencia, Custodio. — El mismo Padre Eugenio, Guardian de Valencia. — El Padre Fr. José de Casorla, de la Magdalena. — El Padre Fr. Juan de Palermo, de Segorbe. — El Padre Fr. Juan de Sahagun, de Onteniente. — El Padre Fr. Buenaventura de Barcelona, de Alicante. — El Padre Fr. Atanasio de Cornellá, de Albayda. — El Padre Fr. Narciso de Denia, de la Ollería. — El Padre Fr. Lorenzo de Talaru, Presidente de Alaxa. — *Fabriqueros:* El Padre Fr. Luis de Valencia; — El Padre Fr. Jerónimo de Segorbe; — El Padre Fr. Juan de Palermo; — Fr. Jerónimo de Barcelona, Lego. — En este Capítulo se determinó con licencia del R. P. General que el Convento de Alcira no se fabricase hasta el Capítulo próximo para que se probase la salubridad del sitio.

47. — Se celebró Capítulo Provincial en el Convento de Montecalvario á los 3 de Setiembre de 1604, y no se halla otra cosa de Valencia, sino que en dicho Capítulo Provincial fué confirmado el Padre Eugenio de Oliva por Comisario de Valencia. Desde este Capítulo, no se hace nueva mencion en el libro de los Actos Capitulares de la Provincia de Valencia. En esta se multiplicaron los Conventos muy pronto, y siéndole imposible al Provincial de Cataluña visitarlos, se erigió en Provincia distinta fundada por los Padres de ésta, en donde se quedaron muchos aun de los Catalanes, que la ilustraron y sustentaron con ejemplos de santidad y virtud para gloria de Dios.

CAP. VIII. — Fundacion de la Provincia de Aragon en el año de 1597.

48. — Casi de las mismas diligencias de que usó el Padre Fr. Juan de Alarcon en allanar las dificultades que se ofrecieron en la fundacion de Valencia, se valió para la fundacion de Aragon. Porque no obstante que, como refirió el Regente Don Montserrat Guardiola, procuraron los émulos que escribiesen á los Señores del Consejo de Aragon, residentes en la Corte, casi todos los estados de aquel Reino, y hasta el Hospital General de Zaragoza, que nuestra fundacion era perniciosa; y con estar prevenidos los Excmos. Señores Arzobispo y Virrey con cartas del Rey para que no nos recibiesen, por lo cual se detuvo el Consejo en dar licencia: pudo más al fin la prudencia y buen modo del Padre Fr. Juan, ayudada con el favor Divino, que todas las diligencias de nuestros émulos. Porque informados los Señores Arzobispo y Virrey y los demas que contradecían, vinieron á escribir lo contrario de lo que primero habían escrito, como el mismo Señor Regente dijo. Y finalmente el año de 1597, siendo Provincial el Padre Fr. Juan, se tuvo Capítulo Provincial en Barcelona en el cual fué confirmado en el oficio el Padre Fr. Juan: y en el discurso de este año, viendo la ocasion se determinó de fundar la Provincia de Aragon, y habiendo vencido todas las dificultades que había, envió á los Padres siguientes: — Padre Fr. Luis de Valencia, Predicador y Presidente. — Padre Fr. Pedro de Barbastro, gran Teólogo y Predicador. — Padre Fr. Francisco de Baeza, Sacerdote. — Padre Fr. Andres de Gandía, Sacerdote. — Padre Fr. Buenaventura de Barcelona, Sacerdote. — Fr. Querubin de Nápoles, Lego. — Fr. Antonio de Nápoles, Lego. — Fr. Damian de Comabella, Lego.

49. — Dió el Padre Juan á los dichos Padres órden para fundar aquella Provincia con el rigor que está, y el mismo año fué á Zaragoza para dar la traza para el Convento que se había de fundar en ella, y para disponer las cosas de aquella nueva Provincia. Y al siguiente año habiendo acabado el oficio de Provincial, fué enviado á Aragon por Custodio, con título de Comisario, y con él fueron otros Religiosos, hijos de esta Provincia. Y en otras ocasiones fueron otros, entre los cuales fué el Hermano Fr. Francisco de Daroca Lego, que resplandeció en virtudes, y en gracia de curaciones y hacer milagros.

50. — En el libro de los Actos Capitulares, se halla ademas de lo dicho en la fundacion de la Provincia de Valencia, lo siguiente: Que en el Capítulo celebrado en Barcelona, á 20 de Abril 1600, fueron elegidos: — el

Padre Fr. Juan de Alarcon, por Custodio de Aragon. — El Padre Fr. Luís de Valencia, Guardian de Zaragoza. — El Padre Fr. Roque de Barbastro, Guardian de Tarazona. — El Padre Fr. Miguel de Valladolid, Guardian de Calatayud.

51. — Despues, en el año 1601 á 18 de Mayo, fué celebrado Capítulo en Barcelona, y fueron elegidos por Guardianes: El Padre Fr. Francisco de Baeza, de Tarazona. — El Padre Fr. Andres de Teva, de Calatayud.

52. — En el año de 1602, fué celebrado Capítulo General á los 24 de Mayo, y se ordenó lo que ya está dicho de Valencia acerca de la union con Cataluña. Y despues en el mismo año, á 20 de Setiembre se tuvo Capítulo en Barcelona, y fueron elegidos para Aragon, los siguientes: — el Padre Fr. Hilarion de Medinaceli, Custodio, y Guardian de Zaragoza. — Los demas faltan en el Original.

53. — En el año 1603, á 20 de Junio se celebró Capítulo en Barcelona, y para Aragon fueron elegidos: — el Padre Fr. Miguel de Gerona, Custodio. — El mismo Padre Miguel. Guardian de Zaragoza. — El Padre Fr. Martin de Vilella, de Calatayud. — El Padre Fr. Francisco de Fuet, Presidente de Huesca. — *Fabriqueros*: el Padre Fr. Bernardino de Manzanilla; — El Padre Fr. Miguel de Gerona; — Fr. Querubin de Nápoles, Lego; — Fr. Lorenzo de Vich, Lego.

54. — En este Capítulo se determinó que la fábrica del Convento de Calatayud se suspendiera hasta el Capítulo General, y se dejase el huerto y renunciare al legado de Fr. Jerónimo Novicio para la dicha fábrica. Tambien que se dejase el Convento de Tarazona, si el Señor Arcediano no quisiese desistir de la pretension que tenía del entierro perpétuo, y si no quitase la estatua de mármol que puso en la Capilla mayor de la Iglesia del dicho Convento. Y finalmente se determinó que se tomase la fundacion de la Villa de Caspe.

55. — En el año de 1604, se celebró Capítulo en Barcelona á los 3 de Setiembre, y para Aragon fueron elegidos: — el Padre Fr. Serafin de Torelló, Custodio. — El Padre Fr. Evangelista de Sarriá, de Zaragoza. — El Padre Fr. Luis de Cogolludo, de Tarazona. — El Padre Fr. Buenaventura de Barcelona, de Calatayud. — El Padre Fr. Lúcas de Perpiñan, Presidente de Huesca.

56. — Se celebró Capítulo General en Roma en el año de 1605, y por órden de este Capítulo General, y con Comision del Padre General Silvestre de Asis, vino á esta Provincia por Comisario General el Padre Fr. Buenaventura de Catanzaro, con cuya órden se citó y publicó nuestro Capítulo Provincial para los 21 de Abril de 1606. Hallándose ya el Padre Comisario con el Padre Provincial y Definidores en Perpiñan, por donde comenzó á entrar á esta Provincia á los 6 de Febrero de dicho año; y por hallarse dicho Padre Comisario enfermo, y que se le iba agravando la enfermedad; se dió prisa á llegar á Barcelona, donde estando con poca esperanza de su vida, determinó, no pudiendo hacer la division de la Custodia de Aragon, que era la causa principal de su venida, de elegir un Comisario Provincial en aquella Custodia. Dicho P. Comisario General murió el 5 de Abril de 1606. Celebróse el Capítulo, y para Aragon fueron elegidos: — el Padre Fr. Juan de Sarriá, de Zaragoza. — El Padre Fr. Martin de Velilla, de Huesca. — El Padre Fr. Francisco de Tobete, de Calatayud. — El Padre Fr. Francisco de Peñaroja, Presidente de Caspe.

57. — Elegido que fué el Padre Fr. Dámaso por Provincial de Cataluña y Aragon, confirmó la Comision que su Predecesor el Padre Hilarion había dado *in scriptis* al Padre Pedro de Barbastro para Custodio de Aragon. Poco tiempo despues, así la Provincia de Valencia como la de Aragon, se gobernaron erigidas en Provincias por sus Provinciales.

Cap. IX. — **De la devocion singular que mostró tener la Ciudad de Barcelona á los Capuchinos, en 1632.**

58. — Siempre la nobilísima Ciudad de Barcelona, desde los principios de nuestra fundacion, manifestó en diferentes ocasiones profesar devocion singular á los Capuchinos, pero mostrólo con especialidad en el año 1632, que

como á digno de nota, nos ha parecido poner aquí.

59. — A los 5 de Octubre del año 1632 hizo la dicha Ciudad de Barcelona en su Consejo de Ciento una ordenacion (que despues hizo imprimir) acerca de todas las cosas de gracia, que se suelen pedir á la Ciudad: en virtud de la cual sólo podían proponerse al dicho Consejo, en el dia de Santa Catalina Mártir, en la reunion que todos los años acostumbraban tener en ese dia, y no en otro alguno, precediendo ántes escrutino de si las tales cosas merecían ser propuestas ó no, aceptándose sólo aquellas que fuesen aprobadas por unanimidad de votos, *nemine discrepante*, y las demas eran desechadas sin que pudiesen en ningun tiempo ser nuevamente propuestas.

60. — Despues de haber hecho esta ordenacion tan apretada, dieron los Consejales una prueba del aprecio que la Orden les merecía, y del afecto que le profesaban y singular proteccion que le dispensaban, añadiendo: « Exceptuamos empero de la presente ordenacion las cosas, que ocurrieren en beneficio, aumento, y buena administracion del Hospital general de Santa Cruz, y de la Misericordia, Huérfanos, Arrepentidas, y Capuchinos; por ser casas todas las dichas de la Ciudad, y estar bajo de su proteccion. »

Cap. X. — Memoria de los Religiosos que han muerto sirviendo en tiempo de peste y enfermedades contagiosas.

61. — Una de las mayores calamidades que puede padecer un Reino, Provincia, Ciudad ó villa, es la que padece en tiempo de contagio ó pestilencia, por la falta grande que se experimenta de remedios así para el cuerpo, como para el alma. Para reparo de uno y otro, y singularmente para el último, se han ofrecido un númerogr ande de Religiosos de esta Provincia para servir á los apestados y administrarles los Sacramentos, sacrificando sus vidas y muriendo en tan santo y caritativo ejercicio, siendo mártires de la caridad, pues es la mayor que pueden manifestar en órden á sus prójimos, como lo dijo Cristo Nuestro Señor: *Majorem hanc dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. No se hallan los nombres de los Religiosos que despues de haber servido á los apestados y á otros enfermos en Hospitales quedaron vivos, sino solamente de los que murieron en tan grande empleo. Y supuesto que nos han quedado los nombres de estos (no sé si de todos), los pondrémos aquí para que todos tengan memoria de dichos Religiosos. Y porque ha habido contagio en diferentes tiempos, los pondrémos segun el tiempo que murieron. La primera fué en el año 1589; la segunda fué en el Rosellon, el año de 1631; y la tercera en toda Cataluña, el año 1650 hásta el de 1653.

62. — *Año 1589*. — El Padre Fr. José de Castilla, Sacerdote: está enterrado en Santa María del Mar en Barcelona.

El Padre Fr. Miguel de Denia, Sacerdote: murió en Barcelona.

El Padre Fr. Bernardo de Castilla, Sacerdote: está enterrado en Santa María del Mar en Barcelona.

El Padre Fr. Juan María de Aragon, Predicador: se le pegó el mal en Barcelona, y lo llevaron á Montecalvario, donde murió.

El Padre Fr. Buenaventura de Aragon, Predicador: murió en Valls.

Fr. Angel de Figueras, Corista: murió en Valls.

Fr. Pablo de Tortosa, Corista: en Valls.

Fr. Mariano de Caga, Lego: en Granollers.

El Padre Fr. Ignacio de Basea, Predicador: en Perpiñan.

1631.

El Padre Fr. Jacinto de Villabertran: murió en Perpiñan.

El Padre Fr. Buenaventura de Igualada, Sacerdote: en Perpiñan.

El Padre Fr. Jaime de Prada, Sacerdote: en Perpiñan.

Fr. Raymundo, Frances, Lego: en Perpiñan.

1650.

El Padre Fr. Clemente de Vich, Sacerdote: murió sirviendo en el Hospital de Gerona.

El Padre Fr. Damian de Manlleu, Sacerdote, ibidem.

El Padre Fr. Francisco de Oris, Sacerdote, ibidem.

El Padre Fr. Márcos de Constanti, Sacerdote, ibidem.

Fr. Buenaventura de Vich, Corista, ibidem.

Fr. Nicolas de Sabadell, Lego, ibidem.

Fr. José de Barcelona, Lego, ibidem.

Fr. Pedro de Caldes, Lego, ibidem

Fr. Simon de Calaf, Lego, ibidem.

El Padre Fr. Agustin de Trescerras, Sacerdote: murió en Tortosa.

El Padre Fr. Arcángel de Tortosa. Sacerdote: en Tortosa.

Fr. Nicolas de Llers, Lego: en Olot.

Fr. Mariano de Ceret, Lego: en Olot.

1651.

El Padre Fr. Clemente de Barcelona, Sacerdote. Murió en el Colegio del Señor Obispo, convertido en Hospital de apestados, y está sepultado allí en Barcelona.

El Padre Fr. Esteban de la Puebla, Predicador: en Barcelona.

El Padre Fr. Eugenio de la Ametlla, Predicador: hacía las veces de Párroco en la Parroquia de S. Pedro de Barcelona, donde murió.

El Padre Fr. Pablo de Prats de Rey, Sacerdote: servía de Párroco en la misma Parroquia, en Barcelona.

El Padre Fr. Buenaventura de Orruis, Sacerdote, en la misma Parroquia, en Barcelona.

Fr. Manuel de Camprodon, Lego: en Barcelona.

Fr. Damian de Pallas, Lego: en Barcelona.

Fr. Esteban de Barcelona, Lego: en Barcelona.

El Padre Fr. Querubin de Granollers, Sacerdote: Hospital en Valls.

Fr Jaime de Joch, Corista: Hospital en Valls.

Fr. Cárlos de Barcelona, Lego: Hospital en Valls.

Fr. Juan de Barcelona, Lego: Hospital en Valls.

El Padre Fr. Fabian de Tarragona, Sacerdote: Hospital en Villafranca.

El Padre Fr. Bartolomé de Santa Coloma, Sacerdote: en Villafranca.

Fr. Lúcas de Castellar, Lego: en Villafranca.

El Padre Fr. Buenaventura de Berga, Sacerdote: en Vich.

El Padre Fr. Antonio de Santa Eulalia, Sacerdote: en Vich.

Fr. Francisco de la Puebla, Corista: Hospital en Prats.

1652.

El Padre Fr. José de la Riera: Hospital en Cervera.

1653.

El Padre Fr Bernardino de Moyá, Sacerdote: Hospital en Figueras.

Fr. Francisco de Salrá, Corista: murió sirviendo á los Religiosos apestados en Montecalvario.

Fr. José de Santa Perpetua, Lego: en Montecalvario.

Fr. Diego de Monblanch, Lego: en Montecalvario.

63. — Los que han muerto sirviendo á los enfermos de los Hospitales, son:

El Padre Fr. Cristobal del Far, Sacerdote, murió sirviendo en el Hospital del Ejército en Perpiñan . . . 1639

El Padre Fr. Lorenzo de la Selva, Sacerdote, ibidem . . . 1639

El Padre Fr. Felipe de Gerona, Sacerdote, ibidem. 1640

El Padre Fr Gabriel de Vich, Sacerdote, ibidem. 1640

El Padre Fr. Gregorio de Tuir, Sacerdote, en el Hospital en Reus 1641

El Padre Fr. Diego de Lérida, en el Hospital del Ejército en Santa Coloma 1641

El Padre Fr. Querubin de Lérida, en el Hospital de los soldados apestados en Tarragona. 1650

El Padre Fr. Andres de Ceva, Sacerdote, ibidem. 1650

II. — Convento de Arenys.

Cap. I. — Origen de la Fundacion.

64. — El Muy Reverendo Padre Fr. Pablo de Sarriá, Ministro Provincial de esta Provincia de Capuchinos de Cataluña, gobernaba la Provincia en los años de 1634 y 1635. Y en estos años compuso el Tom. 2 in-fol. de las vidas de los Religiosos, y cosas tocantes á la Provincia, el cual se guardaba en el Archivo de la Definicion. En el fol. 116, hablando de la fundacion del Convento de Arenys, dice lo que se sigue.

« En este año de 1618, se tomó la fundacion del Convento de Arenys, lugar de la Marina del Obispado de Gerona, y á 5 leguas de Barcelona. En el cual lugar había muchos años que pedían esta fundacion, y estaba ya votada

muchos años había en el Capítulo Provincial que se celebró en el Convento de Montecalvario con asistencia del Reverendísimo Padre General, Fr. Jerónimo de Castelferreti; y con aquella licencia que se dió entónces, se tomó ahora. Hubo alguna dificultad y contradiccion por parte de los Padres....., que tambien querían ellos fundar y procuraronlo con muchas veras; pero viniendo bien en nuestra fundacion el Señor Obispo de Gerona, y dándonos su licencia y bendicion, y con el beneplácito del Señor Marques d'Aytona (Señor de aquel lugar) y de todo el Pueblo, se puso la cruz á 7 de Febrero de dicho año 1618. Y por no ofrecerse entónces Fundador, ni limosnas competentes para la fábrica, se hizo con muy poco gasto un Conventico de tapias con sólo un dormitorio en el suelo, sin escalera, y una muy pequeña capilla tambien de tapias: todo tan pobre y estrecho, que los Compañeros del Padre General Fr. Clemente de Noto, dijeron que aquel Convento de Arenys era el más pobre de toda la Religion. De esta suerte estuvieron los Religiosos 15 años, hasta que en el año 1632 se comenzó la fábrica del nuevo Convento, como se dirá en su lugar en dicho año. La invocacion de este Convento es Nuestra Señora del Buen Viaje, y los Marineros (que hay muchos en aquel lugar) le tienen mucha devocion. Tomóse esta fundacion siendo Provincial el Padre Lorenzo de Pons. » — Hasta aquí el M. R. Padre Fr. Pablo de Sarriá en el lugar citado. Pero como concurrieron otras cosas acerca de esta fundacion, será bien ponerlas aquí para que se tenga memoria y noticia de ellas.

65. — Auto de la Universidad de Arenys, en que determina se funde Convento de Capuchinos.

« Universis et singulis hujusmodi seriem inspecturis, visuris, lecturis, et audituris: — Attestor, et fidem facio ego, Hieronymus Berga Regia, ac Illmi Domini Termini de Montepalatio Gerunden. Auctoritate, Notarius Publicus dicti Termini, et totius ejus districtus curiae, eorumdem scriba infrascriptus substitutus, ab haerede fuit receptum, attestificatum ac patrio sermone ordinatum quoddam intrumentum tenoris sequentis:

«Vuy que comptam als quatre del mes de Febrer, del añy 1618, en la Parroquia de Santa Maria de Arens, convocada y congregada la major parte del Consell de la Vila y Parroquia de Santa Maria de Arens, terme del castell de Montpalau, Bisbat de Gerona, en lo lloch acostumat del honor. Pere Antich Tries Batlle Natural de las Parroquias y termes de San Martí y Santa Maria de Arens, y en presencia y assistencia del Señor Joan Pau Taxonera, sotsballe de dites Parroquias, y ab la asistencia del honors. Joan Riera Mariner Jurat Major, y Joan Llissa, Mariner Jurat segon, y de Jaume Rosell sastre Jurat tercer, Sebastiá Fortuny, Miquel Lleu, Jaume Feris, Rafel Goday, Bartomeu Borrell, Joan Navarro, Miquel Arquer, Antoni Ferrer, Antoni Joan Arquer, Joan Pasqual, Jaume Borrell, Miquel Fortuny, Sagimon Lleu, Jaume Ribes, Joan Llobet, Christofol Fornaguera, Sebastiá Doy, Geroni Mataró, Bernat Riera, Joan Lladó. Ha proposat lo demunt dit Joan Pau Taxonera sots valle en presencia dels dits honors. Jurats y homens de Concell de dita Vila y Parroquia... Y congregats comte, y haguda y rebuda una lletra del Ill.m Señor Compte, Señor de dit Terme de Montpalau, dirigida als honors. Battlle, y Jurats de Santa Maria de Arens, la qual lletra es del tenor seguent. — He entendido que el Padre Provincial de los Capuchinos quiere ir á fundar una casa en este lugar; y así gustaré de que les ayudeis en cuanto pudieredes, que por mi parte les he dado licencia. Dios os guarde. De Barcelona al primero de Febrero de 1618. — la qual carta ha requirit, y manat al honors. Joan Pau Texidor de la Vila y Parroquia de S. Martí de Arens substituit en dites Parroquies de S. Martí, y Santa Maria de Arens que llegis a dits Señors Jurats, y Concell com de fet dit substituit en continent ha llegida, y publicada a dits honors. de Jurats, y Concell, dita carta, la qual llegida de mot á mot per dit substituit di honor. sots balle ha dit ques servissen de dir llura vot y parer a cerca de las cosas en dita carta contengudas, e en continent los dits honors. Joan Llissá, mariner, Jurat segon, Jaume Rosell, sastre, Jurat tercer, han respost, y dit que á ells los está molt bé, que en

dita Parroquia se edifique y fasse dit monestir y casa de Caputxins: ab pacte empero, y condicio que per dita edificacio, ni per gastos ninguns ara, ni en lo esdevenidor dita Parroquia ni universitat sia obligada en ajudarlos en ninguns gastos, ni obras, ni tampoch en pagar ninguns generos de gastos, ço és dels Emoluments de dita Parroquia, ó universitat. Y axi mateir en dita resposta y determinacio firmen los devall escrits del modo seguent. Primo Joan Llissá mariner, Jurat segon firma y lloa lo sobre dit. Jaume Rosell sastre, Jurat tercer, firma y lloa lo sobradit. Sebastiá Fortuny firma y lloa lo sobre dit, ab tal que la Iglesia sia coberta, y ab les claus á las mans per administrar Sagraments. Yo Jaume Foris, firmo, ab tal que la Iglesia sia cuberta. Rafel Goday firma y lloa lo sobre dit que aja Monestir de Caputxins. Bartolomeu Borrell firma lo sobre dit. Miquel Arquer firma lo sobre dit. Antoni Ferrer, menor de dies, ferma lo sobre dit. Antoni Joan Arquer ferma lo sobre dit. Joan Pasqual, Joan Borrel mestre de Arens ferma lo sobre dit. Joan Pasqual, Miquel Fortuny ferma y lloa. Y per no saber de escrivrer Sagimon Lleu, Jaume Ribes lloa y ferma; y per no saber de escrivrer Sagimon Lleu, Joan Llobet lloa y ferma. Christofol Fornaguera lloa y ferma. Joan Lladó lloa y ferma. Bernat Riera lloa y ferma. Y per testimonis: Joan Mascaró de Vallgurguina, y Gabriel Campeny de la Parroquia de S. Martí de Arens. — In quorum fidem et testimonium, etc. depono sig† num. » — El sobredicho Auto auténtico se hallaba en el Archivo de la Definicion, lit. R., N. 1.

66. — Para poner en ejecucion la fundacion ya determinada y admitida de la Villa de Arenys, se hicieron con la mayor prontitud posible las diligencias más eficaces para ponerla en ejecucion y tomar la posesion. Y para que pudiesen ejecutar esto y tomar habitacion interina, pidieron al R. Pedro Jornet Pbro. Beneficiado de Nuestra Señora de la Piedad, les permitiera habitar en dicha casa y capilla, hasta que se pudieran trasladar al Convento que se debía edificar: á lo que liberalmente asintió dicho Beneficiado, escribiendo una carta á los Señores Párroco, obreros y Jurados de la Villa de Arenys, haciéndoles constar esta concesion. Esta carta se conservaba en el Archivo de la Definicion, lit. R., N. 2: y es del tenor siguiente:

67. — « Molt Illustre Señor Rector, Obrers y Jurats de Santa Maria de Arens. Uns Pares Caputxins me han pregat los donas lloch per habitar en la casa de la Capella entre tant se edificara lo monestir que volen fundar aqui. Si V. M. gusten y 'ls han donat lloch de edificar dit Monestir, jo so contentissim que per lo interim habiten en dita casa de la Capella que pens, que de axo ne resultara gran servey de Deu. V.s M.s me avisaran per merce promptament. De Barcelona, als 4 de Febrer de 1618. — Pere Jornet, Predicador y Beneficiat de la Mare de Deu de la Pietat. »

68. — Era entónces Provincial el R. Padre Fr. Lorenzo de Pons, y por hallarse de camino para Roma en donde este año se había de celebrar Capítulo General, quedaba por su Comisario el R. Padre Fr. Leon de Arenys; y porque no pudo asistir á poner la cruz, hizo comision al Padre Sebastian de Vich, Guardian de Gerona, para que tomase la posesion de dicho Convento y pusiese la cruz con todo lo demas necesario. Y el tenor de la comision es ut sequitur. Lit. R., N. 3:

« Frater Leo de Arenys, Guardianus Monasterii Montis-Calvariae Capuccinorum civitatis Barcinonae, et Commissarius Provincialis hujus Provinciae Sanctae Mariae Cathaloniae, Rev. Patri F. Sebastiano de Vich Predicatori ejusdem Instituti, et Guardiano nostri Monasterii Civitatis Gerundensis, salutem in Domino Jesu Christo. — Quia aliquibus negotiis impeditus, non possum, ut desidero, me praesentem invenire in fundatione prima Monasterii nostri Ordinis, quod de praesenti fundatione in Oppido seu Villa de Arenys secundum facultatem mihi concessam a Nostro Patre Provinciali Fr. Laurentio de Pons, consimiles concessiones faciendi, cum opportunum fuerit: Do tibi meas vices ad omnia quae pro hac fundatione necessaria fuerint, et secundum nostrum modum vivendi convenerint; ut omnia facere valeas sicut ego facere possem, et facerem, si praesens essem: Omnia tibi committens, confisus de tua pru-

dentia, religiositate ac litteris. Ut locum designes, crucem ponas, et alia facias quae pro hac re convenire judicabis. Vale. Data in Nostro Monasterio Montis Calvarii, die 5 mensis Februarii 1618. Munita sigillo Nostro, Loci huius Nostri Monasterii, et manu propria firmata. — Fr. Leo de Arenys, manu propr.a. »

69. — Teniendo el Padre Sebastian de Vich la sobredicha Comision, y demas licencias para la fundacion, asistiendo en su compañía otros Religiosos, con asistencia del Señor Rector, Jurados, y otras personas, el dia 7 de Febrero de 1618 púsose la cruz en la Piedad, y se levantó acta notarial de la toma de posesion, cuyo original se conserva en el Archivo de la Definicion, lit. R., N. 4, y es como sigue:

70. — Auto de la toma de Posesion.

« Universis et singulis hujusmodi seriem inspecturis, visuris, lecturis, pariter et audituris, attestor et fidem facio ego Hieronimus Berga Regia ac etiam Illmi Domini Termini de Montepalatio Dioecesis Gerunden. Auctoritatibus, Notarius publicus dicti termini et totius ejus districtus, curiaeque eorumdem scriba infrascriptus substitutus, ab haerede, seu successore honor. Jacobi Coll app.o publico dicti termini, suarumque pertinentiarum Notario et scriba q. po. honor. Joannem Paulum Texidor Substitutum in Parrocchia Sancti Martini, et Sanctae Mariae de Arenys eiusdem termini et districti sub me dicto Notario et scriba, fuit receptum, et testificatum quoddam Instrumentum patrio sermone ordinatum, tenoris sequentis:

« Vuy que comptam als 7 del mes de Febrer del añy 1618, en la Parrochia de Santa Maria de Arens; ab llicencia y asistencia del Rev.nt D.r Jaume Vilar en santa Theologia D.r R.r de la Parroquial Iglesia de S. Martí de Arens, y ab la asistencia dels honors. Joan Llissá Jurat segon, Jaume Rossell sastre, Jurat terçer lo any present de dita Parroquia de Santa Maria de Arens, ab concentiment y determinacio feta per lo concell de dita Parrochia, als 5 del present, y corrent mes de Febrer com consta del poder del Notari de Monpalau, y ab licencia y consentiment del Ill.m y Rev.m Señor Bisbe de Gerona als 4 de dit mes de Febrer. Lo R.nt Pare Fr. Sebastia de Vich Caputxi Guardia del Monestir de Caputxins de la Ciutat de Gerona, tenint ell ple poder, forces, y facultat del Pare F. Lleo de Arens Guardia del Monestir de Caputxins de la ciutat de Barcelona, Comisari del Pare Fr. Llorens de Pons, Provincial de la Provincia de la Santa Maria de Cathaluña, com consta de dit poder, y facultat ab un cartell firmat per dit Pare F. Lleo de Arens, y sagellat ab segell de son lloch als 5 de Febrer de 1618. Y pertant lo sobre dit Pare Fr. Sebastia de Vich, juntament ab lo dit D. Jaume Vilar, Rector de dita Parroquial Iglesia en presencia de dits S.rs Jurats assenten y edifiquen una creu de fusta devant la capella de N.a Señora de Pietat de dita Parroquia, y aquella han dexada los sobredits D.r Jaume Vilar, y Pare Sebastia de Vich Caputxi, y dits S.rs Jurats, clavada y fixada en dit lloch ab voluntat los uns dels altres: Y ab dita fundacio, y edificacio presents tambe los Pares F. Hermenegildo de Monblanch Guardia de Tortosa, F. Lleo de Vilasar Guardia de Mataro, F. Joan de Prada Guardia de S. Celoni, Fr. Dionis de Salra, F. Ignasi de Vinça Predicador, F. Jaume de Palamos, F. Jaume de Prada, F. Antoni de Figueres, F. Pau de Vilagraseta, F. Llorens de Talavera Corista, F. Andreu de Barcelona Lleca. Y despres de aver efixada dita creu en dit lloch, com esta dit: lo dit S.r D.r Vilar, y juntament ab llicencia del R.nt Minister Pere Jornet beneficiat de dita capella de N.a Señora de Pietat, han donada llicencia a dits Pares Caputxins de estar, y habitar en dita casa, y capella tant quant temps los es donat ab una lletra missiva firmada per lo dit R.nt Pere Jornet, y no altrament, la qual lletra queda ja ut supra. Y per respecte de dita lletra donan dita llicencia dits S.rs R.r y Jurats á dits Pares, ab pacte empero, que en ningun temps, sie perjudicat lo acte del consentiment y de terminacio feta en lo concell de dita Parroquia per respecte de estar y habitar en ella dits Pares Caputxins. Volent dits S.rs Jurats reste, y estiga aquell ab los pactes en ell contenguts. Y axi mateix es pacte entre dites pars, que los dits Pares Caputxins ó dit Pare Sebastia de Vich se reserva

que en qualsevol temps ell, ó ells, ó altres Caputxins, que dita Parroquia habitaran sen pugan de dita Parroquia, ó lloch (sempre que en ell no pugan observar sa professio y Regla, lo qual Deu N.º Señor per sa infinita bondat no permeta) sens aquels sia fet ningun impediment. Y per respecte de las sobre ditas cosas, y altrement per los pactes del acte del concentiment de dita Parroquia, llicencias, cartells, y lletres, que ab lo present han entrevengut. Prometent los dits S.rs R.r y Jurats, F. Sebastia de Vich, y los dits Pares, detras anomenats, tenir, servar, y guardar, y no contravenir en ningun temps, per ninguna causa, via, ni raho. Y axi ho fermen y juren. Y testimonis de las sobre dites coses, son los honors. Joan Trias Mariner, Antoni Joan Arquer Ferrer, Miquel Llauder Mariner, y Vicens Xifre carnicer: tots de dita Parroquia de Santa María de Arens. — In quorum fidem, et testimonium praemissorum, Ego idem Notarius huj. me subscribo et meum solitum artis Notariae appono Sig†num.

71. — Nota que el dia 1 de Febrero dió licencia el Señor de la Villa de Arenys para la fundacion del Convento. El dia 4 del mismo mes se congregó el comun de la Villa y dió su consentimiento para la fundacion. El mismo dia 4 se sacó la licencia del R. Beneficiado para habitar en la casa y capilla de la Piedad. En el dia 5 se hizo la Comision al Padre Sebastian de Vich, para ir á tomar posesion y poner la Cruz, teniendo licencia sacada tambien del Señor Obispo de Gerona. Y finalmente el dia 7 del mismo mes de Febrero del mismo año de 1618 se puso la cruz, y se tomó posesion, como consta de lo aquí notado. De modo que todas esas diligencias se hicieron en tan breve espacio de tiempo como fueron 7 dias.

72. — Para fundar el Convento el Señor Anton Ferrer del General compró un pedazo de tierra á Antonia Fornaguera de la Alsina, viuda, y á Juan Fornaguera su hijo, de la Villa de Arenys, situado en lugar llamado *la Plana*, que es donde está fundado el Convento, y costó 160 libras. Todo consta del acto que se guarda en el Archivo de este Convento, rubricado N. 1. Dicha pieza de tierra despues de haberla comprado dicho Señor Anton Ferrer del General, hizo donacion de ella á los Capuchinos para fundar el Convento, como consta del Acto que se guarda en el Archivo, rubricado con el N. 5, hecho á los 12 de Noviembre 1618.

73. — Se habilitó como se pudo un pequeño convento, el cual se empezó el 8 de Febrero de 1620 y á los 2 de Julio del propio año se dejó el convento de la *Piedat*. Con la precipitacion que se construyó este convento al objeto de tener los Religiosos casa propia, dejó ya de momento de reunir verdaderas condiciones de capacidad y solidez; así se hizo necesario tratar de la inmediata construccion de otro de mejores condiciones, que levantaron al lado del antiguo, habiéndose colocado la primera piedra el dia 9 de Mayo de 1632. Hablando de ello el R. P. Fr. Pablo de Sarriá en el tom. 2, fol. 262, de sus Anales, dice:

74. — Por la pobreza extremada con que se edificó el Convento de la Villa de Arenys en la Marina, á cinco leguas y media de Barcelona, y porque se iba todo al suelo, fué necesario hacerlo de nuevo en el mismo sitio y lugar al lado del viejo. Que ya cuando este se hizo, fué con intento de pasar allí aun con incomodidad hasta que se ofreciesen limosnas para la fábrica que se había de hacer. Empezóse la fábrica el año de 1632, y se hizo de limosnas recogidas tanto de los vecinos de dicha villa, como de las poblaciones comarcanas. Y porque cuando se tomó esta fundacion, ofrecieron los Padres ó dieron esperanzas que por el tiempo los confesaríamos, siempre lo han solicitado y nos han pedido esta palabra, y alguna vez lo alcanzaron del Señor Nuncio por el tiempo de una Cuaresma, aunque no se puso en ejecucion por el inconveniente que hubiera de dejarlo luego, sino que se les prometió que por el Capítulo General se obtendría para siempre, como se hizo en el año 1633. Pidióse juntamente para el Convento de Blanes habiendo primero pasado por los votos del Capítulo Provincial, en el cual todos los Vocales fueron de parecer que se procurase dicha licencia para los dos Conventos dichos: en los cuales desde aquel año confiesan

nuestros Frailes á los Seglares, con grande fruto y provecho de las almas. — Hasta aquí el R. P. F. Pablo de Sarriá, en el lugar arriba citado.

75. — Para la fábrica de nuestro Convento fué necesario tomar más terreno, y el Señor Anton Ferrer del General, Mercader de la Villa de Arenys, compró un pedazo de tierra á Francisco Bellalta por el precio de 30 libras contiguo al antiguo del Convento, y hecha la compra hizo de él donacion al Convento. Todo consta de un acto que se guarda en el Archivo de nuestro Convento, hecho á los 31 de Enero del año 1629 rubricado con el N. 6.

76. — Del terreno que dió el Señor Pedro Antich Trias para fabricar el nuevo Convento de Arenys.

Siendo el magnífico Señor Pedro Antich Trias Braile propietario de Arenys, singular Bienhechor de los Capuchinos, y faltando más espacio para el ensanche del Convento y construccion de la Iglesia que aun había de edificarse, cedió á los Religiosos una gran porcion de terreno para la fábrica de dicho Convento, y les hizo señalar y terminar, ó poner *termes* ó *fites* en presencia de muchos Religiosos y otras personas seglares que estaban presentes y delante de su hijo el Mag.co Señor Jaime Trias su universal heredero: el cual despues añadió otro pedazo de tierra á la que había dado su padre. Y como despues de algun tiempo hubieran desaparecido las *termes* ó *fites*, y hubiesen ya muerto dichos Señores, y aun vivieran los Religiosos que se hallaron presentes á la donacion de D. Pedro Antich Tries y á la de su hijo el Mag.co Señor Jaime Tries, como tambien algunos de los seglares que fijaron y plantaron las *termes* ó *fites* en el lugar donde les señalaron dichos Señores; para que no se perdiese la memoria, se tomaron auténticos testimonios, así de los Religiosos, como de Seglares acerca de esta donacion de terreno El auto que se tomó de los Religiosos está en el Archivo de este Convento, rubricado con el N. 2, y es como se sigue:

77. — Auto del pedazo de tierra que dió el Senor Trias, *ut supra*

« Praesente et ad hoc vocato Jacobo Çorbera scriptore Barcinonae civitatis sub me Michaele Serra Notario Barcinonae publico infrascripto substituto jurato; et praesentibus Reverendo Doctore Fratre Josepho Sastro Monacho Monasterii S. Petri de Rodas, et Didaco Boxeras Grammaticae studente, ac Bernardo Mascort, Barcinonae residentibus: Reverendi Patres Fratres Romanus de Valls, et Laurentius de Vich, Religiosi Capuccini Ordinis S. Francisci Conventuales de praesenti in Monasterio Montiscalvariae extra muros, et in territorio praedictae civitatis constructo: agentes tamen haec nedum in vim licentiae, auctoritate, consensu, et praesentia Reverendi Patris Fr. Pauli de Figueres Religiosi, Praesidentisque Monasterii hujusmodi praesentis, et inferius consentientis, verum etiam cum expressa auctoritate admodum Rev. Patris Provincialis Ordinis ipsius totius praesentis Cathaloniae Principatus; dicto Praesidenti data medio juramento ad Dominum Deum, et ejus sancta quatuor Evangelia in animam utriusque eorum ponendo manus in pectore praestito: constituti personaliter una cum dicto, sub me dicto, et infrascripto Notario jurato scriptore in dictorum testium praesentia intus dictum Monasterium Montis Calvariae, et in quadam capella in horto ipsius Monasterii constructa, retulerunt, et relationem fecerunt dicto jurato scriptori de infrascriptis, quae cum ab ore dictorum Fratrum proferebantur, fuerunt per me dictum sub me dicto praesente et infrascripto Nottis, juratum scriptorem, in nostro materno sermone descripta, et continuata, in hunc videlicet qui sequitur modum:

Com trovantnos nosaltres F. Romá de Valls, y F. Llorens de Vich en lo Monestir y Convent dels Caputxins de la Vila de N. Señora de Arens Bisbat de Gerona (encaraque Conventuals lo Pare Romá de Valls en lo Monestir de Blanes a les hores Guardia de dit Monestir) en la ocasio que se avia de construir y edificar lo Convent e Iglesia que vuy es en dita Vila de Arens, faltant terra per lo ambit de dita Iglesia, lo magnifich Señor Pere Antic Tries Ciutada honrrat de Barcelona Batlle propietari y perpetuo de Arens; dit Batlle de Arens digué estas ó consemblants paraules: Pares, jols dono graciosament, y espontaneament aquest



tros de terra, co es fins a la riba nomenada den Billalta, lo qual tros de terra es de pertinencias de una gran pessa de terra alli situada, en lo qual tros de terra part de dita Iglesia esta construida, y edificada; volent expresament dit Señor Pere Antich Tries pera se entengues lo que ell donave y donar pretenia fos pres un cor dell en continent, lo qual ab tot efecte y en lo punt fouch pres y posat en terra, lo qual dista, ço es de la paret del hort de dit edificada de pedra, y argamassa fins a dita Riba den Billalta por hout passa la gran Riera. Lo qual tros de terra termena a sol ixent ab la dita Iglesia y Convent, a mitx dia ab la dita Vila de Arens; a sol ponent, y á tramontana ab lo restant de dita pessa de terra de dit donador, del qual tros de terra donada resta partida, la qual ha de servir per clausura y pas per dit Monestir. Y per efecte, dit donador dona dit tros de terra. — Similiter autem, praesente et vocato dicto Corbera, et praesentibus testibus praedictis, Reverendi Patres Fratres Mathias de Portell, nunc Guardianus sive Custos Divae Mariae de les Hermites civitatis Gerundae, et Stephanus de Clayra, Religiosi dicti Ordinis nunc in dicto Monasterio Montiscalvariae Conventuales: constituti personaliter in eodem loco, una cum dicto Corbera, et testibus praedictis, sub forma et juramento praedictis retulerunt dicto Corbera infra, et sequentia: — Com ço es despres de dita graciosa donacio de dit tros de terra per dit Magnifich Señor Pere Antich Tries de paraula á dit Convent fet ab sciencia y paciencia del Señor Jaume Tries fill y hereu universal de dit Señor Pere Antich Tries donador predit, y ab intervencio y presencia dels magnifichs Srs. Jurats y lloch tinent de Batlle que á les hores se trobaven de dita Vila de Arens, fonch per dits Rnts. Peres fitat dit tros de terra ab la forma acostumada, en tant que relaten y dichen ab certa sciencia que de pnt. se eroban en dit tros de terra algunes fites que per dit effecte foren en aquell posades. — De quibus, etc. — Quae fuerunt acta intus Monasterium Montis Calvariae, et in eodem hoc decimo quarto die mensis Maii currentis anni millesimi sexcentesimi quadragesimi quinti: praesente sub me dicto et infrascripto Nottis, jurato scriptore, et praesentibus testibus supradictis ad praemissa vocatis specialiter et assumptis, prout superius continetur. — Ut igitur de praemissis fidem faciam, Ego Michael Serra Auctoritate apostolica et regia Notarius publicus Barcinonae, hic me subscribo et meum solitum quo utor appono sig✝num. »

78. — Para tomar autenticamente los testigos de las personas seglares, el Padre Tomas de Alguayre Guardian del Convento de Arenys, á los 20 del mes de Diciembre de 1645 presentó una súplica á Don Dionisio Ciurana y de Ros, Gobernador General y Procurador de las Baronías de Cabrera y Bass, para que *modo juridico* se examinasen los testigos, como se hizo. La súplica es del tenor siguiente:

79. — Súplica que se presentó para examinar testigos.

« Molt Magnifich Senyor, — Lo Senyor Jaume Tries, ciutadá honrrat de Barcelona en la Parroquia de San Martí de Arens populat, en aument, y confirmacio de la donacio graciosa que lo Sr. Pere Antich Tries son Pare tenia feta de certa part de terra ahont de present está edificat y construit lo monestir y convent dels Pares Caputxins en la present vila, ó part de ella: Axi be dona graciosament y uni a dita donacio altra partida de terra, y la feu asentlar, y termenar per algunes persones de la pnt. vila en sa presencia; e com al present dits termens no aparegan, y visquen encara dites persones qui aquells posaren, y fixaren en presencia y voluntat de dit Senyor Jaume Tries donador, perque en lo esdevenidor, y en cas menester sie, aparega la veritat y conste de ahout y en que part estaven dits termens posats y fixats: Perço lo Pare Guardia de dit Monastir y Convent, súplica á V. M. sia servit (*ad futuram rei memoriam*) manar rebrer informacio de dites coses, y cometrer la recepcio y jurament dels Testimonis al Escriva de la Cort, y aquella rebuda y haguda per publicada, manarme donar copia autentica, y patent y fé fehent que ho tindra a singular y merce lo offici, etc. — Quae licet Altissimus, etc. — Fr. Thomas de Alguaire, Guardia dels Caputxins de Arens. »

En virtud de la sobredita suplica que fou acceptada y provehida se pasa a examinar a tres Testimonis, que foren los que terminaren y fixaren las fitas en los puestos que los señala lo Senyor Jaume Tries, y citats dits Testimonis cada un per sí, y presos de jurament per lo Notarí que prengué la informacio. Los Testimonis foren: Pere Bortras, Mestre de cases; Gelabert Sastre, mestre de cases; y Jaume Bauxeras, tambe mestre de cases: tots de la vila de Arens, y testificarem lo seguent.

80. — *Primer Testimoni.* — Lo primer testimoni que fou citat es Pere Boxeras, y pres de jurament, e interrogat de *veritate dicenda circa supradicta in supplicatione,* — *Dixit:* — Que es ver lo contengut en la suplicacio; y dixho ell testimoni saber per lo que en la ocasio, que dixla suplicacio ell testimoni juntament ab Jaume son fill, y Gelabert Sastre tambe mestre de cases, estant treballant en la fabrica de dit Monestir, que a les hores se anave feut, un die forem cridats perque anassem a posar uns termens alli á una terra contigua a dit Monestir: Y axi anant desde ahont treballavem, y arribant en dita terra trobá ell testimoni alli los Pares Caputxins, y lo Senyor Francesch Sala, y lo Senyor Jaume Tries, que estaven alli mirant y designant la terra; y despres de haver tingut gran colloqui, y de haver mirat dit puesto y terra, dit Senyor Jaume Tries digue que prenguesen un cordell, y aseñalant ab ell, y prenent desde la punta de la paret del hort de dit Monestir, y anant linya tirada envers la peña, que es ên la part de ponent de dit Monestir, asseñala quant fou prop dita peña, y digue que fessen alli un señal, y que aficassen termens: y axi per son orde, y en sa presencia, y de tots los demes ell testimoni ab los demes, y aficaren alli termens, y canant las canes quey avia desde la punta de la paret de dit hort de dit Monestir fins al puesto que dit Senyor Jaume Tries designa, y asseñala, que ell testimoni posá los termens troba ell testimoni quey avia vint y sis canes de cana de Llana corrent a raho de vuyt palms per cana en lo qual lloch, que ell testimoni ab los demes dix que afica dits tennens: Ara de present dir nols hi veu, ni hi son per haverlos ne arrencats, y no sab qui, y ha molts dies quei faltan, los quals termens venian á mirar, y correspondrer á altres termens que son per avall envers migdia a la proprietat de Bellaltas.

81. — *Segon Testimoni.* — Lo segon Testimoni fou Gelabert sastre, Mestre de casas, qual el pres de jurament é interrogat, Dixit: — Que el testimoni dix saber que lo dit Senyor Jaume Tries, Batlle natural, feu donacio de dita partida de terra en dita supplicacio mencionada al dit Monestir, y Convent dells Caputxins de la p.nt Vila en aument de que lo Senyor q.o Pere Antich son Pare los avia antes feta: lo que dix saber éll testimoni per lo que en la ocasio que feu dita donacio de dita terra, éll testimoni traballabe ab Pare, y fill Box erasen lo dit Monestir: y un dia foren cridats per dit Senyor Jaume Tries, y anant a dita terra trobarem alli lo Senyor Jaume Tries, y lo Senyor Francesch Sala Donsell, y alls Pares Caputxins. Y aseñalant dit Senyor Jaume Tries la terra que los donave, digue á ell testimoni, y á dits Boxeras, que posasen alli termens, y fent prendrer un cordell començat a prendrer del cap de la paret del hort de dit Monestir feu tirar envers la peña de sol ponent, y aficaut los termens com aficaren al lloch que dit Senyor Jaume Tries, los aseñala, y designa trobaren quey avia 26 canas de terra canantla ab cana de llana corrent los quals termens molt temps los ha vistos ell testimoni, y en moltas ocasions estar aficats en lo mateix lloch; pero ara de taxi un quant ansá noy son, ni los hi veu ell testimoni. Y dits termens dix los ne han arrebasat; pero dix no sab qui, ni perque causa, o raho. Y dits termens per ell testimoni, y dits Boxeras aficats, corresponian á altres termens son al possecio den Vallalta á la part de migdía.

82. — *Tercer Testimoni.* — Lo tercer testimoni es Jaume Boxeras Mestre de cases, el qual pres de jurament (de veritate dicenda, et interrogatus) dixit: Que es axi ver com dix la suplicacio perque ell testimoni dix saber que lo dit q.o Senyor Jaume Trias, junt ab lo Senyor Francesch Sala q.o Donsell estant ell testimoni ab

son Pare, y Pelabert sastre treballant en dit Monestir de llur offici un dia arribaren allí, y los feren baxar de obrar, y los feren anar derrera de dit Monestir: y alli lo Senyor Jaume Tries feu prendrer un cordell, y medi desde la punta de la paret de hort de dit Monestir anant enves sol ponent, y de la peña, y feu un señal, y alli feu aficar termens dient alls Pares Caputxins, que sino tenian prou terra, que los ne donaria mes: y axis despres de haver aficats alli dits termens per orde, y en presencia de dit Senyor Jaume Tries, axi sen anaren; y mirant quantes canes tirave la terra que avia donada. trobaren que eran vint, y sis canes de cana de llana corrent: y es cert que dits termens venian á correspondrer, á altres que son en terra den vallalta a la part de migdia: y que los ha vistos ell testimoni molt temps estar alli aficats. pero ara de un quant ansá nos hi veuhen; y es cert que son estats, arrancats, y no sab per que causa, y ratio.

La copia auténtica así de la súplica, y tambe de los testigos supra citados, se guarda en este Convento de Capuchinos de Arenys, rubricada con el N. 3. Y fué hecha por el D.to Onofre Just Notario Público en la villa de Arenys Y fueron tomados los dichos testigos, y examinados el dia 13 de Enero del año 1646. Y se han puesto así sus deposiciones auténticas, para que conste siempre la tierra que dieron los Señores Pedro Antich Tries, y el Señor Jayme su hijo al Convento de Capuchinos de Arenys, y para que los Padres Guardianes de este Convento esten cuidadosos de no dejar perder parte alguna de estas 26 canas de terreno del Convento, que fué dado por dichos Señores.

83. — Habiéndose, pues, empezado la construccion del nuevo Convento en el año de 1632, como se ha dicho, acabaríase probablemente hacía el año 1648, pues consta, que la licencia que se dió para bendecir la Iglesia, y capillas nuevamente hechas, se despachó de la Curia de Gerona á 19 de Enero de dicho año 1648. Y la licencia auténtica, que se guarda en el Archivo del Convento, Litt. A, es del tenor siguiente:

84. — Copia de la Licencia para bendecir la Iglesia de este Convento.

« Ab decret del molt R.nt Senyor Don Francesch de Aymerich en quiscumdret D.r Cabiscol major, y Canonge de la seu de Gerona, Vicari en lo espiritual, y temporal General y Official del molt Ill.re y R.nt Senyor Don F. Gregori Pareero, per la gracia de Deu y de la Santa Sede Apostolica, Bisbe de Gerona, y del Consell de sa Magestad. Se concedeix llicencia al molt Rev.nt Pare Provincial da la Provincia de Cathaluña del Orde del Pare San Francisch dels Caputxins, ó al R.nt Pare Guardia del Monestir de Nostra Senyora del Bon Viatge de la Villa de Arens del present Bisbat de Gerona de dit del Pare San Francisch dels Caputxins, que pugan beneir la Iglesia que novament se ha feta en dit Monestir, y tambe las Capellas que ab dita obra se son fetas, dir, y celebrar misas en lo altar major, y capellas de dita Iglesia Data en Gerona á 19 de Janer 1644. — Aymerich V. y off. — Antonius Martí, Notario, etc. »

Cap. II. — La razon por qué se celebra la Fiesta Titular en el dia de la Visitacion.

85. — El Titular del Convento es la Vírgen Santísima, bajo el nombre del: *Bon Viatge*. Y desde su principio se celebraba la fiesta el dia dos de Julio, dia de la Visitacion de la Vírgen; pero despues se mudó en otro dia, tal vez, por parecerles que no concordaba el retablo del Altar Mayor con la Visitacion de la Vírgen. Deseando los de la Villa de Arenys, y tambien los Religiosos, que se volviese á celebrar la fiesta en el mismo dia de la Visitacion, hallándose el M. R. P. Provincial José de Belloch en el Convento de Arenys, el Señor Bayle y Jurados con los Religiosos del Convento le pidieron para su consuelo volviese la celebracion de la Fiesta Titular al propio dia de la Visitacion. Y viendo el M. R. P. Provincial que era muy justa su peticion devota, les concedió lo que pedían y despachó el decreto siguiente:

« Fr. Joseph de Belloch, Ministre Provincial dels Caputxins de la Mare de Deu de Cathaluña. Per quant los Señors Jurats, y Batlle de esta Vila de Arens, y los Religiosos desta familia,

m' han demanat per sa consolacio ques torne la festa desta Casa á 2 de Juliol, dia de la Visitacio de Nostra Senyora a S.[ta] Elizabet, com ants se feya, me ha aparescut condescendir á tan devota petició, per ser eixa la dells Religiosos y de tot lo Poble, com m'han certificat, y perço se diu esta Casa, y Yglesia N.[a] Senyora del Bon-Viatge, en fe de la qual fas la present, sellada ab lo sello major de mon Offici, y firmada de ma propia. Dada en est Convent de Arens, a 'ls 29 de Agost de 1653. — Fr. Joseph de Belloch, Min.[e] Provincial. » — Dicho Decreto se halla en el Archivo del Convento, rubricado con la Let. F.

Cap. III. — **De las Reliquias de los SS. Mártires Cándido y Clemencia, colocadas en la Iglesia de este Convento de Capuchinos de Arenys.**

86. — Son las Reliquias de los Santos (segun S. Juan Crisóstomo) las torres y baluartes que ha puesto Dios en su Iglesia para su defensa: *Ossa enim Sanctorum tanquam turres muniunt Ecclesiam.* — Son un rico y precioso tesoro, dice S. Agustin: *Reliquiae sunt munimenta et quasi pignora nobis a Sanctis relicta.* — Son dádivas del cielo, de tanta excelencia y estima, que las piedras más preciosas no pueden á ellas ser comparadas: y todo lo más rico y precioso que hay en el mundo, es como cosa vilísima respeto de la reliquia de un Santo, dice Teófrido: *Earum excellentiae omnis lapis pretiosus non comparatur: sed quidquid in rebus pretiosum est, in earum comparatione, vilissimum judicatur.* Por esta razon los Egipcios (como dice el Liconense), colocaron en los Reales Erarios, como á tesoro de mayor estima las Reliquias del Patriarca José: *Ossa Joseph custodiebant Aegyptii in Erariis Regum.*

87. — Venera este Convento de Arenys en su Iglesia como á ricos y preciosos tesoros del Cielo las Reliquias de S. Cándido y Santa Clemencia Mártires de Cristo Señor Nuestro, las cuales fueron dadas al Ilustre Señor Don Antonio Pasqual y Lleu de Arenys, Arcediano de la Selva, y Canónigo de Gerona, que despues fué Obispo de Vich, quien despues las dió al Convento de Capuchinos de Arenys, como consta del Acto de la donacion que se guarda en el Archivo del Convento, Let. E: y tambien del Acto de la donacion hecha en Roma en favor del dicho Señor. El cual es como se sigue:

88. — Acta de donacion de las Reliquias de los SS. Mártires Cándido y Clemencia.

« Fr. Joseph Eusanius Aquilanus, Ordinis Eremitarum Sancti Augustini, Dei et Apostolicae Sedis gratia, Episcopus Porphyriensis, Sacrarii Apostolici Praefectus, et Pontificii Solii Assistens. — Universis et singulis praesentes nostras Litteras visuris, lecturis et audituris, fidem facimus et attestamur: Qualiter Nos ad Omnipotentis Dei gloriam, Sanctorumque suorum venerationem, dono dedimus, et consignamus perillustri Domino Antonio Pasqual y Lleu, Archidiacono de Silva, et Canonico Gerundens., Sacras Reliquias Sanctorum Christi Martyrum Candidi et Clementiae, per Nos de mandato Sacratissimi Domini Nostri Patris D. D. Clementis, divina Providentia PP. X, e Coemeterio Cyriacae extractas, et a Sacra Congregatione Indulgentiarum sacrarumque Reliquiarum requisitas, et approbatas, quae in capsula lignea intus serico rubeo cooperta, vitta serica ejusdem coloris ligata inclusimus, eidemque ut praefatas et sacras Reliquias apud se retinere, aliis donare, extra urbem transmittere, et in quacumque Ecclesia, Capella, seu Oratorio publicae fidelium venerationi exponere, et collocare possit et valeat, licentiam in Domino concedimus, et impertimur. In quorum omnium et singulorum fidem praesentes manu nostra subscriptas, nostroque sigillo firmatas expediri jussimus. Datum Romae ex Aedibus nostris, die vigesima quinta Novembris 1675. — Fr. Joseph, Episcopus Porphyriensis. — Loco ✠ Sigilli. — Damianus Censius, Notarius. »

Cap IV. — **Hermandad entre los RR. Párrocos, Vicarios y demas Clériges de ámbas villas de Arenys y la Comunidad del Convento de Capuchinos.**

89. — El Reverendo Señor Párroco de Arenys con los demas Clérigos, en el año 1673, pidieron al M. R. P. Provincial Serafin de Figueras la her-

mandad de los Sufragios entre los Religiosos de nuestra Comunidad, y las de los Clérigos de ámbas villas. Y por ser muy justa y pia, se la concedió, y es como se sigue:

« Nos Fr. Serafin de Figueras, Ministro Provincial de la Órden de los Frailes Menores Capuchinos de nuestro Seráfico Padre S. Francisco de la Provincia de la Madre de Dios de Cataluña, á los que las presentes vieren y leyeren, salud en el Señor.

Por cuanto el muy Rev. Señor Doctor Martin Ric, Rector de la Iglesia Parroquial de Arenys de Munt, y Arenys de Vall, juntamente con los Señores Vicarios, y demas Sacerdotes Residentes en entrámbas Villas é Iglesias, deseosos (para gloria de Dios y edificacion del pueblo) de conservar una espiritual union y amistad con los Religiosos Capuchinos del Convento de Nuestra Señora del Buen Viaje, situado entre las dichas Villas, nos representaron que sería muy de su gusto, se estableciese una hermandad entre dicho muy Rev. Señor Rector, RR. Vicarios y Sacerdotes Residentes, y los Religiosos de dicho Convento; en virtud de la cual se comunicasen recíprocamente los sufragios, que se aplican por las almas de los Difuntos. Ofreciendo dicho Señor Rector, Señores Vicarios y Sacerdotes Residentes, que en muriendo algun Religioso de la familia de dicho Convento, teniendo aviso del Padre Guardian ó Presidente de su muerte, subirán dichos Señores á celebrar una Misa en nuestra Iglesia por el Alma del Religioso difunto y asistirán á su entierro de cuerpo pren.te aplicando la Misa y responso, ó absolta por el Difunto, y cuando aconteciere de uno de los Señores Sacerdotes dirán los Religiosos por sufragio de dicho difunto una Misa. Por tanto estimando (como es razon) á dicho muy R. Señor Rector y RR. Vicarios y Residentes la honra y caridad que nos hacen con la referida hermandad, y queriendo satisfacer á las leyes del agradecimiento, de consentimiento de los M. Reverendos Padres Definidores y afectuosísimo agrado de todos, Ordenamos al Padre Guardian de dicho Convento, que hoy es, y á los que por tiempo fueren, y en ausencia suya sus Presidentes, que acaeciendo la muerte del dicho muy Rev. Señor Rector, ó de alguno de los Señores Vicarios ó Residentes, en teniendo aviso y dada la hora, vaya toda la Comunidad de los Religiosos á la casa del difunto, y allá pren.te el cuerpo, le canten un responso. Y en caso que el difunto hubiera muerto fuera de ámbas Villas de Arenys, irán á cantar dicho Responso á la Iglesia, segun fueran avisados del muy Rev. Señor Rector, ó de quien estuviese en su lugar. Despues vueltos al Convento, celebrarán una Misa por dicho Difunto en el Altar Mayor, á la cual deberán asistir todos en comunidad, encomendando á Dios afectuosamente el alma del difunto y comulgando los Hermanos Coristas y Legos, aplicando la Comunion en sufragio del difunto. Acabada la Misa, saldrán todos á la Iglesia y cantarán otro Responso, y cada Sacerdote le dirá una Misa; cada Corista le rezerá un Oficio de Difuntos doble, y cada Hermano Lego cien veces el Padre Nuestro. Y para mayor y más estrecho vínculo de hermandad, y ostentar más nuestra benevolencia y cariño; conforme á la facultad concedida á nuestro oficio por el Papa Urbano V de feliz recordacion, y por otros Sumos Pontífices: con el tenor de las presentes, recibimos por hermanos espirituales de Nuestra Religion á los sobredichos Señores de ámbas Iglesias de Arenys y á todos sus Parientes dentro del primer grado, y les hacemos participantes de todas las Misas, Sacrificios, Oficios Divinos, Comuniones y demas bienes espirituales que (por la gracia de Dios) en toda Nuestra Provincia se suelen merecer. Y entendemos comprender en esta hermandad, no solamente los que hoy son, sino tambien los que por el tiempo venidero serán: y exhortamos encarecidamente á todos, que en público den una clara demostracion en obras de esta hermandad, para mayor gloria de Dios y edificacion del pueblo. Y todos los Religiosos en sus oraciones y sacrificios procuren con particularidad rogar á Dios conserve y prospere espiritual y temporalmente á dicho muy Rev. Señor Rector y RR. Señores Vicarios y Residentes. Dado en nuestro Convento de Montecalvario de Barcelona, á 2 de Setiembre de 1673. —

Lugar del ✠ Sello. — Fr. Serafin, Ministro Provincial. »

Cap. V. — Número y nombres de los Padres Guardianes de este Convento de Arenys, hasta la exclaustracion de 1835.

90. — Los Guardianes que han regido y gobernado este Convento de Arenys desde que se fundó que fué el año 1618, se ponen aquí con la nota del año que fueron elegidos, como se siguen:

Padres Guardianes.

Fr. Juan Evangelista de Sarriá 1621
Fr. Pablo de Vilagraseta . . . 1623
Fr. Jerónimo de Navata . . . 1624
Fr. Domingo de Barcelona . . 1625
Fr. Buenaventura de Samalus . 1626
Fr. Narciso de Gerona 1627
Fr. Bautista de Calaf 1628
Fr. Cipriano de Elna 1630
Fr. Pablo de Figueras 1632
Fr. Hilarion de Barcelona . . 1634
Fr. Hermenegildo de Manresa . 1635
Fr. Manuel de Granollers, Definidor 1636
Fr. Mathias de Portell 1637
Fr. Felipe de Blanes 1638
Fr. Roman de Valls 1639
Fr. Gabriel de Canet, Definidor . 1641
Fr. Roman de Valls, 2ª vez . . 1642
Fr. Lorenzo de Talavera . . . 1643
Fr. Tomas de Alguayre . . . 1645
Fr. Gabriel de Canet, 2ª vez . . 1647
Fr. José de Canet, Definidor. . 1649
Fr. Hermenegildo de Bel-lloch . 1651
Fr. Feliciano de Barcelona . . 1653
Fr. Pedro de Gerona, Definidor. 1654
Fr. Juan Evangelista de Sarriá 1655
Fr. José de Canet, 2ª vez . . . 1657
Fr. Juan de Vich 1658
Fr. Norberto de Vich 1659
Fr. Pedro de Gerona, 2ª vez. . 1661
Fr. José de Canet, 3ª vez . . . 1663
Fr. Gabriel de Canet, 3ª vez . . 1664
Fr. Severo de Barcelona . . . 1665
Fr. Felipe de Tortosa 1669
Fr. Abdon de Barcelona . . . 1670
Fr. Feliciano de Barcelona, 2ª vez 1672
Fr. Hermenegildo de Olot, Provincial 1673
Fr. Bernardino de Alcaraz . . . 1675
Fr. Felix de Estach 1676
Fr. Gabriel de Alella, Definidor . 1678
Fr. Juan de Prada 1680
Fr. Bernardino de Alcaraz, 2ª vez 1682
Fr. Lorenzo de las Pilas . . . 1683
Fr. Fructuoso de Gerona . . . 1686
Fr. Hipólito de Vilasar, murió Guardian 1689
Fr. Antonio de Barcelona. . . 1690
Fr. Francisco de Mataró, Definidor 1692
Fr. Serafin de Juyá, Definidor . 1693
Fr. Gabriel de Albi 1695
Fr. Serafin de Granollers . . . 1696
Fr. Gabriel de Alella, 2ª vez . . 1699
Fr. Buenaventura de Mataró . 1701
Fr. Bautista de Llevaneras . . 1702
Fr. Tadeo de Olot 1703
Fr. Tomas de Cardadeu . . . 1704
Fr. Tomas de Mataró, murió Guardian en el Convento de Mataró 1705
Fr. Francisco de Villanueva . . 1708
Fr. Tomas de Cardadeu, 2ª vez 1710
Fr. Antonio de la Pobla, Definidor 1711
Fr. Inocencio de Sort 1713
Fr. Vicente de Barcelona. . . 1716
Fr. Inocencio de Sort, 2ª vez . 1717
Fr. Bernardino de Barcelona, Provincial 1721
Fr. Mariano de Cardedeu . . . 1722
Fr. Tomas de Valls. 1725
Fr. Mariano de Cardedeu, 2ª vez 1727
Fr. Francisco di Vilasar, Definidor Provincial 1730
Fr. Dionisio de Seva. 1731
Fr. Hermenegildo de Cardona . 1732
Fr. Bernardino de Verdú, Definidor 1733
Fr. Martin de Llevaneras, Definidor 1735
Fr. Serafin de la Puerta Mayor 1737
Fr. Felix de Granollers . . . 1738
Fr. Martin de Llevaneras, 2ª vez, Definidor 1739
Fr. Francisco de S. Eugenia, 1ª y 2ª vez 1741
Fr. Agustin de Villagrasa . . . 1744
Fr. Francisco de S. Eugenia, 3ª vez 1745
Fr. Jerónimo de Vich, confirmado 1747
Fr. Tomas de Gandesa . . . 1750
Fr. Manuel de Borassá. . . . 1751
Fr. Francisco de S. Eugenia, 4ª vez 1753
Fr. Bernardino de Taradell, confirmado. 1756
Fr. Olegario de Barcelona . . 1758
Fr. Francisco de Tortosa . . . 1760
Fr. Valentin de Olot. 1762
Fr. Ramon de la Bisbal, confirmado. 1763

Fr. Narciso de Barcelona, confirmado 1766
Fr. José Antonio de Ager, confirmado 1769
Fr. Domingo da Argentona, confirmado 1772
Fr. Buenaventura de Peratallada 1775
Fr. Bernardino de Taradell, 2ª vez 1777
Fr. Martin de Barcelona, Definidor 1778
Fr. Domingo de Argentona y de Juny, confirmado 1780
Fr. Francisco de Taradell . . 1783
Fr. José Antonio de Villafranca, confirmado 1784
Fr. Buenaventura de Barcelona, confirmado 1786
Fr. Buenaventura de Barcelona, Definidor, confirmado con dispensa del Rmo. P. General en el Capítulo celebrado en este Convento de Arenys en el año 1789 á 25 de Setiembre . . . 1789
Fr. Antonio de Berga, Provincial 1791
Fr. José Antonio de Arenys, Custodio 1792
Fr. Ramon de Arenys 1795
Fr. Buenaventura de Mataró . 1798
Fr. Querubin de Granollers . . 1801
Fr. Fidel de Verdú 1803
Fr. Serafin de Villanueva . . . 1806
Fr. Felix de Barcelona 1809
Fr. José de S. Vicente de Llevaneras 1811
Fr. Francisco de Argentona . . 1814
Fr. Roque de S. Julian 1816
Fr. Esteban de S. Gervasio . . 1819
Fr. Felix de Sabadell 1820
Fr. Dionisio de Barcelona . . 1825
Fr. Fidel de S. Clemente . . . 1827
Fr. Ambrosio de S. Vicente de Llevaneras 1830
Fr. José Antonio de Arenys, último Guardian, murió en 23 Agosto de 1857

Cap. VI. — **Memoria de los Religiosos que han muerto en este Convento de Arenys, hasta la exclaustracion de 1835.**

91. — Son los siguientes:
El P. Bernardo de Gerona, Sacerdote 1622
El P. Buenaventura de Samalus, Predicador 1647
El P. Antonio de Arenys, Sacerdote 1652
Fr. Ambrosio de Carme, Lego . 1653
El P. Francisco María de Barcelona, Predicador 1660
El P. Arcángel de Figueras, Sacerdote 1669
Fr. Pablo de San Pol, Lego . . 1684
Fr. Francisco de Arbucias, Lego 1685
El P. Francisco de San Vicente, Sacerdote 1685
El P. Felix de Estach, Sacerdote 1685
El P. Hipólito de Vilasar, Guardian, á 25 de Marzo 1688
El P. Francisco de Granollers, Predicador, á 10 de Julio . . 1688
Fr. Jacinto de Artes, Corista, á 2 de Setiembre 1688
Fr. artin de S. Celonio, Lego, á 3 de Diciembre 1697
El P. Pablo de Sarriá, Predicador, á 14 Diciembre 1705
El P. Juan María de Blanes, Sacerdote, á 27 Febrero . . . 1714
El P. Agustin de S. Feliu, Predicador, á 20 Febrero . . . 1716
El P. José de Gerona, Predicador, á 20 de Mayo 1718
El P. José de Barcelona, Sacerdote, á 26 de Enero 1723
El P. Diego de Arenys, Sacerdote, á 6 de Mayo 1723
El P. Justo de Barcelona, Predicador, á 20 de Setiembre . . 1723
Fr. Jacinto de Barcelona, Lego, á 11 Diciembre 1728
El P. Baltasar de Manresa, Predicador, á 16 de Abril . . . 1729
El P. Antonio de Prada Predicador, á 19 de Abril 1729
El P. Isidoro de Arcavell, Predicador, á 16 de Mayo . . . 1729
El P. Fabian de S. Celoní, Predicador, á los 9 de Setiembre . 1733
El P. Nicolas de Mataró, Sacerdote, á 8 Abril 1733
Fr. Diego de Cardedeu, Lego, á 26 de Junio 1735
El Padre Fr. Olegario de Blanes, Predicador, á 27 de Agosto . 1737
F. Agustin de Villamayor, Lego, á .. de Diciembre. 1737
El Padre F. Hilarion de Argentona, Sacerdote, 27 Setiembre 1742
* F. Gabriel de Palafrugell, Lego, á los 6 de Febrero 744
El Padre F. Gabriel de Olot, Sacerdote, á 25 Diciembre . . . 1748
F. Agustin de Muscarolas, Lego, á 21 de Enero 1751

El Padre F. Francisco de la Pobla, Predicador, 26 de Mayo. . . 1751
F. Fabian de Vich, Lego, á 21 de Febrero . . . 1754
El R. Padre Gabriel de Arbucias, ex-Definidor, 17 de Febrero . 1755
El Padre José Francisco de Valls, Sacerdote, 4 de Abril . . . 1758
El Padre Joaquin María de Barcelona, Sacerdote, 18 Febrero 1759
El Hermano F. Mariano de S. Hilari, Corista, 22 Febrero. . . 1762
El Hermano F. Martin de S. Vicens, Lego, 6 de Abril . . . 1762
El Padre F. Antonio de Vich, Predicador, 12 de Abril. . . 1762
El Padre F. Hermenegildo de Mataró, Sacerdote, 21 Febrero . 1764
El Padre Felix de la Bisbal, Predicador, á 20 de Julio . . . 1767
F. Martin de Castellfullit, Lego, á 24 de Junio 1768
El Padre F. Francisco de Sta. Eugenia, Predicador, y ex-Guardian, 24 Enero 1770
El Padre Ignacio de Mataró, Predicador, ex-Guardian, 19 Noviembre 1774
El Padre Estéban de Mataró, Sacerdote, á 30 de Julio . . . 1775
El Padre Andres de S. Julian, Predicador, ex-Guardian, . . 1783
El Hermano F. Francisco de Vilamayor, Lego, ... 1783
El Padre Inocencio de Blanes, Sacerdote, 15 Diciembre. . . . 1788
El Padre F. Domingo de Argentona, Predicador, ex-Guardian, 27 Enero 1793
El Padre F. Antonio de Vilasas, Sacerdote, 20 Junio 1793
El Padre F. Angel de Vich, Sacerdote, á 16 Diciembre. . . 1793
El Padre F. Tomas de San Celoni, Sacerdote, 24 Julio. 1794
El Padre F. Mariano de Arenys, Predicador, se enterró en nuestra sepultura en 23 de Marzo de *1795*, por no poderse enterrar en su Convento de Calella, por servir entónces de Hospital Real 1795
El Padre José Francisco de Llinas, Predicador, ex-Guardian, 1796
El Padre Tomas de Vilamayor, Predicador, ... 1797
Fr. José Antonio de Vich, Lego, fabriquero, pocos años despues de haber edificado este Convento, murió en 1797
F. Tomas de Rupit, Lego, . . 1793
F. Desiderio de Mataró, Lego, carpintero, ... 1798
F. Buenaventura de Vilanova, Corista, ... 1799
El Padre Antonio de Arenys, Predicador, 12 Marzo 1800
F. Salvador de Sallargas, Lego, 19 Diciembre. 1802
El Padre Gaspar de Hortalrich, Agosto 1809
El Padre Serafin de Vilanova, Guardian, Agosto 1809
El Padre Joan-Bautista de Mataró, Dietarista, Predicador, . 1809
F. Patricio de Barcelona, cercador, murió de espanto en una alarma que túvieron los de esta villa, al llegar los Franceses en Calella, á 19 de Febrero . . 1810
El Padre Ramon de Arenys, Predicador, y ex-Guardian, dia 21 de Mayo, murió en casa de sus padres con motivo de la entrada de los Franceses 1810
El Padre José de Berga, Predicador conventual de Tarragona, murió en este Convento, 21 Agosto 1810
El Padre F. Francisco de Taradell, ex-Guardian y Lector conventual de Tarragona, murió el 1º Enero 1813
El Padre Manuel de Arenys, ex-Guardian, murió ahogado en el mar, huyendo de los Franceses, el 13 Agosto. 1811
F. Bonifacio de San Andres, murió el 13 Abril 1814
F. Martin de S. Vicens, Lego, murió á 2 de Abril. 1817
F. Roque de Barcelona, Lego, y enfermero, 1º Diciembre . . 1819
El Padre Antonino de Barcelona, ex-Guardian, á 5 Marzo. . . 1827
El Padre Mariano de Castelloll, Predicador, á 28 Febrero . . 1828
El Padre Clemente de Barcelona, ex-Guardian, á 25 Junio. . . 1828
El Padre Joaquin María de Barcelona, Predicador, Octubre . 1830
El Padre Salvador de S. Juan de las Abadesas, murió en Marzo 1831
F. Juan de Alforja, Lego, murió despues de haber estado diez y ocho años en la cama de mal

de gota, á los 25 Diciembre de 1832
F. Martin de Valls, Lego, murió á 27 de Junio de 1833

CAP. VII. — **Memoria de los Religiosos Capuchinos de Arenys, hasta la exclaustracion de 1835.**

92. — F. Francisco, Corista, tomó el hábito cerca del año 1620
Padre F. Vicente Xifré. . . . 1621
F. Antonio, murió Corista. . . 1630
Padre Antonio, hermano de F. Francisco, murió 1632
F. Martin, Lego, murió en el año de 1637
F. Bautista, Corista, murió . . 1654
Padre Hilario, murió. 1655
Padre Buenaventura, murió . . 1664
F. Felix, Corista, murió . . . 1672
Padre Francisco, Predicador, murió 1681
F. Mariano, Lego, murió . . . 1690
Padre Isidoro, murió 1714
Padre Diego de Arenys, tomó el habito á 9 de Abril 1660
Padre José al 1º de Octubre . 1701
F. Felix, Corista, 5 de Junio. . 1716
F. Francisco, Corista, á 18 de Junio 1716
F. Buenaventura, Corista, en 19 Abril 1723
F. Angel, Corista . . . . . . (?)
Padre Buenaventura, murió . . 1758
F. Mariano de Arenys, Corista, murió . . . . . 1754 en 1795 (?)
F. Antonio de Arenys, Corista, en Noviembre. 1763
F. Ramon, Corista, en 18 Diciembre. 1765
F. Serafin de Arenys, Corista, á los 25 de Abril 1767
F. José Antonio de Arenys, Corista, en 17 Abril 1768
F. Buenaventura de Arenys, Corista, 13 Marzo de 1769
F. Pio de Arenys, á los 10 de Enero Corista 1773
F. Manuel de Arenys, Corista, á los 21 de Noviembre 1773
F. Antonino de Arenys, Corista, á los 5 de Diciembre. . . . 1774
Este murió despues de dos meses que profesó.
F. Anselmo de Arenys, Corista, 1780
F. Tomas de Arenys, Corista, á los 16 de Mayo. 1786
F. Martin de Arenys, Corista, á los 15 de Diciembre 1789
Nota: Este Padre murió ahogado huyendo de los Franceses en 1811
F. Valentin de Arenys, Corista, 13 Octubre de 1793
F. Luis de Arenys, Corista, hijo de casa Canut. Vistió el santo hábito, 25 Marzo 1797
Fr. José Antonio de Arenys, Corista, hijo de Bautista Castelló, en . . . . (?)
F. Jacinto de Arenys, Corista, hijo de José Presas y Rabell, en Febrero 1808
F. Jaime, Corista, hijo de Jaime Carol, en 19 de Setiembre de 1818
F. Luis de Arenys, hijo de Francisco Calcas, vistió el santo hábito el 15 de Octubre de . 1819
F. Luis de Arenys, Corista, 18 Enero 1824
Fr. Zenon, hijo de Manuel Molist y Rosa Gasan, á 7 (6) Setiembre 1825
Fr. Juan Bautista de Arenys, fundador del actual convento, 14 Setiembre 1825
Fr. Silvestre, de Arenys, Corista, 12 Enero 1829
Fr. Buenaventura de Arenys, Corista, 20 Febrero 1831
Fr. Joaquin de Arenys, Corista, 24 Mayo 1831
Fr. Francisco de Arenys, Corista, 28 Setiembre. 1831
Fr. Ramon de Arenys, Corista, 28 Setiembre 1831
Fr. Manuel de Arenys, Corista, 28 Octubre 1831
Fr. Domingo de Arenys, Corista, 14 Marzo 1832
Fr. Tomas de Arenys, Corista, 3 Mayo 1832
Fr. Angel de Arenys, Corista, 21 Noviembre 1832
Fr. Pio de Arenys, Corista, 10 Diciembre 1832

CAP. VIII. — **Señalado Milagro de Nuestro Padre San Francisco, miéntras se hacia el nuevo Convento de Arenys.**

93 — En el Tomo 2 de los Varones ilustres y cosas notables de la Provincia, compuesto por el M. Rev. Padre Pablo de Sarriá, Ministro Pro-

vincial, se refiere el siguiente milagro.

Miéntras iban adelantándose las obras del Convento de Arenys, aconteció el siguiente milagro, que hizo Dios por intercesion de Nuestro Padre San Francisco á un gran devoto de los Capuchinos, llamado Agustin Lligada y Lleu; que ayudaba mucho á la obra, y tenía el cuidado de pagar los albañiles y peones que trabajaban en ella. Este singular devoto tenía un hijo llamado Francisco de su mujer Isabel Lligada, que desde la edad de dos meses enfermó de enfermedad tan larga que le duró dos años contínuos, al cabo de los cuales llegó á tal extremo de debilidad, que no parecía le quedaba ya sino el pellejo y los huesos. Y tan á los últimos llegó que desconfiaban ya todos de su vida, y por momentos esperaban la muerte, y el médico que en este trance llamaron, dijo que sin remedio humano moriría aquella misma noche; y todos veían claramente que se moría, porque había llegado á tal estado que ya ni el caldo que le hacían tomar, podía retener en el cuerpo. Viéndole su padre en este extremo, dijo que ántes que el niño muriese, quería para su consuelo, y por la devocion que á Nuestro Santo Padre profesaba, verle vestido con el hábito de Capuchino. Y queriendo luego dar órden para ello, íbanle á la mano los que se hallaban presentes y aun su misma mujer, pareciéndoles que era aquella accion excusada y sin provecho. Mas él siguiendo su espíritu y devocion, mandó llamar dos Frailes Capuchinos del Convento, para que en su misma casa le cortasen el hábito para su hijo (como se hizo). Y cosiéndole allí de presto se lo pusieron al niño que se estaba muriendo. Oyó Dios (á lo que se puede creer) la intercesion de Nuestro Padre San Francisco por aquel tan especial devoto de sus hijos los Capuchinos, porque desde aquel punto que pusieron el hábito al niño, pudo retener el caldo, y se vió libre de los accidentes de la muerte, no le quedando de su enfermedad otra cosa que la flaqueza, de la cual anduvo convaleciendo, hasta que cobró fuerzas y entera salud, como hoy la tiene. Este milagro me refirieron y testificaron los padres del niño, todos en conformidad como se ha dicho. Hasta aquí el libro citado: fol. 263.

Cap. IX. — **Algunos acontecimientos dignes de nota.**

Nota del año 1793.

94. — Habent lo Señor Dr. Ip. Vicens Pujol y Pastor, obtingut llicencia de Nostre Reverendisim Pare General Fra Angelich de Sarollo pera construhir sepultura per ell y tota sa Familia en est nostre Convent de Menors Caputxins de Arenys de Mar, mediant la intervenció del P. Antoni de Berga, Guardia existent del mateix Convent; se posá ma á la obra en lo mes de Novembre del año 1792, construhintse en lo plano de la sobre dita Iglesia, immediat a la Rexa y Capella de Nostre Sérafich Pare S. Francesch. Qual concluhida, resolgué lo mencionato Dr. Pujol trasladar ab llicencia del Ordinari los cadavers de la quondam Maria Francisca Pujol y Antentas, sa Esposa, y de la quondam Miquela Pujol Dm.ª filla sua, desde sa Parroquia de Santa Vicens de Besalú, Bisbat de Gerona, á la nova referida Sepultura de est nostra Convent, tot lo que se executá ab la major pau y quietut.

Nota del año 1794.

95. — En 25 de Juliol de 1794, morí Vicenta, filla del Dr. Joseph Vicens Pujol y Pastor, de edat de 7 ans, y habent demanat al Senyor Rector y Comunitat de Capellants de esta Parroquia (lo referit Doctor Joseph Vicens Pujol y Pastor) per aque acompañassen en forma de Professó, desde la casa sua fins al Convent (sens passar per la Parroquia) y com se acostuma en semblants funcions de Albat solemne), accediren á la petició, y lo acompañarem fins al Portico, ahont lo rebé la comunitat de Religiosos; y despres de haber (aquestos sols) fet las corresponents exequias, y cantat lo Ofici, se enterrá en la Sepultura propria, que ab la llicencia del Rm̃ Pare General, tenen en la Iglesia de aquest Convent. — Fr. Joseph Antoni de Arenys, Guardia.

Otra nota del año 1794.

96. — Despres de la retirada del Exercit, y entrega del Castell de S.

Fernando de Figueras; se establiren en esta Vila los Hospitals Reals de Exercit, als quals vingueren destinats, pera servir als malats, alguns Religiosos Llechs de la Observancia y Recollecció del S. Pare Nostre San Francesch; dels quals ne moriren dos, á saber: Fra Christoful Valuenzuela, de la Observancia de la Provincia de Granada, y Fr. Ramon Martinez, de la Recollecció de la Provincia de San Miguel de Estremadura alta. Los seus Companys suplicaren si los voliam fer la caritat de enterrarlos en aquest Convent: se accedí á tant justa petició, y se doná sepultura al primer en la nostra tomba; y al segon (per no permetrerho lo exorbitant fetor) en la Plana, ahout se benehi un pedas de terreno; y en aquest puesto se enterraren tambe Dr. Miquel de Santa Maria, Practicant de Medicina, fill de Señor Pere Pescador: Don Christoful Renau Tinent, del Regim.t vino (?) de Valencia: Dr. Joseph Gargot de Figueras; y un albat de Don Juan Versée Consultor de Medicina; tots ab llicencia del Rm. Pare General.

Fr. Joseph Antoni d' Arenys, Guardiá.

Nota del año 1795.

97. — Jaume Arnau y Pruna, sindich de aquest Convent, doná en 3 de Juny de 1795, la Custodia nova (de import de 435 et.), que se colocá en lo mateix dia (vigilia de Corpus) en lo Sacrari. Se dona esta noticia als Successors pera que se recordian de encomanar a Deu a dit Señor Jaume y a tota la sua Familia, molt acrehedora a nostra gratitut.

Fr. Joseph Antoni d' Arenys, Guardiá.

Otra nota del año 1795.

98. — Al 17 Octubre de 1795 se doná sepultura en esta Iglesia de PP. Caputxins de Arenys ál cos del M.t M. Señor Don Lluis Carlo Francisco, Princìpe de Croi y del Sacro Real Imperi, Coronel de Caballeria, Par de France, fill del Exm. Duch de Croi Grand de Espanya de 1 clase, y de la Exma Señora Princesa de Salm Morí lo dia 16 a Octubre del mareix any; y está sepultat es la sepultura adobada en lo plano de la Iglesia contigua a la Capella que vuy dia es de S. Antoni de Padua. En lo mateix dia se trasladá a la mateixa sepultura desde lo cementiri e la Plana, y se coloca sobre lo baul de dit Señor Princep lo baul del Señor Gorgor Aigueras. — Aixi ho continuo F. Bonaventura Guardian. Per la Pascua de Resurrecció de 1799 se estrená una Alcarifa.

Nota particular del año 1802.

99. — El 11 de Setiembre de 1802, llegó á Barcelona, con toda la Corte, nuestro Católico Monarca Don Cárlos IV, por motivo de los matrimonios que se revalidaron en aquella Ciudad del Señor Prnícipe de Asturias con una Princesa de Nápoles, y del Señor Príncipe de Nápoles con una Princesa de España, con asistencia del Rey y Reina de Etruria, aquel Duque de Parma y Placencia, y esta Infanta de España, de cuyo segundo parto que había acaecido viniendo de camino por mar, se celebraron las ceremonias Bautismales en Barcelona. Fueron muy brillantes las fiestas y regocijos que con estos motivos se ejecutaron en dicha ciudad, y á proporcion en todas las ciudades y Villas del Principado, por donde transitó su Real Majestad con todo el Treno de Corte: y dejando á cada uno, que largamente se ocupe en lo que á ellos se refiere, pondré aquí apuntado lo que pertenece á esta Villa de Arenys, elegida por su Majestad para descanso de ida y vuelta de Figueras, en donde fué para visitar aquel Castillo. Lo que hizo entónces la Villa impreso anda en un papel del cual podrá verse un ejemplar en el Archivo, y lo que en este Convento se hizo dícelo la siguiente relacion:

Disposiciones y modos con que este Convento procuró obsequiar á S. M. C.

100. – Con el plausible motivo de haberse dignado su Real Majestad N. C. Monarca Don Cárlos IV hacer detencion en la noche del 17 Octubre de 1802 hasta el 22 por la tarde, en la presente Villa de Arenys de Mar, deseando el Guardian del Convento de Capuchinos, que lo era entónces el Padre Fr. Querubin de Granollers, cooperar por su parte á los obsequios, con que se esmeró dicha Villa en ob-

sequiar cuanto le fué dable y posible á tan digno Soberano y á toda su Real Familia, dispuso con su R.da Comunidad un alumbrado, que al mismo tiempo que fuese plausible objeto á la vista, fuese tambien instructivo y dirigido á inspirar á los espectadores, que no la lisonja debe mover los vivas y el respeto que dirigen á competencia los vasallos á un tan benévolo Monarca, sino que deben absolutamente nacer de aquella religiosa subordinacion y lealtad que nos manda Dios sacrificar libremente á las legítimas Potestades.

101. — Para este fin, se puso en el lienzo de la pared fronteriza de la Iglesia del predicho Convento, una Cruz hueca y cubierta de papel de 20 palmos de alto y cerca 4 de ancho, en cuyos brazos estaba escrito con letras mayúsculas encarnadas, lo que nos dice Dios en los Proverbios: *per me Reyes regnant.* Incontrastable verdad de la Divina Sabiduría en que estriba el fundamento del alto honor y vasallaje que deben tributar los súbditos á las Potestades que gobiernan, como dice el Apóstol (*ad Rom. cap. 13*). Encima la Cruz púsose una como estrella tambien de papel de 25 palmos de diámetro, en cuyo centro estaba escrito, con proporcionadas letras tambien encarnadas, aquel *Viva el Rey* del libro de Daniel que dice: *Rex in aeternum vive* (*c. 3. v. 9*). Al lado derecho de la Cruz, en otra como estrella de 18 palmos de diámetro el mismo Viva aplicado a S. Real Majestad la Reina N.a Señora con aquello del Ps. 44 que dice: *Astitit Regina a dextris tuis;* y con igual estrella al lado izquierdo aplicábase el Viva al Serenísimo Príncipe N.o Señor, con aquello del libro tercero de los Reyes, que dijo David á Bethsabé (*c. 1. v. 30*): *Filius tuus regnabit post me.*

102. — Apoyábase la Cruz sobre un globo verde, fijo á una Corona Imperial, adornada de varios colores, y puesta sobre un proporcionado pedestal, en que estaba delineado el cetro y la espada, y debajo, un lema alusivo al reconocimiento del Pueblo convencido del Poder que va anejo á la legítima Potestad, sacado de aquello del Gen.is cap. 47. v. 25, que dice: *Salus nostra in manu tua est: respiciat nos tantum Dominus noster, et laeti serviemus Regi.*

103. — De una y otra parte del pedestal levantábase uno como victor de luces, terminando la punta debajo el sobaco de la Cruz, con que quedaban más hermoseados y ocupados entrámbos lados. Se dispusieron en todo con simetría, las luces dentro el papel ó en el hueco que había tanto en la Cruz, como en las estrellas, globo, corona, y pedestal, á fin de que su reverbero presentase, lo que se logró, un muy hermoso golpe de vista, como se deseaba, para divertimiento de SS. Reales Majestades, satisfaccion y instruccion al inmenso gentío que tanto de la Villa, como de los Pueblos comarcanos había concurrido á complacerse con la vista de tan Augustos Viajeros.

104. — En la noche del 27 del propio mes y año que se tuvo igualmente el honor y satisfaccion de ver aposentados otra vez en Arenys, en su regreso de Figueras y Gerona, á tan amables Soberanos; correspondiendo no ménos el Convento al gozo universal de la Villa, se esmeró tambien con otro costumbrado, no muy inferior al primero, especialmente en cuanto al número de luces que pasaban de 200.

105. — Tanto en el arribo como en la marcha de SS. Majestades, se tuvo cuidado se hallase presente la Comunidad puesta en fila, á la largo, de modo que todos sus individuos pudiesen ser vistos por sus Majestades, lo que denotaron complacerles esto, con saludarnos desde el coche á todos. Déjese esto prevenido, por si otra vez sucede semejante acontecimiento. Adviértase tambien que la Comunidad no ha de ir con cruz ni otro adminículo de procesion, sino suelta como queda dicho, y reunida en el paraje señalado.

Nota del año 1810.

106. — Nota com lo P. Ramon de Areñs per lo temor de los Francesos dormía en casa la sua mare: casa Pruna: havent en ella caigut malalt se tingué de viaticar, concedint lo Señor Rector y Protector de la Parroquia (á los que se los tingué da fer un memorial) que lo Pare Guardiá portés lo Sagrament, y dos Reverents las d al

máticas de diaca y subdiaca; y altro D. lo pendó: y tota la comunitat del Convent assistí ab ciris del Convent. Se habia concedit lo extramunciando al Padre Guardia. Y aquest, habent mort dit P. Ramon, lo aná á buscar sens pompa: y sols ab estola y ab quatre Religiosos, que lo portaren fins al Convent ahout fou enterrat lo dia 22 de Maig de 1810. — Fr. Felix de Barcelona, Guardiá.

Nota sobre el año 1822.

107. — El año 1822, á 10 de Noviembre, reinando el sistema revolucionario constitucional, fué suprimido este Convento, y conducidos los Religiosos en calidad de presos á Barcelona. Fueron hurtados todos los efectos pertenecientes á dicho Convento y vendidos por el crédito público. Sólo se salvaron los vasos sagrados, y parte de los vestidos pertenecientes al culto, que por disposicion del Sr. Obispo de Gerona se repartieron á las parroquias de Arenys y la de Pineda. El año siguiente 1823, á los 23 de Junio se reunieron parte de los Religiosos que formaban ántes de la supresion la Comunidad, y habiéndoles destinado el magnífico Ayuntamiento la casa del Señor Jayme dita del Bren, con licencia del Illmo. Obispo se hizo en ella una pequeña Iglesia pública con permision de celebrar, confesar y predicar y todo lo demas que se hace en el Convento. Permanecieron los Religiosos en dicha casa hasta el dia 4 de Enero de 1824. En cuyo dia por la tarde se hizo la traslacion del Santísimo Sacramento con una solemnísima procesion á la que asistieron los Comunitarios de la Parroquia con su Cura Párroco, alternando estos con nuestra Comunidad, llevando la custodia el Padre Guardian. Se tardó á efectuarse esta traslacion porque despues de haber evacuado el Convento los revolucionarios, lo ocuparon las tropas francesas, y cuando estas lo dejaron, y nos entregaron las llaves, que fué el dia 2 de Diciembre, estaba tan arruinado, que fué menester trabajar mucho en los dias que median desde el dia 2 de Diciembre al 4 de Enero, para habilitar la Iglesia y reparar un poco el edificio para poderlo habitar. De que d. fe.

Fr. Felix de Sabadell, Guardian.

Cap. X. — Memoria de lo acaecido relativo á este Convento desde el año 1835. (1)

108. — Desde la muerte del Rey Don Fernando VII, acaecida dia 29 Setiembre de 1833, las cosas de España, y particularmente las de la Religion, tomaron un aspecto muy poco agradable y comenzó á perturbarse la paz que habíamos gozado en los años anteriores. La viuda del difunto Rey, regente del Reino, concedió una general amnistia á todos cuantos habían sido extrañados del Reino por delitos políticos, en virtud de la cual volvió á entrar toda la chusma revolucionaria, y aquí comenzó contra la Iglesia, y señaladamente contra los Frailes la más terrible, injusta y más descarada persecucion. Señalando los malvados á los Frailes como enemigos del bien comun, les culpaban autores ó cómplices de todo lo malo que sucedía. Si había enfermedades, eran ellos que habían inficionado las aguas: si se movían guerras, eran ellos que las excitaban: si sucedían discordias, ellos atizaban los ánimos; hasta del cólera, que en el año anterior habia afligido la España, los Frailes habían sido los fautores.

109. — Con esto lograron levantar al pueblo contra los Frailes, hasta hacerle mirar con horror los institutos religiosos, aplaudiendo ciegamente el ideal y las aspiraciones de la revolucion. A tal grado llegó el furor, que ya nadie dudaba de que no acabaría el año 35 sin acaecer la más funesta catástrofe. No se hizo mucho de esperar, llegó el dia en que el rencor de que estaba lleno el ánimo de los Liberales explotó; y ya roto el freno, se precipitaron á los estragos más atroces y más bárbaros. La capital de Madrid dió el ejemplo á los demas arrastrando alevosa y bárbaramente á 40 Religiosos franciscanos, 17 Jesuitas, 9 Mercedarios, y 7 Dominicos en el dia 17 Julio de 1831.

110. — De la Capital el mal se comunicó á todas las otras Provincias. Cataluña no fué de las últimas que siguió el ejemplo. En Reus, en 22 de Julio del año 35 asesinaron á va-

---

(1) Es del P. Juan B. de Arenys, llamado P. Pruna, fundador del actual Convento.

rios Religiosos Observantes y Carmelitas, miéntras las mujeres quemaban ámbos Conventos. Barcelona puso el sello á la funesta tragedia. ¡¡¡ Triste noche del dia 25 Julio !!! ¡ Con horror serás siempre recordada en los fastos de la barbárie!!! En la funesta noche de este tenebroso dia dedicado á la memoria del Santo Patron de España, despues que salieron las turbas de la funcion de Toros, se levantó un grito general de: *mueran los Frailes:* y sin más esperar, como leones furibundos, vinieron á pegar fuego á la mayor parte de los Conventos de la Ciudad, muriendo quemados varios Religiosos, otros asesinados á filo de puñal: 18 de ellos, que huían, perecieron á puñaladas por las calles de la ciudad; y es sin duda que el furor del pueblo hubiera acabado con todos los Religiosos, si el Gobierno no les hubiese trasladado con fuerza armada, á los fuertes de Monjuic, Aterazanas, y ciudadelas, en donde se hallaron reunidos hasta 900 de ellos.

111. — En Mataró fué tambien invadido nuestro Convento en la mañana del 26. No murió Religioso alguno, pero todos padecieron mucho y algunos fueron tambien heridos aunque levemente, ni fué falta de voluntad de los asesinos (entónces les llamaban guias) pues hasta varias mujeres de las que vivían en las cercanías del convento los secundaban persiguiendo á los Frailes con las armas de sus maridos: al cabo de dos dias incendiaron tambien el Convento. En cuanto á este nuestro Convento de Arenys, no fué invadido por los revoltosos puñal en mano, contribuyendo á esta moderacion la prudencia del Alcalde que entónces gobernaba, sino que se obligó á nuestros Religiosos á salirse y dejar el hábito en virtud de la órden general de Cristina, que gobernaba entónces la Nacion.

112. — El Convento, como los demas del Reino, fué declarado propiedad nacional, y, como á tal, puesto en pública subasta: lo compró un extrangero llamado Julian Graselli por una muy baja cantidad, y aun pagada á plazos. Este primer comprador, visto el escaso producto que sacaba de su mal adquirida finca, al cabo de algunos años la revendió al Señor Salvador Castelló, primo hermano del último Guardian el Rev. P. José Antonio de Arenys. Este comprador aterró la Iglesia que hasta entónces se había conservado aunque en estado ruinoso, transformó el edificio del Convento en una quinta de recreo que llamó y escribió en el frontispicio: *Paraiso*; de modo que desapareció por completo todo señal exterior de Convento, no quedando en el interior otro que la bodega.

113. — Pero no quiso Dios que desapareciese la idea de Convento como pretendían los malos; pues, si desapareció el antiguo levantó otro nuevo, valiéndose, como acostumbra en las obras grandes, de instrumentos débiles para que á él se atribuya toda la gloria y no á los hombres. Desde la exclaustracion vivían en la villa como particulares algunos Capuchinos hijos de la misma villa, entre los cuales se contaba el P. Juan Bautista, hijo de la antigua familia de casa Pruna. Este Padre, movido del deseo de ver restablecida nuestra Capuchina Congregacion, formó el proyecto de levantar un nuevo Convento, que sustituyese al antiguo ya asolado. Siempre ocupado de este colosal proyecto, sin contar con ayuda de otro, puso manos á la obra. Poseedor de un terreno que fué posesion de sus padres, fabricó en él una casa donde poder vivir retirado. Solicitó del Gobierno de Madrid la facultad de erigir una Casa ó Colegio de Mision, en donde educar jóvenes para enviar misioneros á Mesopotamia. El Gobierno condescendió, pero expresando en la real órden que nada, en el exterior, apareciese de capuchino, ni en el exterior del Colegio, ni en los individuos. Esta concesion ó Real órden fué firmada dia 18 Diciembre de 1863.

114. — En vista de la concesion del Gobierno, el Señor Obispo de Gerona, Don Constantino Bonet, autorizó al dicho P. Pruna para que convirtiese en Capilla pública la angosta entrada de su casa, cuya bendicion se verificó dia 23 Enero de 1864. Concedió tener en ella la reserva del Santísimo Sacramento, como asimismo predicar, administrar Sacramentos, y hacer los demas ejercicios espirituales; y desde entónces, ya se rezaban en el Coro las Horas Canónicas en comunidad. Pero

á pesar del contrario parecer y consiguiente contradiccion de algunos exclaustrados, que reputaban una solemne temeridad el empeño del P. Pruna en querer llevar á cabo la construccion de un Convento, sin medios pecuniarios, ayuda ni proteccion, el P. Pruna, lleno de confianza en Dios, prosiguió su intento con grande empeño: y el Rmo P. General que sabía muy bien las contradicciones á que nos referimos, léjos de apoyarlas, solicitó y obtuvo de la sagrada Congregacion de Obispos y Regulares un rescripto en virtud del cual quedaba el P. Juan autorizado para recibir novicios y dar la profesion con aquel número de frailes profesos que se pudiesen reunir. De este modo continuó la fundacion; y la nueva Iglesia, aunque no concluida del todo, fué bendecida solemnemente por el Revdo Cura-Párroco el dia 4 de Octubre, fiesta de N. S. Padre San Francisco, del año 1866.

115. — El haber logrado nuestros Hermanos de Antequera una real órden, firmada en 11 Enero de 1877 por el Ministro Martin Herrera, para levantar de nuevo en aquella poblacion nuestro Convento de Capuchinos, avivó sobre manera las ánsias del P. Juan de lograr otro tanto para esta de Arenys. Trabajó inmediatamente su solicitud, y fué presentada el dia 5 Marzo del mismo año. Era entónces presidente del Consejo de Ministros el Señor Cánovas del Castillo. Aunque creía que el recurso se despacharía favorable y prontamente, atendiendo á los muchos é influyentes personajes que tomaron parte, entre los cuales el Nuncio de Su Santidad, no fué así; ántes, con buenas razones, se iba prolongando hasta el 18 Julio de 1879, que se recibió la tan deseada y solicitada real Orden, firmada en dia 11 Julio, cuyo contenido es como sigue: « El Señor Ministro de Gracia « y Justicia dice con esta fecha al « Revdo. Obispo de Gerona lo que si« gue: Vista la instancia elevada á « este Ministe io por Fr. Juan Bautis« ta de Arenys en solicitud de que se « autorice á los Religiosos Misione« ros establecidos en la Villa de A« renys de Mar, para practicar las « Reglas y vestir el Hábito propio de « su Instituto; y atendidos los favo « rables informes de V. I. y del « Gobierno civil de la Provincia de « Barcelona; el Rey q. D. g. se ha « servido disponer se manifieste á « V. I. que no hay inconveniente al« guno en que dichos Religiosos vis« tan el Hábito y observen las Consti« tuciones de su Orden. — De Real Or« den comunicada por el expresado « Señor Ministro lo traslado á V. para « su conocimiento y efectos conve« nientes. Dios guarde a V. muchos « años. — Madrid 11 de Julio de 1879. « — El Subsecretario: Nicanor de Al« baradi. — Fr. Juan Bautista de A« renys. »

116. — El Padre Segismundo de Mataró fué destinado Guardian de este Convento por el Vice-Comisario Apostólico P. Esteban de Adoain, quien llegó el dia primero Setiembre, y con el Padre Santiago de Guatemala destinado á formar parte de la nueva comunidad. Por mandato del Señor Obispo fué restituida á la Tercera Orden la Imágen de Jesus Nazareno colocada desde el año 1835 en un Altar de la Iglesia Parroquial. Miéntras se acercaba el dia de la inauguracion de la comunidad, iban compareciendo los individuos que querían entrar nuevamente en el claustro.

Cap. XI. — **Inauguracion de nuestro nuevo Convento de Arenys de Mar.**

117. — Esta se verificó dia de los Angeles Custodios, 2 Octubre de 1879. Invitado ya de antemano el Rdo. Cura-Párroco y las Autoridades civil y militar, y otras personas principales de la Villa, en medio de un numeroso gentío de personas de ámbos sexos comenzó la Misa solemne, que se cantó con música. El celebrante era un Vicario en representacion del Párroco; los asistentes eran tambien Sacerdotes de la Iglesia Parroquial. Predicó, muy oportunamente, el M. Ilustre Señor Canónigo de Vich Dr. D. Andres Duran, constante amigo y devoto de la Orden. Concluida la Misa, salieron, ya vestidos de Frailes, los individuos de la nueva Comunidad. Se entonó el *Te Deum*, y se prosiguió, miéntras los Religiosos se abrazaban mutuamente. Lloraban de contento los

circunstantes que presenciaban tan tierno acto. Todo eran aplausos, todo felicitationes y enhorabuenas. La nueva Comunidad constaba entónces del R. P. Guardian Segismundo de Mataró, P. Juan Bautista de Arenys (Pruna), P. Ramon de Arenys hermano del P. Juan Bautista, P. Pedro de Llissá de munt, P. Juan de Cornudella, P. José de Alpens, Padre Santiago de Guatemala; y de los Hermanos legos: Fr. Luis de Manresa, Fr. Serafin de Vilaoblereix, y Fr. Domingo de Olot. Se convidaron á la mesa varios individuos: entre ellos el Alcalde D. Rafael Vivas, y el Médico D. José Pinar. Se celebró en seguida un solemne Triduo de accion de gracias á la Divina Pastora, con exposicion; predicando el primer dia el Padre José de Alpens, el segundo el P. Guardian, y el tercero el P. Juan Bautista: siempre con mucha asistencia de fieles. El dia 18 se empezó á dar la sopa cotidiana á los pobres; y el dia 23 fué el primero de levantarse á Maitines á media noche.

118. — Por ausencia del Rmo. Padre Comisario Apostólico Fr. José de Llerena, quedó encargado de los negocios de nuestra Congregacion, el Padre Esteban de Adoain, quien vino á visitar este Convento el dia 28 del propio mes de Octubre. En 8 de Marzo de 1881, fué elegido por la Sagrada Congregacion de Obispos y Regulares en Comisario Apostólico el Padre Joaquin M.ª de Llevaneras, que vistió el hábito en Guatemala.

III. — Notas autobiográficas del P. Juan Bautista de Arenys, fundador del actual Convento. (1)

119. — Desde mi más tierna edad, me sentí llamado al estado de Religioso Capuchino, cuyo hábito vestí dia 14 Setiembre de 1825. Despues de mi solemne Profesion, que fué dia 15 Setiembre de 1826, fuí destinado al Convento de Olot, para empezar el curso de Filosofía bajo la direccion del P. Jerónimo de Barcelona. En 1831 pasamos al Convento de Villanueva para proseguir los estudios; y al año siguiente nos trasladaron á Barcelona, en cuyo Convento concluimos los estudios Teológicos, y en 1833 salí Predicador y me ordené de Presbítero. Fuí destinado de Comunidad al Convento de Blanes, y en el mismo año recibí obediencia para pasar de familia á Mataró. En este Convento vivía muy contento gozando de las delicias del claustro, y todos mis pensamientos estaban ocupados en escribir sermones para empezar mi carrera apostólica como que prediqué las Domínicas en la Parroquia, un Novenario de ánimas en el Hospital, la Cuaresma en Dos-Rius y Cañamás, el Novenario de ánimas en Vilasar de Dalt, y algun otro sermon. Pero esta para mí tan deliciosa vida debía durar muy poco, y concluir en los aciagos dias del año 1835, cuando en la fiesta de Santiago Apóstol, empezó en Barcelona el degüello de frailes é incendio de sus conventos.

120. — En nuestro Convento de Mataró, en donde yo residía, estuvimos ignorando lo que pasaba en Barcelona hasta que yendo á predicar á la Parroquia en el dia 26, sobre las nueve de la mañana, por el camino me llamó á parte el criado del Convento, y me hizo saber que en Barcelona estaban ardiendo 5 Conventos. ¡¡¡ Qué trago tan sabroso para esforzarme á predicar!!! Fué providencial el que yo predicase aquel dia, pues á haberme encontrado en el Convento cuando fué invadido — poco rato despues de haber salido de él — por los asesinos (Guias que llamaban entónces), me hubieran asesinado pues me buscaron particularmente. Al bajar del púlpito me refugié en casa de una Señora viuda (Señora Rosa Brunet), vecina de la Parroquial: despues, saltando la tapia, pasé á la Rectoría hasta el dia 30. Luego que lo supo mi madre, vino con mi hermano á visitarme, pero con todo secreto. Despues me trasladé á casa de una buena mujer (Teresa Pasan).

121. — Pero como contínuamente tenía noticias alarmantes de que iban á registrar las casas en busca de Re-

(1) Para honrar la memoria del celoso fundador del Convento de Arenys de mar, y para presentar como un compendio de las vicisitudes por las cuales pasaron gran número de exclaustrados del año 1835, creemos oportuno entresacar de los papeles de dicho Padre, conservando el estilo sencillo y familiar de su autor, estos datos biográficos.

ligiosos para asesinarles, solicité pasaporte para el extranjero bajo un nombre supuesto; y convenidos con el P. Agustin de Barcelona, salimos de Mataró en la diligencia el dia 2 de Agosto por la mañana, disfrazados de seglares. En Arenys debía juntarse á nosotros el R. Antonio José Conchs, que nos esperaba en casa. Allí paró la diligencia. ¡Qué paso tan triste fué este! Todo debía hacerse sin publicidad, y sin dar la menor señal ni ser conocidos. Mi madre salió hasta la puerta. Con una expresiva mirada nos penetramos mutuamente; una gruesa lágrima anubló nuestros ojos... Subió el venerable sacerdote. El Conductor da el grito á los Caballos. Al arrancar el coche, señalé á mi madre y hermanas un afectuoso *dios*. Para mis dos hermanas fué mi *adios* eterno... Aquí comienzan mis tragedias.

122. — Cuando en Mataró se nos ofreció darnos pasaporte por donde quisiéramos, yo y el P. Agustin de Barcelona lo pedimos para la Selva de mar en donde teníamos proyectado (con el R. Conchs) embarcarnos para Francia; pero, fuese maliciosamente ó por equivocacion, nos lo dieron por Casá de la Selva en donde se estaba actualmente reclutando peseteros para ayudar á la revolucion; así es que no atreviéndonos tocar á tal punto, tuvimos que apearnos de la diligencia, quedándonos en medio de la carretera sin saber á donde dirigirnos. (Olvidaba decir que al pasar por Calella, vimos que en nuestro Convento entraban y salían la gente ganando la Indulgencia de la Forciúncula). Fuimos á parar en el pueblo de Mallorguinas en donde pernoctamos en medio de los mayores peligros, y al otro dia en un carro llegamos á Gerona en donde permanecían todavía nuestros Frailes. ¡Qué angustia nos causó y causamos á aquella Comunidad! Aquel Guardian lloraba como un niño.

123. — Despues de comer algo partimos para Figueras. Esta villa estaba tan agitada, que la Señora á quien íbamos recomendados nos dijo que á pesar de sus deseos de protegernos, nos aconsejaba marchar inmediatamente, por cuanto corría la voz de que iban á saquear las casas buscando Religiosos para asesinarles y perder las casas que les ocultaban. Nos hizó acompañar y salimos con precipitacion, y llegamos á Castelló á la ocasion que echaban fuera de su Convento á las Monjas. Aquí dormimos, y al otro dia, que era el 5 Agosto, llegamos á la Selva de mar con el intento de embarcarnos para Francia. Desgraciadamente se celebraba en el Pueblo la fiesta mayor, por cuyo motivo había muchos forasteros. El ver reunidos en una casa tres desconocidos les llamó la atencion; sospecharon si serían Carlistas ó Frailes disfrazados, y al improvisto vimos rodeada la casa de gente armada, que dejaban entrar á quien quería entrar en la casa, pero no permitían salir á nadie. ¡Qué susto nos asaltó!

124. — Se nos prendió como criminales ó como cabecillas y con tanta algazara como si, con nuestra captura, estuviese ya acabada la guerra. Sería como las 7, y nos condujeron en medio de Milicianos armados á la casa del Alcade, y allí en presencia de muchos del partido se nos interrogó, se nos insultó y de un modo tan brusco é irregular, que bien daba á entender aquel Alcade estar tomado del vino, como se nos aseguró despues. Parecía un remedo del tribunal de Caifas, sólo que no se halló un Malcos que nos descargase la bofetada, pero sí muchos insultos, muchas befas, singularmente despues que supieron que éramos Religiosos. Nuestra captura fué en el Puerto de la Selva, y el que nos prendió nos mandó conducir á la Selva de mar distante una media hora. Era ya de noche, y supuesto el furor de los que debían conducirnos, ya no dudábamos sería aquella la última noche de nuestra vida, y nos dijimos mútuamente y entre dientes: *Hermanos, vamos á morir.* Nos confirmamos en nuestros temores, cuando al emprender la marcha, se pusieron á cantar tumultuosamente, y uno de ellos á encararnos el fusil con frecuencia como quien iba á descargar; hasta que yo como el más animoso, me atreví á decirles: *Si tienen órden de fusilarnos, que nos lo digan, que nos confesaremos; y si no, no nos hagan agonizar.* Desde entónces se moderaron, y comenzamos á tomar aliento y á respirar.

125. — Llegados á la Selva, en medio de un gran gentío, nos metieron en la cárcel. Pero, ¡oh divina Providencia, como velas siempre á beneficio de tus creaturas! en medio de aquel aparato de una desenfrenada soldadesca, que no trataba más que de afligirnos, una buena mujer (sin duda fué para nosotros un Angel), madre y esposa de algunos de los que nos conducían, compadecida de nuestra situacion, nos consoló, nos animó, nos trajo chocolate, sin querer recibir ninguna paga, y nos proporcionó colchones en que descansar. Dios te lo pague, buena mujer: jamas olvidaré tu nombre: se llamaba Bosquetona. Por una gracia particular se nos permitió tener luz para rezar. Se cerró la puerta de la cárcel, pero se quedaron á fuera los que nos guardaban con las armas, y toda la noche estuvieron mortificándonos con cantares indecentes, con groseros insultos alusivos al desastre que nos esperaba al otra dia. Efectivamente se nos anunció que por la mañana seríamos presentados al Señor Gobernador de Figueras, que era decirnos que ibamos á ser asesinados, supuesta la pésima disposicion en que estaba la villa contra los Frailes y habíamos presenciado el dia ántes... ¡Qué noche tan fúnebre fué esta! Al pensar ahora en ello me horrorizo. ¿Qué harán de nosotros? ¿Qué será? ¡Qué actos tan heróicos de conformidad! El que discurría más benignamente pensaba que nos mandarían á Monjuic ó Aterezanas de Barcelona, y que en uno de aquellos calabozos moriríamos consumidos de necesidad. Prevaleciendo en mí esta idea, me acuerdo que un duro que era todo mi caudal me lo cosí en mi escapulario, pensando me serviría para mis primeras necesidades, cuando estaría en la cárcel. Pasamos aquella triste noche gimiendo y suspirando: y si nos dormíamos algo, despertábamos al improvisto sobresaltados por sueños fúnebres y espantosos.

126. — Amaneció el dia 6, y despues que se nos permitió tomar chocolate con la familia del que nos capturó, á ruegos de su Señora que era muy buena cristiana, á las 5 de la mañana emprendimos el camino para Figueras; el P. Agustin de Barcelona iba a pié, Antonio José y yo íbamos montados. Fijados en la idea de que al llegar á la villa seríamos asesinados, pedíamos encarecidamente al Comandante de la partida que nos conducía, no nos hiciese entrar en ella, pero era siempre en vano. Como estaba mandado por el Gobierno que los pueblos tocasen á somaten al descubrir gente armada que se acercaba, en todos los pueblos por donde pasábamos, al sonido de la campana, salían todos los vecinos para vernos llegar; cada uno decía la suya, y el que ménos nos trataba de facciosos, ni faltaba quien nos insultaba muy groseramente. ¡Qué camino tan amargo! Tanto pedimos y tanto suplicamos á D. Esteban Cammany (el que nos capturó y nos llevaba presos á Figueras) que no nos entrara en la villa, que condescendió y nos dejó (siempre con los milicianos armados) en Vilabertran y él se fué solo á Figueras á informar al Gobernador de la gran presa que había hecho.

127. — Quedamos encomendados á la soldadesca, que había ya dejado su modo brusco y riguroso y nos trataban como amigos; pero en cambio vinieron unos cuantos armados de aquellos pueblos vecinos, ofreciéndoseles para ayudarles á asesinarnos. Fueron rechazados, y quedamos nuevamente en paz. Vino finalmente el Comandante de armas, que como he dicho, había ido al Gobernador de Figueras, y nos anunció muy contento que el Gobernador le había dicho que nos volviese á la Selva y que tuviesemos toda la villa por cárcel hasta segunda órden, y que habíamos de *pagar los gastos de habernos capturado*. Grande fué el contento de todos; desde entónces prisioneros y soldados éramos unos, todo era protesta de afecto por parte de los que nos acompañaban, cada uno presentaba sus méritos, todos eran muy honrados, y casi todos servían á la Iglesia, quien de Sacristan, quien de Obrero, quien de Campanero: en fin todos se volvieron repentinamente Santos. Comimos juntos costeando nosotros la comida, y luego nos pusimos en marcha otra vez para la Selva de Mar.

128. — Allí nos pusimos á dispensa

en una casa de una buena familia llamada *Casa Picó* (todavía vivía el dueño cuando en el año de 1859 fuí á predicar en dicho pueblo, y me llenó de obsequios). La generalidad de la poblacion nos amaba y respetaba: pero en aquellos dias sucediendo en Barcelona que arrastraron por las calles el General Basa, algunos comenzaron á desmandarse contra nosotros; lo que nos movió pedir á D. Esteban que nos facilitase el refugiarnos á Francia. Condescendió á nuestra súplica, y el dia 14, de buena mañana, salimos, acompañándonos él mismo con unos cuantos de sus dependientes armados. Pasamos por Cervera; aquí comimos juntos, y á las 7 de la mañana llegamos á Bañuls. — Aquí acaba el Acto primero de mi tragedia y va á empezar el segundo.

129. — El Comisario que se llamaba Ant. Basseras, para quien llevábamos cartas de recomendacion, nos hizo acompañar á Port-Vendres por gendarmes, con otros tres Religiosos Observantes que se nos habían juntado, en donde pasamos la noche en una posada, pero con suma vigilancia de la autoridad como prisioneros, que eramos, aunque se nos disimulaba. Por la mañana del 15 Agosto partimos, escoltados siempre de gendarmes, por el Boló. Aquí nos vimos muy insultados de algunos descarados, dando voces de *matarles, matarles.* Al llegar iban á ponernos á la cárcel: pero, á nuestra resistencia, un gendarme movido á compasion nos afrancó y nos tuvo en su casa, en donde comimos y dormimos sobre la paja de los animales; y el dia 16 nos acompañaron á Ceret, cuyo Subprefecto nos dió un salvo-conducto con el cual quedamos libres y partimos para Perpiñan, en donde se nos dió pasaporte para Italia.

130. — Llegados á Narbona, fuimos á parar en un meson del que tuvimos que salir á causa de un fetor tan grande que no lo pudimos aguantar. En todas partes encontrábamos Religiosos españoles fugitivos; en las posadas nos reuníamos á veces hasta 22. En todas partes, molestias, incomodidades casi insoportables: por las posadas abundancia de chinches, que no nos dejaban reposar. A las 9 de la noche del dia 20 nos embarcamos en el barco del Canal R. Conchs, P. Agustin, P. Jerónimo de Valls, y yo.

131. — El dia 22 llegamos á Montpeller, y por consejo del Señor Vicario General, fuimos á pedir socorro al Hospital de S. Eloi, en donde fuimos bien recibidos y mejor tratados. Despues de concluir la Misa dia 21 estábamos los cuatro reunidos sumamente afligidos, lamentando nuestra tan crítica posicion. Determinamos salir por si encontrábamos algun español, Entramos como casualmente en la Iglesia de San Roque, y allí, ¡oh dulcísima providencia del Señor, cómo te complaces en consolar á los que en ti confian! allí encontramos una Señora hija de Barcelona, que conociendo éramos españoles, nos puso bajo su proteccion, nos llevó á su casa, nos acompañó al Cura de la Parroquia, que nos dió una limosna, y despues acompañados de los Vicarios á otras muchas casas: todas nos socorrieron con limosnas, de modo que recogimos 7 duros para cada uno. Se practicaron algunas diligencias para que se nos permitiese quedar en Montpeller, pero no habiéndolo logrado, marchamos para Lunel dia 27 con 3 Señoras de la familia Duran (es la casa de la Barcelonina) que nos acompañaron. A las 5 de la mañana del 29 salimos para Nimes, y con una carta de recomendacion que nos dió el Rector de Lunel para el Vicario General, se nos alojó en aquel Seminario.

132. — El dia primero Setiembre, á las 6 y $1/4$ partimos de Nimes para Aix distante 16 horas. En Aix fuimos al Convento de Capuchinos en donde comimos, pero con disgusto por no ser la comida aderezada como acostumbramos nosotros. Despues de la cena nos fuimos á descansar. Dia 4, marchamos para Antibes á donde llegamos dia 5, y encontramos 13 Capuchinos que esperaban para ir á la cuarentena que se exigía para ser admitido en Italia. Miéntras estuvimos allí detenidos, el Gobierno Frances nos daba 12 sueldos cada dia.

133. — Dia 12, llegó Fr. Nicolas de Odena, y me dijo que mi pobre hermano Fr. Ramon estaba en Tolosa. Sumamente contento de saber de él, y lograda licencia para re-

gresar con el P. Agustin á Montpeller, le escribí que se viniese allá. Luego nos pusimos en camino, y al llegar, ya le encontré que me esperaba, y nos abrazamos tiernamente. Continuando los Señores Duran el mismo cordial afecto hácia nosotros, que nos cobraron la primera vez que pasamos por Montpellier, nos recibieron con mucho agasajo y nos cedieron para nuestra estada una deliciosa casa de campo, que tenían á muy poca distancia de la ciudad. Aquí vivíamos el P. Agustin, el hermano y yo: pero como no podía contar sino con la escasa limosna de la Misa, tuve que conformarme al sacrificio de separarme de mi hermano colocándole, como criado, con unas Monjas que vivían en la ciudad. Mi pobre hermano se sujetó á este humillante oficio, ó más bien, él mismo se lo buscó para mi alivio y para que pudiese ahorrar algo para poder pasar á Italia, lo que con tanto ardor deseaba: pero dispuso Dios que le saliese un grave mal en un pié, que imposibilitándole de caminar, fué indispensable restituirle á nuestra quinta.

134. — Aquí vivíamos los tres siempre anhelando regresar á nuestra patria. No sabíamos hablar de otra cosa; siempre inquiriendo noticias, alimentando esperanzas que siempre salían vanas; al mes que viene, decía uno, ni tardarémos tanto... Por Navidad no será, respondía el apasionado P. Agustin, pero por la festividad de los Reyes, no hay duda, ya estarémos nuevamente restituidos á nuestros Conventos. ¡En tanto grado el deseo de nuestros claustros nos tenía ilusionados!

135. — Yo iba todos los dias á decir Misa al Hospital de S. Eloy. El Capellan, llamado Mr. Plantier, que despues fué Obispo de Nimes, me favorecía cuanto podía, y una Hermana de la Caridad, llamada hermana Provensal, me daba mucha ropa y Misas. El hermano no cesaba de importunarme para que nos fuésemos á Italia, por el amor que tenía al santo hábito y por la comodidad de proseguir sus estudios. Yo, debo confesarlo, no tenía tan fervorosos deseos; lo iba prolongando, hasta que me decidí viéndolo indispensable para su bien. Salimos pues de Montpellier para Italia el 18 de Noviembre á las ocho de la mañana, con los Padres José de Igualada y Narciso de Llagostera nuestros inseparables compañeros de viaje, despues de dos meses y 11 dias de permanencia en Montpellier. Pasando por Nimes, visitamos á nuestros hermanos que vivían en la ciudad, los PP. Valentin de Arenys y Dionisio de Barcelona. Llegados á Aix á las 12 del dia 19, sabiendo que en esta ciudad había un pequeño Convento nuestro, fuimos á visitarle, quedando muy edificados de la mortificacion, austeridad y santidad de aquellos Religiosos.

136. — De Aix salimos á las 10 de la mañana del dia 2 Noviembre, con dos otros compañeros que se nos agregaron el P. Manuel de Olot, y el P. Antonio, Escolapio, que nos acompañaron hasta Lui. Este Padre estaba de muy buen humor, y nosotros le secundabamos cantando y saludando á cuantos encontrabamos por el camino. En Antibo, (entónces) última ciudad de Francia, no nos detuvimos sino una hora. Era el dia 21 Noviembre á las 12 del dia, cuando salimos para Niza primera ciudad del Rey de Cerdeña: cuando estuvimos á la mitad del puente de Var, que divide la Italia de la Francia, dimos una burlesca serenata y desdeñoso *Adios* á todos los protestantes y revolucionarios de Francia, causa original de nuestras presentes calamidades, pues jamas á no haber venido con su caudillo Napoleon a desmoralizar la España, hubiesen llegado los Españoles á cometer tamaños excesos. A poco rato de vadeado el rio, descubrimos la hermosa Niza.

137. — El carácter ingenuo de la gente, su hablar más clara é inteligible, el cariñoso atractivo de los Nizardos nos hizó olvidar el cansancio y molestias de tan largo camino... Ya estamos en la suspirada Italia: á las tres de la tarde del 21 Noviembre del año 1835 entramos en este delicioso pais. Preguntamos luego por el Convento, que está como á una legua de la ciudad en una muy amena colina: caminábamos ligero en alas del amor y deseo, nuestros corazones henchidos de gozo al recordar que nos hallábamos en pais en donde se amaba la Religion, y eran muy apreciados los

Frailes. Yo solo iba vestido de Prêtre frances, con mi tricuspis en la mano, preguntando á cuantos encontraba si estaba todavía léjos nuestro Convento de Capuchinos de S. Bartolomé. Y cuando observábamos que nadie nos veía, dábamos tres ó cuatro brincos de contento. Llegamos finalmente; fuimos óptimamente recibidos del Superior.

138. — Aquí encontramos los Padres Pedro-Pablo de Barcelona, Guardian de Gerona, José-María de Granollers, Manuel de Reus, Arcángel de Palandá, Gabriel de Rippoll, Ignacio de Vich, y los Legos Manuel de Pontons, Felix de Perafita, Vicente de Sarriá, y Serafin de Cardona. Por demas es decir el contento de todos estos nuestros hermanos, y el nuestro en esta dulcísima reunion... Conversamos larguísimamente, volvíamos á conversar; cada uno contaba su historia, sus aventuras, que aunque variadas eran igualmente desastrosas. Gustosos nos hubieramos quedado en este Convento, pero no era posible por falta de local. Tres dias reposamos en él; íbamos á pasear; fuimos un dia á ver las Iglesias de la ciudad: entramos en una en ocasion que se estaba predicando, nos detuvimos escuchando el sermon que no entendíamos, y aquel lenguaje y entonacion de voz nos hizó tanta gracia que, como suele suceder, no podíamos contener la risa, y tuvimos que salirnos.

139. — No pudiéndonos quedar en Niza (pertenece á la Provincia del Piamonte) tratamos de marchar. El Padre Guardian nos dió cartas de recomendacion para el Convento de Grecio en donde nos prometíamos estar colocados, y al mismo tiempo escribió al P. Provincial residente en Torino para que nos mandara la obediencia al indicado lugar. Partimos pues el 24 Noviembre. Andamos todo el dia por la deliciosa Ribera de Génova, siempre costeando el mar. A cada rato se hallaba un pueblecito, y los más se gloriaban de tener un Convento de Capuchinos. Pasando por Puerto-Mauricio fuimos á ver un muy suntuoso templo que se estaba concluyendo dedicado al glorioso Mártir S. Mauricio. Ya tarde, llegamos á S. Remo; y nos alojamos en nuestro Convento. Salimos de buena mañana el 25, y caminando ligero, llegamos á Oneglia á las 10 de la mañana.

140. — Hasta aquí y no más duró nuestro peculio, y exhausto ya nuestro bolsillo tuvimos que conformarnos á caminar á pié; llamamos á la portería de nuestro Convento, salió uu Fraile viejecito y pedimos por el Guardian; y este nos respondió: *Soy yo el Guardian.* Nos hizó dar de comer, y comprendiendo no debíamos quedarnos, nos marchamos concluida la comida. Aunque los PP. José y Narciso no habían concluido su dinero, á fuer de buenos compañeros, no quisieron dejarnos y se conformaron á caminar á pié. Llegamos ya tarde á Burgomoro; nos fuimos al Convento de los Padres Observantes, que nos recibieron con mucha caridad. De aquí partimos la mañana del 27, y despues de haber andado unas 4 horas, llegamos á la Pieve. El Padre Guardian de este Convento era el hombre más cariñoso de todo el mundo, y se llamaba P. Benito de Génova. Nos recibió con demostraciones extraordinarias de contento: nos brindó y hasta rogó que nos quedásmos: pero como estábamos ya comprometidos con la Provincia del Piamonte, no podíamos quedarnos en la de Génova. Tal vez hubiéramos acertado quedándonos en el templado clima de Génova, pues íbamos, sin saberlo, á sepultarnos entre montones inmensos de nieve en el Piamonte.

141. — Ibamos á tocar ya el término de nuestro viaje. A las 7 de la mañana del 27 salimos de la Pieve. En Onelia dejamos el camino de la Ribera del ciosa, que conduce á la hermosa ciudad de Génova, y desde entónces íbamos internándonos entre montañas al estado Piamontes. A medida que ibamos alejándonos del mar, los lugares y pueblos iban perdiendo su aspecto halagueño, y tomando un semblante hórrido y sombrio; descubríanse, á poco distancia, altos montes cargados de nieve: y el frio que siempre crecía, los árboles desnudos de frutos y de hojas, los rios helados, todo nos indicaba ser el invierno del Piamonte rígido al extremo. En la última jornada la nieve no se contentaba ya con cubrir los montes, sino que estaba apoderada tambien de los llanos; y

desde que salimos de la Pieve hasta que llegamos á Garecio, caminamos siempre sobre hielo y pisando nieve. Llegamos á Ormea, poblacion muy cercana á Garecio, casi muertos de frio, y apretados por el hambre. Aquí comimos algo, nos calentamos bien las piernas, y partimos á concluir nuestro viaje.

142. — Llegamos al Convento que serian las 4 de la tarde. Como el P. Guardian, por carta nuestra, sabía nuestra ida, nos recibió con demostraciones extraordinarias de cariño. Toda la Comunidad salió á felicitarnos y darnos la bienvenida. Nos llevaron al calentador en donde se encendió un gran fuego para calentarnos; nos lavaron los pies; en fin practicaron con nosotros todos los oficios de una religiosa hospitalidad. Al otro dia vinieron varios Señores á visitarnos, unos por curiosidad, otros por compasion. Todos escuchaban atentos la relacion que les hacíamos de nuestros quebrantos, la tragedia de nuestra exclaustracion, los peligros en la huida, los trabajos en el viaje, y el sentimiento que tuvimos al dejar nuestra amada Patria. Les dimos tambien á gustar la harmonía del canto español: las canciones del Niño-Dios les arrebataban; y todo confería á aumentar siempre más el cariñoso afecto que nos profesaban.

143. — Pero un accidente bastó para cambiar la escena. El Guardian envió á buscar sayal á Turin para hacernos hábitos y capas nuevas; pues intentaba vestirnos con gran fiesta públicamente en la Iglesia, ni más ni ménos que si entráramos por Novicios. Nosotros nos opusimos, presentándole los motivos y los inconvenientes: él insistía fuertemente, pues tenía mucha gente convidada para la funcion, hasta que al fin protestamos con toda formalidad que jamas consentiríamos á esas sus pretensiones.... Esto bastó para cambiar el teatro. Desde este momento dejó las caricias, cesaron los aplausos, y tomó un aire serio y ni se abstuvo de decir que los españoles éramos muy orgullosos y arrogantes (1). Cesaron los cantos; se acabaron los cuentos de alegría, y ya no nos quedaba otro consuelo que el amargo desahogo de lamentar entre nosotros los grandes males de nuestra cara Patria. ¡Ay! con cuánta frecuencia volvíamos los ojos llorosos hasta España, y saludando respetuosamente nuestros extinguidos Conventos, exclamábamos: « Dulce reposo de nuestro corazon, ¡ qué te has hecho! »

144. — Dia 24 Diciembre volví á tomar el santo hábito despues de 5 meses que el liberalismo español me lo arrancó ignominiosamente de encima. Continuando nuestros disgustos y desazones, la Providencia quiso librarme de ellos ordenando que el P. Provincial, *motu proprio*, me trasladase al Convento de Ceva ó Cheva. Recibida la obediencia, sin detenerme, me marché dia 28 para Ceva, en donde encontré al Padre Felipe Neri de Granollers, Fr. Salvio de Canet, Manuel de Manresa, Bartolomé de Manresa, al P. Guardian Francisco de Ossiglia, P. Juan Vicencio de Loano, P. Dámaso de Céugio, P. Felipe de Caramaque, Fr. Vital de Montesencio, y Fr. Gregorio de Bañasco. Lo primero que hice fué hacer diligencia para con el Guardian para lograr que viniese el P. Ramon á este Convento para estudiar con los otros tres Coristas catalanes, que ya cursaban con el P. Felipe Neri. Así acabó el año 1835, y primero de nuestro destierro.

Año 1836.

145. — Conseguida la gracia de que viniese á este Convento de Ceva mi hermano, llegó el dia dos de Enero. Aquí vivíamos siguiendo en todo la Comunidad, que nos amaba y compadecía, sufriendo los rigores del intenso frio. Desde ántes de la fiesta de Todos los Santos, hasta ya pasada la Pascua, toda la tierra estaba cubierta de nieve que se helaba y quedaba dura como la piedra. Nevaba con frecuencia y tan copiosamente, que para que los techos no se hundiesen, iban unos hombres con palas echándola abajo. Estábamos tan penetrados del frio que

(1) Era para aquel venerable Guardian cosa tan extraordinaria la exclaustracion de España, que de buena fe pensó poder y tal vez deber hacer tal ceremonia, lo cual, como se comprende, no podia tolerarse por ser contrario al estado de profeso solemne y sólo excusable por la buena fe. No por esto se dejó de reconocer su caridad constante.



á veces nos hallábamos sin sandalias en los pies sin advertir cuando las perdíamos. Las pilas del agua bendita del Convento y de la Iglesia eran un pan de hielo. La tinta se nos helaba, y si queríamos estudiar ó leer, era indispensable hacerlo cerca del fuego del calentador, ó metidos dentro la cama, cambiando con mucha frecuencia la mano con que teníamos el libro para que no se nos helase. A mí me mandaban á decir Misa los dias festivos á un pueblo, que llamaban el Poggi, léjos más de una hora: como la nieve tenía obstruido el camino, ni se descubría rastro de él, dejaba libre el animal en que iba montado, y él me conducía hasta donde iba. Todos mis pensamientos todos mis afectos y cavilaciones estaban fijos en España: siempre buscando noticias que me levantaban ó abatían conforme eran más ó ménos favorables. Ordinariamente prevalecían las esperanzas de regresar prontamente á nuestra amada Patria. Pero ¡ ay! cuán equivocadamente lo pensaba!

Año 1837.

146. — Viendo que los enemigos de los Frailes continuaban haciendo alarde de sus sacrílegos triunfos sobre inocentes Religiosos, legalizando más y más y en cierto modo dando forma y vigor más duradero á los tristes efectos del año 1835 empecé á desconfiar, y tomar otros planes para el porvenir. En aquel tiempo leí en la Gaceta, que había llegado en Génova un Padre Observante llamado Andres Herrera, autorizado por S. Santidad para reclutar Religiosos para las Misiones de Chile y de Bolivia. Inmediatamente me sentí arder en deseos de ingresar en el número de los Misioneros. Comuniqué mi pensamiento al hermano excitándole á ir tambien, hice otro tanto con los demas Españoles, y todos convinieron en ir, ménos el P. Felipe-Neri. Ni me limité á los Españoles del Convento, sino á los de otros, escribiendo y recibiendo contínuas cartas. Asegurados ya de ser admitidos en la Mision, escribí y escribieron otros á N. Padre Provincial, quien nos dió sus consejos para evitarnos toda precipitacion: pues como eramos jóvenes y estábamos fuera de nuestro centro, lanzados en un pais tan rígido y frio, no era extraño que anhelásemos otro modo de ser y un pais donde pudiesemos hablar en español.

147. — Era el 31 Enero á las 3 $^1/_2$ de la mañana cuando salimos para Génova el P. Felipe-Neri, yo y todos los estudiantes Españoles, para reunirnos á los otros de Busca. Era tan intenso el frio, que á pesar de caminar á pié y muy bien embozados con los mantos, cuando se hizo dia nuestras barbas aparecieron blancas por convertirse en hielo el vaho que salía de nuestras bocas. A las 10 llegamos á Milesimo en donde comimos, y á la 12 salimos para proseguir el camino. A las 6 $^1/_2$ llegamos en Savona. Como en medio de aquellas circunstancias de exclaustracion nuestros papeles no estaban muy en regla, resolvimos no ir á nuestro Convento, y nos alojamos en la Ciudad: de donde salimos la mañanita siguiente, primera de Febrero; comimos en Voltri, y á las tres y media llegamos á Génova. Aunque aquí había Convento, fuimos á dormir en casa de los Misioneros con los cuales pensábamos marchar á América; pero al dia siguiente, el P. Guardian nos mandó llamar, y con su caridad suplió la falta de papeles y documentos de que estábamos desprovistos. En este Convento llamado de la Concepcion estaba de familia el P. Jayme de Barcelona, y allí como una hora de Génova, en S. Barnaba convento de noviciado, el M. R. P. Manuel de la Nou, Religioso ejemplarísimo (1). Ambos desaprobaron altamente nuestra resolucion de pasar á América, y me acuerdo que el P. Manuel de la Nou, para más inclinarnos á desistir, nos dijo: *No dudeis que dentro muy poco, regresarémos á España*; añadiendo: *si dentro medio año no estamos ya, entónces ya podreis iros á América.* ¡ Pobre Padre! ¡ su vaticinio fué equivocado! Los otros, desde este momento, desistieron enteramente; yo de genio más terco, no desistí, y sólo aplacé la marcha á la segunda expedicion que debía partir dentro de pocos meses, como así quedamos con el P. Herrera.

(1) Fué uno de los más ilustres Provinciales de Cataluña, y murió con fama de santidad.

148. — Interinamente me fuí con mi hermano á nuestro Convento de Campi, distante tres millas de Génova. Escribí al P. Valentin de S. Juan las Abadesas, Lector de Gerona, que con sus Estudiantes había sido destinado á Parma por el Vicario Provincial de Lombardía para proseguir su curso, que quisiese agregar tambien á mi hermano; y obtenida la licencia, salió para allá dia 16 de Febrero, quedándome yo en Campi, siempre con mis intentos de irme á las Misiones, hasta que me convencí de mi temeridad y resolví irme á Lombardia. Salí dia 10 Marzo, y fui á dormir á nuestro Convento de Pontedecimo. Dia 11 llegué á nuestro Convento de Voltagio, en donde estuve á causa del mal tiempo hasta al 14 que salí, siempre á pié, para Gavi; de Gavi caminé á Novi. Dia 16 salí para Tortona; dia 17 salí para Voguera; me hospedé en el Convento de Jesuitas. A las 5 de la tarde salí para Castegió, distante dos horas. Dia 18 salí para Bronne dos horas distante, y me hospedó un muy devoto Señor llamado Recadone. A las 4 marché para Stradella. Dia 19 salí para Castell S. Joan. Dia 24 marché para Piazensa, distante 4 horas; en este Convento encontré varios Religiosos Españoles. El P. Vicario me persuadió que permaneciera allí hasta despues de Pascua... Dia 4 Abril, salí de Piazensa para Parma; me fui á dormir en el Convento de los PP. Observantes de Fiorenzuala. Dia 5, salí para Burgo S Donino á donde llegué á las 11. Es Convento de Noviciado. Dia 6, á las 12, llegué á Parma. El P. Vicario Provincial me destinó de familia al Convento de Regio, á donde llegué dia 21 Abril. Despues, creyendo mejoradas las condiciones de España, me resolví á marchar, y lo verifiqué saliendo el dia 12 de Octubre de Regio, despues de haber estado en él 5 meses y 21 dias, siempre muy apreciado de toda la Comunidad. I á dormir á S. Martin, dia 15 á Novelara, dia 16 á Modena, dia 18 á Castelfranco, en casa del Señor Picciolí.

149. — A las 5 y $^1/_2$ del 19 llegué á Boloña, segunda ciudad del Papa. Dia 20, me han acompañado á ver la ciudad, pero en particular la Certosa, que es un Cementerio digno de ser visto. Dia 21 á las tres y $^3/_4$ he salido para ir á visitar el santuario de la Madona de San Lucas, con la compañía que va procesionalmente todos los Sábados; allí dije Misa y me volví. Dia 23, he salido, siempre á pié, de Boloña para Florencia; á las 11 $^3/_4$ llegué á la Rectoría de Pianoro: aquí no me quisieron dar de comer, porque no estaba el Párroco, contentándome con un poco de pan. A la una caminaba ya hácia Loana, en cuya Rectoría fui bien recibido. A las 8 $^1/_2$ del 24 salí por Pietra-mala, 3 horas léjos: comí en casa Valdi. A las 2 $^1/_2$ salí para Montecarelli, 3 horas distante; al llegar me fui á casa del Párroco, que no me respondió: perdido en un bosque, trataba ya de subir en un árbol para pasar la noche; en el meson me acojieron y estuve bien.

150. — Serían las 6 del dia 25, cuando salí de Montecarelli dirigiéndome á Bosco-Frati, que es un Convento de Observantes distante dos horas largas; y á las 3 $^1/_2$ salí con una Señora Dama de la Gran Duquesa, llamada Giovanna Brunaccini: quiso que fuese á su casa, en donde permanecí á causa de la lluvia hasta el dia 27; en que habiendo comido á las 11, y á las 12 $^1/_2$ partí para Florencia distante 5 horas, á donde llegué á las 6 y me dirigí al Convento nuestro que llaman Muntuí y está á un cuarto y $^1/_2$ de la ciudad: fuí bien recibido. Aquí me quedé hasta el dia 30, y salí para Liorna; comí en Signa en casa de un Bienhechor, y á las 6 llegué á nuestro Convento de Empoli, en donde fui extraordinariamente bien recibido: á pesar del P. Guardian, que quería me quedase hasta al Juéves, proseguí el 31 mi viaje. Fui á comer al Convento de PP. Observantes de Sarromano, distante 4 horas de Empoli; á la una marché para Pontedera, en cuyo Convento fui muy bien recibido.

151. — Dia primero de Noviembre, á las 2 tomé el camino nuevamente y llegué á Pisa á las 7: bien recibido en nuestro Convento. Dia 2 salí para Liorna, que dista de Pisa 5 horas: en el Convento bien recibido. Como el motivo de venir á Liorna era para obtener un pasaporte para Francia, que no pude lograr ántes de salir de

Regio: conseguido finalmente el pasaporte del Cónsul Frances, había resuelto embarcarme para Marsella; quedamos con el Capitan del buque, que debia llevarme, que me encontraría en tal lugar convenido para acabar de entendernos. Para no tener que estarme en una pública plaza, entré en una tienda de sastre, y pedí al amo si me permitía aguardar en su tienda; convino al parecer gustoso y me ofreció una silla. Miéntras ibamos conversando familiarmente, entraron dos hombres y concertaron una capa, pero no conviniendo con el precio, se fueron sin comprarla: de lo que despechado el sastre, volviendo sus iras contra mí, llenóme de dicterios, diciendo en altas voces que yo había llevado la mala ventura á su casa; tomó la vara de medir, y gracias á mi ligereza en huir, que sino me apaleaba: un vecino que presenció la tragedia me dijo que no lo extrañara porque era un Indio.

152. — Cansado de esperar, me resolvi de marcharme á pié, pues el poco dinero que tenía lo dejé á mi pobre hermano que no siendo todavía ordenado carecía de medios para subvenirse en caso de tener que viajar. El dia 9 de Noviembre á las 12, salí de Liorna, vestido con dos hábitos, y la alforja á cuestas con todos los libros, ropa y lo demas que tenía: y por gracia de un coche, que me cargó gratis, llegué á Pisa sobre las 4 y $^1/_2$; pernocté en nuestro Convento, y por la mañana del 10 salí y fui á pernoctar en nuestro hospicio, que tenemos en el pueblo de Pietra Santa. Al otro dia, despues de la Misa, me condujo á un café para desayunarme; pero resistiéndome yo, temiendo escandalizar, asegurándome el hermano, ser esta la costumbre, cedi y tome café (1). Eran las 8 ya dadas, cuando salí de Pietra Santa, y subiendo en un carro, llegué á las 10 y $^1/_2$ á Masa. En este Convento encontré los hermanos P. Damian y Juan de Barcelona.

153. — Descansé el Domingo, y el lúnes 13, marché para Sarzana, distante 4 horas; comí en el Convento, donde me recibieron bien, y á las 2, salí con direccion á la Spezia distante unas 3 horas; llegué fatigadísimo al Convento á las 5 $^1/_2$, y fui muy bien recibido. Un poco ántes de las 2 partí para el pueblo que llaman Rico dos horas distante (era dia 14); mi posada fué en casa Chechino: me recibieron bien, y me trataron como gente del campo que eran. A las 8 del dia 15, salí para Borguetto, distante 3 horas, caminando siempre á pié: llegué á las 11 á casa de Negri, donde me dieron á comer pan y fruta; y sin comer caliente, marché para Sestri-Levante; aunque iba en coche, siendo muy tarde y temiendo incomodar al Convento, me quedé en una posada á $^1/_2$ hora de Sestri, en donde cené y dormí muy mal. Dia 16, celebré la Santa Misa en una Parroquia poco distante llamada S. Bartolomé; á las 9 llegué al Convento de Sestri. El portero que salió era muy viejo, traía peluca blanca y sin barba.

154. — En este Convento tuve que quedarme, á causa de la lluvia, hasta el dia 18 á las 8, que salí para Santa Margarita, á donde llegué á la 1 $^1/_2$ casi en ayunas: el Convento es pequeño. A las 2 de la tarde del dia 19 salí para Recco, 2 horas distante; pedí hospedaje á los PP. Observantes que me recibieron bien. A las 8 de la mañana del dia 20, salí para Génova distante 4 horas largas; llegué muy fatigado, y resuelto á embarcarme en el vapor no he ido al Convento, sino que he practicado todas las diligencias del Cónsul y policía. Tomé el lugar de tercera y me costó 25 francos... Dia 21, dije Misa á San Siro, í á tomar café en el meson en donde había dormido, y á las 9 me fui para el Puerto. Debíamos salir á las 9, y eran las 11; y devorando peligros, á las 2 de la tarde del dia 22 llegamos á Marsella.

155. — Viniendo al Convento, fui recibido con algun recelo. Comí algo con apetito sin reparar en que no estaba muy bien guisado, pues los vomitos del mar me dejaron hambriento. Como estos Padres me dijeron sin rodeos que no me podían albergar, tuve que mirar en donde me colocaba hasta recibir contestacion de las cartas que escribí á España. Supe que el P. Va-

(1) En Italia varios cafés eran equiparados á sencillas casas de huéspedes.

lentin de Arenys se hallaba en un pueblo llamado las Egalades, una hora y media distante de Marsella; fui á encontrarle, dia 25, y me acompañó á casa del R. Cura Párroco de Santa Marta, hombre muy caritativo singularmente para los expatriados Españoles; este me recibió interinamente con mucho agrado. — Continuando en Santa Marta, el buen Párroco me mantenía gratuitamente; yo iba á dormir á casa de dos Religiosos Jesuitas Españoles: el Sacerdote P. Rius me enseñó de pintar un poco á lo oriental... Los dias 24, 25, y 26 Diciembre fui convidado á comer en casa del legitimista Gavoti, con otros nueve Españoles.

1838.

156. — Cuando concluyó el año de 1837, me encontraba en el pueblo de Santa Marta, por la caridad del Párroco Enrique Mergalan que me mantenía: pero desde el 24 Enero de 1838, las Monjas du Sacré-Cœur, que estan en la Parroquia de San José, me daban de comer y habitacion en casa de su capellan Salvador Suarí, Monje Jerónimo, hijo de Granollers. Decía la Misa despues de él todos los dias. Así estuve hasta el dia 1 de Agosto, que el Vicario General me colocó Aumônier en el Convento de Religiosas de Santa Clara. Se me autorizó para confesar Españoles, lo que se concedía con mucha dificultad. Nada más de particular en este año, y da principio el de

1839.

157. — Como había en Marsella muchos Españoles expatriados, me pareció muy conveniente el predicarles; por lo que habida la licencia del Señor Obispo, comencé á hacerlo en la Iglesia de la Mision de Francia, con un Gerones que hacía las Doctrinas, dia 20 Febrero; y lo hacíamos los Miércoles y Domingos en la Cuaresma. Llegados á la Pascua, dia 2 Abril, me sentí malo, y resultó la viruela: y no pude decir misa hasta dia 15, y aun cometiendo una imprudencia, que podía pagar muy cara. Dia 14 Julio, murió en el Hospital de la ciudad Fr. Rafael de Tarragona, á quien visité con frecuencia durante su enfermedad. En este tiempo, nuestros Frailes estaban edificando la Iglesia del Convento: cuya solemne bendicion tuvo lugar dia 18 Agosto.

1840.

158. — Todo el mundo esperaba este año 40, como el que había de poner fin á tantas calamidades. Hasta profecías se citaban, los mismos papeles públicos anunciaban cosas grandes, y estaban las gentes todas en expectacion. En cuanto á mí, fué verdaderamente poco benévolo, pues á 8 de Enero, me intimaron las Monjas cediese el lugar al nuevo Capellan. ¡Qué noticia tan fatal para un pobre refugiado!¿ Que haré? La Providencia cuidará, y efectivamente cuidó, pues las Monjas Capuchinas me admitieron en cualidad de ayudante de su Capellan ya muy viejo; y así, despues de haber estado en el Convento de Clarisas 16 meses y 12 dias, me trasladé al de las Capuchinas dia 13. Deseoso de visitar el lugar en donde hizo penitencia Santa Magdalena, que los Franceses llaman *la Sainte Baume*, distante de Marsella algunas 6 horas, nos convenimos 6 Españoles todos Catalanes y sacerdotes de hacer el viaje juntos. Así se hizo y salimos dia 27 (*de Julio?*), y despues de muchísimas incomodidades, llegamos el 28 ya tarde. Estuvimos allí todo el 29 con mucha satisfaccion (bien que muy cargados de sueño, pues cometimos la imprudencia de hacer el viaje de noche: para escapar del calor, caimos en otro mal peor) y á las 7 de la noche subíamos el carro para volver á Marsella, á donde llegamos dia 30 á las 8 de la mañana... Así se ha pasado el año 40, tan famoso por los anunciados hechos prodigiosos, que algunos ilusos creían debían suceder.

1841.

159. — En este año á ruegos instancias mias se predicó la Cuaresma á los Españoles en la Iglesia de San Cárlos, y la predicó el R. P. Manuel Font Religioso Observante Catalan. Despues más tarde, esto es el dia 25 Abril, comencé á reunir los Españoles en la Iglesia de las Capuchinas, y les predicaba todas las fiestas alternando con el P. Francisco de Calanda. Dia 26 Agosto tuvo lugar la traslacion de las Religiosas Capuchinas á su nuevo Convento, á la que asistí, esto es, á la pública Pro-

cesion que se hizo acompañando á las Religiosas. Y nada más de notable en este año.

1842.

160. — Mi sobrino Tranquilino llegó á Marsella dia 25 Julio último, con el intento de hacerse Jesuita: despues de haber estado en Marsella 8 meses y 10 dias, salió para el Noviciado de Roma, con pocas esperanzas por mi parte de que tuviese verdadera vocacion; y no me equivoqué, pues efectivamente se salió dia 26 Setiembre. A los primeros de Febrero, llegó á Marsella el Presbítero D. José Alegría enviado de la República de Venezuela para conseguir Misioneros, en especial Capuchinos Españoles. Al manifestarme su comision, yo me ofrecí el primero, previo el consentimiento de mis Superiores. Se partió para Roma para evacuar su cometido: á mí se me negó el formar parte de la apostólica expedicion, pero se concedió á muchos de nuestros Capuchinos, y entre otros á mi hermano el P. Ramon, que llegó á Marsella, en donde debían embarcarse dia 7 Mayo. Mi hermano se quedó conmigo en el Convento de Capuchinos, todo el tiempo que permaneció en la ciudad, y los demas Misioneros fueron colocados en casas de devotos Españoles, que se hacían un honor de tenerlos en su familia.

161. — El dia 24 Mayo fué el destinado para el embarque de los Misioneros; para lo cual reunidos todos en nuestra Iglesia, se enarboló el estandarte de la Divina Pastora, delante del cual se cantó una devota Salve é inmediatamente las Letanías Lauretanas con afectuoso entusiasmo. Así cantando salimos de la Iglesia; y los ecos de nuestras voces bastantemente indicaban la emocion que dominaba nuestro espíritu: ¡cuántas veces tuve que enjugar las lágrimas de mis ojos! Los Señores Marselleses tomaron parte en esta imponente funcion. Gente de todo sexo, edad y condicion nos seguía devota, sin cansarse de contemplar los nuevos Apóstoles, distribuyéndoles abundantes limosnas: hasta los impíos masones, de quienes está llena Marsella, quietos y compungidos observaban el prodigio de que sean buscados de partes muy remotas y extranjeras los que ellos habían hechado de su retiro y de su Patria. Así en medio de un pueblo inmenso, llegamos al puerto, en donde estaban ya preparados las lanchas para nuestro transporte al buque, que debía conducir á los Misioneros á Venezuela. Los cantores (y yo con ellos) se embarcaron en una de ellas, y desde allí continuaron las alabanzas á la Vírgen cuyo estandarte iba más adelante. Á medida que nuestras voces se iban desvaneciendo en la inmensidad de las aguas, crecían los llantos de los Refugiados Españoles, que nos seguían con sus llorosos ojos perdida la esperanza de nunca más recuperar á los Misioneros que se les iban.

162. — Efectivamente el espectáculo era extremadamente conmovedor y que probablemente no había presenciado ni tal vez presenciará otro semejante el famoso puerto de Marsella. Una porcion escogida de 52 jóvenes Religiosos, que dejando las tierras nativas con sus dulces atractivos se embarcaban para ir ¿á donde? ¡ay! á la Guayana Española todavía humeante de la sangre de sus hermanos, pues en orillas del Caroni á principios del año 17 el fiero dispotismo degolló bárbaramente á 22 Capuchinos catalanes. Llegados al bergantin goleta frances intitulado: *Nueva Elisa*, que debía conducir á los Padres Misioneros de paises europeos á las playas americanas, se fijó en su popa el estandarte de la D. Pastora para que fuese el Norte de los Misioneros en el viaje que iban á emprender, se repitió el canto de la Salve Regina en presencia de un sinnúmero de espectadores, que á las voces añadían sus amargos llantos, y concluyó la funcion. Como hasta al 26, dia de Corpus, no partió el buque, el miércoles 25 fui á buscar á mi hermano y comimos juntos en casa el Chocolatero; y por la tarde le acompañé al buque. Me acuerdo que me eché á su pobre cama sin que pudiese resolverme á dejarle, hasta que instando la hora de regresar á mi posada, mis ojos bañados en lágrimas, dándole un tierno y afectuosísimo abrazo: á Dios, le dije, á Dios, hermano: hasta al gran valle de Josafat. Afortunadamente esta vez no fuí Profeta....

163. — Partió mi hermano y yo me

quedé en Marsella por disposicion del Rmo Comisario Apostólico P. Fermin de Alcarraz (1), quien no tuvo á bien oir mis súplicas de enviarme con los demas hermanos á la americana Mision. Continuaba sirviendo á las Capuchinas en el ministerio Sacerdotal, á excepcion de confesarlas; cuando al improvisto en el dia 17 Octubre me llama la Abadesa, y me intima que salga de su casa sin darme alguna razon. Fácil es el figurarse cual quedaría á esta noticia de tener que dejar las Capuchinas. Cosa fácil hubiera sido encontrar una colocacion; pero como estaba empeñado en conservar el santo hábito, me resolví quedarme en Marsella en casa de los Chocolateros Domenech, como lo verifiqué por la tarde del dia 12 Octubre, despues de haber estado con ellas 2 años 9 meses y 6 dias. En mi nueva morada continuaba mi predicacion á los Españoles, y haciendo las mismas funciones que ántes: y sin manifestarme resentido del desaire de las Monjas, iba todos los dias á decirlas misa. A pocos dias de haber dejado las Capuchinas, ya me manifestó la Abadesa los deseos de volverme á recibir, pero no lo verifiqué hasta dia 12 Diciembre. Aquí concluyó el año 1842 y entramos en el de

1843.

164. — Desde que en 25 de Abril del año 41 comencé á predicar á los Españoles, todos los dias festivos continuaba predicando, sólo que despues de partidos los PP. Misioneros, á quienes se reunió el Padre Francisco de Calanda que era mi ayudante en la predicacion, le sustituyó el P. Vicente Bellver Religioso Mercedario valenciano. Desde principios de Mayo del presente año, iban compareciendo Misioneros de los que debían formar la segunda expedicion para Venezuela. El dia 8 de Mayo, se reunieron, y yo con ellos, en la Iglesia de Capuchinos: de donde salimos procesionalmente para el Santuario de la Vírgen de la Garde en donde se cantó la Salve, las Letanías y un Cántico, y bajando, el *Magnificat* y *Ave maris stella.* Dia 10 se dijo una Misa cantada en nuestro Convento para el feliz viaje de los Misioneros, á la que asistí yo tambien: y á la tarde, con asistencia del Señor Obispo, se expuso el Santísimo Sacramento, y despues del sermon, que dijo el P. Ramon María (Camps) de Barcelona, procesionalmente salieron los Misioneros para el puerto, cantando las Letanías, precediendo el Estandarte de la Divina Pastora. Subí tambien al barco, que debía conducir á los Misioneros, y á las 7 y 3/4 me volví al Convento.

(1) Que murió obispo de Cuenca.

165. — A pesar de hallarse mi madre en edad avanzada, cumplió su deseo de verme. Llegó á Marsella con la madre y hermana del Rdo D. Márcos Castañé (1) dia 12 Mayo, y permanecieron en Marsella hasta el dia 27 de Julio, esto es 2 meses y 15 dias... El P. Samuel de Mataró individuo de la Comunidad de Mataró, con quien tenía una particular amistad, vino á Marsella y estaba muy apreciado en el establecimiento de las Huérfanas del Cólera; continuábamos en la expatriacion nuestra cordial intimidad: pero tuve el desconsuelo de verle morir entre mis brazos dia 24 Noviembre. En este año nada más de notable y particular.

1844.

166. — Hacía algun tiempo que el Señor Obispo de Menorca D. Fr. Juan Dias Merino se hallaba en Marsella, sacrílegamente desterrado porque no quisó jurar la Constitucion por ser manifiestamente atea. Su casa era muy visitada de los Españoles, y se complacía mucho con ellos: conmigo empero, aunque sin merecerlo, se manifestaba en un modo particular, hasta elegirme por su confesor: tuve el honor de comer algunas veces á su mesa, disfrutando de sus virtudes y de su alto saber. Los asuntos de España siempre de mal en peor por lo tocante á la Religion le tenían muy afligido. Esto le minó de modo su salud que sensiblemente iba decayendo de fuerzas, hasta que en 16 de Abril de 1844, succumbió con una muerte muy edificante. Los Franceses que du-

(1) Hermano del M. R. P. Segismundo de Mataró, varon de muchos méritos ante Dios y la Orden, Comisario General que fué despues en Centro-América, etc. Véase el *Cronicon de la Religion Capuchina en Centro-America.*



rante su vida, habían hecho muy poco caso de él, en muerte ó despues de muerto le obsequiaron mucho, haciéndole un muy solemne funeral presidido por el Señor Obispo; y el dia 17 de Junio los Españoles le cantaron una Misa muy solemne con oracion fúnebre, que predicó el Padre Bon Dominico.

167. — Cuando en el año 1837 dejé Italia, fué con la intencion de irme á España, creyendo estar ya las cosas políticas en estado favorable á la Religion; pero estando en Marsella, escribí cartas y recibí contestaciones contrarias á mis deseos, y los negocios de la Religion siempre de mal en peor. Se pasaron así no ménos que 6 años 11 meses y 7 dias, en cuyo tiempo y principalmente en los tres últimos años me dediqué al bien espiritual de los Españoles, predicándoles todos los Domingos y dias festivos de España, haciéndoles todo el bien que podía. Pero los deseos de volver á España no me abandonaban: sólo reparaba en la posicion de la familia de mi pobre hermana, que había ya fallecido, dejando ocho hijos á los cuales la caridad me obligaba dirigir en la forma que las circunstancias anormales en que me hallaba me lo permitían. Mi pobre madre agobiada de penas, me solicitaba á que viniese, mi hermana Monja hacía otro tanto: y yo no sabía resolverme, porque conocía que entrando á España, iba á renunciar la quietud, y meterme en un mar de tribulaciones. El Señor Obispo de Menorca me animaba á satisfacer los deseos de mi madre, miéntras no fuese posible volver á nuestros conventos.

168. — El Gobierno Español había dado órden á los Cónsules que no diesen pasaporte á refugiado alguno para regresar á España, sin que el interesado jurase la Constitucion; á pesar de cuantos resortes moví para lograrlo sin este requisito, no lo pude lograr, sí sólo un certificado, que no era equivalente á un pasaporte. Un Religioso Mercedario, el P. Liborio San Martin, me facilitó el suyo, y con él me marché embarcado en el vapor con la familia del chocolatero de Villalba, Jayme Domenech, dia 15 Octubre; y despues de dos dias de un continuo mareo, llegamos á Barcelona, dia 17, á 2 h. de la tarde: á las 3 ½ desembarcamos. Como marché sin pasaporte propio, tuve que hacer multiplicadas diligencias, á pesar de las muchas cartas de recomendacion para lograrlo, para irme bien despachado á Arenys. Finalmente le logré; jamas di con tanto gusto una peseta, que me exigió el que lo despachó.

169. — El dia 24, llegué á Mataró con mi sobrino José, en donde residía mi madre con todos sus nietos y el cuñado. Mi amargura llegó á lo sumo hallando no ménos que 5 enfermos, casi sin otro que los cuidase que mi anciana madre. ¡ A Dios, dije, tranquilidad, á Dios, quietud de Marsella! Se pasaron muchos dias sin que el Vicario General me quisiese habilitar para ejercer el santo Ministerio: debía limitarme á decir Misa. Agobiado de tantas contrariedades, caí enfermo de pasion de ánimo, y en un tal estado de decaimiento, que debiendo ir á Gerona á buscar licencias, formé el plan, suponiendo que mi indisposicion crecería, de irme á aquel hospital, ocultando mi estado de sacerdote, y sólo descubrirlo al confesor cuando me confesaría para morir para que lo hiciese saber á los mios despues de mi muerte: tal era el triste estado en que me hallaba; pero el Señor quiso que mi ida á Gerona fuese la medicina de mi enfermedad.

170. — Autorizado por 10 años, me volví á Arenys: en donde prediqué por la primera vez en el dia de la Purísima Concepcion, y en seguida los domingos 3.º y 4.º de Adviento. Aquí concluye lo más notable del presente año.

1845.

171. — La piedad filial y las circunstancias de la exclaustracion me obligaron á tomar sobre mí el cuidado de la familia de mi hermana Josefa, que había fallecido el año anterior dejando ocho hijos todos en menor edad. Por esta razon me trasladé á Arenys con mi amada madre y toda la familia. Prediqué la Cuaresma en Arenys y Arenys de munt, el Novenario de almas en Calella, Malgrat, Arenys de munt y Hostalrich Mi hermana Gertrudis del Corazon de Jesus, que echada fuera de su convento de Carmelitas de Villafranca se había refugiado en

el de Descalzas de Mataró, habiéndose aquel nuevamente restablecido, se volvió á él, 13 de Diciembre, acompañándole yo. Por mi parte continué trabajando en el sagrado ministerio, confesando mucho y haciendo todos dias el santo ejercicio público de la meditacion en la parroquial, hasta que me ví obligado á dejarlo.

1846.

172. — Mi mal genio me ocasionaba varios disgustos con los sobrinitos que estaban á mi cuidado, por no hacerme yo cargo de su pequeña edad y no reprimir mi carácter, con lo cual sin duda afligí varias veces á mi madre. ¡ Pobre Madre! ¡ Cuántos disgustos podía haberla ahorrado si yo me hubiese violentado mi mal genio! Pero el Señor lo permitió para purificar siempre más aquella alma consumida de penas, aumentándolas sin duda yo. Poco tiempo debía gozar yo de su amada presencia. Vuelto de Malgrat, en donde prediqué la Cuaresma, el dia 14, la encontré enferma en cama, y murió el 18 á las 7 de la mañana. Así acabó aquella cuya vida parece no se prolongaba sino para agotar hasta las heces el caliz amargo: pues se cerraron sus ojos precisamente cuando podía comenzar á disfrutar de algun descanso en su vida siempre trabajada. Si durante la vida de mi Madre fui negligente en complacerla, lloré su muerte con lágrimas inconsolables.

173. — El 18 de Junio prediqué un sermon en la parroquial de Arenys sobre la Comunion frecuente. Alguien se imaginó ver en él un ataque al que sobre el abuso de la Comunion frecuente había predicado el Párroco: fuí acusado en este sentido ante el Vicario General, sede vacante, y este me llamó y me suspendió de predicar. Instado por varios fieles para que se me permitiese predicar el Novenario de ánimas en la iglesia del hospital de Gerona, condescendió el dicho Vicario General, y fué extraordinario el concurso. Pero esto no me libró de la pena impuesta, pues quedé sin facultades para predicar en Arenys y otros lugares vecinos una hora al rededor: y esto por un año. Este año prediqué la Cuaresma en Malgrat, y los Novenarios de ánimas de Sarriá, hospital de Gerona y de Mataró, y Corazon de María en Barcelona.

1847.

174. — Prediqué en Gerona, Salt, Sarriá, S. Jaime de Barcelona, etc. El 11 de Diciembre concluyó la suspension de predicar en Arenys y lugares vecinos.

1848.

175. — Este año sólo hay de notable la multitud de Novenarios que prediqué.

1849.

176. — Como desease conservar en Arenys la V. Tercera Orden, pedí licencia al Sr. Obispo, quien me la concedió; pero al poco tiempo la revocó, alegando la calamidad de los tiempos. N. Rmo P. Fermin de Alcarraz (Comisario Apostólico) elegido Obispo de Cuenca, vino á Mataró el 12 de Junio, y yo le visité. El 21 de Noviembre mi sobrino Lorenzo tomó la sotana de Lazarista: fué destinado á México, y allí murió del cólera á poco de haber llegado. En este año prediqué 149 sermones.

1850.

177. — El 15 de Agosto la sobrina Teresa tomó el hábito en el Convento de la Purísima de Tortosa. Prediqué en muchos lugares, entre otros en la Bisbal donde algunos díscolos de la villa se dieron por resentidos de mi libertad apostólica, y fijaron dos veces un insolente pasquin en las puertas de la casa donde me hospedaba. Hasta hoy llevo predicados 983 sermones y 580 pláticas doctrinales.

1851.

178. — Logré el modesto socorro ó pension que el Gobierno pasa á los Exclaustrados. Prediqué en muchos lugares del principado de Cataluña. Hasta aquí he predicado 1169 sermones y 631 pláticas doctrinales.

1852.

179. — Predicando yo la Cuaresma en Calella, el 22 de Abril cantó su primera Misa el Dr. Sevilla, actual Obispo de Gerona. Prediqué en muchos pueblos como los demas años.

1853.

180. — En este año empezó la enfermedad de las viñas, á la cual muchos daban el nombre de *Xotis*, aumentando extraordinariamente hasta matar las cepas. Hasta aquí tengo pre-

dicados 1468 sermones y 859 pláticas doctrinales.

1854.

181. — Este año nos visitó el Cólera Se descubrió en Barcelona en Julio, y de allí fué propagándose á otros muchos pueblos. Los primeros casos en Arenys de mar fueron el 7 de Agosto, y hubo dia en que murieron 18 personas. En vano se acudía á medios naturales para que cesase; en vano se mandaba hacer fuegos de hierbas aromáticas por toda la villa, en vano echaban tiros de fusil para espantarle; el Cólera se extendía, huyendo muchos vecinos aturdidos, de los cuales, sin embargo, murieron varios. Yo puesta la confianza en Dios, no tuve síntoma alguno de contagio, á pesar de que me ofrecí para todo y sin temor administraba los santos Sacramentos á los atacados. Como recompensa el Sr. Obispo me dió licencias perpétuas. En este año no dejé de predicar mucho como siempre. Hasta aquí van predicados 1762 sermones y 914 pláticas doctrinales.

1855.

182. — No me faltó algun grave disgusto en el ministerio de la predicacion de este año en un pueblo de la costa. El dia 5 de Setiembre sucedió la terrible desgracia de ahogarse la familia de Miguel Castelló en las aguas de un torrente, lo cual llenó de consternacion toda la villa de Arenys. Prediqué, como otros años, en muchos pueblos.

1856.

183. — En este año poco hay de notable; sólo recuerdo que predicando en Bonastre, la casa del párroco donde me hospedaba estaba construida en forma de Convento con su dormitorio; y como mi mente estaba siempre ocupada en la idea de nuestra restauracion monástica, concebí el primer pensamiento de reedificar en Arenys nuestra iglesia siquiera; recuerdo que esto fué el 14 de Diciembre; lo cual despues se verificó con mayor extension en la construccion del convento formal actual. Hasta este año no tuve necesidad de anteojos, ni usé de ellos hasta el 25 de Agosto. Prediqué como los demas años.

1857.

184. — Solicité de Roma la Indulgencia de la Porciúncula para la parroquial de Arenys, y este fué el primer año que se ganó. El 22 de Agosto murió el P. José Antonio de Arenys, último Guardian de la villa del mismo nombre. Prediqué en muchos pueblos como los demas años, llegando la suma total de mis sermones á 2150 y 1192 pláticas doctrinales.

1858.

185. — Fuera de una infructuosa tentativa de fundacion de un Convento nuestro en Castellbó de la Diócesis de Urgel, nada hubo de particular este año. Los sermones como siempre.

1859.

186. — Nada particular para notar en este lugar. Los sermones como los demas años.

1860.

187. — Guerra y victorias de Africa. Sermones como siempre.

1861 - 1862.

188. — Nada digno de especial mencion.

1863.

189. — Este año fué como el principio de la fundacion del Convento de Arenys. No me sería fácil manifestar con palabras el gozo de mi corazon al ver los prósperos principios de mi empresa; ya me parecía ver formada una numerosa Comunidad...

1864 á 1867.

190. — Sigue material y formalmente, en medio de consuelos y contradicciones, la obra de la fundacion de Arenys.

1868.

191. — Este año fué el de la famosa revolucion de Setiembre con sus terribles consecuencias para la religion. A pesar de los temores que los actos de la revolucion infundían á todos, resolvimos no abandonar el humilde Convento que con tantos trabajos íbamos perfeccionando.

1869.

192. — Empezó este año en plena revolucion. Los Jesuitas habían sido suprimidos y arrojados de España, y suprimidas tambien fueron las demas Comunidades de hombres, incluyendo en esta persecucion hasta las conferencias de S. Vicente de Paul. Las monjas eran trasladadas de sus propios Conventos á otros, aunque fuesen de Regla diferente. A pesar de tantas

calamidades, nuestro pobre Convento de Arenys continuaba abierto, si bien el número de sus moradores quedó bastante reducido, habiéndose refugiado algunos religiosos en el Convento de Perpiñan. Con el escaso número que quedaba y las condiciones canónicas necesarias, el 24 de Abril profesó el H. Lego Fr. Serafin de Vilaoblereix.

1870.

193. — Con motivo de la guerra de Francia con Prusia, vino á refugiarse á este convento de Arenys el H. Lego Fr. Esteban de Etoile (1), que llegó el 2 de Agosto y permaneció hasta el 30 de Abril de 1871. El 8 de Octubre regresó de Perpiñan el P. Gregorio de Benicarlo, pues aquel Convento sufrió las iras ímpias de la anarquía francesa nacida de los desastres de la guerra.

1871.

194. — A pesar de tantas vicisitudes, me resolví á continuar nuestra iglesia, edificando las tres capillas que faltaban, empezando el 20 de Febrero y concluyendo por Pascua. Y puesto que mis deseos de tener en este Convento una Comunidad formal con el número necesario para todos sus actos, no podían aun verse cumplidos, me dediqué á promover la piedad de los fieles en dicha iglesia con religiosas funciones y sermones.

1872.

195. — El 7 de Junio nuestros Hermanos de Guatemala fueron desterrados con gran crueldad por aquel Gobierno revolucionario, llegando á S. Francisco de California el 1 de Julio, donde pocos dias despues murió el anciano P. Francisco de Bossost, que fué el fundador principal de aquella Mision.

1873.

196. — El 6 de Enero los llamados *cipayos* se apoderaron sacrílegamente de la iglesia parroquial, trasformándola en propio cuartel, fuerte, etc.: por cuyo motivo fueron retiradas las imágenes. Yo por mi parte sacaba del Convento los libros y cosas de mayor valor. El mal iba creciendo rápidamente, se obligó al Sr. Cura-Ecónomo á dejar la casa rectoral, en la cual el 1 de Febrero los *cipayos* pusieron su cuartel. El pánico se apoderó de todos, particularmente de los Sacerdotes, los cuales eran impunemente insultados y perseguidos: por cuyo motivo muchos tuvieron que esconderse y abandonar sus parroquias. El 11 de Febrero cayó el titulado Rey Amadeo, y empezó la república cuya proclamacion en Barcelona se hizo el 12. Desde este momento fueron mayores aun los males causados por la revolucion. A nosotros se nos deja vivir en paz. Pero hicieron correr la voz que hablamos hecho una mina hasta el Hospital, á donde por este medio yo iba á conspirar con aquella Superiora, y ademas que dentro del Convento teníamos clandestinamente pólvora sorda, armas, municiones, y hasta carlistas en persona. Dando crédito á tan absurda voz, el dia 31 de Marzo vino una partida de republicanos, practicando en todo el Convento un minucioso registro, llegando á registrar hasta el sacrario. Fuera de este contratiempo no sufrimos otro especial: estábamos en paz y tan léjos de temer que nuestra iglesia fuese profanada, que nos procuramos una imágen de Jesus Nazareno que colocamos en un nicho á mano izquierda al entrar en la iglesia; y yo prediqué en la misma iglesia los santos Ejercicios á los seglares de la villa: aunque no salí á predicar á otros pueblos, los sermones del presente año fueron 95.

1874.

197. — Continuan los despotismos de la República: y la iglesia parroquial de Arenys permanece aun profanada. Nuestro pobre Convento en paz, si bien con poquísimos religiosos, cuya mayoría la formaban cuatro hermanos legos. El 17 de Agosto vino el P. Segismundo de Mataró, Comisario General que fué de los Capuchinos de Guatemala, y el 23 el P. Narciso de la Bisbal, por cuyo motivo empezamos de nuevo toda la observancia conventual posible. El 31 de Diciembre fué proclamado Rey Alfonso XII y cayó la República. No salí á predicar, pero aquí prediqué 75 sermones y 10 pláticas doctrinales.

(1) Este H. Lego murió víctima de su celo en manos de los bárbaros africanos de las Misiones de Gallas y Abisinia.

1875.

198. — En medio de las vicisitudes de este año, aspirando siempre á mejorar el Convento, hice edificar la nueva sacristía, empezándose la obra el 29 de Febrero. Prediqué este año 75 sermones, pero no salí fuera.

1876.

199. — El 27 de Febrero visitaron nuestro Convento los Sres. Obispos de Vich y de Lérida, lo cual me consoló mucho. Pero la escasez de personal, debida á no poder ir los Religiosos con el santo hábito durante estos últimos años, por causa de la revolucion y sus tristes consecuencias, me tenía muy atribulado: pues ni los legos más indispensables para el servicio del Convento podía alcanzar. Todo mi consuelo era adornar la iglesia, logrando las imágenes del Nacimiento que eran del antiguo Convento de Sarriá.

1877 á 1883.

200. — Continua la misma escasez de personal. Pero el restablecimiento formal de la Orden en Antequera con licencia del Gobierno, me dió nuevos alientos, y empecé las diligencias para alcanzar igual beneficio para Arenys. — (Véanse los nn. 115, 116 y 117, pág. 620 y 621.)

201. — Las notas autobiográficas de nuestro P. Juan concluyen con el año 1883; y por ellas sabemos que en dicho año el total de los sermones que en su larga carrera apostólica había predicado, llegaba al número de 4,249 y 1,966 pláticas doctrinales. En sus últimos años, el P. Juan tuvo el consuelo de ver escogido su amado convento de Arenys para los dos más solemnes actos de la restauracion de la Orden en España: pues en 1885, en dicho convento se promulgó el decreto pontificio y la circular generalicia con los cuales la S. Sede y los Superiores de Roma alababan, confirmaban y proclamaban la union canónica (1) de los Capuchinos españoles con los Superiores Generales de Roma, promovida por los mismos Capuchinos españoles alentados por su Comisario Apostólico el P. Joaquin María de Llevaneras; y en 1889 el Rmo P. General Fr. Bernardo de Andermatt promulgó en el mismo convento la ereccion de las tres Provincias Capuchinas de España. Pocos meses despues de este solemne acto, el P. Juan habiendo tenido el consuelo de ver que su Convento había sido como consagrado por la S. Sede y la Orden con tan felices sucesos, y que en él había establecida una numerosa Comunidad, llegó al término de su vida muriendo en medio de sus hermanos y en su Convento predilecto el 23 de Julio de 1890.

202. — Su muerte fué muy sentida y sus funerales dignos de sus méritos, como lo prueban los dos sueltos siguientes que el Mensajero Seráfico del mes de Setiembre de 1890 copió de dos periódicos de Barcelona. — Dice así el primero.

« El dia 23 de este mes entregó su alma al Creador en Arenys de Mar el virtuoso capuchino Rdo. P. Juan Pruner, muy conocido en toda aquella comarca por sus virtudes. A su entierro acudió la villa en masa, ávida de venerar por última vez los despojos mortales del ejemplar hijo de San Francisco de Asis. De la oracion fúnebre se encargó el eminente arqueólogo y sabio P. Fita, hijo ilustre de aquella villa, quien dejó entusiasmado al respetable auditorio que llenaba el templo. Más de tres cuartos de hora, aquel público, que venera cual se merece al célebre hijo de San Ignacio, demostró con su atencion y gesto la satisfaccion grata que latía en todos los corazones, porque si el alma de un hijo de Arenys volaba hacia las mansiones eternas en busca de la recompensa con que Dios premiará sus virtudes, otro hijo preclaro de la misma villa aparece como providencialmente para recoger el último aliento del humilde hijo del Serafin de Asis, cuyos afanes siempre fueron el bien espiritual y material de sus compatricios, á quienes amaba con paternal cariño.

« Que la bendicion del Cielo es derramada con abundancia en esa jóven localidad, no cabe dudarlo. En ménos de un siglo de existencia ha dado Arenys á la Iglesia Católica un Arzobispo, dos Obispos, muchos Canónigos

(1) Sabido es que los Regulares de España por circunstancias extraordinarias desde 1804 tenían Superiores Generales propios é independientes.

y dignidades notables, no pocos religiosos ejemplares en todas las Ordenes, distinguiéndose entre todos dos sabios jesuitas de una misma familia.

« En el carácter de aquellos habitantes se nota una religiosidad sin afectacion, que encanta, y una cortesía que halaga á todo forastero.

« Reciba la Orden Capuchina nuestro más sentido pésame, y encomienden á Dios nuestros lectores el alma del finado. »

203. — Del *Diario de Barcelona :*

Arenys de Mar, 26 de Julio 1890

¡ Ha fallecido el P. Juan! ¡ Ha muerto el P. Juan ! ¡ Nos ha dejado por fin el bueno del P. Juan! Esta es la voz que en las calles, plazas y corrillos de esta villa pasa de boca en boca, como si se tratase de un acontecimiento no esperado, prueba no dudosa de la universal simpatía que este, por varios conceptos, respetable y virtuoso Sacerdote merecía á estos vecinos sus paisanos.

Hijo el P. Juan de muy honrados y piadosos padres, de los que en su tierna edad recibió esmerada educacion cristiana, á los quince años cumplidos vistió el tosco sayal del capuchino en el convento de Sarriá. Cumplida su profesion religiosa, cursó Retórica, Filosofía y Teología dogmática y moral bajo la direccion del téologo P. Jerónimo, de Barcelona, . aprovechándose tanto en sus estudios, que mereció defender las conclusiones de Filosofía en el colegio del convento de Olot, de un modo brillante, siendo admirado por numerosa concurrencia de Clero y otras personas ilustradas. En los cursos de Teología descolló siempre en primera línea sobre sus condiscípulos. Sus conocimientos le merecieron que, no siendo sacerdote, sino diácono solamente, los respectivos Prelados, diocesano y religioso, le permitiesen dirigir su palabra á una de sus dos hermanas, al recibir el velo monacal en el convento de Religiosas Carmelitas de Vilafranca, de las que más tarde fué nombrada Priora, como otra hermana suya lo fué de las Capuchinas de Gerona.

Concluidos sus estudios, se dedicó el P. Juan á la predicacion de la palabra evangélica, con gran fervor y constancia, siendo de 6,200 el número de sus sermones, segun manifestó en el último período de su vida, en conversacion familiar. Hallábase en Villanueva y Geltrú dando unos ejercicios espirituales á las monjas de aquella poblacion, y tuvo que suspenderlos á consecuencia de sentirse indispuesto, trasladándose á su pais natal, falleciendo luego á causa de la enfermedad que contrajo.

Cuando en 1835 se suprimieron las Comunidades religiosas, emigró á Francia, estableciéndose en Marsella. El Ilmo Sr. Obispo le nombró director espiritual de las monjas Capuchinas de aquella ciudad.

Vuelto de la emigracion, otra vez más el púlpito y el confesonario fueron sus asíduas atenciones, y echando de ménos el retiro del cláustro, con sus ahorros y otros recursos que se proporcionó, levantó un convento en terreno de su propiedad, que por sucesion de sus padres le pertenecía, en que hoy se alberga muy respetable y ejemplar Comunidad de PP. Capuchinos, segundo que se ha establecido en España despues de la antedicha supresion; convento y extenso terreno que ya en vida cedió á la Corporacion Capuchina, desprendiéndose de lo suyo y renunciando su voluntad á la de los Superiores, que siempre respetó no obstante la gran diferencia de edad y años de vida religiosa. En el mismo convento se instaló la Tercera Orden, que estaba poco ménos que olvidada

La Rda. Comunidad de Presbíteros. en corporacion, precedida de la cruz parroquial, pasó á la iglesia del Convento, en la que, segun antigua concordia entre las Comunidades secular y regular, cantó solemnes exequias en sufragio del alma del finado. Concluidas, el Reverendo P. Fidel Fita ocupó el púlpito, quien á grandes rasgos describió la vida del P. Juan Pruna, y las excelencias de la Religion Capuchina, que hoy está dando misiones en las Carolinas, Colombia, Ecuador y Chile.

Un responso general cantado por los antedichos Presbíteros dió fin á esta fúnebre funcion, á la que, ademas de los sobrinos del finado, asistió gran concurrencia de las más escogidas familias de esta villa, que llenó por completo la no pequeña Iglesia del Convento.

INDICE GENERAL

Apéndices.

INDICE ALFABÉTICO

de las Biografías

Digitized by Google

AVE MARIA !



